

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOSOFÍA



TESIS DOCTORAL

**Sociología cultural del franquismo, (1936-1975): la cultura del
nacional-catolicismo**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

José Ángel Ascunce Arrieta

Director

Ramón Emilio Mandado Gutiérrez

Madrid, 2014

**SOCIOLOGÍA CULTURAL DEL FRANQUISMO
(1936-1975)**

LA CULTURA DEL NACIONAL - CATOLICISMO



José Ángel Ascunce Arrieta

**SOCIOLOGÍA CULTURAL DEL FRANQUISMO
(1936-1975)**

LA CULTURA DEL NACIONAL - CATOLICISMO

FOTO

**SOCIOLOGÍA CULTURAL DEL FRANQUISMO
(1936-1975)**

LA CULTURA DEL NACIONAL - CATOLICISMO

Presentada:

José Ángel Ascunce Arrieta

Dirigida:

Ramón Emilio Mandado Gutiérrez

La palabra del alma es la memoria.

Luis Rosales: *La casa encendida*

La palabra del alma colectiva es la memoria histórica.

Quien mata la memoria histórica asesina el alma del pueblo.

ÍNDICE

Prólogo. Reflexiones sobre una metodología..... 11

I.- Antecedentes de una dictadura

I.-1.- La España de preguerra (1898-1936).....	42
I.-2.- España como paradoja socio-económica.....	44
I.-3.- Ideologías y grupos sociales.....	49
I.-4.- La política española. De los nacionalismos a las guerras coloniales.....	59
I.-5.- La cultura como paradoja límite	62
I.-6.- España, vanguardia de la cultura europea.....	76
I.-7.- La tragedia de una España paradójica.....	90

II.- Cultura del nacional-catolicismo

II.-1.- La tragedia de una guerra inevitable.....	98
II.-2.- El liderazgo del general Francisco Franco.....	105
II.-3.- ¿Una guerra contra un gobierno o contra un régimen?	111
II.-4.- La legitimación de un pronunciamiento militar	115
II.-5.- Características de la cultura del nacional-catolicismo.....	133
II.-6.- La cultura política: “España: Una, Grande y Libre” “por la gracia de Dios” y por obra de un “Caudillo”	149
II.-7.- La cultura religiosa: la Iglesia por la educación, la moral y las buenas costumbres.....	158
II.-8.- La “moral de la respetabilidad”.....	168
II.-9.- Claves de imposición de la cultura del nacional-catolicismo.....	188

III.- Mecanismos jurídicos de ordenación política

III.-1.- La legitimación de la autoridad suprema del Caudillo y la proclamación de un régimen.....	198
III.-2.- Deslegitimación de la normativa jurídica republicana.....	202

III.-3.- Las Leyes Fundamentales del Estado	219
III.-4.- Normativa interna de la cultura del nacional-catolicismo.....	235
III.-4.-1.- Leyes y órganos gestores del hecho cultural. La legislación educativa.....	236
III.-4.-2.- Legislación sobre normalización educativa.....	241
III.-4.-3.- El Instituto de España y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas	257
III.-4.-4.- Leyes de Prensa de 1938 y de 1966	264

IV.- Mecanismos físico-psicológicos de represión

IV.-1.- La represión como mecanismo de dominación física.....	285
IV.-2.- La represión como batalla de cifras.....	293
IV.-3.- Otros sistemas de represión.....	304
IV.-4.- Política y Tribunales de Depuración.....	319
IV.-5.- La censura como mecanismo de control ideológico.....	330
IV.-6.- Las estrategias de la acción de la censura.....	351

V.- Mecanismos ideológicos de atracción

V.-1.- Recursos subliminales de ideologización.....	373
V.-2.- Educación: escuela y magisterio.....	384
V.-2.- 1.- Cristianización cultural	393
V.-2.-2.- Politización de la enseñanza.....	395
V.-2.-3.- <i>El Libro de España</i>	399
V.-3.- Periodismo y hemerografía.....	402
V.-4.- Las publicaciones infantiles: los tebeos.....	438
V.-4.-1.- Tebeos patrióticos de guerra.....	445
V.-4.-2.- Tebeos de ideas.....	461
V.-5.- Medios audiovisuales de comunicación I: cinematografía.....	477
V.-5.-1.- El cine como mecanismo de control y de adoctrinamiento.....	479
V.-5.-2.- El cine del nacional-catolicismo.....	491
V.-6.- Medios audiovisuales de Comunicación II: Nodo, Radio y Televisión....	513
V.-6.-1.- NO-DO: Noticiarios y Documentales.....	516
V.-6.-2.- Radio.....	524
V.-6.-3.- Televisión Española.....	535
V.-7.- Géneros literarios: teatro, narración, poesía.....	555
V.-7.-1.- El teatro como fenómeno dramático y hecho literario.....	562
V.-7.-2.- Narrativa.....	588
V.-7.-3.- Poesía.....	609

VI.- Mecanismos emocionales de evasión

VI.-1.- Juegos infantiles.....	641
VI.-2.- Cómic femenino versus cómic masculino: tebeos de hadas versus tebeos de guerra y de aventuras.....	644

VI.-3.- Literatura de masas: narrativa.....	649
VI.-4.- Literatura de masas: entre el hecho literario y el fenómeno dramático..	678
VI.-5.- Medios de comunicación de masas: radio y televisión.....	695
VI.-6.- Deporte.....	705

VII.- A modo de conclusiones

VII.-1.- Antecedentes de un régimen político.....	718
VII.-2.- Guerra Civil y consecuencias.....	724
VII.-3.- Radiografía de un régimen político.....	728
VII.-4.- Represión física como medio de control.....	732
VII.-5.- Represión ideológica y cultural como medio de dirigismo.....	735
VII.-6.- Síntesis de una lectura sociológica. Las tres caras de una cultura.....	740
VII.-7.- Juicio a un régimen político y a un dictador.....	747
VII.-8.- ¿Presencias del totalitarismo franquista en la democracia actual?.....	750
VII.-9.- Revisión y crítica a la política social: ¿Democracia o democracia fascistizada?.....	754
VII.-10.- Revisión y crítica a la política cultural. ¿Democracia o democracia fascistizada?.....	762
VII.-11.- Una última reflexión socio-cultural	773
VII.-12.- Coda: una luz en la caverna.....	782

Bibliografía 789

VIII.- Abstract - Resumen 827

Prólogo

Reflexiones sobre una metodología

El propósito de este estudio es ofrecer de manera crítica y objetiva, siempre en la medida en que sea posible cumplir con este ideal, la relación entre política, sociedad y cultura en un tiempo perfectamente delimitado de la historia de España del siglo XX. Me refiero a la época del régimen franquista desde 1936 hasta 1975. Este aserto de partida necesita toda una serie de explicaciones y valoraciones para poder centrar con precisión el área de nuestro análisis y, de esta manera, dar respuesta a un sin fin de problemas e interrogaciones que este tema suscita y propone. Por otra parte, si sólo se buscara la demostración crítica de una época por dramática o compleja que ésta fuera, no se cumpliría con el objetivo del estudio. Se intenta analizar nuestro pasado reciente para explicar y valorar nuestro presente histórico con el fin de recuperar la memoria histórica que justifica e interpreta muchas de nuestras realidades actuales. Estoy de acuerdo con Theodor W. Adorno cuando afirma que toda crítica cultural está llena de ambigüedades y contradicciones, haciendo de esta una ciencia, si se puede llamar ciencia, más apropiada para la interrogación que para la afirmación (1970, pp. 203-230). Sin embargo, aunque sólo ofrezca “apariencias de legitimación” (p. 219), es necesario lanzarse a la aventura crítica para poder ofrecer nuevos horizontes de expectativas que nos conduzcan a la reflexión y al análisis. Ésta es la filosofía de este trabajo.

El problema de España es y ha sido siempre una continua pregunta sobre su ser y sobre su naturaleza. No hay un consenso mínimo sobre la cuestión. La presencia de posturas ideológicas encontradas, la existencia de diferentes y enfrentados intereses partidistas y políticos, la eterna pugna entre inmovilismo y evolución, la intransigencia de posturas entre los grupos encarados, etcétera, han dado razón de ser a la existencia, siempre

presente y activa, de dos Españas en permanente confrontación. Históricamente España es y ha sido enigma y problema. El gobierno del general Francisco Franco es un caso particular de esta realidad innegable en la historia de España. Por eso, se impone, incluso más que en otros temas de estudio, la prudencia crítica, la honradez de juicio y la sinceridad de valoración.

Como afirma Sergio Vilar en su obra *La naturaleza del franquismo*, “la larga duración de la dictadura de Franco, sus particularísimas características; los desarrollos y decrecimientos de sus formas ultra-autoritarias; las influencias que durante el primer período recibió del fascismo italiano y del nazismo; la relativa ocultación interior de tales aspectos y el injerto en el imperialismo americano; el nacimiento de *tendencias tecnocráticas* (que en sus proyecciones más agresivas yo considero como un *nuevo tipo de fascismo*); sus marchas hacia delante (desde 1966) “liberalizantes”; los frenazos (constantes) de los encarcelamientos y de las ejecuciones; las tentativas –aun en los últimos tiempos- de un sector de antiguos franquistas de hacer marcha atrás hacia la situación política de los años 1940; todo ello es un conjunto de fenómenos que hacen de España un tejido de hechos económicos, políticos e ideológicos muy problemáticos, a veces también porque se encuentran *desfasados* entre sí..., a pesar de las casi cuatro décadas de gobierno franquista existen pocos cambios en sus líneas programáticas, aunque cambien considerablemente en sus formas de conducta política y económica” (pp. 7-8)¹. Comulgo plenamente con Sergio Vilar, cuando admite en la política del franquismo cambios importantes en sus formas externas, pero inmovilismo casi total en sus fuerzas internas. De esta misma idea es J. J. Martí Ferrándiz, cuando afirma que, aunque se verifiquen retoques y pequeños cambios del modelo original, a lo largo de las décadas de gobierno franquista se da un grado muy importante de fidelidad a las ideas esenciales (1999, p. 105)². Esta realidad un tanto contradictoria hace que el fenómeno de la cultura y de la sociedad franquistas sean un campo de análisis muy problemático y resbaladizo por sus desfases internos y por los caminos tan diferentes que toman sus distintas fuerzas de constitución. Es obvio, por poner un ejemplo, que la economía y la política evolucionan de tal manera que sus formas de ser al final del régimen poco o

¹ Se mantiene en esta cita la textualidad de su escritura. Los paréntesis y la letra cursiva son parte integrante de la cita.

² He presentado dos citas, entre otras muchas posibles, la primera de un historiador y la segunda de un sociólogo de la cultura, que defienden el inmovilismo de la ideología franquista a pesar de los cambios reales o aparentes de sus formas externas. Habrá que volver sobre este punto en otras partes del libro.

nada tienen que ver con los rasgos definitorios de estas mismas fuerzas al inicio del sistema franquismo. En el plano económico se observa el paso de un sistema autárquico de base subdesarrollista a un liberalismo consumista a la altura del de otros países europeos. En el plano político, se evoluciona de un incuestionable fascismo a una democracia orgánica. Sin embargo, las leyes de prensa, la Ley de Serrano Suñer (23 de abril de 1938) y la Ley de Fraga Iribarne (18 de marzo de 1966), poco cambian, a pesar de sus diferencias de estilo, ya que en ambas leyes el Gobierno aparece como máximo garante y gestor de la información con la finalidad de asegurar una correcta educación de la opinión pública que conduzca a altas cotas de libertad, pero siempre dentro de las directrices marcadas por el Movimiento Nacional. Algo muy parecido se puede afirmar, a pesar de las diferencias aparentes que se dan, de las leyes de educación, la Ley de Educación Nacional de Pedro Sáinz Rodríguez (20 de septiembre de 1938) y la Ley de Villar Palasí (4 de agosto de 1970). En ambas leyes, se defiende, como fundamentos básicos de educación, la formación humana integral para el ejercicio responsable de la libertad, siempre dentro de los marcos impuestos por la ley oficial, inspirado en el concepto cristiano de la vida y en la tradición y cultura patrias. En ambas leyes, inicios y finales del franquismo, los principios rectores de religiosidad y patriotismo van a definir la educación española. La represión puede ser otro de los puntos de análisis para demostrar el inmovilismo de un régimen durante sus casi cuarenta años de existencia. Las cárceles españolas validan esta afirmación. Esta realidad dual y contradictoria hace que la España del régimen franquista sea una cuestión particular dentro de una España como problema general.

Estas fuertes fluctuaciones en el discurrir histórico del franquismo con sus paradojas internas y con sus cambios extremos de imagen política, obligan a la cautela y al relativismo. La objetividad ideal no existe; pero es lícita toda propuesta basada en la honestidad crítica. ¡Qué hablen los datos y los hechos independientemente de la posición ideológica del crítico! Estos principios nos obligan a proponer una metodología de estudio que al mismo tiempo que sea operativa sea igualmente objetiva y científica. Esta tiene que ser instrumento o medio que ayude a la búsqueda y propuesta de unas conclusiones coherentes, convincentes y razonables. Por tanto, el tema que nos ocupa, difícil de analizar por la complejidad de su ser y por los diferentes intereses de la crítica, frecuentemente hermanados a posturas ideológicas, exige, además de prudencia y sinceridad críticas, coherencia y objetividad de análisis. Es el reto principal que

subyace en este estudio sobre la *Sociología cultural del franquismo (1936-1975): el nacional-catolicismo*.

El ideal crítico, asumiendo los puntos programáticos ya señalados, debe responder a tres líneas de estudio claramente diferenciadas. Una primera línea descriptiva que se centre preferentemente en el “qué” y en el “cómo” de la cuestión; una segunda línea de carácter analítico que estudie el “por qué” y el “para qué” del problema; finalmente, una tercera línea de sentido evaluativo que descubra y proponga el sentido profundo del hecho socio-cultural del nacional-catolicismo. Descripción, análisis y evaluación pretenden ser los tres planos críticos de este estudio.

Estos supuestos metodológicos obligan a señalar una doble dirección hermenéutica: lo que no se quiere hacer, metodología negativa, y lo que uno pretende realizar, metodología positiva. Todo estudio de las características presentadas se parece a la señalización de una marcha senderista, donde todos los caminos están marcados por indicaciones de paso permitido o paso prohibido para evitar pérdidas y asegurar el destino final. Se garantiza, de esta manera, el recto discurrir desde el punto de partida del estudio hasta las metas-conclusiones alcanzadas a través de un camino-análisis de las fuentes y materiales críticos. En este tipo de examen lo importante no es “vencer sino convencer”, ofreciendo una lectura del hecho analizado, en este caso la cultura del franquismo, que sea lógica y convincente según las leyes impuestas por los planeamientos metodológicos de base.

Desde el punto de vista de la metodología negativa se intenta huir de todo doctrinarismo para evitar la pura ideología y fomentar el historicismo cultural. Este principio de análisis obliga a rechazar ciertas formas de estudio y de propuestas poco empíricas por su fuerte carga de subjetividad. Nunca es lícito proponer ideas de naturaleza universal a partir de premisas particulares. En estos tiempos, cada vez con más insistencia, se busca exponer propuestas con carácter de objetividad a partir de pruebas que marcan la excepción. La excepción confirma la regla, nunca la define ni la valida. Sin embargo, ciertos críticos o ideólogos buscan y proponen la excepción o particularidad como razones irrefutables de verdad universal. Los debates políticos están plegados de estos recursos de confusión y falsedad. Otro de los procedimientos habituales de tergiversación crítica se basa en la manipulación descarada de las fuentes. Se toman las

citas o las imágenes según el interés del crítico y no según lo propuesto y definido por los autores o por las fuentes empleadas. Un grano no hace granero, aunque sea ejemplo particular de una realidad generalizada que toma lo particular como razón universal o se manipulan las pruebas asumidas para hacerlas coincidir con la propuesta de sus tesis. Con más frecuencia de lo esperado, la idea o realidad presentada con la cita de autoridad como prueba inequívoca se ubica semánticamente años luz de lo que el autor citado o el documento ofrecido afirman con propiedad. En esta misma línea hay que señalar, como uno de los recursos más utilizados, la descontextualización del fenómeno analizado, como si fuera posible explicar un hecho puntual al margen de sus circunstancias. La información política hace un uso abusivo de estos medios de confusión informativa. La manipulación de las fuentes ofrece visiones adulteradas e interesadas de la realidad. ¿Qué sucede cuando se tergiversan las citas o las ideas para hacerlas coincidir con el punto de vista del crítico sin respetar la veracidad de la fuente? Siguiendo estos recursos, se puede llegar a defender, como lo hacen diversos historiadores en el candelero de la popularidad, que en Gernika no hubo una matanza de civiles, ya que no pasaron de la media docena de muertos en el bombardeo nazi o bien defender que la violencia total republicana fue muy superior o similar a la violencia nacional. Con sorpresa, se advierte, también en nuestros días, un método crítico de análisis que lo denomino como metodología analógica. Me refiero a los estudios que parten de una afirmación y esta se relaciona con otra segunda por alguna relación existente, que, a su vez, se emparenta con una tercera y así sucesivamente hasta llegar a una propuesta en la que el aserto final nada tiene que ver, o tiene que ver muy poco, con el punto inicial de partida. Esto es válido en poesía, pero no en crítica y aún menos en historia. Lo más curioso del caso es que “la asociación de cosas dispares que no tienen entre sí otra cosa que las relaciones aparentes y la inmediata generalización de casos particulares” responde a la lógica colectiva o bien a la psicología de masas (Le Bon, p. 54). Se juega con una psicología colectiva para proclamar la confusión a partir de intereses muy particulares. Algo muy similar se daban en ciertos juegos infantiles en los que se proponían dos realidades en apariencia nada identificables, pero a través de relaciones analógicas había que llegar a emparentar el inicio con el destino final. ¿Ensayo crítico intencionado o juego inconsciente? Por este camino nos encontramos con afirmaciones tan sorprendentes como la homosexualidad de don Quijote, la destrucción e incendio de Guernica por dinamiteros asturianos o bien la defensa de la bondad y del paternalismo del Caudillo a partir de la imagen simbólica de su sonrisa. Sorprendente, pero real.

Eran necesarias estas aclaraciones de partida, metodología negativa, no sólo para prevenir al lector de lo que no debe ser un trabajo de carácter crítico, sino, y muy especialmente, para explicar ciertas líneas de análisis del presente estudio. Las afirmaciones que se hacen en las páginas de este ensayo evitan en lo posible las falacias y tergiversaciones referidas con anterioridad, al mismo tiempo que buscan la objetividad de planteamiento y la coherencia conclusiva. Por esta razón, margina las simples insinuaciones o las verdades a medias, que son las mayores patrañas, para apoyar las razones defendidas en pruebas sólidas. Hay que presentar la realidad en su complejidad, de la forma más veraz y totalitaria posible, para poder defender las tesis sólo sustentadas en esos supuestos. No basta decir que el gobierno franquista se basó en la violencia, hay que probar este aserto con razones y hechos contundentes, especialmente cuando de esta situación devienen consecuencias muy serias y determinantes para explicar el plano cultural.

Este camino, aceptación de una metodología positiva y rechazo de otra negativa, marca la dirección hermenéutica de este estudio. Nos interesa desvelar y valorar las claves de una sociología cultural aplicada a las formas de ser, pensar y actuar de la sociedad española durante el tiempo que estuvo vigente el régimen franquista. Dicho, en otras palabras, nos proponemos señalar y evaluar los rasgos definidores y, más o menos definitivos, de la cultura del nacional-catolicismo, cultura propia del régimen franquista.

La metodología empleada en este análisis sobre la cultura del franquismo es, a todas luces, necesariamente ecléctica, ya que toma rasgos y principios de actuación de ciertas escuelas sin guardar una fidelidad plena hacia las mismas. Es un continuo acercarse y alejarse a algunos métodos de análisis, buscando en todos los casos la operatividad y el objetivismo del hecho analizado. Está claro que se da prioridad al objeto de estudio sobre el método de análisis. Este eclecticismo tiene una razón de ser. Actualmente, el tema propio de la llamada sociología cultural es tratado por ciencias diferentes, que van desde la antropología hasta la psicología, pasando por la ciencia de la comunicación o la lingüística. Todas, desde sus perspectivas de análisis, tienen algo positivo y esclarecedor que decir. Parece interesante subirse al carro de la operatividad crítica para entresacar los datos que sean útiles para el estudio y la valoración de nuestro campo de reflexión. De esta manera, en todo momento, se ha procurado profundizar en los temas

de estudio, utilizando en cada caso el sistema o método más operativo y más productivo. Por tanto, no existe ningún servilismo al método pero sí cautela crítica y honestidad frente a los hechos analizados. La máxima, en este sentido, es que la metodología sólo es un instrumento de trabajo que se debe subordinar a las realidades o fenómenos analizados, buscando los mejores resultados posibles dentro de los principios de coherencia, objetividad y totalidad. Se impone a todas luces un método interdisciplinar debido a que el tema que nos interesa presenta una naturaleza pluritemática. Como afirma Gianni Statera, lo más lógico, por lo que se desprende de las propias disciplinas de análisis, parece ser el uso de metodologías de sentido interdisciplinar y de integración, “considerando el hecho de que toda investigación de tipo sociológico no puede dejar de tener en cuenta, aparte el nivel social propiamente dicho, los niveles de la cultura y de la personalidad que representan objetos específicos de la investigación para la antropología cultural y la psicología” (p. 52). Este es el método asumido, a partir de las precauciones tomadas, en este trabajo.

Desde otra perspectiva, cabe afirmar que el presente es un tiempo difícil para definiciones categóricas por su permanente evolución y por sus cambios de sentido. Hasta hace unas décadas, los términos sociología, cultura, sociedad, civilización, ideología, etcétera, poseían unos valores semánticos bien delimitados y bien definidos. Centrándonos en el concepto de cultura, se puede afirmar que hasta principios de siglo los teóricos defendían la existencia de dos tipos de cultura: la alta cultura y la cultura popular. La primera era una cultura básicamente de creación y de pensamiento frente a la popular que era fundamentalmente lúdica y de expansión. Con el fenómeno de la industrialización, esta dualidad cultural se rompe y aparecen, según terminología del sociólogo y periodista americano Dwing McDonald, los términos de “Masscult” y “Midcult” para enfrentar las nuevas tendencias culturales de la época industrial a la alta cultura (*La industria de la cultura*, 1969), identificando la “Masscult” con la cultura de masas, que puede ser distintiva del alto intelectual como del analfabeto. Las barreras tradicionales se han fracturado. Siguiendo en esta misma línea, el politólogo americano Edward Shils defiende para la actualidad la existencia de tres culturas: la cultura superior o refinada, la cultura mediocre y la cultura brutal (*La sociedad de masas y su cultura*, 1969). Sin embargo, estas diferenciaciones no son suficientes, ya que en la actualidad, como veremos en capítulos posteriores, se hace necesario diferenciar dentro de la alta cultura, la cultura técnica y la cultura humanística. Se habla de esta manera de

“dos culturas” para marcar y remarcar los espacios irreconciliables de la cultura técnica de la cultura de las humanidades. Con este breve panorama se explica perfectamente la complejidad de cualquier concepto que se tome como base de análisis. Algo similar sucede cuando nos enfrentamos a principios tan poco delimitados como cultura liberal, cultura totalitaria y cultura de masas. Hay elementos diferenciales, pero igualmente hay tantos puntos compartidos que es casi imposible deslindar con precisión lo que cada una de estas culturas tiene de la una o de la otra. La cultura es plural y paradójica, como igualmente son las ideas de sociedad y de sociología. Si a este plano de ambigüedad y pluralidad se añade el tema, igualmente complejo, contradictorio y altamente manipulado, de la cultura franquista, se percibe el auténtico problema de su análisis y de su valoración. Se hace necesaria una metodología operativa y científica que permita transitar con seguridad por los espacios resbaladizos y procelosos del tema elegido para este estudio. Este camino de seguridad y objetividad nos ha llevado a optar, como se decía en párrafos anteriores, por el eclecticismo crítico.

Al optar por una definición sobre el hecho de cultura, consciente de las limitaciones que subyacen en toda teoría, me inclino por la que ofrece la UNESCO, presentada en su Conferencia Mundial sobre las Políticas Culturales (México, 1982), en donde se afirma:

... la cultura puede considerarse actualmente como el conjunto de los rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan a una sociedad o un grupo social. Ella engloba, además de las artes y las letras, los modos de vida, los derechos fundamentales al ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias y que la cultura da al hombre la capacidad de reflexionar sobre sí mismo. Es ella la que hace de nosotros seres específicamente humanos, racionales y críticos y éticamente comprometidos. A través de ella discernimos los valores y efectuamos opciones. A través de ella el hombre se expresa, toma conciencia de sí mismo, se reconoce como un proyecto inacabado, pone en cuestión sus propias realizaciones, busca incansablemente nuevas significaciones, y crea obras que los trascienden.

La definición que ofrece la UNESCO sobre el hecho cultural pone de manifiesto el principio de la pluralidad compleja que implica para su captación y entendimiento un enfoque interdisciplinar. En esta misma línea, se posiciona el sociólogo francés Edgar Morin, para quien la cultura, en la actualidad, debe ser interpretada en un sentido muy lato “como el aspecto intelectual del entorno artificial que el hombre se construye mediante la vida social. Abarca todos los componentes intelectuales presentes en un espíritu dado (cultura individual) dentro de la configuración compartida de espíritus que define a un grupo social (la cultura de la sociedad)” (1977, p.125). Para Edgar Morin,

existe una cultura social compartida sobre la que se asienta todas las peculiaridades de la posible y múltiple cultura individual. La clave cultural es, por tanto, la relación dinámica y tensiva que se crea en las relaciones entre persona y sociedad. Desde este punto de vista, parto de la máxima orteguiana expresada en *Meditaciones del Quijote* de que todo ser o conducta, ya sea ésta personal o social, sólo puede explicarse por lo que es en sí a partir de sus circunstancias. Cada objeto de cultura o cada texto de significado es un “algo” explicable sólo en sus circunstancias plurales. Ese “algo”, en nuestro caso, es un tipo de cultura en unos contextos concretos de tiempo, espacio e historia, que cabe denominarlo como nacional-catolicismo. ¿Cómo acercarnos con garantías de éxito al hecho cultural del sistema franquista?

Defiendo, en la línea de la metodología historicista³, que todas las formas culturales son consecuencia o producto de unos hechos sociales en un tiempo histórico. Toda realidad humana o social es un devenir, carácter evolucionista, donde el presente se explica por el pasado y el futuro tiene su justificación en actualidad. Estos supuestos revelan y justifican que todo fenómeno de cultura, si quiere tener una base de coherencia y legitimidad, tenga que ser estudiado y valorado en su presente real sin obviar sus relaciones con su pasado y con lo que puede ser su futuro. Nuestro tiempo de estudio en el caso que nos ocupa es la cultura propia del régimen franquista en la España que va de 1936 a 1975. Comprender en extensión y en profundidad este fenómeno histórico, obliga a plantear su pretérito inmediato con el conjunto de impulsos de afirmación o de rechazo que forman y justifican el fenómeno político y cultural del franquismo. Esta perspectiva de análisis explica que en el presente estudio se dedique un primer capítulo a analizar los “Antecedentes de una dictadura” para, por la vía del contraste o de la comparación, percibir la verdadera personalidad de la cultura de la época franquista. Igualmente, en el cierre y colofón del estudio “A modo de conclusiones”, se pretende analizar la presencia o ausencia de los cánones del franquismo o del totalitarismo en nuestro tiempo, oficialmente un tiempo de democracia y liberalismo. Entre pasado y futuro, se ha analizado en cinco capítulos el hecho político-cultural del franquismo con todos sus mecanismos de imposición, control y mantenimiento. Todo fenómeno hay que

³ Para la elaboración de los puntos siguientes, reconozco mi deuda a tres títulos de alto significado metodológico: Antonio Ariño: *Sociología de la cultura. La constitución simbólica de la sociedad* (Barcelona: Editorial Ariel, 1997); Blanca Muñoz: *Teoría de la seudocultura. Estudios de sociología de la cultura y de la comunicación de masas* (Madrid: Editorial Fundamentos, 1995) y Jeffrey C. Alexander: *Sociología cultural. Formas de clasificación en las sociedades complejas* (Barcelona: Editorial Anthropos, 2000).

estudiarlo en su realidad y en su evolución, lo que nos lleva a plantear un método claramente historicista, organizado en los tres tiempos de pasado, presente y futuro, aplicado al fenómeno socio-cultural del nacional-catolicismo. Muy en la línea orteguiana, el profesor Ciriaco Morón afirma en su ensayo *Las humanidades en la era tecnológica* (Oviedo, 1998) que la historia, como realidad temporal o como disciplina humanística, debe ser conocimiento, crítica y proyecto. Este ensayo pretende responder a esta triada de principios: entendimiento, reflexión y sentido, ya que somos conscientes, con Ciriaco Morón, que “cuanta más historia, más volumen de visión, mayor nuestro horizonte” (p. 265).

Otra vía de acercamiento al estudio de la cultura del nacional-catolicismo es la denominada metodología culturalista. Me interesa del culturalismo, con Franz Boas⁴ a la cabeza, su atención por descubrir y valorar todos los rasgos específicos que conforman una cultura y la diferencian de las demás. Cada cultura es la consecuencia de ciertas fuerzas o vectores que la definen, determinando sus formas de ser, sus principios sociales y sus valores morales. Aunque suene a una tautología un tanto infantil, se puede afirmar que todo ser o hecho de cultura es lo que es por lo que es. Se vuelve a plantear el axioma orteguiano del ser en sus circunstancias. Estos principios de partida nos obligan a analizar todo el contexto socio-histórico en donde nace y se desarrolla el fenómeno cultural a analizar. Como defiende la doctrina del marxismo oficial, todo hecho de cultura es una manifestación social, superestructura, de unas estructuras histórico-sociales básicas. No es un camino para llegar a una meta; es un enfrentarse abiertamente con las fuerzas o impulsos que definen una cultura. Toda cultura es una realidad compleja y plural que se muestra con diferentes caras, cuya explicación hay que encontrarla en el humus social y político donde enraíza. Los textos o fenómenos culturales sólo se saturan semánticamente en su dependencia con los “contextos”. Este principio nos obliga a estudiar una sociedad o bien un sistema político en sus propios términos para poder calar en sus niveles de cultura. Cultura y sociedad son dos realidades interdependientes. Estos supuestos de partida favorecen la aparición de una vía altamente adecuada para conocer la personalidad de una colectividad-pueblo y sus patrones de comportamiento social. El culturalismo está pidiendo, como complemento, una vía inequívocamente historicista.

⁴ Véase al respecto el estudio de María Valdés Gazquez: *El pensamiento antropológico de Franz Boas* (2006).

El historicismo y el culturalismo son dos pilares básicos en este sistema de lectura. Cualquier acción o hecho de cultura encarna o revela un horizonte de sentido o bien todo hecho es significativo en sí y en relación con las demás acciones significadas. Esta realidad nos obliga a analizar los fenómenos o hechos de cultura, textos saturados de significado en su ser, en su contexto y en su devenir. Se ha entrado en los espacios propios de la sociología cultural. Historicismo y culturalismo nos han servido como medios de aproximación a la escuela de la sociología cultural, capitaneada por Jeffrey C. Alexander, quien en su obra *Sociología cultural. Formas de clasificación en las sociedades complejas* sostiene que la sociología no puede ser únicamente el estudio de contextos, debe ser también el estudio de los textos como acciones significativas pero sin obviar la fuerza que los contextos ejercen sobre la persona y sobre sus actos (p. 32). Se entra en la relación íntima existente entre persona y sociedad y, al mismo tiempo, se topa con otra cuestión tan importante como esta primera que plantea las relaciones entre cultura y sociedad. Para el sociólogo norteamericano, cultura y sociedad forman un tándem perfectamenteavenido, de forma que sin uno no se puede explicar el otro. Pero, al mismo tiempo, como afirma Antonio Gramsci, si es imposible imaginar al individuo fuera de la sociedad, estando, por tanto, históricamente determinado, de igual manera, todo individuo y toda actividad suya no puede ser pensada fuera de una sociedad determinada (1961, p. 83). La cultura es un fenómeno social. Si la sociología tiende a conocer e interpretar la estructura social, parece lógico que la sociología cultural se interese por la valoración de la cultura en su realidad social. Esta relación que se crea entre individuo, sociedad y cultura conduce a la visión y a la revisión de toda una serie de cuestiones centradas en las posibles relaciones entre la cultura y el poder, entre conocimiento y poder. Ahora bien, es algo obvio que el poder o los grupos dominantes impongan y perpetúen su cultura, su visión del mundo y de la realidad, porque poseen los medios y los instrumentos de socialización cultural. Está claro que los modelos culturales dominantes presentan un camino direccional que va de arriba abajo, desde el poder al individuo. Este es un hecho incontestable desde que el mundo es mundo y desde que el hombre es hombre. El brujo o chamán impone sus ideales mágicos sobre el salvaje; lo mismo hacía el señor feudal sobre el vasallo como el ilustrado sobre el pueblo o bien la Iglesia sobre el creyente. ¿Qué decir de una sociedad sometida a un régimen político de signo totalitario o bien de una sociedad de masas como la actual? Se

impone una industria cultural para dirigir ideológicamente a la sociedad buscando el beneficio económico y político de las clases dominantes.

Este hecho, incuestionable en su propuesta, nos conduce necesariamente a otros dos planos de análisis: la psicología social y la cultura de masas, entroncados ambos planos muy directamente con la Escuela de Frankfurt. Si la sociedad se caracteriza por una relación de dependencia o subordinación, siempre tensa y problemática, entre grupos dirigentes y grupos subalternos, es necesario conocer los diferentes mecanismos de control y dirección que programa y desarrolla el poder para canalizar la fuerza ciega del pueblo por el camino de los intereses de clase, de permanencia y de poder. La comunicación se hace imprescindible en las relaciones políticas entre clases sociales. La comunicación, por tanto, tal como sostienen algunos sociólogos, es “un acto de estimulación de un receptor por parte de un emisor mediante estímulos motivacionales y de incentivación social” (B. Muñoz, 1995, p. 51). A partir de estas consideraciones de base, se plantea una serie de preguntas base que deben cuestionar e intentar resolver el hecho fundamental de la naturaleza y control de los medios de comunicación y de la industria cultural (F. Rositi, p. 18) junto a su posible incidencia e impacto en el receptor colectivo que forma la comunidad a partir del conocimiento de la características receptivas de ese receptor. En esta línea se mueven las ideas de G. Le Bon en su conocida obra *Psicología de las masas*⁵, donde estudia las relaciones entre la psicología colectiva y las formas de comunicación, o bien, como diría Theodor W. Adorno, se hace necesario analizar la influencia de los medios de comunicación sobre las diferentes capas sociales para evaluar el efecto que éstas pueden producir (1966, p. 9).

En un primer lugar, la cultura moldea la conciencia y los valores de la colectividad, haciendo que ésta sea lo que es y actúe según unos valores socialmente asimilados. ¿De dónde emana y cómo se expande esta cultura? El poder crea y desarrolla unos mecanismos de atracción y de integración difundidos a través de una cultura dirigida de proyección colectiva, no necesariamente una cultura popular, de gran coherencia y de fuerte cohesión. Se impone la teoría que analiza el hecho de la cultura como fuerza e instrumento de dominación. Desde este punto de vista, la cultura funciona como un

⁵ G. Le Bon: *Psicología de masas*. Madrid: Editorial Morata, 1995. Aunque no comulgue con su ideología conservadora y con algunas de sus afirmaciones, estoy de acuerdo con su metodología y con la importancia de la “psicología de las masas” para entender y valorar en su justa medida la relación existente entre estímulos y reacciones en el plano de la comunicación social.

proyector de estímulos que tienden a provocar en los destinatarios unas reacciones programadas en su ejecución y esperadas en su resolución. Las investigaciones psicológicas estudian y marcan las pautas de lo que el público debe hacer, de cómo tiene que vivir y de lo que tiene que valorar. El estudio de estas reacciones individuales o colectivas frente a los estímulos programados como igualmente sus posibles grados de impacto para conocer el acierto o desacierto del estímulo es propio de la psicología social. Esta metodología es válida y altamente operativa tanto en culturas de regímenes totalitarios como en culturas de masas. La psicología social será otra de las fuentes de referencia en este trabajo que busca plantear la influencia y el grado de impacto de los estímulos culturales sobre la población.

Un paso adelante en esta breve exposición de influencias metodológicas la constituye la denominada Escuela de Frankfurt. Blanca Muñoz, analizando los supuestos teóricos de la escuela frankfurtiana, afirma:

Desde la década de los años treinta se asiste a un ascenso de movimientos políticos de carácter muy irracionalizados y que cuentan con un poderoso apoyo de masas... La Escuela de Frankfurt será la primera en dar una interpretación global de todos los posibles factores que inciden en la radicalización de movimientos en donde hay un fuerte y complejo primitivismo colectivo que hubiera parecido impropio de una fase histórica en la que la ciencia y la tecnología se han ido desarrollando a ritmo vertiginoso" (1995, 67).

Según palabras de Blanca Muñoz, se entra en una nueva paradoja, fácil de entender y explicar pero difícil de asumir: la más rabiosa modernidad basada en una sociedad postindustrial y fuertemente consumista nos remite a unos paradigmas culturales propios de sociedades primitivas, irracionales y míticas. Esta sociedad, fuertemente desarrollista y consumista, propicia la consolidación de una cultura de masas, cuyos mecanismos de acción interna aseguran la permanencia del sistema capitalista a través del control de la conciencia colectiva. Antonio Ariño profundiza en estos principios, con una estimable sistematización, cuando sostiene:

La teoría de la cultura de masas parte del supuesto de que la modernidad... ha creado una sociedad masa, compuesta por hombres masa, es decir, átomos, individuos insulares y aislados, inermes ante la técnica y los medios de comunicación... la teoría de la cultura de masas tiende a considerar a las audiencias como masas pasivas, vulnerables, manipulables y explotables... fáciles presa de la publicidad consumista y de la propaganda política, recreándose en el mal gusto y asumiendo como robots las fórmulas estandarizadas de la cultura industrial. (p. 149)

Una sociedad masa, sometida a intensos controles de imposición y dominio e inerte a la influencia de estas fuerzas de poder, se convierte en una sociedad alienada, homogénea y conformista con una visión del mundo y de la vida pasiva y acrítica. Como afirma Herbert Marcuse, se ha generado una sociedad sin posibilidad de respuesta crítica, porque se le ha anulado su capacidad de pensar (1967, p. 9).

Este ejercicio del poder para el control de las conciencias de los ciudadanos realizado a través de mecanismos sofisticados y plurales de atracción e imposición, presentados preferentemente como modelos culturales mercantilizados y difundidos a través de los medios de comunicación de masas, los mass-media, ha originado una pseudocultura o no cultura, cuya finalidad es el control y dominio de la sociedad. Estas pseudoculturas son propias tanto de las sociedades de signo totalitario como de las sociedades de masas. La diferencia entre ambas se basa principalmente en la naturaleza de su imposición. Mientras una sociedad totalitaria, el nazismo o el nacional-catolicismo, recurre a la violencia física meticulosamente programada de sentido maximalista y bruto, la sociedad de masas emplea una violencia emocional igualmente programada de sentido igualmente maximalista pero de naturaleza indirecta o subliminal. Las primeras asumen las vías del terror y las segundas toman apariencias democráticas⁶. Las propuestas de Paul F. Lazarsfeld son igualmente esclarecedoras:

Las sociedades complejas están sometidas a muchas formas distintas de control organizado. Hitler, -léase en este caso Franco-, por ejemplo, hizo suyas las más visibles y directas: violencia organizada y coerción masiva. En Estados Unidos, -léase regímenes democráticos-, la coerción directa se ha minimizado. Si alguien no adopta las convenciones y actitudes defendidas por algún grupo del poder... no se le puede eliminar ni encerrar en un campo de concentración. Quienes desean controlar las opiniones y convicciones de nuestra sociedad recurren menos a la fuerza física y más a la persuasión de masas. El programa radial y el anuncio institucional actúan en lugar de la intimidación y de la coerción. (1977, p. 26)

En esta breve presentación sobre las metodologías que nos sirven de base de estudio de las relaciones entre individuo, sociedad y poder, me parece indispensable, antes de continuar, proponer un inciso o nota que nos sirva de aclaración y justificación previas

⁶ Según afirma el sociólogo americano de origen austriaco Paul F. Lazarsfeld “de manera creciente, los principales grupos de poder... (sean estos totalitarios o aparentemente democráticos) han pasado a adoptar técnicas para manipular al público masivo mediante la propaganda en vez de utilizar medios más directos de control” (1977, p. 25). De la violencia ideológica como medio de control se ha evolucionado a formas, aparentemente más democráticas, a una violencia emocional muy sutil, pero igualmente eficaz y operativa.

de análisis. Cuando se expone la relación de sociedad-poder durante el tiempo del régimen franquista, se verifican dos tipos de sociedad aparentemente opuestas, como quedará claro en capítulos posteriores: totalitarismo franquista en una sociedad subdesarrollada-autárquica y democracia orgánica en una sociedad altamente industrializada y consumista, sociedades que presentadas desde la óptica cultural reciben el nombre de nacional-catolicismo y cultura de masas⁷, sin abandonar esta última su signo nacional-católico. En apariencia y por lógica, parecería que los resultados tendrían que ser muy diferentes por tratarse de sociedades ideológica y políticamente opuestas. Sin embargo, aspecto curioso y sumamente sorprendente, sus posibles relaciones son mucho más cercanas de lo esperado, incluso se hallan fuertemente emparentadas. Ambas culturas, nacional-catolicismo y cultura de masas, presentan aspectos demasiado próximos como para juzgar que nos encontramos con dos sistemas políticos plenamente diferenciados. El uso fascista de los medios de comunicación es semejante al que hacen las empresas de publicidad comercial. Incluso, Goebels, ideólogo y propagandista de la política nazi, era perfectamente consciente de los poderes de los medios de comunicación, por lo que proclamaba que la propaganda política debía seguir los métodos de publicidad comercial americana (Giner, pp. 256-57). El nacional-catolicismo tomó del nazismo alemán esta lección práctica de adoctrinamiento y control. En la cultura de masas hay mucho de totalitarismo como en el totalitarismo hay igualmente mucho de cultura de masas. A su vez, McDonald afirma que tanto los totalitarismos como las modernas sociedades industriales con su cultura de masas buscan transformar a los individuos en hombres masa (1969, p. 73). Estas democracias industrializadas como las políticas totalitarias desarrollan culturas de sentido verticalista que van de arriba abajo, creadas por técnicas al servicio del poder, sea éste político o económico (McDouglas, 1969, p. 78). Tanto unas como otras utilizan para su imposición la violencia, creando pseudoculturas basadas en el miedo, la ideologización y la trivialización. Partiendo de estas grandes semejanzas de formulación y de filosofía de acción cabe una sospecha, propuesta aparentemente paradójica, que podría ser formulada como posibilidad de existencias de democracias

⁷ No se puede olvidar que dentro del inmovilismo ideológico del sistema, se percibe claramente dos épocas económicas diferenciadas: el subdesarrollo que coincide con las épocas más duras del franquismo (1936-1960) y un desarrollo industrial cada vez más moderno y dinámico (1960-1975), que configura las bases socio-culturales de la denominada monarquía democrática. Aunque hagamos esta diferencia nominal, tanto una como otra pertenecen al denominado círculo cultural del nacional-catolicismo. Se percibe lo que se ha planteado en diversas ocasiones: inmovilismo dentro de un aparente evolucionismo.

fascistizadas.⁸ En un sentido u otro, se ve con claridad cómo la sociedad se halla manipula abierta o secretamente por los centros del poder, planteándose el principio de la robotización o gregarización de la humanidad (Giner, pp. 203-204).

La cultura de estas masas domesticadas por el terror o por la propaganda, transformada en pseudocultura, gracias a la capacidad de control e imposición que ejerce el poder hegemónico sobre esa sociedad alienada y manipulada, se presenta como ideología. Por tanto, la pseudocultura de esta sociedad de masas funciona como una ideología encaminada al dominio de la población para establecer y consolidar los intereses del poder. De esta manera, la sociedad se halla atrapada ideológica y culturalmente por los resortes del poder a través de los medios de comunicación. El sistema se consolida y el individuo queda preso y perfectamente domesticado, alienado, en las redes de control del poder establecido. Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, entre otros teóricos, en su trabajo “La industria cultural. Ilustración como engaño de masas”⁹, llegan en sus reflexiones a puntos tan extremos y categóricos que no dejan espacio alguno a la esperanza. El individuo y la sociedad viven en una especie de círculo cerrado y negro sin salida a la luz. La cultura de masas, como “un sistema de la no cultura” (p. 173), que prohíbe “la actividad pensante del espectador” (p. 171), sólo permite al ciudadano “la libertad de morir de hambre” (p. 176). Esta realidad, ideología base de la cultura de masas, tan sofocante como aniquiladora, no es propia sólo de los regímenes totalitarios, sino, sorprendentemente, estuvo originada y desarrollada “en los países industrializados más liberales” (p. 177), en donde “la producción material... actúa en la superestructura como control a favor de los que dominan” (p. 178). “La producción capitalista los encadena [a las masas] de tal modo en cuerpo y alma que se someten sin resistencia a todo lo que se les ofrece... así, las masas engañadas sucumben... [teniendo] lo que desean y [aferrándose] obstinadamente a la ideología mediante la cual se les esclaviza” (p. 178). De igual opinión es Salvador Giner, cuando afirma que: “Las nuevas mayorías [las masas] son gobernadas por las minorías en virtud de la manipulación institucionalizada y la jerarquía directiva, firmemente anclada en las gigantes burocracias de las sociedades anónimas y las empresas multinacionales” (p. 211). El

⁸ Estas afinidades culturales e ideológicas entre el nacional-catolicismo y la cultura de masas del último franquismo y de la monarquía democrática permiten la propuesta de una misma metodología de trabajo para profundizar y dilucidar las claves de la sociología cultural del franquismo en su relación con la democracia como ideología y como cultura

⁹ *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Editorial Trotta, 2003.

liderazgo ha evolucionado de la política totalitaria de signo ideológico a una economía neoliberal igualmente totalitaria e impositiva.

El individuo masa se halla prisionero en este mundo, contento como ser domesticado en esta sociedad de consumo, que le ofrece lo que desea sin ser consciente de que lo deseado es el medio más sutil y eficaz de control y de dominio por parte de las clases o grupos dirigentes. El consumismo es el sistema más eficaz de manipulación para unos y de gregarización para otros. Es difícil proponer en tan pocas líneas una visión tan negativa y descorazonadora de las relaciones del poder sobre la sociedad. Éste, como afirma H. Marcuse, ha sido capaz de “armonizar, sin recurrir al terror, democrática, espontánea y automáticamente, las necesidades individuales y las que son socialmente necesarias... para que el sistema se mantenga y prospere” (1964, p. 8). Lo terrible del caso es que las necesidades individuales y las necesidades sociales se superponen y se refuerzan para mantener un sistema que sólo aprovecha al poder.

Los miembros de la Escuela de Frankfurt profundizan en las relaciones entre sociedad y poder, clarificando un panorama un tanto dramático, que, hasta sus reflexiones, estaba oculto, o por lo menos opaco, para las ciencias humanas e históricas. Sus conclusiones son convincentes, pero tan negativas y desestructuradoras que resultan, aunque convincentes desde el punto de vista empírico, poco atrayentes para aceptarlas en su totalidad. Aunque la vida y el mundo sean fuerzas deshumanizadoras que aniquilan la verdadera personalidad del individuo a partir de la manipulación existente y programada desde el poder, se necesita una bocanada de aire fresco o un poco de luz para poder contemplar un panorama humano, que, aunque no sea muy atractivo para los sentidos o para los sentimientos, presente algunos destellos de esperanza y de ilusión para luchar por la transformación de la sociedad con el objetivo de alcanzar, aunque sea en un simple plano emocional, un mundo mejor.

Los estudios de investigación de la comunicación de masas proponen que ésta, la comunicación de masas, es un sistema o instrumento de la manipulación de los gustos del consumidor al servicio del mercado y de la dominación política, cuyo resultado final es la creación de una pseudocultura (A. Ariño, p. 181). Frente a estos estudios, la Escuela de Birmingham, Centre for Contemporary Cultural Studies, defiende que cualquier realidad de conducta, independientemente de su consideración socio-cultural,

es, y como tal así debe considerarse, un hecho social. Sociológicamente, la contemplación de la televisión, una de las actividades más presentes en la vida de los sujetos de la sociedad actual, debe ser interpretada y valorada como un hecho socialmente más significativo que la visión de un cuadro de Velázquez o Picasso. Las horas que los ciudadanos medios pasan frente al aparato de televisión reflejan lo que es y lo que valora esta sociedad por ser formas de vida y maneras de conducta social. La cuestión a dilucidar es saber si todos los videntes reaccionan de la misma manera ante los programas vistos y si se cumplen fielmente las expectativas creadas desde el poder para la dominación de las masas. “Existen pautas orientadoras de las interpretaciones que producen interpretaciones preferidas, generalmente las interpretaciones hegemónicas, y que proceden de las relaciones del poder. Esto no significa que, como postulaban los teóricos de la cultura de masas o los de la economía política, el significado esté predeterminado y cerrado, no siendo más que una reproducción de la ideología dominante” (A. Ariño, p. 190). Los estudios realizados y la propia experiencia personal dictan que, aunque exista una interpretación preferida, no en todos los casos es la única, aunque sea la dominante. La televisión española nació con una clara conciencia de dominio y manipulación de conciencias, sin embargo esa misma televisión reveló a esos mismos españoles que existían otros mundos, otras sociedades y otras políticas. Las interpretaciones preferidas no cerraban el paso a otras interpretaciones de carácter alternativo e incluso disidente. Se imponía en ciertos sectores de la población una “visión resistente”, propiciando la creación de una cultura o “teoría resistente”. Por otra parte, no todos los videntes o lectores presentan una misma naturaleza receptiva ni unos mismos estímulos frente a lo ofrecido. Cada uno es un mundo personal distinto a los demás, dependiendo esta diferencia de su clase social, de su nivel económico, de su educación y de su cultura, de su posición frente al televisor, etcétera. Estas diferencias permiten niveles de recepción diferentes, propiciando interpretaciones distintas e, incluso, estas interpretaciones resistentes pueden hacer que recepciones preferidas se conviertan en posiciones resistentes. Se llega a defender la teoría de las audiencias activas y a proclamar la capacidad de todos los humanos de ser y de actuar como posibles creadores de significados.

Desde otra perspectiva, la autocrítica de la misma Escuela de Frankfurt suavizó y enmendó sus propias conclusiones al ofrecer ciertas salidas a esta situación de negatividad y pesimismo. Valgan las palabras de Marcuse en el Prefacio a la Edición

Francesca de 1967 de *El hombre unidimensional*, donde afirma: “la forma social de esta transcendencia (o solución) sería la cooperación y la solidaridad en el establecimiento de un mundo natural y social que, al dominar la dominación y la agresión represiva, se colocaría bajo el principio de realidad de la paz, solamente con él la vida puede llegar a ser su propio fin, llegar a ser felicidad” (p. 10). Quedan establecidos, de esta manera, los fundamentos de la utopía humanista.

Los teóricos de la Escuela de Birmingham abrieron esa ventana a una lectura social de los medios de comunicación y de la cultura de masas que permite contemplar el futuro de la sociedad con ojos más esperanzados al cambio y al progreso humano. La posibilidad de esta utopía de futuro es la lección última que se quiere ofrecer en este trabajo. Con Salvador Giner, intuyo y afirmo que la celeridad y fuerza de los cambios sociales en las últimas etapas de la historia moderna han “incrementado las posibilidades del pensamiento utópico al hacer parecer plausibles y cercanos sus mitos” (p. 225).

Partiendo de premisas historicistas y culturalistas, se ha llegado a la Escuela de Frankfurt a través de la sociología cultural y de la psicología social para recalar, finalmente, en el Center of Cultural Studies de la Escuela de Birmingham. Este itinerario crítico no es el camino metodológico que se sigue en este trabajo, aunque estén presentes ideas y principios de todas las escuelas reseñadas. Se hace uso de sus premisas y conclusiones allí donde se hace necesario para clarificar un espacio temático o bien para justificar un aserto crítico. Como se decía con anterioridad, interesa desvelar las claves de la sociología cultural del régimen franquista, en cuyo estudio la metodología empleada es mero instrumento de análisis y evaluación. En el presente análisis interesan los resultados, siendo la metodología medio o instrumento de explicación. Por eso, el uso de la metodología se hace en tanto en cuanto interesa y cuando es necesaria para los fines planteados.

Presentadas la metodología empleada y la naturaleza de los elementos analizados, parece lógico centrarse ahora en la estructura inmanente del trabajo. Como se comentaba con anterioridad, el estudio *Sociología cultural del franquismo (1936-1975: el nacional-catolicismo)* se organiza en seis capítulos con el objetivo de abarcar tanto

sus antecedentes y sus postrimerías como el corpus temático de la ideología del nacional-catolicismo.

El primer capítulo, “Antecedentes de una dictadura”, analiza las características socio-económicas y culturales de la España republicana para conocer el ambiente y las circunstancias en las que nace y se implanta el régimen franquista. No hay mejor manera para interpretar y valorar un tiempo histórico y un sistema político que relacionarlos con su pasado inmediato. Sólo así es posible desvelar las claves de mejoramiento o de degeneración experimentadas por el régimen advenedizo. Es el único camino válido para ofrecer la verdadera personalidad del franquismo con sus auténticas señas de identidad. El estudio del franquismo como fenómeno político-cultural, analizado en sí mismo, al margen de sus concatenaciones históricas, nos puede ofrecer una visión parcial y, por tanto, adulterada de lo que pudo ser y de lo que pudo significar en su momento y en su contexto históricos. Se hace necesario un primer capítulo, especie de prólogo, para conocer y valorar la realidad profunda de los antecedentes de la dictadura franquista.

Una vez presentados estos antecedentes, nos interesa analizar de forma lo más pormenorizada posible los rasgos constitutivos de la “Cultura del nacional-catolicismo”, segundo capítulo. Se analiza los factores propiamente culturales como aquellos otros que sirven para enmarcar y justificar esta cultura. Por eso, se parte de la Guerra Civil como medio de entronización del gobierno del general Franco y de la ideología franquista. En este contexto se hace necesario estudiar el proceso de legitimación de esta política para poder llegar con referencias sólidas a percibir la naturaleza patriótico-religiosa de esta cultura, íntimamente relacionada con la denominada “moral de la respetabilidad”. Llegado a este punto, se impone la necesidad de desvelar y explicar las claves de su imposición en la población española o bien, dicho con otras palabras, dilucidar y definir la socialización de la cultura nacional-católica en toda el área de la geografía española.

El primer paso en el proceso de socialización del nacional-catolicismo está representado por los “mecanismos jurídico-políticos de integración”, tercer capítulo. Todo régimen político, independientemente de su signo o de su posición ideológica, necesita una normativa legal para garantizar el funcionamiento interno del propio

sistema y, como consecuencia, de la sociedad que gobierna. Las leyes funcionaron de manera muy eficaz para lograr la legitimación de la autoridad franquista y la legalidad de su régimen al mismo tiempo que deslegitimaba toda presencia y autoridad del sistema republicano y de la mentalidad democrático-liberal. En este contexto, interesa de manera muy especial toda la normativa interna que permitía el funcionamiento de la cultura del régimen franquista, muy especialmente la legislación del sistema educativo en sus niveles de Enseñanza Primaria, Media y universitaria junto a la creación de el Instituto de España y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Se cierra este capítulo con el estudio y la comparación de las Leyes de Prensa de 1938, “Ley de Prensa de Serrano Suñer” y la de 1966, “Ley de Prensa de Fraga Iribarne”. La legislación jurídica explica y fundamenta los mecanismos de ordenación política y social.

Un segundo paso en el proceso de socialización del nacional-catolicismo está constituido por los “mecanismos físico-psicológicos de represión”, cuarto capítulo. Cualquier régimen de carácter totalitario acaba con toda posible oposición, incluso indiferencia, con los medios a su alcance, especialmente con los recursos del terror y de la represión. El miedo es el recurso predilecto y más eficaz para acallar las voces de disidencia y para impedir cualquier acto de desobediencia. El nivel de violencia programado por el régimen franquista para acabar con toda posible desacatamiento fue extremo. Fue una violencia sistemática y perfectamente planificada para alcanzar el exterminio completo de toda resistencia hacia sus intereses de clase y de ideología. Las cifras son escandalosas: más de cien mil ajusticiados, cientos de miles de reclusos que hacían de España, como afirman algunos historiadores, un campo de concentración, la creación de “Batallones de trabajadores” quienes, teóricamente, redimían sus culpas con el trabajo, etc. A su vez, se orquestaron tribunales de depuración que evaluaban y castigaban con penas diversas los diferentes grados de desafección al sistema. El franquismo deseaba una victoria completa a través del exterminio total de sus adversarios. Aunque existe una auténtica lucha de cifras para cuantificar esta violencia, hay un hecho incuestionable: la violencia empleada por el régimen franquista fue tan extrema como inhumana. Toda oposición, por pequeña que esta fuera, era reprimida con la violencia, imponiendo la filosofía del terror por toda la geografía española. Terror que propiciaba el silencio y con el silencio la acomodación y el conformismo.

Pero la cultura del terror no fue el único medio de control y de imposición. No bastaba con exterminar la desafección, era necesario imponer la doctrina oficial en su pureza máxima. Se arbitró para este fin un mecanismo de muy alta rentabilidad como arma de control ideológico: la censura, que evitaba con todos sus medios todo posible desviacionismo doctrinal, ya fuera por los propios intelectuales franquistas o por los intelectuales de la disidencia. Cultura del terror y censura fueron las expresiones más notables y operativas de los mecanismos de represión.

El tercer paso en el proceso de socialización del nacional-catolicismo se basó en la orquestación de los diversos y plurales mecanismos de atracción psicológica, quinto capítulo. Los mecanismos de represión física, aunque necesarios desde los supuestos de toda ideología totalitaria, no son suficientes para la eficaz imposición de sus respectivos programas y para buscar la plena atracción de las masas. Son necesarios otros medios de llamada y de captación. Nos referimos a los que se han denominado en estas páginas como “mecanismos psicológicos de atracción” y que funcionan como fuerzas de integración cultural y social. Los “mecanismos ideológicos de atracción” son todos aquellos recursos culturales o pseudoculturales que de forma directa o subliminal ofrecen e imponen una visión del mundo de acuerdo con los intereses del sistema dominante. Es la llamada industria cultural de un sistema totalitario. Este capítulo se inicia con el análisis, siempre parcial, pero altamente ilustrativo, de los denominados recursos subliminales de ideologización y de los sistemas educativos de la escuela-instituto y de la universidad, para concluir con el estudio de los medios audiovisuales de comunicación y con los géneros literarios, pasando por el periodismo y por las publicaciones infantiles. Son planos de estudio que nos ofrecen una visión coherente y clara de estos mecanismos de tercer orden.

Los mecanismos de socialización no acaban con los tres planos mencionados. Es necesario un cuarto y último medio para completar el organigrama cultural de la ideología del nacional-catolicismo. Me refiero, en este caso, a los mecanismos emocionales de evasión, sexto capítulo. En los sistemas totalitarios, todo no puede ser represión y dirigismo, si se quiere evitar un estado de excepción permanente. La cultura del terror en sus diferentes caras estaba prevista y programada en su aplicación para los ciudadanos posicionados frente al poder establecido. Por el contrario, para aquellos sectores de la población que se mostraban afectos o indiferentes con el poder, este debía

arbitrar y ofrecer medios de evasión y de escapismo mental, aprovechando al máximo los mecanismos informativos de las *mass media*, que conducen al evasiónismo y a la trivialización cultural. Se impone una cultura de ocio y diversión, que, con mucha frecuencia, el pretendido escapismo no es otra cosa que una visión sutil pero impactante de la cultura oficial. Se juegan con recursos subliminales, que actúan directamente sobre la conciencia del individuo, arrastrándolo a los espacios ideológicos programados desde el poder. Muchas veces, los juegos y los simples pasatiempos son auténticas lecciones de adoctrinamiento. Esta ideologización subliminal ha sido analizada en apartados como los tebeos de hadas y los tebeos de aventuras, la literatura de masas y los medios de comunicación de masas o bien el deporte.

Con estos cinco capítulos que analizan los mecanismos jurídico-políticos de ordenación, los mecanismos físico-psicológicos de represión, los mecanismos ideológicos de integración y, finalmente, los mecanismos emocionales de evasión, se ofrece una visión completa y coherente de la cultura del nacional-catolicismo. El último apartado, “A modo de conclusiones”, recapitula en un cuadro altamente sintético las características más significativas de lo tratado en los seis primeros capítulos para, con esas referencias en la mano, plantear y valorar nuestro presente socio-cultural con la idea de desvelar las muchas ambigüedades y las fuertes contradicciones existentes para poder concluir con una interrogación de gran actualidad en nuestra sociedad: ¿existen y vivimos en plenas democracias fascistizadas? ¿Esta pregunta, cuya respuesta estará en el ámbito personal e interior de cada persona, servirá para crear un horizonte de expectativa crítica que pueda favorecer la reflexión y el análisis?

Antes de cerrar este prólogo, creo necesario hacer dos breves reflexiones para una mejor comprensión del presente estudio. Desde estas primeras páginas debe quedar claro que el espacio de estudio del presente trabajo es la cultura del régimen franquista, la denominada cultura del nacional-catolicismo, y no la cultura existente en España durante el tiempo de vigencia del sistema franquista. No se puede olvidar que durante el tiempo del franquismo, 1936-1975 y prolegómenos en años siguientes, frente a la cultura oficial se desarrolló una cultura disidente de frentes plurales, que, según iban pasando los años, iba creciendo en presencia y en importancia en la misma medida en la que la del nacional-catolicismo iba menguando. Por lo tanto, es necesario tener claro que en la España franquista, frente a la cultura oficial existían alternativas culturales de

signo disidente y contestatario. En un primer momento, la idea inicial era el estudio de la cultura española en el periodo de 1936-1975 en sus diversas líneas y en sus muchas oposiciones, pero pronto se reveló su imposibilidad e improcedencia, ya que superaba en mucho el espacio lógico de un trabajo de este tipo y, por otra parte, aspecto fundamental, los análisis del nacional-catolicismo y de las culturas alternativas exigían métodos y metodologías diferentes, lo que hacía imposible su realización, si se quería cumplir con las premisas críticas del presente estudio: coherencia analítica, objetividad y verdad crítica y exhaustividad temática. Estas razones explican que en el presente volumen se analice de manera exclusiva la sociología cultural del nacional-catolicismo y se deje para un próximo libro, titulado provisionalmente: “Sociología cultural del franquismo (1936-1975): culturas de disidencia. De la oposición a la domesticación”. Era necesario este inciso explicativo para justificar la ausencia de figuras y títulos que representan la cultura de disidencia y no la cultura del nacional-catolicismo. En ningún momento se puede confundir la cultura del régimen franquista con la cultura de la España franquista. Son dos temas diferentes y dos planos de estudio distintos. Por lo tanto, tampoco se puede confundir intelectualidad del nacional-catolicismo e intelectualidad de la España franquista, teniendo muy presente que ciertas figuras y ciertos grupos del sistema franquista tuvieron capacidad y valentía para asumir el cambio como otras figuras de la disidencia inicial jugaron al oportunismo subiéndose al carro del poder y de la conveniencia. Como indica el título de este libro, *Sociología cultural del franquismo (1936-1975): el nacional-catolicismo*, se analiza y se valora la cultura de un sistema y las aportaciones culturales de los hombres de ese sistema. Cabría hablar de una ideología y de unos ideólogos para un régimen.

Otro punto a tener muy presente a la hora de valorar este trabajo es la operatividad de los espacios temáticos analizados como prueba y demostración de los asertos ofrecidos. La cultura del nacional-catolicismo es una ideología con tres caras diferenciadas que en el presente trabajo han sido identificadas como cultura del terror-silencio, cultura de adoctrinamiento y cultura de la trivialidad. En estos tres casos, se puede hablar de culturas creadas, manipuladas e impuestas desde el poder para alcanzar unos fines muy concretos en la población española. Este hecho nos ha obligado a estudiar el nacional-catolicismo desde los diferentes planos de su múltiple producción cultural. Pero, al mismo tiempo, aspecto capital para la comprensión real de este estudio, los distintos objetos de análisis no son examinados en su totalidad con fervor de exhaustividad, sino

como meros datos demostrativos de la tesis defendida. Se puede hablar de una novela, del título de una película o bien de una serie radiofónica, como elementos de demostración, pero esto no exige que se tenga que escribir una monografía sobre la narrativa española, sobre la cinematografía nacional o bien sobre la programación radiofónica. El lector, cuando se asome a estas páginas, mientras lee lo que se le ofrece, puede pensar en otros títulos o en otras actividades, que serán tan legítimos como los que se brindan en este volumen, pero la ausencia de ese posible material no niega ni desvirtúa la validez de los asertos defendidos. Cuando se analiza, por ejemplo, el teatro del nacional-catolicismo, se seleccionan dos títulos significativos de esta tendencia: *Y el imperio volvía...* de Ramón Cué Romano (1940) y *La muralla* de Joaquín Calvo Sotelo (1955). Con estas dos obras, sin necesidad de otras posibles, se ofrece un panorama suficientemente esclarecedor de lo que fue el teatro de la cultura franquista. No nos interesa el teatro por el teatro o la comedia como tema literario, sino ciertos títulos dramáticos para estudio y explicación de una ideología. Lo que se dice del teatro, se puede aplicar al cine, a la televisión, a la prensa, al cómic o bien al arte y a los otros géneros literarios. Todos estos diferentes objetos de la producción cultural franquista, más otros que se ofrecen en distintas partes del análisis, son expresiones particulares del organigrama ideológico general del nacional-catolicismo. Éste es el tema base y todas las partes u objetos de estudio se organizan desde y por este eje de significado.

Mi más sincero agradecimiento a dos amigos y compañeros que se fueron antes de tiempo, cuando tenían en sus manos un futuro altamente prometedor: Antonio Jiménez e Iñaki Beti. La ciencia española perdió muchos enteros con su ausencia. Al director de esta tesis, Ramón Mandado, quien, en tiempos altamente difíciles, me animó con esta aventura tan poco lógica de defender una tesis en mi etapa de jubilación. A todos mis alumnos, a aquellos que disfrutaron con mis clases y también a todos aquellos que no se sintieron identificados con mi docencia. Entre unos y otros me hicieron ser profesor. Una promesa con todos ellos explica este volumen. Todo profesor, por honradez y seriedad, tiene la obligación de dar a conocer las ideas que vierte en clase, condicionando, en ocasiones determinando, el criterio de los alumnos.

I

Antecedentes de una dictadura

El levantamiento militar del 18 de julio de 1936 dio origen a una cruenta guerra, que concluyó el 1 de abril de 1939 con la victoria de los sublevados, después de casi tres años de lucha heroica pero extremadamente violenta entre los beligerantes de ambos bandos. Con el triunfo de los militares se impuso la denominada cultura nacional-católica bajo el gobierno personalísimo del general Francisco Franco. Sin embargo, tanto el régimen franquista como la irrupción del nacional-catolicismo fueron consecuencias de toda una serie de carambolas históricas, que hicieron realidad lo que en un principio no alcanzaba a ser ni mera probabilidad en el tablero del juego político.

Cuando se reflexiona sobre el momento histórico que nos ocupa y sobre las circunstancias que lo determinaron, surge un cúmulo de interrogantes. ¿Cómo los denominados *nacionales*, las tropas del general Franco, vencieron en una guerra que en principio y según la lógica militar parecía que su sino era la derrota? ¿Cómo llegó Francisco Franco a alcanzar un liderazgo indiscutible en el sistema militar, cuando era un general que por antigüedad pertenecía a las últimas escalas del generalato? ¿Cómo se impuso la cultura del nacional-catolicismo, cuando había diferentes opciones culturales, incluso en el caso de salir victoriosos los sublevados? ¿Cómo fue posible la existencia de un régimen que se mantuvo vivo y operativo desde el 18 de julio de 1936, día del pronunciamiento militar, hasta noviembre de 1975, fecha de la muerte del dictador, casi sin fisuras importantes durante un período cronológico tan prolongado, cerca de cuarenta años de dictadura? Sin lugar a dudas, Franco y la cultura del nacional-catolicismo van de la mano, formando un binomio perfectamente sincronizado tanto en intereses como en resultados. La realidad socio-histórica de ese momento ayudó a fusionar en una unidad férreamente ensamblada los intereses de la Iglesia con las aspiraciones de cierta parte del ejército español, contando con el visto bueno y el apoyo

decidido del gran capital. El franquismo es la consecuencia de toda una sucesión de circunstancias que favorecieron su aparición y determinaron su implantación. Por eso, es imposible entender la historia política y la cultura de la España de las cuatro décadas que van desde 1936 hasta 1975 sin tener muy presente los antecedentes históricos que favorecieron la entronización de una dictadura, potenciando una unión perfecta entre la cultura nacional-católica y la política franquista.

Para llegar a entender esta realidad, sorprendente a primera vista, es imprescindible recalar en las realidades socio-políticas y culturales de la España del primer tercio del siglo con el fin de recabar los datos necesarios que hacen comprensible el panorama histórico posterior. Desde este punto de vista, el triunfo del franquismo y la imposición de la cultura del nacional-catolicismo deben ser interpretados y entendidos como el resultado de la acumulación de toda una serie de factores que van desde lo económico hasta lo cultural, pasando por un heterogéneo conjunto de causas diversas: políticas, sociales, religiosas, jurídicas, etc.

I.-1.-La España de preguerra (1898-1936)¹

El primer tercio del S. XX o, más concretamente, los años que van desde principios de siglo hasta el levantamiento militar de 1936 están marcados por una secuencia de acontecimientos políticos, tanto propios como ajenos, que configuran el perfil físico y espiritual de la España de ese tiempo. El desastre militar -con la pérdida colonial de Cuba y de Filipinas (1898) y las desastrosas campañas militares en las colonias africanas del actual Marruecos-, la *Semana trágica* de Barcelona (1909), la Primera Guerra Mundial (1914-1919), la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1929), el advenimiento de la Segunda República con la caída de la monarquía borbónica (1931) y

¹ La bibliografía sobre este periodo de la historia de España es tan abundante como plural. Las valoraciones que se ofrecen dependen muchas veces de la posición política del historiador, aunque, debido al tiempo transcurrido, cada vez existe sobre esta etapa más historia y menos ideología. Es posible ofrecer un número importante de obras que abarquen todo el espectro de las posibilidades políticas e ideológicas. Por orden alfabético ofrezco al lector la siguiente bibliografía. Gerald Breman: *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la Guerra Civil*. París: Ediciones Ruedo Ibérico, 1962; Raymon Carr: *España 1808-1939*. Barcelona: Editorial Ariel, 1969; Ricardo de la Cierva: *Historia de la Guerra Civil española. T. I. Perspectivas y antecedentes*. Madrid: Librería-Editorial San Martín, 1969; Gabriel Jackson: *Aproximación a la España contemporánea. 1898-1975*. Barcelona: Ediciones Grijalbo, 1980; Javier Paredes (Coord.): *Historia contemporánea de España (siglo XX)*, Vol. II. Barcelona: Editorial Ariel, 2000; María Teresa Pérez: *Historia de España Siglo XX*. Barcelona: Editorial Grijalbo-Mondadori, 1996; Manuel Tuñón de Lara: *La España del S. XX (1914-1939)*. París: Librería española, 1966; Pierre Villar: *Historia de España*. París: Librería española, 1963; etc.

la Guerra Civil (1936-1939) son hitos que van jalonando esta etapa tan importante como dramática para la historia de España. A partir de este marco, que encuadra el devenir del país, se hace necesario profundizar en su realidad socio-histórica para poder ofrecer unas claves de sentido que expliquen el ser y el estar del hecho histórico y humano tanto del período que nos ocupa como de las consecuencias posteriores: el franquismo y la cultura del nacional-catolicismo.

La primera característica de la España de ese tiempo, época que discurre desde finales del siglo XIX con la pérdida de las colonias americanas hasta el levantamiento militar de 1936 (1898-1936), es su carácter paradójico, evidenciado por violentos claroscuros de tipo social, económico, político y cultural. La contradicción vendría a ser la expresión de sus más fieles y legítimas señas de identidad. Todo acercamiento a la historia de España del primer tercio del S. XX implica adentrarse en los espacios de la sorpresa y del estupor. Pocos países en el mundo moderno presentan contradicciones tan bruscas como las que ofrece la historia de España de este momento. Son momentos en los que coexisten grandes y sorprendentes logros junto a lacras tradicionales que impedían todo paso hacia el cambio y la modernización. España es simultáneamente proyección de futuro y permanencia en el pasado. España vive circunstancias críticas en las que pugnan con una inusitada violencia tradición y modernidad, pasado y futuro. En la Península Ibérica cohabitan formas de vida y de cultura ancladas en el pretérito con nuevas fuerzas regeneradoras que se proyectan hacia el porvenir. El resultado final de esta mezcla, tan compleja como contradictoria, es un sombrío cuadro en el que dominan la crispación social, las tensiones políticas, las desigualdades económicas, las oposiciones culturales, etcétera. Desde esta perspectiva son muy clarividentes las palabras de Tuñón de Lara, cuando afirma:

España ha sido –y es– un caso particular de supervivencias del pasado y de aperturas hacia el porvenir, de coexistencia de estructuras de muy diversa naturaleza, de formas del vivir y del pensar así como de corrientes espirituales divergentes cuando no contrapuestas. En continua mezcla y superposición, este complejo socio-histórico mira por un lado a un pasado relativamente lejano, mientras que por otro se inserta en la temática más viva del mundo contemporáneo. De ahí que hayan sido frecuentes las desgarraduras, a veces trágicas, en el seno de la sociedad española (1973, pp. 9-10).

Como conclusión cabe afirmar que España durante el primer tercio del S. XX vino a representar un cuadro en el que dominaban unos tonos un tanto tétricos como símbolo

de la paradoja y de la contradicción, consecuencia de la evolución de una sociedad de tipo tradicional a otra de carácter capitalista y moderno sin poder contar con el tiempo suficiente como para que una clase media fuerte y dinámica se pudiera convertir en motor político y social de su nuevo y prometedor futuro.

I.- 2.-España como paradoja socio-económica

A pesar de las mejoras cualitativas que la economía y la sociedad fueron experimentando en las primeras décadas del siglo, España no consiguió superar las contradicciones de épocas pasadas. El análisis que puede servir para revelar las claves de la España en su crisis fin de siglo sirve adecuadamente para definir su situación histórica durante el primer tercio del siglo pasado. El verdadero problema que arrastraba España desde centurias pasadas era su estado de pobreza económica y de atraso material. “España era un país de una estructura anormal y muy poco moderna”². Era uno de los pocos países de la Europa occidental que aún no había experimentado la revolución industrial. Salvo zonas excepcionales, seguía manteniendo unas estructuras económicas propias de épocas pasadas. Mientras Inglaterra, Francia, Alemania, como países más representativos del desarrollo industrial y de la modernidad económica, vivían las fuertes tensiones de un vivo desarrollo consumista y comercial, España seguía sufriendo las consecuencias de una economía agraria de sentido preindustrial. Excepto en las regiones periféricas de Cataluña, del País Vasco, de Valencia, y en ciudades concretas como Madrid o Sevilla, España mantenía una estructura social básicamente agrícola. No obstante, durante las últimas décadas del S. XIX y primeras del XX, España mostraba signos inequívocos de un claro desarrollismo que presagiaba, aunque fuera a ritmo ralentizado, claros progresos de carácter económico e industrial. Incluso llegó a niveles económicos como no había conocido en toda su historia anterior. Desde un punto de vista interno, cabría afirmar que se encontraba incluida en el selecto club de países que habían alcanzado las cotas más altas de desarrollo económico e industrial (M. Teresa Pérez, 1)³. Pero no podemos llevarnos a engaño. Toda posible comparación con

² Ramón Salas Larrazabal: *Los datos exactos de la Guerra Civil*. Madrid: Ediciones Rioduero, 1980, p. 23.

³ Frente a las tesis un tanto catastrofistas de otros estudiosos del tema, M^a Teresa Pérez sostiene que “si bien la fuerza y la violencia de los acontecimientos alcanzaron realmente unas cotas insospechadas, también lo es que en el transcurso del siglo XX (aplicable al primer tercio de dicho siglo, objeto de análisis de este capítulo) gran número de países alcanzaron los niveles de prosperidad más altos de su historia”, Op. Cit. p. 1.

la situación social y económica de otros países europeos nos demuestra la verdadera realidad de la España de principios de siglo. Sólo es posible comparar la España del primer tercio del S. XX con su pasado inmediato para encontrar un resultado esperanzador, pero en ningún caso halagüeño o satisfactorio. La situación de la economía española era desastrosa. Incluso, la llegada del gobierno de la República no cambió este panorama. Las estructuras comerciales e industriales, incluso fiscales, no experimentaron cambios significativos. Aunque existan causas diversas para explicar esta realidad, el hecho es algo innegable⁴. Las hambrunas eran corrientes, la desnutrición de amplios sectores de la población era algo congénito y las muertes de los campesinos temporeros en tiempos de inactividad o a causa de la falta de trabajo estaban muy generalizadas. El documental del cineasta aragonés Luis Buñuel, *Las Hurdes. Tierra sin pan* (1932), de una crudeza extrema junto a un fuerte realismo, testimonia de forma incontestable la miseria material y cultural de amplias zonas de la geografía rural del país. La población española en un alto porcentaje carecía de aquellos bienes que garantizaban una vida mínimamente llevadera.⁵

La población española en esa época se acercaba a los 20 millones de habitantes. Casi el 70 % pertenecía al campesinado y tan sólo cerca del 15 % vivía en ciudades de más de 50.000 habitantes y algo más del 50% lo hacía en núcleos con menos de 5.000 habitantes (M^a Teresa Pérez, p. 9). Las aldeas eran el lugar de existencia de la gran mayoría de habitantes y buena parte de esta población dependía del campo⁶. Sin embargo, se daba un reparto muy desigual de las tierras. Los latifundios se encontraban generalizados en Andalucía, Extremadura, Castilla y en aquellas regiones que conformaban el corazón de la denominada España rural. Se comentaba con sorna que una familia de la alta aristocracia española podía ir desde Cádiz al País Vasco sin salir de las tierras de su propiedad. Sea este comentario verdad o falso, representa fielmente la situación del suelo español y la impresión generalizada de la opinión pública. Una

⁴ Véase Tuñón de Lara: *La España del siglo XX (1914-1939)*. Muy especialmente páginas 297-322.

⁵ La consulta del libro de Ramón Tamames *España 1931-1975. Una antología histórica* (Barcelona: Editorial Planeta, 1980) es altamente reveladora, especialmente el capítulo tercero que trata sobre “Estructura económica y social” del tiempo de la República, en que incide en “El problema agrario” como uno de los más importantes de la España de esa época (pp. 46-64).

⁶ De esta misma opinión es el historiador Ramón Salas Larrazabal, cuando afirma que al inicio de la Segunda República España seguía siendo un país eminentemente rural. Afirma: “La España de 1931 era un país eminentemente agrícola... Su población en el censo del 31 de diciembre de 1930 arrojó la cifra de 23.563.867 habitantes... De esos españoles el 21.6% vivía en las capitales de provincia, lo que indica bien a las claras el ruralismo de la sociedad de entonces” (Cfr. *Los datos exactos de la Guerra Civil*, p. 21).

gran minoría acaparaba gran parte de las tierras. A esto se añadía un desaprovechamiento importante del suelo. Zonas amplísimas se dedicaban a reservas de caza para las clases pudientes del país. Existían enormes dehesas con pastos para el ganado, especialmente toros destinados para la lidia. Seguía dominando la agricultura extensiva, especialmente la del cereal, lo que conllevaba zonas dedicadas al barbecho y a cultivos subsidiarios. Por otro lado, los aperos de labranza y los instrumentos de trabajo eran a todas luces útiles obsoletos e inadecuados. Las segadoras y trilladoras mecánicas constituían una clara excepción en las labores agrícolas del campo español. El cine ha dado a conocer con cierta frecuencia las imágenes de las cuadrillas de jornaleros que segaban las mieses del campo con guadañas u hoces al son de canciones populares que marcaban el ritmo del trabajo. La mayoría de los arados eran más propios de tiempos pasados que del presente. Se seguían utilizando con regularidad los arados romanos con tracción animal⁷. No era extraño ver en los campos castellanos trillos de pedernal. Los instrumentos de labranza que ahora aparecen como elementos de decoración en restaurantes y establecimientos eran, por lo menos, hasta mediados de siglo XX, útiles habituales de las tareas agrícolas. Las condiciones laborales del campo eran muy duras y desiguales. Buena parte de los labradores, especialmente los temporeros, sufría en épocas de trabajo jornadas agotadoras de sol a sol y soportaba largos períodos de inactividad, dependiendo del ciclo rural. A su vez, los resultados de un esfuerzo tan improbable dependían en buena parte de una climatología frecuentemente adversa. Los años de sequía o de lluvias torrenciales, amén de otros fenómenos atmosféricos como el granizo o la nieve a destiempo, podían significar la ruina y el hambre. Hay que pensar que, ahora como entonces, las coincidencias de un tiempo favorable prolongado eran más excepción que norma. Las condiciones de vida del labrador eran muy duras, llegando a ser inhumanas. En el campo español eran corrientes las enfermedades propias del hambre y de la desnutrición. La esperanza de vida en ese tiempo no llegaba a los cuarenta años.⁸

⁷ En los concursos nacionales de arado, celebrados en los años posteriores a la guerra, se seguían utilizando este tipo de arados. Este dato está perfectamente documentado en las secuencias recogidas y reproducidas por el Nodo.

⁸ Para darnos una idea exacta de la realidad económica y social de la España de la época, basta recordar que a inicios de siglo el sueldo medio de un trabajador metalúrgico no llegaba a las 100 pesetas mensuales. Los hombres cobraban una media de 3 a 5 pesetas diarias; el sueldo de las mujeres y niños rondaba entre 1 y 2 pesetas. En 1933, los sueldos se habían doblado. Los costes de la alimentación básica eran los siguientes: litro de leche: 0,50 (1900) y 0,70 (1933); kilo de pan: 0,50 (1900) y 0,70 (1933); kilo de carne: 1,80 (1900) y 2,50 (1933); etcétera. Véase Tuñón de Lara: *El movimiento obrero en la historia*

En esta situación, tan penosa como inevitable, era normal que los movimientos migratorios fueran la solución para muchos cientos de miles de labradores. La emigración era la realidad social que mejor reflejaba el panorama económico español de ese tiempo⁹. Las comarcas agrícolas se iban despoblando paulatinamente. Estas bolsas de población tuvieron paso franco hacia América hasta inicios del siglo XX. A partir de la Primera Guerra Mundial las fronteras de los países americanos se cierran y la entrada a esos países se hace cada vez más difícil. Las colonias de las distintas regiones españolas en América, fruto de esta emigración permanente, fueron numerosas, formando los grupos sociales de los denominados “gachupines” o “gallegos”. Cuando América cerró sus fronteras a las corrientes migratorias españolas, éstas buscaron otros lugares de asentamiento. La lucha por la supervivencia imponía estos desplazamientos de importantes sectores de población. Desde las últimas décadas del S. XIX numerosos colectivos de inmigrantes se asentaron básicamente en las provincias industrializadas del norte de España: Cataluña, centro de una industria textil moderna y pujante; País Vasco, núcleo básico de la industria siderúrgica y de equipos; y ya en menor escala, fuera de la región norte, la zona valenciana, lugar que había desarrollado una incipiente industria. Entre estas regiones de recibo de flujos migratorios, Madrid aparecía igualmente como destino importante de estos corrimientos poblacionales no por su capacidad industrial, sino por ser centro del funcionariado político del Estado. Estos lugares se convirtieron en los centros de absorción de los principales movimientos migratorios del interior. No era nada extraño que en ciertas poblaciones, especialmente en las del País Vasco y Cataluña, el número de emigrantes superara a los habitantes propios del lugar, produciendo fuertes tensiones culturales y sociales, anomalías que estuvieron vigentes hasta bien entrada la década de los sesenta. Eran los casos, por hablar sólo del País vasco, de bastantes núcleos urbanos de la margen izquierda del Nervión o del cinturón industrial de San Sebastián¹⁰. Lo que sucedía en el País Vasco

de España, 1972, pp. 382-389 y 820. De estos datos cabe deducir que sobrevivir era el problema más acuciante entre la población española.

⁹ Un estudio muy interesante de la realidad de la emigración del campo a la ciudad con sus consiguientes consecuencias se puede ver en el trabajo de Shlomo Ben Ami “La República toma el poder. Preludio de una catástrofe inevitable” (pp. 25-39).

¹⁰ Incluso, esta anomalía afecta igualmente a las grandes urbes de las regiones industrializadas. Como afirma Fernando García de Cortázar y José Manuel González Vesga: “Bilbao con sus 85.000 (habitantes) quintuplicaba sus moradores en cincuenta años” (*Breve Historia de España*, 1994, p. 535). Aunque los autores no analizan el origen de esta explosión demográfica, hay que afirmar que una gran parte de este crecimiento poblacional se debía al fenómeno de la emigración. Esta llegada masiva de mano de obra fue

acontecía igualmente en Cataluña. Los movimientos migratorios eran una característica primordial de la España de ese tiempo.

Las grandes ciudades, como Madrid o Sevilla, como queda dicho, eran también lugares de destino de estos desheredados que buscaban en dichas urbes posibilidades de integración y de vida. El hacinamiento en las áreas periféricas de las ciudades era algo proverbial. La aparición del chabolismo y la creación de barrios marginales fueron fenómenos habituales en estas grandes ciudades. Pío Baroja a principios de siglo nos habla de este fenómeno en *La busca* (1904). Sesenta años más tarde, Martín Santos en *Tiempo de silencio* (1962) toma la realidad del chabolismo como uno de los temas centrales de su novela. Barcelona es espacio narrativo de novelas significativas, donde los barrios marginales y el chabolismo aparecen como señas de identidad de su personalidad urbanística. Estos datos los encontramos en *Nada* (1945) de Carmen Laforet o bien en *Últimas tardes con Teresa* (1966) de Juan Marsé. Raúl Guerra Garrido habla de los mismos problemas de hacinamiento humano y de falta de condiciones de vida en su novela *Cacereño* (1975). Las grandes ciudades se convirtieron en lugares de crisis y de tensión, al coexistir en ellas las clases más pudientes junto a las clases más desfavorecidas. El consumismo más brutal se daba la mano con la indigencia más extrema. Junto al despilfarro más escandaloso coexistía la miseria más acusada.

A medida que pasaban los años, las concentraciones urbanas asumían sistemas más complejos y estructuras más problemáticas. El sistema de vida aldeana fue dando paso poco a poco a modalidades de vida urbana. La ciudad empezaba a ser considerada como metáfora de la realidad social española¹¹. Ésta representaba las fuertes tensiones y las profundas desigualdades de los diferentes grupos sociales. Las rentas y el capital del país se encontraban en unas pocas manos. La gran masa, la mayoría de la población, se hallaba, en términos generales, en situaciones críticas de subempleo y de pobreza. Este panorama que determinaba la vida social de las ciudades, se agudizaba aún más en el campo, donde los contrastes económicos y sociales eran más acusados. El reparto de la riqueza nacional formaba un cuadro de tintes caricaturescos por las fuertes

altamente beneficiosa para el desarrollo económico e industrial de las zonas afectadas, pero sumamente conflictiva desde la perspectiva social y cultural. Una de las claves del problema vasco se encuentra en el hecho masivo de la emigración industrial.

desigualdades existentes. Esta era la herencia económica y social recibida de tiempos pasados y que permanecerá vigente hasta bien consolidadas las estructuras franquistas.

Esta situación de cosas era aceptada tanto por la Iglesia como por los partidos políticos que gobernaban el país. La Iglesia podía seguir manteniendo su doctrina de la caridad y los partidos políticos sólo se preocupaban de los intereses de los diferentes grupos de las clases dirigentes con olvido manifiesto de la gran mayoría de la población. Incluso, aunque la mayoría de los dirigentes políticos del país pertenecían a clases burguesas, cuando estos asumían los resortes del poder lo hacían a espaldas de su propia clase social, la burguesía, y al margen de las clases populares. Hay que esperar a las primeras décadas del siglo XX para que el pueblo empiece a tener cierta fuerza y alguna presencia en el ámbito político del gobierno español¹². Durante todo ese tiempo, prácticamente hasta la proclamación de la República, la política española estuvo regida por los intereses socio-económicos del caciquismo y de los grupos oligárquicos¹³.

I.- 3.-Ideologías y grupos sociales

Fenómenos aparentemente sorprendentes eran la fidelidad incondicional del campesinado a las consignas ideológicas del tradicionalismo y su total sometimiento a los intereses socio-económicos de las clases dominantes. En términos generales, salvo grupos muy poco numerosos, el campesinado presentaba una visión del mundo y de la vida inmovilista y conservadora. Un determinismo de carácter cristiano explicaba todas sus dudas y justificaba la resignada aceptación de todas sus miserias. Este hecho aclara la gran influencia que Iglesia y caciques tenían sobre ellos. Esta filosofía senequista de

¹¹ Véase al respecto el estudio de Santos Juliá “Crisis económica, luchas sociales y Frente Popular. Madrid (1931-1936)”, en el que expone con toda claridad la fuerte crisis social en que se encontraba inmersa España, siendo Madrid la expresión límite de esa crisis sin solución (pp. 121-140).

¹² Para entender este punto es suficiente pensar que la fundación del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) se llevó a cabo en 1879; la fundación del sindicato Unión General de Trabajadores en 1888; en 1886 empezó a publicarse el semanario *El Socialista*; Tomás Meabe organizó las Juventudes Socialistas en 1907. De todo esto se desprende que fue en las últimas décadas del S. XIX y en las primeras del XX cuando se organizaron las clases trabajadoras como partidos o grupos con una finalidad y con una estrategia política.

¹³ De todas formas se constataba ya una tendencia política hacia el mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo del pueblo y, más concretamente, del proletariado urbano. En 1900, Eduardo Dato había aprobado la Ley de Accidentes y la Ley del Trabajo de mujeres y niños. En 1909, entre otros avances, el gobierno de Maura había aprobado la Ley de Huelgas y creado el Instituto Nacional de Previsión. Estos datos nos revelan la importancia que iba adquiriendo el proletariado en las altas esferas de la política nacional. Sin embargo, a pesar de lo dicho, se seguía gobernando a espaldas del pueblo, buscando los favores y los privilegios de las clases sociales más pudientes.

la vida sustentaba la actitud del pueblo tantas veces atacada por los intelectuales progresistas. La apatía general y la abulia popular eran consideradas los dos males capitales que impedían cualquier intento de modernización o de regeneración de la sociedad española. Regeneracionistas y miembros de la denominada Generación del 98, junto a intelectuales y a periodistas clamaban contra esta situación socio-económica y contra este conformismo popular de sentido religioso. *Campos de Castilla* (1912), obra básica del regeneracionismo español y del pensamiento de la generación del 98, es un buen ejemplo de esta postura crítica que se enfrentó abiertamente con los males endémicos de la patria: la envidia, la pereza y la violencia, etc. Frente a esta realidad, clamaban por aquellos valores, “ideas madre”, que hicieran posible la redención espiritual y material de España y de los españoles.

Mas otra España nace,
la España del cincel y de la maza,
con esa eterna juventud que se hace
del pasado macizo de la raza.
Una España implacable y redentora,
España que alborea
con un hacha en la mano vengadora,
España de la rabia y de la idea.¹⁴

Este fragmento del poema “El mañana efímero” de *Campos de Castilla* ejemplifica fielmente las ideas machadianas sobre las dos Españas. En estos pocos versos se sintetiza perfectamente la filosofía regeneracionista del momento. Frente a los males endémicos de la patria, dos fuerzas asumen el protagonismo de señalar el camino del triunfo colectivo hacia una sociedad nueva: la solidaridad y el trabajo. Ideas expresadas en el binomio simbólico formado por los elementos del “cincel” y de la “maza”. “Cincel” y “maza” connotan trabajo, pero éste sólo es eficaz si ambos elementos colaboran con las manos-trabajador que mueven los dos instrumentos en una empresa común. ¿Qué puede hacer el cincel sin la maza o la maza sin el cincel? ¿Qué sentido tienen cincel y maza, si no existen unas manos-trabajador que dirijan y hagan realidad el esfuerzo? La obra última, la creación de la nueva faz de España, implica una voluntad clara de superación y una postura decidida de solidaridad. Solidaridad y trabajo, tesis de la filosofía socialista, se convierten en las “ideas madre” del regeneracionismo machadiano.

¹⁴ Antonio Machado, *Campos de Castilla*. Fragmento tomado del poema “El mañana efímero”.

Otros intelectuales, situados en el extremo ideológico opuesto al de Antonio Machado, reclamaban igualmente ese o parecido comportamiento por parte del pueblo. Ernesto Giménez Caballero en su *Genio de España* exhortaba para que las masas, en pie, se pusieran en marcha en busca de su “propia genialidad”: “Lo importante es marchar. Lo importante es despertarse. Lo importante es que el pueblo sienta su propia genialidad y, como sobre un río majestuoso, bogue en la barca, oportuna, que le ofrezca cualquier humilde y modesto barquero” (p. 11).

La postura regeneracionista fue una idea compartida por gran parte de la intelectualidad española independientemente de su posición política, lo que revela que la preocupación por el estado de crisis general de la sociedad española era un mal sentido por muchos, quienes, alarmados por esta dramática situación, buscaban, al margen de ideologías, salidas y soluciones.

Salvo reductos bastante localizados, en el campo, especialmente en Andalucía, en Extremadura y en las dos Castillas, dominaban los partidos conservadores de derecha, dirigidos por los grupos de hacendistas y terratenientes. Inversamente, el proletariado urbano, con una incidencia cada vez más intensa en el ámbito del campesinado menos favorecido, alejado de posibles influencias religiosas, asumía posturas cada vez más revolucionarias y anticatólicas¹⁵. En la línea del anarquismo más reivindicativo, acusaba a la Iglesia de ser la causante de los males de la sociedad¹⁶. No en balde, la Iglesia se había posicionado en contra de los cambios sociales provenientes de la nueva mentalidad científica y positivista de la época y de las naciones más avanzadas. La nueva mentalidad y las nuevas ideas fueron valoradas por la Iglesia como heterodoxas y, por tanto, pecaminosas. El título de la obra de Sardá y Salvany, *El liberalismo es pecado*, hizo furor entre las derechas conservadoras del país, convirtiéndose en consiga de buena parte del clero español. El radicalismo de la Iglesia española era patente. La encíclica papal de León XIII, *Rerum novarum* (1891) achacaba al proletariado obrero el proceso de descristianización de la sociedad, nacido, entre otras fuerzas, del

¹⁵ Como sostiene Frances Lannon: “...se detectaba un recelo hondamente arraigado hacia el catolicismo, que esencialmente representaba un fenómeno burgués, comprometido en la defensa de la propiedad contra las reivindicaciones obreras e hipócrita en la moralidad social que predicaba” (p.53).

¹⁶ El odio acumulado a lo largo del tiempo hacia la Iglesia explica la violencia desatada por parte de ciertos sectores de la población que les llevó a la destrucción de iglesias y de otras pertenencias eclesiásticas como al asesinato de más de 7000 de sus representantes (Andrés Gallego, 1999-2, 16).

liberalismo¹⁷. De esta manera, las jerarquías religiosas condenaban abiertamente las nuevas ideologías y los nuevos comportamientos, especialmente los de las clases trabajadoras y de los intelectuales progresistas, que dominaban en la sociedad occidental. Incluso, algunos años antes, la Iglesia en la persona del Papa Pío IX, a través de un anexo a su encíclica *Quanta cura*, aparecido con el título de *Syllabus*¹⁸, manifestaba su postura reaccionaria al condenar el liberalismo y el anticlericalismo de los movimientos obreros¹⁹. La Iglesia católica se mostraba con su ropaje más reaccionario y conservador. Y aun así, la Iglesia española superaba con creces en esos momentos el radicalismo oficial de sus jerarcas del Vaticano²⁰.

Los partidos socialistas, comunistas y anarquistas tenían sus feudos en las ciudades y en las comarcas o ciudades más o menos industrializadas. Basta pensar que las dos regiones más industrializadas de España, Cataluña y Vizcaya, fueron cuna y feudo del anarquismo y del socialismo respectivamente. Aunque estos partidos actuaran asimismo en ambientes campesinos, por las razones ideológicas arriba mencionadas, no poseían una fuerza socialmente operativa. En términos generales, el campo era feudo de los grupos conservadores y tradicionalistas.

¹⁷ La encíclica *Rerum novarum* de León XIII, publicada en *L'Osservatore romano* (16 de mayo de 1891), está considerada como la culminación del catolicismo liberal. En ella se expone la situación opresiva en la que se encontraba el trabajador y defiende, entre otros principios, la razón del salario justo y el derecho a la asociación de trabajadores. Sin embargo, sus ataques directos al socialismo y sus propuestas, hechas desde la doctrina cristiana y lejos de la realidad cotidiana y social del mundo del trabajo, suscitó una auténtica oposición del proletariado hacia la Iglesia, que seguía defendiendo como principio de la teología católica la razón de caridad en vez de la justicia social. El lector interesado puede encontrar la publicación de esta encíclica en *El magisterio pontificio contemporáneo. Colección de Encíclicas y Documentos desde León XIII a Juan Pablo II* (Coord. Fernando Guerrero). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1992, pp. 482-506. Véase al respecto el trabajo de Blas Goñi: "La voz de la Iglesia en las encíclicas sociales: León XIII y Pío XI" (pp. 357-371), quien defiende, como tesis central, que las causas del desorden social en esos días se debía al materialismo y al comunismo ateo.

¹⁸ El lector interesado puede encontrar los escritos de Pío IX, *Quanta cura* y *Syllabus* en la obra *Doctrina Pontificia II* (Edic. José Luis Gutiérrez García) publicada en la Biblioteca de Autores Cristianos (Madrid, 1958).

¹⁹ Tanto la encíclica *Quanta cura* como el *Syllabus. Índice de los principales errores de nuestro siglo* atacan con una terminología altamente violenta las ideologías contrarias a los principios doctrinales de la Iglesia, muy especialmente, al racionalismo y a las corrientes del historicismo materialista, comunismo y socialismo. Al mismo tiempo erige a la Iglesia como institución soberana, poseedora de la verdad y de la razón absoluta. Desde este punto de vista, es una encíclica que revela una ideología marcadamente antiliberal y antidemocrática.

²⁰ Una referencia altamente ilustrativa por la precisión y claridad de las ideas expuestas es el estudio que ofrecen F. García de Cortázar y J. M. González Vesga en su obra *Breve Historia de España* (1994). Remito al lector especialmente al apartado "Cielo y dinero" (pp. 536-543) para conocer el papel de la Iglesia en la España de ese tiempo.

La oposición frontal hacia la Iglesia, por parte de los partidos de izquierda y del proletariado básicamente urbano, dinamizó la “apostasía de las masas”²¹. Este hecho, junto con los fuertes recelos y los odios de amplios sectores de la población, hizo que ésta, la Iglesia, se fuera alejando cada vez más de las posiciones populares y se identificara con los intereses del caciquismo agrario y de las clases pudientes urbanas. El ejército, a su vez, vapuleado y criticado desde los desastres militares de Marruecos y Cuba por los grupos más radicales, se escoraba cada vez más visiblemente hacia las derechas, grupos sociales que seguían ensalzando el nacionalismo español como uno de los fundamentos más importantes de su filosofía política. El mito del ejército formaba parte importante en el engranaje de este espíritu nacionalista. Por esta razón, éste, el ejército, se sentía identificado con las propuestas de los grupos tradicionalistas.

De esta manera, la sociedad española se encontraba dividida en dos posiciones irreconciliables en intereses y en filosofía: las llamadas derechas conservadoras y las denominadas izquierdas revolucionarias o progresistas²². Las primeras, las derechas conservadoras, estaban formadas por las clases dominantes de la economía, de la industria, de la aristocracia, la oligarquía campesina, asistidas por la Iglesia y por el ejército y apoyadas por buena parte de la sociedad burguesa y ciertos sectores del proletariado campesino. Las segundas, las izquierdas revolucionarias o reformistas, compuestas por la gran mayoría del proletariado urbano y, en menor escala, por el campesinado y por una amplia pero minoritaria representación de la intelectualidad liberal, se hallaban enroladas en los partidos socialista, republicano, comunista y anarquista²³. Entre ambos grupos un espacio importante sin cubrir. España carecía de

²¹ “El canónigo Arboleya tituló el famoso análisis del fracaso de la Iglesia, presentado a la Semana Social de Madrid en octubre de 1933, la *Apostasía de las masas*” (F. Lannon, p. 53). El jesuita Francisco Peiró en su ensayo *El problema religioso-social de España* (Madrid: Editorial Razón y Fe, 1936) nos habla del proceso de descristianización de las masas trabajadoras y llega a defender “la masa ha apostatado de la religión” (pp. 13 y 17). El término “la apostasía de las masas” hizo fortuna. Incluso, en nuestros días, el historiador José Andrés-Gallego utiliza esta misma expresión en su obra *La Iglesia en la España contemporánea* para describir el alejamiento progresivo de amplios sectores del pueblo con respecto al espíritu profundamente religioso que había dominado en la población española hasta finales del S. XIX (p.53).

²² Aunque las derechas no eran todas fascistas y reaccionarias ni todas las izquierdas eran rojas, cabe afirmar que en España, a diferencia de lo que acontecía en Europa dividida en las tres grandes opciones políticas de comunismo, fascismo y democracia, se daban propiamente las dos primeras. La confrontación era radical (Llera, 1986, p. 62).

²³ Esta bipolaridad del espectro político-social de la España de preguerra explica la formación de dos bandos irreconciliables, Frente Popular y Frente Nacional, conformados, a su vez, por diversos partidos a los que les unían unos puntos comunes, pero les separaban otros. Esta realidad explica igualmente las luchas internas entre las diversas familias que conformaban ambos bandos. Las rivalidades entre los distintos partidos del Frente Popular minaron en buena parte la efectividad de su entrega en la guerra. Las

unas clases medias dinámicas y poderosas que, como sucedió en otros países europeos, pudieran haberse convertido en jueces y directores del panorama político y en fuerza neutralizadora de los extremismos ideológicos²⁴. Como afirma Raymon Carr, en la España de este tiempo faltaba un “centro de gravedad común”, que posibilitara la formación de una verdadera “conciencia nacional” y la neutralización de fuerzas contrarias (412). “A la búsqueda de beneficios y seguridad los burgueses (en España) sacrifican la revolución liberal” para convertirse en “clases inertes”, clases sin espíritu ni vocación de lucha (Sergio Vilar, 27 y 46-47).

España se hallaba escindida políticamente entre fuerzas opuestas con intereses encontrados e irreconciliables²⁵. Las muestras más visibles de esta situación eran, por una parte, las reivindicaciones sociales que frecuentemente se convertían en desafueros y algaradas contra el sistema y contra la Iglesia; y, por otro lado, las represalias brutales de las autoridades contra los desmanes populares. El ejemplo más claro de esta situación se puede ver en los sangrientos sucesos de “la semana trágica” de Barcelona ocurridos en julio de 1909. La convocatoria de una huelga general, programada por los grupos anarquistas, acabó en un baño de sangre. El intelectual y pedagogo anarquista Francisco Ferrer, creador en Barcelona de la *Escuela moderna*, fue acusado de ser el ideólogo de la revuelta y fusilado en el castillo de Montjuic. En el otro extremo del arco cronológico, marzo de 1934, se sitúa la revolución de Asturias y la brutal represión por parte del ejército.

Esta bipolarización social e ideológica engendraba, como es lógico, posiciones políticas igualmente encontradas. A principios del S. XX, el único país que no contaba con un

oposiciones en el Frente o Bando Nacional se revelaron con toda crudeza en la posguerra entre falangistas, monárquicos, ejército, Iglesia, etc.

²⁴ Cabe hablar de la existencia de las clases medias urbanas, pero éstas se caracterizaban tanto en número como en calidad por una falta total de protagonismo político. En estas décadas no tuvieron poder suficiente como para ser agentes del motor político de la nación. Se puede hablar de clases medias, pero caracterizadas por una inoperancia política manifiesta. Como afirma María Teresa Pérez, la burguesía urbana española era muy débil tanto en número como en protagonismo socio-económico (p. 3).

²⁵ Basta analizar los estereotipos existentes sobre el mundo hispánico para comprender inmediatamente que la figura típica del español no respondía a una sociedad burguesa e industrializada, sino más bien a un pueblo primario de carácter agrícola. Gabriel Jackson en su libro *Aproximación a la España contemporánea 1898-1975* analiza los tópicos hispánicos y llega a la conclusión de que España era un país más dado a la violencia y al terrorismo que a las ciencias naturales o bien a la democracia política (Op. Cit. pp. 202 y 423).

representante de la clase obrera en el parlamento era España²⁶. La evolución de los partidos de izquierda y de los movimientos obreros en España fue difícil y muy compleja. Sin embargo, en la medida en que el desarrollo económico e industrial fue consolidándose, se fueron también fortaleciendo las bases obreras. Por otro lado, la conciencia de un estado de injusticia social en el sistema laboral fue acrecentando la conciencia de clase y los afanes reivindicativos y revolucionarios de las bases trabajadoras.

Pablo Iglesias fundó en 1879 el Partido Socialista Obrero Español (P.S.O.E.). Algunos años después (1882) se creó el sindicato socialista, la Unión General de Trabajadores (U.G.T.). Los primeros años de existencia fueron muy duros y los pequeños grupos de iniciados tuvieron que llevar un arduo trabajo para ir conquistando una militancia activa. En 1918, año puente entre inicios de siglo y el estallido de la Guerra Civil, el PSOE contaba con unos 50.000 afiliados y la UGT con unos 90.000. Las cifras señaladas nos revelan el estado de implantación social de estos movimientos. En 1921, el PSOE tuvo que dar respuesta a una cuestión de base que se iba manteniendo viva desde 1919: su integración o su rechazo a la Tercera Internacional. En un principio los dirigentes del partido no tenían una idea clara sobre la posición a asumir. Sin embargo, después de consultas e intensos debates internos, sus líderes, con Pablo Iglesias a la cabeza, rechazaron toda vinculación y no aceptaron una posible integración en dicha Internacional. Fue una decisión muy meditada, ya que eran plenamente conscientes de las repercusiones que dicha postura les iba a suponer. Esta resolución, como estaba ya prevista, provocó la ruptura de un grupo de militantes con respecto al programa oficial y al partido. Los disidentes, con García Quejido como líder más representativo, inspirados en los principios del marxismo-leninismo, fundaron el Partido Comunista Obrero Español, que más tarde cambió el nombre por Partido Comunista de España (P.C.E.). Después de un largo periodo de catalepsia social y política debido a las múltiples discusiones teóricas que mantuvieron sus miembros, en las que malgastaron buena parte de su energía de grupo, y perseguidos durante la dictadura de Primo de Rivera, resucitaron en 1931 con la proclamación de la República y adquirieron un gran protagonismo a partir de 1936 con el triunfo del Frente Popular. La Confederación Nacional de Trabajadores (C.N.T.), de tendencia anarquista, fue fundada en Barcelona

²⁶ Raymond Carr en su obra *España 1808-1939* dice textualmente: “En 1907 España era todavía el único

en 1910, según los principios de Bakunin y de otros ideólogos del anarquismo internacional²⁷. Según esos principios, los trabajadores debían asumir un papel protagonista en las luchas reivindicativas obreras, al margen de partidos y de sistemas jerarquizados. Sus armas de lucha fueron preferentemente la violencia y las huelgas. Llegaron a proponer una verdadera mística de la violencia, en la que la acción personal como fuerza desestabilizadora del sistema adquirió un sentido total. Los atentados personales realizados por anarquistas, desde la matanza del Liceo hasta el asesinato de Cánovas, pasando por la quema de iglesias y conventos con el asesinato de personas relacionadas con el clero, etc., eran claras manifestaciones de su ideario político. Como el Partido Comunista, también la C.N.T. permaneció inactiva durante la dictadura de Primo de Rivera y adquirió cada vez más fuerza a partir de la proclamación de la República en 1931.

La característica más relevante de los partidos de izquierda se expresó en los fuertes y constantes enfrentamientos dialécticos y políticos. Socialistas, comunistas y anarquistas, con sus diferentes siglas, eran los principales partidos que aglutinaban las masas proletarias preferentemente de las zonas industrializadas, de las grandes ciudades y, ya parcialmente, de ciertos sectores del campesinado español. Estos partidos quedaron muy debilitados como consecuencia de la brutal competencia que mantuvieron para ganar la adhesión de las clases obreras. Era verdaderamente difícil que pudieran entenderse partidos con bases ideológicas tan diferentes y con planteamientos doctrinales tan teóricos. Incluso sus principios estatutarios como sus filosofías de acción y sus ideas de revolución los distanciaban y los oponían. El ideal socialista de la toma del poder político por la clase obrera, primer punto de los estatutos del Partido Socialista Obrero Español, chocaba frontalmente con los principios básicos del anarquismo, cuyos miembros sostenían que todo posible Estado proletario tenía que ser tan malo y negativo como cualquier Estado burgués. El anarquismo negaba toda organización estatal. Por otro lado, los socialistas eran partidarios de la violencia, siempre que esta estuviera dirigida al logro de algún objetivo concreto y se hallara programada y dirigida desde la dirección del partido. El anarquismo defendía la violencia de la acción directa

país europeo sin un diputado obrero en el parlamento” (p. 421).

²⁷ A finales de siglo (1899) el número de afiliados de la UGT alcanzaba la cifra de los 15.000; en 1931, la UGT tenía casi un millón de afiliados y la CNT algo más de 500.000; en 1936, la UGT llegaba al millón trescientos mil afiliados y la CNT supera con creces el medio millón. En algo más de treinta años las

individual. El objetivo socialista de conseguir, por medio de la lucha sindical, salarios más justos para alcanzar mejores condiciones de vida era para los anarquistas una verdadera claudicación de los ideales básicos de todo partido revolucionario que debía luchar sin contabilizar entregas ni sacrificios en nombre de la utopía de un mundo nuevo basado en los principios de libertad y de la hermandad universal. Esta oposición de principios y de finalidades hizo que las relaciones entre los partidos de izquierda fueran tensas y muy problemáticas, llegando incluso en ciertos momentos a caracterizarse por sus fuertes enfrentamientos²⁸.

Los movimientos de derechas estaban formados por un variopinto grupo de partidos pequeños, organizados todos ellos en torno a los principios de orden, jerarquía, patria y religión. Entre éstos, pueden ser destacados los partidos monárquicos. El sistema aristocrático había sido el baluarte del régimen monárquico como la monarquía era el sentido y la justificación de la aristocracia. Sin embargo, aunque ésta, la aristocracia, seguía manteniendo un fuerte prestigio social, su influencia en los espacios de la política y de la sociedad se encontraba en horas muy bajas. Había perdido ya el papel rector de la dirección social y política de la sociedad. Su decadencia era manifiesta. Basados en una cultura sólidamente conservadora al cifrar su razón de ser en la sangre y en el linaje, los aristócratas se oponían a cualquier cambio por significar posibles pérdidas de prerrogativas o beneficios de clase. Por otro lado, la monarquía borbónica, basada en los principios de la Restauración, seguía viva y vigente, pero en un estado de agonía prolongada. Alfonso XIII, como única salida, simpatizaba cada vez más con una alternativa de signo militarista que fuera garante del orden social y del sistema monárquico. En pequeñas o medianas localidades, preferentemente campesinas, existían ciertos grupos o familias de poder, que aferrados a los usos y a las costumbres del pasado, negaban todo cambio social. Aunque éstos tuvieran sus residencias en las ciudades, su poder económico y personal se centraba en el campo. Dominaban la vida económica y política de estas aldeas con un autoritarismo completo. Se sentían muy a gusto con el papel social que la tradición les había encomendado y velaban celosamente por su conservación. Formaban la casta de caciques, de los que Joaquín Costa había

filiaciones a los dos sindicatos habían experimentado un crecimiento sorprendente. De consulta obligada es la obra de Tuñón de Lara *El movimiento obrero en la historia de España* (3 Vs.) Madrid, 1972.

²⁸ Las tensiones y enfrentamientos entre los propios partidos de izquierda favorecieron el nacimiento de un primer grado de “cultura de fronteras”, marcada por la incomprensión, la incomunicación y la insolidaridad entre las diferentes ideologías de los movimientos obreros.

hablado detenidamente para proponer las consecuencias sociales y económicas de este sistema de vida y de gobierno. Por lo general, por intereses y miras, estas familias se sentían muy unidas a la clase de la aristocracia. Como éstos, los denominados “caciques” eran conservadores y reaccionarios. Se posicionaban contra todo posible cambio social y frente a toda modificación económica.

Frente a los grupos de poder de signo monárquico y aristocrático, enquistados en el pasado, fueron apareciendo, a partir especialmente de la Restauración, nuevas fuerzas de poder activas, dinámicas y abiertas a las novedades. Básicamente, eran de talante conciliador y de espíritu moderado. Estaban formados por las principales familias de industriales y banqueros, que dominaban la vida social, industrial y económica de las zonas industrializadas, especialmente Cataluña y País Vasco, y de las grandes ciudades españolas. Aunque de espíritu abierto y dinámico, necesitaban la paz y el orden para poder llevar adelante, sin graves problemas, sus fructíferos negocios. Exigían por intereses y por necesidad un país fuerte, jerarquizado y bien gobernado. En momentos de fuertes crispaciones sociales, veían con buenos ojos un gobierno de derecha, incluso un dictador de hierro, que garantizase sus intereses y sus negocios. Las exigencias del gran capital les llevó a ser muy moderados, amantes de la disciplina social y de la jerarquía política, alineándose con los intereses de la aristocracia y de los caciques en su lucha por el mantenimiento del orden. Esta postura explica perfectamente el gran alborozo con que estos grupos recibieron el golpe militar del general Miguel Primo de Rivera en septiembre de 1923. La dictadura militar primorriverista significaba para ellos orden y, por tanto, progreso. Sin embargo, a diferencia de los primeros, la oligarquía industrial-económica se presentaba desde un principio como defensora del progreso y de los cambios sociales, pero siempre dentro de los límites de sus intereses y de sus prerrogativas. Las grandes familias de banqueros, industriales y comerciantes, como los Oriol, Lequerica, Urquijo, Comillas, March, Botín, Ibarra y demás formaban lo más florido de este nuevo grupo social inclinado, con algunas pocas excepciones, hacia las derechas políticas.

A estos grupos de poder habría que añadir los pequeños o medianos propietarios y los rentistas que, aunque sin una ideología de partido determinada, veían en las tensiones políticas y en la crispación social riesgos muy serios para sus fines económicos. Como los grupos sociales anteriores, pedían paz y orden para disfrutar de sus rentas y de sus

ganancias. En este mismo espacio se encontraban tanto la Iglesia como el ejército. Aunque tanto una institución como la otra se presentaban como apolíticas, en todo momento mostraron, de forma inconfundible, sus preferencias manifiestas por los movimientos conservadores y por las derechas políticas. El sindicalismo confesional²⁹ tuvo una fuerza social mínima y una escasa capacidad reivindicativa, explicable en gran parte por las mismas vacilaciones de la Iglesia ante los problemas sociales³⁰. Para la Iglesia, la resolución de los problemas sociales seguía siendo más cuestión de caridad cristiana que razón de cambio social.

I.- 4.-La política española. De los nacionalismos a las guerras coloniales

España experimentaba, como ningún otro país europeo, fuertes tensiones políticas derivadas de los nacionalismos, especialmente, el catalán y el vasco. La renaixença catalana de fin de siglo con nombres tan importantes como Verdaguer, Guimerà, Oller y Moragas había calado con fuerza en la sociedad, especialmente en la burguesía catalana, contribuyendo al fortalecimiento nacionalista de signo independentista. Los vascos, después de las sucesivas derrotas en las guerras carlistas y del corrimiento ideológico del Partido Carlista hacia un nacionalismo español de signo tradicionalista, encontraron en el independentismo la única salida para sus afanes nacionalistas. El Partido Nacionalista Vasco (PNV), fundado por Sabino Arana y Goiri en 1894, respondía a esta filosofía de afirmación nacional. Los nacionalismos nacen y se desarrollan con una clara y consciente voluntad de defensa de sus identidades nacionales y culturales. Al ser precisamente estos países con conciencia de nacionalidad los lugares de destino de amplias y sucesivas oleadas migratorias, se va a entrar en un estado de profunda crisis de identidad. Unos no encuentran razones para someterse a la nueva cultura del lugar de destino por creer, a pesar del desplazamiento territorial, que siguen permaneciendo en su propia geografía nacional y los otros, cada vez con más virulencia, reclaman, por lo menos, el derecho a la defensa de su identidad nacional y de su cultura, muy en

²⁹ A partir de la publicación de la encíclica *Rerum novarum* nació entre ciertos sectores católicos un profundo interés por las cuestiones sociales. Sin embargo, seguía dominando la idea tradicional del amor cristiano a partir de la razón de caridad. No existía una verdadera idea de una organización de clase obrera. El jesuita Vicent en su obra *Socialismo y anarquismo* sintetizaba perfectamente todas las ideas de la concepción tradicionalista de la Iglesia en torno a la pobreza y al trabajo. Según Vicent, la pobreza era consecuencia del pecado original. Los problemas sociales entrañan en su base una cuestión religiosa. Si se recatolizara a las clases trabajadoras, la cuestión social quedaría resuelta. Véase al respecto Raymond Carr: *España 1808 – 1936*, Op. Cit., p. 436.

³⁰ M^a Teresa Pérez, *Historia de España del siglo XX*, Op. Cit., p. 46.

particular en lo que se refiere a la lengua. De esta manera, el nacionalismo español se enfrentaba abiertamente a los nacionalismos periféricos de Cataluña, País Vasco y, en menor grado, Galicia, eje del “Galeusca”.

El problema de los nacionalismos del Estado español era muy diferente al de los nacionalismos de los países vecinos. La razón era tan simple como convincente. Los fuertes nacionalismos europeos, como el francés o el inglés, se habían basado en el poder centralizador de las grandes ciudades de hegemonía cultural y económica. Este era el caso de París, Lyon, Toulouse, etc., para el caso francés; Londres, Liverpool, Manchester, etc., para el caso inglés. Los nacionalismos en estos países europeos se daban en regiones periféricas, poco industrializadas y escasamente pobladas. Sin embargo, el caso del Estado español era muy diferente. Las zonas más industrializadas y económicamente más ricas eran regiones o países con una profunda conciencia nacional diferenciada de la española como eran los casos de Cataluña, País Vasco y, en un sentido diferente, Galicia. Como afirma Stanley G. Payne: “las regiones dominantes gubernamentalmente no eran las que marcaban la pauta en la modernización económica y cultural, mientras que en otros países éstas últimas solían ser los nuevos focos de autoridad e identidad” (1987, p.19). Cataluña, Galicia y País Vasco eran regiones con una lengua y con una cultura propia. Por otro lado, Cataluña y País Vasco, como zonas fuertemente industrializadas, habían desarrollado unas clases medias dinámicas y pujantes que favorecían abiertamente el resurgimiento de estos nacionalismos como elementos de identidad y de diferenciación con respecto a la cultura y a la lengua españolas. España vivía en ese tiempo un claro enfrentamiento de posturas políticas de signo nacionalista. Sin embargo, en el caso español, a diferencia de los estados europeos más fuertes, los nacionalismos reivindicativos representaban las regiones más industrializadas y económicamente más pujantes. Los nacionalismos en la España de finales del S. XIX y de principios del S. XX representaban un serio problema de identidad y de unidad debido a las circunstancias señaladas.

Junto a estos frentes de tensión de sentido social y económico, no se puede olvidar la realidad de la política internacional española que afectaba de manera dramática a las clases más bajas del pueblo español. A principios de siglo, España había acabado tristemente una guerra, la guerra contra los Estados Unidos, y se encontraba inmersa en otra, la guerra africana, que ofrecía muy pocas glorias y, como contrapartida, muchas

pérdidas tanto económicas como humanas. Por otro lado, el pueblo español, adoctrinado en tópicos histórico-militares y dirigido por un periodismo muy poco realista, vivía la irrealidad quijotesca de un sueño imperial como primera potencia militar en el concierto de las naciones, cuando España en realidad se hallaba sumergida en un estado de profunda crisis y de fuerte descomposición interna.

El problema americano se había centrado preferentemente en Cuba. El Gobierno Español, arrastrado por razones puramente económicas en torno al control de las materias primas y de los mercados de la isla caribeña, no supo o no quiso ver la trascendencia de este levantamiento. El ideal de José Martí de una república libre para Cuba se desmoronó con la entrada en guerra de los Estados Unidos. La escuadra española fue destruida en Santiago de Cuba por la armada norteamericana. Este hecho demostraba la incapacidad y la inoperancia de la marina española. Los sueños imperialistas de una España grande y universal caían por su propio peso. En el Tratado de París de 1898 España tenía que renunciar a sus últimos reductos coloniales: Cuba, Filipinas y Puerto Rico. La derrota fue triste y trágica, pero se acababa una sangría terrible de vidas humanas.

El otro frente de guerra era Marruecos. El problema marroquí estaba presente, con diferentes alternativas, desde el siglo anterior. Marruecos representaba ante el resto de los países europeos el último signo del imperialismo español y, al mismo tiempo, para los españoles el sueño de una España como potencia militar. En realidad, Marruecos era un cementerio para las tropas y un lugar de medro y de ascensos militares para los jefes y los oficiales. En este contexto, la derrota de Annual en 1921 significó uno de los golpes más duros para la opinión pública española. Si Cuba y Filipinas habían encendido la conciencia de fracaso de la marina, Annual va a reforzar la idea de ineptitud total del ejército. Los sueños de una España grande y poderosa habían quedado hechos trizas. Ya no quedaba ningún rastro del antiguo esplendor del imperio español.

Los frentes de América y de África no sólo sirvieron para despertar al pueblo español del absurdo sueño de vivir y de pertenecer a un país poderoso y rico, sino que ayudaron a crear una animadversión creciente hacia el ejército. Los muertos en guerra, tanto en Cuba como en Marruecos, representaban básicamente a las clases populares, a las

gentes que no podían comprar el “servicio militar”. Las clases pudientes, debido a la compra, quedaban fuera del servicio militar y, por tanto, del riesgo de participar en la guerra. Además la vida corrupta y disoluta de los jefes encrespaba a la opinión pública, que exigía responsabilidades que nunca se llegaban a ejecutar. El ejército había perdido todo respaldo popular. Formaba un grupo social criticado y rechazado por el pueblo.

I.- 5.-La cultura como paradoja límite

Si las tensiones y las contradicciones en lo social, económico y político eran manifiestas, las paradojas que se daban en el ámbito de la cultura española de la época eran aún más alarmantes y extremas. Aunque la enseñanza primaria era obligatoria desde casi mediados del siglo XIX, la situación cultural era lamentable. Según las estadísticas más fiables, el analfabetismo en la sociedad española a principios de siglo superaba con creces el 60% y en algunas regiones sobrepasaba el 75%.³¹ Las tasas de analfabetismo, como es lógico, eran superiores en la sociedad campesina que en la sociedad urbana. La cultura se encontraba preferentemente en las ciudades y en las zonas industrializadas, lugares densamente poblados, en los que las clases burguesas y los grupos económicamente pudientes habían establecido sus residencias habituales. Se puede afirmar en términos generales que la cultura era patrimonio de las clases altas y medias. El pueblo llano se encontraba divorciado de la cultura por circunstancias económicas y sociales³². Una gran mayoría del pueblo tenía muy pocas opciones de acceder a la cultura, estando, como estaba por fuerza y necesidad, determinado a buscar el sustento diario en condiciones realmente duras y penosas. Un trabajador del campo raramente superaba los estudios primarios. La gran meta de buen número de

³¹ Según Tuñón de Lara, a inicios del S. XX, el analfabetismo en España era del 65%. El analfabetismo femenino se acercaba al 75% y el masculino rondaba el 60% (1972, pp. 318-19) En este contexto, son muy reveladoras las conclusiones de una encuesta realizada por el Instituto Libre de Enseñanza sobre las causas del alto analfabetismo femenino. Decía: “ellas sólo tienen necesidad de temer a Dios, cuidar su casa y obedecer a su marido” (tomado de Perinat-Marrades, p. 33). Véase igualmente el capítulo “El despertar de la cultura” de la obra de Juan Pablo Fusi *Un siglo de España. La cultura* (Barcelona: Marcial Pons, 1999), pp. 13-42.

³² Gabriel Jackson en su obra *Aproximación a la España contemporánea* afirma que “un estudio de la enseñanza primaria llevado a cabo por el Gobierno (de la República) reveló que se necesitaban alrededor de 27.000 escuelas nuevas para atender al millón y medio aproximadamente de niños que no recibían ninguna clase de educación” (Op. Cit., p. 85). Si este era el panorama escolar en los años de la República, ¿qué cuadro presentaría la educación primaria en la España de principios de siglo? Una de las apuestas más serias de la República fue subsanar esta deficiencia con la creación de miles de nuevas escuelas y con los fuertes aumentos salariales a la escala de profesores y maestros. Remito al lector al apartado “Educación y cultura” del libro de Ramón Tamames *España 1931-1975* para tener una referencia de las diferentes actitudes de la República frente al hecho de la enseñanza (Op. Cit., pp. 61-64).

trabajadores urbanos era alcanzar lo que hoy en día se conoce como graduado escolar: unos conocimientos tan básicos como útiles³³. Por lo general, la población española se caracterizaba por un índice elevado de analfabetismo o bien por la posesión de unos conocimientos primarios como la lectura, la escritura y las cuatro reglas. Desde el punto de vista de la cultura popular, el panorama español ofrecía tintes un tanto sombríos.

La enseñanza como profesión tampoco ofrecía valoraciones muy positivas. Por lo general, la profesión de maestro no tenía gran predicamento social³⁴. Las pagas que recibía un maestro eran muy bajas y en ocasiones estas llegaban tarde. El dicho popular de “pasar más hambre que un maestro de escuela” reflejaba a las claras la situación de penuria de los maestros españoles. Frecuentemente, compensaban este estado de escasez con el recibo de pagos o de regalos en especies por parte de sus alumnos. El magisterio era un trabajo sacrificado con muy pocos alicientes sociales y económicos. En este contexto, es de imaginar la falta de estímulos en los maestros para realizar un trabajo tan necesario como socialmente rentable. Salvando muchas excepciones de maestros realmente vocacionados, en términos generales se puede decir que ni los alumnos ni los maestros se encontraban motivados para un ejercicio cultural importante, unos determinados por las necesidades laborales y los otros condicionados por la marginación socio-económica.

La enseñanza destinada a las clases medias y altas, tanto la masculina como la femenina, se encontraba en manos de las órdenes religiosas³⁵. Los colegios mejor preparados y con una enseñanza más cualificada eran centros privados de pago. La cultura se convertía en un bien de consumo, del que estaba excluida buena parte de la población española. Amplias áreas campesinas quedaban marginadas de la enseñanza al mismo tiempo que la educación privada se aseguraba la rentabilidad económica ubicando sus colegios en centros urbanos de densa población.

³³ La única vía de romper con el determinismo cultural y económico al que estaban sometidos amplios grupos de población rural y también urbana era ingresar en el ejército o bien en el seminario. Buen número de militares del ejército y de sacerdotes del clero tenían una ascendencia humilde. Los seminarios y el ejército eran medios para superar el hambre y lograr una situación social estable y confortable.

³⁴ Sólo la República había realizado un gran esfuerzo de revalorización de la enseñanza como trabajo y del maestro como funcionario. En pocos años, gracias entre otras medidas a la reforma de los estudios y a la unificación de programas, se consiguió en pocos años que el número y la calidad de los nuevos maestros fuera considerable. Véase Esteban Medina: *Educación y Sociedad. La lucha por la educación en España, 1770-1970*. Madrid: Editorial Ayuso, 1977, pp. 104-105.

En todas las capitales de provincia y en pueblos populosos, incluso con preferencia en las grandes ciudades, se encontraban junto a los colegios públicos, con una baja estimación social, los colegios privados regentados por religiosos y religiosas, donde destacaban los centros de jesuitas, lasalianos, del Sagrado Corazón, marianistas, entre otros. Estos centros poseían un alto prestigio social y allí acudían preferentemente los hijos de las clases acomodadas. Todas las propuestas liberalizadoras provenientes de la revolución de 1868 terminaron en un estrepitoso fracaso. Una cosa era el ideal y otra cosa muy distinta la realidad. “Aquella experiencia, que resultó fallida, hizo que al sobrevenir la época de la Restauración, hubiera que volver a plantearse el relanzamiento de la enseñanza en todos sus grados. Desde 1830 hasta 1920 (nosotros añadimos que lo mismo pasó hasta la proclamación de la República) fue la Iglesia quien se alzó con el monopolio de la enseñanza por parte de los religiosos, con lo que ello conllevó de afianzamiento en la influencia cultural e ideológica³⁶. La Iglesia era muy consciente de que dirigiendo la educación de las clases rectoras podía controlar la ideología del país. En un momento y en unas circunstancias en las que la burguesía en Europa lideraba la revolución liberal, implantando un nuevo modelo de educación pública y secular, en España, la burguesía renunció a este cometido histórico que fue asumido por la Iglesia”³⁷. La educación de cierto prestigio recayó de esta manera en manos de la Iglesia³⁸.

³⁵ Algo más de las dos terceras partes de la enseñanza secundaria se encontraba en manos de las órdenes religiosas. Véase Raymond Carr: *España 1808 – 1936*, Op. Cit., p. 448.

³⁶ Ramón Navarro Sandalinas puntualiza más la realidad educativa religiosa, cuando afirma que “a principios de siglo, más de mil comunidades religiosas se dedicaban a la enseñanza, dos tercios de las existentes. Con ello, la Iglesia descubre que dominando la enseñanza secundaria y la parte de la primaria relativa a la clase acomodada, pasa a controlar el país a través de la futura élite rectora que ha sido mentalizada en su seno” (*La enseñanza primaria durante el franquismo (1936-1975)*). Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias, 1990, pp. 37-38).

³⁷ Vicente Cárcel Ortí: *Breve historia de la Iglesia en España*. Barcelona: Editorial Planeta, 2003, p. 331. La cesión por parte de la burguesía del liderazgo de la educación es otra de las pruebas fundamentales de la tesis defendida en estas páginas: el papel nulamente operativo de la burguesía en la historia de España del último tercio del siglo XIX y del primer tercio del siglo XX. La historia de España de esta época es la historia de un país sin una burguesía activa y operativa.

³⁸ Otra razón que explica esta supremacía del papel de las órdenes religiosas en la educación española se asienta simplemente en razones económicas. El Estado, aun deseándolo, no hubiera podido hacer frente a los altos costos que hubiera significado una educación gratuita y libre. Como en “La Gloriosa” se podía proponer un *desideratum* educativo y pedagógico, pero éste quedó en el plano de los puros proyectos irrealizables. Los centros religiosos tenían grandes ventajas. Una de ellas era el no tener que pagar a los maestros y profesores por formar éstos parte de las propias instituciones. Esto abarataba de forma considerable los costos de la educación.

Existían algunos centros privados de carácter laico, como los promovidos por el institucionismo o por algunos partidos políticos, como los ensayos de las Escuelas Modernas de Ferrer, pero en conjunto estos eran una excepción.³⁹ Sin embargo, dentro del carácter minoritario y excepcional, éstos tuvieron una importancia capital en el desarrollo cultural de España. Hablamos especialmente de la enseñanza institucionista con su filosofía de libertad y con unas metas muy claras: formar hombres libres y responsables que fueran útiles para la sociedad⁴⁰. Su experiencia fue ejemplar en todos los sentidos. Sus frutos, sorprendentes. Su mayor desgracia fue la falta de continuidad debido a las circunstancias históricas que imposibilitaron que pudieran aflorar todas sus posibilidades internas para demostrar hasta dónde podía llegar una pedagogía profundamente humanista, donde el valor principal se hallaba en la persona y en su compromiso social. Su más grave limitación fue el carácter de pago de su enseñanza, haciendo que su labor cultural se redujera a los ámbitos de la burguesía progresista sin alcanzar su labor educadora a las masas populares. El grave problema que tuvo que asumir el institucionismo fue que debió optar por el principio del elitismo económico de sus alumnos para poder salvaguardar la razón de libertad de su enseñanza.

Los centros de enseñanza, ya fueran religiosos o laicos, ya presentaran una línea de enseñanza conservadora o progresista, etc., para poder sobrevivir, tenían que ser económicamente rentables. No se contemplaba la posibilidad de la gratuidad. Eran colegios o centros de pago. Una cultura comprada o pagada tenía que ser necesariamente una cultura minoritaria, a la que sólo podía aspirar una minoría privilegiada. La cultura era un privilegio de clase.

³⁹ Habría que hablar también de los profesores de mentalidad e ideales institucionistas que desarrollaron una acción cultural muy importante por toda la geografía española. Dentro de sus posibilidades, muy limitadas por la carencia de medios, desarrollaron una labor muy importante de culturización, aunque nunca debidamente reconocida. La película *La lengua de las mariposas* (España, 1999) refleja fielmente este ideario pedagógico a través de la labor académica y cultural que realiza el maestro don Gregorio en un pequeño pueblo de Galicia. El papel del maestro don Gregorio está representado magistralmente por el actor Fernando Fernán Gómez.

⁴⁰ Para tener una idea aproximada de la ideología, de la estructura y de los ideales pedagógicos del institucionismo remito al lector interesado, entre otros posibles, a los autores siguientes: Vicente Cacho Viu: *La Institución Libre de Enseñanza*. Madrid: Editorial Rialp, 1962; Elías Díaz: *La filosofía social del krausismo español*. Madrid: Editorial Edicusa, 1974; Antonio Jiménez: *El Krausismo y la Institución Libre de Enseñanza*. Madrid: Editorial Cincel, 1986 y “Educación y cultura entre siglos: La Institución Libre de Enseñanza”; Juan López Morillas: *El Krausismo español. Perfil de una aventura intelectual*. México: Editorial Fondo de Cultura Económica, 1956; Manuel Maceiras (Coord.): *Pensamiento filosófico español* (Vol. 2: *Del barroco a nuestros días*). Madrid: Editorial Síntesis, 2002, pp. 195-238; Fernando Millán: *La revolución: de la Institución Libre de Enseñanza a la Escuela de la República*. Valencia: Fernando Torres Editores, 1983; Antonio Molero Pintado: *La Institución Libre de Enseñanza: un proyecto español de renovación pedagógica*. Madrid: Editorial Anaya, 1985; Etcétera.

Estos simples datos nos indican que la enseñanza y la cultura eran patrimonio de las clases sociales pudientes. La ascendencia social de los políticos, científicos, intelectuales y artistas de todos los grupos que formaban el mundo cultural de este primer tercio de siglo indica de manera incuestionable que la educación y la cultura eran prerrogativa de las clases sociales privilegiadas: clases medias y clases altas. Éste era el caso de la gran mayoría de los intelectuales españoles de la época: desde Miguel de Unamuno hasta Rafael Alberti, pasando por Antonio y Manuel Machado, Pío Baroja, Ramiro de Maeztu, Azorín, Juan Ramón Jiménez, José Ortega y Gasset, Ramón Menéndez Pidal, Ramón Gómez de la Serna, Gabriel Miró, Federico García Lorca, Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, Pablo Picasso, Salvador Dalí, entre otros. ¿Cuántos artistas e intelectuales tienen una procedencia humilde y socialmente baja? Contados. Incluso, en algunos casos, la ascendencia social puede ser motivo de polémica sin resultados definitivos. Estos pueden ser los casos de Miguel Hernández, de Juan David García Bacca o de Eugenio Imaz, entre otros posibles.

El organigrama del hecho cultural nos revela la drástica división social de la población española. Una gran mayoría, discriminada de la alta y media cultura, nadaba por las aguas del analfabetismo o de unos conocimientos rudimentarios y básicos. Una gran minoría, perteneciente a las clases pudientes, acaparaba todos los espacios de la cultura. La sociedad rural, preferentemente, y grandes bolsas del proletariado urbano se encontraban entre los primeros, entre los desposeídos de la cultura. Su verdadero problema no era el afán de saber sino la preocupación por resolver el problema diario de la pura subsistencia. La cultura, de manera especial la superior, era un lujo que no se encontraba al alcance de sus posibilidades. La gran mayoría del pueblo se hallaba excluida de los cauces de acceso de la cultura. La burguesía y las clases dominantes, – oligarquía, aristocracia, caciquismo, iglesia y en cierto sentido el ejército-, eran los grupos poseedores de la cultura. Gracias a la fuerza que propiciaba la cultura, estos grupos minoritarios podían ejercer una enorme influencia y un importante grado de dominio sobre los amplios grupos incultos de la población española.

El único intento serio de cambio de este panorama cultural lo realizó la República, pero el proyecto no tuvo éxito, ya que las derechas en el bienio de 1934-36 y, más tarde, el levantamiento militar imposibilitaron el intento revolucionario de culturización de las

masas. La lógica política defiende la imposibilidad real de existencia de una nación o de un régimen político de signo democrático sin una educación sólida en las bases para crear una ciudadanía culta y crítica, capaz de realizar su obligación del voto con garantías suficientes. Una de las apuestas más valientes y decididas del sistema republicano fue precisamente la culturización del pueblo. “Esta sensación de urgencia es el que lleva (a la República)... a proyectar la construcción de 27.000 escuelas en el plazo récord de cinco años. Se obtienen créditos extraordinarios para tal fin y en los meses que restan para acabar 1931 se acomete la construcción de las 7.000 primeras. La llegada al poder de los conservadores en el bienio radical cedista paraliza esta política, pero de nuevo se reanuda a partir de febrero del 36 con el Frente Popular en el gobierno” (Medina, p. 104). Las reformas educativas de la República fueron un gran proyecto de transformación social sin posibilidades reales de realización por falta de tiempo y porque se lo impidió un golpe militar.

Las llamadas clases dominantes, satisfechas de su situación, no sólo no deseaban el acceso de las clases populares a la educación, sino que en la medida de lo posible torpedeaban cualquier posible acceso. Consideraban que la culturización del pueblo podía significar un peligro serio para el mantenimiento de sus privilegios de clase. Entre las clases dominantes y el pueblo se encontraban las barreras insalvables de los poderes políticos, económicos y culturales. La incultura popular era el arma más poderosa de dominio y dirigismo por parte de los grupos dirigentes.

El grupo social más identificado con la cultura, propiamente el gestor de la vida cultural, era la burguesía o el amplio sector de las clases medias. La cultura ha sido tradicionalmente el arma y el alma que crean las señas de identidad de la burguesía y funcionan como elemento de diferencia con relación a las otras clases sociales. Sin embargo, a pesar de toda la fuerza intelectual que podían ostentar las clases medias, éstas vivían encerradas en una especie de microcosmos cultural sin excesiva influencia en los otros grupos. Por eso, su capacidad de aglutinación social era mínima. Políticamente no tenían mucha representación por falta de sintonía con las otras fuerzas sociales. Incluso, cuando asumen posturas de crítica y de oposición, éstas aparecen como conductas de intelectuales sueltos o espontáneos sin identificación con el pueblo. Fracasaron estrepitosamente en su intento de diálogo con las masas populares. Otros grupos pertenecientes a la burguesía dieron la espalda a cualquier problema de tipo

social y político, viviendo ensimismados en las burbujas de la estética del arte por el arte. La burguesía o las clases medias formaron un cuerpo intelectualmente muy activo, incluso portentoso en sus realizaciones, pero sin raíces sociales suficientemente fuertes como para mediar en el campo de las tensiones sociales y políticas del país⁴¹.

Desde este mismo punto de vista, Dionisio Ridruejo en su obra *Escrito en España* ofrece unas consideraciones altamente reveladoras. Al tratar el “Problema de España”, comenta que tal problema “consiste en saber cómo y porqué España ha llegado a la edad contemporánea con un escaso desarrollo de sus clases económicas y una escasa inclinación intelectual hacia las especializaciones de carácter científico” (p.38). Cuando analiza el tema, buscando razones y explicaciones para justificar esta extraña situación, concluye con el planteamiento de las consecuencias negativas que para España iba a suponer la ausencia de una burguesía potente y creadora⁴². Adelantando las conclusiones finales para buscar la lógica de exposición del tema que nos ocupa, cabe afirmar que el auténtico y real problema de España fue la disociación extrema entre el progresismo intelectual, realidad específica de minorías, y el subdesarrollo económico y social, factor determinante de las grandes mayorías, en un país dirigido por fuerzas conservadoras y tradicionalistas⁴³.

Las clases medias o burguesía, como queda señalado, además de su incapacidad operativa en los planos social y político, se hallaba inmersa en una fuerte crisis de identidad. El arte y la literatura traslucen de manera diáfana esta realidad crítica. Los intelectuales habían roto amarras con el positivismo científico y con el realismo estético que formaban sus rasgos característicos y su principal cosmos de valores. Basta comparar la estética de las novelas *Fortunata y Jacinta* de Pérez Galdós o bien *La*

⁴¹ Esta es una de las tesis que defiende Inman Fox en su trabajo “La crisis intelectual de los jóvenes de 1898” en *La crisis intelectual del 98* (Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1976). Véanse especialmente las págs. 216-219. De igual manera se expresa José Antonio Portero en sus conclusiones a su estudio *Pulpito e ideología en la España del siglo XIX* (Zaragoza: Libros Pórtico, 1978), donde sostiene que “La débil y desigual transformación de la estructura social y económica no ha permitido el desarrollo de una burguesía moderna y potente” (p. 239). Estas ideas son igualmente aplicables al primer tercio del Siglo XX.

⁴² Remito al lector interesado al capítulo “La constitución de un desierto” para adentrarse en la ideología de un Dionisio Ridruejo en una época en que había roto amarras con el sistema y se presentaba como una de las fuerzas más visibles de la disidencia frente al franquismo. *Escrito en España* fue publicado en la Editorial Losada de Buenos Aires en 1962.

⁴³ Aquí se ve una de las constantes de la historia de España: la oposición frontal entre la incultura de las clases populares y las grandes minorías intelectuales. Esta falta de sintonía entre unas clases y otras ha

Regenta de Clarín con las obras de Unamuno, *Niebla* o *San Manuel Bueno, Mártir* o bien con las de Pío Baroja, *Camino de perfección* o *Paradox rey*, para comprobar las estéticas tan diferentes que unos y otros concretan en sus escrituras literarias. Unamuno y Pío Baroja, con sus compañeros de viaje de generación, representan claramente la gran crisis de la modernidad o crisis de la conciencia burguesa. Este hecho nos lleva a plantear la importancia que para estos representantes de las clases medias tiene esta crisis de la conciencia burguesa. Lo planteado en el plano de la narrativa se puede traspasar a los otros géneros literarios y a las otras manifestaciones artísticas. Compárese igualmente el paisajismo realista a los paisajes de Ignacio Zuloaga. La pintura, la escultura, la música y demás disciplinas artísticas revelan igualmente el alma de esta crisis de conciencia y de identidad. Pero este estado de desorientación espiritual y de pérdida personal no es patrimonio sólo de la denominada Generación del 98. En ese estado de desorientación, participan de lleno los miembros de las llamadas Generación del 14 y Generación del 27, formando entre todas ellas un estado de conciencia y de conducta que determina la gran crisis de la modernidad.

Sin entrar en discusiones de generaciones o grupos, por ser éste, a estas alturas, un debate inútil e inoperante, se comprueba un hecho indiscutible. La bipolaridad social que niega la existencia de un centro social y político activo y eficaz explica perfectamente las oscilaciones ideológicas y las posiciones políticas de buen número de escritores e intelectuales de la época. Un ejemplo claro lo forma la denominada generación del 98. Como adelantábamos antes, todos ellos procedían de clases sociales medias, más o menos adineradas, pero suficientemente acomodadas como para recibir una buena educación. Sin embargo, como afirma José Luis Abellán: “Una característica de casi todos los miembros es su evolución desde situaciones de compromiso social y político muy radicales hasta un escapismo literario y estético cada vez mayores”⁴⁴, aunque, como sostiene el mismo crítico, de este cuadro hay que dejar a un lado las conductas políticas e ideológicas de Ramón María del Valle Inclán y Antonio Machado. Cuando aquéllos, -me refiero a los primeros-, tomaron contacto con la sociedad, buena parte de sus integrantes fue seducida y arrastrada por las corrientes de la izquierda política: anarquismo y socialismo. En unos primeros momentos, Azorín, Maeztu y

hecho que en España fracasase todo intento de modernización. Este hecho se dio en la época del barroco. Volvió a repetirse en las Cortes de Cádiz y en la Segunda República.

Baroja se movieron por los espacios del anarquismo; Unamuno y Maeztu, en ciertos momentos de su primera época, militaron ideológicamente en el socialismo; Unamuno tuvo sus más y sus menos con el marxismo. Todos los intelectuales mencionados se sintieron emocionalmente identificados con los partidos populares. Eran jóvenes inquietos que buscaban en estos supuestos ideológicos los cambios necesarios para crear una nueva sociedad a la medida de sus necesidades y de sus inquietudes⁴⁴. En esta misma época, Valle Inclán y Antonio Machado se desentendían de la política, preocupados por la búsqueda de las excelencias modernistas. Vivían en y por la poesía. La llamada generación del 98 presentaba en sus inicios dos frentes claramente opuestos: responsabilidad política en unos y preocupación literaria en otros. Sin embargo, una realidad unía a todos los miembros del grupo: la clara conciencia de crisis. Estos escritores, inconformes con su sociedad y con su literatura, se distanciaron de forma cada vez más acusada de las tendencias culturales dominantes en su tiempo y se posicionaron frente al positivismo y a la estética realista. Pretendieron conquistar, en un sentido u otro, una estética nueva y una nueva literatura acorde con las exigencias del nuevo hombre que clamaba una sociedad nueva.

A partir de este panorama inicial, se observa en todos estos intelectuales un cambio de talante espiritual sorpresivo y hasta paradójico. Los virajes ideológicos y emocionales que experimentaron todos ellos fueron sorprendentes. Los jóvenes revolucionarios adscritos a los partidos populares pronto se iban a desengañar de sus inquietudes sociales. La corrupción administrativa y la ineficacia política de los gobernantes, la conducta violenta de las masas y los intereses partidistas de los grupos políticos, hicieron que, cada vez más decepcionados, se fueran alejando de sus ideales primeros. Poco a poco fueron abandonando la rebeldía revolucionaria de la juventud y se fueron acomodando en un mundo subjetivo de inquietudes cada vez más personales. Incluso, en un proceso de claro signo evolutivo, se iban a posicionar en posturas políticas totalmente distintas a las iniciales. El anarquismo inicial de Maeztu y de Azorín se transformó en defensa decidida del nacionalismo español de derechas y del nacional-catolicismo. El socialista Unamuno flirteó con el franquismo, aunque también se

⁴⁴ “El pensamiento español en el siglo XX. La prosa científica” en *Historia de la literatura española. IV. Siglo xx* (Coord. J. M^a, Díez Borque). Madrid: Editorial Taurus, 1980, p. 15.

⁴⁵ En esta misma línea de pensamiento se encuentran los ensayos de Carlos Blanco Aguinaga: *Juventud del 98* (Madrid: Siglo XXI, 1970); Rafael Pérez de la Dehesa: *Política y sociedad en el primer Unamuno* (Madrid, 1966) o *El grupo ‘Germinal’: una clave del 98* (Madrid, 1970).

sintiera completamente defraudado y traicionado por dicho movimiento. Baroja fue el que menos cambió, quedando siempre en medio de una protesta general frente a la injusticia y a la maldad congénita del hombre. Su pretendido colaboracionismo con el régimen franquista se debió más al miedo que a convicciones ideológicas. Sin embargo, todos ellos acabaron defendiendo un decidido antiparlamentarismo y expresaron un desprecio completo por la democracia. Por lo general, se puede decir que estos intelectuales inicialmente de izquierdas iban a terminar militando en posiciones del nacionalismo español más radical. Por otra parte, Valle Inclán y Antonio Machado, que en su primera época se habían desinteresado de posturas y compromisos políticos, fueron asumiendo poco a poco una responsabilidad ideológica a favor de las posturas populares y democráticas, arribando finalmente en el puerto de un fuerte compromiso con la ideología republicana⁴⁶.

¿No es sorprendente el viraje espiritual de ciento ochenta grados que ofrecieron todos estos escritores? Los revolucionarios iniciales se convirtieron en defensores de posturas políticas de signo conservador y reaccionario. Opuestamente, los desinteresados de la política asumieron posturas a favor de la democracia y de la República. Estas modificaciones ideológicas recibieron una innegable confirmación en la evolución creativa que ofrecen estos escritores. Miguel de Unamuno pasó desde sus preocupaciones por España y por el espíritu español de *En torno al casticismo* (1895) a contenidos subjetivistas y de alcance universal como en *Del sentimiento trágico de la vida* (1913) o bien *San Manuel Bueno* (1933). Azorín marcó claramente el límite entre estas posturas en tensión en obras como *La voluntad* (1902), *Antonio Azorín* (1903) o bien *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904). Pío Baroja reveló este cambio en la propia evolución de su novela. *La busca* (1904) o *Aurora roja* (1904) mostraban un talante ideológico muy opuesto a *El árbol de la ciencia* (1912) o *El laberinto de las sirenas* (1923). Antonio Machado muestra las dos orillas de su ideología en obras como *Soledades* (1903) y *Campos de Castilla* (1912). Algo parecido podemos decir de Valle Inclán, si tomamos como referencia títulos que van desde sus *Sonatas*, *Sonata de Otoño* (1902) o *Sonata de estío* (1904) hasta sus *Comedias bárbaras*, donde podemos destacar

⁴⁶ Existe una importante bibliografía que analiza este punto. Remito al lector interesado a las siguientes obras: José Luis Abellán: *Visión de España en la generación del 98* (Madrid, 1968) y *Sociología del 98* (Barcelona, 1973); Inman Fox: *La crisis intelectual del 98* (Madrid, 1976); Ciriaco Morón Arroyo: *El alma de España. Cien años de inseguridad* (Oviedo, 1996); Víctor Ouimette: *Los intelectuales españoles*

los títulos *Cara de plata* (1922) o la novela, fuera ya del ciclo de las comedias, *Tirano Banderas* (1926)⁴⁷.

¿Cómo se explica este zigzagreo creativo e ideológico tan extremo en estos intelectuales? Esta transformación interior tan representativa de todos los miembros de la generación revela el hecho de encontrarnos con unos escritores que habitaban en los espacios de la incertidumbre y de la ambigüedad. La búsqueda de posibles soluciones les llevó de un extremo al otro del panorama político sin encontrar un lugar de anclaje en el centro, que hubiera sido el lugar al que por origen, educación y destino estaban llamados. Una vez más nos encontramos con la fuerte paradoja de unos hombres cultos y preparados que se encontraron sin un centro político y social donde acomodarse y desde donde producir su acción cívica e intelectual. Los escritores del 98 fueron unos desclasados sociales por carecer de un espacio político propio debido a la ausencia de unas clases medias dinámicas socialmente y económicamente operativas a las que pertenecían por cultura y por costumbres. Como afirma José Carlos Mainer, esta realidad se puede relacionar con “la pérdida de identidad social que sufre la pequeña burguesía intelectual ante una sociedad” desorientada y sin unas señas auténticas de identidad (1981, 47). La crisis de personalidad del grupo es simplemente la expresión de la gran crisis de identidad de la sociedad española del momento.

En la denominada generación del 14 encontramos un comportamiento político menos comprometido, pero tan turbio y equívoco como la de sus predecesores. Entre los miembros de este nuevo grupo existieron ejemplos que nos recuerdan los virajes ideológicos del 98, especialmente en los que podemos denominar como intelectuales politizados. En 1923 Ortega y Gasset aclamó a Primo de Rivera como el “cirujano de hierro” necesario y esperado para resolver los males que aquejaban a la patria, aunque años más tarde, en 1931, fundase con Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala la *Agrupación al Servicio de la República* que de forma tan decisiva influyó en el advenimiento de la República. Desencantado de la política, abandonó su vida parlamentaria y, más tarde, tras el alzamiento militar, se exilió. Mantuvo desde entonces

y el naufragio del liberalismo (1923-1936) (Valencia, 1998); Manuel Sánchez Mantero: *Los cambios de los escritores del 98 ante el problema de España* (Sevilla, 1998); etcétera.

⁴⁷ Incluso, estas fluctuaciones ideológicas se pueden rastrear y ver mucho mejor en la labor periodística de estos escritores, pero esta labor sobrepasaría los límites de este trabajo de mera presentación. Al lector interesado le remito a la abundante bibliografía existente sobre el tema.

unas relaciones ambiguas y confusas con el exilio republicano y con la dictadura franquista⁴⁸. Gregorio Marañón se posicionó abiertamente frente a la dictadura primorriverista y más tarde fundó, como queda dicho, la *Agrupación al Servicio de la República* para terminar finalmente en representante y paladín de la cultura del nacional-catolicismo. La trayectoria de Ramón Pérez de Ayala es similar a la de Gregorio Marañón, ya que, como él, representa el cambio de un republicanismo militante a una adhesión completa a la ideología franquista y al Movimiento Nacional. Estos giros tan extremos como sorprendentes caracterizan a estos intelectuales del 14. El resto de los otros representantes de esta generación asumen como propia la revolución literaria, despreocupándose inicialmente de cuestiones sociales y políticas para terminar en posiciones ideológicas encontradas. Ramón Gómez de la Serna se mueve por los ambientes vanguardistas de la greguería pero, llegado el momento clave de la Guerra Civil, participa en la vida cultural, siendo uno de los fundadores de “La Alianza de Intelectuales Antifascistas”. Optó por el exilio y en Buenos Aires no tuvo ningún reparo en demostrar sus simpatías y su admiración por la insurrección militar. Juan Ramón Jiménez, encerrado en su torre de marfil, vivía en los espacios del purismo poético, despreocupado de la realidad política y social. Sin embargo, la guerra va a ser para el poeta de Moguer un fuerte revulsivo emocional. Colaboró desde el primer momento con el gobierno republicano y fue hasta su muerte fiel a este compromiso. Gabriel Miró militó en el campo abierto de los simbolistas. Su muerte prematura, 1930, no le permitió tomar partido. Por lo que se puede deducir, la generación del 14 es un grupo ideológicamente indefinido, que experimentó, fuera por convicción o por conveniencias, unos bandazos ideológicos tan marcados que es imposible catalogarlos como grupo con afinidades políticas compartidas. Es una generación ambigua y difícil de valorar desde una perspectiva ideológica. Esta conducta tan ambigua y paradójica revela un estado de indefinición personal que les lleva a deambular entre la despreocupación ideológica y el compromiso político. Incluso, en el plano del compromiso, sin causas aparentes, oscilan entre su adhesión al gobierno republicano y su afección por la política de los militares sublevados.

Finalmente, la generación del 27 se evade conscientemente de cualquier problema histórico y social para calar en una actitud plenamente esteticista. Son los tiempos del

⁴⁸ Véanse Gregorio Morán: *El maestro en el exilio. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*.

arte por el arte, de la estética pura, de la literatura y del arte como juego y no como compromiso. Sin embargo, esta postura no significa, como machaconamente la crítica lo ha ido aireando, deshumanización. El hombre como problema, incluso como tragedia, está muy presente en los escritos de estos literatos. Es verdad que no hay una toma de postura clara frente a los problemas del momento histórico. Incluso, el personaje literario, tanto en la poesía como en el arte, desaparece difuminado por la carga de purismo y de desrealización. Pero, a pesar de estas apariencias como de la no comparecencia del determinismo social y político en el devenir histórico del hombre, el existencialismo vital, el amor y las cuestiones religiosas, -temas tan profundamente humanos-, están muy presentes en sus obras. Es una poesía humanamente problemática pero social y políticamente acircunstancial. Aquí entrarían los nombres más admirados de esta generación, desde Altolaguirre hasta Aleixandre, pasando por Guillén, Salinas, Diego, Larrea, Cernuda, Alonso, Prados, Champourcin, Méndez, entre otros. Algo parecido se puede decir del mundo de las artes con Picasso, Gris, Dalí y Miró a la cabeza. La única excepción del grupo la representa Federico García Lorca, quien en su poesía y en su teatro plantea líricamente cuestiones de gran humanismo y de fuerte calado social. Por lo general, se puede decir que la generación del 27 se mueve por el camino del más rabioso esteticismo.

Desde Ramón Gómez de la Serna y Juan Ramón Jiménez hasta Luis Cernuda y Manuel Altolaguirre, es decir parte de la generación del 14 y prácticamente toda la generación del 27, se colocan de espaldas a la realidad social y política por no encontrar razones suficientemente sólidas para justificar un compromiso personal. Asumen una postura escéptica y evasiva de acuerdo con su falta de identificación con el medio y con sus circunstancias. Es una actitud muy individualista, de sentido burgués, pero muy acorde con su talante espiritual y humano. Son todos ellos representantes de las clases medias-altas que no encuentran en el ruedo socio-político de su tiempo y de su país un lugar donde poder desarrollar sus posibles inquietudes personales. Optan por el camino del evasionismo estético como respuesta a su situación personal. Sin lugar a dudas, la huida por el camino del esteticismo, característica de esta generación, tiene una explicación social clara e incuestionable.

Entre los intelectuales y artistas de la época, por lo que se ha podido ver, existen dos posturas claras: un compromiso zigzagueante que va de un extremo político al otro o una total despreocupación por toda cuestión de carácter social o político. Incluso, buena parte de los escritores y de los intelectuales se encuentra en un espacio político indefinido. No existe en ellos una adscripción política clara. Se sienten demócratas y liberales por educación y por talante personal, pero no poseen una ideología política muy definida. Esta indeterminación política se puede percibir en muchos de sus comportamientos intelectuales. Pongo unos simples ejemplos como realidad bastante generalizada entre los intelectuales jóvenes de la España de preguerra. No es nada extraño encontrar las mismas firmas en publicaciones de signo político contrario. Eugenio Imaz colabora a un mismo tiempo en *Diablo mundo*, publicación de signo comunista, y en *Cruz y Raya*, revista representativa del catolicismo liberal. María Zambrano publicaba indistintamente en *Azor* y en *Nueva España*, dos publicaciones de signo ideológico contrario, ya que mientras la primera es de claro carácter conservador, la segunda es fuertemente progresista. José Bergamín, casi al mismo tiempo que dirigía *Cruz y Raya*, colaboraba en publicaciones como *El Mono Azul* o *Madrid*. En otros casos, la evolución ideológica de ciertos intelectuales de la época confirma la misma tesis. Leopoldo Panero, identificado inicialmente con el programa republicano, evoluciona hasta afiliarse al falangismo (D. Ridruejo, p. 132). Es una evolución ideológica y política muy similar a la experimentada por Juan Aparicio, quien de posiciones cercanas al Partido Comunista se convierte en secretario y jefe de redacción de *La conquista del Estado*. Montero Díaz, militante original en el marxismo, termina en las J.O.N.S. de Ledesma Ramos (D. Ridruejo, p. 132). Por propias declaraciones se sabe que Ernesto Jiménez Caballero pasó de militar en posiciones socialistas y liberales a comprometerse con el fascismo más puro (1938, pp. 421-22). Gonzalo Torrente Ballester, militante en el partido galleguista, llega a ser uno de las figuras más representativas de la cultura falangista. Ramón Iglesias, una de las mentes más lucidas y prometedoras de la nueva generación de historiadores, firmó, primero, el *Manifiesto de la conquista del Estado* junto a Ledesma Ramos y, más tarde, el *Manifiesto de la Alianza de Escritores Antifascistas*. Juan Chabás evoluciona desde una postura de simpatía hacia el fascismo hasta una militancia activa en el Partido Comunista, pasando por su filiación en Izquierda Republicana. Son ejemplos particulares de la realidad convulsa y paradójica de la España del momento, especialmente en el espacio de la cultura y de la política.

Estas conductas pueden parecer extrañas, máxime sin una razón que las justifique. Parece que lo más lógico es pensar en una cuestión de tipo social que marca plenamente la vida de España y de los españoles de la época: la ausencia de clases medias dominantes y la falta de un centro político fuerte y dinámico capaz de neutralizar las fuerzas contrarias de la política radical vigente. El panorama social de la España del primer tercio del siglo XX revela un cuadro compartimentado en espacios cerrados de “izquierdas” y “derechas” y, entre unos y otros, unas clases medias, de donde surge lo más granado de la intelectualidad, pero sin conexión real con los grupos anteriores. La oposición manifiesta de las clases medias urbanas hacia la dictadura de Primo de Rivera motivó una corriente crítica de carácter intelectual pero no supo o no pudo amalgamar esas energías para provocar una respuesta social de base popular. La oposición a Primo de Rivera fue básicamente universitaria con Miguel de Unamuno a la cabeza. Sólo, al final de la dictadura, hubo un acuerdo de oposición entre clases medias y clases trabajadoras, entre intelectuales y grupos de izquierda. Como afirma M^a Teresa Pérez: “La relación de fuerzas cambió cuando el rechazo progresivo de la pequeña burguesía urbana [fue] canalizado por el republicanismo y el socialismo” (p. 79). Desde este punto de vista, España se aleja de la situación dominante en otros países europeos, donde el liderazgo político y social recaía sobre una burguesía dinámica y rectora. La burguesía española, a diferencia de la de otros países europeos, formaba una clase social intelectualmente muy brillante, aspecto que se verá en próximas páginas, pero socialmente muy poco representativa. La razón de esta situación un tanto paradójica, especialmente para las fechas en que nos encontramos, se explica por la inexistencia en el conjunto de este país de una verdadera revolución industrial. España se hallaba muy lejos de la modernidad económica.

I.-6.- España, vanguardia de la cultura europea

Por otro lado, sorprende que un país con unas bases económicas e industriales más propias de países subdesarrollados y con una sociedad rota por la radicalización de sus conductas pueda ofrecer un cuadro tan numeroso y sorprendentemente tan importante de intelectuales, científicos y artistas. Contemplando esta realidad, Juan Carlos Mainer ha valorado esta época como “La edad de plata” de la cultura española. No le falta razón. Por primera vez, después de siglos de silencio y de oscurantismo cultural, España

se posiciona en la vanguardia de las letras y de la creación europea.⁴⁹ España era un país tercermundista en lo que a industria y a economía se podía referir, pero era “primermundista” en el espacio de las artes, del pensamiento y de la creación. El campo de la cultura presentaba un panorama sorprendentemente rico y variado. Desde esta perspectiva, España era parte integrante de Europa. Incluso, se hallaba a la cabeza de las manifestaciones artísticas, literarias, de pensamiento, etcétera. España se hallaba muy alejada de la modernidad socio-económica pero se encontraba inserta plenamente en la modernidad intelectual. Esta disparidad entre retraso económico y modernidad cultural constituyó otro de los enigmas que presentaba la historia de este país. Sin lugar a dudas, los movimientos regeneracionistas y krausistas tuvieron una gran importancia en la floración cultural del siglo anterior, centrados preferentemente en las nuevas medidas pedagógicas del institucionismo. Sin embargo, la realidad superaba esta simple explicación. La dinámica de las clases medias generó una actividad cultural y artística sorprendente. Este rasgo nos lleva a afirmar el principio de las minorías culturalmente activas pero socialmente inoperantes de este país.

Si hacemos un simple repaso numérico de personalidades de la alta cultura y de las artes, los resultados son sorprendes tanto por el número como por la calidad de sus representantes⁵⁰. Centrándonos en el período que discurre desde 1923, año de la proclamación de la Dictadura de Miguel Primo de Rivera, hasta 1936, año del levantamiento militar, como espacio de referencia de este trabajo, tiempo correspondiente más o menos al de una generación, encontramos la connivencia de tres grupos de intelectuales y artistas: la generación del 98, la generación del 14 y la generación del 27. En el campo de las letras sobresalen figuras de la altura de Miguel de Unamuno, auténtico líder del grupo del 98, Azaña, Azorín, Pío Baroja, Antonio Machado, Ramiro de Maeztu, Ramón M^a del Valle Inclán como principales representantes del grupo de los mayores; la generación del 14, que, junto a su líder indiscutible el filósofo y ensayista José Ortega y Gasset, estaría formado por

⁴⁹ Véase al respecto los estudios de Juan Cano Ballesta: *La poesía española entre pureza y revolución (1930-1936)* (Madrid: Editorial Gredos, 1972) y *Literatura y tecnología. Las letras españolas ante la revolución industrial* (Madrid: Editorial Orígenes, 1981); Anthony Leo Geist: *La poética de la generación del 27 y las revistas literarias: de la vanguardia al compromiso (1918-1936)* (Barcelona: Editorial Guadarrama, 1980); Javier Pérez Bazo: *La poesía en el siglo XX: hasta 1939* (Madrid: Editorial Playor, 1984); F. J. Díez de Revenga: *Panorama crítico de la generación del 27* (Madrid: Editorial Castalia, 1987); etc.

⁵⁰ Véase al respecto el estudio de Aldo Garosci: *Los intelectuales y la guerra de España* (Madrid: Editorial Júcar, 1981), especialmente en las páginas 20-28.

intelectuales de la calidad de Eugenio D'Ors, Ramón Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez, Gabriel Miró, etc.; finalmente, la generación del 27 formada por un espléndido grupo de excelentes poetas como Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, Gerardo Diego, Juan Larrea, Federico García Lorca. Jorge Guillén, Pedro Salinas y otros. En este cuadro no podrían estar ausentes personalidades que, sin llegar a la altura intelectual y creativa de las anteriores, ayudan de manera decisiva a formar la solidez e importancia del cuerpo cultural de la España del primer tercio del siglo XX⁵¹. Nos referimos a Ricardo Baroja, José María Salaverría, Juan José Domenchina, María de Maeztu, Ernestina de Champoucin, Manuel Altolaguirre, Concha Méndez, León Felipe, Juan Chabás, entre otros muchos. La lista se puede ir ampliando con figuras relevantes de nuestra cultura, pero los ya señalados son prueba suficiente de la importancia de las letras españolas en el ámbito europeo de la época⁵². Es curioso, pero en este grupo encontramos lo más granado de la literatura española del siglo XX. El teatro está representado por tres genios de la escena: Miguel de Unamuno, Ramón María del Valle Inclán y Federico García Lorca. Los representantes más eximios de la poesía son Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y, aunque es difícil precisar otro nombre, bien pudiera ser Jorge Guillén o bien Federico García Lorca. Desde el punto de vista de la narrativa, los escritores del 98 se llevan la palma: Pío Baroja, Azorín y Miguel de Unamuno. La pintura adquiere resonancia universal a través de figuras tan representativas como Soraya, Zuloaga, Picasso, Dalí, Gris, Miró, por citar sólo las figuras más sobresalientes. En este contexto, no se puede olvidar que el lienzo paradigmático de la pintura mundial del S. XX es el *Guernica* del gran pintor malagueño. Las letras y las artes españolas del S. XX se organizan en torno a figuras clave que destacan como creadores y pensadores en el primer tercio del siglo.

Tan sorprendente como la creación literaria y como las artes plásticas es la prosa ensayística y científica. España no destaca sólo en el concierto de las naciones como exponente del genio creador de un país, sino también por sus pensadores y por sus científicos. Como afirma José Luis Abellán, España no había conocido una eclosión semejante de prosa científica. Por eso, uno de los rasgos característicos del siglo XX

⁵¹ José Luis Abellán: "El pensamiento español en el siglo XX. La prosa científica", Op. Cit., p. 13.

⁵² Se han eliminado conscientemente todas aquellas figuras que, aunque se dan a conocer en la época señalada, adquieren verdadero renombre como escritores bien en tierras del exilio o bien en la España franquista. Me refiero a figuras capitales de nuestras letras o de nuestro pensamiento como Ramón

español es el desarrollo de los escritos científicos y filosóficos⁵³. En filosofía tenemos una nómina de ilustres pensadores como Miguel de Unamuno, Juan Zaragüeta, José Ortega y Gasset, Xavier Zubiri, García Morente, José Gaos, Joaquín Xirau y otros. Lo mismo que acontece en la literatura sucede en el plano del pensamiento. Los grandes pensadores españoles del siglo XX protagonizan el periodo histórico que se está analizando. Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset son los filósofos más originales y más provocadores no sólo del siglo XX sino de toda la historia del pensamiento español.

Algo parecido sucede cuando pasamos de individualidades a instituciones. La Universidad española alcanza cotas de profesionalidad como no se habían conocido con anterioridad⁵⁴. La universidad había dejado de ser esa especie de centro tétrico y castrador que nos ofrece Pío Baroja en *El árbol de la ciencia* para configurarse en un centro de estudio e investigación moderno y vivo. Como afirma José Carlos Mainer, la Universidad de Madrid se había convertido en una de las más prestigiosas del mundo (1981, 92). José Luis Abellán nos habla de la Facultad de Filosofía de la Universidad Central, destacando su ilustre plantilla de profesores⁵⁵. Algo similar habría que decir de la Universidad Autónoma de Barcelona, de la de Oviedo, etc. Junto a la altura que adquiere la vida universitaria española, o muy relacionada con ésta, se encuentra toda una serie de creaciones de centros e instituciones que marcarían el ambiente cultural e intelectual de la época. En 1907 se creó la Junta para la “Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas”, cuya presidencia recayó sobre el científico Ramón y Cajal, aunque el *alma mater* fuera el catedrático de Derecho José Castillejo. En 1909 se creó el “Centro de Estudios Históricos”, bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal, en la que tendrían una destacada actividad figuras como Claudio Sánchez Albornoz o Rafael Altamira. En 1910 empezó a funcionar la “Residencia de Estudiantes”, bajo la supervisión de Alberto Jiménez Fraud, en la que se fueron formando los hombres más representativos de la creación artística del 27. En esta misma línea de actividades culturales habría que hablar de la fundación de nuevas revistas de alcance universal

Sender, Max Aub, Juan Rejano, María Zambrano, Eduardo Nicol, Francisco Ayala, Manuel Granell, Juan David García Bacca, entre otros.

⁵³ José Luis Abellán: “El pensamiento español en el siglo XX. La prosa científica”. Op. Cit., p. 13.

⁵⁴ Hablamos de manera muy especial de los últimos trayectos del periodo analizado, concretamente de la época republicana, de 1931 a 1936.

⁵⁵ José Luis Abellán: *Historia del pensamiento español. De Séneca a nuestros días*. Madrid: Espasa Calpe, 1996, p. 579.

como la *Revista de Occidente* (José Ortega y Gasset, 1923), la *Revista de Filología Hispánica* (Ramón Menéndez Pidal, 1914), *Cruz y Raya* (José Bergamín, 1933), entre otras.

El periodismo fue una actividad intelectual plenamente enraizada en la España de principios del siglo XX. Sin embargo, cabe decir, sin caer en la exageración, que la época que va desde 1898 hasta 1936 conforma el periodo áureo de la prensa española. “La Ley de Prensa promulgada en 1883 por el gobierno de Sagasta es punto de partida del florecimiento de este medio de comunicación, gracias a su talante flexible y moderno. Desarrollo que afecta fundamentalmente a Madrid y Barcelona, donde aparecen títulos de tanta solera como *El Imparcial*, *El Heraldo de Madrid*, *Diario de Barcelona* o *La Vanguardia*. Pero también a las principales ciudades del país, de tal manera que según datos oficiales, en 1887, salían a la calle 309 diarios y 455 periódicos semanales”⁵⁶. A los títulos ya señalados habría que añadir otros de la envergadura política y cultural de *ABC* (1905), *El Debate* (1910) o bien *El Sol* (1917). Diversas causas favorecieron este resurgimiento de la prensa: el aumento del número de lectores, debido a un grado de mayor escolarización en la sociedad, la preocupación de la sociedad española por la vida política y social de la nación, la modernización de los medios de impresión y la dimensión económica que asume la prensa en esta época. Se daban, como se ve, todas las circunstancias para el desarrollo del periodismo. La prensa, por otra parte, va a ser la tabla de salvación económica de numerosos hombres de letras que gracias a su labor como colaboradores habituales en los medios periodísticos van a poder vivir con dignidad de sus profesiones intelectuales. Desde este punto de vista, se entiende que, nunca como en esta época, los máximos representantes de la cultura, del arte, de la ciencia, etc., y como no, los propios periodistas, cada uno desde la atalaya de su magisterio, colaborasen de forma decisiva en el ejercicio de la comunicación periodística. Todas las grandes firmas de la intelectualidad española estaban presentes en las hojas de los diarios, semanarios, etc. Era habitual encontrar en los diferentes medios las colaboraciones de hombres tan prestigiosos como Miguel de Unamuno o Ramiro de Maeztu o Pío Baroja, pertenecientes a la generación de los mayores, hasta José Bergamín y Luis Rosales, como miembros de la generación más joven, pasando por José Ortega y Gasset o Gregorio Marañón, como componentes de la generación de

los adultos. Todos los grandes intelectuales de la época se daban cita en las páginas de la prensa española de ese tiempo. La prensa era una de sus vías de hacer cultura y uno de los recursos económicos más importantes en la vida de estos escritores. La prensa, por todas estas razones, conoció en este tiempo un momento de gran esplendor.⁵⁷

El cuadro de personalidades del mundo de las letras y del pensamiento se magnifica en esta época. En conjunto, España no había conocido nunca un conjunto de intelectuales y artistas tan amplio y tan brillante. Si desde el punto de vista de la creación literaria y de las artes plásticas, España vivía su “siglo de plata”, desde una perspectiva de conjunto, podemos afirmar sin miedo a la exageración que este país conoció durante el primer tercio del S. XX un verdadero segundo periodo áureo.

Si reproducimos un cuadro general de intelectuales y artistas junto a sus respectivos campos de actuación, llama la atención la cantidad y la calidad de sus representantes. Durante este periodo, primer tercio del S. XX, se superponen diferentes generaciones con figuras muy dispares, pero todas ellas marcadas por el sello de la crisis cultural e ideológica de la época. Podríamos decir que todos ellos representan, a pesar de diferencias de edad y de talante espiritual, la modernidad española tanto en su creación artística como en la ciencia o en el pensamiento. En dicho tiempo se dan la mano los más antiguos, -como Ramón y Cajal (1852), Torres Quevedo (1852) y Gaudí (1852)-, con los más jóvenes, -Luis Cernuda (1904), Dalí (1904) o Ernesto Halffter (1905)-, creando un espacio cronológico de cincuenta años o, lo que es lo mismo, una temporalidad correspondiente a tres generaciones diferentes, que presentan todas ellas el sello de la crisis de la modernidad. Hablar del arte, de la ciencia, del pensamiento o del ensayo, de la creación literaria, etcétera, de este tiempo es plantear las bases de la modernidad cultural española. Por lo tanto, se puede deducir que España vive, como pocos países europeos, la fuerte crisis de identidad y de valores que se impone sobre la

⁵⁶ Cristina Viñés Mollet: “La cultura (1875-1939)”, *Historia contemporánea de España (siglo XX)*, (Coord. Javier Paredes). Barcelona: Editorial Ariel, 2000, p. 624.

⁵⁷ El lector interesado en una mayor profundización del tema puede recurrir a las obras de Jean-Michel Desvois: *La prensa en España, 1900-1931* (Madrid. Editorial Siglo XXI: 1977) y María Cruz Seoane y María Dolores Saiz: *Historia del periodismo en España, Vol. 3, El siglo XX* (Madrid. Alianza Editorial: 1996).

sociedad europea y americana de ese tiempo. España representa una de las caras más brillantes y sobresalientes de la modernidad cultural europea y universal⁵⁸.

Literatura	<p> Alberti, Rafael (Puerto de Santa María, 1902- Puerto de Santa María, 1999) Aleixandre, Vicente (Sevilla, 1898-Madrid, 1984) Alonso, Dámaso (Madrid, 1898- Madrid,1990) Azaña, Manuel (Alcala de Henares, 1880 – Montauban, 1940) Azorín, José Martínez Ruiz (Monóvar, 1873–Madrid, 1967) Baroja, Pío (San Sebastián, 1872-Madrid, 1956) Benavente, Jacinto (Madrid, 1866-Madrid, 1954) Cernuda, Luis (Sevilla, 1904-México D.F., 1963) Diego, Gerardo (Santander, 1896- Madrid, 1987) García Lorca, Federico (Granada, 1898-Viznar, 1936) Gómez de la Serna, Ramón (Madrid, 1888-Buenos Aires, 1963) Guillén, Jorge (Valladolid, 1903-Málaga, 1984) Jiménez, Juan Ramón (Moguer, 1881-San Juan de Puerto Rico,1958) Larrea, Juan (Bilbao, 1895-Córdoba-Argentina, 1980) Machado, Antonio (Sevilla, 1875-Collioure, 1936) Machado, Manuel (Sevilla, 1874-Madrid, 1947) Maeztu, Ramiro de (Vitoria, 1874-Madrid, 1936) Pérez de Ayala, Ramón (Oviedo, 1881-Madrid-1962) Salinas, Pedro (Madrid, 1892-Boston, 1951) Unamuno, Miguel de (Bilbao, 1864-Salamanca, 1936) Valle Inclán, Ramón M^a del (Villanueva de Arosa, 1866-Santiago de Compostela, 1936) </p>
Ensayo	<p> Alonso, Dámaso (Madrid, 1898- Madrid, 1990) Araquistain, Luis (Cantabria, 1886 – Ginebra, 1959) Asín Palacios, Miguel (Zaragoza, 1871-San Sebastián, 1944) Azaña, Manuel (Alcalá de Henares, 1880 – Montauban, 1940) Castelao (Rianjo, 1886 – Buenos Aires, 1950) Castro, Américo (Río de Janeiro, 1885 -Lloret de Mar, 1972) Cossío, M. Bartolomé (Haro, 1857-Madrid, 1935) D’Ors, Eugenio (Barcelona, 1882-Villanueva y Geltrú, 1954) Gaos, José: (Gijón, 1900 – México D. F. 1969) Gómez Moreno, Manuel (Granada, 1870-Madrid-1970) Jiménez de Asúa, Luis (Madrid, 1889-Buenos Aires, 1970) Madariaga, Salvador de (La Coruña, 1886-Locarno, 1978) Marañón, Gregorio (Madrid, 1887-Madrid, 1960) </p>

⁵⁸ En este cuadro se prescinde de aquellos jóvenes escritores y artistas que en la época previa a la Guerra Civil iniciaban su carrera creativa o bien daban sus primeros pasos en el mundo de las artes. Algunos de ellos, aunque jóvenes, ya tenían una reputada fama de escritores. Con su presencia se ampliaría considerablemente el cuadro que se ofrece en estas páginas. Es de justicia recordar nombres de la talla artística e intelectual de Manuel Altolaguirre, Max Aub, José Bergamín, Juan J. Domenchina, Ramón J. Sender, etc. Estos y otros muchos más forman parte del importante grupo de escritores y artistas del exilio de 1936.

	<p>Menéndez Pidal, Ramón (La Coruña, 1869-Madrid, 1968) Ortega y Gasset, José (Madrid, 1883 – Madrid, 1955) Ríos, Fernando de los (Ronda, 1879 – Nueva York, 1949) Rodríguez Marín, Francisco (Osuna, 1855-Madrid, 1943) Sánchez Albornoz, Claudio (Madrid, 1893-Avila, 1984) Unamuno, Miguel de (Bilbao, 1866 – Salamanca, 1936) Zubiri, Xavier (San Sebastián, 1898-Madrid, 1983)</p>
Pintura Escultura Arquitect.	<p>Benlliure, Mariano (Valencia, 1862-Madrid, 1947) Dalí, Salvador (Figueras, 1904- Figueras, 1989) Gaudí, Antonio (Reus, 1852 – Barcelona, 1926) Gris, Juan (Madrid, 1887 – Boulogne sur Seine, 1927) Miró, Joan (Barcelona, 1893-Palma de Mallorca, 1983) Palencia, Benjamín (Barrax, 1894-Madrid, 1980) Picasso, Pablo (Málaga, 1881-Mougins, 1973) Romero de Torres, Julio (Córdoba, 1880 – Córdoba, 1930) Rusiñol, Santiago (Barcelona, 1861 – Aranjuez, 1931) Sánchez, Alberto (Toledo, 1895-Moscú, 1962) Sert, Joseph María (Barcelona, 1876-Barcelona, 1945) Sorolla, Joaquín (Valencia, 1863-Cercenilla, 1923) Utrillo, Miguel (Barcelona, 1862 – Sitges, 1934) Vázquez Díaz, Daniel (Nerva, 1882-Madrid, 1969) Zuloaga, Ignacio (Eibar, 1870-Madrid, 1945)</p>
Teatro Cine Música ⁵⁹	<p>Buñuel, Luis (Calanda, 1900-México, 1983) Casals, Pau (Vendrell, 1876-San Juan de Puerto Rico, 1973) Falla, Manuel de (Cádiz, 1876-Alta Gracia, 1946) Guridi, Jesús (Vitoria, 1886 – Madrid, 1961) Halffter, Rodolfo (Madrid, 1899- México, 1987) Halffter, Ernesto (Madrid, 1905- Madrid, 1989) Meller, Raquel (Tarazona, 1888 – Barcelona, 1962) Rivas Cherif, Cipriano de (Madrid, 1891-México D.F., 1967) Rodrigo, Joaquín (Sagunto, 1902-Madrid, 1999) Sorzabal, Pablo (San Sebastián, 1897-Madrid, 1988) Turina, Joaquín (Sevilla, 1882-Madrid, 1949) Xirgú, Margarita (Molins de Rey, 1888-Montevideo, 1969) Zabaleta, Nicanor (San Sebastián, 1907-San Juan de Puerto Rico, 1993)</p>
	<p>Barraquer, Ignacio (Barcelona, 1884-Barcelona, 1965) Jiménez Díaz, Carlos (Madrid, 1989 – Madrid, 1967) Marañón, Gregorio (Madrid, 1887-Madrid, 1960)</p>

⁵⁹ De este cuadro, por razones de cronología temporal, han sido excluidos Isaac Albéniz (Gerona, 1860 – Cambo-les-Bains, 1909) y Enrique Granados (Lérida, 1876 – ¿⁵⁹, 1916), quien murió en alta mar, a la altura del Canal de la Mancha, cuando el vapor donde viajaba fue torpedeado por un submarino alemán. Regresaba de Nueva York, donde había estrenado su obra *Goyescas*. Sin embargo, son dos músicos con una fuerte presencia en el alma de este grupo y en el ambiente de este tiempo. Su obra, su música, estaba plenamente vigente en el tiempo que estamos estudiando.

Ciencia	Pittaluga, Gustavo (Florencia, 1876 – La Habana, 1956) Ramón y Cajal, Santiago (Pitilla de Aragón, 1852-Madrid, 1934) Rey Pastor, Julio (Logroño, 1888-Buenos Aires, 1962) Torres Quevedo, Leonardo (Santander, 1852-Madrid.1939)
---------	--

¿En qué época ha ofrecido España un plantel tan numeroso de ilustres y universales figuras de las artes, las letras, la ciencia, el pensamiento? La cultura española vive un verdadero momento áureo sin parangón en ciertas parcelas con tiempos precedentes. Nadie puede poner en tela de juicio la calidad intelectual y creativa de estas figuras. Después de siglos, España vuelve a colocarse en primera fila de la vanguardia de la cultura universal⁶⁰.

Otro rasgo característico y diferenciador de la cultura de esta época con respecto a periodos anteriores fue la irrupción de la mujer en el mundo de la creación, del pensamiento e incluso de la política. Hasta este tiempo las mujeres estaban presentes en la vida intelectual del país de forma individual y siempre representando la excepción que confirmaba la regla. En el mundo de las letras hispánicas no pueden ser olvidadas figuras femeninas de la talla de Santa Teresa (Ávila, 1515 – Alba de Tormes, 1582), cuya obra representa la cumbre de la mística universal; de las poetisas románticas Carolina Coronado (Almendralejo, 1823 – Lisboa, 1911), de la cubana, residente casi toda su vida en España, Gertrudis Gómez de Avellaneda (Puerto Príncipe, 1814 – Madrid, 1873) o de la exquisita escritora gallega Rosalía de Castro (Santiago de Compostela, 1837 – El Padrón, 1885); de Fernán Caballero, pseudónimo de Cecilia Böhl de Faber (Morges-Suiza, 1796 – Sevilla, 1877), introductora de la preceptiva realista o de Emilia Pardo Bazán (La Coruña, 1851 – Madrid, 1921), una de las figuras de mayor relevancia de la narrativa española. Son nombres importantes en nuestras letras, pero todas ellas representan simples individualidades en un mundo dominado exclusivamente por hombres. Sin embargo, este panorama de silencio o de ausencia de voces femeninas cambia a partir de la década de los veinte con la proliferación de mujeres entregadas plena y vocacionalmente al mundo de la acción social y de la

⁶⁰ Es sorprendente, pero altamente indicativa de la ideología oficial, la tesis que ofrece Enrique Suñer en su ensayo *Los intelectuales y la tragedia española* (San Sebastián, 1937) sobre la cultura y la vida académica de la España de preguerra. Para el ensayista y médico burgalés, los intelectuales liberales formaron una especie de mafia perfectamente orquestada para hacerse con los cargos y puestos importantes de la vida universitaria e intelectual del país.

creación artística. La literatura, la creación artística, el ensayo o la política empiezan a presentar, cada vez con más frecuencia, nombres de mujeres. Ésta se introduce de lleno dentro de los espacios hasta esos momentos propiedad exclusiva de los hombres. La voz de la mujer se empieza a oír y su presencia se empieza a sentir. Es una minoría selecta, pero orgullosa de su condición y de sus posibilidades como personas y como mujeres. La mujer llega a la cultura, conquistando puestos de alta representatividad⁶¹. A partir de esta época empieza a ser normal el protagonismo femenino en los espacios más heterogéneos de la vida social e intelectual española. El cuadro de figuras femeninas de estas décadas es la mejor prueba de esta conquista⁶². La excepcionalidad anterior se transforma en regla y norma en el presente republicano.

BAROJA, Carmen (Pamplona, 1886 – Madrid, 1946)
CAMPOAMOR, Clara (Madrid, 1888 – Lausanne, 1972)
CONDE, Carmen (Cartagena, 1907 – Madrid, 1996)
CHACEL, Rosa (Valladolid, 1898 – Madrid, 1994)
CHAMPOURCIN, Ernestina de (Vitoria, 1905 – Madrid, 1999)
ESPINA, Concha (Santander, 1877 – Madrid, 1975)
GOYRI, María (Bilbao, 1875 – Madrid, 1955)
KENT, Victoria (Málaga, 1898 – Nueva York, 1987)
IBARRURI, Dolores (Gallarta, 1895 – Madrid, 1989)
LEJARRETA, María de la O (Logroño, 1881 – Mar de Plata, 1948)
LEÓN, M^a Teresa (Logroño, 1903 - Madrid, 1988)
MAEZTU, María de (Vitoria, 1881 – Buenos Aires, 1948)
MALLO, Maruja (Vivero, 1902-Madrid,1995)
MENDEZ, Concha (Madrid, 1888 – México D. F., 1986)
MONTSENY, Federica (Madrid, 1905 – Toulouse, 1994)
NELKEN, Margarita (Madrid, 1898 – México D. F. 1968)?
TORRE, Josefina de la (Las Palmas, 1907 – Madrid, 2002)
XIRGU, Margarita (Molins de Rei, 1888 – Montevideo, 1969)
ZAMBRANO, María (Vélez-Málaga, 1904 – Madrid, 1991)
ZUBIARRE, Pilar de (Garai –Vizcaya-, 1884 - México D.F. 1970)

⁶¹ A pesar de lo afirmado, hay que tener muy presente que la conquista por parte de la mujer de los ámbitos creativos y culturales fue una ardua tarea frente a la inercia social y a los intereses marcadamente masculinos. Como ejemplo de lo dicho, baste recordar que Gerardo Diego tuvo que excluir de su primera *Antología poética del 27* (1932) a las mujeres que había seleccionado por las presiones de sus propios compañeros de generación. El error lo reparó en parte en la segunda edición de dicha antología. Sin embargo, este olvido y esta marginación siguen dominando en la sociedad actual. Los diccionarios enciclopédicos más recientes siguen olvidando sorpresivamente a casi todo este conjunto de mujeres. Sin embargo, la crítica literaria y filosófica da cada vez más importancia al legado cultural de la mujer española de esta primera época de afirmación femenina.

⁶² A los nombres presentados en este cuadro habría que añadir una larga nómina de firmas que destacan en los ámbitos del periodismo y de la creación poética. Véanse, para ello, los estudios de Janet Pérez *Modern and Contemporary Spanish Women Poets* (New York: Twayne's, 1996) y la de Adolfo Perinat y María Isabel Marrades *Mujer, prensa y sociedad en la España: 1980-1939* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Sociológicas, 1980).

La presencia en bloque de mujeres que ocupaban espacios cada vez más relevantes en las áreas de las artes, de la política, de la ciencia, etc., hecho que por primera vez se manifestaba en la historia política y cultural de España, revelaba de manera diáfana el cambio de orientación que empezaba experimentar en esos momentos la sociedad. La mujer iba conquistando puestos hasta entonces vedados para ella. El feminismo se imponía con personalidad propia, rompiendo, aunque fuera de manera excepcional y en ámbitos aún reducidos, los esquemas tradicionales que regían la sociedad y la cultura de la España del momento. Con la República la moral de la respetabilidad entra en crisis. La prueba más clara la tenemos en el nuevo papel que empezaba a asumir la mujer en los diferentes estratos de la vida española.

Esta situación tan sorprendente como privilegiada de la cultura española venía promovida preferentemente por y desde las altas clases sociales: alta burguesía y, en mucha menor escala, aristocracia. La burguesía de este país cumplió con creces con su papel intelectual, pero fracasó estrepitosamente en su función social. Incapaz de responder a los retos socio-políticos del momento, se volvió sobre sí misma o huyó a los espacios del purismo estético. Cabe afirmar que buena parte de la posible burguesía rectora se ensimismó en los debates filosóficos y estético-creativos, marginando su posible papel rector en la sociedad. Otros intelectuales actuaron como francotiradores en un terreno baldío sin que su acción o sus ideas tuvieran una repercusión positiva y concreta. Quizá el ejemplo más claro de esta inoperancia fue la aventura política llevada a cabo por tres grandes figuras de nuestra ciencia y de nuestro pensamiento, José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala, con la creación de la *Agrupación al Servicio de la República*. ¿En qué quedó esta apuesta política? Sin lugar a dudas tuvo importantes repercusiones en el cambio del giro político en la década de los treinta. Pero esta influencia hay que relativizarla. El triunfo de la República pudo darse sólo cuando las clases populares de signo izquierdista se convirtieron en verdaderos protagonistas del devenir histórico español.

La clave de esta falta de diálogo comprensivo entre la intelectualidad burguesa y las clases populares hasta la proclamación de la República y, de forma mucho más significativa, hasta el Alzamiento militar, se debió a las posturas y a los intereses tan

disparos que dichos grupos ofrecían. La intelectualidad marchaba por caminos muy distintos a los del pueblo en general. No existían elementos de unión. Unos, desde posiciones sociales cómodas y distantes, reclamaban cambios y defendían posturas a favor de unas masas que no confiaban en sus palabras ni en sus voluntades. La historia reciente les proporcionaba razones suficientes para desconfiar de los programas de la intelectualidad burguesa. Otros habían asumido posturas de claro evasismo, despreocupándose del acontecer histórico y social. Unos terceros se dedicaban a la alta cultura y a la investigación al margen de las realidades cotidianas. El diálogo que fomentaban estaba destinado a unas minorías selectas, muy alejadas de los problemas del pueblo. Como afirma Luis de Lleras, la cultura en esos momentos era un coto cerrado privilegio de una minoría, a la que no tenía acceso la masa popular (1991, p. 108).

El arte, la literatura, el pensamiento, etc., que fomentaban los grupos de la intelectualidad española nada tenían que ver con los gustos y con las necesidades del pueblo en general. Faltaba sintonía comunicativa y voluntad de diálogo. El pueblo se sentía plenamente identificado con el sentimentalismo que ofrecían los pasodobles y los cuplés. Inversamente, la poesía de Juan Ramón Jiménez o las greguerías de Ramón Gómez de la Serna carecían de interés. El pueblo no acudía a ver el teatro de Unamuno o de Valle Inclán, pero se entusiasmaba con los “comediantes de la legua” que recorrían los pueblos con un espectáculo plural, pero que sintonizaba plenamente con sus gustos. Los grupos populares no asistían a las conferencias sesudas de insignes intelectuales, pero corrían a escuchar las arengas políticas de sus líderes políticos y se entusiasmaban con la verborrea de los charlatanes de venta y feria. El cinematógrafo, como arte de masas, se convirtió en la gran conquista del pueblo, donde veían y amaban a sus grandes ídolos, desde Rodolfo Valentino, Gary Cooper, Gary Grant, Clark Gable y otros muchos posibles galanes hasta Marlene Dietrich, Greta Garbo o Barbara Stanwyck. El cine romántico y el cine de aventuras captaban la atención y el gusto del espectador popular. El cine cómico de Charles Chaplin y de Buster Keaton, entre otros, hacía furor. Si hasta finales del siglo XIX París marcaba los gustos y las modas de la burguesía y de las clases económicamente pudientes, ahora, con la entrada del cinematógrafo empezó a imponer la visión y las formas de vida americanas. Sin embargo, había una diferencia, el mundo americano representado en las películas afectaba por igual a las clases acomodadas como a las clases populares. Los primeros síntomas de uniformización o de globalización, como quieren llamar ahora los técnicos, los aportó el cine americano.

Todos, si se quería estar a la moda, tenían que beber o fumar según el estilo que imponían los actores del celuloide⁶³. Otro de los espacios de entretenimiento, propios de la cultura popular, empezó a ser el deporte, especialmente el fútbol, el ciclismo y el boxeo. Paulino Uzcudun, brillante campeón de Europa (1926-1934) y aspirante en diversas ocasiones al título mundial de los pesos pesados era considerado uno de los héroes populares más celebrados del momento. Para el pueblo era mucho más importante el triunfo del púgil vasco en el cuadrilátero que la consecución de un Premio Nobel como el de medicina por Ramón y Cajal en 1906. Los derbis futbolísticos levantaban mucho más entusiasmo que cualquier disputa de carácter científico o artístico. Se gozaba y se sufría más con las faenas de Joselito, El Gallo, Belmonte, Machaquito, por ofrecer unos simples ejemplos, que con las conquistas creativas de los más preclaros artistas. La muerte de Joselito en la plaza de toros de Talavera en 1920, corneado por el toro “Bailador”, significó un verdadero trauma nacional. Esta muerte, como la de Carlos Gardel en accidente aéreo en 1935, representó un revulsivo nacional, como pocas veces se había dado hasta la época. Sin lugar a dudas, junto al cine y a los espectáculos deportivos y taurinos, fue la radio, otro de los grandes inventos de la época, la que llenaría en gran medida las necesidades culturales de los grupos populares. El pueblo pedía una cultura muy diferente a la que le ofrecía la alta intelectualidad de la época. Por eso, la alta cultura tenía que ver muy poco con la cultura popular. Las circunstancias y las necesidades de la vida estaban propiciando, incluso exigiendo, una cultura caracterizada por la trivialidad y el evasiónismo. Para problemas bastaba la vida y para reflexión era suficiente pensar y solucionar los problemas básicos de la pura subsistencia. El pueblo buscaba diversión y pasatiempo en el cinematógrafo, en los toros, en el deporte, en las canciones y bailes, etc.⁶⁴ Era un complemento necesario a su vida. Alta cultura y cultura popular marchaban por caminos diferentes sin un posible diálogo, ya que sus fines y sus medios eran completamente opuestos.

Esta realidad, en gran manera, explicaba el extrañamiento que la intelectualidad burguesa sentía por los gustos populares. Los marginaba y hasta los despreciaba. El axioma juanramoniano de “A la inmensa minoría” reflejaba fielmente esta filosofía.

⁶³ El cinematógrafo será el arte que reúne a pueblo y a intelectualidad. El cine marca el gusto de la época sin diferencias de clases o de edades. No se puede olvidar que ciertas vanguardias tomaron el cine como estandarte temático de sus gustos y de sus obsesiones.

⁶⁴ Véase el apartado de “Cultura popular” en Juan Pablo Fusi: *Un siglo de España. La cultura* (Madrid: Editorial Marcial Pons, 1999), pp. 74-76.

Intelectuales y grupos populares tenían muy pocos puntos de contacto. Formaban dos mundos en oposición. Sin embargo, esta situación de indiferencia política o de indefinición ideológica cambió diametralmente, primero, en 1931, con la proclamación de la República y, después, muy especialmente, en 1936, con el levantamiento militar. La proclamación de la República despertó a muchos intelectuales del sueño estético-evasionista en que se encontraban postrados. La realidad histórica obligaba a tomar partido, especialmente a los más sensibles políticamente. Los primeros gritos serios de enfrentamiento ante la realidad socio-política reinante son protagonizados por un grupo de intelectuales pertenecientes a generaciones diversas: Antonio Machado, León Felipe, Joaquín Arderús, José Antonio Balbontín, José Díaz Fernandez, etc. A partir de 1931, año emblemático en la historia española, alzan su voz de desafección al purismo estético y al conformismo político miembros de la llamada generación del 27 como Emilio Prados, Rafael Alberti, Juan José Domenchina, Federico García Lorca, Manuel Altolaguirre, entre otros, que desde opciones políticas diferentes optaban por un arte más comprometido y por una respuesta personal más responsable. En esta misma línea de compromiso habría que colocar a figuras más jóvenes como el dibujante y cartelista Josep Renau, el escritor y periodista José Herrera Petere, el novelista César Arconada, el poeta Juan Rejano, el polifacético y gran escritor Max Aub, el dramaturgo y cineasta Eduardo Ugarte, el historiador y jurista Wenceslao Roces, el editor y librero Rafael Jiménez Siles, por citar sólo unos cuantos ejemplos. Sin embargo, en 1936, con el pronunciamiento militar y el inicio de la Guerra Civil, no hubo posibilidad para mantenerse al margen de los acontecimientos políticos. Los intelectuales y los artistas que no habían tomado partido tuvieron que optar por una de las posturas beligerantes.⁶⁵ La suerte de España estaba echada y con ella la realidad personal de los intelectuales. La gran mayoría de estos optaron por la República.

⁶⁵ Esta respuesta se da tanto en las llamadas derechas como en las izquierdas. Los intelectuales de las derechas se van organizando en diferentes partidos o posturas radicales. Para estas épocas, Ramiro de Maeztu se ha transformado en un decidido defensor de una España autoritaria, jerárquica e imperial. Su obra *Defensa de la hispanidad* es el exponente perfecto de esta ideología. En esta misma línea se encuentran las obras de Ernesto Giménez Caballero, uno de los representantes más destacados del fascismo español, con títulos tan significativos como *Genio de España* (1932) y *La nueva catolicidad* (1932). Los escritos de José Antonio Primo de Rivera, Eugenio D'Ors, Onésimo Redondo, Eugenio Montes, Mourlane Michelena, Ramiro Ledesma Ramos, José María Pemán, etc., forman parte importante de la antología de intelectuales de las derechas españolas, quienes de una manera u otra fundamentarán las bases culturales e ideológicas del nacional-catolicismo.

Los intelectuales, escritores y artistas, que se habían mantenido al margen de la beligerancia política desencadenada a partir de la proclamación de la República, no tuvieron más remedio que tomar partido. Intelectuales indecisos o políticamente poco definidos tuvieron que asumir una postura determinada: República o fascismo. La gran mayoría de la clase intelectual optó por la República, no por sentirse identificados con los principios republicanos sino por ser liberales y demócratas. Pactaron con la República, porque para ellos la opción republicana representaba la legitimidad política y la decisión soberana del pueblo. Muy pocos de los intelectuales consagrados se identificaron con el ideario de los insurgentes. La relación entre unos y otros fue sorprendentemente desigual. En este contexto hubo muy pocos representantes de la denominada “Tercera España”, la de los españoles que siguieron indiferentes, sin tomar partido, a pesar de la trágica realidad vigente.

En esta situación de enfrentamientos crueles se radicalizaron las posiciones, reforzado lo que estaba patente en la sociedad española: la bipolaridad⁶⁶. Los resultados de la elecciones a lo largo de la Segunda República demostraban de forma inequívoca la confrontación abierta entre dos conceptos de política y dos idearios de vida sin posibilidad ya de un posible acercamiento, menos de un entendimiento. Como afirma Rafael Abella: “El centro se había volatilizado, eliminando esa zona templada capaz de neutralizar la tensión de los extremos”⁶⁷. España formó un cuerpo social escindido entre fuerzas opuestas de izquierdas y de derechas con un centro muy poco dinámico y operativo. Incluso, este centro representativo de las clases medias e identificado con los grupos de la intelectualidad se rompió con el estallido de la guerra. Esta parecía ser la suerte anunciada de la España del siglo XX.

I.-7.- La tragedia de una España paradójica

La verdadera tragedia de España residió en su incapacidad para dar respuestas válidas a las necesidades sociales y económicas del pueblo. Un país roto ideológica y

⁶⁶ Como afirma Juan Bautista España en su obra *Nueva aurora*: “una época demasiado larga de hambre, crímenes, huelgas, desgobierno e injusticia desencadenaron, al fin, la ráfaga de pasión que ha sacudido y aún sacude a España. Y a su empuje quedó el país dividido en dos bandos” (Ávila: Senén Martín Impresor, 1937, p. 34). El enfrentamiento ideológico y social en la España de ese tiempo era algo incuestionable y ya difícil de solucionar por vías de diálogo y entendimiento.

⁶⁷ Rafael Abella: *La vida cotidiana durante la Guerra Civil. La España Nacional*. Barcelona: Editorial Planeta, 1973, p. 12.

económicamente ofrecía muy pocas posibilidades de solución a toda una serie de graves y complejos problemas en un periodo tan corto de tiempo. Eran muchos frentes de lucha y muchos problemas para encontrar soluciones reales y definitivas: la reforma agraria, el problema religioso del clericalismo y del anticlericalismo, el espíritu democrático o insurrecto del ejército, los nacionalismos periféricos, las actitudes parasitarias de las clases dominantes, etc⁶⁸. A su vez, la República fue incapaz de amalgamar la energía popular que pedía mejoras de todo tipo y a corto plazo. Los gobiernos republicanos no supieron o no pudieron atajar la conflictividad social y los desmanes populares, orientados preferentemente hacia aquellas instituciones o fuerzas que representaban para ellos el mal de su clase. Entre éstas, la peor parada, sin lugar a dudas, fue la Iglesia. Los intelectuales y los políticos poco podían hacer en este estado, porque el verdadero mal del pueblo español era tangencialmente cultural y básicamente económico y social. Esto explica el hecho de que todos los ensayos políticos que experimentó España durante el primer tercio del siglo, -monarquía, dictadura, república- acabasen en un estrepitoso fracaso. Estamos ante la misma razón de siempre: el mal de España no era político sino básicamente económico.

Se puede hablar de mejoras sociales y de progresos industriales tanto en la época dictatorial de Primo de Rivera como más tarde durante el gobierno republicano, pero en ningún caso se puede plantear un desarrollo económico o industrial suficiente como para defender un estado de modernidad. La situación de España, con relación a los países europeos más adelantados, ofrecía una fase económica de pleno subdesarrollo frente a la clara política consumista de Inglaterra, Francia, Alemania e incluso Italia. Interiormente es válido defender las mejoras sociales y económicas, tanto cualitativas como cuantitativas, que experimentó España especialmente en la década de los veinte y en la primera mitad de los treinta. Sin embargo, para poder hablar con propiedad de una auténtica revolución industrial hay que esperar a la segunda mitad del siglo XX, especialmente a partir de finales de la década de los cincuenta y principios de los sesenta con los llamados gobiernos tecnócratas de Franco.

La República fue el primer gran paso hacia la modernización de España. Económica y culturalmente se empezaron a colocar los pilares de lo que con el tiempo podría ser un

⁶⁸ Véase al respecto: Sergio Vilar: *La naturaleza del franquismo*. Op. Cit., pp. 54 y 57.

país moderno con un gobierno preocupado por la suerte y la situación económica de sus ciudadanos. La atención oficial por el desarrollo cultural del pueblo fue algo novedosa y sorprendentemente progresista. Algo parecido sucedió en los otros órdenes de la vida social y política. Pero esta apuesta por la modernización fue torpedeada por los intereses de las clases dominantes y por los desmanes brutales de las clases populares. Un país con tantas paradojas internas en todos los planos de la vida nacional tenía pocas posibilidades de éxito y esas pocas alternativas fueron sesgadas por el levantamiento militar y la posterior Guerra Civil. En esta contienda se posicionan dos Españas, dos maneras de valorar la vida y dos conceptos de interpretar la historia: la tradicionalista y la liberal-republicana. Como sostiene José Andrés Gallego, “los españoles quedaron divididos en dos grupos irreconciliables por una conjunción de intereses negativos” que les llevaba a la confrontación más que a la búsqueda de soluciones pactadas o dialogadas⁶⁹. El resultado final fue el caos, la guerra, la destrucción y la muerte.

La Guerra Civil representó un verdadero desastre para el desarrollo económico e industrial del país. No sólo se experimentó una clara desaceleración en la producción, sino que en ciertas zonas se dio un paro total. El trabajador se transformó en soldado y la poca industria existente se reorientó hacia una economía de guerra, que en vez de generar bienes y riquezas producía destrucción. La industria y la economía se resintieron en todas partes. La situación de las redes de comunicación, siendo muy deficitarias y muy poco extendidas, se agravó aún más, generalizándose su estado de deterioro y abandono. Si España entró en guerra en una situación de subdesarrollo industrial, salió de ella en un estado de grave infradesarrollo. Había que empezar de cero, porque lo poco que existía había sido destruido durante la conflagración bélica.

La Guerra Civil significó asimismo una auténtica tragedia socio-demográfica. Hubo cientos de miles de muertos tanto en vanguardia como en retaguardia, afectando por igual a los dos bandos. A las muertes durante la contienda hay que sumar el multitudinario éxodo o exilio de los vencidos, quienes tuvieron que optar por el desarraigo para evitar males mayores, y la represión brutal del régimen sobre los vencidos que permanecieron por múltiples causas en territorio español. A su vez, tanto

⁶⁹ *Historia de España. España actual. La Guerra Civil (1936-1939)*. Madrid: Editorial Gredos, 1989. Remito al lector interesado a dos de los capítulos del libro: “Las causas de la guerra” (pp. 51-70) y “Revolución y contrarrevolución: actores e ideas (pp. 71-122).

la guerra como el exilio incidieron de manera muy especial en los grupos humanos más idóneos para el trabajo. La población española sufrió una merma cuantiosa, especialmente entre las generaciones medias. Demográficamente se produjo un declive del que costó sobreponerse muchos años. Los exiliados se integraron con mayores o menores problemas en las nuevas tierras de residencia aportando al desarrollo de esos países todo su caudal físico y humano. Los vencedores iniciaron una nueva etapa caracterizada por la carestía de vida, consecuencia de la cerrazón internacional que se impuso sobre España y de una climatología nefasta que ocasionó pésimas cosechas. Las muertes en este período a causa del hambre y de las enfermedades se pueden cuantificar como similar en número a las producidas durante los tres años de desgarradora guerra. España tuvo que superar un problema demográfico muy serio.

Si se puede hablar, sin temor a la exageración, de desastre económico o de tragedia demográfica, cuando nos adentramos en los espacios de la cultura hay que plantear el hecho de una verdadera hecatombe. La Guerra Civil desde un punto de vista cultural significó también un auténtico desastre. Aunque sea difícil de cuantificar, se puede afirmar que cerca del 90% de los intelectuales se exiliaron por sentirse ideológicamente afectados o cercanos a la República. Esto va a significar una sangría extrema en los planos de la educación, de la investigación y de la creación. Es lo que Aldo Garosci ha denominado en su ensayo *Los intelectuales y la guerra de España* como trágica “hemorragia intelectual” (p.14). Las universidades se quedaron diezmadas, en muchos casos sin plantillas profesoras de alta calidad pedagógica e intelectual. Desaparecieron las instituciones culturales que tanto habían ayudado a crear un ambiente de alta cotización intelectual. Por otro lado, el régimen franquista prohibió toda presencia de cultura e ideología que sintonizara o tuviera relación, por mínima que esta pudiera ser, con la política educativa y científica republicana. Sin ese profesorado de alta cualificación profesional y sin las instituciones que incentivaban la vida cultural del país, España tenía que partir casi de cero para construir su nuevo proyecto de cultura y de sociedad⁷⁰. Después de casi tres cuartos de siglo, España no se ha recuperado de esta

⁷⁰ Otro problema muy distinto es negar o aceptar la realidad de una cultura nacional-católica. En este contexto, en los últimos años se han publicado varios trabajos de gran interés científico que buscan el engarce entre la cultura franquista y la cultura liberal. Desde posturas diferentes, presento los dos títulos de mayor interés: Luis de Llera: *La modernización cultural de España 1898-1975* (Madrid: Editorial Actas, 2000) y Jordi Gracia: *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España* (Barcelona: Editorial Anagrama, 2004). No se puede negar la existencia de una cultura de signo nacional-católico.

debacle cultural⁷¹. En términos generales, se puede afirmar que desde el trauma de la Guerra Civil y del exilio España ha carecido de élites intelectuales y creadoras o, por lo menos, no ha generado intelectuales y artistas en número y en calidad comparables con los que se dieron en tiempo de la República⁷².

En estas circunstancias de represión ideológica, con una economía deshecha, con un problema demográfico muy serio y con una cultura casi inexistente, se iniciaba la aventura del franquismo que durará casi cuarenta años, siendo la cultura del nacional-catolicismo su referencia intelectual y social más importante.

Ahora bien tampoco se puede negar la pobreza de esta cultura si se la compara con la cultura existente en la España republicana e incluso con la de la “España peregrina”.

⁷¹ Hay que ser críticos con afirmaciones como la de Javier Tusell, quien afirma: “La evolución de la cultura durante la época central del franquismo ofrece interesantes paralelismos con los ámbitos económicos y de la oposición política” (2005, p. 174). Es una frase muy confusa que puede llevar a serios errores de valoración. Desde la perspectiva económica, se puede hablar de grandes éxitos en torno al denominado “milagro español”. Si este “milagro” se pretende aplicar a la realidad cultural, podemos topar con el absurdo o con una tergiversación fragante e interesada. No hay posibilidad de comparación entre la cultura republicana y la cultura franquista. No parece muy acertado el título de “La cultura del franquismo intermedio: el final de la penitencia”.

⁷² Remito al lector interesado a las conclusiones que se desprenden de los trabajos de José María Castellet, Manuel Tuñón de Lara, Carlos Paris, Manuel Vázquez Montalbán y otros en el libro colectivo *La cultura bajo el franquismo* (Barcelona: Ediciones de Bolsillo, 1977). El triste panorama que señalan estos críticos en la estimación que hacen de la cultura española en el inminente posfranquismo sirve perfectamente para la valoración de la cultura actual. Por una razón u otra, en términos generales, la cultura española actual no puede compararse con la cultura de la época republicana. ¿Seguimos pagando las consecuencias de un régimen totalitario y de una cultura de carácter nacional-católico? Quien ponga en duda estas apreciaciones, puede cotejar los diez o quince nombres más representativos de cada área del saber y de la creación de ambas épocas.

II

Cultura del nacional-catolicismo

Toda cultura de sentido totalitario es, por su propia naturaleza, bélica e impositiva. Este carácter coercitivo se agudiza en periodos de confrontación como aconteció durante la Guerra Civil española. Por eso, para entender el sentido y la función de la cultura del nacional-catolicismo hay que tener muy presente estas premisas de base. El nacional-catolicismo es una cultura de signo totalitario nacida a partir de una cruel contienda civil¹ que tuvo en los dos bandos beligerantes tanta carga ideológica como fuerza política. Una cultura de estas características revela, por tanto, una forma de actuar y de entender la existencia que abarca todos los aspectos de la vida social, desde la alta cultura hasta las diversiones del pueblo, pasando por los mecanismos de ordenación jurídica o las fuerzas de presión ideológica. Por tanto, la cultura del nacional-catolicismo es una cultura dirigida e impositiva que busca la uniformidad de comportamientos y de valores en todos los miembros de la sociedad y en todos los sectores de la vida social.

Sin embargo, antes de iniciar la presentación y la explicación de las características de la cultura del nacional-catolicismo es necesario plantear una serie de cuestiones que sirven para delimitar el hecho de la ideología y de la sociedad del régimen franquista. Se afirmaba al principio del capítulo anterior que la realidad política y cultural del franquismo fue resultado de toda una serie de carambolas socio-políticas, cuyos resultados finales fueron tan inesperados como inicialmente imprevisibles. Analizado el contexto de los antecedentes donde arraigan las fuerzas que explican tanto el nacimiento como el posterior desarrollo de la contienda civil, se impone en el presente capítulo la explicación del fenómeno del nacional-catolicismo. La realización de este plan de trabajo nos obliga, como queda dicho, a plantear una serie de preguntas sobre las que gira el hecho del franquismo como realidad histórica y como hecho cultural. ¿Cómo fue

¹ Aunque los orígenes de esta cultura enraízan con las ideologías conservadoras y dogmáticas de épocas pretéritas, sólo adquieren vigencia y operatividad en el siglo XX español a partir de la victoria de las fuerzas nacionales en la Guerra Civil.

posible el triunfo de la parte sublevada, si, por pura lógica, parecía que la guerra estaba desde un principio en manos del poder legítimo de la República? ¿Cómo llegó Francisco Franco a alcanzar el liderazgo militar, cuando por antigüedad pertenecía a las últimas escalas del generalato? ¿Cómo y por qué triunfó el nacional-catolicismo entre las diversas opciones ideológicas que se barajaban en esos momentos? ¿La Guerra Civil fue una contienda contra un gobierno o contra un Régimen? Son cuestiones que irán recibiendo cumplida explicación a lo largo del presente capítulo. Para llegar a la explicación de estas respuestas, hay que partir de unas consideraciones de carácter histórico: primero, la guerra fue ganada por el “bando nacional”; segundo, Francisco Franco se convirtió en héroe y en símbolo indiscutible del levantamiento militar; tercero, como consecuencia de la victoria del frente nacional comandado por el general sublevado Francisco Franco, se impusieron en España como cultura y como conducta los principios del nacional-catolicismo; cuarto, como punto final, el nacional-catolicismo es la presentación social y cultural del franquismo.

II-1.- La tragedia de una guerra inevitable

Las fuertes contradicciones y las violentas tensiones que caracterizaron la personalidad socio-política de la España del primer tercio explican el pronunciamiento militar del 18 de julio. La contienda abierta desde la proclamación de la República entre institucionalistas y anticonstitucionalistas ejemplificaba perfectamente este estado límite de enfrentamientos plurales entre los que vivía la sociedad española de la época. La crispación social alcanzó su clímax cuando la noche del 12 de julio de 1936 fue asesinado el líder de la oposición Calvo Sotelo por un grupo de policías izquierdistas. Esta muerte fue el detonante del levantamiento militar. Militares y falangistas con Emilio Mola, Francisco Franco y José Antonio Primo de Rivera a la cabeza, decidieron llevar adelante el plan que habían madurado a lo largo de meses, casi desde el mismo inicio de la experiencia política republicana: la sublevación armada contra el gobierno legítimo de la República.²

² Si no hubiera sido el asesinato de Calvo Sotelo, cualquier excusa habría servido para decidir el pronunciamiento militar. En amplios sectores de la sociedad y del ejército existía una decidida voluntad golpista. Véanse entre otros posibles testimonios las memorias de Juan Antonio Ansaldo: *¿Para qué...? De Alfonso XIII a Juan III*, (Buenos Aires, Editorial Ekin, 1951). Es una sincera y valiente exposición de esos momentos de agitación y de maniobras políticas. Las derechas habían iniciado desde años atrás la puesta en marcha de una política de clara desestabilización. Calvo Sotelo fue la excusa, la realidad era la voluntad golpista de las derechas reaccionarias.

La desidia o la despreocupación del gobierno contra los militares golpistas fue una realidad que aún hoy en día llama la atención e incluso produce desconcierto a los especialistas en el tema del franquismo y de la Guerra Civil³. El gobierno republicano conocía perfectamente las maniobras golpistas de un número importante de militares, apoyado por ciertos sectores de la sociedad y de la economía. La reacción del gobierno fue suave e insuficiente. Su idea consistió en destinar a estos militares peligrosos a lugares extremos de la geografía española para dificultar al máximo cualquier tipo de intentona golpista. Francisco Franco fue destinado a Canarias (marzo de 1936) y Emilio Mola a Navarra (febrero de 1936). Por otro lado, se detuvo a los jefes más señalados de la oposición civil activista, siendo el caso de José Antonio Primo de Rivera (marzo de 1936) el más sonado y ejemplar. Parece que el gobierno de Azaña y Casares Quiroga pensó que el levantamiento militar sería simplemente otro “cuartelazo” que, como en casos anteriores, terminaría en fracaso y con el descrédito total de los cabecillas. Esto fue lo que había sucedido con el pretendido golpe militar del general Sanjurjo acaecido en el verano de 1932 (10 de agosto). Parece que el Gobierno imaginaba que el fracaso del intento de golpe significaría la desaparición de las intrigas golpistas y el desprestigio pleno de sus promotores. Según esta estrategia, el problema de un posible levantamiento quedaba teóricamente controlado. Se esperaba que el resultado final de todas estas maniobras fuera la consolidación definitiva del sistema republicano. Como prueba fundamental de esta decisión, estaba el hecho de que la gran mayoría de los generales y de altos mandos del ejército eran afectos al gobierno. Además, gran parte de la población española junto con las regiones más ricas e industrializadas estaba al lado de la República. Ante estas consideraciones, la intentona golpista parecía una aventura sin futuro y sin salida. El gobierno Azaña no tomó medidas drásticas contra los militares levantiscos, porque esperaba que ellos mismos iban a fraguar su propio fracaso.

³ Existe una inmensa bibliografía sobre el tema de la Guerra Civil española. Es obligado indicar que todas las monografías sobre la historia de España del Siglo XX o bien de la época franquista analizan con mayor o menor exhaustividad el tema que nos ocupa. Entre las obras más significativas que tratan este tema, se ofrecen los siguientes títulos: Rafael Abella: *La vida cotidiana durante la guerra civil. La España republicana. La España nacional*. Barcelona: Editorial Planeta, 1975; Beevor, Anthony: *La guerra civil española*. Barcelona: Editorial Crítica, 2005; Stanley Payne y Javier Tussel: *La Guerra Civil. Una nueva visión del conflicto que dividió España*. Madrid: Temas de Hoy, 1996; Paul Preston (Coord.): *Revolución y Guerra en España 1931-1939*. Madrid: Alianza Editorial, 1986; Paul Preston: *Las tres Españas del 36*. Madrid: Editorial Plaza y Janés, 1998; Hilari Raguer: *La espada y la cruz. (La Iglesia 1936-1939)*. Barcelona: Editorial Bruguera, 1977; Michael Richard: *Un tiempo de silencio*. Barcelona: Editorial Crítica, 1999; Michael R. Southworth: *El mito de la cruzada de Franco*. Barcelona: Editorial Plaza & Janés, 1986; Tuñón de Lara y otros: *La Guerra Civil española (50 años después)*. Barcelona: Editorial Labor, 1985; Pierre Vilar: *La guerra civil española*. Barcelona: Editorial Crítica, 2000; etcétera.

Es verdad que la España más desarrollada industrial y económicamente con las ciudades más dinámicas y operativas se posicionaron desde un principio a favor del sistema republicano. Estos fueron los casos, entre otros, de Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, etc. Igualmente la plana mayor del ejército demostró una clara fidelidad hacia la República. Como afirma Stanley G. Payne: “El dieciocho de julio no fue una revuelta de generales en sentido estricto, sólo se unieron siete de los veintisiete generales superiores... La revuelta de los militares españoles de 1936 aparece como un golpe audaz de un número relativamente pequeño de decididos conspiradores militares. Probablemente, el núcleo no contó con más de 1.000 oficiales y la mayoría pertenecientes a los estratos inferiores e intermedios de la oficialidad”⁴. Parecía que la suerte del levantamiento era la historia de un fracaso anunciado.

Sin embargo, los cálculos del gobierno no fueron muy exactos, tal como el tiempo se encargó de demostrar. Hubo diversas razones de peso que desequilibraron totalmente la balanza de fuerzas y determinaron el resultado del enfrentamiento. Hay que hablar en primer lugar de la profesionalidad y de la entereza de la parte del ejército insurrecto y, en segundo lugar, del carisma militar de sus jefes. Francisco Franco había alcanzado el generalato a una edad sorprendentemente temprana gracias a sus muchos méritos de guerra. En todo momento se había caracterizado por ser un jefe de una alta profesionalidad, cuidadoso en las órdenes, comprometido con sus decisiones, entregado al servicio castrense y preocupado por sus subalternos. En su actividad militar en África había adquirido el carisma de invencible, ya que la realidad afirmaba que podía caer seriamente herido, pero nunca retrocedía en los ataques y siempre las batallas en las que tomaba parte acababan en victorias. Los periodos de no intervención militar dedicaba su tiempo libre a revisar el campamento y a sus soldados o bien a estudiar los mapas catastrales de aquellas zonas en las que probablemente iba a tener lugar algún enfrentamiento armado. No dejaba nada a la suerte o a la improvisación. La razón de su teórica buena fortuna se basaba precisamente en esa preocupación permanente por todo aquello que tuviera relación con la estrategia militar y en la atención cuidadosa que dedicaba a los soldados de su tropa. Al liderazgo habría que añadir el arrojo, incluso temeridad, de sus hombres en el combate, consecuencia en gran medida de la simbiosis

⁴ Stanley G. Payne: *El régimen de Franco*. Madrid: Alianza Editorial, 1987, p. 113.

entre jefe y soldados. Francisco Franco era un líder militar admirado y querido por la tropa. Por otro lado, la guerra durante años en el frente marroquí había servido para formar un cuerpo de tropa experimentado y muy bien entrenado. El levantamiento de Franco con la legión y con las tropas africanas podía representar un cuerpo numéricamente reducido, pero encarnaba lo más aguerrido y profesional del ejército español. Emilio Mola⁵, por su parte, no tenía el carisma de Franco, pero era otro de los generales más prestigiosos del ejército español. Su renombre lo había ganado, como Franco, en las campañas africanas y, más tarde, como director general de Seguridad. Al ser destinado a Navarra contó con el apoyo incondicional de los requetés, que llevaban largo tiempo instruyéndose en la práctica armamentística y en la estrategia bélica. Estas tropas, aunque no presentaran la profesionalidad de la legión, formaban un cuerpo de guerra bien instruido y decidido a entrar en guerra cuando sus mandos así lo ordenasen. De esta manera, los dos máximos cabecillas del levantamiento eran jefes muy prestigiosos, que mandaban unas tropas muy combativas y bien instruidas en el arte de la guerra. Desde un principio, gracias al carisma y al don de mando de los jefes, las fuerzas sublevadas se caracterizaron por una sólida unidad, condición indispensable para el éxito de la empresa bélica. Parece que el gobierno de la República no tuvo muy en cuenta estas características de orden militar: el prestigio de los jefes sublevados, el arrojo y la entrega de los soldados mandados por estos últimos y la identificación plena entre mandos y tropas.

Las fuerzas republicanas contaron también con jefes prestigiosos y con una entrega militar en sus hombres, quienes en muchas ocasiones sobrepasaban los límites del heroísmo. Sin embargo, con frecuencia, eran compañías creadas por las propias circunstancias de la guerra sin una preparación militar adecuada y sin un armamento idóneo. En muchos casos había en ellas más dosis de voluntad que de profesionalismo⁶. Por otro lado, frente a la unidad de las fuerzas nacionales, las tropas republicanas se caracterizaron por su fragmentación y por su desunión. El ejército republicano

⁵ Existe también una importante bibliografía sobre Emilio Mola, aunque su figura, como es normal, no ha levantado la misma expectación entre los estudiosos que la suscitada por Franco. Para el estudio de la vida y obra del general golpista Emilio Mola están: Emilio Mola Vidal: *Obras completas*. Valladolid: Librería Santaren, 1940; Emilio Mola Vidal: *Memorias*. Barcelona: Editorial Planeta, 1977; sobre Emilio Mola, véanse Carlos Blanco Escola: *El ególatra que provocó la guerra*. Madrid: La Esfera, 2002; Félix B. Maíz: *Mola, aquel hombre. Diario de la conspiración. 1936*. Barcelona: Editorial Planeta, 1976; etc.

⁶ La cinematografía ha plasmado este hecho en diversas películas de gran proyección social. Éstos son los casos de, por ejemplo, *Libertarias* (Vicente Aranda, 1996), *Tierra y libertad* (Ken Loach, 1994), etcétera.

representaba los mismos males que ofrecía la propia sociedad. Un ejemplo de esta situación es el poema acusatorio de León Felipe *La insignia*, donde el poeta exige la unidad de todos los demócratas para el buen fin de la guerra. Sin embargo, la realidad fue muy distinta. La desunión del ejército republicano resultó ser una de las causas decisivas de la victoria de los militares sublevados.

En esta misma línea hay que afirmar que la República contó con intelectuales de gran prestigio y de altos ideales, pero sin capacidad de liderazgo político y militar. En la España nacional se encontraban militares de altas dotes de mando y de fuerte personalidad castrense. Las dos Españas se diferenciaron por sus directores: intelectuales frente a militares. Estos últimos, acostumbrados a una disciplina muy estricta, consiguieron crear una milicia unida y jerarquizada frente a los primeros, sin experiencia política y menos militar, incapaces de superar la fragmentación de sus fuerzas militares.

Otra razón de peso para comprender el desarrollo y el fin de la guerra fue la política de alianzas y de ayudas de cada uno de los dos grupos contendientes. Los llamados “nacionales” contaron desde un principio con las ayudas incondicionales de los sistemas fascistas europeos. El ejército amotinado tuvo el asesoramiento y el apoyo técnico, estratégico y militar de alemanes e italianos. El bloque fascista demostró en ese momento su unión y su compromiso político. Se impuso el principio de la solidaridad ideológica, agrupándose en un frente de colaboración todos los partidos o bloques europeos de signo fascista. El eje Berlín-Roma funcionó a la total perfección en su respuesta a la petición de ayuda del ejército sublevado. Esta ayuda condicionó el resultado final de la guerra. Como ejemplo, cabe decir que la toma del País Vasco fue la lucha de un gigante militar, bien pertrechado militarmente, frente a un ejército voluntarioso pero poco profesional y con un armamento obsoleto y muy poco eficaz. Los bombardeos de Gernika, Durango, etc., y de todos los frentes de guerra sin una posible respuesta aérea demuestran esa desigualdad de fuerzas y de posibilidades. Aunque el caso vasco no sea aplicable a todos los frentes y a todas las batallas, puede ser considerado como ejemplo de la desigualdad de posibilidades bélicas entre ambos bandos. Estos elementos no solo sirvieron para neutralizar las diferencias iniciales sino consiguieron superarlas con creces. Desde casi el principio de la guerra, la suerte estaba

echada, a pesar del tiempo transcurrido y del número de muertos tan elevado que causó la contienda.

La suerte de las fuerzas republicanas fue muy distinta. Cuando quisieron contar con la ayuda militar y armamentística de los países demócratas europeos, principalmente de Francia y de Inglaterra, se encontraron con que éstos les habían dado la espalda, proclamando la razón del no intervencionismo. Francia e Inglaterra veían con mucho recelo la guerra española⁷. El gobierno español representaba un régimen legítimamente constituido, pero escorado cada vez con más claridad hacia posturas comunistas. Para las potencias democráticas europeas, el fascismo era un peligro real, pero el comunismo era un riesgo tan grave o mayor que el anterior. Veían la ayuda de la República como un apoyo a la causa comunista. La geografía política europea era muy compleja y demostraba una situación muy confusa. Cada cambio de peón en la partida política de Europa suponía una postura distinta que exigía una estrategia diferente. La opción de no intervención de estos países en la guerra era la respuesta ante la realidad política de Europa y de España. Los intereses políticos de Francia e Inglaterra se impusieron sobre el principio de la solidaridad del sistema democrático. Para el gobierno, el no intervencionismo de los países teóricamente vecinos y amigos significó un duro golpe y en gran medida condicionó el resultado final de la guerra, al no poder contar con un armamento moderno que fuera capaz de oponer resistencia al bando nacional. Por otra parte, la ayuda rusa en el conflicto, aunque importante, fue tardía y muy complicada, ya que la lejanía geográfica de Rusia dificultaba enormemente el recibo regular de esta ayuda.

Otro de los puntos que deben tenerse muy presentes a la hora de valorar las posibilidades finales de ambos contendientes fue la posición de la banca internacional. Ésta se posicionó de manera indiscutible a favor de los sublevados. Éste era un claro indicio de las valoraciones que el mundo financiero había realizado sobre la suerte final de la Guerra Civil. Como sostiene Gabriel Jackson: “Las probabilidades de la derrota de la República fueron enormes desde el principio debido a la hostilidad del mundo financiero... En mayo de 1931, los bancos holandeses y americanos cancelaron

⁷ Gabriel Jackson en su análisis sobre *La República española y la Guerra Civil* sostiene que frente a ciertas interpretaciones era claro que “el gobierno inglés favorecía a los nacionalistas [nacionales] y Francia consideró imposible desafiar a la vez a las potencias fascistas y a Inglaterra, ayudando a la República española” (p. 427).

ostentosamente los préstamos que acababan de hacer unos meses antes al gobierno... Después del alzamiento militar de julio de 1936, la hostilidad de todas las grandes potencias excepto la Unión Soviética colocó a la República en una situación de inferioridad abrumadora” (1985, p.8). Cuando la banca internacional negó toda ayuda económica al gobierno legítimo de la República y ofertó amablemente los préstamos que el bando sublevado pudiera desear, la dirección de los pronósticos de la guerra empezaba a estar clara. Eran demasiadas limitaciones para la República y demasiadas ayudas para los insurrectos. Desde su inicio, parecía evidente que la suerte estaba echada.

La ayuda extranjera tanto económica como armamentística, la disciplina militar, la unidad de todo el ejército, la entrega heroica de los soldados, la identificación plena entre tropa y mandos, etc., fueron razones básicas del triunfo militar del bando sublevado. Sin embargo, los planes iniciales de los generales insurrectos también fallaron de forma estrepitosa. Éstos idearon un golpe militar con una respuesta conjunta por parte de la gran mayoría de los militares y, por tanto, con una resistencia mínima por parte de la población civil. Sin embargo, los resultados fueron muy distintos. No contaron con la heroica y voluntariosa resistencia del pueblo. De esta forma, el pronunciamiento militar, tal como se había ideado, fracasó, dando paso a una terrible y violenta guerra civil que ocasionó cientos de miles de muerte, especialmente a partir del mismo momento en el que el general Francisco Franco asumió el mando único de la facción sublevada e impuso su ideario de una guerra de exterminio pleno sobre el enemigo. El resultado de la guerra fue nefasto tanto en vidas humanas como en bienes materiales.

La fusión de pasiones ideológicas y la confrontación abierta en las posiciones políticas explican el estallido y el desarrollo de la Guerra Civil con unos resultados tan calamitosos para el pueblo español. España había entrado en una trágica vorágine de guerra y destrucción. En este contexto, las regiones y las ciudades fueron cayendo poco a poco en manos de los “nacionales”, que imponían según el ritmo de la guerra sus premisas ideológicas. Bilbao y la zona vasca republicana caía en junio de 1937; Santander era tomada en agosto de ese mismo año; Asturias entraba en la órbita franquista en octubre de 1937. En pocos meses desaparecía el frente norte. La guerra se dirigió hacia el Mediterráneo. Barcelona caía el 26 de enero de 1939. El 28 de marzo

caía Madrid y el 1 de abril, después de la toma de Valencia, se leía el conocido comunicado de Franco: “¡Españoles, la guerra ha terminado!”. Había sido una guerra tan cruel como heroica. Los dos bandos se habían entregado con ardor e inusitada violencia. La ley de la sangre y de la venganza había reinado tanto en un lado como en el otro. Unos y otros consideraban a sus contrarios como verdaderos monstruos, cuyo mejor fin era el exterminio.⁸ Fue una guerra inusitadamente cruel y violenta. No hubo términos medios ni posibilidades de pactar una paz. Fue un conflicto bélico, como proclamaba el mismo Franco, hasta las últimas consecuencias: triunfo o muerte. El mito de las dos Españas se había encarnado una vez más en esta contienda civil.⁹

La Guerra Civil trajo el triunfo del franquismo con la introducción de la cultura del nacional-catolicismo; pero también ocasionó la prisión, la muerte o el exilio del ejército republicano, de una población numéricamente considerable afecta a las ideas republicanas o democráticas y de lo más granado de la intelectualidad española, en su mayoría incondicionalmente identificada con la República. Se impuso la España victoriosa frente a la España del silencio o del exilio. España entraba en un largo y penoso período de oscurantismo cultural y creativo camuflado en cierto sentido con las proclamas patrioterías y con las glorias religiosas.

II.-2.- El liderazgo del general Francisco Franco

Otra de las cuestiones clave para explicar la cultura del nacional-catolicismo se centra en el liderazgo indiscutible que el general Franco asumió en el “bando nacional” durante la Guerra Civil y en toda la geografía española una vez acabada ésta con el triunfo de los militares insurgentes¹⁰. Francisco Franco¹¹ fue sin lugar a dudas uno de

⁸ Ésta es la idea que se deduce de la lectura de publicaciones infantiles de la época como el cómic *Flecha*, donde se ensalza la virtud de la muerte y donde el fin violento de un enemigo queda justificado en sí mismo. ¡Buena lectura y mejor enseñanza para unos lectores infantiles!

⁹ El lector interesado puede consultar la obra de P. Brové y E. Termine *La revolución y la guerra de España*. México-Madrid: Editorial Fondo de Cultura Económica, 1977, 1er. Vol., pp. 195-213.

¹⁰ De todas formas, como afirma Amando de Miguel en su obra *Franco, Franco, Franco*: “El Caudillo fue una creación necesaria de la conjunción de fuerzas que determinaron acabar con la República; de no existir el general Franco habrían “inventado” una figura adaptable a estos propósitos” (p. 17). Según las reflexiones de Amando de Miguel, siempre hubiera existido un “Franco” que jugara un papel parecido al general gallego.

¹¹ La bibliografía sobre Francisco Franco es actualmente muy extensa. Entre los estudios existentes cabe mencionar, por su calidad o significado y por su accesibilidad, los siguientes autores y títulos: Joaquín Arrarás: *Franco* (Buenos Aires: Editorial Poblet, 1937) [primera biografía sobre Franco]; Stanley G. Payne: *Franco: el perfil de la historia* (Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1992); Paul Preston: *Franco. Caudillo de España* (Barcelona: Editorial Grijalbo-Mondadori, 1993); Juan Pablo Fusi: *Franco*.

los militares más carismáticos del ejército español del siglo XX. Hombre ambicioso en extremo, obsesionado por el poder, pero, al mismo tiempo, austero, inteligente, calculador, frío, de una meticulosidad extrema, etc.,¹² no dejaba nada a la improvisación ni al azar. Tenía perfectamente analizadas todas y cada una de las operaciones que dirigía y todas y cada una de las decisiones que tomaba. El estudio y el análisis de las acciones militares o bien de las tomas de decisión políticas le proporcionaban una gran seguridad y una fuerte determinación. Si su conducta parecía, en ocasiones, un tanto dubitativa e indecisa se debía exclusivamente a razones de seguridad. Nunca se aventuraba en las decisiones. En síntesis, cabría decir que Francisco Franco era una persona de una gran inteligencia, muy frío en su conducta y muy racional en sus decisiones. En cada momento supo con una perspicacia increíble aprovecharse de todas las fuerzas disponibles: Falange, Iglesia, ejército e, incluso, de los fascismos europeos.¹³ Francisco Franco, como afirma Franco Salgado-Araujo era, ante todo y sobre todo, un franquista y, después, un patriota¹⁴.

Autoritarismo y poder personal. (Madrid: Ediciones El País, 1985); Francisco Franco Salgado-Araujo: *Mis conversaciones privadas con Franco* (Barcelona: Editorial Planeta, 1976), [memorias de gran interés para conocer la personalidad y la psicología de Francisco Franco]. De obligada consulta es la monumental obra en ocho volúmenes de Luis Suárez Fernández *Franco y su tiempo* (Madrid: Fundación Nacional Francisco Franco, 1984). Otras biografías sobre Franco son, entre otras posibles: Ricardo de la Cierva: *Francisco Franco. Un siglo de España* (Madrid: Editora Nacional, 1973); Philippe Nourry: *Francisco Franco: la conquista del poder* (Madrid: Editorial Júcar, 1976); Gabrielle Ashford: *Franco. Retrato psicológico de un dictador* (Madrid: Editorial Taurus, 2001); Amando de Miguel: *Franco, Franco, Franco* (Madrid: Ediciones 99, 1976); Francisco Sevillano Calero: *Franco: caudillo por la gracia de Dios*. Madrid: Alianza Editorial, 2010. Paul Preston: “El discreto encanto de un dictador” en *Las tres Españas del 36* (Barcelona: Editorial Plaza & Janés, 1998, pp. 27-61). Mención especial recibe la breve biografía de Franco destinada a la lectura de los niños de Ángel Pérez Rodrigo: *Franco. Una vida al servicio de la patria* (Madrid: Editorial Escuela Española, 1943); etc.

¹² Uno de los grandes errores de la izquierda republicana y, más tarde, de toda la oposición fue juzgar a Franco como una persona de pocas luces y de escasa inteligencia. La historia política de su gobierno demuestra todo lo contrario. Supo organizar unas familias políticas dentro del sistema que daban cierto aire de pluralismo político y de diversidad ideológica, cuando en realidad gobernaba con mano de hierro y exigía a todos una subordinación completa a su ideario político. Si ciertos grupos o familias no respondían a estos supuestos, quedaban totalmente desarticulados o pasaban a la clandestinidad o marchaban al exilio. No existía otra alternativa. Esta es la historia de Falange, de la Iglesia, de la monarquía, etc. Franco se aseguró el poder durante décadas sin grandes fisuras en el organismo de la política franquista. Un testimonio inequívoco de esta realidad nos la ofrece Ramón Serrano Suñer en su obra *Entre Hendaya y Gibraltar*, donde afirma que hubo “detenciones numerosas de falangistas después del Decreto de Unificación de abril de 1937. A Hedilla le pusieron tres penas de muerte” (pp. 41-42). Franco sólo quería y aceptaba personas y grupos perfectamente domesticados a su ideario y a sus planes.

¹³ Al respecto es muy significativa la valoración que hace el historiador Herbert R. Southworth, cuando afirma que “Franco ofreció su amistad a Hitler y a Mussolini cuando pensaba que iban a ganar la guerra y les abandonó cuando comprendió que iban a perderla” (*El mito de la cruzada de Franco*. Barcelona: Plaza & Janés Editores, 1986, p. 45). De estas palabras se puede deducir que la amistad para Franco era simplemente interés. Franco Salgado-Araujo afirma, a su vez, que Franco, según intereses, jugaba “con unos y con otros” (p. 128). Según Serrano Suñer, ésta es también la estrategia de fondo que explica y determina el Decreto de Unificación (1977, pp. 172-73).

¹⁴ “...como él no es falangista de corazón, se desprenderá de este partido cuando vea que le conviene, ya que como siempre he mantenido, él es sólo “franquista” y, desde luego, patriota” (p. 179)

A los treinta y tres años había accedido al generalato, siendo el general más joven de Europa. Presentaba una carrera militar tan sorprendente en juventud y en brillantez que sólo era comparable con la de Napoleón. Cuando estalló la Guerra Civil, contaba con cuarenta y cuatro años. Era en ese momento uno de los generales más experimentados y más prestigiosos del ejército, pero su situación en el escalafón del generalato era de los más recientes. Nadie le podía quitar méritos como militar, pero muy pocos le veían como líder del levantamiento armado. En un primer momento no contaba en las quinielas de la posible jefatura castrense. Este puesto estaba destinado al general golpista Sanjurjo que se hallaba en Portugal desde 1934, después de serle conmutada la pena de muerte, y más tarde amnistiado, por haber atentado contra el poder legítimo de la República con el fallido golpe militar de 1932. El 20 de julio de 1936, cuando se dirigía a Salamanca para hacerse cargo del golpe militar, su avión sufrió un aparatoso accidente. Sanjurjo murió en el mismo. El levantamiento había perdido a su primer e indiscutible líder¹⁵.

La muerte del general Sanjurjo desbarató los planes iniciales del grupo sublevado. Había que modificar la estrategia de mando. En esta coyuntura, el general Mola asumió la dirección provisional, formando en Burgos una Junta de Defensa Nacional, presidida por el general más antiguo Miguel Cabanellas, cuya misión básica era la dirección de la guerra¹⁶. De esta manera, se formó un directorio militar, en el que Franco no estaba presente. Esta Junta Militar se fue ampliando en diversas ocasiones para dar cabida y representación a los distintos cuerpos del ejército. En una de esas ampliaciones se consideró la conveniencia de que el general Franco, quien con sus tropas se iba acercando a Madrid, formara parte de la Junta. De esta manera, Franco entró a formar parte activa de la Junta de Defensa Nacional, pero su entrada se verificó en una etapa posterior a la creación de dicha Junta. Este dato revela la posición un tanto secundaria

¹⁵ La obra que mejor describe las circunstancias del accidente y de la muerte del general Sanjurjo es el libro de memorias del teniente coronel Juan Antonio Ansaldo, piloto del avión siniestrado, *¿Para qué...? (De Alfonso XIII a Juan III)* (Buenos Aires: Editorial Ekin, 1951). La tesis de un accidente organizado cae por su peso.

¹⁶ La Junta de Defensa Nacional de España, según consta en el Boletín Oficial de la Junta, nº 1, de 25 de julio de 1936, estaba formada junto a su Presidente, el General de División Miguel Cabanellas, por los generales Andrés Saliquet, Miguel Ponte y Manso de Zúñiga, Emilio Mola, Fidel Dávila y por dos coroneles del Estado Mayor, Federico Montaner y Fernando Moreno Calderón. Francisco Franco aparece en el Boletín de la Junta en el Decreto nº 3 de la misma fecha en su nombramiento oficial “como General Jefe del Ejército de Marruecos y del Sur de España”.

que ostentaba Franco en el escalafón de mando y en la supuesta jefatura del alzamiento militar.

Pronto se vio que el directorio militar no podía ser la solución para un estado de guerra. Los personalismos e intereses de los distintos mandos del directorio ponían en peligro la eficacia de ciertas empresas militares. Eran conocidos los enfrentamientos entre Francisco Franco y Queipo de Llano en el frente sur, así como los roces y altercados entre Mola y Yagüe en el frente centro. Igualmente las relaciones entre Franco y Mola no eran demasiado cordiales. Esta división de mandos y de pareceres resultaba una seria y peligrosa rémora para la suerte de la guerra. Todos eran muy conscientes de que se jugaban mucho en esta empresa. La unificación del mando en una sola persona era una necesidad urgente. A petición de Franco se reunió la Junta de Defensa Nacional para decidir la jefatura única del mando militar. La reunión se realizó el 21 de septiembre en el aeródromo de San Fernando, lugar cercano a la ciudad de Salamanca. No se conocen muy bien las maniobras ni los puntos de vista que se defendieron en la reunión. Lo único cierto fue la denominación del general Francisco Franco como generalísimo del ejército nacional. El 30 de septiembre de 1936 se hacía oficial este nombramiento en el *Boletín Oficial de la Junta de Defensa Nacional*, donde se establecía que:

En cumplimiento del acuerdo adoptado por la Junta de Defensa Nacional, se nombra Jefe del Gobierno del Estado español al Excmo. Sr. General de División D. Francisco Franco Bahamonde, quien asumirá todos los poderes del nuevo Estado.

El nombramiento de Franco como jefe único y todopoderoso del “Estado español” significó la implantación del franquismo y con el franquismo el triunfo de la cultura del nacional-catolicismo. A partir de este momento, Francisco Franco, como Jefe Nacional del Movimiento y Jefe único del Estado, aglutinó un poder casi omnímodo en su persona¹⁷. Podía hacer y deshacer todo lo que precisaba a su gusto y antojo. “Ningún otro gobernante en la historia de España y relativamente pocos gobernantes en la historia moderna de Europa han ejercido un poder tan completo. Ni Felipe II ni el conde duque de Olivares poseían los medios materiales de dominación que dispuso el general Franco” (G. Jackson, 1980, p.125). Para ello, Franco, desde el momento de su nombramiento como Jefe del Estado, fue sistemáticamente subordinando o eliminando

¹⁷ Por decreto de 22 de abril de 1938, el Jefe del Estado, es decir Francisco Franco, asumía “los poderes absolutos del Estado”. En decreto de 30 de enero de ese mismo año se declaraba que “al Jefe del Estado corresponde la suprema potestad de dictar normas jurídicas de carácter general”. (Stanley G. Payne, 1987, p. 191). En la figura de Franco se unificaban todos los poderes.

todos los poderes de las distintas “familias” del nacional-catolicismo. Como afirma Sergio Vilar: “Franco comienza a reducir todos los poderes de todos los subsistemas a fin de tenerlos bajo su *mando personal*”¹⁸. Franco se convirtió en caudillo y generalísimo de todos los ejércitos y en Jefe del Estado con un poder ilimitado¹⁹.

Sin embargo, la suerte de España habría podido ser muy distinta, si la Jefatura del Estado hubiera recaído en otra persona. Si la jefatura del nuevo Estado hubiera sido asumida por Sanjurjo, alternativa más que previsible al inicio del levantamiento, seguramente se habría restaurado la monarquía. De haber llegado al poder el general Miguel Cabanellas, Presidente de la Junta de Defensa Nacional, masón y republicano convencido, pasado al grupo conspirador algunos meses antes de producirse el levantamiento militar, el signo político habría sido diferente al del franquismo y al del nacional-catolicismo. El general Mola era defensor de la separación de Estado e Iglesia y abogaba por la vuelta de la monarquía después de un periodo de gobierno militar. Yagüe, falangista de primera hora y amigo personal de José Antonio Primo de Rivera, de llegar al poder, cosa harto difícil por su graduación militar, habría optado por un gobierno de signo claramente fascista. Queipo de Llano, personaje turbio y conspirador nato, hubiera proclamado un gobierno presumiblemente personalista difícil de definir. Desde una perspectiva extramilitar, José Antonio Primo de Rivera habría sido un adversario muy difícil de vencer. Su muerte allanó para Franco el camino hacia el mando único.²⁰ Algo similar se puede decir de Calvo Sotelo. Estas circunstancias favorecieron el liderazgo exclusivo de Franco²¹, que evitaron, de esta manera, la entrada de España, como aliada de primera fila, en el eje Berlín-Roma.

¹⁸ Sergio Vilar: *La naturaleza del franquismo*. Op. Cit., p. 96. [Las palabras en cursiva son del autor].

¹⁹ Javier Tusell, entre otros, afirma que “el franquismo fue una dictadura personal... que instaura un gobierno de signo totalitario y militarista con una concentración plena del poder en [su] persona” (2005, pp. 23-25). De parecida opinión es Juan Pablo Fusi, cuando subtitula su ensayo biográfico sobre Franco con los términos de “Autoritarismo y poder personal” (1985). A su vez, Amando de Miguel, le denomina “el último rey absoluto” (1976, pp. 69-72).

²⁰ Afirma al respecto Ramón Garriga: “La ejecución en Alicante del fundador de Falange fue probablemente la mejor contribución que recibió Franco de sus adversarios. La presencia de José Antonio en la zona nacional hubiera significado para Franco algo más que la existencia de un peligroso adversario... Franco pudo continuar su carrera ascendente porque el nombre de José Antonio Primo de Rivera vino a aumentar la lista de los ausentes (Cf. *La España de Franco. Las relaciones con Hitler*, Madrid, G. del Toro Editor, Vol. 1, 1976, pp. 16-17). Francisco Franco fue un líder con carisma en cuanto todos sus más cercanos rivales fueron desapareciendo: Sanjurjo, Mola, José Antonio o bien él los hacía desaparecer del mapa político como fueron, entre otros, los casos de Queipo de Llano y de Yagüe.

²¹ Amando de Miguel, en su obra *Franco, Franco, Franco*, afirma que “el Caudillo fue una creación necesaria de la conjunción de fuerzas que determinaron acabar con la República; de no existir el general Franco habrían inventado una figura adaptable a estos propósitos” (p. 17). Sin embargo, es difícil imaginar un líder con un juego político similar al ofrecido por Franco.

Aunque no sea de la incumbencia de este estudio plantear las tensiones y enfrentamientos entre Ejército, Iglesia y Falange, los grupos más sólidos de la familia franquista, merece la pena hacer una breve reflexión sobre la política personalista y oportunista del general Franco. Hay que advertir que en el caso hipotético de salir victorioso el eje Berlín-Roma, Franco habría jugado la baza de su indiscutible fascismo. Al respecto son clarificadoras las palabras de Luis Ramírez en su obra *Francisco Franco. Historia de un mesianismo*, cuando analiza el comportamiento político del general Franco. Afirma:

Franco dio la espalda a la Monarquía y traicionó después a la República, cuando ésta estuvo tan hueca y terminada como aquélla. Pero no antes. Hasta 1931 será monárquico fiel. Hasta 1936 será republicano disciplinado. Hasta 1945 será germanófilo decidido. (p. 157)

La victoria de las potencias democráticas obligó a Franco a renunciar a sus primeras veleidades para demostrar una pretendida cara más liberal y abierta. Esta razón pudo ser una excusa excelente para acelerar la domesticación de Falange en beneficio de su personalismo político, cosa que se había iniciado con el decreto de Unificación del 19 de abril de 1937. El protagonismo creciente que fue asumiendo Falange en el plano de la política desde los primeros meses de la contienda no agradó a Franco. Por eso su postura fue debilitar su poder y poner trabas a su ejercicio. Falange terminó siendo simple comparsa, aunque fundamental y necesaria, en el plano de la política interior española. Es lo que ha llevado a Jorge Novella a denominar esta peculiar situación del falangismo como “francofalangismo” (2007, p. 185). Según el criterio de Serrano Suñer, la muerte de Falange significó el nacimiento real e indiscutible del franquismo (1977, pp. 186-190). Se impuso, desde un principio, la política personalista y oportunista –oportunismo en todo momento y en todas las actividades de la vida nacional- del general Francisco Franco²².

²² Véase por ejemplo los estudios de Stanley G. Payne: *Falange. Historia del fascismo español* (Madrid: Editorial Sarpe, 1985); Gregorio Cámara Villar: *Nacional-catolicismo y Escuela. La socialización política del franquismo (1936-1951)*. Jaén: Editorial Hesperia, 1989, pp. 21-29.

El franquismo como línea política y el nacional-catolicismo como signo cultural son fruto y consecuencia del talante personal e ideológico de Francisco Franco²³. Franquismo y nacional-catolicismo forman un tándem de intereses perfectamente sincronizado²⁴. Por eso, es imposible querer entender o explicar una de las partes sin tener muy presente la otra²⁵. El nacional-catolicismo es expresión cultural e ideológica del sistema político del franquismo.

II.-3.- ¿Una guerra contra un gobierno o contra un régimen?

Una de las preguntas que quedan en el aire y que, incluso con el paso del tiempo, sigue siendo difícil de precisar, es el significado profundo y real que pudo tener el levantamiento militar contra el régimen legalmente constituido de la República. Si se piensa en las largas y múltiples maniobras preparatorias que la organización de la guerra llevó a los grupos insurrectos hay que pensar que su idea era dinamitar no tanto un gobierno como un sistema político. Parece absurdo afirmar que la rebelión iba contra el Frente Popular a favor de la República.²⁶ La Falange, los requetés y los grupos de la derecha más recalcitrante defendían la lucha armada como medio para acabar con el régimen republicano e imponer un sistema que podía ir, dependiendo de la ideología de los partidos, desde la restauración monárquica hasta la proclamación de un posible régimen fascista.

A primera vista, puede parecer que el pronunciamiento militar estaba encaminado a poner fin a un régimen político que iba contra los ideales de la España tradicional. Si se

²³ Véase al respecto el breve pero enjuicioso capítulo que Javier Tusell dedica al estudio de “El franquismo como dictadura” (2005, pp. 21-29). En esta misma línea remito al lector al estudio de Enrique Maradiellos “El franquismo como etapa histórica de la edad contemporánea” (2003, pp. 11-36).

²⁴ Frente a la aceptación generalizada del término nacional-catolicismo para designar la cultura y la sociedad del franquismo, hay autores que se resisten aceptar dicha denominación. Así, Juan José Ruiz Rico en su ensayo *El papel político de la Iglesia católica en la España de Franco* (Madrid: Editorial Tecnos, 1977) afirma que los vocablos nacional-catolicismo o bien clerical-autoritarismo son “vocablos expresivos de funesta textura literaria...”. Pero a continuación no tiene reparo en usar esa misma denominación, cuando afirma: “pocas dudas puede presentarnos la afirmación de que el nacional-catolicismo o el clerical-autoritarismo representa la versión ideológica de los intereses de la derecha vencedora” (p. 79).

²⁵ Remito al lector interesado al ensayo de Amando de Miguel *Franco, Franco, Franco*. Especialmente al capítulo quinto del libro “Un dictador para un pueblo. El último rey absoluto” (pp. 69-77).

²⁶ Maximiliano García Cordero en su trabajo “Cómo surgió la idea de cruzada en la Guerra Civil” afirma que “los militares alzados en armas contra el Gobierno del Frente Popular (no contra la República) no tuvieron otros móviles que restablecer el orden público y la seguridad ciudadana frente al caos de los primeros meses del gobierno del Frente Popular implantado a raíz de las elecciones del 16 de febrero de 1936” (Cfr. *Razón española*, nº 116, pp. 277).

analizan con cuidado los pronunciamientos y las actitudes de los generales sublevados en los primeros momentos del levantamiento militar se puede llegar a estas conclusiones. Da la impresión de que la sublevación militar, por lo menos en sus inicios, se realizó como una rebelión militar en nombre de la República. Francisco Franco, en sus primeros discursos, no dudaba en proclamar el sentido profundo de la acción armada como medio necesario para la defensa y la salvación de la República. En el bando de proclamación del levantamiento militar (Santa Cruz de Tenerife, 18 de julio de 1936), Franco revelaba como cierre y síntesis de su alocución que la acción militar se realizaba en nombre de los principios sagrados de “Fraternidad, libertad e igualdad”, tríptico base de la ideología republicana²⁷:

... sabremos salvar cuanto sea compatible con la paz interior de España y su anhelada grandeza, haciendo reales en nuestra Patria, por primera vez y por este orden, la trilogía *fraternidad, libertad e igualdad*.

Espanoles:

¡¡Viva España!! ¡¡ Viva el honrado pueblo español!!

El *ABC* de Sevilla publicaba un escrito de Franco, en el que, entre otras cosas, decía: “Este es un movimiento nacional, español y republicano, que salvará a España del caos en que se pretendía hundirla” (*ABC*, 24 de julio de 1936). De estas palabras se puede deducir que para Franco la guerra era una acción militar contra el caos social en nombre de la República. Emilio Mola en los momentos de la sublevación se manifestó como un defensor declarado de la República. Esto se desprende de las mismas palabras de Franco en confesión a su primo cuando le dice que Mola puso dos condiciones para tomar parte directa en el Alzamiento: “La primera que dicho movimiento no fuera contra la República y la segunda que se debería seguir usando la misma bandera con el color morado (Franco Salgado-Araujo, p. 217). La consigna militar más repetida por los generales insurrectos, aparte del obligado “¡Viva España!”, era “¡Viva la República!”. El general Fanjul, en su aventura golpista del Cuartel de la Montaña de Madrid, tenía preparado un bando “para caso de triunfar, declarando el estado de guerra, bando que acababa con un vibrante ¡Viva la República!” (*España*, p. 35). Incluso, como afirma Stanley G. Payne, “casi todas las fuerzas insurgentes lucharon bajo bandera republicana durante las primeras semanas de la Guerra Civil” (1987, p. 118). En esta misma línea se manifiesta Rafael Abella, cuando sostiene que al principio de la insurgencia... “la

²⁷ Anónimo: *La voz y obra de Francisco Franco. Caudillo*. Madrid: Editor A.M., 1983, pp. 16-17. La alocución recibe el significativo título de “¡En pie, españoles!”.

bandera oficial seguía siendo la tricolor y el himno que interpretaban las bandas militares en sus conciertos públicos era... el de Riego” (1973, p. 40). Parece, por lo que se puede deducir de las pruebas ofrecidas, que en un primer momento la sublevación militar iba destinada a derrocar un gobierno para asegurar la continuidad de un régimen. Cabría pensar, por consiguiente, que los militares se habían sublevado por la República y en nombre de la República bajo el principio de salvar a España con la intención de salvar a la República.

La realidad social podía muy bien validar esta tesis. La crispación social estaba alcanzando cotas inimaginables. Las confrontaciones callejeras eran continuas y cada vez más violentas. El caos reinaba por doquier. Las huelgas y las revueltas eran el pan de cada día. La vida social de los españoles estaba regida por la pasión y la violencia. La espiral del revanchismo se había instalado en la sociedad española de la época, como lo pueden probar los asesinatos, cada uno de ellos por partidarios del bando contrario, del teniente republicano Castillo o del ex ministro y parlamentario de las Cortes Calvo Sotelo. Las muertes y los desmanes se sucedían sin que el gobierno pudiera poner fin a esta sangría de vidas y de destrucción. La situación social era insostenible. En este contexto de anarquía generalizada y de violencia extrema, el gobierno republicano era incapaz de controlar los desmanes populares y los revanchismos de los grupos políticos. Esa incapacidad de mando imposibilitaba la paz y la seguridad ciudadanas. Bien podría ser que ante la ineptitud gubernamental fruto de la impotencia manifiesta del gobierno, parte del ejército se levantara en armas para restaurar el orden perdido, valiéndose para ello del establecimiento de un gobierno firme y estable. Desde este punto de vista, el levantamiento militar habría creado una situación transitoria hasta acabar con el caos reinante y hasta imponer el orden social.

Sin embargo, esta tesis no resiste un análisis medianamente crítico. El levantamiento militar de abril de 1936 para restaurar el orden en nombre del régimen republicano puede parecer a primera vista bastante lógico, pero no justifica ni explica ciertos movimientos políticos ni algunas conductas partidistas. Desde hacía meses, existía un entendimiento entre ciertos grupos conspiradores y los gobiernos fascistas de Italia y Alemania. Se había acudido a ellos, pidiendo ayuda económica y militar en nombre de una más que presumible revolución fascista en España. Las maniobras de los generales Sanjurjo, Mola y Franco tanto en Roma como en Berlín avalan claramente esta tesis. No

tiene ningún sentido e incluso es absurdo pensar que las diferentes comitivas organizadas por estos generales conspiradores se entrevistaran con los más altos dirigentes de los partidos fascistas europeos para solicitar una ayuda militar y armamentística para restaurar el orden civil y fortalecer el sistema republicano. El sentido común dicta que la naturaleza de las conversaciones tenía que ser muy distinta. Se tenía que hablar de un golpe militar con claros resabios fascistas. Los militares conspiradores no dudaron en ningún momento en solicitar una ayuda tan urgente como necesaria a sus posibles aliados europeos. Éstos eran los regímenes fascistas de Italia, Alemania y, en menor medida, Portugal.

Si no se puede entender la petición de ayuda militar y económica a los regímenes fascistas en nombre de un sistema republicano, tampoco es fácil comprender el comportamiento de los generales sublevados que seguían manteniendo durante las primeras semanas de la Guerra Civil la bandera, los signos y las proclamas de la República. ¿Fue mera estrategia para dar cierta legalidad en el continuismo al pronunciamiento militar? ¿Representó la ideología de estos militares conspiradores hasta tomar conciencia de que la marcha de la guerra imponía otros criterios y otra ideología política? ¿Fue una maniobra de despiste hasta que el panorama bélico quedara completamente claro? Es difícil responder con seguridad y con pleno acierto a estas preguntas. Sólo quedan claras estas cuestiones. Los militares sublevados pidieron y obtuvieron una importante ayuda de los gobiernos militares europeos de signo fascista. Contando con esta ayuda, se decidieron por un levantamiento que daba origen a una violenta y cruentísima guerra civil de más de tres años de muertes y destrucción. La Guerra Civil se inició por parte de ambos frentes en nombre de la República. A partir de este momento, en un tiempo muy reducido, los nacionales cambiaron de premisas ideológicas para asumir los principios de Dios y España, razones básicas del nacional-catolicismo²⁸. También está claro que una vez alcanzado el liderazgo militar por parte del general Francisco Franco, quedaron en evidencia el signo de la guerra y la línea política asumida por los insurrectos.

²⁸ Como afirma Joseph Fontana: “Lo que la mayoría de los insurrectos quería combatir no era la radicalización de una política que hasta entonces había sido hartamente moderada, sino la república misma y lo que esta había significado” (2000, p. 12).

La Guerra Civil acabó implantando la dictadura personal del general Francisco Franco con la cultura del nacional-catolicismo como referente ideológico y cultural. Los principios sagrados de Dios y España, religiosidad y patriotismo, funcionaron desde ese mismo momento como ejes de unidad y de sentido del franquismo (Tusell, 2005, p. 68). No cabe duda de que el nacional-catolicismo fue la ideología político-religiosa del Nuevo Estado. Con ella y gracias a ella se consiguió la erradicación plena de la cultura republicana y más tarde, una vez conseguida la anulación de toda presencia del régimen republicano, desarrollar una cultura oficial, impuesta desde los aparatos del Estado, para legitimar el Nuevo Estado y para hacer dominante una ideología que asegurase el pleno control de la sociedad y su posterior permanencia en ella (A. Alted, 2000, p. 216).

II.-4.- La legitimación de un pronunciamiento militar

Lograda la unidad de mando en la figura del general Franco (1 de octubre de 1936) se organizó toda la política interna de la zona nacional con vistas a lograr lo antes posible y con el menor desgaste humano y material posible el fin de la guerra a través de la victoria armada. Los planes iniciales del grupo insurrecto fracasaron y la guerra se presentó como una tarea militar y civil de perspectivas imprevisibles tanto en tiempo como en sacrificios humanos y materiales. La otra teoría sobre la filosofía bélica del grupo insurrecto, por lo menos la del general Franco, fue conseguir, al margen del tiempo y de las pérdidas posibles, la erradicación total del enemigo. Lo importante no era acabar la guerra, sino ganar la guerra a través de la aniquilación del adversario. La consecuencia de estas realidades, sea una u otra, fue la institucionalización de la violencia en las dos Españas. En este contexto de confrontación civil extrema, el primer y principal problema de los sublevados fue buscar la legitimación de un levantamiento armado contra el gobierno legítimo de la República, democráticamente elegido en unas elecciones libres y soberanas. La justificación de la Guerra Civil fue inicialmente una empresa asumida por los militares sediciosos, pero con posterioridad, casi al mismo tiempo, el protagonismo de esta acción legitimadora fue responsabilidad de la jerarquía y de los teóricos de la Iglesia española. La guerra, de esta manera, ofrecía dos frentes de lucha con una única finalidad. El ejército en nombre de España combatía militarmente en las trincheras y la Iglesia en nombre de Dios y de la religión luchaba doctrinalmente desde el púlpito y con sus pastorales. Una vez más, en la historia de España, se habían

fusionado el altar y la espada, el Estado y la Iglesia, etc., de cuya unión resultó la doctrina cultural del nacional-catolicismo.

Las palabras del General Franco en Santa Cruz de Tenerife (18 de julio de 1936) en su manifiesto de “Proclamación del Alzamiento” revelan las claves que pretenden ser una explicación de una acción armada contra la legalidad pero que en sí es el primer paso o intento de legitimación de la Guerra Civil. El sentido justificativo del manifiesto es indudable:

¡Españoles!

A cuantos sentís el santo amor a España, a los que en las filas del Ejército y la Armada habéis hecho profesión de fe en el servicio de la Patria, a cuantos jurasteis defenderla de sus enemigos hasta perder la vida, la Nación os llama a su defensa. La situación de España es cada día más crítica; la anarquía reina en la mayoría de los campos y pueblos....

Aunque las palabras de Franco parecen estar dirigidas al pueblo español, el destinatario real del discurso fue el ejército. La primera acción legitimadora del Alzamiento estuvo dirigida a los miembros de las fuerzas armadas en un intento de atraer para la causa la mayor representación de la milicia. En una situación de caos, institucionalización del crimen y de la violencia, destrucción y ruina de los bienes económicos y morales, falta de orden social, ausencia de poder y de justicia, manipulación de las leyes, etc., se hacía necesaria y obligatoria una acción de fuerza límite para erradicar esta avalancha de errores que conducían irremisiblemente a la ruina de España. Por eso, en el mismo discurso, Franco proseguía: “¿Es que se puede consentir un día más el vergonzoso espectáculo que estamos dando al mundo? ¿Es que podemos abandonar a España a los enemigos de la Patria, con proceder cobarde y traidor, entregándola sin lucha y sin resistencia?”. El deber militar llamaba a la acción y esta acción se denominaba insurrección frente a un gobierno establecido, pero incapaz de dirigir los destinos de la nación. El Alzamiento Nacional fue el único camino que podía conducir a la “Paz y amor entre los españoles; libertad y fraternidad exentas de libertinaje y tiranía”. Por eso, “en estos momentos es España entera la que se levanta pidiendo paz, fraternidad y justicia; en todas las regiones, el Ejército, la Marina y fuerzas de Orden Público se lanzan a defender la Patria”. Las primeras palabras de Franco, justificando el pronunciamiento armado, tuvieron un sentido claramente explicativo de una acción anticonstitucional, pero que las circunstancias penosas en las que vivía España la ordenaban y la legitimaban.

Todo régimen nacido de un pronunciamiento militar busca por todos los medios una legitimación que justifique su proceder y su ser frente a los ciudadanos. Este fue el caso del régimen franquista. La primera proclama de Franco así lo viene a demostrar. Para ello, como es lo común y general en estas situaciones, se empleó una estrategia muy eficaz por los resultados alcanzados. Se buscó demostrar la arbitrariedad de su contrario para en este fundamento de deslegitimación sustentar las razones de su propia legalidad.

Al manifiesto primero del general Franco se sumaron las voces de los otros generales y altos jefes representantes de la insurrección. Desde esta perspectiva, hay que afirmar que las primeras voces de defensa y explicación del levantamiento militar provinieron de los mandos sublevados. Ahora bien, si tomamos las palabras de Franco en su discurso de Unificación (Salamanca, 19 de abril de 1937), se comprueba una variante muy significativa en la orientación de sus palabras.

Estamos ante una guerra que reviste, cada día más, el carácter de Cruzada, de grandiosidad histórica y de lucha transcendental de pueblos y civilizaciones. Una guerra que ha elegido a España, otra vez en la Historia, como campo de tragedia y de honor, para resolver y traer la paz al mundo enloquecido hoy.²⁹

Si en el primer manifiesto de Franco domina un espíritu claramente castrense, en el que no existe una sola alusión ni a Dios ni a la Iglesia, pronto sus discursos se llenan de alusiones a lo religioso y a lo divino³⁰. La guerra deja de ser una simple guerra civil para convertirse en una “cruzada” de sentido transcendental. Franco se siente con razones para sacralizar el Alzamiento militar. Este espíritu llega ya a límites asombrosos en su “Discurso de contestación al nuncio de Su Santidad en la presentación de Cartas Credenciales” (Burgos, 2 de diciembre de 1937). Afirma Francisco Franco en su discurso de respuesta:

²⁹ *Palabras del Caudillo (19 abril 1937 - 31 diciembre 1938)*. Barcelona: Ediciones Fe, 1939, p. 9.

³⁰ Bernardino M. Hernando en su obra *Delirios de cruzada* afirma, en la misma línea de la que ofrece en estas páginas, que “entre los militares había individuos de profundas creencias religiosas... pero no es este el caso de los sublevados. Las cabezas dirigentes del Alzamiento del 18 de julio no son hombres real y profundamente religiosos. Y la guerra que van a hacer no tendrá, en sus preparativos y lanzamientos, ningún carácter religioso. Estos militares van a hacer, sí, una “cruzada patriótica”, para “salvar a la patria” (p. 104). Se ve que lo que inicialmente fue una “cruzada militar” se transformó rápidamente en una “cruzada religiosa y patriótica”.

Una vez más la voluntad de Dios ha querido poner a prueba la fortaleza de nuestra fe y el vigor de nuestro sacrificio. Los soldados que hoy luchan, no sólo por la independencia y unidad de su patria, sino por todo lo que representa la cultura cristiana occidental, tan seriamente amenazada, mueren con los nombres de Dios y de España en los labios, y confirman así, una vez más, con su sangre de mártires y de héroes, ese carácter esencial que en transcurso de toda la vida de España, desde sus comienzos en la Historia del Mundo, ha tenido el sentimiento católico.³¹

En palabras de Franco, la confrontación armada asumió un sentido claramente sagrado y providencialista y la historia de España reveló un carácter teleológico. España desde el origen de la historia estaba destinada a tener una misión en el mundo: salvaguardar y difundir la cultura cristiana occidental. El Alzamiento militar había asumido una dimensión indiscutiblemente religiosa y sagrada. En los pronunciamientos y discursos de los altos mandos militares se detectaba de forma indiscutible la presencia de los fundamentos ideológicos de legitimación aportados por la Iglesia española. La búsqueda de sentido y de legalidad del pronunciamiento militar fue tarea de todos. Sin embargo, el agente principal en este proceso de legitimación del régimen franquista fue la Iglesia³².

Aunque no se puede negar “que la guerra desde su inicio y durante todo su desarrollo tuvo un fondo religioso”³³, la Iglesia española no participó ni colaboró en la preparación de la sublevación militar. Como afirma Feliciano Blázquez la Iglesia “no fue conspiradora”³⁴. Sin embargo, tampoco fue neutral, ya que desde un principio mostró una afección plena hacia la causa de los nacionales. “La Iglesia no conspirará directamente; colaborará ansiosamente a través de influir en el estado de opinión; y una vez declarado el golpe militar se unirá a él desde el primer instante, sin que los militares se lo pidan, porque sabe que su salvación está en ellos y sólo en ellos” (Ramón Navarro, p. 39). Esta intervención de la Iglesia a favor del levantamiento militar será representada por ésta como una acción necesaria a favor del orden, de la paz y de la justicia y en

³¹ *Palabras del Caudillo...* Op. Cit., pp. 59-60.

³² La respuesta de la Iglesia española fue, en cierto sentido, lógica. Respondía a la persecución de la que fue objeto durante la etapa republicana y primeros meses después del levantamiento militar. Para conocer la represión religiosa véase el estudio de Antonio Montero Moreno *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)* (Madrid: B.A.C., 1961), especialmente los cuadros finales. Aunque es una obra con una lectura analítica muy sesgada, se puede sacar una idea bastante clara de la persecución que sufrió la Iglesia en esa época.

³³ Vicente Cárcel Ortí: “La II República y la Guerra Civil (1931-1939)” en *Historia de la Iglesia en España* (Director: Ricardo García-Villoslada), Tomo V, Madrid, Biblioteca de Autores Católicos, 1979, p. 363.

³⁴ Feliciano Blázquez: *La traición de los clérigos en la España de Franco. Crónica de una intolerancia (1936-1975)*, Madrid, Editorial Trotta, 1991, p. 13.

nombre de Dios y de España. En la doctrina oficial de la Iglesia existía el principio de alianza y ayuda institucional con todo grupo político que se fundamentara en principios espirituales³⁵. Éste era el caso de los sublevados. El arzobispo Gomá afirmaba en la “Carta colectiva de los Obispos españoles” (1 de julio de 1937): “la Iglesia, a pesar de su espíritu de paz y de no haber querido la guerra ni haber colaborado en ella, no podía ser indiferente en la lucha”³⁶. De forma muy parecida se expresaba el obispo de Salamanca Pla y Deniel, quien afirmaba en su Pastoral “El triunfo de la ciudad de Dios y la resurrección de España” (21 de mayo de 1939) que “No había sido una Cruzada ordenada ni convocada por la Iglesia, pero fue reconocida y bendecida como tal por Pío XII el 14 de septiembre de 1936 y el Papa no bendice más que a los cruzados...”. De esta manera, asumió desde el inicio de la contienda una conducta activa y beligerante, satanizando al bando republicano y sacralizando la causa nacional. La postura de la Iglesia va a ser decisiva en el planteamiento y en la marcha de la Guerra Civil. Preparó e hizo uso de toda su artillería pesada, -confesonarios, pulpitos, homilías, pastorales, etc.- para apoyar y defender incondicionalmente la causa de los sublevados.

La cuestión que se impone es saber las razones que esgrimió la Iglesia para asumir esta actitud ideológicamente combativa a favor de la insurrección militar. Habría que plantear razones sociales, culturales y políticas para llegar al meollo de la cuestión. La propia “Carta colectiva” plantea toda una serie de razones, pero silencia otras. Cabría afirmar que “la Iglesia vivió la llegada de la República como una auténtica desgracia”³⁷ y, a su vez, para amplios sectores del pueblo trabajador “la Iglesia era considerada como un enemigo de clase”³⁸. Entre otras cosas “era acusada de poseer auténticas fortunas”, aunque, como aclara Vicente Cárcel Ortí, “la riqueza de la Iglesia estaba sólo en los tesoros artísticos de las iglesias”³⁹. Las posturas entre un sector importante de la

³⁵ Una de las máximas del *Manual de Acción Católica* es: “El poder de la Iglesia en materia política es indirecto, pues es ésta cosa temporal, pero relacionada con el mundo espiritual, sobre todo cuando la política, para conseguir sus fines, pretende fundamentarse en principios espirituales”. Era la respuesta que se ofrecía a la pregunta: “¿Cuál es el poder de la Iglesia en materia política?”. (Manuel González, 32).

³⁶ La “Carta colectiva del episcopado español” aparece reproducida íntegramente en el *Diccionario de la guerra civil española* de Manuel Rubio Cabezas (Barcelona: Editorial Planeta, 1987). La frase aparece en la “Primera” de las conclusiones expuestas por el episcopado español para justificar su postura en la Guerra Civil.

³⁷ Julián Casanova: *La Iglesia de Franco*, Op. Cit., p. 19.

³⁸ *Ibídem*, p. 21.

³⁹ Vicente Cárcel Ortí: *Breve historia de la Iglesia en España*, Barcelona, Editorial Planeta, 2003, p.390.

población y la Iglesia eran ya para esta época totalmente irreconciliables⁴⁰. El odio de importantes sectores del pueblo hacia lo que era y hacia lo que representaba la Iglesia en las circunstancias socio-históricas anteriores a la guerra se manifestó en los comportamientos vandálicos de estos sectores populares concretados en los incendios de iglesias y conventos y en los asesinatos de sacerdotes y religiosos. Las reacciones marcadamente anticlericales provenían de tiempos anteriores a la República, como lo demuestra, entre otros casos, la “Semana trágica” de Barcelona de julio de 1909. Sin embargo, el anticlericalismo se agudizó de forma llamativa a partir de 1931⁴¹. Sectores del pueblo, básicamente urbanos, veían en la Iglesia a uno de sus principales enemigos. A su vez, la Iglesia de forma cada vez más visible se iba escorando hacia los grupos de poder y hacia las clases medias superiores. Incluso supo organizar en partidos políticos, como “Acción Nacional” de Ángel Herrera y José María Gil Robles, a la masa católica. La Iglesia, preocupada por sus privilegios y haciendo gala de un elitismo social y cultural, fue incapaz de crear un diálogo de entendimiento con los grupos más desfavorecidos de la sociedad. Optó por las clases más poderosas con sesgo ideológico claramente anti-republicano. Esta postura no pudo ser aceptada ni perdonada por amplios sectores del pueblo español. El pueblo, en un sector importante, y la Iglesia española se veían como antagonistas irreconciliables en un drama social que cada vez presentaba un final más trágico. Cada parte se fue distanciando ideológicamente más y más, la Iglesia hacia posturas de derechas y el pueblo, especialmente el proletariado, hacia las izquierdas. Esta falta de entendimiento, que fue generalizándose en todas las esferas de la vida española, ayudó a fortalecer el mito de “las dos Españas”, principio abusivamente utilizado por la propaganda nacional y por el discurso de la Iglesia católica española.

Las primeras voces de la Iglesia con carácter oficial en favor de los sublevados fueron pronunciadas por los prelados de Vitoria y de Pamplona, Mateo Múgica y Marcelino

⁴⁰ Se está ofreciendo una visión muy sintética, razón que elimina la gran complejidad que el problema religioso tenía en la España de principios de siglo. Frente a sectores rabiosamente católicos se hallaban otros de clara militancia anticlerical. Pero entre ambos extremos discurría un amplio espacio donde se daban posturas religiosas muy diferentes, que iban desde los católicos practicantes de ideología liberal hasta integristas de escasa o nulas convicciones religiosas.

⁴¹ Al respecto afirma Vicente Cárcel Ortí que “en torno a 1930 podemos hablar de una grave descristianización. La fobia anticlerical y anticristiana, reprimida durante la dictadura, estallaría a partir de 1931” (Cfr. *Breve historia de la Iglesia en España*, Op. Cit. p. 391).

Olaechea, ambos de origen vasco⁴². Los dos obispos apoyaron en un principio la causa nacional, exhortando a los católicos, especialmente a los católicos vascos, a que se sumaran a las fuerzas de los militares que luchaban por la religión y por la patria⁴³. La primera pastoral conjunta de estos obispos, por lo que parece escrita y publicada a instancias del cardenal Isidro Gomá que en esos momentos se encontraba en el balneario de Belascoain, data del 6 de agosto de 1936. A las pocas semanas de darse el alzamiento militar, la Iglesia tomaba claramente partido a favor del bando sublevado, convirtiendo la Guerra Civil en una guerra de religión. “Meses más tarde el Arzobispo de Pamplona definía el alzamiento nacional como “guerra santa”⁴⁴. Casi al mismo tiempo de la pastoral de los obispos vascos, los prelados de las diócesis de Zaragoza, Rigoberto Doménech, y de Santiago de Compostela, Tomás Muñiz, daban a la Guerra Civil categoría de “cruzada religiosa”⁴⁵. En estas pastorales se divulgaron los primeros tópicos que luego serían reiterados hasta la saciedad para dar sentido político y razón moral a un pronunciamiento militar.⁴⁶ La Iglesia había iniciado su tarea de legitimación de la Guerra Civil, dando un sentido sagrado a la acción política y militar del bando insurgente. El binomio Dios-Guerra Civil empieza a identificarse como razón principal de un levantamiento militar y de una confrontación armada.

Una segunda etapa en este proceso de legitimación religiosa y moral de la insurrección militar fue protagonizada por el obispo de Salamanca Enrique Pla y Deniel. Dicho prelado se puso desde un principio al lado de los sublevados, llegando a ceder al general Franco el palacio episcopal para que allí instalase su cuartel general y su residencia

⁴² Mateo Múgica era del pueblecito guipuzcoano de Idiazabal y Marcelino Olaechea de la localidad vizcaína de Baracaldo.

⁴³ En la primera o en una de las primeras pastorales del prelado vitoriano después de la insurrección militar afirmaba: “Católicos vascos... no podéis de ninguna manera cooperar ni mucho, ni poco, ni directa ni indirectamente al quebranto del ejército español... que enarbolando la auténtica bandera española, bicolor, luchan heroicamente por la Religión y por la Patria” (Texto tomado del diario *¡Arriba España!* - 6 de agosto de 1936).

⁴⁴ Feliciano Blázquez: *La traición de los clérigos en la España de Franco...*, Op. Cit., p. 14.

⁴⁵ La circular del obispo de Pamplona Marcelino Olaechea es del 23 de agosto. Las pastorales de los obispos Rigoberto Doménech y Tomás Muñiz son del 29 de agosto y del 31 de agosto respectivamente. La idea de “cruzada”, aplicada a la Guerra Civil, se empieza a institucionalizar en el lenguaje de la Iglesia española. Véase para una mayor y más exhaustiva documentación el trabajo de Alfonso Álvarez Bolado *Para ganar la guerra para ganar la paz* (Op. Cit. pp., 50-58). Para una visión más completa del concepto de “cruzada”, aplicado a la Guerra Civil, véase el estudio de José Andrés-Gallego *¿Fascismo o Estado católico?...* Op. Cit. pp. 15-25 y 241-255.

⁴⁶ Marcelino Olaechea permaneció siempre fiel a la causa nacional. Mateo Múgica, desencantado con el rumbo de la guerra, especialmente tras las detenciones y los asesinatos de sacerdotes y religiosos vascos a manos de los requetés, se opuso abiertamente al franquismo, optando por el exilio. La Iglesia había iniciado su tarea de legitimación del bando sublevado y de la Guerra Civil.

particular. En septiembre de 1936 publicó su famosa pastoral “Las dos ciudades”, en la que, con un lenguaje extremadamente maniqueísta, oponía el espíritu criminal de anarquistas y comunistas al heroísmo y a la virtud de los nacionales, dando como resultado de este choque una lucha abierta entre dos formas de ver y de valorar la vida. La lucha entre estas fuerzas opuestas podía revestir, tal como afirmaba el prelado en su pastoral, “la forma externa de una guerra civil, pero en realidad es una cruzada”. Se dice textualmente en la pastoral:

En el suelo de España luchan hoy cruentamente dos conceptos de la vida, dos sentimientos, dos fuerzas que están aprestadas para una lucha universal en todos los pueblos de la tierra... Comunistas y anarquistas son los hijos de Caín, fratricidas de sus hermanos, envidiosos de los que hacen un culto de la verdad, y por ello los asesinan y los martirizan... Reviste, sí, la forma externa de una guerra civil, pero en realidad es una cruzada.⁴⁷

Por primera vez, de forma abierta y con una proyección ecuménica, la Guerra Civil se recubría con un ropaje sagrado al adquirir prerrogativas inequívocas de “cruzada”⁴⁸. Si para Mateo Múgica y Marcelino Olaechea, la Guerra Civil era una guerra de religión o guerra santa; a su vez, para los prelados de Zaragoza y Santiago de Compostela, Rigoberto Domencech y Tomás Muniz, ésta se teñía de los colores de “cruzada”; según la mentalidad de Enrique Pla y Deniel el alzamiento militar, de forma inequívoca, alcanzaba la naturaleza de “cruzada” con sentido universal. La Guerra Civil de la mano de la prelatura iniciaba un proceso de clara sacralización⁴⁹.

En este contexto de beligerancia ideológica, la pastoral del cardenal primado Isidro Gomá y Tomás “La España heroica. Ascética de nuestra guerra”, escrita y leída en la Cuaresma de 1937, jugó también un papel muy importante. En ella, después de proclamar la verdad y el derecho de las guerras justas y de las guerras injustas, afirmaba:

⁴⁷ La pastoral de Pla y Deniel, “Las dos ciudades”, está reproducida íntegra en el *Diccionario de la guerra civil española* (2 Vols.) de Manuel Rubio Cabezas (Cfr. Barcelona: Editorial Planeta, pp. 624-25).

⁴⁸ Como afirma Maximiliano García Cordero: “El término “cruzada” aparece por primera vez en labios del general Franco en su alocución desde radio Tetuán el 24 de julio, pero en sentido puramente patriótico y cívico sin connotación religiosa, pues habla de “una cruzada en defensa de España” y así se refiere a “una cruzada patriótica” (Cfr. “Cómo surgió la idea de cruzada en la Guerra Civil” (p. 279). Sin embargo, la tesis de “cruzada” adquiere su pleno sentido e impacto en el pueblo español cuando es esgrimida de manera sistemática y permanente por los representantes de la Iglesia española.

⁴⁹ Como afirma Clementina García: “La utilización de la denominación “Dios” se ha realizado una y otra vez para justificar el hecho de la Guerra Civil, sacralizando una situación cruel y buscando, al mismo tiempo, la legitimación del régimen” (p. 51).

La guerra, como el hambre y la peste, como todas las calamidades de orden colectivo, no puede desgajarse de la providencia de Dios ni del orden moral que tiene por ley fundamental el pensamiento y la voluntad de Dios mismo... Aceptemos el hecho tremendo de la guerra, en toda su magnitud y lo enfocamos tan sólo en el aspecto de la Providencia general de Dios y como factor de ejemplaridad social.

Bajo este aspecto, nuestra guerra bien pudiera ser el instrumento de la justicia de Dios, con que trataría de purificarnos de nuestra miseria colectiva, de encauzar nuestra energía social en sentido cristiano, de premiar a los buenos su justicia y dar a los malos su merecido.⁵⁰

Si la guerra que se dirimía en España era expresión de la voluntad de Dios, quien con soberana justicia premiaba a los buenos y castigaba a los malos⁵¹, ¿qué podían decir los españoles? A partir de estas declaraciones, cualquier otra afirmación, por sorpresiva que pueda ser, tenía sentido. Por eso, otro paso importante pero lógico en este proceso de legitimación estuvo representado por la “Carta colectiva de los obispos españoles”, documento clave para explicar la naturaleza de la Guerra Civil y la adhesión incondicional del episcopado español a la causa de Franco. La “carta colectiva” se hizo pública el 1 de julio de 1937, meses después de la pastoral del cardenal Gomá. Escrita a instancias del propio Franco fue firmada por la gran mayoría de los prelados españoles a excepción de Mateo Múgica y del cardenal Vidal y Barraquer, arzobispo de Tarragona⁵². La síntesis de la “carta” es muy sencilla y la argumentación muy clara. Según ésta, España está sufriendo una cruel guerra producto de la pugna entre ideologías irreconciliables. La opinión extranjera desconoce la realidad de este enfrentamiento armado. Por eso, la misión del episcopado español es, por principios de religión, patriotismo y humanidad, hacer resplandecer la verdad. Siguiendo la línea explicativa de la “carta colectiva”, ésta llega a plantear el hecho del resquebrajamiento de la democracia española por los graves errores cometidos por sus gobernantes que favorecían con su conducta la revolución comunista. Sin Dios y sin autoridad, España estaba abocada a la anarquía y al desafuero. En nombre de la religión y de España, por la justicia y por la paz, se justifica el uso de la fuerza como único remedio heroico y se defendía la necesidad y el triunfo del levantamiento militar:

⁵⁰ Isidro Gomá Tomás: *La España heroica. Ascética de nuestra guerra*. Pamplona: Gráficas Bescausa, 1937, pp. 12-13.

⁵¹ El cardenal Gomá afirma en la pastoral que “La guerra (era) castigo para unos y penitencia para otros” (p. 26), otorgando a la confrontación un sentido profundamente religioso y providencialista.

⁵² Hubo otros dos obispos españoles que no firmaron la “Carta colectiva”. Por una parte no firmó el Cardenal Pedro Segura por hallarse en esos momentos en la curia romana; por otro lado, se encontraba el obispo de Orihuela, Irastorza, ausente de su diócesis por enfermedad.

Hoy por hoy no hay en España más esperanza para reconquistar la justicia y la paz y los bienes que de ella derivan, que el triunfo del movimiento nacional...⁵³

La Guerra Civil respondía a estas razones de sentido patriótico y de carácter religioso. La legitimación de la guerra fue plena. ¿Era legítima la intervención de la guerra en las cuestiones o bélicas, tal como se daban en la España de ese tiempo? La doctrina de la Iglesia la encontramos expuesta en el *Manual de Acción Católica*:

La intervención de la Iglesia en la política, en las cuestiones dichas, es legítima, porque ella es la maestra, la custodia y la vindicadora, no sólo de la ley cristiana, sino del derecho natural, que es expresión de la voluntad de Dios. La cual intervención no sólo es un derecho para la Iglesia, sino un deber, lo que no es hacer política por la política, que está muy debajo de sus altísimos fines espirituales. (p. 34)

La Iglesia estaba legitimada a participar en la guerra para defender el derecho natural por ser voluntad emanada de la autoridad divina. ¿Cabe plantear razones de más peso y de mayor legalidad? La “Carta colectiva del episcopado español” tuvo una fuerte resonancia en los ámbitos católicos, ayudando poderosamente a la causa franquista. La Iglesia tomó parte en la contienda bélica de manera altamente eficaz, aunque no fueran muchos los miembros de esa institución que empuñaran las armas. Luchó con las ideas y los preceptos, siendo su mayor logro la legitimación plena de la sublevación militar.

La licitud del pronunciamiento armado vino buscado también por el mando del ejército insurgente. El 18 de julio de 1936 Franco desde Canarias hacía un llamamiento a todos los auténticos españoles para afirmar que era el pueblo español, secundado por el ejército, el que se levantaba en armas en nombre de la fraternidad, de la libertad y de la igualdad en contra de la injusticia, la anarquía y el crimen.

¿Es que se puede consentir un día más el vergonzoso espectáculo que estamos dando al mundo? ¿Es que podemos abandonar a España a los enemigos de la Patria, con proceder cobarde y traidor, entregándola sin lucha y sin resistencia? ¡Eso no! Que lo hagan los traidores, pero no lo haremos quienes juramos defenderla.

Justicia, igualdad ante las leyes ofrecemos.

Paz y amor entre los españoles; libertad y fraternidad exentas de libertinaje y tiranía.

Trabajo para todos, justicia social...⁵⁴

⁵³ Como en el caso de la pastoral de Pla y Deniel “Las dos ciudades”, “La carta colectiva” se encuentra publicada íntegra en el *Diccionario de la guerra civil española* de Manuel Rubio Cabezas, Op. Cit., pp. 168-178.

Éste fue el discurso mantenido por los representantes de las fuerzas armadas a lo largo de la guerra y durante los casi cuarenta años de franquismo. En estos mismos términos se expresan los otros jefes militares de la insurrección: Emilio Mola, Queipo de Llano, Millán Astray, etcétera.

A este discurso oficialista se unían las múltiples voces de ideólogos afines al levantamiento. Eran multitud de voces, defendiendo unas mismas consignas: la legitimidad de la insurrección y la necesidad de la violencia para atajar los males que padecía la patria. Para José María Pemán la Guerra Civil asumía categoría de reconquista y de guerra de la Independencia:

La lucha contra el marxismo tenía que ser guerra: guerra que, por la categoría internacional de los enemigos que teníamos enfrente, tuviera anchura de reconquista y magnitudes de guerra de la Independencia.⁵⁵

* * * * *

Cuadro de títulos de legitimación de la Guerra Civil y de exaltación patriótico-religiosa de autores religiosos.

Amo, León del	<i>Las dos espadas o la Iglesia y el Estado</i>	1938
Azpiazu y Zulaica, J. A	<i>¡Por Dios y por la Patria! El patriotismo como virtud cristiana</i>	1938
Azpiazu y Zulaica, J. A	<i>Corporativismo y nacionalsindicalismo</i>	1938
Azpiazu y Zulaica, J. A	<i>El Estado católico (Líneas de un ideal)</i>	1939
Bayle, Constantino	<i>Sin Dios y contra Dios</i>	1938
Bayle, Constantino	<i>¿Qué pasa en España? A los católicos del mundo</i>	1937
Carreras, Luis	<i>Grandeza cristiana de España</i>	1938
Carro, Venancio D.	<i>La verdad sobre la guerra española (1936-1939)</i>	1937
Carro, Venancio D.	<i>Los criminales de guerra según los teólogos-juristas españoles</i>	1946
Castro Albarrán, Aniceto de	<i>Guerra santa: el sentido católico de la guerra española</i>	1938
Castro Albarrán, Aniceto de	<i>Este es el cortejo... Héroes y mártires de la cruzada española</i>	1941
Castro Albarrán, Aniceto de	<i>La gran víctima. La Iglesia española mártir de la revolución roja</i>	1939
Castro Albarrán, A. de	<i>El derecho a la rebeldía</i>	1938

⁵⁴ Palabras de Franco en su proclama de 18 de julio de 1936 anunciando el levantamiento militar contra el poder instituido de la República.

⁵⁵ Arenga de José María Pemán pronunciada el 24 de julio de 1936 desde los micrófonos de Radio Jerez y recogida en el volumen *Arengas, discursos y crónicas de guerra* (Cádiz: Establecimientos Cerón, 1937, p. 12).

Copado, Bernabé	<i>Con la columna Redondo. Combates y conquistas. Crónica de guerra</i>	1937
Errandonea, Ignacio	<i>Hacia la España nueva. Entre odios y comprensiones</i>	1937
Fernández Almuzara, E.	<i>Evangelio de la nueva España</i>	1937
Galiño Lago, Manuel	<i>¡Viva España! 1936: hacia la restauración nacional</i>	1936
Getino, Luis	<i>Justicia y carácter de la guerra nacional española</i>	1937
Gomá, Isidoro	<i>Carta colectiva del episcopado español</i>	1936
Gomá, Isidoro	<i>La España heroica. Ascética de nuestra guerra</i>	1937
Gomá, Isidoro	<i>Por Dios y por España</i>	1940
Martínez, Juan de la C.	<i>¿Cruzada o rebelión?</i>	1937
Meinvielle, Julio	<i>Concepción católica de la política</i>	1941
Menéndez-Reigada, Ignacio	<i>La guerra nacional española ante la Moral y el Derecho</i>	1937
Menéndez-Reigada, I.	<i>Catecismo patriótico español</i>	1939
Menéndez-Reigada, I.	<i>Acerca de la guerra santa</i>	1937
Mugueta, Juan	<i>Ellos y nosotros. Al mundo católico y al mundo civilizado</i>	1937
Olmedo, Félix G.	<i>El sentido de la guerra española</i>	1938
Peiró, F	<i>Sentido religioso y militar de la vida</i>	1938
Pla y Deniel, Enrique	<i>Las dos ciudades</i>	1936
Pla y Deniel, Enrique	<i>El triunfo de la Ciudad de Dios y la resurrección de España</i>	1939
Risco, Alberto	<i>Ráfagas de gloria. Colección de narraciones tomadas de la guerra actual</i>	1938
Rodríguez Teodoro	<i>Nueva reconquista de España</i>	1938
Rodríguez, Teodoro	<i>Nueva campaña de insidias y mentiras contra España</i>	1940
Rodríguez, Teodoro	<i>Así es España y así la Antiespaña</i>	1941
Toni, Teodoro	<i>España vendida a Rusia</i>	1937
Vilariño, Remigio	<i>Devocionario militar</i>	1937
Zaragüeta, Juan	<i>El movimiento Nacional ante el derecho y la justicia</i>	1938

* * * * *

A partir de estas doctrinas, era fácil dar un paso adelante y defender la obligación moral de todo auténtico cristiano y patriota de defender la verdad y la grandeza de la nueva España. En esta línea se expresa el jurista Martínez Burgos en su obra *Excitación a la rebelión* (Burgos, Imprenta Lozano, 1939) que da por supuesto el sentido moral, religioso y patriótico de la insurrección militar. El bien de España estaba exigiendo una respuesta armada contra los enemigos de la patria.

En un contexto de guerra, justificada en nombre de la religión, de la libertad y de la paz, todas las fuerzas fácticas, especialmente Ejército e Iglesia, aunaron fuerzas para legitimar y sacralizar una insurrección armada contra la legitimidad institucional de la

República. Se universaliza, de esta manera, un discurso de legitimación que desde los primeros momentos del levantamiento se va a oír desde esferas castrenses, los medios de comunicación nacionales y en los ámbitos de la jerarquía religiosa. Lo realmente sorprendente y criticable de esta postura fue la legitimación de la violencia y de la muerte hasta las últimas consecuencias. Pero, incluso más censurable fue todavía la actitud de la Iglesia que no sólo asumió como algo normal las atrocidades de la guerra sino también las crueles y violentas matanzas que se cometieron en las ciudades dominadas u ocupadas por las tropas franquistas. Parecía que Dios justificaba la muerte y el crimen. Afirma el historiador Julián Casanova que “Para la Iglesia y sus cabezas más visibles, la violencia ejercida en el territorio controlado por los militares insurgentes era justa, necesaria y obligada por el anticlericalismo que imperaba en el bando contrario. La violencia no se hace en servicio de la anarquía, sino lícitamente en servicio del orden, la Patria y la Religión, declaró el 11 de agosto Rigoberto Doménech, arzobispo de Zaragoza, apresurándose a legitimar la carnicería que se estaba llevando a cabo en esa ciudad”⁵⁶. Incluso la Iglesia silenció voluntariamente y olvidó conscientemente las matanzas de sacerdotes y religiosos cometidas por las fuerzas franquistas⁵⁷. La Iglesia española sacralizó toda la política bélica del franquismo.

Sin embargo, en este contexto de sintonía plena entre la Iglesia y el ejército insurrecto, adquirirían un especial significado las palabras de Pío XII, pronunciadas el 16 de abril de 1936, en las que celebraba la victoria de Franco sobre el ateísmo por su entrega en “la difícil tarea de defender y restaurar los derechos de Dios y de la Religión”:

Con inmenso gozo, hijos queridísimos de la católica España, nos dirigimos para expresar nuestra paternal congratulación por el don de la paz y de la victoria con que Dios se ha dignado coronar el heroísmo cristiano de vuestra fe y caridad, probados en tantos y tan generosos sentimientos. Anhelante y confiado esperaba nuestro predecesor esta paz providencial, fruto, sin duda, de aquella fecunda bendición que en los albores mismos de la contienda enviaba a cuantos se habían propuesto la difícil tarea de defender y restaurar los derechos de Dios y de la Religión. Y no dudamos de que esta paz ha de ser la que él mismo desde entonces auguraba, anuncio de un porvenir de tranquilidad en el orden y de honor en la prosperidad.

⁵⁶ Julián Casanova: *La Iglesia de Franco*, Op. Cit., p. 14.

⁵⁷ Un ejemplo claro de esta filosofía de olvido fragante de los males propios y de exaltación exagerada de las supuestas virtudes es el opúsculo del padre dominico Venancio D. Carro *Los crímenes de guerra según los teólogos-juristas españoles* (Valladolid, 1946), escrito contra las acusaciones que en Europa se vertían en ese tiempo contra el régimen franquista.

El nacional-catolicismo, con el reconocimiento de la Santa Sede, fue una realidad político-cultural desde los primeros momentos de la contienda civil. No hay que esperar hasta el Concordato de 1953 para querer ver la unión de Iglesia y Estado. Religión y política se dieron la mano para justificar la victoria y la legalidad de un Estado proveniente de una insurrección militar y para que la Iglesia volviera a adquirir los importantes privilegios que había perdido durante la República.

Sin embargo, el frente de lucha intelectual en esta operación de blanqueo moral fue la defensa del levantamiento militar por parte de escritores y ensayistas religiosos. El ensayo se convirtió en un arma de lucha a favor del franquismo. Se multiplicaron los ensayos, preferentemente escritos por jesuitas y dominicos, en los que se retomaron las mismas ideas para demostrar la legitimidad del levantamiento militar. Son cinco los puntos básicos que desarrollan estas teorías: primero, toda guerra que busca el bien espiritual y el desarrollo material contra el caos, la anarquía y el desorden moral es siempre legítima; segundo, el levantamiento militar fue una contienda religioso-patriótica contra las fuerzas del mal; tercero, la Guerra Civil al cumplir con estos principios fue una guerra santa, una cruzada, promovida exclusivamente por razones religiosas y humanitarias; cuarto, la moral, el derecho y la Iglesia legitiman esta guerra como una conducta heroica y abnegada por la regeneración de la fe, por la salvación de la patria y por el triunfo de la verdad y de los valores universales; quinto, todo buen español y todo buen católico tiene la obligación de tomar parte en esta acción redentora.

El dominico Ignacio Menéndez-Reigada representaba fielmente la línea legitimadora de la Guerra Civil. En su obra *La guerra nacional española ante la Moral y el Derecho* (Salamanca, 1937) sintetizaba toda su doctrina en el título del primer capítulo del libro: “Legitimidad del Gobierno Nacional y licitud del movimiento”⁵⁸. En una segunda obra *Acerca de la guerra santa* (Salamanca 1937) llegó al paroxismo panegírico, afirmando que “La guerra nacional española es guerra santa y la más santa que registra la historia”⁵⁹. La misma idea era defendida por el jesuita Félix G. Olmedo en su ensayo novelado *El sentido de la guerra española*⁶⁰, cuya tesis se centraba en demostrar el sentido religioso de la guerra y el comportamiento heroico y santo de los combatientes

⁵⁸ La cita está tomada de la segunda edición de la Editora Nacional, Bilbao-1938, p. 7.

⁵⁹ Como en el caso anterior, la frase es el título de uno de los breves capítulos de la obra, publicada en la Editorial salmantina Imprenta Comercial Salmantina, 1937, p. 5.

⁶⁰ Bilbao: El Mensajero del Corazón de Jesús, 1938.

nacionales. Otro jesuita, Juan de la C. Martínez, en su obra *Cruzada o rebelión*⁶¹, basándose en la doctrina tradicional del tiranicidio, llegaba a la conclusión de que un poder-gobierno legítimamente constituido podía llegar a la ilegalidad si su actuación no se correspondía con los principios de la moral y del derecho. Como este fue el caso del gobierno de la República, la sublevación militar fue una acción lícita. La Guerra Civil, desde este punto de vista, fue una guerra justa y una santa cruzada⁶². En esta misma teoría del tiranicidio se expresa Luis Getino, quien, en su obra *Justicia y carácter de la guerra nacional española*, sostiene que “es este uno de los pocos casos en que se puede legitimar (la guerra) pues no se veía otro camino que el choque sangriento para defender la España cristiana, la civilización cristiana en España, el culto a Dios y el respeto a la familia” (p. 7). A partir de estas consideraciones, llegaba a la conclusión de que la rebelión contra el poder constituido no era sólo un derecho sino un deber, porque era imposible defender dentro de la legalidad los principios sagrados de Dios, patria y familia (p. 23). En esta misma línea de pensamiento se movía otro jesuita, Constantino Bayle, uno de los paladines más firmes de las tesis de la legitimación del alzamiento militar. En su obra *¿Qué pasa en España? A los católicos del mundo*⁶³ sostuvo que España se había convertido en un campo de batalla, donde se daba una feroz lucha entre dos fuerzas antagónicas capitaneadas respectivamente por Cristo y por Lucifer. Estas dos fuerzas en lucha representaban la civilización cristiana y el comunismo internacional. En este contexto, el levantamiento militar contra las fuerzas del mal no sólo era legítimo, sino hasta santo. Se llegaba, como en ocasiones anteriores, a defender la naturaleza sagrada de una guerra civil convertida en “cruzada”. Juan Mugueta se movía por estos mismos espacios de exaltación del levantamiento y de degradación de la República, al afirmar, entre otras muchas cosas, que “En cuanto al contenido religioso, social y humano del programa no puede caber duda ni vacilación. Ellos representan el ateísmo y nosotros el Teísmo; ellos el comunismo y nosotros el

⁶¹ Juan de la C. Martínez: *¿Cruzada o rebelión?* Zaragoza: Librería General, 1937.

⁶² Sin embargo, esta filosofía religiosa de la legitimación del levantamiento armado no fue algo exclusivo de la Guerra Civil. La defensa, casi exigencia, de una sublevación militar era pedida por ciertos miembros de la Iglesia con anterioridad al pronunciamiento militar. Esto lo demuestra, entre otros casos, la obra del canónigo magistral de Salamanca Aniceto de Castro Albarrán, *El derecho a la rebeldía* (Salamanca, 1938), donde defendía “una rebelión en forma de cruzada patriótica y religiosa contra la República atea” (Julián Casanova: *La Iglesia de Franco*, Op. Cit., p. 33). En el clero español había muchos más casos que defendían abiertamente esta postura. La Iglesia protagonizó una postura claramente belicista mucho antes del inicio de la Guerra Civil. Lo mismo sucedía en el grupo de civiles que desde diferentes instancias pedían una acción directa y armada contra el gobierno republicano. Un ejemplo de lo que afirmamos lo podemos encontrar en Ernesto Giménez Caballero en su obra *Genio de España*.

⁶³ Burgos: Imprenta Aldecoa, 1937.

Corporativismo; ellos el hombre bestializado y nosotros el hombre espiritualizado” (p. 21), proclamando la legitimidad de la sublevación en nombre de los valores eternos y contra los horrores que se estaban asentando en España. Luis Carreras en su obra *Grandeza cristiana de España* (Toulouse: Les Frères Douladoures, 1938) quería demostrar las graves mentiras que la España republicana había divulgado sobre la Iglesia española y, al mismo tiempo, reivindicaba el sentido religioso de la España sagrada. A su vez, el magistral de la catedral de Salamanca, Aniceto de Castro Albarrán, en su libro *La gran víctima. La Iglesia española mártir de la revolución roja* (Salamanca: Talleres Cervantes, 1939) mantenía que la furia de la guerra actual era consecuencia de un pasado lleno de impiedad, de liberalismo y de opresión religiosa. Por eso, la España marxista estaba simplemente recogiendo lo que había sembrado en épocas pasadas.

En esta misma línea de legitimación es obligado hacer referencia al catedrático y sacerdote vasco Juan Zaragüeta. Éste expuso en su opúsculo *El Movimiento Nacional ante el derecho y la justicia* (Santander: Artes Gráficas Aldús, 1938) el alegato más inteligente de todos los escritos por los ideólogos religiosos del sistema franquista. No partía de consideraciones generales, sino que analizaba el comportamiento y el ser del régimen republicano para llegar a la conclusión de que, a pesar de su legalidad como sistema, carecía de legitimidad. La conducta violenta y criminal de cierta parte del pueblo español permitida y alentada por el mismo gobierno negaba y anulaba su legitimidad. Frente a esta realidad, era de justicia y deber procurar la salvación de España. Se imponía la teoría del tiranicidio como resolución al problema español. La insurrección militar, apoyada por buena parte de los españoles, era la respuesta ante tanto desafuero y ante tantos desmanes. La violencia de los sublevados, es decir la Guerra Civil, era una necesidad, mal necesario, frente a la violencia institucionalizada de las masas. Esta teoría y este proceder eran respaldados, según el escrito, por las mentes más preclaras de las democracias occidentales. El Movimiento Nacional quedaba justificado y explicado ante el derecho y la justicia. Con esta filosofía no solo se acreditaba la razón del alzamiento sino que igualmente se legitimaba la violencia extrema de las tropas franquistas.

El ensayo, junto con el púlpito y las pastorales, fue otra arma decisiva en el proceso de legitimación de la Guerra Civil⁶⁴. Un excelente ejemplo de las ideas mantenidas y de la oratoria empleada por los defensores eclesiásticos de la legitimación del levantamiento militar, entre otros muchos posibles, es el que nos ofrece el padre agustino Teodoro Rodríguez en su obra *Así es España y así la Antiespaña*:

...porque la razón, el derecho y la justicia nos acompañaba plenamente... y contra tamaños desafueros y salvajes teorías y prácticas se levantaron, como un solo hombre, todas las personas dignas, todos los buenos hijos de la noble España para detener la oleada de ignominias, infamias y barbarie, que amenazaba acabar con todo lo grande, todo lo tradicional, todo lo santo, todo lo selecto y todo lo magnífico de su gloriosa historia. Contra esta obra nefasta y sacrílega de unas instituciones usurpadoras y despóticas siempre ha sido, es y será lícito, legítimo, glorioso y santo rebelarse (pp. 220-21).

El sentido oratorio y la intención panegírica dominaban en estos escritos, cuya finalidad era explicar la razón y la supuesta verdad del alzamiento militar. Eran escritos sin solidez crítica, con un fuerte carácter panfletario, falto de verdadero sentido evangélico, con un sentido marcadamente maniqueísta, pero que jugaron un papel muy importante en esta labor de justificación y de legalización de la Guerra Civil.⁶⁵

La Iglesia pudo no ser conspiradora y pudo no tomar parte en el hecho del levantamiento militar, pero a partir del primer momento, incluso con anterioridad, se posicionó de manera inequívoca a favor de los sublevados⁶⁶. La Iglesia española participó de manera decisiva en lo que José Luis Abellán ha denominado “culturas de fronteras”, donde “los valores defensivos y ofensivos... priman... sobre... la actividad

⁶⁴ Otros autores y otras obras de gran repercusión ideológica en la España de ese tiempo fueron, entre otros casos, las obras *Evangelio de la nueva España* (Valladolid: Librería Santaren, 1937) del jesuita Eugenio Fernández Almuzara; *Las dos espadas: la Iglesia y el Estado* (Valladolid: Talleres Tipográficos Cuesta, 1938) del presbítero León del Amo; *Sin Dios y contra Dios* de Constantino Bayle (Burgos: 1938); *Concepción católica de la política* (Buenos Aires: 1941) de Julio Meinvielle; de José Joaquín Azpiazu y Zulaiza: *¡Por Dios y por la Patria! El patriotismo como virtud cristiana* (Burgos, 1938); Aniceto de Castro Albarrán: *Guerra santa: el sentido católico de la guerra española* (Burgos: Editorial Española 1938); igualmente de Aniceto de Castro Albarrán: *Este es el cortejo... Héroe y mártires de la Cruzada Española* (Salamanca: Talleres Tipográficos Cervantes, 1941); etc., etc.

⁶⁵ Incluso se llega a dar a este capítulo trágico de la historia de España un sentido providencialista de signo ecuménico. Como afirma Herbert R. Southworth: “El lema constante de los libros franquistas es que la guerra civil fue una cruzada contra el comunismo, una guerra llevada a cabo no sólo por España y la civilización, sino a favor de todo el occidente” (Cf. *El mito de la cruzada de Franco*, Op, Cit., p. 43).

⁶⁶ Leyendo memorias de gente señalada del clero, como las del párroco de Alsasua Marino Ayerra, *No me avergoncé del evangelio (desde mi parroquia)*, el lector puede sacar una impresión muy distinta. La Iglesia estaba al corriente de la sublevación y la veía con muy buenos ojos. Lo curioso y sorprendente del caso es que el colaboracionismo de Estado e Iglesia siguió vigente en ciertos reinos de taifas episcopales hasta el final del franquismo. Véase al respecto la Carta Pastoral del obispo José Guerra Campos: “La Iglesia y Francisco Franco” de septiembre de 1974. (Cita tomada de Amando de Miguel: *Franco, Franco*, p. 23).

científica o el esfuerzo reflexivo”⁶⁷. Su protagonismo en la batalla ideológica fue clave y fundamental tanto en el interior del país como en los países extranjeros. Fue, al mismo tiempo, el aliado más fiel y más operativo del franquismo. La victoria de los “nacionales” debió mucho al papel beligerante que tuvo la Iglesia desde el inicio de la Guerra Civil. Franco no escatimó favores y prebendas a su buen e inestimable aliado. Este trato de favor, si no se debió a las convicciones religiosas de Franco, fue una respuesta de agradecimiento a la ayuda recibida por parte de la Iglesia. Como afirma el historiador Feliciano Blázquez, frente a una Iglesia generosa ante la causa nacional, Franco respondió agradecido con una legislación inflacionistamente religiosa (p.107). Esta política de mutua colaboración se desprende de manera inequívoca de la Ley de la Jefatura del Estado de 9 de noviembre de 1939 sobre “los haberes del Clero”. Establece la Ley:

El Estado español, consciente de que su unidad y grandeza se sientan en los sillares de la Fe Católica, inspiradora suprema de sus imperiales empresas, y deseoso de mostrar una vez más y de una manera práctica su filial adhesión a la Iglesia, así como de reparar al propio tiempo la inicua expoliación de que los Gobiernos liberales hicieron de su patrimonio al consumir aquel sacrílego despojo, que uno de nuestros más insignes polígrafos denominó “inmenso latrocinio”, se propone por esta Ley rendir el tributo debido al abnegado Clero español, cooperador eficazísimo de nuestra victoriosa Cruzada.

“La Ley sobre los haberes del Clero” es un reconocimiento recíproco de las ayudas y de las compensaciones que Iglesia y Estado se prestan. De esta manera, la Iglesia se solidarizaba plenamente con la ideología franquista y Franco beneficiaba ampliamente a la Iglesia. Estado e Iglesia formaron un matrimonio muy bien avenido en intereses, en propuestas y en fines. Este maridaje perfecto de intereses y proyectos fue ratificado el 7 de julio de 1941 con el Convenio entre el Vaticano y el Gobierno español, por el cual Franco conseguía el derecho de presentación de obispos y la Iglesia española recibía por parte del Gobierno una posición de total privilegio en la sociedad. El Concordato entre la Santa Sede y España del 28 de julio de 1953 reafirmaba esta política de reconocimiento y de afirmación recíproca.

La Iglesia no fue artífice directo del pronunciamiento militar, pero, una vez producido el levantamiento, gozosamente se subió en el tren de la sublevación. No puso el más mínimo impedimento, sino todo lo contrario, asumió las posibilidades ilimitadas que le

⁶⁷ José Luis Abellán: *De la Guerra Civil al exilio republicano (1936-1977)*. Madrid: Editorial Mezquita, 1983, p. 3.

ofrecía el poder para “la recatolización por las armas”⁶⁸ del pueblo español. La política y la cultura del nacional-catolicismo enraízan sólidamente en este humus de intereses compartidos⁶⁹.

II.-5.- Características de la cultura del Nacional-catolicismo

Como afirma Joseph Fontana: “lo más conveniente para comprender la naturaleza del franquismo –como tal, la cultura del nacional-catolicismo-, y para valorar sus consecuencias a largo plazo, es examinarlo en sus comienzos, en 1939, que es cuando se nos aparecen sus propósitos libres de disfraces e interferencias” (2000, p. 9). El régimen franquista, régimen que se mantuvo en el poder durante casi cuarenta años, no fue monolítico, ya que tuvo que ir amoldándose a las circunstancias históricas y políticas de cada momento. Incluso, ciertos artífices del régimen pudieron, aparente o responsablemente, modificar sus ideas. Sin embargo, la ideología de base del régimen no evolucionó ni un grado, siendo siempre la misma, aunque pareciera que también ésta iba cambiando al socaire de las circunstancias. Estas pretendidas modificaciones son, en palabras de Fontana, simples disfraces de un hecho incontestable: la inmovilidad de la cultura del nacional-catolicismo. Por eso, en estas páginas, me voy a referir a esta cultura en su expresión más pura y en su momento más definitorio: los primeros años del franquismo, pero consciente de que su aplicación es válida para todo el periodo franquista. De esta misma opinión es S. M. Ellwood, cuando afirma que: “ideológicamente no había ninguna diferencia entre el régimen que fusiló a miles de republicanos en los años cuarenta y el que ejecutó al anarquista Puig Antich en 1974 o a militantes de ETA y FRAP en 1975” (p. 58)⁷⁰.

La base ideológica del nacional-catolicismo se fundamenta, como revela su propia denominación, en dos principios básicos o símbolos-clave, según la terminología de Gianni Statera (p. 58): patriotismo-nacionalismo y religión-catolicismo. Como afirma

⁶⁸ Julián Casanova: *La Iglesia de Franco*, Op. Cit., p. 24.

⁶⁹ Este contubernio patriótico-religioso llega a la blasfemia en el conocido “Credo del Generalísimo” (Andrés-Gallego, p. 246) donde se afirma: “Creo... en Franco, su Predilecto Hijo, nuestro Caudillo, que fue concebido por obra y gracia del espíritu de la Raza, nació de madre española, padeció bajo el poder de los políticos malditos, fue calumniado, perseguido y desterrado, descendió a las entrañas de la Patria, en su día resucitó entre los mares, subió al Estado y está sentado como Jefe del Gobierno español. Desde allí ha de venir a juzgar a los patriotas y a los traidores”. Sin comentario.

⁷⁰ Habría sido muy interesante saber con exactitud el número de presos políticos encerrados en las cárceles franquistas en el momento de la muerte del general. Eran, sin lugar a dudas, miles de prisioneros juzgados y condenados por el código militar según los principios de la Ley de Vagos y Maleantes.

Alfonso Álvarez Bolado, “Supuesto quiénes fueron los vencedores, el “factor católico” y el “factor nacional” suministraron dos talantes de fuerte raíz, ya que convergían en el recuerdo de un “Siglo de Oro”, español y católico, que daba vigor a la utopía de reconstrucción de una sociedad española que, reencontrando su auténtico ser, podría protagonizar una vez más la redención ideológica y política de la cristiandad” ⁷¹. El nacional-catolicismo es la doctrina de los vencedores en la Guerra Civil, quienes toman del pasado imperial las ideas y valores que explican y legitiman la utopía de la regeneración política y religiosa de España. En nombre de este ideal político-religioso se arbitran todos los medios de imposición y de atracción al margen de efectos y consecuencias. La doctrina de los vencedores legitima el principio maquiavélico del fin justifica los medios y perpetúa en tiempos de paz una política de guerra ⁷².

El nacional-catolicismo fue una cultura conservadora de signo totalitario que impuso una determinada visión del mundo y de la vida sobre toda la colectividad de los españoles. Por lo tanto, se nos presenta como una cultura dirigida y programada desde las esferas del poder para ofrecer su ideología partidista y sus intereses políticos y culturales como verdades irrefutables y como razones supremas. Desde este punto de vista, el nacional-catolicismo fue una fuerza operativa que actuaba sobre la opinión pública haciéndola o deshaciéndola a su gusto o según sus necesidades o sus intereses. José Antonio Maravall, cuando estudia la cultura del barroco, llega a unas conclusiones, que muy bien se pueden aplicar a nuestro espacio de estudio por la similitud de planteamientos y de finalidades. Manifiesta el historiador valenciano que esta cultura funcionó como un “instrumento operativo, cuyo objetivo es actuar sobre unos hombres... a fin de hacerlos comportarse, entre sí y respecto a la sociedad que forman y al poder que en ella manda, de manera tal que mantenga y potencie la capacidad de autoconservación de tales sociedades, conforme aparecen estructuradas bajo los fuertes

⁷¹ Recomiendo al lector interesado la obra de Alfonso Álvarez Bolado, *El experimento del nacional-catolicismo (1939-1975)*, y muy especialmente el capítulo quinto “Teología política en España. Entre el nacional-catolicismo y el neogalicismo”, pp. 173-192.

⁷² A partir de estos supuestos, es fácil entender la imposibilidad de la existencia de dos Españas. “Y, si de hecho las hay, una de ellas es la anti-España, incompatible con la conciencia e identidad nacional-católica de España. El fracaso de la anti-España, el rechazo que el alma nacional ha hecho de ella como de un injerto bastardo, es lo que precisamente ha manifestado el plebiscito armado de la guerra, verdadera ordalía o juicio histórico de Dios que ha hecho nuevamente posible la patria católica” (A. Álvarez Bolado, 196). Altamente expresivas son las palabras de Juan Mugueta al afirmar que “no son dos bandos los que luchan en España, no, sino un bando y una banda. Un bando de ciudadanos y una banda de criminales (55). Esta filosofía representa la negación extrema de las dos Españas.

principios políticos del momento”⁷³. Lo que José Antonio Maravall deduce para el tiempo histórico del barroco, puede ser aplicado para el tiempo del franquismo, ya que tanto en una época como en otra se impuso la voluntad de un dirigismo ideológico para fortalecer unas estructuras de poder en consonancia con los intereses de unas clases dominantes y de un sistema establecido.

El Régimen franquista a través de su cultura o de su visión del mundo y de la historia pretendió identificar los intereses del poder con los ideales y principios éticos de la población. Para ello era necesario conocer y dominar la psicología popular y colectiva, de forma que ésta fuera capaz de asimilar y hacer propia la corriente de opinión que pretendía ofrecer e imponer el sistema en el poder. Son determinantes las palabras del propio Maravall al referirse precisamente a este punto.

Es posible dominar y regir a una masa de individuos, si conocemos en sus elementos la naturaleza de aquellos: por esa vía, es posible apoderarse del control de los resortes humanos y aplicarlos a conducir a los hombres, impulsándolos en la línea de una creencia, o mejor de una ideología y de unas maneras de conducta en que aquella se traduce y en correspondencia con el sistema de intereses sociales que la inspira⁷⁴.

El sistema más operativo y eficaz de dominio psicológico es aquel que incide sobre las fuerzas irracionales de la emoción, negando en la medida de lo posible la capacidad lógica y racional de ese receptor colectivo. Se impone un ritualismo exagerado y una mitología exacerbada para contribuir “a la fanatización de las masas por la vía del irracionalismo”⁷⁵. Desde este punto de vista, se entiende el sentido y la razón de la bravata del general Millán Astray, “¡Muera la inteligencia!”, pronunciada en la Universidad de Salamanca el 12 de octubre de 1936 durante la celebración de la Fiesta de la Raza ante el rector de esa universidad Miguel de Unamuno.

Se buscaba la identificación emocional, no racional, entre ideología y sentimiento, de manera que se imponía un orden mitológico de principios donde dominaba el sentimiento frente a la razón. La cultura del nacional-catolicismo, como cultura

⁷³ José Antonio Maravall: *La cultura del barroco*. Barcelona: Editorial Ariel, 1975, p. 132.

⁷⁴ *Ibíd.*, Op. Cit., p., 155.

⁷⁵ Julio Rodríguez Puértolas: *Literatura fascista española. I.- Historia*. Madrid: Editorial Akal, 1986, p. 27.

totalitaria de signo pseudo-fascista, fue un arte de propaganda⁷⁶ con una clara finalidad: buscar la uniformidad ideológica y la identidad de valores de las masas con relación a los principios programáticos del sistema. La estrategia era simple. Había que manipular las conciencias para imponer la ideología pretendida (Iglesias, p. 7). Estas metas se alcanzaron creando y potenciando una cultura dirigida y coactiva. Se impuso sobre la colectividad un cuadro de razones o de principios que se tenían y se sentían como incontestables. La lógica y la crítica no tenían lugar ni presencia en estos espacios de la psicología emocional de las masas o del pueblo español. En este plano, por poner un ejemplo, se identificaban los principios de lo español y de lo católico, llegando a la conclusión de que un buen español era siempre un hombre profundamente creyente e, inversamente, no podía ser buen español aquel que no era responsablemente católico. Amor a Dios implicaba amor a España y no existían posiciones medias o variantes de sentido. Estos principios se aplicaban a todos los órdenes y formas de la vida personal y colectiva. A partir de este estado de opinión, era fácil dar un paso adelante. Se llegaba a imponer la razón de obediencia y reverencia hacia la autoridad-poder como primer mandamiento del decálogo social y político. Se aceptaba sin ningún tipo de cuestionamiento que sólo era un buen español el que aceptaba sin condiciones todas las normas emanadas desde la autoridad de la misma manera que sólo era un buen alumno aquel que obedecía ciegamente los dictámenes de sus maestros como todo buen hijo tenía que asumir los mandatos del padre, porque todos ellos, al margen de la razón y de la naturaleza de sus órdenes, buscaban siempre el bien de la sociedad, de los alumnos o de los hijos. Los ejemplos se podrían multiplicar, pero siempre se constataría la analogía plena entre intereses dominantes y bondad de comportamiento. No había otra alternativa ni cabía otra posible posición. Nunca se dudaba ni se podía recelar de este binomio de valores. El pueblo lo aceptaba como si fueran verdades sagradas.

La población, una vez convencida y rendida a las consignas y a los ideales impuestos por el poder, se convertía en aliada y defensora decidida de las instituciones rectoras, de forma que los intereses de las clases dominantes fueron tomados como verdades absolutas para esas masas que las sentían como propias y, como tales, las proclamaban y las defendían. “Esta rígida institucionalización transforma la cultura de masas (o bien

⁷⁶ Como afirma Gema Iglesias: “Cuando la información está al servicio de unos intereses hay que hablar de propaganda” (p. 7). A su vez Jean Marie Domenach afirma que: “la propaganda política ha sido elemento esencial en la constitución de los regímenes fascistas” (p. 13), por lo tanto, del régimen franquista.

la cultura de los regímenes totalitarios) en un medio formidable de control psicológico. El carácter reiterativo, de ser siempre lo mismo, y la ubicuidad (de esta cultura) tiende a favorecer las reacciones automatizadas y a debilitar las fuerzas de resistencia individual” (Theodor W. Adorno, 1966, p. 13). Las masas se convertían en defensores incondicionales del sistema. Se conseguía, de esta manera, que los mismos ciudadanos, identificados con la política dominante, actuaran como los más incondicionales garantes de los ideales y de las conductas ideadas e impuestas desde el poder, avalando, como consecuencia, el orden instituido. Se cumplía “la ley de la unidad mental de las masas”⁷⁷.

Tratando de alcanzar una efectividad máxima, esta cultura impositiva y dirigida buscaba el dominio de las voluntades individuales pero muy especialmente trataba de apropiarse de las emociones colectivas. Un diálogo emocional a título personal podía ofrecer cierto grado de capacidad reflexiva y, por tanto, crítica. Cuando este discurso se hacía colectivo, de forma que el individuo se diluía en la masa, desaparecía en gran medida la capacidad de una respuesta crítica, favoreciendo una recepción exclusivamente emocional y, por tanto, irracional. Es cuando un principio se convierte en tópico, en verdad universal de sentido colectivo. Las culturas impositivas se mueven y se desarrollan a base de tópicos, a base de principios universales emotivamente aceptados y nunca cuestionados⁷⁸. Como afirma S. Giner, la propaganda de los sistemas totalitarios “engendra una cultura simplificada basada en símbolos elementales” (p. 258) planteados una y mil veces, hasta la saciedad, por todos los medios de comunicación. Se puede afirmar que las culturas de signo totalitario se basan en el eslogan y en el símbolo tópico, ya que la consigna conforma ideología⁷⁹.

⁷⁷ Remito al lector a la obra de Gustave Le Bon, especialmente al capítulo primero, “Características generales de las masas. Ley psicológica de su unidad mental” (pp. 27-34).

⁷⁸ Existen analistas que evalúan el grado de democracia de un sistema político en el número y grado de tópicos que funcionan como motores de la conducta social. A mayor grado de tópicos, menor grado de democracia y viceversa. Desde este punto de vista, llegamos a la triste conclusión de que las democracias occidentales cada vez de forma más inequívoca se van deslizando hacia presupuestos de carácter totalitario y fascista.

⁷⁹ Lo operativo de este lenguaje a base de consignas y tópicos es altamente eficaz a la hora del adoctrinamiento de las masas. Estas ideas tópicas promulgadas de manera sistemática desde todas las instancias de comunicación terminaban enraizadas en la conciencia de los ciudadanos como verdades máximas que estaban fuera de toda duda y mucho más detona crítica. Eran juegos de dicción subliminal altamente eficaces. Asumido el cuerpo de tópicos era suficiente mencionar uno de ellos para que se actualizara emocionalmente sus correspondientes o sus antagonistas. En estas razones se basa la eficacia comunicativa del lenguaje tópico-maniqueísta, en el que es suficiente proponer una clave de sentido para que se actualicen las paralelas y las opuestas. En esta línea de reflexión, se encuentran procedimientos como *alusiones* y *elusiones antitéticas*, los *paralelismos* y las *reiteraciones antagónicas* y lo que se

La cultura del nacional-catolicismo es tónica por ser masiva o colectiva. Desde este punto de vista, es comprensible que cara a la colectividad de españoles la política de Franco no precisara una ideología consistente y coherente. Toda su cultura se redujo a una serie de ideas machaconamente repetidas, que hizo que en la reiteración se fundamentara la razón y la verdad de su ideología⁸⁰. Tomamos un ejemplo de los miles posibles para percibir con claridad la dimensión tónica de los enunciados del nacional-catolicismo. En la presentación del libro *La nueva emoción de España* del magistrado y pedagogo Manuel Siurot se puede leer:

...el alzamiento del glorioso Franco... encarna la voz augusta del honor, de la libertad, de la conciencia humana y de la Historia de España. La Patria bendice al Jefe del Estado y a los generales... El Ejército... forma una grandiosa unidad llena de amor, de disciplina y de entusiasmo. La victoria que ya se dibuja indiscutiblemente a nuestro lado, vendrá pronto definitiva y gloriosa, por Dios y Nuestro Señor y la Virgen Santísima van en el alma y en los labios de estos valerosos campeones de la civilización.⁸¹

Éste es un ejemplo claro del lenguaje tónico del nacional-catolicismo. La arenga se organiza en torno a dos principios: Patria e Iglesia, Ejército y religión, en donde Franco, como Jefe del Estado, encarna los máximos valores de la España eterna y de la

podría denominar como *recordación afectiva*⁷⁹. Son procedimientos subliminales, emparentados con la técnica de la “memoria afectiva”, en la que un estímulo de tipo sensorial o bien, en nuestro caso, un término lingüístico despierta el recuerdo de vivencias pasadas o de ideas afines relacionadas siempre con las del estímulo desencadenador de la memoria. En el caso que se establece aquí, no se verifica exactamente este procedimiento de tipo sensorial-evocativo, pero se encuentra muy próximo. En toda cultura de naturalaza tónica, masiva y estandarizada, unas ideas o términos despiertan los mecanismos de recordación, haciendo presentes los componentes ausentes del cuadro ideológico. Esto hace que en un discurso dado no se tenga que exponer un mensaje completo de sentido. Basta la alusión de una serie de conceptos para que en el inconsciente o en el consciente del oyente se actualice el resto del ideario. Pongo dos ejemplos de miles posibles para demostrar este tipo de procedimiento de expresión subliminal. Era suficiente hablar de los enemigos de España para que en el oyente o lector se hicieran presentes los principios de república, marxismo, liberalismo, democracia, masonería, etc. No era necesaria la identificación. Valía la expresión de uno de ellos o uno de sus calificativos para que la idea asumiera un campo semántico completo. Otro ejemplo muy usado en el discurso del nacional-catolicismo era hablar de la españolidad para que toda persona supiera que ello exigía fidelidad patriótica y ortodoxia religiosa con todos los componentes afines de obediencia, servicio, etc. El lenguaje tónico a través de todas sus distintas y complejas formas de uso era un método altamente eficaz para la ideologización del pueblo y para la manipulación de las masas. Eran y son recursos típicos de expresión de los regímenes totalitarios.

⁸⁰ Como afirma H. R. Southworth, tampoco por parte del Estado hubo una preocupación de signo cultural. Hubo, eso sí, un ferviente deseo de ganar la guerra y de conservar el poder una vez alcanzada la victoria armada. (*El mito de la cruzada de Franco*, Op. Cit., p. 45). Para comprender mejor esta realidad hay que pensar que el franquismo es un sistema totalitario nacido en una guerra y que mantendrá hasta su fin un sustrato belicista muy marcado.

⁸¹ Manuel Siurot: *La nueva emoción de España. Libro de cultura patriótica popular*. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, 1937, pp. 6-7.

civilización: honor, libertad, humanismo e historia⁸². Todo ello sacralizado por la providencia de Dios y de la Virgen. De esta manera, la victoria en la guerra era una consecuencia del heroísmo de sus líderes y del intervencionismo de la divinidad. Estas ideas, repetidas miles de veces desde todas las instancias comunicativas, terminaron siendo verdades irrefutables para una gran mayoría de la población. Jugando con estas estrategias de dominación de las voluntades colectivas se llegó a declarar como verdad irrefutable que la “Guerra Civil fue una cruzada contra el comunismo, una guerra en que se luchaba no sólo por España y su civilización cristiana, sino también por todo el Occidente” (H. Southworth, 1963, p.10). Estos postulados fueron principios de fe para los millones de españoles de la España franquista.

No es nada extraño, después de un lavado sistemático de cerebro, que el español aceptara con toda normalidad expresiones y arengas tan sorprendentes y tan poco ortodoxas como las que pronunció José María Pemán⁸³, refiriéndose a Francisco Franco, al defender que:

Jamás un hombre se vio crucificado por generoso amor de redención en una más alta y ancha cruz de responsabilidad histórica.⁸⁴

o bien la presentada por Luis de Galinsoga en las páginas de *La Vanguardia*, en las llegaba a afirmar:

La vida de Franco ha sido conducida por el dedo de Dios con signos especiales de elección.⁸⁵

En esta misma línea de pensamiento se expresa Federico de Urrutia, quien defiende desde las páginas de su obra *El nacionalsindicalismo es así*:

Franco es el enviado de Dios para salvar España.⁸⁶

⁸² En esta línea se expresa la historiadora Gema Iglesias, cuando identifica la filosofía propagandística del franquismo con cuatro campos semánticos fundamentales: religión, medicina, ejército y política (pp. 28-29).

⁸³ José María Pemán en su conocida obra *Poema de la bestia y del ángel*, analizada en capítulos posteriores, realiza un panegírico del Caudillo fuera de toda lógica y de toda ortodoxia. Se llegó a divinizar la figura de Franco.

⁸⁴ Discurso pronunciado el 2 de mayo de 1937 en Radio Nacional de Salamanca. Discurso recogido en el volumen en *Arengas y crónicas de guerra* (Cádiz: Establecimiento Cerón, 1937, p. 93).

⁸⁵ Cita tomada de la obra de Luis Ramírez *Francisco Franco. Historia de un mesianismo*, p. 34.

⁸⁶ *El Nacionalsindicalismo es así*. San Sebastián: Editores Reunidos, 1939, p. 13.

La exaltación paroxística de la figura del general Franco⁸⁷, asumiendo atributos y características propios de Cristo crucificado o de Cristo redentor, fue uno de los métodos más sistemáticamente utilizados para glorificar y sacralizar la figura del general sublevado y de la contienda bélica. ¿Quién iba a poner en tela de juicio la validez y la excelencia del Caudillo y de su obra, si ambas realidades asumían un sentido sagrado y providencialista? Este simple texto de José María Pemán, uno entre los muchos posibles de ser presentados, revalida a la perfección la tesis que se está defendiendo en estas páginas: el dirigismo cultural a través del uso sistemático de principios tópicos presentados de manera reiterativa y persistente.

Para que una cultura tópica pueda ser operativa, ésta tiene que basarse en un número reducido de principios, cuya comparecencia, para que alcance su máxima efectividad, debe ser constante y omnipresente. La reiteración es un principio de efectividad máxima⁸⁸. A menor contenido semántico por la repetición insistente de una misma idea mayor eficacia de penetración emocional. Posiblemente sea el principio de glorificación de la figura de Franco la idea que el sistema expuso de forma más insistente para lograr la identificación plena del pueblo con su líder máximo. Los ejemplos son muchos y de sentido muy variado. Me remito en este caso a la obra de lectura *Religión y Patria*, escrita por el redentorista padre Andrés Goy y destinada a los estudiantes infantiles. Las líneas finales de la obra expresan las siguientes ideas (se mantiene la misma grafía del libro):

Mirad al insigne CAUDILLO, al providencial JEFE DEL ESTADO, FRANCO, y lo veréis como concreción y resumen de todas las virtudes sociales. ¡A PUEBLOS GRANDES, CAUDILLOS EXCELSOS!

Franco sonriente como nuestras vegas, firme como nuestros robles, suave como nuestros panales, recio como nuestros hierros, valiente como nuestros guerreros, abierto como su apellido, pundonoroso como nuestros caballeros, despierto como nuestros sabios, cristiano como nuestros santos, y por eso su figura augusta, se yergue como *reminiscencia* pasada, como realidad presente, como esperanza futura. Franco es la España tradicionalista, la España de la guerra, la España de la paz, la de Falange, Franco es F.E.T y de las J.O.N.S. Del uno al otro confín nacional, en exaltación de entusiasmo religioso-españolista, el grito enardecedor de empuje es: ¡FRANCO!, ¡FRANCO!, ¡FRANCO! (p. 283)

⁸⁷ Sería interesante, incluso necesario, elaborar una buena antología del disparate encomiástico, frecuentemente irreverente por la falta de su ortodoxia, hacia la figura del general Francisco Franco.

⁸⁸ Jean Marie Domenach en su obra *La propaganda política* (Barcelona, 1963) defiende cuatro fuerzas o leyes como energías esenciales de adoctrinamiento: ley de la simplificación (pp. 58-62), ley de la exageración y de la deformación (pp. 63-65), ley de la orquestación, que se puede denominar como ley de la repetición (pp. 65-74) y, finalmente, ley de la uniformidad y del contagio (pp. 74-85). Comulgo plenamente con las categorías de adoctrinamiento propuestas por Domenach.

El subtítulo de la obra del padre Goy es: “Curso escolar de lecturas patrióticas, cívicas y religiosas, inspiradas en el ideario del Movimiento”. El libro está organizado para incidir en la figura de Franco y exaltar su significado político y religioso. Franco es el actor principal de la obra y, como tal, cierra de manera delirante el curso de la historia española. En todo el largo párrafo sólo hay una idea, machaconamente repetida, Franco. Éste es el ideal de la comunicación de todo régimen totalitario.

A través de la visión tópica, presencia ubicua, la colectividad siente emocionalmente la bondad o la maldad social de una idea o de una conducta. Por la vía de la analogía o de la oposición, distingue sin problema alguno la conveniencia o la impertinencia de un comportamiento o de un principio, aceptándolo o rechazándolo según la naturaleza positiva o negativa de su contenido. De esta manera, la cultura impositiva hace que las masas sientan como bueno y deseable lo que defiende el sistema y como rechazable aquello que niega el poder. Son culturas o visiones del mundo y de la vida tópicas y maniqueístas, en las cuales, según la naturaleza de la conducta asumida, se es bueno o malo sin posibilidad de un término medio y sin capacidad de razones distintivas. Un excelente ejemplo, entre los miles posibles, es la “Advertencia preliminar” que expone José María Pemán en su celeberrimo libro *La Historia de España contada con sencillez*. Afirma al respecto el escritor gaditano:

En este libro se ha procurado sobreexcitar esa gran fuerza infantil, hasta ahora tan desaprovechada en España, que es el entusiasmo y la facilidad para “tomar partido”. Los niños tienden por instinto a la adhesión fervorosa y al proselitismo tajante. Y es preciso aprovechar, para su formación, ese tesoro intacto y limpio que tan prontamente les hace tomar, a la vista de una película, ruidoso partido por los “buenos” contra los “malos”. En esta Historia, por la presentación dramática y la viveza contagiosa de los hechos, se trata de que los niños futuros tomen definitivamente partido por España. (1938, p.6)

La historia, según Pemán, debe presentarse como una película del oeste, en la que los niños-espectadores tomen partido por los “buenos”, interiorizando como parte integrante de su personalidad los valores que éstos presentan. Inversamente, se busca el rechazo del ser y de la acción de los “malos”, repudiando sus comportamientos y sus ideas. La historia, como la película del oeste, es una narración de “buenos” y “malos” que debe conducir a los videntes a la meta programada, la filosofía de la España

oficial⁸⁹. La topicidad es máxima. Nos enfrentamos a un producto cultural “standardizado para un consumidor tipificado”⁹⁰.

El receptor colectivo, falto de capacidad crítica, recibe sin dificultad la cultura que le ofrece el propio sistema por representar ésta el bien y la bondad. “La desaparición de la personalidad consciente, el predominio de la personalidad inconsciente, la orientación de los sentimientos y las ideas en un mismo sentido, a través de la sugestión y del contagio, la tendencia a transformar inmediatamente en actos las ideas sugeridas son las principales características del individuo dentro de la masa. Ya no es él mismo, sino un autómatas cuya voluntad no puede ejercer dominio sobre nada... Aislado era quizá un individuo cultivado, en la masa es un instintivo y, en consecuencia, un bárbaro. Tiene la espontaneidad, la violencia, la ferocidad y también los entusiasmos y los heroísmos de los seres primitivos” (Le Bon, pp. 32-33). Se ha llegado a una socialización plena. Incluso se juega con falacias descaradas, conscientes de que una mentira repetida cien veces, como afirmaba Goebbels, se convierte en realidad. La mayor falacia se hace en la colectividad evidencia indiscutible al convertirse en tópico. Un ejemplo de falacia que se hizo verdad en el espíritu de los españoles fue el bombardeo de Guernica. El pueblo español creyó sin asomo de duda que Guernica había sido destruida por los vascos separatistas con la colaboración de los comunistas republicanos. Incluso, a finales de la década de los sesenta, con buena o con mala fe, las versiones oficiales seguían señalando esta misma realidad. La prueba de este aserto es el libro de Luis Bolín *España. Los años vitales* (Madrid: Editorial Espasa Calpe, 1967), en el que se puede leer, entre otras afirmaciones que: “la supuesta destrucción de Guernica por bombas aéreas durante la guerra civil de España es puro mito” (p. 285). Líneas más adelante sigue sosteniendo que “... los separatistas vascos necesitaban un hecho sensacional. Despacharon a Guernica brigadas de dinamiteros asturianos, encargados de incendiar y volar las casas con una eficacia comparable a la que habían demostrado en Oviedo en 1934. Hecho esto, aseguraron que la destrucción era obra de la Legión Cóndor”. Si en los umbrales de la década de los setenta se seguía manteniendo la falacia del bombardeo de Guernica, ¿qué pudo darse en los años de guerra y primera posguerra? Guernica para la mentalidad de una gran mayoría de españoles era una de las pruebas indiscutibles de

⁸⁹ Esta misma estructura de oposición de contrarios en un mundo de valores opuestos rige su famosa obra *Poema de la bestia y el ángel* (Madrid: Ediciones Españolas, 1939). Sin duda alguna, es uno de los libros que mejor refleja la mentalidad del nacional-catolicismo.

⁹⁰ Julio Rodríguez Puértolas: *Literatura fascista española*, Op. Cit. p., 193.

la vileza y crueldad de los rojos separatistas y republicanos. Las falacias históricas son armas ideológicas de gran eficacia en los regímenes totalitarios⁹¹.

El poder impone la ideología que defiende sus intereses y las masas la aceptan como algo superior e irrenunciable. Aquellas personas que no cumplan al pie de la letra los dictámenes del sistema se convierten en transgresores y enemigos del pueblo, que, como tales, deben ser acallados y destruidos. Toda presencia de negación de los valores oficiales, por pequeña que ésta pueda ser, genera políticamente una respuesta de aniquilamiento. No hay espacios posibles para la contestación. Se llega a una sociedad plenamente uniformada donde todos actúan de la misma manera, porque todos presentan unos mismos ideales y una misma ética de conducta. Se ha logrado el fin de la cultura dirigida.

El nacional-catolicismo, como cultura impositiva y dirigida, ofrece una imagen social determinada, cuya función integradora y uniformizadora responde a principios claramente conservadores. Se procura cimentar y consolidar el tipo de sociedad que el nacional-catolicismo representa para mantener el orden impuesto. La defensa a ultranza del orden instituido le confiere a esta sociedad y a esta cultura el marchamo de conservadora. Su fin es “conservar” el sistema social que garantice los intereses y las prerrogativas de las clases dirigentes y de los grupos dominantes.

La imagen del mundo y de la vida que ofrece el nacional-catolicismo es, además de conservadora, tradicionalista. Ésta vuelve sus ojos y su mirada al pasado para encontrar en ese pretérito los modelos válidos y eficaces de imitación y de pensamiento. Esta cultura conservadora y tradicional se apoya en dos fundamentos básicos: la noción de patria y el principio de religión. Como ideología religiosa y patriótica encuentra en la España de los Reyes Católicos y de los Austrias sus referentes culturales y sus fundamentos programáticos. De esta manera, el “Nuevo Estado”, gestor de la cultura nacional-católica, ofrece y divulga una imagen social fuertemente religiosa y básicamente patriótica con unos modelos precisos del pasado: la España imperial. El

⁹¹ Existe actualmente una tendencia, tan sorprendente como descarada, de manipulación y de falseamiento de la verdad histórica. Es frecuente ver y oír a panegiristas, que no pueden ser historiadores, que niegan los campos de concentración o el exterminio sistemático de la oposición en los años posteriores a la Guerra Civil. Otro ejemplo de la distorsión consciente y buscada de la realidad histórica es la obra de Pío Moa: *Los mitos de la Guerra Civil* (Madrid, 2003).

evangelio de la España franquista se basa, por tanto, en dos pilares “nación” y “catolicismo”, patriotismo y religión, fundamento de la imagen cultural del nacional-catolicismo

La cultura del nacional-catolicismo, como cultura de signo totalitario, es única, impositiva y excluyente. Impone a las buenas o a la fuerza su imagen del mundo y sus valores de conducta, impidiendo la presencia de otras culturas o de otras posibles alternativas culturales. Por eso, como se adelantaba en párrafos anteriores, toda conducta o idea que no comulgara con estos principios debía ser erradicada en nombre del bien social o, lo que es lo mismo, del bien institucional. De esta manera, esta imagen cultural se cierra en el mismo punto de partida, defendiendo su carácter conservador y su signo impositivo e integrista.

El signo conservador e integrista de esta cultura le confiere un carácter marcadamente antiliberal y antidemocrático, en el que se niega toda participación o deliberación por parte del pueblo. En la estructura del sistema, el poder impone sus razones y la ciudadanía simplemente los acata sin posibilidad de rechazo o de duda. Como afirma el jurista Antonio J. Onieva, “el individuo como voluntad política no es nada fuera del Estado” (1940, p. 48). Es más, siguiendo la misma línea de reflexión, afirma que “El individuo debe realizarse educacionalmente como voluntad de integrarse en el Estado, de ser “Estado”; entonces, éste le condiciona y tutela porque en él vive” (p. 49). Se han planteado de manera inequívoca los fundamentos de un estado totalitario.

El individuo debe someterse a los dictámenes del Estado y de sus representantes, seguros siempre de que toda decisión que emana del ser superior estará dirigida al logro de la felicidad y del bienestar de los ciudadanos. Todo Estado totalitario proclama una política de claro sentido paternalista, según la cual todo individuo, dentro del orden establecido, tiene unas obligaciones que cumplir y unos derechos que disfrutar. La sumisión del individuo a la voluntad del Estado es su primera y gran obligación. En estos principios reside la ideología sobre el Estado totalitario que propone Antonio J. Onieva, analizando el sistema franquista. Se pregunta el jurista y pedagogo: ¿Qué quiere ser la nueva España? Responde: “Un Estado totalitario al servicio de la integridad patria” (p. 57). A partir de estos supuestos analiza el ser y la acción de todo Estado totalitario. Dice:

Estado totalitario quiere decir un Estado en el que todas las voluntades individuales están polarizadas en una sola dirección. No se toleran, pues, fuerzas desviadoras, fuerzas que desintegren ese haz de voluntades canalizadas y enderezadas al servicio de la Patria.

Un Estado totalitario es un solo mando y una general obediencia voluntaria.

Un Estado totalitario es una disciplina rígida y austera. Su perfectibilidad reside en no tolerar la menor desviación... Toda conspiración contra él habrá de ser duramente reprimida... La acción de España para asegurar su disciplina ha de ser vigilante e impositiva, hasta que se forme un estado de conciencia colectiva que acepte voluntaria y complacidamente las nuevas normas... En un Estado totalitario no cabe más que una soberanía, una autoridad y una obediencia... todo brote partidista, todo vástago rebelde tendrá que ser implacablemente eliminado.⁹²

Se impone la alternativa de obediencia voluntaria o represión sin límite. Frente a la obligación del castigo para el rebelde, se encuentran las dádivas y el reconocimiento para el partidario. El franquismo fue un régimen paternalista por ser un sistema totalitario. La cultura paternalista del nacional-catolicismo, como poseedora de la verdad absoluta, ofrece los principios que deben ser respetados y acatados como los que deben ser negados y recusados. De aquí, devienen otros principios que definen la naturaleza del nacional-catolicismo: su antimarxismo y su antirrepublicanismo. En la cultura tópica y maniqueísta del nacional-catolicismo, la España verdadera está representada por aquellas fuerzas que defienden la ideología tradicional católica; los que se oponen a esta visión conforman la antiespaña que debe ser aniquilada para evitar los males del presente: republicanos, demócratas, liberales, masones, anarquistas, separatistas, etc. Se niega todo lo que sea o signifique participación o protagonismo del pueblo o de las masas. Éstas están para obedecer como los dirigentes están para organizar y mandar. Como se afirma en una de las obras más significativas de la pedagogía franquista, “nosotros, los subordinados no tenemos más misión que obedecer. Debemos obedecer sin discutir”⁹³.

Este espíritu de oposición que encierra en sí un número tan importante de negaciones hace que la cultura del nacional-catolicismo se defina más y mejor por lo que niega y prohíbe que por lo que defiende y obliga.

La Nueva España, que nacerá con este espíritu cimentado en las características mencionadas, se apoya en la autoridad suprema de un Estado fuerte y unido, dirigido

⁹² Antonio J. Onieva: *¡España, despierta! (Lo que es el nacional-sindicalismo)*, pp. 57-59.

⁹³ Anónimo: *Así quiero ser (El niño del Nuevo Estado). Lecturas cívicas*. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, 1940, p. 20.

por un líder carismático y providencialista, que sabe aunar en su persona todas las fuerzas vivas y reales de la nación para conseguir el bien común y el bienestar material de la ciudadanía⁹⁴. Como puede deducir el lector, el liderazgo de este nuevo Estado recae en la figura de Francisco Franco. El mismo libro, mencionado con anterioridad, *Así quiero ser (El niño del Nuevo Estado). Lecturas cívicas* nos sirve para testimoniar estas ideas en torno a la figura carismática del líder y a la obligación de acatamiento incondicional de sus decisiones y órdenes:

El Estado español está organizado según niveles de jerarquía. A la cabeza y como jefe hay un Caudillo, un conductor, al cual estamos todos obligados a obedecer. En un Estado moderno bien organizado, el Caudillo es siempre el ciudadano mejor, el más selecto, el superior e indiscutible.
*El Caudillo sólo responde ante Dios y ante la Historia.*⁹⁵

Sintetizando al máximo los puntos programáticos de la cultura franquista, se llega a una formulación precisa. El nacional-catolicismo es una cultura pseudo-fascista⁹⁶ tópica y totalitaria de carácter conservador y de signo integrador e impositivo que presenta un indiscutible sentido tradicionalista con la clara intención de imponer una imagen religiosa y patriótica sobre la colectividad del pueblo español⁹⁷. Su finalidad, como cultura totalitaria, es crear una sociedad uniformada en sus ideas, en sus valores y en sus conductas para ofrecer y preservar los intereses políticos, económicos y religiosos de sus mentores o directores⁹⁸. El nacional-catolicismo fue una empresa esencialmente

⁹⁴ Estos principios están tomados de las ideas del jesuita padre José Joaquín Azpiazu en su conocido libro *El Estado católico*, expuestas una y otra vez a lo largo de sus casi doscientas páginas.

⁹⁵ El subrayado es de la misma obra. Sirve para resaltar la importancia de la idea o principio presentado.

⁹⁶ Si las bases de la cultura dominante en la España franquista se apoyan en los pilares de la religión y del patriotismo, es lógico y propio que Iglesia y Estado fueran sus mentores principales. Estas dos fuerzas, lo nacional y lo católico, explican precisamente el término de cultura nacional-católica o nacional-catolicismo. Es precisamente este sesgo de catolicismo lo que define la política de Franco y la aleja de los cánones tradicionales del fascismo. Como afirma Luis de Llera, “el elemento dominante que apartó al franquismo del nazismo fue el papel preponderante ejercido por la Iglesia católica casi desde los inicios del Régimen (1994, p. 43). Igualmente, el factor tradicionalista de la ideología franquista que le hace retomar del pasado sus ideales más definitorios, frente al principio del “Orden nuevo”, la aleja de los regímenes fascistas clásicos más preocupados por crear un “Estado nuevo” y un “hombre nuevo” que en reimplantar razones y principios del pasado. Por estas razones de religiosidad y tradicionalismo, hemos valorado el régimen de Franco como pseudofascista y no como fascista.

⁹⁷ Los principios que niega la cultura del nacional-catolicismo son aspectos derivados de las razones enunciadas. Los puntos de totalitarismo, integrismo, tradicionalismo, imposición, uniformización, etc., explican que este sistema tenga que ser por necesidad antidemocrático, antiliberal, etc.

⁹⁸ Desde la perspectiva que se asume en este trabajo, nos distanciamos abiertamente de la tesis que defiende Juan J. Linz en su trabajo “Una interpretación de los regímenes autoritarios” (*Papers. Revista de sociología*, nº 8, Barcelona, 1978, pp. 11-26). Pienso que el franquismo no puede ser considerado un régimen autoritario sino claramente totalitario. El error de Linz es conceptualizar el franquismo como una realidad sincrónica en un momento concreto sin tener en cuenta todo el proceso de imposición a través de una represión física e ideológica brutal que proyecta sobre toda la ciudadanía española. Segundo, la presencia de un “pluralismo político limitado” es tan limitada que deja de ser pluralismo. Franco

política y cultural de signo militar y de naturaleza totalitaria que luchó y alcanzó la uniformidad plena de una España cultural y socialmente plural y heterogénea⁹⁹.

Parece lógico que Francisco Franco, como militar y como hombre de ideología muy cercana al fascismo, defendiera el principio de “nación-estado”. Éste viene a ser la base de toda ideología de signo fascista. Pero, ¿cómo se explica el protagonismo ideológico que asumió el catolicismo en el cuerpo de la política franquista? ¿Franco era una persona tan religiosa que identificó la doctrina del nacionalismo con la ideología del catolicismo? Parece que Franco fue evolucionando hacia posturas personales cada vez más religiosas ya antes de la Guerra Civil, llegando durante ésta a asumir un fuerte compromiso religioso. Sin embargo, parece que su posible religiosidad no fue la causa principal del protagonismo de la Iglesia, aunque también pudo contribuir a ello, sino más bien la ayuda incondicional que Franco recibió por parte de la Iglesia,¹⁰⁰ muy especialmente en el proceso de legitimación de un levantamiento militar frente a un régimen constitucional y democrático.

personalizó todos los poderes del gobierno y sólo permitió un pluralismo domesticado y fiel, nunca real. En caso opuesto, fue tan drástico y brutal como con sus clásicos enemigos. Un ejemplo claro es la actitud de Franco ante las conductas contrarias o dudosas a sus intereses contra miembros de la jerarquía católica, con generales de su bando como Aranda o Yagüe o con representantes de la monarquía alfoncina. Incluso, el decreto de unificación de partidos de 18 de abril de 1937 fue la jugada maestra para decapitar las pretensiones soberanistas tanto de falangistas como de carlistas (Véase S. M. Ellwood: “Falange y franquismo”, pp. 39-59). Un tercer punto, la falta de una ideología profunda y crítica es una exigencia de todo sistema totalitario que busca la uniformización de las masas a través de una cultura tópica y estandarizada. En esta línea de pensamiento se encuentran, entre otros autores, Juan Ferrando Badía, quien defiende en el capítulo II de su obra *El Régimen de Franco. Un enfoque político-jurídico* (Madrid: Editorial Tecnos, 1984) la “evolución y estructura del régimen autoritario español” (pp. 35-140). Por las razones expuestas me distancio igualmente de las propuestas de Amando de Miguel en sus ensayos *Sociología del franquismo* (Euros, 1974) y *La herencia del franquismo* (Cambio 16, 1976), quien, siguiendo la tesis del *pluralismo limitado* de Linz, ve el franquismo como una constelación de familias políticas con cierto grado de movilidad política dentro del sistema. Analizando la respuesta siempre violenta del poder frente a cualquier sujeto desafecto, hay que decir que Franco sólo permitió y quiso sujetos incondicionalmente afines. Las familias franquistas se pueden conceptuar como simples trajes en un único cuerpo ideológico sin fisuras ni oposiciones. Desde mi punto de vista, comulgo plenamente con las ideas de Juan Martínez Alier “Notas sobre el franquismo” (*Papers. Revista de sociología*, nº 8, Barcelona, 1978, pp. 27-51).

⁹⁹ Véase al respecto el capítulo “Unidad y pluralidad de la cultura española” en el libro de José Andrés-Gallego *Historia de España. España actual. La Guerra Civil (1936-1939)*, pp. 486-495.

¹⁰⁰ Hay que pensar que Franco en ocasiones no tuvo ningún inconveniente en enfrentarse abiertamente a los prelados de la Iglesia católica como sucedió con el cardenal Goma, a quien prohibió la lectura de la pastoral en la que solicitaba el perdón para los vencidos. Igualmente prohibió la lectura de ciertas cartas papales por no estar en consonancia lo defendido por la Iglesia con los intereses de su línea política. Estos datos nos hacen dudar de la buena fe y del espíritu religioso de Franco a la hora de inclinarse por una ideología totalitaria de marcado signo católico. De lectura imprescindible para conocer con más exactitud las relaciones problemáticas entre Franco y los representantes de la Iglesia es el estudio de José Andrés Gallego *¿Fascismo o Estado Católico? Ideología, religión y censura en la España de Franco 1937-1941* (Madrid: Ediciones Encuentro, 1997).

Es curioso constatar que en el llamamiento del general Franco el 18 de julio de 1936 desde Canarias, explicando las razones del levantamiento militar, no hiciera ninguna mención a la Iglesia. Habla como un militar sublevado en nombre de España al pueblo español. En la alocución radiofónica Franco afirmaba:

¡Españoles!: A cuantos sentís el santo amor a España, a los que en las filas del ejército y armada habéis hecho profesión de fe en el servicio de la Patria, a los que jurasteis defenderla de los enemigos hasta perder la vida, la nación os llama a su defensa. La situación de España es cada día que pasa más crítica; la anarquía reina en la mayoría de sus campos y pueblos... Huelgas revolucionarias de todo orden paralizan la vida de la nación... La constitución, por todos suspendida y vulnerada, sufre un eclipse total; ni igualdad ante la ley; ni libertad, aherrrojada por la tiranía; ni fraternidad; cuando el crimen y el odio han sustituido al mutuo respeto... Justicia e igualdad ante la ley os ofrecemos. Paz y amor entre los españoles. Libertad y fraternidad exentas de libertinaje y tiranía... En estos momentos es España entera la que se levanta pidiendo paz, fraternidad y justicia. En todas las regiones, el Ejército, la Marina y las Fuerzas de orden público se lanzan a defender la Patria... sabremos salvar cuanto sea compatible con la paz interior de España y su anhelada grandeza, haciendo reales en nuestra patria, por primera vez, y por este orden, la trilogía fraternidad, libertad e igualdad. ¡Españoles: Viva España! ¡Viva el honrado pueblo español!¹⁰¹

El mensaje no deja lugar a las dudas. Las ideas básicas se resumen en los siguientes puntos: frente a la anarquía, la crisis, el desorden, etc., por amor a la patria el ejército secunda el levantamiento en armas para imponer los principios de fraternidad, libertad e igualdad. Los términos de “patria” y “España” aparecen a cada paso. Es un típico pronunciamiento militar exhortando al ejército a la lucha y justificando ante el pueblo la vía armada para imponer un poder diferente al establecido. No hay la más mínima alusión a la Iglesia, ni a la religión ni a Dios.

Sin embargo, tal como afirma Stanley G. Payne: “Durante la fiesta de la Victoria que tuvo lugar en la iglesia de Santa Bárbara en Madrid, el 20 de mayo de 1939, Franco ofreció la siguiente plegaria pública¹⁰²:

Señor Dios, en cuyas manos está el derecho y todo poder, préstame tu asistencia para conducir este pueblo a la plena libertad del imperio, para gloria tuya y de la Iglesia. Señor, que todos los hombres conozcan a Jesús, que es Cristo, Hijo de Dios vivo.

Si al principio de la guerra Franco hablaba como un militar, al final lo hacía como un predicador. La Iglesia y Dios son los centros de referencia de la invocación. Si la

¹⁰¹ *La voz y la obra de Francisco Franco. Caudillo*. Op. Cit., pp. 15-17.

¹⁰² Cfr. *El régimen de Franco*, Op. Cit. p., 220.

Guerra Civil comienza siendo un levantamiento militar, pronto se convierte en guerra santa para terminar siendo una santa cruzada. Esta evolución puede dar ciertas pistas de las causas reales de la incorporación de la Iglesia al sistema político e ideológico del franquismo. Dios y Patria conforman un tándem indisoluble de intereses y de proyectos. Este hecho explica la doble dirección que asume el nacional catolicismo como cultura política y como cultura religiosa.

II.-6.- La cultura política: “España: Una, Grande y Libre” “por la gracia de Dios” y por obra de un “Caudillo”

Como se afirmaba con anterioridad, el franquismo era un régimen pseudo-fascista de signo totalitario y de carácter tradicionalista. Algo propio de estos sistemas, con independencia del carácter político que representen, es ofrecer una visión tópica y estandarizada, en la que unos pocos principios repetidos hasta la saciedad se conviertan en verdades sagradas y en fundamentos ideológicos indubitables. El franquismo asumió, como es lógico, esta misma estrategia de penetración psicológica y de imposición cultural. Era la forma ideal de crear la uniformidad que buscaban en una población que había estado escindida en dos bandos ideológicamente opuestos y que habían mantenido una cruel y sangrienta guerra. Para conseguir tales fines, el nacional-catolicismo tuvo que orquestar y difundir una cultura donde la mítica y el ritualismo se dieran la mano para penetrar sin problemas en el espíritu de los españoles. Desde este punto de vista, se multiplicaban los símbolos, los eslóganes, los himnos, los gestos políticos, el vestido y también los principios ideológicos. Todos ellos, sin embargo, giraban en torno a unas muy pocas ideas, que pueden ser resumidas en el principio de “España: Una, Grande y Libre” “por obra de un “Caudillo”. Si a este principio se une el eslogan providencialista de “por la gracia de Dios”, encontramos la síntesis perfecta de la ideología del nacional catolicismo: “España: Una, Grande y Libre” “por la gracia de Dios” y “por obra de un “Caudillo”.

En este eslogan se compendian los tres principios básicos de la cultura del sistema franquismo: religión –“por obra de Dios”-, nacionalismo –“España: Una, Grande y Libre”, y, finalmente, caudillaje –“por obra de un Caudillo”.

A partir de esta tríada de principios se pueden seguir deduciendo y señalando los fundamentos ideológicos que dan sentido y cuerpo al andamiaje ideológico del nacional-catolicismo. En primer lugar se hallan las razones de unidad¹⁰³, grandeza, -que se identifica con la razón de imperio-, y libertad, que no implica el uso libre de la voluntad sino el vencimiento contra las fuerzas antiespañolas y antitradicionalistas como la democracia, el parlamentarismo, el republicanismo, el liberalismo, etc. Junto con esas razones de naturaleza política e ideológica, se encuentra la razón de la religiosidad que dictaba sus ideales de moralidad y de cumplimiento fiel de las normas establecidas. Como consecuencia de los principios anteriores, se imponían los fundamentos de la obediencia y del respeto al líder o al superior ya fuera en el plano familiar, social, político o religioso. El acatamiento leal a las órdenes de todo superior y el cumplimiento fiel de las normas establecidas era exigencia para lograr el orden, la paz y el progreso. De esta manera, los principales fundamentos de la ideología social, política y cultural del franquismo se basan en estos postulados:

Religiosidad
 Nacionalismo
 Caudillaje o líder carismático
 Grandeza de Imperio
 Antidemocracia, antiparlamentarismo, antirrepublicanismo, etc.¹⁰⁴
 Unidad de conducta y de pensamiento
 Moralidad y buenas costumbres
 Obediencia a la autoridad
 Militarismo
 Orden social y progreso nacional

Sin embargo, esta ideología cultural basada en los puntos planteados no era novedosa. Como sistema tradicionalista, recogía los principios de ciertas filosofías políticas propias del pasado. En la cultura del nacional-catolicismo había muy poco de originalidad, ya que todo el *corpus* de principios y valores estaba tomado de los autores y de las corrientes de las ideologías tradicionalistas del siglo anterior con el añadido de

¹⁰³ Unidad en todos los órdenes de la vida: político, social, religioso, cultural y lingüístico. Se impuso, de esta manera, la lengua del imperio, siendo prohibidas las demás lenguas peninsulares. Los estudios que quieren plantear el uso libre del vasco o del catalán son pura ideología barata que no resiste el más mínimo examen crítico. Al respecto nos comenta Rafael Abella que en Cataluña se impuso el eslogan de “Habla el idioma del imperio” (Cfr. “La vida cotidiana durante la Guerra Civil”, Op. Cit., p. 401). Algo parecido sucedió en el País Vasco. Catalán y vasco eran idiomas que contravenían los principios rectores del régimen, lo que legitimaba su anulación. Stanley G. Payne nos dice igualmente que en las calles de Cataluña y del País Vasco aparecían cartelones con la leyenda de “Habla la lengua del imperio” (Cfr. *El régimen de Franco*, Op. Cit., p. 246).

¹⁰⁴ En el fundamento de todo esto se halla el odio visceral que el sistema franquista demostró en todo momento contra el comunismo y contra la masonería, como símbolos del mal y de la perdición patria.

algunos signos programáticos propios de los fascismos europeos¹⁰⁵. Aunque las referencias culturales se remontaban al pasado glorioso de la España Imperial de los Reyes Católicos y de los primeros Austrias, como símbolos y ejemplos de los valores de unidad, imperio, religión, caudillismo o líder político, etc.¹⁰⁶, el corpus ideológico absorbía el humus del integrismo teórico desarrollado durante la denominada “Guerra de la Independencia” y tomaba sus bases filosóficas de los pensadores católicos y reaccionarios de la segunda mitad del S. XIX y décadas siguientes¹⁰⁷. Al respecto son sumamente ilustrativas las palabras de Enrique Tierno Galván, cuando afirma que “el pasado no genera ni condiciona el presente, sino al contrario, el presente determina el sentido cultural del pasado. La minoría ilustrada no estudia el proceso histórico para explicarse y analizar su situación; elige de la reserva histórica y engrana los hechos según conviene a sus intereses actuales” (1962, p. 167). Como afirma Alfonso Botti: “Las raíces del nacional-catolicismo tienen sus bases en la reacción católica frente a la Ilustración, a la Revolución francesa y en la revuelta contra la invasión napoleónica de 1808” (p. 31). El nacional-catolicismo toma del pasado los principios y valores que le sirven para justificar y cimentar su presente. Esta filosofía es algo constante en los escritos de los ideólogos del sistema. Para ellos, eternidad es sinónimo de tradición, ya que los auténticos valores son operativos y están vigentes siempre. Valga como referencia las palabras de Federico de Urrutia en su opúsculo *Por qué la Falange es católica*:

La Falange es la resurrección presente de un pasado glorioso, que es como decir el alma católica y misionera de España, encontrada en sí mismo y atenta nuevamente al empuje de esa vocación imperial al servicio de Dios.
(p. 9)

La Guerra de la Independencia llevó a extremos inusitados los postulados defendidos por la política española de la época de los Austrias. La fusión de Trono y Altar en

¹⁰⁵ Véase al respecto los estudios de Javier Herrero *Los orígenes del pensamiento reaccionario español* (Madrid, Editorial Alianza Editorial, 1988), especialmente el capítulo III “Aplicación del mito a la circunstancia española” de la Segunda Parte del libro “La construcción del mito reaccionario”; José Luis Abellán: *Historia crítica del pensamiento español, T. IV. Liberalismo y romanticismo (1808-1874)* (Madrid, Editorial Espasa Calpe, 1984), especialmente el capítulo VII “Las dos Españas y los orígenes del pensamiento reaccionario”; Alfonso Botti: *Cielo y dinero. El nacional-catolicismo en España (1881-1975)*. Madrid: Alianza Editorial, 1992; etc.

¹⁰⁶ Desde este punto de vista, es comprensible la ideología que presenta Víctor Pradera en su obra *El Estrado Nuevo* (Madrid, 1935), cuando afirma que: “hemos descubierto que el nuevo Estado no es otro que el Estado español de los Reyes Católicos”, porque “sin tradición no hay nación” (p. 104).

¹⁰⁷ Se comentaba con anterioridad que uno de los puntos en los que el “franquismo” se distanciaba de los postulados fascistas era precisamente en su tradicionalismo con su voluntad clara de restaurar unos principios y valores del pasado histórico.

nombre de la grandeza patria y de la unidad católica asumía un protagonismo indiscutible. Se imponían nuevamente las guerras de religión, siendo España el país garante de la salvación de los valores genuinos del occidente cristiano. Los tiempos habían cambiado, los protagonistas habían modificado sus nombres y sus rostros, pero la ideología de lucha seguía siendo la misma: la salvación de Europa en su combate contra los infieles. Como afirma Javier Herrero, la Guerra de la Independencia se llegó a explicar como “una conjura internacional en la que las fuerzas del mal y de la democracia... [se habían apoderado] de España para destruir en ella el gran brazo de la Iglesia y el providencial instrumento de Dios para la difusión de la fe en el mundo... De ahí que la guerra sólo puede entenderse como una cruzada religiosa... [en la que] España es un país providencialmente destinado... [por] elección divina”¹⁰⁸. De este pensamiento a la idea de guerra santa y de cruzada sólo había un pequeño paso. Como tal se imponía el exterminio de los enemigos de España y de la Iglesia. Se santificaba la guerra y sacralizaba la muerte en nombre de la religión y de la patria. Esta labor de legitimación de la guerra fue llevada a cabo, como era de esperar, por un clero reaccionario y conservador que buscaba mantener sus privilegios de clase frente al peligro del liberalismo, tal como se había dado años antes en la “traidora Francia”. El “mito de las dos Españas” se había impuesto con tal fuerza que sólo cabía aniquilar a la España traidora, la España afrancesada y liberal, en nombre de la España verdadera, la España católica y borbónica. Solamente a través de la España eterna se iba a dar la verdadera regeneración de toda Europa en nombre de Dios y de la patria. Estos tópicos se encontrarán muy presentes, eso sí con nombres diferentes pero con principios ideológicos idénticos, en el pensamiento y en los ideales del nacional-catolicismo. Una vez más se instauraba una época de verdadera confrontación civil entre dos conceptos de base diferentes: progresismo y liberalismo frente a tradicionalismo y absolutismo.

La ideología del régimen franquista, ideología del nacional-catolicismo, “por nutrirse de aportaciones heterogéneas, va a constituir una especie de magma ideológico” (C. García, p. 27), que recoge y amalgama las doctrinas de los sectores más tradicionales, integristas y conservadores y, por otro lado, los elementos ideológicos suministrados por Falange (C. García, p. 28). En esta línea de pensamiento se posiciona Elías Díaz, cuando sostiene que “existen cuatro pilares fuertes que suministraron el aparato

¹⁰⁸ *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*. Op. Cit., pp. 245-46.

ideológico (de la filosofía franquista): Falange Española, Tradicionalismo, Católicos integristas y Asociación Nacional de Propaganda” (1974, p. 120). Desbrozando estos planteamientos generales cabría seguir una línea de pensamiento perfectamente marcada por el pensamiento católico conservador más ciertas dosis de ideología fascista aportada por Falange Española.

Jaime Balmes (1810-1848) es referente obligado en este camino hacia la formulación del pensamiento ideológico del nacional-catolicismo. El filósofo y sacerdote catalán representaba el inicio de un itinerario que conduciría hacia los postulados de Menéndez Pelayo defendidos en su monumental obra *Historia de los heterodoxos españoles*. Balmes mantuvo y difundió un pensamiento fuertemente reaccionario, en el que defendió, en particular en su obra *El protestantismo comparado con el catolicismo*, la primacía de la religión católica como fuente y razón de los valores humanos y del progreso de las naciones¹⁰⁹. Desde el primer momento se le consideró como el valedor más importante de las ideas de la unidad de España bajo el signo y la fuerza del catolicismo. De igual manera, valoraba la libertad de pensamiento y de acción como fuerzas que conducen al hombre al mal de la anarquía y al caos. El resto de sus obras, entre las que cabe mencionarse por la importancia que tuvieron en su tiempo, *El criterio* y *Cartas a un escéptico en materia de religión*, son una rabiosa defensa de un catolicismo sólidamente conservador. Empieza a configurarse la doctrina del ideario tradicionalista. Contemporáneo a Jaime Balmes, se encuentra el político y ensayista Juan Donoso Cortés (1809-1853), quien muere a una edad muy temprana, siendo, a pesar de su edad, capaz de proponer, especialmente en sus últimos años de vida, una ideología marcadamente reaccionaria y conservadora. Desde presupuestos de una inconfundible concepción católica, procura relacionar historia y religión, planteando un sistema fuertemente maniqueísta, en el que el bien está representado por el catolicismo y el mal por el liberalismo. Frente a los individualismos se debe imponer como principio del bien social “instituciones” o bien “hombres fuertes”, elementos que en todo momento se identifican con la monarquía y la figura del rey, garantes indiscutibles del orden y de la armonía del pueblo. El orden social, por tanto, justifica la dictadura de

¹⁰⁹ Como afirma José Luis Abellán en su obra *Historia del pensamiento español. De Séneca a nuestros días* (Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1996), la obra mencionada fue “un ataque a las tesis de Guizot en su *Historie générale de la civilization en Europe*, donde viene a defender que el progreso de la civilización está unido al protestantismo y enfatiza el carácter retardatario del catolicismo. Balmes no sólo defiende la unidad católica de España, sino que resalta la beneficiosa influencia del catolicismo sobre la sociedad” (pp. 408-409).

estas “instituciones fuertes” que “desde arriba” posibilitan en nombre de la religión católica la paz y el progreso. Estas ideas las expone sobre todo en su obra *Ensayo sobre el catolicismo*. Los principios del liberalismo democrático han quedado barridos en nombre de una autoridad fuerte basada en la religión y garantizada por el ejército. En ambos pensadores, tanto en Balmes como en Donoso Cortés, se impone una ideología de signo reaccionario y naturaleza católica.

En esta misma línea se encuentra el erudito más importante del siglo XIX, el filólogo y ensayista santanderino Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912), quien con su obra *Historia de los heterodoxos españoles* marca la cima del pensamiento conservador y religioso. En esa obra quedan estigmatizados todos aquellos que no mantuvieron un pensamiento acorde con los principios de la esencia española: tradición y catolicidad. Afrancesados, liberales, krausistas, entre otros, forman la diana de sus ataques y de sus diatribas. Menéndez Pelayo, asimismo, se enzarzó en una larga y ardua polémica sobre la ciencia española queriendo demostrar la contribución de España a la cultura universal. El erudito santanderino demostró unos conocimientos fuera de lo normal, pero igualmente manifestó una ideología muy reaccionaria y tradicionalista, en la que los conceptos de patria-España y religión-catolicismo funcionaban como fuerzas de regeneración y de progreso. Desde este punto de vista, España aparecía en el concierto de las naciones del mundo con una misión providencialista que se manifestó de manera muy especial en la época imperial de España. A partir de este momento y con estos postulados de base, el pensamiento de Menéndez Pelayo se convirtió en referencia obligada para todos los movimientos sociales y políticos de signo conservador.

Desde posturas diferentes y con planteamientos distintos, todas las figuras reseñadas incidían sobre unos mismos principios ideológicos, en los cuales las razones de “patria” y “religión”, “Trono y Altar”, se unían para crear un pensamiento indiscutiblemente reaccionario y conservador. Los postulados de la Guerra de la Independencia, sin la virulencia de esa época y con planteamientos muchos más lógicos, volvían a emerger. Se potenciaba desde ángulos dispares el “mito de las dos Españas” con la convicción de que la España descarriada y traidora debía ser aniquilada en nombre de Dios por la paz, por el progreso y por el bienestar social, símbolos y expresión de la España verdadera.

En este contexto, no interesaban tanto los medios como los fines¹¹⁰. Se había impuesto el tradicionalismo más reaccionario. Como afirma Jorge Novella: “la tradición hegemónica española desde el siglo XVIII hasta hoy es la tradicionalista y ultraconservadora... tanto que se ha convertido en estilo nacional: señas de identidad, modo reentender lo español, ritos, símbolos, etc. Es así como reproduce la usurpación-apropiación de todas las demás tradiciones, de tal suerte que cuando nos referimos a ella, como la Tradición española, es referente de una determinada interpretación y no de las diversas corrientes y costumbres que constituirían la tradición española como resultante de sentimientos y pensamientos dispares” (2007, pp. 17-18). El tradicionalismo ultraconservador de sentido beligerante formaba parte consubstancial del panorama político español.

En este contexto de afirmación nacional y de beligerancia religiosa, en medio de un estado de profunda crisis social e ideológica, se proclamó en 1931 la República. La proclamación de la República fue un hecho clave en la historia de España. Se rompía la tradición política dominante a lo largo de siglos que favorecía, al margen de denominaciones de partido o de posturas políticas, a las clases más pudientes. Por primera vez, los grupos dominantes veían peligrar sus beneficios y sus prerrogativas de clase. Al mismo tiempo, el pueblo accedía al poder a través de unos representantes incapaces de dominar y controlar el odio acumulado a lo largo de generaciones. Los estallidos de violencia popular fueron el síntoma claro de este desahogo pasional y, a la vez, la muestra más clara del fracaso político de las izquierdas. Era difícil un entendimiento entre grupos diametralmente opuestos e incapaces por tradición y por historia de crear un diálogo de concordia y de unión. Por eso, unos, alborozados y envalentonados, vieron la llegada de su momento político y los otros, atemorizados y rabiosos, contemplaban el fin de su beneficioso estatus. Ante esta situación, cada uno se reorganizó según las nuevas circunstancias socio-políticas. Las derechas acentuaron su acción y asumieron posturas políticas y sociales cada vez más reivindicativas y violentas.

Desde este punto de vista, el papel jugado por Ángel Herrera Oria resultó de gran importancia. Herrera Oria, además de fundador de la *Editorial Católica* y de los diarios

¹¹⁰ Estos principios de filosofía política nos lleva necesariamente a la razón y a la defensa del “hombre fuerte” como defendía Donoso Cortés o bien el “cirujano de hierro” como clamaba Joaquín Costa.

El Debate y *Ya e*, igualmente, cofundador de la *Asociación Católica Nacional de Propagandistas*, fue propiamente el creador en 1931 del partido *Acción Nacional*, partido que al poco tiempo de su fundación por razones legales tuvo que cambiar de denominación, llamándose a partir de 1932 *Acción Popular*. La idea base era aglutinar en sus filas a todos los grupos y personas de derechas. *Acción Nacional* pretendía ser la alternativa política de derechas a las izquierdas del *Frente Popular*. La voz de expresión del partido fue *El Debate*, diario madrileño fundado en 1910, que funcionaba desde su nacimiento como portavoz de las directrices ideológicas y religiosas del Vaticano. Aunque institucionalista en un principio fue evolucionando hacia posturas cada vez más radicales. Tuvo una importante influencia entre los grupos de derechas. Entre sus preceptos básicos estaban los de religión, patria, familia y propiedad.

Mención especial, en esta línea de conformación de una ideología católica y reaccionaria, merece la revista madrileña *Acción Española* (diciembre de 1931-junio de 1936), que desarrolló un ideario marcadamente antirrepublicano, configurándose en el cuerpo doctrinal de la ideología del nacional-catolicismo. Ramiro de Maeztu, aunque no fuera su fundador, fue su figura más representativa. En las páginas de *El Debate* y de *Acción Española* participaron activamente las firmas más significativas de la derecha española. En sus páginas se fue conformando una unidad de pensamiento y una unidad de acción.

Al amparo o de la mano de *Acción Nacional* y de *Acción Española*, se fueron formando partidos con ideologías muy afines. El grupo más dinámico y operativo frente al reformismo republicano fue el partido CEDA, *Confederación Española de Derechas Autónomas*, fundado a principios de 1933. Bajo el indiscutible liderazgo de Gil Robles supo aglutinar a todos los partidos de derechas junto con algunos centristas, y triunfar en las elecciones legislativas de 1933. La CEDA, como *Acción Nacional*, era defensora del legalismo parlamentario, pero, poco a poco, movidos por las circunstancias políticas y por los grupos más inquietos y violentos de la coalición, se fueron escorando hacia posturas más radicales. Sus principios ideológicos, muy próximos a los de *Acción Nacional*, se basaban en los postulados de religión, familia, patria, orden, trabajo y propiedad, que, como se verá a continuación, forman los fundamentos de la denominada “moral de la respetabilidad”. Su acción política fue reconducir la vía parlamentaria por cauces tradicionalistas y religiosos, destruyendo todas las reformas que había llevado

adelante el *Frente Popular*. Al estallar la Guerra Civil la CEDA en bloque se posicionó a favor de la insurgencia militar.

Otro de los bloques políticos orientados ideológicamente frente al reformismo republicano fue la agrupación de partidos fascistas. Los primeros conatos fascistas fueron anteriores a la proclamación de la República. La fuente de inspiración más sólida fue el fascismo italiano de Benito Mussolini. En 1929 Jiménez Caballero asumió el programa fascista como el único válido para salvar a España del caos y de la anarquía. A su vez, José María Albiñana fundó en 1930 el Partido Nacionalista Español, cuyos principios ideológicos, muy en la línea del fascismo italiano, defendían la conquista del poder por la fuerza para imponer una política antiliberal y antidemocrática con el exterminio de todos los enemigos de la España sagrada. Fue un primer intento de asociación fascista sin grandes adhesiones en la política española. Sin embargo, la primera agrupación auténticamente fascista en España la formó Ramiro Ledesma Ramos, bajo inspiración igualmente del fascismo italiano, en torno al semanario *La conquista del Estado* (marzo de 1931). En agosto del mismo año aparecieron en Valladolid las *Juntas Castellanas de Actuación Hispánica*, organizadas por el abogado católico Enésimo Redondo. Las dos agrupaciones se unieron en octubre de ese mismo año para formar la primera organización política de signo fascista en España, las *Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista*, conocida popularmente por las siglas J.O.N.S. Como partido fascista de signo totalitario defendía los principios de dictadura, a la que se podía o se debía llegar por la vía de la violencia en nombre de una clara mística nacionalista. Sin embargo, el auténtico bloque de signo fascista en España se verificó con la creación de *Falange Española*. El 29 de octubre de ese año tuvo lugar en el Teatro de la Comedia de Madrid el mitin fundacional del partido falangista. José Antonio Primo de Rivera fue desde el primer momento el líder indiscutible del nuevo partido. Falange contó desde un principio con fuertes apoyos económicos, lo que hizo que se convirtiera en la fuerza dominante dentro de los movimientos fascistas. Este hecho determinó la unión de las *Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas* con *Falange Española*, resultando de la unión el nuevo partido de *Falange Española de las J.O.N.S.* bajo la dirección de José Antonio. *Falange* redactó un programa de partido, los 27 puntos de Falange, en el que se declaraba abiertamente un partido nacional sindicalista. Su nota más distintiva era su rabioso “hipernacionalismo”. Aunque en un principio no tuvo una respuesta de adhesión muy fuerte, a partir de la sublevación militar se

convirtió en el partido o grupo político de más influencia, tanto social como política, dentro del bloque nacional.

Desde posturas políticas laicas, muy hermanadas con la doctrina tradicionalista de la Iglesia, se volvía a repetir el mismo organigrama ideológico que el señalado al inicio: mística religiosa y mística nacionalista. Las fuerzas unidas de CEDA y de Falange propugnaban una ideología basada en los principios de religiosidad y nacionalismo. Estas fuerzas iban a pergeñar la cara del sistema político y cultural del franquismo conocido como nacional-catolicismo¹¹¹.

De esta manera, Iglesia y partidos laicos de derechas se coaligaron en unos mismos principios, valedores de sus respectivos intereses, para crear lo que puede denominarse ideología franquista: nacionalismo, catolicismo y, como complemento y síntesis de ambas tendencias, la “moral de la respetabilidad”, aunque esta filosofía aparezca matizada en algunos aspectos por ciertas ideas propias del nacional-catolicismo.

II.-7.- La cultura religiosa: la Iglesia por la educación, la moral y las buenas costumbres

Desde el inicio de la guerra, la Iglesia recibió del Estado muchos beneficios e importantes privilegios¹¹². Estas concesiones no eran gratuitas. En ningún momento se consideró la posibilidad de una inversión de valores temporales a fondo perdido. Se buscaban garantías de apoyo recíproco a través de un colaboracionismo pleno. Todo estaba destinado a reforzar los principios religiosos de la Iglesia y las bases políticas del Estado. “En la España de Franco quedaba establecida una sociedad de seguros mutuos. La Iglesia respaldaba moralmente al Estado y el Estado convertía a la Iglesia en una “Iglesia de poder”. Todo el aparato público estaba a disposición de la institución

¹¹¹ Sin embargo, el régimen franquista se sustentó más en las ideas y en los principios de *Acción Española* y de la CEDA que en los de *Falange Española*. Aunque existan elementos ideológicos compartidos como el antiliberalismo en todos sus órdenes, el acceso al poder a través de la violencia, el conservadurismo atroz, etc., los principios de restauración monárquica, orden social basado en la institución del ejército, catolicismo y “moral de la respetabilidad”, etc., se identifican mucho más con los programas de los primeros y se separan claramente de los puntos programáticos de los segundos.

¹¹² Por Ley de 19 de octubre de 1936 los religiosos y sacerdotes quedaban exentos del Servicio Militar. Por Ley de 9 de noviembre de 1939 los sacerdotes recibían del Estado una paga o mensualidad, de forma que el sacerdocio se convierte en una especie de funcionariado al servicio del sistema oficial.

eclesiástica” (F. Blázquez, 1991, p. 44). En este contexto de garantías mutuas¹¹³, la tarea básica de la Iglesia se centró en el control de la educación y de la moral¹¹⁴.

La educación, como en tiempos anteriores a la República, pasó a manos de las órdenes religiosas. Por ley se dio una importante reducción de centros públicos a favor de la multiplicación de los centros religiosos. Una vez más volvió a dividirse la enseñanza entre una educación selectiva y de pago en manos de la Iglesia orientada a las clases medias y altas frente a una educación bastante deficitaria, pero gratuita, en manos del Estado, que absorbía a un alumnado de clase baja y campesina¹¹⁵. La oposición entre enseñanza pública y enseñanza privada era clara. Se impuso, como en tiempos pasados, un “carácter marcadamente elitista... contrariamente a lo defendido por la tradición liberal” (José J. Martí, 2002, p.72). El selectivismo y la categoría marcaban las diferencias. Se volvía a implantar una educación diferenciada según la capacidad económica de los ciudadanos.

Al mismo tiempo, se prohibió la enseñanza mixta. Los chicos iban a colegios de frailes o curas y las chicas a colegios de monjas. La coeducación se contempló como atentatoria contra la moral. Desaparecía otra de las modificaciones importantes de la enseñanza republicana. No sólo se eliminó la educación mixta, sino que la enseñanza tomó un rumbo marcadamente sexista. Como se verá más adelante, cuando se trate el tema de la “moral de la respetabilidad”, el hombre era educado socialmente para el trabajo y para la vida fuera del hogar; la mujer, por su parte, era preparada para la vida familiar y social. Entre las asignaturas que debía cursar la mujer se encontraban materias como “labores”, “cocina”, “música”, etc. La mujer tenía que ser una buena y eficaz ama de casa y, en ocasiones, si llegara el momento, una excelente anfitriona. El

¹¹³ Como sostiene Luis de Llera, “el Régimen se apoyó en la jerarquía eclesiástica concediéndole dádivas y poder, a cambio, naturalmente, de una colaboración sin prejuicios ni límites. De aquí, el nacional-catolicismo, que se concreta... en el Concordato de 1953” (1994, p. 63). La concreción jurídica pudo darse en 1953 con el Concordato entre el gobierno de Franco y la Santa Sede, pero la materialización política y social entre el nacionalismo y el catolicismo, nacional-catolicismo, se dio incluso antes de iniciada la guerra.

¹¹⁴ Como afirma José Andrés-Gallego en su obra *La Iglesia en la España contemporánea/2 (1936-1999)*: “Primero había que evangelizar e, inmediatamente, moralizar. Ambas actitudes se repitieron desde 1939 y están presentes con frecuencia en las pastorales y directrices episcopales de aquellos años. Para ambas tareas contaron –desde época muy temprana– con la colaboración del Régimen. Y correspondieron con agradecimiento y apoyo” (p. 50).

¹¹⁵ Como afirma López Martín, “La escuela del nacional-catolicismo (especialmente la escuela pública) caminará entre la *pobreza material* y la *abundancia espiritual*, entre la escasez de medios y recursos por la enseñanza y el control de su labor ideologizadora” (p. 75).

ideal de mujer era una persona religiosa, abnegada y servicial. El espacio propio de la mujer era el hogar. La educación femenina se dirigía a preparar mujeres que supieran cumplir a la perfección con sus roles de madre y esposa¹¹⁶. Como defiende Adolfo Maíllo en su célebre volumen de pedagogía social *Educación y revolución. Los fundamentos de una educación nacional*¹¹⁷:

La mujer española, casta, cristiana y buena, selecta por instinto y dotada de una ingente capacidad de sacrificio, es el reservorio providencial de las mejores tradiciones de nuestra raza (p. 96).

Estaba planteado el ideal de mujer. Ante este retrato robot se imponía una educación estándar, en la que “la asignatura principal de la educación femenina debe ser la religión, siguiendo la enseñanza del cultivo del sentimiento maternal”, ya que la preparación de las muchachas debía estar dirigida “a sus funciones de madre y esposa” (p. 97).

Por otro lado, frente al carácter laico de la enseñanza republicana se impuso una educación marcadamente religiosa y política. De esta manera, la educación en manos de la Iglesia se va a caracterizar por dos notas básicas: la cristianización cultural¹¹⁸ y la politización cultural¹¹⁹. Los principios plenamente exacerbados de cristianización y de

¹¹⁶ Véase el trabajo de M^a del Carmen Agulló, “Azul y rosa: franquismo y educación femenina” (pp. 243-303). El lector interesado puede encontrar en este ensayo una descripción excelente del tema que estamos tratando.

¹¹⁷ Es un título imprescindible para conocer la pedagogía del nacional-catolicismo, especialmente interesante y sorprendente por sus ideas retrógradas y fuertemente sexistas es el capítulo dedicado a la educación femenina.

¹¹⁸ Como simple ejemplo para advertir esta orientación que asume la ideología de la Nueva España es suficiente rastrear el Boletín Oficial del Estado y analizar, aunque sea de manera un tanto superficial, la naturaleza de los días feriados. Por Decreto (B.O.E. de 23 de marzo de 1937) se declaran feriados los días de Jueves y Viernes Santo; por Decreto (B.O.E. de 25 de marzo de 1937) y por Orden del Ministerio de Interior (B.O.E. de 15 de junio de 1938) se impone el carácter festivo para “la festividad del Santísimo Corpus Cristo”; por orden de 22 de julio de 1937 se proclama al Apóstol Santiago como Patrono de España y se declara el 25 de julio como día de fiesta nacional; por Decreto de 7 de diciembre de 1937 se establece como día festivo el 8 de diciembre, conmemoración de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora. Por orden de 9 de abril de 1937 se dicta que “figure una imagen de la Santísima Virgen, preferentemente en la españolísima advocación de la Inmaculada Concepción”. Por esa misma orden, se decreta la celebración de “el ejercicio del mes de María” e, incluso, se impone la salutación en los niños del “Ave María purísima”, siendo la respuesta del profesor “sin pecado concebida”. Con esta misma filosofía es digno de destacar que el Ministerio del Interior en la orden de 11 de julio de 1938 ordena poner especial atención a las autoridades correspondientes en la represión de la blasfemia. La normativa legal con un sentido estrictamente religioso está muy presente en las páginas del Boletín Oficial, lo que certifica el cuidado y preocupación del Nuevo Estado por respetar y potenciar el principio de la cristianización cultural y social.

¹¹⁹ Por otro lado, desde la perspectiva de la politización cultural tenemos una situación muy parecida a la vista en la nota anterior con relación a la cristianización cultural y social. Las festividades políticas se multiplican para celebrar y conmemorar efemérides de la vida y de la historia del Régimen. De esta

politización marcaron la vida de los españoles y se convirtieron en principios rectores de la nueva sociedad y de la nueva educación¹²⁰. El totalitarismo político y el dogmatismo religioso se hicieron presentes en todas las manifestaciones de la vida nacional, convirtiéndose en las auténticas señas de identidad de la sociedad española a lo largo de todo el gobierno franquista¹²¹. Las instituciones escolares de carácter religioso protagonizaron esta vuelta a los modelos pedagógicos del pasado y propiciaron la imposición de una cultura y de una ideología de marcado sentido patriótico-religioso.

El tipo de enseñanza de las órdenes religiosas, tanto masculinas como femeninas, se caracterizó por una vuelta al pasado en técnicas y en orientaciones. Frente a las experiencias pedagógicas del institucionismo, se volvió a imponer un aprendizaje de tipo memorístico, poco reflexivo y menos crítico. Los colegios se convirtieron en especie de campo de batalla donde los alumnos debían demostrar sus capacidades intelectuales y su entusiasmo académico a través de múltiples exámenes y pruebas en las que podían evidenciar su auténtica preparación y su valía personal. En las mismas aulas de la gran mayoría de los centros escolares se favorecía la distinción entre los alumnos más aventajados y los estudiantes más torpes o vagos. Las primeras filas de las clases estaban destinadas a los alumnos mas destacados y las últimas filas estaban ocupadas por los más poltrones. No era extraño escuchar frases parecidas a la de “soy el más listo de los tontos” o uno de “los más listos de los tontos”. Estas divisiones por capacidad económica y por cualidades intelectuales favorecían la presencia de injusticias de predilección y enchufismo auténticamente aberrantes.

manera, como se decía con anterioridad, por Orden de 28 de septiembre de 1937 se establece el 1 de octubre como “Fiesta Nacional del Caudillo”; por Decreto del Ministerio del Interior de 17 de abril de 1938 “se declara Fiesta Nacional el 19 de abril, aniversario de la unificación”; por Orden del Ministerio del Interior se decreta Fiesta Nacional el 18 de julio, día conmemorativo del inicio de la Guerra Civil; por decreto de 16 de noviembre de 1937 se declara día de luto nacional el 20 de noviembre como conmemoración del asesinato de José Antonio Primo de Rivera e igualmente se decreta que “en los muros de cada parroquia figurará una inscripción que contenga los nombres de los Caídos en la presente Cruzada, víctimas de la revolución marxista”, etc. Incluso, por Decreto del Ministerio de Educación y Ciencia de 6 de febrero de 1938 se declara festivo el 9 de febrero, conmemorando la muerte del estudiante falangista Matías Montero.

¹²⁰ Es precisamente esta comunión de lo religioso y lo patriótico la base doctrinal de la obra de José Pemartín, *¿Qué es lo nuevo?* Sin embargo, ofrece una tesis novedosa. La religión patriótica y el patriotismo religioso, -lo que denomina como *fascismo* católico-, tanto en la vida como en la educación, no es sólo mandato de un régimen político, sino especialmente designio del Altísimo (p. 162).

¹²¹ Este aspecto aplicado a la educación será analizado en el capítulo V, cuando se analicen los llamados “Mecanismos de atracción psicológica”.

A partir de la entronización de la educación religiosa las notas más características de la pedagogía de los colegios españoles fueron el elitismo, el sexismo, la competitividad y la arbitrariedad en medio de una cultura marcadamente religiosa y patriótica. De todos modos, frente a la educación laica y estatal, las órdenes religiosas generalizaron una educación responsable y de valía intelectual, destinada a la formación de las futuras elites directoras del país. Como afirma Gregorio Cámara Villar en su obra *Nacional-catolicismo y escuela*¹²²:

...aparece, pues, evidente la voluntad de configurar un bachillerato (cabría decir una educación) que fuese filtro selector de minorías de burguesía y canal de formación y reclutamiento de los ideólogos-directores de la sociedad, futuros funcionarios e intérpretes auténticos de la ideología nacional-católica encargados de conseguir la hegemonía política e ideológica sustentadora de la dominación del bloque de clases ligado al “Alzamiento” (p. 92).

Otro de los papeles encomendados a la Iglesia fue la protección de la moral y de las buenas costumbres. La Iglesia asumió con un tesón límite el papel de auténtico guardián de la moralidad. Todo español tenía que cumplir necesariamente con un fuerte y complejo ritual de normas e imposiciones, que la Iglesia dictaba y la autoridad civil velaba. Las pastorales, sermones y recomendaciones de los miembros de la Iglesia, desde los obispos a los sacerdotes y religiosos, se centraron, además de la exaltación de la guerra y de las fuerzas vencedoras, en la defensa de la moralidad pública. En este papel de paladines de las buenas costumbres y de la decencia social, algunos de sus miembros llegaron al puro absurdo y a comportamientos rayanos con la patología.

Uno de los frentes de acción que la Iglesia mantuvo con más tesón y violencia fue la lucha contra el desnudo y las conductas indecorosas. Monseñor Pildain, uno de los hombres mejor preparados en Sagradas Escrituras, siendo obispo de Canarias, “elevó una protesta formal al Consejo de Ministros por la inmoralidad de unas estatuas desnudas colocadas en el estadio insular”¹²³. Llegó a sugerir la conveniencia de colocar unos taparrabos a las estatuas para cubrir sus vergüenzas. Parecía que la Iglesia volvía a los tiempos lejanos del predicador dominico italiano Savonarola. Con placer hubiera acabado con prácticamente toda la estatuaria clásica y renacentista. El desnudo era llanamente pecado, pecado mortal. La decencia, muy en especial la femenina, exigía

¹²² *Nacional-catolicismo y escuela. La socialización política del franquismo (1936-1951)*. Jaen: Editorial Hesperia, 1984.

¹²³ Feliciano Blázquez: *La traición de los clérigos en la España de Franco*. Op. Cit., pp. 52-53. Los ejemplos que presentamos en este párrafo están tomados de las páginas de esta obra.

que el vestido cubriera lo más posible el cuerpo de la mujer. No era propio de una mujer decente enseñar las rodillas y mucho menos las pantorrillas o llevar los brazos desnudos. Los escotes, cuando los había, no debían dejar enseñar ni insinuar formas femeninas. La moda del pantalón en las mujeres, incluso bien entrada la década de los sesenta, escandalizó a la Iglesia y a buena parte de la pudorosa sociedad española. Se aseguraba que la insinuación de las formas femeninas inducía a la tentación y al pecado. Algo parecido sucedió con los pantalones cortos en niños y jóvenes. El cardenal Segura se quejó oficialmente del uniforme falangista, porque los pantalones cortos del traje reglamentario inducían o podían inducir a pecado. Se cuidaba con suma atención la moralidad del vestido. El uso de las mangas cortas, la utilización del pantalón, los vestidos de talle ajustado, etc., hicieron correr regueros de tinta y ocuparon muchas horas en las predicaciones de los sacerdotes. El traje de baño masculino y femenino ocupó mucho tiempo a los sesudos moralistas. Incluso el clero se preocupó por el diseño de los trajes de baño según principios de la más estricta moralidad. La presencia de las primeras minifaldas resultó escandalosa y atentatoria contra los principios básicos de la moral. El baño en pareja era pecado mortal. Las playas y las piscinas se dividían en zonas diferenciadas, unas para mujeres y otras para hombres o bien se creaban horarios diferenciados para unos y para otras. Según este principio, las familias no podían estar juntas. Cada miembro de la familia tenía ya un lugar asignado o un tiempo programado. Cuando el turismo trajo la costumbre del bikini, de inmediato se declaró pecado grave su uso. Tal como se puede deducir del cuadro presentado, la moralidad y las buenas costumbres se reducían de hecho a los espacios del sexo y del sexto mandamiento. El cuerpo era pecado. El catecismo enseñaba que la carne era uno de los enemigos mortales del alma.

Otro de los frentes de lucha de la Iglesia española fue el baile agarrado. No sólo era pecado grave, -para algunos prelados llegaba a ser igualmente pecado mortal-, sino una verdadera aberración contra la moral y la dignidad de la persona. Monseñor Pildain prohibió cualquier tipo de celebración litúrgica en aquellos pueblos en los que no se prohibiera expresamente el baile. El cardenal Segura llegó a imponer entre sus sacerdotes la norma de no dar la absolución a aquellos que confesaran el grave delito del baile agarrado. Para la Iglesia era mayor trasgresión el baile que un asesinato. Un pasionista, conocido con el peculiar nombre de Jeremías de las Sagradas Espinas,

dedicó gran parte de su vida a rastrear los escritos de la Iglesia para llegar a demostrar la inmoralidad extrema del baile agarrado.

El cine fue otro de los caballos de batalla en esta lucha por la moralidad pública. El cinematógrafo se consideró como un pasatiempo lleno de peligros contra la moral y las buenas costumbres. Para algunos prelados era un escaparate de inmoralidad. Monseñor Olaechea, obispo de Pamplona, llegó a defender la conveniencia de demoler todas las salas de cine para evitar el mal ejemplo que la pantalla ofrecía. En muchos colegios, cuando proyectaban alguna película, se buscaba filmes en los que no hubiera expresiones amorosas como abrazos y besos. La labor de búsqueda de este tipo de películas era harto difícil. El sistema tradicional fue recurrir, por ejemplo, a películas de guerra, en las que casi los únicos protagonistas de la acción eran hombres, lo que evitaba o limitaba desde el principio cualquier tipo de escena amorosa. También abundaban las películas de vaqueros con finales, en ocasiones, sorprendentes por la censura de las últimas escenas. Se aceptaba sin ninguna cortapisa la violencia por extrema que esta fuera, con tal de que no hubiera presencia de actos amorosos. Cuando visionaban películas de Waly Disney, de Charlot o del “Gordo y del Flaco”, era la gran alegría de los niños, donde el romanticismo o las risas hacían olvidar tanta violencia y guerra. En ciertos colegios de provincias, con preferencia de chicas, obligaban a las alumnas, vestidas de uniforme, a acudir al colegio los domingos durante la tarde. Estaban en las aulas hasta la hora del cine. Esta táctica impedía que las alumnas pudieran asistir a las veladas cinematográficas. Ante la prohibición expresa de asistencia al cine, el uniforme hubiera delatado la infracción y la desobediencia. Según la versión oficial de la Iglesia, el cine era un mecanismo corruptor que había que anular por todos los medios¹²⁴.

La vida de los españoles se convirtió en un sistema de prohibiciones: no al baile, no al cine, no a las escenas de cariño, etc. Todo era pecado o caía dentro de la sospecha del

¹²⁴ Existen cientos de jugosas anécdotas que ejemplifican fielmente la postura del clero y de las autoridades oficiales frente al cine como provocación y pecado. Me refiero, entre las muchas posibles, a la historia que narra Vizcaíno Casas en su obra *La España de la posguerra 1939-1953*. Cuenta el escritor valenciano que “el mayor escándalo cinematográfico de los años cuarenta se debió a *Gilda*. Como protesta por la proyección de aquella muestra de perversidad, ... grupos de muchachos acudían a los cines donde se proyectaba *Gilda* y lanzaban tinteros contra la pantalla cuando Rita Hayworth cantaba *Amado mío*” (p. 125). La obra de Vizcaíno Casas es un exponente muy ilustrativo de la España de los primeros años del franquismo

pecado. El beso, incluso entre novios, estaba prohibido bajo culpa de pecado mortal. Las caricias estaban vedadas. Pintarse era una trasgresión moral grave. Se aconsejaba la presencia de la “carabina” siempre que una pareja estuviera junta¹²⁵. Incluso era pecado el placer dentro del matrimonio. Ciertas mujeres confesaban con profundo sentimiento de culpa el haber gozado durante el acto matrimonial. Es fácil entender que con esta filosofía de fondo, la mujer llegara a ser pura pasividad, docilidad, irracionalidad, infantilismo, incompetencia, llegando a ser un ciudadano de segunda clase (F. Blázquez, 1977, p. 31)¹²⁶. En este contexto, la mujer se convirtió en un objeto pasivo dentro del matrimonio, en el que el acto sexual sólo era lícito si se encaminaba a la procreación¹²⁷. La masturbación era considerada una práctica aberrante, cuyo uso y abuso propiciaba males muy serios como el nerviosismo, la ceguera e, incluso, la muerte. Los besos y las caricias propiciaban el pecado y la depravación. Frente a todas estas conductas descarriadas y vergonzosas, la Iglesia ponía como ejemplo de conducta moral el beso casto de la madre, el abrazo de padres e hijos, etc. Abundaban las conductas hagiográficas como ejemplo de moralidad, siendo la Inmaculada Concepción el ejemplo máximo de este tipo de comportamiento. La palabra moral se había convertido en sinónimo de sexualidad. Parecía que la Iglesia no contemplaba el supuesto de otros principios o posibles trasgresiones. Se vivía un contexto moralmente tenebroso donde casi todo era objeto de pecado y de prohibiciones.¹²⁸ Las confesiones, única salida viable a un estado de permanente condena, eran casi obligatorias en los colegios. Estas se convertían en un verdadero martirio, especialmente durante la pubertad. Casi todo se

¹²⁵ El término popular “carabina” sirve para designar a una tercera persona que fiscalizaba los actos de la pareja.

¹²⁶ Remito al lector a tres obras de fuerte recepción en la época, cuyos títulos son de por sí significativos, y que representan fielmente la moral del nacional-catolicismo en torno a la mujer: José María Pemán: *De doce cualidades de la mujer* (Madrid: Editorial Alcor, 1947) y A. García Figar: *Por una mujer mejor* (Barcelona: Editorial científico-medica, 1961). Quintín de Sariegos: *Luz en el camino* (Bilbao: Ediciones Paulinas, 1961). La bibliografía sobre el tema es muy amplia. Son suficientes, como muestra de lo dicho, los tres títulos reseñados.

¹²⁷ La “amante”, al margen del grado de hipocresía que ofrecía, fue en muchos casos una necesidad biológica para muchos españoles, eso sí, si éstos pertenecían a clases sociales pudientes.

¹²⁸ Sin embargo, había dos varas de medición. Todos estos principios y preceptos recaían de manera especial sobre la mujer. La moral en el caso del hombre era mucho más permisiva. El lenguaje castizo ha sabido reflejar esta diferencia en los términos de “puta” y “macho” con las acepciones tan particulares que ambos términos presentan. Sirvan unos ejemplos a escala social como demostración de lo afirmado. El chico que había tenido distintas novias era un hombre. La chica que había tenido un novio y que, por la razón que fuera, había roto la relación, era una mujer marcada. La chica que besaba a un chico, aunque éste fuera su novio, era una cualquiera; el beso del chico era una cosa natural, etc. Una madre soltera o una chica embarazada, al margen de las causas que explicaran tal situación, era considerada como una apastada social, que debía estar fuera de la sociedad para evitar su mal ejemplo. Este no era el caso del chico que podía seguir plenamente integrado en su ámbito social. La vergüenza recaía sobre la familia de la chica, no sobre la del hombre. Los ejemplos se pueden multiplicar, pero los señalados son suficientes para exponer la hipocresía de la Iglesia y la doble moral de sus propuestas.

reducía al capítulo de los pensamientos, tocamientos y actos impuros. Muchos jóvenes vivían en el infierno del pecado y otros, mucho más laxos en su moral, aprendieron a mentir con un cinismo sin límite. Al amparo de una moral laxista, se ocultaba descaradamente la verdad justificando en el fuero interno la razón de semejante embuste. Sin ningún problema, se negaba todo acto que fuera contra la moral y las buenas costumbres.

El catolicismo, sociológicamente, adquirió rasgos folclóricos. Se vivía una religión ritualista de misas y celebraciones litúrgicas, en la que las únicas preocupaciones serias, como se ha dicho, eran el sexto mandamiento y el cumplimiento de los preceptos obligatorios, como la misa dominical. El pueblo creyente, en general, no se comprometía interiormente ni vivía la religión de forma sincera y comprometida¹²⁹. Hasta mediados de la década de los sesenta, cuando el cumplimiento de las obligaciones religiosas entró en una profunda crisis, muchos de los supuestos practicantes eran simplemente creyentes de conveniencias en un estado que imponía como obligatorio el cumplimiento de los deberes religiosos¹³⁰. Se vivía entre el temor y la mentira. Se pecaba, porque en ese contexto no había más remedio que pecar, pero se tenía la seguridad de que la confesión iba a restituir la gracia perdida. El catolicismo fomentaba una religiosidad hipócrita y acomodaticia. Por otro lado, en un contexto religioso donde todo era pecado, donde el puro ritualismo llegaba a extremos insospechados de acuerdo con la ley de lo correcto y de lo ilegal, el creyente se movía en un territorio religioso lleno de dudas, prejuicios, sentimientos de culpa, etc. La religión, de esta manera, zigzagueaba de la hipocresía a la duda y de los cargos de conciencia a la simulación¹³¹.

* * * * *

¹²⁹ Esto no quiere decir que no hubiera católicos sinceros que vivían su espiritualidad de forma responsable. Los hubo muchos y buenos y en todos los grupos humanos. Sin embargo, la valoración que se puede hacer de la Iglesia oficial con sus jerarcas es la que se ofrece en estas páginas.

¹³⁰ Entre otros, Juan José Ruiz Rico admite En su libro *El papel político de la Iglesia católica en el régimen de Franco* que a partir del fin de la guerra se verificó “un crecimiento vertical de las prácticas religiosas” (p. 77), cuya explicación sólo puede ser el miedo, las conveniencias y las presiones externas.

¹³¹ Fue llamativo cómo grupos de españoles se ingeniaran para pecar escudados en la religión. Ciertos actos religiosos servían de tapadillo para realizar actos de índole muy diferente. La adoración nocturna era pretexto ante la familia para acudir a las casas de prostitución o para acudir a una cita. El cine ha sabido reflejar magistralmente estas conductas. Otro caso era la costumbre de las chicas que llegaban tarde a casa, quienes, para evitar las críticas consiguientes, se colocaban la mantilla como si vinieran de un acto religioso. Eran conocidas con el nombre de las “puta-mantillas”. Era muy frecuente este tipo de conductas.

Cuadro de textos escolares de lectura patriótica y religiosa de la primera época franquista.¹³²

Autor	Título	Año
Anónimo	<i>Madre España</i>	1940
Barco, Gustavo del	<i>Los forjadores de la Nueva España</i>	1937
Barberán Castrillo, Manuel	<i>Un héroe de diez años o ¡Arriba España!</i>	1938
Bolinaga, Josefina	<i>Nueva Raza</i>	1940
Bolinaga, Josefina	<i>Amanecer</i>	1954
Cossío, Francisco de	<i>Hacia una nueva España</i>	1937
Dalmau Carles, José	<i>La escuela y la patria</i>	1940
Domínguez, José León	<i>Glorias hispanas. Libro de lecturas patrióticas</i>	1941
F. T. P.	<i>El libro de España</i>	1939
Fernández, Antonio	<i>Nuevas lecturas patrióticas</i>	1937
Fernández, Antonio	<i>Santas y heroínas</i>	1942
García Ezpeleta, Fermín	<i>España inmortal</i>	1943
Giménez Caballero, E.	<i>España nuestra. El libro de las juventudes españolas</i>	1943
González Ruiz, Nicolás	<i>Cuentos del pasado glorioso</i>	1958
Goy, Andrés	<i>Religión y Patria</i>	1945
Herrera Oria, Enrique	<i>España es mi madre</i>	1939
H. S. R.	<i>Así quiero ser (El niño del Nuevo Estado)</i>	1940
Lizondo, Julián	<i>Espejo y gloria de España</i>	1938
Maíllo, Adolfo	<i>Romancero español para niños y jóvenes</i>	1949
Maíllo, Adolfo	<i>Patria</i>	1958
Manzanares, Alejandro	<i>Raza española. (El libro del muchacho español)</i>	1941
Manzanares, Alejandro	<i>Nueva España</i>	1940
Manzanares, Alejandro	<i>Tu patria</i>	1957
Menéndez Reigada, I.	<i>Catecismo patriótico español</i>	1939
Miner, José Manuel	<i>Cruzada de España. Hechos y figuras del glorioso Movimiento Nacional</i>	1941
Miner, J.M. y Villarín, J.	<i>Abriles de España</i>	1937
Muntada Bach, José	<i>Santa tierra de España</i>	1942
Muntada Bach, José	<i>España. Lecturas de historia patria</i>	1958
Onieva, Antonio J.	<i>Escudo Imperial</i>	1939
Onieva, Antonio J.	<i>Héroes</i>	1946
Onieva, Antonio J.	<i>Símbolos de España</i>	1957
Ortiz Muñoz, Luis	<i>Glorias imperiales I</i>	1940
Ortiz Muñoz, Luis	<i>Glorias imperiales II. El gran Imperio de la</i>	1940

¹³² El estudio de Francisca Montilla *Selección de libros escolares de lectura* (Madrid: C.S.I.C., 1954) es una obra imprescindible de lectura para conocer el sentido y el número de textos escolares de lecturas patrióticas y religiosas más significativos de la primera época del franquismo. Merece la pena reseñar los cinco libros de lectura predilectos según los informes de los técnicos escolares:

- 1º.- *Glorias imperiales* de Luis Ortiz Muñoz.
- 2º.- *Don Quijote de la Mancha* de Cervantes.
- 3º.- *Cristo es la verdad* de Serrano de Haro.
- 4º.- *Rayas* de Ángel Rodríguez Álvarez.
- 5º.- *España es así* de Serrano de Haro

	<i>Hispanidad</i>	
Pablo Romero, Juan J.	<i>La escuela para Dios y para España</i>	1938
Pemán, José María	<i>La historia de España contada con sencillez</i>	1938
Rodríguez, Teodoro	<i>Nueva Reconquista de España</i>	1938
Serrano de Haro, Agustín	<i>España es así</i>	1940
Serrano de Haro, Agustín	<i>Yo soy español</i>	1943
Serrano de Haro, Agustín	<i>Guirnaldas de la historia</i>	1947
Serrano de Haro, Agustín	<i>En el camino de Dios</i>	1961
Serrano de Haro, Agustín	<i>Mirando a España</i>	1962
Serrano de Haro, Agustín	<i>Así nos quiere Dios</i>	1966
Silvia, Aurora	<i>Cara al sol</i>	1940
Siurot, Manuel	<i>La nueva emoción de España</i>	1937
Solana, Ezequiel	<i>La patria española</i>	1940
Torrente Ballester, G.	<i>Aprendiz de hombre</i>	1960
Torres, Federico	<i>Horizonte imperial. El solar y la epopeya de la raza</i>	1941
Velicia, Enrique	<i>Haciendo patria</i>	1938

* * * * *

II.-8.- La “moral de la respetabilidad”

Las normas de conducta y la moral dominante definen de forma precisa la personalidad, tanto individual como colectiva, de una sociedad. Moral y comportamientos revelan los ideales y los valores de una comunidad. Incluso, la visión que los grupos humanos pueden tener del mundo, de la vida, del hombre, etc., está determinada en buena medida por las normas y por los principios que rigen sus conductas. Desde este punto de vista, la España franquista se alineó de manera inequívoca en los espacios de la denominada *moral de la respetabilidad*¹³³, conocida también como moral burguesa o moral victoriana, moral que definía la ética de los partidos cristianos conservadores.

La *moral de la respetabilidad*, como sistema unificador de actitudes éticas y de conductas, no fue creación del orden nacional-católico. Para explicar el nacimiento y el triunfo de esta moral en la sociedad europea hay que retrotraerse a las épocas en que la burguesía liberal, clase social nacida propiamente a partir de la Revolución Industrial, llegó a ostentar el poder y la dirección social y cultural¹³⁴. La clase burguesa creó un ideal de conducta como medio de diferenciación con respecto a la vida disoluta y

¹³³ Un estudio muy interesante que toca de lleno este problema es la obra de George L. Moose *La cultura europea del siglo XIX* (Barcelona: Editorial Ariel Historia, 1997). En este sentido, este apartado debe mucho a este estudio. Remito al lector interesado a esta obra, especialmente al capítulo primero, “El ritmo cambiante de la vida”.

¹³⁴ T. W. Adorno es de opinión similar, cuando afirma que los arquetipos de la actual cultura popular se establecieron tempranamente en la Inglaterra de finales del S. XVII y comienzos del S. XVIII en el desarrollo de la sociedad de clase media o clase burguesa (1966, 11).

lasciva de los grupos aristocráticos y a las formas rudas y poco refinadas de los grupos populares. Los principios básicos de esta moral fueron básicamente tres: patria, religión y familia, acompañados éstos con otros principios o deberes tales como el respeto, la decencia y la educación junto a los valores máximos del trabajo y de la propiedad privada. A su vez, estas razones fueron modificándose o adaptándose a las necesidades o exigencias de las diferentes orientaciones políticas o de los distintos intereses políticos, pero siempre conservando su auténtico sentido de origen. Esta moral se aplicó a todos los órdenes de la vida individual y colectiva. De esta manera, la *moral de la respetabilidad* se identificó plenamente con el código de valores y con los ideales de comportamiento de la burguesía liberal.

Estos principios, patria, religión y familia, junto a los fundamentos de respeto, decencia y educación, que definieron en un primer momento las actitudes morales de la burguesía, pronto se extendieron a todos los sectores de la población europea. Lo que en un principio fue signo de identidad y de distinción de una clase social, rápidamente pasó a ser código de conducta de todas las clases sociales, tanto de los grupos aristocráticos como de los grupos populares. Se impuso así una moral que “establecía distinciones claras y sin ambigüedades entre lo que estaba permitido y lo que estaba prohibido en una sociedad decente y respetable”¹³⁵ al margen de clases sociales y de grupos económicos.

La religión jugó un papel fundamental en la universalización de la respetabilidad como moral dominante. En un primer momento, fueron los movimientos religiosos protestantes de signo renovador los que tomaron estos principios como sistema de normas y de valores. Con posterioridad fue la Iglesia católica, que advirtió y tomó buena cuenta de lo que podía significar esta moral para sus fines evangélicos, para su proselitismo religioso y para su propio fortalecimiento como institución. Además del papel reivindicativo que jugó la Iglesia en el proceso de consolidación de esta cultura, se encuentra el mismo hecho histórico del triunfo de las clases burguesas en todas las esferas de decisión de los países europeos más influyentes. La burguesía desde el poder impuso su moral como la única válida y operativa. A partir de mediados del siglo XIX,

¹³⁵ George L. Mosse: *La cultura europea del siglo XIX*. Op. Cit. p., 29.

Europa había asumido un ideal social e individual basado en la *moral de la respetabilidad*¹³⁶.

La respetabilidad se proyectaba hacia dos direcciones perfectamente sintonizadas en fines y en intereses: la Iglesia y el Estado. Por eso, el primer principio de esta moral se basaba en la **religiosidad**. No importaba tanto la confesionalidad del creyente, como la responsabilidad religiosa del ciudadano. Se podía ser libre en la elección de las creencias; pero una vez realizada ésta, se imponía la obligación de cumplir con las reglas y preceptos que preconizaba el credo religioso¹³⁷. En el caso del nacional-catolicismo la religión oficial fue la católica. Por eso, la religiosidad en el caso de España se identificó plenamente con el catolicismo. Desde este punto de vista, se explica también el papel tan predominante que tuvo la Iglesia católica en el sistema del régimen franquista.

La Iglesia desarrolló en esta época de fuerte dirigismo ideológico un comportamiento tan desigual como desconcertante. Mostró al mismo tiempo una laxitud sorprendente hacia algunos preceptos del Evangelio y una intransigencia extrema hacia otros. Hay que afirmar sin ambages ni disimulos que la Iglesia prefirió jugar el papel del oportunismo temporal en detrimento de la moral evangélica. En ningún momento quiso entrar en competencia, menos en conflicto, con el poder político. Es más, fue el más eficaz y celoso compañero de viaje del franquismo en esta aventura ideológica y política. La Iglesia española en esta época asumió una postura muy interesada y muy poco edificante. A través de sus mandatos y de sus líneas programáticas convirtió la religión en un puro ritualismo sin compromiso ni responsabilidad más allá de la pura normativa. Visto con ojos actuales, parece que sólo le interesaba la obediencia ciega de todos los creyentes hacia una serie de preceptos. Su arma más eficaz fue el miedo al infierno como consecuencia del pecado. Pecado era todo incumplimiento, por leve que éste fuera, de los preceptos impuestos por la Iglesia. Creó una vida religiosa de miedos

¹³⁶ Existe una verdadera literatura religiosa de la defensa de la moral de la respetabilidad. Remito al lector interesado a las obras del jesuita Valentín Incio García: *Compendio de cultura religiosa. El dogma. La moral. La vida sobrenatural* (Madrid: Ediciones Verdad, 1944) y *Síntesis de religión* (Madrid: Ediciones Verdad, 1942).

¹³⁷ En el caso del nacional-catolicismo se negaba la razón de la libertad de elección, ya que todo ciudadano español tenía que ser católico por ley. A partir de este mandamiento, se establecía la obligatoriedad de obediencia y cumplimiento. Todos los ciudadanos debían ser católicos y, como tales, debían cumplir con plena fidelidad las normas establecidas por la Iglesia católica, respetando y venerando a todos sus representantes.

y supersticiones.¹³⁸ El español, inserto en la cultura del nacional-catolicismo, vivía sometido al dictamen de la Iglesia. Según el principio de la respetabilidad el buen católico debía cumplir con todas estas exigencias sin importar mucho la pureza interior de su conducta. Únicamente valía el ritualismo, el cumplimiento de la normativa. Esta realidad explicaría el hecho de que un número importante de no creyentes o muy poco afectos a las prácticas religiosas durante el tiempo de la República con la llegada del franquismo se convirtieran en auténticos apóstoles o esclavos del ritual romano. ¿Qué mejor manera de demostrar su arrepentimiento o validar su identidad plena con la normativa del nacional-catolicismo que cumplir fielmente con todas las prácticas impuestas por la *moral de la respetabilidad*?¹³⁹ El ritualismo y el posibilismo jugaron un papel decisivo en la vida religiosa de la España de esa época.¹⁴⁰ Parece que a los responsables jerárquicos no les interesaba tanto la realidad espiritual como la posesión del control de la fe y de la salvación.

Por otro lado, tal como se ha afirmado con anterioridad, la Iglesia se implicó hasta extremos un tanto demenciales, por no calificarlos de absurdos, en el control de una moral reducida a los ámbitos de la sexualidad y del pudor. Daba la impresión de que el único mandamiento real del decálogo cristiano se centraba en el sexto mandamiento, en el “no fornicar”.¹⁴¹ Esta obsesión era comprensible desde la óptica oficial religiosa, ya que, según sus teóricos más relevantes, como el jesuita Valentín Incio en su conocida obra *La moral*, “de cada cien condenados del infierno, noventa y nueve caen en él por el pecado de la impureza”¹⁴². Es curioso que en circunstancias límite de venganzas políticas y de una corrupción salvaje, los mandamientos quinto, séptimo y décimo no

¹³⁸ Un buen ejemplo de este ritualismo externo y demencial era la prohibición de tocar la “santa forma” con los dientes bajo pena de pecado. Cientos de niños sufrieron intensamente en el día de su primera comunión por haber razado involuntariamente la ostia con los dientes. Lo que debía ser un día de felicidad y de celebración se convertía en un martirio interior con fuertes cargos de conciencia.

¹³⁹ Algo similar sucedió en el campo político. Muchos españoles que habían estado, incluso luchado, en el bando republicano engrosaron las filas del falangismo, intentado con esta postura demostrar su completa identificación con el ideal franquista.

¹⁴⁰ Con esto no queremos negar la presencia de numerosos cristianos convencidos y entregados responsablemente a una fe de entrega y compromiso. Es lógico pensar que el número de creyentes sinceros fuera muy alto. Pero los estudios realizados y las confesiones de muchos encuestados confirman también la otra realidad, incluso la ofrecen como la representativa de la época.

¹⁴¹ Fornicar era una palabra tabú que no recibía la más mínima explicación ni por parte de los profesores ni de los padres. Los niños no sabían lo que podía significar, pero pensaban que debía ser algo muy malo, cuando los mayores se escandalizaban con su sola mención. Hubo que esperar mucho tiempo para conocer su verdadero significado.

¹⁴² Cita tomada de la obra de F. Blázquez.: *Cuarenta años sin sexo*. Op. Cit., p. 152. Esta misma idea la expresa L. Alonso Tejada en su obra *La represión sexual en la España de Franco*, p. 19.

contaran para nada. Como afirma L. Alonso Tejada, “la moral, por excelencia, era la moral sexual” (p. 21).

El ritualismo y la moralidad sexual, cuyo máximo exponente era el pudor, conformaban las bases de la religiosidad. Es curioso constatar la identidad de valores y conductas que se dieron entre la cultura del nacional-catolicismo y la *moral de la respetabilidad*. En ambos casos, sexualidad y pudor eran los dos pilares básicos de su esquema ideológico. Por eso, se imponía como deber fundamental el control sobre las pasiones, pero especialmente sobre la sexualidad. Control se convirtió en sinónimo de religiosidad y de patriotismo. Dios y la patria pedían a todo ciudadano y a todo creyente la entrega absoluta con todas sus fuerzas y energías. Según la mentalidad imperante, las pasiones, de manera muy especial la incontinencia sexual, debilitaban el organismo y mermaban la capacidad de servicio. Se imponía la ley del dominio sobre uno mismo. El matrimonio tampoco legitimaba el placer y mucho menos la utilización desmedida e inmoderada del sexo. El exceso podía llevar a los mismos males físicos. La moral del nacional-catolicismo y la moral de la respetabilidad exigían, tanto por deber patriótico como por acatamiento religioso, control sexual, pudor y decoro.

La religiosidad era la garante de este comportamiento honesto, decoroso, espiritual y patriótico. La Iglesia se sintió desde un primer momento con el deber de proteger estos principios de conducta hasta límites un tanto patológicos. Por eso, por su finalidad y por su naturaleza, la Iglesia, como abanderada de la *moral de la respetabilidad*, era una institución sagrada que merecía el acatamiento y la obediencia plena de los fieles y de los ciudadanos. La religiosidad debía regir las prácticas personales y sociales de todos los buenos cristianos y de todos los buenos españoles.

Junto con la razón de religiosidad, se encontraba en un mismo plano de importancia y de significado el precepto o **ley del patriotismo**. La respetabilidad exigía en todo ciudadano el deber hacia la patria o, lo que es lo mismo, los sentimientos de amor y sacrificio sin límite por España. El patriotismo era y es otro de los mandamientos básicos de la moral burguesa. La prosperidad y la grandeza de la patria implicaban precisamente esa entrega heroica y abnegada por parte de todos los verdaderos

ciudadanos.¹⁴³ Como afirmaba el ideólogo del nacional-catolicismo Antonio J. Onieva en su obra *España despierta*, la “obligación colectiva de los españoles es fortalecer la nación, elevarla y engrandecerla. Esta función tan sencilla y magnífica tiene un nombre: Patriotismo... Patriotismo es considerar nuestro deber cotidiano como un acto de servicio nacional” (pp.16-17).

Por eso, el servicio a la patria presentaba dos caras dependiendo de las circunstancias históricas: heroísmo hasta la muerte en tiempos de guerra y laboriosidad extrema en tiempos de paz. Todo ciudadano, en nombre del deber patrio, debía demostrar su condición de soldado o su naturaleza de trabajador. Según las exigencias del momento, se podía hacer patria lo mismo con el fusil que con el instrumento de trabajo. Lo básico era la entrega. La patria exigía el esfuerzo generoso y valiente, incluso, si era preciso, la entrega de la vida. Este espíritu de sacrificio y de entrega caracterizaba uno de los principios del ideario político del nacional-catolicismo.

Se entiende que la respetabilidad obligara a todos los ciudadanos a aceptar el “evangelio de la lucha” o el “evangelio del trabajo”¹⁴⁴. El lema era heroísmo en la guerra y eficacia en el trabajo. Estas razones de heroísmo y eficacia aseguraban la grandeza de la patria. No había mejor manera de demostrar el patriotismo que luchar por una patria grande y soberana. El eslogan de una “patria grande y libre” se identificaba plenamente con la “España: una, grande y libre”. Moral de la respetabilidad y cultura del nacional-catolicismo marchaban por los mismos derroteros de fines y de intereses.

Se habían establecido los dos pilares básicos de la moral de la respetabilidad y de la ideología del nacional-catolicismo: religiosidad y patriotismo. Este binomio de valores creó una interdependencia tan fuerte entre ambos principios que era imposible pensar en la virtualidad de un patriota que no fuera una persona religiosa de la misma manera que no se podía concebir un sujeto religioso que no fuera al mismo tiempo un buen patriota.

¹⁴³ En este contexto ideológico, no se puede olvidar que la prosperidad de la patria significa en todo momento riqueza y bienestar para las clases burguesas. Por lo tanto, en la mentalidad burguesa el patriotismo es una razón interesada.

¹⁴⁴ La razón del trabajo nos lleva por el camino más directo al principio de la propiedad privada. El trabajo no sólo significa bienestar y progreso para las naciones sino también para los individuos. Todo trabajador tiene derecho a disfrutar de una manera civilizada de los beneficios que le aporta su trabajo. Si no existiera la propiedad privada no habría estímulo ni razón para el trabajo. Por eso, trabajo y propiedad privada forman un tándem perfectamente sincronizado. La moral de la respetabilidad no habla de la propiedad privada, pero la da por supuesta.

Este mismo axioma planteado en clave de nacional-catolicismo hacía que todo buen español se caracterizase por su profunda religiosidad católica lo mismo que todo católico debía ser un buen y abnegado español. Españolidad y catolicidad marcaban el ritmo ideológico del pensamiento franquista. Fue plena “la identificación entre catolicismo y España en todos los modos posibles. Tradición católica y cultura española coinciden. Historia nacional e historia eclesiástica también. Unidad política y unidad católica, razones de Estado y de la Iglesia han coincidido y deben volver a hacerlo” (Botti, p. 75). Se creaba, de esta manera, un cuerpo de doctrina y de valores en el que el patriotismo y la religiosidad quedaban fusionados en un todo único e indivisible¹⁴⁵. No se podía concebir la existencia de un patriotismo fuera del marco del catolicismo. Federico de Urrutia en su obra *Camarada, he aquí al enemigo*, haciendo suya la doctrina del líder de Falange, advierte que las únicas maneras serias de comprender la vida son lo militar-patriótico y lo religioso (p. 15).

A partir de este fundamento ideológico, es posible organizar todo el andamiaje interno del nacional-catolicismo, puntos programáticos que se dan de forma inequívoca y con toda exactitud en la “moral de la respetabilidad”. Establecidos los pilares, se imponía el armazón estructural sustentado en los principios de **obediencia** y **jerarquía**. El primer mandamiento de esta filosofía de conducta y de valores era la obediencia ciega y el acatamiento incondicional a la autoridad establecida y a las leyes vigentes. Incluso el término “respetabilidad”, cuyo vocablo base es respeto, en sus acepciones más primarias significa veneración y sumisión. Toda moral, pero muy especialmente la moral burguesa, crea e impone un cuadro de ideas y de preceptos que funcionan como una fuerza integradora de gran eficacia para mantener el control ideológico y, de esta manera, preservar los privilegios de clase.

La *moral de la respetabilidad*, basada en los pilares de la religiosidad y del patriotismo, organiza su entramado ideológico en el principio de la jerarquía y de la obediencia, ya que los gobernantes, tanto políticos como religiosos, presentan una justificación divina,

¹⁴⁵ Esta sintonía de valores se ve expresada en infinidad de obras de la época de especialidades muy diferenciadas. Bastan recordar unos cuantos títulos como referencia de una realidad sólidamente asentada. *Plegarias y bayonetas* de Juan Lebrero Escudero; *La escuela para Dios y para España* de Juan José de Pablo Romero; *¡Por Dios y por la Patria!* de Joaquín Azpiazu; *Las dos espadas: la Iglesia y el Estado* de León del Amo; *Guerra santa: el sentido católico de la guerra española* de Aniceto de Castro Albarrán; *Catecismo patriótico español* de Ignacio Menéndez Reigada; etcétera.

convirtiéndose la obediencia en principio máximo de cumplimiento y aceptación. De esta manera, quedaban perfectamente ensamblados los principios de religiosidad y patriotismo. Son muy esclarecedoras las palabras de Alberto Martín Artajo cuando ofrece su “Exposición sistemática de la doctrina pontificia acerca de la constitución cristiana de la Sociedad y del Estado”, afirmando que:

La constitución cristiana de los estados presenta una gran perfección, de la que carecen los restantes sistemas políticos. En ella, los derechos de los ciudadanos son respetados como inviolables y quedan defendidos bajo el patrimonio de las leyes divinas. Sus deberes se ven definidos con sabia exactitud y su cumplimiento sancionado con eficacia. Las leyes se ordenan al bien común y no son dictadas por el juicio y el voto falaces de la muchedumbre, sino por la verdad y la justicia. La autoridad de los gobernantes queda revestida de un cierto carácter sagrado y sobrehumano y se ve frenada para que no se aparte de la justicia ni degenera en abuso de poder. La obediencia de los ciudadanos tiene por compañera una honrada dignidad, porque no es sumisión de hombre a hombre, sino sumisión a la voluntad de Dios, que ejerce su poder por medio de los hombres (p. 15).

La tesis que Martín Artajo presenta es muy sencilla en su planteamiento y muy operativa en sus consecuencias. Para el ministro franquista, todo gobierno con una constitución cristiana tiene un carácter sagrado porque sus dirigentes ejercen un poder de origen divino que busca el bien común a través de los principios de la dignidad y de la justicia. Una política basada en razones divinas y con unos fines tan sagrados y legítimos tiene que ser acatada con auténtica reverencia por los ciudadanos para lograr unos fines que, siendo profundamente humanos, revelan la voluntad de Dios. De esta manera, se legitima la razón de obediencia a la autoridad como un deber sagrado para todos los ciudadanos.

A partir de la razón del poder divino de los gobernantes, se crea un cuerpo de normas con un sentido casi sagrado. La obediencia a los superiores implica el cumplimiento de las leyes divinas, de forma que la buena ciudadanía se contempla como religión. A partir de estos supuestos, es sencillo percibir sus consecuencias. El Estado promulga una normativa jurídica y social, planificada con máximo rigor y con una indiscutible intencionalidad, para imponer una forma de vida, un sistema de valores y una visión particular del mundo y de la sociedad. Toda moral dominante es una fuerza cultural de carácter impositivo que el grupo social en el poder desarrollada e impone sobre el resto de la población. En este contexto, los principios de jerarquía y obediencia adquieren todo su sentido y desarrollan toda su finalidad.

La pedagogía infantil del nacional-catolicismo lleva estas enseñanzas hasta extremos insospechados, potenciando desde los inicios de la formación educativa la médula ideológica del sistema. Los ejemplos pueden ser muchos y variados. Seleccione entre los posibles el que ofrece Antonio J. Onieva en su libro escolar de lecturas *Héroes*:

En toda sociedad organizada existen unos hombres que mandan y otros que obedecen; aquéllos son las autoridades, y éstos, los subordinados. Todos ellos, unos mandando y otros obedeciendo, contribuyen al perfeccionamiento social. Pero con ser importantes las dos funciones, mucho más lo es la segunda; pues una sociedad en que se desconoce la autoridad o en que se la burla, degenera en la anarquía. La indisciplina engendra el caos, es decir, el desorden. Sólo la disciplina hace grandes a los pueblos. Un pueblo en donde todo el mundo cumple con su deber es un pueblo ideal. ¿Cómo se cumple con el deber? Acatando las órdenes de los superiores y llevándolas dócilmente a la práctica. Para ello es preciso subordinarse a la autoridad. Si todo el mundo se dedicase a mandar, no habría quien obedeciera (pp. 37-38).

El texto del Antonio J. Onieva es un ejemplo magnífico de la lección de obediencia y subordinación hacia los mandatarios sean estos políticos, religiosos o educacionales. Se impone la ley del respeto y de la sumisión en todos los planos de la vida. Se exige el culto ciego a la autoridad establecida y una fidelidad extrema a las normas vigentes. Este principio, que funciona como medio eficaz de mantenimiento del sistema imperante, se convierte en fundamento de respetabilidad y en norma de dignidad social. El ideal de jerarquía es una razón inherente a estos principios de obediencia, de respeto y de educación.

Según la doctrina del nacional-catolicismo, la sociedad tenía que presentar una estructura de poder jerárquicamente establecida como sistema eficaz de un orden interno que fuera el sostén y la garantía del funcionamiento del bienestar social y del progreso económico. No podía haber éxito ni progreso sin orden. Por eso, en este punto, la moralidad y el nacional-catolicismo vuelven a darse la mano para proclamar unos mismos fines a través de una idéntica estrategia de conducta y de valores. Si se añade a los principios de nacionalismo y religiosidad los valores de jerarquía y de orden tenemos ya planteado la estructura del nuevo Estado y de la nueva sociedad. Todo patriota, como buen español, estaba obligado por ley y por entrega a asumir el orden instituido y a obedecer a los representantes del orden y del sistema. Cada sujeto tenía que cumplir con sus deberes de acuerdo con el lugar que ocupaba en el organigrama social. Los políticos y los militares, mandando y garantizando la paz y el bienestar, y los

ciudadanos, obedeciendo y trabajando por esa paz, todos hacían patria y creaban futuro. La grandeza de la Patria dependía del perfecto funcionamiento de todos y de cada uno de los engranajes que formaban el cuerpo social y político del nuevo Estado.

La jerarquía y el orden en unas estructuras de carácter nacional y religioso daban paso a otro principio capital de la nueva ideología: la **razón del liderazgo**. Toda sociedad bien estructurada y programada para la paz y el progreso tenía que tener un líder fuerte y carismático. La Iglesia había institucionalizado la figura del líder universal desde los primeros momentos de su historia a través de la figura del Papa, Vicario de Cristo. El Papa era el líder religioso indiscutible y carismático, poseedor de la verdad absoluta, santo y paternalista, que buscaba el bien espiritual de todos los fieles y, si era posible, también procuraba su bienestar material. Se le debía obediencia máxima y un total respeto. Era el representante de Dios en la tierra y, por eso, en su persona se congregaban todas las virtudes y todos los bienes espirituales. La Iglesia, dirigida por un Papa, tenía un cuerpo de jerarcas, que administraban la justicia religiosa y dirigían a sus pastores y a sus fieles. De esta manera, el cuerpo religioso se hallaba estructurado en torno a una figura suprema que posibilitaba la marcha perfecta del complejo y heterogéneo organismo religioso. De la misma manera que se daba en el plano religioso, era necesaria y obligatoria la presencia de un líder temporal que garantizase el éxito material de la patria y el bienestar personal y social de sus ciudadanos. Se impuso desde los primeros tiempos el mito del Caudillaje. En el caso del nacional-catolicismo este líder-caudillo indiscutible y carismático fue Francisco Franco, cabeza de una estructura política perfectamente jerarquizada.

Como se ha afirmado con anterioridad, los dos elementos siempre presentes en todo centro oficial, desde las escuelas hasta los despachos, eran el crucifijo y la figura del “generalísimo”. La Iglesia y el poder temporal impusieron desde los primeros meses de la guerra la idea del providencialismo, de forma tal que se aceptaba sin discusión que Francisco Franco había llegado al poder por voluntad divina¹⁴⁶. Nacía el mito del

¹⁴⁶ Creo interesante, para reforzar la tesis que se defiende en estas páginas, reproducir un breve texto de la obra de Ángel Pérez Rodrigo, *Franco. Una vida al servicio de la patria* (Madrid, 1943), libro escolar de lectura, donde afirma que la escritura de la obra se debió a la idea de “ofrecer a la niñez y juventud españolas, en forma adecuada a su psicología, las hazañas del hombre ejemplar que Dios ha concedido, por una gracia especialísima, a España, para que la conduzca acertadamente a su destino” (p. 8). El providencialismo fue una nota clave de la doctrina del nacional-catolicismo. Incluso, es tan llamativo

caudillaje, término que aceptó Franco con gusto tal como demuestra la presencia casi permanente de esta denominación en los diarios y revistas de la época¹⁴⁷. España rindió culto a su líder. En todas partes se hallaba su figura. Incluso, hasta en la propaganda comercial de los primeros tiempos, se aireaba la idea de Franco como salvador de la Patria y como benefactor máximo de los españoles. Se llegaba a comer turrón gracias a Franco y parecía que se curaban las hernias también gracias a Franco¹⁴⁸. En todas partes, siguiendo el ritual fascista, se entonaba y se escribía por tres veces su nombre, como si representara en su figura la trinidad temporal¹⁴⁹. La estructura piramidal del Estado estaba presidida por Franco. Con Franco, como garantes del orden y de la paz, se encontraban el ejército y los cuerpos policiales. Era la formación media entre el líder y el pueblo. En la base del organigrama piramidal se ubicaban los ciudadanos.

El principio de obediencia hacia los representantes de la ley impuso y reforzó el culto y el respeto a la autoridad. Pero ésta, la autoridad, presentaba siempre unas connotaciones positivas. La bondad y el paternalismo eran las notas características de esta jerarquía. Todo lo que se hacía y todo lo que se mandaba era para bien de la patria y para el bien de los ciudadanos. En los medios de comunicación, nunca aparece la idea o la noticia de una autoridad perteneciente al mundo del nacional-catolicismo que se realizara en el poder y en el despotismo. La autoridad era buena y necesaria por naturaleza por ser garantía de orden, paz y progreso. Incluso, dentro de esta línea de paternalismo y benevolencia, se difundió la imagen de un caudillo sonriente y padre de todos los españoles. Se hablaba continuamente de la sonrisa del caudillo, cuando este caudillo apareció sonriendo en muy contadas ocasiones. Tanto la respetabilidad como la cultura del nacional-catolicismo difundieron una imagen de una autoridad bondadosa, sacrificada y siempre al servicio de la sociedad.

como ilustrativo el cierre del libro mencionado con la exclamación de “Franco con Dios y Dios con Franco” (p. 171)

¹⁴⁷ El otro título de exaltación militar que recibió Franco fue el de “Generalísimo”.

¹⁴⁸ Al lector interesado le remito a las páginas de la propaganda comercial de revistas como *Vértice*. Incluso, es posible estudiar la marcha de la guerra a través de los anuncios comerciales. Según se van moviendo los frentes de lucha, así van apareciendo anuncios en los que Franco aparece como salvador de la patria en las páginas de las revistas procedentes de los nuevos lugares incorporados al territorio nacional.

¹⁴⁹ El eslogan y los gritos de “Franco, Franco, Franco” eran simple copia del grito del fascismo italiano “Duce, Duce, Duce”.

El tópico de una autoridad justa, recta y bondadosa reforzó el culto y el respeto hacia la cultura del nacional-catolicismo. Desde este punto de vista y con esta ideología de fondo, se generalizaron toda una serie de eslóganes que funcionaban con el mismo ritmo semántico: “Por Dios y por España”, “Por Dios y por Franco”, “por España y por Franco”, “muertos por Dios y por España”, etc. Los eslóganes, constantemente repetidos, sacralizaban las imágenes de un Franco bueno y paternalista, de una España grande y una; y ambos, Franco y España, aparecían sacralizados por su relación providencialista. Se divinizaban los principios del nacionalismo y de la autoridad socio-política al identificarlos con la razón de la divinidad. Estos eslóganes sintetizaban a la perfección el matrimonio perfectamente avenido entre patriotismo y religión en torno a unos líderes carismáticos como expresiones de un mundo de valor absoluto y de verdad universal. Como se afirmaba en páginas anteriores, la moral y la doctrina del nacional-catolicismo, basado en las premisas de la *moral de la respetabilidad*, se reducía al principio de “España: Una, Grande y Libre” “por la gracia de Dios” y por obra de un “Caudillo”.

Otro precepto clave, aunque no necesariamente razón de la moral de la respetabilidad, fue el principio de **Imperio**¹⁵⁰. El ideal de “Imperio” era parte fundamental del programa de Falange¹⁵¹. De ahí pasó a la doctrina del nacional-catolicismo, convirtiéndose en uno de los mandamientos políticos más manidos del franquismo. El libro infantil de lecturas de Federico Torres, *Horizonte imperial. El solar y la epopeya de la raza*, se abre con estas palabras: “Este es el horizonte que debemos mirar... ¡España imperial!” (p. 9). Esta exhortación, dirigida a los niños, era válida para todos los españoles, ya que el ideal de “imperio” era meta y fin en sí mismo. Un buen ejemplo de esta filosofía de Imperio es la idea que defiende Federico de Urrutia en su obra *El nacionalsindicalismo es así*:

¹⁵⁰ La moral de la respetabilidad defendía la máxima de la grandeza patria a través del servicio de los ciudadanos. Esta grandeza llevó necesariamente a una política marcadamente imperialista. Inglaterra, Alemania, Francia, etc., son buenos ejemplos de este tipo de política internacional. Pero no se hablaba necesariamente de Imperio, aunque tampoco se negaba. Es el caso, por ejemplo, del imperio inglés. Sin embargo, en los regímenes fascistas, como tal el nacional-catolicismo, se planteó la razón de Imperio como principio rector de su ejercicio político. Véanse los puntos 2 y 3 del ideario de Falange.

¹⁵¹ No se puede olvidar que el principio segundo de la doctrina de Falange decía: “España es una unidad de destino en lo universal”; y en su artículo tercero afirmaba que “Tenemos voluntad de Imperio. Afirmamos que la plenitud histórica de España es el Imperio... España alega su condición de eje espiritual del mundo hispano como título de preeminencia en las empresas universales”. En esta misma línea de pensamiento expresaba Antonio Tovar, cuando afirmaba que “a la idea de Imperio llegamos desde el concepto de Unidad y superando el de Nación” (1938: p. 319). Idénticos planteamientos ofrecía fray Justo Pérez de Urbel en su trabajo “El arte y el Imperio” (1938: pp.71-92).

El combate para nosotros es sólo el medio de urgencia que hemos necesitado y empleado. El “fin” es el propósito anterior al medio. Edificar un pueblo con la arquitectura clásica y clara de los imperios (p. 50).

Hay miles de ejemplos que nos remiten al ideal de imperio. Basten estos simples ejemplos como demostración de lo afirmado. De esta manera, toda acción civil y política tenía, o debía tener, un sentido de imperio, de grandeza y de universalidad nacional. La razón de Imperio no era sólo un ideal, sino sobre todo una exigencia patriótica que obligaba a todos los españoles. La existencia de todo buen ciudadano tenía que convertirse en una entrega plena e incondicional por el bien y por la gloria de la Patria. Este mandamiento exigía el cumplimiento fiel y eficaz de todos los deberes. La grandeza de la Patria era un fin de absoluta obligatoriedad para todo buen ciudadano. Esta lucha permanente por el engrandecimiento de la patria conducía necesariamente a la razón de imperio. La idea de “Imperio” y la ideología del “imperialismo” funcionaban como preceptos básicos de esta ideología de heroísmo y de entrega-trabajo. “Por Dios y por España” era el eslogan principal del nacional-catolicismo. Siguiendo y cumplimentando las consignas y los mandatos de sus líderes, todos los españoles debían, según las circunstancias dominantes, entregarse a sus tareas con conciencia clara de hacer patria. Las exhortaciones de este ideal de entrega para alcanzar las cotas del imperio son reiterativas en los textos del nacional catolicismo, muy especialmente en los escritos de naturaleza falangista. Los artículos de José Antonio Primo de Rivera se hayan plagados de exhortaciones de imperio: “Tenemos voluntad de Imperio”, “la plenitud histórica de España es el Imperio”, etcétera. Los ideólogos del sistema reiteran hasta la saciedad estas mismas ideas. Juan Lebrero Escudero, en su obra *Grandes cielos de la España salvadora*, afirma que “la juventud española lucha y muere por implantar una política de imperio católico en el mundo” (p. 41). El jesuita Joaquín Azpiazu, uno de los grandes defensores del ideal de imperio, expone una y otra vez sus ideales políticos afirmando que “el patriotismo español rezuma hoy por todos sus poros imperialismo. Su grito de guerra es imperio” (p. 11). El concepto “Imperio” era omnipresente en las palabras y en los escritos de los representantes del nacional-catolicismo. La doctrina era clara. La única vía para alcanzar la gloria y la grandeza de España se hallaba en la entrega generosa y responsable de todos los buenos españoles, respondiendo con abnegación y sacrificio a las exigencias del Estado y de la patria.

En un principio, en los altos jerarcas del franquismo pudieron existir ciertas veleidades de imperialismo territorial, cuando soñaron con ampliar las colonias africanas con los territorios dominados por los franceses (Stanley Payne, 1987, pp. 285-286). Pero muy pronto, este sueño de imperialismo geográfico tuvo que ser descartado. Sin embargo, el ideal imperialista siguió vigente, pero ahora con un sentido culturalista de base espiritual¹⁵². Desde esta perspectiva, son esclarecedoras las palabras pronunciadas por Franco en el discurso de inauguración del Consejo Superior de Investigaciones científicas (Madrid, 12 de octubre de 1946):

Nuestro imperio es la obra espiritual de nuestro genio, el de la inteligencia del trabajo, de la justicia, de la proyección universal de nuestra cultura, de la aportación a la obra común de la civilización, no el imperio que se teme y se odia, sino el que se desea, se busca y se ama. Si España fue un día en la Historia la primera por sus recias virtudes, y demostró en su cruzada la fortaleza de su fe, de su valor y de sus virtudes, a la altura de los mejores tiempos, sobre ella pongo hoy sus obras espirituales, sociales y culturales, con las que aspira, por sus servicios, a la verdad única y eterna, a alcanzar un puesto preeminente en el respeto y en el concierto de los pueblos.¹⁵³

La preeminencia universal de España “en el concierto de los pueblos” no era simplemente un deseo a conquistar, sino, muy al contrario, era un hecho a asumir y a defender. España, con su lengua y su doctrina, había llegado a grandes partes del universo, imponiendo su cultura y su espíritu. Para fortalecer esta idea de grandeza en el pasado y de destino en el presente se retomó uno de los principios más caros del franquismo: el mito de España como “la Madre Patria”, base de la razón de “Hispanidad”, creadora de una cultura universal y de la que eran hijos todos los países americanos de lengua castellana¹⁵⁴. Por eso, la idea del imperialismo se proyectó hacia América, porque en esas tierras se encontraba la savia hispana de siglos de historia, idea alimentada especialmente por una lengua común, una misma religión en una historia plena y largamente compartida¹⁵⁵. Como afirma Alfonso Botti, el ideal del hispanismo

¹⁵² En ciertos casos la idea de imperio adquiría un sentido marcadamente religioso, tal como demostraba el eslogan creado por el sacerdote falangista Fermín Yzurdiaga y que hizo furor en las primeras épocas del franquismo: “Por el Imperio hacia Dios”.

¹⁵³ Francisco Franco: *Textos de doctrina política. Palabras y escritos de 1945 a 1950*. Madrid: Publicaciones españolas, 1951, p. 377.

¹⁵⁴ Personaje clave en la teoría de la “Hispanidad” fue el sacerdote vizcaíno Zacarías de Vizcarra, quien en las páginas de *Acción Española* propuso el término de *Hispanidad*, que de forma inmediata hizo fortuna. Fue empleado por Ramiro de Maeztu en su *Defensa de la Hispanidad* y después, ya popularizado, fue utilizado por una gran mayoría de teóricos del régimen.

¹⁵⁵ Como afirma el canónigo magistral de la catedral de Ciudad Real, Juan Mugueta, la “Hispanidad es una vía amplia como el océano y luminosa como el horizonte, abierta con espadas de conquistadores y cruces de misioneros, para llevar a Cristo a los indios y a los indios a Cristo” (1938, p. 50).

fue “restablecer los antiguos vínculos con las excolonias americanas, tomando como punto de apoyo la raza común, la historia, la lengua y sobre todo la religión” (p. 84). Nace con fuerza irrefrenable el ideal de imperio. Una de las ideas básicas de José Antonio fue precisamente el principio de “voluntad de Imperio. Afirmamos que la plenitud histórica de España es el Imperio”¹⁵⁶. Catolicismo y vocación imperial confluyen en la razón de la Hispanidad. Estas razones explican el fenómeno típico de la España franquista, que sustentaba con firmeza la idea de “Imperio” en supuestos básicamente culturales e ideológicos, respondiendo, en palabras de Antonio Almagro, a su “innata pasión de eternidad” (1952, 21)¹⁵⁷.

En este contexto, es interesante reproducir el ritualismo de los jóvenes falangistas en sus encuentros oficiales, quienes respondían seriamente a las preguntas de sus jefes de fila a partir del siguiente formulario:

- .- ¿Quién sois?
- .- La Organización Juvenil.
- .- ¿Qué queréis?
- .- La España Una, Grande y Libre.
- .- ¿En qué creéis?
- .- En España y en su Revolución Nacional Sindicalista.
- .- ¿Qué os sostiene?
- .- La sangre de nuestros caídos.
- .- ¿Quién os guía?
- .- El Caudillo.
- .- ¿Qué os mueve?
- .- El recuerdo de José Antonio.
- .- ¿Cuál es vuestra disciplina?
- .- La Falange.
- .- ¿Cuál es vuestro lema?
- .- Unidad, Unidad, Unidad.
- .- ¿Cuál es vuestra consigna?
- .- Por el Imperio hacia Dios.
- .- ¿Cuál es vuestro grito?
- .- ¡Arriba España! ¡Viva Franco!

Es difícil concentrar en tan pocas consignas toda la filosofía del nacional-catolicismo y buena parte de la moral de la respetabilidad: patriotismo, religiosidad, autoridad, Imperio, voluntad de servicio, etcétera¹⁵⁸.

¹⁵⁶ Cita tomada de la obra de Ramón Garriga *La España de Franco...* Op. Cit. Vol 1, p. 246

¹⁵⁷ Remito al lector interesado a otra obra de Antonio Almagro *Constantes históricas del pueblo español* (Madrid, 1951), en la que sintetiza perfectamente las ideas de imperio y providencialismo.

¹⁵⁸ Tomado de la obra de Rafael Abella *Por el imperio hacia Dios. Crónica de una posguerra*, p. 35.

La imposición y la supervivencia de todos estos principios exigían un ritualismo intenso y una cultura dirigida de carácter impositivo. La Iglesia supo crear por medio de su liturgia religiosa-social un ritual permanente y calculadamente dosificado, de forma que sus preceptos y sus normas estaban siempre presentes en los ánimos y en los espíritus de todos los españoles. En el plano temporal, esta misma realidad asumió una respuesta diferente. Si se exceptúan los primeros momentos del nacional-catolicismo, concretamente durante la guerra y la inmediata posguerra, el ritualismo militar no fue en la vida social ni tan intenso ni tan extremo como se dio en los espacios de la religión. En los primeros momentos de fervor militar, más concretamente de fervor falangista, se hizo un uso externo y abusivo de saludos, conductas, vestidos, etc. Se dio un gran protagonismo a los desfiles militares y a las conductas de signo castrense. Pero estos comportamientos fueron poco a poco institucionalizándose, hasta quedar reducidas a unas fechas y a unas efemérides de sentido conmemorativo¹⁵⁹. La parafernalia militarista no tuvo una impronta fuerte ni una duración prolongada en la vida civil. Los símbolos guerreros y las conductas militares fueron dejando paso a una vida social sin alardes bélicos ni expresiones castrenses. Superados los años de guerra, era más necesario orientar las energías patrias hacia un futuro sustentado en el trabajo que recordar el pasado a través del mantenimiento de un espíritu bélico y militar. Pero ese olvido del ritualismo militarista, no significó en ningún momento dejación o debilitamiento de los deberes patrios basados en la obediencia y en el acatamiento a las órdenes y consignas de los superiores. Permaneció un sistema político y social férreamente estructurado y meticulosamente ordenado, en el que el ejército y la policía eran la salvaguardia de la paz, el orden y el progreso. Sin embargo, la simbología y el ceremonial religioso permanecieron vigentes a lo largo de toda la época franquista. A partir del Concilio Vaticano, principios de la década de los sesenta, hubo cierto grado de relajación en estas prácticas, especialmente en las conductas escolares de ciertas congregaciones religiosas. Pero, en términos generales, se puede afirmar que el ritualismo religioso estuvo muy presente en la vida de los españoles hasta finales del franquismo.

¹⁵⁹ Referencias obligadas en este sentido serían el Servicio Militar para los hombres y el Servicio Social para las mujeres, tiempos en los que la exacerbación patriótica militar llegaba a extremos un tanto delirantes.

Un paso adelante en la moral de la respetabilidad y en la cultura del nacional-catolicismo nos lleva al principio sagrado de la **familia**. El sistema nuclear de la familia era el modelo y el símbolo del orden burgués y de la respetabilidad. La sociedad burguesa se basaba en la estructura familiar, de forma que una crisis en el orden familiar podía significar el caos social. Por eso, el sistema burgués desde sus mismos orígenes cuidó y atendió con esmero y cuidado este sistema y esta organización. La familia se basaba en una especie de contrato social, sacralizado por la Iglesia y ratificado por el Estado, en el que un hombre y una mujer se unían de por vida con los lazos indisolubles del amor para cuidar y educar a sus hijos en el amor a Dios y en el servicio a la Patria¹⁶⁰.

El sistema familiar, como el orden jerárquico del Estado y de la Iglesia, se hallaba sólidamente estructurado con un cabeza de familia, formado por el padre, a quien, como jefe supremo de la unidad familiar, debían respeto y obediencia tanto la mujer como los hijos. La mujer se hallaba en una situación intermedia entre el padre y los hijos. La mujer debía amor, obediencia y respeto a su marido, pero mandaba sobre los hijos y sobre la servidumbre de la casa. Los hijos debían obedecer las órdenes de los padres, a quienes debían amor y acatamiento. Estos debían tener la seguridad plena de que las órdenes paternas siempre se dictaban para su bien y para su educación. La servidumbre, elemento básico de la familia burguesa, si la había, sólo tenía obligaciones y muy pocos derechos. La estructura familiar era perfecta.

En el entorno familiar se seguía como en la religión y en la política un ritualismo perfectamente orquestado. Los diferentes papeles de la familia exigían unas conductas y unos modos diferenciados. Esto se veía en toda una compleja normativa de conductas y procedimientos. Por ejemplo, en el acto de la comida, cada sujeto tenía un lugar en la mesa. La cabecera siempre estaba ocupada por el padre, quien presidía la ceremonia familiar. El primero en ser servido era el padre, después la madre y, por último, los hijos en un orden descendente de edad y sexo. El mejor manjar le correspondía siempre al padre. Etc., etc. Lo que se dice en el contexto de la mesa, se podía aplicar con la misma

¹⁶⁰ Remito al lector interesado al capítulo tercero, "Léxico y alcance ideológico del término familia", de la obra de Clementina García *Léxico e ideología en los libros de lectura de la escuela primaria*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1983, pp. 65-83.

inflexible normativa a todos y cada uno de los lugares de la casa. La familia también tenía su propio ritualismo como demostración de orden y jerarquía.

La división de funciones entre los distintos miembros o partes del sistema familiar era esencial en la sociedad burguesa y, por tanto, en la *moral de la respetabilidad*. Cada miembro de la familia tenía designado un trabajo y una función dentro del seno de la familia y en el sistema social. Esta división del trabajo, primero, por sexos y, después, por edad, “se consideró necesaria para fortalecer la familia, la institución que constituía el núcleo de la respetabilidad y que actuaba como el policía de la moral y los buenos modales, sin los cuales se consideraba que se desmoronaría irremisiblemente la respetabilidad”¹⁶¹. En este sistema felizmente orquestado, cada miembro familiar debía cumplir con su trabajo y con su función.

El papel del hombre-esposo-padre se hallaba claramente diferenciado del de la mujer-esposa-madre. El hombre debía garantizar el bienestar económico, la seguridad social y el confort material de todos los miembros de la familia por medio de un trabajo suficientemente remunerado y socialmente cualificado. Él encarnaba, como cabeza del núcleo familiar, la ley y el orden. A su vez, representaba el sistema dentro del núcleo familiar y a él le correspondía llevar las iniciativas del “clan” fuera del hogar en el ámbito social. El papel familiar y social del padre se hallaba preferentemente fuera del hogar, en el lugar del trabajo y de la actividad social. El hogar era para él su reino y su descanso. Los miembros familiares conformaban su tribu o sus súbditos.

El papel de la mujer dentro del hogar se hallaba tipificado con unas funciones diferentes al del hombre¹⁶². Se hallaba confinada en la casa, porque su trabajo, como esposa y como madre, se hallaba delimitado dentro de las paredes del hogar. La casa era su reino, pero también su cárcel¹⁶³. Su misión era el perfecto control del hogar a través de la

¹⁶¹ George L. Mosse: *La cultura europea del siglo XIX*. Op. Cit., p. 33.

¹⁶² Desde la perspectiva del nacional-catolicismo, como referencia de la valoración de la mujer dentro y fuera del matrimonio, remito al lector, dentro de una amplísima bibliografía, a dos títulos de gran proyección social en la época: Ricardo Delgado Capeans: *La mujer en la vida moderna* y el ya mencionado de José María Pemán: *De doce cualidades de la mujer*.

¹⁶³ Esta reducción de la mujer al hogar era la garantía más segura de fidelidad y de integridad moral. La relación posible de la mujer con el mundo exterior debía estar siempre respaldada por la guarda celosa y eficaz del marido. Alonso Tejada, en el capítulo “La doble moral” de su obra *La represión sexual en la España de Franco*, afirma al respecto: “la moral tradicional cargó todo el peso de sus exigencias sobre el

organización del trabajo doméstico y del cuidado-educación de sus hijos. Su obligación era procurar el bienestar y el sosiego al marido, quien buscaba en el hogar el descanso y la tranquilidad frente a la tensión y dureza de la vida laboral. Si la mujer tenía alguna actividad fuera de la casa, en el mundo social, ésta debía estar siempre supeditada al orden del marido. Dentro del hogar, cuando éste se convertía en lugar de una actividad social, la mujer tenía que aparecer como la anfitriona perfecta que validaba la situación de su esposo entre sus amigos y compañeros. F. Blázquez resume la función de la mujer dentro del hogar con las siguientes palabras: “La tarea de la mujer consiste fundamentalmente en comprender al marido,... ser fiel en la maternidad,... educar religiosamente a los hijos... y convertir el hogar en tranquilo refugio para el hombre” (1977, p. 31)¹⁶⁴.

El papel de los hijos era escaso. A ellos se les exigía educación, respeto y obediencia hacia sus padres y mayores. Sus obligaciones eran cumplir con los papeles de buenos hijos tal como lo tenía establecido el sistema de la respetabilidad. Al mismo tiempo, debían corresponder en sus obligaciones escolares como buenos y aplicados alumnos, conscientes de que se estaban educando para el servicio de la patria y para la formación futura, ya fueran chicos o chicas, de una familia.

La estructura familiar del orden burgués era fundamental, de manera que cualquier resquebrajamiento de este sistema podía significar un peligro muy serio para toda la sociedad. Destruir la institución matrimonial y familiar significaba la ruina de todo el sistema burgués (F. Blázquez, 1977, p. 50). El mundo burgués se basaba en el orden familiar y la familia era en pequeño la metáfora perfecta del orden social y del sistema político. En él, como prueba en un espacio reducido pero altamente importante, se ponía en práctica todos los principios de la respetabilidad: religiosidad, nacionalismo, jerarquía, orden, obediencia, trabajo, respeto y educación. La familia era el microcosmos de la sociedad burguesa.

miembro por el momento más débil de la pareja, la mujer, para salvar de esta manera la institución familiar” (p. 29).

¹⁶⁴ La obra de Carmen Martín Gaité *Usos amorosos de la posguerra española* es lectura obligatoria para conocer el papel y las circunstancias personales y sociales en la España del nacional-catolicismo. Esta situación llegaba a tal extremo que realidades sociales como el divorcio, los métodos anticonceptivos, el aborto, el adulterio, etcétera, eran transgresiones contra natura que entraban en los espacios del delito y del pecado.

La *moral de la respetabilidad* exigía a todos y a cada uno de sus miembros conductas sociales y personales acordes con la condición y clase de cada ciudadano, de forma que estos debían demostrar en todo momento y en toda circunstancia unos modales y unos comportamientos de acuerdo con las normas propias de la situación dominante. Se establece el **principio de la *politesse* o de la educación**, centrada en normas de conducta basadas en la educación y en la higiene. Se estableció un complejo pero completo sistema de hábitos y conductas que sirvieron para perfilar el ser y el estar del buen ciudadano. Este orden de conducta abarcaba toda la vida, desde lo personal hasta lo social, pasando por lo familiar. Todo ciudadano tenía que comportarse en cada situación tal como lo exigía la moral establecida. Se impusieron verdaderos rituales en torno a la comida, al vestido, a las relaciones humanas, etc. Saber comportarse en cada situación era una exigencia del buen ciudadano. Si no era éste el comportamiento de un individuo, se caía en la ordinariez y en la mala educación.

Esta insistencia en la educación y en los buenos modales abarcaba también los espacios de la moral y de la religiosidad. Había que demostrar en las formas y en el vestido el decoro necesario que exigía lo mismo la moral oficial que la moral religiosa. Lo decente y lo moral eran principios y comportamientos dictados tanto por la religión como por la sociedad. En este contexto no se puede olvidar que el fundamento de religiosidad era uno de los pilares básicos de la respetabilidad. Lo afirmado con anterioridad sobre el cuerpo y el desnudo entra en este capítulo de la educación y los modales correctos.

La higiene y el saber vestir eran expresión externa de la dignidad personal. El ser se identificaba con el parecer. Como se afirmaba de forma machacona, no bastaba con ser, había que parecer. Incluso, en la vida de los españoles de esa época valía más el parecer que el ser. Por lo menos, socialmente, ésa era la exigencia. Y este parecer se iniciaba con la apariencia externa. La apariencia era clave en el sistema de respetabilidad, ya que esta se mostraba como indicativo de la validez personal. El dicho español, que aparecía en los ejercicios de caligrafía de los niños, “Buen porte y finos modales abren puertas principales”, reflejaba fielmente este evangelio de las apariencias y de las formas externas.

La conducta basada en la *moral de la respetabilidad* entrañaba un riesgo muy serio. La importancia que se daba a las apariencias y a los comportamientos externos llevaba

irremediabilmente hacia una moral con una alta carga de cinismo e hipocresía. Por eso, llegó a generalizarse la apreciación sobre el fariseísmo y la simulación de la moral social. Este hecho ha sido materia y fondo de muchas novelas de grandes escritores tanto de la época realista como de los tiempos franquistas. Valgan como referencia las obras de *Tristana* de Pérez Galdós o *Cinco horas con Mario* de Miguel Delibes. Igualmente hay que citar una de las novelas más importantes de la narrativa universal *La Regenta* de Clarín que asume la hipocresía de la sociedad burguesa como uno de los temas centrales del relato. Esta moral con sus conquistas y con sus graves defectos, pero especialmente con un espíritu de férreo control y de dirigismo brutal, reinó en la sociedad española por décadas, casi hasta los últimos años del sistema franquista. De esta manera, la ideología de esta moral legitimaba al propio sistema en el poder y justificaba su acción frente a los ciudadanos, de forma que la ideología de una gran minoría terminaba convirtiéndose en la ideología de todos (M. Ramírez, 1978, p. 12).

La *moral de la respetabilidad* definió el ser y la verdad del régimen del nacional-catolicismo. Sin embargo, a diferencia de otros países occidentales, en los que regían estos principios de la típica moral burguesa, en la España de Franco se convirtió en arma de guerra y en mecanismo de propaganda oficial. Se impuso a la fuerza y con la fuerza sobre todos los ciudadanos. Fue el resultado brillante, si se quiere, de una política de salvaje imposición y de férreo control. Impuesta la ideología se garantizaba la consolidación del sistema en el poder. Así se explican los casi cuarenta años de dominio absoluto del gobierno de Francisco Franco.

II.-9.- Claves de imposición de la cultura del nacional-catolicismo

Todo régimen político, por dictatorial que éste pueda ser, tiene que ofrecer un orden interno a través de un sistema orgánico. La primera norma de toda política impositiva y dirigista es dar la imagen de ser un gobierno en la legalidad y de funcionar bajo un ordenamiento jurídico. Toda acción y toda conducta deben basarse en unas normas previamente establecidas, creadas e impuestas por una ley para posibilitar el orden interno y la convivencia armónica entre todos los súbditos. Por eso, todas las actuaciones, tanto personales como colectivas, se valoran en nombre del orden interno y desde un aparato jurídico sabio y justamente establecido. Existe, por consiguiente, una cobertura legalista que justifica y explica todas las normas y conductas del gobierno por

duras y sorprendentes que éstas puedan parecer. Todo régimen totalitario crea desde un primer momento un cuerpo de doctrina que será la justificación y el sentido del sistema. Por eso, existe en estos regímenes políticos de signo dictatorial una gran preocupación por dar una normalidad jurídica, aunque ésta sólo sea aparente, a todo su ejercicio. El franquismo, una vez encauzada la guerra, se preocupó por reglamentar todo un cuerpo de decretos y normas jurídicas que hicieran viable y explicable la actuación bélica en vanguardia y los comportamientos sociales en retaguardia. Una vez terminada la confrontación armada entre los bandos beligerantes, toda la actuación del nuevo Estado se centró en la ordenación de la vida del país a través de un complejo sistema legal. De esta manera, el Estado, como primera obligación, organizó y estableció un cuerpo jurídico-político de ordenación, que permitiera al pueblo saber cómo actuar en cada momento y en cada circunstancia.

En los sistemas políticos de signo totalitario no es suficiente con la creación de unos mecanismos jurídicos-políticos de ordenación, sino que, al mismo tiempo que se impone a través del cuerpo legislativo una actuación social en consonancia con los intereses del poder, se busca por todos los medios extirpar toda presencia de ideología y de conductas del sistema anterior o de políticas antagónicas. En el caso del sistema franquista, los dirigentes se preocuparon de erradicar toda permanencia, incluso toda apariencia, de signo republicano de vida y de cultura. Se acabó con la presencia, por muy superficial que fuera, de cualquier manifestación propia de la ideología republicana desde el comunismo al liberalismo, pasando por el parlamentarismo o por las ideologías políticas de signo más bien izquierdistas como la socialista y la anarquista e incluso por los nacionalismos de derecha. Las purgas y depuraciones se generalizaron. Las cárceles se llenaron. Los fusilamientos se multiplicaron. Aparecieron los campos de concentración. Reinó una idea obsesiva: acabar con la *canalla* republicana. Sorpresivamente, los muertos por razones políticas después de la guerra alcanzaron cifras parecidas a los fallecidos por idénticas circunstancias durante la guerra. El furor revanchista se extendió por todas partes. Para este fin, la erradicación de toda huella de signo republicano, no se escatimaron recursos ni medidas. Se arbitraron medios físicos de represión para lograr el fin deseado. Una vez dominada toda representación de signo republicano, bien por la represión o bien por el exilio, se arbitraron medios para cuidar la pureza de la doctrina nacional-católica. Se instrumentalizó una especie de inquisición, tanto religiosa como política, denominada *censura*, que sirvió para controlar todo

comportamiento de tipo cultural e ideológico en toda la superficie de la geografía española. De esta manera, impuesta una ideología a través de un cuerpo de doctrina, erradicada la presencia de toda huella republicana y velada la pureza de la doctrina oficial se tenían las garantías de un triunfo total a través de la plena uniformización de conciencias y conductas.

Pero no bastaba con esas medidas. Las doctrinas totalitarias, independientemente del signo político, crean todo un conjunto de medios ideológicos de integración. Todo es bueno y operativo, si sirve para identificar la conciencia del ciudadano con la doctrina del régimen. Se establece la batalla por la opinión pública (Delgado Gómez, 71)¹⁶⁵ a través de la manipulación de la conciencia de la ciudadanía para imponer una ideología oficial de clase. Se favorece un dirigismo cultural y ético para que de manera eficaz se viva y se sienta la verdad y la bondad del sistema. De esta manera, se establecen de manera directa o de forma muy sutil los principios ideológicos del sistema para que el pueblo, más o menos conscientemente, los asimile y los sienta como verdades absolutas. Se llegan a identificar completamente los intereses del régimen dominante con los principios de valor y de conciencia de la población. La sintonía es plena. El dirigismo es total. Todas las manifestaciones culturales y sociales plantean el juego de la asimilación ideológica. Desde la literatura hasta el arte, pasando por el periodismo, la radio, la televisión e incluso los juegos populares, etc., buscan esta finalidad. Todo régimen totalitario promueve y potencia una cultura que, respondiendo a las directrices del poder, hace que la población sienta la necesidad y la oportunidad de la ideología que se le ofrece. Se garantiza al máximo la uniformidad de conductas a través de la homogeneización de valores y de ideas. Desde este punto de vista, entre los valores y los fines del nuevo sistema, adquieren un protagonismo indiscutible todos los posibles mecanismos de integración ideológica. El dirigismo del sistema sobre la población es extremo y altamente operativo.

Sin embargo, existen otros comportamientos y otras formas de presentación que, sin responder exactamente a los principios señalados hasta este momento, juegan un papel

¹⁶⁵ Lorenzo Delgado, en su obra *Imperio de papel. Acción política y cultural exterior durante el primer franquismo*, habla de la “batalla de la opinión pública” referida a la labor ideologizadora del régimen franquista en el exterior. Sin embargo, si se lee con atención las normas jurídicas se llega a la conclusión de que esta batalla se desencadenó tanto en el exterior como en el interior. El franquismo, desde su implantación, mantuvo una violenta batalla sobre la opinión pública.

idéntico. Me refiero en concreto a todas las actividades de tipo evasionista, que en apariencia no presentan ninguna relación con la vida ordinaria y diaria de la existencia real. Son simples pasatiempos que ayudan por la vía de la fantasía o de la imaginación a experimentar sensaciones o ideales que poco tienen que ver con la realidad social. El simple hecho de que un equipo de fútbol gane o pierda un partido poco tiene que ver con la vida del espectador que aplaude o reprueba un gol. ¿Qué tienen que ver los temas que presentan las películas americanas con la realidad de la sociedad española? Lo mismo se puede decir de la literatura o de los espectáculos. La gente quiere reír y divertirse, olvidando por unas horas la cruda y dura realidad de la vida diaria. Todos los regímenes, sean totalitarios o no, pero de manera muy especial los primeros, potencian al máximo estos comportamientos colectivos. Ven la necesidad de la diversión o del evasimismo para evitar una tensión excesivamente fuerte a causa del dirigismo cultural y de la imposición ideológica. La cultura de evasión es básica en esta filosofía de poder y de dominación, porque ayuda a contrarrestar las fuerzas del dirigismo ideológico sin poner nunca en riesgo su función y su eficacia. Incluso, como más frecuencia de la esperada, estos comportamientos basados en la evasión funcionan como medios sutilmente eficaces de imposición cultural. Los mecanismos psicológicos de atracción operan de esta manera. Todos los mecanismos, desde la operatividad propia de cada uno, buscan precisamente la uniformidad de conductas y de ideales a través del dirigismo ideológico.

Sin embargo, un régimen que estuvo vigente casi cuatro décadas no podía mantenerse inflexible y monolítico a lo largo de todo este tiempo. La propia supervivencia del sistema exigía una adecuación de la política con las fuerzas sociales y económicas de cada momento. El régimen franquista, desde este punto de vista, fue una especie de sistema camaleónico que supo adaptarse o camuflarse a las condiciones o exigencias históricas. Basta repasar los estudios sobre el franquismo para tomar buena cuenta de estos cambios en el tiempo. El franquismo no podía actuar de la misma manera a inicios de la década de los cuarenta que en los años sesenta o setenta. Las circunstancias habían cambiado y el régimen tenía que adaptarse a esas nuevas circunstancias. Igualmente, la violencia límite del régimen en la primera posguerra no podía mantenerse en tiempos siguientes, debido, entre otras razones, al hecho del aniquilamiento de la oposición y a la presión política de los estados democráticos occidentales. El franquismo como régimen político fue cambiante y evolutivo. Sin embargo, la cultura del nacional-

catolicismo fue una cultura que se mantuvo inalterable y monolítica a lo largo de los casi cuarenta años de existencia. La política franquista ofreció conductas diferentes según intereses propios o presiones ajenas, pero sus fundamentos ideológicos se mantuvieron sólidos y firmes. El nacional-catolicismo con su moral de la respetabilidad desarrolló una cultura sin fisuras ni rupturas, aunque, con el paso del tiempo, presentara una faz menos impositiva e intransigente. Incluso, los agentes de esta ideología también cambiaron y evolucionaron al compás de la historia, pero sus principios base se mantuvieron firmes e inalterables. Dios, patria y familia bajo el principio de la obediencia al poder establecido fueron pilares básicos e inamovibles de los cuarenta años de franquismo.

De esta manera, y a partir de los datos señalados en estos últimos párrafos, se impone el ritmo y el sistema de los capítulos restantes de este trabajo. En los análisis precedentes se han analizado las razones, causas y consecuencias de la Guerra Civil, del triunfo del franquismo, de la imposición del nacional-catolicismo, de las claves de esta cultura, etc. Se hace ahora necesario proponer y justificar los mecanismos operativos de una cultura dirigida, impositiva y uniformizadora. Según el orden expuesto en este mismo apartado, los núcleos temáticos de análisis y demostración serán los siguientes:

- .- Mecanismos jurídico-políticos de ordenación.
- .- Mecanismos físicos de represión.
- .- Mecanismos ideológicos de integración.
- .- Mecanismos psicológicos de evasión.

Esta terminología servirá de titulación para los capítulos siguientes. El desarrollo expositivo y explicativo de todos estos apartados puede ofrecer una visión, si no totalizadora, sí lo suficientemente exhaustiva y abarcadora para poder tener una idea completa y profunda de lo que fue y de lo que significó la cultura del nacional-catolicismo en el régimen franquista.

III

MECANISMOS JURÍDICOS DE ORDENACIÓN POLÍTICA

Todo régimen político, independientemente de su signo o de su posición ideológica, necesita una normativa legal para garantizar el funcionamiento interno del propio sistema y, como consecuencia, de la sociedad que gobierna. Esta exigencia atañe igualmente a las democracias como a los totalitarismos; y entre estos últimos, tanto a los de izquierda como a los de derecha: comunismo o fascismo. Todo régimen político se tiene que organizar en torno a un sistema jurídico de leyes y de principios para posibilitar su existencia y su operatividad. Por eso, el Nuevo Estado, el régimen franquista, tuvo que arbitrar y desarrollar un sistema jurídico-legal de ordenación política. Ignacio María de Lojendio, importante teórico de la doctrina franquista, afirmaba que “no basta establecer teóricamente un derecho, hay que regular su acción jurídica” (1941, 120). Por eso, desde el primer momento del levantamiento armado, los juristas ubicados en el bando de los sublevados iniciaron la labor de legalización jurídica del pronunciamiento militar. Era, además de una necesidad de orden jurídico y político, un mecanismo de legitimación desde dentro del propio sistema. Se procuraba a través de un complejo cuerpo de decretos, leyes, órdenes, etc., demostrar la razón y la finalidad de un golpe militar contra el orden democráticamente constituido. Sólo una legislación ordenada y operativa podía validar el sentido y el sacrificio de la contienda civil y de las graves penurias de la posguerra. El franquismo, desde los primeros días de la Guerra Civil, asumió el trabajo de elaborar y promulgar un cuerpo sólido de “mecanismos jurídicos de ordenación política”.

El pensamiento político del régimen franquista se basaba en una doctrina de tipo tradicionalista, cuyo exponente ideológico era la España de los Reyes Católicos y, más en concreto, la España de las monarquías absolutas de los Austrias. En estos gobiernos

del pasado se ejemplificaban fielmente los principios del Nuevo Estado: catolicismo, patriotismo, unidad, jerarquía, absolutismo, imperio, etc. Incluso muchos de los símbolos fueron simple copia de la heráldica de las monarquías señaladas: el yugo y las flechas, el águila bicéfala, el nudo gordiano, los lemas trinitarios, etc. Desde otro punto de vista, se reafirmaba la moral de la respetabilidad, en la que los puntos programáticos fundamentales, tal como se ha visto en el capítulo anterior, eran religión, patriotismo, familia, trabajo y orden. Desde Ramiro de Maeztu hasta Jiménez Caballero, pasando por Onésimo Redondo, Ramiro Ledesma Ramos, José Antonio Primo de Rivera, entre otros., cada uno desde sus espacios de acción y de ideología, trabajaron para ofrecer la doctrina de una España eterna y providencialista. La definición más consecuente de esta España fue la que ofreció el fundador de Falange, José Antonio Primo de Rivera, quien la presentaba “como una unidad de destino en lo universal”¹.

Todo Estado de signo totalitario, como se ha visto, se basa en dos principios fundamentales: la destrucción y negación del oponente y la afirmación-defensa de su ideario político. Estos dos principios reciben la denominación de terror y propaganda. Como afirma Lutz Winckler, “en el fascismo toman cuerpo la propaganda y el terror como medios políticos y forma ideológica de la praxis” (p. 22). Este hecho de base condicionó desde el primer momento la legislación del sistema franquista, ya que por ley tenía que negar y prohibir todo funcionamiento, incluso presencia, de partidos, ideologías o conductas personales contrarias a sus intereses políticos y, al mismo tiempo, ofrecía y aprobaba un claro doctrinarismo político de legitimación e implantación a través de su ordenamiento jurídico. Por eso, la legislación franquista niega y castiga toda postura de disidencia, incluso de no afección, y legaliza y defiende sus principios programáticos en consonancia con sus intereses políticos.

El enemigo del franquismo fue el liberalismo republicano, contra el que había sostenido una larga y feroz guerra para poder acceder al poder. La obsesión del Nuevo Estado fue ilegalizar y satanizar toda conducta o presencia de republicanismo o de cualquier valor relacionado con él. Uno de los mejores medios para alcanzar este fin fue promulgar una legislación, en la que su enemigo, el liberalismo republicano, apareciera siempre como

¹ Con este enunciado de signo claramente falangista se inicia la exposición de la Ley de Principios del Movimiento Nacional de 1958, cuyo primer artículo expresa: “España es una unidad de destino en lo universal. El servicio a la unidad, grandeza y libertad de la Patria es deber sagrado y tarea colectiva de todos los españoles”.

un sujeto de maldad y arbitrariedad en oposición a lo propio que siempre se definía como portador y ejemplo de la verdad y de la rectitud:

Toda propaganda que exalte los principios o los pretendidos beneficios de la masonería o del comunismo o siembre ideas disolventes contra la Religión, la Patria y sus instituciones fundamentales y contra la armonía social, será castigada con la... (Ley de Responsabilidades Políticas de 1940).

Renovando la tradición católica de justicia social y alto sentido humano que informó la legislación de nuestro glorioso pasado, el Estado asume la tarea de garantizar a los españoles la Patria, el Pan y la Justicia.

...

El Estado español formula estas declaraciones, que inspiraran su política social y económica, por imperativos de justicia y en el deseo y exigencia de cuantos habiendo laborado por la Patria forman, por el honor, el valor y el trabajo, la más adelantada aristocracia de esta era nacional. Ante los españoles, irrevocablemente unidos en el sacrificio y en la esperanza, declaramos... (Fuero del trabajo de 1938).

La antinomia entre lo propio y lo ajeno es clara. El Estado español se alinea, según la declaración oficial de los principios defendidos, del lado de la Religión, de la Patria, de la armonía social, de la justicia, etc., mientras que los enemigos de ese Estado necesariamente se alinean en las filas del ateísmo, del caos y de la violencia, de la injusticia, etc. Se percibe el mismo tipo de diálogo que el dado en todas las esferas de la cultura del nacional-catolicismo. Como se veía en capítulos anteriores, un innegable maniqueísmo subsiste en todos los pronunciamientos ideológicos del sistema y, como tal, también en su misma legislación. A partir de aquí, se impone una normativa jurídica que proponga unas líneas de conducta personal y social de acuerdo con los principios del sistema y, al mismo tiempo, garantice con la fuerza y las prohibiciones el orden del régimen y la convivencia de la sociedad. El Estado, desde el primer momento, se presenta oficialmente como el garante y defensor de todos los valores universales. Desde el punto de vista jurídico, la confrontación armada pudo concluir, pero la guerra seguía vigente mientras los enemigos de Dios y de la Patria estuvieran presentes.

Desde la perspectiva del presente trabajo, la legislación del régimen franquista se organiza en torno a tres ejes básicos: la legitimación de la autoridad suprema del Caudillo, mito del caudillaje, la negación de la normativa jurídica del Gobierno republicano y, finalmente, la promulgación del cuerpo legal del Nuevo Estado, tercer eje básico que debe ser subdividido en dos cuerpos de doctrina: las Leyes Fundamentales del Estado y la normativa interna de la cultura del nacional-catolicismo.

III.-1.-La legitimación de la autoridad suprema del Caudillo y la proclamación de un régimen

El Nuevo Estado nacía de la victoria de un pronunciamiento militar en contra del poder legítimo de la República. Los vencedores tenían que arbitrar medios y formas para garantizar el sentido y la razón de un levantamiento armado en contra de un gobierno que, aunque legítimo en su constitución, había perdido, según la facción sublevada, su legalidad por el desviacionismo que había experimentado a lo largo de sus años en el poder. La nueva autoridad nacida de este contexto armado tenía que validar su bondad, su razón y su legitimidad. El mito del caudillaje se imponía con toda su fuerza, razón base para resolver un serio problema de legitimidad y de constitucionalidad. En este contexto, había plena conciencia de que la legitimación del líder implicaba la legalización del sistema. El líder justificaba el régimen como éste acreditaba al primero. Aunque era suficiente la razón de la fuerza, aspecto que en la práctica funcionó a lo largo de toda la existencia del régimen franquista, era conveniente maquillar la situación con apariencias de razón y de legalidad. Por eso mismo, los teóricos del nacional-catolicismo realizaron una ímproba labor en todos los medios posibles para ofrecer una autoridad tan necesaria como legítima. Una legislación perfectamente orquestada desde el mismo momento de la elección de Francisco Franco como líder indiscutible del nuevo régimen concedía a éste el poder supremo y la autoridad máxima. El nuevo régimen, a partir de sus mecanismos de ordenación política, legitimaba a Francisco Franco como Jefe de Estado y Generalísimo de todos los ejércitos. Franco aparecía revestido con las máximas facultades para dirigir y organizar la vida social y política del país.

Frente a las tensiones internas del directorio militar que funcionó en la zona nacional en los primeros momentos del levantamiento militar, se imponía con máxima urgencia la unificación de mando como requisito necesario para garantizar el éxito de la empresa bélica. Los miembros de la Junta de Defensa Nacional se reunieron en Salamanca el 28 de septiembre de 1936. Al día siguiente se hacía oficial el nombramiento del general Francisco Franco como Jefe del Gobierno del Estado español:

Artículo 1.- En cumplimiento del acuerdo adoptado por la Junta de Defensa Nacional, se nombra Jefe del Gobierno del Estado español al Excmo. Sr. General de División D. Francisco Franco Bahamonde, quien asumirá todos los poderes del nuevo Estado.

Artículo 2.- Se le nombra asimismo Generalísimo de las fuerzas nacionales de tierra, mar y aire, y se le confiere el cargo de General Jefe de los Ejércitos de Operaciones.

Artículo 5.- Quedan derogadas y sin vigor cuantas disposiciones se opongan a este Decreto.²

Desde el mismo día de su nombramiento, Franco asumió el poder supremo y la dirección del nuevo Estado con voluntad decidida y con mano férrea. A partir de ese momento y como consecuencia de dicho decreto, se dio una concentración absoluta de poderes en su persona. Cabe afirmar que la primera decisión que asumió Franco como Jefe del Estado fue suspender la Junta de Defensa Nacional y crear la Junta Técnica del Estado (ley de 1 de octubre de 1936). La dirección del nuevo Estado tomaba cuerpo y se organizaba según su ideario político y su estrategia militar. Un paso adelante, no tanto porque limitara su poder, sino para evitar una confrontación de fuerzas o familias dentro del mismo sistema, Franco se autoproclamó jefe nacional de la nueva FET y de las JONS, nueva organización nacida de la fusión de falangistas y carlistas (19 de abril de 1937). En el rompecabezas del sistema político del franquismo no quedaba ni una pieza suelta. Todo estaba perfectamente organizado y subordinado en torno a la autoridad indiscutible del general Franco³.

Si Francisco Franco era la autoridad indiscutible del nuevo Estado, a él le competía la función y el deber de dirigir, legislar y organizar los mecanismos de funcionamiento del Nuevo Estado. Todos los poderes se personalizaban en su figura.

En la ley de 30 de enero de 1938, la administración se organiza en “Departamentos Ministeriales, al frente de los cuales habrá un Ministro asistido de un Subsecretario”. Se crean once Ministerios: Asuntos Exteriores, Justicia, Defensa Nacional, Orden Público, Interior, Hacienda, Industria y Comercio, Agricultura, Educación Nacional, Obras Públicas y, finalmente, Organización y Acción Sindical. Esta ley buscaba adecuar el aparato del gobierno a una situación cada vez más compleja en unas circunstancias bélicas que se preveían largas en el tiempo y duras en su realización. El Nuevo Estado no sólo debía disponer de medios y normas para garantizar el éxito militar en los frentes de batalla, tenía igualmente que arbitrar leyes y principios para posibilitar la vida social en las zonas adeptas o conquistadas al enemigo. La organización en ministerios del

² *Boletín Oficial de la Junta de Defensa Nacional* (29 de septiembre de 1936).

³ Véase al respecto el capítulo “Reconocimiento jurídico del caudillaje” en la obra de Juan Ferrando Badía *El régimen de Franco...* Op. Cit. pp., 56-65.

Gobierno español respondía a esta situación y a estas necesidades. Entre los artículos de esta ley, destinados a la organización interna de los ministerios, cabe detenerse en el artículo 17 en el que se proclama que:

Al Jefe del Estado, que asumió todos los Poderes por virtud del Decreto de la Junta de Defensa Nacional de 29 de septiembre de 1936, corresponde la suprema potestad de dictar normas jurídicas de carácter general.

Este artículo, que otorgaba al Jefe del Estado la potestad de dictar leyes, aclaraba la posición ideológica del nuevo sistema, al oponerse con esta normativa a los principios del liberalismo democrático. El franquismo se erigía en un sistema totalitario, en el que todos los poderes, -legislativo, judicial y ejecutivo-, se concentraban en la persona del Jefe del Estado.

El 1 de abril, con el último parte de guerra, se daba fin a casi tres años de violentos enfrentamientos entre las dos Españas con la victoria de los denominados nacionales. La confrontación armada pertenecía ya al pasado. Se imponía una nueva política acorde con la nueva situación social e histórica. De una España en guerra se pasaba a un ideal de reconstrucción y de conquista de niveles cada vez más altos de bienestar y prosperidad. Ante esta nueva situación, se imponía una legislación más acorde con el momento histórico. Nacía así la normativa de 8 de agosto de 1939. La ley se iniciaba con esta reflexión:

Terminada la guerra y comenzadas las tareas de la reconstrucción y resurgimiento de España, es necesaria la adaptación de los órganos de Gobierno del Estado a las nuevas exigencias de la situación presente, que permita, de una manera rápida y eficaz, se realice la revolución nacional y el engrandecimiento de España.

Para ello se pedía “una acción más directa y personal del Jefe del Estado en el Gobierno”, una mayor “coordinación” y la “suprema dirección” en los destinos de España. Se recalcaba una vez más la necesidad de una autoridad fuerte que diera garantías de éxito en la nueva empresa que le estaba encomendada. A lo largo de los distintos artículos de la ley, una y otra vez, machaconamente, se defendía la razón de autoridad máxima que ostenta el Jefe del Estado. Así, el Estado Mayor funcionará a las órdenes directas del Generalísimo (Artículo 4); Se crea la Junta de Defensa Nacional bajo la presidencia del Generalísimo (Artículo 5); al Jefe del Estado le corresponde, como se ha visto, dictar normas jurídicas (Artículo 7); el ejército, en las tres armas de tierra, mar y aire, se coordinará bajo las órdenes del Jefe del Estado (Preámbulo); etc.

La Ley de 8 de agosto de 1939 representa la relegitimación jurídica de Francisco Franco como Caudillo y autoridad suprema de los destinos de España y de todos los españoles.

La legitimación jurídica del Jefe del Estado como “máxima potestad”, como “Caudillo de España”, como “poder supremo”, etc., viene ratificada por todas y cada una de las Leyes fundamentales del Estado⁴. Estas Leyes Fundamentales, reglamento jurídico que organiza los poderes del Estado, legitiman jurídica e institucionalmente el papel gestor con carácter único y absoluto del general Francisco Franco. Establecidas las reglas de juego político y legislativo, es comprensible el arranque de la ley de Principios del Movimiento Nacional de 17 de mayo de 1958, en la que se afirma:

Yo, Francisco Franco Bahamonde, Caudillo de España, consciente de mi responsabilidad ante Dios y ante la historia, en presencia de las Cortes del Reino, promulgo como principios del Movimiento Nacional, entendido como comunión de los españoles en los ideales que dieron vida a la Cruzada, los siguientes:

A continuación se detallan los doce principios que definen y organizan la vida y la composición del Estado. De este preámbulo se reitera, una vez más, el protagonismo indiscutible que asume Francisco Franco en la organización del Estado y en la vida de los españoles. El mito del caudillaje se hace realidad a través de la confirmación jurídica que le otorga la legislación del sistema.

El reverencialismo hacia la figura del general Franco no conoció límites. El mito del caudillaje se celebraba desde todas las instancias y de todas las maneras. Los principios de líder carismático y salvador de la patria se repetían una y otra vez hasta convertirse en lugares comunes del lenguaje político y de la mentalidad social. Como simple ejemplo recurro a uno de los párrafos del “Prólogo” del libro de José Ibáñez Martín *Diez años de servicio a la cultura española. 1939-1949* (Madrid, 1950):

Esto (se refiere a la restauración de la conciencia nacional basada en la unidad religiosa-católica y en la unidad política) lo supo entender, con genial intuición, el Jefe del Estado Francisco Franco, cuando, adornado providencialmente de cualidades carismáticas, convocó a todos los españoles para una gesta castrense, a la que su magnitud espiritual dio caracteres de Cruzada.

⁴ Solamente el Fuero del Trabajo (9 de marzo de 1938) no menciona expresamente la figura y el papel dirigente del Jefe del Estado. En esta ocasión es el Estado quien aparece como garante de los derechos y normas de los españoles.

Francisco Franco con la legitimidad que le confería la normativa jurídica se presentaba ante el pueblo español, tanto fuera en tiempos de paz como en tiempos de guerra, como la autoridad máxima con el supremo deber de dirigir la nave del gobierno hacia metas de paz, orden y prosperidad. Esta potestad y esta misión vienen remarcadas en toda una serie de disposiciones, órdenes, decretos, etc., de manera que en ningún momento se puso, si se podía poner, en duda su autoridad y su liderazgo en la dirección del gobierno.

III.-2.- Deslegitimación de la normativa jurídica republicana

La normativa jurídica del franquismo juega el mismo papel y la misma función que el resto de manifestaciones culturales e ideológicas del régimen: reivindicar su sistema y deslegitimar el contrario, es decir, en este caso, el republicano. No hay mejor manera para animadvertir los ánimos de la gente contra un posible enemigo que degradarlo hasta el infinito e identificarlo con la maldad y con la muerte. El nacional-catolicismo llevó este programa hasta sus últimas consecuencias. No hubo manifestación en la vida de los españoles que, directa o indirectamente, no demonizara los principios y los valores republicanos y ensalzara y divinizara los propios. El cuerpo jurídico del sistema franquista asumió también este papel. A través de esta política de degradación moral y espiritual se conseguía o, por lo menos, se potenciaba el programa de la deslegitimación de todos y cada uno de los factores del sistema republicano.

La normativa jurídica del nacional-catolicismo asumió distintos caminos para alcanzar las metas propuestas. Primero, a través de las exposiciones de motivos o espíritu de las leyes. Antes de la presentación de las normas jurídicas, empleaba una intensa oratoria de desautorización y envilecimiento de los valores contrarios. Segundo, la normativa legal prohibía y condenaba directamente cualquier presencia del sistema republicano. Tercero, con frecuencia, la negación de lo opuesto servía para afirmar y defender lo propio. La normativa jurídica no era inocua, sino que empleaba todas sus fuerzas y maneras para conseguir la desacreditación de los valores republicanos como medio eficaz para reforzar y sustentar las virtudes del nacional-catolicismo. Valgan unos simples ejemplos para demostrar la dualidad de fines que presentaba el sistema normativo del régimen franquista.

Un ejemplo muy válido puede ser el decreto nº 108, publicado en el Boletín Oficial de la Junta de Defensa Nacional de España con fecha 16 de septiembre de 1936. El decreto establece:

Durante largo tiempo ha sido España víctima de actuaciones políticas desarrolladas por algunos partidos que, lejos de cooperar a la prosperidad de la Patria, satisfacían ambiciones personales con detrimento del bien común, pero nunca, como en los momentos anteriores al presente, ha culminado el antipatriotismo en la formación de entidades que, bajo apariencia política, envenenaron al pueblo con el ofrecimiento de supuestas reivindicaciones sociales, espejuelo para que las masas obreras siguieran a sus dirigentes, quienes las aprovecharon para medrar a su costa, lanzarlas a la perpetuación de todas clases de desmanes y cristalizar, al fin, en la formación del funesto llamado Frente Popular, de cuyos males, si responsables son las agrupaciones, no lo son menos aquellas personas físicas que, con su actuación anterior o coetánea, directa o indirecta, han sido autores materiales o por inducción de los daños y perjuicios sufridos por el Estado y por los particulares, con motivo de la absurda resistencia sostenida contra el Movimiento Nacional, por lo que procede adoptar, contra unos y otros, medidas encaminadas a garantizar la responsabilidad que en su día pueda alcanzarles ...

Esta larga arenga patrioter, exposición de motivos del decreto mencionado, es un acertado ejemplo de lo que se sostiene en esta apartado. Todo el preámbulo es un ataque frontal a la actividad de los dirigentes y grupos del Frente Popular, expresado siempre en términos de acusación y deslegitimación, para a partir de este proceso de acusación y condenación poder ofrecer su propia normativa. Si se lee con cuidado, se llega a conclusiones altamente significativas. Por una parte, se hallan en la exposición jurídica los enunciados de España, Patria, bien común, prosperidad, etc., identificados con los principios del Estado y del Movimiento Nacional. La primera correlación de fuerzas se establece, por tanto, en los espacios de identificación entre la Patria-España con el Movimiento Nacional. Por otra parte, otro planteamiento del discurso se centra en el Frente Popular, constituido por toda una serie de partidos e individuos, que conforman la antiEspaña y representan el antipatriotismo inmerso en los principios negativos del egoísmo y de la ambición. Esta actuación codiciosa se concreta en manifestaciones criminales de fuerza, causa de los males reales y profundos que sufre la patria. Incluso, la demostración extrema de esta conducta de ambiciones personales y de desmanes sociales se manifiesta en la guerra tal como se demuestra “en la absurda resistencia sostenida contra el Movimiento Nacional”. La estructura maniqueísta del preámbulo es clara. La maldad es patrimonio del Frente Popular e, inversamente, la bondad y la verdad son principios definitorios del Movimiento Nacional. En este contexto de muerte y destrucción, y en respuesta a las responsabilidades contraídas por

los representantes de la antiEspaña, se legitiman plenamente todas las medidas legales y disciplinarias que dicta la ley del Estado para erradicar las graves dolencias que padece la Patria por culpa del Frente Popular.

El sistema de negación moral y de degradación política son los fundamentos básicos para poder justificar la razón de una guerra y la elaboración de una legislación de prohibiciones y condenas. La normativa jurídica del franquismo se sustenta sobre las premisas de la necesidad ética de una guerra frente a una situación de completa degradación. Los preámbulos jurídicos sirven para plantear la situación de ruina espiritual y social en la que España vivía en tiempo de la República. Ante esta situación, se exponen los remedios más necesarios para atajar y acabar con este mal extremo. De este espíritu emanan las leyes jurídicas del franquismo. Si la antiEspaña está representada por el Frente Popular, razón de todos los males que afectan a la Patria, se proclama con toda lógica:

Artículo primero. Se declaran fuera de la Ley todos los partidos y agrupaciones políticas que... han integrado el Frente Popular.

Artículo segundo. Se decreta la incautación de todos los bienes... pertenecientes a los referidos partidos o agrupaciones, pasando todos ellos a la propiedad del Estado.

Como se puede deducir, los artículos son la consecuencia lógica del desarrollo explicativo de la ley. El decreto nº 18 (Burgos, 16 de septiembre de 1936) de la Junta Nacional de Defensa declara “fuera de la Ley a los partidos y agrupaciones políticas que desde la convocatoria de las elecciones celebradas el 16 de febrero último han integrado el llamado Frente Popular”. Declarados fuera de la ley todos los grupos e individuos del Frente Popular, se hacen plenamente lógicas, legítimas y hasta esperadas las medidas siguientes: la incautación de sus bienes (artículo 2), la depuración de sus miembros (artículo 3), la declaración de medidas punitivas y precautorias (Artículos 4, 5, 6), etcétera. Todo está claro y todo parece perfecto. Sin embargo, ¿se puede decir lo mismo de la declaración de motivos?

La estrategia jurídica del franquismo fue desarrollar unos preámbulos explicativos que justificaran la plena deslegitimación de todo el sistema republicano para justificar su destrucción y, por ello mismo, declarar la legitimidad del Movimiento Nacional. El cuerpo legislativo del Nuevo Estado se edificó sobre esta estrategia de negación

absoluta del enemigo para validar el sentido pleno de las acciones y de la voluntad del sistema propio. A partir de aquí también se hacen comprensibles ciertas órdenes y decretos que justifican cualquier comportamiento, por violento o criminal que este hubiera sido, si la razón de esa conducta era España y el destinatario de la acción violenta era la República. En la Orden de 13 de septiembre de 1936 se establece la eliminación de penas en comportamientos antirrepublicanos, señalando en concreto la actuación de jefes, oficiales y tropas que tomaron parte en el amotinamiento de la Guarnición de Alcalá de Henares el 10 de agosto de 1932.

Existen otros muchos casos que ejemplifican perfectamente esta doble vía de reivindicación propia y de deslegitimación ajena. Se entra en lo que se puede denominar como juego maniqueísta de la normativa jurídica del Movimiento. Un excelente ejemplo es la orden de 24 de diciembre de 1936, en la que se declara “ilícitos el comercio y circulación de libros, periódicos, folletos y toda clase de impresos y grabados pornográficos o de literatura disolvente”. Dice la Orden en su exposición de motivos:

Una de las armas de más eficacia puesta en juego por los enemigos de la Patria ha sido la difusión de la literatura pornográfica y disolvente. La inteligencia dócil de la juventud y la ignorancia de las masas fueron el medio propicio donde se desarrolló el cultivo de las ideas revolucionarias y la triste experiencia de este momento histórico, demuestra el éxito del procedimiento elegido por los enemigos de la religión, de la civilización, de la familia y de todos los conceptos en los que la sociedad descansa.

La enorme gravedad del daño impone un remedio pronto y radical. Se ha vertido mucha sangre y es ya inaplazable la adopción de aquellas medidas represivas y de prevención que aseguren la estabilidad de un nuevo orden jurídico y social y que impidan además la repetición de la tragedia.

Es difícil encontrar una verborrea oratoria tan desordenada e incoherente como la que se ofrece en este preámbulo. De premisas particulares se llega a conclusiones universales y de lo general se deduce lo particular. La idea base de este discurso es simplemente la defensa de que la literatura pornográfica ha sido el arma revolucionaria más eficaz que utilizaron los enemigos de la patria y de la civilización para crear un estado de ruina y de destrucción en medio de un clima de extrema violencia. Ante tal situación es completamente esperable que se intente poner freno y acabar con esa arma de muerte y exterminio. Surge la normativa de choque.

Artículo primero. Se declaran ilícitos la producción, el comercio y la circulación de libros, periódicos, folletos y toda clase de impresos y grabados pornográficos o de literatura socialista, comunista, libertaria y, en general, disolventes.

Es llamativo el sistema de exposición de esta orden, ya que explicita en su artículo primero la identidad de los verdaderos enemigos de la patria, de la religión, de la familia, de la civilización, etc., tal como se expresaba en su preámbulo. Se deduce de este artículo que los libros y periódicos socialistas, comunistas, libertarios, etc., deben ser destruidos porque al ser pornográficos y disolventes son medios revolucionarios que han desencadenado una verdadera catástrofe en el suelo patrio. Se lleva a cabo una lógica expositiva tan dudosa como desconcertante. Lo importante en esta ley es acabar con los verdaderos enemigos del Nuevo Estado: la República y con todos aquellos factores relacionados directa o indirectamente con el sistema anteriormente constituido, auténtico antagonista del nuevo orden que se quiere imponer y, como consecuencia, “de un nuevo orden jurídico y social” basado en la “sagrada” finalidad de impedir nuevas tragedias y evitar, de esta manera, el derramamiento de tanta “sangre”. Por eso, se prohíbe toda presencia de escrito republicano (artículo 1), la entrega de este tipo de material (artículo 2), la guarda y custodia de los mismos (artículo 3) y, ante la posible infracción de lo acordado, se establecen las medidas punitivas correspondientes (artículo 4).

Los dos ejemplos analizados son suficientes para que el lector pueda deducir la verdadera filosofía de la normativa jurídica del franquismo. Como se explicaba al principio de este apartado, toda medida que sirviera para desacreditar el orden republicano e, inversamente, legitimar el del Nuevo Estado era válido y necesario. La normativa jurídica interpretó fielmente este papel. Se decidían las órdenes no tanto por lo que creaban sino por lo que prohibían y negaban. Incluso, si se hiciera un estudio pormenorizado de los campos semánticos de la adjetivación, sustantivación, etcétera, se llegarían a conclusiones muy significativas. En ellas, quedarían patentes la escasa carga de objetividad jurídica y el uso sistemático de la ideologización política. Salvo aquellas órdenes o decretos de carácter puntual y de aplicación concreta como nombramientos, ceses, principios de organización interna, entre otros, el resto de la normativa jurídica del sistema franquista se organiza sobre los principios indicados de legitimación propia y de desacreditación ajena. Es verdad que según pasaba el tiempo y, cuando la suerte de

la guerra estaba ya decidida, el espíritu de la letra jurídica cambió. No había razones para reivindicar valores propios como tampoco para denostar actitudes ajenas. La suerte estaba echada y se instauraba un nuevo orden con una nueva legislación que dejaba de ser, por las circunstancias imperantes, muy poco defensiva o destructiva e, inversamente, era cada vez más organizativa.

La deslegitimación y prohibición del orden republicano quedan expuestas en toda una serie de órdenes y decretos que van minando todo el sistema republicano hasta alcanzar su aniquilación completa. No queda el más mínimo resquicio para una posible opción ideológica o política al margen de lo proclamado por el nuevo gobierno. Este trabajo de demolición de posibles presencias de ideología desafecta al nuevo sistema empieza desde los primeros días del levantamiento militar y de la organización interna del mando nacional.

En el Boletín Oficial de la Junta de Defensa Nacional en su decreto de 30 de julio de 1936 se declaraba el Estado de Guerra en todo el territorio español, impuesto “por las circunstancias por que atraviesa España”, exigiendo a todo ciudadano el cumplimiento estricto de las leyes y penalizando todo comportamiento que “cometiera actos u omisiones que causaran perjuicio a los fines que persigue este movimiento redentor de nuestra Patria”. Por estas razones, la Junta Nacional de Defensa se proclamaba guardianas celosísimas de los deberes y obligaciones de todos los ciudadanos. En este contexto, quedaban sometidos a la jurisdicción de guerra, con sanciones sumarísimas, “los delitos de rebelión, sedición y sus conexos, atentados, resistencia y desobediencia a la Autoridad por Delitos contra el Orden Público” (artículo 5). De esta manera, todos aquellos que formaran parte del Frente Popular o no tuvieran una actitud manifiestamente afecta y activa con el levantamiento militar quedaban sujetos a la jurisdicción de guerra con sanciones derivadas de “procedimientos sumarísimos”. Bajo estos mismos principios de ordenamiento interno, se decretaban las primeras leyes de censura (artículos 7 y 9) y se establecía la razón de incautación de todos los medios de comunicación (artículo 8).

Un paso adelante lo conforma el decreto nº 108 de 16 de septiembre de 1936, en el que se declara “fuera de la Ley a los partidos o agrupaciones políticas que desde la convocatoria de las elecciones celebradas el 16 de febrero último han integrado el

llamado Frente Popular”. Si en el decreto anterior castigaba de manera sumarásimas toda acción contraria u omisión a los fines del Movimiento, en este decreto se explicita claramente la identidad de los enemigos de la patria. Queda claro que la normativa habla de los individuos y partidos confortantes del Frente Popular. Según el decreto, todos ellos quedaban fuera de la ley, estableciendo toda una serie de medidas coercitivas que iban desde las depuraciones hasta las sanciones físicas y económicas, pasando por las incautaciones de bienes y propiedades.⁵

En la orden nº 66 de 24 de diciembre de 1936 se declaraban “ilícitos la producción, el comercio y la circulación de libros, periódicos, folletos y toda clase de impresos y grabados pornográficos o de literatura socialista, comunista, libertaria y, en general, disolventes”. Es una orden analizada con anterioridad. Baste ahora decir que, si en decretos anteriores, quedaban ilegalizados las personas y los partidos que formaban parte del Frente Popular, ahora se declaran ilegales todos sus escritos y publicaciones. No sólo quedaban desautorizados los sujetos físicos no afectos al sistema franquista, sino que igualmente eran prohibidas todas sus manifestaciones de opinión y creación por considerarlas separatistas y destructoras del orden y del bien común.

En esta misma línea se prohíben todos los símbolos republicanos. El más significativo de todos ellos, la enseña nacional. Por decreto de la Junta Nacional de Defensa de 30 de agosto de 1936, al mismo tiempo que se proscribía la bandera tricolor de la República, se “restablece la tradicional bandera bicolor: roja y gualda”. Con la bandera, quedan ilegalizados los restantes símbolos y enseñas de cualquiera de los bandos confortantes del Frente Popular.

⁵ Parece que el decreto debió crear muchas dudas o imprecisiones en su aplicación. En la orden de Presidencia de la Junta Técnica del Estado con fecha 11 de enero de 1937, se concretan aquellos partidos que por formar parte del Frente Popular quedaban fuera de la ley. Estos eran, según esta orden, Izquierda Republicana, Unión Republicana, Confederación Nacional del Trabajo, Unión General de Trabajadores, Partido Socialista Obrero, Partido Comunista, Partido Sindicalista, Sindicalistas de Pestaña, Federación Anarquista Ibérica, Partido Nacionalista Vasco, Acción Nacionalista Vasca, Solidaridad de Obreros Vascos, Ezquerria Catalana, Partido Galleguista, Partido Obrero de Unificación Marxista, Ateneo Libertario, Socorro Rojo Internacional y, como se dice en el decreto, otras posibles “entidades o agrupaciones” de análoga significación. Pues bien, esos posibles partidos de análoga significación se explicitan en la orden del 7 de febrero de 1937, en la que, a los partidos anteriormente señalados, se añaden el Partido Socialista Unificado de Cataluña (P.S.U.C.), “Unión Rabassaires”, “Acción Catalana Republicana” (partido catalanista republicano), “Unión Democrática de Cataluña” y “Estat Catalá”. Quedaban, de esta manera, perfectamente señalados las agrupaciones y partidos componentes del Frente Popular. Este desglose de entidades políticas era necesario para asegurar una incautación rigurosa de los “bienes de los enemigos de la patria”.

En esta línea de prohibiciones y negaciones se fueron publicando diferentes decretos y leyes que sirvieron para ir desmantelando pieza a pieza todo el complejo engranaje del sistema republicano. No es la intención de este trabajo analizar de forma pormenorizada todos y cada uno de los apartados y pasos –órdenes, decretos, leyes- que propiciaron este fin. Sirvan unos pocos ejemplos para verificar este espíritu de exterminio de todo resquicio de presencia republicana. Por decreto de la Junta de Defensa Nacional del 25 de septiembre de 1936 se abolió la coeducación en la enseñanza primaria y secundaria, acabando con uno de los logros más importantes de la renovadora pedagogía republicana. Desde una perspectiva social, se prohibieron los carnets republicanos (orden de 2 de marzo de 1937) y se derogó la ley de Matrimonio Civil por ley del Ministerio de Justicia de 21 de marzo de 1928. Como afirma la ley de la Jefatura del Estado de 7 de julio de 1938 se restablece la Pena de Muerte “para eliminar en el Código Penal (toda normativa) de la nefasta República”. Estas normativas de hondo calado que afectan a la educación, “prohibición de la coeducación”, a la justicia, “restablecimiento de la pena de muerte”, y a la vida social, “prohibición del matrimonio civil”, entre otras posibles, son elocuentes muestras de este afán de eliminación de todo rastro o presencia del espíritu republicano.

Una de las normas más definitivas en este juego de aniquilación de toda presencia de principios democráticos y liberales es la ley de la Jefatura del Estado del 15 de junio de 1939 en la que se establece que “El Patrimonio de la República” se denomine desde ese momento “Patrimonio Nacional”. Así quedaba borrado hasta el nombre de su enemigo político. La legislación de la Nueva España, al mismo tiempo que deslegitimaba el régimen “de la nefasta República”, iba poco a poco ordenando y regulando su vida interior.

Sin embargo, en este proceso de desintegración del sistema de la República encontramos cuatro leyes que terminan por destruir cualquier pequeño resquicio del espíritu liberal y democrático del sistema anterior. Aunque no tenga un fin directamente orientado a desmantelar el sistema republicano, juega un papel definitivo en este espíritu de demolición y supresión. Me refiero concretamente a la ley de Prensa de 23 de abril de 1938; la Ley de Responsabilidades políticas (9 de febrero de 1939); la Ley

de Represión de la Masonería y el Comunismo (ley de 1 de marzo de 1940) y la Ley para la Seguridad del Estado (ley de 20 de marzo de 1941).

La Ley de Prensa de 1938 es el mejor ejemplo de lo que se puede denominar como oratoria maniqueísta del sistema franquista. Contrapone estos dos mundos políticos de signo ideológico opuestos: República y nacional-catolicismo. Uno es representación de todos los vicios y males que llevaron a la patria España a la ruina y casi a la muerte. El otro es metáfora de todas las virtudes y valores absolutos, fuerza incontenible que representa el renacimiento y el camino hacia la gloria. Cada uno de estos mundos se define por sus cualidades, pero también por las características del contrario. Cada definición que sirve para definir la naturaleza de uno de los bandos sirve también por su relación antitética para categorizar al otro como *contrafactum* semántico. Todo el preámbulo de la ley presenta este estilo con esta innegable finalidad. La ley en su exposición de motivos afirma:

Testigos quienes hoy se afanan en la empresa de devolver a España su rango de Nación unida, grande y libre de los daños que una libertad entendida al estilo democrático había ocasionado a una masa de lectores diariamente envenenada por una Prensa sectaria y antinacional...

Así, redimido el periodismo de la servidumbre capitalista de las clientelas reaccionarias o marxistas, es hoy cuando auténtica y solemnemente puede declarar la libertad de la Prensa, libertad integrada por derechos y deberes que ya nunca podrá desembocar en aquel libertinaje democrático por virtud del cual pudo discutirse a la Patria, y al Estado, atentar contra ellos y proclamar el derecho a la mentira, a la insidia y a la difamación como sistema metódico de destrucción de España...

¿Se pueden encontrar ejemplos más reveladores de la oratoria maniqueísta que revela esta ley? Haciendo un estudio, un tanto superficial de los campos semánticos que el binomio temático ofrece, encontramos estos resultados tan sorprendentes como esperados. La República, cuya denominación no aparece en el texto legal, pero se define, como se ha dicho, por oposición al campo semántico contrario, se presenta como una fuerza democrática, reaccionaria y antinacional, cuyas armas de acción son la mentira, la insidia y la difamación en medio de un clima de desaforado libertinaje con la clara intención de destruir la Patria. Frente a la República, se encuentra el otro grupo, también sin denominación, pero fácilmente identificable por sus cualidades y valores, que se muestra como una fuerza fascista, oposición al concepto de democracia, innovadora y progresista, que con la razón de la verdad proclama los principios de

libertad, camino y energía necesarias para “devolver a España su rango de Nación unida, grande y libre”. Desde la perspectiva de un lenguaje arquetípico se plantea el mitema de la renovación frente al enunciado de la muerte y de la destrucción.

Un lenguaje planteado sistemáticamente de este modo llega a calar de tal manera en el inconsciente de la población que ésta termina relacionando el mundo de la maldad con la política republicana y el universo de la verdad y de la bondad con el régimen del Nuevo Estado. A partir de estas consideraciones, es fácil entender que todos los artículos de la ley, al mismo tiempo que definen la política de Prensa del franquismo, deslegitiman frontalmente la del sistema precedente, contra el que las fuerzas de la verdad y del bien se habían levantado en armas para impedir la agonía y la muerte de la Patria. La Ley de Prensa del 1938 proclama asimismo en el primer párrafo de su preámbulo:

Cuando en los campos de batalla se luchaba contra unos principios que habían llevado la Patria a un trance de agonía, no podía perdurar un sistema que siguiese tolerando la existencia de ese “cuarto poder” del que se quería hacer una premisa indiscutible.

Tenemos en la mano todas las razones que propician unas leyes jurídicas que con carácter violento y con espíritu beligerante buscan la aniquilación total de la facción enemiga, de la España democrática, verdadera enemiga de la patria, y, al mismo tiempo, proclaman la razón y la finalidad de la acción bélica y destructora de la Nueva España, fascista e innovadora, como vía de redención y de gloria. La deslegitimación del espíritu republicano era una necesidad moral y política del nacional-catolicismo.

Un paso adelante lo constituye la ley de la Jefatura del Estado de 9 de febrero de 1939, publicada en el Boletín Oficial el 13 de febrero, conocida como *Ley de Responsabilidades Políticas*. Esta ley se fundamenta en lo dictado por el decreto nº 108 de 16 de septiembre de 1936, en la que declaraba “fuera de la Ley a los partidos o agrupaciones” que habían integrado “el llamado Frente Popular”. En el preámbulo de la Ley se puede leer como explicación legal:

Próxima la total liberación de España, el Gobierno, consciente de los deberes que le incumben respecto a la reconstrucción espiritual y material de nuestra Patria, considera llegado el momento de dictar una Ley de Responsabilidades Políticas, que sirva para liquidar las culpas contraídas por quienes contribuyeron con actos u omisiones graves a forjar la subversión roja, a mantenerla viva durante más de dos

años y a entorpecer el triunfo, providencial e históricamente ineludible, del Movimiento Nacional...

A través de un lenguaje altamente oratorio de contenidos muy similares a la doctrina tridentita en torno a la culpa y al perdón, el preámbulo sigue presentando un cuerpo de doctrina difícilmente asimilable desde una perspectiva legal. Se plantea la culpa “infinita” de los enemigos de España y la imposibilidad de encontrar un castigo a la altura de la trasgresión cometida: “La magnitud intencional y las consecuencias materiales de los agravios inferidos a España son tales, que impiden que el castigo y la reparación alcancen unas dimensiones proporcionales”. Ante esta situación, se impone el espíritu de misericordia y perdón de las autoridades de la Nueva España con una ley, que, en ningún momento ni circunstancia, quiere ser “vindicativa, sino constructiva”. Como existe la culpa, tiene que existir el castigo. Pero la reparación penal nunca entrañará una fuerza de castigo similar a la naturaleza de la infracción cometida. Por otro lado, para que todo discurra dentro de los cauces estrictamente legales se crea un Tribunal Supremo que regule, controle y armonice “los Tribunales encargados de imponer las sanciones”, que, a su vez, “estarán compuestos por representantes del Ejército, de la Magistratura y de la Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.”.

Establecida la doctrina y creados los tribunales, la ley tenía que establecer las responsabilidades. Por eso, en el artículo primero de las “Declaraciones generales”, título I, se establece: “Se declara la responsabilidad política de las personas tanto jurídicas como físicas, que desde el primero de octubre de mil novecientos treinta y cuatro y antes del 18 de julio de mil novecientos treinta y seis, contribuyeron a crear o a agravar la subversión de todo orden de que se hizo víctima a España y de aquellos otros que, a partir de la segunda de dichas fechas, se hayan opuesto o se opongan al Movimiento Nacional con actos concretos o con pasividad grave”. La pregunta a partir de este artículo es saber qué personas jurídicas y físicas cumplen con estos requisitos de agravio y de responsabilidad. En el artículo segundo, de manera muy genérica, se señala como razón de culpa la pertenencia activa o pasiva al Frente Popular. Pero más adelante, se concreta, de forma pormenorizada, todas las conductas opuestas al Movimiento Nacional. Éstas son:

- .- Adhesión a los partidos del Frente Popular.
- .- Inducción a su pertenencia o acción.

- .- Desempeño de cargos directivos en los mismos desde los políticos hasta los administrativos.
- .- Haberse significado a favor del Frente Popular.
- .- Oposición de alguna forma al Movimiento Nacional.
- .- Pertenencia a la masonería.
- .- Ausencia para evitar obligaciones militares con el Movimiento Nacional.
- .- Cambio de nacionalidad para evitar el compromiso armado.

A partir de este punto, se establecía la valoración del grado de responsabilidad y, en consecuencia, el grado de sanción. Para ello, igualmente se proponía los cauces del proceso de investigación a través de los testimonios y pruebas de acusación. Se reglamentaban, de esta manera, la responsabilidad de los penados, las sanciones de acuerdo con la naturaleza del delito y el modo o sistema de cumplir con el correctivo impuesto⁶.

Antes de presentar la Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo (1 de marzo de 1940) es obligado analizar la orden del Gobierno de la Nación de 25 de enero de 1940, en la que se decreta la creación de comisiones provinciales de “examen de penas”. La orden tiene un sentido aparentemente justo y equitativo, ya que procura la uniformidad de juicios y sanciones para igualdad de delitos. Frente a las irregularidades o despropósitos de jueces y juicios, se ofrece unas tablas de delitos con sanciones proporcionadas a la naturaleza de la trasgresión. De esta manera, como sostiene el preámbulo de la orden, se cumple el “propósito fundamental del nuevo Estado”: con justicia y con equidad “liquidar las responsabilidades contraídas con ocasión de la criminal traición que contra la Patria realizó el marxismo”. Los tribunales regionales de Responsabilidades políticas poseen una normativa que les permite juzgar y sancionar los delitos con imparcialidad y rectitud.

La ley ofrece una tabla de seis grados de delitos y, por tanto, de penas proporcionales a la gravedad de las culpas. La ley tipifica ochenta y dos cargos susceptibles de condena, desde los delitos graves e importantes hasta los más leves o de menor trascendencia, desde las penas máximas, supuestamente la pena de muerte, hasta la condena de seis

⁶ Sin embargo, la realidad fue muy distinta a lo que el espíritu de la ley predicaba. La aplicación de las penas fue durísima. Hubo en los juicios arbitrariedades muy serias. La benevolencia y el espíritu de reconciliación estuvieron ausentes. La Ley de Responsabilidades Políticas, por los resultados obtenidos, tal como podrá el lector comprobar en el próximo capítulo, no fue una ley de perdón y hermanamiento sino una ley vindicativa que negó toda presencia de humanismo y moralidad.

meses y un día, pasando por todos los grados posibles de penas en consonancia con el grado de la infracción. De esta manera, se condena toda conducta contraria al sistema e incluso otras que sin oposición abierta al Nuevo Estado revelan una postura tibia o no demasiado afecta a sus intereses. De la deslegitimación de la República se pasa a la penalización de sus miembros de acuerdo con su actividad en la guerra e incluso en períodos anteriores a ésta.

La tipificación de los delitos relativos a las diversas conductas en el seno de la legalidad del Estado llevaba necesariamente a una de las leyes más controvertidas del régimen franquista: la *Ley de Represión de la Masonería y del Comunismo*. En el preámbulo de la ley se achaca a la masonería y al comunismo todos los males que ha padecido España desde siglos pasados. Se extrapola el sentido lógico de las afirmaciones para explicar y justificar la persecución férrea del Estado hacia estos movimientos. Si los males de la Patria están causados por la actividad de los masones y de los comunistas, es lógico y necesario acabar con las fuerzas del mal. Al identificar la República con la masonería y el comunismo, se impone la aniquilación completa de este sistema como enemigo frontal de España. Se expresa en el preámbulo de la ley:

Acaso ningún factor, entre los muchos que han contribuido a la decadencia de España, influyó tan perniciosamente en la misma y frustró con tanta frecuencia las saludables reacciones populares y el heroísmo de nuestras armas, como las sociedades secretas de todo orden y las fuerzas internacionales de índole clandestino. Entre los primeros, ocupa el puesto más principal la masonería, y entre los que, sin constituir una sociedad secreta propiamente, se relacionan con la masonería y adaptan sus métodos al margen de la vida social, figuran las múltiples organizaciones subversivas en su mayor parte asimiladas y unificadas por el comunismo.

A continuación pasa a relatar todos los males que ha sufrido España a lo largo de la historia por culpa de la actividad destructora y antiespañola de esos movimientos.

En la pérdida del imperio colonial español, en la cruenta Guerra de la Independencia, en las guerras civiles que asolaron España durante el pasado siglo, y en las perturbaciones que aceleraron la caída de la monarquía constitucional y minaron la etapa de la Dictadura, así como en los numerosos crímenes de Estado, se descubre siempre la acción conjunta de la masonería y de las fuerzas anarquizantes movidas, a su vez, por ocultos resortes internacionales.

Sin embargo, según se comenta en la exposición de motivos de la presente ley, la acción más criminal y antipatriótica de masonería y comunismo se concretó durante el periodo republicano y durante la Guerra Civil. En esta larga etapa, 1931-1939, casi un

decenio entero, el pueblo español pudo conocer de forma directa y personal el auténtico talante antipatriótico de la República refrendado por todos “los crímenes perpetrados por los rojos”. Ante el horror de estas conductas criminales se impone, por obligación espiritual y por necesidad material, acabar con todos los artífices directos o indirectos de este caos, causa de la ruina de España. Para atajar estos males, se hace necesaria una ley, que, aunque no sea ni pueda ser definitiva, determine la calificación jurídica y las sanciones correspondientes que deben aplicarse a los diferentes delitos de quienes secunden la masonería o el comunismo.

En el artículo cuarto de la ley se tipifica la naturaleza de la masonería y del comunismo. En esta categoría pueden entrar todas las personas y grupos no afectos al régimen franquista, ya que la lectura de la ley ofrece una equiparación completa entre lo republicano y lo masón-comunista. A su vez, en el artículo primero se afirma: “Constituye figura de delito, castigado conforme a las disposiciones de la presente Ley, el pertenecer a la masonería, al comunismo y demás sociedades clandestinas”. Como se afirma en otras muchas leyes anteriores, en ésta también se insiste en la razón de la incautación de los bienes de todas las organizaciones que han sido prohibidas (artículo segundo). Según la naturaleza de las penas, se imponen también castigos de mayor o menor fuerza (artículo cuarto). De esta forma, quedan fuera de la ley y son susceptibles de ser castigados todos aquellos que defiendan y propaguen “ideas disolventes contra la Religión, la Patria y sus instituciones fundamentales y contra la armonía social” (artículo tercero). La ley castiga toda conducta errática conforme al dictado de la España franquista. Esta ley que recibe la denominación de “Represión de la masonería y del comunismo”, pero muy bien podría haberse titulado “Ley de la Represión del régimen republicano”, ya que se convierte en una normativa jurídica que castiga y penaliza las conductas de todas las personas desafectas a los intereses y normas de la Nueva España.

Si la Orden de constitución de las “Comisiones de Examen de penas” tipifica los posibles delitos y ofrece una tabla de sanciones de acuerdo con la gravedad de las infracciones, la “Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo” determina física y jurídicamente la personalidad del reo. Cabría afirmar que existen, según la legislación franquista, ochenta y dos delitos, organizados en seis grupos de sanciones, para todos aquellos que militen o hayan pertenecido a grupos políticos de signo republicano, desde

los masones hasta los comunistas, pasando por los anarquistas, republicanos y “movimientos disolventes”, es decir, en cualquier grupo con afinidad con el Frente Popular.

En el B.O.E. de 11 de abril de 1941 aparecía la *Ley para la Seguridad del Estado* de 29 de marzo de 1941. Después de todas las leyes de represión dictadas hasta este momento, el gobierno franquista consideraba que seguía habiendo importantes vacíos legales para enjuiciar con garantías y con exactitud legal las posibles infracciones contra la seguridad y el buen nombre del Estado y de sus dirigentes. Se precisaba una ley más completa y más exacta. De esta voluntad o necesidad de una normativa legal coherente y totalitaria que tipificara toda conducta delictiva nace esta ley que cierra el organigrama legal de deslegitimación y aniquilación de los “demonios” republicanos. El preámbulo de la Ley es claro al respecto:

Constituye por ello preocupación del Gobierno, la promulgación oportuna de un nuevo Código penal que, recogiendo las esencias del Régimen vigente, sepa concertar, en adecuadas fórmulas, los progresos de la ciencia penal y los principios fundamentales de nuestras tradiciones jurídicas.

...

A ello obedece la presente Ley, cuya finalidad no es otra que la de suplir deficiencias de nuestra vigente legislación, que viene siendo preocupación constante reclamada por los Tribunales de Justicia, actualmente indotados en muchas materias de esta disposición, del instrumento legal que consideran necesario para el cumplimiento de su más sagrada función...

La ley nace con carácter de provisionalidad, con el propósito de cubrir un vacío legal. La Ley para la Seguridad del Estado quiere ser respuesta a la necesidad que los tribunales militares tenían a la hora de enjuiciar y penalizar los delitos políticos derivados de un estado de confrontación bélica. Era una manera de ofrecer una cobertura legal a unos comportamientos viciados en su base, ya que las arbitrariedades y las graves limitaciones materiales, aspectos que se estudiarán en el próximo capítulo, dominaban estos juicios en los que no cabía la posibilidad de recurso. A pesar del carácter de provisionalidad, la ley tuvo una larga vigencia que sirvió para juzgar todos los delitos contra el Estado, la nación y sus dirigentes.

La Ley está estructurada en sesenta y nueve artículos, organizados en doce capítulos⁷. De forma sistemática y progresiva se van analizando los delitos diferentes en naturaleza y gravedad, objeto del enjuiciamiento legal. De los doce capítulos existen unos más importantes que otros por su significado legal y político. El capítulo primero con sus dieciséis artículos enjuicia los “Delitos contra la seguridad exterior e interior del Estado y contra el Gobierno de la Nación”. En este capítulo existen dos artículos de alta significación: el primero y el quince. El primero castiga con la pena de muerte a todo “español que tomare las armas contra la Patria bajo banderas separatistas”, imponiendo, de esta manera, la máxima pena a todo aquel que hubiera defendido durante la guerra en el frente de batalla la legalidad republicana. El artículo quince valora como delictiva toda conducta que se haya opuesto al régimen con cualquier medio de comunicación, favoreciendo y enalteciendo la lucha armada. Las penas que señala van de los doce años y un día hasta los veinticinco años de reclusión. Se van desglosando a lo largo de los dieciséis artículos todas y cada una de las conductas rebeldes que ponen o han puesto en peligro la seguridad del Estado o de la Nación. El capítulo segundo se refiere a los “Delitos contra el Jefe del estado”. De los delitos contra el Estado se pasa a los delitos contra su máxima autoridad, el Jefe del Estado. Según la normativa impuesta serían castigados con pena de muerte todas aquellas conductas que atentasen contra la vida, la integridad personal o la libertad del Caudillo. Igualmente serían castigados con penas de ocho a treinta años de reclusión aquellos que a través de algún medio o de alguna manera lanzaran amenazas o injurias al Jefe del Estado. En este capítulo a través de siete artículos se van desglosando los posibles delitos contra la autoridad del Estado con sus diferentes penas en consonancia con la gravedad de la infracción. El capítulo cuarto se centra en el tema de las “Asociaciones y Propaganda ilegales”. Es otro de los capítulos básicos de la ley, en el que en catorce artículos sistematiza y penaliza todos los posibles delitos de asociación y propaganda. Es un tema muy importante, ya que toda conducta de tipo ideológico que no sintonizara con la línea de pensamiento del Régimen podía ser considerada como “propaganda ilegal” y ser castigada con penas que podían ir hasta los dieciséis años de reclusión. El capítulo sexto contemplaba la naturaleza delictiva de las huelgas y paros como desobediencia grave a las órdenes y normas del Gobierno. Otros posibles delitos, con penas muy variadas, eran “la

⁷ Es curioso constatar que en el Boletín Oficial está ausente el capítulo décimo. Del capítulo noveno se pasa al capítulo undécimo. Por lo tanto, la Ley presenta en realidad once capítulos. No hay ausencia de texto, ya que la sucesión de los artículos es correcta y progresiva.

circulación de noticias y rumores perjudiciales a la seguridad del Estado” (capítulo tercero); “Revelación de secretos políticos y militares” (capítulo tercero); “Atentados y amenazas a autoridades y funcionarios” (capítulo séptimo); los “Robos a mano armada o secuestros” (capítulo octavo); etc. En los sesenta y nueve artículos que presenta la ley, se tipifican todos los posibles delitos contra el Estado y la Nación en cualquiera de sus modalidades. Con clara voluntad, el gobierno con esta ley quería cerrar toda salida a las indefiniciones legales y resolver el grave problema de las posibles omisiones o formulaciones incompletas que pudieran ofrecer las leyes anteriores dictadas preferentemente para erradicar toda presencia del espíritu de la República.

Las cuatro leyes analizadas –Ley de Prensa de 1938, Ley de Responsabilidades políticas de 1939, Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo de 1940 y la Ley para la seguridad del Estado de 1941- junto a todo un aparato legislativo subsidiario representan un cuerpo legal perfectamente orquestado en el que no quedaba resquicio para la duda o para las imprecisiones normativas. Por otro lado, analizando, de manera un tanto pormenorizada, sus formulaciones respectivas, se percibe que cada ley amplía su campo de referencia y concreta semántica y jurídicamente los espacios tratados en normas anteriores, funcionando, de esta manera, como juego de muñecas rusas, por el que una ley entraba en el cuerpo de la otra hasta llegar a formar un organismo legal encajado a la perfección y exquisitamente diseñado. Finalmente, viendo la declaración jurídica de estas leyes en el tiempo de su promulgación, se observa con toda nitidez que, desde un planteamiento de naturaleza bélica, cuyo referente era un enemigo real y vivo, se va pasando hacia un delincuente posible y futurible. Las primeras leyes juzgaban las conductas de los republicanos en el campo de batalla; las últimas, especialmente “la Ley para la seguridad del Estado”, juzgan igualmente comportamientos desafectos durante el periodo de la Guerra Civil, pero la ley está promulgada más bien para resolver posibles delitos ideológicos o armados en hipotéticos *delincuentes* políticos. Las primeras leyes juzgan conductas del presente; las últimas analizan posibles conductas penales en el futuro. Estas leyes que en su origen están pensadas para la acción de deslegitimación y condena de la causa republicana, terminan funcionando como sostén y garantía incuestionables de la causa franquista.

III.-3.- Las Leyes Fundamentales del Estado

Probadas por parte de la dirección de las fuerzas sublevadas la bondad y la necesidad del pronunciamiento militar; legitimada moral, religiosa y jurídicamente la autoridad suprema del Jefe del Estado, general Francisco Franco, y descalificado desde todos los órdenes el sistema republicano, el Nuevo Estado sentía y tenía la necesidad de crear su propio cuerpo jurídico, una normativa de funcionamiento interno que posibilitara, desde todos los órdenes del comportamiento colectivo y según su filosofía política, primero, una convivencia armónica en beneficio de la proclamada felicidad del ciudadano y del progreso material de la nación y, segundo, erradicar cualquier conducta o manifestación desafecta o contraria a sus propios intereses. La base de esta normativa jurídica va a residir en las denominadas Leyes Fundamentales del Estado.

A diferencia de los países democráticos europeos y en la línea de los regímenes fascistas, Italia y Alemania principalmente, España no contó con una constitución organizada en torno a un código legal coherente y cerrado sino que tuvo un sistema de leyes orquestadas en torno a la doctrina síntesis expresada en la Ley de Principios del Movimiento”. En la España de Franco no existía una constitución, sino leyes constitucionales, conocidas como *Leyes Fundamentales del Nuevo Estado español*⁸, que, como tales, necesitaban para su aprobación, derogación o modificación, el visto bueno de las Cortes y el plebiscito de la nación.

Las *Leyes Fundamentales* constituyen el cuerpo legislativo por el que se regula política y jurídicamente el Estado español. A diferencia de una *Constitución*, que se considera un cuerpo legislativo cerrado, irreformable y completo de normas de un Estado, el cuerpo legal de las Leyes Fundamentales podían ser ampliadas o modificadas para que el cuerpo doctrinal de la legislación pudiera adaptarse a las necesidades de cada momento. Por eso, se ha denominado en algunos casos como “Constitución abierta”. Sólo la Ley de Principios del Movimiento Nacional en su artículo primero defiende el carácter permanente e inalterable de la ley.

Esta estructura abierta y movable del cuerpo legislativo del régimen franquista posibilitó una adaptabilidad extrema a las necesidades o exigencias de cada momento histórico o

⁸ Comas de Montañez, María: *Historia moderna y contemporánea de España*. Barcelona: Ediciones Socrates, 1964, p. 223.

social. Incluso supo responder a las exigencias o presiones que le venían dadas desde dentro de la nación como desde fuera de la misma. En este punto reside la capacidad y fuerza camaleónica del franquismo que sin romper ni poner en riesgo su estructura interna supo adaptarse, según conveniencias del propio sistema, a las situaciones más diversas y variopintas. Pudo responder en un primer momento a una causa indiscutible fascista y después pudo ofrecer una cara de signo democrático, dando en apariencia un amplio juego político al pueblo, que, en realidad, nunca poseyó, sin quebrantar en ningún momento el signo totalitarista de su política. Incluso, esta misma estructura jurídica posibilitó, tras la muerte del general Franco, el paso de un sistema totalitario a otro de signo democrático a través de la promulgación de la Ley para la Reforma Política en 1977. No era cuestión de cambiar una constitución sino de añadir a las ya existentes una nueva ley orgánica.

Las Leyes Fundamentales se concretan en siete: el *Fuero del Trabajo*, el *Fuero de los españoles*, la *Ley Constitutiva de las Cortes*, la *Ley del Referéndum*, la *Ley de Sucesión*, la *Ley de Principios del Movimiento* y la *Ley Orgánica del Estado*. “Fundamental, aunque no haya sido refrendada por plebiscito, es la *Ley de Principios del Movimiento*, síntesis de los principios contenidos en las cinco leyes”⁹ citadas con anterioridad. Fuera ya del periodo estrictamente franquista es obligado mencionar la *Ley para la Reforma Política* (1977), ley que arbitra la reforma de las Leyes Fundamentales y posibilita la modificación del sistema que conduciría a un sistema democrático sin romper con el régimen político anterior¹⁰.

Cada una de estas leyes tiene su explicación en el tiempo y en las circunstancias políticas en las que fueron aprobadas. Las leyes eran la respuesta práctica a las necesidades puntuales de cada momento político. El *Fuero del Trabajo* (9 de marzo de 1938), redactada en plena Guerra Civil, pretendía ser un ordenamiento laboral y social en los territorios afectos al sistema y en aquellos que iban incorporándose como consecuencia de la guerra al territorio nacional. La *Ley Constitutiva de las Cortes* (17 de julio de 1942), es el ordenamiento jurídico y político del Estado y de la nación en una

⁹ Ibídem, p. 224.

¹⁰ Aunque esta última sea una ley básica para entender la transición y la posterior vida política de España, al quedar fuera del tiempo analizado, queda excluida de nuestro análisis. Esto explica que desde este análisis se planteen siete leyes fundamentales, en vez de ocho, tal como aparece en todos los estudios del tema.

etapa en la que el franquismo se ha impuesto en todo el territorio y pretende maquillar la cara de su totalitarismo político con unas formas aparentes de conducta más democráticas y participativas ante los poderes aliados insertos en ese momento en la Segunda Guerra Mundial. El *Fuero de los Españoles* (17 de julio de 1945) es la carta magna de los deberes y obligaciones de todos los españoles. El triunfo de los aliados en la guerra mundial obligaba al sistema franquista a dar un paso adelante en esta política de desligamiento del fascismo y acercamiento a los métodos y maneras de las democracias occidentales. La *Ley de Referéndum* (22 de octubre de 1945) y la *Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado* (26 de julio de 1946), al mismo tiempo que declaraban la jefatura indiscutible de Francisco Franco, arbitraban medios y maneras para su posible sucesión en caso de muerte o de incapacidad. A estas alturas del siglo, el régimen de Franco había superado la más difícil prueba en su continuidad política. Los países democráticos, vencedores en la guerra, habían aceptado el régimen de Franco como mal menor o mal necesario. Para ellos el régimen franquista no implicaba ningún problema y, al contrario, podían sacar de él pingues beneficios. Occidente y los países democráticos legitimaban al régimen de Franco. Ante la seguridad de su continuidad, el sistema se enfrentaba a su futuro con una clara política de permanencia y continuismo. La *Ley de Principios del Movimiento Nacional* (17 de mayo de 1958) era una ratificación de los principios fundamentales que regulaban las leyes anteriores. Era la ley con más visos de constitución. Incluso, como se afirmaba con anterioridad, era la única ley en la que se defendía explícitamente su carácter permanente e inalterable (artículo 1). La *Ley Orgánica del estado* (10 de enero de 1967), como afirma el propio preámbulo de la ley, es un complemento y un perfeccionamiento de las leyes y de los principios anteriores para asegurar la permanencia y la fidelidad en un futuro hacia los Principios del Movimiento Nacional. Se buscaba que la decrepitud física del Jefe de Estado no implicara el deterioro o el fin del régimen franquista. La idea base era la continuidad del sistema franquista después de la muerte o de la incapacidad de su creador.

La regulación jurídica y política del sistema se estructuraba y organizaba en torno a estas leyes fundamentales. Sin embargo, para tener una visión completa de la normativa jurídica del Estado, hay que añadir a este cuerpo de ordenación jurídica múltiples leyes y órdenes de valor secundario que sirvieron para crear un organismo legal perfectamente ensamblado y de alta eficacia operativa. Ante la imposibilidad de un

análisis exhaustivo de esta normativa, es conveniente presentar de forma esquemática las Leyes Fundamentales para que el lector pueda tener una visión general del ordenamiento jurídico en el sistema franquista o bien conocer los mecanismos jurídicos de ordenación política, tema central de este capítulo¹¹.

Fuero del Trabajo (9 de marzo de 1938). El *Fuero del trabajo*¹², como el propio nombre revela, es fuero y no ley. Como tal, expresa más y mejor un desideratum que una realidad. Es una ley en la medida de lo posible, pero en su conjunto es en esencia una proclama de buenas intenciones. Esta propuesta de idearios se ve claramente en ciertos artículos, donde se defienden unas metas imposibles de alcanzar en esos años de penuria y de graves privaciones. El *Fuero del trabajo* representa una meta deseable que hay que ir conquistándola poco a poco en el tiempo y con esfuerzo. Sin embargo, en términos generales, se puede afirmar que para la época fue una especie de ley de carácter renovador, donde se exponían por primera vez en la legislación española del trabajo ciertos puntos de gran novedad y de indiscutible progresismo.

El espíritu y la letra del *Fuero del Trabajo* se hallaban profundamente influenciados por la *Carta del Lavoro* del fascismo italiano con los ajustes o las modificaciones provenientes de la doctrina social de la Iglesia católica. El Fuero, de esta manera, respondía fielmente a los postulados del “nacional-catolicismo”, exponiendo las bases legales del programa económico y social del régimen franquista. Ordenaba básicamente las relaciones entre trabajador y medios de producción y entre el trabajador y el patrono, desarrollando las obligaciones y los derechos de cada una de las partes del hecho laboral.

La redacción del Fuero estuvo rodeada de enconadas discusiones y de fuertes tensiones. Como afirma Staley G. Payne: “Se encargaron dos borradores, uno a González Bueno, ministro de Organización Sindical, y a sus colaboradores; y el segundo a dos

¹¹ Si se analiza con cuidado tiempo y circunstancias de las Leyes Fundamentales del Estado se llega a la conclusión de que redacción y sanción oficial respondían más al afianzamiento del poder y de la continuidad del régimen y de la autoridad establecida que a la búsqueda de un funcionamiento social más perfecto o de un mayor bienestar material. La legislación franquista es una ley redactada y aprobada para el interés y la conveniencia de un régimen y de una autoridad.

¹² Véase al respecto los trabajos de Luis Suárez Fernández: “Fuero del trabajo” en *Francisco Franco y su tiempo*, Tomo II, pp. 288-294 (1984).

neofalagistas más radicales con formación académica, Joaquín Garriges y Francisco Javier Conde, con la colaboración de Dionisio Ridruejo”¹³. El borrador segundo fue rechazado por radical; el primero, más conservador, se remitió al Consejo Nacional de la FET, provocando fuertes polémicas, especialmente en los sectores del carlismo y de los grupos más radicales. “Serrano intentó salvar la situación recomendando que lo más aceptable sería una declaración general de objetivos e ideales, y Franco ordenó que una comisión bipartita, encabezada por Ridruejo y Eduardo Aunós, preparara un tercer borrador”¹⁴. Esta redacción será la base del *Fuero del Trabajo*.

El *Fuero del Trabajo* se inicia declarando el derecho y la obligación de todo ciudadano al trabajo como necesidad indispensable para el bienestar de la persona y para la prosperidad de la nación. Si la obligación-derecho del ciudadano es el trabajo, el papel del Estado es velar por el cumplimiento de este derecho fundamental y por los derechos básicos del trabajador. Éstos se pueden resumir en los siguientes puntos:

- .- Humanización del trabajo (duración, condiciones, etc.).
- .- Garantía del descanso dominical (días festivos y días declarados por el Estado como no laborables).
- .- Garantía de vacaciones anuales.
- .- Libre acceso a los bienes de la cultura y del deporte.
- .- Un salario mínimo que garantice la dignidad de la vida de los trabajadores.
- .- Establecimiento del subsidio familiar.
- .- Seguridad en empleo, impidiendo el despido libre.
- .- Ordenamiento de la seguridad del trabajador en caso de accidente o de enfermedad.
- .- Derecho a la jubilación.
- .- Elevación en la medida de lo posible del nivel de vida de los trabajadores.
- .- Imposición de las bases de relación entre trabajadores y patronos.
- .- Etc.

En este contexto de deberes y obligaciones de trabajadores y patronos, el Estado aparecía como garante de las buenas relaciones entre ambas partes, siendo el sindicato el medio de control y de seguridad. Al mismo tiempo, el Estado reconocía y amparaba la propiedad privada, aunque ésta quedaba subordinada al interés supremo de la nación, cuyo intérprete en todo caso era el Estado.

¹³ Stanley G. Payne: “La política social” en *El Régimen de Franco*. Op. Cit., p. 195.

¹⁴ *Ibíd*em, p. 195.

El *Fuero* intentaba impedir todo tipo de enfrentamiento o lucha de clases, -como huelgas, manifestaciones, etc.- para anular cualquier resquicio de mentalidad comunista, en la que la lucha de clases aparecía como fuerza primordial para sus fines revolucionarios. Se prohibía igualmente el cierre patronal, imponiendo a los empresarios sus obligaciones y deberes. Los conflictos y las tensiones entre obreros y empresarios debían ser resueltos por la mediación de los sindicatos o bien, situación límite, a través de las Magistraturas de Trabajo.

Los últimos capítulos o apartados estaban dedicados a la regulación de las características específicas de ciertos trabajos concretos como la artesanía (capítulo IV), agricultura (capítulo V), la pesca (capítulo VI), trabajos empresariales (capítulo VIII), la banca (capítulo IX), etc.

La redacción del *Fuero del Trabajo*, después de muchas vicisitudes y múltiples cambios, estuvo dirigida por Dionisio Ridruejo y por Eduardo Aunós. En conjunto, se puede afirmar que responde claramente a los ideales del nacional-catolicismo, desvelando en el espíritu de la ley un concepto nuevo y progresista en ciertos aspectos y conservador y jerarquizante en otros.

Ley Constitutiva de las Cortes (17 de julio de 1942). La marcha de la guerra mundial aconsejaba a Franco un cambio de orientación política. Lo más consecuente de esta postura era pasar de la “no beligerancia” a una “neutralidad” cada vez más evidente. Es muy posible que Franco deseara la victoria de los alemanes, pero cada vez era más cauto tanto en su política como en sus manifestaciones. La nueva situación bélica aconsejaba como estrategia de camuflaje político un distanciamiento claro de conductas y de proclamas profascistas. En este contexto hay que ubicar la *Ley Constitutiva de las Cortes* de julio de 1942. Con ella quería crear una apariencia legal de representación y de participación del pueblo a través de la elección y constitución de sus representantes. Se distanciaba por medio de la ley de un sistema de gobierno de signo totalitario. Franco jugaba más a las apariencias que a la realidad, ya que pudo modificar la cara del sistema, pero en nada cambió la forma del gobierno del régimen.

La *Ley Constitutiva de las Cortes* en la letra acentuaba “el carácter representativo del orden político” y daba “entrada a un nuevo grupo de Procuradores representantes de la Familia”, pero, como afirma la ley en sus primeros párrafos, seguía descansando “en la Jefatura del Estado la suprema potestad de dictar normas jurídicas”. En el artículo 1 se definían las Cortes como “órgano superior de participación del pueblo español en las tareas del Estado. Es misión principal de las Cortes la elaboración y aprobación de las Leyes, sin perjuicio de la sanción que corresponde al Jefe del Estado”. De esta manera, las Cortes se convertían propiamente en un órgano de consulta y de elaboración de leyes. La fuerza y el poder sancionador descansaban en el Caudillo.

A partir de estos principios básicos de acción y de limitación de deberes y de poderes se establecía la designación y funcionamiento de los representantes en Cortes. Los principios que va proponiendo y delimitando la normativa legal en sus diecisiete artículos son los siguientes:

- .- Composición de los Procuradores a Cortes.
- .- Requisitos para poder ser Procurador.
- .- Acreditación de los Procuradores.
- .- Hábeas Corpus en el caso de los Procuradores.
- .- Designación del Presidente de las Cortes.
- .- Funcionamiento de las cortes.
- .- Reunión y elaboración de leyes.
- .- Aprobación y promulgación de las leyes.

Se constituía a través de esta Ley Fundamental un camino y un medio de participación del pueblo en las tareas legislativas del Estado al asumir como función la elaboración de unas leyes que permitieran el correcto funcionamiento de los españoles, leyes que eran sancionadas positiva o negativamente por Franco. Aunque en apariencia la ley concedía al pueblo la capacidad de participar en las tareas del Estado, en realidad las Cortes se constituían en un medio más de dirección y de control en manos del Caudillo.

Fuero de los Españoles (17 de julio de 1945). “En la primavera de 1945 Franco ya tenía una idea bastante clara de su futuro rumbo. Sería necesario introducir nuevas leyes fundamentales que dieran al régimen un contenido jurídico más objetivo y garantizase

ciertas garantías civiles básicas”¹⁵. La política dubitativa de Franco durante la Guerra Mundial con continuos flirteos hacia los intereses de ambos contendientes y su origen claramente fascista acarrearón por parte de los aliados posturas cada vez más encontradas hacia Franco y su política. Para contrarrestar estas presiones negativas hacia sus intereses políticos se intentó fortalecer la imagen católica del sistema con la finalidad de conseguir el respaldo del Vaticano y, con dicho respaldo, el de los países tradicionalmente católicos. La inclusión de Ibáñez Martín en el nuevo gobierno de Franco como ministro de Educación (18 de julio de 1945) respondía a la estrategia señalada. Un día antes de esta reorganización ministerial fue promulgado el *Fuero de los Españoles*.

La redacción del Fuero fue encomendada a Fernando María Castiella, director del Instituto de Estudios Políticos. Aunque contó con la oposición de Arrese y de ciertos grupos falangistas, recibió el plácet de Franco. El *Fuero de los Españoles* fue promulgado el 17 de julio de 1945 y elevado a rango institucional por el plebiscito del 25 de julio de ese mismo año.

El *Fuero de los Españoles* presentaba una normativa de carácter general, donde se iban detallando los derechos y los deberes de todos los españoles. Esta normativa se hallaba regulada en tres títulos y 36 artículos.

La declaración de intenciones del Fuero, como se adelantaba con anterioridad, se relacionaba estrechamente con la doctrina católica tradicional. El Fuero amparaba y defendía los derechos de la persona y del ciudadano a la dignidad, a la integridad y a la libertad, siempre orientados a la conquista del bien común. Las obligaciones de la ley eran reconocer y potenciar estos derechos para que todo ciudadano pudiera cumplirlos de forma adecuada. La ley, de esta manera, debía amparar y defender los derechos de todos los españoles (Título preliminar).

El título primero, que comprendía los artículos del 2 al 32, explicitaba los derechos individuales, familiares, laborales, sociales y políticos. El Fuero declaraba la Religión Católica como la religión del Estado y de todos los españoles, quedando prohibidas las

¹⁵ Stanley G. Payne: “Las reformas de 1945” en *El régimen de Franco*. Op. Cit., p. 362.

manifestaciones externas y públicas de otras religiones, aunque todo ciudadano podía tener libertad plena de creencias y de ejercicio de culto en el ámbito de la privacidad.

El Fuero reconocía y amparaba el principio de la familia como razón básica y primordial de la sociedad. Se prohibía el divorcio y el aborto, según mandato expreso de la Santa Madre Iglesia. Como rezaba el artículo 22 del Fuero, “El matrimonio será uno e indivisible”.

Otros derechos de carácter primordial y básico de los españoles eran:

- Derecho del honor personal y familiar (art. 4)
- Derecho a la educación (art. 5)
- Derecho a participar en las funciones públicas de carácter representativo (art. 10).
- Derecho a desempeñar cargos y funciones públicas (art. 11)
- Derecho a expresar libremente las ideas con tal de que no atentaran contra los principios fundamentales del Movimiento (art. 12)
- Derecho a fijar libremente la residencia (art. 14)
- Derecho a la inviolabilidad de la correspondencia (art. 13)
- Derecho a la inviolabilidad del domicilio, salvo mandato de la autoridad competente según lo establecido por la ley (art. 15)
- Derecho a reunirse y a asociarse libremente de acuerdo con lo establecido por la ley (art. 16)

Los derechos se iban desglosando en los diferentes artículos, que abarcaban los planos jurídico, político, laboral, etc. En los derechos laborales se incluían los dieciséis principios que constituían el Fuero del Trabajo. De esta manera, el Fuero de 1938 quedaba incorporado al Fuero de los Españoles como una parte más de su doctrina.

El título segundo, formado por los tres últimos artículos, exponía las limitaciones de los derechos fundamentales de los ciudadanos. Como puede deducirse de la simple enumeración de artículos, muchos de éstos presentaban graves limitaciones al quedar subordinados a la normativa legal impuesta. Todo posible derecho que pudiera ir contra las leyes o contra los intereses fundamentales del régimen quedaba automáticamente derogado. Las limitaciones del Fuero de los españoles eran muchas y muy acusadas. Por si hubiera alguna duda, se planteaban en el título segundo, de forma clara y taxativa, la ilegalidad de toda conducta o derecho que pudiera ir contra “la unidad espiritual, nacional y social de España” (artículo 33); a su vez, el ejercicio de los derechos y deberes quedaba regulado jurídicamente por las Cortes (artículo 34); finalmente, el

Gobierno por decreto-ley podía suspender temporalmente parte de los derechos constitucionales, como después se vio en los “estados de excepción” de décadas siguientes.

El *Fuero de los Españoles* declaraba los derechos inalienables de los españoles, pero éstos quedaban sujetos y supeditados, por vía jurídica o por medios excepcionales, a los intereses del gobierno. Como en todos los planos de un sistema fascista, en este fuero el ciudadano, la persona, se hallaba supeditado al principio de autoridad y a la razón de Estado. Por lo tanto, el Estado era el único garante de los derechos del individuo, dependiendo éstos de sus intereses y de las circunstancias dominantes.

Ley de Referéndum (22 de octubre de 1945). La *Ley de Referéndum* invita a participar a todos los españoles en las tareas del gobierno del Estado. Esta colaboración se circunscribe a la expresión de la voluntad popular vía plebiscito “en los asuntos de mayor trascendencia o interés público”. La consulta adquiere sentido de obligatoriedad “en todos aquellos casos en que, por la trascendencia de las leyes o incertidumbres en la opinión, el Jefe del Estado estime la oportunidad y conveniencia”.

El artículo Primero de la Ley establece que: “Cuando la trascendencia de determinadas Leyes lo aconsejen o el interés público lo demande, podrá el Jefe del Estado, para mejor servicio de la Nación, someter a referéndum los proyectos de Leyes elaborados por las Cortes”.

De esta manera, la participación en el referéndum no sólo era un derecho, sino también un deber para “todos los hombres y mujeres de la Nación mayores de veintiún años” (artículo 2°).

Como en el resto de la Leyes Fundamentales el pueblo adquiría un innegable protagonismo, ya que él es el encargado de ratificar y validar las decisiones tomadas por las Cortes en temas legislativos. Sin embargo, este aparente protagonismo otorgado al pueblo se eclipsa al advertir que toda declaración de la voluntad popular se subordina a la voluntad del Jefe del Estado, quien en primera y última instancia valora la conveniencia y la oportunidad de la consulta y de los resultados.

Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado (26 de julio de 1946). Desde una perspectiva política y de organización interna la *Ley de Sucesión* es la Ley Fundamental más importante del Régimen, ya que en ella se define la forma política del Estado Español como Reino (Artículo 1º), proclama la personalidad de la Jefatura del Estado como autoridad suprema (Artículo 2º) y se regula el sistema sucesorio (Artículo 3º).

Artículo 1.- España, como unidad política, es un Estado Católico, social y representativo que, de acuerdo con su tradición, se declara constituido en Reino.

Artículo 2.- La jefatura del Estado corresponde al Caudillo de España y de la Cruzada, Generalísimo de los Ejércitos, don Francisco Franco Bahamonde.

Artículo 3.- Vacante la Jefatura del Estado, asumirá sus poderes un Consejo de Regencia...

A partir de este momento se configura la estructura interna tanto del Consejo de Regencia como del Consejo del Reino y se especifican sus deberes. De esta manera, se asegura la continuidad del sistema tanto a la hora de designar a un sucesor, papel que le corresponde al propio Jefe del Estado, “El Jefe del Estado podrá proponer a las Cortes la persona que estime deba ser llamada en su día a sucederle, a título de Rey o de Regente” (Artículo, 6), o en el supuesto de que por alguna razón o imprevisto la Jefatura del Estado quede vacante por muerte o por incapacidad de su titular.

Después de establecer la naturaleza política del Estado español, de proclamar a Francisco Franco como cabeza de la Jefatura del Estado y de regular su sistema sucesorio, se establecen las bases constitucionales del Estado a través de la proclamación de las cinco Leyes fundamentales de la Nación, dejando la puerta abierta a la eventual incorporación de alguna otra posible en el futuro.

La Ley de sucesión se cierra con nuevos artículos que definen la naturaleza, características y obligación del sucesor en las personas de un posible Rey o de un Regente.

Con la Ley de Sucesión se orquesta la organización del gobierno y se asegura su continuidad, de manera que en el supuesto de la ausencia de Francisco Franco, España seguía en el camino ya trazado y designado por las Leyes Fundamentales de la Nación. La continuidad del franquismo quedaba asegurada.

Ley de Principios del Movimiento Nacional (17 de mayo de 1958). Esta Ley, recopilación de leyes anteriores, establece las normas básicas del ordenamiento jurídico del Estado. En el artículo primero de las disposiciones finales se indica, entre otras cosas, el fundamento inalterable y permanente de los principios señalados. Estos principios gestores se pueden sintetizar en los siguientes puntos:

- .- España como patria de todos los españoles.
- .- El catolicismo como religión oficial del Estado.
- .- La Hispanidad como aspiración de justicia y paz entre las naciones.
- .- El ejército como garante de la seguridad nacional.
- .- Independencia e integridad de la Patria.
- .- Hombre y familia como fundamentos nacionales.
- .- Los intereses individuales y colectivos se subordinan al bien común de la Nación.
- .- La monarquía como forma política del Estado español.
- .- El derecho de los españoles a participar en la vida política de la Nación.
- .- Los derechos básicos de los españoles:
justicia, educación, asistencia y seguridad social, trabajo.
- .- La empresa como comunidad de intereses y como unidad de propósitos.
- .- El Estado como garante de los derechos de los españoles.

Más que una normativa jurídica, los “Principios del Movimiento Nacional” son el desideratum o ideal de gobierno. Es un conjunto de principios que deben impulsar la política de la Nación. Su consecución es un proyecto o ideal al que debe tender la práctica política del gobierno. En nombre de este ideal, su búsqueda y su implantación, el Estado debe intervenir en la vida personal y social de los españoles, ya que, como afirma el principio XII: “El Estado procurará por todos los medios a su alcance perfeccionar la salud física y moral de los españoles”. Queda, de esta manera, legitimado el intervencionismo estatal.

La Ley Orgánica del Estado (10 de enero de 1967). En los preámbulos de esta ley se recoge de manera muy esquemática el sentido profundo y la función particular de cada una de las Leyes Fundamentales para concluir en la necesidad y en la razón de esta última ley. La *Ley Orgánica del Estado* inicia su exposición temática, haciendo una revisión valorativa de toda la normativa legal del sistema. Se afirma: “Las leyes hasta ahora promulgadas abarcan la mayor parte de las materias que demanda un

ordenamiento institucional. En la Ley de Principios del Movimiento se recogen las directrices que inspiran nuestra política y que han de servir de guía permanente y de sustrato inalterable a toda acción legislativa y de gobierno. En el *Fuero de los Españoles* y el *Fuero del Trabajo*, se definen los derechos y deberes de los españoles y se ampara su ejercicio. En la *Ley de Referéndum* se somete a consulta y decisión directa del pueblo los proyectos de ley cuya trascendencia lo aconseje o el interés público lo demande. La *Ley de Cortes* establece la composición y atribuciones del órgano superior de participación del pueblo español en las tareas del Estado. Y en la *Ley de Sucesión* se declara España como unidad política, constituida en Reino y se crea el Consejo del Reino que habrá de asistir al Jefe del Estado en todos los asuntos y resoluciones trascendentales de su exclusiva competencia”. Se recoge, de esta manera, la normativa, siempre más ideal que real o desiderativa que pragmática, de todos aquellos puntos que posibilitan, según declaración del propio gobierno, el buen gobierno del país. Se concretan las guías maestras del gobierno y de la acción jurídica; se especifican los derechos y obligaciones de los españoles; se establece la consulta popular para proyectos de ley especiales por su importancia; se expone la ordenación y atribuciones del órgano superior de las Cortes; se declara, finalmente, la monarquía como sistema político y se crea el Consejo del Reino. Después de esta labor jurídica, como se sigue expresando en el mismo preámbulo de la ley, ha llegado el “momento oportuno para culminar la institucionalización del Estado nacional”. Así afirma la ley en el párrafo siguiente:

No obstante, la vitalidad jurídica y el vigor político del Régimen, su adecuación a las necesidades actuales y la perspectiva de su dilatada vigencia proporcionan, permiten y aconsejan completar y perfeccionar la legislación fundamental. Es llegado el momento oportuno para culminar la institucionalización del Estado nacional; delimitar las atribuciones ordinarias de la suprema magistratura del Estado al cumplimentarse las previsiones de la Ley de Sucesión; señalar la composición del Gobierno, el procedimiento para el nombramiento y cese de sus miembros, su responsabilidad e incompatibilidades; establecer la organización y funciones del Consejo Nacional; dar carácter fundamental a las bases por que se rigen la Justicia, las Fuerzas Armadas y la Administración Pública; regular las relaciones entre la Jefatura del Estado, las Cortes, el Gobierno y el Consejo del Reino; señalar la forma de designación, duración de mandato y cese del Presidente de las Cortes y los Presidentes de los más altos Tribunales y Cuerpos consultivos y abrir un cauce jurídico para la impugnación de cualquier acto legislativo o de gobierno que vulnere nuestro sistema de Leyes fundamentales.

La *Ley Orgánica del Estado* se compone de un largo preámbulo de sentido explicativo, diez títulos con cinco disposiciones transitorias y dos disposiciones finales. Sin lugar a

dudas, es el cuerpo de doctrina jurídica más completo y coherente del sistema franquista. En ese tiempo, 1967, con un Jefe de Estado, enfermo y decrepito, se quería garantizar la continuidad del régimen más allá de la vida del propio fundador. Por eso, se reconstituyó todo el sistema legal anterior hasta crear una doctrina que dejara bien fundamentada y garantizada la continuidad del sistema a través de una legislación identificada con los Principios del Movimiento Nacional.

La Ley Orgánica del Estado en sus diez títulos se ocupa de la regulación legal de los siguientes apartados:

- Título I.- El Estado Nacional (Art. 1-Art. 5)
- Título II.- El Jefe del Estado (Art. 6-Art.12)
- Título III.- El Gobierno de la Nación (Art. 13-Art. 20)
- Título IV.- El Consejo Nacional (Art. 21-Art.28)
- Título V.- La Justicia (Art.29-Art.36)
- Título VI.- Las Fuerzas Armadas (Art.36-Art.39)
- Título VII.- La Administración del Estado (Art. 40-Art.44)
- Título VIII.- La Administración Local (Art.45-Art.48)
- Título IX.- Relaciones Órgano del Estado (Art- 49-Art.58)
- Título X.- El Recurso de Contrafuero (Art.59-Art.66)

Como se decía con anterioridad, las Leyes Fundamentales conforman el cuerpo jurídico que organiza y regula la vida política y social de los españoles pero igualmente es proclamación del liderazgo indiscutible de Francisco Franco como Jefe único y supremo del Estado español.

* * * *

Desde el punto de vista de un planteamiento sociológico sobre la cultura del nacional-catolicismo interesan de manera muy especial el *Fuero de los Españoles* de 1945 y la *Ley de Principios del Movimiento Nacional* de 1958. Según las dos Leyes Fundamentales se defiende:

El Estado español proclama como principio rector de sus actos el respeto a la dignidad, la integridad y la libertad de la persona humana, reconociendo al hombre, en cuanto portador de valores eternos y miembros de una comunidad nacional, titular de deberes y derechos, cuyo ejercicio garantiza en orden al bien común. (Art.1-1945)

La comunidad nacional se funda en el hombre, como portador de valores eternos, y en la familia, como base de la vida social; (Prin.V-1958)

Todo español podrá expresar libremente sus ideas... (Art.12-1945)

Los españoles podrán reunirse y asociarse libremente... (Art.16-1945)

Cabe afirmar que las Leyes Fundamentales defienden y proclaman la dignidad del hombre como sujeto social e histórico con plena libertad de expresión y de asociación. Desde este punto de vista, cabe afirmar la naturaleza abierta y liberal del sistema franquista. Pero lo que en un principio es defensa de los valores elementales del hombre, inmediatamente se hallan coartados y negados por la propia ley. Así se completan estos decretos y artículos:

... pero los intereses individuales y colectivos han de estar subordinados siempre al bien común de la Nación. (Prin. V-1958)

... mientras no atenten a los principios fundamentales del Estado (Art.12-1945)

... para fines lícitos y de acuerdo con lo establecido por las leyes (Art.16-1945)

Todo español tiene la obligación de comportarse según lo establecido por las leyes de acuerdo con los Principios Fundamentales del Estado para alcanzar y conquistar el bien común de la Nación. Hasta aquí todo perfecto. Sin embargo, es necesario dar un paso adelante. Se impone inmediatamente la pregunta sobre lo que representan las leyes y los Principios del Movimiento e, igualmente, por lo que se entiende por “bien común de la Nación”. La respuesta aclara la realidad y el sentido de toda la legislación franquista. Las Leyes Fundamentales garantizan y preservan los intereses del sistema, de forma que el bien común de la Nación se identifica con la voluntad del poder establecido y los principios y normas legales buscan la consolidación y perpetuación de los intereses de este poder. De esta manera, persona, ciudadano, familia, sociedad, legislación, etc., son meros medios o instrumentos en manos del poder para reafirmar y consolidar un sistema político de signo totalitario: el nacional-catolicismo.

Solamente, desde esta perspectiva de análisis se explica la obsesión del mismo régimen que, una y otra vez, en sus Leyes Fundamentales proclama el papel salvador y director del Estado ante los ciudadanos y la sociedad. El Estado busca, a través de una legislación hecha a su medida y desarrollada según sus intereses, asegurar su ideología e imponer sus puntos programáticos. De esta manera, una vez creada la normativa legal que va a regular el comportamiento de todos los ciudadanos, las dos siguientes funciones del Estado, o bien funciones derivadas de la primera, son actuar como

custodio de unos principios de conducta y como valedor de su estricto cumplimiento. Las leyes o principios que proclaman estas fuerzas de ordenamiento y de control son muy numerosas. Valgan unos sencillos ejemplos, sacados éstos del *Fuero de los Españoles* de 1945.

Los españoles deben servicio fiel a la Patria, lealtad al Jefe del Estado y obediencia a las leyes (Art. 2-1945).

El Estado podrá crear y mantener las organizaciones que estime necesarias para el cumplimiento de sus fines (Art. 16-1945).

El Estado asumirá la protección de la libertad religiosa, que será garantizada por una eficaz tutela jurídica que, a la vez, salvaguarde la moral y el orden público (Art. 6-1945).

Toda violación que se cometiere contra cualquiera de los derechos proclamados en este Fuero será sancionada por las leyes, las cuales determinarán las acciones que para su defensa y garantías podrán ser utilizadas ante las jurisdicciones en cada caso competentes (Art. 36-1945).

El intervencionismo del Estado en la vida social y personal de los ciudadanos fue pleno. El proteccionismo ideológico fue absoluto. A los españoles sólo les quedaba el “servicio fiel”, la “lealtad” y la “obediencia”. Es decir, lo que quería el Estado era una ciudadanía sumisa, obediente y conformista, cuyo resultado fuera una sociedad de sujetos domesticados y afectos sin condiciones al sistema. Si algún ciudadano no cumplía con las normas establecidas, se imponía la acción punitiva por parte de esas “organizaciones” creadas para velar los valores del régimen y de esas leyes encargadas de dictaminar el grado de culpa y el grado de sanción. Como se veía en capítulos precedentes, no había más alternativa que la obediencia ciega y el acatamiento pleno o bien la fuerza represiva. La legislación franquista era una legislación de signo totalitario que buscaba al mismo tiempo imponer su ideología y anular toda presencia de disidencia y rebeldía¹⁶ como medios de consolidación y permanencia.

¹⁶ Incluso, toda conducta ciudadana debía ser coincidente con la voluntad política de los gobernantes, especialmente, con la del caudillo Francisco Franco. Todo desviacionismo se castigaba con dureza, incluso se llegaba a privar de derechos ciudadanos en momentos de tensión social o política como sucedió con los sucesivos “estados de excepción” que sufrió la sociedad española. Esta postura dirigista llegaba al control pleno de las decisiones de los mismos jueces. El poder jurídico se hallaba subordinado al interés político. Son significativas las palabras de Franco, cuando confesaba el problema de las huelgas de mineros en Asturias de 1958: “Es una pena el proceder de los jueces de primera instancia, que se apresuran a poner en libertad a los detenidos que coaccionaban a los trabajadores para que interrumpiesen el trabajo. Se amparan en el Fuero de los españoles, que aplican con una benevolencia grande para los detenidos y con perjuicio para los intereses del Estado. En vista de ello no hubo más remedio que publicar un decreto suspendiendo determinados artículos de dicho Fuero” (Franco Salgado-Araujo, p. 228).

III.-4.- Normativa interna de la cultura del nacional-catolicismo

Cuando se pasa de una legislación general a la normativa que regula la vida y la acción de la cultura se van a detectar los mismos principios de comportamiento político: negación de toda posible cultura opuesta a los intereses generales del Estado, aspecto que se ha tratado de manera indirecta en el apartado de la deslegitimación de la política jurídica republicana, y potenciación de la ideología propia. El nacional-catolicismo desarrolló un amplio cuerpo de normas y leyes que sirvieron para potenciar y fomentar su filosofía cultural. Al mismo tiempo, fue creando toda una serie de organismos e instituciones que hicieran posible su desarrollo y su imposición. La cultura fue uno de los espacios más cuidados y mimados por el sistema franquista, porque en su éxito o en su fracaso se cifraba en buena parte el triunfo o la caída del sistema. Por esta misma razón, la política cultural del régimen fue más impositiva y reguladora que dinamizadora y creadora.

La comprensión de la normativa jurídica cultural del sistema franquista exige la exposición y evolución de los órganos gestores, en los que descansaban el funcionamiento y los cambios de la política cultural del Estado. El organigrama del sistema cultural del nacional-catolicismo ofrece un amplio cuadro de principios y realizaciones de gran complejidad y de sorprendente pluralidad. Como en otros factores del régimen, la eficacia, especialmente la ideológica, era la ley básica de su creación y de su funcionamiento. Se crearon órganos gestores según las necesidades de cada momento y se promulgaron leyes y decretos como respuesta a las necesidades que la vida política y social iba generando. Por eso, en un primer momento, se analiza el cuerpo de los distintos órganos gestores del hecho cultural para a continuación ofrecer las diferentes instancias o fuerzas de la vida cultural del régimen franquista. En este último apartado, como muestra de lo realizado por el sistema en el proceso de creación de una política cultural y académica, se han seleccionado tres apartados, que forman el núcleo institucional y organizativo de esta propuesta: la Reforma Educativa de la educación, el Instituto de España con la creación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y las Leyes de Prensa de 1938 y 1966.

III.-4.-1.- Leyes y órganos gestores del hecho cultural. La legislación educativa

Aunque la ideología del nacional-catolicismo, como se ha visto, se retrotrae al pensamiento conservador español de siglos anteriores, el organigrama cultural y el cuerpo de intelectuales que hacen realidad este pensamiento se concretan, en un primer momento, en el grupo falangista de la capital navarra, liderado por el sacerdote Fermín Yzurdiaga. Atraído por el pensamiento de José Antonio, se convirtió “en cabeza de un grupo de hombres cultos, afines a Falange, si no afiliados a ella. Unos eran oriundos de Navarra (Ángel María Pascual..., Rafael García Serrano..., José Moreno..., José María Pérez Salazar... Joaquín Ilundain); llegados otros de la zona republicana o de Francia (... Juan José López Ibor y Pedro Laín Entralgo, el filósofo Eugenio D’Ors)...; algunos (el poeta Dionisio Ridruejo, el también joven filólogo Antonio Tovar) que se habían sentido atraídos por el propio prestigio que el grupo fue adquiriendo... Pamplona se había convertido en uno de los centros morales de la rebelión” (Andrés-Gallego, 42) y en eje indiscutible de la cultura falangista en los primeros tiempos del levantamiento militar. Las publicaciones *Jerarquía*, primera revista cultural falangista, y *Arriba España*, una de las publicaciones de mayor significado ideológico del Movimiento, ambas publicadas en Pamplona, fueron los medios de difusión del pensamiento del Nuevo Estado y de la ideología falangista. En sus páginas colaboraron, junto a los nombres ya mencionados, otras firmas de alto prestigio en la primera cultura del franquismo: Ernesto Jiménez Caballero, Eugenio Montes, Víctor de la Serna, Ramón de Basterra, Agustín de Foxá, Alfonso García Valdecasas, Gonzalo Torrente Ballester, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Manuel Ballesteros, entre otros. Cabe decir que Fermín Yzurdiaga, conocido como el *cura azul*, supo y pudo aglutinar en Pamplona, en torno a las dos prestigiosas publicaciones falangistas, a la flor y nata de la joven intelectualidad falangista-franquista.

No es extraño que Fermín Yzurdiaga, reconocido y admirado por su importante labor cultural, fuera nombrado Jefe Nacional de Prensa y Propaganda de Falange Española de las JONS desde abril de 1937 hasta febrero de 1938. Fermín Yzurdiaga había sido uno de los partidarios más firmes de la unificación. Por eso, Francisco Franco, a partir del Decreto de Unificación, le designó personalmente para el nuevo puesto de ámbito nacional. Permaneció en este cargo, rodeado de la gran mayoría de las figuras mencionadas, hasta la constitución del primer Gobierno franquista en febrero de 1938.

En ese momento, Fermín Yzurdiaga abandonó la Delegación de Prensa y Propaganda al hacerse cargo de la Delegación el Ministro del Interior, Ramón Serrano Suñer.

Por otro lado, junto a la organización falangista, la Junta de Defensa Nacional por Orden de 5 de agosto de 1936 creaba un Gabinete de Prensa, dirigido por Juan Pujol Martínez y auxiliado por Joaquín Arrarás, para hacerse cargo de los servicios que la nueva situación política estaba exigiendo en los campos de la prensa y de la propaganda. Al ser nombrado el General Franco Jefe del Gobierno del Estado por Decreto de 1 de octubre de ese año, la Junta de Defensa Nacional desapareció para dar paso a la Junta Técnica del Estado, presidida por el general Fidel Dávila. La nueva Junta establece diferentes comisiones encargadas de dar respuesta a las distintas necesidades que la situación bélica estaba creando. Una de estas comisiones fue la de Cultura y Enseñanza, presidida por José María Pemán, quien contó con la colaboración de Eugenio Vegas Latapie, como Secretario, y Enrique Suñer Ordóñez, como Vicepresidente. La comisión estuvo vigente hasta enero de 1938, hasta la creación del primer gobierno de Franco. Su principal misión fue asegurar la ortodoxia ideológica del régimen en la enseñanza y programar la marcha correcta del sistema escolar. A esta comisión le cupo la labor de arbitrar los medios y las medidas necesarias para garantizar la más eficaz depuración del personal docente¹⁷. Sin embargo, la Delegación oficial de Prensa y Propaganda fue creada por Decreto de 14 de enero de 1937¹⁸. Su misión, tal como reza el artículo segundo, era “utilizando la prensa diaria y periódica y demás medios de difusión, la de dar a conocer tanto en el extranjero como en toda España, el carácter del Movimiento Nacional, sus obras y posibilidades y cuantas noticias exactas sirvan para oponerse a la calumniosa campaña que se hace por “elementos rojos” en el campo internacional”.¹⁹ Cabe destacar entre sus directores al catedrático Vicente Gay Forner y el comandante Arias-Paz.

¹⁷ A su vez, en el organigrama del gobierno nacional, existió en el Cuartel General del Generalísimo una Delegación de Prensa y Propaganda, que tuvo su sede, en un principio, en Salamanca, dirigida por el general Millán Astray, quien protagonizó el 12 de octubre de 1936 en la Universidad de Salamanca el famoso incidente con Miguel de Unamuno. Millán Astray fue desde un principio uno de los máximos defensores de la figura de Franco como líder indiscutible del levantamiento militar. Su labor propagandística a favor del liderazgo de Franco fue muy importante y, según algunos autores, decisiva.

¹⁸ En agosto de 1937 la sede de la Delegación pasó a Burgos, acompañando a Franco, quien llevó su residencia oficial a la capital castellana (S. Payne, 2006).

¹⁹ En el sistema organizativo de la Junta Técnica del Estado existió otra Delegación de Prensa y Propaganda, dependiente ésta de la Secretaría de Relaciones Internacionales, con una finalidad parecida a la demostrada por la Delegación del Cuartel General.

Como se observa del cuadro ofrecido, la gran mayoría de los servicios se hallaban duplicados en las sedes de la Jefatura del Estado y en la Jefatura de Falange. Se imponía la unificación de servicios y de mandos. El 1 de febrero de 1938 se constituye el primer Gobierno de Franco. Desde la perspectiva del presente trabajo, conviene señalar dos ministerios que se harán cargo de la marcha y del control de la cultura nacional: el Ministerio del Interior, dirigido por Serrano Suñer, encargado del control y desarrollo de todo lo concerniente con la prensa y propaganda, y el Ministerio de Educación Nacional, encomendado al monárquico Pedro Sainz Rodríguez, responsable de la marcha de la vida educativa y universitaria de la zona franquista. El equipo Yzurdiaga o, como otros prefieren denominar, el grupo Jerarquía, se rompe entre estos dos ministerios, pasando unos a colaborar con Serrano Suñer desde el Ministerio del Interior y otros con Pedro Sainz Rodríguez en el Ministerio de Educación Nacional. Como el Ministerio del Interior se hallaba ubicado en Burgos y el Ministerio de Educación Nacional en Vitoria, unos y otros empezaron a ser designados como grupo de Burgos y grupo de Vitoria.

Con el ministro Pedro Sainz Rodríguez colaboran Alfonso García Valdecasas como Subsecretario del Ministerio; Eugenio d'Ors como Jefe Nacional de Bellas Artes; Javier Lasso de la Vega, con el cargo de Jefe Nacional de Archivos, Bibliotecas y Museos; José María de Areilza asume la responsabilidad de la Enseñanza Técnica y Profesional; José Pemartín dirige la Enseñanza Superior y Media; Tiburcio Romualdo de Toledo es el encargado de dirigir la Enseñanza Primaria. Por otra parte, Pedro Sainz Rodríguez cuenta con la asesoría de Joaquín de Entrambasaguas y de Manuel Ballesteros.

En el grupo de Burgos, en torno a la figura de Serrano Suñer, se sitúan Dionisio Ridruejo como Jefe del Servicio Nacional de Propaganda, José Antonio Jiménez Arnau como Jefe Nacional de Prensa y Antonio Tovar como responsable del Departamento de Radio y Jefe de Radio Nacional de España. En la órbita de Ridruejo se hallaba un grupo de importantes intelectuales de la llamada nueva España. Cabe destacar la figura de Pedro Laín Entralgo como director del Departamento de Ediciones y Publicaciones. Otras personalidades del grupo de Burgos, colaboradores directos en diferentes áreas del ministerio, bien como asesores o bien como responsables, fueron, entre los más conocidos, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Luis Beneyto, Melchor Fernández Almagro, Torrente Ballester, etcétera.

En agosto de 1939, Franco reorganizó casi completamente su gobierno. En el mismo permaneció Serrano Suñer como ministro del Interior, denominado ahora Ministerio de Gobernación. José Ibáñez Martín ocupó la cartera de Educación, como miembro y parte del segundo Gobierno de Franco. El Ministerio de Educación, bajo la dirección de Ibáñez Martín, estará vigente hasta 1951. Tuvo una labor más bien continuista. Durante los primeros tiempos de su gobierno, terminada la guerra y asentadas las bases para un gobierno en la paz, se aseguró la continuidad y la normalidad de la vida universitaria.

La historia de Ramón Serrano Suñer y de Falange en estas circunstancias de la historia franquista presentaba unas características muy especiales. Serrano Suñer, conocido popularmente con sobrenombre de “cuñadísimo”, llegó a la zona nacional en febrero de 1937. Muy pronto, se convirtió en el principal consejero de Franco, siendo uno de los artífices reales del régimen. A él se debió, entre otros logros, la ley de unificación, el Fuero del Trabajo y la Ley de Prensa de 1938. La ascendencia sobre Franco fue muy profunda durante los primeros años de posguerra. En sus manos se concentraron los ministerios de Gobernación y de Asuntos Exteriores. Este hecho levantó fuertes suspicacias entre importantes miembros de la camarilla franquista, especialmente militares y monárquicos. Serrano Suñer, cabeza del falangismo, era un conocido germanófilo, como se deduce de su participación directa en la creación de la “División Azul”. Sin embargo, como hecho aparentemente sorprendente, en octubre de 1940 es destituido del Ministerio de Gobernación, aunque ostentaría la dirección del Ministerio de Asuntos Exteriores. En este tiempo, el ejército alemán se hallaba en los momentos más exitosos de sus campañas militares. Parecía que Serrano Suñer podía ser una ficha importante en el organigrama del Régimen franquista, especialmente por sus buenas relaciones con los mandos alemanes. Sin embargo, Franco no veía con buenos ojos la ascendencia cada vez mayor de Falange y, al mismo tiempo, debió sentir fuertes suspicacias hacia su cuñado por sus pretensiones de poder y de liderazgo político. La destitución de Serrano Suñer del Ministerio de Gobernación fue una medida exigida por sectores contrarios al falangismo y deseada por el mismo Franco ante las veleidades de poder demostradas por su cuñado. Con Serrano Suñer fuera del Ministerio de Gobernación, Falange perdía el control de la censura y de los medios de comunicación. Como consecuencia de esta decisión, Franco se deshacía de un equipo de falangistas

sumamente prestigioso pero también altamente reivindicativo. Dionisio Ridruejo²⁰ y Antonio Tovar²¹ representaban las cabezas visibles del grupo. Franco era muy consciente de la necesidad que tenía del apoyo y de la colaboración de Falange como responsable ideológico de la población. Por eso, al mismo tiempo que descabezó la Falange problemática, potenció una Falange domesticada e incondicionalmente fiel a sus intereses, representada por los nuevos ministros José Luis Arrese, Secretario General de Falange, y José Antonio Girón de Velasco, Ministro de Trabajo. La estrella de Serrano Suñer se eclipsó totalmente en septiembre de 1942, cuando fue destituido del Ministerio de Asuntos Exteriores tras los incidentes de Begoña. Falange, en poco tiempo, había perdido todo control sobre la censura, sobre los medios de comunicación y sobre la dirección política de la propaganda. El control de los medios había pasado a un militar burócrata de tendencia monárquica: Valentín Galarza.

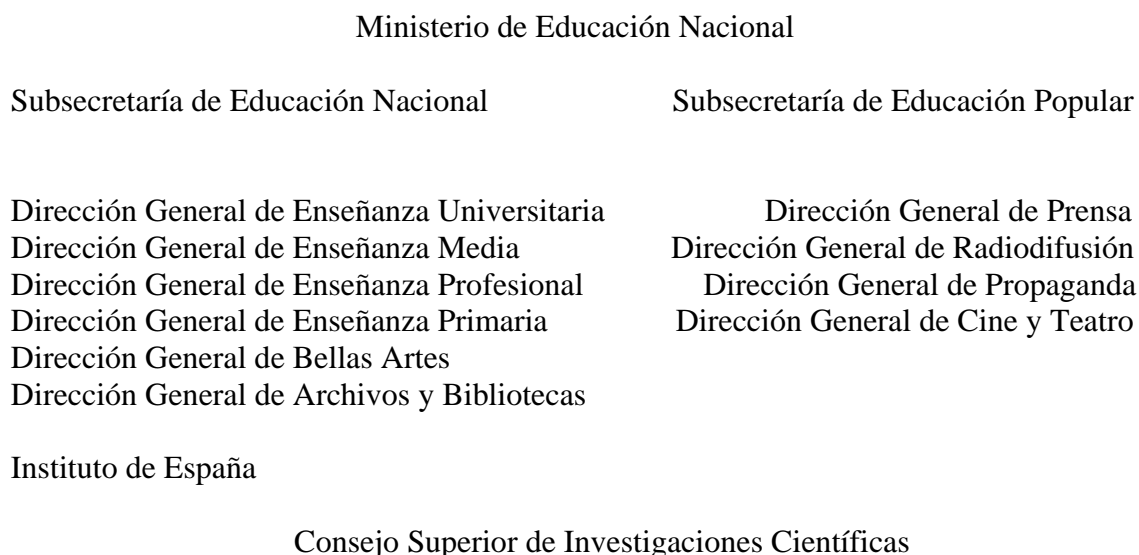
De esta manera, el Ministerio de Cultura pasa en agosto de 1939 a manos del católico José Ibáñez Martín, y el Ministerio de Gobernación, a partir de octubre de 1940, es dirigido por Valentín Galarza. Falange había sido desplazada de los puestos reales de dirección, pero seguía manteniendo un papel fundamental en el plano de la ideologización popular y en el de la consolidación de la organización social franquista.

Por Ley de la Jefatura del Estado de 20 de mayo de 1941 se crea la Vicesecretaría de Educación Popular, a la que se transfieren los servicios de Prensa y Propaganda. Dicha Vicesecretaría, bajo la dirección de Gabriel Arias Salgado, formará parte del cuerpo organizativo del Ministerio de Educación Nacional (31 de diciembre de 1945). Desde otro punto de vista, por Decreto del Ministerio de Educación Nacional de 15 de junio de 1942 se desdobra la Dirección General de Enseñanzas Superior y Media en dos nuevas Direcciones denominadas Dirección General de Enseñanza Universitaria y Dirección General de Enseñanza Media. El Ministerio de Educación Nacional se subdividía en dos Subsecretarías, la primera con seis direcciones generales recibía la denominación de Subsecretaría de Educación Nacional y la Segunda, la Subsecretaría de Educación Popular, se componía de cuatro direcciones generales. El Instituto de España dependía de la primera Subsecretaría y el Consejo Superior de Investigaciones

²⁰ Oficialmente Dionisio Ridruejo cesa en el cargo de Director General de Propaganda por Decreto del Ministerio de Gobernación de 1 de mayo de 1941.

²¹ Antonio Tovar cesa oficialmente de su cargo de Subsecretario de Prensa y Propaganda por Decreto de 17 de mayo de 1941.

Científicas dependía directamente del ministro de Educación Nacional. La estructura política en sus espacios de cultura y en sus servicios de prensa y propaganda quedaba perfectamente establecida, respondiendo al siguiente organigrama:



III.-4.-2.- Legislación sobre normalización educativa

Una de las primeras preocupaciones civiles de la Junta Nacional de Defensa, compartida por las otras alternativas políticas posteriores, desde la Junta Técnica a los distintos gobiernos ministeriales de Franco, fue querer ofrecer una completa normalidad ciudadana en la zona nacional y en los territorios ocupados según éstos iban siendo ganados por el ejército franquista. La normalización de la vida social tenía que empezar por la puesta en marcha de la regulación jurídica y social, primero, de los estudios primarios y secundarios; después los estudios de Enseñanza Media; y, finalmente, cuando las circunstancias lo permitieran, de la vida universitaria. De esta manera, la legislación sobre la normalización educativa abarcaba estos tres planos: Enseñanza primaria, Enseñanza media y Universidad²².

Enseñanzas Primaria y Media²³.- Como afirma el Decreto de la Junta Nacional de Defensa del 21 de agosto de 1936: “La necesidad de demostrar al mundo la normalidad

²² Referencia obligada para tener una buena visión de conjunto del plan educativo en la España franquista es el estudio de Alfonso Capitán “Educación nacional durante el franquismo (1936-1975)”, que como capítulo 6º se expone en su obra *Educación en la España contemporánea* (pp. 243-286).

²³ Véanse los capítulos IV y V, “Estudios Medios y Escuelas Primarias”, del análisis realizado en la obra anónima de la Oficina Informática Española *Diez años de cultura española (1939-1948)*. Madrid, 1948, pp. 75-106.

de la vida nacional en las regiones ocupadas por el Ejército Español, salvador de España, hace imprescindible que en todas las manifestaciones de la misma, sea un hecho el orden y funcionamiento de los organismos oficiales. Entre estos se halla la escuela de instrucción primaria, que, como piedra fundamental del Estado, debe contribuir no sólo a la formación del niño en los aspectos de la cultura general, sino a la españolización de las juventudes del porvenir...”. Para este fin, como reza el artículo primero de la misma Ley, se acordaba la reanudación de la enseñanza en las escuelas nacionales de Instrucción Primaria desde el mismo 1 de septiembre²⁴. En un primer momento, sin medios ni planificación, todo era improvisación y buenos deseos de cumplir con un deber fundamental. Sin embargo, desde que se puso en marcha la vida escolar de los niños, existió un férreo control por parte de la autoridad competente. Los encargados de supervisar la naturaleza y la eficacia de las enseñanzas y el espíritu patriótico de los maestros eran los alcaldes y los delegados estatales. De esta manera, con el inicio de las clases se controlaba el tipo de enseñanza que se iba a impartir y la afinidad de los maestros con el ideario oficial.

A partir de ese primer momento, en consonancia con el ideal del nacional-catolicismo, se imponen dos líneas básicas en la enseñanza: la españolización, “la exaltación del patriotismo sano y entusiasmo de la Nueva España”, y la cristianización. Con este mismo criterio se insiste en la Orden de la Junta de Defensa de 28 de agosto del mismo año, cuando se señala como finalidad básica la españolización de la enseñanza después de la depuración de todos los elementos no afectos al sistema. Junto al principio del patriotismo, se plantea una y otra vez la razón de la religiosidad como garante del orden social y de la gloria material de la patria²⁵. “Todos los medios educativos deben responder a los sanos principios de la religión y de la moral cristiana” (Orden de 4 de septiembre de 1936), imponiendo para ello la obligatoriedad de las asignaturas de

²⁴ Por Orden de 29 de agosto de 1936 se ordena reanudar la vida docente en “todos los Centros de Enseñanza Secundaria, Normales de Magisterio, Comercio, Industriales y Artes y Oficios” y por Orden de 4 de septiembre del mismo año se establece “el 1 de septiembre como día de inicio del curso escolar”. De esta manera, todos los estudiantes de Enseñanza Primaria y Secundaria debían iniciar sus clases en los días señalados. Únicamente quedaban fuera de estos acuerdos oficiales, los estudiantes universitarios, quienes, debido a las circunstancias imperantes, debían estar en primera fila defendiendo a la Patria con las armas. Todo universitario, por edad, formaba parte del ejército. De esta manera, como prescribe la Orden de 5 de septiembre de 1936 “se aplazan las tareas académicas de los Centros de enseñanza superior hasta que las circunstancias lo permitan”.

²⁵ Estas razones de enseñanza y aprendizaje están íntimamente relacionados con los principios que se han denominado en el capítulo segundo “Cristianización cultural” y “Politización de la enseñanza”. Remito al lector a dichos apartados para tener una visión más coherente y completa sobre el particular.

Religión y de Historia Sagrada (Orden de 20 de septiembre de 1936, Orden de 8 de octubre de 1937, Orden de 23 de mayo de 1938, etc.). El preámbulo de la Orden de la Junta de Defensa Nacional de 20 de septiembre de 1936, Orden aparecida en el Boletín de la Junta de 24 de septiembre, es precisa en este sentido:

... dispone que los señores Inspectores sólo autorizarán, en las Escuelas Primarias, las obras cuyos contenidos respondan a los sanos principios de la religión y moral cristiana, dando a entender claramente que la Escuela Nacional ha dejado de ser laica, pero ante las dudas surgidas, se aclara explícitamente que las enseñanzas de la Religión e Historia Sagrada son obligatorias y forman parte de la labor escolar.

Para conseguir estos fines, se imponía la misma política que la empleada en otros planos de la vida social y política. Por una parte, se prohibía cualquier manifestación formativa de origen liberal y democrático y, al mismo tiempo, se regulaban las vías para crear unos textos escolares nuevos que respondieran fielmente a las exigencias educativas del Nuevo Estado.

En el plano de las depuraciones de maestros y de las prohibiciones de textos y “libros de sentido marxista y disolvente” existieron multitud de decretos, órdenes y leyes, que, de una manera u otra, fueron proscribiendo toda presencia del espíritu académico anterior. Sin embargo, tanto el capítulo de las depuraciones sobre el personal docente como la política de negación de libros y textos de sistemas anteriores y enemigos a la ideología dominante han sido o serán objeto de estudio en distintos apartados de este estudio. Por eso, baste su indicación en el presente capítulo. Únicamente, es necesario señalar la saña y la meticulosidad de estas medidas. Nada quedaba a la improvisación o al talante interpretativo del delegado oficial. Unas leyes se montaban sobre otras, para tejer una tupida red de prohibiciones e indicaciones que impedían cualquier fisura en los espacios de actuación de los organismos competentes. La conducta de los maestros y la educación en sus formas y en sus materias quedaron rigurosamente establecidas de forma que se impidió toda actitud de iniciativa o de programación por parte de los maestros.

Después de cumplir rigurosamente con la normativa de las depuraciones, se creó un cuerpo de profesorado, plenamente fiel a las nuevas directrices del sistema nacional-católico. Con un profesorado fiel e incondicional, se arbitró modos y materiales de

educación que cumplieran perfectamente los ideales y los fines programados para la educación.

La Junta de Defensa juzgó la necesidad de la normalización educativa de los alumnos de las primeras enseñanzas tan urgente y necesaria que llamó a todos los maestros que se hallaban en el frente para que abandonaran las armas y se hicieran cargo de las escuelas y de la educación de los niños. En la Orden de 28 de octubre de 1936, pocos meses después de proclamarse el levantamiento militar, la Junta declaró que:

Es deber primordial de la Junta Técnica velar por la normalización de los servicios del Estado, y muy especialmente por lo que a Instrucción Pública se refiere y por aquellos Maestros que, conscientes de su misión, estaban apartados de las luchas políticas, pero muchos de ellos sintiendo el amor patrio y el deseo de coadyuvar a este Movimiento Nacional Libertador de España, se alistaron en las milicias voluntarias.

Considera esta Junta que, aunque son muy valiosos los servicios que prestan estos Maestros al lado del Ejército, aún más necesarios son los que aquellos puedan realizar al frente de sus Escuelas para bien de la Patria.

En atención a las consideraciones expuestas y oído el parecer de la Comisión de Cultura y Enseñanza,

Esta Presidencia ha tenido a bien disponer:

Que se reintegren a sus destinos en el término de cinco días todos aquellos Maestros que...

Esta orden dejaba claro el significado que podía tener para el Nuevo Estado la normalización de las enseñanzas primaria y secundaria. Como se decía en un capítulo anterior, había que empezar la ideologización desde los primeros años de enseñanza y para ello no se podía perder tiempo ni esfuerzos. De esta manera, desde el comienzo del levantamiento, quedaban cuidadosamente organizados los cuerpos de profesores, la red de escuelas y la filosofía de la enseñanza. Un paso adelante, fue la orquestación de la política del libro o de los textos escolares. Sin detenernos demasiado en este capítulo, cabe afirmar que esta labor correspondió desde el primer momento al Instituto de España. Pero, previamente, como razón sustitutiva de la ausencia de textos oficiales, por Orden de 4 de septiembre de 1936, se dio libertad a los profesores para que éstos elaboraran obras de ayuda con el visto bueno de la autoridad competente, quien vigilaría escrupulosamente todo material didáctico para evitar contenidos que pudieran dañar “la moral cristiana” o “los santos ideales de ciudadanía y patriotismo”. Con posterioridad, después de la creación del Instituto de España, se le dio a esta institución el encargo de redactar y editar los textos destinados a la enseñanza primaria en sus diversos grados (Orden de 15 de abril de 1938). Se estableció con la redacción de los

nuevos textos el organigrama completo de la enseñanza en sus primeros niveles: cuadros de profesores, red de escuelas, organización de centros, planificación de enseñanza, textos escolares, etcétera. Dada la estructura base, se podía abordar con garantías suficientes la reforma del bachillerato o bien la llamada “Reforma de la Enseñanza Media”.

Reforma de la Enseñanza Media.- La Ley de Bachillerato del ministro de Educación Nacional Pedro Sainz Rodríguez (20 de septiembre de 1938) fue una de las leyes con más vigencia temporal en los anales del franquismo. El sistema del bachillerato estuvo propiamente vigente hasta los últimos años del gobierno del general Franco. Tuvo, por tanto, una vigencia de más de treinta años, concretamente hasta la Ley General de Educación del ministro José Luis Villar Palasí (agosto de 1970). Pedro Sainz Rodríguez contó con la colaboración de Romualdo de Toledo, director general de Enseñanza Primaria, y José Pemartín, director general de Enseñanza Secundaria y Superior. Las leyes educativas de Sainz Rodríguez ofrecieron un fuerte calado ideológico, pero una escasa reflexión educativa y pedagógica. Mejor o peor, marcó y determinó la educación de buena parte de los españoles actualmente adultos.

Fue una ley nacida en el contexto de la Guerra Civil, respondiendo al espíritu nacional-católico dominante en el bando franquista. Uno de los primeros principios que defendió la ley, como es de esperar, era el sesgo católico y patriótico de los contenidos disciplinares. El preámbulo de la ley es inequívoco:

Consecuentemente, la formación clásica y humanística ha de ser acompañada por un contenido eminentemente católico y patriótico. El catolicismo es la médula de la Historia de España. Por eso, es imprescindible una sólida instrucción religiosa que comprenda desde el Catecismo, el Evangelio y la Moral, hasta la Liturgia, la Historia de la Iglesia y una adecuada apologética, completándose esta formación espiritual con nociones de Filosofía e Historia de la Filosofía. La revalorización de lo español, la definitiva extirpación del pesimismo antihispánico y extranjerizante, hijo de la apostasía y de la odiosa y mendaz leyenda negra, se ha de conseguir mediante la enseñanza de la Historia Universal (acompañada de la Geografía), principalmente en sus relaciones con la de España. Se trata así de poner de manifiesto la pureza moral de la nacionalidad española; la categoría superior, universalista, de nuestro espíritu imperial, de la Hispanidad..., defensora y misionera de la verdadera civilización, que es la Cristiandad.

Como dictaba la ley, “la vuelta a la valorización del Ser auténtico de España” imponía una educación basada en los pilares de la religión y el patriotismo. Este retorno a una

educación tradicional de signo españolista significó la “entrega de este nivel educativo a la Iglesia y a las órdenes religiosas... [favoreciendo un indiscutible] proceso de descolarización en los centros oficiales, al tiempo que el apoyo y las subvenciones a los centros de la Iglesia” (Cámara, 119). Se implantaban los dictámenes del nacional-catolicismo en la nueva orientación formativa de los jóvenes. Historia y Religión se presentaban como las disciplinas principales de la nueva educación. Junto a estas asignaturas, se reforzaban igualmente las denominadas “humanidades españolas”, entre las que destacaba la lengua. “Es nuestra lengua el sistema nervioso de nuestro imperio espiritual y herencia real y tangible de nuestro imperio político-histórico. La lengua española adquiere valor principal en la nueva educación, no sólo por motivos prácticos de dominio de los medios de expresión y de pensamiento, sino muy especialmente por el calado patriótico que su conocimiento y buen uso entraña”.

“Esta cultura humanística debe completarse con otra de estudios científicos eminentemente formativos, consistente en un ciclo de Matemáticas, que comprenda desde las nociones de Aritmética y Geometría, hasta las nociones elementales de Geometría Analítica; otro ciclo de nociones de físico-Química y Ciencias Naturales; y, por último, dos lenguas vivas, ... siendo obligatorio que una de ellas sea el italiano o el alemán”. A estas disciplinas de orden científico había que añadir el dibujo y la Educación física. De esta manera, los contenidos de la Reforma de los Estudios Medios se organizaba en seis ciclos temáticos: Religión, Historia, Lengua, Matemáticas-Geometría, Ciencias Naturales con Física y Química y dos lenguas vivas. Como asignaturas subsidiarias o popularmente llamadas “marías” se encontraban el Dibujo y la Educación Física. Llama la atención, especialmente con relación a la educación republicana, la importancia que adquieren en la nueva educación las disciplinas humanísticas, entre las que destacaban la Religión, la Historia y la Lengua.

Los estudios se organizaban en siete años. Un primer ciclo denominado Bachillerato elemental que comprendía cuatro años y se cerraba con la prueba global de una reválida. Superado este ciclo, se podía optar al Bachillerato superior compuesto de dos años y una reválida. Al final de estos, con el visto bueno o calificaciones de cada curso precedente, en el último año, se encontraba el llamado Preuniversitario con un “Examen de Estado”, que, superado éste, permitía el acceso directo a la universidad.

La organización y distribución escolar de las diferentes materias respondía a claros parámetros de significación de acuerdo con el ideal pedagógico de los nuevos estudios. Por la mañana, durante los siete cursos, se agrupaban las asignaturas de Lengua y Religión. La primera hora de la tarde estaba dedicada, igualmente durante los siete años, al estudio de la Historia y Geografía, especialmente españolas. La segunda hora estaba destinada al estudio de las Matemáticas, Aritmética y Geografía. Las lenguas vivas se estudiaban durante la tercera hora de la tarde. La última clase reglada de la tarde estaba dedicada al aprendizaje de los ciclos científicos: Ciencias Naturales con Física y Química. De esta manera, un día normal presentaba la siguiente distribución: en horario de mañana, Religión (1 hora), Lenguas Clásicas (1 hora), Lengua y Literatura españolas (1 hora) y, en horario de tarde, Geografía e Historia de España (1 hora), Matemáticas (1 hora), Lenguas modernas (1 hora) y Ciencias naturales (1 hora). Todos los días se ofrecía una hora complementaria para el resto de actividades escolares como la Educación Física, el Dibujo o bien, como ofrece el “cuadro escolar”, una hora destinada a “conferencias para la formación patriótica de la juventud”.

En la formación académica del bachillerato tenía una gran importancia el texto escolar, pero, como se expresaba en la ley, el texto nunca podía superar el valor puramente auxiliar o instrumental. El libro de texto se configuraba como un instrumento de trabajo. El profesor tenía el deber de buscar medios idóneos que, junto al libro escolar, permitieran aprender más y mejor las disciplinas académicas. Se defendía la razón de “la libertad instrumental” para estimular y potenciar el estudio y el aprendizaje del alumnado.

El programa era claro. La organización era precisa. La filosofía no dejaba margen para la duda. Se imponía una educación básicamente religiosa y patriótica en un clima de respeto a la autoridad y de subordinación del alumnado hacia el profesor. Según los ideólogos del régimen, éste era el camino educativo más apropiado para conseguir hombres de bien a la altura de las exigencias de la Nueva España.

Formadas las jóvenes inteligencias con arreglo a estas normas, se habrá realizado, para plazo no muy lejano, una total transformación en las mentalidades de la Nueva España y se habrá conseguido desterrar de nuestros medios intelectuales síntomas bien patentes de decadencia; la falta de instrucción fundamental y de formación doctrinal y moral, el mimetismo extranjerizante, la rusofilia y el afeminamiento, la deshumanización de la literatura y el arte, el fetichismo de la metáfora y el

verbalismo sin contenido, características y matices de la desorientación y de la falta de vigor intelectual de muchos sectores sociales de estos últimos tiempos, todo ello en contradicción dolorosa con el viril heroísmo de la juventud en acción, que tan generosa sangre derrama en el frente por el rescate definitivo de la auténtica cultura española.

Por otra parte, la Ley de Enseñanza Media buscaba la reorganización del número y de dinámica interna de los Institutos nacionales. Concedía a las órdenes religiosas casi el monopolio de la enseñanza y se prohibía expresamente el sistema de coeducación y de otras prácticas pedagógicas de la enseñanza republicana. Estas son las palabras del ministro José Ibáñez Martín en su obra *Diez años de servicio a la cultura española (1939-1949)* que confirman plenamente lo sostenido en este párrafo:

La nueva Ley de Enseñanza Media, promulgada en septiembre de 1938, trajo como obligada consecuencia, la reorganización de los Institutos nacionales. Ello no solo para acabar con la confusa situación creada por la República, que al preceptuar el laicismo de la enseñanza privada y prohibir la docencia a las Órdenes y Congregaciones religiosas, multiplicó innecesariamente los centros oficiales, sino también para acomodar a las normas de la nueva legislación, los antiguos institutos, principalmente en lo que se refería a la separación de sexos, por cuanto desde aquella fecha quedó prohibida la coeducación en la Enseñanza Media (p. 154)²⁶.

La ideologización en el nacional-catolicismo quedaba legalmente constituida a través del valor que suponía la nueva normativa legal. La “Ley sobre la Reforma de la Enseñanza Media”, que había nacido en medio de las circunstancias históricas de la confrontación y que debía tener un sentido de plena provisionalidad, permanecerá, como otras Leyes del Estado, vigente durante décadas enteras, lo que hace que una normativa con sentido circunstancial se convierta en reforma casi esencial del franquismo²⁷. Esta Ley define, como muy pocas, el espíritu y el talante ideológico de la Nueva España²⁸.

²⁶ En la fecha en que se escribe y publica la obra de Ibáñez Martín, existían en España 25 Institutos Nacionales de Enseñanza Media masculinos, 22 Institutos femeninos y 72 institutos mixtos, en los que se impuso la orden de la separación de sexos en las clases. Como ejemplo de lo dicho caben ser mencionados el instituto Ramiro de Maeztu como instituto masculino y el Instituto Isabel la Católica como instituto femenino

²⁷ La ley de la Reforma de la Enseñanza Media fue complementada por multitud de disposiciones, leyes, decretos, etc., que fueron regulando y perfeccionando la doctrina de la etapa educativa de la enseñanza media. Unos simples ejemplos de estas disposiciones adicionales pueden ser la Orden ministerial de 31 de diciembre de 1940 en la que se regulaba el régimen interno de los institutos o la Ley de 26 de diciembre de 1942 que establecía las condiciones y los candidatos de una posible enseñanza libre, etcétera.

²⁸ Como afirma Esteban Medina: “El ministerio de Sainz Rodríguez suprime el laicismo, la coeducación, la educación en lenguas nacionales, establece una rígida censura en los libros de texto y comienza la depuración de los enseñantes comprometidos con el gobierno de la II República” (p. 117). El gobierno de Sainz Rodríguez en el ministerio de Educación Nacional fue corto en el tiempo, pero altamente eficaz en

A lo largo del tiempo se dieron modificaciones puntuales a esta ley, pero todas ellas sirvieron para reforzar el espíritu de esta primera y básica ley de educación. La gestión ministerial de Lora Tamayo (1962-1968) no proporcionó cambios importantes en el ámbito educativo. Sus logros se centraron como conquista importante en el grado de alfabetización de la población, en la elevación de la edad en la obligatoriedad de la enseñanza a los catorce años y en el aumento del nivel formativo de los maestros. Existe un cambio de cantidad pero no de espíritu ni de filosofía educativa²⁹. Hay que esperar a la Ley General de Educación de 1970, presentada y aprobada por el ministro de Educación Villar Palasí, para encontrar cambios sustanciales, aunque el dirigismo ideológico siga operando como fin primero de esta nueva legislación.

En la Ley de Villar Palasí de 4 de agosto de 1970, publicada en el BOE el 6 de ese mismo mes, se defendía “la formación humana integral y la preparación para el ejercicio responsable de la libertad, inspirados en el concepto cristiano de la vida y en la tradición y cultura patrias”. La ley proponía, además de la adquisición de hábitos de estudio y trabajo y la capacitación para el ejercicio de actividades profesionales, la fidelidad del profesional a los ideales de siempre en torno a los principios de religión y patriotismo. Para ello, el Estado reconocía y garantizaba “los derechos de la Iglesia en materia de educación” (artículo tercero). Se establecía la obligatoriedad y la gratuidad de la enseñanza básica para potenciar el principio de la igualdad de oportunidades “en función de la capacidad intelectual, la aptitud y el aprovechamiento personal” (artículo segundo).

En el artículo doce del Título Primero establecía los distintos niveles de la educación que se iniciaba en la educación preescolar y acababa en la universitaria, pasando por las etapas de EGB (Educación General Básica), BUP (Bachillerato Unificado Polivalente) con el COU (Curso de Orientación Universitaria) junto a FP (Formación Profesional) y la Educación permanente de Adultos.

la acción, ya que desmanteló en muy poco tiempo todo el sistema educativo laboriosamente instituido por la República.

²⁹ La mejor prueba de lo que se dice es el libro del mismo ministro *Política educacional de una etapa 1962-1968* (Madrid: Editora Nacional, 1974). En el mismo se recogen los discursos más significativos de su trayectoria ministerial. La idea base es el continuismo.

La educación preescolar, con carácter voluntario, comprendía hasta los cinco años y estaba dividida en dos ciclos: el Jardín de Infancia para niños de 2 y 3 años y la Escuela de Párvulos para niños de 4 y 5 años.

La Educación General Básica, de ocho años de duración, abarcaba los estudios desde los seis a los trece años. Los ocho cursos se dividían en dos ciclos. El primero, los cinco primeros años, del 1º al 5º de E.G.B., en los que se potenciaba el “carácter globalizado de la enseñanza” y el segundo, del 6º al 8º curso de E.G.B., en los que se procuraba la “diversificación por áreas de conocimiento” (artículo quince). Estos estudios tenían carácter obligatorio. Debían concluirse a los catorce años, edad en la que, según establecía la ley, terminaba la imposición de la enseñanza obligatoria. Los estudios de este nivel estaban orientados a “la adquisición, desarrollo y utilización funcional de los hábitos y de las técnicas instrumentales de aprendizaje, el ejercicio de las capacidades de imaginación, observación y reflexión, a la adquisición de nociones y hábitos religiosos-morales, al desarrollo de aptitudes para la convivencia...” (artículo dieciséis).

Concluidos los estudios de EGB, el alumno podía optar bien por la Formación Profesional o bien por el Bachillerato. En este segundo caso, B.U.P., el alumno tenía que cursar tres años de estudio, de los catorce a los dieciséis. Los dos primeros eran comunes. En ellos se priorizaban las enseñanzas de la Literatura, Matemáticas, Religión, Lengua Moderna y Educación Física, aunque, a estas alturas, Religión y Educación Física se consideraban disciplinas académicas de orden secundario. El tercer curso, con una carga lectiva común (Historia, Idioma moderno, Filosofía, como asignaturas más importantes entre el grupo de las comunes), el alumno tenía que optar por la línea de ciencias (Matemáticas, Química, Física, Biología y Literatura) o bien la de letras (Literatura, Latín, Griego y Matemáticas). A través de estos estudios se buscaba la adquisición de conocimientos básicos, la potenciación de las habilidades de aprendizaje y el desarrollo de las habilidades de conocimiento.

El B.U.P., aunque no era gratuito para todos los estudiantes, la ley expresaba de manera implícita la voluntad por parte del Estado de establecer la gratuidad tan pronto como y cuando las condiciones económicas del país lo permitieran.

La especialización en los estudios se reforzaba en el Curso de Orientación Universitaria, en el que el alumno podía elegir entre la especialidad de ciencias y la especialidad de letras. Este debía demostrar a través de una prueba final o pruebas continuadas su nivel de conocimientos y de habilidades para enfrentarse con garantías de éxito a los estudios de la Universidad. Según dicta la ley, los Cursos de Orientación Universitaria buscaban el fortalecimiento de la educación en las ciencias básicas, el adiestramiento en la utilización de las técnicas de trabajo individual y, como tercera propuesta, y la orientación en la selección de los estudios y de la profesión futura. La idea básica, por tanto, era posibilitar ciudadanos con éxito en sus profesiones que fueran la garantía del desarrollo social y económico del país.

Este sistema educativo duró hasta 1975. Por lo tanto, tuvo vigencia sólo durante los cinco últimos años del franquismo. Aunque la Ley educativa de Villar Palasí defendía, como era de esperar, una educación más moderna y más adecuada a la situación histórica vigente, aspecto que se comprueba en la creación de líneas de especialización y en la importancia cada vez mayor que van tomando las asignaturas técnicas y en la confirmación de un aprendizaje menos memorístico y más crítico y reflexivo, seguía prevaleciendo la educación confesional al estar impartida básicamente por las diferentes órdenes religiosas y al priorizar disciplinas en todos los ciclos de la educación las disciplinas religiosas e históricas.

Ley de ordenación de la Universidad española.- La conclusión de la vida académica se hallaba en la obtención de los títulos de licenciatura y doctorado, impartidos y otorgados por la Universidad. Por eso, es lógico que, además de por circunstancias de la dinámica de la guerra, fuera el último ciclo educativo en ser regulado. La Universidad, como último peldaño del ascenso académico, se encargaba fundamentalmente de “transmitir el saber mediante la enseñanza”, de conceder las titulaciones correspondientes a los estudios realizados y de incentivar y preparar nuevos miembros para la actividad investigadora. Éste era también el ideal y la meta de la universidad franquista. Este cuerpo de doctrina se expresa fielmente en la Ley de 29 de julio de 1943 “Sobre ordenación de la Universidad española”. La filosofía universitaria que se desprende de esta ley, como en todas las manifestaciones de la vida social y cultural de la época, responde también a los postulados del nacional-catolicismo y a la concepción

historicista del sistema franquista. Una vez más, el preámbulo de la ley nos sirve para rastrear y descubrir las bases doctrinales del pensamiento político-cultural del Nuevo Estado. Este se expresa de la siguiente manera:

Entre los tesoros del patrimonio histórico de la Hispanidad descuella... con luminosidad radiante el de nuestra tradición universitaria.

Le sigue una glosa laudatoria en la que se exalta el esplendor y la grandeza de nuestra primera universidad, Salamanca, expresión de servicio y de fidelidad a la Religión y a la Patria y, al mismo tiempo, símbolo de un espíritu ecuménico y de un destino imperial. Como se aprecia, desde los primeros párrafos de la presentación, se ensalza la tríada de valores propios de la nueva cultura: religión, patria e imperio. En estos principios descansa la verdad y la grandeza de la primitiva y auténtica universidad española.

Cumplió así plenamente en la Historia su auténtica misión la Universidad hispana. Consagrada, ante todo, a transmitir la cultura por medio de la enseñanza, con ambiente de unidad de ciencia católica, de espíritu moral, de disciplina y de servicio... De las aulas salió la doctrina que fundió el humanismo en el alma nacional, cristianizando las paganías del renacimiento; la doctrina de la gracia suficiente salvadora, la definición del Derecho de gentes, el civismo y el suarismo como creaciones autóctonas de nuestro genio científico; la ciencia, en suma, una y universal de espíritu católico, por la que fue posible dominar el orbe con el Imperio mayor de la Historia.

Como nos tiene ya acostumbrados, el preámbulo de la ley se caracteriza por su expresión grandilocuente y demagógica, más propia de la oratoria militar que de la escritura jurídica, y por su concepción maniqueísta de la vida y de la historia. Su arranque no deja espacios para la duda. Esa Universidad de carácter religioso y patriótico con una proyección indiscutiblemente imperialista representaba el ideal a imitar y a seguir por la universidad española del momento actual. Sin embargo, esta línea se rompió con la crisis ilustrada del siglo XVIII: “Aquella gran Universidad imperial perdió sus lumbres y esplendores en la gran crisis del siglo XVIII, donde se acusaron ya las influencias extrañas; hizo su aparición el escepticismo y se derrumbó con estrépito el edificio de nuestra unidad espiritual”. Pero la universidad no quedó ahí, en ese ambiente de impiedad y de descrédito, sino que el liberalismo decimonónico hizo que la universidad fuera hundiéndose en el libertinaje y en la inmoralidad, hasta llegar con la República a su casi plena destrucción al lanzarla “por la pendiente del aniquilamiento y despañolización, hasta el punto de que brotaron de su propia entraña

las más monstruosas negaciones nacionales”. En este contexto y bajo estas circunstancias se dio el Alzamiento nacional con el espíritu incuestionable de devolver a España la gloria pasada en medio de sus virtudes tradicionales de religiosidad y patriotismo.

Al recuperar España su substancia histórica con el sacrificio y la sangre generosa de sus mejores hijos en la Cruzada salvadora de la civilización de Occidente, y al proclamar con la victoria el principio de la revolución espiritual, se hace indispensable encarnar esta mutación honda de los espíritus en una transformación del orden universitario que, a la par que anude con la gloriosa tradición hispánica, se adapte a las normas y al estilo de un nuevo Estado, antítesis del liberalismo y ejecutor implacable de la consigna sagrada de los muertos: devolver a España su unidad, su grandeza y su libertad.

Presentada la lección patriótica sobre la historia de la universidad española, el preámbulo de la ley pasa a defender los valores y las virtudes de la nueva universidad:

La Universidad que se instaura en la presente Ley nace como corporación a la que el Estado confía una empresa espiritual: la de realizar y orientar las actividades científicas, culturales y educativas de la Nación, con la norma de servicio que impone la actual Revolución española. Para desarrollar este concepto, la Ley devuelve a la Universidad la plenitud de sus funciones tradicionales, restaurando, reorganizando o creando los órganos competentes.

Para la realización de estos planes y de este ministerio, la ley, siempre en el marco de la más estricta fidelidad a los principios del nuevo sistema, devuelve la libertad que tuvo en el pasado, ordena los medios y órganos facultativos y potencia al máximo las dos funciones propias de la auténtica actividad universitaria: la función docente y la función investigadora. Como cierre del preámbulo, se defiende con el mismo tono oratorio el sentido de servicio que presenta la ley:

Al acometer esta empresa de transformación cultural y educativa se realiza la más fecunda e imperiosa consigna de la Revolución Nacional exigida por la sangre de los que supieron morir en acto de servicio y por la noble pasión de los que quieren ahora servir también con su vida a los supremos destinos de España.

La Ley sobre ordenación de la Universidad española comprende 101 artículos organizados en 13 capítulos con un cierre de 15 disposiciones finales y transitorias. De los trece capítulos, los más importantes desde el punto de vista de la ideología son los dos primeros. El primer capítulo, que comprende los ocho primeros artículos, regula, entre otros aspectos, la finalidad, las funciones y la personalidad jurídica de la Universidad. El capítulo segundo, explicitado en el artículo noveno, declara los derechos docentes de la Iglesia en materia universitaria. Los restantes capítulos

organizan el número de las Universidades y los distritos universitarios (Capítulo 3; artículos 10-12); propone los órganos de dirección y arbitra las normas generales de funcionamiento (capítulo 4 y artículos 13-30 y capítulo 5 y artículos 31-36); establece el gobierno de las Universidades y propone sus órganos y servicios (capítulo 6 y artículos 37-50); dispone la representación corporativa de las Universidades (capítulo 7 y artículos 51-55); determina las obligaciones y derechos del profesorado (capítulo 8 y artículos 56-67) y del alumnado (capítulo 9 y artículos 68-70); legisla los medios didácticos de la enseñanza (capítulo 10 y artículos 71-78); ordena el régimen y la estructura del personal administrativo (capítulo 11 y artículos 79-83); dispone los medios económicos (capítulo 12 y artículos 84-100) y reglamenta la disciplina académica (capítulo 13 y artículo 101). Como se puede apreciar en los contenidos de los once capítulos finales, la ley arbitra de forma pormenorizada el régimen interno de las universidades, su sistema de gobierno y actuación y las normas generales de funcionamiento tanto docentes como administrativas. Las disposiciones finales son normas u órdenes que explicitan, aclaran o determinan el funcionamiento de la ley o de alguno de los artículos de la misma, como, por ejemplo, el sistema y la naturaleza de la colación de grado.

El auténtico espíritu de la ley se encuentra, como se ha afirmado, en el capítulo primero, en el que se establece la verdadera misión de la Universidad en la sociedad. Dentro del capítulo primero, para obtener una visión exacta del espíritu de la ley, es obligado detenerse en los tres primeros artículos. El artículo primero afirma:

La Universidad española es una corporación de maestros y escolares a la que el Estado encomienda la misión de dar la enseñanza en el grado superior y de educar y de formar a la juventud para la vida humana, el cultivo de la ciencia y el ejercicio de la profesión al servicio de los fines espirituales y del engrandecimiento de España.

Para el correcto y eficaz cumplimiento de esta misión se establece en el artículo segundo siete funciones que confieren a la Universidad su auténtica personalidad cultural y académica:

- .- La enseñanza de los conocimientos científicos.
- .- La concesión de los grados académicos.
- .- La habilitación profesional para el ejercicio de las distintas actividades.
- .- El impulso de la investigación científica.
- .- la educación de la juventud.

- .- La difusión de la cultura y de la ciencia españolas.
- .- La orientación de la vida docente y de la actividad cultural y educativa en su propio distrito universitario.

Los artículos tercero y cuarto impregnan esta ley de sentido religioso y patriótico, orientando el cuerpo y el espíritu de la ley a la ideología del nacional-catolicismo. Según estos principios, la Universidad tiene que acomodar sus enseñanzas al dogma y a la moral católica y debe ajustar toda actividad docente a los puntos programáticos del Movimiento. Como en todas las leyes y decretos de la jurisdicción franquista domina también en este los dos principios básicos del nuevo sistema: Iglesia y Estado, religión y patriotismo. De aquí es fácil dar el paso al segundo capítulo, en el que el Estado reconoce a la Iglesia sus derechos docentes en materia universitaria. De esta manera, como en las enseñanzas primaria y media, también en la enseñanza universitaria se busca como fin primordial de su acción la cristianización y la politización culturales.

La ley de ordenación de la Universidad española expone un cuerpo legislativo muy articulado y altamente minucioso en sus planteamientos. Abarca y regula todos y cada uno de los componentes de la vida universitaria al mismo tiempo que ofrece la filosofía de esta institución en el sistema cultural de la nación.

La Ley de Educación de Ibáñez Martín permanece vigente hasta 1970, año en el que se promulga la nueva Ley General de Educación y Financiación de la Reforma Educativa, Ley de Villar Palasí. Esta ley regula todos los niveles de la educación, incluyendo el universitario.

La Ley de Villar Palasí buscaba “la conservación y el enriquecimiento de la cultura nacional, el progreso científico y técnico, la necesidad de capacitar al individuo para afrontar con eficacia las nuevas situaciones que le deparará el ritmo acelerado del mundo contemporáneo y la urgencia de contribuir a la edificación de una sociedad más justa”. Para la consecución de estos fines tanto personales, nacionales como universales, la ley proponía como fines: la democratización de la enseñanza, la revitalización de los valores patrióticos y religiosos, la afirmación del principio de igualdad de oportunidades, la adecuación del aprendizaje con las necesidades sociales y económicas, el desarrollo de las capacidades de todos los españoles para su triunfo personal y para el éxito nacional.

La vida universitaria, sin tiempo fijo en su realización, se organizaba en tres ciclos, reglados los dos primeros y abierto el tercero. Existía un ciclo primero común de disciplinas básicas (tres cursos), seguido de un ciclo de especialización (2 cursos), que concluía con un tercer ciclo de especialización más concreta que preparaba para la investigación y para la docencia (tiempo abierto). Cada ciclo exigía la realización del ciclo precedente, de forma que ningún estudiante podía adquirir un título superior sin el aprobado de los ciclos precedentes. La realización del primer ciclo propiciaba el título de la Diplomatura. El segundo otorgaba el título de Licenciado o los grados de Ingeniero o Arquitecto. Finalmente, el tercer ciclo, tras la redacción y defensa de una tesis, daba derecho al título de doctor.

La ley decretaba igualmente el funcionamiento y la ordenación de los otros niveles u orientaciones educativas como son la Formación Profesional, la Educación Permanente de Adultos, las Enseñanzas Especializadas y la Educación Especial. Como se decía con anterioridad, la ley de Villar Palasí era una ley que comprendía y regulaba todos los niveles y especialidades de la educación.

La nueva universidad concedía una gran importancia a la organización departamental como unidad fundamental de enseñanza y de investigación. Estos Departamentos se agrupaban en Facultades o en Escuelas Técnicas Superiores, auténtico motor de la Universidad. La dirección de los Departamentos recaía necesariamente sobre un Catedrático numerario elegido por el rector. Los profesores se agrupaban en Departamentos, en los que recibían las directrices necesarias para su labor de docencia e investigación. La ley también promulga la normativa que regula los planes o estatutos del profesorado y de los alumnos.

En lo concerniente a los artículos que regulaban el sistema universitario desaparece gran parte de la carga ideológica de leyes anteriores. Es una ley más normativa que doctrinal. Por otra parte, se detecta un espíritu más democrático al conceder a las universidades un cierto grado de autonomía en las directrices de la docencia y de la investigación, pero éstas siempre dentro del marco jurídico de la ley. Aunque existía el principio de libertad de cátedra, ésta era más teórica que real, como se puede ver en el último ciclo universitario de las tesis doctorales. Durante todo el franquismo, el

doctorado, el ciclo de mayor libertad en el ámbito educativo, cuidaba con alta escrupulosidad ciertos temas tabúes como todos los planteamientos críticos sobre la Iglesia, la Guerra Civil y el franquismo, el integrismo católico, etcétera. Algo parecido se puede decir de la participación del alumnado en los órganos de gobierno de la universidad. Según la letra de la ley, ésta revela un grado de alto aperturismo, que era negado por la práctica de la política interna universitaria. La Ley de Educación Universitaria de Villar Palasí, ya a finales del franquismo, agosto de 1970, presentaba en la letra un espíritu democrático y liberal muy significativo, que fue negado en todo momento por la práctica tanto interna de la universidad como externa de las fuerzas policiales y políticas.

Fue una ley más de acuerdo con el talante social e histórico del momento. Esto explicaría ese sesgo de democracia y aperturismo. Desapareció, como tal ley, ya en tiempos de la democracia, sin haber desarrollado sus potencialidades legales y educativas. Fue una ley muy meditada y trabajada que intentaba superar el estado de decadencia general en la educación española de ese tiempo, otorgando a la cultura-educación un talante claramente modernizador. Fue un paso importante en la legislación educativa, aunque, como todas las propuestas en época del régimen franquista, limitado por la propia ideología del Estado.

III.-4.-3.- El Instituto de España y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas

Por Decreto nº 427 de 8 de diciembre de 1937, se derogaban todas las instituciones culturales relacionadas con la República, aunque la relación de éstas con el espíritu liberal republicano fuera muy superficial o puntual. El nombre y su procedencia eran razones suficientes para sufrir la purga política. De esta manera, las distintas Academias culturales que estuvieron vigentes durante los años de la República quedaron en suspenso. Para cubrir este serio vacío en la vida intelectual del país se constituyó por Decreto 436 de 2 de enero de 1938 “el Instituto de España con el conjunto de academias numerarias de las Reales Academias”. Se instauraba la vida académica española en la zona nacional. Sus mentores fueron el ensayista Eugenio D’Ors, el arquitecto Pedro Muguruza y el abogado-historiador Agustín González de Amezua.

El Instituto de España era la nueva corporación oficial que reunía en su seno las seis Academias tradicionales: Academia de la Lengua Española, Academia de la Historia, Academia de Bellas Artes, Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Academia de Ciencias Morales y Políticas y la Academia de Medicina³⁰. Esas academias³¹ recibieron a partir de ese momento el título de *reales* para diferenciarlas de las que, presentando la misma denominación, respondían a iniciativas de signo republicano. El Instituto de España nació con la firme finalidad de restaurar la vida académica española y de representar la cultura oficial ante la intelectualidad del mundo entero.

Junto al Instituto, formado por todos los académicos numerarios, quienes se constituyeron, como afirma la ley, "en Corporación Nacional a título de Senado de la Cultura Española"³², se creó una Mesa de siete miembros, que representaban a las distintas reales academias, con la obligación de reunirse por lo menos una vez al mes, aunque no necesariamente tenían que estar presentes las seis, con el encargo de organizar y de dirigir todas las actividades del Instituto. La primera tarea de la Mesa fue la redacción de sus estatutos internos. De esta manera, se diferenciaban las reuniones normales de la Mesa de las reuniones solemnes del Instituto, estas últimas más protocolarias que operativas.

La primera sesión tuvo lugar en la ciudad castellana de Burgos el 27 de diciembre de 1937, donde se reunieron las diferentes comisiones de las Reales Academias para programar las líneas directrices de la vida cultural *española*³³, al mismo tiempo que se constituía el Instituto de España. En respuesta a las necesidades de representación, son designados Manuel de Falla³⁴ y Eugenio D'Ors, respectivamente, como presidente del

³⁰ En el artículo primero de la ley se afirma: "Recibe el nombre de Instituto de España el conjunto de las Academias numerarias de las Reales Academias de Lengua Española, de la Historia, de Ciencias Exactas, Física y Naturales, de Ciencias Políticas y Morales, de Bellas Artes y de Medicina, reunidas en Corporación Nacional a título de Senado de la Cultura española".

³¹ Con posterioridad formaron parte con plenos derechos del Instituto de España las Academia de Jurisprudencia y Legislación y la Academia de Farmacia.

³² Las citas están tomadas de las actas oficiales de las reuniones del Instituto de España.

³³ En las actas oficiales aparece la mención de España como realidad perteneciente únicamente a la parte nacional. Por eso, en ocasiones, hay que entender el término España como zona o política nacional. Hemos querido indicar con el entrecomillado el sentido parcial de su sentido.

³⁴ Más que una presidencia real, la de Manuel de Falla fue una presidencia querida por el gobierno militar. Manuel de Falla fue propuesto para la dirección del Instituto, pero éste la rechazó por razones de edad y de salud. Sin embargo, la verdadera razón de su rechazo fue su oposición clara al gobierno de Franco, especialmente después del asesinato de su amigo Federico García Lorca. Aprovechando una

Instituto y como secretario perpetuo del mismo. La Vicepresidencia recayó sobre el futuro Ministro de Educación del primer gobierno de Franco, Pedro Sainz Rodríguez, quien, a su vez, tuvo que asumir la presidencia del Instituto ante la negativa de Manuel de Falla a ostentar ese cargo³⁵.

En la Primera Sesión Solemne, que tuvo lugar en Salamanca el 6 de enero de 1938, juran sus cargos cerca de sesenta académicos numerarios en representación de las seis Reales Academias. Entre los nombres más ilustres de la cultura española de signo nacional-católico de ese momento se encontraban, entre otros, Pío Baroja, Manuel Machado, José María Pemán, Miguel Asín Palacios, Wenceslao Fernández Flórez, Julio María de Urquijo, Ramón María de Azkue, Ignacio Zuloaga, Alfonso Peña Boeuf, Adolfo Pons y Umbert, Juan Zaragüeta, Conde de Romanones, entre otros.

Las primeras reuniones del Instituto de España se celebraron en Salamanca, pero pronto la sede y las actividades del Instituto pasaron a San Sebastián. Parece que las primeras reuniones en Salamanca tuvieron un carácter provisional hasta su establecimiento definitivo en la ciudad donostiarra. Acabada la guerra, la vida cultural se centró en las grandes ciudades, ejes políticos y económicos de decisión: Madrid y Barcelona.

Durante las sesiones de trabajo de la primera etapa tuvieron lugar los correspondientes juramentos solemnes de los académicos numerarios de las distintas Reales Academias con los consabidos discursos de entrada y réplica³⁶. Otras de las actividades clave del Instituto fueron la programación y discusión de sus estatutos. En la Cuarta Sesión de la

invitación a Argentina, estableció definitivamente su residencia en aquel país hasta su muerte en 1946. Manuel de Falla optó por el exilio como la gran mayoría de artistas y de intelectuales del país (Véase al respecto la Orden del Ministerio de Educación Nacional de 23 de junio de 1938, en la que se exime a Manuel de Falla de toda función directiva hasta el restablecimiento de su salud).

³⁵ La primera comparecencia de Pedro Sainz Rodríguez como Presidente del Instituto data del 15 de enero de 1938 en la Segunda Sesión de la Mesa del Instituto, que tuvo lugar en la ciudad de San Sebastián. En la Primera Sesión de la Mesa como en la Primera Sesión Solemne, celebradas en Salamanca los días 5 y 6 de enero de 1938, aparece como Presidente don Manuel de Falla. En ambas ocasiones justificó su ausencia, aduciendo razones de salud. Cuando Pedro Sainz Rodríguez dimitió de su cargo y estableció su residencia en Estoril, la presidencia del Instituto fue asumida por el obispo de Madrid Leopoldo Eijo y Garay (1942), quien regentó el cargo hasta 1963.

³⁶ El 19 de febrero de 1938, en la Segunda Sesión Solemne del Instituto, hizo su lectura el académico don Manuel Machado, siendo contestado por el Director de la Academia de la Lengua José María Pemán. En esa misma fecha hizo también su juramento solemne como académico numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando el gran pintor guipuzcoano Ignacio Zuloaga. Sirvan estos simples ejemplos como muestra de los actos que se celebraban en las Sesiones Solemnes del Instituto de España.

Mesa, que se llevó a cabo el 30 de marzo de 1938, se presentó el proyecto de los mismos, en donde destacan sus dos primeros artículos:

Artículo 1º .- Constituye el Instituto de España, por su carácter corporativo y su composición limitada a los miembros numerarios de las seis Reales Academias, el Senado de nuestra cultura, según los términos contenidos en el Decreto de su fundación de 8 de diciembre de 1937. Tiene, además, el carácter de organismo supremo, por cuyo instrumento el Estado organiza, ordena y mantiene instituciones dedicadas al cultivo del saber y atiende al cumplimiento de sus fines, según lo dispuesto en el Decreto de 19 de mayo de 1938, que enumera un primer grupo de instituciones de esta orden.

Artículo 2º .- Las instituciones en que, a tenor de lo precedente, tendrá el Instituto de España carácter de Patronato, se refiere bien a enseñanzas de Estudios Superiores, bien a Centros de Investigación, laboratorios y seminarios, bien a publicaciones académicas o de otro orden, a concursos y premios de carácter nacional, a misiones y pensiones de estudios y otros establecimientos de carácter temporal, y a servicios de bibliotecas o colecciones pertenecientes a la Corporación. Podrá también recibir el Instituto de parte del Estado la misión de organizar o formar parte de las juntas o comisiones dedicadas a fines especiales dentro de un orden determinado de estudios.

En artículos posteriores, se van analizando y proponiendo aspectos como su composición, su representatividad, su finalidad, etc. Según los estatutos, caben destacarse dos puntos de máxima importancia: la composición material del ámbito educativo y la creación de instituciones de estudio e investigación. Igualmente se organiza toda la actividad editorial tanto escolar como de alta investigación³⁷. De esta manera, se van organizando y publicando los textos de Historia de España, de Matemáticas o Aritmética, de Higiene (con enseñanzas de anatomía y fisiología), etcétera. Se miman con un especialísimo cuidado las antologías, entre las que destacan la *Antología de la Historia de la Cultura*, *Lecturas de la naturaleza*, *Antología de la lengua española*, entre otras. En este apartado entraría igualmente el diccionario enciclopédico general con el título de *Enciclopedia Hispánica*. Al Instituto se le encomienda también la renovación y continuación de la *Biblioteca de Autores Españoles*. Se retoma la actividad de la Biblioteca Rivadeneira y de la Biblioteca Nebrija, encargada esta última de una amplia colección de traducciones y ediciones de escritores griegos y latinos. Se acomete la publicación de los Anales de Historia y

³⁷ Por Orden del Ministerio de Educación Nacional de 15 de abril de 1938 se le confiere “al Instituto de España el encargo de redactar y editar los textos que se expresan con destino a la enseñanza primaria en sus diferentes grados”. Se habla en la misma Ley de los textos de lectura, Gramática, Lengua Española, las antologías de lecturas, los manuales de Ciencias Naturales e Higiene, etc. Por otro lado, por Decreto de 20 de mayo de 1938 se le confiere al Instituto “la misión de orientar y dirigir la alta cultura y la investigación superior de España”.

Arqueología Americanas y la Antología de Arquitectos de la Academia de San Fernando. Otra de las tareas fundamentales del Instituto, centrada en la Real Academia Española de la Lengua, fue la edición de la *Gramática Española*. Asimismo, se emprende la labor de la organización y publicación de las Obras completas de Menéndez Pelayo., etc., etc.

Esta ingente labor se pudo llevar a cabo gracias al esfuerzo titánico de un grupo de intelectuales afín a la causa franquista y comprometido incondicionalmente con la cultura del nacional-catolicismo. Sin embargo, con el simple esfuerzo humano no se habría podido realizar una labor tan sorprendente en cantidad y en calidad, especialmente cuando muchas de estas actividades necesitaban un fuerte refrendo económico. Este capítulo fue cubierto gracias al generoso préstamo del Banco Hispano Americano que concedió al Instituto la cantidad de 500.000 pesetas, ampliables al millón, para poder hacer frente a los gastos de organización, de gestión y de publicación.

Aunque el Instituto de España siguió una intensa actividad cultural y organizativa en las áreas académicas y de enseñanza³⁸, el período más importante es el primero, en el que se tomaron las decisiones más operativas y se programó la política cultural de buena parte de la singladura cultural y educativa del sistema franquista. El Instituto de España fue una de las creaciones más significativas y operativas de la política cultural del nuevo régimen. Con él, se quería cubrir el amplio y profundo vacío que se había creado con la prohibición de todas las instituciones de origen republicano.

Como complemento o derivación del espíritu del Instituto de España se creó por Ley de la Jefatura del Estado de 24 de noviembre de 1939, el **Consejo Superior de Investigaciones Científicas**³⁹. Eran momentos difíciles para poner a andar una institución de las características del Consejo Superior. España estaba arruinada después de una violenta y destructora guerra civil, con la gran mayoría de profesores e

³⁸ La complejidad actual del Instituto de España es enorme. Regula la actividad de más de cincuenta academias asociadas. Incluso se encarga de coordinar las actividades culturales de buen número de Academias autonómicas y regionales.

³⁹ Véase al respecto el capítulo primero, “La ciencia española. Consejo Superior de Investigaciones Científicas” en Anónimo: *Diez años de cultura española (1939-1948)*. Op. Cit., pp. 21-42.

investigadores en el exilio o desaparecidos durante la guerra. Pero había urgencia por imponer la normalidad en todos sus campos y para ir cubriendo los vacíos que la política punitiva franquista contra las instituciones republicanas iba dejando por doquier. Se contaba en esos momentos con más voluntad que posibilidades. Pero había que poner manos a la obra. No se podía demorar más el intento. Se disponía únicamente con los medios humanos y materiales que habían quedado operativos después de la contienda. El C.S.I.C. ocupó los centros y los medios que habían pertenecido a la Junta para la Ampliación de Estudios (J.A.E.).

La presidencia, en un primer momento, recayó en el Ministro de Educación, José Ibáñez Martín, pero el auténtico motor de la institución fue José María Albareda, quien desde su cargo de Secretario General del Consejo supo y pudo poner en marcha el C.S.I.C. con resultados altamente positivos. La idea base era potenciar y exaltar la auténtica cultura nacional. Como dice uno de los párrafos del preámbulo de la ley de creación del Consejo, éste nacía con una clara voluntad de “elaborar una aportación a la cultura universal; formar un profesorado rector del pensamiento hispano; insertar a las ciencias en la marcha normal y progresiva de nuestra historia y en la elaboración de nuestra técnica, y vincular la producción científica al servicio de los intereses espirituales y materiales de la Patria”. La filosofía real del Consejo era el desarrollo de la cultura y de la ciencia orientadas a la conquista de las más altas cotas materiales y morales para bien y grandeza de España.

En las coyunturas más decisivas de su historia concentró la Hispanidad sus energías espirituales para crear una cultura universal. Esta ha de ser, también, la ambición más noble de la España del actual momento que, frente a la pobreza y paralización pasadas, siente la voluntad de renovar su gloriosa tradición científica. (Preámbulo de Ley del 24 de noviembre de 1939).

Como en todos los casos anteriormente analizados, en éste también domina la oratoria jurídica de signo maniqueísta. La grandilocuencia política desvirtúa la realidad histórica, ya que si hubo una época de gloria para la investigación científica en España fue precisamente la anterior a la contienda civil. La investigación, aunque pobre, si se le compara con la de los países técnicamente más adelantados, no estaba parada, sino que por primera vez se ponía en marcha. Es más, como se verá más adelante, el CSIC copió casi al pie de la letra el sistema y los métodos de actuación de la JAE para poner en funcionamiento su ideario científico e investigador.

Para alcanzar los fines pretendidos, había que contar con la cooperación de todos los centros e instituciones que de alguna manera tenían en la cultura y en la investigación la razón de su existencia: las Reales Academias, la Universidad, diferentes institutos y otros centros ubicados por toda la geografía de la península, etcétera. El C.S.I.C. estaría formado por todas estas fuerzas vertebradoras de la modernización cultural y científica de España.

Aunque los medios eran muy limitados, la voluntad de trabajo fue mucha. Para conseguir los fines propuestos, sus directores no partieron de la nada. Asumieron los planteamientos de la J.A.E. para poner en marcha la institución. Aunque la J.A.E., por su vinculación con la República y por su espíritu liberal y democrático, era considerada como adversario ideológico peligroso, aceptaron sus principios de acción porque vieron desde el primer momento los beneficios que su ideario les podía proporcionar. Se dinamizó el intercambio de profesores y estudiantes con los centros científicos más desarrollados de todo el mundo. Se incentivó la presencia de las grandes figuras de la ciencia y de la investigación en los medios españoles. Se potenció y se ayudó la asistencia a congresos y reuniones científicas. Se buscaba la expansión y el intercambio de la ciencia española en todos los foros de encuentro y de debate del mundo entero. José María Albareda fue el artífice principal y material de esta labor de potenciación y de relación de científicos y profesores españoles con sus homónimos de los países desarrollados del mundo. Se daba respuesta a las exigencias y fines de creación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas: “tendrá por finalidad fomentar, orientar y coordinar la investigación científica nacional” (Artículo primero-ley de 24 de noviembre de 1939).

La política franquista presentaba como uno de los puntos programáticos de su ideario político el erradicar toda presencia de contenido espiritual y científico liberal y democrático, es decir, republicano. Sin embargo, la realidad fue muy distinta. Desde el principio, hubo resquicios abiertos por donde entró el alma de la República, siendo el C.S.I.C. uno de ellos. No sólo se ocuparon los centros y los medios de la disuelta Junta, sino que se asumió su propio espíritu de estudio e investigación como los instrumentos más idóneos para alcanzar los fines propuestos por el propio gobierno franquista.

Como afirma Francisco Ponz en su artículo “En el centenario de José María Albareda, impulsor del CSIC”: “a los veinticinco años de su creación, el CSIC contará con 188 institutos y centros de investigación por toda España, 33 de ellos de estudios locales; con unos 2.500 científicos de los que cerca de 600 eran profesionales de la investigación; y con más de 600 jóvenes en formación en centros extranjeros”⁴⁰. La idea inicial de crear una institución que supliera con eficacia las labores y los fines de la Junta para la Ampliación de Estudios se había hecho con éxito.

Aunque con posterioridad se fueron perfilando con más precisión los programas de trabajo y la organización interna del Consejo (Decreto del Ministerio de Educación Nacional de 10 de febrero de 1940; Ley de la Jefatura del Estado de 22 de julio de 1942, etc.), el auténtico espíritu de la Institución estaba perfectamente implantado y su ideario de actuación plenamente planificado. El Consejo fue creciendo en miembros y en número de colaboradores, pero siguió manteniendo el carácter que le supo imprimir casi desde los primeros días su gran artífice José María Albareda. Uno de los logros más significativos de la política científica e investigadora del Gobierno del general Franco fue, sin lugar a dudas, la creación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

III.-4.-4.- Leyes de Prensa de 1938 y de 1966

El nacional-catolicismo, como los gobiernos de los países fascistas europeos, era muy consciente de que una de las armas más eficaces en los procesos de ideologización y de dominación del pueblo era el control de los medios de comunicación. Entre los diferentes aparatos de socialización política y cultural de las masas se encontraba la prensa. Su naturaleza comunicativa, sus bajos costes de publicación y su sistema informativo, junto a otras muchas ventajas de carácter comunicativo, ofrecían, como actualmente ofrecen, las garantías necesarias para convertirse en lo que se ha denominado “cuarto poder”. Un régimen de signo totalitario, como el franquista, tenía la necesidad y la obligación de controlar la prensa en todas sus formas y lugares. En estos sistemas políticos, la prensa y el periodista se convierten en instrumento y en trabajador al servicio de los intereses del Estado. Durante la época del gobierno del general Franco se dieron en España dos Leyes de Prensa, la primera de 23 de abril de 1938, conocida como la Ley de Serrano Suñer, y la segunda, de 18 de marzo de 1966,

⁴⁰ ABC, Madrid, 14 de abril de 2002.

denominada como Ley de Fraga Iribarne. Son dos leyes que con un fuerte calado autoritario y dirigista buscaban el control de la información diaria y periódica para crear una conciencia colectiva en sintonía plena con las directrices ideológicas y políticas del gobierno.

La Ley de Prensa de 1938 fue redactada por el entonces Jefe del Servicio Nacional de Prensa José Antonio Jiménez Arnau, siguiendo el modelo de las leyes de prensa de Italia y Alemania. Nació, como otras leyes o decretos de la normativa jurídica franquista, con un claro sentido de provisionalidad. Era una ley aprobada en los momentos difíciles de una violenta confrontación militar. Este hecho hacía suponer que una vez restablecida la normalidad social, tras el fin de la guerra, apareciera otra ley en consonancia con las nuevas circunstancias. Sin embargo, esta ley de espíritu belicista estuvo vigente durante casi treinta años, hasta la aparición de la Ley de Fraga en 1966.

Por otro lado, es la ley de más claro calado fascista y falangista de toda la normativa jurídica franquista. En el cuerpo de la ley, en su largo preámbulo y en sus veintitrés artículos, no aparecen los términos “religión”, “Iglesia”, etcétera. El espíritu laico de esta ley es inequívoco y aparentemente sorpresivo frente al sentido profundamente religioso de otras leyes y normativas de ese mismo tiempo en las circunstancias bélicas dominantes. En esta misma línea de ideología política, la ley arremete duramente contra el sistema de apropiación capitalista de la prensa, lo que nos indica el carácter anticapitalista de la misma. Estos datos no son nada sorprendentes, si se piensa que es una ley imbuida de espíritu fascista. En toda la ley sólo hay presencia para el patriotismo, basado en un feroz espíritu antidemocrático y antiliberal. Uno de los párrafos del preámbulo de la ley afirma:

Así, redimido el periodismo de la servidumbre capitalista de las clientelas reaccionarias o marxistas, es hoy cuando auténtica y solemnemente puede declararse la libertad de la Prensa, Libertad integrada por derechos y deberes que ya nunca podrá desembocar en aquel libertinaje democrático, por virtud del cual pudo discutirse a la Patria y al Estado, atentar contra ellos y proclamar el derecho a la mentira, a la insidia y a la difamación como sistema metódico de destrucción de España.

Para el gobierno, el control de la prensa era una de las medidas necesarias para reconducir a España, según su filosofía política, por el camino de la libertad y de la grandeza perdida. El control de los medios de información era tan necesario para la

consecución de estos fines como el dominio militar en el campo de batalla. “Cuando en los campos de batalla se luchaba contra unos principios que habían llevado la Patria a un trance de agonía”, no se podía tolerar la libertad de una prensa que siguiese defendiendo los principios contra los que se luchaba en el frente. “No podía admitirse que el periodismo continuara viviendo al margen del Estado”. La prensa se convirtió en uno de los soportes básicos del gobierno como medio recíproco de comunicación entre el Estado y el pueblo y como “órgano decisivo en la formación de la cultura popular y, sobre todo, en la creación de la conciencia colectiva”.

La ordenación legal de la prensa se basaba en veintitrés artículos y una disposición final. A través de este cuerpo de doctrina se intenta organizar los diferentes componentes del sistema periodístico y las relaciones de la prensa con el Estado. Es una ley realmente compacta y sistematizada que no deja nada fuera de su control. Por otro lado, el Estado se convierte en garante y gestor de toda actividad periodística. Este principio queda claro desde el primer artículo de la ley, en el que se afirma:

Corresponde al Estado la organización, vigilancia y control de la institución nacional de la Prensa periódica. En este sentido compete al Ministro encargado del Servicio Nacional de Prensa la facultad ordenadora de la misma.

En siguientes artículos se van explicitando esta facultad ordenadora en manos del Servicio Nacional de Prensa. En el artículo segundo se exponen las funciones del Estado sobre el ejercicio de la actividad periodística. De esta manera se plantean básicamente cuatro ejercicios: regular el número y la extensión de las publicaciones, intervenir en la designación del personal directivo, reglamentar la profesión de periodista y mantener una cerrada vigilancia o control de censura sobre toda actividad de la prensa. Planteadas las funciones principales, en el artículo tercero, se propone el organigrama estatal para su correcto funcionamiento y para el logro de los fines perseguidos. El ministerio del Interior sería en el momento de la promulgación de la ley el organismo de autoridad máxima en las cuestiones de control y dirección de la vida periodística nacional. Desde esta perspectiva, parece lógico que la presente ley sea denominada Ley Serrano Suñer, como responsable del Ministerio citado y artífice máximo de su aprobación. Como parte integrante de este Ministerio del Interior se encontraba la Jefatura del Servicio Nacional de Prensa, cuyo jefe era José Antonio Jiménez Arnau, auténtico mentor de la ley. Dependiendo de este Servicio Nacional se encontraban los Servicios Provinciales de Prensa, dirigidos por el Gobernador Civil de

cada provincia. En casos de información de asuntos relacionados con la guerra la dirección y supervisión recaía en la autoridad militar competente. La estructura de los servicios estatales de prensa ofrecía un cuerpo claramente piramidal, en el que cada plano era un nivel diferente de control y de dirección.

En el engranaje del Servicio Nacional de Prensa, los delegados o jefes provinciales asumían un protagonismo gestor muy importante. Su nombramiento correspondía al ministro (artículo séptimo) y sus funciones eran variadas (artículo sexto): ejercer el control o censura de las publicaciones, siguiendo siempre los dictámenes del Servicio Nacional de Prensa o en su caso del Gobernador Civil o de la autoridad militar competente. Esta labor les obligaba a funcionar como enlaces entre los directores de los periódicos y las autoridades del Servicio Nacional o de los gobernadores civiles. Frente a estas autoridades, debían informar sobre la marcha de los periódicos, insistiendo en el capítulo de control con las sanciones o castigos correspondientes. Al mismo tiempo, debían llevar un archivo de las publicaciones diarias o periódicas junto al duplicado del registro Oficial de Periodistas. Los delegados provinciales del Servicio Nacional de Prensa conformaban el filtro de control más eficaz y operativo del sistema censor.

El Director del periódico, propuesto por el propietario del mismo y ratificado por el ministro correspondiente, aparecía como responsable máximo de los contenidos de la publicación que dirigía. En caso de delito o trasgresión de las normas oficiales, la empresa propietaria asumía también las responsabilidades correspondientes. El director para poder realizar este trabajo debía encontrarse inscrito en el Registro Oficial de Periodistas, demostrando de esta manera su adhesión plena al Movimiento. El Registro Oficial de Periodistas era un sistema altamente operativo de control del personal dedicado al periodismo.

Los periodistas, como los directores, inscritos obligatoriamente en el Registro Oficial, debían ser presentados por el propietario del periódico en el que trabajaban al Servicio Provincial de Prensa, para desde este Servicio enviar la petición con un informe de valoración que debía ser ratificado por el ministro. Cada periodista era responsable de su trabajo y de sus escritos. Pero esta responsabilidad no eximía de las suyas al director ni al propietario. Si el periodista escribía con seudónimo o bien presentaba un escrito sin firma, la redacción debía conocer la personalidad del escritor.

Para el perfecto control de los periodistas, muy en consonancia con lo defendido en la presente ley, se ordenó la creación del Registro Oficial de Periodistas. La finalidad era la obtención de un conocimiento pormenorizado de cada uno de los colaboradores en la prensa española. Los Jefes Provinciales de Prensa creaban en su demarcación provincial la lista de periodistas inscritos en el Registro. Cada delegado provincial tenía que enviar al Servicio Nacional de Prensa una ficha de cada uno de los periodistas inscritos en su provincia. Así, de manera fácil pero muy eficaz, se creó en un período corto de tiempo el Registro Nacional de Periodistas.

Se organizó, de esta manera, todo un sistema complejo de filtros de control que hacía imposible que triunfara la más mínima veleidad ideológica: Registro Oficial de Periodistas, propietario del medio, director del periódico, autocensura del propio periodista, Delegación Provincial de Prensa, Servicio Nacional de Prensa, etcétera. Como afirma Enrique Maradiellos, “La Ley de Prensa de 1938 (en vigor hasta 1966) imponía un férreo control gubernativo sobre las publicaciones periódicas mediante la institución de la censura previa, el derecho de veto sobre los directores de los periódicos, la reglamentación de la profesión de periodistas y la obligación de atender normas dictadas por los servicios competentes” (2003, p. 48).

Ante la eventualidad de posibles infracciones, el ministro del Interior, autoridad máxima del Servicio Nacional de Prensa, estaba facultado “para castigar gubernativamente todo escrito que directa o indirectamente tienda a mermar el prestigio de la Nación o del Régimen” (artículo décimo octavo). Las sanciones previstas oscilaban, según la gravedad de la infracción, desde la multa, pena menor, hasta la incautación del periódico, pena mayor, pasando por los grados de la destitución del director o bien de la exclusión del Registro de Periodistas. La facultad de imposición de estos castigos recaía sobre el ministro, excepto en el caso de incautación del medio que debía ser impuesta por el Jefe del Estado (artículos vigésimo y vigésimo primero y segundo).

Frente a cualquier medida punitiva, el interesado podía alegar sus razones que, si eran denegadas por la autoridad competente, podía, a su vez, recurrir el amparo del Jefe del Estado, cuya decisión era inapelable.

Esta ley, nacida en unas circunstancias tan especiales, estuvo vigente hasta 1966. Es lógico pensar que la validez de la ley durante este largo periodo de tiempo implicase la vigencia de un ideario cultural y político marcado por el dirigismo pleno del Estado. Por otro lado, el dogmatismo ideológico y el control censorio de una ley bélica no podían responder a las exigencias de una sociedad en estado de pleno desarrollo y, por tanto, de fuerte cambio. La adecuación de la ley con los tiempos históricos estaba exigiendo la redacción y la aprobación de una nueva ley reguladora de la vida periodística e informativa. Nace, de esta manera, la **Ley de Prensa e Imprenta** de 18 de marzo de 1966.

A la altura de la aprobación de la Ley Fraga, la Guerra Civil era una cuestión ya del pasado remoto. La situación económica e industrial había cambiado ostensiblemente desde los años de la contienda bélica. De un país en un estado de caos económico extremo, como consecuencia de la guerra, se había pasado a una sociedad compleja de carácter fuertemente consumista. España deambulaba con fuerza y seguridad, -era el milagro español según calificativo oficial- por el camino de la modernidad económica. La ley de Prensa del 38 no podía responder a las necesidades informativas y culturales de la nueva sociedad española. El preámbulo de la ley es claro en este sentido:

La mención de estas fechas (especialmente a la fecha de 1938) pone de relieve la necesidad de adecuar aquellas normas jurídicas a las actuales aspiraciones de la comunidad española y a la situación de los tiempos presentes.

Se habla de una nueva ley y en cierto sentido esta novedad es cierta. Lo primero que llama la atención entre ambas leyes es el cambio de estilo en la escritura jurídica. La oratoria bélica y militar de la Ley Serrano Suñer cambia de forma radical, revelando en la Ley Fraga un estilo claramente normativo y jurídico. Por otro lado, existe, por lo menos en apariencia, una clara novedad de modernización y de adecuación de la ley con los momentos actuales de la sociedad española. Pero, analizando en detalle la letra y el espíritu de la Ley Fraga, se encuentran unos denominadores comunes con la Ley Serrano Suñer que obligan a pensar que los cambios introducidos son más aparentes que reales. Se repiten en una y en otra ley las mismas razones básicas de control ideológico y de formulación organizativa. En la Ley Fraga, sigue muy vigente un talante inequívocamente totalitarista. Esto se puede observar en las cuatro razones

fundamentales que explican y justifican la aprobación de la nueva ley y que coinciden plenamente con el espíritu de la ley del 38.

Primero: La prensa está considerada como factor importantísimo en la formación de la opinión pública. Se defiende sin ambages la razón de “la importancia, cada vez mayor, [que] los medios informativos poseen con relación con la formación de la opinión pública”. Los dirigentes del Estado sabían muy bien que quienes controlaban los medios de información dominarían la opinión pública. Para un Gobierno de signo totalitario, cuyo máximo principio es la uniformidad de pensamiento y de conductas, controlar y regir los resortes de la información eran capitales. Se defendía en 1966, como en 1938, la necesidad de controlar la información para poder dirigir y dominar la opinión pública.

Segundo: Si una de las primeras tareas del Gobierno es dominar todos los medios de socialización cultural de las masas para poder regir y dirigir la opinión pública, la prensa se convierte en una fuerza imprescindible al servicio del Estado. El Gobierno sigue siendo el garante y rector único de la vida periodística. Los tiempos han podido cambiar, pero el espíritu del franquismo sigue inalterable. Por eso, “el Gobierno ha cumplido [y cumplirá] escrupulosamente su papel de fiel intérprete del sentir y del pensar del país”, haciendo en esta ley, como lo hacía en la del 38, coincidir la opinión pública con los intereses sociales y políticos del sistema.

Tercero: Si el Gobierno es el gestor principal de la información, lo es únicamente para conseguir y garantizar cotas máximas de bienestar para el pueblo y el grado máximo posible de libertad para sus ciudadanos. La voluntad que domina en esta ley de prensa, como también sucedía en la del 38, según lo manifestado en su redacción, es un claro espíritu de servicio. Manifiesta el preámbulo de la ley:

... el principio inspirador de esta ley lo constituye la idea de lograr el máximo desarrollo y el máximo despliegue posible de la libertad de la persona para la expresión de su pensamiento... conjugando adecuadamente el ejercicio de aquella libertad con las exigencias inexcusables del bien común, de la paz social y de un recto orden de convivencia para todos los españoles.

El sentido paternalista de la ley es inequívoco. Como en el caso anterior, la libertad de los españoles se identificaba con los intereses de sus gobernantes, haciendo que la

conveniencia oficial fuera requisito necesario del bienestar material de los ciudadanos. El control de los medios de información se concretaba en entrega y servicio del Estado hacia todos los ciudadanos, haciendo de este servicio oficial una fuerza de control y dirigismo para conseguir que la voluntad e ideario de las masas coincidieran con los intereses del Estado.

Cuarto: Esta ley, como todas las leyes promulgadas durante el gobierno franquista, independientemente de la naturaleza de su temática y del tiempo de su aprobación, responde a “los postulados y a las directrices del Movimiento Nacional”. Se llega a defender que los principios que rigen el Movimiento son las únicas fuerzas garantes y seguras de los beneficios sociales y políticos de los súbditos. Éstos están obligados a asumir servilmente “las directrices del Movimiento” para el bien del Estado y para el desarrollo material y espiritual de los ciudadanos. La persona se subordina netamente al interés del Estado, aunque éste aparezca como servidor sacrificado de su pueblo.

Desde estos puntos de vista, se percibe con claridad que ambas leyes, 1938 y 1966, aunque diferentes en su terminología, son primos-hermanos en su espíritu. Los cuatro puntos señalados sobre la prensa, -motor de formación de la opinión pública, papel gestor del gobierno, control de la prensa como garante del principio de libertad y subordinación de la ley a los principios del Movimiento-, determinan la sustancia ideológica de ambas leyes. Han pasado casi treinta años, pero sigue inalterable el espíritu rector del régimen. La ley de Prensa de 1966 es la mejor prueba de esta realidad.

La ley de Prensa del 66 desarrolla un cuerpo legal de gran amplitud con una exposición altamente pormenorizada. Esta ley consta de diez capítulos, setenta y dos artículos, cuatro disposiciones finales, cinco disposiciones transitorias y una disposición derogativa final.

La comprensión correcta de la ley supone el entendimiento del espíritu del preámbulo. Hay que partir de la doctrina de presentación para calar en el verdadero significado del cuerpo jurídico. Según estos principios, el Gobierno aparece como máximo garante y gestor de la información para una correcta educación de la opinión pública que conduzca a altas cotas de libertad pero siempre dentro de las directrices marcadas por el

Movimiento Nacional. Ésta es la doctrina del preámbulo y en estos espacios discurre la normativa de la ley.

El artículo primero del primer capítulo, “De la libertad de prensa e imprenta”, proclama la “libertad de expresión”, o dicho de otra manera, se reconoce el derecho que tiene todo ciudadano a expresar libremente sus ideas y sus criterios. Sin embargo, a continuación, en el segundo artículo del mismo capítulo, se plantean sin ambages las limitaciones que presenta el derecho a esta libertad, ya que ésta nunca puede ir contra la verdad y la moral oficiales ni puede contravenir las leyes fundamentales del Movimiento ni faltar al respeto y a la autoridad de sus representantes. De esta manera, se llega a una situación paradójica, ya que lo que realmente se defiende es la libertad de expresión dentro de los espacios permitidos por las leyes oficiales y, como consecuencia, por los intereses del poder. Por lo tanto, según la nueva ley de prensa, tiene libertad de expresión sólo quien sintonice plenamente con la ideología dominante y se exprese de acuerdo con los principios del Movimiento.

Una libertad entendida de esta manera o bien una libertad de prensa subordinada a la moral y a la verdad del poder crea la eterna duda de saber con precisión cuál es esa moral y cómo el poder entiende lo que proclama como verdad. Si por el principio de libertad, todo escritor puede exteriorizar sus ideas, por la razón de limitación de libertad el periodista debe afinar de manera meticulosa los contenidos de sus escritos para no chocar o desviarse de la ortodoxia oficial. El articulista o redactor adquiere mayoría de edad, ya que se convierte en juez y responsable de sus escritos. Ante esta realidad y en condiciones normales, como es lógico, “La Administración no podrá dictar la censura previa ni exigir la consulta obligatoria” (Art. 3), pero, sugiere, como medida preventiva, “la consulta voluntaria” (Art. 4) para evitar males mayores o sanciones más o menos graves ante hechos consumados. El periodista con su mayoría de edad vivía en el filo de la navaja. “Ante el dilema censura o responsabilidad, se optó por esta última” (Gonzalo Dueñas, 64), pero para no abandonar al periodista a su suerte o criterio se impuso la “consulta voluntaria”. De una forma u otra, la fuerza de la censura seguía imponiéndose sobre todo escrito, pero las maneras de control y dirección eran mucho más sutiles. La apariencia podía ser más democrática, la realidad seguía imponiendo un control total sobre la prensa.

La ley es clara. El escritor asumía plena libertad si sus escritos respetaban el sentido y el espíritu de la normativa oficial. Ante el caso de duda, se debía optar por la “consulta voluntaria”. En el supuesto de trasgresión, el Estado, a través de sus mecanismos de control, imponía las penas en correspondencia con la naturaleza del delito. El artículo quinto establece que: “La Administración garantizará el ejercicio de las libertades y derechos que se regulan en esta Ley, persiguiendo, a través de los Órganos competentes e incluso por vía judicial, cualquier actividad contraria a aquéllos y, en especial, las que a través de monopolios u otros medios intenten deformar la opinión pública o impidan la libre información, difusión o distribución”. Una vez más se topa con la paradoja y la contradicción entre libertad y dirigismo o control. La administración garantiza la libertad, pero, por otra parte, somete este principio de libertad a conductas informativas que no deformen la opinión pública o impidan la libre información, identificando libertad informativa y correcta opinión pública con la doctrina oficial. La libertad se identifica, una vez más, con la ideología del sistema. En caso contrario, la libertad se convierte en libertinaje frente al que la administración debe actuar con todos sus medios de represión o corrección.

Si se da un paso adelante en el análisis de la ley, se topa con otro artículo sumamente llamativo y desconcertante. El artículo sexto, con el título genérico de “Información de interés general” impone la obligación de insertar en todas las publicaciones las consignas o comunicaciones oficiales dadas por la Dirección General de Prensa. De esta manera, según la letra de la ley, las noticias e informaciones ofrecidas e impuestas por el gobierno se identifican con el interés general y el bien común. El artículo mencionado se expresa de la siguiente manera:

Las publicaciones periódicas deberán insertar y las agencias informativas distribuir, con indicación de su procedencia, las notas, comunicaciones y noticias de interés general que la Administración y las Entidades públicas consideren necesario divulgar y sean enviadas a través de la Dirección General de Prensa...

Se entra en los espacios de la contradicción y del desconcierto. El artículo sexto de la ley obliga a insertar y distribuir las comunicaciones oficiales y el artículo séptimo proclama el derecho que tienen todas las publicaciones y agencias de prensa a obtener información oficial. Si la política del gobierno es imponer toda clase de consignas y noticias oficiales de su interés, ¿cómo se casa esa obligación con el derecho a la obtención de información oficial? Cabe decir que toda publicación tiene derecho a la

información oficial, pero tiene la obligación de publicar las notas e informaciones oficiales dadas desde el Gobierno. Sin querer, se entra en un juego de palabras que hacen difícil el desentrañamiento del sentido real del enunciado. O bien, cabe afirmar que se da una oratoria excesiva y altamente enrevesada para indicar que el garante y supervisor de la información, en 1966 como en 1938, es el Estado.

El resto de capítulos de la Ley no ofrece el mismo interés semántico o jurídico que el mostrado por el preámbulo y por el capítulo primero. Comparando el espíritu de las leyes de 1938 y 1966, se detecta ciertos cambios de grado pero no de contenido. Las circunstancias han cambiado radicalmente. Para los españoles ha quedado ya lejos el tiempo de la guerra. De igual manera, la prensa ya no responde a unas necesidades marcadas por los imperativos de la estrategia bélica. En los momentos de la ley de Fraga, como en los tiempos de la ley Serrano Suñer, la prensa cumplía o debía cumplir una tarea informativa y educadora entre los ciudadanos. Pero esta labor estaba dirigida claramente hacia los principios doctrinales del sistema. Por eso, se defendía la razón de libertad pero dentro de un orden y dentro de unas directrices. Se propugnaba la recta educación del pueblo, pero este ideal de formación debía responder a las claves de la ideología dominante. Se protegían los principios del bien común y de la moral colectiva, pero siempre que éstos respondieran a la razón del interés político. En una palabra, la libertad de prensa de la ley de Fraga proclamaba la subordinación de la autonomía informativa a la razón de Estado.

Sin embargo, frente a las graves limitaciones que ofrecía esta ley, también se revelaban ciertas mejoras. En primer lugar, dentro de los avances que ofrecía la ley, estaba la lingüística empleada. Se había marginado plenamente la oratoria bélica y la elocuencia patrioter para ofrecer un estilo más neutro y científico. El espíritu violento de confrontación había desaparecido. La ley revelaba un talante más en consonancia con los tiempos y con el espíritu de época. En segundo lugar, aunque fuera de forma velada y de manera manipulada, se defendía la razón de la libertad de expresión. En tercer lugar, con la anulación de la censura previa se proclamaba la mayoría de edad del periodista, siendo éste el responsable de sus escritos frente a la administración. En cuarto lugar, la ley amparaba la libertad de empresa y la libertad de designación del director. Finalmente, en quinto lugar, se prestigiaba y se aseguraba la profesionalidad del trabajo periodístico, aspecto básico para la significación del periodismo. La ley de

Fraga podía estar cercenada en muchos de los planos de su doctrina, pero inequívocamente se daba un paso adelante en la configuración de un periodismo más profesional.

* * * *

El Régimen franquista aprobó otras leyes de gran importancia en el campo de la cultura y de la educación. Buena muestra es la Ley sobre la Ordenación de la Universidad Española (1943), la Ley sobre Educación Primaria (1945), la Ley de Reforma del Bachillerato (1953), la Ley General de Educación (1970), etc. Sin embargo, en ningún caso éstas llegaron a tener la eficacia e importancia de las leyes previamente analizadas. De esta forma, el franquismo supo crear un cuerpo de ley que le permitió ordenar eficazmente la vida social y política de España y los españoles. Consiguió erradicar toda ideología contraria a sus principios y supo imponer una legislación acorde con sus intereses. El franquismo vivió casi cuarenta años gracias en buena parte a su ordenación legislativa, que pretendía garantizar la consolidación política a través de la convivencia social gracias a las fuerzas del adoctrinamiento y de la represión. Este cuerpo de ley, que cumplió con las exigencias y con la filosofía del Nuevo Estado franquista, recibe la denominación en este trabajo de “mecanismos jurídicos de ordenación política”.

IV

MECANISMOS FÍSICOS Y PSICOLÓGICOS DE REPRESIÓN

Con el último parte de guerra leído el 1 de abril de 1939 terminaba la Guerra Civil. Ahora bien, el término de la contienda no significó el final de la represión. La fuerza y la coerción siguieron vigentes a lo largo de los casi cuarenta años de franquismo¹, aunque la naturaleza de su aplicación fue variando según pasaba el tiempo y de acuerdo con la situación política de cada momento. Toda dictadura es por esencia impositiva y represiva. El franquismo, como tal, cumplió a la perfección con las líneas programáticas de todo sistema dictatorial. Son muy esclarecedoras las palabras de F. García de Cortázar y J. M. González Vesga, cuando afirman que:

Una guerra civil jamás acaba el día en que se firma el último parte de la contienda; en España, la paz fue la aplicación a lo largo de treinta y seis años de lo que el propio régimen llamaba la victoria. Por ello, el fin de la contienda no trajo la paz a los españoles, sólo les regaló orden pero orden policial. Cientos de miles de personas se vieron obligados a *enderezar* drásticamente su comportamiento y vida de acuerdo con las exigencias políticas y sociales del nuevo Estado. Otros miles cayeron víctimas de los pelotones de fusilamiento con la cobertura de la Ley de Responsabilidades Políticas. Los exiliados tuvieron que adaptarse a los países de acogida en una situación nada favorable y con la guerra mundial encima; los que permaneciendo en el interior habían sido miembros o simpatizantes de las organizaciones políticas derrotadas sufrieron una constante proscripción social. Y las generaciones más jóvenes, sin haber participado en la guerra, nacieron en un mundo de rencores y carencias elementales. Todos forzados a alinearse en las filas del régimen, vestidos, como pedía el himno de Falange, con la camisa nueva (p. 583).

¹ Francisco Franco en su discurso en la Ciudad Universitaria de Madrid con motivo de la clausura del IV Congreso Nacional del Frente de Juventudes (18 de enero de 1945) seguía defendiendo la idea de la continuidad de la guerra. Así se ve ante expresiones como “No ha acabado todavía la batalla” (*Textos de doctrina política*. Op. Cit., p. 4).

La cita puede ser un tanto extensa, pero el significado de las palabras adquiere, desde la perspectiva de este análisis, un valor pleno. En él se revela la auténtica cara de un régimen que impuso la paz de la victoria a través de una política de terror y de cruel represión. En estas pocas líneas se ofrece con total exactitud la auténtica personalidad del franquismo. La exposición y el desarrollo explicativo de estos puntos forman la armazón semántica de este cuarto capítulo: “Los mecanismos físicos y psicológicos de represión”.

Todo régimen totalitario, independientemente de su signo ideológico, por propia naturaleza y definición, busca e impone la socialización de las masas a través de mecanismos físicos e ideológicos de coerción y de dirigismo. Para conseguir estos fines, pone en práctica todos los medios a su alcance sin importarle su naturaleza ni medir sus consecuencias con tal de alcanzar sus objetivos. Su propósito y su justificación se encuentran en la consecución de los fines perseguidos. Como afirma Reig Tapia, de acuerdo con lo desarrollado en el segundo capítulo, el franquismo como sistema totalitario, desarrolla una política que no “pretende persuadir, sino obligar a la adhesión, condicionar psíquicamente a los individuos, a la masa, de tal manera que acepten el mensaje inconscientemente sin someterlo a análisis previo”².

El principio base de todo régimen totalitario, como queda dicho, es la nula importancia que dan a los procedimientos utilizados como a los efectos producidos con tal de conseguir las metas programadas. La historia nos ofrece casos dramáticos de exterminios masivos, de desplazamientos de pueblos enteros, de aniquilación de culturas, etc., con la finalidad única de implantar los idearios de aquellos sistemas dictatoriales dominantes. España es un buen ejemplo de esta realidad. Toda política totalitaria, no sólo intenta imponer sobre la población su ideología, sino que, al mismo tiempo, busca acabar con toda presencia de posibles culturas o conductas que no muestren una completa sintonía con la ofrecida por el poder. Según estos presupuestos, toda alternativa cultural o ideológica, especialmente aquella que estaba vigente en el tiempo anterior a su llegada o a su imposición, debía ser aniquilada. Por eso, el sistema franquista desde los inicios de la contienda reprimió con una violencia extrema toda presencia del espíritu y de los programas de la República. La Guerra Civil, desde esta

² Alberto Reig Tapia: *Ideología e historia...* Op. Cit., p. 14.

perspectiva de enfoque, no fue sólo un enfrentamiento militar sino especialmente una confrontación ideológica y cultural. Estos datos explican el odio feroz que el nacional-catolicismo sintió en todo momento por el liberalismo republicano, identificado intencionadamente con el comunismo y la masonería. El franquismo, como afirma Gabriel Jackson, “en el periodo de 1936-1944, estableció su autoridad sobre la base de una masiva represión”³. El eslogan franquista, de indiscutible sello fascista, de “Una Patria, Un Estado, Un Caudillo” define perfectamente desde un punto de vista político el pensamiento franquista. El principio fundamental de su programa era la razón de unidad y la base de toda su política era crear una sociedad con una única conducta y con unos valores compartidos. La uniformidad de pensamiento y de acción era primordial para el régimen franquista como medio de imposición y como sistema de mantenimiento.

En el caso de la España franquista, como era de esperar, se impuso el principio de unidad en todos los planos de la vida personal, cultural, social y política. Quien no cumpliera con toda exactitud todos y cada uno de los puntos del programa oficial era reo de traición o bien sospechoso de deslealtad. Este programa basado en la unidad exigía la eliminación de toda forma de ser y de pensar que no coincidiera con la ideología dominante. La limpieza cultural y social se impuso con toda su crudeza a través de formas expeditivas y violentas. Se imponía la política del terror.

Esta razón de “pureza ideológica”, basada en la creencia intencionada o inconscientemente supuesta de la posesión de la verdad única, está muy presente en todos los sistemas de carácter totalitario. Se sienten poseedores de toda razón y de toda verdad. Como ostentadores del bien y de la virtud perciben la misión divina o histórica, siempre providencial, de imponer esos principios sobre todos los ciudadanos y en todas las manifestaciones de la vida social e individual. Esta filosofía de verdad y unidad justifica todo tipo de acción, independientemente del carácter legal y moral de su naturaleza. En este contexto de imposición y de dirigismo, los fines justificaban los medios, incluso hasta sacralizar la violencia por extrema que ésta fuera. Todo comportamiento era bueno y respetable si se dirigía a la consecución de este fin.

³ Gabriel Jackson: *Aproximación a la España contemporánea...* Op. Cit., p. 127.

Esta política de sacralización de la violencia y de la represión se demuestra, por ejemplo, en la Ley del 23 de septiembre de 1939, ley promulgada recién terminada la confrontación bélica, por la que no se consideraban delitos aquellos comportamientos llevados a cabo antes del 14 de abril de 1931 hasta el 18 de julio de 1936 que obedecían “a un impulso del más fervoroso patriotismo y en defensa de los ideales que provocaron el Glorioso Alzamiento contra el Frente Popular”. De esta manera, no sólo se perdonaba la violencia extrema de los grupos de ideología nacional, muy especialmente la desatada y perpetrada por grupos de Falange, contra la República, sino que se consideraba un servicio a España⁴. La violencia en estos casos era legítima como la fuerza lo fue durante y después de la contienda. La represión franquista fue universal, además de brutal, en su aplicación y en el tiempo⁵. Lo absurdo del caso es que se llegó a defender por parte de las jerarquías religiosas y políticas la naturaleza supuestamente moral de esta violencia.

Estos preámbulos de violencia y revanchismo en un ambiente de manifiesta hostilidad y de fanatismos extremos explican la intolerancia y el odio reinantes entre los bandos enfrentados. Se impuso la razón del exterminio del contrario sin ningún apelativo ni otra justificación que la verdad que cada grupo defendía. Se luchó y se vengó en todos los ámbitos hasta las últimas consecuencias. Heroísmo y violencia se dieron en dosis parecidas en los dos frentes de lucha. En este contexto de exasperación y extremismos, bajo un espíritu claramente maniqueísta, se sacralizaban las conductas propias y se demonizaban las del enemigo. Se criticaban hasta la exacerbadísima los procedimientos de los otros y se justificaban hasta lo paradójico los propios. Todo se medía y todo se valoraba con dos varas o criterios muy distintos. Se excusaba, incluso se explicaba, la moral de la conducta propia por aberrante que ésta fuera y se condenaba la depravación y la

⁴ Esta ley nos revela, como lo demuestra la historia, que la confrontación abierta entre los bandos que después litigaron en la Guerra Civil era abierta incluso con anterioridad al inicio de la conflagración. El asesinato de Calvo Sotelo por la guardia republicana, que funcionó como detonante del levantamiento militar, fue un caso más de esta lucha frontal.

⁵ Hay que pensar con toda lógica que lo atribuido a los nacionales habría ocurrido igualmente en el lado republicano, si éste hubiera salido vencedor en la confrontación. Con toda seguridad, el gobierno republicano habría decretado igualmente una “ley de punto final” para asegurar la impunidad para sus militantes o afectos. Sin embargo, la gran diferencia entre franquismo y República residiría en la aplicación de esta represión después de acabada la contienda. La República habría condenado a los cabecillas y a las personalidades más destacadas del levantamiento militar, mientras el franquismo condenó, no sólo a los dirigentes de los partidos republicanos, sino a toda la población que de una manera u otra se había significado por su adhesión republicana o democrática. Con la República, la guerra habría acabado con el fin de la contienda; con el régimen franquista, la guerra terminó con la desaparición de su régimen.

inmoralidad de los comportamientos contrarios por suaves que éstos pudieran ser. Toda conducta recibía este doble tratamiento, dependiendo siempre de la pertenencia ideológica del agente ejecutor. Un violento maniqueísmo se había desatado en ambos lados.

En medio de este ambiente de intolerancia exacerbada, el espíritu de venganza y de muerte, recubierto y justificado en nombre de una ideología patriótica o religiosa, se impuso tanto en los nacionales como en los republicanos. La violencia, la muerte, la destrucción, etc., al margen de consideraciones humanas o éticas, se hallaban sólidamente asentadas en ambos lados. La sangre se hizo costumbre, convirtiéndose en arma de represión y en principio de guerra psicológica. Esta doctrina de actuación se aplicaba tanto en vanguardia como en retaguardia y lo mismo en la zona republicana como en la nacional. Allí donde hubiera un enemigo, real o hipotético, había un frente de guerra, en el que había que dirimir una lucha a muerte en nombre de la victoria final. Unos y otros mataban y morían por un ideal político y por un proyecto social.

Sin embargo, lo esperado era que una vez terminada la guerra, vencido uno de los bandos beligerantes e impuesto el proyecto socio-político de la facción vencedora, se tendiera poco a poco a la normalización con un punto final a las brutales represiones que se habían dado durante la guerra y, como derivación de esta política de perdón, se intentara el acercamiento, incluso la integración, de la parte vencida hacia la política del bando triunfador. Sin embargo, este espíritu de conciliación e integración nunca ha sido ni fue rasgo característico de los sistemas dictatoriales, independientemente de su carácter ideológico, y, como tal, tampoco lo fue del franquismo. Por eso, una vez acabada la guerra se siguió manteniendo una política represiva extrema. El revanchismo siguió imperando. Para el bando vencedor, se había podido dar fin a la confrontación bélica, pero no se había dado término a la guerra. Hasta no llegar al exterminio completo del enemigo, la guerra estaría vigente y la represión seguiría siendo un arma válida de combate. Este principio de victoria integral explicaba la preocupación del Nuevo Estado por la erradicación de todo signo de pervivencia de la ideología republicana. Para acabar con este supuesto problema, se generalizó la represión. Las depuraciones se multiplicaron. En la nueva legislación no sólo eran delitos las conductas de oposición y enfrentamiento al sistema franquista, sino que todo comportamiento que no hubiera demostrado en el pasado y que no evidenciara en los

momentos presentes una sincera afección hacia el régimen vencedor era suficiente para caer en las redes de la sospecha, de las purgas y de los castigos. Podía ser delito tanto la militancia republicana como la desafección hacia el franquismo. Toda conducta que no revelara claramente su identidad y su compromiso con el régimen, podía ser objeto de duda y, por tanto, de castigo. Para la consecución de estos fines se arbitraron medios de represión física, que podían ir desde los juicios sumarísimos y las condenas a muerte hasta las multas económicas más o menos gravosas, pasando por la privación de libertad. Cualquier pena de sentido correctivo, independientemente de su naturaleza y de su gravedad, entraba en la lógica y en las normas del sistema franquista. Era la manera más eficaz de alcanzar la pureza de conducta a través de la uniformidad de pensamientos y conducta.

Pero no era suficiente erradicar toda presencia de ideología republicana, se hizo necesario velar por la pureza de la nueva doctrina vencedora. Se cuidaron hasta en los más mínimos detalles todas y cada una de las manifestaciones políticas y culturales de la sociedad. Toda una tupida red de filtros y de controles aseguraba el correcto desarrollo de la vida social. El sistema franquista creó una sociedad militarizada y en permanente estado de excepción. La *censura*, verdadera inquisición de la España franquista del S. XX, jugó un papel fundamental en el logro de la uniformidad de valores y en la pureza de la expresión social. Todo estaba perfecta y escrupulosamente controlado. No había una actuación que no contara con el visto bueno de la superioridad. Si no era así, se entraba de lleno dentro de los mecanismos correctores y punitivos de la censura. De esta manera, impuesto sobre la sociedad un cuerpo de doctrina, eliminada la presencia de posibles culturas alternativas y alcanzada la pureza de la ideología oficial se aseguraba la uniformidad de valores, creencias y conductas. La *unidad* de España y la socialización del pueblo español estaban aseguradas en todos los planos del comportamiento socio-político. Era el momento en el que se podía cantar victoria. Hasta conseguir este punto, todo se regía por el espíritu militar de la violencia represiva.

El Nuevo Estado, como sistema dictatorial, arbitró medios de represión y medidas de control para lograr sus fines. Todos los estudiosos del tema, aunque se aventuran a dar cifras y a exponer sus ideas, están plenamente de acuerdo con el hecho de la dificultad de poder conocer con un mínimo de certeza el alcance exacto de las medidas represivas

aplicadas por el sistema franquista en su intento de eliminación de las ideologías y de las conductas perniciosas y contrarias al sistema. La falta de registros, la manipulación de los datos que se ofrecen en los documentos, el silencio absoluto sobre ciertas medidas punitivas, la destrucción sistemática de registros, la lectura tendenciosa de historiadores afines al Régimen, etc., hacen imposible un conocimiento real de las medidas represivas y de sus consecuencias sociales. Nadie puede negar la brutal represión del bando franquista incluso en años posteriores a la guerra, lo que nadie puede certificar es el alcance real de dicha represión. Todo se reduce a meras hipótesis de trabajo, lo que posibilita el juego cínico o bien intencionado de las cifras y de los porcentajes. Sin embargo, al hablar de las medidas de control nos encontramos con un panorama diferente. Se sabe cuál era la ideología del Régimen y cuáles eran sus medios de control y sus procedimientos correctores.

Para conocer una de las caras más importantes del franquismo se hace necesario centrarse precisamente en dos hechos que marcan toda la política del nacional-catolicismo: los mecanismos de coerción y las medidas de control, es decir, la represión física y la censura ideológica, fundamentos de la denominada cultura del silencio por obra y gracia de la imposición de una política extrema de terror.

IV.-1.- La represión como mecanismo de dominación física

La represión y la venganza, como medidas de control y de imposición, se generalizaron en la vida española desde el inicio de la Guerra Civil. La polarización de los grupos sociales posibilitó esta filosofía de violencia y revanchismo. Esta tendencia se intensificó durante la contienda. Fue una conducta que reinó en ambos lados. Sin embargo, por lo que afirman los especialistas en el tema, la violencia popular del bando republicano respondió a un espíritu de ensañamiento más espontáneo y emocional, aunque de una innegable agresividad⁶. La violencia de los nacionales fue mucho más

⁶ Así se expresa Stanley G. Payne: “De los dos terrores, el de los nacionalistas [quiere decir el de los nacionales] fue probablemente el más efectivo, no porque fuera más cruel, sino porque estaba más coordinado” (Cfr. *El Régimen de Franco*. Op. Cit., p. 225) Sin embargo estas palabras reciben una explicación más concisa en el trabajo de Montse Armengou y Ricard Belis, quienes defienden que: “La existencia de un plan previo [se refieren al plan de represión de los nacionales] queda también demostrada por el hecho de que la represión se fue aplicando del mismo modo en todos los lugares que fueron conquistando los sublevados... ello sucedió en lugares donde no llegó a haber guerra: no había un enemigo al que batir militarmente, y, a pesar de ello, se realizaron auténticas matanzas; tal fue el caso de

sistemática, más fría y premeditada, aunque igualmente brutal. Desde este punto de vista, Reig Tapia, tomando como propias las premisas defendidas por Gabriel Jackson a la hora de valorar la naturaleza de la represión en una y otra zona, afirma que “en la zona franquista la represión era parte de un plan perfectamente programado con vistas a atemorizar a una retaguardia hostil y garantizarse así una mediana seguridad de movimientos, mientras en zona republicana fue una explosión espontánea e incontrolable de furor popular, llevada a cabo por una plebe vengativa que actuó intensa pero brevemente”⁷. Más inquisitivo y determinante es Manuel Tuñón de Lara, quien afirma que “el terror de la zona republicana no era *rentable* ni podía ser rentable para su gobierno, porque al ser esporádico e incontrolado, no era selectivo, no desarticulaba a su adversario y, por el contrario, daba argumentos a la propaganda de éste”⁸. Hay acuerdo casi unánime en valorar la naturaleza de la violencia ejercida en un bando o en otro de forma muy diferente. Los nacionales utilizaron un terror selectivo, perfectamente programado con un sentido indiscutible de “rentabilidad” política y bélica; el terror de la zona republicana fue instintivo, espontáneo y contraproducente para los propios intereses del gobierno oficial. La violencia nacional era un terror programado desde arriba y la fuerza represiva del grupo republicano era un furor vengativo nacido desde abajo y ejercido sin control y sin ninguna programación. Al respecto son altamente esclarecedoras las palabras del historiador Santos Juliá, cuando afirma:

Las ejecuciones y asesinatos cometidos en la zona rebelde obedecían a decisiones fríamente tomadas por unos mandos militares o por sus aliados civiles... que consideraron la muerte de sus enemigos... como un fin en sí mismo, como un expediente necesario para construir el tipo de Estado que tenían en mente... Los asesinatos y ejecuciones en la zona leal fueron, por el contrario, resultado de la desaparición del Estado, del hundimiento de las normas, de una revolución profunda en lo social, muy frágil en lo político, protagonizada por dos grandes sindicatos incapaces de constituirse como segundo poder.⁹

Según la teoría de Santos Juliá, la violencia de los nacionales se encaminaba a la constitución del Nuevo Poder; la violencia de los grupos republicanos testimoniaba la falta total de poder y de dirigismo político. La represión para los nacionales respondía a una estrategia político-militar perfectamente planificada; para los republicanos, era una

Sevilla” (Cfr. *Las fosas del silencio. ¿Hay un holocausto español?* Barcelona: Tevisió de Catalunya, 2005, p. 28).

⁷ Alberto Reig Tapia: *Ideología e Historia...*, p. 123.

⁸ Manuel Tuñón de Lara: “Prólogo”, Alberto Reig Tapia: *Ideología e Historia...* Op. Cit., p. 9.

⁹ Santos Juliá: “De la guerra contra el invasor a guerra fratricida”, *Víctimas de la Guerra Civil* (Coord. Santos Juliá). Madrid: Temas de Hoy, 2004, p. 26.

manifestación espontánea del odio que sentían hacia los que eran considerados como responsables de sus males y carencias. Para entender con garantías el sentido profundo de la violencia de los nacionales basta analizar la dinámica de la contienda a partir de la filosofía que Franco tenía de la guerra y de la victoria.

Frecuentemente, los generales golpistas veían con desconcierto la planificación militar de Franco durante la guerra. No podían entender ciertas resoluciones que iban contra el sentido común de la lógica bélica y de la estrategia militar. Ante la desesperación de sus generales y de los jefes fascistas europeos, Franco dilataba incomprensiblemente y entorpecía ciertas maniobras con lo que se perdían oportunidades ideales para la consecución de importantes victorias. Incluso, entre sus compañeros de armas, se corrió el rumor de un Franco corto de miras y escaso de inteligencia. No había otra explicación, por lo menos aparente, para ciertas órdenes decretadas por el alto mando militar, tan inauditas como contrarias a lo esperado en una situación límite de destrucción y muerte¹⁰. La toma de Madrid puede ser un ejemplo de lo que se está diciendo. Teniendo todas las bazas en la mano para tomar Madrid a los pocos meses de iniciada la contienda, prefirió correr la aventura de Toledo y salvar el Alcázar con sus defensores. Esta decisión significó la posible dilación en dos años de la toma de la capital. La operación “Alcázar de Toledo” tuvo un gran efecto psicológico, pero fue una maniobra militarmente incomprensible. Sin embargo, Franco tenía razones de peso para asumir esta estrategia de guerra. Quería fortalecer los frentes y las posiciones de conquista, pero muy especialmente buscaba acabar con toda resistencia en las zonas ocupadas. Franco tenía una idea clara y obsesiva: lo importante no era vencer al enemigo, sino acabar con el enemigo. Esta política de guerra pudo significar una prolongación importante en el tiempo con el consiguiente aumento de caídos y heridos por ambos lados y con un importante incremento de pérdidas materiales, pero la obsesión de Franco por la limpieza de toda oposición no se medía ni por muertos ni por pérdidas, sino por la eficacia de la acción y por la seguridad de la empresa¹¹. “El Caudillo no quería lograr la victoria hasta que cada palmo de la tierra de España hubiera sido limpiado de liberales e izquierdistas”¹². El ideal de victoria para el general sublevado no era un simple triunfo militar, sino especialmente una victoria ideológica y

¹⁰ Ramón Serrano Suñer, *Memorias*, p. 132.

¹¹ Véase Paul Preston: *La política de la venganza*. Op. Cit., p. 66.

¹² *Ibíd*em, p. 76.

política. Cabe sostener sin miedo a la exageración que la característica más señalada del bando nacional durante toda la guerra no fue tanto la victoria militar como el exterminio físico del enemigo (Morente, 1977: 180). Este principio de estrategia militar y bélica suponía la erradicación de toda presencia enemiga o contraria, tanto militar como cultural¹³. No se podían dejar “rojos” en retaguardia que pudiesen torpedear la triunfante marcha de los sublevados¹⁴. La dinámica de la Guerra Civil se subordinó a este principio de eficacia plena, que no sólo le aseguraba la victoria en la guerra sino le daba garantías plenas en la posguerra¹⁵.

El sistema de guerra en plan de bolsas con conquistas parciales pero definitivas respondía fielmente a estos criterios estratégicos. No sólo aseguraba los territorios ocupados, sino que purificaba las zonas conquistadas de todo elemento perturbador. La represión era plena. Como manifestaba el propio general, lo importante no era la victoria rápida sino la victoria total. Y no había triunfo pleno si no se aniquilaba al enemigo en su totalidad. Por eso, después de la conquista, venía la limpieza. Una de las mayores carnicerías del bando nacional se dio en Badajoz, donde tras su conquista fueron asesinados más de 3000 prisioneros (agosto de 1936) sin juicio y sin ninguna consideración humana. Badajoz puede ser un buen ejemplo de esta política de depuración sistemática del enemigo. Pero, como Badajoz, todas las localidades conquistadas por los sublevados sufrieron esta limpieza integral.

El papel represor fue llevado a cabo principalmente por Falange y, de forma más secundaria, por el ejército u otros grupos del bando franquista. Otros estudiosos opinan que “El ejército protagonizaba la represión en un primer momento, pero los militantes de la Falange no tardarían en destacarse por su crueldad y brutalidad; actuando independientemente del ejército y con total impunidad”¹⁶. La represión fue salvaje. No

¹³ Ramón Serrano Suñer afirmaba en sus memorias *Entre Hendaya y Gibraltar* que “sólo una victoria neta podía eliminar el germen de cualquier guerra futura, al menos durante mucho tiempo” (p. 74). Este dato que ofrece Serrano Suñer nos indica que en los planes de Franco era mucho más importante erradicar todo germen de posible revanchismo o levantamiento que el fin de la propia guerra.

¹⁴ Véase Javier Rodrigo: *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*. Barcelona: Editorial Crítica, 2005, p. 16.

¹⁵ Esta política la inició el mismo Franco, cuando aprobó la ejecución de su primo Ricardo de la Puente Bahamonde, quien fue juzgado de alta traición al oponerse como responsable de aeródromo de Tetuán al Levantamiento militar (Véase Stanley G. Payne: *El régimen de Franco*, Op. Cit., p. 224).

¹⁶ Armengou, Montse y Belis Ricard: *Las fosas del silencio...* Op. Cit. p. 29

hubo consideraciones humanas ni espíritu de perdón ni caridad cristiana. Fue una guerra a muerte en nombre de España y con la bendición de Dios.

La violencia impartida fue tan extrema que se empezaron a levantar voces contra la legitimidad y la moralidad de las conductas represivas del ejército franquista. El odio visceral contra el clero vasco por su defensa de la cultura del país fue una prueba inequívoca de lo que se afirma. Incluso, la jerarquía de la Iglesia española quiso explicar lo inexplicable: el sentido profundo y evangélico de la muerte de sacerdotes y clérigos vascos a manos de los militares sublevados. Sectores del catolicismo liberal europeo no podían entender cómo la Iglesia aceptaba complaciente esta situación y cómo el ejército asesinaba a miembros del clero católico. Era un contrasentido que una guerra en nombre de la religión se cebara con los representantes de esa misma fe. Ante este tipo de conductas, nacieron fuertes críticas, especialmente entre los católicos liberales europeos. Ante estas presiones y estos comentarios que se empezaban a generalizar en países extranjeros por la brutalidad extrema de estos comportamientos represivos, se intentó dar a la represión una apariencia de legalidad y de orden. Por una parte, había que organizar una contraofensiva informativa para reafirmar la bondad de la Cruzada y, por otro lado, buscando el beneplácito de los gobiernos extranjeros, había que suavizar la imagen o por lo menos legalizar la violencia¹⁷. Se prohibió el asesinato de los miembros del clero y se ideó una simple política de blanqueo judicial cara al exterior. Se instauraron tribunales militares que juzgaban lo que denominaban “crímenes de guerra”, aunque en realidad muchos de estos juicios respondían a envidias, revanchas, odios personales, etc., incluso hacia personas con poca o ninguna significación ideológica. La represión con tribunales o sin tribunales siguió funcionando con la misma intensidad y brutalidad. La gran mayoría de estos juicios sumarísimos no observaban las más mínimas normas de legalidad. Toda persona que era sospechosa de fervor republicano, independientemente de la verdad de la acusación, podía ser condenada a muerte. De esta manera, murieron miles y miles de inocentes. Otro número sorprendentemente alto de enjuiciados y condenados a penas sumarísimas eran prisioneros vencidos, desarmados y sin posibilidad alguna de acción. A través de la represión, que podía ir desde la muerte

¹⁷ Como se ha dicho con anterioridad de forma indirecta, los nacionales supieron sacar una rentabilidad máxima a la violencia ejercida por los grupos milicianos. Divulgaron de manera machacona en todas partes las atrocidades de la barbarie popular y ocultaron o paliaron en lo posible la suya propia. La violencia de los sublevados fue presentada como defensa y oposición a la crueldad de las acciones de los milicianos. Esta propaganda, magistralmente expuesta y difundida, resultó altamente contraria y perniciosa para los intereses de la República.

hasta la cadena perpetua, pasando por años extremadamente altos de prisión, se intentó erradicar toda presencia de adversarios que pudieran poner en peligro el orden establecido por el bando vencedor. Se instauró un terror legal que permitía “revestir la brutal represión franquista de una imagen de justicia y legalidad de la que carecía hasta aquel momento”¹⁸.

Pero no sólo se practicó una política de represión y de exterminio sobre el supuesto enemigo, sino que de forma tan sistemática como operativa se llevó a cabo una política del terror sobre toda la población civil. Desde tiempos inmemoriales se sabe que el miedo ha sido y es un medio represivo de resultados altamente eficaces y con formas aparentes menos violentas. Psicológicamente, el pánico merma la capacidad de respuesta de todo supuesto rival y lleva a una inactividad completa a la sociedad civil. La población queda indefensa e inerte ante estos medios de presión. Los gobiernos aseguran los resultados pretendidos sin dar una imagen externa de violencia represiva. Franco conocía muy bien las consecuencias y los efectos de esta política de terror. Los había utilizado con una eficacia sorprendente en la pacificación de Asturias como en las campañas contra la resistencia de los sublevados en la guerra de Marruecos y más tarde en la Guerra Civil. “Franco estimuló la violencia brutal de sus hombres convencido de que su nefasta reputación era en sí misma un arma para aterrorizar a la población colonial”¹⁹. África fue su campo de pruebas; España, su campo de operaciones. Por eso, conocidos perfectamente sus efectos, utilizó esta misma arma de presión psicológica sobre la población civil española de las zonas conquistadas durante la contienda. Son tan claras como rotundas las afirmaciones de Luis Ramírez al referirse a esta situación de terror y de presión psicológica:

La represión contra sus enemigos [fue] feroz e implacable desde el primer momento de la sublevación. En la medida en que las tropas se [iban] alzando, en las ciudades que se hacían con el triunfo comenzaba una alucinante orgía de sangre que sumía al pueblo en una parálisis de terror” (p. 235).

De esta manera, se consiguió:

el embrutecimiento colectivo hasta conseguir que en España no se viviera en un clima de terror, sino en una atmósfera de indiferencia (p. 252).

¹⁸ M. Armengou y R. Belis: *Las fosas del silencio...* Op. Cit., p. 121.

¹⁹ Paul Preston: *La política de la venganza...* Op. Cit., p. 61

Éste es y ha sido el camino más operativo para conseguir unos fines establecidos: represión salvaje, miedo incontenible, permisibilidad plena a través de la indiferencia colectiva, deshumanización masiva. Franco permitió y favoreció la violencia para crear en los ciudadanos un clima de terror que les impidiera reaccionar. Domesticó a una población entera gracias al arma del miedo. El terror fue un método altamente eficaz de represión, de dominio y de socialización. Como se tendrá ocasión de ver más adelante, la política del terror impuesta por el franquismo significaba la eliminación física del adversario y la anulación psicológica del enemigo. La muerte y el miedo de los opositores o de los no afectos garantizaban el éxito completo de los fines militares y políticos buscados a través de la despolitización casi absoluta de la población (Vázquez Montalbán, 1986, 35). Se conseguía, de esta manera, una sociedad compactamente homogeneizada gracias a la fuerza unificadora del terror junto al poder represivo de la miseria y a la necesidad de olvido de los fantasmas de la guerra (J. Gracia, 2004, p. 20). La domesticación de la sociedad era total.

Durante la Guerra Civil se empleó hasta el paroxismo la política del terror. Había serias razones para sentir y para sufrir esta sensación. En este caso, fueron los legionarios y los batallones moros los que se encargaron de crear este clima de terror en la población civil. “Los moros y los legionarios implantaban el terror allí donde llegaban, saqueando los pueblos capturados, violando a las mujeres, matando a sus prisioneros y mutilando sexualmente sus cuerpos”²⁰. Los grupos falangistas no quedaban al margen de esta política de represión física y de anulación emocional. La población, mucha de ella sin ninguna identificación ideológica, huía despavorida ante la posibilidad de encontrarse con las tropas franquistas, especialmente con moros y legionarios. Miles de ciudadanos fueron marcados de por vida con el hierro del terror. Cuando en febrero de 1981, más de cuarenta años después de concluida la guerra, el teniente coronel de la Guardia Civil Antonio Tejero ocupó el Congreso de los Diputados en un intento de golpe de estado, se despertaron entre la población mayor todos los demonios del miedo, pudiéndose comprobar hasta dónde había calado el estigma del terror. Se comprobó que los ciudadanos que habían conocido la guerra estaban aún estigmatizados por el miedo. ¿Qué sentimientos pudo tener esta misma población durante los años de confrontación? Era frecuente oír a los mayores que cualquier cosa era mejor que volver a una situación

²⁰ *Ibidem*, p. 65

de guerra civil como la vivida en el pasado. Generaciones enteras vivieron el trauma del miedo a una guerra civil, -sería mucho más correcto denominar como incivil a la guerra del 1936-, durante toda la vida. El recuerdo de las vivencias límite de guerra quedó grabado en sus corazones hasta el último día de la muerte. La experiencia de esta gente tuvo que ser traumática. Es fácil entender, como sostiene Jordi Gracia, que la sociedad española de la guerra y de la posguerra viviera “dominada por su impulso primero de enmascaramiento de la ruina, segundo, el afán de normalización de la cotidianidad” (2004, p. 22)

De esta manera, Franco después de tres años de guerra civil gobernó una España con una población plenamente domesticada debido al exterminio sistemático del bando contrario y a la implantación de un sistema de terror que imposibilitó toda acción en contra del Régimen durante generaciones. España vivió durante el franquismo en un campo de concentración bajo el sistema de un estado de excepción, donde imperaba la cultura del silencio.

Los amotinados supieron sacar una rentabilidad máxima al factor del miedo. Los republicanos y amplios sectores de la población de los vencidos vivieron durante años marcados por el estigma del pánico. Conseguida la eliminación física del adversario y lograda la anulación psicológica de buena parte de la población española, independientemente de pertenecer al bando de los vencidos o de los vencedores, se impuso la cultura del silencio, que llevó irremediablemente a la mudez y al olvido, desembocando en estados de sometimiento, conformismo, indiferencia y trivialidad. El franquismo consiguió exitosamente sus fines a través de la política del terror y de la cultura del silencio.

Como queda ya dicho, -nunca es malo repetir-, la verdadera cara del franquismo se manifestó no sólo durante la contienda, sino muy especialmente una vez acabada la guerra con el ejército republicano vencido sin posibilidad de acción y menos de una posible reorganización. Durante la guerra, ambos lados, los nacionales y los republicanos, actuaron con una violencia extrema. La política del exterminio del enemigo dominó con la misma crudeza en ambos frentes. La violencia y el exterminio del adversario son dos constantes de toda guerra civil como recientemente se ha demostrado, una vez más, en las guerras de la antigua Yugoslavia o en los países

centroafricanos. Si se pudiera cuantificar la violencia no en cifras sino en naturaleza, cabría decir que unos y otros, nacionales y republicanos, actuaron de manera muy parecida. El problema real y la verdadera cara de la represión empiezan a mostrarse una vez concluido el enfrentamiento con la victoria del bando sublevado.

Para el grupo vencedor había podido terminar la confrontación armada, pero la guerra seguía viva. Mientras permaneciera vivo un solo enemigo del régimen, la represión tenía sentido. Por eso, la política del exterminio sistemático de todo supuesto adversario siguió vigente a lo largo de todo el régimen franquista. Como afirma Antonio Tovar, persona nada dudosa de veleidades ideológicas, la guerra pudo terminar el 1 de abril, pero la empresa que comenzó el 18 de julio no debía detenerse nunca (1941, 177). Como defiende Ruiz Carnicer, “se trataba de organizar la victoria” (2004, p. 44). Franco instauró una política de represión y de terror que sólo concluyó con su muerte. El franquismo fue un sistema en el terror.

IV.-2.- La represión como batalla de cifras

Las políticas o estrategias de la represión y del terror fueron utilizadas de forma sistemática a lo largo de toda la dictadura franquista, aunque la intensidad de su empleo fue diferente según momentos y circunstancias. No cabe duda de que la primera época, desde 1936 hasta 1945, fue la más dura y encarnizada. Después, fue suavizándose en la medida en que el factor oposición fue reduciéndose, pero nunca dejó de estar vigente. El terror represivo, en cualquiera de sus manifestaciones, es una constante de todo régimen totalitario y, como tal, lo fue también del franquismo.

El problema real de esta situación se manifiesta cuando se quiere cuantificar el grado de la represión. Llegado a este punto, el lector o el estudioso entra en un laberinto de cifras, tan dispares entre sí, que llega a la conclusión de que sólo el interés o el partidismo pueden explicar la maraña de números y propuestas²¹. Lo que parece claro es que el grado de represión, según va pasando el tiempo y los análisis sobre el tema se generalizan, va cambiando de sentido y los resultados igualmente van acercándose poco

²¹ Recientemente se están haciendo estudios sobre la violencia de los sublevados centrados en regiones y zonas, llegando a conclusiones muy poco oficialistas. Es necesario tener un estudio geográfico completo para poder aventurar con cierta objetividad la real cuantía del delirio aniquilador del franquismo. De momento, a pesar de los estudios existentes, habrá que andar con mucha precaución sobre el terreno siempre resbaladizo de las hipótesis y de la lógica deductiva.

a poco a la realidad. En un primer momento, cuando el régimen franquista poseía la exclusiva de datos y valoraciones, parecía, a partir de las declaraciones oficiales, que los únicos realmente salvajes, aquellos que estaban marcados por una demencia criminal sin límite y, por tanto, se presentaban ante la sociedad como reos de los más horrendos crímenes, eran los republicanos. Daba la impresión de que en el bando nacional no hubo ni violencia ni represiones. Aunque muchos españoles habían sufrido en sus propias carnes la crueldad del terror nacional, preferían callar. La política del miedo se extendía por toda la geografía española. La población se hallaba atenazada por el terror. El silencio fue el denominador común en la sociedad de la época. Nadie quería hablar para no despertar los demonios del pasado o para evitar represalias del poder. Sobre estos estados de conformismo o bien de mutismo era muy fácil la manipulación de los datos y las versiones partidistas.

El primer estudio que alteró en cierto sentido esta percepción fue el análisis de Jesús Villar Salinas, quien en su trabajo *Repercusiones demográficas de la última guerra civil española*²² habló por primera vez de la mítica cifra de un millón de ciudadanos perdidos para la demografía española bien por fallecimientos durante la contienda o bien por motivos de exilio o emigraciones, de forma que la población española que debía ser en 1939 de 26 millones de habitantes solo alcanzó en esa misma fecha el número de 25 millones. La pérdida demográfica fue, por tanto, de un millón de habitantes. Afirmaba en su estudio que “como cifra global de pérdidas, puede admitirse que, en números redondos y aproximados, la guerra ha costado algo más de un millón de habitantes”²³. Sería el escritor José María Gironella con su obra *Un millón de muertos*, segunda de las novelas de la trilogía del autor catalán sobre la República y la Guerra Civil, quien popularizaría la cifra del millón de muertos²⁴. Con Villar Salinas se admite, sin entrar en cifras concretas ni en explicaciones de sentido, la existencia innegable de la violencia y de la muerte en ambos frentes, republicanos y nacionales.

²² Jesús Villar Salinas: *Repercusiones demográficas de la última guerra civil española*. Madrid: Sobrinos de la sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1942.

²³ *Ibidem*, p. 90.

²⁴ Barcelona: Editorial Planeta, 1961. Con las novelas *Los cipreses creen en Dios* (Barcelona, Editorial Planeta, 1953) y *Ha estallado la paz* (Barcelona: Editorial Planeta, 1966) constituye la trilogía más leída sobre la narrativa de la República y de la Guerra Civil.

El segundo paso importante en la nueva interpretación de la represión franquista la protagoniza el general franquista Ramón Salas Larrazabal²⁵, quien ofrece unos balances de represión y de muerte en proporciones similares tanto para el bando nacional como para el partido republicano. Finalmente, los últimos estudiosos del franquismo, como por ejemplo Gabriel Jackson²⁶, Alberto Reig Tapia²⁷, Michael Richards²⁸, por poner sólo tres ejemplos, inclinan la balanza represiva de manera muy acusada hacia los nacionales²⁹. Tras los análisis de estos últimos historiadores, todos los intentos por parte de los estudiosos afines al sistema franquista quedan desautorizados por la cantidad y calidad de pruebas que ofrecen los analistas neutrales o bien los escorados hacia las tesis del izquierdismo histórico.

Cabe pormenorizar y profundizar en los datos ofrecidos en el párrafo anterior para presentar unos asertos más convincentes y objetivos. Unas primeras propuestas, provenientes desde los intereses del propio Régimen o de analistas cercanos al sistema, afirmaban y demostraban con números que el terror republicano había sido muy superior a la represión nacional. Las cifras que ofrecía el Régimen en unos primeros momentos se movían en números que oscilaban de los 400.000 a las 500.000 víctimas. Se llegaba a defender la existencia de una violencia extrema en las facciones defensoras de la República³⁰. Al mismo tiempo, unas cifras tan desorbitadas servían para ocultar o, por lo menos, minimizar la represión del bando nacional.

Merece la pena hacer un poco de historia para desentrañar la verdad y poder atisbar la realidad del penoso y sangrante tema de la represión. Las primeras afirmaciones oficiales sobre el particular las encontramos en las palabras de Francisco Franco en una entrevista mantenida con un corresponsal de *United Press* (Salamanca, julio de 1937), a quien afirmaba que la represión republicana había ocasionado más de cuatrocientos mil

²⁵ Sus dos trabajos más importantes son *Pérdidas de la guerra* (Barcelona: Editorial Planeta, 1977) y *Los datos exactos de la Guerra Civil* (Madrid: Ediciones Rioduero, 1980).

²⁶ Gabriel Jackson: *La República española y la Guerra Civil* (Barcelona: Ediciones Éxito, 1978) o bien *Aproximaciones a la España contemporánea: 1898-1975* (Barcelona: Ediciones Grijalbo, 1980).

²⁷ Alberto Reig Tapia: *Ideología e historia: sobre la represión franquista y la guerra civil* (Madrid: Ediciones Akal, 1986).

²⁸ Michael Richards: *Un tiempo de silencio. La Guerra Civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945* (Barcelona: Editorial Crítica, 1999).

²⁹ Otros estudiosos que con sus pruebas y cifras se posicionan en esta misma línea de planteamiento son, entre otros, Ramón Tamames, Julián Casanova, etc.

³⁰ Michael Richard: *Un tiempo de silencio...*, Op. Cit., p. 82.

mueritos frente a las seis mil penas de muerte en el lado nacional, de las cuales sólo se habían llevado a cabo una cuatro mil quinientas.

Las estadísticas que tenemos de las ciudades reconquistadas, y los datos que los desertores nos proporcionan, arrojan un total de más de cuatrocientas mil personas asesinadas en el campo rojo. En el campo nacional las defunciones que no son consecuencia de la campaña se registran escrupulosamente con arreglo a los preceptos legales, y tan sólo se han dictado por los Tribunales unas seis mil penas de muerte, mil quinientas de las cuales han sido conmutadas o condonadas.
31

Según el dictamen de Franco, la proporción de violencia y muerte en el lado republicano era muy superior al del frente nacional. Por otro lado, según sus palabras, la violencia nacional se ejercía según la razón de la ley. A partir de esta visión, una segunda prueba la encontramos en la *Causa General. La dominación roja en España*³². Eduardo Aunós, Ministro de Justicia en tiempo de la publicación de la *Causa General*, afirmaba en el “Prólogo”:

La *Causa General* creada por Decreto de 26 de abril de 1940, ratificado por el de 19 de junio de 1943, atribuye al Ministerio Fiscal, subordinado al Ministerio de Justicia, la honrosa y delicada misión de fijar mediante un proceso informativo fiel y veraz –para conocimiento de los Poderes Públicos y en interés de la Historia- el sentido, alcance y manifestaciones más destacadas de la actividad criminal de las fuerzas subversivas que en 1936 atentaron abiertamente contra la existencia y valores de la Patria, salvada en último extremo, y providencialmente, por el Movimiento liberador...³³

Al margen de la retórica triunfalista del ministro y sin entrar en debate sobre la tergiversación descarada del sentido profundo de la Guerra Civil, el párrafo transcrito revela claramente la voluntad del Régimen a la hora de querer cuantificar la verdadera dimensión de la violencia del bando republicano. El Gobierno del general Franco, como dicta el decreto mencionado, ordenó al Ministerio de Justicia que llevase a cabo un estudio exhaustivo de la represión republicana sobre la España nacional. La *Causa General* quería ser el gran juicio, el gran proceso a toda la izquierda española³⁴. Cuando el Gobierno de Franco ordenó este estudio, tenía una idea preconcebida. Esperaba unos resultados finales caracterizados por unas cifras sumamente altas, en consonancia con la denominada por ellos “auténtica barbarie roja”. Parece que tenían plena seguridad de

³¹ Francisco Franco: *Palabras del Caudillo...*, p. 145.

³² Ministerio de Justicia: *Causa General. La dominación roja en España. Avance de la información instruida por el Ministerio Público*. Madrid: Ministerio de Justicia, 1944.

³³ Eduardo Aunós: “Prólogo”, *Causa General*, Op. Cit., p. XI.

³⁴ Véase al respecto M. Armengou y R. Belis: *Las fosas del silencio...* Op. Cit., p. 107. Ciertas ideas desarrolladas en estos párrafos están tomados de este libro.

que se iban a encontrar como conclusiones del análisis con la existencia de cientos de miles de víctimas. Poder demostrar y divulgar este hecho servía para criminalizar la actuación de la República durante la contienda al mismo tiempo que suavizaba y justificaba con creces la violencia nacional. Sin embargo, los resultados fueron muy distintos a los esperados. Cuando terminó la investigación se encontraron con gran sorpresa que las cifras finales no sobrepasaban la cantidad de las ochenta mil víctimas, cifra, por cierto, muy similar a la aportada por los estudios del analista militar Ramón Salas Larrazabal. Los resultados finales de la investigación fueron una auténtica sorpresa y una fuerte decepción para los dirigentes franquistas. Las cifras no corroboraban sus expectativas. Se publicaron los números del estudio, pero en vez de proclamarlos a bombo y platillo, como era de esperar, se dieron de forma simulada y un tanto difuminada en unas conclusiones finales que tenían poco de conclusiones y mucho de tapadera o simulación. Afirma la *Causa General* en sus cinco únicas líneas de conclusiones:

En definitiva, los crímenes cometidos por el Frente Popular en la zona de España que estuvo sometida a su dominio revisten tal magnitud que solamente los asesinatos debidamente investigados alcanzan la cifra de 85.940, sin incluir, como es consiguiente, las bajas y víctimas de la guerra.³⁵.

Según la información, parece que el Ministerio investigó debidamente 85.940 casos de muertes violentas. El Gobierno tenía todas las bazas en la mano para poder hacer un estudio exhaustivo y pormenorizado de la violencia republicana. Si no ofrece un número más alto, es simplemente porque no pudo ofertarlo³⁶. A partir de las cifras ofrecidas y del talante dominante, hay que deducir unos tantos por ciento siempre echando hacia la baja. ¿Qué números pueden ser aceptables? Si admitimos una desviación del 15%, desviación excesivamente prudente, concluimos con unas cifras que rondan el número de 70.000 víctimas. Lo que nunca se podría aceptar es un tope de víctimas superior o similar al que ofrece el propio Ministerio de Justicia. Son resultados que se van acercando a los que actualmente ofrecen los últimos estudios que hablan de 40.000 a 50.000 muertes por la violencia republicana, violencia extrema sin posible justificación.

³⁵ Ministerio de Justicia: *Causa General*, Op. Cit. p. 264.

³⁶ Desde otro punto de vista, la experiencia dicta que los números y los tantos por cientos conforman el factor más operativo de las lecturas interesadas que realizan todos los regímenes políticos independientemente de su naturaleza y condición. Este hecho se da de forma muy superior en los regímenes totalitarios, quienes a través de la manipulación descarada de los números ofrecen siempre el cuadro con los tonos y los perfiles que les interesan. Por eso, como lectura personal, me inclino a pensar que las cifras ofrecidas no pueden responder a la realidad, especialmente tratándose de un tema tan interesado como era la violencia del contrario.

No nos llevemos a equívocos. La represión republicana, por muy esporádica e instintiva que fuera, fue también brutal.

Durante mucho tiempo, los estudios clásicos sobre la represión en España en tiempos de la Guerra Civil fueron los ofrecidos por Ramón Salas Larrazabal, quien exponía en sus tablas unas cifras altamente significativas. Calculaba que la violencia nacional había ocasionado 57.662 víctimas tanto durante la guerra como después en los primeros años de posguerra; las víctimas producidas por la represión republicana ascendían hasta las 72.344, cantidad bastante cercana a la ofrecida por la *Causa General*. De estas simples cifras se llegaba a la conclusión de que la violencia republicana durante los tres años de guerra había sido muy superior en número y en intensidad a la del bando nacional en un tiempo superior. Como afirma Salas Larrazabal: “Cuando la guerra terminó se había matado mucho en una y otra zona, aproximadamente el doble en el territorio gobernado por los gubernamentales que en el que habían combatido los nacionales”³⁷. Estos cuadros demostraban la existencia de una violencia extrema en ambos bandos, pero los resultados ofrecidos le permitían concluir que la represión republicana había sido muy superior a la nacional:

Durante la guerra los hombres del Frente Popular llevaron a cabo una labor de exterminio de su enemigo realmente profunda y extensa que hizo que solamente en su territorio el número de víctimas superara el doble de las que causaron sus contrarios que llegaron a dominar la totalidad del suelo nacional³⁸.

En su libro, *Pérdidas de la guerra*, en los cuadros nº 29 y nº 81, ofrece las cifras totales y el desglose correspondiente de las muertes atribuibles a cada uno de los bandos. Aporta los siguientes datos:

Cuadro nº 29³⁹:

Muertes en acción de guerra (1936-1950)
136.011
Víctimas de la represión (1936-1950)
127.162
Totales de muertes y de víctimas (1936-1950)
263.173

Cuadro nº 81⁴⁰:

Muertes producidas por la Guerra Civil en cifras absolutas
286.310

³⁷ Ramón Salas Larrazabal: *Pérdidas de la guerra*. Op. Cit., p. 393.

³⁸ *Ibidem*, pp. 393-94.

³⁹ *Ibidem*, p. 156.

⁴⁰ *Ibidem*, pp. 286-287.

Muertes en acción de guerra: 136.913
 Víctimas de la represión zona gubernamental: 72.344
 Víctimas de la represión zona nacional: 57.662
 Víctimas de operaciones de castigo: 35.021
 Víctimas de ejecuciones con sentencia: 22.641

Según Ramón Salas Larrazabal la violencia se escoraba abiertamente hacia el bando republicano, pero en sus cuadros y análisis admitía por primera vez una violencia extrema en el bando de los nacionales. Los resultados finales podían estar más o menos trucados, pero se había dado un paso importante en el análisis de la represión. Aparecía sin ningún tapujo la existencia de una salvaje represión franquista⁴¹.

Siguiendo esta misma línea interpretativa, se posiciona el historiador americano Stanley G. Payne, quien, a partir de los datos ofrecidos por Salas Larrazabal, llega a negar “la creencia convencional de que hubo más ejecuciones por parte de los nacionales que de la izquierda o de que ambas represiones fueron aproximadamente de la misma magnitud”⁴². Defiende, aunque con reparos, la legitimidad de estas cifras. Sostiene que la objetividad de los análisis del militar Salas Larrazabal le ofrecía todo el respeto y credibilidad. Por eso, se subía al carro numérico y porcentual ofrecido por el general franquista.

El problema de estas apreciaciones, por muy objetivas y científicas que quieran ser, radica en los campos de estudio y en los sistemas de análisis. Cabe afirmar que el bando vencedor pudo realizar un estudio potencialmente objetivo de sus víctimas. Poseía todos los medios y todos los datos a su alcance para poder realizar una investigación seria y ecuánime. Incluso, la proximidad del tiempo de estudio con los días de la violencia era lo suficientemente cercana como para poder realizar un estudio con garantías de éxito. Por otro lado, podía acceder sin ningún problema a las cifras que los ayuntamientos de toda España podían ofrecer. En sus manos estaban toda la documentación y todos los archivos. El éxito del estudio parecía asegurado. Ganas no faltaban. La demostración de

⁴¹ Salas Larrazabal, en estudios posteriores, llega a la conclusión de que la violencia nacional fue semejante a la republicana, en una relación de miles de 70 a 72. Llegó a defender una paridad en el grado de violencia en ambos lados. La diferencia estriba en el tiempo en que se llevó a cabo esa represión. La izquierda la realizó en tres años; los nacionales en unos siete años. Hay que decir, por tanto, que la violencia republicana fue doblemente violenta y en la hipótesis irreal, pero imaginable, de que la República hubiera vencido en la guerra los resultados de este ensañamiento hubieran sido muy superiores. Desde los resultados obtenidos, nadie puede negar la violencia nacional, pero ésta quedaba suavizada si se la compara con la llevada a cabo por el bando republicano.

⁴² Stanley G. Payne. *El Régimen de Franco*, Op. Cit., p. 229.

la barbarie republicana era la mejor prueba de la legitimación de la conducta nacional. ¿Qué sucedió con la *Causa General*? ¿Qué planteamientos asumen los estudios de la escuela franquista?

Como se afirmaba con anterioridad, es de imaginar, partiendo de la filosofía de todo régimen totalitario, que los resultados ofrecidos en sus estudios estuvieran marcadamente abultados para demostrar la barbarie de la conducta de sus contrarios. Por lo tanto, la lógica dicta que las cifras ofrecidas desde la óptica nacional de la violencia republicana deben ser interpretadas con cuidado y siempre tendiendo hacia la baja. Por otro lado, cuando la historiografía franquista ha analizado la represión ejercida por sus mismos compañeros de ideología, ha minimizado siempre los totales finales para demostrar la bondad o, por lo menos, el grado de una violencia tolerable y explicable en épocas de guerra. Para ello se han distorsionado los datos o bien se ha jugado con una falacia metodológica que puede manifestarse muy convincente en apariencia pero que su aplicación produce unos resultados completamente erróneos. Según el principio del cientifismo histórico, no se puede deducir más allá de lo que dicen los datos y de lo que aportan las pruebas. Sin una demostración veraz y objetiva, las hipótesis o teorías nunca pueden llegar a ser doctrina. De esta manera, la violencia o las ejecuciones que no tengan una prueba legal y palpable no pueden ser cuantificadas. Este era el punto de partida del que se valía Salas Larrazabal para realizar sus estudios y ofrecer sus conclusiones. Sin embargo, desde esta perspectiva de investigación, miles y miles de víctimas quedaban en el silencio de la nada por no existir una comprobación real de sus muertes. El estudio parcial de los archivos, la destrucción sistemática de éstos, las miles de depuraciones sin juicio y sin pruebas, etc., hacía y hacen imposible un conocimiento exacto de la represión franquista. Por mucho que hoy se quiera recuperar y rehacer el dramático panorama de la represión franquista, éste va a ser, si no imposible, muy problemático.

En primer lugar está la distorsión de los balances y por tanto la falacia de muchos resultados. Vayamos, por ejemplo, a los números aportados por Salas Larrazabal, quien ofrecía el siguiente balance: las víctimas del régimen franquista durante la Guerra Civil no sobrepasaban la cifra de unas 35.000. Sin embargo, si se analizan las muertes documentadas que se ofrecen en diferentes estudios se llega a conclusiones sorprendentes. Parece que los muertos de la represión franquista en las ciudades de

Badajoz, Barcelona, Córdoba, Granada, Madrid, Málaga, Oviedo, Sevilla, Valencia, Zaragoza, por poner el ejemplo de algunos de los lugares más castigados por la violencia franquista, superaban el montante de las 3.500 víctimas en cada una de estas localidades, incluso en algunas de estas ciudades sobrepasaban con creces las cifras señaladas. El recuento parcial nos ofrece ya el número de 35.000 víctimas, que para Salas Larrazabal conformaban la cuantía final de todos los muertos del terror nacional. ¿Dónde colocamos a las víctimas del resto de las ciudades y a los fallecidos por la represión de los diferentes frentes de guerra que no aparecen en el recuadro de los lugares mencionados? Percibimos sin ninguna dificultad que los resultados no cuadran. Las ejecuciones y muertes de la represión franquista tuvieron que ser muy superiores a las cifras indicadas.

En segundo lugar, la exhumación de tumbas, preocupación de ciertos grupos de estudiosos, a todas luces meritoria y necesaria, puede aportar luces de esta represión, pero nunca podrá ofrecer la verdad de este hecho histórico. Muchas de las tumbas y fosas nunca serán halladas, entre otras razones porque buen número de ellas forman parte de nuestras geografías urbanas y otras seguirán ilocalizables. Ofrezco, por señalar un solo caso de los muchos posibles, el ejemplo de Zaragoza. Uno de los lugares donde se realizaban las funestas ejecuciones y se enterraban a los muertos en fosas comunes fue el barrio de Torrero, famoso, entre otras cosas, por ser sede de una de las cárceles más conocidas del franquismo y campo de concentración. Hoy en día es un barrio, casi céntrico, de la ciudad maña. Bajo los cimientos de las casas descansan miles de víctimas del terror franquista. Entre estos muertos, el capitán Isaac Casillas, secretario personal del general Núñez de Prado, ejecutado después de un juicio sumarísimo, del que salió sin cargos. Sin embargo, un grupo de falangistas se encargó de darle “el paseillo”. Este tuvo lugar en las campas del barrio de Torrero⁴³.

Si se analiza la violencia del régimen franquista, no se pueden aceptar las cifras que éste ofrece. Son números claramente manipulados hacia la baja. Conscientemente se ha deformado la verdad para a través de la demonización de los republicanos conseguir la

⁴³ El general Núñez de Prado y el capitán Isaac Casillas fueron enviados a Zaragoza por el gobierno de Madrid para detener el golpe militar. Núñez de Prado era íntimo amigo del general Cabanellas. Se pensó que si alguien podía neutralizar el golpe era precisamente Núñez de Prado en nombre de la amistad. El resultado fue muy distinto. Ambos militares fueron ejecutados, aunque no pudieron ser condenados por no tener cargos en contra.

santificación de los nacionales. La verdad parece ser muy otra. Un análisis superficial de los números que ofrecen los archivos nacionales revela un panorama muy diferente. Esto quiere decir que el número de víctimas perpetradas por el bando nacional debe ser muy superior al ofrecido por sus analistas y estudiosos. La eliminación de víctimas por falta de documentación tiene que ser necesariamente muy alta bien por la pérdida y destrucción de los archivos o bien por la forma brutal en que se llevó a cabo la represión, imposibilitando todo tipo de informes o referencias. Si Ramón Salas Larrazabal, de ideología marcadamente franquista, basándose en una metodología científica en la que sólo aceptaba como hecho probado aquél que tiene una prueba fidedigna, llegaba en sus últimos estudios a la cifra de 70.000 víctimas republicanas a manos de los grupos nacionales, hay que pensar que la represión franquista tuvo que ser muy superior. Sabiendo la suerte que corrieron muchos archivos y conociendo la forma en que se aplicó buena parte de la represión, hay que proponer una fuerte desviación, lo que nos acercaría a la cifra de unas 100.000 víctimas. Estos números se aproximan más pero no coinciden con las cifras que ofrecen ciertos analistas actuales que llegan a admitir una represión límite que ocasionó más de 150.000 víctimas, llegando incluso a la cifra de los 200.000. ¿Son cifras igualmente abultadas? Puede ser, pero nadie puede negar la brutal y desmedida violencia del bando nacional sobre los sectores republicanos.

Basándose en estos hechos y proponiendo nuevos argumentos con nuevas cifras, los resultados revelan que la violencia exterminadora del lado franquista fue muy superior a la del bando republicano. En esta línea se sitúan historiadores como Gabriel Jackson, Michael Richard, Ramón Tamames, Alberto Reig Tapia, Julián Casanova, etc. Para estos autores, entre otros, las cifras que dan tanto los despachos ministeriales como los historiadores más o menos adeptos al Régimen no casan con la realidad.

Gabriel Jackson propone cifras sorprendentemente altas a la hora de hablar de los represaliados y ejecutados por los nacionales durante los años de guerra y los primeros años de la posguerra. En una tabla de mínimos y máximos llega a proponer números que irían de los 330.000 como punto mínimo a los 405.000 muertos como referencia

máxima⁴⁴. Ramón Tamames basándose fundamentalmente en los cuadros ofrecidos por el Instituto Nacional de Estadística llega a unas conclusiones también sorprendentes por el número de muertes o bajas directas e indirectas durante la etapa de la Guerra Civil. Según Tamames a los casi 500.000 muertos a consecuencia de la guerra habría que añadir otro medio millón de habitantes debido a la disminución de la natalidad y al aumento de la mortalidad junto al fenómeno de un exilio colectivo: “Puede afirmarse que... hubo entre muertos y emigrados una cifra efectivamente muy próxima al millón”⁴⁵. El guarismo del millón de muertos o desaparecidos vuelve a reaparecer. Dentro de estos cuadros, merecen atención especial las cifras que el historiador y economista madrileño señala para cuantificar las víctimas de la violencia nacional sobre el bando republicano. Propone la cantidad de 103.129 ejecuciones.

Sin ser un especialista en el tema y sin haber dedicado tiempo alguno a los análisis directos de víctimas de uno y otro lado, tomando como referencia los datos y las cifras que dan los estudiosos de uno y otro bando, y aplicando sobre las referencias conseguidas el sentido común como principio de análisis, se llega a una triple conclusión. Primero, la represión durante la Guerra Civil, tanto en el bando nacional como en el frente republicano, y de los nacionales después de la guerra, fue brutal e inmisericorde. El odio y el sentimiento de venganza dominaron por completo los ánimos y las conductas de los españoles. Las consecuencias fueron tremendas: un número inusitado de víctimas del terror generalizado. Segundo, hablar de las víctimas de la represión, tanto por parte de los analistas de un bando como por los del otro, es una tarea dura y difícil. A nadie le gusta confesar la sinrazón y el absurdo del comportamiento violento y criminal ejercido por su propio bando o por el grupo ideológico con quien uno puede sintonizar. El historiador, en estos casos, tiene que revelar la verdad desnuda y ésta es inhumana y cruel. Por eso, es complicado mantener y sostener en todo momento la verdad exigida por el principio de la objetividad histórica. Se tiende más o menos inconscientemente a manipular los datos para favorecer a los propios. Si así se suaviza a unos y se criminaliza a los otros, mejor que

⁴⁴ Gabriel Jackson: *La República española y la Guerra Civil*. Op. Cit., p. 13. Véanse igualmente el prólogo (pp. 7-15) y el apéndice D, donde estudia las “Muertes atribuibles a la Guerra Civil” (pp. 455-56) para tener una visión más completa de la violencia desatada durante el período analizado.

⁴⁵ Ramón Tamames: *La República. La era de Franco*. Madrid: Ediciones Alfaguara, 1973, pp. 353. Remito al lector interesado al apartado de esta obra “Las consecuencias sociales y económicas de la guerra” para tener una idea completa de la posición de Ramón Tamames sobre el tema señalado (pp. 348-358).

mejor. El lector tiene que andar con mucho cuidado con las cifras ofrecidas y conocer la posición ideológica de quien las ofrece. Tercero, la lógica, a partir de las cifras obtenidas, nos revela que la represión, dentro de los marcos de la brutalidad más extrema, fue muy superior por parte de los nacionales en una relación, como mínimo, de 2 ó 3 a 1 con respecto a la de los grupos republicanos.

Sin poder precisar con exactitud las cifras, se puede aventurar por lógica deductiva ciertas cifras, no objetivas pero sí aproximadas o por lo menos verosímiles, que revelan la naturaleza y las consecuencias de la represión tanto republicana como nacional. Según los argumentos aducidos, sin contar los muertos en acciones directas de guerra, cabe plantear un cuadro de referencia que revela la verdadera cara de la violencia en ambos bandos:

Víctimas de la represión republicana	50.000 a 60.000
Víctimas de la represión nacional	100.000 a 150.000

En este trágico cuadro de muertes a causa de la violencia, es obligado centrarse no solo en la cantidad sino de manera muy especial en la calidad. Al respecto afirma Ramón Tamames, (palabras que hago mías en su total literalidad):

Pero una cifra así que tiene una aterradora importancia como cantidad, aún la tiene mayor si cabe como calidad. Los muertos y los emigrados fueron, en una aplastante mayoría, hombres jóvenes en plena capacidad para el trabajo. Del lado republicano, que cargó con más del 80% de estas pérdidas, en una elevadísima proporción se trataba de obreros calificados, de técnicos y de científicos docentes, investigadores, etc., que en buena medida emigraron. Toda la tecnología española habría de resentirse por decenios de esa erosión biológica.⁴⁶

IV.-3.- Otros sistemas de represión

Además de las víctimas de la represión, existían otras penas que iban desde la reclusión hasta la confiscación de bienes, pasando por multas más o menos gravosas. Cualquier medida punitiva era válida si con ella se conseguía reorientar la ideología del delincuente o del trasgresor. Hay que tener muy presente que todo prisionero político era considerado como un vulgar malhechor y, en ocasiones, como un vil criminal. Todo valía si servía para potenciar la política del terror y, a través de ella, la domesticación completa de la población. Entre las medidas coercitivas, la privación de libertad fue uno

⁴⁶ Ramón Tamames: *La República. La era de Franco*. Op. Cit., p. 353.

de los castigos más habituales del régimen franquista tanto durante la guerra como después de ésta.

Cuando se entra en los espacios de análisis del número posible de reclusos o prisioneros que llenaban las cárceles y los campos de concentración creados por el régimen franquista, el lector se encuentra con la misma anarquía de cifras, dependiendo una vez más de los intereses particulares y de la posición ideológica de los estudiosos. Parece existir sobre los mismos hechos una doble realidad, dependiendo de la óptica de análisis y de la finalidad de los estudios. Se llega a la conclusión, por las mismas razones que las presentadas en el apartado de las víctimas de la represión, de que es imposible, o por lo menos muy problemático, ofrecer cifras objetivas y definitivas sobre la población reclusa en épocas de guerra y de la posguerra franquista. Siguiendo la tabla de población reclusa en España aportada por el *Anuario Estadístico de España (1944-1950)* tenemos el siguiente cuadro⁴⁷:

1939	270.719 reclusos
1940	233.373 “
1941	159.392 “
1942	124.423 “
1943	74.095 “
1944	54.072 “
1945	43.812 “

Las cifras oficiales del *Anuario Estadístico de España* ofrecen este cuadro de reclusos. Independientemente de la validez de los números ofrecidos, se percibe, cosa real y objetiva, una población reclusa sorprendentemente alta. Como se puede observar, recién terminada la contienda, el número de reclusos, según las cifras oficiales, superaba el cuarto de millón de prisioneros, que, a partir de 1941, desciende gradualmente hasta llegar a 1945, año emblemático por representar el final de la II Guerra Mundial y significar el alineamiento definitivo del régimen franquista en el bloque aliado. En 1945 parece estancarse el proceso de disminución con una estabilización numérica en torno a los 40.000 reclusos (años 1945-1950)⁴⁸. De todas formas, según las cifras oficiales,

⁴⁷ El presente cuadro aparece por su significado en casi todos los estudios del tema. Un par de ejemplos pueden ser entre otros la obra de Stanley G. Payne: *El régimen de Franco...* Op. Cit., p. 235 o bien el libro de Javier Tusell *Dictadura franquista y democracia...* Op. Cit., p.33.

⁴⁸ Sin embargo, la cautela se impone siempre que las cifras ofrecidas tengan un origen oficial. La política franquista estaba muy interesada en dar una visión un tanto bondadosa y paternalista del sistema, especialmente cuando los datos presentados llegaban a manos de instituciones y de políticos extranjeros. Se hace necesario conocer y tener muy presentes el momento y las circunstancias reinantes para dar mayor o menor validez a los datos oficiales. El cuadro ofrecido, tomado del trabajo de Stanley G. Payne (*El Régimen de Franco...* Op. Cit., p. 235) es de 1950, año clave en las relaciones de Franco con Estados

desde 1939 hasta 1950 el número de reclusos en cárceles y campos de concentración es sorprendentemente alta.

Ramón Tamames ofrece cifras muy similares a las del cuadro superior. Se percibe en sus planteamientos una pequeña desviación a la baja que nunca supera el 15%. Por lo tanto, el historiador madrileño se mueve por los espacios estadísticos que ofrece el “Anuario español”. Me permito reproducir una extensa cita de su estudio por su interés y por sintonizar plenamente con mis planteamientos teóricos. Dice Tamames: “En síntesis, sumando la población reclusa política, llegamos a la conclusión de que entre 1939 y 1950 hubo un total de 875.000 hombres/año perdidos. Lo que –para tener una idea gráfica- equivale a 875.000 reclusos durante todo un año (alrededor del 8% de la población activa de entonces) o bien 74.672 hombres en prisión durante 12 años seguidos. No hacen falta más comentarios salvo que en cuanto a la calidad de esa población enclaustrada podían hacerse reflexiones análogas a las que vimos para la población exiliada⁴⁹. En conclusión, puede afirmarse que la sangría de población que España tuvo a causa de la Guerra Civil fue fortísima por el triple concepto de muerte, emigración y presidio”.⁵⁰

Antonio Moreno Juste en su trabajo “La Guerra Civil (1936-1939)” defiende cifras parecidas con una valoración de los hechos muy similar a la ofrecida por Ramón Tamames y a la de otros historiadores, cuando afirma que: “es preciso destacar que unas 500.000 personas marcharon al exilio (165.000 de forma definitiva) y unas 300.000 pasaron por las cárceles franquistas tras el fin de la guerra. A la altura de 1950 aún quedaban 30.000 prisioneros de guerra en cárceles y campos de internamiento”⁵¹.

Unidos y los países democráticos europeos en su intento de acercamiento político con la finalidad de lograr el reconocimiento internacional del Régimen.

⁴⁹ Javier Rubio en su obra *La emigración de la guerra civil de 1936-1939. Historia del éxodo que se produce con el fin de la II República española* (Madrid: Librería Editorial San Martín, 1977) afirma que el número de expatriados a Francia llegó a la increíble cifra de casi 700.000, número que fue descendiendo hasta los 150.000 a finales de 1939 (Vol I; pp. 105-109 y 123-124). Juan B. Vilar, por su parte, habla de una cifra global de exiliados de algo más de 180.000 (Madrid: Editorial Síntesis, 2006, p. 303). Son cifras que no casan con el global de exiliados reales que deben acercarse, según la estimación más general, a la cifra de los 300.000.

⁵⁰ Ramón Tamames; *La República. La era de Franco*, Op. Cit. p. 355.

⁵¹ Antonio Moreno Juste: “La Guerra Civil (1936-1939) *Historia contemporánea de España (siglo XX)* (Coord. Javier Paredes.). Op. Cit., p. 546.

Durante la Guerra Civil, España fue un campo de batalla, en el que dirimían sus posiciones dos frentes claramente enfrentados, dos Españas enemigas e irreconciliables. La victoria de los nacionales trajo como consecuencia el exterminio de la otra España, de la España republicana. Los vencedores fueron implacables con los vencidos. Por eso, durante y después de la contienda, especialmente durante el periodo de 1939-1945, España se convirtió en un verdadero campo de concentración. No había comarca que no tuviera su cárcel y sus campos de internamiento. Si en 1939 existían 300.000 reclusos, ¿cuántos centros penitenciarios habría que arbitrar para acoger a esa ingente masa de presos políticos?

Los militares sublevados, pensando que el levantamiento iba a ser una acción militar rápida en el tiempo, no habían previsto el problema de los prisioneros de guerra. Cuando la supuesta guerra relámpago pasó a ser una guerra civil en el tiempo, hubo que arbitrar medios para solucionar este serio problema. En un principio se impuso la ley del exterminio. No había mejor solución que la muerte del enemigo. Estas medidas tan drásticas eran altamente eficaces, ya que evitaban graves problemas posteriores como muy pronto se iba a demostrar. Sin embargo, la política de violencia extrema, por muy eficaz que fuera, estaba abocada al fracaso. Las críticas del exterior deslegitimaban tanto a la Iglesia como al ejército por la brutalidad de su conducta. La necesidad de dar cauces legales, aunque sólo fuera para cubrir las apariencias, junto al número cada vez mayor de prisioneros, obligó al gobierno franquista a regular la creación y el funcionamiento de los campos de concentración. La marcha de la guerra determinó que lo que en un principio se conceptuó como centros de internamiento temporales pasaran a convertirse en centros permanentes de reeducación y de trabajos forzados. Igualmente, según iban siendo conquistadas nuevas zonas del territorio republicano, las cifras de prisioneros crecían y, como consecuencia, el número de campos de concentración tenía que aumentar. La historia de los campos de concentración, por las razones planteadas, fue en todo momento la historia de un despropósito tanto por su organización interna como por el trato que recibían los prisioneros en estos centros de internamiento.

Para Javier Rodrigo, el “Campo de concentración franquista [era un] lugar de internamiento preventivo, anónimo e ilegal, establecido durante la Guerra Civil (1936-1939) por los militares sublevados contra el ordenamiento político republicano para recluir a sus prisioneros de guerra en aras de clasificarlos, determinar sus supuestas

responsabilidades criminales político-sociales y reutilizarlos en una red de trabajos forzosos denominada *Batallones de Trabajadores* y, en la posguerra, *Batallones Disciplinarios*⁵². Los campos de concentración tuvieron inicialmente un carácter provisional⁵³. Su finalidad era la de acoger a los prisioneros de guerra del ejército republicano y comprobar el grado de responsabilidad que cada uno de los reclusos ofrecía en su historial para su reutilización o para su eliminación⁵⁴.

A partir de lo señalado, es fácil entender el camino que recorría un prisionero de guerra. En primer lugar, en el mejor de los casos, se daba la detención, convirtiéndose el prisionero en preso político. Era internado en una especie de cárcel o prisión, lugar previamente establecido por los jefes militares. Los lugares habilitados como prisiones fueron muchos y sorprendentes. Podían ir desde las sacristías de las iglesias y los recintos conventuales hasta las plazas de toros o cines públicos, pasando por fábricas, campos de fútbol o frontones. Cualquier lugar podía convertirse en prisión con tal de que pudiera garantizar la seguridad y la misión de internamiento de estos prisioneros. Después, tras una primera y somera clasificación, marchaban a los campos de concentración, donde eran recluidos y donde se les hacía una segunda clasificación mucho más pormenorizada y pretendidamente exacta. La Orden General de Clasificación de 11 de marzo de 1937 en su disposición “primera” decretaba que:

Los prisioneros tomados al enemigo y las personas civiles o militares que voluntariamente se presenten en nuestras líneas del frente de combate, serán clasificados, según su condición, antecedentes, intervención en campaña, presuntas responsabilidades y circunstancias de su presentación o captura, dentro de alguna de las categorías siguientes:

A.- *Prisioneros o presentados* que justifiquen ser afectos al Movimiento Nacional, o al menos no hostiles a él, y en el caso de haber formado en las filas enemigas, lo hicieron forzados o obligados a ello.

.- *Presentados*. A quienes alcancen los beneficios de las proclamas lanzadas sobre el frente enemigo, para estimular la presentación, aun cuando figurasen voluntariamente en las filas enemigas.

B.- *Prisioneros* que resulten de la incorporación voluntaria a las filas del enemigo y que no aparezcan afectados de otras responsabilidades de índole social, política o común.

⁵² Javier Rodrigo: *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista*. Barcelona: Editorial Crítica, 2005, p. XVII.

⁵³ El lector interesado puede encontrar el “Proyecto de Ley de Creación de Campos de Concentración” en el apéndice 2º de la obra de Javier Rodrigo *Los campos de concentración franquista entre la historia y la memoria*. Madrid: Editorial Siete Mares, 2003, pp. 222-237.

⁵⁴ Véase Francisco Moreno: “La represión en la posguerra”, *Víctimas de la Guerra Civil* (Coord. Santos Juliá). Madrid: Temas de Hoy, 2004, p. 279.

- C.- Jefes y oficiales* del Ejército enemigo, individuos capturados o presentados que se hubiesen destacado o distinguido por actos de hostilidad contra nuestras tropas;
.- Dirigentes y destacados en partidos y actividades políticas o sociales; posibles y presuntos responsables de los delitos de traición, rebelión u otros de índole social o política, cometidos antes o después de producirse el Movimiento Nacional.
D.- Individuos capturados o presentados que aparezcan más o menos claramente presuntos responsables de delitos comunes o contra el derecho de gentes, realizados antes o después de producirse el Movimiento Nacional.

Según la normativa expuesta, recibían la valoración A los presos considerados como afectos a la causa franquista o los voluntarios en el bando republicano sin cargos especiales. Eran reutilizados e incorporados a sus batallones de primera fila. Estaban en el grupo B aquellos prisioneros que voluntariamente se habían incorporado a las filas del ejército republicano pero no ofrecían en su expediente otro tipo de responsabilidad. Eran destinados a los campos para su reeducación y su utilización en trabajos forzados. Los reclusos de categoría C estaban formados por jefes y oficiales del ejército republicano y, por lo tanto, sujetos desafectos con la causa nacional. Según sus responsabilidades, podían ser fusilados o bien condenados a largos períodos de internamiento y de trabajos forzados. Finalmente estaban los presos valorados D, que representaban el grupo de aquellas personas consideradas responsables de delitos comunes o de faltas muy graves contra el derecho o la moral. Éstos eran recluidos en campos especiales o eran simplemente ajusticiados. Los primeros, categoría A, eran puestos en libertad, lo que significaba su vuelta al frente. Los presos de categoría B y una parte de los del grupo C continuaban en prisión destinados a su reeducación y a los trabajos forzados. A la otra parte del grupo C se les instruía diligencias previas y eran juzgados, estando su condena relacionada con la responsabilidad contraída⁵⁵. Según el veredicto del juicio, eran fusilados o pasaban a engrosar las filas de los posibles trabajadores.

Este trabajo de reclusión, clasificación, recuperación o penalización se hubiera podido hacer con cierta eficacia y objetividad en circunstancias más normales y con un número menor de presos y con más y mejores medios. Sin embargo, pensando en las condiciones dominantes, -odio visceral al enemigo-, y el número elevado de reclusos, es fácil comprender cómo fueron y cómo se dieron estos actos de ordenamiento. Si se

⁵⁵ Véase al respecto Javier Rodrigo: *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista*. Op. Cit., pp. 31 y 184.

piensa que por los campos de concentración pasaron más de 500.000 presos políticos⁵⁶ es fácil comprender las arbitrariedades e injusticias que se tuvieron que dar. Sólo hay que pensar en el personal que se necesitaría para dar el visto bueno a ese número ingente de expedientes, si a cada uno de ellos se les dedicara simplemente quince minutos. La arbitrariedad y la ilegalidad dominaron en estos despachos.

Hubo campos de concentración a lo largo y ancho de toda la geografía española. La propia dinámica de la guerra iba imponiendo el número y la localización de éstos. Primero, hubo que resolver el problema de los prisioneros del frente norte. Después, cuando la caída de los diferentes frentes se fue generalizando, el número de campos de concentración tuvo que crecer según aumentaban las cifras de prisioneros. Siguiendo el análisis de Javier Rodrigo, el número de campos de concentración en la geografía española llegó al sorprendente número de “188, de los cuales 104 tuvieron un carácter medianamente estable”⁵⁷. Esta cifra quiere decir que porcentualmente cada provincia española superaba la media de tres campos de concentración. Por eso, con toda legitimidad, se puede decir que España era un verdadero campo de concentración.

Cualquier lugar, si guardaba unas mínimas garantías de seguridad, era aceptable y admitido para crear un campo de concentración. Aunque los primeros campos de concentración se habilitaron en noviembre de 1936, su regulación oficial se dio en 1937. Según orden de 5 de julio de 1937, se daba el pistoletazo de salida para la ordenación concentracionaria en España. A partir de ese momento, el número de campos de internamiento va aumentando, incrementándose de manera espectacular en 1939, con la caída de los últimos frentes de guerra. Se imponía la necesidad de recibir a los miles y miles de prisioneros de un ejército diezmado y vencido. El lector interesado puede ver la lista más o menos completa de los campos de concentración franquista en el período que va de 1936 a 1942 en el estudio de Javier Rodrigo “Internamiento y trabajo forzoso: los campos de concentración de Franco”⁵⁸. Baste en estas páginas recoger algunos de ellos, dramáticamente célebres por su terror y por sus condiciones de vida al mismo tiempo que sorprendentes por la heterogeneidad de sus ubicaciones: Convento de San

⁵⁶ Estas son las cifras que Javier Rodrigo ofrece en el “Apéndice 1” de su obra *Los campos de concentración franquista...* Op. Cit., p. 221.

⁵⁷ *Ibidem*: p. 308. Véase igualmente, de la misma obra, el apéndice primero: “Las cifras, los campos. Un estado de la cuestión”, pp. 213-221.

⁵⁸ *Hispania Nova. Revista de Historia contemporánea*, 6. Madrid, 2006, pp. 47-49.

Marcos de León, Colegio de los Padres Paules de Murguía (Álava), Colegio de los jesuitas de Orduña (Vizcaya), Universidad de Deusto de Bilbao, Seminario de Saturrarán (Guipúzcoa), Monasterio de la Santa Espina (Valladolid), Plaza de Toros de Plasencia, Plaza de Toros de Badajoz, Frontón de Logroño, fábrica azucarera de Miranda de Ebro, Palacio Ducal de Lerma, Estación de ferrocarriles de Aranda de Duero, etc. Entre todos ellos, cabe proponer por su trágico recuerdo los campos de concentración de San Pedro de Cardena (Burgos), Miranda de Ebro, Aranda de Duero, Talavera de la Reina, Castuela (Badajoz), Penal del Dueso (Santander), etc. A finales de 1950 se habían cerrado todos los campos de concentración. Pero la clausura de estos campos no significó el término de la represión sobre los prisioneros de guerra. Basta recordar la cifra aportada con anterioridad. En 1950, once años después de concluida la guerra, seguían en las cárceles, según cifras oficiales, que nunca pueden ser consideradas como reales, más de 30.000 prisioneros de guerra. La represión y el internamiento penal continuaron vigentes, pero la ubicación de estos prisioneros de guerra tuvo que cambiar. Estos reclusos fueron conducidos a cárceles normales o a campos de trabajo. La jurisdicción militar daba paso a la jurisdicción civil, si es posible aceptar esta modificación en un régimen totalitario. Por lo menos, esta era la nueva filosofía penal en sus formas externas.⁵⁹

Los campos de concentración franquista no fueron verdaderos campos de exterminio como sucedió con los campos nazis. El Gobierno franquista reguló estos campos como lugar de internamiento, donde los prisioneros de guerra tenían que ser clasificados como “recuperables” o “irrecuperables” para la causa nacional. Según la valoración que se hacía, éstos eran eliminados, depurados o reutilizados. Sin embargo, debido a las condiciones de vida tan extremadamente inhumanas llegaron a funcionar como verdaderos centros de exterminio⁶⁰. Junto al comportamiento arbitrario y muchas veces brutal y sanguinario de los guardianes y de los cuerpos de vigilancia, estaban las propias condiciones de vida de los prisioneros. Agrupados en número muy superior a lo aconsejado o previsto, los prisioneros se hallaban hacinados en unos barracones inmundos sin espacio para dormir estirados, donde no podían guardar la mínima privacidad y donde con frecuencia no existían las condiciones higiénicas más

⁵⁹ Recomiendo la lectura del capítulo IV de la obra de Rafael Abella *Por el imperio hacia Dios*, (Op. Cit. 1978), que tiene el significativo título de “Vida y muerte cotidiana de los vencidos”, pp. 51-60.

⁶⁰ Véase el estudio de M. A. Ruiz Carnicer “Las ley de la victoria” en *La España de Franco (1939-1975)*, p. 46.

necesarias. Los prisioneros vivían en la suciedad. Los barracones despedían un olor nauseabundo. Los cuerpos y las ropas de los reclusos estaban dominados por piojos, pulgas y otros insectos. La sarna dominaba por doquier. Como era esperable, periódicamente se daban epidemias de tifus, tuberculosis, etc. Una alimentación escasa y mala propiciaba unos cuerpos sumamente débiles y proclives a las más variadas enfermedades. El estreñimiento era algo patológico, derivado de la mala y deficitaria alimentación. Cuentan ciertos prisioneros que se tenían que ayudar con las llaves de abrir las latas de sardinas para romper las bolas de detritus porque de otra manera no podían expulsar los desechos. A pesar de las condiciones mencionadas, en muchos de estos campos no había enfermerías. Las condiciones de vida de los reclusos eran a todas luces inhumanas⁶¹.

Por otro lado, no deben ser obviados los castigos corporales. La violencia era el medio para garantizar el orden de estos centros. Se castigaba arbitrariamente con penas extremas. Se llegó a grados inimaginables de inhumanidad y animalismo. Las torturas y la muerte por enfermedad o inanición formaban parte del horizonte cotidiano en la vida concentracionaria de estos reclusos. A este cuadro de por sí dantesco, hay que añadir la política interna de los fusilamientos arbitrarios y sistemáticos. Algunos como consecuencia de los cargos políticos y muchos de ellos de forma fortuita, hacían de la vida de los reclusos una estancia en el infierno del miedo y de la incertidumbre.

Castigos brutales, hacinamiento, calores sofocantes o fríos extremos, hambre, sed, malas condiciones higiénicas, enfermedad, miedo, celos, crispación emocional, etc., eran los compañeros de viaje de estos prisioneros en los campos de concentración franquistas. Por eso, estos campos de concentración se convirtieron en auténticos centros de exterminio, aunque éste no era el fin para el que habían sido creados.

⁶¹ Es curioso observar la visión idílica y ejemplar que ofrecía el gobierno sobre la represión de las cárceles y campos de concentración. La Oficina Informativa Española en su informe sobre las *Cárceles españolas* de 1948 afirmaba: "...Antes de hablar, vengan a España. Y no se tapen los ojos ante esos blancos cuadros de reclusos que, cada mañana, yerguen a pleno sol, en los alegres patios de nuestras penitenciarias, los dorsos sanos, firmes, disciplinados y airosos, mientras, en grupos clasificados por especialistas, a las órdenes de mandos de profesores diplomados de gimnasia, realizan sus ejercicios rítmicos. Compartan horas con ellos en sus granjas, sus cines, sus escuelas, sus bibliotecas, sus talleres, sus estudios de arte. Admiren títulos universitarios alcanzados desde la prisión, con tiempo, libros y enseñanzas, generosamente cedidos por el Estado..." (p. 10).

Un número tan elevado de prisioneros exigía unas infraestructuras concentracionarias costosas, no tanto por la calidad de éstas, tal como se ha dicho, sino por la cantidad. Los presupuestos del Estado para cubrir los gastos de internamiento y clasificación eran proporcionalmente ridículos, pero los montantes eran altos. Era un desvío de dinero necesario pero no deseado. Para paliar este hecho, los directores de los campos ahorraban para su enriquecimiento o para su devolución al Estado importantes cantidades sustraídas de la pobre alimentación de los prisioneros o de los medios de habilitación de los centros. El problema del internamiento masivo de prisioneros de guerra tenía que tener una solución para evitar en lo posible el despilfarro económico que entrañaba el mantenimiento de los centros y de los reclusos. La filosofía era muy clara: ¿cómo gastar en unos criminales marxistas y ateos lo que necesitaban para cubrir las necesidades primarias de muchos de los auténticos españoles? Desde la lógica del sistema, se juzgaba que el mantenimiento de los campos de concentración era un despilfarro sin sentido.

La primera solución que ofertó el franquismo fue la utilización de los prisioneros en trabajos forzosos. Los “Batallones de Trabajadores” a base de prisioneros de guerra funcionaban en distintas áreas de la geografía española desde principios de 1937. Pero la solución propuesta por el jesuita Pérez del Pulgar fue mucho más eficaz y aparentemente más humana y legal. Planteó la idea de la *Redención de penas por el trabajo*. Esta propuesta adquirió inmediatamente fuerza de ley. Fue aceptada de manera unánime por los dirigentes franquistas, de manera que su aplicación se verificó ya a primeros de 1938. En la introducción al opúsculo del jesuita Pérez del Pulgar, *La solución que España da al problema de sus presos políticos*⁶², con el significativo título de “Palabras al Caudillo” se puede leer la siguiente declaración:

La redención por el trabajo me parece que responde a un concepto profundamente cristiano y a una orientación social intachable.

Para la ejecución y buen funcionamiento de este plan se creo el “Patronato para la Redención de Penas por el Trabajo” encargado de supervisar la marcha y el funcionamiento de los penados en unos trabajos en los que seguía dominando el castigo y la explotación de éstos como mano de obra. A finales de 1938 el número de

⁶² En esta obra *La solución que España da al problema de sus presos políticos* (Valladolid: Editorial Santarén, 1939) el lector encontrará toda la doctrina jurídica de la redención de penas por el trabajo.

trabajadores acogidos a la redención de penas superaba con creces la cifra de 50.000. En enero de 1940, el número de prisioneros encuadrados en los Batallones de Trabajo se acercaba a los 100.000⁶³.

Por Decreto 281 de 28 de mayo de 1937, en su artículo primero, se proclamaba el derecho “al trabajo a los prisioneros de guerra y presos por delitos no políticos” y en su artículo tercero se regulaban las condiciones económicas de ese mismo trabajo: “cobrarán en concepto de jornales, mientras trabajen como peones, la cantidad de dos pesetas al día, de las que se reservarán una peseta con cincuenta céntimos para manutención del interesado, entregándole los cincuenta céntimos al terminar la semana. Este jornal será de cuatro pesetas diarias si el interesado tuviera mujer que viva en la zona nacional sin bienes propios o medios de vida y aumentando en una peseta más por cada hijo menor de quince años que viviera en la propia zona, sin que en ningún caso pueda exceder dicho salario del jornal de un bracero de la localidad. El exceso sobre las dos pesetas diarias que se señala como retribución ordinaria será entregado directamente a la familia del interesado...”. El salario de un preso con mujer y dos hijos menores de quince años sería de unas seis pesetas. La diferencia entre el sueldo recibido por el preso y el precio real de ese trabajo, muy superior al ofrecido al reo, revertía al Estado. Estos trabajadores formaban un cuerpo de mano de obra muy barata para los empresarios para quienes trabajaban y altamente rentable para el Estado.

“El 7 de octubre de 1938, una orden dictada en Vitoria, inspiradas en las teorías del jesuita Pérez del Pulgar, se crea el Patronato para la *Redención de Penas por el Trabajo* que se convierte desde ese momento en el gran organismo gestor de los rendimientos de los trabajos forzados de los Presos” (I. Lafuente, 44). La *Redención de penas por el trabajo* fue un sistema de explotación y, en cierto sentido, de castigo. Los trabajadores, como simples reclusos y enemigos del sistema, nunca podían protestar, incluso en las situaciones de más extrema inhumanidad o explotación. En esencia, el trabajo forzoso fue un sistema de redimir culpas y de paliar los males ocasionados a la patria. “Había que hacer de los campos de concentración centros de trabajo, donde los prisioneros redimiesen sus pecados políticos y se hiciesen hombres nuevos para la patria”⁶⁴. Los

⁶³ Cifras aportadas por Javier Rodrigo en su estudio *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista*, Op. Cit. pp. 125 y 213 respectivamente.

⁶⁴ Javier Rodrigo: *Cautivos...* Op. Cit., p. 99.

candidatos a este sistema de *Redención de penas por el trabajo* eran los reclusos en condición de “recuperables” para la causa franquista. Eran, de esta manera, reeducados por el trabajo al mismo tiempo que cumplían condena por los daños causados. La redención de penas fue un eufemismo político-jurídico, ya que ningún preso pudo beneficiarse de la reducción de penas. Todos salieron libres o murieron de formas distintas antes de cumplir los muchos años de reclusión de castigo. En otros casos, los reclusos entregados a trabajos forzados se fueron beneficiando de los indultos que Franco fue concediendo periódicamente y no del trabajo en sí. Fue en todo caso un medio altamente eficaz para la economía del gobierno y para solucionar el grave problema del hacinamiento de estos presos. De esta manera, el ordenamiento de la *Redención de Penas por el trabajo* fue un sistema en apariencia beneficioso para el preso, aunque en realidad el único privilegio que estos consiguieron fue en ocasiones salir de los infiernos de las cárceles y acabar de manera definitiva con el miedo y la incertidumbre de una medida arbitraria que les pudiera llevar sin razón real frente a un pelotón de fusilamiento. Las medidas de la *Redención de Penas* respondían a una filosofía cínica e inhumana, ya que, con apariencias de favor y ayuda al preso, se creaba un sistema de explotación perversa para el recluso pero altamente beneficiosa para el sistema (I. Lafuente, 46).

Los prisioneros no se aprovecharon de la redención de penas, pero tanto el Gobierno como los empresarios o entidades afectas al Régimen sí salieron muy beneficiados. Tanto las instituciones públicas como privadas podían solicitar la presencia de estos condenados para que pudieran hacer los trabajos necesarios o pertinentes. Los trabajos más corrientes eran labores de carreteras y medios de comunicación como ferrocarriles, obras públicas, especialmente hidráulicas, minería, fortificaciones, etc.⁶⁵ Muchos empresarios se enriquecieron con este sistema de trabajo patrocinado por el Gobierno como recompensa por su adhesión. Normalmente las condiciones de trabajo de estos forzados eran durísimas e inhumanas. El trabajo de estos penados no merecía ninguna consideración ética, ya que no eran considerados como trabajadores sino como prisioneros o simples criminales que debían redimir sus culpas. El trabajo fue su

⁶⁵ Isaías Lafuente, en su obra *Esclavos por la patria. La explotación de los presos bajo el franquismo*, incluye en su anexo final una larga lista de los lugares y obras realizados por los presos políticos bajo el sistema de la Redención de Penas. Igualmente dedica en la misma obra un largo capítulo, el tercero, con el título de “El mapa”, en el que analiza todo el entramado interno de este sistema con sus mecanismos de acción y las labores realizadas.

castigo. Entre todos los trabajos realizados por los “Batallones de Trabajadores”, conocidos en la posguerra como “Batallones Disciplinarios”, se encuentra el monumento más representativo de la arquitectura franquista, universalmente célebre, el *Monasterio del Valle de los Caídos*.

Por decreto de 1 de abril de 1940 se aprobó la construcción del monumento de la Santa Cruz del Valle de los Caídos “para perpetuar la memoria de los caídos de nuestra gloriosa Cruzada”. Esta impresionante construcción “situada en las vertientes de la Sierra de Guadarrama (El Escorial), conocida por Cuelgamuros”⁶⁶, a 9 kilómetros del Monasterio de El Escorial representa fielmente el carácter megalómano de la arquitectura fascista. A su vez, cumple al pie de la letra con todos los principios básicos de la ideología nacional-católica: grandiosidad, religiosidad, patriotismo, idea de imperio, etc. Es, al mismo tiempo, el máximo exponente del Régimen franquista en los tiempos actuales. Como reza el mismo decreto: “La dimensión de nuestra Cruzada, los heroicos sacrificios que la Victoria encierra y la trascendencia que ha tenido para el futuro de España esta epopeya, no pueden quedar perpetuados por los sencillos monumentos con los que suelen conmemorarse en villas y ciudades los hechos salientes de nuestra historia y los episodios gloriosos de sus hijos”. Como revela el decreto, Franco quería algo monumental que, al mismo tiempo, que recordaba a los caídos en la guerra celebrara para siempre su memoria y su significado personal. Con este espíritu de grandeza nacía el proyecto del Valle de los Caídos.

Franco en persona buscó y eligió un paraje que se ajustaba perfectamente a los planes que desde hacía tiempo quería poner en práctica⁶⁷. Encontró en la Sierra de Guadarrama un lugar tan solemne como ascético en medio de una naturaleza agreste y granítica que podía resaltar el sentido y la majestuosidad del monumento que planeaba. La elección del lugar, sin embargo, no respondía sólo a razones de solemnidad y grandeza. Tenía un sentido más profundo. A poca distancia del lugar elegido, también en el término municipal de El Escorial, se encontraba otro simbólico monumento: El Monasterio de

⁶⁶ Las frases entrecomilladas están tomadas del Decreto fundacional que dice textualmente: “Decreto de 1 de abril de 1940, disponiendo se alcen Basílica, Monasterio y Cuartel de Juventudes, en la finca situada en las vertientes de la Sierra de Guadarrama (El Escorial), conocida por Cuelgamuros, para perpetuar la memoria de los caídos de nuestra gloriosa Cruzada”.

⁶⁷ Como afirma Francisco Franco Salgado-Araujo, la obra estaba “exclusivamente inspirada por Franco hasta en los más mínimos detalles. Él fue quien hizo los diseños de los adornos de los altares, de los relieves del pórtico con escenas de la pasión, etc.” (p. 215). Es lógico pensar que la elección del tema y el planteamiento de la idea fueran también de Franco.

San Lorenzo del Escorial, obra edificada por mandato de Felipe II. Es lógico pensar que en la mente de Franco estuviera muy presente la creencia popular de que el colosal monumento fue mandado levantar para conmemorar uno de los hechos más gloriosos de la historia de España: la Batalla de San Quintín. Si el triunfo de las tropas españolas en la batalla mencionada valió la construcción del Monasterio de El Escorial, el triunfo en la Guerra Civil por las tropas nacionales estaba exigiendo otro símbolo arquitectónico de igual solemnidad y significado. Así se daban la mano dos construcciones representativas de los momentos más gloriosos de la historia española, protagonizados por el imperio de los Austrias, Felipe II, y por el gobierno del general Francisco Franco. Según sus mentores, dos colosales empresas arquitectónicas ofrecían al mundo los dos momentos más gloriosos de la historia de España.

El 1 de abril de 1940, Francisco Franco en persona, hizo explotar el barreno que simbólicamente daba inicio a las obras (I. Lafuente, 113). El Valle de los Caídos se inauguró oficialmente el 1 de abril de 1959. Fueron casi veinte años de trabajos forzados⁶⁸. Aunque también había trabajadores contratados, el peso de la construcción con las labores más pesadas y peligrosas recayó sobre los presos. El Estado, que sepamos, nunca ha dado una cifra de los reclusos que trabajaron en el Valle de los Caídos. Las cifras extraoficiales, ofrecidas por los historiadores no oficialistas, bailan entre los veinte mil presos, cifra que se ha tomado como real pero oficiosa, y los seis o siete mil de los más cautos. De todas formas, fue la obra que acaparó la mano de obra penada más numerosa. Sobre estos temas dice al respecto Isaías Lafuente:

[El] primer envío de mano de obra penada, que llega a la sierra de Guadarrama en la primavera de 1943, es uno de unos cuatrocientos hombres. La cifra de presos que trabajan en las obras de Cuelgamuros oscila, durante los ocho años que se mantiene, en torno a una media: entre 400 y 500 hombres. Pero el número total de presos políticos que trabajan para construir la tumba del dictador no se conoce con exactitud. Algunos autores hablan de 20.000 presos... seguramente habría que hablar de una cantidad sensiblemente menor: en torno a los seis o siete mil, que en todo caso sitúa la obra a la cabeza del *Ranking* de las que más población reclusa forzada absorbió (118-19).

Es opinión compartida tanto por historiadores como por los propios trabajadores penados que sin el recurso de esta mano de obra forzada la construcción del Valle de los Caídos nunca se habría podido hacer o, de llegar a realizarse, habría sido una obra que por su magnitud y por la

⁶⁸ La historia de la construcción del Monasterio del Valle de los Caídos es una especie de crónica de una obra que se fue dilatando en el tiempo por causas muy variadas, desde la dificultad propia del trabajo hasta las continuas rectificaciones por orden personal del Caudillo (I. Lafuente, p. 116).

dificultad de su realización se habría dilatado en el tiempo. Los veinte años reales se habrían convertido en un plazo mucho mayor y muy difícil de calcular.

La construcción de la cripta supuso la excavación de más de 200.000 metros cúbicos de roca. Sobre el altar mayor se erigió una cúpula de 42 metros de altura y 40 metros de diámetro. Frente al altar mayor, en la actualidad, se encuentran las tumbas de Francisco Franco y de José Antonio Primo de Rivera. En los laterales dos capillas con los restos de más de 30.000 caídos en la guerra, pertenecientes a ambos bandos. Sobre la basílica se levanta una gigantesca cruz de 150 metros de altura, cuyos brazos alcanzan una longitud de 46 metros. En uno de sus basamentos se encuentran las famosas esculturas de los cuatro evangelistas de Juan de Ávalos. Una amplia explanada de más de 250 metros cuadrados da paso a la cripta de la basílica. El símbolo del monumento, la cruz, se hace visible a kilómetros de distancia. La construcción del monumento del Valle de los Caídos fue realizado por los arquitectos Pedro Muguruza (1940-1949) y Diego Méndez (1949-1959). El general Franco supervisó muy de cerca y casi a diario, desde los planos iniciales hasta la conclusión de la obras, la marcha de la edificación. El Valle de los Caídos fue su empresa, su gran aspiración y su mausoleo de eterno descanso.

Las colosales proporciones del monumento, el lugar elegido para su construcción, los sistemas de trabajo, el tiempo empleado, etc., llevan a pensar en la presencia de un número increíble de trabajadores. Se necesitaron para la conclusión de esta obra faraónica millones de horas de trabajo. Buena parte de esta ingente labor fue realizado por los presos republicanos, quienes, de esta manera, redimían teóricamente parte de su condena o, como diría el jesuita Pérez del Pulgar “contribuían con su trabajo a la reparación de los daños” que habían causado. Según Daniel Sueiro, reducían “dos días de pena por cada uno de trabajo”⁶⁹. Por un trabajo agotador y asfixiante, “recibían un salario diario de 2, 4 ó 5 pesetas, según las épocas, la peligrosidad del trabajo y las condiciones familiares”⁷⁰. Los reclusos con su trabajo redimían las penas y el gobierno y las grandes empresas se enriquecían con el sudor de estos presos políticos.

El trabajo era agotador, las condiciones laborales frecuentemente inhumanas, las medidas de seguridad nulas, la peligrosidad muy alta, etc. Bajo estas condiciones de

⁶⁹ Daniel Sueiro: *El Valle de los Caídos*. Madrid: Editorial La esfera de los libros, 2006, p. 52.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 69.

trabajo, los accidentes eran permanentes y las muertes o mutilaciones graves continuas. Por otra parte, la respiración permanente del polvo del granito llevó a muchos de estos trabajadores a contraer graves enfermedades pulmonares, la más común de ellas la silicosis, de la que murieron también muchos de estos trabajadores. Desde nuestra perspectiva, es lógico pensar que el trabajo forzoso en el Valle de los Caídos, o en otros mil destinos, fuera odiado por la peligrosidad que encerraba y por el agotamiento que producía. Sin embargo, los prisioneros de guerra optaban a estos trabajos de manera decidida porque era una forma de escapar del infierno de las cárceles. Como afirma Daniel Sueiro:

El olor de la muerte y el hacinamiento de las prisiones españolas en la inmediata postguerra también debieron influir en la inmediata posguerra en la aceptación por parte de muchos de los penados, del nuevo sistema de redención de penas por el trabajo y su patética salida al aire libre en destacamentos como los que empezaban a construir la gran tumba que tanta muerte inacabable parecía requerir.

El Valle de los Caídos es símbolo de una realidad histórica, pero también es expresión de la violencia de un Régimen que no dudó en emplear cualquier sistema que lograra enaltecer la razón y la bondad de su empresa, el sentido sagrado de una epopeya bélica y el providencialismo carismático de su líder. La obsesión casi enfermiza de Franco por perpetuar su nombre y su gesta hizo que un proyecto personal se convirtiera en expresión de un ideal nacional. Para ello, contó con todos los medios económicos, materiales y humanos sin poner freno a las consecuencias con tal de garantizar el resultado. El Monasterio-mausoleo del Valle de los Caídos fue la única obra faraónica que se realizó en España, siguiendo al pie de la letra la estética fascista y respondiendo a los principios megalómanos de su promotor.

IV.- 4.-Política y Tribunales de Depuración

Como se afirmaba en páginas anteriores, el 1 de abril de 1939 pudo acabar la guerra para los vencedores, pero no fue así para los vencidos. Estos siguieron experimentando la cruda realidad de una represión brutal. Para ellos no hubo fin de la contienda, porque para los insurrectos lo realmente importante no era tanto ganar una guerra como exterminar al enemigo. Deseaban una victoria completa a través de la aniquilación total de sus adversarios. Por eso, los triunfadores de la contienda buscaron, con afán casi enfermizo, acabar con toda presencia de resistencia activa o callada, real o supuesta, por parte de los supuestos rivales políticos. Este programa de limpieza sistemática les llevó

a mantener una política de exterminio de los enemigos de España, de la anti-España o de la antipatria, tal como era valorado el bando republicano. Al respecto, son altamente ilustrativas las ideas que el jesuita Eugenio Fernández Almuzara vierte en su conocido ensayo *Evangelio de la Nueva España*:

En España, menos que en parte alguna, puede haber conciliación entre el espíritu católico y el espíritu revolucionario. Y, surge, inevitablemente, el duelo a muerte entre la Iglesia y la revolución, la contienda entre las dos ciudades perpetuamente enemigas: la patria y la antipatria (p. 13).

La guerra pudo acabar, pero, después de esta, no cabía la reconciliación “entre las dos ciudades perpetuamente enemigas”. El duelo a muerte entre las dos Españas seguía tan vivo como en épocas anteriores a la confrontación abierta. La diferencia ahora era que la violencia represiva estaba sólo en manos de los vencedores. No hubo perdón, porque no podía haber “conciliación entre el espíritu católico y el espíritu revolucionario”. El espíritu de revancha y de violencia siguió tan vivo y operativo como en los tiempos de la confrontación bélica. Sin ninguna exageración, se puede afirmar que la política del nacional-catolicismo se caracterizó durante toda la época del franquismo por un marcado espíritu de represalia y de venganza contra toda presencia de ideologías o conductas no afectas al sistema dominante.

Para el bando vencedor no fueron suficientes las 100.000 víctimas ocasionadas durante la guerra, los miles y miles de ajusticiados en la posguerra, los 270.000 reclusos en las cárceles y en los campos de concentración, los más de 250.000 exiliados, etc. ¿Se podía pedir más? La respuesta debe ser afirmativa. Se buscaba, sin reparar en medios, la purificación total de la patria para generar una Nueva España. Esta política de purificación y exterminio de todo supuesto enemigo generó el hecho, tan incuestionable como sorprendente, de la existencia de 30.000 prisioneros de guerra en cárceles, batallones de trabajo y campos de concentración a principios de la década de los cincuenta, después de haber transcurrido más de diez años desde el final de la guerra y cuando era inexistente cualquier posible resistencia organizada contra el régimen instituido. Sin embargo, este cuadro un tanto dantesco de cifras no es suficiente para tener una visión completa del sistema represivo del nacional-catolicismo. En este contexto, no se puede obviar la intensa y persistente política de las depuraciones y purgas. En el sistema franquista, si no se demostraba lo contrario, todo ciudadano era sospechoso de desafección y rebeldía. Era necesario demostrar y haber evidenciado la

bondad y la entrega a la causa de los nacionales. Por parte del sistema se daba una activa caza de brujas con la idea de conseguir una España sin contaminación alguna de las ideas y de las conductas liberales y democráticas de la República. Las depuraciones y las purgas estuvieron vigentes durante los casi cuarenta años de vida del franquismo. Sin embargo, hasta los primeros años de la década de los cincuenta la represión oficial se caracterizó por una violencia inusitada. La depuración de elementos indeseables o rebeldes para la causa oficial fue altamente operativa y eficaz. Fue, igualmente, una operación de alto interés político organizado y llevado a cabo desde las más altas instancias del poder.

Es difícil marcar con precisión los límites de actuación correspondientes a los principios supuestamente legales de la represión, la censura y las depuraciones. Todas ellas fueron medidas coercitivas y punitivas para conseguir por parte del régimen establecido sus fines programados. Sin embargo, aún conscientes de este problema de partida, nos vamos a limitar a este último aspecto por ser el tema que interesa resaltar en este apartado. Cabe decir que no hubo lugar en toda la geografía española, por alejada que esta estuviera o por pequeña que fuera, que no se realizara una concienzuda revisión de conductas y de hechos y, como consecuencia, que no se aplicaran las medidas oportunas de imposición, entre las que cabe destacar la amplia y activa política de las depuraciones.

Desde los primeros Boletines de la Junta Nacional de Defensa se decreta toda una serie de leyes y normativas para imponer “los santos principios de la Religión y de la moral cristiana” y para exaltar “el patriotismo” (orden de 4 de septiembre de 1936). Religiosidad y patriotismo son, una vez más, las bases que sustentan todo el edificio ideológico del nacional-catolicismo. Para el logro de estos fines, se decreta en leyes sucesivas: la prohibición del uso de cualquier estación de radio o emisora de onda corta o extracorta (30 de julio de 1936); la destrucción de cuantas obras de matiz socialista o comunista se hallen en bibliotecas ambulantes o escuelas (orden de 4 de septiembre de 1939); la ilicitud del comercio y circulación de libros, periódicos, folletos y toda clase de impresos y grabados pornográficos o de literatura disolvente (orden nº 66 del 23 de diciembre de 1936); el establecimiento de las normas de censura en la actividad cinematográfica, imponiendo un control absoluto de todas las películas tanto nacionales

como extranjeras (orden del 12 de diciembre de 1937); etcétera. Se va cerrando, de esta manera, el círculo represivo sobre radio, prensa, libros, cine, etc.

Un ejemplo claro, entre los muchos posibles de ofrecer, es la orden de la Junta de Defensa Nacional de España de 4 de septiembre de 1936 en torno a la regulación y puesta en marcha de los estudios de Segunda Enseñanza. Entre su amplia normativa se pueden encontrar los siguientes acuerdos:

Es un caso de salud pública hacer desaparecer todas estas publicaciones [obras de carácter marxista o comunista] y para que no queden ni vestigio de las mismas la Junta de Defensa Nacional ha decidido... la incautación y destrucción de cuantas obras de matiz socialistas o comunista se hallen en bibliotecas ambulantes y escuelas [disposición primera].

Como compensación a esta orden de control y de depuración, se añade a continuación una disposición segunda en la que se decretaba la naturaleza de las obras y de los materiales escolares que debían regir la educación de los niños en las escuelas:

Los inspectores de Enseñanza... autorizarán bajo su responsabilidad, el uso en las Escuelas únicamente de obras cuyo contenido responda a los sanos principios de la Religión y de la moral cristiana y que exalten con su ejemplo el patriotismo de la niñez.

Todos los medios de difusión, de propaganda y de educación quedaban en manos del régimen vencedor. Podían realizar su política ideologizadora sin limitaciones materiales y sin competencia cultural. La incautación de todos los medios de comunicación como la depuración de todo material oficialmente subversivo y peligroso para la salud pública convertía al Estado franquista en dueño absoluto de todo el aparato informativo y de todos los medios de información.

Pero estas medidas, aunque altamente eficaces para alcanzar la uniformidad ideológica de la población española, no eran suficientes. Después de controlar los medios y los instrumentos de información, se hacía necesario supervisar y valorar la identidad y la ideología de los sujetos creadores y difusores de las ideas y de la cultura. El control de los hombres del conocimiento y de la ciencia fue sorprendentemente minucioso y profundo. Se acogió en el seno del sistema a los individuos que habían demostrado su identidad y su adhesión al régimen y se penalizó a todos aquéllos que habían actuado contra los intereses del grupo nacional o que se habían convertido ante los ojos del sistema en elementos dudosos por no haber evidenciado una afección completa. Se

iniciaba así una política de depuraciones sistemáticas sobre la mitad de los españoles, sobre la otra España, pero, entre éstos, muy especialmente sobre los elementos del funcionariado público. El artículo tercero del decreto nº 108 del 16 de septiembre de 1936 de la Junta Nacional de Defensa ordena la “depuración de los funcionarios públicos”. No había otra alternativa: exterminio o depuración.

La orden de 24 de diciembre de 1936 dice textualmente en su declaración de intenciones: “La enorme gravedad del daño [se refiere a la cultura republicana] impone un remedio pronto y radical. Se ha vertido mucha sangre y es ya inaplazable la adopción de aquellas medidas represivas y de prevención que aseguren la estabilidad de un nuevo orden jurídico y social y que impidan además la repetición de la tragedia”. La orden no deja espacios para la duda; es clara e inapelable: represión y prevención. Se institucionalizaba la política represiva y preventiva que iba a regir todo el tiempo de gobierno del general Franco.

A partir de los primeros meses del levantamiento militar, superado el primer momento de violencia indiscriminada y de brutal represión, se van creando diversas comisiones depuradoras que juzguen la conducta de los miembros dudosos o contrarios al sistema. Desde todos los ministerios, se decretan las órdenes oportunas para la constitución de estas comisiones o tribunales.

Orden del 1 de febrero de 1938:

Orden “sobre aplicación de sanciones por desafección al Movimiento Nacional a funcionarios de la administración”.

Decreto 478 del Ministerio de Asuntos Exteriores de 11 de febrero de 1938:

Por el que se constituye el Tribunal... “relativo a la depuración del personal del antiguo Ministerio del Estado”.

Orden del 18 de marzo de 1938:

Orden “sobre depuración de funcionarios y creación de la Comisión Superior Dictaminadora de los expedientes de depuración”.

Orden 537 del 11 de abril de 1938:

Por el que se “regula la depuración del personal de Educación Nacional en la zona liberada después del 1 de enero..”.

Orden 569 de 13 de mayo de 1938:

“en la que se establecen las medidas para la depuración del personal que desempeña las habilitaciones del Magisterio Nacional”.

Orden 575 de 19 de mayo de 1938:

Orden que hace “extensiva la depuración del personal docente a la Enseñanza privada”.⁷¹

Orden de 6 de agosto de 1938:

Orden por el que “se regulan las suspensiones de empleo y sueldo de Funcionarios y de Maestros con motivo de los expedientes de depuración”.

Este cuadro de órdenes y decretos que van desde primeros de febrero a principios de agosto de 1938⁷², sin ser completo, revela diáfamanamente la obsesión del aparato rector del régimen franquista por depurar a todo elemento no afín a la ideología dominante. Es sorprendente esta superposición de leyes y normas para lograr un mismo objetivo. Llama igualmente la atención que este tipo de normativa no sólo se caracterice por su multiplicación sino también por la diversidad de su origen. Desde todas las instancias del poder y desde todos los centros de decisión se toman múltiples medidas depuradoras para erradicar de la geografía española toda presencia de ideologías contrarias o no afines al sistema.

El 1 de abril de 1939 acababa la Guerra Civil. Durante los tres años de contienda, se aplicó, como se ha podido comprobar en párrafos anteriores, una política sistemática de exterminio y depuraciones. Este control férreo de represión y de prevención no fue

⁷¹ Es muy curiosa la filosofía de esta orden por la que se hace extensiva la depuración del personal docente a los centros de enseñanza privada. Expresa la orden: “El carácter que la legislación vigente imprimió desde el primer momento a la depuración del personal docente, obliga a este Ministerio a tomar las medidas precautorias indispensables para evitar que el personal separado de la Enseñanza Oficial pueda ocasionar en los establecimientos de Enseñanza Privada las deformaciones espirituales de la juventud que se quisieron impedir en los establecimientos públicos”. Como se puede observar, la política de las depuraciones llegaba a todas partes y los depurados se encontraban inhabilitados para poder ejercer su profesión educadora.

⁷² Con anterioridad, la Comisión de Cultura y Enseñanza en su circular de 3 de febrero de 1937, dictamina las “normas aclaratorias a las comisiones depuradoras del personal docente”; en la orden 130 de 27 de febrero de 1937 se determina las normas para la aplicación de la suspensión de empleo y sueldo o incluso la jubilación forzosa; por la orden de 13 de mayo de 1939 se decretaban los “expedientes de depuración de Catedráticos de Instituto”; las órdenes de 4 y 6 de mayo de 1939 reinciden nuevamente sobre el tema de las resoluciones de los expedientes de depuración; etc. El lector interesado puede igualmente leer en el Boletín Oficial las órdenes de 10 de noviembre de 1936 “dadas para el cumplimiento del Decreto de 8 del mismo mes, [por las que] facultó a las comisiones depuradoras del personal docente” a aplicar las medidas correctoras pertinentes.

suficiente. El 25 de enero de 1940 por orden del Gobierno de la Nación se constituyó en cada provincia una comisión denominada “Examen de penas”, cuyo destino fundamental era “liquidar las responsabilidades contraídas con ocasión de la criminal traición que contra la Patria realizó el marxismo al oponerse al Alzamiento del Ejército y la Causa Nacional, con el fin de alejar, en lo humanamente posible, desigualdades... [debido a que] ha faltado la uniformidad para enjuiciar y sancionar con penas iguales delitos de suma gravedad”. Esta orden demuestra que después de casi cuatro años de brutal represión, el régimen franquista seguía buscando responsabilidades para penalizarlas con sanciones a la altura de la gravedad de los delitos. ¿Qué otro sentido pueden tener los Tribunales Regionales de Responsabilidades políticas?

Estos tribunales actuaron con un rigor extremo durante casi otros tres años. Sin embargo, la severidad jurídica de estos tribunales se fue suavizando según iban disminuyendo los casos que debían ser juzgados. Sin embargo, el régimen nunca bajó la guardia. Durante todo el franquismo, existió un espíritu claramente revanchista contra los enemigos o aquellos no afectos al régimen. A finales de 1940, por orden publicada el 25 de diciembre, se daban normas “para terminar la depuración por las comisiones depuradoras”. Era una normativa que se iba aplicando de manera puntual según la situación de cada provincia. Como prueba de lo afirmado, cabe decir que durante julio y agosto de 1942, en órdenes sucesivas se decreta el cese del Personal de los Tribunales Regionales de Responsabilidades Políticas en las provincias de Murcia, Mallorca, Melilla, Huesca, Teruel, Valencia, Cuenca, Granada, Pamplona, etc. Por orden de 11 de noviembre de 1942, desde la Presidencia del Gobierno, se ordena “el cese de Jueces, Secretarios y Secretarios Suplentes de los Juzgados Instructores Provinciales de Responsabilidades Políticas de Badajoz, Córdoba, Castellón de la Plana, etc. Pero a pesar de estas órdenes de cese y clausura de estos tribunales, se aseguraba el mantenimiento y la operatividad de ellos. Como afirma la orden del 4 de diciembre de 1940 “queda autorizada la Subsecretaria (Ministerio de Educación Nacional) para nombrar un Delegado de la Comisión Superior en aquellas provincias en que habiendo terminado su labor las Comisiones surja alguna incidencia que deba ser cumplimentada en ella, ya se trate de ampliación de informes, pasar pliego o cargos o informar directamente al Ministerio sobre cualquier trámite o asunto de depuración”. Se abría la puerta para que, llegado el caso, se pusiera en marcha el aparato inquisitorial de las depuraciones.

¿Qué número de personas pudo ser depurado y juzgado durante estos primeros años de represión política? Es difícil de precisar. Las cifras bailan una vez más, dependiendo siempre de la posición ideológica del estudioso. Es difícil, casi imposible, poder dar una cifra con un planteamiento objetivo y científico. Por el tiempo de actividad de los tribunales y por el número de los mismos hay que concluir que la depuración pudo afectar a una buena parte de la población española, especialmente, como era de esperar, a la parte de la España republicana. Incluso, hurgando las páginas del Boletín Oficial del Estado, el lector curioso puede hallar infinidad de órdenes resolutorias de expedientes de Depuración. Pero el Boletín Oficial no es suficiente para esta búsqueda de cifras reales. Sería necesario rastrear las páginas de los Boletines Provinciales para ir deduciendo cifras más o menos próximas a la realidad. Incluso, este rastreo plural no proporcionaría una cifra exacta, ya que, como consta por testimonios individuales, no todos los casos de depuración eran sancionados oficialmente en los boletines oficiales. De todas formas, los números definitivos de depuraciones a lo largo de los primeros años del gobierno franquista y durante el resto de su mandato⁷³ tienen que ser sorprendentemente altos.

Aunque las cifras pueden ser escandalosamente altas, mucho más grave que el número de los depurados fue la calidad de estos. Los diferentes niveles de enseñanza, desde la primaria hasta la universitaria, se resintieron gravemente. Mas del 50% del profesorado fue expedientado y muchos de ellos depurados. Es llamativo que el primer expedientado oficial fuera el rector de la Universidad de Salamanca, Miguel de Unamuno (orden de 28 de octubre de 1936), quien pocas semanas antes, concretamente por decreto de la Junta Nacional de Defensa de 4 de septiembre de 1936, se le confirmaba “en los cargos de Rector Vitalicio de la Universidad de Salamanca y titular de la cátedra de su nombre en el mismo centro, con cuantas prerrogativas y atribuciones se le confirieron en el decreto de 30 de septiembre de 1934”. Poco tiempo pudo disfrutar el gran ensayista vasco de las prerrogativas y atribuciones que le correspondían como rector vitalicio y como catedrático de la Universidad de

⁷³ En este contexto no se puede olvidar que para perfeccionar el aparato represivo y depurador, que de una manera u otra estuvo activo durante todo el ejercicio político del franquismo, se fue redactando toda una serie de leyes que iban englobando las anteriores, de forma que nunca se prescribía una ley previa. Así surgieron la Ley de Responsabilidades Políticas (9 de febrero de 1939); la Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo (1 de marzo de 1940); La ley para la Seguridad del Estado (11 de abril de 1941); etc.

Salamanca. Esta política llega a un estado de paroxismo, cuando se observan diferentes órdenes en las que se depuran aquellas figuras más sobresalientes de la universidad española que se hallaban en el exilio o represaliados en diferentes cárceles españolas. Entre otras eximias figuras aparecen retirados de sus cátedras y cargos:

Luis Recasens Siches
 Honorato de Castro Bonet
 Pedro Carrasco Garronera
 Blas Cabrera Felipe
 Manuel Martínez Risco
 Francisco Bonet Marco
 Luis Jiménez Asua
 José Giral Pereira
 Gustavo Pittalana
 Fernando de los Ríos
 Juan Negrín López
 Julián Besteiro Fernández
 José Gaos González
 José Castillejo y Duarte
 Wenceslao Roces Suárez
 Joaquín Xirau Palau
 José Xirau Palau
 Pedro Bosch Gimpera
 Pompeyo Fabra Poch
 Américo Castro
 Claudio Sánchez Albornoz
 Agustín Visuales
 Niceto Alcalá-Zamora
 José Puche
 Luis de Zulueta
 Pedro Salinas
 Juan M. Aguilar
 Manuel López Rey⁷⁴
 Etcétera⁷⁵.

La lista de eminentes profesores universitarios expedientados podría alargarse considerablemente. Con las figuras señaladas es suficiente para demostrar la sangría que sufrió la universidad española con esta política de represión cultural y política⁷⁶. Algo

⁷⁴ Son unos cuantos nombres expedientados y separados de forma definitiva de sus cátedras de universidad por órdenes aparecidas en el Boletín Oficial del Estado en los días 17 de febrero y 25 de febrero de 1939.

⁷⁵ B.O.E. de 29 de julio de 1939. Simplemente se señalan algunos nombres del conjunto de profesores universitarios expedientados y expulsados de sus cátedras.

⁷⁶ Una lectura muy diferente a la que se hace en estas páginas es la presentada por el equipo de Andrés-Gallego en el capítulo “Universidad y ciencia en la Universidad de Franco” en la obra *Historia de España. España actual. España y El mundo (1936-1975)*. Op. Cit., pp.334-361. Creo que el lector debe conocer igualmente esta interpretación para poder optar por la más convincente y razonada.

parecido podría decirse de los catedráticos de institutos, profesores de enseñanza media y maestros de primaria. El único delito que se les podía achacar a la mayoría de ellos era el haber comulgado con la filosofía republicana por sentirse demócratas y fieles a la legitimidad política de España sin estar necesariamente adscritos a una ideología política. Como afirma Manuel Tuñón de Lara, “la derrota de la República fue la derrota de los intelectuales, de los hombres de cultura en todos sus niveles”⁷⁷. La pregunta que surge ante la realidad que se está analizando es: ¿qué habría sido de España si todas estas personalidades de indiscutible talento y de entrega generosa hubieran podido trabajar por la modernización cultural y política de España? No hay respuesta posible, pero si se puede afirmar que la Guerra Civil y el franquismo fueron una verdadera tragedia para la cultura del país.

* * * *

Si se hace un breve recuento de las consecuencias de la Guerra Civil se llega a estas sorprendentes conclusiones. Primero hay que decir que la violencia, y como derivación de ésta el miedo, fue el elemento distintivo de la política franquista. Como afirma Javier Rodrigo: “La España de Franco echó sus bases políticas en una inmensa inversión en violencia para vivir después de sus rentas”⁷⁸. De esta misma opinión es Francisco Morente, cuando afirma que “los consejos de guerra, las condenas de muerte pendientes de confirmación durante años, los campos de trabajo, el hacinamiento en las cárceles, los malos tratos, etc., se convirtieron en habituales para muchos españoles durante largos años, y configuraron un universo de terror que se extendió por todo el país paralizando durante mucho tiempo cualquier posibilidad de movilización de masas contra el régimen” (p. 180). ¿Qué se pretendía con este grado extremo de violencia que ocasionó un deterioro humano y económico tan brutal? La respuesta parece sencilla. Si la Guerra Civil dividió España en dos partes, era necesario acabar con el 50% de los españoles de ideología republicana, por representar, según el programa del nacional-catolicismo, los males que habían causado la ruina material y espiritual de España. Se imponía el exterminio físico y cultural como solución a un estado de confrontación

⁷⁷ Manuel Tuñón de Lara: “Cultura e ideología”. Op. Cit., p. 437.

⁷⁸ Javier Rodrigo: “Internamiento y trabajo forzoso: los campos de concentración de Franco”. Op. Cit., p. 6.

abierta y de violencia visceral. Se aplicó desde un principio la política de la aniquilación del enemigo a través de la eliminación física o de la destrucción emocional. Los fusilamientos, los campos de concentración, los trabajos forzados, la deshumanización y la miseria, la marginación de los vencidos, etc., todos eran medios idóneos para acabar con el enemigo. O se les fusilaba o se les destruía psicológicamente. Franco quería una España afecta y domesticada. Esto lo consiguió a través de la violencia. El régimen franquista fue un sistema sustentado en el terror⁷⁹. En palabras de Paul Preston, tanto los veinticinco años de paz como los años de prosperidad durante los tiempos del franquismo “se consiguieron con el coste de campos de trabajos forzados, exilios masivos, prisiones, torturas y ejecuciones entre los vencidos” (1998, p. 30). Fue el precio que España tuvo que pagar por la instauración y la permanencia del régimen franquista.

Como se decía en otro capítulo, el régimen franquista no escatimó medios ni valoró las consecuencias de sus actos con tal de alcanzar sus objetivos. La meta o finalidad del franquismo fue extirpar de raíz toda presencia del espíritu y de la ideología liberal y republicana. Para ello impuso una política de terror, con un programa bien planificado que significaba la eliminación completa del enemigo, de la otra España. Las consecuencias de esta política de exterminio del enemigo fueron terribles, pero se habían logrado los objetivos. El Régimen de Franco ocasionó unos 150.000 fusilados por causas políticas; unos 200.000 exiliados; 500.000 prisioneros de guerra en campos de concentración; 100.000 trabajadores en “Batallones Disciplinarios”; media España, miles y miles de españoles, sumida en el miedo. Pero, a través de esta política de represión y de dirigismo, se habían conseguido los objetivos programados: exterminar al enemigo por las vías de la represión física o de la anulación psicológica para imponer la ideología de los vencedores, la doctrina del nacional-catolicismo⁸⁰. Por estas razones, cuando se oían, y sorprendentemente se siguen oyendo, razonamientos en la línea de lo expuesto por Serrano Suñer, cuando afirmaba que el mayor problema que el franquismo se encontró después de la Guerra Civil en su política interior fue “la generosa y total asimilación de la masa vencida” (1947, 127), uno queda desconcertado por el grado de

⁷⁹ La utilización de la violencia física y psicológica organizada desde el aparato estatal como sistema de eliminación del adversario tuvo su primera manifestación en Europa con el franquismo. Véase al respecto Javier Tusell en *Dictadura franquista y democracia...* Op. Cit., p. 14.

⁸⁰ Véase el capítulo de Manuel Muñón de Lara “Cultura e ideología”, tercera parte del volumen X de *Historia de España. España bajo la dictadura franquista (1939-1975)*. Barcelona: Editorial Labor, 1980, especialmente páginas 435-440.

cinismo, -no puede existir otra explicación-, que revelan estas posturas⁸¹. La verdad fue trágicamente otra muy distinta.

Un país sin intelectuales y una población regida por la política del miedo crean una ciudadanía enmudecida y domesticada. La represión con sus mil y una caras actuó directamente sobre toda la población española, aceptando a los incondicionales y reeducando o castigando a los dudosos y a los desafectos. La uniformización estaba garantizada a través de una indiscutible política de terror. El régimen franquista alcanzó con éxito sus fines deseados: la erradicación del enemigo y la domesticación plena de la población no afecta e incluso la de sus adeptos. El mecanismo de consecución fue el terror. Los resultados de estos mecanismos de imposición y de control fueron tan eficaces y tan universales en toda la geografía española que para finales de la Segunda Guerra Mundial, 1944-1945, al régimen franquista le bastó el recuerdo del terror para reducir a toda la oposición a la impotencia más extrema (G. Jackson, 1980, p. 127). La prueba más palpable de esta realidad fue la entronización de la cultura del silencio como consecuencia de la política del terror.

IV.-5.- La censura como mecanismo de control ideológico

El Régimen franquista supo rentabilizar esa enorme carga de terror que impuso sobre la sociedad española. Consiguió domesticar a una amplísima población con la ideología o con el miedo. Como se ha ido viendo, aplicó sin ningún miramiento la política del exterminio físico sobre todo supuesto enemigo y la anulación psicológica sobre los no afectos a la causa. No contento con esta política de eliminación sistemática de todos los elementos no afines a su ideología, señaló sin ambages el penoso panorama con el que se iba a encontrar todo aquel que tuviera veleidades de disidencia o de confrontación. Pero esta política de represión no era suficiente. Sobre estos pilares de violencia, de aniquilación, de miedo, etc., organizó un amplio cuadro de medidas políticas y represivas destinadas a eliminar cualquier presencia de culturas contrarias y a proteger la pureza de su propia ideología. Desde los primeros días de la sublevación se estableció una relación íntima entre los aparatos represivos y los mecanismos ideológicos. Se

⁸¹ En esta línea se encuentran las exhortaciones de Federico de Urrutia quien exigía desde su obra *Checas de Barcelona* que se conservaran las checas catalanas para mantener viva la memoria de la barbarie roja. Lo curioso del caso es que todos los nacionales veían con auténtico espanto las checas republicanas y, sorprendentemente, con toda normalidad los presidios y los campos de concentración de la barbarie azul.

buscaba por todos los medios un fuerte control mental a través de un despiadado dirigismo cultural. La censura fue el mecanismo de control ideológico y cultural que funcionó durante toda la época del franquismo con una sorprendente eficacia.

La censura es una instancia de control que todo gobierno, independientemente de su naturaleza política, ejerce sobre la ciudadanía. La convivencia social impone unas leyes de comportamiento colectivo que limitan en mayor o menor medida las libertades personales. Tiene un carácter universal, ya que está presente en todos los países y en todos los momentos de la historia de la humanidad. El chamán con la magia, el sacerdote con los mandamientos, el político con las leyes, etc., imponen unas normas de conducta y unos valores de acción que deben ser asumidos por todos y cada uno de los miembros de una colectividad. En un sistema comunitario no puede existir la libertad plena. El orden social y la convivencia ciudadana exigen un control de conductas que revela una grave limitación de las libertades individuales. Es un principio universalmente admitido que la vida social coarta en mayor o menor grado la libre expresión de la persona. Pero esta pérdida de libertad individual en nombre de la convivencia social es una necesidad y una obligación.

Se vive en un estado de control institucionalizado, en el que la censura es una de las piezas básicas de dirigismo cultural y de organización política. La censura es un mal menor, pero mal necesario. La convivencia impone estas reglas de juego social. La existencia de la censura o del control de la autoridad hacia los ciudadanos, como mal menor y bien general, presenta una explicación tan lógica como sencilla. La vida comunitaria exige de la persona una dejación de parte de sus voluntades y, al mismo tiempo, un control-censura de sus acciones. La censura es una exigencia de la vida en sociedad.

Los gobiernos, en los que el uso de la censura, como dejación de parte de las libertades individuales, está encaminado hacia la búsqueda del bien social y del progreso colectivo, mostrarán un sello democrático y liberal. Sin embargo, cuando la censura se convierte en control de los ciudadanos con la finalidad de alcanzar el bien y el provecho de la autoridad establecida, ya sea ésta política o económica, entramos en los espacios de los llamados totalitarismos. La censura es uno de los índices más eficaces para

detectar y medir el grado de democracia o de totalitarismo de un gobierno, independientemente del nombre que ese gobierno reciba políticamente.

Si se toma en el presente apartado la definición que en capítulos anteriores se ha dado al régimen franquista, es posible entender la verdadera naturaleza y el auténtico fin de la censura. Se definía el franquismo como un sistema político totalitario de carácterseudofascista, conservador y tradicionalista, regido por los fundamentos del nacional-catolicismo. Como régimen totalitario impone a la fuerza su ideología con todos los medios al alcance de su poder, que son propiamente todos, “mecanismos de ideologización”, al mismo tiempo que elimina cualquier presencia de ideología no afín a sus intereses, “mecanismos de represión”, y cuida con preocupación extrema la pureza de su doctrina política, “mecanismos de control”. El principio de unidad y la razón de uniformidad imponen todos estos mecanismos de presión y de dirigismo. La censura es uno de los mecanismos más operativos y más eficaces en estos regímenes de signo totalitario. La censura es un medio de presión tan necesario como eficaz para imponer la ideología dominante y para preservar la pureza de la doctrina en el poder.

En los regímenes totalitarios, la censura, como mecanismo de control ideológico, presenta una proyección universal y omnímoda. Está presente en todos los lugares y afecta a todos los ciudadanos. Controla y anula la acción de los enemigos ideológicos del régimen y, al mismo tiempo, cuida y rectifica las posibles desviaciones doctrinales de sus adeptos. En estos contextos, el Estado aparece como único garante de la existencia y de la función de esta maquinaria perfecta en su acción de control y altamente operativa en su función represiva.

Según el artículo primero de la Ley de Prensa de 22 de marzo de 1938, incumbía “al Estado la organización, vigilancia y control de la Institución nacional de la prensa periódica”. Lo que se afirmaba de la prensa lo podemos ampliar y aplicar con plena legitimidad a todos los planos de la ideología y de la cultura, de forma que podríamos concluir afirmando que las competencias del Estado abarcaban “la organización, vigilancia y control” de todas las formas de pensamiento y de conducta⁸². Esto era

⁸² Si se lee con cuidado la normativa legal del régimen franquista, se encontraría infinidad de leyes, decretos, normas, etc., que establecen desde distintos puntos de vista las funciones de la censura. Muchas

lógico. Si la cultura tenía que tener un fin político, ésta debía estar dirigida desde el poder. La censura será en manos del régimen el mecanismo perfecto de control y de dirigismo ideológico y cultural.

Una de las definiciones más claras e inteligentes sobre la censura en tiempos del franquismo nos la proporciona el dramaturgo Antonio Buero Vallejo, quien afirma a la pregunta planteada por el periodista Antonio Beneyto sobre la censura:

La censura es un arma del poder político que pretende manipular y restringir la información pública, así como ahorrar el derecho de expresión y las actividades culturales en los marcos ideológicos oficiales. Todo ello la define como un arma contra la libertad del hombre. Se justifica invocando el bien general y la necesidad de defender la ley, el orden y la moralidad pública o privada; pero defiende, de hecho, intereses o privilegios de las clases dominantes, y las estructuras sociales, políticas e ideológicas por ellos mantenidas.⁸³

Dando la razón a Buero Vallejo, hay que afirmar que la censura controlaba todas las manifestaciones, por nimias o intrascendentes que éstas pudieran parecer, de la vida social y personal. Todo se supervisaba y todo se valoraba, aceptando lo que estuviera de acuerdo con la ideología del régimen y prohibiendo lo que se hallaba en desacuerdo o no aparecía como conveniente para los intereses del poder. Desde los grabados de los celofanes de los envoltorios de los caramelos hasta la música folclórica, pasando por los anuncios comerciales, todo tenía que tener el visto bueno oficial para que tuviera presencia social. Los casos de prohibiciones llegaban a situaciones incomprensibles. Los ejemplos se pueden multiplicar, pero sirvan unos pocos para comprender la dinámica y el absurdo a los que la censura podía llegar. La “montaña rusa” se transformó en “montaña suiza”; la “ensalada rusa” en “ensalada española” y “Caperucita roja” se rebautizó en “Caperucita azul” (Fernández Soria, 136). Los anuncios de los caramelos chupa-chups fueron prohibidos por las posibles connotaciones pornográficas que podían sugerir (Lorenzo Díaz, 462). El título de la obra de Valle Inclán *Los cuernos de Don Friolera* se convirtió en los carteles simplemente en “Don Friolera”, ya que el término “cuernos” era irrespetuoso y poco aconsejable. Lo mismo sucedía con ciertas figuras muy populares pero con cierto grado a tufillo rojo como fue el caso, entre otros, de Jacinto Benavente. Cuenta Juan José

de estas leyes se han tratado en el capítulo sobre “Los mecanismos jurídicos de ordenación jurídica”, especialmente las Leyes de Prensa de 1938 y 1966. Remito al lector interesado al capítulo mencionado.

⁸³ Antonio Beneyto: *Censura y política en los escritores españoles*. Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1976, p. 21.

Montijano que “Benavente, todavía vetado, ya que andaba en vías de depuración habida cuenta de sus devaneos con el gobierno de la República; de tal manera que su nombre no aparecía en las marquesinas ni carteles de aquellos teatros en donde estuvieran poniendo en escena alguna de sus obras, sino que, en su lugar podía leerse: “Del inolvidable autor de *La malquerida*” (2010, p. 118). Por otro lado, la copla y los pasodobles tenían los parabienes del Estado por representar la genuina música española⁸⁴. Sin embargo, el zortziko, aire tradicional vasco, o la sardana, composición típicamente catalana, tuvieron muchos y serios problemas, especialmente en los primeros años del nacional-catolicismo, porque sonaban a música separatista y, por tanto, a compases muy poco españoles. ¿Qué decir, por poner otro ejemplo, en esta misma línea de consideración, de las canciones catalanas y vascas? El caso vasco es altamente significativo. En la calle sonaban las músicas españolas y en los recintos cerrados, como en las sociedades gastronómicas, se entonaban a puerta cerrada las canciones vascas. Durante la primera época del franquismo, la música vasca no tenía presencia en los espacios abiertos por ser considerada como pernicioso para la salud pública.

Para comprender el verdadero calado de la censura basta recordar algunas normas publicadas en el Boletín Oficial del Estado. Las prohibiciones asumían valor de ley y su cumplimiento era de absoluta obligatoriedad. Estas normas no sólo se aplicaban a aspectos importantes de la vida social o cultural, sino a verdaderas trivialidades que el Estado debía considerar de alto valor político. Uno de los casos más llamativos es la prohibición de los nombres propios de significado tendencioso o de semántica separatista. La Orden del Ministerio de Justicia de 21 de mayo de 1938 prohibía:

... el uso de nombres de significado tendencioso... como Libertad o Democracia o los nombres de las personas que habían intervenido en la revolución ruso-judía, o la que la fenecida República tomaba como modelo o arquetipo.
Debe señalarse también como origen de anomalías la morbosa exacerbación en algunas provincias del sentimiento regionalista, que llevó a determinados registros

⁸⁴ Las canciones populares también pasaron por el control riguroso de la censura, y bastantes de éstas sufrieron las consecuencias del examen censorio. Incluso, la gran mayoría del público español desconoce la censura que recayó sobre canciones tenidas actualmente como tradicionales e históricas. “El preso numero de siete” que popularizó la cantante norteamericana Joan Baez, el bolero “Bésame mucho” de Lucho Gatica, el chotis de Celia Gámez “Pichi”, el tango de Carlos Gardel “Adiós, muchachos”, ciertos pasodobles de Lola Flores o Conchita Piquer, etc., etc., fueron canciones censuradas. En la canción popular se penaba las secuencias de amores prohibidos o las escenas un tanto incorrectas moralmente o bien las situaciones en que el protagonista de la acción se enfrentaba abiertamente contra el designio divino para imponer la fuerza de su pasión o sentimientos.

buen número de nombres, que no sólo están expresados en idioma distinto al oficial castellano sino que entrañan una significación contraria a la Unidad de la Patria. Tal ocurre en las Vascongadas, por ejemplo, con los nombres de Iñaki, Kepa, Koldobica y otros que denuncian indiscutible significado separatista.

Las cosas más inocuas y los comportamientos más infantiles, -canciones populares, nombres de personas, chucherías, etc., sólo por poner unos pocos ejemplos- no se libraban del control de la censura. Nada quedaba al margen de la intervención oficial. La presencia del sistema atenazaba y controlaba todos y cada uno de los actos personales y colectivos de la sociedad española.

El poder omnímodo de este aparato de control llegaba a todas partes de la geografía española, desde las grandes capitales hasta las aldeas más pequeñas y alejadas. La intervención de la censura era tan universal y operativa que nada ni nadie se libraba de su influencia. Incluso, la censura se ejercía con más fuerza en los lugares distantes que en las capitales de provincia o en la capital del Estado⁸⁵. Un ejemplo altamente ilustrativo de estos filtros censorios sería, por ejemplo, la representación de una obra teatral en una pequeña localidad de una provincia cualquiera de la geografía española. Para su representación, la obra tenía que tener el visto bueno, primero, de la delegación local, después, el de la Delegación Provincial y, finalmente, el de la Delegación Central. Cualquier actividad cultural tenía que pasar filtro tras filtro para poder hacerse realidad. Para el gobierno lo importante era controlar.

Puede dar la impresión de que la censura como control tan generalizado y tan eficaz tenía que presentar una legislación perfectamente planificada. Sólo un cuerpo de leyes y normas, perfectamente reglamentado y ordenado, podía sacar una rentabilidad tan importante. Sin embargo, la realidad fue muy distinta. Todo se basaba en un compendio de normas generales muy poco sistematizadas. Existían infinidad de leyes, decretos, normas y consignas de funcionamiento, pero no había una regulación precisa y coherente. En este contexto, la intuición y el saber de los censores tenían que compensar la falta de normatividad. La filosofía del cuerpo de censores era clara y expeditiva. No estaban para convencer, sino para vencer y dirigir. Interesados por la práctica y por los

⁸⁵ Bernardo Estornés Lasa, auténtico pulmón y corazón de la Editorial Auñamendi, comentaba que tuvo que trasladar la residencia fiscal de la editorial a Madrid para evitar todos los controles que suponía tener la residencia en San Sebastián. Depositaba los libros directamente en la delegación de Madrid, evitando de esta manera el control en la Delegación provincial de San Sebastián, cuyo veredicto pasaría posteriormente a la de Madrid.

resultados, marginaron o se desprecuparon de la teoría. La censura actuaba con realidades y no con ideas. Simplemente, se había trasplantado al campo de la cultura el espíritu que había dominado durante la guerra. La censura tenía un sentido bélico, cuyo programa era destruir toda presencia enemiga y cuidar la pureza de la ideología propia. Desde este punto de vista, era comprensible la importancia que se daba a la práctica en detrimento de la teoría. Había que pensar poco y actuar mucho.

El cuerpo de censores, salvo algunos intelectuales jóvenes, no formaba un grupo preparado para los menesteres encomendados. En muchos casos, la formación de estos dejaba mucho que desear. El sistema no pedía a sus censores sutilezas intelectuales sino afección plena. Las anécdotas y los chistes sobre situaciones un tanto hilarantes en los que la censura tenía un fuerte protagonismo eran innumerables y nunca quedaba bien parada⁸⁶. Se partía de que todo escrito o manifestación cultural tenía que salvaguardar los principios de la moralidad sexual, de la pureza ideológica, de la rectitud religiosa y de la reverencia a la jerarquía. Moralidad, religión, patriotismo y obediencia a la autoridad eran los cuatro planos de actuación de la censura. Una vez más se constata que los fundamentos de la *moral de la respetabilidad* dominaban los criterios censorios. Eran tan estrictos en sus juicios que ni siquiera Francisco Franco o Carrero Blanco, escritores habituales bajo seudónimo, se libraban de los efectos de la censura. Cuando se descubría la autoría de estos escritos, como era de esperar, se reconducía rápidamente la situación. Algo muy parecido se puede deducir de la filosofía interna que revelan ciertas órdenes de los Boletines Oficiales de la Junta de Defensa Nacional. En el Boletín de la Junta en su Orden de 2 de septiembre de 1936 se afirma textualmente:

La Junta de Defensa Nacional ha dispuesto que, por ningún concepto, se aplique la censura postal a los pliegos que vayan dirigidos a los Vocales de la Junta o a ésta como entidad, y lo mismo a los que, sea cualquiera su destino, procedan de la repetida Junta, lo que se podrá comprobar por el sello del sobre.

⁸⁶ Se cuenta como realidad, bien puede ser un chiste más sobre la censura, que un muchacho llevaba *El capital* de Marx. En el control de la aduana, el policía le quiso requisar el libro por estar escrito, según se cuenta que el policía dijo, “por Marx el ruso”. El muchacho replicó que su libro “no estaba escrito por Marx el ruso, sino por Marx el alemán”. El policía le contestó: “si es Marx el alemán y no el ruso, puede pasar”. Sí puedo contar como realidad por haberla vivido personalmente el castigo que la autoridad militar le dio a un soldado que hacía el campamento en Araca, consistente en destinarle a un batallón de castigo a África, donde pasó doce meses cavando y cubriendo las zanjás, trincheras o letrinas, por encontrarle leyendo, según constaba en el acta de castigo, “el libro subversivo: *La república*”. Como puede imaginar el lector, era *La república* de Platón. ¡Qué pena no poder dar los nombres del cabo delator, del capitán y del coronel del campamento! Era el invierno de 1971. ¿Qué hubiera acontecido si la anécdota hubiera acaecido treinta años antes, en 1941?

Días más tarde, concretamente en la Orden 139 de 11 de septiembre, se vuelve a insistir en la prohibición de ciertas conductas censorias hacia miembros destacados del Ejército. En esta ocasión se refiere a la generales de división. En términos casi idénticos a la Orden anterior se dice que “se amplía la orden de aplicación de la censura postal a los pliegos que se dirijan a los Vocales de la Junta de Defensa, para la correspondencia dirigida a las Autoridades militares que manden división”, insistiendo una vez más que este orden “se comprobaría por el sello del sobre”. Unas órdenes de esta naturaleza manifiestan claramente el celo y la amplitud de actuación de la censura. Queda claro que Franco y Carrero, en la instancia de su anonimato, como los miembros de la Junta de Defensa y los generales de división, en un primer momento, fueron objetivo directo de la vigilancia censoria. Si esto acontecía a las altas jerarquías del sistema, ¿qué pasaría con los pobres mortales de la población civil o con aquellos que ante las autoridades eran considerados como personas desafectas o peligrosas para los intereses del sistema?

Vigilaban y cuidaban escrupulosamente todos los puntos del programa censor. Ante cualquier tipo de duda o sospecha, se imponía la ley del lápiz rojo. No había espacios para las oportunidades aperturistas. Si un libro olía, aunque fuera mínimamente, a comunismo, liberalismo, democracia, etc., sistemáticamente era prohibido. Incluso, el título sospechoso de un libro sin contenidos problemáticos desde la perspectiva de la ortodoxia oficial era prohibido sin ningún miramiento. Algo parecido sucedía con los nombres de los autores. No importaba la naturaleza del texto, era suficiente la firma del autor. El libro más inocuo con un titular “maldito” entraba irremediabilmente en el saco de lo prohibido. Esto sucedía con todas aquellas figuras que se habían destacado en los planos de la política o de la cultura republicanas. La única norma que gobernaba en la acción censoria era la eficacia. No había lugar para dudas o consideraciones. El sistema no pedía a los censores exquisiteces ideológicas o grandes conocimientos, sino una plena adhesión con una eficacia bien probada. La fidelidad y la eficiencia a los principios del Movimiento eran la mejor garantía de éxito y de reconocimiento. La formación era algo secundario.

Es fácil entender que una censura basada en un compendio de normas generales, poco sistematizadas y nunca redactadas con criterio de sistema legal, con unos censores por lo general poco preparados culturalmente pero incondicionales al sistema, etc., cayera

en arbitrariedades muy serias. Las veleidades eran muchas y la inflexibilidad era total. Si Camilo José Cela pudo publicar una de sus más importantes obras *La familia de Pascual Duarte* fue llanamente por ser quien era: un falangista censor. Si hubiera firmado la obra con seudónimo con plena seguridad hubiera encontrado el fallo negativo de la censura, como sucedió con su pretendida segunda edición de 1943. Por muy censor y por muy falangista que fuera, Camilo José Cela sufrió las embestidas de la censura. La tercera edición de *La familia de Pascual Duarte* fue publicada en Buenos Aires en 1945. Lo mismo aconteció con otro de sus innegables éxitos como fue *La colmena* que se publicó en la capital argentina en 1951.

La eficacia de la censura se debía a ciertas causas. En primer lugar, a la omnipresencia del aparato censor por toda la geografía española. La censura estaba presente a través de sus delegaciones en todas las poblaciones, independientemente del número mayor o menor de habitantes o bien de su mayor o menor importancia económica o industrial. Esta presencia omnímoda permitía que toda actividad cultural fuera supervisada por los censores correspondientes. Junto a la omnipresencia del aparato censorio se hallaba la normativa de control que obligaba tanto a personas como a instituciones a presentar para su supervisión todo hecho de cultura o de servicio social.

Una segunda razón de la eficacia censoria descansaba en la idiosincrasia del mismo censor. Los censores eran hombres del sistema. Creían que con su trabajo aseguraban el progreso y la grandeza de la patria. Eran hombres fieles al régimen. La lealtad incondicional que profesaban les hacía ser celosísimos guardianes del bien común y de los valores del nuevo sistema. Pero a estos principios de entrega y fidelidad, había también en muchos de ellos una razón mucho más pedestre, pero sumamente necesaria: la económica. Para buena parte de los censores, su trabajo era una ayuda económica imprescindible para el mantenimiento de sus familias. Especialmente, durante los primeros años del franquismo, época más dura de la censura, la carestía de vida y los bajos sueldos obligaba a muchos españoles a optar por el pluriempleo. El trabajo censor, aunque mal pagado, era un complemento necesario e insustituible. Estaban obligados a realizar un buen y escrupuloso trabajo, si no querían perder este empleo y, como consecuencia, la paga que les aportaba. Eran hombres del régimen, pero también eran padres de familia. Conscientes de su dudosa formación intelectual, suplían sus deficiencias culturales con celo y entusiasmo. La concienzuda labor censoria que

realizaban se debía, además de por adhesión al sistema, por razones de supervivencia económica.

Una censura presente en todas partes con unos censores, aunque no muy preparados, muy fieles y escrupulosos de su deber conseguía unos resultados altamente satisfactorios. La eficacia censoria fue tal que nada había en la vida de los españoles, salvo la religión, que no estuviera plena y totalmente controlada por la censura. Fue, sin lugar a dudas, el aparato más eficaz de control y de dirigismo ideológico que contó el poder franquista para lograr sus fines políticos y culturales.

La eficacia de la censura no se explica solo por su omnipresencia y por el celo de los censores y por las fuerzas represivas ejercidas por la propia sociedad, existían otros medios y otras razones que hacían de la censura un medio extraordinariamente eficaz y operativo. No se puede soslayar la realidad de que todo fenómeno de cultura es un hecho comercial. La política de todo empresario, independientemente de la naturaleza de su producción, es el beneficio económico. Si un hombre de empresa arriesga un capital es simplemente porque a través de este riesgo quiere rentabilizar el capital expuesto. Esta es la ley de todo empresario, incluido el empresario cultural. En la sociedad occidental no hay cultura si no hay medios económicos que la respalden y la catapulten. Esta realidad es fácil de entender. Publicar un libro, dirigir una película o montar una representación, etc., significan desembolsos importantes de capital. Si se quiere llevar adelante uno de estos proyectos, se necesita un aporte económico considerable. El voluntarismo cultural que no quiere contar con el capital para no depender de sus intereses está abocado necesariamente al fracaso. Se impone la ley y la razón del capital. En un contexto de dirigismo cultural, como era la España franquista, el empresario para asegurar los beneficios económicos de su apuesta empresarial tenía que tener muy presente lo que quería y lo que prohibía el gobierno. La política de todo empresario, independientemente de la naturaleza de su producción, es el beneficio económico, tercera razón censoria. Con frecuencia rechazaban ciertos títulos porque sospechaban con razones fundadas los problemas que podían tener para obtener el placet de la censura. Antes de asumir problemas con los aparatos oficiales de control, preferían actuar como auténticos censores. Entre el intelectual y el censor estaba la figura del empresario que, de una manera u otra y al margen de la propia ideología, funcionaba como auténtico y fiel censor. Su política real era salvaguardar los intereses

económicos y laborales de sus respectivas empresas lo que le obligaba a asumir un papel censorio de alta calidad. Se imponía la ley de la economía en medio de un contexto fuertemente dirigido.

Algo parecido se puede afirmar de los responsables o directores de los medios culturales e informativos. En estos casos, no siempre eran razones económicas las que determinaban el comportamiento de estos administradores de la cultura. En ocasiones era el control ideológico que la administración ejercía sobre ellos. Como se ha visto con anterioridad, las Leyes de Prensa responsabilizaban a los directores de todos los medios de comunicación de los contenidos editados en sus publicaciones. Independientemente del autor del escrito, también eran responsables de lo publicado tanto el director como el empresario. Las penas que sobre ellos podían caer eran, además de la pérdida de la dirección del medio, multas económicas y exclusión de la actividad periodística. Era una responsabilidad muy alta para andar con veleidades aperturistas o con juegos ideológicos con la censura. Ante cualquier duda, no había más respuesta que la prohibición. De esta manera, un artículo en un periódico, antes de llegar a la censura oficial, pasaba por la censura, muchas veces más eficaz y dura, del director del medio. El cargo y el trabajo de un director dependían en gran manera de su eficacia censoria. Francisco Umbral, hablando de su labor creativa ante la censura, afirmaba que:

...entre la censura y yo se interponen siempre directores de periódicos, editores, redactores jefe, es decir, gentes que a su vez censuran, autocensuran, ya que están implicados en lo que todos estamos implicados y, por tanto, el contacto de quien escribe con la censura no es directo, sino que hay todos estos intermediarios...⁸⁷

De esta manera, se creaba una tupida red de controles, directos e indirectos, donde nada quedaba fuera de la vigilancia oficial⁸⁸. En términos generales cabe decir que, por razones económicas, los empresarios y los gestores de la cultura y de la información se convertían en celosos cuidadores de la ideología oficial.

⁸⁷ Antonio Beneyto: *Censura y política en los escritores españoles*. Barcelona, Plaza Janes S.A. Editores, 1977, p. 49.

⁸⁸ A pesar de lo dicho, la conflictividad entre información y dirigismo cultural era mucha y muy tensa. Gonzalo Dueñas en su estudio "La Ley de Prensa de Manuel Fraga", ofrece un dossier muy completo de los medios y periodistas expedientados durante el año y medio siguiente a la promulgación de la Ley de Prensa de Fraga (Op. Cit., pp. 72-119). En estos datos, el lector puede percibir la dinámica conflictiva existente entre medios de comunicación y administración.

Queda una última instancia en este cuerpo complejo y plural de la censura. Es el papel jugado por el propio creador de bienes culturales, cuarta razón censoria. Me refiero a los intelectuales que con sus obras se convierten en autores y gestores de las obras culturales. El intelectual se encontraba en una situación sumamente delicada. O pactaba con los poderes oficiales o se hallaba abocado al silencio o a la represión. Al creador intelectual le sucedía algo similar a lo que le acontecía al empresario cultural. El dirigismo y el control del poder le aprisionaban en las redes de sus intereses. Si el intelectual era afecto al sistema gozaba de todas las ventajas y prebendas que éste le ofrecía. La primera de éstas era poder desarrollar con plenas garantías de apoyo sus inquietudes creadoras. Contaba con todos los medios e instrumentos para dar a conocer y exponer sus ideas y obras. Desde un punto de vista cultural y económico, se enfrentaba sólo a las limitaciones de su inteligencia o de su hacer. Los intelectuales afines al régimen fueron muchos. Entre los más destacados tenemos las figuras de Manuel Machado, Gerardo Diego, Eugenio D'Ors, José María Pemán, Alfonso Paso, José Luis Sáenz de Heredia, Luis Heredia, Fernando Delgado, Juan de Orduña, etc., quienes no tuvieron problema alguno para manifestar sus ideas y para dar a conocer sus creaciones. Existía un pacto de intereses mutuos entre el poder y el intelectual⁸⁹. El poder potenciaba desde el sistema toda acción cultural que sirviera para fortalecer ideológicamente sus intereses y el intelectual adepto al sistema gozaba de los beneficios oficiales como pago a su servicio. El intelectual afecto al régimen y respetuoso con la ideología oficial se encontraba cómodamente instalado en los espacios de la cultura dominante disfrutando de las ventajas y oportunidades que el propio sistema le ofrecía.

La teoría era muy clara, pero la práctica no era tan diáfana. En ocasiones el pacto de intereses mutuos entre el poder y el intelectual no funcionaba. Frecuentemente, la censura se cebaba también con obras y con intelectuales afectos al régimen. Los ejemplos son numerosos. Basten unos pocos como muestra de la acción de la censura hacia obras realizadas por los intelectuales de ideología fascista o bien falangista. La novela de Rafael García Serrano, *La fiel infantería*, después de haber alcanzado el Premio Nacional de Literatura José Antonio Primo de Rivera en 1943, fue retirada de

⁸⁹ Este hecho queda claro cuando se observa, especialmente durante la época de fuerte carestía en la primera época del franquismo, cómo los medios no muy afectos al sistema sufrían la escasez o la penuria de materias primas, como el papel y las tintas, caso del famoso *TBO*, comparando con el despilfarro de medios de otras publicaciones del régimen como *Vértice*, *Fotos*, *Jerarquía*, la revista negra de Falange por poner unos simples ejemplos.

las librerías y prohibida durante muchos años. Las razones de tal prohibición fueron su lenguaje agresivo y ciertas escenas procaces. La novela de Camilo José Cela, *La colmena* (1951), después de serios problemas con la censura se publicó en Buenos Aires. Las razones de sus problemas se basaban en su descarnado realismo. El tema de esta novela es la cotidianidad de una colectividad de ciudadanos que viven en un presente sin alicientes frente a un futuro dramático sin expectativas. El personaje colectivo sobrevive en un mundo gris sin un proyecto de vida ni una seguridad personal. Cela ofrecía un mundo excesivamente conflictivo como para que su novela pudiera ser publicada sin graves reservas por parte de la censura. La película del director fascista, de nacionalidad mexicana, Enrique del Campo, *El crucero Baleares*, (1941), obra de exaltación bélica y patriótica, fue prohibida por orden expresa, por lo que parece, de Carrero Blanco, y nunca desde su retirada ha sido exhibida⁹⁰. Parece que la película no fue del gusto del almirante. Otro ejemplo significativo fue el film de Carlos Arévalo *Rojo y negro* de 1942. “*Rojo y negro* fue autorizada por censura y estrenada en el cine Capitol de Madrid, pero a las dos semanas de proyección era retirada de cartel sin explicación oficial y apartada de la circulación” (D. Font, 52). Las relaciones un tanto confusas entre una falangista y un miliciano no fueron valoradas positivamente por la censura. Del rigor de la censura no se libró ni *El Guerrero del Antifaz*, uno de los héroes más carismáticos de los jóvenes españoles de las décadas de los cincuenta y sesenta.

Estos simples ejemplos demuestran que la censura no se detenía en miramientos con simpatizantes o desafectos. Su obligación era controlar todo hecho de cultura, filtrando solamente aquellos productos que reproducían y divulgaban con toda fidelidad los ideales del sistema. Cuando una obra no cumplía con estos principios, independientemente de la personalidad de su creador, la censura actuaba de manera ciega e inmisericorde. Por eso, los intelectuales falangistas, en ocasiones hasta los prelados más señalados de la Iglesia o los políticos más representativos del sistema, se vieron sorprendidos por las decisiones censorias. Si esto sucedía con quienes

⁹⁰ En este plano de prohibiciones son altamente significativos los problemas censorios que sufrieron, entre otros, el jesuita Félix G. Olmedo con su obra *El sentido de la guerra española*. Igualmente sorprendente fue la prohibición, tanto su publicación como su difusión, de la Pastoral del Cardenal primado Isidoro Goma *Lecciones de la Guerra y deberes de la paz* (8 de agosto de 1939) por defender la razón del perdón. El punto más asombroso en este capítulo de prohibiciones fue la lectura y publicación de la primera encíclica del papa Pío XII *Summi Pontificatus*. Son éstos algunos de los ejemplos que ofrece Andrés Gallego en su obra *¿Fascismo o Estado católico? Ideología, religión y censura en la España de Franco. 1937-1941*. Los ejemplos expuestos los ofrece en las páginas, 135, 194 y 212 respectivamente.

comulgaban ideológicamente con el régimen, ¿qué pasaría con los que se ubicaban al margen o al frente de la ideología dominante?

Si el intelectual se posicionaba frente al poder, se encontraba frente a una sólida muralla de trabas y prohibiciones. La censura no permitía desviaciones ideológicas y mucho menos luchas frontales. Su misión, como se ha indicado, era silenciar y acabar con toda alternativa cultural y política. La censura actuaba con todos sus medios y con toda su fuerza para erradicar toda conducta que pudiera significar desafección o rebeldía. El intelectual ubicado ideológicamente frente al poder tenía muy pocas posibilidades de dar a conocer sus ideas y de hacer pública su creación. Ante esta situación de negación, sólo podía optar por dos posturas: la confrontación abierta o el pacto parcial.

En el primer caso, ante la voluntad decidida de no claudicar ante al poder, el intelectual comprometido se refugiaba en los espacios del silencio sin poder acceder a sus posibles destinatarios. La coherencia personal era plena, pero también era total su ineficacia cultural. Su obra y sus ideas, por muy valiosas o combativas que fueran, permanecían en los terrenos baldíos de la inoperancia. El fracaso era absoluto. ¿Qué sentido podía tener la obra de un intelectual comprometido que en nombre de la coherencia personal ahogaba la libre comunicación de su mensaje? El resultado de esta postura, de gran dignidad humana, era el absurdo creador, la paradoja ideológica y la ineficacia cultural:

.- Absurdo creador, porque ofrece una obra sin receptor, incapaz de crear un diálogo y abocada necesariamente al silencio. No hay mayor absurdo que una obra de arte o de pensamiento, por magnífica y original que ésta sea, en el silencio de la ineficacia.

.- Paradoja ideológica, porque todo intelectual es consciente de la necesidad de ofrecer un mensaje que se haga realidad en los otros. Pero en este caso, oposición entre el poder y el creador, la censura rompe toda vía de comunicación entre el intelectual y sus posibles lectores, haciendo inútil y absurdo el esfuerzo creador. ¿Qué sentido tiene el acto de creación, si la obra carece de receptores? El artista o el intelectual vive en un estado de problema interior irresoluble entre sus principios y su obra. El principio de la coherencia personal niega el sentido de la obra, que, a su vez, es lo que da razón a la existencia y al trabajo del intelectual comprometido.

.- Ineficacia cultural, porque un mensaje incapaz de crear un diálogo fértil con unos posibles receptores se convierte en una misiva sin sentido y sin operatividad. Este arte de carácter combativo se nos ofrece como una comunicación fallida por falta de interlocutor. Un mensaje sin capacidad de crear una reacción responsable en unos receptores testimonia en el fracaso de sus intenciones su total ineficacia cultural.

En los sistemas totalitarios, incluso en los regímenes democráticos, el intelectual responsable y comprometido que coloca la razón de la coherencia ideológica por encima de todo está abocado al más total de los absurdos, porque, por una parte, naufraga emocionalmente como persona por encontrarse en un estado de plena indefinición entre la razón de la coherencia y el principio de la eficacia de su aportación cultural y, al mismo tiempo, vive la frustración de las expectativas comunicativas que toda obra como diálogo artístico o cultural encierra. La coherencia personal y la integridad ideológica imponen este estado de inoperancia creativa y de ineficacia comunicativa. ¿Existe mayor paradoja que la de un intelectual comprometido con su sociedad con una oferta ideológica válida y operativa destinada al silencio y a la inoperancia por el peso de las circunstancias y por el dirigismo impuesto por el poder? Esta situación es la experimentada por escritores y artistas como Alfonso Sastre⁹¹, Gabriel Celaya⁹², Blas de Otero⁹³, Víctor Erice⁹⁴ o bien los ideólogos de las corrientes del cristianismo liberal, como el Padre Llanos⁹⁵, etc.

⁹¹ La comedia compleja y el héroe irrisorio, características del último teatro de Alfonso Sastre, representan fielmente las virtudes y las limitaciones de esta literatura básicamente crítica que queda marginada ante las presiones de todos los poderes fácticos, especialmente económicos y políticos. *La sangre y la ceniza* (1965), *La taberna fantástica* (1966) o bien *El camarada oscuro* (1972) son unos buenos ejemplos de este teatro y de esta literatura.

⁹² Gabriel Celaya con sus obras *Las cartas boca arriba* (1951), *Lo demás es silencio* (1952) o bien *Cantos iberos* (1955) representa una de las apuestas líricas más deliberadamente críticas al irrumpir en los espacios de la denominada literatura social.

⁹³ Blas de Otero es otro de los grandes escritores del compromiso y de la poesía social. Sus obras *Pido la paz y la palabra* (1955), *En castellano* (1959), *Que trata de España* (1964), etc., son excelentes ejemplos de esta literatura.

⁹⁴ *El espíritu de la colmena* (1973), película antológica en la historia del cine español, representa un cine esencialmente simbólico base de su fuerte criticismo. En esta línea, habría que mencionar también la película de Luis Buñuel, *Viridiana* (1961), film rodado en España en un momento de pretensiones aperturistas, que por su crítica demoledora recibió las prohibiciones más serias del régimen franquista y de la Iglesia oficial.

⁹⁵ En el emblemático año de 1955, año de la publicación de obras tan significativas como *Cantos Iberos* de Gabriel Celaya o bien *Pido la paz y la palabra* de Blas de Otero, año igualmente en que Juan Antonio Barden da a conocer su obra *Muerte de un ciclista*, el Padre Llanos inaugura el proyecto religioso y social de *El pozo del Tío Raimundo*. Fue un intento de socializar el cristianismo o de cristianizar desde una fe

En este mismo plano se encontraban los intelectuales malditos para el régimen. Éstos representaban las ideas del totalitarismo comunista, como Carlos Marx o Mao Tse Tung, o bien personalidades identificadas con la política y la cultura de la República, como Manuel Hazaña, Rafael Alberti, León Felipe, María Teresa León, Max Aub, etc. Son unos pocos ejemplos de una realidad mucho más amplia y compleja. Las obras de todos estos autores, independientemente de los contenidos, estaban prohibidas en España debido a que la autoría era suficiente razón para su prescripción.

Frente a la tesis del posibilismo y frente a la postura de la coherencia extrema, existe otra posible respuesta por parte del intelectual comprometido para luchar contra el dirigismo ideológico y el control cultural del poder. Estos intelectuales parten del rechazo hacia el absurdo tanto cultural como artístico de una creación inoperante. Buscan una alternativa, en la que, permaneciendo fieles a sus principios, puedan ofrecer un arte desmitificador y combativo. Son conscientes de que la cultura es el resultado de un acuerdo tácito pero real entre los intereses económicos del empresario y los intereses ideológicos del poder. Frente a esta doble fuerza, economía y política, pactan con la primera de las fuerzas, la economía, pero se muestran inflexibles hacia la segunda, la política. El resultado es la creación de un arte comercial de trasfondo fuertemente crítico. ¿Cómo concretan este arte que juega en el filo de la navaja con el posibilismo comercial enfrentándose abiertamente al dirigismo político? Idean un arte comercial en sintonía con los gustos de los destinatarios, asegurando así el éxito económico, pero, al mismo tiempo, ofrecen un mensaje altamente crítico camuflado con el ropaje de la palabra indirecta del lenguaje simbólico o alegórico. Es un arte comercial y simbólico, que posibilita, por lo menos, cierto grado de diálogo crítico con unos receptores reales. Ahora bien, la carga simbólica que ofrece este mensaje funciona como autocensura para el escritor y como contracensura con relación al poder. Se habla abiertamente del principio del camuflaje comunicativo, que busca a través de mil recursos el despiste del censor⁹⁶. El intelectual tiene que buscar unos procedimientos expresivos, tanto en la forma como en los contenidos, que siendo críticos aparezcan como inocuos a la censura.

comprometida con el problema del hombre los elementos más marginales de la sociedad y de las ideologías políticas.

⁹⁶ Paula Martínez-Michel estudia en su obra *Censura y represión intelectual en la España franquista: el caso de Alfonso Sastre* toda una serie de mecanismos expresivos que permiten al autor, sin deteriorar la carga estética del mensaje, zafarse de la férrea vigilancia y control de la censura (Cfr. Hondarribia: Editorial Hiru, 2003, pp. 43-45).

Buero Vallejo, representante más destacado de esta postura, crea, por ejemplo, en *La ardiente oscuridad* (1950), un drama de ciegos, con los que embauca a un auditorio por la vía del sentimentalismo. Sin embargo, el melodrama es más aparente que real al proponer unos contenidos de un criticismo límite. La ceguera de esos jóvenes internos simboliza la falta de visión, de libertad; y el internado, donde viven estos personajes, es metáfora de la España cerrada y oscura del momento. Esta postura revela un gran acierto pero, al mismo tiempo, ofrece una grave limitación. La obra de arte, la obra dramática, aporta la habilidad de crear un diálogo real con los espectadores del drama, pero, ¿hasta qué punto esos espectadores son capaces de percibir la carga crítica que subyace en esta especie de melodrama? Hay que ser sinceros. Si la obra de Buero es capaz de torear la censura, es también lógico pensar que el criticismo que encierra la obra se halle velado y oculto en los mecanismos del llamado camuflaje comunicativo, haciendo imposible la comprensión cabal del mensaje y, por tanto, negando la eficacia crítica. Sin embargo, en el caso del dramaturgo manchego, éste se encarga de crear finales abiertos con un sentido trágico, en los que la semilla de la intranquilidad y de la desazón emocional invade el corazón de los espectadores. ¿Cómo? Vuelvo a la obra *La ardiente oscuridad*, creando un cierre o final altamente trágico, en donde el protagonista de la obra, Ignacio, elemento perturbador de la alegre inconsciencia de sus compañeros invidentes por su afán de ver, es asesinado por el antagonista, Carlos. La razón del crimen es la recuperación de la armonía y el orden perdidos. La institución se impone sobre los personajes. La disciplina vuelve a reinar en el internado de ciegos. Todo retorna a su orden inicial. Sólo hay un elemento negativo: la angustia que demuestra Carlos después de cometer el asesinato. Esa desazón del personaje y ese espíritu de rebeldía, consecuencia de la toma de conciencia de las imposiciones del sistema, se proyecta sobre los espectadores, quienes acaban con un sabor agri dulce: sienten la satisfacción de un problema resuelto, la vuelta al orden, y, al mismo tiempo, experimentan emocionalmente la desazón del medio empleado para conquistar el orden institucional y de la angustia que revela el personaje de la obra. La intranquilidad del espectador al final de la obra es el medio más eficaz para que éste responda con la pregunta que le pueda llevar a la toma de conciencia de una actitud crítica. Desde este punto de vista, aunque el espectador haya sido incapaz de percibir toda la carga desmitificadora que revela la obra, se halla en una situación idónea para responder críticamente a la situación planteada. El éxito del mensaje se ha asegurado. El autor, Antonio Buero Vallejo con su obra *En la ardiente oscuridad* ha conseguido zafarse de

la presión de la censura, escribiendo una obra muy comercial en su forma y simbólica y crítica en sus contenidos⁹⁷.

Este planteamiento de pacto comercial y confrontación ideológica es una constante de la dramaturgia del escritor manchego. Algo similar sucede, por ejemplo, con el cine de Luis García Berlanga y de Juan Antonio Bardem. El ejemplo más irrefutable de lo que se está defendiendo es el film, *Bienvenido, Mister Marshall* (1953), película de tonos agridulces, en la que entre sonrisas y decepciones se muestra la desilusión colectiva de un pueblo entero ante la desaparición de un sueño hondamente vivido pero negado brutalmente por la realidad. Esta película que abre propiamente las puertas del cine español al realismo, se asemeja temáticamente al drama de Buero Vallejo *Historia de una escalera*, ya que ambas obras testimonian el desengaño trágico del hombre imposibilitado, a pesar de sus sueños, a superar la presión de la amarga realidad. Otras obras de estos insignes cineastas son, en el caso de Berlanga, *Esa parejita feliz* (1952) o bien *Plácido* (1961) y, en el supuesto de Bardem, *Muerte de un ciclista* (1955) o *Calle Mayor* (1956). El simbolismo y el humor⁹⁸ van a ser los medios de camuflaje y de autocensura empleados de forma magistral por estos autores españoles⁹⁹.

Son altamente reveladoras las palabras de José María Castellet en su ensayo “¿Existe hoy una cultura española?”¹⁰⁰, cuando habla precisamente de la autocensura y del camuflaje semántico para poder pasar sin grandes problemas los filtros de la censura. Sin embargo, lo que dice en la revista *Cuadernos para el Diálogo* se puede extrapolar a toda actividad cultural de signo no oficialista:

⁹⁷ Estas mismas ideas se pueden aplicar a casi todos las obras de la bibliografía del dramaturgo. Desde su primera obra *Historia de una escalera* (1949) hasta *La fundación* (1974), pasando por *Un soñador para un pueblo* (1958), *El concierto de San Ovidio* (1962) o bien *El sueño de la razón* (1970), su obra cumple fielmente los principios de un teatro simbólico con una fuerte carga ideológica de sentido crítico y desmitificador.

⁹⁸ Es la tesis que hoy en día se defiende en torno al teatro de humor de Miguel Mihura, Enrique Jardiel Poncela, Edgar Neville. El humor del surrealismo intrascendente ha dado paso a la propuesta de un humor surrealista trágico y de fuerte carga crítica.

⁹⁹ Desde este punto de vista son muy ilustrativas las reflexiones de Carlos y David Pérez Merinero en su obra *Cine español. Algunos materiales por derribo*, en donde analiza la singular personalidad y especial ideología del denominado “Nuevo Cine Español” y de la alternativa cinematográfica salida de la llamada “Reuniones de Salamanca”. Dice al respecto en su obra *Cine y control*: “El “Nuevo Cine Español” que la Administración propiciaba no interesaba a la industria, ni podía interesar, teniendo en cuenta las limitaciones de que partía, a los públicos nacionales y extranjeros. El Estado tenía que protegerlo, aún más que al resto de la producción española. El “Nuevo Cine Español” fue un cine producido básicamente por el Estado, con el que éste manipuló, digirió y esterilizó cierta izquierda (¿) española, la que nacida en Salamanca, siempre estuvo acechando el pacto” (59).

¹⁰⁰ *Cuadernos para el diálogo*, agosto de 1974.

Para poder publicar ese número de “Cuadernos...” nos habíamos, pues, autocensurado, siguiendo la vieja costumbre, en la cual no solamente éramos más o menos hábiles, sino que formaba parte del juego al que nos había obligado el poder: casi todo ya nos era permitido, por entonces, siempre que no dijéramos la verdad por su propio nombre, es decir, siempre que utilizáramos un estilo metafórico, simbólico o alegórico, en definitiva críptico... (p.9)

Es un ejemplo cabal para comprender el estado de la censura en las últimas épocas del franquismo. Se podía decir todo con tal de no exponerlo de manera directa y realista. Este acto de camuflaje lingüístico estaba dirigido a la no percepción de esas supuestas “verdades” por parte de un receptor masivo. No importaba que llegara a sectores de la intelectualidad; lo fundamental era entorpecer la comprensión de un destinatario popular. Para ello, para evitar problemas con el poder, el escritor se autocensuraba, proponiendo sus ideas de manera simbólica. De esta manera, se cumplían los principios de la autocensura, del camuflaje lingüístico y de la opacidad semántica.

Dos ejemplos, muy similares en su expresión y en su finalidad, que permiten perfectamente comprender la fuerza censoria y la respuesta del intelectual ante la censura, están representados por dos obras de teatro altamente representativas del drama español de la época franquista: *Escuadra hacia la muerte* (1953) de Alfonso Sastre y *El tintero* (1961) de Carlos Muñiz. *Escuadra hacia la muerte* era una historia dramática escrita para su representación en Londres a petición de un empresario inglés. Su autor, Alfonso Sastre, pudo escribir el drama sin atenerse a las limitaciones que imponía la censura. El proyecto fracasó. El autor calculó las posibilidades que el drama tenía ante un posible estreno en España. Para ello, tuvo que analizar las presiones censorias que este drama podía sufrir ante su posible puesta en escena. La obra, por su indefinición simbólica, ofrecía una indeterminación de tiempo y espacio lo que facilitaba su estreno. Sin embargo, para evitar cualquier tipo de problema con la censura cambió los nombres de los personajes, soldados en un pelotón de castigo. Los soldados que en la primera versión se llamaban Reyes, Pérez, López, García, etc., típicos nombres hispánicos, fueron transformados en nombres extranjeros como Goban, Jacob, Recke, etc. *Escuadra hacia la muerte* se estrenó en el teatro María Guerrero en marzo de 1953. El camuflaje nominal de base autocensora dio buenos resultados. Pero esta suerte duró muy poco tiempo. Al tercer día de representación, fue prohibida. *Escuadra hacia la muerte* es un claro ejemplo de censura a pesar de la autocensura. Carlos Muñiz escribió inicialmente una obra dramática sobre el tema del funcionariado que tenía el título *Un balcón que da*

a la vida. Cuando la obra fue presentada a la censura, el lápiz rojo la deshizo con sus tachaduras y prohibiciones. Su posible estreno implicaba un cambio de estrategia expresiva. Se hilvanaron los fragmentos supervivientes con pequeños añadidos y con algunos cambios de sutura semántica, se modificaron los nombres de los personajes y se dio un título menos combativo que el primero. Así surgió la obra de *El tintero*, obra estrenada en el Teatro Municipal Lope de Vega en 1962. Esta obra revela el éxito de la autocensura sobre la censura. Las dos obras presentadas son excelentes ejemplos para plantear el penoso juego del intelectual frente al poder.

Ante la presión del sistema y frente al control de la censura se han dado estas tres respuestas: pacto incondicional con el poder con la finalidad de disfrutar las prebendas y ventajas que ofrece el sistema; pacto comercial y ruptura ideológica para ofrecer una cultura atractiva empresarialmente pero fuertemente crítica desde la perspectiva ideológica, siendo sus autores conscientes de conseguir unos resultados muy mediatizados por el ocultamiento semánticos que encierra la expresión simbólica; finalmente, rechazo total al pacto, tanto ideológico como comercial, prevaleciendo la coherencia personal y la responsabilidad cultural, pero negando un posible diálogo con el destinatario posible. En el primer caso, los autores de la cultura del pacto tienen asegurado el éxito comercial con una obra, en la que domina la intrascendencia ideológica plena o bien se ofrece un mensaje en la línea que auspicia el sistema. Son los representantes fieles de la denominada cultura del nacional-catolicismo. Servilismo por proteccionismo. *La muralla* de Calvo Sotelo o el “torradismo” de Alfonso Paso son excelentes ejemplos del teatro oficial o de la política del pacto oficial. Los segundos pueden acceder, en mayor o en menor medida, al éxito comercial con una obra cargada de expresión alegórica, de humor o de folclore al mismo tiempo que intentan comunicar a los destinatarios la máxima carga posible de crítica frente a la realidad histórica vigente. Como se ha señalado, Buero Vallejo, Luis García Berlanga, Gabriel Celaya y Blas de Otero, entre otros muchos, representan esta postura. Los terceros, negación plena del pacto, crean una obra muy crítica pero inoperante por la imposibilidad de superar la censura y, por tanto, de crear un diálogo operativo con los destinatarios. Su mejor apuesta es la integridad de sus posturas personales, ya que llegan a la situación de hipotecar la razón de la creación a la coherencia personal. Alfonso Sastre o Víctor Erice encarnan esta tercera vía. Estas son las posturas que los intelectuales españoles de la época franquista ofrecen ante el hecho de la censura y ante la razón del pacto.

En este contexto de lucha enfrentada entre el intelectual más o menos disidente y el control oficial de la censura, no se puede olvidar la vía de la autocensura a través de las técnicas del camuflaje semántico del humor. Una las expresiones culturales e informativas, que mejor supo zafarse del control férreo de la censura a través de los espacios del humor fue el cómic. Los personajillos de tinta china y colores que actuaban en las viñetas de los tebeos personalizaban acciones y actitudes inimaginables en otros contextos o en otros medios de difusión. El humor, la caricatura e incluso el esperpento permitían presentar en clave de irrealidad cómica lo que era una acerba visión del mundo social. Los tebeos, especialmente los de humor, auténtica metáfora de la cultura de masas, ofrecía un mundo despiadadamente cruel e inhumano, en el que, como en la vida real, el más fuerte humillaba y aniquilaba al más débil. Don Pío, doña Urraca, las hermanas Gilda, Carpanta, Tribulete, Ciriaco, Petra, etc., testimoniaban sin dejar espacios a la duda el sadismo social y la violencia humana. Las historietas de estos personajes presentaban un mundo sin sentimientos e inmisericorde que negaban abiertamente la visión oficial de un sistema paternalista, profundamente humano y altamente servicial. Las historietas cómicas de los tebeos eran el reverso del mundo idílico que vendía el régimen. Algo parecido se puede comprobar desde el punto de vista de la moral de la respetabilidad. Una vez más, los primeros que dinamitaron el esquema perfectamente estructurado de la moral oficial fueron los personajes del cómic, quienes abandonaron los grandes ideales para vivir obsesionados por los valores materiales, pero reales, del dinero, del triunfo económico y de la presunción social. Las oportunidades y las apariencias se erigen por encima de la norma y del respeto. La familia Ulises, don Pío, la familia Cebolleta, entre otros ejemplos, testimonian claramente el desajuste moral y social que estos grupos familiares representan. Un humor corrosivo y ácido permitía decir y plantear lo que habría sido imposible de ofrecer en otro medio de comunicación. Lo sorprendente del caso era que los tebeos, en algunos casos, llegaban a cifras increíbles de edición y su lectura se multiplica por cuatro o cinco veces debido al sistema de compra, intercambio y cambios que reinaba entre su clientela habitual, los niños. ¿Cómo fue posible que un medio de masas tan crítico y tan extendido en su lectura pudiera tener una permisividad tan grande? Sólo

tiene una explicación: la autocensura por medio de los mecanismos de camuflaje semántico como eran el humor, la caricatura y la parodia¹⁰¹.

En esta misma línea de planteamiento en torno a la crítica social por la vía del humorismo y la ironía se encuentra, por lo menos para algunos críticos, el teatro de Enrique Jardiel Poncela, Miguel Mihura, Edgar Neville, Antonio de Lara-Tono, quienes a través de un diálogo muy vivo basado en situación equívocas y jugando con el suspense y la ambigüedad creaban situaciones grotescas y disparatadas, base de un mundo absurdo y cínico. Como en el caso de los tebeos, pero con un planteamiento muy diferente y con un fundamento marcadamente intelectualizado, la obra del denominado grupo de San Sebastián ofrecía un universo cínico, egoísta y cruel. Su teatro rompía con la visión idílica de la versión oficial. Su humor absurdo servía para difuminar los contornos de la crítica social al ofrecer un mundo cómico y absurdo aparentemente desligado de toda oposición ideológica. *Los habitantes de la casa deshabitada* o bien *Eloisa está debajo de un almendro* son excelentes ejemplos para percibir la dislocación de la realidad a través de una comicidad absurda pero inteligente¹⁰². La estrategia del humor grotesco y absurdo fue el arma más eficaz para sortear con éxito el dirigismo oficial.

IV.-6.-Las estrategias de acción de la censura

Siguiendo con el tema de la censura es obligado plantear otra cuestión analizada muy parcialmente por la crítica, pero de gran importancia para entender la filosofía y el mecanismo de la acción censoria. Para comprender con cierto rigor el alcance y la mecánica de los procedimientos de control de la censura es necesario analizar lo que puede denominarse como *estrategias de acción de la censura*. Hay que afirmar que,

¹⁰¹ El cómic es uno de los medios de comunicación más olvidados por la crítica, cuando en realidad muestra una de las líneas más firmes y combativas de la resistencia cultural. La crítica ha sufrido, como la misma censura, el espejismo de considerar este sistema de masas como algo inocuo y sin valor de denuncia. La realidad es muy distinta. Pero esta línea de análisis queda para otro contexto, ya que sale fuera de los espacios estrictamente identificables con la cultura del nacional-catolicismo.

¹⁰² Mención obligada en esta línea de desrealización humorística y de una innegable crítica social se encuentra la revista de humor *La codorniz*, en la que entre bromas y serio se pone patas arriba todo el entramado ideológico del sistema con un humor ácido y una comicidad rayana en el absurdo. Algunas de sus páginas forman parte de la antología del mejor humor español de todos los tiempos. *La codorniz* tuvo muchos y serios problemas con la censura. Algunas de sus páginas forman parte de la antología del mejor humor español de todos los tiempos. De todas formas, como en el caso de Jardiel Poncela, Álvaro de la Iglesia, director de *La codorniz*, era un personaje del régimen, pero su militancia no le impidió ver la realidad social y política con ojos críticos y desmitificadores. Como en el caso de los tebeos, es un espacio muy interesante de reflexión, pero queda fuera del análisis de la cultura del nacional-catolicismo.

como principio básico de actuación, la censura no se comportaba con la misma eficacia de control o de benignidad en todas las esferas de la cultura y del pensamiento. Su operatividad iba a depender de dos principios fundamentales: la época histórica y la fuerza-amplitud comunicativa del mensaje. En la medida en que un hecho de cultura presentara estos factores de tiempo y de eficacia comunicativa, -fuerza comunicativa y extensión divulgativa-, la censura actuaba de una manera u otra, con mayor o menor fuerza. A mayor eficacia o a mayor extensión comunicativas, mayor control de la censura; frente a mensajes de poca eficacia, igualmente escaso control. Pero, estos principios de control siempre se hallaron condicionados por su tiempo de realización.

Tiempo de realización.- El manejo ideológico y el dirigismo político siempre estuvieron presentes en la época de la dictadura franquista. El franquismo ejerció casi cuarenta años de férreo control sobre la población española. Sin embargo, la intensidad de este control no fue siempre el mismo. Hubo momentos, como los tiempos iniciales del franquismo en medio de la Guerra Civil o los primeros años de posguerra, en los que la censura era un instrumento bélico más y su finalidad era abiertamente el exterminio pleno del enemigo. Hubo tiempos más benignos y permisivos dentro de la brutalidad de las medidas censorias que posibilitaron la aparición de títulos y actitudes culturales que en otros momentos habrían sido impensables. Sin embargo, en el caso de detectar algún peligro contra el régimen la maquinaria censoria y todas las fuerzas de imposición se ponían en alerta y actuaban en la medida de la magnitud del problema. La represión y el control ideológico no podían presentar la misma violencia a principios de los sesenta que durante los primeros años de los cuarenta. La aniquilación sistemática del presumible enemigo había ya alcanzado cotas extremas. El riesgo de involución era ya mínimo. La censura se suavizó en sus aplicaciones, pero nunca bajó la guardia a la espera de presuntas acciones no admitidas o dudosas para el sistema¹⁰³.

Desde este punto de vista, finales de la década de los cincuenta, se comprueba una clara línea de inflexión en los planteamientos políticos del Régimen y, como consecuencia, en la aplicación de la censura. Los juegos de intereses políticos internacionales posibilitaron la aceptación del régimen franquista con la contrapartida de cierto grado de aperturismo socio-político. La publicación o exposición de las obras de la denominada

¹⁰³ Por ejemplo, la censura sobre la moralidad fue diferente en las distintas décadas del franquismo. Como hecho irrefutable es la evolución del vestido femenino, especialmente del traje de baño.

estética social hubiera sido imposible de darse en la década de los cuarenta. ¿Quién puede imaginar la publicación de *Cantos iberos* (1955) de Gabriel Celaya o la película de Luis Buñuel *Viridiana* (1961) a principios de la década de los cuarenta? ¿Acaso sería explicable que obras como *Crónica sentimental de España* (1971) de Manuel Vázquez Montalbán o bien *Sociología del franquismo* (1975) de Amando de Miguel pudieran aparecer a principios de la década de los sesenta? Muchas de las manifestaciones artísticas y literarias se explican por la época de aparición en relación directa con la aplicación de los mecanismos censorios dentro de un marco de intereses políticos.

El espíritu represivo del franquismo, -y como tal el de la censura-, no experimentó una evolución progresiva y coherente. En el franquismo hubo unos bandazos muy fuertes debido a las circunstancias políticas dominantes en cada momento. Por ejemplo, los últimos años del franquismo fueron tiempos muy duros en la aplicación de las medidas de control y dirección. Fueron también épocas de fuertes tensiones sociales y políticas en las que el régimen entró en un momento de debilidad y riesgo. La respuesta del poder ante esta situación de crisis fue brutal. Sin embargo, al margen de estas oscilaciones, se sigue un camino bastante diáfano desde momentos de enérgico control, inicios del franquismo, a tiempos de un grado de mayor liberalización, pero siempre dentro de los espacios de un indiscutible intervencionismo oficial sobre la vida y el pensamiento de los españoles. Por eso, dependiendo del tiempo histórico es comprensible y explicable el grado y naturaleza de la intervención censoria¹⁰⁴.

Eficacia comunicativa. Con el término de “eficacia comunicativa” analizo las dos premisas que he denominado en el párrafo anterior como “fuerza comunicativa” y “amplitud trasmisora”. Son dos realidades que van tan de la mano que resulta en ocasiones imposible explicar una de ellas sin recurrir necesariamente a la otra. Este hecho obliga a analizarlas en un único apartado, aunque sean dos realidades diferentes. La fuerza comunicativa hace relación a la intensidad expresiva y receptiva de un mensaje y la amplitud trasmisora se refiere a la extensión física de la comunicación o bien al número de posibles receptores que asumen un mensaje. La primera premisa indica la fuerza y, por tanto, la eficacia comunicativa de un mensaje en una persona o

¹⁰⁴ Sin embargo, es necesario señalar que el régimen fue con el paso del tiempo mucho más permisivo con cuestiones de moralidad, tal como se puede deducir de la evolución de la moda del traje de baño o de la indumentaria femenina, que con cuestiones de ideología política, al imponer en todo momento, a pesar de las apariencias de liberalización, una estricta ortodoxia ideológica.

bien en una colectividad; la segunda se refiere al número y a la calidad de receptores que puede asumir ese mensaje. Intensidad y amplitud conforman el principio de la “eficacia comunicativa”¹⁰⁵.

No todos los mensajes ofrecen la misma eficacia comunicativa. La validez de un mensaje como fenómeno de comunicación depende de la naturaleza de recepción y de su intensidad comunicativa. Es muy diferente una comunicación a nivel individual que a nivel colectivo. El diálogo personal que se crea entre una persona y un producto cultural en el acto de lectura, pongamos como caso una novela, presenta una amplitud receptiva mínima y una eficacia comunicativa bastante limitada. La recepción individual suele ser habitualmente de carácter crítico y el lector presenta generalmente una categoría intelectual más o menos cultivada. Quiere esto decir que este tipo de lector no necesita de la percepción que le puede ofrecer una novela por desmitificadora que pueda ser para tomar conciencia de la situación política o social en la que vive. La novela se convierte en medio de distracción o de conocimiento, pero muy débilmente en estímulo provocador de una toma de conciencia sobre la situación real en la que el lector vive. Si se pasa, por ejemplo, de la literatura a la prensa, se observa que en la lectura de la prensa prevalece la relación personalizada con una amplitud de comunicación muy superior a la de la escritura literaria. En este caso, el juego censorio se hace mucho más fuerte y el control de los contenidos mucho más directo. Por otro lado, la información literaria o periodística ofrece campos de referencia muy diferentes. La literatura es, por lo general, pura ficción. El periodismo es básicamente cotidianidad política y social. La naturaleza informativa de uno u otro género es muy distinta en su aplicación, lo que hace que la conducta censoria ante estos hechos culturales sea también desigual. El cambio de una de sus premisas de base engendra una acción diferente en el aparato de la censura.

Cuando la recepción es colectiva, modificándose la base de la naturaleza receptiva y de la amplitud comunicativa, la censura actúa sin ningún miramiento, controlando con eficacia extrema el objeto de comunicación. Por otro lado, en la comunicación colectiva

¹⁰⁵ Manuel Vázquez Montalbán propone ciertas reflexiones de los medios de comunicación, especialmente el de la televisión, en esta misma línea de análisis. Remito al lector interesado al “Prólogo” de su obra *El libro gris de televisión española* (Madrid: Ediciones 66, 1973), donde analiza, aunque sea de forma muy esquemática, temas tan sugerentes como “Los medios de incomunicación de masas”, “La selección de la lucidez”, “La soledad de las masas”, etc. Reflexiones sumamente interesantes desde el punto de vista de este trabajo.

domina un tipo de recepción emocional y, por consiguiente, un relación irracional. El número, individualidad o colectividad de recepción, marca la diferencia. El contagio emocional colectivo y el mimetismo de conducta son muy altos. Basta pensar en el comportamiento de ciudadanos altamente cualificados en sus profesiones y por su cultura que no tienen inconveniente en actuar como pura masa en actividades en las que pierden su entidad personal para convertirse en número dentro de la colectividad. Los insultos, improperios, gestos improcedentes, etc., generalizados en cualquier partido de fútbol, son buena muestra de lo afirmado. Los aplausos y los *vivas* injustificados en las cámaras legislativas ante manifiestas estupideces de los representantes políticos certifican estos supuestos¹⁰⁶. En estos contextos, recepción colectiva, el ciudadano pierde su categoría personal, su razón y su lógica individuales, para transformarse en colectividad, en pura y simple masa. Este tipo de comunicación es altamente arriesgada por lo que de emocional y de fuerza comunicativa presenta. La censura actúa en estas situaciones con toda su eficacia y con todo su fuerza.

Desde esta perspectiva, teniendo presente los grados de eficacia y de amplitud comunicativas es fácil entender la acción directora y represiva de la censura. En aquellas manifestaciones intelectuales o artísticas en las que domina una recepción personal en una amplitud comunicativa mínima la censura tiene una acción suave y superficial. Conoce perfectamente que esos medios no son instrumentos válidos de ideologización y que, por tanto, no ofrecen un peligro para el sistema. Pongo como ejemplo dos casos muy puntuales: la poesía y la pintura. La lírica, por muy combativa y antisistema que sea, presenta una eficacia mínima como medio de concienciación y de lucha, ya que su sistema comunicativo y su amplitud receptora son muy limitados. Las tiradas de poesía raramente superaban la cifra de tres mil ejemplares. Se llega a unos promedios ridículos de posibles lectores. Nos encontramos con un lector de poesía más o menos por cada 10.000 ó 15.000 ciudadanos. Por otro lado, el lector estándar de poesía es una persona de alta cultura y de espíritu crítico. No necesita de la poesía para

¹⁰⁶ El grado de la estupidez máxima se dio en la cámara valenciana cuando un representante político achacó al portavoz del grupo opuesto que éste último sería feliz si le viera muerto. Los correligionarios aplaudieron como locos ante semejante tontería. Recuerdo los aplausos de un grupo político ante las payasadas de uno de sus miembros frente al presidente del congreso. Los ejemplos pueden ser multiplicados. Algún día se hará una tesis doctoral para analizar estas conductas. Los políticos en grupo son masa y en estos casos se comportan como un número más dentro del partido.

tomar conciencia de la realidad política y social de su entorno¹⁰⁷. La poesía, a pesar de lo que dijera Gabriel Celaya, no es un medio muy válido de combate, aunque sea “un arma cargada de futuro”¹⁰⁸. La primera obra de carácter social en la literatura española de los cincuenta fue la obra de Eugenio G. de Nora *Pueblo cautivo*¹⁰⁹ que tuvo que publicarse anónimo seguramente por la fuerza corrosiva de su título y por el ambiente represivo del momento. Más tarde, las obras más características de la poesía social no tuvieron grandes aprietos con la censura. *Pido la paz y la palabra* (1955) de Blas de Otero, exceptuando algunos versos muy puntuales pasó propiamente desapercibida para la censura a pesar de la carga combativa y crítica que encerraba su mensaje. Algo similar sucedió con *Cantos iberos* (1955) del poeta Gabriel Celaya. Si títulos emblemáticos de la lírica castellana como *Ángel fieramente humano* (1950) y *Redoble de conciencia* (1951) tuvieron problemas con la censura, fue propiamente con la censura religiosa debido a la violencia subyacente en el diálogo poético entre los personajes de hombre y de Dios. Cabe afirmar en términos generales que las obras poéticas más significativas de la poesía social de autores como Eugenio G. de Nora, Gabriel Celaya, Blas de Otero, Victoriano Crémer, José Hierro, Ángel González, etc., pudieron publicarse sin grandes presiones por parte de la censura. La razón, como puede deducir el lector, no era la inocuidad del mensaje sino su limitada eficacia como medio de concienciación y de ruptura¹¹⁰.

Resulta altamente interesante observar y valorar la diferente atención que el gobierno dedicó a las dos cadenas de televisión. Mientras la primera cadena era despiadadamente vigilada y controlada por los altos directivos del sistema, la segunda cadena, conocida popularmente como UHF, creaba muy pocas sospechas y mínimos problemas a los responsables políticos, lo que determinaba una mínima intervención oficial. ¿Cuál pudo ser la razón de este doble tratamiento por parte del gobierno a ambas cadenas? La

¹⁰⁷ Desde el punto de vista comercial, inteligentemente observa Vázquez Montalbán en su *Informe sobre la información* que, por lo general, nos enfrentamos a un “mercado inmerso en la zona de control del sector social que detenta el dinero y, con él, el poder” (21).

¹⁰⁸ “La poesía es un arma cargada de futuro” es un verso antológico de la lírica del poeta guipuzcoano Gabriel Celaya. Es, a su vez, el título de uno de sus poemas más conocidos, integrado en su obra *Cantos Iberos*.

¹⁰⁹ *Pueblo cautivo* “apareció en Madrid a finales de 1946... obra de un poeta sin nombre, el primero de las ediciones F.U.E. (Federación Universitaria Escolar)” (Fanny Rubio: “Prólogo”, Anónimo: *Pueblo cautivo*. Madrid: Poesía Hiperión, 1978).

¹¹⁰ Lo afirmado no quiere decir que la censura no haya actuado sobre la poesía. Como se ha sostenido con anterioridad, ni los celofanes que servían de envoltura de los caramelos se libraron del control oficial, mucho menos manifestaciones literarias como la poesía. Véase al respecto, como simple ejemplo, los trabajos de Lucía Montejo sobre la acción censoria en la poesía de Blas de Otero.

explicación es tan sencilla como convincente. Mientras UHF era una cadena de audiencia minoritaria con una recepción de clase cultural media-alta, la audiencia de la primera era mayoritaria con una clase social de receptores de tipo popular y de cultura más bien baja-media. El cuidado iba dirigido a ese televidente popular que buscaba en la televisión diversión y cultura. El telespectador cultivado poseía medios diversos para acceder a una información fidedigna. El control televisivo con una información interesada iba dirigido a ese espectador mayoritario y popular, destinatario ideal y real de la doctrina oficial. La aplicación de la censura dependía, por tanto, de la fuerza comunicativa, de la eficacia receptora y de la clase social y cultural del destinatario.

Otro ejemplo de análisis de una obra marcadamente reivindicativa y crítica pero alejada de los furores represivos de la censura fue, en el campo pictórico, el mítico grupo de El Paso. Grupo internacionalmente reconocido, formado, entre otros, por los laureados pintores Antonio Saura, Rafael Canogar, Luis Feito, Pablo Serrano, Manuel Millares, etc., sintetizaron en el arte de la pintura los más marcados signos del vanguardismo y del informalismo con una profunda preocupación ética de carácter socio-político. Es un ejemplo indiscutible de la fusión de un arte ético con una clara preocupación estética. Sin embargo, el receptor de sus respectivas obras, ante la conformación tan sorpresiva de sus cuadros, con esa superposición de planos, colores, imágenes sin forma, etc., podía sentir la bondad o el gusto de sus composiciones sin percibir en absoluto la calidad ética de su mensaje. Hay que ser un especialista en el arte pictórico para poder valorar en su justa medida la calidad y la semántica de esta obra. Pudo ser una pintura rupturista con el arte dominante, pudo ser puente de enlace con los grandes pintores republicanos como Picasso, Gris, etc; incluso pudo ofrecer con su estética y con su preocupación moral un revulsivo en el mundo callado y conformista del arte español de esa época, pero desde una perspectiva ideológica, incluso desde un punto de vista artístico, para la población española en general esa obra no significó nada. Esa pintura quedaba simplemente en una aventura de unos pintores formalmente inconformistas, pero ideológicamente incomprensibles e incomprensidos por la gran mayoría de la sociedad. Ante esta panorámica, ¿para qué se iba a preocupar la censura, si eran artistas malditos que no decían nada a los millones de españoles? Podían ser admirados y reconocidos por grupos pequeños de gente selecta y entendida, pero ¿qué fuerza comunicativa presentaba este arte, si sólo llegaba a unos pocos y esa gran minoría no necesitaba del arte para saber lo que pasaba en la España franquista? La censura en

estos casos actuaba de forma más suave o bien su presencia era muy circunstancial, porque estas manifestaciones artísticas, lírica o pintura, no eran consideradas como instrumentos eficaces de concienciación y de lucha¹¹¹.

Si damos un paso adelante, encontramos medios de comunicación que se sitúan en un espacio intermedio entre la eficacia limitada y la operatividad máxima comunicativa. Me refiero a los casos en los que se sigue dando un tipo de lectura-relación personal con un círculo comunicativo significativamente amplió. Son los casos, por ejemplo, de la novela y del teatro como fenómeno literario. Tanto las novelas como el texto teatral revelan una recepción individualizada pero con tiradas lo suficientemente significativas para entender que los lectores empiezan a ser, si no mayoría, sí numéricamente significativos. Si la recepción personalizada con su carácter crítico es un elemento que minimiza la eficacia ideologizadora del mensaje, su amplitud comunicativa la magnífica. Por eso, en la medida en que las formas de comunicación se hacen más públicas y populares, la censura actúa con más rigor, buscando una mayor eficacia. Desde la perspectiva de estos planteamientos, es lógico que la atención que la censura prestara a la novela o al teatro como texto fuera muy superior a la dada a la poesía o a la pintura. La razón base de este trato desigual por parte de la censura era su amplitud comunicativa y, como consecuencia, su operatividad informativa.

La novela con impresiones que llegaban hasta los veinte mil ejemplares empezaba a ser, si no peligrosa, sí perturbadora por el número de posibles lectores. La censura tenía cuidado con este tipo de literatura. El lector típico de novelas es igualmente un ciudadano con cultura que asume la narrativa como medio de solaz o de búsqueda de satisfacciones intelectuales. Como persona de cultura no recurre a la literatura para su información. El diálogo creado entre receptor y obra es básicamente crítico o estético por estar individualizado. Este dato ayuda a entender que este lector no necesita de la literatura o de la novela para tomar conciencia de la realidad social y política en la que vive. El lector estándar de la novela es un receptor que no crea excesivos problemas a la censura, no es el destinatario ideal del control censorio. Pero el número tan llamativo de

¹¹¹ Es muy posible que en ciertos casos los censores no percibieran en un principio la carga ideológica de estas obras. Sin embargo, cuando la militancia o las inclinaciones políticas de estos artistas se hicieron públicas y conocidas, la acción de la censura modificó muy poco su presencia y su acción. Este dato nos demuestra que los censores eran conscientes de que estas obras no eran medios operativos de crítica social y política y, por tanto, tampoco eran instrumentos muy válidos de adoctrinamiento.

estos lectores no problemáticos hace que sea un colectivo que crea por su número cierto grado de inseguridad en el aparato censor. Los ojos de la censura observan con cuidado este material, pero sin preocuparle de manera excesiva por las razones planteadas.

*El Jarama*¹¹² de Rafael Sánchez Ferlosio, una de las novelas más significativas de la época franquista, a pesar de su trasfondo desmitificador y crítico con la España del momento, pasó sin grandes dificultades. Algo parecido se puede decir de *Nada*¹¹³ de Carmen Laforet, *Con el viento solano*¹¹⁴ de Ignacio de Aldecoa, *Los Bravos*¹¹⁵ de Jesús Fernández Santos o bien *Central eléctrica*¹¹⁶ de Jesús López Pacheco, obras todas ellas representantes de la disidencia cultural de la España de las décadas de los cuarenta y de los cincuenta. En las cinco novelas se ofrecía una visión gris y despiadada de la sociedad española. Eran especie de *contrafactum* de la visión oficial de la España del momento. Sin embargo, como se ha mencionado, no tuvieron grandes problemas con la censura. Algo muy parecido se puede decir de las obras emblemáticas de la década de los sesenta con títulos tan significativos para la narrativa española como *Tiempo de silencio* de Martín Santos, *Señas de identidad* de Juan Goytisolo, *Volverás a Región* de Juan Benet o bien *Cinco horas con Mario* de Miguel Delibes. Obras profundamente desmitificadoras que no tuvieron grandes problemas con la censura. ¿Los censores no vieron la carga crítica de las mismas o no prestaron excesiva atención por ser un género con un escaso poder real y operativo de crítica social? Se puede tomar como válida cualquiera de las dos posibles opciones.

Cuando, por alguna razón, se imponía la duda, no había mejor respuesta ni acción más eficaz que la represión. Ejemplos de censura narrativa existen muchos e importantes, incluso algunos sorprendentes. Quizá el caso más llamativo sea el de Camilo José Cela, quien no tuvo problemas para publicar la primera edición de *La familia de Pascual Duarte* (1942), pero sí con la segunda. Igualmente hay que hablar de la novela *La colmena* que tuvo que publicarse en Buenos Aires en 1951. ¿La simple presentación de la realidad podía ser suficiente razón para que la censura actuara sin miramientos, incluso en este caso ante un preclaro miembro del sistema? ¿Acaso *La colmena* era una

¹¹² Rafael Sánchez Ferlosio: *El Jarama*. Barcelona: Ediciones Destino, 1956. Premio Nadal 1955 y Premio de la Crítica de 1956.

¹¹³ Carmen Laforet: *Nada*. Barcelona: Ediciones Destino, 1945. Premio Nadal 1944.

¹¹⁴ Ignacio Aldecoa: *Con el viento solano*. Madrid: Editorial Alfaguara, 1956.

¹¹⁵ Jesús Fernández Santos: *Los Bravos*. Barcelona: Ediciones Destino, 1954.

¹¹⁶ Jesús López Pacheco: *Central eléctrica*. Barcelona: Editorial Destino, 1958.

narración más perturbadora que otras escritas en ese tiempo o en décadas posteriores? Parece extraño. Quizá habrá que sospechar otras razones al margen de la filosofía de la censura oficial. Otros casos igualmente llamativos fueron los problemas censorios que sufrieron relatos escritos por novelistas afectos al sistema como fueron los casos de *La fiel infantería*¹¹⁷ de Rafael García Serrano o *Ha estallado la paz*¹¹⁸ (1966) de José María Gironella por el simple hecho de que sus protagonistas, en ambos casos falangistas, acudieran a un prostíbulo a desahogarse emocionalmente. La observación que el censor pudo plantear ante la acción punitiva era que no era correcto que un falangista se comportara de manera tan soez y pasional como lo hacían sus protagonistas en las dos novelas mencionadas. La solución, el lápiz rojo de la censura. Son libros publicados en épocas diferentes, pero, por lo que se puede deducir, a pesar del tiempo transcurrido, la filosofía de la censura seguía siendo la misma.

¿Qué podía suceder cuando el número de lectores aumentaba de manera considerable por interés del tema tratado o bien por los bajos costes del libro que lo hacía mucho más popular? Simplemente, la censura actuaba con una gran violencia para acabar con estas manifestaciones culturales tan poco afectas al sistema. Se pueden proponer ejemplos altamente significativos que explican perfectamente este comportamiento de la censura. Ediciones caras con papel biblia y encuadernación de piel o en cartón no ofrecían muchos problemas para su publicación. El destinatario de este tipo de publicaciones era un consumidor selecto pero minoritario de alto poder adquisitivo. Ante este hecho, la censura era muy permisiva. No veía peligros ni problemas en la edición de este tipo de libros. Sin embargo, cuando las obras de estos autores, más o menos prohibidos, asumían formas populares con precios mucho más asequibles a un lector más amplio, las prohibiciones se multiplicaban. Éste fue el caso, por ejemplo, de las novelas de Pío Baroja. Otros ejemplos altamente ilustrativos de lo que se está planteando se centran en la suerte que corrieron ciertas editoriales cuando idearon la edición de colecciones populares de contenido crítico. La suerte en estos casos siempre fue la misma: su cierre. Este fue el caso de la Editorial Aguilera que tuvo la osadía de publicar textos de Carlos Marx al precio de 30 pesetas. La respuesta de la administración fue expeditiva: cancelación de la editorial en el Registro de Empresas Editoriales. Algo similar sucedió

¹¹⁷ Rafael García Serrano: *La fiel infantería* (cfr. Madrid: Editora Nacional, 1943), con la que obtuvo el Premio Nacional de Literatura "José Antonio Primo de Rivera" de 1943.

¹¹⁸ José María Gironella: *Ha estallado la paz*. Barcelona: Editorial Planeta, 1966.

con la Editorial Halcón que pretendió publicar textos de doctrina comunista a precios aún más populares. La censura no actuó de manera tan violenta sólo por el hecho de tratarse de contenidos tan poco oficiales, sino, especialmente, por el carácter popular de su edición. En estos casos y en este tiempo, estamos hablando de finales de la década de los sesenta, después de la Ley de Prensa de Fraga, a “la peligrosidad que representaba difundir los textos marxistas en un Régimen que no aceptaba las libertades se unía el hecho de editarlos a un precio muy bajo, lo que facilitaba la capacidad de compra por parte de la población” (G. Cisquella, 82)¹¹⁹. La denominada “eficacia comunicativa”, por lo que se puede observar en estos casos, era escrupulosamente observada y valorada por los ojos de la censura.

Siguiendo esta misma vía de reflexión, es necesario e interesante ver y explicar la conducta de la censura, sorprendentemente diferente, ante un mismo estímulo presentado bajo sistemas de expresión distintas y, por lo tanto, con un alcance receptivo desigual. Me refiero a la poesía y al teatro ya sean planteados estos géneros como hecho literario o como fenómeno dramático: como escritura o como espectáculo, recepción individualizada o recepción colectiva. Se parte de unas mismas expresiones literarias, pero ofrecidas a unos receptores de manera diferente. Ante el hecho literario, como en el caso de la novela, la censura es mucho más permisiva que ante el fenómeno espectacular, debido precisamente a la intensidad receptiva a partir de la vía comunicativa. La recepción emocional y colectiva siempre es mucho más problemática que la recepción crítica e individualizada. La acción de la censura estará en consonancia con la fuerza comunicativa del mensaje. Es interesante ejemplificar el caso con una realidad muy generalizada a finales de la época franquista. Se toma como referencia un género literario tan inocuo desde el punto de vista de la ideologización como fue y es la poesía. Por la década de los setenta, no había problemas reales para adquirir obras poéticas de León Felipe, Miguel Hernández, Rafael Alberti, etc. Mucho menor era el

¹¹⁹ Por su alto significado me permito transcribir una nota de la misma obra de G. Cisquella, J. L. Erviti y J. A. Sorolla: *La represión cultural en el franquismo* (Op. Cit.). Dicen los autores: “La represión sobre el libro barato fue una constante que la censura española cumplió a rajatabla. Los cierres de Halcón, Ricardo Aguilera y Ciencia Nueva, así como los frecuentes secuestros y problemas con la censura de los cuadernos vendidos a bajo precio, están para corroborarlo. Pero todavía hay un caso más significativo: el caso de ediciones ZYX. Fundada en 1964, con un capital muy bajo que provenía de pequeñas aportaciones de gente vinculada sobre todo a HOAC... tras la Ley de Prensa, obtuvo sin problemas el número de registro, pero inmediatamente sufrió incidentes con la censura hasta que el Ministerio optó por el cierre durante el estado de excepción. ¿Qué editaba ZYX? Textos de política, economía, marxismo, cristianismo progresista, anarquismo, etc. Pero a precios muy bajos” (p. 83).

problema en el caso de tratarse de obras de Blas de Otero, Gabriel Celaya o José Hierro. Pues bien, cuando la obra de estos autores dejaba de ser simple y pura literatura, lectura poética, para convertirse en espectáculo, representación dramática, las prohibiciones o los no permisos gubernativos llovían desde la administración. ¿Qué diferencia existía entre la lectura y el espectáculo? La respuesta era sencilla: la fuerza comunicativa. La relación eficacia comunicativa y actuación censoria corrían pareja. El ejemplo propuesto es altamente ilustrativo¹²⁰.

En estos mismos espacios de análisis se podría ubicar lo sucedido en ese mismo tiempo entre el comercio de la música-canción protesta y los recitales de los cantautores. El consumidor no tenía ningún problema a la hora de comprar en cualquier establecimiento la música de estos cantantes. El famoso festival de Paco Ibáñez en el Olimpia era uno de los discos más solicitados por un público joven y universitario. Lo que se dice de Paco Ibáñez se puede generalizar a todo el grupo de cantautores de la *Nova cançó catalana*, desde Luis Llach a Raymon, pasando por Joan Manuel Serrat o María del Mar Bonet, entre otras figuras importantes de la música catalana del periodo franquista. Sin embargo, cuando estos mismos cantautores, cuya obra se hallaba en los establecimientos comerciales, pretendían dar sus recitales en las aulas universitarias o en los locales de ocio existían graves problemas con la autoridad. Hubo cientos de prohibiciones y, como consecuencia, frecuentes enfrentamientos de estudiantes y policía. ¿No es una paradoja inexplicable que no pudieran cantar en público las canciones que cualquier consumidor podía encontrar en los comercios? Hay una explicación sencilla: la vía comunicativa era muy distinta, lo que ocasionaba una eficacia receptiva muy diferente. Ante esta realidad, la administración reaccionaba con todos los medios a su alcance aduciendo siempre razones de orden público y de seguridad ciudadana. Los adictos a esta clase de música podían oír cuantas veces

¹²⁰ Para ser objetivos hay que afirmar que esta reacción de la administración ante conductas colectivas no es sólo propia de los fascismos sino también de las democracias, aunque el grado y la naturaleza de las respuestas varían considerablemente ya se trate de unos regímenes u otros. Pongo el ejemplo de los primeros años del gobierno socialista de Felipe González. El gobierno socialista prohibió sistemáticamente las celebraciones dramáticas en el pueblo de Marinaleda aduciendo peligros de desórdenes públicos. Estas celebraciones consistían principalmente en poemas leídos o musicados, por tanto cantados, de los poetas sociales. Ante estas celebraciones, sólo cabía como respuesta gubernativa la prohibición. En caso de resistencia a la orden, la presencia de la guardia civil. Desde el punto de vista del control censorio, las respuestas del fascismo franquista o de la democracia de Felipe González no ofrecían resultados muy dispares. La comunicación colectiva y la recepción emocional son armas y medios de ideologización altamente eficaces que todo gobierno pretende eliminar con la ley o con las fuerzas policiales.

quisieran las canciones de estos cantautores en soledad, pero no les estaba permitido escuchar esa misma música en público.

Siguiendo en esta misma línea de estudio, cabría dar un salto cualitativo hacia los géneros informativos de mayor aceptación popular como son la prensa, la radio y el cine-televisión. Desde el punto de vista de la censura, son géneros que hay que controlar por su fuerza comunicativa y por su amplitud receptiva. El estudioso del tema tiene la fortuna de contar con una excelente bibliografía que nos permite ser muy sintéticos y un tanto generalistas a la hora de tratar la cuestión de la censura en los géneros mencionados¹²¹.

Cabe afirmar con palabras de Justino Sinova que “una de las primeras medidas que tomó el ejército sublevado en julio de 1936 fue hacerse con el control de los medios de comunicación existentes en la zona que dominaba. Durante la Guerra Civil, los periódicos y las radios serían armas utilizadas frecuente y eficazmente por los contendientes. Por debajo de la confrontación bélica se libró de un modo apasionado la batalla de la información” (p. 15). La ley de Prensa de 1938¹²² es una normativa de guerra, redactada en medio de la contienda con una filosofía claramente belicista que permanecerá vigente hasta la ley de Fraga de 1966. Es una ley de claro sesgo falangista próxima a la doctrina más pura de los fascismos europeos, especialmente del fascismo italiano.

¹²¹ Remito al lector interesado a los autores y a los estudios que, según mi parecer, son los más interesantes e imprescindibles para sacar una idea cabal del tema de la censura: Manuel L. Abellán: *Censura y creación literaria en España (1939-1976)*. Barcelona: Ediciones Península, 1980; Román Gubert: *La censura. Función política y ordenamiento jurídico bajo el franquismo (1936-1975)*. Barcelona: Ediciones Península, 1981; Justino Sinova: *La censura de prensa durante el franquismo*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1989. Otros títulos de alto interés sobre la censura en los campos analizados en este apartado son: Georgina Cisque, José Luis Erviti y José A. Sorolla: *La represión cultural en el franquismo. Diez años de censura de libros durante la ley de Prensa (1966-1976)*. Op. Cit.; Manuel Fernández Areal: *La libertad de prensa en España (1938-71)*. Madrid: Editorial Cuadernos para el Diálogo, 1971; Hilde F. Cramsie: *Teatro y censura en la España franquista: Sastre, Muñoz y Ruibal*. Nueva Cork: Peter Lang Publishing, 1984; Paula Martínez-Michel: *Censura y represión intelectual en la España franquista: el caso de Alfonso Sastre*. Hondarribia: Editorial Hiru, 2003; Hans-Jörg Neuschäfer: *Adiós a la España eterna. La dialéctica de la censura. Novela, teatro y cine durante el franquismo*. Barcelona: Editorial Anthropos, 1991; etc.

¹²² Con anterioridad a la promulgación de la ley de Prensa del 38, existen toda una serie de órdenes y leyes encaminadas a imponer el control del gobierno sobre todos los medios de comunicación. Especial referencia merecen el decreto nº 108, publicado en el Boletín Oficial de la Junta de Defensa Nacional con fecha de 16 de septiembre de 1936 y la orden nº 66 del 24 de diciembre de 1936.

En las circunstancias en las que se redacta la ley y con esta ideología de base es fácil entender su función y sus pretensiones. Como afirma la ley, la prensa debía funcionar como “órgano decisivo en la formación de la cultura popular y, sobre todo, en la creación de la conciencia colectiva”. El control de la prensa era una de las medidas más urgentes y necesarias para alcanzar el éxito del objetivo programado. Era el medio indispensable para cumplir a un mismo tiempo con dos fines dependientes: erradicar toda posible presencia de noticias o de pensamiento contrario o no afín a los intereses del gobierno y crear una “conciencia colectiva” en consonancia con las líneas programáticas del sistema. Por eso, como sigue afirmando la ley en su primer artículo “corresponde al Estado la organización, vigilancia y control de la institución nacional de la Prensa periódica” al mismo tiempo que “compete al Ministro encargado del Servicio Nacional de Prensa la facultad ordenadora de la misma”. Desde los propios órganos del poder se declaraba la competencia única del gobierno en la organización, vigilancia y control de la prensa. El periodismo, en todas sus formas y propuestas, se convirtió en un medio de información de fuerte alcance social al servicio del Estado.

Para realizar esta tarea de control y dirección de la prensa, el gobierno impuso unas medidas draconianas en todo el entramado de la labor periodística. Primero fue declarar “ilícitos la producción, el comercio y la circulación de libros, periódicos, folletos y toda clase de impresos y grabados pornográficos o de literatura socialista, comunista, libertaria y, en general, disolventes”¹²³. Prohibidas las publicaciones “disolventes”, el gobierno podía dar un paso adelante y establecer un cuerpo normativo de órdenes y consignas.

En primer lugar, la prensa en general pasó a manos de Falange o de otras instituciones afines. De esta manera, los medios de comunicación se oficializaron a través de las incautaciones y el dirigismo. Las empresas privadas e independientes, para poder competir en el mundo de la comunicación, tuvieron, primero, que demostrar su afinidad ideológica con el régimen, y, segundo, cumplir fielmente las órdenes y consignas emanadas desde el poder. De esta manera, todos los medios de comunicación se convirtieron en instrumentos eficaces de adoctrinamiento y de imposición ideológica. El Estado se convertía “en dueña de toda la actividad informativa” (Sinova, p. 41).

¹²³ Artículo primero de la orden de 24 de diciembre de 1936.

A su vez, la designación del director del medio tenía que contar con el visto bueno de la administración, ya que era ella la que en definitiva afirmaba o negaba los puestos directivos que podía proponer la empresa. El director desde su puesto de mando se convertía en el celador más fiel y eficaz del cumplimiento escrupuloso de todas las normativas que venían dadas desde las autoridades políticas. Su situación era un tanto extraña, ya que era pagado por la empresa, pero la realización práctica de su trabajo se comportaba como un fiel funcionario de la administración. Las empresas arriesgaban el capital y el Estado imponía la línea informativa. En medio, estaba el director, quien con arte y entrega debía torear el difícil morlaco de la rentabilidad económica y de la fidelidad ideológica.

Los periodistas, trabajadores del medio de la información, debían estar inscritos en el Registro Oficial de Periodistas y contar con el carnet oficial para poder desarrollar su trabajo como informadores de un medio. La posesión del carnet oficial de periodista significaba la identificación plena de su titular con el sistema. La más mínima sospecha de desafección por parte del solicitante implicaba la negación del carnet y, por tanto, la imposibilidad de ejercer su ministerio informativo. Como el director, el periodista era otro funcionario del Estado que servía para exponer y divulgar las consignas y las ideas emanadas desde la autoridad. El régimen quería un periodismo afín a sus intereses y unos trabajadores plenamente identificados con su ideología.

A todo esto, selección de un cuerpo de informadores identificados con la ideología del Estado, se imponía el control pleno de la comunicación a través de consignas e informaciones. El incumplimiento, por mínimo que éste fuera, significaba la respuesta airada del gobierno con sanciones que podían ir desde la incautación del periódico hasta la inhabilitación del periodista, pasando por sanciones económicas de diferente cuantía dependiendo de la gravedad de la infracción. Junto a este férreo control, la censura se encargaba de supervisar todos los contenidos de información, llegando a regular hasta el número y la calidad de los anuncios. No había una palabra escrita o un grabado que no estuvieran supervidos y valorados por los órganos de censura competentes. La prensa era dominio exclusivo del gobierno. Con el paso del tiempo, las medidas se suavizaron, las consignas oficiales disminuyeron, pero el control ideológico siguió siendo el mismo.

La información fue considerada durante toda la época del franquismo como el medio más eficaz para el adoctrinamiento del pueblo y para la ideologización de las masas.

Lo que se ha afirmado de la prensa se puede aplicar en su plena literalidad a los otros medios de comunicación como la radio o la televisión. Debido a su fuerza comunicativa, el poder puso en marcha todas las estrategias de represión y de control de la censura. Todos estos medios fueron vigilados y conducidos con una escrupulosidad extrema por razones de su fuerza comunicativa y de su amplitud receptora.

La prensa y los medios de comunicación son capítulos idóneos para llegar a comprender los límites de control y de imposición que el gobierno pudo establecer en la vida de los españoles. Como se afirmaba en páginas anteriores, no había medio cultural o formas sociales que no estuvieran controlados por el sistema, siendo la censura su instrumento más eficaz y operativo.

Con los casos expuestos en estas últimas páginas queda clara la tesis que se ha querido defender: a mayor fuerza comunicativa mayor control censorio lo mismo que a menor fuerza comunicativa menor control de la censura. Todos los medios comunicativos se regían por estos principios de carácter universal y de aplicación incontestable.

* * * *

Los mecanismos físicos y psicológicos de represión se concentran preferentemente en los dos planos analizados: anulación física de la persona no afecta al sistema y dirigismo cultural de sentido universal a través preferentemente de la censura, destinada a marcar los espacios y los límites de la cultura nacional-católica frente a todo tipo de cultura alternativa¹²⁴. Otra cuestión distinta es la imposición ideológica a través de los mecanismos culturales de integración, tema del próximo capítulo. Es necesario tener estas ideas claras para entender las fuerzas de imposición y de dirigismo de la cultura oficial del franquismo. Sería algo inimaginable poder entender el dominio casi absoluto de la cultura del nacional-catolicismo durante las primeras décadas del franquismo

¹²⁴ Estos principios responden fielmente a lo que se afirmaba como conclusiones del capítulo anterior: todo Estado de signo totalitario se basa en dos principios fundamentales: la destrucción y negación del oponente y la afirmación-defensa de su ideario político.

como igualmente su permanencia a lo largo de los cuarenta años de dictadura, si previamente no se hubiera impuesto la cultura del silencio por la vía del terror y la del dirigismo ideológico, uno de cuyos principales mecanismos de actuación fue la censura. Terror-cultura del silencio y censura-vigilancia de la pureza de la cultura oficial conforman las dos caras de los mecanismos físicos de represión.

MECANISMOS IDEOLÓGICOS DE ATRACCIÓN

Todo régimen totalitario busca la uniformidad de conductas e ideas a través de procesos físicos e ideológicos de imposición y de dirigismo. Sin embargo, los mecanismos de represión, aunque necesarios desde los supuestos de estas ideologías, no son suficientes para imponer sus respectivos programas. Son necesarios otros medios de llamada y de captación. Nos estamos refiriendo a los que se han denominado en estas páginas como “mecanismos psicológicos de atracción” y que funcionan como fuerzas de integración cultural y social.

Los “mecanismos ideológicos de atracción” son todos aquellos recursos culturales o pseudoculturales que de forma directa o subliminal ofrecen e imponen una visión del mundo de acuerdo con los intereses del sistema dominante¹. En el caso del régimen franquista, éstos comprenden un cuerpo de ofertas muy variado y plural, siempre en la línea de lo que se ha denominado como cultura masiva y dirigida y en el marco de la ideología del llamado nacional-catolicismo. Como se decía con anterioridad, cualquier oferta cultural podía ser óptima, si con ella se conseguía identificar la conciencia del ciudadano con la doctrina oficial. Es el medio más eficaz para lograr la sintonía plena entre cultura popular e ideología política. Es lo que se conoce como la “nacionalización de las masas” consistente en la creación de una conciencia nacional como vehículo de unión entre todos los ciudadanos y el régimen. (Sevillano, 2003, p. 57)

¹ Es lo que Harry Pross denomina como “la violencia de los símbolos sociales” que define como “el poder de imponer a otros seres humanos la validez de significado mediante signos (símbolos), con el efecto de que estos otros seres humanos se identifiquen con el significado validado” (1969, p. 113). En otro de sus ensayos afirma de manera categórica que “los portadores de símbolos mantienen el orden político. La comunicación ritualizada le confiere un carácter duradero” (1980, p. 120) y que “para todas las grandes potencias, el simbolismo político es el apoyo decisivo de su dominio” (1980, p. 121). Esta teoría de la validez y de la violencia de los símbolos sociales y políticos se puede emparentar con lo denominado en este estudio como “mecanismos ideológicos de atracción”.

Los mecanismos de atracción cultural potencian al máximo todas las fuerzas de integración con el fin de lograr una sintonía perfecta entre la voluntad de las masas y los intereses del sistema. Todo régimen totalitario potencia estos mecanismos de captación emocional y de integración psicológica para imponer en la población la necesidad y la bondad de las directrices del poder establecido. Se habla de la puesta en marcha de los distintos aparatos de socialización política y cultural para alcanzar la plena “nacionalización” de las masas. El dirigismo es total y la uniformidad alcanza cotas altamente eficaces.

Los regímenes de naturaleza totalitaria ofrecen una cultura masiva y estandarizada, donde prevalece una visión del mundo bastante simple, aunque muy compacta y cerrada, como consecuencia de los escasos valores o principios en que éstos se fundamentan, por lo menos cara a la ciudadanía en general. El juego de estos sistemas es la repetición de estos principios hasta lo inverosímil, de manera directa y clara o de forma simulada o transversal, hasta hacer que el pueblo asuma esa doctrina como algo bueno y necesario. Cuando el pueblo, a base de la recepción continuada de las mismas ideas, toma la ideología oficial como una verdad incontestable e indispensable y se guía en la vida social y política por esos principios, cabe afirmar que los mecanismos psicológicos de atracción han sido eficaces y han alcanzado su fin: identificar la conciencia del ciudadano con los intereses del gobierno.

Estos mecanismos, como es de esperar, se adaptan a los intereses de cada sistema, de forma que todo régimen totalitario desarrolla e impone en la ciudadanía su visión del mundo de acuerdo con sus conveniencias de clase y de ideología². Estos supuestos de acción política explican las razones profundas del dirigismo cultural que abarca desde la enseñanza primaria hasta los pasatiempos diarios y desde las propuestas directas y conscientes hasta las ofertas inconscientes y subliminales.

² En el sistema del nacional-catolicismo no hubo una preocupación seria de creación cultural. Interesó la cultura en la medida en que significó control y dirigismo. La cultura fue un instrumento de poder y de dominio. Una de las voces más duras y críticas hacia la cultura del nacional-catolicismo fue sorprendentemente la de Ramón Serrano Suñer, quien afirmaba que “sin sensibilidad para haber auspiciado una aportación suya a la cultura española, el Régimen falto de exigencia de una construcción teórica, desnudo de ella, sólo podía ser considerado como dictadura, sin ambición creativa propia y sin vocación de futuro” (1977, 426). Los mecanismos psicológicos de atracción estaban dirigidos a la consolidación y fortalecimiento del sistema.

En este capítulo se quiere analizar estas fuerzas de atracción y de integración en sus manifestaciones más señaladas, que, sin ser todas, ofrecen un panorama cabal de su sentido y de su eficacia. Desde este punto de vista, se han priorizado los siguientes planteamientos de reflexión y análisis³:

- 1.- Recursos subliminales de ideologización.
- 2.- Educación: escuela y universidad.
- 3.- Periodismo y hemerografía.
- 4.- Publicaciones infantiles: los tebeos.
- 5.- Medios audiovisuales de comunicación: cine, televisión y radio
- 6.- Géneros literarios: teatro, narrativa y poesía.

V.-1.- Recursos subliminales de ideologización

Un sistema totalitario no se caracteriza sólo por sus fuerzas de presión sino también por todo un complejo sistema de mecanismos de integración a través de sistemas plurales de captación ideológica. Éstos son muchos y plurales. Incluso, como se afirmaba con anterioridad, éstos pueden ser organizados en fuerzas de atracción consciente o inconsciente, semánticamente abiertas o de naturaleza indirecta y hasta oculta. T. Adorno se manifiesta de esta misma opinión, cuando afirma que “ciertas tendencias políticas y sociales, en particular aquellas de naturaleza totalitaria, se nutren en buena medida de motivaciones irracionales y a menudo inconscientes” (1966, 22) como medios idóneos para canalizar y atraer las acciones y reacciones de los ciudadanos. Este apartado se centra precisamente en el estudio de estos mecanismos subliminales de atracción ideológica.

Los mecanismos subliminales de ideologización se refieren a todos aquellos recursos indirectos o fragmentados en su exposición o difuminados en su semántica que llegan y golpean con fuerza extrema los espacios perceptivos del destinatario, sin que éste sea consciente de dicho impacto, haciendo que estos mensajes se conviertan en el contexto emocional de la persona en verdades absolutas y en principios indubitables. Son las verdades tópicas que nadie pone en duda porque se han convertido en principios emocionales al margen de cualquier consideración racional. Son principios-símbolos tan

³ Conscientemente se ha marginado el estudio del capítulo del arte, pintura y escultura, por el escaso valor que estas manifestaciones presentan como fuerzas de “nacionalización de masas”. Son artes minoritarios al margen del interés y de la sensibilidad de las masas. Por otro lado, remito al lector interesado al estudio de M.A. Ruiz Carnicer “La práctica de los medios de comunicación de masas” para conocer el panorama y organización interna de la prensa, radio y medios audiovisuales (2004, pp. 79-86).

arraigados en el espíritu de la gente que se trasforman en razones muy difíciles, si no imposibles, de erradicar. La persona en estos contextos y bajo estas circunstancias no razona, las siente como propias y verdaderas, como parte de su propia personalidad. Los mecanismos subliminales de atracción psicológica funcionan en este sentido con una eficacia máxima.

No vamos a realizar un estudio completo de todos los mecanismos de ideologización subliminal, porque esto nos llevaría muy lejos. Baste, como en casos anteriores, unos cuantos ejemplos para tomar conciencia de estas formas de adoctrinamiento indirecto.

Un ejemplo claro del recurso de ideologización subliminal es la descontextualización o *desemantización del enunciado*. Me refiero a la función adoctrinadora de ciertas palabras convertidas en eslóganes de la doctrina oficial sin otra referencia significativa que la de la propia palabra que se podía pronunciar miles de veces y desde instancias diferentes por todo lo ancho y largo de la geografía española. El ciudadano, al cabo del tiempo, las asumía como propias, como parte integrante de su misma identidad. En este contexto, los medios de difusión, muy especialmente la prensa, funcionaron como fuerzas eficaces de ideologización. Por ejemplo, muchos de los títulos de diarios y revistas presentaron esta función. Estos títulos jugaron un papel muy importante en este contexto de dirigismo cultural. Los títulos sintetizaban en un único expresado el sentido profundo que el sistema a través de las denominaciones de las revistas o diarios quería retransmitir. Estos títulos expresaban términos clave que, como auténticos eslóganes, representaban puntos del programa ideológico del poder establecido. Por una parte, el ciudadano veía en la cabecera y con letras destacadas el título-eslogan de la publicación y repetía el vocablo cada vez que compraba o se refería a ese diario o revista. ¿Cuántas veces una persona podía reiterar esas palabras-eslóganes al cabo del año? Por otro lado, los voceros de estas publicaciones, vendedores ambulantes de estos medios, repetían centenares de veces, hasta la saciedad, estos títulos o consignas. Los expresados semánticos de los títulos se convertían en tópicos o lugares comunes sin que los lectores o simples ciudadanos se dieran cuenta de la carga ideológica que los mismos presentaban. La repetición constante del título, auténtica consigna ideológica, funcionaba como “flash subliminal” que inconscientemente iba calando en el ánimo de los ciudadanos. ¿Qué otros fines podían presentar títulos de la naturaleza semántica de

Imperio (Toledo, Zamora), *¡Arriba España!* (Canarias, Gerona, Pamplona, Sevilla), *Firmes* (Baleares) *Unidad* (San Sebastián) o bien *Alerta* (Cádiz)?⁴

¿Los títulos de la prensa del Movimiento fueron, por un casual, asépticos o neutros? Como se afirmaba en otras ocasiones de este trabajo, en el contexto de la cultura franquista, nada era inocuo. Si esto era así, habrá que preguntarse por el sentido real de estos términos-titulares. Añadiendo otras nominaciones a las ya ofrecidas, se puede recrear un cuadro de títulos de un indiscutible significado ideológico. Un hecho queda patente: en la titulación de revistas y diarios subyacía una clara estrategia ideologizadora. Pongamos unos simples ejemplos⁵:

Nueva España (Asturias)
Redención (Álava)
Aquí estamos (Baleares)
Firmes (Baleares)
Era Azul (La Coruña)
FE (San Sebastián)
El Porvenir (Álava)
Arriba (Baleares)
Patria (Granada)
Vértice (San Sebastián)
España Nueva o Nueva España (La Coruña, Bilbao)
Alerta (Barcelona, Canarias, Cádiz)
Amanecer (Cáceres, Canarias, Cádiz, Córdoba)
Arriba (Madrid, Málaga, Murcia)
Arriba España (Canarias, Gerona, Pamplona, Sevilla)
Unidad (Álava, Barcelona, San Sebastián)
 Etc.⁶

Incluso, con los títulos de estas publicaciones se podían proponer verdaderos cuadros de sentido que respondían fielmente a la doctrina oficial del franquismo. Se ofrece un par de ejemplos para ver la proyección tanto particular como en su conjunto de los titulares de la prensa del Movimiento. Los planos semánticos ofrecen diferentes direcciones de sentido. Son significados que pueden ir desde la pura exhortación que

⁴ Los términos en cursiva son titulares de revistas y diarios de las diferentes ciudades españolas. No pretende ser, ni mucho menos, un listado exhaustivo de la prensa española de la época, pero sí un elenco demostrativo de los títulos y de su posible significado subliminal. Es interesante tener una perspectiva de conjunto para percibir con claridad la dimensión semántica de estos titulares.

⁵ Remito al lector interesado al cuadro de las “Principales revistas y diarios del Nacional-catolicismo” que se inserta en el apartado tercero de este capítulo: “Periodismo y hemerografía” (pp. 325-326)

⁶ Para tener una visión más completa de los títulos de las revistas y diarios de la primera época del franquismo y comprobar la ideología subyacente remito al lector interesado al trabajo “Ideología y simbolismo en los títulos de las publicaciones del primer franquismo” de José Ángel Ascunce (*Rocinante. Studi di Filosofia in lingua spagnola*. n° 1. Milán, 2004, pp. 121-148).

anima al lector a la acción, principio de un camino a realizar, como *Aquí estamos* (Balears), *En pie* (Madrid), *Arriba* (Cádiz, Madrid, Málaga, Murcia, Sevilla), *Firmes* (Balears), etc., hasta las consignas que hay que asumir en ese itinerario simbólico que connota lucha de superación y acercamiento a la meta final: *Alerta* (Barcelona, Cádiz, Canarias), *Afán* (Badajoz), *Ímpetu* (Balears), *Actividad* (Balears), *Yugo* (Almería), *Sembrad* (Zaragoza), etc. El campo semántico del combate puede agrupar otra serie de títulos que se mueven en esos espacios de sentido: *Lucha* (Salamanca), *La trinchera* (Salamanca), *La ametralladora* (San Sebastián), etc. Para esta empresa llena de abnegación y heroísmo se necesitan ciertas cualidades humanas y grandes fuerzas espirituales. Desde esta perspectiva, se reiteraban ciertos títulos que sintonizaban plenamente con estas consignas de acción y de entrega: *Fe* (Zaragoza, San Sebastián), *Valor y Fe* (Valladolid), *La Verdad* (Pamplona), *Piedad y patriotismo* (Salamanca), *Razón y Fe* (Burgos), etc. Estos valores son algunas de las virtudes que se debían asumir para luchar por un destino final, mito de la *Redención* (Vitoria). Para hacer efectiva la *Victoria* (Cáceres) en el *Amanecer* (Cáceres) de una *Nueva España* (Oviedo) se imponía como razón primordial la razón de *Unidad* (Barcelona, San Sebastián, Vitoria) bajo la razón de una *Jerarquía* (Pamplona). Estas eran las *Consignas* (Almería, Salamanca) que la filosofía del régimen iba proponiendo por toda la geografía de la península con la idea de hacer válidos y operativos sus puntos programáticos (Ascunce, 2004, pp. 139-140).

Pero para comprender en profundidad el complejo entramado de la función y del sentido de los titulares de la prensa franquista no es suficiente con la lectura realizada hasta ahora. La dimensión semántica y la finalidad política de estas consignas o eslóganes ofrecían un campo de referencia muchísimo mayor. Se puede poner como ejemplo el caso de la prensa donostiarra. Entre otras publicaciones caben ser destacados por su importancia significativa titulares como *La ametralladora*, *Flecha*, *Pelayos*, *Flechas y Pelayos*, *Vértice*, *Fe* y los de los rotativos diarios *Unidad* y *La Voz de España*. Elenco de revistas y diarios que no es necesario profundizar mucho en su significado doctrinal para ver con claridad y precisión el alcance simbólico e ideológico de sus denominaciones. ¿Se puede pensar, por ejemplo, que los titulares de *Unidad* y *La voz de España* eran nominaciones asépticas o inocuas? No hay que ser muy perspicaz para percibir la carga política de semejantes títulos, especialmente en un San Sebastián, ciudad traidora según el dictamen franquista, por su tradición nacionalista e

independentista. ¡Qué bien encajaban en este contexto los eslóganes-titulares como *Unidad y La Voz de España!* A su vez, estos lemas repetidos una y mil veces por los voceros de turno y por los ciudadanos que compraban la prensa se convertían en verdaderas consignas políticas. Al final, sin percibir el calado emocional de estos eslóganes, se pensaba en la razón de “unidad” por obra y gracia de “la Voz de España”. ¿Cabe una estrategia más sibilina que el uso sistemático y reiterativo de las consignas políticas expresadas a través de un medio aparentemente tan inofensivo como se podía suponer que eran los simples titulares de la prensa? ¿Qué se puede decir de los rótulos de otras publicaciones como *Alerta, Jerarquía, Lucha, Libertad, Amanecer o Arriba España?*

Algo aparentemente tan insignificante como el titular de una publicación podía convertirse en razón de verdad absoluta cuando era escuchado hasta la saciedad y convertido emocionalmente en principio de bondad inequívoca. En este tipo de mensajes subliminales no importaba tanto la verdad o la objetividad de lo expuesto como la operatividad comunicativa y la idea comunicada.

En esta misma línea de los recursos subliminales de atracción ideológica cabe presentar lo que, con toda razón, puede ser denominado como *omnipresencia de los valores o signos oficiales*. Ciertas figuras y ciertos iconos altamente representativos de la cultura nacional-católica estaban presentes en muchas partes, por no decir en todos lados y a todas horas. La ubicuidad de estos valores, tanto en el marco de lo visual como en el del auditivo, hacía que éstos por su omnipresencia actuaran como auténticos mecanismos de atracción ideológica y de integración emocional. El ciudadano no tenía conciencia clara de su imposición semántica, pero, a lo largo de la intensa convivencia que se producía entre el sujeto y los símbolos representados, terminaba aceptándolos como necesarios e insustituibles por la verdad y la urgencia de su sentido y de sus posibles funciones. Es imprescindible, en este contexto, referirse a los dos símbolos o realidades más importantes de la cultura oficial: Dios y Franco. La inflación religiosa y política fue máxima. En el sistema de adoctrinamiento religioso y político, más importante que las lecciones académicas, los sermones litúrgicos y las arengas patrióticas, fue la presencia ubicua de estos símbolos o ideas de la doctrina del nacional-catolicismo.

Por orden del Ministerio de Educación Nacional de 4 de abril de 1939 se ordenaba la restitución del Santo Crucifijo en todas las aulas de las Universidades e Institutos de Enseñanza Media. La orden se extendió a todos los centros de Educación Primaria. Igualmente, por ley, se obligaba a que el retrato de Franco presidiera todas las clases de los colegios e Institutos de España. Crucifijo y retrato de Franco se encontraban expuestos en todas las aulas de los centros educativos españoles y en todos los despachos y centros oficiales. Incluso, era normal que estos símbolos se hallaran exhibidos en lugares preferentes de las casas particulares. Todos los españoles, desde los niños hasta las personas mayores, vivían y convivían con las figuras más relevantes de la cultura del nuevo Estado⁷.

A este punto habría que añadir las intensas dosis de educación religiosa y patriótica. Asignaturas de orientación religiosa y patriótica, más en el plano religioso que en patriótico, especialmente en los planes de estudio de las primeras etapas del franquismo, hasta bien entrada la década de los sesenta, marcaban la educación de los niños y jóvenes españoles. La vida escolar estaba plegada de ritualismo religioso y patriótico, aunque era más numeroso el primero que el segundo. Los comportamientos ciudadanos estaban plagados de símbolos religiosos y patrióticos. Ciertas prendas de vestir y ciertas actitudes significaban religiosidad o patriotismo. Las mantillas, los escapularios, los devocionarios, etc., eran metáforas de piedad y de compromiso religioso. La salutación del “Ave María Purísima” con su réplica “Sin pecado concebida” era una plegaria impuesta por ley entre los niños. La colección de estampas religiosas que llenaban las páginas de los devocionarios y, en muchos casos, las de los libros escolares, era una conducta habitual entre los niños. La posición de firmes y el paso marcial a la hora de entrar en los colegios para iniciar las clases rememoraban conductas y formas de ser de la vida castrense. El maestro profesor era concebido como un jefe de milicias. Las referencias y los símbolos de este tipo se multiplicaban.

Las misas dominicales con sus sermones junto a la labor del confesionario potenciaban desde un punto de vista religioso, pero aplicable totalmente a la convivencia social, una

⁷ Con el tiempo, la carga ideológica directa, tanto política como religiosa, fue suavizándose, pero el carácter subliminal de esta doctrina permaneció fija e inalterable. Los sermones y las arengas bajaron de intensidad y de frecuencia, pero los símbolos del crucifijo y del retrato de Franco siguieron ocupando los mismos lugares hasta propiamente la muerte del dictador. Todos los españoles se educaron y vivieron con la presencia del Caudillo invicto y de Jesús crucificado.

moral de obediencia ciega a la autoridad. Una de las lecciones más importantes que se impartían en los colegios era el principio de respeto y acatamiento a las decisiones de los mayores y de las jerarquías. Como existía un decálogo religioso, también había unas ordenanzas sociales. El binomio perfectamente ensamblado entre poder político y poder religioso, españolidad y cristianismo, hacía que todo ciudadano fuera al mismo tiempo buen cristiano y buen español. Esto sólo se conseguía cumpliendo al pie de la letra las consignas que la autoridad competente imponía. El principio de obediencia y de acatamiento a la autoridad se enseñoreaba como una de las normas básicas de la ciudadanía. La conducta de sumisión, respeto y obediencia se manifestaba en muchas de las actitudes de los niños y de los mayores. Se besaba la mano de los sacerdotes y el cíngulo del hábito de los franciscanos. Se pedía la bendición de los curas. Se dejaba el paso a las personas mayores y de más alta dignidad. Los puestos más señalados eran para las personas más importantes. El nacional-catolicismo desarrolló e impuso una compleja normativa de cortesía que en el fondo era simplemente expresión de obediencia y acatamiento a la autoridad. Y como la autoridad estaba representada por sus ministros o por sus delegados, había que acatar las órdenes y sugerencias de todos ellos hasta llegar a la cúspide, donde de manera implícita o explícita se encontraban, según el orden planteado, Dios o Franco. Pero hablar de Dios o de Franco es plantear el esquema patriótico y religioso de los valores y de la forma de vida que se impuso a todos los españoles cumpliendo los principios del reglamento del nacional-catolicismo. Para ello y por ello, se desarrolló toda una compleja simbología de motivos religiosos y patrióticos que calaban inconscientemente, pero muy eficazmente, en el espíritu de los españoles.

En este contexto, el valor subliminal del diseño de las monedas y de los sellos jugó en la época franquista un papel muy importante en el proceso de ideologización de las masas. Muchos españoles, especialmente durante las primeras décadas del franquismo, años de carestía y de privaciones, suspiraban por unas monedas. Como en *El Lazarillo de Tormes*, el buen destrón veía en el mendrugo de pan la cara de un ángel, cuando un español tenía en la mano una de esas monedas, que muy bien podían ir desde la llamada “rubia” hasta las monedas de cien pesetas, pasando por el “duro” o las de veinticinco pesetas, se encontraba la cara de “dios” que en ese contexto era la de Franco. La posesión de esas monedas siempre era motivo de alegría. De manera muy sutil, el alborozo se relacionaba con Franco. Desde esta perspectiva, el Caudillo era siempre

motivo de entusiasmo y felicidad. ¿Qué podían sentir los niños con esas monedas que para ellos significaban un verdadero tesoro? Besar la moneda o el billete era un acto muy frecuente con el que se demostraba afecto y respeto hacia el objeto reverenciado y hacia la figura que el objeto-moneda representaba. Subliminalmente, Franco aparecía como un Dios todopoderoso que permitía el acceso y la adquisición de los objetos más codiciados. Emocionalmente, Franco era una especie de camino al paraíso. Todos los bienes se concentraban en su figura. Los niños españoles suspiraban por la paga que, según situaciones y poder adquisitivo de los padres, podía ser una o varias monedas de distinto valor, en las que se encontraba de manera inapelable la efigie de Franco. Pero no sólo era el contento por la posesión de una moneda con el rostro de Franco, sino que en el reverso se encontraba la explicación ideológica de dicha presencia: “Francisco Franco, Caudillo de España, por la gracia de Dios”. Cuantas veces, miles y miles de veces, habremos leído y defendido el principio del providencialismo de la jefatura de Franco en el Gobierno de España, haciendo que dicho lema terminara convirtiéndose en una verdad de carácter absoluto y universal⁸.

Desde este punto de vista, encuentro interesantes las ideas que expresaba en un trabajo titulado “Sociología cultural de una ciudad. San Sebastián: 1950-1960”. Este expresa los recuerdos y las vivencias de un niño en la ciudad donostiarra, que muy bien podía ser otra ciudad cualquiera de España, ya que los tópicos culturales y las experiencias personales no podían variar mucho⁹.

Dios era lo más grande del universo. Según el catecismo, era omnipotente, omnipresente y omnisciente. Pues bien, Francisco Franco, “nuestro caudillo”, según la coletilla permanente de un profesor, no le iba a la zaga. Con el tiempo, llegué a dudar de quién representaba la autoridad máxima y el poder absoluto. Dios estaba en todas partes, pero no se le veía en ninguna. Franco, igualmente, estaba en todas partes, pero a diferencia de Dios, se le veía en todo lugar y en todo momento. En la pared frontal de las clases del colegio había un crucifijo y la efigie de Franco. Cuando íbamos al cine, en el “Nodo” aparecía siempre como actor principal del bienestar de los españoles y de la modernización de España. En todas las revistas, periódicos y publicaciones, rara era la vez que en portada no apareciera Franco.

⁸ Algo muy parecido se puede decir de la correspondencia epistolar, en la que, casi de manera invariable, cada carta presentaba en la parte superior del ángulo derecho, lugar más destacado desde la perspectiva visual, el sello con la efigie de Franco. En los años cincuenta y sesenta el recibo de una carta no era lo más corriente. Por eso, una realidad un tanto excepcional iba presidida por la efigie del Caudillo. Este hecho era de gran importancia ideológica por la fuerte carga semántica que presentaba el recibo de la correspondencia. Fue otro de los recursos subliminales de fuerte carga doctrinal.

⁹ Remito, entre otros posibles trabajos, al artículo de Pilar Folguera, “La construcción de lo cotidiano durante los primeros años del franquismo”, donde se ofrecen ideas parecidas a las aquí se exponen, pero tratadas desde la perspectiva histórica de Madrid (*Ayer*, nº 19, Madrid, 1995, pp. 166-188).

Incluso, nuestros grandes tesoros, conocidos en aquella época como “perra gorda”, “perra chica”, “la rubia” y el “duro”, moneda siempre entrevista pero nunca poseída, estaba también Franco con una leyenda que formó parte de nuestro subconsciente infantil: “Francisco Franco, Caudillo de España, por la gracia de Dios”. Las cartas, cuando llegaban a casa, en la parte derecha y superior, presentaban siempre la figura de Franco en forma de sellos. Franco estaba en todas partes y era la gran autoridad. Nosotros vivíamos al margen de Franco, pero Franco estaba muy presente en nuestras vidas. (p. 50)

Otro de los factores subliminales de gran eficacia comunicativa fue el relacionado con la música y las canciones. Cada espacio de referencia, Iglesia y Estado, tenía su propia música y sus canciones identitarias. ¿Cuántas veces a lo largo de los años, desde la infancia hasta la madurez, habremos cantado músicas militares o canciones religiosas? Ciertas melodías dedicadas a la Virgen o al sacramento eucarístico pertenecían al acervo popular, ya que, como algo propio, se entonaban y se tarareaban en todas partes y en cualquier ocasión. No era necesario pertenecer a los grupos oficiales de Flechas o Pelayos o a los Hijos de María para conocer y entonar, muchas veces de manera inconsciente, tonadas religiosas o cánticos patrióticos. Eran partes integrantes de la personalidad de los españoles, que se manifestaba por doquier. Sin tener plena conciencia del significado profundo de esas melodías, el español medio hacía patria o religión a través de la música y de las canciones.

Desde siempre se ha sabido que la música y la canción han sido y son elementos de identificación ideológica y de exaltación emocional. El franquismo utilizó esos procedimientos de atracción hasta la saciedad, exaltando unas melodías, como la “Marcha Granadera”, y, prohibiendo otras, como el “Himno de Riego”. Igualmente, en los colegios, como medio de ideologización, se aprendían y cantaban de manera sistemática canciones religiosas y canciones patrióticas. Eran medios idóneos de educación. En ocasiones, en los libros de lectura los niños aprendían a leer, pero también aprendían de memoria letras de las canciones patrióticas y religiosas. Un buen ejemplo es la obra de Aurora Silvia, *Cara al sol. Libro de lecturas patrióticas*, en el que aparecen los himnos militares más representativos del régimen¹⁰. Todo el repertorio patriótico musical era materia de aprendizaje para su uso posterior.

¹⁰ En la obra de Aurora Silvia *Cara al sol* (Gerona-Madrid: Dalmau Charles Editores, 1940) se encuentran reproducidos para su lectura y, no cabe duda, para su entonación el “Himno nacional” (p. 14), “Himno de la F.E.T. y de las J.O.N.S.” (pp. 19-20); La “Marcha de Oriamendi” (p. 23); el “Himno de la Legión” (p. 29); y el “Himno de flechas” (pp. 43-44). Todo el repertorio patriótico musical era materia de aprendizaje.

Durante los primeros años de la posguerra, las clases se iniciaban con el canto del himno nacional. Incluso, en la calle, a las doce del mediodía, con el ángelus, se cantaba mano en alto el himno y se acababa con el grito eslogan de “España: una, grande y libre”¹¹. Con frecuencia en las celebraciones religiosas se entonaba igualmente esta música, siendo los sonos del órgano un sistema ideal para impactar con emoción en el ánimo de los asistentes. Ciertas emisiones radiofónicas, como los noticieros, iniciaban y terminaban sus programas reproduciendo estas mismas músicas; las clases de gimnasia se celebraban bajo el son de las marchas falangistas, etc. Lo que se dice de lo patriótico militar se puede afirmar, con más razón, por haber tenido una presencia mucho mayor, de la música religiosa. Sin duda, en los primeros años del franquismo, hubo una verdadera inflación de música militar y de música religiosa. Esta última estuvo muy presente a lo largo de todo el franquismo. La música cumplía con creces los objetivos de la educación nacional católica.

Como en todos los apartados de la ideología del sistema se potenciaban unas músicas y se prohibían otras. El maniqueísmo también alcanzó, como era de esperar, a la música. Como acertadamente expresan Pedro Castón y José A. Morillas:

La música del himno nacional es utilizada también como objeto simbólico. Según las épocas históricas, una música puede ser signo de traición o de fidelidad a lo verdaderamente español. Como siempre, se recurre al pasado para reconstruir el presente. El nuevo Estado “fue recogiendo de nuestro antiguo patrimonio cuanto de simbólico y representativo la nación añoraba, interpretando el sentir de los buenos españoles...”. Así, después de cinco años de traiciones a la Patria, “las músicas nacionales volvieron por lo que era español y tradicional y la “*Marcha Granadera*” alzó sus notas en plazas, Iglesias y catedrales, recogiendo el entusiasmo de lo que por ser “Himno de España no se debió jamás adscribirse a forma de gobierno a que no estaba unido” (decreto de 27 de febrero de 1937)¹².

Eran tantas las formas en las que Iglesia y Estado, Dios y Franco, se hacían omnipresencia, que los españoles terminaban aceptando sus ideales, sus valores y sus imposiciones como principios irrefutables. Estas presencias que podían llegar a grados impensables funcionaban como verdaderos bombardeos ideológicos incontestables ante

¹¹ Una mujer de cierta edad me comentó que ciertos sectores de la población procuraban esconderse en portales o comercios durante estas celebraciones patrióticas y ante el grito de “una, grande y libre” humorísticamente y con fuerte sorna solían exclamar entre sus compañeras: “Estas ilusas, ¡no piden poco!”.

¹² Pedro Castón y José A. Morillas: “El nacional-catolicismo de guerra. 1936-1939”, *Razón y Fe*, nº 791, T. 198, Madrid, 1978, p. 482.

los cuales no cabía la duda, mucho menos la pregunta o la contestación¹³. Eran, lo que se ha denominado en capítulos anteriores, los tópicos religiosos y políticos, en los que se fundamentaban el ser y el pensamiento de los españoles. Todos ellos eran elementos subliminales que servían para formar y conformar la conciencia y el pensamiento de buena parte de la ciudadanía. Estos signos y estos eslóganes, sin un cuerpo coherente de doctrina, conformaban el imaginario colectivo de la ciudadanía española.

Los casos de lenguaje subliminal se pueden ir multiplicando, ya que fue un recurso utilizado de forma consciente y de maneras múltiples por el sistema. Todas las esferas de la vida infantil, desde los juegos hasta la educación, pasando por las lecturas, estaban planificadas y presentadas desde la óptica de la ideologización subliminal. Algo parecido se puede afirmar de las conductas colectivas: pasatiempos, principios de conducta, urbanidad y comportamientos, etc. Algunos casos se han analizado, otros irán apareciendo en las páginas de este ensayo, lo que viene a demostrar su uso sistemático con una finalidad muy específica.

Los totalitarismos utilizan hasta la saciedad estos procedimientos, porque una de las necesidades más perentorias es justificar y hacer justificable ciertas ideas y ciertas conductas. Si la gente siente la bondad y la eficacia de sus líderes, dejará hacer a éstos a su antojo lo que quieran, pensando siempre que sus decisiones están tomadas para el bien de la nación y de la sociedad. A su vez, en una sociedad fuertemente jerarquizada, cada uno de los niveles de mando y de decisión aparecerá rodeado de una aureola de verdad y de servicio. Se dará por buena toda decisión y toda conducta. ¿Cómo dudar y, aún menos, cómo oponerse a las decisiones de la autoridad? De esta manera, se consigue una uniformidad plena de conductas a través de una homogeneización de criterios. El Estado decide y el pueblo acepta sin capacidad crítica las decisiones de sus líderes. Este es el propósito buscado por toda dictadura, por lo tanto por la dictadura franquista, a través del empleo sistemático de procedimientos de ideologización, sean estos directos o subliminales. Se alcanza con estos procedimientos la nacionalización

¹³ Donde mejor se puede percibir este sistema de adoctrinamiento límite es en el conjunto de libros de lecturas que utilizaban los niños en las escuelas. Algunos textos llegaban a situaciones inconcebibles, en los que se podía defender la razón del exterminio del enemigo como servicio a la patria. Como manuales de lectura de esta línea, entre otros muchos posible, selecciono los siguientes: Manuel Aznar: *Guerra y victoria de España (1936-1939)*; Gustavo del Barco: *Los forjadores de la Nueva España*; Andrés Goy: *Religión y Patria*; etc.

de las masas a través del uso y de la manipulación de los sistemas de socialización culturales e ideológicos.

V.-2.- Educación: escuela y magisterio.

En el proceso de socialización política de la población española, el gobierno tuvo un cuidado muy especial en todo lo concerniente al campo de la educación, ya que ésta constituía el primer paso hacia el proyecto de creación de la nueva España. Los dirigentes del régimen eran muy conscientes de que la educación, desde los estudios primarios a los estudios universitarios y profesionales, constituía el medio más eficaz para crear los supuestos básicos de una ideología y posibilitar con garantías las bases de una nueva sociedad. A través de la educación cabía ofrecer e imponer una visión y una valoración determinadas del mundo, de la sociedad y de la historia. Por eso, la educación fue uno de los espacios priorizados por el régimen en su política de nacionalización cultural e ideológica. Los teóricos de la pedagogía del régimen franquista eran conscientes de que el triunfo de la nueva sociedad tenía que empezar por la imposición de una nueva escuela con una educación completamente opuesta a la anterior y en sintonía con los ideales del Nuevo Estado. El Jefe del Servicio Nacional de Primera Enseñanza, Romualdo de Toledo, se expresaba de esta manera en el discurso inaugural del “Curso de Orientaciones Nacionales de la Enseñanza Primaria” celebrado en Pamplona durante el mes de julio de 1938:

Ningún problema de los que hoy preocupa... a la Nueva España es tan importante como el problema de la educación nacional. Toda la grandiosidad de nuestros soldados, la sangre de nuestra juventud, el empobrecimiento de nuestra economía, la abnegación y renunciamento de nuestra retaguardia, el esfuerzo sobrehumano de nuestro Caudillo, que con timón seguro arranca victorias y echa los cimientos fundamentales de la paz, resultarían completamente estériles si no acertásemos en la resolución del problema de la educación nacional (p. 22)

En un momento posterior de su discurso vuelve a insistir en esas mismas ideas, cuando defiende que “la victoria de las armas poco cuenta, si no van a continuación las victorias del espíritu a través de una santa pedagogía” (pp. 26-27). Las palabras de Romualdo de Toledo forman parte de un verdadero aluvión de pronunciamientos y órdenes a favor de la enseñanza, la nueva y “santa pedagogía”, como pieza básica y fundamental en el logro de la nueva sociedad. José Ibáñez Martín insistía en estas

mismas ideas, cuando en su alocución y escrito “El sentido político de la cultura en la hora presente”, afirmaba:

El nervio de nuestro Movimiento es la revolución espiritual... Queremos así una noble y cristiana revolución del espíritu forjada en una reeducación de las generaciones presentes y en una formación pura de los que hoy día son arcilla moldeable en nuestras manos. Sin esta revolución honda y positiva que se cimenta en el campo de la educación y de la cultura, vano es nuestro propósito de resurgimiento y prosperidad, vana e indigna nuestra vida física y materializada, vano nuestro esfuerzo político y, lo que es aún más grave, vana y sin sentido nuestra victoria. (1942, p. 10)

Según principios del ministro de cultura, la educación era un arma de primer orden en el logro de los fines políticos del nuevo Estado. Sin una modulación ideológica de la población, nada práctico se podía conseguir, ya que la España nueva exigía una sola y exclusiva ideología. “Desde el primer momento, para los responsables del nuevo orden la educación pasó a ser un elemento clave de la cruzada” (J. J. Martí, 2002, p. 52). La uniformización ideológica como base de la unidad de acción y de pensamiento debía iniciarse en los primeros niveles de la enseñanza. El adoctrinamiento era esencial para formar jóvenes y hombres que respondieran a las exigencias del sistema instituido. Para ello, había que imponer los ideales y valores de las clases dominantes o del grupo vencedor, ya que, según palabras de J. J. Martí, “en la medida en que fuera mayor la asimilación ideológica se podía consolidar mejor el proyecto político previamente impuesto” (2002, p. 97). Era éste el gran reto que tenía el gobierno franquista, de manera que su éxito era sólo comparable con el triunfo militar y su fracaso era concebido como una especie de derrota total, posibilidad esta última más teórica que práctica, ya que en la mente de los dirigentes del gobierno franquista no entraba ni la derrota militar ni el fracaso educativo. Se impuso el principio de victoria en el campo de batalla y de triunfo en las aulas académicas, significando este éxito, tanto el militar como el cultural, la imposición de los fundamentos ideológicos del nuevo Estado en la vida social y política de todos los españoles.

El éxito de esta empresa educativa exigía tres planos de actuación en consonancia con el programa oficial del nacional-catolicismo. En primer lugar, se imponía la erradicación plena y total de ideas y fines pedagógicos y disciplinarios que no coincidieran con la filosofía educativa del régimen. En segundo lugar, se requería el establecimiento sin fisuras de la filosofía educativa del sistema como medio

indispensable para hacer prevalecer las ideas y los valores de los grupos dirigentes. Esta filosofía de pureza doctrinal imponía, como tercer paso, un control pleno sobre los agentes primarios de la educación, maestros y profesores, sobre los textos escolares y, muy especialmente, sobre los programas educativos¹⁴. Como afirma Alejandro Mayordomo, “a la responsabilidad histórica de poner freno a una situación el nuevo régimen debía añadir la de definir la auténtica personalidad pedagógica del llamado “Nuevo Estado”, fijar, justificar y practicar una auténtica pedagogía española que sirviera fielmente a la reconstrucción nacional” (1999, p.11).

Como en todos los órdenes del sistema, se buscaba la negación hasta las últimas consecuencias de ideologías contrarias o no afectas e, inversamente, se exigía la implantación de la filosofía social y política propia con una preocupación por el mantenimiento de la ortodoxia doctrinal. Como consecuencia de este programa de actuación, desde el mismo momento de proclamarse la insurrección militar, se buscó el desmantelamiento de toda posible presencia de cultura y de pedagogía republicanas y, al mismo tiempo, se empezó a trabajar de manera concienzuda y pertinaz en el establecimiento de su propia ideología, iniciando esta tarea con la imposición de una educación profundamente patriótica y religiosa en consonancia con los ideales del nacional-catolicismo.

La erradicación de los ideales republicanos, tal como se exponía en el capítulo tercero del presente trabajo, fue total. Para ello, los sucesivos gobiernos fueron creando un cuerpo amplísimo de leyes y decretos que anulaban toda presencia o posible atisbo del espíritu democrático y liberal anterior¹⁵. Desde los primeros días de la insurrección, la

¹⁴ Para este punto remito al lector, entre otras posibles, a las obras de Pedro Sainz Rodríguez *La escuela y el Estado nuevo* (Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, 1938) y Antonio J. Onieva *La nueva escuela española* (Valladolid: Librería Santarén, 1939).

¹⁵ Los mayores enemigos del nuevo Estado eran las armas y las ideas. Por eso, los insurrectos, en nombre de Dios y de España, combatieron contra las fuerza armadas republicanas y contra las ideas liberales y democráticas. Dentro del campo de las ideas, especialmente entre las ideas pedagógicas, estaba el institucionismo. Véase al respecto ciertos títulos de gran significado como el colectivo *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza* (San Sebastián: Editorial Española, 1040), Antonio Jiménez García: *El Krausismo y la Institución Libre de Enseñanza* (Madrid: Editorial Cincel, 1986); Antonio Jiménez García: *El Krausismo y la Institución Libre de Enseñanza* (Madrid: Editorial Cincel, 1986); Juan López Morillas: *El krausismo español: Perfil de una aventura intelectual*. (Madrid: FCE, 1966); Gil Cremades, Juan José: *El reformismo español: krausismo, escuela histórica, neotomismo* (Barcelona: Editorial Ariel, 1969); Cacho Viu, Vicente: *La Institución Libre de Enseñanza*. (Madrid: Editorial Rialp, 1962); etcétera.

voluntad de los dirigentes sublevados era clara. Había que acabar con la España vieja, la España republicana, para crear la nueva España, la España franquista. Eran momentos de cambios radicales que exigían posturas extremas.

Por decreto de la Junta de Defensa Nacional, publicado en el Boletín Oficial de 30 de julio de 1936, quedaban “sometidos a la jurisdicción de guerra” todos los “delitos de rebelión, sedición y sus conexos, atentados, resistencia y desobediencia a la Autoridad”. Se iniciaba de manera normativa la política de las purgas oficiales. El decreto nº 108 de la Junta de Defensa Nacional, publicado el 16 de septiembre de ese mismo año, en su artículo tercero, planteaba la depuración de todos aquellos funcionarios públicos que se hallaban fuera de la ley, por pertenecer a partidos no afines al espíritu del Movimiento Nacional o por no haber demostrado una conducta decidida y responsable a favor de la causa de los sublevados. Las depuraciones sirvieron “no sólo para castigar conductas que fueron consideradas inadecuadas e incompatibles con la doctrina de la España nacional, sino también, y muy especialmente, para ajustar el perfil ideológico del profesorado a la nueva escuela que se pretendía implantar” (Morente, 419).

Las depuraciones de los funcionarios públicos, especialmente maestros, se pusieron en marcha como parte de la política represiva del Estado. Los resultados fueron terribles. El cuerpo del profesorado quedó diezmado¹⁶. El dismantelamiento de la cultura liberal no abarcó sólo el cuerpo del profesorado, acabó también con todas las instituciones, programas, libros, bibliotecas, líneas pedagógicas, etcétera. Incluso, para una acción más profunda y completa de la limpieza ideológica en el ámbito de la educación, el Ministerio de Educación Nacional dictó una nueva ley, 10 de febrero de 1939, en los umbrales del fin de la contienda, en la que se reglamentaban las “normas para la depuración de los funcionarios públicos” adscritos al Ministerio de Educación. No conformes con todo esto, buscando la plena realización de su programa, el gobierno fue creando y nombrando, según la dinámica de la guerra y de la posguerra, diferentes Tribunales Regionales de Responsabilidades Políticas con la finalidad de estudiar caso

¹⁶ Véase al respecto los trabajos de Francisco Morente Valero: *La escuela y el Estado Nuevo. La depuración del magisterio nacional: 1936-1943* (Valladolid: Ediciones Ámbito, 1977. Especialmente los “listados de maestro” y depuraciones, pp. 447-473); J. J. Martí Ferrándiz: “Ortodoxia y control en el sistema educativo: la Inspección de Enseñanza” (1999, especialmente páginas 108-124); Ramón Navarro Sandalinas: “La purga del magisterio” en *La enseñanza primaria durante el franquismo (1936-1975)*, (pp. 66-76). En esta política de depuraciones represivas, se prefirió escuelas cerradas por falta de maestros antes que maestros no identificados con el nuevo orden (Ramón Navarro, p. 46).

por caso, “hasta la total depuración del personal docente”, la afección o extrañamiento de todas aquellas personas de conducta más o menos dudosa con respecto a la doctrina del régimen militar. Hubo miles de expedientes de depuración y los tribunales permanecieron activos hasta propiamente mediados de 1943. Fueron siete años de limpieza ideológica extrema con un número increíblemente alto de sancionados que podían ir desde la pena capital¹⁷ hasta la suspensión de sus funciones académicas¹⁸. Esta política de erradicación del espíritu liberal y democrático logró plenamente sus objetivos¹⁹. Al cabo del tiempo, por razones de muerte, de exilio, de alejamiento geográfico y, en muchos casos, por efecto del miedo de sus protagonistas, había desaparecido todo vestigio de la escuela y de la cultura republicanas. Habían triunfado plenamente la pedagogía y los contenidos del nacional-catolicismo.

Una acción tan necesaria para el régimen como las ya programadas en torno al desmantelamiento de la escuela liberal y a la erradicación del espíritu republicano era la vigilancia estricta por el mantenimiento de la pureza de la ideología del nacional-catolicismo. Por eso, el nuevo cuerpo de maestros y profesores debía demostrar su identidad y su compromiso con el ideario oficial²⁰. Al nuevo maestro se le pedía adhesión y entrega y en menor medida inteligencia o capacidad pedagógica. Para asegurar estos ideales, se impusieron todos los medios de control que podían afectar de

¹⁷ Según la Ley de 10 de febrero de 1939 (B.O.E. de 14 de febrero) las sanciones oficiales que se podían imponer iban, según el artículo diez, “desde el traslado forzoso, con prohibición de solicitar cargos vacantes durante un período de uno a cinco años” hasta la “separación definitiva del servicio”. Sin embargo, aunque la ley no contemplaba la pena máxima, la realidad revela la ejecución y muerte de un número muy elevado de profesores y maestros.

¹⁸ En la circular de Cultura y Enseñanza publicada el 3 de febrero de 1937 se dictan “las normas aclaratorias a las comisiones depuradoras del personal docente” y la orden nº 130 (B.O.E. de 27 de febrero de 1937) se insiste sobre la normativa sancionadora del personal docente. Durante el período de guerra, la actividad depuradora fue extrema. Como afirman las ordenanzas gubernativas no tenía “que quedar ni vestigio” de la antigua ideología (orden de 4 de septiembre de 1936). Incluso, por orden de 4 de diciembre de 1940 se “dan normas para terminar la depuración por las comisiones depuradoras”, pero, al mismo tiempo, se establece la autorización de nombramiento de delegados oficiales para estudiar los posibles casos de incidencias o imprevistos. Así, según las necesidades o exigencias de cada momento, quedaban vigentes, por lo tanto activos, los tribunales de Responsabilidades Políticas. La promulgación de sucesivas leyes legitimaron jurídicamente las posteriores políticas de depuración y castigo de los elementos no afectos o leales al régimen.

¹⁹ Gregorio Cámara Villar afirma que: “A la vista de tales argumentaciones no es difícil imaginar, aun sin disponer de los datos concretos de los expedientados separados del servicio, la envergadura de la represión llevada a efecto; podemos decir que, en virtud de semejantes procedimientos, se declararían ya oficialmente depurados a la altura de noviembre de 1937 más de 50.000 profesionales, sólo en el magisterio primario” (*Nacional-catolicismo y escuela... Op. Cit. P. 76*).

²⁰ Como sostiene Alfonso Capitán, “serían preceptivos para todos los profesores de universidad la titulación de doctor (excepto para los ayudantes) y la firme adhesión a los principios fundamentales del Estado mediante certificación de la Secretaría General del Movimiento” (p. 257). Los certificados oficiales que Francisco Capitán atribuye a los profesores universitarios, se hicieron necesarios y obligados para el ejercicio de la profesión educativa en todos sus niveles.

una manera u otra al mundo de la educación y de la cultura. La vigilancia de la ortodoxia educativa era total. Se cuidaban y se reglamentaban todos los niveles de la etapa formativa, desde la pedagogía escolar hasta los juegos infantiles²¹, pasando por los libros escolares y por la idoneidad profesional y política de los maestros. Nada quedaba a las circunstancias o a la improvisación. Todo estaba perfectamente regulado e inspeccionado. Se impuso un férreo control sobre todas las instancias de la educación y de la cultura²². La configuración y la ordenación del sistema educativo propiciaron la promulgación de un cuerpo legal tan plural como complejo²³.

En este contexto, el papel de los profesores y maestros era capital. Por eso, los responsables del sistema educativo prestaron una atención especial a la idoneidad del personal docente. No era suficiente la erradicación de los funcionarios no adictos al régimen, había que preparar ideológica y profesionalmente a los maestros de la escuela que pedía la nueva España. Para el cumplimiento de esta tarea, se organizaron en muchas de las ciudades españolas cursillos de formación del profesorado. “Se trataba de unos cursos obligatorios cuyo trabajo fundamental consistía en conferencias de cultura religiosa, Historia de España, significación de la *Cruzada* nacional y orientaciones filosóficas y pedagógicas acerca de los valores nacionales” (López Martín, 43). Entre todos los cursillos y Semanas de Educación, el más señalado fue el celebrado durante el mes de julio de 1938 en la capital navarra con la denominación de primer “Curso de Orientaciones Nacionales de la Enseñanza Primaria”²⁴. La finalidad de este curso era la instrucción de los maestros en la línea más ortodoxa del pensamiento oficial. Según esta pedagogía, los maestros debían cumplir la doble misión de ser funcionarios laborales y de actuar como apóstoles de la ideología oficial. El preámbulo del decreto de 7 de julio de 1950²⁵, “Reglamento para las Escuelas de Magisterio”, dice textualmente que:

²¹ En agosto de 1936, la Junta de Defensa Nacional establecía un control directo sobre los maestros al mismo tiempo que obligaba a supervisar los juegos infantiles, buscando que estos, “los juegos infantiles, obligatorios, tiendan a la exaltación del patriotismo sano y entusiasta de la Nueva España” (B.O.E. de 21 de agosto de 1936).

²² Como dicta la misma ley, Gobernadores civiles, alcaldes, párrocos, delegados o funcionarios públicos, etc., se convirtieron en responsables directos de la vigilancia para la pureza de la educación.

²³ Véase al respecto el trabajo de Alejandro Mayordomo “Nacional-catolicismo, tecnocracia y educación en la España del franquismo (1939-1975)”, 1997, pp. 167-174

²⁴ Las actas de este curso fueron publicadas por el Ministerio de Educación con el título de *Curso de Orientaciones Nacionales de la Enseñanza Primaria* (2 vols). Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, 1938 (primer volumen) y 1939 (segundo volumen).

²⁵ B.O.E. 7 de agosto de 1950.

...el Maestro debe ser, ante todo, un ministro de la verdad, que es vida en Dios y que de Dios sale y a los Maestros viene... Esta visión vital del Maestro, de servir al hombre, como obra divina predilecta, perfeccionándolo con la educación para acercarlo a Dios y hacerlo útil a su Patria, constituye a aquél el nervio y eje de la nueva escuela española.

En ese mismo preámbulo, líneas más adelante, se vuelve a insistir en las mismas ideas:

El deber del maestro es inyectar en estos centros docentes una atmósfera religiosa y patriótica de auténtico hogar educativo”.

Transcurrida más de una década desde el fin de la Guerra Civil, en 1950, la terminología religioso-castrense continuaba dominando en el discurso político-judicial. Se seguían repitiendo las mismas ideas con una idéntica oratoria. Dios y Patria eran los pilares de la ideología del Estado y los fundamentos de la pedagogía nacional-católica. José Ibáñez Martín afirmaba que el deber del maestro era “anunciar la buena nueva en la verdad de Dios y de España” (1942, p. 23). Por eso, desde esta filosofía, se entiende que el deber del maestro fuera, siempre en nombre de Dios y de España, infundir un verdadero espíritu patriótico y religioso en los alumnos, base de una ciudadanía responsable con su destino personal y nacional. Manuel Lora Tamayo, durante su ejercicio al frente del Ministerio de Educación²⁶, ya en las postrimerías del franquismo, seguía defendiendo la teoría del carácter apostólico y misional del maestro con las miras puestas en el logro de las metas pedagógicas ordenadas desde el poder²⁷. Era lógico, como sostiene José J. Martí, que “un maestro (estuviera) obligado a dar lo mejor de sí mismo en su doble misión de transmitir los valores religiosos y patrióticos y de combatir la pedagogía liberal y revolucionaria de la etapa republicana, hasta lograr la total ideologización del elemento social” (2002, p. 67).

Para la mentalidad religiosa y castrense de los dirigentes del nuevo régimen la docencia debía ser milicia y el maestro un generoso combatiente de la patria en el campo de la educación²⁸. Como afirmaba Ernesto Jiménez Caballero, “frente a la idea de cultura hay

²⁶ Manuel Lora Tamayo fue ministro de Educación en la etapa de 1962-1968.

²⁷ En el discurso de inauguración del Curso Escolar, en la Escuela Normal de Madrid, (14 de septiembre de 1962), se habló sobre el ejercicio del maestro como “una vocación original indispensable, que ha de alcanzar rango de Misionero” y un año más tarde en el discurso de apertura del Curso Escolar en Córdoba (15 de septiembre de 1963) reiteraba estas mismas ideas, añadiendo que “el maestro ha de sentirse, no masa, sino individuo de la selectocracia que integra todo el cuerpo docente español, en apretado haz de inquietudes y objetos comunes” (*Política educacional de una etapa 1962-1968*. Madrid: Editora Nacional, 1974. pp. 27 y 39 respectivamente).

²⁸ Juan Pedro Arraiza defendía esta misma tesis, cuando afirmaba en la presentación del *Curso de Orientaciones Nacionales de la Enseñanza Primaria* (Pamplona, 1938) que: “...vosotros, señores

que oponer la idea de milicia y la idea de misión” para llegar a afirmar que “la cultura debe ser valorada como milicia” (1938, p. 418). El sentido religioso y militar de la vida se extendía a todas las actividades de la vida nacional, pero muy especialmente al mundo de la educación. El padre F. Peiró en sus clases a los cursillistas de magisterio les hablaba del “Sentido religioso y militar de la vida”. Todo trabajo debía ser valorado como un hecho de religión y de milicia. Desde este punto de vista, las palabras de Pedro Sainz Rodríguez en su disertación sobre “La Escuela y el Estado Nuevo” no dejan espacios a la duda:

Es preciso que eduquemos al ciudadano español con el ejemplo de Roma y el ejemplo dignificador de Cincinato, que con la misma mano que manejaba la manchera del arado empuñaba también la espada del dictador. Recordemos que del Foro al Campo de Marte no hay más que un paso y que si la vida es milicia, debemos enorgullecernos de poderla cumplir con el máximo sentido del deber militar. (1938, p. 55)

Para el Ministro de Educación del primer gobierno de Franco, la vida tenía que tener un sentido militar y la docencia que preparaba al niño tenía necesariamente que cumplir con un indiscutible espíritu castrense. Desde este punto de vista, se imponía el mando y la dirección en los superiores y la obediencia y la entrega plenas en los dirigidos, que, en este caso, eran los estudiantes²⁹. La educación se hallaba de esta manera jerarquizada para el logro feliz de sus metas. Sólo bajo estos supuestos, la escuela podía cumplir con su destino social y político³⁰. La disciplina y el control eran medios necesarios para el éxito de la educación.

Uno de los deberes primordiales del Nuevo Estado con la finalidad de rentabilizar al máximo el esfuerzo educativo se basaba en la dirección y en la inspección de la enseñanza. Para ese fin se dictó toda una serie de ordenanzas y se crearon instituciones que cuidaban la preparación de los educadores con la supervisión de todos y cada uno de los elementos que formaban el organigrama de la educación.

profesores, porque vuestro sacrificio y vuestra presencia muestra bien claramente vuestra identificación, más aún, vuestra colaboración a la obra ingente de la Cruzada nacional, pues si el invicto general Franco y vuestros heroicos soldados ganan la guerra, vosotros, guiados por la inteligencia cumbre y por el espíritu cristiano... ganaréis la paz, que es el complemento de la guerra, pues la guerra a la paz se ordena” (p. 21).

²⁹ Como afirma Alfonso García Valdecasas disciplina y discípulo son principios interdependientes. De tal manera es así, que ambos vocablos presentan la misma raíz etimológica (1938, pp. 33-34).

³⁰ Como sostiene Alejandro Mayordomo, la escuela tenía que cumplir “de forma singular el papel de agencia de socialización incidiendo sobre todo en la trasmisión de un enfoque de la realidad histórico social vinculado a concepciones tradicionales, idealizadas, jerárquicas y autoritarias” (p. 16).

J. J. Martí afirma que “el régimen franquista implantó una vasta e intensa política de control y fiscalización de la enseñanza, sirviéndose de diversos organismos, entre ellos, la Inspección de Enseñanza” (1999, p. 106). En el artículo segundo de la ley de 4 de septiembre de 1936 (B.O.E. de 8 de septiembre) se declaraba que “Los inspectores de Enseñanza... autorizarán bajo su responsabilidad el uso en las Escuelas únicamente de obras cuyo contenido responda a los sanos principios de la religión y de la moral cristiana y que exalten con sus ejemplos el patriotismo de la niñez”. Es curioso, aunque esperable, observar que el artículo primero del reglamento para las Escuelas de Magisterio defiende la formación religiosa y moral y la formación político-social como bases del conocimiento de la nueva escuela y del nuevo magisterio. La orden de enero de 1939³¹, por la que se regulaba el carácter fiscal de los Inspectores de 1ª Enseñanza, se insistía una y otra vez en los deberes de control y supervisión con el objetivo de que “los principios religiosos, morales y patrióticos que impulsan el Glorioso Movimiento Nacional, han de tener en la Escuela Primaria su más fiel expresión y desarrollo”. En su artículo quinto se volvía a dictar la misma orden, cuando se expresaba que “Los Inspectores en sus visitas cuidarán de exaltar el espíritu religioso y patriótico, procurando hacer de la escuela una Institución española, educativa y formadora de buenos patriotas”. Y algo más adelante se vuelve a insistir en el compromiso y deber de los inspectores de velar de manera muy especial por la educación religiosa y por la educación patriótica. La ortodoxia religiosa y el espíritu patriótico conformaban los principios o valores capitales en la educación de la nueva escuela española.

La educación de la nueva escuela, alejada de los principios liberales de la pedagogía republicana, debía responder a las dos razones mencionadas: religiosidad y patriotismo. Frente al carácter laico de la educación republicana se impuso una docencia religiosa y

³¹ B.O.E. de 27 de enero de 1939.

patriótica. La educación en manos de la Iglesia³² se va a definir por estas dos notas básicas: “cristianización cultural” y “politización de la enseñanza”³³.

V.2.1. Cristianización cultural: La Cristianización cultural fue una de las características fundamentales de la educación del nacional-catolicismo. La primera medida del nuevo gobierno fue la reducción del número de colegios laicos para entregar la enseñanza a las distintas órdenes religiosas. Quedaba así desmantelada una de las grandes conquistas de la enseñanza republicana al mismo tiempo que se establecía una enseñanza sólidamente religiosa. Por orden del Ministerio de Educación Nacional de 4 de abril de 1939 se ordenaba la restauración del Santo Crucifijo en todas las aulas de las Universidades e Institutos de Enseñanza Media. En circular de la Comisión de Cultura y Enseñanza de 10 de abril de 1937 se dispuso la presencia de una imagen de la Virgen María en todas las clases y se ordenó la celebración mariana del mes de mayo. Incluso en la misma circular se dieron normas para reglamentar en las escuelas la devoción mariana, siendo la salutación del “Ave Maria” con la respuesta consiguiente del “Sin pecado concebida” una de las más importantes. Al mismo tiempo, se imponía como obligatoria la enseñanza de la Religión y de la Historia Sagrada. Los catecismos de Ripalda y Astete se convirtieron en especie de manuales entre todos los escolares españoles. La educación catequística llegó a tal grado que la gran mayoría de alumnos españoles de la posguerra y de las décadas posteriores conocían los contenidos del catecismo de memoria desde la primera pregunta hasta la última. Junto al catecismo, otra de las asignaturas capitales de la nueva educación fue la Historia Sagrada. Aunque la lectura de la Biblia estaba prohibida debido a la presencia de ciertos episodios escabrosos de adulterios, de incestos, amores prohibidos, etc, que hacían no recomendable su lectura a los niños y jóvenes, su estudio, aunque censurado, adquirió una importancia capital en la educación de la época. Era una historia, por tanto, filtrada

³² Otro problema relacionado con la educación fue la pugna entre Falange e Iglesia por el control de la enseñanza. Es un tema de alto interés pero que no se aborda en este trabajo. Únicamente señalar que en esta lucha, la Iglesia asumió un papel protagonista en detrimento de las pretensiones de Falange. Entre la abundante bibliografía remito al lector al interesante apartado de “Iglesia, Falange y Educación” en el ensayo de José Manuel Fernández Soria *Educación, socialización y legitimación política (España 1931-1970)* (Valencia: Tirant lo Blanch, 1998, pp. 112-125). Una visión similar sobre este mismo problema es ofrecida por Ramón Navarro Sandalinas en su obra *La enseñanza primaria durante el franquismo (1936-1975)*. Véase especialmente los apartados dedicados a Iglesia y Falange, pp. 40-44 y 92-98; etc.

³³ Esta es la tesis que José Ibáñez Martín defiende en su conferencia-fascículo de 1942 “El sentido político de la cultura en la hora presente” (1942). Sobre el particular remito al lector al capítulo segundo de la obra ya mencionada de Ramón Navarro Sandalinas, en el que trata el tema del nacional-catolicismo desde la perspectiva de la cultura y de la educación (pp. 45-118).

por la censura de la moral. Los jóvenes estudiantes recibían una formación religiosa a base de una versión bíblica reciclada.

Junto a la obligatoriedad de estas asignaturas de clase diaria, destacaba de manera muy especial el ritualismo religioso que asumía la enseñanza en general. Las clases, tanto las de la mañana como las de la tarde, se iniciaban y se terminan con oraciones. Incluso, en ciertos colegios, preferentemente en centros religiosos de monjas, todas las clases del día y todos los periodos de estudio comenzaban y concluían igualmente con oraciones³⁴. Había misa diaria en muchos colegios, especialmente, según la documentación conseguida, a partir de ingreso o de primero de bachiller. Se rezaba todos los días el ángelus. En numerosos centros, se rezaba también diariamente el rosario. Eran muy frecuentes las confesiones y las comuniones. No faltaban las novenas para celebrar la festividad de algún santo o alguna conmemoración especial. etc. El mes de mayo, “mes de María”, era muy propicio para estos rituales litúrgicos. La confesión y comunión de los primeros siete viernes del mes fue una práctica muy extendida en los colegios y centros de educación de enseñanza tanto masculina como femenina. Se constituyó una amplia parafernalia religiosa en torno a la enseñanza. Buena parte del tiempo lectivo estaba dedicado a todo tipo de celebraciones y estudios religiosos.

La educación religiosa con su amplio ritualismo sobrepasaba los límites de la enseñanza de los colegios para adquirir una fuerte presencia en la vida diaria de la población³⁵. No sólo había que cristianizar la educación, también y, de manera muy especial, la vida. La casa y la calle debían ser colegio y todo muchacho o ciudadano debía ser y comportarse como buenos alumnos en todos los lugares y en todas las circunstancias. La vida diaria en sus diferentes manifestaciones debía ser escuela de buenas costumbres. La educación religiosa traspasaba ampliamente el ámbito escolar para instalarse en todas y cada una de las formas sociales de la vida diaria. Era frecuente, especialmente en los pueblos y en

³⁴ Las oraciones más frecuentes de inicio y final de clases o de jornadas eran un “Padre Nuestro”, con el “Ave María” y el “Gloria”. En algunos colegios, se rezaban tres “Ave Marías” entre “Padre Nuestro” y “Gloria”. Aunque existían otras combinaciones, estas eran las más habituales. Estos datos están sacados de las más de cien encuestas realizadas a una población de más de sesenta años. Las encuestas se realizaron entre los años 1.999 y 2.002.

³⁵ Las apreciaciones que ofrecemos en estas páginas están sacadas preferentemente de conversaciones y de las entrevistas-encuestas ya mencionadas. Los encuestados, mayores en la actualidad, eran niños en su gran mayoría en la época que recogemos. Son, por tanto, recuerdos de infancia y juventud. Quizá esta valoración se encuentre influida por esta realidad. Sin embargo, las personas de cierta edad ofrecían en sus apreciaciones pareceres muy similares, lo que asumen un importante grado de veracidad.

las localidades medias y pequeñas, asistir los domingos y días festivos a la Misa Mayor, donde destacaban los interminables sermones que podían sobrepasar los 45 minutos de duración. Tanto Navidades como Semana Santa eran épocas de fuerte presencia religiosa. Las Navidades eran días de vacaciones de gran alegría familiar. Era una festividad, en la que los niños se convertían en sus verdaderos protagonistas. Las fiestas giraban en torno a la Natividad y a los Reyes Magos. Los dulces y los turrones eran la nota más características de estas fiestas. Las reuniones familiares alrededor de una mesa más o menos surtida de comidas especiales, donde el pollo de granja era el rey, caracterizaban estos días de animada despreocupación y de profunda alegría. Los villancicos, presentes a lo largo de todas las fiestas, llenaban los aires de una desbordante felicidad. Incluso, las celebraciones religiosas presentaban estas notas. Las casas y las iglesias se llenaban de nacimientos y las personas entonaban en todas partes festivos villancicos. Todo era alegría, despreocupación, canciones y música. Las Navidades eran unas fiestas entrañables para la gran mayoría de la población, especialmente para los niños. Sin embargo, los sentimientos que podía producir la celebración de Semana Santa eran muy distintos. Desde la perspectiva de los recuerdos infantiles, eran fiestas tristes, desagradables e, incluso, odiadas. Todo era silencio y seriedad. Estaba prohibido jugar y los vetos llegaban hasta negar la risa. La multitud de celebraciones religiosas se caracterizaba por lo tétrico y angustioso. Las procesiones con el retumbar de tambores daban miedo. Los sermones de las “Siete palabras”, interminables y lóbregos, eran angustiosos. Si la oratoria sagrada no se llenaba de gritos y de silencios, el sermón no había sido bueno. La costumbre de las “siete visitas” era igualmente desagradable y penosa. Los niños acompañados de los padres tenían que visitar siete iglesias diferentes para realizar en las mismas ciertos rezos como condición indispensable para ganar indulgencia plenaria. Eran kilómetros recorridos durante una tarde entera para conseguir algo que no se entendía. Eran días de silencio, de oración y de penitencia. Para los niños en general eran unos tristes y siniestros días de vacación. Navidad y Semana Santa eran épocas de inflación religiosa pero de signo emotivo muy diferente. Durante el resto del año, se imponía una vida religiosa muy intensa, pero soportable especialmente gracias a la propia rutina de los actos.

V.2.2. Politización de la enseñanza: Junto a la “cristianización de la cultura”, un segundo aspecto que caracterizaba la educación dentro del sistema del nacional-catolicismo era la politización de la enseñanza. Se buscaba la “españolización” de la

sociedad y este proceso de captación debía empezar por la escuela. Como sostiene la Orden nº 9 de la Junta de Defensa Nacional (B.O.E. de 21 de agosto de 1936), era deber urgente “demostrar al mundo la normalidad de la vida nacional... y de los organismos oficiales. Entre éstos se halla la escuela de instrucción primaria, que, como pieza fundamental del Estado, debe contribuir no sólo a la formación del niño en el aspecto de la cultura general, sino a la españolización de las juventudes del porvenir que, desgraciadamente en los últimos años, han sido frecuentemente orientados en sentido inverso a las conveniencias nacionales”. “La españolización de las juventudes del porvenir” era la tarea más urgente que tenía la escuela nacional.

Para la consecución de estos fines, se impuso por ley la obligación de colocar el retrato de Franco en todas las clases de todos los centros de enseñanza. De esta manera, el crucifijo y el retrato de Franco presidían todas las aulas como testimonio inequívoco de la alianza entre política y religión, entre la espada y el altar, base del nacional-catolicismo. No faltaban tampoco retratos de insignes personalidades del gobierno, destacando la presencia de José Antonio. Durante la Guerra Civil y la primera posguerra, en algunos lugares hasta principios de la década de los cincuenta, era obligatorio el canto del himno nacional. En unos primeros momentos, coincidiendo con la primera posguerra, se impusieron igualmente como preceptivos los actos diarios de la izada y arriada de la bandera. Era obligatoria la enseñanza de la Historia de España, recibiendo especial importancia aquellos capítulos de la historia que coincidían con la ideología dominante del sistema. Más que una Historia se estudiaba una antología, donde la selección de textos estaba minuciosamente planificada y justificada. La Historia Antigua de España, después de una presentación tópica, se centraba en la época romana, donde Viriato, Numancia y Sagunto eran los centros más significativos de estudio. A través de estas anécdotas se quería reforzar la idea del coraje indómito del español y del valor indomable de la raza. Eran historias ejemplares con las que se procuraba aleccionar a un alumnado infantil sobre el heroísmo y el espíritu de entrega y de sacrificio de los genuinos españoles. La Reconquista era uno de los capítulos importantes de esta historia, desde Covadonga hasta la conquista de Granada, resaltando la idea de la pretendida unidad nacional, cuya imagen dominó el espíritu de la historia española desde el principio de la lucha contra los árabes. El siguiente espacio privilegiado en los manuales de historia fue la época de los Reyes Católicos y los dos primeros Austrias, Carlos V y Felipe II. En este capítulo de la historia, la idea de unidad

política y religiosa junto al descubrimiento y a la conquista de América eran los temas esenciales. Este período histórico consagraba la primacía de los mitos de la unidad y del imperio, bases del ideograma cultural del primer franquismo de base falangista. Parte de los símbolos del franquismo fueron tomados de la heráldica política de esta época y de este contexto. El yugo y las flechas pertenecían a la simbología de los Reyes Católicos y el águila imperial bicéfala era un emblema de los Austrias. Se pasaba, a continuación, a la guerra de la Independencia como expresión de la lucha heroica de los españoles frente a los enemigos de la patria, transformando esta guerra en una contienda por la religión y por la libertad. De esta manera, el eslogan “España, Una, Grande y Libre” tenía sus referentes en estas anécdotas de la historia de España. Terminaban las lecciones de esta historia con la Guerra Civil y el franquismo, como conclusión y cierre, casi de sentido teleológico, de la historia de España. Los capítulos de la historia que no coincidían con la ideología del régimen simplemente se silenciaban. Los siglos de decadencia o las épocas de la ilustración o bien los siglos dieciocho y diecinueve propiamente no se estudiaban. Como afirma Andrés-Gallego: “Fuera de juego quedaba, en esa marcha triunfal hacia el pasado, el siglo XVIII, extranjero por francés, laico por masón, y subversivo porque en su germen llevaba siempre la vilipendiada, en los textos de la época, Revolución Francesa”³⁶. El siglo diecinueve se pasaba también prácticamente por alto, porque, como el siglo anterior, era un tiempo extranjerizante, liberal, masón y subversivo, que acentuó aún más la decadencia española. Como en el caso de La Historia Sagrada, cabe hablar de una Historia de España igualmente reciclada. Por eso, se aprendía una historia censurada o, si se quiere, manipulada para hacerla coincidir con los intereses del sistema³⁷. El adoctrinamiento político a través de la enseñanza era manifiesto.

Desde estos supuestos es lógico comprender el auténtico culto que el nacional-catolicismo prestó a su pasado histórico. En ese pasado, se condensaban todos los principios de su ideología: unidad religiosa y política (reconquista), cruzada (reconquista), grandeza e imperio (colonización y monarquías de los primeros Austrias),

³⁶ José Andrés-Gallego: *Historia de España. España actual. España y el mundo (1939-1975)*. Vol. 13.3. Op. Cit. P. 244.

³⁷ Manuel Ferrand, con un estilo muy irónico pero convincente, ofrece estas mismas ideas en su obra *Carta abierta a un españolito que viene al mundo*, cuando afirmaba: “Hay muchas historias de España, pero aún la verdadera está por escribir. Se sigue escribiendo, según gusto, oportunidad e intereses. Queda tiempo y objetividad para escribir esa historia, de la que no nos sentiríamos, según intuyo, muy contentos y sí pocos satisfechos, aunque siga siendo “una, grande y libre” (p. 86).

liderazgo político y cultural (Austrias), etc. Por eso, la cultura franquista volvió sus ojos al pasado nacional al encontrar en éste los símbolos para un presente que, según su mitología, tenía que hacerse futuro.

La literatura española corrió un camino parecido. Se potenciaban los momentos y los autores que mejor casaban con la ideología oficial y se ninguneaban, incluso se reprobaban, aquellos escritores o tendencias literarias que ofrecían un pensamiento un tanto disidente o no claramente afecto. El siglo de Oro, imperialismo cultural español en la línea de la hegemonía militar de los tercios, era celebrado y sacralizado. La comedia de capa y espada y los autos sacramentales, con Lope de Vega y Calderón a la cabeza, eran el paradigma cultural del nacional-catolicismo. El Quijote de Miguel de Cervantes recibía interpretaciones rimbombantes y hasta distorsionadas para ofrecerla como la obra española por excelencia. Inversamente, en las escuelas o en las universidades “no se mencionaban ni a García Lorca, ni a Hernández, ni a Juan Ramón Jiménez”, mucho menos a León Felipe, Rafael Alberti o Salvador de Madariaga (Ferrand, 51).

Otra disciplina muy mimada en la educación franquista fue la Gramática. Todo español tenía que dominar con corrección la lengua del imperio. No había grandeza política sin grandeza lingüística. Por eso, el uso correcto del español era una exigencia patriótica además de una disciplina escolar. Había que dominar la lengua hablada y la lengua escrita. Tener más de tres faltas de ortografía en un dictado de más de media página de cuaderno significaba el suspenso. No se podía iniciar el bachillerato, estudios reglados que se cursaban a partir de los once o doce años, sin el conocimiento preciso de la gramática y de la ortografía. Se daba una gran importancia a la caligrafía. Existía el criterio de que una buena letra era síntoma inequívoco de triunfo social. El estudiante de la época llenaba cientos de cuadernos de caligrafía a lo largo de la enseñanza primaria.³⁸

Sin embargo, dentro de este papel de ideologización que ofrecía la educación de esa época hay que destacar ciertas materias de gran significado, cuya ausencia en la enseñanza actual crea un gran vacío educativo. Me refiero en concreto a asignaturas como “Urbanismo” y “Educación social”, en las que podía existir un interés claramente

³⁸ Se escribía con tinta china, siendo el borrón el verdadero martirio de los estudiantes. Algo parecido sucedía con el dibujo geométrico y el dibujo lineal, asignaturas de fuerte presencia en la educación de la escuela franquista.

ideológico, pero que aportaba al alumnado unos conocimientos de gran eficacia social y educativa.

Junto a estas asignaturas de claro sentido ideológico, sin olvidar nunca su dimensión formativa, estaban otras de téntrica estrictamente educativa como las Matemáticas, las Ciencias Naturales, la Geografía, etc. La educación franquista carecía de métodos pedagógicos. Se imponía una práctica de sentido memorístico, muy poco reflexivo, en un sistema basado en la jerarquía de poder. La escuela era reflejo de la sociedad. Los alumnos debían respeto y obediencia ciega a sus maestros. Estos tenían siempre la razón. De todas formas, un estudiante medio terminaba los estudios de bachillerato con una buena cultura general, donde, como se afirmaba con anterioridad, lo político y lo religioso primaban sobre el resto de conocimientos.

La cristianización cultural y la politización de la enseñanza fueron los principios que rigieron desde el primer momento la pedagogía en todos los grados de la educación. La lección de Dios y Patria fue el fundamento rector de la docencia oficial. Como ejemplo inequívoco de este espíritu religioso-patriótico están las palabras de Luis Ortiz Muñoz en el prólogo de su conocido libro escolar de lecturas históricas *Glorias imperiales*, donde se puede leer:

La primera y fundamental lección de pedagogía que se impone ahora como deber a las clases magistrales es llenar de España la Escuela. Limpiadas y purificadas las aulas, entronizada de nuevo la Santa Enseña Redentora, hay que llevar al corazón del niño –al hombre del mañana– la fé en Dios y en la Historia, creando en él una robusta conciencia patriótica y religiosa...³⁹

V.2.3.El libro de España.- El mejor ejemplo de este binomio de religiosidad y patriotismo se encuentra en las normas e ideario que rigen el concurso de redacción del libro de lectura obligatorio en todos los centros de enseñanza primaria conocido como *El libro español*. Afirma la Orden nº 337 publicada en el B.O.E. de 22 de septiembre de 1937:

El libro de España ha de ser un compendio atractivo y apologético de todo cuanto de ella deben conocer sus hijos para amarla con vehemencia y lucidez. Su historia, su carácter, sus costumbres, sus Santos, sus Héroes y sus libros han de desfilar por sus páginas que habrán de estar llenas de rapidez, entusiasmo y claridad. En la parte histórica ha de atender especialmente a la refutación sencilla y valiente de aquellos pasajes de nuestra historia que han sido más tenazmente calumniados por

³⁹ Luis Ortiz Muñoz: *Glorias imperiales-I*. Madrid: Magisterio español, 1940, p. 7.

la “Leyenda negra”. La unidad social, política y religiosa, formada por los Reyes Católicos; la España Imperial de Carlos V y Felipe II; la colonización de América; la Inquisición; la Contra-reforma; las guerras carlistas, han de ser entregadas a la nueva generación libre de los absurdos tópicos que la desfiguraban; vistos bajo una nueva luz donde la simple verdad histórica es ya apología. Ha de señalar acentuadamente la no interrumpida contribución de España a la civilización universal y, preferentemente, la coincidencia de estos esfuerzos civilizadores con el actual Movimiento en que se prolonga su historia y su grandeza, contraponiendo a la absurda tendencia separatista, la idea excelsa de unión de todas las regiones dentro de la gran Patria Española.

Enseñará al niño como características de la Raza que debe admirar e imitar la Fe católica, la hidalguía caballeresca, la cortesía exquisita, el valor militar, la ponderación de juicio⁴⁰.

Merece la pena esta cita tan extensa, pero, al mismo tiempo, semánticamente tan ilustrativa para conocer los puntos fundamentales del programa educativo del nacional-catolicismo. El concurso de redacción de *El libro español* estaba premiado con 40.000 ptas., buena remuneración para el año 1938, cuando un salario medio no sobrepasaba las cinco mil pesetas. Es de suponer que ante semejante incentivo buena parte de las mentes más preclaras del régimen se pusieran manos a la obra. El atractivo económico era una manera de asegurar la bondad de los resultados. Por otra parte, para que no hubiera posibilidad a los malentendidos o malas interpretaciones, la orden expresaba claramente las bases y la finalidad del concurso. Se pretendía premiar el libro de lectura “con destino a las Escuelas Primarias” que mejor respondiese a los puntos programáticos del ideario del nacional-catolicismo.

Los dos principios básicos del sistema se hallan perfectamente declarados: patria y religión. Por la naturaleza del libro, las bases se encuentran más escoradas hacia la política patriótica, pero este hecho no obvia la razón de la religiosidad. Desde este punto de vista, se reivindica como bien superior la verdad de la fe católica, potenciando de manera especial los principios de unidad religiosa y de ortodoxia espiritual centrados en la razón de la inquisición y de la contrarreforma, fundamentos que se hacen realidad en “el actual Movimiento”.

El libro español buscaba que los niños, a través del conocimiento de la realidad plural y heterogénea de España, conociesen “su historia, su carácter, sus costumbres, sus santos, sus héroes, sus libros”-, y amasen a su patria con “vehemencia y lucidez”, es decir, con

⁴⁰ Éstas son precisamente las características espirituales y emocionales que determinan la personalidad de los héroes del cómic español: Roberto Alcázar y Pedrín, *El guerrero del antifaz*, *El capitán Trueno*, *El Jabato*, etcétera.

el corazón y con la razón. Sólo un veraz conocimiento podía llevar a los niños y a las personas a comprender y a sentir la Patria como algo excelso, digno de amor y de entrega. Este fin obligaba a una exposición lúcida y precisa que mostrase la verdadera faz de la patria. Por eso, se insistía en aquellos capítulos de la historia de España que más habían brillado y que, por otro lado, por ese motivo, habían sido objeto de la calumnia y de la mentira. Se precisaba luchar contra la Leyenda Negra con las armas de la verdad, sabiendo que “la simple verdad histórica es ya apología”.

Como se veía en páginas anteriores, la defensa de la historia de España centrada especialmente en el Siglo de Oro conllevaba en sí la justificación de una guerra y la legitimación de un sistema insurgente. La lucha por la unidad en lo social, religioso y político, el carácter imperialista del pasado nacional, la búsqueda de la ortodoxia espiritual, etc., eran las razones fundamentales que explicaban la gloria del pasado nacional y la realidad de un presente en medio de una sangrienta confrontación que buscaba la recuperación de los valores genuinos de la raza para alcanzar cotas de honor y de gloria semejantes a las que vivió España en tiempo de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II. *El libro español* era y pretendía ser una clara apología de España, pero muy especialmente buscaba ser la exculpación de una guerra y la legitimación de un régimen.

Esta filosofía de exaltación patriótica y religiosa se difundía y se proclamaba a los cuatro vientos desde todas las instancias del saber y de la cultura. Pero, sin lugar a dudas, donde estaba más presente era en la docencia de los primeros niveles. El planteamiento en sí era tan sencillo como convincente: para amar hay que conocer el objeto amado. Se imponía la tarea de dar a conocer la realidad patria y la religión desde los primeros años de la enseñanza. El número de posibles ejemplos llega a ser sorprendente alto. Es suficiente como simple ejemplificación ofrecer unas líneas del prólogo de la obra de Alejandro Manzanares Beriain *Raza española. (El libro del muchacho español)*, donde se puede leer:

Este libro aspira, modestamente, a ser el libro de la Patria, el texto que recoja, como en un relicario, las glorias de la Raza, las virtudes de nuestro Pueblo y el espíritu legendario de nuestra Historia, para que sirvan de enseñanza y ejemplo a las generaciones venideras. Estamos construyendo una nueva Patria a golpes de muerte, de dolor y de heroísmo, y es preciso que, si aspiramos a que nuestra obra sea inteligente, perfecta y perdurable, demos comienzo a la empresa por sus

auténticos comienzos, que no son otros que los sillares de la infancia. En el Estado imperial futuro tendrá, necesariamente, preferente y esencial participación la Escuela primaria. Esta ha sido siempre norma y consigna inexorables en los pueblos que han querido ciertamente ser grandes y fuertes.

La nueva escuela española, rota toda posible y virtual amarra con la pedagogía liberal y democrática de la República, imponía una enseñanza de carácter patriótico y religioso según la filosofía educativa del nacional-catolicismo. Desde esta perspectiva, quedaban claras las razones que movieron al gobierno franquista a priorizar los primeros niveles de la educación como espacios selectos en su labor de adoctrinamiento y de uniformización ideológica⁴¹.

V.-3.- Periodismo y hemerografía.

Manuel Vázquez Montalbán afirma que “la información es una técnica de formación de la opinión pública y el control de la opinión pública la seguridad más fehaciente de mando” (1963, p. 83). Todos los regímenes políticos, muy especialmente los totalitarios, conocen muy bien el poder real de la información. Por eso, el régimen franquista cuidó con esmero extremo los dos campos más eficaces de adoctrinamiento: la formación y la información o bien la educación y el periodismo. Para Lorenzo Gomís, esto era lógico, teniendo en cuenta que la educación y los medios de comunicación son los mecanismos más dinámicos y eficaces de homogeneización e integración de los miembros de una sociedad (1974, p. 88)⁴². Como se ha visto en el apartado anterior, la pedagogía era capital para alcanzar los objetivos programados con vistas a una instrucción para el patriotismo y para la religiosidad. Esta lección realizada desde la más tierna infancia garantizaba su arraigo y su eficacia. El periodismo, para los dirigentes políticos y religiosos, cumplía con unos fines similares. La misión del periodista era difundir los ideales políticos, sociales y religiosos, en los que se sustentaba la nueva sociedad. La regeneración de la patria y la construcción de una

⁴¹ Según se iba subiendo en la escala de los grados de la enseñanza, se iba perdiendo la carga de cristianización y politización, para ir adquiriendo un sesgo más técnico y profesional. En la enseñanza superior, especialmente en la universidad, quedaban vestigios de esta línea educativa en la presencia de ciertas asignaturas, que eran más bien disciplinas testimoniales y no estudios básicos. Eran las llamadas “marías”: gimnasia y religión.

⁴² La obra de Lorenzo Gomís *El medio media: la función política de la prensa* (Madrid: Seminarios y Ediciones, 1974) es una obra imprescindible para el conocimiento de los medios de comunicación y de los sistemas de manipulación de la prensa. Véase especialmente el capítulo que trata sobre la interpretación de la realidad por parte de los medios de la prensa (pp. 49-57) y muy particularmente ésta en los sistemas totalitarios (pp. 86-88).

Nueva España exigían la presencia y la dedicación de unos profesionales totalmente identificados y comprometidos con la causa que se quería alcanzar.

Por otro lado, la prensa, por sus características de comunicación, “fuerza comunicativa” y “amplitud trasmisora”, era un medio de ideologización altamente eficaz. Los bajos costos de compra, el número de lectores potenciales, el relieve de las consignas a través de los encabezamientos, la fácil lectura debido a la brevedad de las noticias y de los artículos de opinión, entre otras razones, facilitaba la asimilación de las noticias ofrecidas. La prensa era el medio de cultura y de adoctrinamiento que llegaba a más población e incidía sobre ésta con más fuerza. Desde estos supuestos, es fácil entender el cuidado y la preocupación que la prensa suscitaba en el gobierno.⁴³

El periodismo, por sus características comunicativas, era un arma de combate altamente eficaz y el medio más operativo de ideologización. Si la enseñanza conducía a los jóvenes estudiantes por la vía del patriotismo y la religiosidad, el periodismo certificaba y aseguraba el mantenimiento y el fortalecimiento de estos propósitos. Desde este punto de vista, el periodismo tenía un alto valor formativo y doctrinario que había que cuidar y mimar con auténtico esmero. Antonio Vallejo Nájera afirmaba en su ensayo “Autoperfeccionamiento del selecto”:

El actual momento histórico español coloca a nuestro invicto Caudillo en situación comparable a la de un arquitecto a quien se encomendase la restauración de una vetusta, famosa e histórica urbe completamente en ruinas... Y para esta obra, el Caudillo necesita colaboradores, que en esta obra constructiva son cuatro: el sacerdote, el maestro, el médico y el periodista. (p. 123)

La prensa y el periodista eran piezas imprescindibles en el engranaje del aparato del Estado. Sus funciones eran necesarias en la nueva sociedad que se quería apuntalar. Actuaba como arma de combate en tiempos de guerra y como sistema de adoctrinamiento en tiempos de paz. El periodismo, como afirma el preámbulo de la ley de Prensa de 1938, debía actuar como “órgano decisivo en la formación de la cultura popular y, sobre todo, en la creación de la conciencia colectiva”. Desde esta perspectiva, era lógico que el control de la prensa fuera una de las medidas más

⁴³ Manuel Vázquez Montalbán en su estudio *Informe sobre la información* advierte que “el escritor periodístico se dirige a un público mayoritario y esto determina que la utilización que de su trabajo hacen los medios sociales... sea más meticulosa en el doble sentido de la palabra: más escrupulosa y más recelosa” (20).

necesarias y urgentes, según terminología oficial, para la reconducción de la patria por los caminos de la libertad y de la grandeza perdida. Así reza el preámbulo de la misma ley de Prensa.

El dirigismo informativo por parte del gobierno fue total. No hubo parcela en el campo de la información, por insignificante que ésta fuera, que no estuviera perfectamente controlada y dirigida por los gestores gubernamentales. Esta censura férrea significó que toda acción periodística, además de estar controlada, sirviera como medio idóneo de divulgación de las ideas y consignas oficiales. La manipulación informativa llegó a alcanzar cotas sorprendentes. Las leyes de Prensa, tanto la de 1938 como la de 1966, hablan de la libertad de expresión y de la libertad de información, pero siempre que esta libertad estuviera supeditada al bien común y a la grandeza de la patria. Es decir, la libertad de expresión dependía exclusivamente de la conformidad de la información con los intereses del sistema. El colmo de la osadía en este campo se dio en las declaraciones de Gabriel Arias-Salgado, ministro de Información y Turismo, cuando afirmaba en uno de sus fogosos discursos que:

En buena doctrina de información, la lealtad a la verdad es la primera obligación del periodista, porque el derecho de los hombres a conocer la verdad constituye el fundamento de la información como actividad humana... En este sentido, se puede decir que el octavo mandamiento del Decálogo es el primer mandamiento del periodista (1958, p. 144)

A continuación, afirmaba Arias-Salgado en ese mismo discurso que el derecho a la verdad siempre debe depender de la responsabilidad hacia el bien común (p. 146), siempre dirigido hacia la conquista de la grandeza y prosperidad de la patria (p. 145). Es curioso comprobar que Arias-Salgado, después de transcurridos más de 15 años, seguía manteniendo el espíritu y las estrategias informativas que caracterizaron la ley de Prensa de Serrano Suñer: libertad sí, pero dentro del orden instituido. Por eso, no es extraño que el entonces Ministro de Información y Turismo, una y otra vez, ensalzara la ley de Prensa de 1938, una ley nacida en unas circunstancias bélicas que estuvo vigente durante décadas. En el Primer Consejo Nacional de Prensa de 1953, Arias-Salgado se expresaba de esta manera: “Sigue en plena vigencia la Ley de Prensa de 1938, cuyas líneas maestras siguen siendo de verdad maestras y han prestado a la Patria y a sus dispositivos de información un gran servicio” (1957, p. 45). El control de la prensa era una necesidad del sistema para el correcto desenvolvimiento de su programa político.

Se imponía el principio eufemístico de la “prensa controlada” o bien “prensa orientada”⁴⁴.

Este control pleno de la prensa fue una realidad desde el momento mismo de la insurrección militar. Este hecho quedaba plenamente corroborado a partir de lo dispuesto en el artículo primero de la ley de Serrano Suñer:

Corresponde al Estado la organización, vigilancia y control de la institución nacional de la Prensa periódica. En este sentido compete al Ministro encargado del Servicio Nacional de Prensa la facultad ordenadora de la misma.

La ley de Prensa de 1938 crea una normativa reguladora donde nada queda fuera del control del Estado. El Estado se convierte, de esta manera, en garante y gestor del número y de la extensión de las publicaciones, de la designación del personal directivo, de la reglamentación sobre la profesión del periodista y del control de censura sobre toda la actividad de la prensa (artículo segundo). Esta filosofía de actuación, junto a otras leyes y decisiones gubernativas, legalizaba y legitimaba con una normativa jurídica la actuación directa del Estado en la prensa: incautación de los bienes y materiales de todos los medios informativos pertenecientes al denominado Frente Popular, depuración de todos los elementos desafectos, incluso dudosos, de la actividad periodística, control implacable sobre los medios y los sujetos de la actividad informativa. Lo que buscaba el régimen franquista “era contar con periodistas insospechadamente fieles, que fueran seguros propagadores de sus excelencias” (J. Sinova, 1989, p. 62) y con una prensa que proclamara a los cuatro vientos sus grandes e irrefutables bondades.

En caso de no cumplir al pie de la letra con la normativa dada por la autoridad competente, tanto el periódico como el director y el propietario podían incurrir en graves faltas que podían entrañar severas sanciones, desde la multa hasta la incautación del periódico, pasando por la destitución del director. Existía un seguimiento exhaustivo de todos los medios de comunicación, incluso de la prensa oficial y nadie, en el caso de infracción, se libraba de los castigos correspondientes. Títulos como *Fotos*

⁴⁴ A esta prensa dirigida desde el poder, Gabriel Arias-Salgado la denominaba “prensa controlada” y “prensa orientada”. El dieciséis de diciembre de 1953, en el Primer Congreso Nacional de Prensa, se expresaba así: “Entre la prensa incontrolada y libre teóricamente y la prensa estratificada, prefabricada, sujeta a un dirigismo férreo, la fórmula española es de *Prensa orientada*” (1957, p. 58) (el concepto viene subrayado en el original).

o *A.B.C. de Sevilla* fueron sancionados. Periodistas nada sospechosos de oposición hacia el sistema fueron castigados. Estos fueron, por ejemplo, los casos del cura falangista Fermín Yzurdiaga o del escritor, igualmente falangista, Álvaro Cunqueiro. Nadie se libraba del seguimiento y, por tanto, de la sospecha. Esta desconfianza previa hacia cualquier colaborador era la mejor garantía de eficacia y de cumplimiento del deber.

De esta manera, el Estado tenía la seguridad plena de alcanzar los objetivos que quería, objetivos idénticos en todos los planos de su actuación: erradicar toda posible presencia de prensa democrática y liberal; divulgar su doctrina para la formación de la cultura popular y para la creación de la conciencia colectiva; control férreo para garantizar la ortodoxia de las ideas presentadas. La creación de la Escuela Oficial de Periodismo (17 de noviembre de 1941) y del Registro Oficial de Periodistas (20 de septiembre de 1951), que concedían la titulación y el carnet oficial de periodistas y llevaba el registro de todos los profesionales del ramo, fueron los sistemas más eficientes de control y de dirigismo ideológico en el campo de la prensa. Es digno de señalar que a Francisco Franco se le hizo entrega del carnet de periodista de honor número uno (20 de julio de 1949), como símbolo de reconocimiento y de gratitud por su servicio y por su dirección.

El resultado final de la ingerencia del Estado en la prensa nacional fue la creación de una situación tan sorprendente como paradójica. Como afirma Justino Sinova en su obra *La censura de prensa durante el franquismo*: “Los periódicos eran a todos los efectos prácticos empresas públicas, pero dependían en su mayoría de empresas privadas. La ley de Serrano Suñer consiguió que lo que era de unos particulares fuera puesto al servicio absoluto del Estado, de tal modo que los particulares llegaron a perder el control sobre sus empresas... Como resultado de todo ello, los periodistas quedaron convertidos en la práctica en funcionarios del Estado, pero con la singularidad de que percibían su salario de una empresa privada” (p. 40). El Estado, como en otras facetas de la vida cultural de la España del momento, había sabido crear la jugada perfecta en cuanto controlaba inflexiblemente todas las actividades del sistema informativo sin preocuparse de la gestión económica, que correspondía a las empresas privadas.

La prensa, en un primer momento en manos de Falange y más tarde dependiente de familias económicas, pero siempre controlada por una férrea censura, supo y pudo cumplir a la perfección con la misión encomendada. La información provenía de las altas esferas del poder, que imponía su versión de los acontecimientos y la ideología que se quería transmitir a partir de los hechos puntuales que presentaba. Las consignas oficiales eran permanentes y sistemáticas. Para la información base se contaba con diversas agencias de noticias que tenían cometidos diferenciados: EFE era la agencia encargada de aportar las noticias de alcance internacional; CIFRA, las de proyección nacional; la misión de la agencia ALFIL era ofrecer la información deportiva. A través de la creación de estas agencias (enero de 1939) se pretendía liberarse de la dependencia informativa con respecto a las agencias americanas y alemanas para crear, de esta manera, sus propios espacios de información, tanto nacionales como internacionales, con el objeto de adecuarlos más y mejor a sus fines doctrinarios y propagandísticos. La prensa española ofrecía un noticiario aportado por las agencias mencionadas filtrado por el crisol ideológico de los aparatos del Estado. El español de la época leía una prensa acondicionada a los intereses y a las necesidades del poder.⁴⁵ Desde el diario pamplonés *Arriba España*, (1 de agosto de 1936- 30 de junio de 1975), primer título de la prensa del Movimiento, hasta *El Alcázar*, fundado en 1936 y que pervivió a lo largo de todo el franquismo con diferentes tendencias ideológicas, hasta títulos tan emblemáticos como *Jerarquía*, *Vértice*, *Fotos*, revista *Escorial*, pasando por los numerosos diarios y revistas de la prensa del Movimiento, todos ellos respondían de forma más o menos fehaciente a los principios presentados. Todos ellos ofrecían una información sesgada y más o menos manipulada de acuerdo con las consignas establecidas desde la dirección oficial⁴⁶.

Es imposible en un espacio reducido, como el que corresponde al estudio del periodismo franquista, ofrecer un análisis exhaustivo de todos los títulos de la prensa

⁴⁵ Esta situación permanece inalterable hasta la publicación de *El ciervo* (1951) primer título de una prensa que rompe amarras con respecto a la dependencia informativa oficial ofreciendo una comunicación más abierta y liberal, pero poco contestataria con el sistema. En la década de los sesenta se generaliza esta línea de oposición, siendo *Cuadernos para el Diálogo* el título más emblemático de esta nueva prensa. En 1946 aparece la revista *Ínsula* que bajo la cobertura de una publicación literaria aporta, en ocasiones, unos contenidos muy poco oficialistas. Sin embargo, en conjunto, la prensa sigue su camino sin grandes alteraciones hasta propiamente los años finales de la década de los sesenta, con el franquismo en el umbral de su desaparición.

⁴⁶ La manipulación de la prensa presenta dos vías principales: el ocultamiento de noticias que no casan con los intereses del gobierno y la deformación informativa como medio para potenciar la ideología oficial.

del Movimiento. Es necesario hacer una fuerte selección. Se opta, de esta manera, por tres publicaciones, muy diferentes entre sí en motivaciones y fines, pero exponentes inequívocos de la prensa oficial del nacional-catolicismo. Me refiero en concreto a los títulos de tres publicaciones falangistas como *Jerarquía*, *Vértice* y *Escorial*⁴⁷.

***Jerarquía*.** La revista *Jerarquía: la revista negra de la Falange* fue editada en Pamplona por la Jefatura Nacional de Prensa y Propaganda de Falange Española⁴⁸. Fue la primera revista falangista creada durante la contienda con un carácter marcadamente culturalista e ideológico. Su creador y director fue el sacerdote navarro Fermín Yzurdiaga, quien contó con la estimable ayuda de Ángel María Pascual como responsable de edición y con la de Martínez Crispín como jefe de ilustraciones. Tuvo una duración breve de casi dos años, tiempo en el que se publicaron cuatro números: nº 1 en invierno de 1936 (160 páginas más treinta y dos primeras que aparecen sin paginar y corresponden propiamente con el artículo de Fermín Yzurdiaga “Jerarquía”); el nº 2 en octubre de 1937 (188 páginas); el nº 3 en marzo de 1938 (220 páginas) y el último número, nº 4, tuvo que darse a finales de otoño o principios de invierno de ese año de 1938⁴⁹ (198 páginas).

Nota sobresaliente en la revista es su preocupación por la presentación y el diseño. Existe una clara voluntad estética de hacer una revista de gran calidad. Muchas de sus páginas son verdaderas obras de arte formal. Un ejemplo claro es su portada de fondo negro con el título *Jerarquía* en la parte central superior en color púrpura y en la parte central inferior, igualmente en púrpura, el símbolo del yugo y las flechas con el término Navarra bajo el escudo, el mes o estación –invierno, octubre, marzo- y el año en números romanos. Es una presentación seria, adusta, pero muy elegante y sumamente sugerente. En las páginas interiores domina la letra redonda grande y clara con un

⁴⁷ Remito al lector interesado en la temática de la prensa del primer franquismo al trabajo de José Carlos Mainer: *Falange y Literatura* (Barcelona: Editorial Labor, 1971); especialmente al primer capítulo “Historia literaria de una vocación política (1930-1950), en el que analiza, entre otras, las revistas que se estudian en este apartado. Otros títulos clave para este tema, entre otros, son: Fanny Rubio: *Las revistas poéticas españolas (1939-75)*. Madrid: Editorial Taurus, 1976; Jeroen Oskam: “Las revistas literarias y políticas en la cultura del franquismo”, *Letras Peninsulares*, (5-3), Davidson College, N.C. 1992-1993, pp. 389-405, etcétera.

⁴⁸ La publicación de *Jerarquía* en la capital navarra era a todas luces lógica, ya que Pamplona era la sede de Prensa y Propaganda de Falange. Allí residían, por lo menos durante los primeros meses de la Guerra Civil, lo más señalado de los intelectuales falangistas.

⁴⁹ La revista sólo indica el año de 1938.

interlineado muy espaciado y con amplios márgenes, aspectos realmente excepcionales en las revistas de la época, en las que la cantidad de información dominaba plenamente la presentación. En ciertas páginas, organizadas a base de grabados y escritos, se dan caprichosos pero artísticos juegos de letras y colores en composiciones de gran validez artística. El color dominante de las letras es el negro sobre un blanco oscuro en papel grueso que alterna con tintas rojas y azules y en menos cantidad con la púrpura. En términos generales se puede afirmar que *Jerarquía* es una revista de contenidos culturalistas con una fuerte y consciente voluntad estética.

En la cuarta página del primer número se presenta la relación de miembros de la “Escuadra Jerarquía”, en la que Fermín Yzurdiaga Lorca aparece como jefe de escuadra, secundado por Carlos Foyaca de la Concha, Rafael García Serrano, Alfonso García Valdecasas, Ernesto Jiménez Caballero, Pedro Laín Entralgo, Eugenio Montes, Martínez Crispín, Ángel María Pascual Viscor, José María Pérez Salazar y Víctor de la Serna. Fuera de la “Escuadra Jerarquía” pero como colaboradores directos de la revista se encuentran otros insignes intelectuales del falangismo como Gonzalo Torrente Ballester, Eugenio D’Ors, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Dionisio Ridruejo, Agustín de Foxá, José María Pemán, entre otros. Si hacemos un recuento, por superficial que éste sea, encontramos que en la revista *Jerarquía* colaboran de forma más o menos asidua la plana mayor de la intelectualidad del nuevo régimen. Fermín Yzurdiaga supo reunir en torno a *Jerarquía* y al diario *Arriba España* a lo más granado y relevante de los intelectuales falangistas.

La filosofía y los colaboradores de la revista nos revelan su carácter marcadamente falangista, mucho más escorada al joseantonismo que al franquismo. Es verdad que en las páginas de la revista se publicaron dos discursos del “Generalísimo Franco”: “Discurso del Imperio de las Españas (nº 2)” y “Discurso de la Unidad en el heroísmo de España” (nº 4). Sin embargo, en el conjunto de las páginas de la revista, José Antonio está más presente y su figura aparece exaltada como ninguna otra. *Jerarquía* es la revista del más puro falangismo. A su vez, este ideal falangista se halla muy cercano al fascismo italiano y bastante alejado del nazismo alemán, aunque haya alguna mención o ciertas presencias del mismo. El falangismo de *Jerarquía* comulga abiertamente con los principios del pensamiento fascista italiano.

Como afirma Ángel María Pascual, la filosofía de la revista es “lanzar el pensamiento de los intelectuales nacionalsindicalistas” (nº 3) para ser, según revela el eslogan de la revista, guía “del Imperio, de la Sabiduría, de los Oficios”. Ciertamente, de acuerdo con los propósitos de los redactores, la revista ofrece una fuerte dosis de “Imperio”, un importante calado de “sabiduría” y una presencia significativa de “Oficios”, relacionados éstos con el mundo de las artes. Si analizamos las tablas o índices de los diferentes números de la revista se detecta con facilidad el espíritu artístico-intelectualista e imperialista de sus páginas. Este dato nos lleva a defender la naturaleza falangista en su dimensión más intelectualizada.

Una de las prioridades de la revista es la creación literaria, y dentro de este capítulo la creación poética. Como Garcilaso, todos los componentes se sienten y se proclaman soldados y poetas. Es lógica la relevancia que asume la poesía entre sus páginas. El soneto de Hernando de Acuña, “Soneto Imperial”, sirve de presentación de las cuatro entregas de la revista. Igualmente hay que señalar los poemas ubicados en el apartado de “Para Dios y el César”. A estos poemas, habría que sumar las creaciones de otros poetas, intelectuales relevantes del falangismo, como Eugenio D’Ors, Ramón de Bastera, Agustín de Foxá, Dionisio Ridruejo, Luis Rosales, José María Pemán, Luis Felipe Vivanco, Adriano del Valle, etc. *Jerarquía* es una revista de guerra y de poesía.

La revista *Jerarquía* abarca y desarrolla igualmente el frente culturalista en la línea de la más pura ideología falangista, en la que sobresale con auténtico protagonismo la razón de “Imperio”. Por un lado, como parte integrante de la filosofía de sus mentores, se organiza la editorial o “Plan de ediciones Jerarquía”, en la que Fermín Yzurdiaga, Alfonso García Valdecasas y Luis Rosales Camacho son sus más directos responsables. Crean diversas series de ediciones que van, en el apartado de “Sabiduría”, desde “Los tiempos del Imperio” hasta “Los cronistas y los historiadores del Imperio”, pasando por “Los humanistas del Imperio”, “Los políticos del Imperio”, “Los místicos del Imperio” y los “Pensadores del Imperio”; en la serie las letras, se incluyen los apartados de “Poesía Imperial” y “Nueva poesía imperial” y como tercera serie, dentro del apartado de las Artes, se proponen dos campos de estudio: “Los artistas del Imperio” y “Monumentos imperiales”. Cabe afirmar que el “Plan de Ediciones Jerarquía” es

expresión indiscutible de la cultura imperial⁵⁰. Ahora bien esta cultura recibe su desarrollo explicativo y pormenorizado en los diversos artículos que componen los cuerpos de los cuatro números de la revista.

Por otro lado, los artículos que abordan el tema del “Imperio” son numerosos y las referencias son múltiples. En el primer número, Rafael García Serrano publica un breve ensayo con el título de “A Roma por todo” y Ángel María Pascual desarrolla la idea del “Cuadrivio imperial”; En el segundo número se publica el discurso de Franco con motivo de la unificación con el significativo título de “Discurso al Imperio de las Españas” y un breve trabajo de Manuel Ballesteros titulado “El Imperio de España”; en el último número Fray Justo Pérez de Urbel entrega un artículo titulado “El arte y el imperio”. A su vez, es curioso constatar que todos los números de la revista reproduzcan el soneto de Hernando de Acuña “Soneto Imperial” con el famoso y reiterativo endecasílabo “Un Monarca, Un Imperio y Una Espada”⁵¹:

Ya se acerca, Señor, o ya es llegada
La edad gloriosa en la que proclama el cielo
Un pastor y una grey sola en el suelo
Por suerte a nuestros tiempos reservada.

Ya tal alto principio en tal jornada
Os muestra el fin de vuestro santo celo
Y anuncia al Mundo para más consuelo
Un Monarca, Un Imperio y Una Espada.

Un rasgo típico o tema sobresaliente de la revista que sirve como definición de la ideología del falangismo o del fascismo español es el doble signo o doble línea de su ideología: catolicismo y patriotismo, bases formales del nacional-catolicismo. Uno de los eslóganes más repetidos en la revista, cabecera de alguno de sus números, se basa precisamente en la exclamación de “Para Dios y el César”. En el breve artículo introductorio del primer número escrito por Fermín Yzurdiaga con el título de “Jerarquía”, afirma el sacerdote navarro:

⁵⁰ Existía un plan de ediciones que comprendía los siguientes títulos: *Discursos de José Antonio*, *Discursos del Generalísimo Franco*, *Libro de los héroes de Navarra* de Fermín Yzurdiaga, *Los Reyes Católicos* de Eugenio DÓrs, *La bestia y el ángel* de José María Pemán, *Cisneros* de Luis Santamarina, *Discursos de la catolicidad* de Eugenio Montes, *El genio de España* de Ernesto Jiménez Caballero, *El libro del Imperio* de Ángel María Pascual, *Señorío del español* de Luis Rosales, *Antropografía* de Pedro Laín Entralgo, etc.

⁵¹ Fue con otros eslóganes como “Por el Imperio hacia Dios”, “España, Una, Grande y Libre”, “Por Dios y por España”, etc., una de las consignas patrióticas más presente en los discursos oficiales y en los medios de comunicación

La unidad de las Españas. Dos Imperios. Dos Españas. Dios y el César. Y en medio, las Falange, la Guerra y Jerarquía (p. XIV)⁵².

Dios y el Cesar. Así cuaja el sentido de Jerarquía en la forma heroica de las dos Españas. Pero yo diría ahora, escondiendo un poco este duro simbolismo guerrero, que tiende Jerarquía sus dos brazos. El brazo invisible de Dios nos hace sombra deleitosa con su providencia. El brazo del César dibuja, sobre la tierra de sus imperios, un ramo saludable: el olivo de la Paz. Por eso, Jerarquía dice inmediatamente Orden, Remanso, Equilibrio... Paz, trabajo, creación, arte... (p. XIX).

Esta filosofía de unidad entre las dos Españas, la España religiosa y la España imperialista, Dios y César, se haya perfectamente expresada en una de las páginas iniciales del primer número de la revista, titulada, muy significativamente, “Para Dios y el César”, y compuesta por tres poemas dedicados, el primero, a “Cristo”; el segundo a “José Antonio”; y el tercero a los “Muertos de Falange Española”. Como afirmaba Fermín Yzurdiaga, entre los brazos abiertos de Dios y el César, -es así como viene presentada la figura de José Antonio-, se haya la Falange con sus muertos con la luz esplendorosa de su entrega y de su heroísmo.

Jerarquía es una revista de ideología, pero con una carga muy significativa de ciencia y de cultura. Se decía al inicio de este apartado que la revista era una publicación con una presencia de trabajos culturalistas muy importante. Entre los trabajos que entran a formar parte de este apartado destacan, entre otros, los siguientes autores y escritos: “Sermón de la tarea nueva” de Pedro Laín Entralgo (nº 1), “Hombre y yo” de Alfonso García Valdecasas (nº 2), “Razón y ser de la dramática futura” de Gonzalo Torrente Ballester (nº 2), “La salvación del amor en la mística” de Luis Rosales (nº 3), “La orientación actual del arte de la pintura” de Carlos Ribera (nº 3), “La crítica estética en la *República literaria*” de Joaquín de Entrambasaguas (nº 4), “Retorno a lo místico” de Augusto Andrés Ortega (nº 4), etc. El grupo de intelectuales mencionado y los títulos de los trabajos presentados dan fe del carácter indiscutiblemente culturalista de la revista. Junto a esto, si se hace un recuento superficial de la orientación temática de los artículos se observa un indiscutible predominio de disciplinas históricas, filosóficas y literarias, que nos obligan a defender un claro culturalismo humanista. No es

⁵² Indicamos la paginación en números romanos, en vez de arábigos, como se hace en el resto de los casos, por la simple razón de que este artículo, y sólo este trabajo, aparece sin paginación en la revista. Por lo tanto, la numeración es nuestra y no de la publicación.

sorprendente que uno de los artículos de la revista sea precisamente el de “Sentido humanista del nacional-sindicalismo” (nº 3), escrito por Luis Legaz.

Falange Española a través de su ideal de Imperio proclama la razón y el sentido de lo joven, de la juventud⁵³. Aunque el espíritu de Falange hunde sus raíces en la tradición y en el pasado histórico, su savia reclama el vigor de lo nuevo y de lo original. Falange proclama la acción y el heroísmo de corazones jóvenes, como es el caso del título de la novela de Rafael García Serrano, *Eugenio o la consagración de la primavera*, publicada precisamente en “Jerarquía: ediciones de las dos Españas”. Las citas están llenas de referencias a esa hermosa juventud capaz de las más heroicas entregas y de las más sublimes conquistas. En el “Discurso al Imperio de las Españas” (nº 2), Francisco Franco afirmaba al respecto:

No queremos a una España vieja y maleada; queremos un Estado donde la pura tradición y sustancia de aquel pasado ideal español se encuadre en las formas nuevas, vigorosas y heroicas que las juventudes de hoy y mañana aportan en este amanecer imperial de nuestro pueblo.

Fermín Yzurdiaga, planteando el mito de la “Europa encadenada” ofrece un auténtico panegírico de una juventud española ardiente y heroica en lucha abierta por la conquista de los valores eternos del hombre y de la sociedad.

¿Podremos liberarla nosotros?⁵⁴ Al menos con sangre joven de España, ardiente de tradición, bronca en sublimes valentías, se ha roto la cadena de los opresores; llave sagrada del sacrificio que abre, de par en par, las puertas de la vida... Podemos salvar a Europa, haciéndola carne y alma, temperamento y figura del alma española... (pp. 21-22).

El principio de la españolización de Europa, tan caro para noventayochistas y regeneracionistas, se vuelve a plantear en estas páginas. Pero esa nueva Europa, surgida en contacto y en simbiosis con el “temperamento y figura del alma española”, se llama “fascismo”. Como afirma Ángel María Pascual en su artículo “Tratado segundo de la razón de Imperio” (nº 4): “El fascismo tiene que destruir el viejo orden social y

⁵³ Véase al respecto el estudio de Juan Cano Ballesta “La utopía del amanecer y del imperio en la retórica falangista” (*Las estrategias de la imaginación. Utopías literarias y retórica política bajo el franquismo*. Madrid: Editorial Siglo XXI, 1994, pp. 21-56). Los mitemas de imperio y juventud se identifican semánticamente con los principios de imperio y amanecer. Lo importante en estos casos es el estudio de los campos semánticos, aspecto que no entra en este trabajo, pero que es imprescindible para profundizar en estos tópicos temáticos.

⁵⁴ Se refiere al mito de la “Europa encadenada” expuesto en su trabajo “Jerarquía” en el número primero de la revista.

económico, última forma del sistema feudal. El feudalismo se llama capitalismo”. Más adelante, en el mismo artículo, el periodista navarro vuelve a insistir en las mismas ideas, cuando afirma que “Contra el fascismo se yergue el gigante de la vieja política. Siempre la misma, bajo nombres diferentes. Díganla absolutismo, democracia, monarquía liberal, centrismo o frente popular”. Son ideas que machaconamente se repiten en las páginas de la revista falangista. Se impone la alternativa de fascismo frente a democracia y liberalismo. Desde este punto de vista, según los redactores de la revista, la salvación de Europa se materializará únicamente cuando haya triunfado en toda Europa el fascismo. En esta tarea de superación de la vieja Europa, la juventud española juega un papel protagonista de primer orden. La guerra que se dirime en suelo español es la mejor prueba de esta entrega. Es simplemente la lucha a muerte del fascismo contra la democracia y el comunismo. La política de la nueva España se llama fascismo. De la misma manera, la política de la nueva Europa es y será el fascismo. Ángel María Pascual sigue definiendo sus ideas, cuando afirma que:

La jornada del Imperio, grabándose ya en los cielos con estrellas para nueva guía de tiempos peregrinos, exige un alto principio, que está ya entre nosotros y tiene un glorioso nombre. Se llama el fascismo.

Según la teoría de los redactores de la revista, toda acción debe subordinarse a este glorioso principio. Todo y todos por el fascismo. *Jerarquía* se mueve en estos terrenos ideológicos y culturales. Unos con las armas en la mano en el campo de batalla, otros con las ideas y con las palabras en los medios de comunicación, otros con las órdenes y los dictámenes en el plano del mando, todos unidos para el logro de un único fin: el triunfo absoluto del fascismo gracias al heroísmo y entrega de las juventudes españolas. *Jerarquía* con su más pura y ortodoxa filosofía falangista toma partido decidido en este combate que proclamará el triunfo definitivo de la Nueva España gracias, en buena parte, a la entrega generosa y heroica de Falange. *Jerarquía* es una de las muestras más inequívocas de esta filosofía de servicio y de lucha.

Vértice. La revista *Vértice*⁵⁵ apareció en San Sebastián⁵⁶ en el mes de abril de 1937 y se publicó en la ciudad donostiarra hasta el número 26, octubre de 1939. A partir del nº 27, noviembre-diciembre de 1939, Madrid será la nueva sede oficial de la revista. Sin interrupciones, *Vértice* siguió su singladura editorial hasta febrero de 1946, número ochenta y tres. Parece ser que *Vértice* nunca pudo ser la revista que quiso ser. Nació con una clara voluntad falangista pero pronto, propiamente a partir de su segundo número, se reconvirtió en una revista de claro signo franquista. Los dos primeros números presentaban como subtítulo el de *Revista nacional de la Falange* y a partir del tercer número el subtítulo cambia a *Revista nacional de la Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.*⁵⁷ El decreto de Unificación (19 de abril de 1937) determinó el nuevo rumbo de la revista. Como se ha afirmado, *Vértice* siguió siendo una revista con nombre falangista pero con espíritu franquista.

Esta revista representó de manera inequívoca la voluntad del nuevo régimen y la marcha de la vida política de la nación. *Vértice* fue, en los momentos iniciales del levantamiento, la apuesta cultural del nacional-catolicismo. En circunstancias de una preocupante escasez de materias primas y con una economía entregada plenamente a la guerra, no tuvo limitaciones ni materiales ni humanas. Contó con un equipo de redactores y colaboradores de alto prestigio intelectual, que, en todo momento, pudo utilizar un material gráfico de muy alta condición, lo que explica la calidad y el lujo de su impresión. Como afirma José Carlos Mainer, *Vértice* fue una revista con obsesión

⁵⁵ Sobre la revista *Vértice* véase la siguiente bibliografía: José Carlos Mainer: “Recuerdo de una vocación generacional. Arte y política en *Vértice* (1937-1940)” (Madrid, 1967), “Creación literaria en *Vértice* (1937-1940)” (Madrid, 1968), y *Literatura y pequeña burguesía en España (Notas 1890-1950)* (Madrid, 1972, pp. 213-240); José Ángel Ascunce: “San Sebastián y *Vértice*: sede y expresión ideológico-cultural de la primera época franquista”, *Estudios sobre Historia del Pensamiento Español* (Antonio Jiménez Edic.), Santander, Asociación de Hispanismo Filosófico, 1998, pp. 321-333. El presente estudio recoge las propuestas desarrolladas en dicho artículo.

⁵⁶ A partir de finales de 1936, tras la toma de la ciudad (13 de septiembre de 1936) San Sebastián se convierte en centro cultural del régimen franquista, debido a diferentes razones. San Sebastián era la ciudad turística por excelencia, donde buena parte de la aristocracia y de la alta burguesía acudían a pasar los meses estivales. Por esa razón, había desarrollado como pocas ciudades españolas una moderna infraestructura de medios de comunicación. La toma de ciudad significó que todos esos medios pasaran a manos del régimen franquista. Importantes figuras de la intelectualidad franquista-falangista fijaron su residencia en la capital donostiarra. San Sebastián poseía todas las ventajas y muy pocas limitaciones para convertirse en centro cultural de la vida nacional. Véase al respecto. José Ángel Ascunce: *San Sebastián, capital cultural (1936-1940)*, (San Sebastián: Gráficas Michelena, 1999), pp. 16-17.

⁵⁷ El número primero de la revista se abre con un primer plano de José Antonio, le sigue en la segunda página un retrato ecuestre en medio plano de Francisco Franco y en la tercera página se encuentra otro primer plano, en esta ocasión, de Manuel Hedilla, jefe nacional de la Junta de Falange Española de las JONS. Esta composición no se vuelve a dar en lo sucesivo. Tampoco se da la carga de motivos falangistas que presenta el primer número.

aristocrática que quiso emular la gran revista republicana *Blanco y Negro* (1967, 3). Estos datos son altamente significativos para entender la marcha y la filosofía de la revista. El gobierno, desde un primer momento, puso a disposición de sus gestores todos los medios necesarios y algunos más para su posible realización. Este hecho revela el alto interés de los dirigentes por la revista. Como se afirma en su número segundo, *Vértice* pretendía “ampliar el prestigio mundial y el respeto de todos hacia el nivel social y cultural de nuestra España, una, grande y libre”. El cuidado de su composición fue máximo y el carácter ideológico muy fuerte, aunque nunca olvidó primar su condición cultural.

En sus dos etapas editoriales representaba la coyuntura del cambio de circunstancias políticas. San Sebastián encarnaba la época de guerra y Madrid la etapa de la posguerra. Su final, a principios de 1946, simboliza igualmente el término de una de las etapas de la política del nuevo régimen. El título, *Vértice*, subraya una clara dimensión simbólica en cuanto pretende ser centro y eje de convergencia de todas las voces alineadas en el frente cultural del nacional-catolicismo y más concretamente del falangismo. Como manifiesta la revista en el número doble de diciembre de 1937, nos. 7 y 8, “*Vértice* pretende ser símbolo indiscutible de la plenitud intelectual de la España Azul”⁵⁸.

La nota más distintiva de la revista es su propia materialidad: formato y diseño. Es una publicación con una seria preocupación artística. Entre las publicaciones españolas de la época, *Vértice* es la revista más cuidada en su elaboración, más esmerada en su diseño y más rica en sus materiales. La confluencia de estos factores hace que *Vértice* pueda ser catalogada como la revista de las revistas. Como afirma José Carlos Mainer: “Dos cosas interesa ante todo señalar en cuanto a la forma y estilo de *Vértice*: una, su presentación de revista total, en la que ilustración, fotografía y texto están integrados en una unidad expresiva; otro, su tono directo y de consigna, reflejado en el tono de sus artículos. *Vértice* pretende constituirse en definidora de una sensibilidad y una estética falangistas”⁵⁹.

⁵⁸ La revista aparece sin paginación. Por esta razón, las citas se hacen incompletas e imprecisas. En el caso de la presente cita, ésta está tomada de la nota editorial “*Vértice* a sus lectores”.

⁵⁹ José Carlos Mainer: “Recuerdo de una vocación generacional”, Op. Cit., p. 218.

Gran parte de la financiación de la revista se debió a ayudas estatales. La parte restante se consiguió, por una parte, a través de la venta directa y de las subscripciones y, por otro lado, de la recaudación que se obtenía de los anuncios y de la propaganda en general. La parte dedicada a los anuncios era tan importante que se puede decir que no ha existido una publicación española con una presencia comercial tan numerosa y, por tanto, tan lucrativa. Podemos poner unos simples ejemplos como demostración de lo afirmado. El número 7-8, septiembre de 1937, ofrece cerca de 150 anunciantes, número utópico para cualquiera de las revistas de ese tiempo y de épocas posteriores. Sin embargo, en el número 49, octubre de 1941, los anunciantes se multiplican, pasando de los trescientos. Además de los anuncios, existe una importante propaganda indirecta, donde largos artículos son una clara publicidad encubierta. Por poner un solo caso, el dedicado al campo de los vinos y de los licores, se encuentran trabajos más o menos extensos sobre los coñacs de Pedro Domec, el Anís del Mono, los vinos del Penedés, etc., que son un canto a las excelencias de dichas marcas. Gracias a la política económica de subvenciones y de recaudación, *Vértice* fue una revista que en medio de la carestía general pudo contar con todos los elementos humanos y materiales para presentarse como una digna y artística publicación.

La historia de la revista en los casi diez años de existencia presenta tres épocas claramente diferenciadas de acuerdo con las líneas programáticas que impone cada uno de sus tres directores, con sus respectivos equipos de colaboradores, responsables directos de la marcha y del talante ideológico de la revista.

El primer período de la revista abarca la época de la dirección de Manuel Halcón⁶⁰. Su labor de dirección llega hasta el número 27, diciembre de 1939. Cuenta con la inestimable colaboración de la dirección artística de Tono. Entre ambos dan el carácter peculiar a la revista tanto desde el punto de vista ideológico como desde la perspectiva del diseño gráfico. Los colaboradores más sobresalientes de esta época son Federico de Urrutia, Víctor de la Serna, Antonio de Obregón, Agustín de Foxá, José María Salaverría, Dionisio Ridruejo, Álvaro Cunqueiro, Carmen de Icaza, Edgar Neville, etc. Exceptuando la firma de Federico de Urrutia, los restantes pueden ser considerados como figuras habituales, pero sin llegar a ser colaboradores fijos. Desde el punto de

⁶⁰ Novelista sevillano, nacido en 1903. De ideología falangista. Colaborador directo de Manuel Hedilla. Dejó la dirección de *Vértice* al ser nombrado Director de la Academia de Bellas Artes de Roma.

vista gráfico, además de la presencia de su director técnico Tono, destacan los dibujos e ilustraciones de Carlos Sáenz de Tejada, L. Haffner, Teodoro Delgado, José Caballero, etc. Los dibujos de Carlos Sáenz de Tejada pueden ser considerados como la más perfecta expresión de la estética falangista-fascista. Casi todo el contenido de la revista se puede agrupar en dos grandes secciones: la bélica-militarista y la culturalista. *Vértice* en esta su primera época aparece como una revista fundamentalmente militarista con una carga importante de contenidos culturales: cine, teatro, modas, decoración, etc.

La segunda época de *Vértice* se desarrolló bajo la dirección de Samuel Ros⁶¹. Dirigió la revista desde el número 28, enero de 1940, hasta el número 60, octubre de 1942. Contó con la ayuda de un nuevo director artístico, sólo conocido por las siglas de A.T.C. Concluida la guerra, la línea militarista de la época anterior se suavizó. Sin embargo, cualquier ocasión y cualquier motivo eran buenos para seguir con la pauta de las exaltaciones, especialmente si éstas estaban dedicadas al Caudillo y en menor medida a los héroes del alzamiento militar. De todas formas, nunca llegó a alcanzar los tonos de grandilocuencia propios de la primera época. Por el contrario, aumentaron el espacio y la calidad de las páginas dedicadas a la cultura y a las efemérides. *Vértice* dejó de ser una revista fundamentalmente militarista para transformarse en una revista entre ideológica y cultural. Se incrementaron de manera llamativa las secciones de literatura, de creación, de arte, geografía, historia, curiosidades, cine, moda, decoración, etc. *Vértice* siguió siendo una revista ideológico-cultural, pero también fue una revista de excelente diseño gráfico. El material empleado, los grabados, las reproducciones, los dibujos, las ilustraciones, etc., eran sorprendentes para el tiempo y para los medios disponibles en esas circunstancias de carestía y penurias. La época de Samuel Ros significó el tiempo de mayor dinamismo cultural, de mejor calidad artística y de mayor esplendor de la revista. A la conquista de esta calidad y de este dinamismo colaboraron numerosas firmas, entre las que cabe destacar, además de su director, José Antonio de Zunzunegui, Federico Sopena, Álvaro Cunqueiro, José María Sánchez Silva, Andrés Revesz, Gerardo Diego, Dionisio Ridruejo, Enrique Lafuente, José María Pemán, Luis Rosales, Jacinto Miquelarena, Leopoldo Panero, Ramón Serrano Suñer, etc. Exceptuando la firma de Andrés Revesz, colaborador asiduo, el resto escribe uno o dos

⁶¹ Samuel Ros (1902-1945), novelista y dramaturgo valenciano, de ideología falangista, desempeñó diversos cargos políticos, entre los que se cuenta la propia dirección de *Vértice*. Deja la dirección de la revista a finales de 1942, según parece, por razones de salud.

artículos por trimestre, siendo excepcional cuando un mismo colaborador participa en la revista con tres o cuatro entregas.

José María Alfaro⁶², como tercer director de la revista, fue el responsable de su última etapa. Dirigió la época final de la revista, desde el número 61, noviembre-diciembre de 1942, hasta el número 83, febrero de 1946. Su dirección se dilató a lo largo de tres años. Existió un claro continuismo en la orientación ideológica y temática emprendida por su predecesor. Se detecta un claro proceso de despolitización que lo había iniciado ya Samuel Ros. Aumentó la dimensión culturalista, pero disminuyó en gran medida el valor y la impronta de la expresión artística. *Vértice* se vulgarizó como publicación por el empobrecimiento de su diseño gráfico. Por otra parte, la parte cultural de la revista recayó sobre unas pocas pero permanentes firmas. Entre ellas, destacaron de manera especial Pedro Murlane Michelena, incorporado a la redacción con José María Alfaro, Juan Antonio de Zunzunegui y Melchor Fernández Almagro, colaboradores desde la época de Samuel Ros. Otras presencias asiduas fueron Enrique Azcoaga, Andrés Revesz y Agustín de Figueroa. La revista contó en esta tercera época con muchos e importantes colaboradores ocasionales: Rafael Sánchez Mazas, Eugenio D'Ors, Azorín, Giménez Caballero, Adriano del Valle, José María Pemán, Juan Beneyto, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, etc. Con José María Alfaro, *Vértice* dejó de ser una revista de diseño gráfico para convertirse exclusivamente en una revista de tipo ideológico-cultural.

En febrero de 1946, después de ochenta y tres números publicados y casi con diez años de singladura editorial, la revista dejó de editarse. A las razones de tipo económico habría que añadir otras de carácter político. Sin las ayudas necesarias para mantener el alto nivel de la revista, ésta fue decayendo en su calidad gráfica, aunque consiguió mantener la altura y el interés de su vertiente culturalista. Sin embargo, para esta época, 1946, el panorama español había conocido un fuerte resurgir intelectual. Existían publicaciones culturales de una trayectoria y de una calidad muy superiores a la de

⁶² José María Alfaro (Burgos, 1906) es una de las figuras más representativas de la política y de la cultura franquistas. Abogado, escritor y periodista, falangista de primera hora y amigo personal de José Antonio. Fue uno de los principales líderes del movimiento falangista. Desempeñó la dirección de la revista *Vértice*, como igualmente de otras revistas de ideología falangista como *Fe*, *Escorial*, *Falange Española*, del diario madrileño *Arriba*. Otros cargos políticos fueron el de la Subdirección de Prensa y Propaganda, el de la Vicepresidencia de las Cortes, el de embajador de Argentina, etc.

*Vértice*⁶³. Por otro lado, la finalidad básica de su aparición había dejado de tener vigencia, ya que los objetivos iniciales se hallaban superados. La Guerra Civil y sus circunstancias eran ya cosa de una historia pasada y los principios de la legitimación de la sublevación militar y del Régimen posterior eran ideales plenamente conquistados. Incluso, la nueva coyuntura de la política internacional, con el fin de la guerra mundial y con el triunfo definitivo de las democracias occidentales, aconsejaba al gobierno del general Franco eliminar todas aquellas huellas que pudieran significar veleidades fascistas. Lo que durante un largo tiempo significó una apuesta oficial indiscutible, con el cambio de las circunstancias políticas en el ámbito internacional dejó de tener interés e incluso se imponía su desaparición para propiciar el olvido de toda una época política del franquismo. La última etapa de la revista bajo la dirección de José María Alfaro fue la historia de una muerte anunciada. Es lógico pensar, como afirma José Carlos Mainer, que 1946 fuera “un año fatídico para las revistas adscritas a la Delegación de Prensa y Propaganda”⁶⁴. El fin de *Vértice* fue una de las pruebas inequívocas de los nuevos rumbos que tanto la política interior como la internacional asumían como consecuencia del fin de la guerra mundial.

El espíritu militarista y la filosofía falangista, en consonancia con las circunstancias históricas y con la ideología dominante, concretaban lo más representativo del pensamiento de la revista. Dentro de esta línea, apartado especial merece el culto a la figura del Caudillo y en un primer momento a la persona del fundador de Falange José Antonio Primo de Rivera. Por lo general, aparece una fotografía de Franco acaparando todo el espacio de la página primera o segunda, tomada desde un primer plano o, en ocasiones puntuales, en un plano medio. La expresión límite de esta filosofía de idolatría al líder carismático la encontramos en el nº 6, noviembre de 1937, donde la figura de Franco aparece bordeada por todas partes por su nombre en mayúsculas y en negrita. Encuadre de fuerte exaltación, donde el nombre del caudillo aparece en cientos de ocasiones. El culto al caudillo, con una gran profusión de fotos y alusiones, se dio de

⁶³ Por poner unos ejemplos ilustrativos basta decir que en 1942 Joaquín de Entrambasaguas inicia la publicación de *Cuadernos de Literatura*; José María Alfaro, en ese mismo tiempo director de *Vértice*, crea la revista *Escorial*. La Delegación de Prensa publica desde 1945 *La Estafeta Literaria*; la prestigiosa *Revista de Estudios Políticos* aparece en Madrid en 1941, etc. Para darnos una idea de la realidad cultural del momento, es suficiente decir que en el mismo año del ocaso de *Vértice* inicia su aventura editorial la revista *Ínsula*. *Vértice* ya no tenía ni sitio ni papel en este panorama, lo que en parte justificaría el cese de ayudas oficiales. A su vez, su director, José María Alfaro, apostaba por otras empresas editoriales de mayor eficacia ideológica y cultural.

⁶⁴ José Carlos Mainer: “Recuerdo de una vocación generacional...”, Op. Cit. p., 213.

forma especial hasta mediados de 1939. A partir de ese momento, se fueron imponiendo otros sistemas de exaltación más sutiles e indirectos, pero no menos operativos, como las presencias continuas de dedicatorias, poemas o escrituras de prosas más o menos literarias con un mensaje afín a la ideología dominante, en la que Franco ocupaba un lugar relevante.

Desde el punto de vista de la exaltación nacional-falangista, la portada del primer número, dibujo realizado por Carlos Sáenz de Tejada, puede ser considerada como un excelente ejemplo del talante ideológico de la revista. El espacio se divide en dos partes a través de una línea diagonal que va de derecha a izquierda y de arriba abajo. En la parte izquierda aparece una serie de figuras de jóvenes atléticos y musculosos uniformados, portando banderas ondeadas al viento entre el laurel de la victoria y varias palomas blancas como símbolo de la paz. En la bandera más destacada, en su centro, se encuentra el símbolo fascista de la cruz gamada y en el eje central de la perspectiva pictórica se encuentra el escudo falangista del yugo y de las flechas. En el lado derecho, se reproducen varias estrofas del himno de Falange con los acordes de la partitura musical del “Volverán banderas victoriosas”. Todos los símbolos y toda la estética de composición representan fielmente la ideología fascista de Falange.

En esta línea de exaltación militarista y de glorificación de la cultura nacional-católica, se ofrece como uno de los temas centrales la contienda civil. Por eso, *Vértice*, entre otras cosas, fue, por lo menos hasta 1939, un parte de guerra dirigido a la población civil. En los primeros números, hasta mediados de 1938, aparecía en una de sus primeras páginas un “Mapa de España, con un grabado superpuesto del territorio liberado” o bien como dicta en otros números, un “Mapa de España con un gráfico superpuesto de la situación de los frentes” o simplemente “Mapa de España”, rótulos que van cambiando según la realidad de la guerra propicie uno u otro título. Desde esta perspectiva, encontramos en los números iniciales un verdadero parte de guerra gráfico.

A este parte de guerra se suman múltiples artículos y reportajes orientados a reflejar la conducta de las dos partes en conflicto. En la representación, como es de esperar, domina un claro espíritu maniqueísta, donde las acciones de los nacionales son siempre ensalzadas y sacralizadas, mientras las empresas de los republicanos aparecen de forma sistemática vilipendiadas y degradadas. En este afán de apoteosis de unos y de

degradación de los otros, se llega a manipular descaradamente la realidad histórica. Se presentan actos de esclavitud y castigo, los típicos trabajos forzados, como conductas voluntarias de redención y de salvación. Como ejemplo de este maniqueísmo de base, sirva el breve reportaje “Cómo tratamos a los prisioneros de guerra”:

Mientras las bestias del marxismo, no satisfechas con destruir poblaciones, saquear aldeas y asesinar españoles, lanzan a los vientos del mundo la especie calumniosa de nuestra ferocidad, los prisioneros de guerra de las tropas de Franco, tratados con todo el humanitarismo de un Estado que se siente fuerte, borran sus culpas en el trabajo dignificador. . . (nº 2, mayo de 1937).

El lector puede sacar sus propias conclusiones de la lectura de este breve párrafo. Los artículos y reportajes de la guerra son numerosos, siempre respondiendo a la dinámica de las dos Españas, la España azul y católica de Franco y de la Falange, caracterizada por el honor, el heroísmo y la entrega, y la España republicana y roja, singularizada por su criminal connivencia con el bolchevismo, por su antiespañolismo y por su herejía ideológica. Un buen ejemplo, entre muchos posibles, es la glosa dedicada a la caída de Eibar. Su título es “Eibar destruido” (nº 2, mayo de 1937). El artículo dice así:

Como en Irún, como en Toledo, como en Guernica, en Durango y otras tantas ciudades de la España mártir, la tea incendiaria del bolcheviquismo, avivada por el soplo frío de Asia, prendió también en Eibar... la silueta ruinosa de estos escombros, que un día fueron plaza de mercado, entre los que se alza la protesta cristiana del campanario de San Andrés, ruido de metales y sonido de salmos.

Lenguaje reiterativo en expresión y en expresados, donde los comentarios sobran por la nitidez de las ideas. Pero entre las líneas temáticas asoma un propósito claro, punto programático de esta revista: la justificación y exaltación de la contienda militar. Las páginas de la revista de forma machacona insisten una y otra vez en la necesidad de una guerra para corregir los errores del pasado y marcar un nuevo rumbo a la España perdida. Para expresar estas ideas, cualquier motivo o artículo, aunque aparentemente su temática no tuviera que ver nada con esta filosofía de base, era bueno y pertinente. Encontramos estas significativas líneas en el editorial del nº 4, julio-agosto de 1937, con el título de “La revista habla”:

En el mes de julio de 1936 se inicia la era de nuestros Años Triunfales, porque el ejército asume con altiva consciencia de su responsabilidad y con absoluta fe en la necesidad del sacrificio impuesto, la tarea de levantar al país de la sima a la que le empujaron. Era ésta una sima donde se hundía definitivamente no sólo el prestigio sino la vida misma de nuestra Patria, destrozada por los enemigos de la civilización occidental, por las hordas del odio, ejecutadoras de los siniestros planes de las

internacionales, que habían buscado en el Ejército el blanco preferido de sus desmanes, porque sabían que él era la más recia columna y la más sólida garantía de España. Y para salvarla se alzó en armas, identificado con el verdadero pueblo, con la Falange, el Requeté y las restantes Milicias nacionales... Ese pueblo y ese ejército sellaron con sangre y heroísmo su alianza nacional para reducir al enemigo y hacer que nuestra Historia recobrara el rango imperial de su destino.

Como en *Jerarquía*, el tema del imperio es una de las claves ideológicas de la revista. Si se justifica la guerra, si se rinde culto al caudillo y a las fuerzas armadas, etc., es, entre otras causas, por España en nombre del imperio. El mito del imperio se reitera constantemente a lo largo de las páginas de la revista. El momento clave de este tema se encuentra en el número 9, abril de 1938, en el que se discute el tema y en el que Pedro Sainz Rodríguez y Alfonso García Valdecasas glosan los conceptos y el sentido de dicho mito.

La filosofía es bastante nítida. Para alcanzar los ideales de grandeza y de imperio, hay que transitar la dura ruta del sacrificio-superación personal y acabar de una vez para siempre con los enemigos de la patria. Es imposible construir una nueva España, si no se destruye previamente la vieja. Abundantes artículos y proclamas insisten en estas ideas. En el artículo “El problema nº 1 de España es el de la educación física” (nº 1, abril de 1937) se dice:

La guerra que estamos ganando contra todos los enemigos de la Patria única, libre y grande, exige de nosotros con la destrucción o el aniquilamiento de aquéllos, la instauración plena de nuestro dogma que, yugulando los vicios pretéritos, atraiga para el futuro español, los vientos de imperiales grandezas que propugnamos.

La guerra impone la victoria para la aniquilación de los vicios y de los errores del pasado y para la implantación de los nuevos ideales de la España imperial. Se defienden los principios de muerte y de destrucción para la conquista de la paz y de la vida. Se juega con el mitema de la renovación para explicar el horror de la guerra y exigir la entrega heroica.

De aquí al principio de unidad sólo hay un simple paso. La conquista de la nueva España -España Una, Grande y Libre- exige la unidad a través de la entrega de todos los verdaderos españoles. En la línea de unificación de conductas y de pensamientos, se crea el principio de identidad entre la bondad del español sobre las premisas de guerra y

de trabajo. Pero, por lo general, el trabajo se subordina a la guerra, porque *Vértice* es una revista de guerra con una clara orientación militarista.

A estos fines colabora lo más florido de la intelectualidad nacional-falangista, desde las generaciones de los mayores hasta los grupos de escritores más jóvenes. Todos están presentes. Entre otras muchas firmas y títulos de entregas, pueden ser destacados las siguientes figuras y trabajos: José María Alfaro publica el soneto “A Francisco Franco, Generalísimo”; Luis Rosales escribe para la revista “Ofrecimiento /guardia en el parapeto”); Tomás Borrás redacta la glosa “A la bandera de España, a la bandera de Falange” o “Nuestro saludo”; Dionisio Ridruejo ofrece diversas colaboraciones como “A Benito Mussolini”, “Al Monasterio de El Escorial” o “Columna en el llano”; Luis Felipe Vivanco participa con “Égloga primera: Isabel”; Pedro Laín Entralgo entrega para la revista su “Diálogo entre el heroísmo y la envidia”⁶⁵. La lista podría ampliarse considerablemente, pero las figuras mencionadas son suficientes para demostrar la calidad de las firmas y la ideología de base que domina en la revista.

Si exceptuamos la parte culturalista, común a otras publicaciones de la época, y la parte gráfica, excepcional para la época y para las circunstancias, y nos adentramos en lo más distintivo de *Vértice*, su orientación ideológica, cabe presentar sintéticamente los temas básicos de la revista. Éstos, en mayor o en menor medida, se centran en los siguientes principios: el mito del caudillaje, la razón de ser del militarismo y la necesidad de la Falange, la guerra como cruzada y el ideal de imperio con los supuestos de heroísmo y de unidad. Sobre estos pilares temáticos se organiza la verdadera mitología de la cultura del primer franquismo y, como derivación, de la revista *Vértice*.

Escorial. La revista *Escorial* inició su singladura editorial en Madrid en noviembre de 1940. De forma continuada y sin altibajos, salvo el período que va desde mayo 1945 (nº 55) a abril de 1949 (nº 56), fue apareciendo el resto de sus números e forma ininterrumpida hasta enero-febrero de 1950 (nº 65). Según reza el subtítulo, fue una

⁶⁵ Todas estas colaboraciones se dan, como es de esperar, en la primera época. Bajo la dirección de Samuel Ros ya no se encuentran escritos, por lo menos en cantidad y en oratoria, de esta línea ideológica. Aparecen nuevas propuestas temáticas: el paisaje con sus ríos y con sus ciudades, la religión, temas de la trivialidad, la fiesta nacional, el amor, etc. Este cambio de orientación ideológico-temática revela el paso de una literatura o periodismo de corte militarista a otro de carácter más personalista e interiorizado, acercándose a lo que se ha denominado como “existencialismo intimista”.

“revista de cultura y letras”, editada por la Delegación de Prensa y Propaganda de Falange. Sin duda, *Escorial* fue la apuesta cultural humanista más seria y responsable por parte, primero, de Falange y, más tarde, del nacional-catolicismo. Fue una revista ligada estrechamente a los altibajos de Falange en la vida política de la nación⁶⁶.

Terminada la guerra, unificados todos los cuerpos y centros culturales, la vida política e intelectual se reagrupó básicamente en Madrid y de manera más circunstancial en Barcelona. Si hasta este momento, San Sebastián, Pamplona, Burgos, Salamanca y Valladolid representaban los centros fundamentales de creación y de expansión cultural del lado nacional, a partir del fin de la contienda este protagonismo recayó en la capital. Las editoriales más importantes, las revistas más significativas, los centros oficiales más operativos, etc., se reubicaron en Madrid o bien iniciaron su existencia en la capital, sede de la vida política de la nación. Esta variación de geografía política se observó en el cambio de domicilio social de la mayoría de las empresas culturales existentes hasta esa época y de la ubicación de todas aquellas otras que aparecieron una vez terminada la guerra⁶⁷. La vida editorial de *Escorial* nació y transcurrió en la capital española.

Noviembre de 1940, fecha de la aparición del primer número de la revista, representaba uno de los momentos de mayor fuerza política y de mayor influencia ideológica de Falange. Ramón Serrano Suñer ostentaba las carteras ministeriales de Gobernación y Asuntos Exteriores. Desde el ministerio de Gobernación controlaba todos los servicios de Prensa y Propaganda. Tres insignes falangistas dirigían todas las actividades culturales e informativas de la nación. Dionisio Ridruejo era en ese tiempo Jefe Nacional de Propaganda; Antonio Tovar dirigía el departamento de Radio y José

⁶⁶ La revista *Escorial* ha merecido la atención de un número importante de críticos, señal inequívoca de su significado. Entre los estudios caben ser destacados: Manuel Contreras Casado: “Ideología y cultura. La revista *Escorial* (1940-1950)” en Manuel Fernández Areal: *Fuentes ideológicas de un régimen (España 1939-1945)*. Zaragoza: Pórtico Librerías, 1978, pp. 55-80; José Carlos Mainer: “La revista *Escorial* en la vida literaria de su tiempo (1941-1950)” (1972, pp. 241-262). Véase igualmente el capítulo XXI de la obra Ramón Serrano Suñer, “El Régimen y la cultura”, de su obra *Entre el silencio y la propaganda. La historia como fue. Memorias*, pp. 409-444.

⁶⁷ Burgos y Salamanca dejaron de ser ciudades ministeriales debido a la ubicación de toda la vida política nacional en Madrid. La vida oficial con sus diversos ministerios y centros de decisión obligó a que el Instituto de España abandonara su sede donostiarra y organizara su sede en la capital del Estado. Las revistas *Vértice*, *Fotos*, *Mujer*, *Marca*, *Flechas* y *Pelayos*, *Maravillas*, etc., cambian sus sedes. Las editoriales más dinámicas durante el período bélico, todas ellas ubicadas en provincias, pierden su protagonismo frente a la pujanza de la vida editorial madrileña y catalana. Con el fin de la guerra, se certificó la reubicación total de la vida política y cultural de la nación.

Antonio Jiménez Arnau se encargaba de la dirección del departamento de Prensa. Los hombres de Falange dominaban el panorama cultural del Estado. En estos momentos de euforia falangista, nació *Escorial* como revista cultural de Falange.

La filosofía de la revista es clara. El propio nombre lo testimonia: *Escorial*, como símbolo del pasado grandioso de España y expresión de lo que debe ser la nueva España. Al mismo tiempo, sintetiza los dos principios del nacional-catolicismo: religión y patria o, como afirma el Manifiesto Editorial, “religioso de oficio y militar de estructura” (p. 11). Dionisio Ridruejo en el editorial del nº 8, junio de 1951, defendía ideas que completaban los espacios semánticos por donde se movían los colaboradores de la revista. Afirmaba: “Nosotros somos intelectuales... Como estilo de vida hemos elegido la milicia... y esta milicia la practicamos con la pluma, pero también con la Espada” (p. 330). Si se compendian estos principios, se crea la verdadera doctrina que defiende *Escorial*: milicia intelectual por Dios y por España. Con esta filosofía de base, *Escorial* representa el interés largamente deseado por Falange de crear “una revista que fuese residencia y mirador de la intelectualidad española, donde pudieran congregarse y mostrarse algunas muestras de la obra del espíritu español no dimitido de las tareas del arte y la cultura a pesar de las muchas aflicciones y rupturas que en años y años le han impedido vivir como conciencia y actuar como empresa” (Manifiesto Editorial, p. 7). Páginas adelante vuelve a insistir en estos mismos principios cuando afirma:

Nuestros propósitos. Primero: congregar en esta residencia a los pensadores, investigadores, poetas y eruditos de España: a los hombres que trabajan para el espíritu. Segundo: ponerlos en comunicación con su propio pueblo y con los pueblos anchísimos de la España universal... Tercero: ser un arma más en el propósito unificador y potenciador de la Revolución... y, por último, traer al ámbito nacional –porque en una sola cultura universal creemos– los aires del mundo tan escasamente respirados por los pulmones españoles (p. 19).

Según el manifiesto, *Escorial* se ofrece como espacio de reunión de la intelectualidad española y lugar de expresión de su arte y de su cultura con la finalidad básica de hacer patria y de cumplir con su destino universal por el doble camino de la españolización de la cultura universal y de la universalización de la cultura española⁶⁸. La revista nace con un claro espíritu político y con una innegable preocupación cultural.

⁶⁸ De forma casual, según creo, *Escorial* entronca con una filosofía diferente con los principios noventayochistas y con la filosofía regeneracionista. Es un punto que, aunque ajeno a la línea de pensamiento de este trabajo, merece la atención de la crítica,

La revista presenta dos épocas marcadas por los dos tiempos de su publicación: noviembre de 1940 a mayo de 1945 (n.ºs. 1-55) y de abril de 1949 a enero-febrero de 1950 (n.ºs. 56-65). A su vez, la primera parte de la historia de la revista debe ser subdividida en otras dos etapas, dependiendo de su filosofía y de su dirección. Dionisio Ridruejo fue el director de la revista durante la primera etapa que transcurrió hasta el número 24 (octubre de 1942); la segunda etapa bajo la dirección de José María Alfaro se desarrolló hasta el número 55 (mayo de 1945)⁶⁹. El director de la revista en su segunda parte fue el falangista guipuzcoano Pedro Murlane Michelena. A pesar de que existan diferencias en la orientación de la revista según el talante personal de sus directores, la revista puede ser valorada en dos épocas. La primera época sería la de Ridruejo-Alfaro, que, aunque con diferencias manifiestas, presenta un claro continuismo de forma y de contenidos. La segunda época transcurre bajo la dirección de Murlane Michelena.

La primera etapa de la primera parte de *Escorial*, bajo la dirección de Dionisio Ridruejo, representó la línea más diáfana del pensamiento falangista. Como se ha dicho, son tiempos de euforia para Falange. La revista, promovida desde el Ministerio de Gobernación por Ramón Serrano Suñer, quería llenar un vacío importante en la España franquista: la publicación de una revista de carácter cultural serio y profesional que abarcara todas las áreas de las tradicionales disciplinas humanistas tratadas éstas con un sentido crítico y científico. Para la empresa Ramón Serrano Suñer contó con Dionisio Ridruejo, uno de los intelectuales más prestigiosos de Falange y mano derecha del ministro. A su vez, el poeta se rodeó de todo su equipo de amigos unidos en la ideología y en el saber, que habían tenido vidas políticas y culturales muy semejantes⁷⁰. Cabe decir que *Escorial* es el resultado editorial de un grupo de amigos intelectuales falangistas preocupados seriamente por la cultura y por la ciencia.

⁶⁹ Las fechas indican de forma innegable los hitos más significativos de la historia del franquismo: 1942: caída del falangismo oficial; 1945: fin de la Segunda Guerra Mundial y escoramiento de la política franquista hacia el lado de los principios de los aliados; 1950: preocupación del régimen por la búsqueda de la aceptación de los países aliados a través de una política de neutralidad y de proximidad al Vaticano, como garante de los propósitos políticos del régimen franquista.

⁷⁰ El grupo *Escorial* se reúne y se forma en Pamplona en torno al equipo de *Jerarquía*, siendo el sacerdote falangista Fermín Yzardiaga su aglutinador, y desde Pamplona este grupo de falangistas intelectuales van desarrollando diferentes funciones en la política de Falange y del Estado con Serrano y Suñer para recalcar finalmente en *Escorial*.

El 16 agosto de 1942 se dio el incidente que ha sido conocido como “Sucesos de Begoña”, lo que sirvió a Franco para decapitar el cuerpo de la Falange tradicional e introducir dentro del gobierno a la Falange domesticada de Arrese y Girón. Ramón Serrano Suñer fue cesado de todos sus cargos políticos en septiembre de 1942. El equipo inicial de *Jerarquía-Escorial* se rompió con el abandono de la política activa de sus principales miembros: Ridruejo, Laín Entralgo, Tovar, Serrano, etc. La dirección de la revista pasó a manos de otro falangista, colaborador de *Escorial* desde su fundación y amigo personal de José Antonio, José María Alfaro, próximo a la línea del llamado falangismo domesticado. Como era de esperar, la carga ideológica, especialmente el pensamiento falangista, decae en buena medida. Sin embargo, la presión y eliminación progresiva de la ideología falangista en la revista venía de antes. En marzo de 1942 (nº 17) se eliminó el apartado de “Hechos de Falange” y a los pocos números desapareció el “Editorial”, secciones en las que se desarrollaba preferentemente el pensamiento original de la revista. En estos momentos de tensión, José María Alfaro asumió en noviembre de ese año la dirección de *Escorial* y de *Vértice*. Al poco tiempo, febrero de 1944, fue nombrado presidente de la Asociación de la Prensa. Eran muchos frentes de trabajo, lo que ocasionó que *Escorial*, lo mismo sucedió con *Vértice*, entrara en una etapa de recesión incluso, caso de *Vértice*, de silencio editorial. Murlane Michelena quiso recuperar la revista, pero a estas alturas de la historia de España *Escorial* había perdido interés, prestigio y sentido. La revista no sobrevivió ni un solo año. La política franquista estaba claramente escorada hacia el lado de los aliados, lo que obligaba al gobierno a erradicar toda presencia y toda huella de su pasado fascista y falangista.

La revista *Escorial* contó desde el primer momento con la colaboración incondicional de las más importantes figuras de la intelectualidad nacional. Aunque falangista, *Escorial* dio entrada a firmas que poco tenían que ver con Falange, incluso se encuentran colaboraciones, aunque no de forma muy asidua, de figuras poco o nada afectas a la doctrina de José Antonio. Esta apertura a las otras familias del franquismo se debe, como dice el “Manifiesto Editorial” a que “Escorial no es una revista de propaganda, sino honrada y sinceramente una revista profesional de cultura y letras” (p. 9). Entre los nombres más presentes en las páginas de la revista, están, junto a los de sus mentores principales⁷¹, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Gerardo Diego, Dámaso

⁷¹ La dirección de Dionisio Ridruejo estuvo acompañada por la ayuda inestimable de su colaborador directo Pedro Laín Entralgo, subdirector; desconozco la subdirección de la época de José María Alfaro;

Alonso, Carlos Alonso del Real, Gonzalo Torrente Ballester, etc. Otras firmas, no tan habituales como las anteriores, pero que son fundamentales para entender la filosofía y la importancia de la revista, son Azorín, Pío Baroja, Ramón Menéndez Pidal, Eugenio D'Ors, Xavier Zubiri, Emilio Orozco, Martín de Riquer, Federico Sopeña, Gregorio Marañón, José Camón Aznar, José Antonio Maravall, Eduardo Aunós, Julio Caro Baroja, Juan Zaragüeta, Julián Marías, Leopoldo Panero, etc. ¿Qué revista en la actualidad no contaría entre sus colaboradores a todas y a cada una de las firmas señaladas? La gran mayoría de escritores forman parte de la generación de José Antonio, nacidos en el período que va desde 1900 a 1915. Éstos se sienten respaldados por figuras ilustres de las dos generaciones anteriores y sorprende la presencia de ciertos jóvenes que van a significar la avanzadilla de la contracultura franquista como Eugenio de Nora, José María Valverde, Blas de Otero, Victoriano Crémer, José Luis Hidalgo, etcétera. Con esta nómina de autores, es lógico afirmar que la revista presentaba una cantidad y una calidad de firmas insuperables con unos resultados intelectuales nada despreciables. *Escorial* fue realmente, como afirmaba su manifiesto, “una revista profesional de cultura y letras”.

La revista presentaba dos secciones fundamentales: “Ensayos” hasta marzo de 1941 (nº 5) y “Estudios” a partir del siguiente número. Es la parte más sólida desde el punto de vista cultural. En este apartado participan lo más señalado de la intelectualidad de la España nacional⁷² y figuras importantes de la cultura universal como, entre otros, el hispanista alemán Karl Vossler con un trabajo sobre “Tirso de Molina” (nº 5), el filósofo existencialista alemán Peter Wust con la entrega “El cristiano y la filosofía” (nº 14), el científico y genetista sueco Heribert Nilsson con el estudio “La idea de la evolución y biología moderna” (nº 16); el teólogo cristiano ítalo-alemán Romano

con Pedro Murlane Michelena estuvo en la revista con el cargo de Secretario General el periodista y escritor Demetrio Castro Villacañas.

⁷² Atendiendo a la variedad de autores y temáticas, hago una selección de los autores y títulos más significativos de la revista *Escorial*: Xavier Zubiri: “Sócrates y la sabiduría griega” (nº s 2 y 3); Martín de Riquer: “Relaciones entre la literatura renacentista castellana y catalana en la Edad Media” (nº 3); José Camón Aznar: “Interpretación romántica del Greco” (nº 5); José Antonio Maravall: “La posición del individuo en la poesía política” (nº 5); Dámaso Alonso: “Estilo y creación en el Poema del Cid” (nº 8); Julio Caro Baroja: “Reyes de Aldea” (nº 8); Ramón Menéndez Pidal: “El estilo de Santa Teresa” (nº 11); Ángel Ferrari: “Fernando el Católico en la teoría española de los intereses del Estado” (nºs. 22-23); Gerardo Diego: “Música y ritmo en la poesía de San Juan de la Cruz” (nº 25); Antonio Tovar: “Antífona y el tirano, o la inteligencia en la política” (nº 27); Pedro Laín Entralgo: “La acción catártica en la tragedia” (nº 29); Juan Zaragüeta: “Acerca del problema de Dios” (nº 36); Federico Sopeña: “Ricardo Strauss” (nº 41); Ángel Valbuena Prat: “Sobre el teatro europeo en la época barroca” (nº 43); José Luis Aranguren: “La filosofía de Eugenio D'Ors” (nº s 48 y 49); Gregorio Marañón: “El proceso de Antonio Pérez” (nº 54); Manuel Aznar: “Diplomacia y periodismo” (nº 58), etc., etc.

Guardini con el ensayo “Dios vivo” (nº 22) o bien el filósofo alemán Martín Heidegger con la entrega “Holderlin y la esencia de la poesía” (nº 28)⁷³. Aunque exista un predominio importante de figuras alemanas e italianas, no se puede afirmar que fueran personalidades señaladas del nazismo, si se exceptúa la figura de M. Heidegger. Incluso, cuando se seleccionan trabajos de autores claramente identificados con las teorías fascistas, los trabajos escogidos no representan esta ideología. En la selección de los intelectuales extranjeros se nota la mano de Pedro Laín Entralgo, de indiscutible formación germánica. A la carga de pensamiento y cultura habría que añadir las secciones de “Notas” y “Libros” con una presencia importante de títulos y de escritores tanto nacionales como extranjeros.

Otro aspecto importante que se observa a partir de lo expuesto es la orientación y naturaleza de los trabajos y ensayos. Cabe afirmar que, exceptuando unos pocos títulos de orientación científica, destacan en número los trabajos de carácter filosófico, histórico y literario. Predomina claramente un culturalismo de tipo humanista. En éstos, se verifica un dominio claro de la objetividad, aunque en las páginas de la revista esté muy presente la ideología falangista y nacional-católica. La religión y el patriotismo histórico son temas habituales en las páginas de la revista. En otras disciplinas, como la literaria, aunque no entronque directamente con la ideología política dominante, sí se verifica una selección de temas que coinciden claramente con ésta. Por eso, más que un adoctrinamiento directo y superficial, en la sección de los “Estudios-Ensayos” domina una ideologización sutil y eficaz. Lo dicho no niega la existencia de trabajos claramente oficialistas. Como simple muestra ofrezco varios títulos de intelectuales muy identificados con el régimen: Fray Justo Pérez de Urbel publica un ensayo titulado “Lucha y abrazo de la musa y el ángel” (nº 5); Pedro Miguel G. Quijano publica el estudio “El Cid y los conquistadores de América” (nº 10), en el que se repiten los tópicos tradicionales de conquista, imperio, unidad y futuro; Carlos Martínez del Campo publica un panegírico con el título de “Caudillaje” (nº 18), en el que sin citar a Franco hace una apología extrema de la autoridad política; otra entrega cargada de ideología es

⁷³ Otros trabajos significativos de autores europeos son, entre otros, Theodor Henemann: “El Escorial en la crítica estético-literaria del extranjero. Esbozo de una historia de su fama” (nº 32); Agostino Gemelli: “Biología y psicología” (nº 35); G. Hainsworth: “Las novelas ejemplares” (nº 29); Arturo Farinelli: “Liszt y España” (nº 30); Ernst Cassirer: “El lenguaje y laceración del mundo de los objetos” (nº 55); K. Bühler: “El modelo de ‘organon’ que es el lenguaje” (nº 55); I. A. Richards “El poder de las palabras” (nº 55); Henry Thomas: “Inglaterra ante Miguel de Cervantes” (nº 57); etc. En el período de Mourlane Michelena se acrecienta considerablemente el número de trabajos escritos por autores extranjeros.

el editorial escrito por Rafael Sánchez Mazas “Textos sobre una política del arte” (nº 24); etc. Son trabajos un tanto excepcionales que no pueden ser tomados como regla general de la publicación. Como se decía con anterioridad, desde el punto de vista del pensamiento, *Escorial* es una revista de cultura sorprendentemente abierta y diferenciada en temas, orientaciones y autores.

Otra sección de la revista, viga maestra del corpus de la revista, la conforma el apartado de “Poesía”, que propiamente se debería llamar “Literatura”, ya que, aunque predominan los poemas en verso, están muy presentes las creaciones en prosa. Parece que sus mentores prefirieron utilizar el término clásico de “poesía” como sinónimo de creación literaria. En este apartado están presentes obras poéticas o en prosa de los grandes escritores de la España nacional: Azorín, Gerardo Diego, Pío Baroja, Manuel Machado, Dionisio Ridruejo, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Leopoldo Panero, Juan Panero, Adriano del Valle, José María Alfaro, Juan Antonio de Zunzunegui, Álvaro Cunqueiro, José Suárez Carreño y un etcétera muy largo que abarca otros nombres más sorprendentes como Blas de Otero, José Luis Hidalgo, Eugenio de Nora, Rafael Morales o José María Valverde. Es imposible señalar todos los colaboradores de la revista, pero es obligado indicar que propiamente están las firmas con mayor o menor asiduidad de todos los poetas de la España oficial... más algunos otros.

Lo que no se observa en los ensayos se verifica sorprendentemente en la sección “Poesía”, en la que la ideología está muy presente, tanto en sus formas directas y explícitas como en maneras indirectas o virtuales. Existen auténticos panegíricos y descaradas exaltaciones patrióticas junto a unas formas expresivas de claro dominio clasicista y barroco: sonetos, cuartetos, tercetos encadenados, décimas, etc., que nos remiten a la poesía de la época imperial. Un ejemplo de esta poesía de temática bélica y de carácter religioso-patriótico expresado en formas clásicas es, entre otros muchos posibles, el soneto de Manuel Machado “La victoria” dentro del conjunto poético “Cadencias de cadencias” (nº 19):

Si alguien pregunta qué os dejó la guerra,
decid: la paz de una conciencia pura
que a los hombres promete la Escritura
de buena voluntad sobre la tierra.

Una Fe, un Capitán y una Victoria

frente al terror del oriental espanto,
y que, como en Granada y en Lepanto
el curso ha enderezado de la historia.

Que la muerte es un acto de servicio
es hoy nuestro saber y la medida
a que todo en España se refiere

Espíritu de claro sacrificio
y noble menosprecio de una vida
que Dios nos da y nos quita cuando quiere.

Si se analiza con atención el soneto, se verifica con sorpresa que se encuentran perfectamente condensados todos los tópicos temáticos del nacional-catolicismo: religión, patria, caudillaje, imperio, heroísmo y entrega, misión y providencialismo, etc. Es difícil poder decir más y presentar más tópicos temáticos que los que encierra este soneto de Manuel Machado. Es una poesía formalista de gran carga ideológica pero con poca fuerza emotiva. Como se ha dicho en múltiples ocasiones, es una poesía formalista sin vida interior. Sin embargo, este aserto que es válido para buena parte de la poesía que presenta la revista no hace justicia con la realidad que se puede observar. En las páginas de *Escorial* se publican muchos poemas que son verdaderos cantos en “Tiempo de dolor”. Muchos de estos poemas revelan la angustia humana ante Dios y en la existencia, en los que aflora un sentimiento profundamente humano y existencial. En las páginas de esta revista se dan frecuentes ejemplos de una poesía existencialmente agónica muy lejana de los espacios agradables del intimismo emocional o de la intrahistoria provinciana o familiar. Nos encontramos con versos de un desarraigo atroz que revelan estados emocionales traumáticos que se distancian de forma inequívoca de la poesía oficial. Valgan como ejemplos dos estrofas, la primera perteneciente al libro *Los muertos* de José Luis Hidalgo (nº 49) y la segunda a la sección “Poesías” de José Suárez Carreño (nº6):

Has bajado a la tierra cuando nadie te oía
y has mirado a los vivos y contado tus muertos.
Señor: duerme sereno, ya cumpliste tu día,
puedes cerrar los ojos que tenías abiertos.

Como perro que ladra está el lamento
mordiendo carne de mi angustia humana.
Está bebiendo lo que, triste, mana:
mi amarga sangre, cuya herida siento.

Son ejemplos en composiciones preceptivas, serventesio y cuarteto, que revelan situaciones extremas humanas en el dolor, en la soledad y en el silencio. Incluso, el poemilla de José Luis Hidalgo es una especie de diálogo herético con la divinidad. ¡Qué lejos se halla esta lírica de la poesía triunfalista y encomiástica típica del nacional-catolicismo!

A partir de las consideraciones planteadas, cabe ahora preguntarse por el supuesto aperturismo que practican los mentores de la revista⁷⁴, cuya respuesta afirmativa llevó a ciertos críticos a defender el carácter liberal de los promotores falangistas de *Escorial*. Merece la pena una respuesta detallada y pormenorizada. Hay que plantear la realidad de *Escorial* como una revista falangista abierta a todos los intelectuales de las diferentes familias franquistas, pero siempre intelectuales franquistas. Esto se ve principalmente en la primera época, en la etapa de Ridruejo y Laín Entralgo. Igualmente da entrada, especialmente en etapas posteriores, a escritores que representarían la vanguardia de la contracultura oficial, pero estos poetas en esos momentos eran escritores sin una definición clara políticamente. Son los casos, por ejemplo, de Blas de Otero o de Eugenio de Nora. Por otro lado, éstos eran conscientes de que si querían darse a conocer como poetas tenían que recurrir necesariamente a las páginas de la prensa oficial. No es de extrañar su presencia en *Escorial* o en otras revistas de similar ideología. Otros han hablado de aperturismo debido a la reivindicación de ciertos poetas malditos para el régimen como pudieron serlo Antonio Machado y Miguel de Unamuno. El caso más insistente para mantener esta postura es el artículo de Dionisio Ridruejo dedicado a Antonio Machado con el título de “El poeta rescatado”, publicado en el primer número de la revista. Si se lee con atención los versos de Ridruejo se alaba a Antonio Machado como poeta pero se le degrada como persona. Ridruejo viene a decir que de tan bueno e ingenuo que era llegó a ser un hombre un tanto simple, persona sin criterio personal y sin ideas sólidas. Lo que explicaría que el gran poeta sevillano fuera “uno de esos secuestrados morales” (p. 96). Sin lugar a dudas, tratar el tema de Antonio Machado en ese tiempo de triunfalismo militar fue una apuesta de gran valentía, pero el tratamiento que se hace del poeta deja mucho que desear. Es una respuesta interesada ante una realidad incontestable: la grandeza de Antonio Machado como hombre y como poeta.

⁷⁴ Véase al respecto el apartado “El aperturismo de Escorial” en el libro de Víctor García de la Concha *La poesía española de posguerra. Teoría e historia de sus movimientos*. Madrid: Editorial Prensa Española, 1973, pp. 131-136.

No hay en la revista más artículos ni escritos sobre el poeta andaluz. Algo parecido sucede con Miguel de Unamuno, más presente que Machado en las páginas de *Escorial*, pero siempre escamoteado en su vertiente poco o nada ortodoxa manifestada en su filosofía y en su literatura. Son planteamientos muy sesgados de acuerdo con los intereses del sistema, o por lo menos con las conveniencias de los miembros del grupo. ¿Cómo iban a poder negar el magisterio poético y literario de estas dos grandes figuras de las letras hispánicas? Se da un rescate interesado y muy parcial que demuestra el espíritu poco aperturista del grupo *Escorial* y mucho menos su talante liberal.

Sólo en las etapas terminales de *Escorial* se vislumbran pruebas inequívocas de cierto aperturismo, coincidente con su ocaso. En el nº 61, José María Valverde trata el caso de César Vallejo y Alejandro Busuiocanu aborda en un artículo la poesía de Luis Cernuda, auténticos demonios rojos según la ideología dominante⁷⁵. Esta línea se romperá pronto con la desaparición de la revista. Son simples destellos en un panorama en el que hay pocos datos para poder afirmar el sentido aperturista de la revista y ninguno para afirmar el talante liberal de sus colaboradores. Cosa muy diferente se verifica si se coteja *Escorial* con las publicaciones falangistas de su entorno y de su tiempo, como, por ejemplo, *Vértice* o *Fotos*. En *Escorial* existe un trasfondo ideológico mínimo y unos planteamientos muy poco politizados. Se proclama el sentido y la función del intelectual militante y se defiende la idea de patria y religión como base de un imperialismo hispánico de carácter cultural, pero no se dan, como en las otras revistas, alardes patrioterros, culto a la autoridad en la persona del “Caudillo”, planteamientos maniqueístas, etc., etc. *Escorial* es la revista más abierta, más plural y más cultural de su época. De acuerdo con José Carlos Mainer, cabe afirmar que *Escorial* como hecho de cultura en la década de los cuarenta fue un auténtico hito (1972, p. 254).

Existen otras revistas pertenecientes a la línea del nacional-catolicismo, por lo menos en tiempos de su creación y primeros años de existencia, dignas de ser mencionadas bien por su importancia cultural o bien por la calidad de su edición. Entre otras, en la misma línea de *Vértice*, se encuentra *Historia de la Cruzada Española* (1939-1944), dirigida

⁷⁵ No me parece significativo para analizar el aperturismo de esta revista señalar el trabajo que Gerardo Diego dedica a la poesía de Jorge Guillén. Aunque exiliado, nunca fue considerado un elemento peligroso para su doctrina oficial. Incluso, en la primera época, antes de su marcha a los Estados Unidos, colaboró en las revistas falangistas. Pero, estas colaboraciones hay que entenderlas más como imperativo de las circunstancias que como expresión de simpatía o identificación ideológica.

por el escritor falangista Joaquín Arrarás, quien contó con la colaboración de Carlos Sáenz de Tejada como director artístico y con la supervisión de Ciriaco Pérez Bustamante. En el campo poético y literario se encuentra la revista *Garcilaso*, dirigida por José García Nieto y asistido por ilustres firmas como Pedro de Lorenzo, Jesús Revuelta y Jesús Juan Garcés. Desde un punto de vista más cultural y literario se encuentra *Cuadernos Hispanoamericanos*, fundada en 1948, con una aparición mensual ininterrumpida hasta nuestros días, que contó con la dirección de importantes intelectuales falangistas de la órbita de *Jerarquía* y *Escorial* como Pedro Laín Entralgo, Luis Rosales y José Antonio Maravall. Mención especial merece la *Revista de Estudios Políticos*⁷⁶, cuyo primer número data de 1941, con una aparición ininterrumpida hasta la actualidad. Tuvo como directores, entre otros, a Alfonso García Valdecasas y José María Castiella. La filosofía de la revista era fundamentar la legitimación del nuevo Estado. Otros títulos destacados son, entre otros, *La Estafeta Literaria* y *Arbor*.

Sin embargo, todos los títulos mencionados, tanto por el precio de venta como por la naturaleza de los escritos, tenían unos destinatarios muy específicos pertenecientes a una minoría culta y económicamente selecta. Sociológicamente, ninguna de las revistas mencionadas entraría en el elenco de las revistas populares. El lector popular no mostraba interés por estas publicaciones de carácter culturalista. Sus gustos eran otros. Ellos preferían revistas centradas en la llamada prensa amarilla, en el periodismo tremendista y en los diarios o semanarios deportivos. El morbo y el deporte llenaban en buena medida las necesidades culturales, si así se puede llamar a estos intereses de la población popular. Se impuso y se reforzó el divorcio entre la alta cultura y la denominada cultura popular. La hemerografía es un excelente escaparate de este ambiente de aculturación popular. Nos podemos quedar con las panorámicas que ofrece la novela de Rafael Sánchez Ferlosio *El Jarama*, una de las grandes novelas de la segunda mitad del siglo XX. En esta misma línea se encuentran títulos tan representativos como *Tiempo de silencio* de Martín Santos o bien *Últimas tardes con Teresa* de Juan Marsé. En su temática se presentan diversos grupos de personajes que quieren ser reflejo de la sociedad plural española de ese momento. El lector, sin grandes esfuerzos, percibe los distintos temas de conversación de los distintos grupos e inmediatamente, a las pocas páginas de lectura, toma conciencia de que todos los

⁷⁶ Véase José Antonio Portero “La Revista de Estudios Políticos (1941-1945)”, pp. 27-54.

personajes sólo hablan de generalidades y de tópicos ofrecidos y desarrollados principalmente por los medios tradicionales de comunicación: radio y periódicos. Sus inquietudes, a través de los parlamentos, se reducen a los deportes, al mundo del cine y de la canción, a las modas, al comer y al beber y a la planificación de un futuro familiar que se convertirá en hastío y monotonía, como lo demuestran los personajes que representan esta categoría de ciudadanos. No hay más. Y no existen otros temas de conversación, porque simplemente no hay otras inquietudes, ni personales ni sociales, manifestando la ausencia total de una cultura crítica e histórica. Las pandillas de jóvenes que pueblan las riberas del Jarama, representación de la España popular, conforman un magnífico cuadro de la realidad socio-cultural de ese tiempo. Se impuso una cultura de las generalidades y de la intrascendencia debido a la falta de un saber serio y sólido o bien a la excesiva presencia de miedo o de convencionalismos. *Cinco horas con Mario* de Miguel Delibes es otro ejemplo fiel de lo que se plantea. La figura de Carmen con sus obsesiones y sus temores representa fielmente a esta España manipulada y óptimamente adoctrinada. El pueblo vivía y sentía la cultura que se le ofrecía. Es perceptible el tipo de conocimientos que podían tener, si tenemos presente las publicaciones con mayor aceptación popular. Entre éstas, como exponentes de lo que se defiende, hay que hablar del semanario *El Caso*, publicación sensacionalista que reflejaba lo más sórdido y violento de la sociedad, pero que era seguido por una masa incondicional de lectores. El morbo y la violencia eran ingredientes apetecidos por la población española. Otro elemento principal en la educación popular era el deporte. Para llenar esa necesidad apareció en 1938, en la capital donostiarra, el semanario *Marca*, publicación deportiva que fomentó, desde su primer número, los tres deportes nacionales: fútbol, ciclismo y boxeo. Para las mujeres estaba la revista *Mujer*, publicación preferente de modas y de asuntos domésticos, salpicados con chascarrillos de cine y espectáculos. En esta misma línea, aunque posterior en el tiempo, ya que su primer número data del año 1944 se encontraba el semanario *Hola*, ejemplo de la prensa amarilla y del corazón. Algunas revistas, como *Sábado gráfico*, remozaba los tópicos indicados con una pequeña dosis de erotismo debido especialmente a sus llamativas portadas. El público en general buscaba la evasión o la morbosidad. La razón del éxito de estas publicaciones se basaba precisamente en estos ingredientes de violencia y muerte, de deportes, de morbosidad y chascarrillos, etc. Para el público en general, la prensa culturalista era papel manchado sin sentido y sin ninguna función.

En términos generales, como conclusión de este apartado, se puede afirmar que la prensa en la época franquista ofreció una información dirigida y manipulada para crear un estado de conciencia y de sentimiento plenamente identificado con los ideales oficiales. El lector actual tiene que tener muy presente que, si en ninguna parte ni en ningún tiempo existe una información inocente e inocua, mucho menos se dio en el franquismo, que buscó en los medios de comunicación un arma de guerra y un sistema eficaz de adoctrinamiento (M. Vázquez Montalbán, 1963, 120). El control fue total y la finalidad ideológica, ya fuera adoctrinadora o evasionista, innegable.

* * * * *

Cuadro de las principales revistas y diarios del Nacional-catolicismo

Título	Localidad
<i>Actividad</i>	Baleares
<i>Afán</i>	Badajoz
<i>Alerta</i>	Barcelona, Cádiz, Canarias, Santander
<i>Amanecer</i>	Cáceres, Cádiz, Canarias, Córdoba
<i>Arriba</i>	Baleares, Cádiz, Madrid, Málaga, Murcia, Sevilla
<i>Arriba España</i>	Canarias, Gerona, Pamplona
<i>Azul</i>	Cádiz, Lugo
<i>Boinas rojas</i>	Málaga
<i>Cisneros</i>	Madrid
<i>Conquistas</i>	Toledo
<i>Consignas</i>	Almería, Salamanca
<i>Diario de Falange</i>	Jaén
<i>El Alcazar</i>	Toledo, Madrid
<i>El Ideal</i>	Granada
<i>El Porvenir</i>	Vitoria
<i>En pie</i>	Madrid
<i>Era Azul</i>	La Coruña
<i>Escorial</i>	Madrid
<i>Escuela Azul</i>	Lugo
<i>España Nueva</i>	La Coruña
<i>Falange o Falange Española</i>	Salamanca
<i>FE</i>	Pamplona, San Sebastián, Sevilla
<i>Firmes</i>	Baleares
<i>Fotos</i>	San Sebastián
<i>Garcilaso</i>	Madrid
<i>Imperio</i>	Toledo, Zamora
<i>Ímpetu</i>	Barcelona
<i>Jerarquía</i>	Pamplona
<i>J.O.N.S.</i>	La Coruña

<i>Juventud</i>	Valladolid
<i>La Ametralladora</i>	San Sebastián
<i>La Tinchera</i>	Salamanca
<i>La voz de España</i>	San Sebastián
<i>Libertad</i>	Valladolid
<i>Norte</i>	Vitoria
<i>Nueva España</i>	Oviedo, Bilbao, Zamora
<i>Patria</i>	Granada
<i>Proa</i>	León
<i>Redención</i>	Vitoria
<i>Requeté</i>	Pamplona
<i>Rumbo</i>	Orense
<i>Unidad</i>	Barcelona, San Sebastián, Vitoria
<i>Vértice</i>	San Sebastián
<i>Yugo</i>	Almería

V.-4.- Las publicaciones infantiles: los tebeos

Los mecanismos de control no descuidaron parcelas tan aparentemente insignificantes como las diversiones o los pasatiempos infantiles. Eran conscientes de que una buena educación que respondiera a las exigencias sociales e ideológicas de la nueva España tenía que cuidar estos pequeños e insignificantes detalles, especialmente al tratarse de niños y jóvenes. La pedagogía oficial cuidaba con esmero extremo todo lo que tenía que ver con la educación infantil. Ésta era la edad más apropiada para formar y para conformar su espíritu y su pensamiento. La formación de los hombres del mañana tenía que empezar a edades tempranas, cuando el espíritu infantil era todavía un material perfectamente dúctil y maleable. Por eso, como se veía en la normativa de la educación, todas las diversiones y todas las lecturas tenían que servir para fomentar el espíritu patriótico y religioso de los niños y así socializar todos los esfuerzos educativos encaminados a la formación de los futuros pilares de la nación. Eran muy conscientes, como afirma Luis Gasca en su obra *Tebeo y cultura de masas*, de que la imagen se había constituido como quinto poder en la sociedad (p. 13). Por otro lado, la propia estructura de los tebeos basada en guiones convencionales en torno a situaciones y personajes bipolares y encontrados (Lara, 1968, pp. 20-23) favorecía en gran medida la divulgación y la imposición de la doctrina oficial.

En el contexto de esta filosofía educativa, el gobierno, a través de los mecanismos de integración emocional, cuidó con sumo cuidado la parcela de las publicaciones

infantiles, comúnmente conocidas como tebeos. De la mano de estas historietas, el lector infantil ejercitaba su fantasía e imaginación, viviendo con los personajes de tinta y color aventuras extraordinarias o pasando ratos de distendido divertimento. Los tebeos cubrían en buena parte las expectativas culturales de los niños, fomentando su ardiente imaginación. A través de los héroes de los tebeos se pretendía educar y dirigir la mente y el sentimiento de los jóvenes lectores. La ideologización era descarada. Los resultados eran altamente eficaces, porque de manera muy sutil se cumplía el principio primero de la educación: aprender en la diversión⁷⁷. El tebeo era especialmente diversión y pasatiempo, convertido con alta frecuencia en juego y en competición. Los niños leían con verdadera fruición los tebeos, pasando ratos muy agradables en su lectura e impregnándose inconscientemente de la ideología que presentaban o subyacía en esas historias. Estos lectores no estaban preparados para percibir las lecciones abiertas o subliminales que presentaban muchas de estas historietas. A través de un proceso de ideologización tan sutil y tan eficaz se podía conseguir el control y la dirección del entendimiento y de los sentimientos de estos lectores infantiles.

Pero, junto a la necesidad infantil de llenar sus mentes de fantasía y de humor, existían otros mecanismos sutiles de atracción que hacían de las publicaciones infantiles unas lecturas atrayentes para esos jóvenes lectores y muy eficaces para el dirigismo de sus mentes. La estructura de composición de muchos tebeos se basaba en un principio de fuerte impacto receptivo. Me refiero, en concreto, al uso sistemático del suspense por la razón de lo inacabado⁷⁸. Un buen número de tebeos, especialmente los tebeos de aventuras, terminaba en el lance de mayor tensión e intriga dentro de una aventura, final de la historieta “in media res”, en la que el héroe se encontraba en una situación altamente comprometida para poder salir victorioso. Se creaba el suspense del “qué pasará”, que obligaba a los lectores a esperar con auténtica expectación el final de la aventura que se daba en el número siguiente. Económicamente era un recurso muy eficaz para conseguir el mantenimiento o superación de ventas a través del interés que despertaba este tipo de publicaciones. Los niños esperaban la paga del sábado o

⁷⁷ Respondía al principio horaciano del “prodere et delectare”, principio básico de todo aprendizaje e ideal de todo sistema pedagógico, desde la época medieval hasta la actualidad. Siempre se ha defendido que la mejor manera de aprender es uniendo lo útil y lo placentero. El tebeo cumplía a la perfección con estos principios.

⁷⁸ Principio genialmente estudiado y planteado por el historiador José Antonio Maravall en su conocido ensayo *La cultura del barroco* (Barcelona: Editorial Ariel, 1975), en el que analiza los mecanismos psicológicos que utiliza toda cultura dirigida, como tal la cultura barroca, para atraer las voluntades de los ciudadanos a la causa dominante.

domingo para invertirla en la compra de los tebeos favoritos. Saciaban la curiosidad momentánea pero se encontraban con otra nueva, ya que se volvía a repetir la misma estructura de composición. La intriga y el suspense creaban un círculo cerrado que tenía atenazado a los lectores infantiles, quienes, semana tras semana, sentían la necesidad de adquirir los tebeos para calmar una curiosidad nunca satisfecha.

La técnica del suspense no tenía un sentido exclusivamente económico, sino también ideológico. Desde la perspectiva del adoctrinamiento, se alcanzaba, igualmente, una rentabilidad ideológica muy alta. La razón era la misma. El uso consciente del suspense como mecanismo de atracción psicológica favorecía la inculcación de las ideas o principios de conducta que representaban sus héroes. La expectación que creaba la historia de los personajes hacía que los valores que defendían estos héroes impregnasen con más fuerza y calaran de manera más profunda y permanente en el espíritu de sus lectores. Éstos vivían la aventura de sus héroes y compartían sus valores. La ideologización era máxima y altamente eficaz. La intensidad comunicativa era extrema por las técnicas empleadas, por la intensidad de recepción y por la asiduidad de lectura.

En otros casos, cuando la historieta presentaba una estructura cerrada, con un inicio y con una conclusión perfectamente orquestada, se buscaban otros resortes de atracción. Uno de ellos era el humor. Con frecuencia, en las situaciones de mayor tensión uno de los personajes favorecía la risa y la distensión a través de chistes o expresiones castizas como Pedrín en *Roberto Alcázar y Pedrín* o a través de una acción cómica como Fideo en *El Jabato*. Otro recurso de atención era la creación de tipologías encontradas en las que una forma de ser y de actuar chocaba con las otras. Con bastante normalidad eran aventuras compartidas por héroes antitéticos: Roberto y Pedrín, Capitán Trueno con Goliat y Crispín, Jabato y Taurus junto a Fideo, Johnny Comando y Gorila, etc.

Estas publicaciones despertaban y satisfacían en gran medida las necesidades de la fantasía infantil, incluso la de lectores de más edad. El tebeo fue un producto o un subproducto, si se quiere, cultural de masas⁷⁹. Todos los niños leían con apasionamiento estas aventuras. A pesar de la oposición frecuente de los padres, quienes veían en el

⁷⁹ En la entrevista que Román Gubert realizó a Claude Moliterni, erudito francés especializado en la historia del cómic, afirmaba que el tebeo “es el medio más adecuado para llegar a las masas y... bien manipulado, puede ser portador de ideas políticas” (R. Gubern: *Literatura de la imagen*. Barcelona: Salvat Editores, 1973, p. 77).

tebeo una pérdida de tiempo o una subcultura sin provecho, el niño recurría sistemáticamente a este tipo de historietas porque en ellas encontraba una distracción ideal para llenar buena parte de su tiempo libre. Desde los tiempos de la Guerra Civil hasta la década de los sesenta, el tebeo fue expresión inequívoca de las exigencias de gusto de un lector infantil y de las características receptivas y emisoras de la típica cultura de masas.

El tebeo fue durante décadas la lectura predilecta de los niños y jóvenes. Los principios que defendía el héroe de las historietas se correspondían con los valores que había recibido el lector en su educación, de tal manera que se creaba una sintonía de atracción emocional entre el mundo del tebeo y el lector de las historias. Las historietas respondían invariablemente a los tópicos culturales de estos lectores. No había necesidad de profundizar en las ideas presentadas, ya que unos pocos signos recreaban el mundo ideológico que ellos poseían. Esto hacía que el héroe en cuestión fuera ubicado semánticamente en su lugar correspondiente. Bastaba que en una o dos ocasiones apareciera, por ejemplo, la españolidad del personaje para que el niño sintiera este principio en el resto de aventuras sin necesidad de insistir una y otra vez en los mismos principios. El niño no se preguntaba por el sentido patriótico de Roberto Alcázar o por el de *El capitán Trueno*, simplemente lo conocía y lo daba por supuesto. Era un dato sobreentendido y lo sentía como propio. Tampoco importaba mucho que la acción de sus héroes se diera en España o en Asia, lo importante era saber que esos personajes, representantes de lo español, imponían el bien y la verdad donde reinaba la maldad y la tiranía. En las aventuras de sus héroes, el niño lector recreaba las cualidades y los valores que éstos representaban. Por eso, sentía el liderazgo de un héroe español en un mundo enemigo y contrario. El principio de atracción psicológica era dominante en este tipo de publicaciones. Toda cultura dirigida es una cultura estandarizada y tópica. La cultura o subcultura de las publicaciones infantiles respondía también a estos postulados. El tebeo fue por antonomasia la lectura infantil y, por tanto, uno de los mecanismos más eficaces de educación infantil⁸⁰.

⁸⁰ Para entender todo el calado ideológico que presentaban estas historietas hay que tener muy presente el código de valores tópicos en los que se fundamentaba la cultura del nacional-catolicismo. Tomando como referencia estos códigos, se puede afirmar de forma categórica que las aventuras de Roberto y Pedrín como las del Guerrero del antifaz o bien las del Capitán Trueno y Goliat responden claramente a los principios de la cultura oficial. Remito al lector a los apartados correspondientes de este trabajo para tener una idea clara de la ideología oficial. Este hecho me permite no tener que reiterar en este apartado los

Estos principios de valoración hacían que los tebeos conformaran un tipo de lectura, además de infantil, claramente masiva y popular. Era, según definición de Luis Gasca, paradigma de una cultura de masas⁸¹. Las tiradas eran asombrosas para la época. Contaban, en ciertos casos, con tiradas cercanas al medio millón de ejemplares. Pero estos números no reflejan la verdad del número de lectores reales. Fácilmente se podían duplicar o triplicar a través del intercambio personal o en quioscos de venta y préstamos. Un tebeo cualquiera servía para el cambio en numerosas ocasiones, de manera que cada ejemplar comprado permitía la lectura de más de diez tebeos. Presentaba un alcance comunicativo sorprendentemente alto⁸².

El gobierno puso mucha atención en este tipo de publicaciones. Tanto por la naturaleza del destinatario como por el alcance comunicativo y por la fuerza de transmisión, el tebeo fue un tipo de publicación que estuvo siempre en la mira de los censores y fue supervisado con mucho esmero por la autoridad⁸³. Por eso, y muy especialmente durante los primeros años del régimen franquista, nada había inocuo y nada se podía explicar por la pura casualidad. Es el caso, altamente debatido, por ejemplo, del comic *Roberto Alcázar y Pedrín*. El nombre de “Alcázar” con la denominación de “intrépido aventurero español” y “audaz detective español”, paladín de la justicia y de la verdad, identificado con la figura, se acepte o no, de José Antonio Primo de Rivera, por muy tópica y general que ésta pudiera ser, no puede explicase por razones de simple azar. Esta argumentación serviría en 1970, pero no en 1950 y mucho menos en 1940, año del inicio de sus aventuras. Por eso, todo dato, por mediocre y baladí que pudiera parecer,

datos presentados con anterioridad, aunque en el análisis de los héroes los tengamos que mencionar como medio y exigencia de explicación.

⁸¹ Luis Gasca: *Tebeo y cultura de masas*. Madrid: Editorial Prensa Española, 1966.

⁸² Uno de los pocos puntos en los que discrepo con el estupendo estudio de José Antonio Ramírez *El comic femenino en España* (Madrid, 1975) es el clasificar el tebeo por clases sociales, dependiendo del coste del mismo. Podría haber diferencias claras a la hora de la compra, pero nunca a la hora de la lectura. Cualquier lector, independientemente de la clase social, accedía a todas las publicaciones infantiles gracias al sistema generalizado de intercambio o préstamos. Un lector de clase social baja leía sin problemas y de manera habitual los tebeos de alto precio, cuando éstos se convertían en materiales de segunda mano.

⁸³ Aunque el Estado no tomó el control directo sobre todo lo concerniente al sistema de publicación de los cuadernos infantiles hasta la orden ministerial de 21 de enero de 1952 (Antonio Martín, 2000, p. 151), sí hubo un dirigismo férreo como lo demuestran muchas de las publicaciones infantiles de la época, especialmente las de orden político y religioso. Las historietas de humor presentan otro sentido y otra variante. Hay que decir que el cómic infantil pudo hacer una fuerte labor de mina ideológica, ya que todos los tebeos de humor eran vistos como una subcultura sin grandes pretensiones que se reducía a simples publicaciones inofensivas para niños.

era profundamente significativo y, como tal, hay que aceptarlo y analizarlo. Todo fenómeno cultural debe ser estudiado y valorado en su contexto. Como tal, el tebeo.

Para poder captar la carga de ideología de estas publicaciones es necesario examinar y evaluar las líneas de conducta y los valores de actuación de los personajes en el contexto en que tienen lugar sus aventuras. Para la gran mayoría de lectores, infantiles y maduros, pasó completamente desapercibida la carga de adoctrinamiento que presentaban estas publicaciones. Igualmente, la mayoría de lectores fue incapaz de percibir que los primeros atisbos claros de contracultura se encontraban en estos personajillos de tinta y papel. Para bien o para mal, los ideales y los móviles de los personajes reflejaban la ideología real que los tebeos retransmitían a sus lectores.

El tebeo fue básicamente una acción de entretenimiento y asueto. El lector infantil se divertía con este tipo de publicaciones. No se puede olvidar la aceptación generalizada de estas historietas entre los lectores infantiles. Si esto fue así, lo fue gracias a que para los lectores las historietas del tebeo eran pasatiempo y diversión. Sin embargo, estas publicaciones, dirigidas muy especialmente a un consumidor infantil, además de la carga de esparcimiento y placer que ofrecían, presentaban una intencionalidad inequívocamente doctrinal. Como afirma Antonio Martín, con frecuencia, los tebeos se convirtieron, especialmente en los años de la autarquía y en años posteriores sin la misma agresividad, en auténticos panfletos políticos y doctrinarios (2000, p. 93).

Los dibujantes y los guionistas de los tebeos tenían las ideas muy claras de lo que querían ofrecer. Muchos de ellos, para alcanzar sus objetivos, debían luchar contra dos frentes: la censura oficial y el mercantilismo industrial. La normativa censora era clara. Tal como se explicó en capítulos previos, si la obra se ajustaba a los principios rectores del Estado no había problemas. Si estas publicaciones infantiles defendían los principios del nuevo Estado, éstos recibían todo el apoyo de las autoridades competentes o, por lo menos, el visto bueno para su publicación⁸⁴. Los contratiempos surgían cuando las historietas no coincidían con los postulados oficiales. En esos casos, las posibles infracciones estaban sujetas a medidas disciplinarias o a prohibiciones gubernamentales.

⁸⁴ En este sentido se encontraba, en especial en tiempo de restricciones de materias primas, la concesión oficial de las cuotas de papel y de otros materiales necesarios para toda publicación. Véase el capítulo “El problema del papel y autorizaciones oficiales” del libro de Antonio Martín *Apuntes para una historia de los tebeos* (pp. 94-99).

Tan grave como las limitaciones que imponía la censura, era el fundamento comercial de las publicaciones, especialmente cuando éstas no tenían un carácter oficial o religioso. Los tebeos dependientes del capital privado se subordinaban, como factor comercial, al beneficio. Si un tebeo no era rentable no interesaba. No había criterios de calidad o interés, sino de simple rentabilidad. Las empresas de las publicaciones infantiles eran tan tentadoras por las posibilidades del fácil y rápido negocio, como arriesgadas. Había que sopesar todos los factores de publicación para buscar su máxima rentabilidad. La connivencia entre exigencias ideológicas y urgencias económicas fue el factor primordial del éxito de este tipo de subcultura.

Uno de los factores fundamentales en la historia del tebeo de este tiempo residió en el trabajo de guionistas y dibujantes. Fue ésta una profesión poco considerada y mal retribuida. El logro de un sueldo aceptable les exigía trabajar a destajo para posibilitar de esta manera la publicación semanal o quincenal de las diferentes historietas. Era un trabajo apresurado que exigía la preparación de una o más historietas por semana. La prisa fue el principal enemigo de los artistas. La prisa fue la causa principal de muchas de sus carencias y de muchos de sus defectos. De todas formas, a pesar de limitaciones y deficiencias, los tebeos fueron uno de los pasatiempos predilectos de los niños y, también, de muchos mayores.

Cuando se habla del tebeo, es necesario hacer una primera separación de intenciones y destinatarios. Había, como se decía en ese tiempo, tebeos para chicos y tebeos para chicas. En los tebeos masculinos dominaba la violencia, la fuerza física, la destreza en las peleas, etc., en contextos regidos por valores militaristas y religiosos. Eran, en una palabra, tebeos de acción y de aventura de sentido religioso-patriótico. Los tebeos de chicas presentaban historietas fantasiosas de hadas y princesas, en los que los valores dominantes eran las virtudes de la abnegación, resignación, entrega, pureza, pudor, etc. En general, no existían mensajes patrióticos y tampoco religiosos al estilo del tebeo masculino. Era un tipo de filosofía femenina en la que primaban los valores del hogar y de la familia. El adoctrinamiento femenino era mucho más sutil que la ideologización masculina que era frontal y directa. Los tebeos, de esta manera, se insertaban en el contexto ideológico “de separación educativa que se propugnó de forma oficial en la posguerra española... [y que se fundamentaba] sobre la suposición de que cada sexo tiene su mundo específico y [requería] una preparación diferente” (J. A. Ramírez, p. 31).

En este capítulo quiero referirme especialmente a las publicaciones de marcado signo ideológico, representadas básicamente por los tebeos para chicos. Dentro de este apartado, las publicaciones infantiles que funcionaban como fuerzas psicológicas de atracción pueden ser subdivididas en dos apartados diferentes: tebeos patrióticos de guerra y tebeos de ideas⁸⁵. En el primer apartado nos centramos en las publicaciones más típicas de la época de guerra como fueron *Pelayos*, *Flecha*, *Flechas* y *Pelayos* junto a *La trinchera* y *La ametralladora*. En el apartado segundo, se aborda el análisis de dos de los tebeos más carismáticos de la primera época franquista: *Roberto Alcázar* y *Pedrín* y *El guerrero del antifaz*. No son los únicos, ni mucho menos, pero sí son los más significativos.

V.-4.-1.- Tebeos patrióticos de guerra.

Entiendo por “tebeos patrióticos de guerra” aquellas publicaciones infantiles editadas desde los partidos políticos y respaldadas por las instancias oficiales durante la contienda civil con una gran carga de ideología bélica. Entre éstos caben ser destacados tres títulos de máxima carga semántica: *Pelayos*, *Flecha* y, como unificación de estos dos, *Flechas* y *Pelayos*.⁸⁶ Estas tres revistas forman la base del tebeo ideológico del franquismo en su primera etapa. A estos tres títulos habría que añadir dos títulos de gran importancia en la historia de las publicaciones de la primera época del franquismo: *La trinchera* y *La ametralladora*. La publicación de los títulos mencionados se da durante la Guerra Civil. La denominación “de guerra” no se refiere tanto a la temática de sus aventuras como a la época de aparición. El concepto de “patrióticos” se debe a la fuerte carga de ideología nacional y de partido que encierran todas ellas con un tratamiento marcadamente maniqueísta en sus temas. Todas estas publicaciones funcionaron como catecismos patrióticos para un lector infantil y en el caso de *La ametralladora* para un destinatario ya adulto. Estas consideraciones nos permiten hablar de un tebeo patriótico de guerra.

⁸⁵ Cabría hablar también de “tebeos de aventuras”. Como *El capitán Trueno*, *El Jabato*, *Hazañas bélicas*, etc. Sin embargo, la ideología, aunque innegable, es más etérea, incluso más ingeniosa, que en los casos anteriores. Este apartado será analizado en el próximo capítulo, cuando se estudien “Los recursos psicológicos de evasión”. Se estudiarán, por estas mismas razones, los tebeos femeninos de hadas y los masculinos de *Hazañas bélicas*.

⁸⁶ Véase José Ángel Ascunce: *San Sebastián, capital cultural (1936-1940)*. Op. Cit., pp. 91-123.

Una de las características que estas publicaciones ofrecen es la presencia, incluso predominio, del texto en prosa sobre las historietas gráficas a base de viñetas. Entre todo el contenido temático, encontramos historias puntuales que responden a los requisitos de la escritura del tebeo. Hay que esperar hasta la aparición de *Flechas*, en noviembre de 1936, en Zaragoza, para poder empezar a hablar del tebeo patriótico de guerra. Fue un tebeo de vida muy breve y de una impronta comunicativa muy escasa, pero que marcó el derrotero de publicaciones posteriores. Con *Pelayos* (San Sebastián, diciembre de 1936) se puede hablar ya de una publicación de corte partidista y de sentido doctrinario que abre de par en par las puertas de las publicaciones infantiles de sentido propagandístico. Como afirma Antonio Martín, “Los tebeos que leen los niños de las ciudades nacionales atizan el clima de mística guerrera, dedican página sobre página a ensalzar al Caudillo Franco, ensalzan los valores tradicionales de la derecha española y cuentan cómo los rojos son siempre derrotados, al tiempo que someten a una crítica total y feroz a los hombres y las instituciones de la República, alcanzando niveles de politización nunca presentados antes por los tebeos españoles” (2000, p. 82). En términos generales, se puede decir que estos tebeos se convirtieron en perfectos panfletos políticos y auténticos catecismos doctrinarios.

***Pelayos*.**- Si exceptuamos la revista zaragozana *Flechas*⁸⁷, de vida muy breve y de muy poca difusión, *Pelayos* fue, por su duración y por su impronta comunicativa, la primera

⁸⁷ *Flechas* fue el primer semanario infantil de Falange Española y de las JONS. Se publicó en Zaragoza desde el 5 de noviembre de 1936 hasta el 7 de marzo de 1937. Fueron en total dieciocho entregas dirigidas a los niños y a los jóvenes lectores con un claro propósito de dar a conocer por la vía de este tipo de lectura las consignas y los principios de Falange Española. Su precio era de 15 céntimos y comprendía ocho páginas preferentemente en blanco y negro.

Las portadas estaban diseñadas para realzar el carácter falangista de la revista y para ensalzar las figuras más representativas del bando nacional-falangista. En la parte izquierda de la cabecera de la misma estaba representado el escudo de Falange con el grabado del yugo y de las flechas. Ocupando la parte central y derecha de la cabecera, venía en letras grandes y llamativas el título de la publicación: *Flechas*. Bajo el símbolo y el título, la referencia de la revista como “Semanario Infantil de Falange Española de las J.O.N.S. de Aragón”. Ocupando gran parte de la portada, en el número primero, aparecía un primer plano de José Antonio Primo de Rivera con el pie de página “José Antonio Primo de Rivera, jefe de la Falange y camarada de todos los nacional-sindicalistas...”. La portada del segundo número está dedicada a Franco, etc. Las portadas de esta revista se caracterizan por su innegable carga de ideología.

Las páginas interiores presentan, como toda la revista, un innegable contenido doctrinario, aunque éste responda preferentemente a los cánones de la propaganda indirecta. Abundan las páginas en las que se relacionan el pasado y el presente a través de comportamientos ejemplares de héroes nacional-católicos. La página segunda del primer número de *Flechas* está dedicada a las semblanzas de Guzmán el Bueno y del Coronel Moscardó. Otras páginas glosan las figuras o las historias personales de Francisco Franco, de Benito Mussolini, de Adolfo Hitler, del General Palafox, etc. Como se puede observar, la revista sirve de escaparate de las figuras más sobresalientes del fascismo nacional e internacional.

En ciertas páginas abundan las historietas o las columnas escritas, en las que se insiste en temas como la juventud, el militarismo, el patriotismo, la entrega, la religión, etc. En otras partes, se porfía en el comportamiento cívico y en la educación social de los jóvenes flechas.

publicación infantil que con un claro talante doctrinal se editó en la zona nacional. Su primer número apareció en San Sebastián el 27 de diciembre de 1936. Tenía una periodicidad semanal. Se editaba los domingos. El título de portada era precisamente el de “Semanario infantil dominical”. El título *Pelayos* hacía mención a la nominación que recibían los niños de corta edad alistados al partido carlista.

La revista estaba formada por dieciséis páginas, en las que se alternaban las páginas en blanco y negro con las páginas en color. El precio era de 20 céntimos. Tuvo una tirada media de 30.000 a 40.000 ejemplares, llegando en ocasiones a los 60.000. Estaba dirigida por el canónigo Vilaseca y por Mosén Rosell. La aventura de *Pelayos* acabó en noviembre de 1938, tras el decreto de unificación de todos los grupos o partidos políticos del bando nacional. Antes de fusionarse con *Flecha* para formar la nueva revista de *Flechas y Pelayos*, había editado cien números. En concreto, el número cien corresponde al 20 de noviembre de 1938.

Aparece desde su primer número como una revista infantil publicada por la Junta Nacional Carlista de Guerra. Su ideología no ofrece la más mínima duda. Los símbolos, los grabados, las historietas, los editoriales, etc., así lo demuestran. Baste como prueba el editorial del nº 2, cuyo título es “Nuestro semanario”:

Yo soy **Pelayo**, el capitán general de todos los pelayos españoles. ¡Cuántos son mis soldados! Hay **Pelayos** por toda España. Antes de que estallase la guerra contra los hombres malos, no había más que diez Pelayos. Pero, desde que los requetés han cogido el fusil para salvar a España y han empezado a dar palizas a los ejércitos de gente mala, todos los niños de España se van poniendo boina roja, se preparan para luchar mañana. Por Dios, la Patria y el Rey, cogen su fusil, hacen ejercicio, o sea, se inscriben como **Pelayos**. Somos más de cien mil. Y yo, **Pelayo**, soy vuestro capitán general...

La propia redacción del texto nos revela ciertas características de esta revista: la propaganda bélica como fundamento ideológico, el pensamiento partidista de sus símbolos y consignas, la manipulación del lenguaje que reduce a los lectores a un grado de infantilización cercana a la estupidez. Estas características del editorial pueden ser una muestra muy aproximada de lo que es la revista en su conjunto.

En sus primeros números, la revista aparece dividida en tres partes en consonancia con cada uno de los lemas de su consigna: Dios, Patria y Rey. Tomando como referencia el

primer número, el apartado “Dios” se centra en el patrono de los pelayos, San Pelayo, mártir de la fe, que, según nos cuenta la propia historia de la revista, supo dar heroicamente la vida por Dios y por España. El apartado “Patria” estaba formado por relatos de la historia de España. Incluso en todos los números aparecía un breve capítulo de la “Historia del Movimiento Nacional”, en el que el lenguaje gráfico venía acompañado por amplios y concentrados textos a pie de viñeta⁸⁸. El apartado dedicado al “Rey” ofrecía un panegírico en defensa del espíritu monárquico y tradicionalista. Las últimas páginas de la revista ofrecían una miscelánea de motivos, donde las páginas literarias se mezclaban con las de humor o con las de actualidad⁸⁹.

La carga ideológica no ofrece un peso idéntico a lo largo de la vida editorial de la revista. Ésta va disminuyendo según va pasando el tiempo y se va definiendo el talante de la revista⁹⁰. *Pelayos* ofrece a través del tiempo un proceso de clara despolitización, aunque nunca abandona la finalidad primera y esencial de adoctrinamiento.

En el equipo de *Pelayos* “colaboran dibujantes que habían huido de Barcelona y otros inéditos hasta entonces”⁹¹. Su redacción estaba formada por el canónigo catalán Vilaseca, editor y director de la revista junto al sacerdote Rosell. Contaban con la colaboración de Consuelo Gil, guionista madrileña, creadora de una de las series femeninas más celebradas del momento “Márgara, la más pequeña, ayuda a ganar la guerra”; el barcelonés Gutiérrez Gili, cuyo seudónimo era G. Li, guionista de la serie “Picotín, cazador de fieras”, historieta donde sintonizaba la fantasía y el humor, o “El

⁸⁸ Esta serie fue uno de los capítulos más privilegiados por la dirección de la revista, ya que las diferentes viñetas que formaban la “Historia del Movimiento Nacional” se ofertaban en cromos que los niños lectores coleccionaban, rellenando los álbumes correspondientes.

⁸⁹ Es curioso constatar que en el número segundo ya no aparece el apartado dedicado al “Rey”. Es muy posible que la censura prohibiese un alegato tan claro a favor de la monarquía en unos momentos en los que Franco, arropado por el ejército, aparecía como líder indiscutible del bando nacional. En el número cuarto desaparece, a su vez, la división bipartita de “Dios” y “Patria”. Sin embargo, a pesar de estos cambios internos, *Pelayos* sigue manteniendo la misma carga ideológica basada en principios religiosos y patrióticos de claro signo carlista.

⁹⁰ De esta manera, se pueden ofrecer las siguientes cifras indicadoras de la orientación y de la evolución del semanario. El número uno (27-XII-1936) presenta una carga de un 75% de ideología frente a un 25% de humor, aventuras, pasatiempos, curiosidades, etc. El número veinticinco ((13-VI-1937) experimenta una fuerte variación al darse una igualdad casi total entre la ideología y el pasatiempo. En el número cincuenta (5-XII-1937) la propaganda ideológica ha perdido el protagonismo frente al pasatiempo en una proporción de 40 a 60. En el número setenta y cinco (29-V-1938), las diferencias aumentan, pasando a una fuerte desigualdad de 30 a 70. Finalmente, en el número cien (20-XI-1938) la relación queda fijada en un 30-70%. Estas tablas indican que de forma persistente la revista va marginando el dirigismo ideológico para dar una presencia cada vez mayor al apartado del pasatiempo, en el que entran a formar parte las historietas de humor, aventuras, etc.

⁹¹ Luis Gasca: *Los comics en España*, Op. Cit. p. 93.

cabrerizo”, serie de aventuras en el marco de la Guerra Civil; Serra Massana, guionista y dibujante catalán, una de las figuras más sobresalientes del cómic español de preguerra y de guerra, destaca con colaboraciones importantes tanto en calidad como en cantidad y centradas tanto en la ideología como en la evasión. Hay que mencionar su serie “Historia del Movimiento Nacional” que ocupó durante meses las páginas centrales de la revista. Sin embargo, Serra Massana ofrecía otras historietas que oscilaban desde lo político a la ciencia ficción como “Tres requetés entre los rojos” o “Bajo tierra con los monstruos de la destrucción”; A. Ojeda fue otra de las figuras clave de la revista *Pelayos*, en la que publicó gran número de divertidas e intencionadas historietas como “El flecha guerrero”, “Boby, el soldadito de plomo” o “Hazañas de Panchito”; José Alcaide publica en la revista carlista entre otras sus “Aventuras de Ovalo detective”; José María Canellas, conocido por el seudónimo de A. Benjamín, escribe entre otros guiones historias de aventuras y de ciencia ficción como “La ciudad infinita”, “Un viaje al planeta Júpiter”, “Zimbra y los dragones humanos”, etc. Finalmente, es obligada la mención del dibujante y guionista As, seudónimo de Castanys, colaborador importante de *Pelayos* y de otras revista de humor del Movimiento⁹².

De la nómina de colaboradores y aventuras se llega a la conclusión de la existencia de un claro eclecticismo, en el que la ideología corre pareja a la evasión y al entretenimiento. Frente a las series de fuerte carga ideológica como “Historia del Movimiento Nacional” o las narraciones de la Historia de España o de la Historia Sagrada se encuentran, como se ha visto, historietas humorísticas, en las que los jóvenes pelayos ridiculizan a los gigantones comunistas como “Un miliciano rojo”, “El marxista cazado”, “Paco el embustero o el locutor de la radio marxista”, “Treinta años por el mundo del comunista iracundo”. También se hallan historias de humor como “Cuentos

⁹² Como colaboradores más o menos habituales hay que mencionar las figuras de Martín, en ocasiones aparece con la firma de Boro, creador de la historieta de “Andanzas de Centeno”; el guionista catalán José María Canellas Cassall, autor entre otras historietas de “Bajo tierra con los monstruos de la destrucción”, “La ciudad infinita” o “En el país de los hombres dobles”; el dibujante italiano Athos Cozzi, autor de parte de la “Historia del Movimiento Nacional” e ilustrador gráfico de aventuras como “La ciudad infinita”, “Un viaje al planeta Júpiter” o “Los piratas de la pradera”; bajo el seudónimo de Lord Fly se esconde un colaborador de *Pelayos* de interesantes historias como “Las mil y una aventuras de Pachi Chiki”, uno de los pocos referentes a la realidad social y lingüística vasca del momento; Juan Tusquet, encargado de los artículos y escritos de carácter religioso. Mención aparte merece la figura de la donostiarra María Claret, autora de la entrañable historieta, llena de humor y de ternura, “Tontolín y Rechupete”.

baturros” o las “Aventuras de Óvalo detective” o la fantástica y sorprendente serie de “Picotín a la caza de fieras”. Las historias de aventuras y de ciencia ficción tienen una gran presencia en las páginas de la revista. En las páginas de *Pelayos* encontramos líneas temáticas de todos los gustos y colores, desde la más pura propaganda política hasta las más encantadoras y tiernas historietas de humor y de pasatiempos.

En este contexto, es curioso percibir la poca presencia que entre sus páginas encuentran tanto la figura de Franco como las de los representantes de la cúpula política y militar. A diferencia de otras revistas del género, *Pelayos* no ofrece culto al Caudillo. Hay que esperar al número cuarenta y tres (17-X-1937) para que aparezca la primera foto de Franco. Con anterioridad, sólo dos casos rompen con esta atonía hacia las figuras del ejército nacional: el 18 de julio de 1937 (numero treinta) la página central está dedicada al general Mola, conmemorando su muerte en accidente de aviación hacía mes y medio, y el 26 de septiembre de 1937, en el que aparece un reportaje dedicado al Coronel Moscardó y a la gesta de El Alcázar de Toledo. Franco aparece de forma esporádica en concursos abiertos de redacción y de dibujo.

Las portadas tienen una gran importancia en la revista. Entre los artistas gráficos destacan Ramón H. B. (sin identificar), Tono, Boro, Serra Massana, Cobreros Uranga, As, Carlos Sáenz de Tejada, Martín, etc. Las portadas son un buen ejemplo de la ideología de la publicación. Dominan las portadas con mensaje propagandístico como la adoración y muerte del soldado nacional ante la cruz y en nombre de la religión (7-III-1937) de Serra Massana o bien la exaltación del requeté realizada por Martín en el número 14 del 28 de marzo de 1937. Abundan las portadas humorísticas de sesgo propagandístico, donde frecuentemente jóvenes requetés parodian a sus adversarios republicanos o comunistas como la portada de As del número 81 (10-VII-1938). Encontramos portadas de humor sin otra finalidad que la provocación de la sonrisa o de la risa. Esta pluralidad de enfoque nos revela de manera clara la línea de la revista que deambula entre la típica revista de ideas y la de evasión-humor.

Pelayos es, entre las revistas de guerra de la zona nacional, la menos ideológica, la que ofrece un menor culto a la figura del Caudillo y a los representantes del ejército, la que mantiene una evolución más clara hacia contenidos de humor y de evasión. Sin olvidar nunca la carga ideológica que sus páginas encierra, *Pelayos* puede ser considerada como

una revista de humor y de pasatiempo si se tiene presente la tónica general de las publicaciones de esta naturaleza en tiempo de la Guerra Civil.

Flecha. Paralela a la revista carlista *Pelayos*, aparece en San Sebastián con cierta posterioridad, 23 de enero de 1937, la publicación falangista *Flecha*. Como en el caso de *Pelayos*, el título *Flecha* hace relación a la denominación que recibían los niños pertenecientes a las Organizaciones Juveniles de Falange. Presenta una existencia cercana a los dos años, ya que su aventura editorial concluye, después de noventa y seis números, el 27 de noviembre de 1938, como en el caso del cómic carlista, fusionándose con *Pelayos*, como consecuencia del decreto de unificación del 19 de abril de 1937. Sus características son similares en todo a las del semanario de los requetés, y los dibujantes son también, en su mayor parte, los mismos (Gasca, 1969, p. 93). Como *Pelayos*, *Flecha* llegó a tener en ciertos momentos una tirada superior a los 70.000 ejemplares, aunque la tirada media rondaba entre los 30.000 y los 40.000. La idea de crear esta revista fue de Vicente Cadenas, a la sazón en esos momentos Director de Prensa y Propaganda del Movimiento⁹³.

En la parte superior de la portada tras el título *Flecha* aparece el símbolo de Falange, el yugo y las flechas. Bajo el título, la consigna de "Arriba España". Se presenta como Semanario Nacional Infantil, editado por la Jefatura Nacional de Prensa y Propaganda. Son inequívocos la ideología de la revista y su indiscutible signo confesional.

A pesar de las fuertes analogías con su pseudohomónima carlista, se encuentran diferencias de matiz importantes. La primera de ellas es la carga ideológica que ofrece desde el primer número. El carácter propagandístico de *Flecha* es más profundo y directo que el que ofrece *Pelayos*. Es significativo que la carga de ideología directa alcance un porcentaje del 95% en los números iniciales. Incluso sus historietas ofrecen un grado de violencia muy superior a las narraciones gráficas de *Pelayos*. Se llega a defender la mística de la sangre y de la muerte con el fin de acabar con los enemigos de la patria y de la religión. Un ejemplo máximo de lo afirmado sería la historieta de "El flecha llamado Edmundo vence siempre a todo el mundo", quien se siente satisfecho de haber cumplido el deber, consistente en dar muerte a unos cuantos milicianos. Edmundo

⁹³ Véase José María Ortiz: "Con Fray Justo Pérez de Urbel y Avelino Aróstegui", *Bang*, nº 13 (número dedicado al *Cómic político bajo el franquismo*), Barcelona, 1977, pp. 17-19.

es un rapazuelo de pocos años. Son historietas de humor que producen grima, pensando en el personaje y en los destinatarios de los mismos. La ideología llega a verdaderos grados de aberración.

Sin embargo, como sucede con el semanario *Pelayos*, se verifica un cambio cualitativo de orientación. Progresivamente van ganando los contenidos de humor y de aventuras lo que va perdiendo en carga ideológica y propagandística. De esta manera, para el número veinticinco (11 de julio de 1937) ideología y humor-pasatiempos se equiparan en un 50%. En el número cincuenta (2 de enero de 1938) presenta una relación de 60 a 40 a favor del humor y de las aventuras. En el número setenta y cinco (26 de junio de 1938), esta tendencia se ve confirmada al llegar a una relación de 75 a 25 a favor del humor y en detrimento de la ideología. Este porcentaje se va a mantener de forma inalterable hasta el último número de la revista en noviembre de 1938. Este proceso de disminución del plano ideológico y de incremento del parámetro de humor-pasatiempos-aventuras es común a *Pelayos*. Estos datos nos revelan que, a excepción de los primeros números, en los que domina un fervor patriótico exacerbado, los cómics se van adaptando poco a poco a la mentalidad y a los gustos infantiles, aunque nunca desaparezca la finalidad ideológica que los mismos presentan.

El *alma mater* de la revista fue Avelino Aróstegui, arquitecto de formación, que se dedicó plenamente a la elaboración de historietas infantiles. Fue el director de la revista y uno de sus guionistas y dibujantes más activos. Muchas de las portadas del semanario son de él, donde expresa con trazos fuertes y figuras musculosas el fervor patriótico y la reverencia hacia lo militar. Un buen ejemplo es la portada del primer número, donde unos corpóreos falangistas, arropados por banderas, ocupan el primer plano de la portada, representando en un segundo plano las tres armas de tierra, mar y aire, simbolizadas por los tanques, los acorazados y los aviones. Es autor y dibujante de historietas tan señaladas como “El flecha Edmundo vence a todo el mundo” o “Flechorías de Manolo”. La ideología de estas historietas es clara. A través del humor gráfico nos ofrece, como se ha señalado con anterioridad, un mundo lleno de violencia, en el que el patriotismo y el amor a los principios del Movimiento justifican cualquier comportamiento y todo tipo de acción. Es igualmente autor de historietas policíacas como “Fu-Manchú o el dragón rojo”, de ciencia-ficción como “El fantasma gigante del mundo maldito” o bien del oeste como “El rancho pardo”. Dibuja las ilustraciones de

otra serie de gran éxito, las aventuras de Cubillo, iniciadas con “Las andanzas de Cubillo en Flandes”, con texto de Al-Capone, seudónimo de uno de los hombres más importantes del humor español de la época franquista: el donostiarra Álvaro de Laiglesia. La labor de Aroztegui en *Flecha* fue enorme. La línea de la revista, tanto desde la perspectiva del diseño como desde el punto de vista de la ideología, responde a los principios y gustos de su director.

El resto de las colaboraciones son en buena medida los que escriben y dibujan en *Pelayos*. Esto quiere decir que entre las dos revistas existía una completa sintonía de autores e intereses. Entre los colaboradores asiduos de *Flecha* cabe destacar las firmas de María Claret, Álvaro de Laiglesia y Santiago Dueñas. María Claret se había dado a conocer en *Pelayos*, confirmando su categoría profesional en *Flecha* y en otras revistas similares. En *Flecha* publica, tras la experiencia inicial de O. Darda, la historia de otra pareja de niños “Pepona y Pegote”. Al mismo tiempo empieza a dar a conocer a un personaje que le daría fama y dinero: Mari Pepa, heroína que tuvo una acepción amplísima, especialmente entre lectoras infantiles. Como afirma Luis Gasca: “Mari Pepa Mendoza, como años después la muñeca Mariquita Pérez, representan para la España de la guerra y posguerra todo un símbolo que se acentúa a lo largo de los años cuarenta”⁹⁴. Álvaro de Laiglesia se incorpora al mundo de las historietas gráficas con el seudónimo de Al Capone. Forma pareja con Avelino Aroztegui en las aventuras de Cubillo como “Cubillo detective” o “Cubillo en Flandes”. Finalmente, Santiago Dueñas, conocido como “Santi”, aunque sus inicios los tiene como caricaturista en el diario republicano *La Voz de Guipúzcoa*⁹⁵, pasa a ser colaborador de *Flecha* con entregas sobre temas de aventuras como “La máscara”⁹⁶.

Flecha es una revista que rinde culto a sus héroes militares. Las figuras de Franco y de José Antonio Primo de Rivera se repiten con insistencia en sus páginas. Dentro de los

⁹⁴ Luis Gasca: *Los comics en España*, Op. Cit., p. 94.

⁹⁵ Véase José María Unsain: *Antecedentes del comic en Euskadi (1894-1939)*. San Sebastián: Ediciones Tartalo, 1989, p. 6.

⁹⁶ Otros autores, conocidos de las páginas de *Pelayos*, son A. Ojeda, quien continúa en *Flecha* su exitosa serie de “El flecha guerrero”; Serra Massana colabora con series de aventuras y de misterio como “El diamante hindú” o “El secreto de Lord Dawson” y tras el seudónimo de Plinio publica historietas de humor y propaganda de gran aceptación popular como “Sandalo el miliciano” o “Gustavo el aventurero”; José María Canellas, conocido como guionista con el seudónimo de A. Benjamin, escribe para esta revista el texto de la serie de ciencia ficción “El fantasma gigante del mundo maldito”; O.Darda redacta su serie humorística “Pimpinelo, Pampanoto y Pumoroso”; etcétera.

espacios ideológicos de la revista, lo político juega un papel central frente a lo religioso, que, aunque presente, permanece un tanto relegado. A su vez, el factor propaganda o ideología, aunque manifieste una línea descendente, presenta una cara un tanto exagerada, incluso hasta brutal, en ocasiones enmascarada con el ropaje del humor, teóricamente nada identificada con la psicología emocional de sus jóvenes lectores. Por esto, aunque *Flecha* sea una publicación hermana de *Pelayos*, muestra rasgos diferenciados de matiz y de intensidad, como los señalados en este apartado.

Flechas y Pelayos.- De acuerdo con las nuevas circunstancias políticas, el Gobierno decidió dar una estructura política coherente y uniforme al nuevo sistema que nacía en medio de la guerra. El carácter autoritario del mismo estaba exigiendo una unidad sin fisuras bajo la dirección de un mando unido y único. Esta exigencia pedía la creación de un partido oficial que reuniera en sus filas las diferentes familias que formaban hasta ese momento el ejército franquista. Esto pasaba básicamente por la unificación de carlistas y falangistas en un partido oficial único. El 19 de abril de 1937, Franco y Serrano Suñer ordenaron por decreto ley la fusión de los diferentes grupos o familias en un nuevo y único partido denominado Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S. Era lógico pensar que, una vez decretada la unificación de las diferentes familias políticas y constituido el partido único bajo la dirección personal de Franco, se diera igualmente la unificación de todas las manifestaciones culturales propias de los distintos grupos que formaban el cuerpo del franquismo. A pesar de choques y fricciones, se fue imponiendo la unidad por voluntad expresa de Franco⁹⁷.

El director de *Flechas y Pelayos*⁹⁸ fue Fray Justo Pérez de Urbel, futuro abad mitrado del Valle de los Caídos, quien contó con la colaboración incondicional de Avelino

⁹⁷ En realidad, existían fuertes reticencias e incluso divergencias ideológicas entre ambos grupos. La aconfesionalidad de Falange no casaba con el catolicismo ultramontano de los carlistas. Igualmente, el pensamiento monárquico de los carlistas estaba muy lejos de congeniar con la ideología fascista de los falangistas. No era fácil la unión de las fuerzas y de las formas culturales de ambas tendencias políticas. Estas razones explicarían el tiempo transcurrido entre la ley de unificación de los dos partidos y la fusión de sus publicaciones infantiles *Pelayos* y *Flecha*. Si la ley de unificación es de abril de 1937, la fusión de ambas revistas en la nueva publicación de *Flechas y Pelayos* no se verifica hasta diciembre de 1938. Así surge la nueva publicación que va a acaparar el espacio informativo de las dos revistas infantiles mencionadas.

⁹⁸ Para la comprensión de las vicisitudes de la revista, ofrezco a los lectores dos interesantes artículos o entrevistas. Fray Justo Pérez de Urbel: "Nacimiento y buena vida de la revista *Flechas y Pelayos*", *Gaceta de la Prensa Española*, nº 17, Madrid, octubre de 1943, pp. 259-262; José M^a Ortiz: "Con Fray Justo Pérez de Urbel y Avelino Aróstegui, Op. Cit., pp. 17-19.

Aróstegui, nuevo subdirector de la revista y antiguo director de *Flecha*, y con los equipos de redactores que componían las dos revistas fusionadas: *Pelayos* y *Flecha*. La primera misión del equipo director fue crear, a partir de las páginas de la nueva revista, una conciencia de unidad y de camaradería entre ambos grupos políticos y entre las diferentes posiciones ideológicas de los lectores. “El mejor ejemplo de la prensa política que en los años cuarenta se entregó a los niños lo proporciona *Flechas* y *Pelayos*, publicación a medio camino entre el tebeo, por su forma y técnica, y el periodismo infantil, por su intención y planteamiento ideológico” (Antonio Martín, 2000, p. 99).

El primer número refleja fielmente esta política editorialista. La portada, diseñada por Aróstegui, ofrece a dos jóvenes, uno con boina roja, distintivo de los carlistas o pelayos, y el otro con camisa azul, símbolo de la Falange y de los flechas, voceando la nueva publicación de la fraternidad y de la armonía. En segundo plano, se encuentra un grupo de jóvenes representantes de ambos grupos políticos, caracterizados por la alegría y la confraternidad, reiterando la misma idea de unidad y de armonía. La leyenda que ofrece la portada es “Boinas rojas y camisas azules, sonriendo a su nueva revista, se preparan, con fraternal armonía, para cuando llegue la hora de luchar todos juntos por el engrandecimiento de España”. Sobre todo comentario. Igualmente, en el texto editorial a este primer número, Fray Justo Pérez de Urbel manifestaba: “Todo el que sea un buen español se alegrará de ver juntos en el título de una revista, dirigida a los niños, estos dos nombres: *Flechas* y *Pelayos*”.

Flechas y *Pelayos* ofrece un lema a la altura de las circunstancias y en consonancia con el espíritu reinante en ese momento: “Por el imperio hacia Dios”, acentuando desde el primer número la ideología imperialista de la nueva revista. En el encabezamiento de la revista aparece igualmente el símbolo falangista del yugo y de las flechas⁹⁹.

La vida de *Flechas* y *Pelayos* es longeva. El primer número aparece en San Sebastián el 11 de diciembre de 1938 y su desaparición se da en Madrid el 17 de julio de 1949 con la edición del número 536. En ocasiones, su tirada superó la cifra de los 140.000

⁹⁹ Estos datos nos indican, entre otras cosas, que en la unificación de partidos y de revistas sale fortalecido el grupo falangista, mientras el carlismo pierde propiamente toda su representación. Este protagonismo de Falange corre paralelo con la hegemonía de dicho grupo en la vida real de la España del momento. Una de las pocas excepciones es la serie de Valentí Castany, con seudónimo de As, “Andanzas de un flecha y un pelayo”, que se inicia en el número 26 (4-VI-1939) y se dilata durante toda la época de posguerra.

ejemplares, aunque la tirada media rondaba el número de 125.000, cifra sorprendente para la época.

Flechas y Pelayos ofrece una doble vía de intereses y de finalidades, lo mismo que se había comprobado al analizar las revistas *Pelayos* y *Flecha*. El adoctrinamiento corre parejo con el humor y con el pasatiempo. Si las revistas mencionadas presentaban en su última etapa un porcentaje del 30% y del 25% respectivamente de ideología frente al 70% y al 75% de diversión y de aventuras, *Flechas y Pelayos* en su primer número (11-XII-1938) altera esos porcentajes a una relación más o menos del 42% para el adoctrinamiento y un 58% para el humor y para las aventuras. En el número veinticinco (29-V-1939), los porcentajes se diferencian ampliamente llegando a una relación de 30% y 70% respectivamente. En el último número editado en San Sebastián, número 53, (10-XII-1939), la ideología directa alcanza escasamente el 15% y la evasión el 85%. *Flechas y Pelayos* experimenta, a pesar del incremento inicial, una clara evolución que ya se manifestaba en las revistas madre: un descenso progresivo de lo ideológico y un aumento de los temas de evasión: humor, aventuras, pasatiempos, etc. Estos datos nos revelan que la revista, como había sucedido con sus predecesores, se fue adaptando cada vez más a la psicología y a los gustos de un lector preferentemente infantil y juvenil.

Sin embargo, muy en la línea de los parámetros ideológicos de Falange, el sectarismo ideológico, especialmente en sus primeros números, es directo y frontal, llegando a situaciones límite. El mito del caudillaje adquiere cotas sorprendentes. El primer número se abre con una loa a Franco, su fotografía en primer plano, que acapara prácticamente la totalidad de la página, rubricada con la siguiente dedicatoria: “Aquí en la primera página y en el comienzo de nuestra labor, la imagen del Caudillo: homenaje al hombre providencial, adhesión al jefe, admiración al general nunca vencido, gratitud al salvador de la Patria, cariño al que en la bondad de su corazón tiene cariño y solicitud para todos”. Es difícil reunir en tan pocas líneas un número de tópicos tan numeroso. Esta glorificación de la figura del Caudillo, muy presente también en otros números, se hace extensiva a otras figuras del bando nacional pero a escala inferior.

Abundan las lecciones de historia y de religión en sintonía completa con los tópicos ideológicos del sistema. Predominan los acontecimientos de la reconquista y de la colonización de América. La serie de “Héroes de la Patria” que se ofrecen a lo largo de

todos los números con dibujos de Aróstegui y con guiones de Fray Justo Pérez de Urbel inciden preferentemente en estos temas. En este contexto es obligado mencionar la serie “Historia gráfica de España”, también de aparición semanal, que recorre los momentos más significativos de su historia según la mentalidad nacional católica. Sus creadores son igualmente Aróstegui en los dibujos y Fray Justo Pérez de Urbel en los guiones¹⁰⁰. Los “Episodios nacionales” de Pilarín Valle y Teodoro Delgado entran de lleno en este capítulo. Otro tema siempre presente en el campo de la propaganda ideológica se centra en el dirigismo religioso. En este campo destaca la figura del padre Juan Tusquet con sus “Cartas religiosas” que con posterioridad toman el título y la forma de “Liturgia”. En este contexto sobresale igualmente Fray Justo Pérez de Urbel con unas series un tanto irregulares en su aparición “Cuadros religiosos” y “Doctrina y estilo”. En esta misma línea, se hallan las “Estampas bíblicas”, donde se analizan un tanto simplonamente episodios bíblicos o celebraciones litúrgicas. Religión, política e historia son los ejes fundamentales del ejercicio doctrinal que lleva a cabo la presente revista.

Sin embargo, frente a la ideologización se encuentra en una proporción cada vez mayor el espacio dedicado al humor y al divertimento. Serra Massana colabora con aventuras policíacas o de misterio, como “El misterio de villa Regina”, “La marca tatuada” o “La tumba submarina”. En estos mismos espacios de evasión se mueve Santiago Dueñas quien se encarga del lenguaje gráfico de las series “El agente secreto E-13” y “Los trece mercaderes”. Teodoro Delgado colabora con su inconfundible grafismo en entregas como “Episodios nacionales” y “El hombre diabólico”. Aróstegui participa igualmente en estos espacios de evasión y de aventuras con títulos como “El defensor”, “Tanak de Tebas” o “El capitán de los tercios”. Rafael Penagos colabora con “Los sucesos de El Sagaz”. Un papel clave en este capítulo de aventuras lo protagoniza Pilarín Valle, guionista de gran parte de las series comentadas: “El defensor”, “El capitán de los tercios”, “El agente secreto E-13”, “El hombre diabólico”, “Los trece mercaderes”, “Episodios nacionales”, etc.

Junto a las series mencionadas, se encuentran en las páginas de la revista otras historietas y otros espacios de gran significado. Los consultorios “¿Qué quieres saber?”

¹⁰⁰ Las seis primeras entregas de la serie están firmadas por Silio, probable seudónimo de algún colaborador actualmente desconocido. A partir del número séptimo aparecen las firmas ya mencionadas de Aróstegui y Pérez de Urbel.

o “Lo que sabe Lepillo” tuvieron una gran aceptación entre los jóvenes lectores. Por otra parte, se dedica gran atención al deporte y a sus figuras más representativas ya fueran éstas nacionales o extranjeras. Todos los números presentaban la biografía y las hazañas de un deportista de gran renombre. La última página estaba dedicada a los recortables. En su conjunto, *Flechas y Pelayos* ofrece una miscelánea de temas e intereses.

Flechas y Pelayos fue obra de un equipo de grandes profesionales. Sin embargo, el peso de la misma recayó sobre unas pocas personas: Fray Justo Pérez de Urbel y Avelino Aróstegui, secundados por otros grandes artistas como Pilarín Valle, María Claret, etc. Entre todos consiguieron un semanario que fue emblema y símbolo de las revistas juveniles del Movimiento¹⁰¹.

La trinchera y La ametralladora.- Frente a las publicaciones de ideologización, se da una línea temática nueva relacionada con el humor. En circunstancias y en ambientes de fuerte tensión, la risa era un medio eficaz para la relajación y la distensión. Entre revistas infantiles y publicaciones para adultos, el amplio abanico de las necesidades de los lectores del bando franquista quedaba casi cubierto. Sólo faltaba un área sin cubrir: el frente. En primera línea de batalla, el soldado no necesitaba del adoctrinamiento de las publicaciones oficiales. Exigía olvido y laxitud. Esto se va a conseguir en gran medida a través de publicaciones de humor, no exentas de cierta carga inevitable de ideología, dirigidas expresamente al soldado del frente. Surge con esta finalidad la revista más representativa del humor español en esos momentos de guerra: *La ametralladora*.

El origen de *La ametralladora* se encuentra en una revista publicada en Salamanca con el título de *La trinchera*. Estaba editada por la Delegación Nacional de Prensa y

¹⁰¹ La revista *Maravillas* aparece como suplemento de *Flechas y Pelayos* el 17 de agosto de 1939. Tiene la misma historia que su progenitora. Se edita inicialmente en San Sebastián para pasar con posterioridad, (28-XII-1939), número diecinueve, a Madrid. Su director, como el de la revista madre, fue Fray Justo Pérez de Urbel. Llegó a tener una tirada superior a los 70.000 ejemplares. Este suplemento experimenta un enriquecimiento importante del lenguaje gráfico y una disminución proporcional del lenguaje escrito. En este sentido, nos encontramos con una revista que se acerca ya por sus características gráficas a las publicaciones conocidas como tebeos o cómics. Los colaboradores de la revista son en buena parte los guionistas y dibujantes de *Flechas y Pelayos*. Sin embargo, a diferencia de ésta, *Maravillas* se va a caracterizar por la ausencia casi completa de ideología y, por tanto, por un dominio casi total del humor y del pasatiempo. Se puede afirmar que nos encontramos ante un verdadero tebeo infantil.

Propaganda y destinada para los soldados del frente. El primer número apareció en enero de 1937. En un principio no tenía una periodicidad semanal, como más tarde tendría. A partir del 1 de febrero de 1937 (n^a 3), recibe el título definitivo: *La ametralladora*. La revista se publicará sucesivamente en diversas ciudades: Salamanca (primera época), Valladolid, Salamanca (segunda época), Bilbao y finalmente San Sebastián, donde adquiere su verdadera personalidad y asume la auténtica línea humorística que la va a diferenciar del resto de publicaciones.

En un primer momento es una revista muy poco gráfica, con poco humor y nulo ingenio, en las que predominaba, como en el resto de publicaciones dependientes de la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda, la línea ideológica. Era una revista en blanco y negro, en la que destacaban las páginas dedicadas a las noticias y a la opinión. El tema fundamental era la guerra, la situación del frente, las victorias del ejército franquista y la mofa hacia los hombres del bando republicano. Sólo de manera marginal aparecían chistes sueltos o alguna página de humor. En sus primeros números era más una revista política que un semanario de humor. Sus propias portadas así lo manifiestan. El motivo de las mismas era casi invariablemente una fotografía de uno de los generales más representativos del ejército o bien uno de los líderes del fascismo europeo: Franco, Queipo de Llano, Mussolini, Oliveira Salazar, etc. El encabezamiento de la revista presentaba el lema “Una Patria, Un Estado, Un Caudillo”, donde se conjugaba el tema de la unidad con el tópico del caudillaje. Todos estos aspectos nos revelan bien a las claras la línea programática que presenta en un primer momento esta publicación.

La primera época de Salamanca que dura hasta el número trece (11 de abril de 1937) presenta las características indicadas. Se repiten en la época vallisoletana, que comprende desde el número catorce hasta el número veintidós, desde el 18 de abril hasta el 27 de junio. Es en la segunda época de Salamanca cuando modifica el diseño, experimentando una fuerte transformación. El papel mejora de calidad y aparecen las portadas y las contraportadas en color, empezando a tener el diseño gráfico una importancia estimable. Se concede un mayor protagonismo al humor y disminuye la parte dedicada a la opinión y a las noticias. Aparecen series de “aleluyas”, narraciones humorísticas e historietas paródicas. Empieza a dominar un humor de tipo corrosivo y la ironía caricaturesca se impone como distintivo de la revista. Todos estos cambios y mejoras están relacionados, primero, con la incorporación como colaboradores

habituales de Tono, Lilo, Aróstegui, etc., y, segundo, con la nueva impresión, que pasa a los Talleres Offset Nerecán de San Sebastián. Estos datos explican el cambio de diseño tanto gráfico como temático. En octubre de 1937, con la publicación del número treinta y seis, la redacción pasó a Bilbao, donde se irá publicando hasta el 10 de julio de 1938. La edición continuó en los Talleres Offset de San Sebastián. En la etapa bilbaína, la revista siguió experimentando nuevos cambios. La principal de ellas fue el incremento considerable del lenguaje gráfico. A su vez, *La ametralladora* fue adquiriendo una mayor complejidad cromática. Se incorporaron nuevos colores y la gama de graduación de los tonos clásicos aumentó de forma considerable. La publicación se estabilizó en veinte páginas. En esta época la revista costaba veinticinco céntimos, excepto para los combatientes, para quienes era gratis.

Esta evolución hacia una revista de humor se intensificó, cuando la redacción de la misma pasó a San Sebastián. El equipo de redacción quedó ya completo con una nómina definitiva. El director de *La ametralladora* fue el dibujante Lilo, seudónimo que correspondía al humorista Miguel Mihura. Fue director de la revista a partir de noviembre de 1937, aunque sus primeras colaboraciones databan de julio de 1937. En el equipo de Mihura se encuentran otros grandes del periodismo gráfico: Tono, quien desempeña un papel decisivo en la consolidación de la publicación, Edgar Neville, Álvaro de Laiglesia, Rafael de la Vega, Enrique Herreros, Guillén Salaya, Teodoro Delgado, Avelino Aróstegui, etc. Junto a este grupo de grandes periodistas, aparecen en las páginas de la revista otros nombres de gran importancia en el mundo del cómic y de la cultura del franquismo. Entre otros, destacan las firmas de Federico de Urrutia, Alfredo Marqueríe, José Simón Valdivielso, Luis Antonio de Vega, Eugenio Suárez, etc.

Los contenidos van adquiriendo con el paso del tiempo un sesgo marcadamente literario, aunque siguen dominando los temas bélicos y políticos. Se publican abundantes romances de sentido patriótico-militar. Eugenio Suárez escribe para la revista su “Romance del cielo en guerra”; Alfredo Marqueríe, el “Romance de las brigadas de Navarra”; José M^a. de Vega, el “Romance de Asturias en guerra”; Federico de Urrutia, su “Cante Jondo”; etcétera. En esta misma línea se encuentran el poema de M^a. Dolores Fernández “En un pueblecito de España” y la breve narración de carácter bélico titulada “La ametralladora noctámbula” redactada por Álvaro de Laiglesia.

Sirven estos ejemplos como muestra de esta literatura patriótica belicista. Por otro lado, empiezan a publicarse de la mano de Tono las historietas de humor gráfico “Tonerías” y el “Noticiario Movietono”. Dentro de esta tendencia hacia lo literario, se encuentra una de las series más representativas de la revista: “El teatro de *La ametralladora*”, cuya primera entrega aparece en el número 63 de fecha del 10 de abril de 1938.

Melquiades Prieto y Julián Moreiro en su artículo “Biografía de un pájaro revoltoso (1941-1978)”, al estudiar la relación de Miguel de Mihura con *La Codorniz*, afirman con respecto a *La ametralladora*: “En sus manos se transformó en una publicación de humor revolucionario: no es la anécdota ni la intención política la que desencadena la gracia; es la dislocada asociación de imágenes con nuevos contenidos; son relatos incoherentes que buscan y encuentran relaciones chocantes, o escenas comunes que, con sutiles transformaciones, adquieren significados absurdos e incomprensibles. En los dos años que duró la aventura de *La ametralladora* está el origen del estilo codornicesco: por sus modos y por sus intérpretes”¹⁰². Síntesis perfecta de lo que fue *La ametralladora* es su última y decisiva etapa donostiarra. Al mismo tiempo, reconocimiento expreso de la gran deuda que mantiene la revista *La Codorniz* hacia su predecesora *La ametralladora*.

La aventura de *La ametralladora* acabó el 14 de mayo de 1939, siendo el número ciento diecinueve la última aparición de la revista en el mercado. La revista *La ametralladora* fue el exponente más inteligente del humor del nacional-catolicismo durante la época de la Guerra Civil. En torno a las páginas de esta revista se reunió un grupo de colaboradores que marcaría pautas indiscutibles en la historia del humor, del periodismo y de la cultura de décadas posteriores.

V.-4.-2.- Tebeos de ideas

Los tebeos de ideas comprenden todas aquellas publicaciones infantiles, en las que la aventura y la ideología corren parejas. El adoctrinamiento a través de las historietas es claro e inequívoco. Los héroes en su acción hacen alarde de unos valores análogos a los presentados por el pensamiento oficial. Estos personajes en medio de acciones más o menos históricas o realistas funcionan como símbolo y expresión de la ideología del

¹⁰² *La Codorniz. Antología (1941-1979)*, Madrid, Ediciones Edaf, 1998, p. 13.

nacional-catolicismo. Sin embargo, estas historietas se alejan del ambiente bélico de la Guerra Civil para desarrollar la acción en otros escenarios y en otros tiempos, que, de alguna manera, representan los tópicos de la España presente. Frente a los tebeos patrióticos de guerra que carecían de un argumento único y en los que la prosa tenía una presencia importante, a principios de la década de los cuarenta se imponen cuadernillos de viñetas con un argumento protagonizado por personajes únicos. Fueron, por lo general, historietas de gran aceptación popular y de calidad gráfica muy desigual. Entre éstas, hay que destacar las historias de *Roberto Alcázar y Pedrín* y la de *El guerrero del antifaz*. Fueron las dos historietas dentro del apartado de los tebeos de ideas que mayor aceptación tuvieron entre el lector juvenil por representar de manera más fiel sus gustos y sus ideales.

El problema más serio para poder encuadrar estos títulos en este apartado es la ausencia o la presencia de ideología, por lo menos consciente y voluntaria, en sus creadores. Para ciertos críticos, estos personajes no protagonizan la línea oficial del adoctrinamiento, sino el reflejo de una sociedad caracterizada por unos valores dominantes. Si se toma esta segunda acepción, hay que afirmar que los guionistas y dibujantes de las historietas ofrecen de manera perfecta la ideología de una sociedad dada y creada ideológicamente desde el poder. Sin quererlo, se convirtieron en ideólogos del sistema y sus historietas en referentes del pensamiento oficial. “La exaltación de valores militares, autoritarios y religiosos que se hayan presentes en la colección es un producto directo e inevitable de la mentalidad imperante y como tal –y no como propaganda fascista, como tan burdamente se ha sugerido a veces- es como debe interpretarse” (A. y P. Porcel, pp. 89-90). A todas luces, no es válida esta reflexión. La pregunta debe ser otra: ¿qué ideas y qué normas de conducta se ofrecían a los jóvenes lectores a través de estas historietas? Aquí se halla la clave del dilema. Seguro que la respuesta a partir de los datos que ofrecen estas historias revela un sentido muy distinto.

Existe otro problema importante en torno a la lectura e interpretación de estos tebeos de aventuras con una carga ideológica indiscutible. El lector actual, a la hora de leer y analizar la figura y la acción de los personajes, tiene que tener muy presente los condicionamientos de época y las líneas culturales dominantes en ese tiempo. Los críticos actuales en sus estudios se basan mucho en elucubraciones semánticas, muchas de ellas de gran pertinencia, pero que poco o nada tienen que ver con el hecho receptivo

que sobre el personaje se daba en las décadas de los cuarenta y cincuenta en el lector real. Son lecturas muy válidas como planteamientos de crítica semiológica, pero muy desafortunados como exponentes de la realidad sociológica de recepción. La primera consideración, aspecto ya visto en capítulos anteriores, es que una vez marcada la línea ideológica que presenta el personaje de la historieta, ésta queda fijada en la mente de los lectores de manera inamovible. Para el lector normal, por muchas variantes que pudiera ofrecer la historia de *El Guerrero del Antifaz*, la visión y la valoración que tenía se reducía a la imagen que se había ofrecido en la primera historieta seriada. Fijado el retrato, éste permanecía inalterable a lo largo del tiempo. Por eso, lo lógico es estudiar la semántica profunda del primer y auténtico guerrero enmascarado.

Un nuevo punto que hay que tener en cuenta es la topicidad de los temas tratados. El lector infantil no se percataba de exquisiteces semánticas o de veracidades históricas, sino de tópicos culturales aceptados como verdaderos a causa de la persistencia de su presentación. Los anacronismos históricos y las incongruencias temáticas eran fenómenos normales en este tipo de historietas que se alargaban durante años. Como se comentaba a la hora de analizar la cultura del nacional-catolicismo, lo que valía por su efecto doctrinal eran unas pocas ideas machaconamente presentadas. Son éstas las premisas que hay considerar para una correcta lectura sociológica de las historietas infantiles.

El héroe de estas historietas responde inequívocamente a la típica iconografía del personaje joven, alto, musculoso, bien proporcionado y físicamente atractivo, con una acción física basada en la fuerza y en la astucia¹⁰³. Los resultados finales se basan en gran medida en el manejo de las armas y de los puños. Es siempre un héroe intrépido, valiente, arrojado, en lucha permanente con las fuerzas del mal. Aunque pasen por trances muy difíciles y estén constantemente en situaciones límite, siempre salen vencedores en la lucha. Son héroes física y moralmente superiores a sus enemigos. Por eso, el éxito les acompaña en todas sus empresas. Con frecuencia, visten uniformes emblemáticos, que los diferencia de los demás y les imprime una personalidad inconfundible. Esta tipología de héroe responde casualmente a la iconografía del personaje falangista. Véase y compárese estos personajes con los que presentan, por

¹⁰³ Véase al respecto la obra de Luis Gasca y Román Gubert: *El diseño del cómic*. Especialmente el apartado dedicado al héroe (p. 62).

ejemplo, los dibujos y portadas de los conocidos ilustradores falangistas como Carlos Sáenz de Tejada, Teodoro Delgado, José Caballero, Cobos, Haffner, etc. Las analogías son sorprendentes. Por esto y por otras razones, me inclino a pensar que no había nada inocuo o intrascendente en la política de los tebeos. El calado semántico de estas publicaciones estaba perfectamente estudiado y establecido.

Roberto Alcázar y Pedrín.- Fue uno de los tebeos que tuvo más larga vida. Apareció en 1940 y desapareció en 1976. Transcurrió su vida editorial a lo largo de todo el periodo franquista. Su creador fue el dibujante Eduardo Vañó Pastor, secundado por Juan Puerto, primer guionista, y “José Jordán Jover, un represaliado político que enviaba sus guiones desde la cárcel” (Andrés Porcel y Pedro Porcel, p. 63). Esta serie llegó a publicar 1.219 números, lo que la hace ser una de las series más longevas de la historia del tebeo español. Contó desde un principio con el favor de un público incondicional que buscaba en esas aventuras un rato de distracción¹⁰⁴ y recibía además de entretenimiento una fuerte carga de adoctrinamiento.

De una publicación tan longeva, más treinta y cinco años de existencia, es difícil, propiamente imposible, poder ofrecer una valoración única. Aunque la forma y el contenido de la historieta evolucionan poco, su significado en el contexto histórico cambia de manera perceptible. La semántica de *Roberto Alcázar y Pedrín* es muy diferente desde el punto de vista de un lector de la década de los cuarenta a otro lector de décadas futuras. La historieta nace en tiempos de paroxismo patriótico y fuerte clima religioso y desaparece con la descomposición de la dictadura. Por eso, es un tebeo de gran complejidad significativa a pesar de la sencillez y topicidad de sus formas gráficas y de sus guiones.

En primer lugar, es la historieta que ha creado más polémica a lo largo de la historia del tebeo español. Incluso, en la actualidad, sigue vigente el debate. ¿Las características gráficas y temáticas que subyacen en esta historieta son fruto de la casualidad o son propuestas conscientes y voluntarias de sus autores? Parte de la controversia se ha señalado en la presentación de este mismo apartado. ¿Qué puede indicar el apellido

¹⁰⁴ Según Jesús Cuadrado, el tebeo de *Roberto Alcázar y Pedrín* alcanzó tiradas asombrosas de unos 500.000 ejemplares (2000, p. 1081), que, según el sistema de lectura, podían sobrepasar con creces los varios millones de lectores.

“Alcázar” del protagonista? Es un apellido bastante normal en la población española, pero es un apellido lleno de connotaciones simbólicas, especialmente en 1940. A nadie, si exceptuamos a los niños, auténticos receptores de este tipo de repeticiones, podía pasar por alto la identificación del nombre del héroe con la gesta histórica del coronel Moscardó. ¿Heroísmo por heroísmo? Por lo menos, el lenguaje subliminal estaba muy presente, fueran conscientes o no de esta realidad sus propios autores. ¿La semejanza entre la figura de Roberto Alcázar y la figura, especialmente el rostro, de José Antonio Primo de Rivera, hecho indiscutible por muy tópica y común que ésta fuera, fue fruto del azar o de la voluntad de su autor? Su misma edad, el mismo o muy parecido rostro, un mismo culto por las formas externas del vestido y por la educación-urbanidad social, pelo engominado, alta cultura, pertenencia a una clase social alta, etc., hacen dudar, por el cúmulo de casualidades, de la eventualidad de la semejanza entre el héroe de papel y el personaje histórico. En estos casos, no importa tanto la voluntariedad o no del autor, como los posibles resultados en la conciencia de los niños. En 1940, cuando las figuras de Franco y de José Antonio, eran casi omnipresentes en la vida de los españoles, muy especialmente en los textos y en muchas de las publicaciones infantiles, es muy cuestionable no percibir la identificación de ambos planos. Si se descontextualiza la figura y la acción del personaje Roberto Alcázar cabe afirmar la independencia total entre historia y ficción, pero si se estudia la historieta en su contexto, especialmente en sus orígenes, es casi imposible no remarcar dicha semejanza y, por lo tanto, poder negar la intención ideológica de la historieta.

Por otro lado, están los valores morales y cívicos que presenta el personaje. Como se decía al inicio de este apartado, nadie puede dudar, mucho menos negar, de la españolidad y de la religiosidad del personaje, aunque se demuestre más patriota que religioso. Es un caballero con un alto sentimiento cívico que le lleva a usar de la violencia en su lucha contra el mal. La violencia es algo constitutivo de estas historietas. No importan los medios, si con ellos se consiguen fines moralmente buenos. Todo se legitima en nombre del bien y de la justicia, incluso los miles y miles de muertos que forman parte de la acción de estos personajes. Otro elemento destacable en esta historieta es el contexto masculino dominante. Un mundo de juventud y de acción que se identifica con el ideal falangista, tal como lo demuestra su simbología. La figura de nuestro héroe hace recordar los dibujos patrióticos de Aróstegui, Sáenz de Tejada o Serra Massana. Pienso que no es necesario profundizar en el tema para percibir el

paralelismo total entre los valores morales de la historieta y los principios rectores del nacional-catolicismo y del falangismo. La historieta refleja el mundo de valores y de ideales de la clase dominante en la que nace. Desde este punto de vista, *Roberto Alcázar* y *Pedrín* fue un tebeo con una indiscutible función adoctrinadora.

Si como afirman Andrés Porcel y Pedro Porcel, la historieta de Roberto Alcázar es simple “reflejo de esa forma de pensar que empapa la cotidianeidad, y en ningún caso de un ejemplo propuesto por los autores con el objeto de adoctrinar ideológicamente al lector” limitándose los autores “a traspasar al papel los valores morales y de sentimientos imperantes en aquellos momentos y a los que entonces [era] muy difícil sustraerse” (p. 62), cabría decir que los verdaderos adoctrinados fueron Vañó y colaboradores y que, involuntariamente, con sus historias de papel sirvieron para presentar e imponer la ideología oficial dominante. De una u otra forma, *Roberto Alcázar* y *Pedrín* fue expresión indiscutible de un tebeo de ideas con una clara finalidad ideológica.

Otro tema de controversia fue su posible homosexualidad o bien, sin llegar a este punto, la existencia de unas relaciones un tanto confusas del protagonista Roberto con su joven compañero de aventuras Crispín. Frente a los planteamientos anteriores que dejan una duda muy seria en el lector, en el caso de la condición sexual del personaje es un punto que no se puede deducir de la historieta. Es un planteamiento al margen del texto y de la acción de nuestros personajes. Muy en la línea del pensamiento de la época, se oculta todo rastro de sexualidad. Hay que esperar propiamente hasta la década de los cincuenta, *Florita* en especial (1949-1960), para que empezaran a darse no acciones de este tipo sino figuras sexuadas. En las historietas de Roberto Alcázar no hay homosexualidad ni heterosexualidad, simplemente porque no existe sexualidad. Por otro lado, querer ver en las relaciones de una persona ya hecha con un jovencito casi adolescente hechos extraños o dudosos, es simplemente no conocer o no tomar en cuenta la realidad española de la época. Este tipo de vínculos no era nada extraño ni en el mundo de los tebeos ni en el mundo de la realidad social española. La escuela propiciaba estas relaciones como también la existencia de “flechas” y “pelayos” legitimaba la acción educadora y protectora de la persona mayor hacia los jóvenes educandos. Es ésta una controversia sin sentido fuera de toda lógica textual y contextual.

Roberto Alcázar y Pedrín es una aventura de protagonismo compartido, entre dos héroes de edades diferentes y de extracción social distinta. Ambos personajes se unen para luchar contra el crimen en un escenario múltiple que nos lleva a los lugares más distantes y exóticos del planeta. Son dos paladines del bien de origen español que imponen a base de puñetazos y de tiros la justicia allí donde reine la tiranía y la maldad. Son representación de los clásicos caballeros andantes, quienes después de mil aventuras, en la que corren verdaderos peligros, siempre salen victoriosos.

Roberto Alcázar es un hombre joven que ronda los treinta años, perteneciente a una clase social alta. Cabría decir que manifiesta en su conducta maneras aristocráticas. Aunque en el primer número se presenta al personaje camino a Argentina para recibir una herencia, sus modales y su forma de vestir nos informan de su pertenencia a una clase social alta. Viste de manera impecable de traje y corbata, según la moda de los treinta y cuarenta. Con el cabello engominado, no se despeina ni en las acciones más violentas. No presenta ni vacilaciones emotivas ni dudas morales. Es un estereotipo, un personaje plano, carente de psicología profunda. Nunca se preocupa de cuestiones materiales. Su obsesión es implantar el bien y la justicia. Vive en un mundo de altos ideales, en los que sorprendentemente está ausente el tema del amor. Roberto es un solterón por naturaleza. No se le conocen amores ni novias. Vive la mística de la violencia, en la que la fuerza física y la astucia funcionan como valores máximos. Se enfrenta a lo largo de sus muchos años de existencia con mil y un malvados, saliendo victorioso de todos los lances. Es prototipo del héroe vencedor. Desde el primer número, Roberto aparece como periodista e “intrépido aventurero español” y algo más tarde como “audaz detective español”, convirtiéndose en colaborador y agente de las más importantes agencias de seguridad internacional del mundo occidental.

Pedrín Fernández, de extracción social baja, se encuentra casualmente con Roberto Alcázar en el barco que le lleva a Argentina con el objeto de cobrar una herencia. Pedrín viajaba como polizón. Es un huérfano de confuso pasado. Es un pícaro hecho en la universidad de la calle en la lucha permanente por la supervivencia. Sólo así se explicaría su forma de ser y su manera de actuar. Es un joven-niño de edad un tanto indefinida. Inicialmente es un jovencuelo de unos doce años, después pasa a los catorce y más tarde asume una edad un tanto madura pero en los espacios de la juventud, unos

dieciocho años. La edad evoluciona al compás de sus pantalones: inicialmente cortos, después pantalones bombachos para terminar con largos. Era una adecuación impuesta por pura lógica interna de las aventuras. ¿Por pícaro que fuera, cómo iba a salir victorioso con sus doce o trece años en una pelea a puños con soberbios mocetones? Es el contrapunto a Roberto Alcázar. Su papel en la historieta es fundamental. Buena parte de su éxito y de su larga vida se debe a este contraste de personalidades, en la que destaca de manera muy especial el joven Pedrín con su impertinencia y con su gracejo. Sus expresiones se hicieron famosas. El acervo lingüístico de los españoles de las décadas de los cuarenta y de los cincuenta se llenaron de expresiones de Pedrín: “¡Ostras, Pedrín!”, “¡Toma jarabe de palo!”, “¡Ahí va esta peladilla!”, “¡Cáspita!”, etc. Los lectores esperaban con impaciente las expresiones castizas y un tanto barriobajeras de Pedrín para solazarse y reír a carcajadas. Es ésta una anécdota personal compartida con miles y miles de españoles de mi generación, lectores empedernidos de estas historietas. Pedrín acepta sin rebeldía, salvo en contadas ocasiones y en historietas muy tardías, las decisiones y opiniones de Roberto. El principio de obediencia ciega a la jerarquía está muy presente en estos tebeos. Forma con Roberto la pareja invencible que supera todas las pruebas y sale victoriosa en todos los trances.

Entre Roberto y Pedrín se creaban dos líneas diferentes de ver el mundo y de actuar en el mundo. No sólo conformaban un claro contrapunto de origen, cultura, formas de ser y de conducta, era también una especie de oposición en la dinámica de la propia aventura. La acción de Pedrín funcionaba con alta frecuencia como una forma de relajación en momentos de mayor tensión. De esta manera, la historieta se organizaba en una especie de circuito temático, en el que a momentos de gran suspense le seguían anécdotas de distensión y laxitud hasta la conclusión del caso. Como afirma Antonio Altarriba: “El hecho de que la tensión de la intriga desembocara en chiste, que la crispación de los combates se combinara con una locuacidad divertida, constituía un resorte de gran eficacia entre los lectores” (p. 248).

Roberto Alcázar y Pedrín ejemplifica a la perfección el planteamiento maniqueísta del bien contra el mal. La estructura del tebeo no permitía sutilezas psicológicas o complejidades temáticas. En las dieciséis páginas de doble línea de viñetas con tres o cuatro cuadros por línea sólo permitía la presentación de un problema, el desarrollo con un grado fuerte de incertidumbre por la suerte de nuestros personajes y, finalmente, la

resolución del caso con el éxito indiscutible de Roberto y Pedrín. Los guiones son reiterativos de un esquematismo extremo. Siempre se presentaba la lucha del bien y del mal, sin posiciones intermedias ni explicaciones temáticas. Roberto y Pedrín, representantes del bien, salían siempre victoriosos, simbolizando el triunfo de la verdad y de la justicia sobre la falsedad y el mal. La vía para el triunfo es la violencia sin sopesar nunca las consecuencias o el número y la intensidad de este comportamiento agresivo. La consecución del bien justifica todos los comportamientos. El héroe que busca el orden y la armonía social puede utilizar cualquier medio o método, sin entrar en consideraciones morales, para el logro de ese sagrado fin. Roberto y Pedrín representan el espíritu de la violencia límite en su intento para imponer el orden y el bien en un mundo dominado por fuerzas oscuras y malvadas¹⁰⁵.

Como han manifestado todos los estudiosos de las aventuras de Roberto y Pedrín, los guiones de las historietas eran muy simples, reiterativos y planos. Al mismo tiempo, el diseño gráfico del dibujo es un tanto elemental. Es un dibujo plano, sin perspectiva y muy lineal. Se fija en los personajes y en los primeros planos. Los fondos quedan desatendidos y muy difuminados. Es un diseño bastante ingenuo y muy reiterativo. Pero al lector, estas carencias, impuestas entre otras cosas por la prisa y por la falta de tiempo, no le importaban mucho. Buscaban en estas historietas los mamporros sin fin de los personajes, los chistes y gracias de Pedrín, y la victoria de los héroes frente a un mundo depravado lleno de perversos enemigos.

El Guerrero del Antifaz.- En 1944, cuatro años posterior a *Roberto Alcázar y Pedrín*, la Editorial Valenciana publicaba el primer número de una nueva historieta que haría furor entre los jóvenes lectores: *El Guerrero del Antifaz*. Su creador, Manuel Gago García, inspirado en la novela de Rafael Pérez y Pérez *Los cien caballeros de Isabel la Católica* (1934), creaba uno de los grandes héroes del tebeo español de las décadas de los cuarenta y cincuenta. La historieta se mantuvo vigente hasta 1966, siendo el cuadernillo 668 el último de esta saga de luchas civiles entre cristianos y árabes. Después de algunos años de silencio, en 1972 volvió a aparecer. La nueva etapa se prolongó hasta 1980, año de la muerte de su creador. Conoció varias reediciones, pero el tiempo del guerrero enmascarado había pasado y los lectores de las historietas las veían más como

¹⁰⁵ Este es otro punto que nos induce a pensar en el carácter ideológico de estas publicaciones.

razón de culto o recuerdo que como entretenimiento. Los compradores habituales eran preferentemente los cuarentones y cincuentones que en décadas anteriores habían sido los lectores ideales y reales de estas historietas.

La acción de *El Guerrero del Antifaz* se ubica en la España de los Reyes Católicos, en los últimos años de la Reconquista. No se puede obviar ni el momento ni las circunstancias historiadas de la serie. Representa uno de los motivos sagrados del nacional-catolicismo, expresión inequívoca de los valores más genuinos de la “España Sagrada”: unidad política, unidad racial, unidad religiosa, autoridad y jerarquía, grandeza nacional, imperio, etc. ¿Se puede pedir más? Esta historieta se suma a las publicaciones que, de manera directa o subliminal, recreaban esta época y ensalzaban las figuras grandiosas de los Reyes Católicos, apuntalando en el presente los ideales sacros de ese pasado religioso, militarista e imperial.

El guerrero del Antifaz ofrece un guión mucho más atractivo y novedoso que los tebeos de su clase. Aunque la reiteración temática sea la constante, existe un encuadre de gran novedad, que posibilita un suspense argumental muy eficaz. Frente a la composición conclusiva de otros tebeos, como es el caso de *Roberto Alcázar y Pedrín*, la historia del embozado se organiza en largas entregas seriadas, cuya acción va progresando poco a poco sin llegar a un final definitivo, prolongado “sine fine” en el tiempo y en la acción.

Según narra el cuadernillo primero de la serie “Hace veinte años Alí-Kan, un jefezuelo árabe, en una de sus audaces correrías logró capturar a mi esposa, con la cual me había casado dos meses antes y la llevó a sus tierras encerrándola en su palacio...”. El conde Roca desconocía que su esposa estaba embarazada de dos meses. Al cabo de unos meses, nacía el hijo de los condes de Roca. Alí Kan pensó que el recién nacido era fruto de sus amores con su esposa cristiana, quien aceptó la situación “en atención al mejor trato que recibiría su hijo”. Éste, como era lógico, fue educado en la cultura árabe. Con el tiempo, a sus dieciocho años, tomó parte en la primera batalla contra sus enemigos los cristianos, distinguiéndose ya como un gran guerrero. Desde ese momento, se convirtió en un auténtico paladín de la causa árabe. Esta conducta enorgullecía a su padre, mientras entristecía a su madre. Después de una de sus triunfantes correrías, su madre le reveló toda la verdad sobre su origen y su condición. Como consecuencia de esta revelación, escuchada también por Alí-Kan, nació un odio extremo entre ambos

personajes, entre el supuesto padre y el joven guerrero. En medio de una fuerte reyerta, la madre se interpuso entre ambos combatientes, recibiendo un golpe mortal. El joven tuvo que huir de la corte de su padre adoptivo y marchó a tierras de cristianos para encontrar a su auténtico progenitor. Éste no le reconoció. Huido de su familia original y rechazado por su grupo familiar, no tenía otra salida que la guerra. Autodenominándose “el león cristiano” y reconvirtiéndose en “servidor de la cruz y de los reyes” se unió a la causa cristiana a favor de la política de los Reyes Católicos. Iniciaba así su guerra particular frente a sus antiguos compañeros de armas y de religión. Repudiado por todos y con el remordimiento de su anterior proceder, ocultó el rostro con un antifaz para cubrir su identidad. De ahí el nombre de guerrero del antifaz.

Este guerrero, que ocultaba tras un disfraz su personalidad para no ser reconocido por sus antiguos compañeros, -su identidad era conocida para el lector desde el primer cuadernillo-, inició, junto a la lucha a favor de la catolicidad, su verdadera guerra particular: la rehabilitación de su nombre y de su condición social. Le urgía esta conquista para dar salida feliz a su sentimiento hacia Ana María, hija del Conde de Torres. El plan del Guerrero del Antifaz era claro: proclamar su identidad y vencer a su enemigo. Según sus propias palabras, “le cogeré prisionero, y le obligaré a que hable. Después, él y yo nos batiremos a muerte”. Necesitaba la confesión de su padastro para reivindicar su condición y recuperar su verdadero nombre. Con estos preámbulos se iniciaba la larga e interminable historia del Guerrero del Antifaz, que termina, en el cuadernillo 362 (1958), tras catorce años ininterrumpidos de impresión, con “la rehabilitación del héroe por los Reyes Católicos y su boda con la condesa de Torres, su novia eterna. El Guerrero se integra así en su estatus natural, la aristocracia, como recompensa a la fidelidad y respeto ciegos que siempre ha mostrado a toda jerarquía” (A. y P. Porcel, p. 89).

La historia del héroe enmascarado quedaba cerrada con un final feliz. Sin embargo, debido al éxito comercial y social de la historieta, se decidió su continuación. Como se suele decir, nunca segundas partes fueron buenas. Aquí sucede algo parecido. Hubo segundas partes y hasta terceras, pero se había perdido el verdadero sentido de la historieta. Los números se hicieron reiterativos. Se perdió el encanto del problema personal, aunque siguieran vigentes los raptos, los enfrentamientos y el suspense temático. El uso del disfraz dejaba de tener sentido, ya que a partir de su reconocimiento

oficial era un héroe rehabilitado y admirado. Como afirma Antonio Altamira, “la serie se prolongó mucho más allá de lo que la intriga básica permitía y, salvo la excepción de algunos episodios, la última parte se resiente tanto por la escasa justificación de algunas actuaciones como por la repetición de recursos narrativos” (p. 251). Incluso, el propio Manuel Gago volvió a relanzar la historia del guerrero enmascarado en 1978 bajo el título de *Nuevas historias del Guerrero del Antifaz* con un éxito dudoso y con una temporalidad más bien corta, ya que en 1980, con la muerte del autor, dejaban de aparecer las aventuras del héroe. El tiempo de *El Guerrero del Antifaz* había pasado.

La historia de *El Guerrero del Antifaz* es una especie de tragedia personal en medio de un acontecer histórico de trasfondo político-religioso. El rapto de la madre antes del nacimiento del héroe rompe la lógica personal, ya que el hijo legítimo del conde de Roca es un ser con sangre cristiana y castellana, educado en la cultura árabe. La muerte de la madre a manos de su pretendido padre despierta las iras del héroe y le lleva a experimentar una fuerte metamorfosis emocional. Descubre su verdadera identidad como individuo y como héroe. Desde la conversión del héroe al cristianismo y a la españolidad, lucha contra sus enemigos naturales para rehabilitar su nombre y recuperar su verdadera condición social. La historia del joven conde de Roca se ubica temporalmente en la época de los Reyes Católicos, y son éstos precisamente, como justicia suprema, los que rehabilitan al personaje. Pero como se decía en párrafos anteriores, la rehabilitación del héroe no se adquiere sólo por derecho, que hay que tenerlo, sino que hay que ganarla con la integridad moral y con la entrega heroica. Si *El Guerrero del Antifaz* llega a ser reconocido como auténtico conde de Roca es gracias al veredicto de la justicia suprema considerando su conducta y su condición. La historia termina con el “happy end” en el que los protagonistas unen sus vidas sacramentalmente, simbolizando la superación de todos los problemas personales, sociales, religiosos y jurídicos. Desde este punto de vista, la historia del guerrero es la crónica interminable pero real de la integración del personaje en la sociedad que representa la verdad y el bien, la sociedad cristiana de los Reyes católicos.

Si los hechos narrados hubieran tenido lugar en un tiempo cualquiera de la Reconquista, habrían presentado un sentido muy distinto al que la historia ofrece. La época de los Reyes Católicos era expresión inequívoca de una filosofía política. Este punto es fácil de entender. La semántica de la historia habría sido muy otra si el centro de las

aventuras hubieran acaecido en tiempos del gobierno de Jaime I de Aragón, gran paladín cristiano en la lucha contra los árabes. Pero Jaime I no decía nada o decía muy poco al niño lector. Todo lo contrario sucedía con los Reyes Católicos, que eran figuras obligadas en la educación infantil con una simbología política muy concreta. El niño lector revivía con las historias del paladín cristiano todas las lecciones de historia que había recibido en el colegio.

Desde la perspectiva que nos ocupa, la psicología del personaje era también altamente demostrativa. *El Guerrero del Antifaz* encarna uno de los tópicos más manidos de la cultura del nacional-catolicismo. El principio de identidad entre religiosidad y patriotismo, entre origen y condición. Por educación y por costumbres, el personaje revela una personalidad árabe y enemiga; por origen es español y cristiano. Mientras vive en el desconocimiento de su origen, el Guerrero es un valiente y victorioso guerrero árabe que lucha por Alá contra los cristianos. Sin embargo, cuando toma conciencia de su realidad personal experimenta una metamorfosis espiritual tan grande, que al instante se convierte en el mejor y más heroico defensor de la españolidad y de la cruz. Es la misma persona, pero las motivaciones y los ideales han cambiado. Como atinadamente deduce Antonio Altarriba: “Se diría que en las raíces del héroe se encuentra una pervivencia genética, una milagrosa resistencia a asumir los principios de una educación que, nada más producirse la revelación sobre los verdaderos orígenes, es relegada a la herejía. Ante la llamada de la sangre, de nada sirve la impregnación cultural y los cariños adoptivos” (p. 256). Un noble cristiano de sangre no puede ser conscientemente malvado. El mal se identifica con el desconocimiento. Pero, por otra parte, ¿cómo un enemigo, un hereje árabe por noble que sea, puede representar los nobles valores de la caballería, el heroísmo, la religiosidad, etc.? Solamente el cristiano posee la verdad y la representación de las virtudes cristianas. La razón de la sangre se impone y con ella la verdad. Ahora, como guerrero cristiano y español, puede ser y representar los valores de la nobleza y de la fidelidad. La máxima ideológica es inapelable: el buen español tiene que ser buen cristiano así como todo buen cristiano tiene que ser buen español.¹⁰⁶ Como tales, excelentes patriotas y hombres de fe, encarnarán los valores genuinos de la raza y de la religión.

¹⁰⁶ Es la misma tesis que encontramos en otras manifestaciones culturales de la época. Recuerde el lector la película *Raza* de José Luis Sáenz de Heredia (1942) o bien la obra dramática *Murió hace quince años* de José Antonio Jiménez Arnau (1952).

El principio de la identidad de la condición natural con la naturaleza de conducta nos conduce irremisiblemente a la cuestión del maniqueísmo. En esta historieta, como en todas las manifestaciones de la cultura del nacional-catolicismo, se reducen tópicamente los problemas a un enfrentamiento entre buenos y malos. A partir de la conversión del guerrero, primer número de la historia, los cristianos, ejemplificados en la figura de nuestro héroe, representan todas las virtudes; los árabes, a su vez, ejemplifican todos los vicios. Los valores positivos se encuentran con los cristianos y todos los valores negativos están encarnados por los árabes. La moraleja final es nuevamente inequívoca. La maldad ideológica conlleva la perversidad moral y la rectitud ideológica implica categóricamente la bondad moral. A partir de estos postulados, las conclusiones son fáciles de deducir: hay que ser y hay que actuar como buen cristiano y como buen español.

Cabe dar un paso adelante en la ideología subyacente de esta historieta. En la confrontación maniqueísta entre el bien y el mal, cualquier medio es legítimo si con él se persigue la destrucción de las fuerzas del mal junto a la implantación de las leyes del bien. Como sucede en la gran mayoría de documentos de la época, tanto políticos como de divertimento, la violencia es el recurso más operativo para el logro de este fin. *El Guerrero del Antifaz* demuestra su condición y su origen a través de la violencia. Incluso, conductas de un ensañamiento límite, protagonizadas por nuestro héroe, quedaban plenamente legitimadas porque a través de ellas buscaba el bien y la verdad, la solución de sus problemas. Pero, el problema no se reducía a una situación de pura violencia para la búsqueda del éxito de la empresa. El héroe tenía que buscar y destruir al enemigo para imponer la verdad. La auténtica obsesión del guerrero cristiano es capturar vivo a su padre adoptivo para que cuente la verdad y, después de conocida ésta, matarle. No existe una agresividad más fría y calculada, pero era una violencia necesaria para la solución del problema. La historieta de *El Guerrero del Antifaz*, como la misma filosofía de la Guerra Civil, justificaba la violencia más extrema para alcanzar el éxito de los objetivos. Los niños no relacionaban la acción del guerrero enmascarado con la Guerra Civil, pero sí vivían emocionalmente la necesidad de la destrucción del mal y de la mentira a través de cualquier medio.

Todos los ingredientes de la historia de nuestro personaje, independientemente de la voluntad o de las afirmaciones del autor, revelan de forma diáfana la identificación plena entre la ideología de la historieta y los tópicos culturales del nacional-catolicismo. *El Guerrero del Antifaz* es un fiel ejemplo de los tebeos de ideas.

Al margen de los espacios receptivos de un lector infantil, el Guerrero presentaba otra clave semántica de gran importancia. Cabría ser denominada como la reinserción del enemigo. El Guerrero, cuando descubre su verdadera identidad se arrepiente de su condición pasada y asume su nueva personalidad. Abandona la religión de Alá y reniega de su naturaleza arábiga para abrazar el cristianismo y encuadrarse en las huestes de los españoles. Pero, como se decía, no basta con querer, es necesario demostrar. El Guerrero tiene que pasar una larga y dura prueba de limpieza, en la que debe demostrar su verdadero arrepentimiento y su íntegra identificación con los nuevos ideales para ser reconocido e integrado a la nueva familia o grupo. Adolfo Moncada deja de ser *El Guerrero del Antifaz* y asume el título de conde de Roca, cuando ha superado la prueba y ésta es aceptada y reconocida por la autoridad, los Reyes Católicos. A partir de este momento, el Guerrero es un paladín español cristiano que puede acceder a los más altos rangos de la vida social, como, por ejemplo, su matrimonio con Ana María, hija del conde de Torres. La integración es plena y el reconocimiento es pleno. Aunque el estado primero del héroe en el error y en el pecado se debía al desconocimiento y no a la voluntad, para la sociedad cristiana no deja de ser un sujeto manchado y dudoso que tiene que reparar el mal ocasionado. La reinserción exige una etapa necesaria de prueba y superación. En 1943, cuando sale a luz la historieta de *El Guerrero del Antifaz*, según las cifras oficiales, existían en España casi 75.000 presos políticos. La política oficial de reinserción estaba en el momento más activo. Durante el año de 1942 hubo más de 50.000 reinsertados. La habilitación de estos presos republicanos, muchos de ellos enemigos o contrarios circunstanciales, tenían que pasar la prueba del reconocimiento social y político a través de ciertas verificaciones más o menos duras. Frente al error inicial se imponía la prueba de la vindicación¹⁰⁷. Pero, cuidado, por real y cierta que

¹⁰⁷ Andrés y Pedro Porcel, tan reacios a ver ideologías y adoctrinamientos en estas historietas, no tienen más remedio que aceptar esta tesis, cuando afirman: “*El Guerrero del Antifaz* conecta en esos catorce años con la sensibilidad de toda una época: su origen de antiguo luchador de un bando equivocado, al que fue llevado por el engaño, ¿no sugiere el deseo de cambio y arrepentimiento del que- sinceramente o no- hicieron gala en los años de posguerra tantos anteriores simpatizantes de los derrotados?” (p. 89).

pudiera ser esta tesis, ésta no era la lectura que podía hacer un niño de las historias del héroe enmascarado. Ésta es una posible lectura para adultos.

No es lógico afirmar que esta historieta representa los valores dominantes de la época sin voluntad de adoctrinamiento¹⁰⁸. Los tópicos de la españolidad, el sentimiento de fervorosa religiosidad hasta ser la cruz la representación del Guerrero, la conducta del heroísmo en lucha por la verdad y el bien, la violencia y el militarismo en la acción, la obediencia ciega a la jerarquía, el cumplimiento correcto de las normas oficiales para demostrar la caballeridad y la honradez del personaje, el papel protagonista de la autoridad, los distintos roles sociales del hombre y de la mujer, etc., no sólo representaban los valores tópicos de la sociedad del momento, sino que reforzaban esas ideas, reafirmando de manera evidente un adoctrinamiento evidente dirigido al lector infantil¹⁰⁹. Desde este punto de vista, muestro mi pleno acuerdo con las palabras de Luis Conde Martín, cuando afirma que Gago y sus guionistas crearon “una serie de historietas adaptadas a las exigencias de los niños españoles que vivían bajo el franquismo, cuya educación se ajustaba a unos patrones férreos y bien conocidos, marcados por el autoritarismo, la obediencia y la represión más absoluta. Consecuentemente su personaje aspiraba a convertirse en un prototipo de aquel modelo educativo, llevando por el mundo aquella forma de ser, tan española, en la que el bien y el mal estaban separados nítidamente, y donde, sin excepción, los buenos siempre ganaban a los malos” (pp. 233-34).

* * * *

Los tebeos fueron un medio en manos del régimen para imponer sus ideales y sus valores. Los tebeos de guerra como los tebeos de ideas representaban fielmente este espíritu. Los ideales oficiales calaban en el espíritu de los niños sin que éstos fueran conscientes de esta imposición propagandística. En este plano de reflexión, lo

¹⁰⁸ Éste es el punto de vista defendido por Andrés Porcel y Pedro Porcel en sus estudios tanto de *Roberto Alcázar y Pedrín* como de *El Guerrero del Antifaz* (Véase *Historia del Tebeo Valenciano*, Op. Cit., pp. 62 y 85-86 respectivamente). La representación de los valores dominantes era una forma muy operativa de jugar, dentro o fuera del equipo oficial, a la ideologización. El tebeo en general, y las historietas aquí analizadas en particular, sirvieron fielmente a la política del bombardeo de los eslóganes oficiales.

¹⁰⁹ Hay que tener muy presente que las historietas de estos personajes coincidían plenamente, como señala Jesús Cuadrado, con la “época de exaltación patriótica y religiosa de la Dictadura franquista” (*Diccionario de uso de la historieta española (1973-1996)*, p. 364).

importante no era la voluntad de los creadores de las historietas, sino la lección que los personajes de estos tebeos ofrecían a sus lectores infantiles. Analizadas las historias del cómic no cabe duda del papel que jugaron estos héroes de tinta y color. Los niños del franquismo vivían absorbidos por las historietas de estos héroes. La compra y el intercambio de los tebeos eran tareas importantes en las diversiones de estos lectores. Incluso, convertían en juegos lo que leían en las historietas. De esta manera, hacían suyos los principios que sus modelos ejemplares representaban y definían. Vivían y encarnaban sus ideas y sus valores sin sospechar que éstos eran los principios que imponía el sistema. El adoctrinamiento era perfecto por la eficacia del sistema propagandístico y por el éxito de los logros. El tebeo fue un medio más, pero un medio muy eficaz, de ideologización infantil.

V.-5.- Medios audiovisuales de comunicación I: cinematografía

El cinematógrafo fue desde sus inicios un arte de masas. Únicamente la tragedia griega en tiempos de Pericles, la comedia española en su llamado Siglo de Oro y el teatro isabelino inglés conocieron una manifestación de carácter cultural que reuniera en sus ámbitos de actuación a un espectador tan variopinto y universal. El público en general, sin distinción de edad, de clase social o de nivel cultural, acudía enfervorizado a vivir y a sufrir las historias de ficción que el nuevo arte le ofrecía. El cinematógrafo fue el medio de diversión por excelencia del pueblo. Fue un fenómeno universal y en la medida en que pasaba el tiempo la sintonía y la dependencia entre público y cinematógrafo se fueron haciendo cada vez más estrechas. El cine desde su nacimiento fue el arte de masas por excelencia.

Los gobiernos republicanos no vieron o no dieron importancia al cine como medio de comunicación de masas y contó aún menos como mecanismo de ideologización. Sólomente un filme, *Fermín Galán*, dirigida por Fernando Rodán en 1931, respondía de manera inequívoca a la ideología republicana. Pero un filme no hacía granero. En los años de política republicana el cine fue considerado como un arte y como una diversión y no como un medio de adoctrinamiento.

Los años de la República, 1931-1936, representaron un tiempo altamente singular en la historia del cine español con éxitos inenarrables en las pantallas. Los más significativos,

entre otros muchos, fueron *Don Quintín el amargado* (Luis Marquina, 1935), *Nobleza baturra* (Florián Rey, 1935), *La verbena de la Paloma* (Benito Perojo, 1935), *La hija de Juan Simón* (Nemesio M. Sobrevila, 1935), *Morena Clara* (Florián Rey, 1936), etc. Los grandes éxitos de la cinematografía española de la época y la aceptación plena de un público incondicionalmente entregado al séptimo arte hacen que la producción cinematográfica de estos años pueda ser considerada como la de la época áurea del cine español (R. Gubert 1995, p. 129)¹¹⁰.

Es curioso que un tiempo tan revuelto, de tensiones sociales y políticas tan extremas y de confrontaciones tan abiertas entre partidos e ideologías, propiciara un cine mayoritariamente de evasión y mínimamente de crítica¹¹¹. Este cine, poco crítico, basado fundamentalmente en la comedia musical, en el gracejo del sainete, en las estampas folclóricas, en las tensiones melodramáticas, en elementos folletinescos, etcétera, caló con tal fuerza en los gustos del público general que llegó a marginar sorprendentemente al cine norteamericano. Este dato revela el auténtico calado del cine español en el contexto social de la época. El cine presentaba las cualidades necesarias para, llegado el momento oportuno, convertirse en uno de los medios más eficaces y operativos de adoctrinamiento.

La sublevación militar de 1936 va a cambiar completamente este panorama un tanto bucólico del cine español. La aceptación masiva del cine y su capacidad comunicativa fueron tenidas muy en cuenta por ambos bandos a la hora de evaluar las posibilidades de ideologización de la población. Todo estaba preparado para dar este salto. Desde la perspectiva aquí tratada, cabe afirmar que con el nacional-catolicismo el cine se transforma en un mecanismo perfecto de atracción psicológica de alto rendimiento.

¹¹⁰ El éxito del cine como arte y como diversión se debió a dos compañías cinematográficas: *Cifesa* y *Filmófomo*, la primera de ellas de clara tendencia conservadora y la segunda de línea más abierta y liberal. Jóvenes cineastas de brillante futuro como Benito Perojo, Florián Rey, Sáenz de Heredia, Rafael Gil y, de manera muy especial, Luis Buñuel, entre otros, supieron elevar el cine a las cimas artísticas del género. En manos de estos directores, el cine “suponía la más acabada formulación de un género popular elaborado a partir de las aportaciones del sainete, el melodrama, la comedia satírica y el cine musical” (R. Gubert, 1995, p. 139). Era un cine que sintonizaba plenamente con los gustos y con las querencias del público espectador.

¹¹¹ La película más crítica fue el documental de Luis Buñuel *Tierra sin pan. Las Hurdes* (1932). Es obligado hablar en este contexto de la labor de las Misiones Pedagógicas por la España rural con una clara intención educativa. Para la República el cine no fue un instrumento de adoctrinamiento, pero sí de educación, aspecto que ennoblece la política educativa de la República.

V.-5.-1.- El cine como mecanismo de control y de adoctrinamiento

El Decreto nº 180 de 14 de enero de 1937 de la Secretaría del Estado dictaba la creación de la Delegación para Prensa y Propaganda con una inequívoca filosofía de guerra en la que sólo valía destruir al enemigo y reafirmar las posiciones propias. La prensa y la propaganda se convertían en armas de combate que debían responder a una estrategia de lucha perfectamente planificada. El Decreto mencionado afirmaba sin tapujos:

La gran influencia que en la vida de los pueblos tiene el empleo de la propaganda, en sus variadas manifestaciones, y el envenenamiento moral al que había llegado nuestra Nación, causado por las perniciosas campañas difusoras de doctrinas disolventes, llevados a cabo en los últimos años, ..., aconsejan reglamentar los medios de propaganda y difusión a fin de que se restablezca el imperio de la verdad, divulgando al mismo tiempo, la gran obra de reconstrucción nacional que el Nuevo Estado ha emprendido.

Frente a las campañas de “doctrinas disolventes” llevadas a cabo por los enemigos de la patria se imponía, según el decreto de la Secretaría del Estado, establecer la verdad que se debía identificar con la “gran obra de reconstrucción nacional que el Nuevo Estado ha emprendido”. Con esta filosofía se creaba la Delegación de Prensa y Propaganda, adscrita a la Secretaría General del Jefe del Estado (Artículo primero) con el fin “de dar a conocer, tanto en el extranjero como en toda España, el carácter del Movimiento Nacional, sus obras y sus posibilidades” (Artículo segundo). Para lograr los objetivos planteados “el Delegado tendrá atribuciones para orientar la prensa, coordinar el servicio de las estaciones de radio, señalar las normas a que ha de sujetarse la censura y, en general, dirigir toda la propaganda por medio del cine, radio, periódicos, folletos y conferencias” (Artículo tercero). Desde el mismo decreto de constitución de la Delegación de Prensa y Propaganda, el cine aparece como medio de comunicación que debe orientarse hacia la “propaganda” siempre sujeta a unas precisas normas que garantizaban los principios de adoctrinamiento y de censura.

El nuevo gobierno militar tenía muy claras las ideas. Las consideraciones de partida, aceptación popular y poder comunicativo, obligaban a tener un cuidado muy especial en el control de todos los resortes y de todos los medios de la producción cinematográfica para, a un mismo tiempo, potenciar la nueva ideología dominante y eliminar todas las manifestaciones doctrinales que no estuvieran en consonancia con los principios del nuevo gobierno. Como en todas las manifestaciones culturales y en todos los medios de comunicación, el cine-televisión-radio tenía que servir a la autoridad en sus dos variantes

de ideologización y de control¹¹². La Orden nº 158 del 21 de marzo de 1937 reafirmaba esta misma filosofía con una normativa un tanto general a partir de estas consideraciones de adoctrinamiento y de dirigismo. Estas consideraciones quedan claramente expuestas en su preámbulo, cuando afirma:

En la labor de regeneración de costumbres que se realiza por el nuevo Estado no puede desatenderse la que afecta a los espectáculos públicos, que tanta influencia tienen en la vida y costumbre de los pueblos, y siendo uno de los de mayor divulgación, sobre todo en los momentos presentes, el cinematográfico, exige la vigilancia precisa para que se desenvuelva dentro de las normas patrióticas, de cultura y de moralidad que en el mismo deben de imperar...

El cine¹¹³, según la doctrina del gobierno, tenía que servir como instrumento de regeneración de los usos y costumbres tal como propugnaba el nuevo Estado. El cine adquiriría un carácter marcadamente moralista y propagandístico. El gobierno veía con claridad meridiana las posibilidades comunicativas del cine y con auténtico fervor su capacidad propagandística, pero al mismo tiempo observaba con gran temor sus posibles desviaciones y supuestos peligros. El que fuera director de *Primer Acto* y *No-Do*, Manuel Augusto García Viñolas, afirmaba en su “Manifiesto a la cinematografía española” (*Primer Plano*, nº 1, 20 de octubre de 1940) que el cinematógrafo era “el más poderoso imperio mental que haya tenido el mundo”. A su vez, el periodista Bartolomé Mostaza sostenía en su artículo “El cine como propaganda” que el cine era la más peligrosa de todas las propagandas (*Primer Plano*, nº 10, 22 de diciembre de 1940). Por estas razones, el poder prestó una atención exquisita a todo lo que estuviera relacionado con el séptimo arte¹¹⁴. Este cuidado oficial ante las posibilidades comunicativas y propagandísticas que

¹¹² Las razones señaladas de aceptación social y de asistencia universal hacían del cine un arte con una altísima eficacia comunicativa. La amplitud informativa y la fuerza de comunicación del cinematógrafo convertían este arte en un medio ideal para imponer la ideología oficial, pero al mismo tiempo, por esas mismas razones, era necesario controlar su mecanismo de realización y todas sus emisiones para evitar presencias ideológicas no deseadas. El gobierno controló desde un primer momento y de manera altamente eficaz el funcionamiento y la difusión del denominado séptimo arte.

¹¹³ El principio de la influencia del cinematógrafo sobre el pueblo se repite en diversas ocasiones en la legislación franquista. El Ministerio del Interior en Orden de 2 de noviembre de 1938 declaraba abiertamente el poder comunicativo del cinematógrafo y los riesgos posibles que podía ofrecer:

Siendo innegable la gran influencia que el cinematógrafo tiene en la difusión del pensamiento y en la educación de las masas, es indispensable que el Estado lo vigile en todos los órganos en que haya riesgo de que se desvíe su misión.

¹¹⁴ Para el perfecto cumplimiento de este programa, como decía el artículo primero de la Orden de 21 de marzo de 1937, se creaba “con carácter nacional una Junta de Censura Cinematográfica en cada una de las provincias de Sevilla y Coruña” con “la misión de revisar o censurar todas las proyecciones o cintas cinematográficas que tenían entrada o se impresionaban en nuestra nación, expidiendo el correspondiente certificado de proyección”. Al mismo tiempo se organizaba un sistema punitivo para el caso de que no se cumpliera al pie de la letra lo dictado por la orden.

ofrecía el cine¹¹⁵ se manifestó en una legislación saturada de órdenes y preceptos, pero carente de concreciones normativas.

Durante la larga vida del franquismo, el cine dependió de diferentes ministerios y, dentro de éstos, de distintos departamentos estatales¹¹⁶. José Ibáñez Martín afirma en su obra memorialista *X años de servicios a la cultura española. 1939-1949*:

Ya en el año 1937 fueron creados diversos servicios oficiales, a los cuales se encomendó el desarrollo y vigilancia de las actividades cinematográficas de nuestro país. Dependientes dichos servicios, primero del Ministerio de Gobernación, y de la Vicesecretaría de Educación Popular después, no alcanzarán su pleno desarrollo y actividad hasta que, en el año 1945, en virtud del Decreto-Ley de 27 de julio y de la Ley de 31 de diciembre del mismo año fue creada en el Ministerio de Educación Nacional la Subsecretaría de Educación Popular (p. 765).

Entre 1945 a 1951 no acontece nada extraordinario en la política cultural y educativa como tampoco sucede nada sobresaliente en el capítulo de la cinematografía. La línea normativa del ministro de Educación José Ibáñez Martín sigue su curso sin novedades. Desde la Delegación Nacional de Cinematografía, adscrita a la Vicesecretaría de Educación Popular, se mantiene intacta y operativa la política oficial de control y adoctrinamiento¹¹⁷.

Por Decreto-Ley de 19 de julio de 1951 se creaba el Ministerio de Información y Turismo, dirigido por el ultracatólico Gabriel Arias Salgado, quien con anterioridad había ocupado los puestos de Vicesecretario de Educación Popular y Delegado Nacional de Prensa y

¹¹⁵ García Viñolas en su editorial de *Primer Plano* (24 de noviembre de 1940) bajo el título de “La censura cinematográfica” insiste en estas mismas ideas al afirmar que “No pasó inadvertida para éstos [los gobernantes] la importancia que el llamado séptimo arte tenía, no sólo como vehículo de propaganda eficaz, sino como elemento influyente en la sensibilidad de las masas”.

¹¹⁶ Para este apartado remito a los lectores al estudio de Teodoro González Ballesteros *Aspectos jurídicos de la censura cinematográfica en España* (Madrid, 1981). El autor ofrece un análisis objetivo y muy pormenorizado que permite al lector tener una idea cabal de la marcha de la censura cinematográfica. Igualmente, el lector puede encontrar en los “Anexos” las “Disposiciones más importantes promulgadas en España sobre censura cinematográfica” (pp. 348-508). Dos obras meritorias que analizan la evolución del cine en el tiempo y en las circunstancias políticas son los libros de Román Gubert *La censura. Función política y ordenamiento jurídico bajo el franquismo: 1936-1975* (Barcelona, 1981) y el de Doménech Font *Del azul al verde. El cine español durante el franquismo* (Barcelona, 1976).

¹¹⁷ Sólo existen dos hechos que rompen con la atonía del momento. En primer lugar hay que mencionar la creación de la Junta Superior de Orientación Cinematográfica (28 de junio de 1946), que, reorganizando y refundiendo la Junta Superior de Censura Cinematográfica y la Comisión Nacional de Censura Cinematográfica (Artículo primero), se constituye en el “órgano supremo de carácter consultivo en materia cinematográfica” (Artículo tercero, a). El segundo hecho digno de mención es la creación por parte de la Iglesia de una Oficina Nacional Clasificadora de Espectáculos (8 de marzo de 1950) que valoraba todas las películas según una numeración que iba del 1 al 4. Con el número 1 se calificaban las películas que a juicio de la Iglesia estaban autorizadas para todos los públicos; el número 2 asignaba las películas autorizadas para jóvenes; las del número 3 sólo estaban autorizadas para mayores de 18 años; recibían la numeración de 3-R aquellas películas cuya visión estaba destinada a mayores pero con reparos; las películas gravemente peligrosas recibían la numeración del 4.

Propaganda (1941-1946). El Ministerio de Información y Turismo asumió todas las competencias que hasta ese momento habían recaído en la Subsecretaría de Educación Popular del Ministerio de Educación. En 1952, se creó la Dirección General de Cinematografía y Teatro como igualmente el Instituto de Orientación Cinematográfica. José María García Escudero fue el responsable de esta nueva dirección. García Escudero despertó grandes y buenas expectativas en el cine español por su espíritu un tanto abierto, pero su estancia en la Dirección General fue muy breve, ya que a los diez meses fue destituido, como consecuencia de las fuertes polémicas que suscitaron dos películas poco dudosas en su origen para los intereses del régimen: *Surcos* del director falangista José Antonio Nieves Conde y *Alba de América* de Juan de Orduña, film de indiscutible sesgo nacionalista. Gabriel Arias Salgado estuvo al frente del ministerio durante once largos años, de 1951 hasta 1962. Su política, a pesar de las apariencias, cambia muy poco con relación a épocas anteriores. El problema con García Escudero lo viene a demostrar. En su gestión, se sigue clasificando y valorando las películas por sus contenidos morales, por la defensa de las buenas costumbres y por la apología de los intereses políticos y sociales.¹¹⁸

En el nuevo Gobierno de julio de 1962, la dirección del Ministerio de Información y Turismo pasó a manos de Manuel Fraga Iribarne. A pesar de las apariencias, con la anulación de la ley de censura previa (octubre de 1967), se observa una línea claramente continuista, en la que se sigue defendiendo la fuerte influencia del cine como espectáculo de masas, las posibilidades culturales e ideológicas del séptimo arte, la función educativa del cine dentro de la sociedad, el papel tutelar del Gobierno y la vigilancia estrecha para evitar que pudiera convertirse en un arte pernicioso para la sociedad. Como en la época de Gabriel Arias Salgado, con García Escudero nuevamente como Director General de Cinematografía, parece abrirse una puerta a la liberación cinematográfica con la filmación de películas como *Viridiana* de Buñuel, pero esta puerta se cierra inmediatamente. Son pequeños y breves espejismos en un panorama general de gran pobreza y de fuerte control.

¹¹⁸ Durante el gobierno de Arias Salgado, se creó dentro del Instituto de Orientación Cinematográfica la Junta de Clasificación y Censura de Películas Cinematográficas (21 de marzo de 1952). La Junta se subdividía en dos ramas: la Rama de Clasificación, cuya misión, entre otras, era evaluar todas las películas, tanto nacionales como extranjeras, “atendiendo a los valores técnicos, artísticos, comerciales y... financieros” para “establecer” la puntuación oportuna “como consecuencia de aquellos valores” (Art. 6-A-a-b); la Rama de Censura se encargaría de censurar “las películas nacionales y extranjeras en cuanto a su contenido moral, de buenas costumbres político y social” para “establecer” la “puntuación relativa a las cualidades que se señalaban en el apartado anterior”. La única pequeña licencia fue la permisividad de proyección de algunos filmes prohibidos por la censura en los recién creados cines-Clubs (11 de marzo de 1957).

El 9 de febrero de 1963 se publican las Normas de Censura Cinematográfica, que estarán vigentes hasta la nueva normativa aprobada en febrero de 1975. La normativa Fraga fue el ejemplo más inequívoco de la política de adoctrinamiento y dirigismo que debía presentar el cine y que se debía aplicar al cine. Es interesante y necesario reproducir los primeros párrafos del apartado “Normas de Censura Cinematográfica” de dicha ley para percibir con toda claridad lo que se podría denominar como “espíritu Fraga”. Dice así:

El cinematógrafo, por su carácter de espectáculo de masas, ejerce una extraordinaria influencia, no sólo como medio habitual de esparcimiento, sino como forma nueva y eficaz de promover la cultura en el seno de la sociedad moderna.

El Estado, por razón de su finalidad, tiene el deber de fomentar y proteger tan importante medio de comunicación social, al mismo tiempo que el de velar para que el cine cumpla su verdadero cometido, impidiendo que resulte pernicioso para la sociedad.

El estilo y las palabras pudieron cambiar, pero el espíritu siguió inalterable. Eran las mismas premisas de partida y las mismas conclusiones de llegada: la extraordinaria influencia del cinematógrafo como espectáculo de masas, el cine como medio de diversión y, muy especialmente, como instrumento de educación; el papel de control del Estado, dirigismo y censura, para el cumplimiento de su cometido. Era prácticamente la misma ley de 1937, presentada con un ropaje más liberal y moderno. El espíritu Fraga fue casi idéntico al espíritu Arias Salgado.

A partir de 1970 se iniciaba una etapa de franca descomposición institucional. Los ministros se sucedieron a velocidad vertiginosa. La política franquista se parecía a un equipo de fútbol a punto de perder la categoría que buscaba con verdadera preocupación hombres o entrenadores de la política que pudieran salvar al equipo-régimen del fracaso inminente. El barco del régimen franquista hacía aguas por todas partes. La sucesión de ministros así lo atestiguaba. En el ministerio de Información y Turismo en el quinquenio de 1970 a 1975 se dieron cuatro ministros con una periodicidad extremadamente corta: Alfredo Sánchez Bella (1969-1973), única excepción, ya que su mandato al frente del ministerio se acercó a los cuatro años; Fernando de Liñán y Zofio (junio de 1973-enero de 1974); Pío Cabanillas Gallas (enero de 1974-octubre de 1974); León Herrera Esteban (octubre de 1974-muerte de Franco). La sucesión de ministros y los cortos tiempos de gobierno dificultaron enormemente la normal dirección de la gestión cinematográfica. Por otra parte, el régimen había entrado en una etapa de fuerte decadencia, en la que el control

cultural carecía de importancia suficiente frente a otros problemas mucho más acuciantes de resolver¹¹⁹.

Durante el ministerio de León Herrera Esteban se publicaron las nuevas Normas de Clasificación Cinematográfica (19-febrero-1975), con una normativa altamente confusa y contradictoria, pero que en términos generales implicaba, en apariencia por lo menos, un paso importante en la liberación del cine. Es curioso observar que este salto adelante se dio cuando el régimen había entrado, como su propio gestor el general Francisco Franco, en un estado de agonía sin retorno. Lo más llamativo de la normativa fue la autorización expresa de un cine de crítica social y la presencia del desnudo en las pantallas¹²⁰.

El franquismo institucionalizó una legislación precisa para censurar y controlar cualquier manifestación cultural, por lo tanto la cinematográfica, hasta en sus más mínimos indicios y en los supuestos más inofensivos. Como queda claro desde el principio del apartado, dos notas son relevantes de manera muy especial: el adoctrinamiento a través de los medios audiovisuales y el control de toda acción o planteamiento no afín o dudoso con respecto a los intereses del gobierno.

La normativa jurídica en torno a la cinematografía con sus distintas leyes, decretos y órdenes fue un intento logrado por parte del sistema de adecuar las instrucciones legales a las exigencias de cada momento y a las necesidades de las distintas circunstancias en su afán de controlar el fenómeno del cine como uno de los medios eficaces en la instrucción

¹¹⁹ En este contexto, es sumamente sorprendente el caso de Pío Cabanillas, destituido personalmente por Franco debido a su espíritu liberal y a su propuesta de defensa de la libertad en la cultura y en el cine. Nueva y poderosa razón para afirmar la tesis del poco o nulo cambio en el campo de la cultura durante el gobierno del general Franco.

¹²⁰ Según su artículo quinto, “la obra cinematográfica podrá presentar hechos o propugnar tesis sobre cualquier clase de temas o motivos”, pero concluye con toda una lista de prohibiciones que anulaban las supuestas libertades de origen. Según las normas presentadas, todo estaba permitido, pero siempre que ese “todo” mostrase el “respeto debido a”:

- a) La verdad, no admitiéndose el falseamiento tendencioso de hechos, personajes o ambientes históricos o actuales, debiendo en todo caso quedar suficientemente claro para el espectador normal la distinción entre la conducta y lo que los mismos representan.
- b) Los Principios y Leyes Fundamentales del Estado español.
- c) La dignidad de la persona humana, no admitiéndose en particular la presentación de imágenes y escenas de excesiva brutalidad o crueldad.
- d) Las más elementales normas del buen gusto en la expresión plástica y verbal.
- e) Las exigencias de la defensa nacional, de la seguridad del Estado, del orden público interior y de la paz exterior.
- f) Las creencias prácticas y sentimientos religiosos, y en especial los de la Iglesia Católica, su moral y su culto

de las masas y en la uniformización ideológica del pueblo. Como afirma Teodoro González, todos estos cambios, más formales que reales, y otros más no fueron “puramente accidentales, sino que vienen a representar el reflejo de la evolución política del régimen nacido de la guerra civil” (p. 120) y la expresión de las variantes de programas políticos y de fines doctrinales del sistema. Se buscó desde esferas diferentes, -políticas, culturales, sociales, económicas-, un control absoluto sobre el fenómeno del cinematógrafo. El resultado fue altamente positivo para los intereses del sistema.

En este contexto debe ser resaltado un hecho curioso ya anteriormente insinuado: el mantenimiento de la doctrina legal junto al cambio de tono en la normativa jurídica. El aperturismo legislativo se daba más en el estilo que en el espíritu de las leyes. Desde este punto de vista, las últimas ordenanzas legislativas sobre la ordenación de la cinematografía, Orden de febrero de 1975, son sorprendentemente parecidas a las dadas al principio del régimen. Se plantean las mismas ideas con la finalidad de salvaguardar los mismos intereses políticos, pero ha desaparecido el estilo grandilocuente y oratorio –épico-militar- de los enunciados. En dicha orden, febrero de 1975, víspera de la muerte del Caudillo y conclusión de la política nacional-católica, se volvían a repetir, como se ha visto, los mismos principios con apariencias de un mayor aperturismo. Se defendía el principio de libertad, pero éste debía situarse dentro de los límites naturales “al respeto de los valores sociales compartidos”. El cine podía ejercer la crítica social, pero siempre en el marco de “el respeto a la intimidad y a la dignidad de la persona humana y a los principios constitucionales del Estado”. En el supuesto de que esto no fuera así, el Estado se presentaba como juez y protector “de los valores sociales por razones del bien común”. Toda esta normativa, dictada en 1975, respondía fielmente a los principios defendidos en las leyes anteriores y, muy especialmente, en la Ley Fundamental de los Fueros de los Españoles de 17 de julio de 1945. En el artículo primero de su Título Preliminar se afirmaba:

El Estado español proclama como principio rector de sus actos el respeto a la dignidad, la integridad y la libertad de la persona humana, reconociendo al hombre, en cuanto portador de valores eternos y miembros de una comunidad nacional, titular de deberes y derechos, cuyo ejercicio garantiza en orden al bien común.

Esta filosofía de partida justificaba y proclamaba, primero, que el Estado fuera el garante real del cumplimiento estricto de la Ley, en la que se afirmaba expresamente (artículo 12) que “todo español podrá expresar libremente sus ideas mientras no atenten a los principios

fundamentales del estado” y sostenía (artículo 16) que “los españoles podrán reunirse y asociarse libremente para fines lícitos y de acuerdo con lo establecido por las Leyes”. Es decir, el Fuero de los Españoles de 1945 y la legislación para la regulación y control del cine de 1975 defendían los mismos principios e idénticos intereses: libertad controlada dentro de los límites cerrados de las conveniencias estatales para así garantizar los derechos personales en nombre de un bien común identificado plenamente con los ideales “fundamentales del Estado”¹²¹. La libertad personal o colectiva era válida sólo si coincidía con los presupuestos ideológicos del régimen. El dirigismo estatal sobre todo medio de comunicación y sobre toda forma de cultura fue total desde los orígenes hasta el final del régimen franquista. La prueba más clara la observamos en el capítulo de la cinematografía. Por eso, no es raro encontrar valoraciones que afirmen que el cine de finales del régimen franquista era el mismo o parecido al de sus inicios: “Tenemos, pues, que en lo que al cine español y a su industria se refiere, se sigue anclado, a un lado las manifestaciones exteriorizadoras superficiales, en 1939” (Pérez Merinero, 1973, p. 9).

El Estado arbitró una normativa de censura altamente eficaz y operativa. Sin embargo, no se conformó con el intervencionismo directo de carácter jurídico, sino que buscó medidas de mayor control a través de medios indirectos de intervencionismo estatal. Este fenómeno puede ser analizado en detalle a través de ciertas normas-decretos legales, en los que queda institucionalizado el patrocinio oficial.

La Orden de 15 de junio de 1944, de la Vicesecretaría de Educación Popular de F.E.T. y de las J.O.N.S, proponía ciertas “normas para protección de películas españolas”. Afirmaba en su preámbulo:

Importaría muy poco elevar el contenido técnico y artístico de nuestras producciones cinematográficas e imprimir en ellas un sello inconfundible de personalidad española, si no se lograra simultáneamente amparar con visión amplia y equitativa las aportaciones materiales puestas al servicio de tan noble finalidad. Por eso... urge corregir las deficiencias existentes en la actualidad que pueden ser causa de que aquellas modalidades protectoras no lleguen a alcanzar la eficacia para la que fueron creadas.

La filosofía del Estado quedaba nítidamente expuesta en el preámbulo de la presente disposición. Se imponía un trato inequívocamente preferente de tipo económico para

¹²¹ En el preámbulo de la Ley Fundamental del Fuero del Trabajo de marzo de 1938 se habla y se proclama los ideales de “unidad, libertad y grandeza de España”. Sin embargo, queda claro desde la primera Ley Fundamental que la razón de libertad se identifica con los intereses del Estado.

privilegiar y potenciar aquellas películas que se distinguían por su alto “contenido técnico” y por su innegable “personalidad española”.¹²² La normativa revelaba de manera clara y precisa el proteccionismo estatal a través de ayudas económicas indirectas. Pero, primera pregunta, ¿qué películas eran objeto de la ayuda estatal? El artículo tercero de la norma ofrecía la respuesta: “Los títulos de películas de Interés Nacional no podrán otorgarse más que a las películas producidas en España, cuyos cuadros artístico y técnico sean esencialmente españoles. También se considerará fundamental para la expedición de dicho título que la película contenga muestras inequívocas de exaltación de valores raciales o en enseñanzas de nuestros principios morales y políticos”. Resumiendo el largo párrafo, queda la idea de que las películas de interés nacional tenían que responder a la razón del *españolismo* tanto en su dimensión técnica como en su naturaleza ideológica¹²³. La segunda cuestión, tan importante como la anterior, era la identidad de los agentes concesionarios de estos títulos. El artículo tercero decía textualmente: “La concesión de estos títulos corresponderá al Exc. Sr. Vicesecretario de Educación Popular a propuesta de la Delegación Nacional de Propaganda y previos los informes de la Sección de Cinematografía y Teatro y de la Comisión Nacional de Censura Cinematográfica”. Está claro que todo quedaba en casa. No hay duda de que el proteccionismo era una forma sutil pero eficaz de control y dirigismo. Se premiaba lo que convenía y se castigaba lo que estaba en desacuerdo con la ideología y con los propósitos del grupo dirigente. El “interés especial” en el campo de la cinematografía era una forma muy ingeniosa y eficiente de proclamar el “interés oficial” (Pérez Merinero, 1975, p. 59).

Este punto queda claro si se observan las películas que obtuvieron el título de “Películas de Interés Nacional”. Cabe, entre otras, mencionar los siguientes títulos: *Los últimos de*

¹²² Con el fin de “corregir las deficiencias existentes” en la materia económica se creaba el título de “Películas de Interés Nacional” (artículo primero) que “serán preferentes a todos los fines de contratación en las salas de proyección cinematográficas enclavadas en territorio nacional”. Estas preferencias se detallan en el artículo segundo. Según la normativa “la preferencia... se referirá en todo caso a los siguientes extremos:

- a.- Estreno en la época conveniente de la temporada cinematográfica.
- b.- Condiciones mínimas, iguales, a las que se hallan establecidas normalmente en el mercado cinematográfico.
- c.- Prioridad en los reestrenos con las condiciones establecidas en el inciso anterior.
- d.- Obligatoriedad de proyección mientras la película alcance el mínimo del 50% del aforo total del cine; se considerará no alcanzado este aforo si al realizar el cómputo de una semana, los ingresos diarios no llegan a ese porcentaje”.

¹²³ La norma en su artículo cuarto hace extensible este beneficio de “Película de Interés Nacional” a aquellas películas extranjeras que contengan “valores técnicos, artísticos y políticos de carácter excepcional dentro de las inspiraciones del Estado”. Este cuarto artículo nos da una pista real de lo que considera el Estado una película de interés nacional. El régimen prima la sintonía ideológica entre el ideario del producto cinematográfico y los intereses políticos del Estado.

Filipinas, Reina Santa, La fe, El tambor de Bruch, Misión blanca, Locura de amor, En un rincón de España, Inés de Castro, La mies es mucha, El santuario no se rinde, Pequeñeces, etcétera. Son títulos que corresponden al primer período durante el ministerio de José Ibáñez¹²⁴.

En manos de la Junta, es decir, del Estado, estaba la decisión del permiso o de la denegación de la exhibición de una película, de su posible exportación y de la denominación oficial de “Película de interés Nacional”. La vida de una película dependía enteramente del criterio de los censores de la Junta. Por eso, sin razones de peso, podían catapultar una película al éxito económico o hundirla en la miseria. La Junta tenía siempre la última palabra.

A su vez, la Iglesia, por desacuerdo con ciertas decisiones tomadas por la autoridad civil, creó en febrero de 1950 la Oficina Nacional Permanente de Vigilancia de Espectáculos con el propósito de orientar a los creyentes en los planos de la moral y de la ortodoxia religiosa. Para ello, como se ha comentado con anterioridad, creó una clasificación moral de naturaleza numérica.

La normativa de dirección, de organización interna y de control se basó, como se ha visto en párrafos anteriores, en un programa legislativo numeroso en leyes y, sorprendentemente paradójico, vacío en doctrina. Una de las características de la legislación franquista fue la ausencia de contenidos normativos. La ley organizaba, dirigía y censuraba toda acción cultural y cinematográfica, pero carecía de una disposición concreta y puntual de todo aquello que podía ser censurable o punible. Se hablaba con términos un tanto

¹²⁴ El trato preferencial de la mano del proteccionismo oficial se vuelve a normatizar en la Orden de 28 de junio de 1946 con la creación de la Junta Superior de Orientación Cinematográfica, que se instituye como “organismo superior consultivo” con múltiples funciones:

- a.- Formular dictamen sobre los asuntos que le sean sometidos a estudio.
- b.- Elevar a la Superioridad los informes y proyectos que estime convenientes para la mejor organización de la cinematografía española.
- c.- Proponer la condición de película de Interés Nacional.
- d.- Determinar las películas que por su deficiente calidad artística no deben ser exportadas al extranjero.
- e.- Declarar, cuando proceda, las películas que, por la misma razón [deficiente calidad artística] no puedan ser exhibidas en locales comerciales.
- f.- Autorizar o denegar el doblaje de las películas extranjeras y la exhibición de las mismas con rótulos en castellano.
- g.- Clasificar las distintas películas nacionales y extranjeras.
- h.- Ejercer la censura de toda clase de películas nacionales y extranjeras que hayan de proyectarse en territorio nacional.

rimbombantes y con principios muy generales, pero no había puntualización de errores o desviaciones. Se planteaba de manera reiterativa la erradicación sistemática de todo lo que pudiera responder a posibles “doctrinas disolventes” o bien, en su cara opuesta, se primaba aquellas creaciones que garantizaban el respeto y el acatamiento a las leyes del Movimiento en nombre del bien común. En otros contextos, se hablaba de películas “altamente peligrosas” o de actitudes que ponían en riesgo la “dignidad y libertad de la persona” o, inversamente, de películas de interés oficial.

Aunque las normas y leyes eran múltiples, no existía propiamente una legislación censoria sobre el fenómeno cinematográfico. Lo que se daba era una orientación muy general, simples pautas de actuación, en las que la decisión de los censores o miembros de las juntas o comisiones era decisiva. Ellos, y sólo ellos, tenían la última palabra para decidir y dictar lo correcto y lo incorrecto, lo permisible o lo censurable. Como se proponía en el capítulo tercero, en torno a los “mecanismos físicos de represión”, la censura era un mecanismo de actuación represiva y, como tal, tenía que proceder. Hay que esperar hasta la Ley Fraga (Orden de 9 de febrero de 1963) sobre las “Normas de censura cinematográfica” para encontrar una normativa algo más detallada de principios y prohibiciones. Según esta normativa se prohibía (normas segunda-séptima):

- a.- La exaltación del mal como fin en sí mismo.
- b.- La defensa de conductas moralmente reprobables.
- c.- Las acciones y conductas que atentan contra los principios de la moral natural.
- e.- La presentación de lacras individuales y sociales sin una crítica correctamente hecha.
- f.- las películas que planteen conclusiones inaceptables.

Junto a estas normas generales, se concretaban otras normas más puntuales (normas octava-decimotercera) que prohibían la justificación del suicidio, del homicidio por piedad, de la venganza y del duelo, del divorcio, de las relaciones sexuales ilícitas, de la prostitución, del aborto y de los métodos anticonceptivos. Se vetaban igualmente las imágenes y escenas que podían ir contra el decoro, el buen gusto o la dignidad de la persona. Como es lógico esperar, se prohibían las películas que presentaban un tratamiento irrespetuoso de creencias y prácticas religiosas, las que falseaban tendenciosamente los hechos, los personajes y los ambientes históricos así como las ideologías políticas (norma decimocuarta). Se proscribían las películas que negaban el deber de defender la patria y el derecho a exigirlo (norma decimoquinta). La norma decimoséptima añadía y reiteraba

algunas de las negativas anteriores, al prohibir las películas que “atenten de alguna manera contra:

- a.- La Iglesia Católica, su dogma, su moral y su culto.
- b.- Los principios fundamentales del Estado, la dignidad nacional y la seguridad exterior o interior del país
- c.- La persona del Jefe del Estado”.

La normativa oficial¹²⁵ se centraba en cuatro planos claramente delimitados: moral, religión, patriotismo y autoridad. Está claro que, a través de la legislación cinematográfica, extensible a todas las afirmaciones culturales y artísticas, se pretendía mantener y potenciar la moral de la respetabilidad como medida de consolidación de los principios políticos del nacional-catolicismo.

El resultado final y práctico de esta normativa de control y de protección fue la realización de un cine densamente doctrinal y escasamente estético. Existen poquísimos títulos, que, respondiendo a los intereses ideológicos del sistema, se caracterizasen por su calidad cinematográfica, aunque ésta fuera parca. Una de las pocas excepciones en este páramo generalizado fue la película *Surcos* del director falangista Antonio Nieves Conde, film, por cierto, alejado de la estética y de la ideología oficiales. Las películas se dirigían mirando más a los censores que a la calidad de las cintas, ya que en ellos estaba el presumible éxito o fracaso comercial. La política proteccionista del Estado, por su lado, permitía que los directores se despreocupasen de razones económicas o de motivos estéticos, ya que contaban con el amparo del Estado, si el film respondía a sus intereses. Gobierno y productores formaban un equipo muy bien avenido en propósitos y en autocomplacencias. Por estas razones, la cinematografía del nacional-catolicismo se caracteriza por ser un cine sociológicamente importante y cinematográficamente nulo. Es un cine que nos muestra el alma de una época con un espíritu estético ramplón y vulgar. No existe un solo título de esta tipología cinematográfica que haya superado la criba del tiempo.

¹²⁵ En “las normas de calificación cinematográfica”, según Orden de 19 de febrero de 1975, propiamente se reiteran los preceptos y prohibiciones de la ley Fraga de 1963. No se observan adelantos ni variantes importantes entre ambas normativas. Este dato revela un hecho. A pesar de la evolución económica y social del país, la ideología del gobierno se hallaba estancada sin capacidad de evolucionar y de adaptarse a las exigencias de los nuevos tiempos.

V.-5.-2.- El cine del nacional-catolicismo

El Estado no sólo se preocupó de marcar unas líneas precisas por donde tenía que caminar el cine, sino que veló con esmero para que todo posible desviacionismo fuera corregido y reconducido a los espacios marcados por la ley. La censura cumplió con este papel de control. El proteccionismo estatal reforzó aún más el dirigismo ideológico. La uniformidad de planteamientos estaba garantizada. La historia del control y de la censura cinematográfica corre paralela a la marcha del dirigismo ideológico oficial, ya que, si el control impone unas normas de cumplimiento, la censura corrige todo desviacionismo respecto a lo establecido. Por eso, desde un principio el nuevo Estado cuidó con verdadera solicitud los mecanismos psicológicos de atracción, aplicados en esta ocasión a la cinematografía.

La vida del cine español, según el signo del nacional-catolicismo, presenta un camino cargado de ideología y falta de valores estéticos. Lo curioso o lo trágico del caso es que, según va pasando el tiempo, casi cuarenta años de historia, sus productos no evolucionan, dándose un distanciamiento cada vez más alarmante entre el mundo de ficción de los filmes y la realidad histórica y social del país. Un posible “escrutinio de los filmes” no dejaría a salvo ningún título. Y aquí no cabría la moraleja cervantina de que “pagan a las veces justos por pecadores” (I-VII). No hay excepciones. Como se afirmaba con anterioridad, se nos ofrece un cine estéticamente lamentable, pero sociológicamente interesante por ser imagen fehaciente de lo que fue la política y la cultura del nacional-catolicismo.

Dentro de la historia del cine nacional-católico se observan dos etapas claramente definidas. La línea divisoria se halla en el año 1952, coincidente, no por casualidad, con la creación del ministerio de Información y Turismo y con el nombramiento de Gabriel Arias Salgado como responsable de dicho ministerio. En la primera etapa, 1936-1952, se da un cine que funciona como medio de combate para la ideologización del pueblo y, en mucha menor escala, como producto de pasatiempo y evasión. En la segunda etapa, 1952-1975, - aunque para 1970, con la crisis del gobierno la etapa propiamente ya está cerrada-, se invierten los términos y se constata la proliferación de un cine de pasatiempo y, en mucho menor medida, un cine de dirigismo cultural. La posible explicación de este viraje tan brusco es bastante sencilla. El régimen franquista con su ideología nacional-católica se ha

impuesto de manera categórica. La cultura del terror ha triunfado plenamente y la cultura de la trivialidad campea a sus anchas. El sistema ha aniquilado a sus enemigos interiores y su régimen político ha sido aceptado por las potencias occidentales. El régimen franquista está bien asentado. El dirigismo doctrinal evoluciona a un evasionismo moralista. Se impone un cine comercial risueño y un tanto intrascendente de mero pasatiempo sin ninguna o escasa carga crítica. El evasionismo y la intrascendencia configuran los signos más claros del cine oficial de la época, respaldado y potenciado por el Gobierno como una manifestación cultural nada perniciosa para sus intereses¹²⁶.

Un planteamiento general, con un título como ejemplo demostrativo, del cine del nacional-catolicismo, según los criterios que se van a seguir en el presente análisis, respondería al siguiente cuadro¹²⁷:

Cine histórico	Pasado histórico: <i>Alba de América</i> Presente histórico: <i>Sin novedad en el Alcázar</i>
Cine ideológico	Cine religioso-moralista: <i>La herida luminosa</i>
Cine total o cine de síntesis	Cine histórico y cine moralista: <i>Raza</i>
Cine de evasión	Cine folclórico (musical, deportivo, toros)

Cine histórico

Una de las primeras cuestiones que los técnicos del cine oficial tuvieron que plantear y resolver fue la creación de un cine genuinamente español, una cinematografía que respondiera al ser y al sentir de los españoles. Es llanamente, como plantea A. Fraguas Saavedra, crear un cine con alma y con nacionalidad. En su escrito “¿Cómo puede ganar el

¹²⁶ Adelanto al lector que estas ideas se verán matizadas en el próximo capítulo, cuando se estudien los mecanismos psicológicos de evasión. Sin embargo la intrascendencia evasionista es frecuentemente mera coartada para profundizar de manera indirecta y subliminal en contenidos doctrinales, cumpliendo con el principio del dirigismo cultural.

¹²⁷ Aunque este cuadro no representa la totalidad de tendencias temáticas del cine del nacional-catolicismo, sí evidencian las líneas argumentales más significativas. Como la demostración de este capítulo sería interminable, si nos centráramos en los títulos más señalados, se va a seleccionar un film de cada tendencia aludida, para en su conjunto poder tener una idea cabal del cine de esta época y de esta tendencia. Otra advertencia obligada es señalar que en el cine del nacional-catolicismo no concurren temáticas puras, aunque en algún caso se puedan dar. Lo normal es un cine híbrido o mixto. En estos casos, propongo, según un criterio personal, el tema dominante de la película seleccionada.

cine una nacionalidad?” (*Primer Plano*, nº 207, 1 de octubre de 1944)¹²⁸ afirma: “El cine no es un producto ni puede serlo mas que cuando ha alcanzado una personalidad “cotizable”, que es lo mismo que ganar un rango artístico y unos rangos internos y espirituales sin confusión posible”. Para el crítico cinematográfico dos elementos deben caracterizar el auténtico cine español: calidad artística y espiritualidad de raza o de nación. Manuel López Torres, Consejero Nacional de Propaganda, ante la pregunta, “¿Cómo cree Ud. que debe ser el cine español?”, respondía de forma categórica:

El cine ha de ponerse al servicio del Estado para cumplir los fines que le son peculiares, dentro de las normas y consignas del Movimiento. Es decir, que moral y políticamente, ha de someterse a los principios que alentaron nuestra Cruzada y por los que miles de españoles dieron su sangre... El cine español [debe lograr] una técnica insuperada e insuperable y económicamente [debe desenvolverse] con floreciente rendimiento, pero, de forma que esta técnica brillante y ese próspero poderío económico se supediten a los otros fines que, por no ser materiales, alcanzan un rango de superior categoría” (*Primer Plano*, nº 92, 19 de julio de 1942).

Siguiendo un desarrollo estrictamente teórico, como todas las reflexiones que se realizan en las páginas de la revista, Manuel López Torres propone tres razones fundamentales a tener muy presentes: categoría técnica, rentabilidad económica y servicio político. De todas formas, lo técnico y lo económico, aunque principios fundamentales, debían subordinarse a la razón de Estado, fundamento primordial. En esta misma línea se expresaba García Viñolas al insistir que “el cine como negocio ha dejado su plaza al cine como vehículo doctrinal” (*Primer Plano*, nº 4, 10 de noviembre de 1940). El cine, según los postulados indicados, se convierte, en primer lugar, en un mecanismo de adoctrinamiento que, al mismo tiempo, segunda razón, debe responder a las razones de la rentabilidad y de la estética.

Tratando este problema, surge una nueva reflexión que cuestiona la razón y el espíritu de este cine doctrinario y propagandístico. ¿Cómo debe entenderse un genuino cine español? Martín Abizanda en su escrito “Lo típico, lo castizo y lo español en el cine” (*Primer Plano*, nº 40, 20 de julio de 1941) sostiene que quien “pretenda hacer una película española, huya del tipismo y rechace lo castizo para buscar lo genuinamente español”. José Antonio Ochaita propone la gran diferencia que existe entre la *españolada* y lo español (*Primer Plano*, nº 204, 10 de septiembre de 1944). En esta misma línea se lamenta

¹²⁸ *Primer Plano*, como revista cinematográfica oficial, es básica para el estudio de la filosofía del cine nacional. En sus páginas se desarrollan los debates más interesantes en torno al complejo mundo del cine y, muy especialmente, al valor propagandístico que debe asumir la cultura cinematográfica.

Mariano Rodríguez de Rivas al contemplar que “después de tantas *españoladas*, la película española está inédita” (*Primer Plano*, nº 50, 28 de septiembre de 1941). A este debate se suma A. Fraguas Saavedra, quien, en su colaboración ya mencionada, afirma que “La españolada es precisamente lo contrario de la personalidad española, porque es su deformación premeditada, consciente y admitida”. Por lo tanto, el cine debe reivindicar lo genuinamente español, rompiendo y distanciándose de los parámetros de la *españolada*. En el nº 7 de *Primer Plano* (“Ni un metro más”, 1 de diciembre de 1940) se encuentra un artículo anónimo altamente interesante para deslindar los espacios de lo que se puede entender por *españolada* y lo que es el auténtico cine español. El cine que trata el tema de los bandidos generosos en su lucha contra la ley y la autoridad, el melodrama sin sentido ni garra, los folletines truculentos, el que juega burdamente con las costumbres del pueblo, etcétera, entra dentro de los espacios de la denominada *españolada*. Sin embargo, el cine “que exalte los hechos y las hazañas de los que combatieron y dieron su vida por la misión y la grandeza de su Patria, con un espíritu y una actitud netamente hispana” como aquel otro “que exalte el cumplimiento y el acatamiento a la disciplina y al quehacer común en la marcha militar del Estado” debe ser considerado como el genuino cine nacional. Desde este punto de vista, queda claro que el verdadero cine español, según el criterio oficial, es un cine histórico para y por el Estado.

Frente al cine que responde a los principios de la *españolada* debe crearse un cine serio, responsable y comprometido que sea capaz de revelar y dar a conocer nuestros genuinos valores de raza y nuestros auténticos valores históricos. Éstos sólo los podemos encontrar en nuestra historia, en aquellos personajes insignes y sucesos gloriosos en los que se ha puesto a prueba la validez de lo hispánico, demostrando su valía y su sentido. Con esta filosofía se defiende la “Necesidad de un cine histórico nacional”, tal como propone J.T.¹²⁹: “Un pueblo, una raza, no siente plenamente su ser y su destino, sino cuando conoce, vive y se penetra de su historia. La importancia del género histórico en la pantalla alcanza, pues, a la formación misma del espíritu nacional” (*Primer Plano*, nº 95, 9 de agosto de 1942). Por ello, el cine histórico fue una de las reivindicaciones más urgentes del sistema para conseguir la socialización de los españoles.

¹²⁹ Desconozco la personalidad que se esconde bajo las siglas J. T.

Francisco Casares afirma que “sería de provecho dar factura cinematográfica a los mejores episodios y figuras de nuestra historia” (*Primer Plano*, nº 66, 18 de enero de 1942). Adolfo Lujan, en esta misma línea de defensa de una cinematografía histórica, reivindica la importancia del factor Cruzada en el cine español. Afirma en su trabajo “Presencia de la Cruzada en el nuevo cine español”: “No puede sorprender que la guerra, donde nuestro destino fue recobrado, haya sido tema reiterativo de nuestro cine... es natural que nuestro cine ambicionara construir sobre el firme cimiento del dolor y las glorias recientes de España, la arquitectura de sus más nobles intentos” (*Primer Plano*, nº 92, 19 de julio de 1942)¹³⁰.

A través de la polémica mantenida en la revista cinematográfica de *Primer Plano* se llega a una sencilla conclusión: el genuino cine español debe responder, por lo menos en una de sus caras, a los principios rectores de la historia. Dentro de la orientación histórica destacan dos espacios temáticos: el pasado imperial y el presente centrado en los hechos insignes de la Cruzada. En esta línea se analizan dos ejemplos que abarcan respectivamente cada uno de estos dos núcleos temáticos: *Alba de América* (1951) como representación del cine histórico del pasado y *Sin novedad en el Alcázar* (1940) como gesta representativa de la Guerra Civil.

Alba de América, película dirigida por Juan de Orduña en 1951, fue una superproducción patrocinada por el Instituto de Cultura Hispánica y promovida desde las instancias superiores del gobierno del general Franco¹³¹. La idea de una película que registrara la vida de Cristóbal Colón surgió como consecuencia de la película de David MacDonald, *Christopher Columbus* (1948), que propugnaba la imagen tópica y antiespañola propia de la cultura británica hacia la historia de España y el descubrimiento de América (Juan-Navarro, p. 80). Para contrarrestar esta imagen negativa y degradante, se pensó en la necesidad de una versión que respondiera a la

¹³⁰ Durante esta época de 1940 a 1944 existe en las páginas de la revista *Primer Plano* un debate constante sobre la importancia del cine histórico español como referencia de los valores genuinos de la raza y como medio de adoctrinamiento del pueblo en los hechos y figuras más representativos de nuestra historia. La historia sería uno de los factores fundamentales para diferenciar el auténtico cine español de la españolada. Véase al respecto el artículo de Román Escohotado, “Nostalgia de un cine español”, quien hace, como los autores mencionados, una encendida defensa de la razón del cine histórico (*Primer Plano*, nº 104, 11 de octubre de 1942).

¹³¹ Véase el trabajo de Santiago Juan-Navarro “De los orígenes del Estado español: la construcción de la ideología franquista en *Alba de América*, de Juan de Orduña”. *Anales de Literatura Española Contemporánea*, nº 33,1. Madrid, 2008, pp. 79-104.

imagen que el régimen podía tener de este momento histórico y de esta gesta universal. Huyendo de los tópicos ingleses, se cayó en las imágenes y estereotipos de la cultura del nacional-catolicismo. Por eso, *Alba de América* es un producto cinematográfico que sintetiza a la perfección, si no todos, sí la gran mayoría de los símbolos de la cultura oficial.

Es una película cargada de ideología, pero de escasas o nulas virtudes cinematográficas. Se caracteriza por la lentitud de la acción, debido a la importancia que asume la filosofía doctrinal en detrimento de la acción cinematográfica. Se multiplican las situaciones plenamente inverosímiles por la falta de concordancia entre los parlamentos de los personajes y las circunstancias vividas. La personalidad de las principales figuras se halla indefinida y mal resuelta. No se sabe al final si Cristóbal Colón es un sujeto apocado o arrogante, humilde o engreído, materialista o iluminado. Unas conductas niegan otras. En ciertas escenas, Martín Pinzón le arrebató el protagonismo que por lógica le hubiera correspondido al navegante genovés como personaje principal. Sin embargo, estas incongruencias y contradicciones no rompen ni merman el auténtico sentido de la película: la exaltación límite de las virtudes nacionales y el protagonismo de España en la historia del mundo y, muy especialmente, en la de América.

La película se divide en tres partes: el incierto viaje con el proyecto de descubrir una nueva ruta a las Indias; segunda parte, la historia de Colón desde su llegada a la Rábida hasta la salida de tres carabelas camino al nuevo mundo; finalmente, tercera parte, el descubrimiento de América y el recibiendo de los Reyes Católicos al descubridor de América.

El tema de la película es la realización de un proyecto que parece imposible, pero que se hace realidad con fe y con heroísmo. La primera secuencia se centra en un plano general de una carabela que surca el mar. Se pasa a un primer plano, la cubierta de la nao Santa María, que muestra, después de muchos días y semanas de navegación, por una parte, la impaciencia y las dudas de la tripulación hacia las promesas del almirante y, por otro lado, el desconcierto de Colón y del famoso cartógrafo Juan de la Cosa ante la ausencia de tierra, cuando, según sus cálculos, ésta debía haber sido apercebida desde hacía días. La situación es tensa. La marinería está a punto de amotinarse. En ese preciso momento,

hace su presencia Martín Alonso Pinzón, quien sosiega a la tripulación, contando la historia personal de Cristóbal Colón.

En la segunda parte, a través de la técnica del flash back, la acción se centra en un pasado reciente, en el que aparece Colón acompañado de su hijo, quienes se dirigen a La Rábida a pedir hospedaje por esa noche. La llegada de Colón a Palos se da en unas circunstancias muy especiales. En los astilleros del puerto se está construyendo la carabela La Pinta, símbolo de buen presagio para su proyecto y para su futura aventura. En el Monasterio es recibido por Fray Juan Pérez, quien le presenta al astrónomo y cosmógrafo Fray Antonio de Marchena. Colón revela sus sueños y sus planes: descubrir una nueva ruta para llegar a Catay (China) y Cipango (Japón). Para ello necesita una importante cantidad de dinero. Llevar adelante sus planes significa la posesión de naves y tripulación. Fray Juan Pérez le ofrece unas cartas de presentación para la reina. El momento no es el oportuno. Castilla-Aragón se encuentran en lucha contra los moros en la guerra de Granada. Después de mil vicisitudes y contrariedades, cuando todos ponen en duda la viabilidad del proyecto de Colón, la Reina apoya de manera firme al navegante genovés en una apuesta de fe por la empresa y con una confianza plena en el hombre. Exclama la reina: “no son esas ganancias [materiales] las que debemos desear, Señores. Hay otras más valiosas que debemos esperar: almas para el cielo. Pueblos para nuestra fe”. Para mayor gloria de España, en nombre de Dios, se hace realidad el sueño de Colón. Superadas todas las dificultades, la tripulación se prepara para surcar los mares hacia lo desconocido en tres carabelas. Previamente, se celebra una solemne ceremonia litúrgica y eucarística, pidiendo gracia y suerte al altísimo. Para el buen fin de la empresa, Colón necesita de la ayuda de los Reyes Católicos, poder político, y de Dios, poder religioso.

La acción, en la tercera parte, vuelve al momento en que había concluido la primera escena. La tripulación sosegada con las palabras de Martín Alonso Pinzón vuelve a sus tareas. Tras momentos de fuerte incertidumbre, dan por fin con tierras desconocidas. Los indios hacen su presencia. Se toman las nuevas tierras y a las nuevas gentes en nombre de Dios y de España. Las últimas escenas presentan la llegada de Colón a Barcelona y su presentación en la corte ante los Reyes Católicos. Los indios traídos por Colón, como prueba de su hazaña, son bautizados. Uno de ellos reza la oración del

padrenuestro. La película se cierra con una solemne proclamación por parte de la reina de la razón de la Hispanidad como fundamento del imperio español.

Si se analizan las líneas temáticas más importantes y se estudian los símbolos ideológicos más significativos se llega a proponer el ideario completo del nacional catolicismo. La guerra contra los moros connota la unidad de España en lo político y en lo religioso. La cruz y la espada se fusionan en un ideal que dan sentido y razón a las futuras empresas de España. Es el comienzo de una nueva ruta que llevará a España a un futuro glorioso en nombre de Dios y de la patria, que recibirán el nombre de Imperio y de Hispanidad. España conformará un gran pueblo de naciones unidas por la lengua y la religión. Cristóbal Colón es el hombre predestinado para realizar la empresa del descubrimiento de las nuevas tierras de América. Pero españolizar América, significa acabar con la cultura indígena. El bautizo y el rezo del padrenuestro por parte de los indios simbolizan el abrazo de la nueva fe y de la nueva cultura. No se puede olvidar el simbolismo profundo del título del film: *Alba de América*. “Alba” implica semánticamente el amanecer y el origen de esa América que, a partir de esos momentos, será española por cultura, por lengua y por religión. El mito del caudillaje en las personas de los Reyes Católicos está presente a lo largo de toda la película. Éstos entran a la catedral de Barcelona bajo palio como auténticos representantes de Dios con toda la majestad y reverencia que su jerarquía en la tierra y en la sociedad les otorga. Esta relación casi divina de la monarquía les concede un sentido profundamente providencialista, de manera que el descubrimiento y la conquista del nuevo mundo es una tarea encomendada por Dios a España y a sus líderes. Para ello, tiene que luchar contra sus eternos enemigos, esas fuerzas foráneas que le quieren negar su destino y su gloria. Pero la gloria de España está asegurada, porque así está marcado en su historia y en su destino.

Analizado el entramado significativo de *Alba de América* es posible resaltar, símbolo tras símbolo y mito tras mito, el ideario político-religioso del nacional catolicismo. *Alba de América* es un ejemplo feliz de cine histórico oficial, que busca el adoctrinamiento del espectador a través de la reiteración de las ideas base de la ideología oficial.

Sin novedad en el Alcázar es una de las películas más representativas del cine histórico español centrado en el hecho de la Guerra Civil. Representa la heroica resistencia del Coronel Moscardó con un nutrido grupo de personas en el Alcázar durante casi tres meses de asedio hasta su liberación con la llegada a Toledo del ejército nacional. Es un film que encierra todos los tópicos del nacional-catolicismo y del cine falangista. Realizado por el director italiano Augusto Genina en 1940 e interpretado por el actor de turno Rafael Calvo, con la asesoría de los Tenientes Coroneles José Carvajal Arrieta y Ricardo Villalba Rubio, representó desde su filmación uno de los títulos más destacados de la filmografía nacional.

La película se inicia con unos planos generales del Alcázar visto desde diferentes puntos de vista. La cámara con un enfoque vertical de abajo arriba potencia la grandiosidad del edificio que será lugar de la acción posterior. El monumento, símbolo del heroísmo y de la grandeza del alma española, es visto y enfocado desde diferentes tomas para potenciar su imagen y su sentido. Inmediatamente, la cámara enfoca el interior de la Academia Militar, donde un capitán, el capitán Villalva, interpretado por el actor Rafael Calvo, pasa revista a una compañía de la guarnición. En ese momento, entra el Coronel Moscardó, quien arenga a los militares con las siguientes significativas palabras: “Antes de todo está la bandera que representa la patria”. La simbología del inicio del film es profunda y pertinaz. El Alcázar representa en pequeño la realidad de España, simbolizada por la bandera y defendida por el ejército. Si en este encuadre simbólico el Alcázar es el cuerpo, el ejército es el espíritu. España-Alcázar se nos presenta como un lugar de gloria por ser un espacio de lucha, entrega generosa, heroísmo y muerte.

Son vísperas del levantamiento militar. Los soldados se preparan para disfrutar de las vacaciones. En este contexto, se introduce una segunda línea temática de carácter emotivo-personal: los amores del cadete Antonio con su novia Conchita y la presencia de Carmen, joven caprichosa, exigente y un tanto ligera, amiga de Conchita, que se sentirá atraída por el capitán Villalva. Se relaja la tensión del tema militar para hacer su presencia el tema amoroso.

A continuación existen una sucesión de breves y rápidas secuencias, basadas en noticieros de la época: la situación crítica de España, las palabras de Calvo Sotelo en el Congreso y el anuncio del levantamiento militar en África. Recreado el ambiente de crispación social y

de tensión política, el grupo de militares se dirige al Alcázar, mientras miles de milicianos se manifiestan en la calle.

El coronel Moscardó, después de negarse a entregar un envío de armas a sus jefes de la capital, declara el estado de guerra, dictando la orden de juicio sumarísimo de guerra a quien se oponga a su decisión. En secuencias sucesivas, se ofrece las imágenes que revelan el incremento de civiles y militares que llegan al Alcázar. Desde el interior de la Academia Militar se preparan para la defensa. Se inicia un primer ataque a gran escala contra el Alcázar, ataques sucesivos que se van incrementando en fuerza. Sólo existe una consigna: defensa hasta las últimas consecuencias: “El Alcázar no se rinde”.

Ante la heroica defensa de los sitiados, el ejército republicano asume otras estrategias más sutiles: el chantaje. Se juega con la sensibilidad de las personas, amenazando a mujeres y familiares. El hijo del coronel es fusilado ante la negativa de Moscardó de rendir la plaza.

Se recrudecen los ataques, manteniendo un fuerte espíritu de resistencia. El hospital se llena de heridos. Las bajas aumentan. La situación es cada vez más delicada. Los alimentos escasean. La situación es crítica. Se impone entre los sitiados el espíritu numantino: morir antes de rendirse.

En este contexto de lucha y muerte, la segunda línea temática sigue su curso. El capitán Villalva se declara a Carmen, quien, a lo largo del asedio, ha cambiado de conducta. Ahora es una abnegada enfermera con un comportamiento tan heroico y entregado como el resto de los asediados. Plantean un futuro compartido si salen bien del asedio. El cadete Antonio es vilmente asesinado por una bala miliciana en unos momentos de tregua. Su novia Conchita se acoge a la fe y al providencialismo del destino.

Cuando la situación es límite, hay una embajada del ejército republicano que solicita una entrevista con el coronel para evitar una masacre. Deciden evacuar a los niños y mujeres sin que ello suponga la rendición del Alcázar. Los sitiados piden la presencia de un sacerdote. El sacerdote celebra una misa solemne, imparte la absolución tras una confesión general, da la comunión y celebra el matrimonio entre Antonio y Conchita *in articulo mortis*. Tras este intervalo religioso, salen del Alcázar las mujeres y los niños. Tras la salida de éstos, una gran detonación destruye gran parte del Alcázar. Ha explotado una

potentísima mina. Se inicia una defensa sobrehumana en medio de las ruinas de la fortaleza. Tras varios días de defensa, cuando la situación ha alcanzado cotas de heroísmo supremo pero de imposibilidad de mantener la resistencia, llegan las fuerzas nacionales que liberan a los sitiados.

La última escena de la película es el parte del Coronel Moscardó al general Varela con la célebre frase: “Sin novedad en el Alcázar”, frase que sirve de título a la película, que es símbolo y expresión de una de las gestas más célebres de la Guerra Civil.

La película de Augusto Genina no es solo la narración de una gesta militar. Es básicamente la radiografía de una guerra y de unos combatientes enardecidos por los ideales de Dios y de España. El espíritu castrense y el espíritu religioso dominan toda la cinta, humanizada a través de pequeñas cuñas por los sentimientos de amor de los protagonistas. El film está organizado bajo un claro sistema maniqueísta de *buenos* y *malos*, típica estructura de las películas de acción y de guerra. Los buenos están representados por el ejército sublevado y por aquella parte de la población que se une a estos militares. Domina entre éstos un espíritu de entrega y heroísmo más allá de lo razonable. La razón de jerarquía y obediencia organiza sus conductas. Los valores de Dios y Patria son los ideales que justifican su sacrificio y determinan su voluntad. Los representantes más claros de este comportamiento son el coronel Moscardó y el capitán Villalva. El ejército republicano, salvo la escena del comisionado que dialoga con Moscardó para evitar la masacre de inocentes y reconoce abiertamente el valor y la heroicidad del coronel, aparece en todo momento como una horda de salvajes sin ley y sin autoridad. Este tratamiento de masa sin sentimientos los degrada hasta extremos límites. Los milicianos aparecen, las veces que tienen presencia en la cinta, como unos sucios y descuidados, borrachos, con afán de sangre y venganza, incapaces de honor y de humanidad por su inclinación al mal y a la traición. La presentación de ambos mandos con las características mencionadas es la típica que ofrece la cultura oficial.

Junto a esta oposición de valores protagonizados por ambos grupos, se encuentra el valor simbólico de la música. A lo largo de la película, como fondo sonoro, resuenan constantemente música militar y compases de música folklórica. Sin embargo, a mitad de la película y al final, cuando les llegan noticias de que los suyos avanzan victoriosamente y cuando las tropas nacionales llegan a Toledo en ayuda de los sitiados, suena con un alto

tono el himno falangista del “Cara al sol”. Son dos momentos clave en la recepción de la película con un clímax límite. El auditorio es abducido por la fuerza de la acción y por el simbolismo del ambiente.

Otra escena de alto valor significativo es la celebración litúrgica, -misa, confesión y comunión-, de todos los sitiados, proclamando en medio de una situación extrema su voluntad de sacrificio en nombre de la religión y de la patria. Desde todos los puntos de vista, la película de Genina *Sin novedad en el Alcázar* es expresión inequívoca del cine histórico según los presupuestos ideológicos del nacional-catolicismo.

Cine ideológico.-cine religioso-moralista: *La herida luminosa*

Junto al cine histórico, se encuentra un cine religioso de signo moralista. Con este tipo de cine ideológico se incide en temas centrales de la doctrina del nacional-catolicismo en su variante ética y doctrinal. Con frecuencia son películas que parten de situaciones problemáticas en las que el protagonista vive momentos de duda y de desorientación espiritual hasta que la realidad misma de la vida o de la historia le abre los ojos y le hace tomar conciencia de la verdad, con la que se compromete plenamente. Un ejemplo perfecto de esta temática de cine moralista y religioso es *El frente infinito* de Pedro Lazaga (1956). Una variante de este cine se verifica con el arranque de una conducta o de una situación de desvío o de fractura moral para terminar, a través de un camino de reconducción moral, a un estado de plena ortodoxia. Un ejemplo perfecto de esta línea temática de cine religioso-moralista es la película *La herida luminosa* de Tulio Demicheli (1956). Este sistema fílmico que va temáticamente de la perplejidad a la seguridad o bien de la perdición al encuentro, símbolo claro del itinerario que discurre desde el pecado a la gracia, intensifica con toda su fuerza los valores sagrados de la ética y de la religión. Al final, todo acaba como debe ser. Moralmente se proclama un final feliz. La “apoteosis” de la película proclama la verdad y el sentido de los valores y de los principios del nacional-catolicismo. Cabe hablar, como hace Álvaro Cunquero, de la moralidad en el cine (*Primer Plano*, nº 60, 7 de diciembre de 1970) o bien del “Imperio de lo espiritual en el cine” (*Primer Plano*, nº 114, 20 de diciembre de 1942).

Como ejemplo de esta línea temática se opta por la película *La herida luminosa* (1956) dirigida por Tulio Demicheli y protagonizada por Arturo de Córdoba y Amparo Ribelles.

Película de ritmo muy lento, pero de gran carga ideológica. Ernesto Molinos, -Arturo de Cordoba-, cardiólogo de fama internacional, se halla casado con Isabel, -Amparo Rivelles-, mujer de profundas convicciones religiosas y de moral intransigente y formalista. Opuestamente, Ernesto Molinos es una persona atea, quien, como tal, se siente ajeno de todo ritualismo religioso y se muestra contrario al pensamiento de la Iglesia. Las relaciones matrimoniales de la pareja no funcionan. Ernesto es infiel a su esposa. Isabel llega a conocer los amoríos de su marido, lo que le induce a romper la vida marital, aunque sigan manteniendo las formas externas para evitar el escándalo social. La alternativa de la separación es imposible por no existir en la España de los cincuenta el divorcio. Desde ese momento, Isabel, al margen de su marido, vive entregada plenamente a la vida religiosa, a los menesteres del hogar y al cuidado de su hijo, Andrés, -José María Rodero-, cardiólogo, como su padre, de brillante porvenir. Las primeras escenas revelan claramente el estado de perdición moral en el que se encuentra el protagonista y la postura un tanto cínica y convencional de la esposa. Se plantea la desviación de los dos miembros del matrimonio Molinos.

Ante el abandono marital de su mujer, Ernesto busca el amor en una joven y atractiva sobrina, Adelita, quien, enamorada desde niña del doctor, le exige la ruptura con su mujer. Isabel, dando más importancia a la opinión que a los sentimientos, le niega la separación. Sin divorcio previo la unión con la joven se hace imposible. Si quieren seguir adelante con las relaciones tienen que buscar un remedio expeditivo. Sólo queda el asesinato. Entre Ernesto y la joven urden un plan para acabar con Isabel. Aprovechando las enfermedades psicológicas de Isabel, que le obligan a la toma permanente de medicamentos, Ernesto le prepara unas pastillas mortales. La noche del asesinato, cenan los tres en la casa del matrimonio. La toma de las pastillas mortales será a las once. Un poco antes de esa hora la sobrina abandona la casa. La desviación llega a extremos límite.

Cuando van a dar las once e Isabel se dispone a tomar la medicación, una llamada telefónica anuncia a Ernesto el accidente mortal de Adelita. No hay razón para el asesinato. Ernesto impide a su mujer la ingesta de las pastillas, dándose Isabel cuenta de las pretensiones homicidas de su marido.

Mientras estas secuencias suceden, se sabe que Andrés, persona con problemas cardíacos serios, ha entrado en el seminario para hacerse sacerdote. Para Ernesto, la renuncia de su

hijo a una brillante carrera médica por hacer realidad una pretendida vocación es una deshonra. Le achaca a Isabel esta humillación y le hace sentir un rechazo aún más drástico hacia la Iglesia y sus representantes. La oposición entre Isabel y Ernesto es frontal. El intento de homicidio aumenta aún más el antagonismo. En este momento de máxima tensión, el hijo toma por primera vez parte activa, quien achaca a la madre su mojigatería y su egoísmo, intentando reconciliar a sus padres o, por lo menos, buscar el perdón y la comprensión entre ellos. En ese momento, circunstancias de alta emoción, Andrés sufre un ataque al corazón y muere en los brazos de su padre. Ernesto, quien había querido siempre a su hijo, siente una profunda angustia que le hace reencontrarse a sí mismo y, por primera vez, siente la llamada de Dios. Este agudo dolor de padre ante la muerte del hijo le hace vislumbrar la luz de la fe. La desviación inicial ha evolucionado a un estado de contrición como consecuencia del dolor sentido por la muerte del hijo. De ahí el título de la película: la herida luminosa.

La película termina con la súplica por parte de Ernesto hacia Isabel para que ésta le enseñe a rezar. La última secuencia es un crucifijo y una vela encendida frente a una ventana que descubre unas ramas de almendro en flor. Es el símbolo del renacer a la luz a través del sacrificio y del dolor. Moralmente, la película ofrece un “final feliz”.

En la película, de naturaleza innegablemente melodramática, se exageran las situaciones más tensas para potenciar el cierre moralista del film. Ha tenido que morir Adelita, la joven sobrina prometida del doctor, para allanar la posible reconciliación del matrimonio y más tarde también muere el joven Andrés para que la pareja se aviniera y para que Ernesto volviera al redil de la fe religiosa. La apoteosis final de la película crea un clímax de alta tensión con las muertes de Adelita y de Andrés, con la recuperación de la fe por parte de Arturo y con la concesión del perdón de Isabel. *La herida luminosa* ejemplifica, junto a la muerte ocasional de la joven Adelita, el sacrificio de una persona buena e inocente para solucionar los problemas de fe y de orgullo de sus progenitores. La luz y el crucifijo simbolizan la nueva religión de la pareja que renace, almendro en flor, para una nueva vida llena de futuro y de nuevas promesas, rama florida del almendro. *La herida luminosa* es una película moralista, en la que terminan venciendo los principios de la unidad sagrada del matrimonio y de la fe redentora sobre el mal y el pecado.

Cine total – cine de síntesis: *Raza*

Dentro del elenco del cine del nacional-catolicismo, existe un grupo de películas que sintetizan en su acción los símbolos temáticos del cine oficial. Como diría Francisco Franco en el discurso del 8 de diciembre de 1942 al constituirse el III Consejo Nacional de FET y de las JONS: “La solución española funde lo social con lo nacional bajo el imperio de lo espiritual” (*Primer Plano*, nº 114, 2º de diciembre de 1942). Esta síntesis de valores de lo social-moral, lo patriótico y lo espiritual es expresión inequívoca del pretendido cine del nacional-catolicismo, siendo la película *Raza* (1941) su símbolo y expresión más cabal. La película de José Luis Sáenz de Heredia compendia a la perfección todas las líneas temáticas y todos los tópicos ideológicos del cine franquista. No es casualidad que el guión fuera escrito por Jaime de Andrade, pseudónimo de Francisco Franco. *Raza* es un film de trasfondo histórico con un fuerte sustrato moralista y religioso. Por estas razones, *Raza* representa fielmente el cine ideológicamente “total”.¹³²

La presentación del cuadro técnico ofrece como pantalla de fondo toda una serie de cuadros y motivos de la armada española desde el descubrimiento de América hasta finales del S. XIX. La obertura del film es un canto de exaltación de la marina española a lo largo de sus cuatrocientos años de historia. Funde, de esta manera, el pasado y el presente históricos a través de los hechos gloriosos de la historia de uno de sus cuerpos militares.

Raza presenta una división en cuatro partes. La primera cabe ser denominada como “La guerra de Cuba” acaecida en 1898; la segunda, “preámbulo de la gran guerra” es una secuencia que tiene lugar en 1928 y funciona como elemento puente entre la Guerra de Cuba y la Guerra Civil; la tercera, la Guerra Civil, se centra en el acontecer bélico de la sublevación militar en 1936 y de la guerra entre las dos Españas; finalmente, la cuarta parte, la victoria, se centra en 1939 en el Desfile de la Victoria de las fuerzas nacionales.

¹³² Si se compara con la generalidad de las películas oficialistas de la época, *Raza* es una película de cierta dignidad en su realización. Película patrocinada por el Consejo de la Hispanidad, fue la gran apuesta del cine franquista. El primer fotograma del filme ofrece la siguiente leyenda: “La gran superproducción española”. Era una película que debía estar a la altura de su guionista. Por ello, pudo contar en una época de fuerte carestía con todos los medios materiales posibles. Igualmente, tomaron parte lo más granado de los actores del momento: Alfredo Mayo, Ana Mariscal, José Nieto, Julio Rey, etc. El resultado final fue una película aceptable dentro de la gran pobreza, medianía si se quiere, del cine español de la época.

La primera parte, la guerra de Cuba, narra la historia de la familia de los Churruca Acuña, una familia de tradición militar-marinera. Los padres, Pedro (Julio Rey), comandante de corbeta, e Isabel Acuña (Rosita Mendía) forman un matrimonio modélico, ya que en ellos se da el compendio de todos los valores y de todas las virtudes de la familia de la época. Pedro Churruca, el marido, es el marido amante y fiel, un patriota abnegado hasta la heroicidad, un padre recto y complaciente, un hombre religioso y de fuertes convicciones morales. Su vida es la mar y la familia, razones físicas y espirituales, donde se realiza como persona y como militar. Representa, como buen militar, la mística del deber y de la entrega. Isabel Acuña de Churruca es la mujer abnegada y sacrificada, plenamente entregada a la educación de sus hijos y sumisa ante las obligaciones de su marido. Es madre solícita y recta y, como su marido, profundamente religiosa. Es representación de los principios de esposa y madre. Vive para y por su familia y su espacio vital es la casa-hogar. Las primeras escenas de la película presentan a través de una sucesión de breves escenas la personalidad de este matrimonio, que se rige por los principios de religión, patria y familia.

Los Churruca Acuña pertenecen a una clase social media alta como lo atestiguan la casa-torre donde viven y el ambiente de confort material que les rodea¹³³. La familia posee un abolengo ilustre, ya que por parte de padre descende de la rama de Cosme Damián Churruca, héroe en la batalla de Trafalgar, y por parte de madre de una ilustre familia gallega, cuya expresión de su importancia social es la casa-torre, donde viven¹³⁴.

La familia Churruca-Acuña tiene cuatro hijos, tres varones y una chica, que representan en sus conductas las diferentes líneas del ser español. José, el mayor, Jaime, el menor, e Isabel, la única chica, simbolizan las diferentes caras del nacional-catolicismo. José es un militar de corte fascista, fiel sucesor y representante de su padre. Jaime será un sacerdote, entregado a la caridad, que morirá mártir de la fe. Isabel es la esposa fiel y ejemplar, compendio de todas las virtudes de la genuina mujer española. Los tres representan, cada uno desde su posición, el espíritu de la España oficial. Pedro, a su vez,

¹³³ Una de las contradicciones de la película se da precisamente en este plano. La mujer, Isabel Acuña, habla en diversas ocasiones de las carencias económicas de la familia de un militar, cuando ellos se distinguen por la abundancia material.

¹³⁴ La sangre vasca y gallega confluye en los miembros de la familia. Por otra parte, tal como cuenta el padre en una de las primeras escenas de la película, el alma de los Churruca se relaciona íntimamente con el espíritu de los almogávares, soldados aragoneses-catalanes, “guerreros elegidos, los más representativos de la raza española: firmes en la pelea, ágiles y decididos en el maniobrar”. Como afirma don Pedro, nunca fallan, cuando llega la ocasión. Lo catalán-aragonés se funde con lo vasco-gallego.

representa la antítesis de sus hermanos y de los valores familiares. Es egoísta, interesado y tramposo. Encarna en su ideología y en su carácter los rasgos definitorios de la España republicana. La organización familiar aparece representada por toda una serie de rasgos antitéticos según la España que representan. El idealismo de los primeros se opone al materialismo del segundo. La entrega generosa y heroica de José, Jaime e Isabel se contraponen al oportunismo y al materialismo de Pedro. La caridad y la solidaridad de los primeros se enfrentan al egoísmo y al interés del otro miembro familiar. Dos tipos de conductas enfrentadas para representar el alma de las dos Españas.

La llegada del padre de uno de sus largos viajes es el gran acontecimiento familiar. La familia vive con alegría y alborozo la llegada inminente del progenitor, a quien van a recibir en el puerto¹³⁵. Ya en casa, con un compañero de armas, revela sus más secretos problemas y sus más arraigadas convicciones: España vive un estado de fuerte relajación moral. La masonería, a su vez, siempre siguiendo órdenes del extranjero, de los eternos enemigos de España, está ganando terreno en todos los planos de la vida nacional. Las obsesiones del general Francisco Franco, guionista de la película, se hacen presentes desde el inicio del film.

El descanso en la casa familiar termina pronto. El capitán Churruca es destinado a Cuba al mando del crucero Vizcaya. No hay otra salida que la de dar respuesta a la cada vez más preocupante situación creada en la isla caribeña por instigación de intereses extranjeros. La despedida del capitán es un reclamo del deber militar. No hay efusiones amorosas, simplemente una despedida de expresión cariñosa. El deber militar y la resignación cristiana gobiernan los actos y los sentimientos del matrimonio. España está por encima de la familia y el deber por encima del amor. Obediencia, entrega y sacrificio son las virtudes máximas de un militar y de un buen español.

El lema de los marinos españoles ante una fuerza naval americana muy superior es muerte o victoria. No hay situaciones intermedias. En el espíritu de la marinería cabe la derrota heroica, lo que nunca se contempla es la vergüenza de la rendición o del comportamiento cobarde. El enfrentamiento con la armada norteamericana es una lucha destinada a la

¹³⁵ El encuentro es feliz, pero esta alegría se rompe en seguida, cuando tiene que dar la noticia a un viejo marino de la muerte de su nieto, exponiendo como explicación del luctuoso hecho la razón del deber militar: “la patria llama a los más valientes” y esa llamada en ocasiones es una exigencia de muerte. La doctrina de la entrega por Dios y por la patria se expone desde los primeros fotogramas.

derrota y a la muerte, pero también a la gloria y al honor de la patria. Pedro Churruca muere heroicamente en la guerra de Cuba. Su último acto es el beso de despedida dado a la medalla entregada por su mujer antes de la partida. Así hace realidad el lema de que el deber militar es entrega hasta la muerte en nombre de Dios por la gloria de España. Pedro Churruca representa el ideal del hombre ejemplar del nacional-catolicismo.

La segunda parte, secuencia bisagra entre las guerras de 1898 y 1936, se centra en una anécdota familiar: el matrimonio de Isabel Churruca con el capitán del ejército Luis Echeverría. La acción tiene lugar en la casa familiar en el año 1928. Han transcurrido veinte años desde la secuencia de la guerra de Cuba. Los niños se han hecho hombres y las cualidades personales que anunciaban en la niñez se han confirmado, incluso incrementado, en la madurez. José es un militar con un fuerte espíritu patriótico, identificado con la ideología fascista. Pedro acentúa su forma de ser interesada y egoísta, aspecto que queda claro cuando exige la legítima para sufragar los gastos de su carrera política. Mientras José representa el espíritu de la España fascista, Pedro personifica el ser de la otra España. José y Pedro representan el alma nacional de las dos Españas¹³⁶. La pelea de los dos hermanos, separados por la madre, ofrece unas connotaciones significativas plurales: es expresión de dos formas de ver y de concebir la sociedad, es símbolo de la ruptura familiar y es, igualmente, presentación anticipada de la confrontación militar posterior. La familia Churruca testimonia un sentido social y político, planteando, junto al dilema familiar, el problema de la división social de la nación y de la confrontación ideológica de las dos Españas. Jaime representa la vida religiosa. En este contexto, José, Isabel y Jaime, personajes representativos del patriotismo militar, de la religión y de la familia se oponen en su conducta y en sus valores a Pedro, que encarna los valores más negativos del materialismo histórico. Los ideales nacionales se oponen a los principios republicanos.

A partir de este momento, siguiendo la técnica que ha empleado en la primera parte para ofrecer el comportamiento heroico de la armada española frente a la americana, se ofrece una superposición rápida de cuadros y escenas que refleja la situación de caos y anarquía en la que se ve envuelta la sociedad española. De una temática familiar se ha pasado a un

¹³⁶ La manipulación ideológica de la película es incuestionable. José se recubre de virtudes positivas, -patriotismo, espiritualismo, espíritu de deber y de sacrificio-, y Pedro se identifica con valores claramente negativos, -materialismo, oportunismo, interés personal. Sus respectivas conductas frente al dinero, la familia y la sociedad así lo vienen a demostrar. Por estas razones, José resulta para el espectador una figura atractiva y Pedro un personaje repulsivo. Se ha planteado un claro maniqueísmo de enfoque y de valoración.

planteamiento de proyección político-nacional. Igualmente se nos ofrece las ideas encontradas entre los grupos ideológicos dominantes de la escena política nacional. En la España del momento, como demuestran los múltiples fotogramas, todo es confusión, anarquía, enfrentamiento y falta de comunicación. La suerte de España ofrece un trágico destino por esa falta de entendimiento y por esa confrontación de valores encontrados.

La muerte de la madre, tal como se ofrece en una de las imágenes, no sólo significa la ruptura definitiva de la unidad familiar, sino también el trágico desgajamiento de la unidad nacional. España es una nación rota y enfrentada, como la familia de los Churruca. La división y la desunión son los rasgos constitutivos que definen la nación española y a la familia Churruca. Los Churruca simbolizan la compleja realidad española. Es, en definitiva, la oposición frontal entre la España republicana y la España fascista.

Sin rupturas en la continuidad temática, jugando con la superposición de imágenes, se pasa a la tercera parte de la película: la Guerra Civil. Se da un salto cronológico desde 1928 hasta 1936. El caos y la anarquía reinantes conducen inevitablemente a la confrontación militar. El golpe militar es un hecho necesario, hasta una obligación de buen patriota, para acabar con el desorden social dominante. Inicialmente, la situación es muy confusa. El levantamiento militar ha triunfado sólo en algunos lugares muy concretos de Madrid. Estos núcleos de afirmación nacional quedan aislados y las comunicaciones telefónicas cortadas. Tampoco pueden contactar con el exterior, especialmente con Pamplona y Sevilla, focos del levantamiento militar. Se van creando auténticas islas insurrectas sin contacto con el exterior. El alto mando del ejército nacional precisa entrar en contacto con los sublevados del cuartel de la Montaña, cuya resistencia está dirigida por el general Fanjul.

José, fiel a sus ideales, se presta voluntario para la arriesgada misión de entrar en contacto con los militares amotinados. Con su decisión demuestra ser un digno representante de la familia Churruca y de lo más noble del alma española. Vestido de miliciano, se infiltra en las filas enemigas. Para dar más verismo a su representación, se arriesga hasta caer herido por las balas de sus propios compañeros. Cuando es atendido en la enfermería, se le cae, sin percibirlo, la carta que llevaba al general Fanjul. La treta es descubierta. Se descubre su

verdadera identidad. Es juzgado y condenado a muerte¹³⁷. Su grito final ante el tribunal es: “mi sangre es de España”. La suerte está decidida.

Antes del fusilamiento, en el interior de la checa, José es atendido espiritualmente por un sacerdote que oculta en sus vestidos de civil su personalidad religiosa. Le bendice y le absuelve. José está preparado para morir. Es fusilado, revelando su heroísmo y su bravura al exigir un fusilamiento con los ojos sin vendar y en posición de frente al pelotón. Sin embargo, José no muere. Aunque en estado crítico, mantiene el calor de la vida, tal como descubre Mari Sol, su joven enamorada, después de llevarlo a su hogar.

A través de un cambio de enfoque, propiciado por la conversación de Mari Sol con el médico que atiende a José, la acción se centra en Barcelona, lugar de destino de Pedro y de Jaime. Éste último se va a convertir en eje de la acción dramática, haciendo realidad la sospecha de Mari Sol. El convento no es sólo hogar de una familia religiosa, sino muy especialmente asilo de niños enfermos, a quienes los frailes solícitos cuidan y atienden con auténtica entrega. El asilo-convento es atacado por los milicianos, quienes profanan todos los objetos sagrados de culto y fusilan a todos los miembros de la comunidad. Jaime muere bajo las balas de los milicianos. Previamente, Jaime, conocedor de la presencia de su hermano Pedro en Barcelona, le llama, no para pedir ayuda para él y sus compañeros, sino para proteger a todos los niños desvalidos de los que se hacían cargo hasta ese momento. Jaime y sus compañeros de orden mueren como verdaderos cristianos, testimoniando su condición de auténticos mártires de la causa y de la religión. Mientras los religiosos adquieren una aureola de santidad, los milicianos se revelan como auténticos criminales sin piedad ni atisbo de humanismo.

La acción retorna a Madrid y José vuelve a ser el centro de atención de la cámara. Sus amigos le preparan el paso a la zona nacional. Restablecido de sus heridas y con una identidad nueva, Dámaso Fernández, consigue pasar a la zona nacional, donde es recibido con auténtica efusión como si se tratara de un verdadero héroe.

¹³⁷ En esta secuencia se encuentra otro de los supuestos despistes que revela la película. A lo largo de todo el film el enfrentamiento entre soldados republicanos y soldados nacionales se ofrece a través de un marcado maniqueísmo de valores y principios. Los representantes de la República se caracterizan por una maldad límite, mientras los nacionales encarnan todos los valores positivos. Sin embargo, en esta secuencia, cuando los milicianos arriesgan su vida por rescatar a José herido están ofreciendo un carácter de honda solidaridad y de profundo humanismo. Son capaces de arriesgar la vida por salvar la de su camarada. El maniqueísmo se rompe y, a pesar de las apariencias, los milicianos revelan profundas cualidades humanas. Es el peaje semántico que se debe pagar para mantener la lógica de acción.

Ya en el lado nacional, pregunta por su cuñado Luis. Esta pregunta permite cambiar de enfoque y centrarse en el nuevo espacio del frente norte, en las cercanías de Bilbao, donde se encuentra Luis, al mando de un cuerpo del ejército, y, a pocos kilómetros del frente, en la capital vizcaína, se halla su mujer con sus dos hijos. Luis Echeverría está pasando por un mal momento emocional. Sufre una fuerte crisis de identidad. Echa angustiosamente de menos a su mujer y a sus hijos. No puede superar el trauma de la separación. Está decidido a desertar y pasarse al enemigo con tal de reunirse con su familia.

Luis ejemplifica un comportamiento diametralmente opuesto al de su cuñado José. Éste, por España y por la victoria militar, ha sido capaz de llegar a las últimas consecuencias: arriesgar heroicamente la vida y abandonar a la persona amada. El deber militar está siempre por encima de los sentimientos. Luis, obcecado por la lejanía de sus seres queridos, está a punto de valorar el sentimiento familiar por encima del deber patriótico. Esta conducta no es la propia de un auténtico soldado de España. Como español y como capitán del ejército tiene la obligación de sacrificar todo, incluso a su propia familia, por el éxito de la patria. Su posible deserción habría significado una infame traición a España y a su condición de militar.

Un auténtico soldado, especialmente un oficial, de la España franquista, no puede ser un desertor y, mucho menos, un traidor a la causa. Cuando está a punto de pasarse al enemigo, llega su cuñado y le hace ver el error de su comportamiento. Habría traicionado a España y habría sido un cobarde a los ojos de su mujer. El capitán Luis Echeverría toma conciencia de su error, valorando la razón del patriotismo sobre el principio de la familia. Un soldado de España puede dudar, nunca puede caer. Sin embargo, la crisis emocional de Luis tiene una rápida solución. En un lapso breve de tiempo, los nacionales toman Bilbao y la familia se reúne nuevamente entre risas y cantos. Reunidos Isabel y José con el resto de la familia Echeverría surge entre ellos el recuerdo de sus otros dos hermanos, dando gracias a Dios por “haber salvado al bueno” y para que convierta “al malo”. Este breve diálogo posibilita un cambio de enfoque, llevando la acción nuevamente a Barcelona, donde sigue Pedro en un alto cargo militar.

El frente norte ha caído. Ahora se prepara la ofensiva del frente aragonés-catalán. Pedro es pieza importante en el nuevo campo de operaciones. Como miembro del Estado Mayor del

ejército republicano, por sus manos pasa toda la estrategia de ataque y defensa del frente aragonés. Su situación y su actuación son clave para la suerte del bando republicano.

Sin embargo, algo empieza a suceder en el fuero interno de Pedro. Las convicciones del pasado a favor de la República empiezan a flaquear. Un miliciano le especta a la cara que un Churruca no puede servir dignamente a la República. Posteriormente, una mujer, viuda de un héroe de guerra, le pide claramente que traicione a los suyos y que se pase al bando nacional, entregando los planos de la defensa del frente aragonés. Después de muchas dudas y cavilaciones, entrega los planos.

La sangre de un Churruca nunca puede ser traidora a la causa. Por circunstancias ha podido ser arrastrada hacia conductas ajenas a su condición y a su familia. Pero la fuerza de la sangre y de los valores de la raza tiene imperiosamente que triunfar. Por eso, no puede mantenerse junto a quienes han asesinado a los suyos. El riesgo de la operación asumida limpia todas sus actuaciones pasadas. A partir de ese momento, Pedro es y se comporta como un miembro más de la familia Churruca y del ejército nacional. La sangre y la historia han vencido a las circunstancias. Todo Churruca será un héroe, como lo fueron todos sus antepasados.

La operación no obtiene los resultados apetecidos, ya que el plan es descubierto y los planos son recuperados por los milicianos. El descubrimiento de la traición implica la pena de muerte. Pero, para estas alturas de la contienda, la suerte está ya echada. Como valientemente afirma Pedro a sus antiguos camaradas de partido: la victoria ya no es cuestión de planos o de armas, sino de verdad y de entrega. Según Pedro, los nacionales poseen todos los resortes de la victoria, porque en ellos está “la semilla superior de la raza”. Aunque no se vea en la película, se deduce que Pedro es ajusticiado con el cargo de alta traición. Pedro es una víctima más de esta cruel guerra. Pero gracias a Pedro y a otros muchos héroes, la guerra termina con la toma de Madrid.

Las últimas escenas representan el desfile de las tropas victoriosas por las calles de Madrid, presidido por el General Franco. Los Churruca toman parte en el desfile. Ellos han sido la semilla de la nueva España.

No hay ni una sola escena en toda la película que no esté cargada de simbolismo ideológico en la línea más pura de la doctrina del nacional-catolicismo. La película se centra en dos hechos históricos de significado especial en la historia política de España: 1898 con la Guerra de Cuba y 1936-1939 con la Guerra Civil. La primera está protagonizada por el padre de la familia y la segunda por los hijos. Entre ambas, sin embargo, a pesar del tiempo transcurrido y de las apariencias distintas que ofrecen, hay un continuismo reiterativo de situaciones y sentidos. Ambas guerras son luchas de la verdadera España contra fuerzas extrañas y foráneas, ya se llamen éstas masonería o comunismo. Estas fuerzas son los enemigos reales de España que buscan su perdición y su derrota.

En la Guerra de Cuba, España sufrió una fuerte derrota, perdiendo sus últimas colonias de un amplio imperio universal. Fue el fin de una etapa histórica. Sin embargo, fue una guerra heroica contra fuerzas muy superiores. En el espíritu español cabe la derrota heroica, lo que no tiene lugar es la cobardía o bien la vergüenza de la rendición. De esta historia anterior, sólo se mantienen vivos el orgullo de ser español y la voluntad de una acción heroica. Todo lo demás fue derrota y dolor.

Esta pugna contra las fuerzas del mal se vuelve a hacer realidad en la Guerra Civil. Nuevamente se impone una situación límite en la que se ponen a prueba el alma genuina de España y el corazón noble de los españoles. En la guerra se actualiza de manera inequívoca la realidad de las dos Españas. Los hermanos Churruca en la Guerra Civil, como el padre en la guerra de Cuba y como miles de españoles en ambas guerras, hacen realidad con su entrega y con su sangre la victoria definitiva de España frente a las fuerzas enemigas, proclamando una nueva España con un esplendoroso futuro. Renace con toda su fuerza el nuevo espíritu imperial de la raza y de la patria.

El desfile de la victoria sintetiza toda la simbología precedente e incorpora nuevos elementos como el mito del caudillaje, el papel protagonista del ejército en la victoria final y en el nacimiento de la nueva España, el ideal de imperio representado por el pueblo general, etcétera. El desfile de la victoria, presidido por el general Franco, simboliza el nuevo amanecer para la historia de España y la consagración de un pueblo destinado para grandes hazañas. *Raza* es expresión y síntesis de todos los símbolos y mitos del nacional-catolicismo.

* * * *

Cuadro de los principales títulos de la cinematografía nacional-católica.

Título	Director	Año
<i>A mí la legión</i>	Orduña, Juan	1942
<i>El abanderado</i>	Fernández Ardavín, Eusebio	1943
<i>Agustina de Aragón</i>	Orduña, Juan	1950
<i>Alas de paz</i>	Parellada, Juan	1942
<i>Alma y nervio de España</i>	Martínez Arboleya, Joaquín	1937
<i>Balarrasa</i>	Nieves Conde, José Antonio	1950
<i>Boda en el infierno</i>	Román, Antonio	1942
<i>Dos caminos</i>	Ruiz Castillo, Arturo	1953
<i>El crucero Baleares</i>	Campo, Enrique del	1941
<i>El espíritu de una raza</i>	Sáenz de Heredia, José Luis	1950
<i>El frente infinito</i>	Lazaga, Pedro	1956
<i>El santuario no se rinde</i>	Ruiz Castillo, Antonio	1949
<i>El tambor de Bruch</i>	Iquino, Ignacio F.	1947
<i>Escuadrilla</i>	Román, Antonio	1941
<i>España heroica</i>	Reig, Joaquín	1941
<i>Eugenia de Montijo</i>	López Rubio, José	1944
<i>Franco, ese hombre</i>	Sáenz de Heredia, José Luis	1964
<i>Frente de Madrid</i>	Neville, Edgar	1939
<i>Fuenteovejuna</i>	Román, Antonio	1947
<i>Harka</i>	Arévalo, Carlos	1941
<i>Inés de Castro</i>	Barros, L. Y García, A.	1944
<i>La fe</i>	Gil, Rafael	1947
<i>La fiel infantería</i>	Lazaga, Pedro	1959
<i>La guerra de Dios</i>	Gil, Rafael	1953
<i>La mies es mucha</i>	Sáenz de Heredia, José Luis	1948
<i>La muralla</i>	Lucía, Luis	1958
<i>La Señora de Fátima</i>	Gil, Rafael	1951
<i>Legión de héroes</i>	Seville, A. y Fortuna, Juan	1942
<i>Locura de amor</i>	Orduña, Juan	1949
<i>Los últimos de Filipinas</i>	Román, Antonio	1945
<i>Misión blanca</i>	Orduña, Juan	1946
<i>Morir en España</i>	Ozores, Mariano	1964
<i>Rapsodia de sangre</i>	Isas-Isasmendi, Antonio	1957
<i>Murió hace quince años</i>	Gil, Rafael	1954
<i>Raza</i>	Sáenz de Heredia, José Luis	1941
<i>Reina Santa</i>	Gil, Rafael y otros	1946
<i>Rojo y negro</i>	Arévalo, Carlos	1942
<i>Sin novedad en el Alcázar</i>	Genina, Augusto	1940
<i>Teresa de Jesús</i>	Orduña, Juan de	1962
<i>Tierra sedienta</i>	Rafael Gil	1945
<i>Un puente sobre el tiempo</i>	Merino, José Luis	1964
<i>Vía del Señor por tierras de España</i>	Sáenz de Heredia, José Luis	1940

* * * * *

V.- 6.- Medios audiovisuales de comunicación: NO-DO, Radio y Televisión

Aunque a primera vista parece que Nodo, radio y televisión deberían formar parte de los medios audiovisuales de comunicación, lo mismo que Nodo y televisión se deberían relacionar con el séptimo arte al ser en propiedad medios cinematográficos de difusión, se ha optado por esta división, por la separación del cine de los otros medios comunicativos, por razón de su naturaleza y de su función. La característica más importante que presentan el Nodo, la radio y la televisión frente al cine es el ser la voz y la imagen oficiales y directas del sistema. A través de estos medios de comunicación, el gobierno pudo ofrecer a todos los ciudadanos de forma abierta y única su doctrina y su interesada visión del mundo. El Nodo, la radio y la televisión fueron medios directos y francos, -en cuanto llegaban a un mismo tiempo a todas partes-, de comunicación y de ideologización¹³⁸. Este hecho explicaría la razón por la que el Gobierno en Decreto de 18 de enero de 1968 hizo que “Noticieros y Documentales Nodo” dependieran de la Dirección General de Radio y Televisión. Este estudio sigue esta misma línea de propuesta.

Todos los gobiernos, desde la monarquía hasta la dictadura, pasando por la República, fueron muy conscientes del poder adoctrinador y de la fuerza de control de masas que poseían todos los medios audiovisuales de comunicación. Estos medios se convierten en monopolio del gobierno desde su creación (Decreto de 27 de febrero de 1923). Este control oficial se refuerza hasta extremos límite con la sublevación de los militares africanistas en julio de 1936. El ejército sublevado, desde el primer día del levantamiento, como un objetivo bélico de suma importancia para la estrategia de la marcha de la guerra, asumió el control pleno de todas las emisoras de radiodifusión. Más tarde, con la misma filosofía y con idénticos propósitos, pasaron a manos del Estado tanto No-Do (1942) como Televisión (1956), en régimen de monopolio oficial, ya no como armas de guerra, pero sí como armas de adoctrinamiento y de dirigismo ideológico.

Frente a los medios de radiodifusión y televisión, el oyente o espectador, como afirma Manuel Vázquez Montalbán, se halla en un estado mental de pasividad plena, estando en

¹³⁸ La legislación sobre radio y televisión corre pareja, salvo pequeñas excepciones de especificidad del medio, a la que se da en el cine. Es una misma filosofía con una casi idéntica normatividad. Este hecho nos libera de tener que reiterar en cada uno de estos apartados las órdenes y normas de funcionamiento

una situación de hipnosis ante el poder telúrico que va actuando sobre su consciente (1973, p. 43) y, -añado-, sobre su inconsciente, consiguiendo o favoreciendo la socialización plena entre los receptores. Muy pocos son conscientes de esta realidad y, por tanto, muy pocos son capaces de escapar de sus redes de atracción e imposición ideológica. Se verifica un proceso de alienación personal a través de los mecanismos alienantes de información, formación y entretenimiento. “El destino de la mayoría silenciosa no es de comprender, sino aprehender los datos y conocimientos necesarios para integrarse dentro del orden dominante al servicio de los códigos de la verdad establecida “(Vázquez Montalbán, 1976, p. 16).

Los medios audiovisuales, -No-Do, Radio y televisión-, al servicio de los intereses dominantes, se convierten en mecanismos perfectos de atracción psicológica. Por eso, los gobiernos demuestran un interés extremo por su dominio y por su dirigismo. Quienes dominan estos medios tienen asegurado el control ideológico de las masas. El régimen franquista dominó y manipuló todos estos medios de forma permanente, interesada y con una alta eficacia.

V.- 6.-1.- No-Do: Noticiarios y Documentales

El mecanismo más perfecto de adoctrinamiento y de dirigismo cultural que ideó el Estado fue, sin lugar a dudas, la revista cinematográfica NO-DO, acrónimo de Noticiarios y Documentales. El No-Do fue una breve cuña cinematográfica de unos diez minutos¹³⁹ que se proyectaba de forma obligatoria en todos los cines españoles antes de iniciarse la proyección de la película programada. La proyección de los documentales No-Do estuvo en vigor desde el 1 de enero de 1943 hasta principios de 1976. Tuvo una vigencia de 33 años, tiempo en el que estuvo presente en todas las salas de cine de la amplia geografía peninsular

Como afirma José Ibáñez Martín: “El 17 de diciembre de 1942 se creo la entidad No-Do (Noticiarios y Documentales), a la que se confió, con carácter de exclusiva, la edición del Noticiario español, que vendría a sustituir a los extranjeros que hasta entonces se proyectaban en España. El Noticiario español era -había sido siempre- una necesidad

¹³⁹ Excepcionalmente el nº 1 tuvo una duración de veinte minutos.

hondamente sentida, pero todavía más en aquellos momentos en que el mundo se debatía en una contienda universal y cruenta” (1950, p. 777)¹⁴⁰. El texto de Ibáñez Martín propone dos importantes consideraciones. La primera hace referencia a la falta de un noticiario español que, en buena parte, era cubierto por las agencias extranjeras; la segunda nos revela la necesidad de la creación de este noticiario para el conocimiento real de los sucesos bélicos que se estaban dirimiendo en Europa. Las consideraciones propuestas por el ministro de cultura eran una verdad a medias. Había necesidad de poseer un noticiero propio para dar las noticias deseadas, especialmente las nacionales y muy tangencialmente las internacionales, de la forma más idónea para los intereses del régimen. No-Do, desde su misma propuesta inicial, pretendía ser la visión oficial de los noticiarios españoles. Por lo tanto, el régimen sentía la necesidad de crear un noticiario propio para divulgar su ideología y la imagen de España y del mundo que ellos deseaban y necesitaban.

El “caso Begoña” de 1942 determinó la creación de No-Do. Hasta ese momento, España se surtía de los noticiarios extranjeros, preferentemente italianos, *Luce*, alemanes, *Ufa*, y en menor escala de los americanos, *Fox*. Todos los noticiarios presentaban unos intereses marcadamente nacionalistas. Respondían a una inequívoca estrategia de ideologización a través de la exaltación de las virtudes propias y de la degradación de las ajenas. Se hacía una esmerada selección de noticias para responder a estas exigencias doctrinales de base. Esta filosofía de partida hacía que la realidad histórica y social de España fuera tratada de manera subsidiaria y marginal. Lo ajeno, en este caso lo español, se aceptaba, si servía para acentuar sus propósitos. Con No-Do, como afirma José Ibáñez Martín, “por primera vez nuestros espectadores pudieron conocer sucesos y reportajes nacionales, que rara vez habían merecido la atención de los noticiarios extranjeros, hechos a medida de intereses extraños” (1950, p. 777). Este cambio de política se debió, en buena manera, como se ha dicho con anterioridad, a los sucesos de Begoña de 1942.

Aunque no haya unanimidad en la razón fundacional de No-Do, parece bastante seguro que “los graves sucesos ocurridos el 15 de agosto de 1942 en el Santuario de Nuestra Señora de Begoña, en Bilbao [fueron] los causantes de la sentida necesidad de disponer de

¹⁴⁰ La cita sigue de la siguiente manera: “España permanecía neutral y era preciso que nuestras pantallas no se convirtieran en campo propicio para la propaganda de los beligerantes. Al público español había que servirle una información imparcial y verídica de los sucesos. Desde el primer momento, NO-DO supo hacerlo así. A una información extranjera cuidada y dosificada convenientemente, NO-DO añadió una más amplia de los acontecimientos nacionales captados por las cámaras de sus equipos centrales y por los de sus corresponsales en provincias” (p. 777).

un noticiario cinematográfico, que sería No-Do” (S. Rodríguez, p. 86). Los sucesos de Begoña se integran en uno de los períodos más conflictivos y difíciles del régimen franquista: la oposición de Falange hacia la línea política y social que estaba tomando el Gobierno de Franco con una voluntad clara de orillar a los grupos del falangismo puro (camisas viejas) y de desnaturalizar la ideología falangista¹⁴¹. Todos los 15 de agosto los carlistas celebraban una misa solemne en la Basílica de Begoña de Bilbao como acto conmemorativo de sus caídos en la Guerra Civil. El acto litúrgico de ese año de 1942 estaba presidido por el general Valera, militar declarado abiertamente antifalangista. A la salida de la ceremonia un falangista lanzó una granada contra el general. El general Valera salió indemne del atentado. Cuando se quiso reconstruir los hechos, se tuvo que contar con las agencias informativas extranjeras, por falta de las nacionales. Se tomó cuenta de la urgencia y de la necesidad de un noticiario propio. Una Orden de la Vicesecretaría de Educación Popular de 17 de diciembre de 1942 disponía “la proyección obligatoria y exclusiva del Noticiario Cinematográfico Español” concediéndole “la exclusividad absoluta de reportajes cinematográficos a la entidad editora del mismo, Noticiario y Documentales Cinematográficos NO-DO”. Nació de esta manera el noticiario español No-Do.

En el artículo cuarto de la misma Orden se decía que “El Noticiario Cinematográfico Español NO-DO, que aparecerá en los primeros días de enero próximo, se proyectará, con carácter obligatorio, en todos los locales cinematográficos de España y sus posesiones durante las sesiones de los mismos”. Se imponía con carácter de absoluta obligatoriedad la proyección de estos documentales desde primeros de 1943 en todas las salas cinematográficas de España.

El lema que se puso a la cabeza de sus producciones fue “el mundo entero al alcance de los españoles”, que se convirtió idealmente, como afirma José Ibáñez Martín, en el lema “La verdad de España al alcance de todo el mundo” (1950, p. 778), lema que fue parafraseado

¹⁴¹ Remito a los lectores interesados a dos obras de capital importancia para entender este momento tan crítico de la vida política española y para comprender la compleja historia que rodea a la creación de No-Do. Stanley G. Payne: *El Régimen de Franco*. Op. Cit. Pp. 298-321; Tranche y Sánchez Biosca: *No-Do: el tiempo y la memoria*, pp. 41-52.

críticamente por I. Gómez Mardones, cuando lo definió como “No-Do: el mundo entero (menos España) al alcance de todos los españoles”¹⁴².

La presentación del noticiario respondía a una estrategia ideológica claramente planificada. A lo largo de sus treinta y tres años de existencia siempre compartió la misma presentación. Se partía de un enfoque general en el que se captaba el vuelo de un águila en el cielo para pasar, gracias a la técnica del zoom, a un primer plano, en el que se visionaba la bandera española. Sobre ella, sobreimpresionados los símbolos de las columnas de Hércules y del águila imperial, a cuyos pies se encuentra el símbolo falangista del yugo y las flechas. En una secuencia extremadamente corta se ofrecía un cuadro de profundo significado a través de una múltiple simbología. Esta secuencia estaba acompañada con una música vibrante y ceremoniosa de carácter militar. Este cuadro de fuerte carga simbólica, -estaban presentes propiamente los símbolos más representativos del régimen-, parecía, a través del efecto visual del zoom, que salía de la pantalla para abalanzarse sobre el público espectador. Con este sentido de fondo, venían después las diversas noticias que se ofrecían en cada número de No-Do. No se podía haber creado una imagen más doctrinaria que ésta. A su vez, esta presentación vista cientos de veces, -cada vez que se iba a una sala de cine- terminaba formando parte del subconsciente, -y del consciente- de la persona. El espectáculo empezaba de forma sistemática con el bombardeo de la simbología oficial. Era un recurso subliminal de gran eficacia comunicativa y de resultados culturales altamente operativos.

Al principio se produjo un noticiario por semana, pero, a partir de mediados de 1943, respondiendo a los intereses del Estado y a las necesidades materiales de la distribución y uso, se aumentó la producción a dos ediciones semanales. Esta producción realizada con ciertos altibajos a lo largo de los muchos años de existencia dio como resultado una copiosa colección de noticiarios que rondaba la cifra de 4.000.

La realización de un número tan importante de noticiarios supuso una inversión económica muy alta y una participación importante de colaboradores. Aunque, desde un principio, se valoró la acción de No-Do como medio de ideologización de la población, se procuró que fuera lo menos gravosa posible. Era una cuestión importante en unos momentos de carestía

¹⁴² Este fue precisamente el título del artículo que Inmaculada Gómez Mardones publicó en *Tiempo de Historia* nº 66. (Madrid, mayo de 1980, pp. 30-47).

de materias primas y de fuertes restricciones económicas. Por eso, Gabriel Arias-Salgado, Vicesecretario de Educación Popular, “concibió No-Do como una empresa mercantil capaz de autofinanciarse con los fondos recaudados a través de la venta y alquiler del material” (S. Rodríguez: p. 91). Sin embargo, este deseo de autofinanciación fue más un propósito que una realidad. Tranche y Sánchez-Biosca analizan pormenorizadamente la situación económica de No-Do a través de su historia, llegando a la conclusión de que la empresa Noticiero y Documentales Cinematográficos siempre se encontró en una situación de gran penuria económica. Aunque, el porcentaje de recaudación por razones del alquiler o de la venta daba unos resultados estimables, nunca llegó a cubrir los gastos reales de producción y de pago de salario de los trabajadores¹⁴³. Si pudo sobrevivir a lo largo de más de tres décadas fue gracias a las subvenciones recibidas del erario público. Desde el gobierno, No-Do fue valorado más como un instrumento de adoctrinamiento que como una empresa en busca de buenos resultados económicos. De ahí su existencia y su supervivencia.

Desde su creación en 1942, hasta propiamente el otoño de 1957, fecha de nacimiento del periodismo informativo televisivo con la programación del primer telediario, este noticiario no tuvo competidores. Fueron años de estrecheces económicas, pero de una relativa calma funcional. Cumplía con la misión programada y contaba con el apoyo oficial. Sin embargo, con la aparición de la Televisión, especialmente con su generalización, pierde la exclusividad informativa y entra en una competencia desigual con el ente televisivo. En esta lucha por la información, No-Do tuvo todas las de perder. No pudo competir con la televisión en capacidad informativa ni en fuerza de comunicación. Pero, como la competencia se realizaba en ámbitos diferentes, salas de cine frente a hogar, siguió teniendo un sentido por seguir cumpliendo una función. No-Do no tuvo ya la exclusividad, pero siguió manteniendo su actividad.

Los medios de comunicación evolucionaban a velocidad vertiginosa, mientras No-Do iba quedando obsoleta por su incapacidad de adaptarse a los nuevos tiempos y a las nuevas exigencias informativas. “Diversos factores habían permitido este inmovilismo: ser un Organismo oficial. Disfrutar de la exclusividad de producción y el tardío despegue de la televisión” (Tranche-Sánchez-Biosca, p. 62). Sin embargo, a partir propiamente de mediados de la década de los cincuenta, con la inauguración oficial de los Estudios de

¹⁴³ *NO-DO: el tiempo y la memoria*. Muy especialmente el apartado “Singladura administrativa del Organismo: relaciones institucionales y marco normativo”, pp. 52-71.

Televisión Española en el Paseo de La Habana de Madrid, la historia de No-Do es una carrera hacia su desintegración. Con la orden del Ministerio de Información y Turismo de 22 de agosto de 1975 No-Do perdía la obligatoriedad de exhibición del noticiario en las salas cinematográficas. La Ley de enero de 1980 de la Jefatura del Estado establecía la “Extinción del Organismo Autónomo NO-DO y su integración, a todos los efectos, en el ente público Radiotelevisión española”. El último noticiario aparece en mayo de 1981. Finalmente, la Ley de 24 de febrero de 1982 dictaba que todos los fondos de No-Do pasaban a formar parte de los fondos de la Filmoteca Española. No-Do se había convertido en parte importante de la historia española del S. XX.

No-Do ofrecía la cara amable e idílica de la realidad española. A través de una concienzuda selección de temas y anécdotas se brindaba una imagen completamente distorsionada de la realidad. No-Do era una gran mentira por basarse en medias verdades o bien en hechos manipulados que no coincidían con la realidad plena de la vida de los españoles. Esta visión adulterada y bucólica era la imagen que el gobierno ofertaba en su estrategia de dirigismo cultural. El ejemplo más claro de esta filosofía nos la ofrece Alfredo Marqueríe en su artículo “NO-Do por dentro” aparecido en la revista *Primer Plano* (nº 215. Madrid, 26 de noviembre de 1944), donde afirma que los temas que trata No-Do son:

La guerra y la paz, los paisajes y las figuras de actualidad, las cosas bonitas de España, su reconstrucción, sus efemérides y actos, las catástrofes mundiales y las modas, los partidos de fútbol y los combates de boxeo, los estrenos de los teatros y películas, el hombre que se lanza en paracaídas y el que gana al billar o a la ajedrez, las mejores exposiciones de arte, los acontecimientos auténticos, el mar y la nieve, el circo y los toros, los aeroplanos y las tortugas...

¿Es posible una radiografía más perfecta de lo que fue realmente No-Do? Se hablan de muchos temas exóticos y sorprendentes, incluso se ofrecen imágenes de catástrofes, cuando éstas acontecen en el mundo y no en España; pero en ninguno de los noticiarios se plantean las terribles hambrunas de la posguerra con sus miles y miles de muertes; no hay menciones para las salvajes depuraciones que el gobierno llevaba a cabo de forma sistemática, aunque sí había menciones al espíritu compasivo del régimen que permitía la reinserción de los prisioneros de guerra a través del trabajo; en ningún caso se ofrecen las grandes desastres naturales y humanos que tuvieron lugar en la amplia geografía española durante los años de existencia de No-Do; nunca se citan los graves problemas laborales con los enfrentamientos y huelgas correspondientes. Según los informes de los noticiarios

el español vivía en el mejor de los mundos posibles, en una situación ideal, en la que desconocía las privaciones materiales y las carencias alimenticias. España, según No-Do, era un país feliz y dinámico sin problemas sociales, sin dificultades económicas, sin tensiones políticas, gobernado por un régimen providencialista y paternalista que buscaba en todo momento, con gran acierto, el bien y la felicidad de los españoles. Como se decía en párrafos anteriores, No-Do era la cara amable e idílica, pero irreal y mentirosa, de la España oficial.

Ofrecía noticias políticas, en las que sobresalían las presencias de Francisco Franco en sus múltiples tareas como legislador, político, hombre de familia, deportista y, especialmente, como jefe Estado. Franco era la figura clave y principal de los noticiarios cinematográficos. Junto a la figura de Franco, estaban muy presentes los hombres del gobierno en todas sus diferentes actividades. La política del régimen era presencia obligada en todos los noticiarios. Sin el alcance de las noticias políticas, se encontraba la religión en sus manifestaciones tanto solemnes como populares. Las peregrinaciones y festividades tenían una gran resonancia en estos informativos. Los deportes asumían un papel muy destacado, ya que a través de estas informaciones no sólo se daban noticias de la vida deportiva y atlética de la nación, sino que a través de la acción del deportista se ponían de manifiesto las virtudes de la raza y el genio del español. Los toros y el folclore, especialmente el andaluz, cubrían muchos metros de cinta, ya que representaba, como ninguna otra región, lo más genuino del baile y de la música española. Esto llegó a tal grado que España era identificada en el mundo entero simplemente con los toros y el flamenco. En buena medida, a esta imagen tópica contribuyó No-Do. Las noticias extranjeras también tenían un sitio en los noticiarios. Existían otros apartados como las notas y fiestas de sociedad, las variedades en sus múltiples facetas, efemérides de todo tipo, costumbres y curiosidades del mundo, etcétera. No-Do abarcaba todos los planos informativos, excepto aquellos que tuvieran que ver con la auténtica realidad española y que ofrecieran una cara no del agrado del sistema.

No-Do ofrecía otra peculiaridad de gran significado propagandístico. Filmaba la imagen, pero no recogía el sonido. Eran cintas vírgenes desde la perspectiva auditiva. En la filmación el público o los manifestantes en los actos oficiales gesticulaban y realizaban todos los movimientos propios del acto que se celebraba, pero no se recogían sus voces y palabras. La ausencia de sonido en los originales se subsanaba con los textos y los sonidos

añadidos a posteriori por los realizadores de No-Do. Esta técnica, como actualmente la risa incorporada en las series televisivas, permitía manipular el sonido ambiente según intereses. Posibilitaba, según circunstancias e intenciones, adecuar la imagen original con el sonido añadido según la voluntad de los realizadores, siempre de acuerdo con la ideología de base. A esto había que añadir la naturaleza doctrinaria del mensaje hablado. Las consignas políticas y culturales eran continuas; las exaltaciones o denuestos, según personajes y circunstancias, permanentes; las exclamaciones y los aplausos perfectamente dosificados; etcétera. Pero ante todo y sobre todo, destacaba la concienzuda selección de secuencias. Cada documental era un noticiario perfectamente estructurado. En los documentales No-Do, por otra parte, destacaba la voz grave y entonada del locutor que explicaba los acontecimientos que las imágenes presentaban. Durante muchos años la voz de No-Do fue la voz del celebrado periodista Matías Prats. Este juego de recursos plurales tan sutiles y manipulados hizo que No-Do se convirtiera en la referencia obligada de la España oficial.

Si se analizan con cuidado los contenidos de los noticiarios, se topa con una casuística nada inocente de temas y enfoques. No-Do vuelve a reiterar los mismos núcleos temáticos que se daban en otras manifestaciones culturales y sociales, siempre en la línea de la más pura ideología nacional-católica: patriotismo, identificado con la españolidad y en menor grado con la hispanidad; religiosidad y moralismo según los programas éticos de la Iglesia católica; reverencialismo al líder carismático y providencial; carácter paternalista del poder; orden jerarquizado y acatamiento a la autoridad en cualquier orden de la vida social; papel fundamental en el orden constitucional de las fuerzas armadas; importancia del trabajo como fuerza de engrandecimiento personal y nacional; exaltación de las conductas propias del pueblo como energía constitutiva de la nación; moralismo exacerbado en la conducta del pueblo; etcétera. Si se analizan con cuidado todos estos elementos temáticos se descubre el paralelismo existente entre la ideología que subyace en los noticiarios y la denominada moral de la respetabilidad. A estos temas habría que añadir otros menos dogmáticos, que pretendían ofrecer un aire más abierto y neutral frente a tanta carga de doctrinarismo. En este capítulo entrarían las notas de sociedad, la moda, noticias curiosas o extrañas del mundo o sucesos variopintos sin relación directa con la ideología, pero fundamentales en el engranaje de composición de los noticiarios.

No-Do fue otro sistema de bombardeo sistemático de eslóganes e imágenes para crear y recrear una figura idílica y feliz de una España carente de bienes materiales, pero reserva y expresión de valores espirituales. Los españoles, según las noticias de Nodo, podían sentirse orgullosos por vivir en el mejor de los mundos posibles y por tener el mejor gobierno posible. No-Do ofrecía una visión manipulada de España y de sus circunstancias por ser una imagen estrictamente oficialista.

V.- 6.-2.- Radio

Las primeras emisiones radiofónicas en España se dieron en 1923 con las emisiones, aunque no diarias, de Radio Ibérica de Madrid¹⁴⁴. Sin embargo, hay que esperar a junio de 1925 para que comience realmente la historia de la radio española. El locutor Medina Cano lanzaba a las ondas un mensaje cuyo encabezamiento sería repetido millones de veces a partir de ese momento: “Señoras y señores radioyentes, ésta es la emisora EAJ-7, Unión Radio Madrid” (L. Díaz, pp. 51-54). Se había dado el pistoletazo de salida de la radio española

Desde aquella mítica fecha hasta la actualidad la radio ha evolucionado enormemente, pero siempre cumpliendo con su misión de fiel e inseparable compañera del radioyente tanto en ratos de ocio como en momentos de trabajo. La radio desde su nacimiento hasta la actualidad ha sido siempre compañía por ser una presencia de palabra con una fuerte carga de información y de diversión. Pero, como todo compañero de viaje, también la radio presenta una personalidad ideológica, con la que se comparte muchas horas de la vida, haciéndonos partícipes de sus ideas y de sus consignas. No hay un medio de comunicación que sea inocuo o ideológicamente aséptico. Todos cumplen con una finalidad perfectamente programada a través de unas estrategias de emisión, que, en buena parte, dependen de los intereses de sus directivos y del número y naturaleza de la audición.

La radio es un medio de comunicación de una gran inmediatez informativa, tanto en la recogida y en la comunicación del dato o consigna como en su recepción; de profundo

¹⁴⁴ La radiodifusión se inicia en España en Valencia en 1921 con motivo de la Exposición Internacional. Sin embargo, la primera emisora de radio que funcionó de manera sistemática en España fue Radio Ibérica, instalada en Madrid, a partir de 1923.

calado social por la amplitud geográfica de su información; de gran eficacia comunicativa por la pluralidad de sus oyentes y de fuerte impacto receptivo por su alta y amplia penetración informativa. Estas razones hacen que la radio sea uno de los medios de comunicación más mimados y potenciados por todos y cada uno de los grupos de poder, independientemente de su naturaleza y condición. Todos los regímenes han hecho uso, incluso abuso, de los medios radiofónicos por la inmediatez y por su eficacia comunicativa. Esta realidad explica la utilización sistemática de la radio tanto por los gobernantes de la dictadura de Primo de Rivera, por los políticos republicanos y por los dirigentes franquistas. La radio fue y es uno de los medios más sólidos y más utilizados para las tareas de información.

Es imposible poder proponer la imagen del radioescucha ideal. Dependiendo de horas, de gustos y de programas, puede cambiar completamente el perfil de la audiencia. Por otro lado, todas las personas son oyentes potenciales de la radio y, en realidad, todo sujeto ha sido fervoroso seguidor de uno u otro programa. El oyente busca la compañía de la radio como ésta busca la complicidad del oyente. Existe, sin lugar a dudas, intereses compartidos entre cadenas radiofónicas y radioyentes. La radio es un medio de comunicación de masas que llega a un oyente tan general como heterogéneo. El oyente, por lo menos en principio, elige sus cadenas y selecciona sus programas, esperando recibir de éstos el tipo de emisión que espera o desea.

Las diferentes emisoras en una sociedad libre y democrática responden a los intereses económicos e ideológicos de sus propietarios. Cada emisora, por lo general, depende de un sector de fuerza cultural o ideológica de la sociedad. La pluralidad de emisoras testimonia la diversidad de opciones políticas o culturales de una sociedad. Los radioyentes pueden sintonizar con la cadena con la que se ven más identificados o con los programas con los que más disfrutan o mayor interés despiertan. La comunicación, aunque dirigida en cada caso, es libre por su pluralidad. Por el contrario, en una sociedad de signo totalitario, en la que no cabe la libertad de comunicación, la radio única, dirigida y programada desde el gobierno, ofrece una información plenamente dirigida, que responde exclusivamente a los intereses del grupo dominante y exclusivo. Todas las emisoras proclaman y expanden a los cuatro vientos “la voz de su amo”. Éste es el caso de la radio durante el régimen franquista: total monopolio informativo y pleno dirigismo comunicativo.

Como se puede ver, la radio, por su casi ilimitada capacidad comunicativa y por su fuerte impacto receptivo, es un medio de información indispensable para los grupos de poder y, mucho más, para el grupo de poder único y hegemónico en los sistemas totalitarios. La comunicación radiofónica se convierte, de esta manera, en un mecanismo muy poderoso de atracción psicológica. El franquismo, consciente de todas las ventajas comunicativas que ofrecía la radio, hizo una utilización altamente eficaz de este medio.

Franco utilizó la radio para comunicar desde Tetúan el primer parte de guerra en el que anunciaba a toda España la sublevación militar, dando comienzo a la Guerra Civil (17 de julio de 1936). Fernando Fernández de Córdoba, desde Radio Nacional en Burgos, leía la alocución que informaba sobre el fin de la guerra. Eran las 23.45 del 1 de abril de 1939. Desde Radio Nacional de Burgos, también el locutor Fernández de Córdoba leía todos los días los diferentes partes de guerra. En esta misma línea hay que mencionar al periodista Víctor Ruiz Albéniz, conocido por el seudónimo de “*Tebib Arrumi*”, quien emitía sus famosos partes de guerra desde el cuartel general del alto mando militar (Burgos). La radio era el medio de comunicación entre el gobierno y el pueblo español. Los generales Mola y Queipo de Llano jugaron un papel muy importante en la comunicación de los partes de guerra desde Radio Pamplona y Radio Sevilla respectivamente. Millán-Astray, desde Radio Nacional de España en Salamanca, lanzaba sus célebres arengas y sus fogosos discursos de ánimo para las fuerzas nacionales y de terror para las republicanas¹⁴⁵. Muy pronto, en todo el territorio nacional, las emisoras y aparatos de radio quedaron incautados. La radio se convirtió en un arma de guerra y sus usuarios, al margen de las órdenes del gobierno, se convertían en traidores a la causa. Todas las radios bajo el sistema franquista, por insignificantes que fueran, tuvieron un papel, cuya suma de esfuerzos fue realmente importante en la guerra informativa. No hay duda de que el bando sublevado supo sacar una considerable rentabilidad informativa y propagandística gracias a la radio.

¹⁴⁵ Aníbal Arias en su trabajo sobre los *50 años de radiodifusión en España* (Madrid: RTVE, 1973) afirma que entre las más de veinte pequeñas emisoras oficiales que darían cuerpo a la futura Radiodifusión del Movimiento “destaca la emisora F.E.T. 22, de Oviedo, que por su especial emplazamiento en plena línea de frente, en la ciudad sitiada, transmite los primeros reportajes bélicos que registra la historia mundial de radiodifusión y que se inician el 2 de febrero de 1937, simplemente con sacar un micrófono por una ventana desenfilada del tiro enemigo” (p. 7).

Mención especial merece el general Queipo de Llano, quien desde Radio Sevilla, mantenía diariamente, todas las noches, un programa radiofónico que estuvo en antena desde julio de 1936 hasta febrero de 1938. Las alocuciones radiofónicas de Queipo de Llano eran emocionalmente incendiarias para el sector republicano. Con una oratoria cuartelera de sentido belicista, plagada de expresiones desvergonzadas y procaces, de insultos permanentes, de palabrotas e insolencias, supo crear un ambiente de auténtico terror entre la población española que residía en zona republicana. Este lenguaje chulesco y provocador está considerado por muchos especialistas en el tema como una de las primeras manifestaciones de lo que más tarde sería conocida como guerra psicológica. “Queipo fue, justo es reconocerlo, un verdadero estratega intuitivo de la propaganda radiofónica” (J. García Jiménez, p. 5). Sin embargo, a pesar de la eficacia moral y bélica de este tipo de alocuciones radiofónicas, su estilo no gustaba ni a los altos mandos del gobierno franquista ni a gran número de observadores extranjeros. Serrano Suñer convenció a Francisco Franco para que prohibiera a su general el uso de las ondas radiofónicas. Las alocuciones de Queipo de Llano acabaron el 1 de febrero de 1938. La voz del terror se calló, pero la simiente estaba sembrada. La radio se había mostrado como una excelente arma de guerra por su capacidad comunicativa y propagandística.

A su vez, para los oyentes radiofónicos, la sublevación militar de 1936 fue un hecho que catapultó el uso cada vez más generalizado de la radio como medio de comunicación, debido básicamente a la avidez de noticias que sentía la población ante la incertidumbre de la situación bélica. Como afirma Aníbal Arias: “el 18 de julio de 1936, precisamente por su conmoción histórica, es el que hace que la población española en masa descubra el nuevo medio informativo. Los periódicos –recordemos que el Alzamiento Nacional se produce un sábado- no aparecen hasta el martes 21, y la búsqueda instintiva de noticias sólo puede hacerse en la radio” (p. 6). La radio asume un protagonismo como no lo había tenido hasta esos momentos.

La convicción por parte del gobierno franquista de la alta fuerza de socialización que entrañaba la radio hizo que ésta, casi desde el mismo momento de la sublevación, se convirtiera en monopolio de la administración. Tenía razón Federico García Sanchiz, cuando afirmaba: “La radio, tan confidencial, une a la intimidad del libro, que se medita a solas, la fuerza subyugante de la palabra hablada. Es el más poderoso medio de

educación de un pueblo”¹⁴⁶. “Las primeras emisoras institucionales surgen durante la contienda de 1936-1939 con el indicativo F.E.T. Son emisoras de onda corta, de pequeña potencia, nacidas en razón de las necesidades bélicas o políticas, que serán reguladas por Decreto de 11 de agosto de 1953... Estas emisoras originan la Red de Emisoras Nacionales” (Anuario, p. 26).

José Millán-Astray, con el beneplácito del general Franco, fundó Radio Nacional de España¹⁴⁷. Como primer director de Prensa y Propaganda del Gobierno de Franco tuvo, desde el principio de su gestión, la obsesión de crear un medio de comunicación operativo para posibilitar una acción propagandística eficaz. La radio fue el medio elegido. El 19 de enero de 1937 se inauguraba oficialmente Radio Nacional de España en el Palacio de Anaya de Salamanca gracias al regalo de un aparato emisor telefunkon por parte de las autoridades alemanas. Daban inicio los conocidos partes de guerra. Una vez concluida la contienda, se otorgó a Radio Nacional de España la exclusiva de los servicios informativos.

Los partes de guerra se hicieron obligatorios en todo el territorio dominado por los nacionales. Todas las cadenas estaban obligadas a conectar con la radio oficial para transmitir, primero, los partes de guerra emitidos desde Radio Nacional de Burgos y, una vez terminada la guerra, los diarios hablados de Radio Nacional de España, diarios o noticieros que seguían siendo denominados por la gran mayoría de españoles, por fuerza de la costumbre, como “partes”, en recuerdo de los partes de guerra. Estos informativos, como era de esperar en un contexto de monopolio informativo, representaban la voz y la ideología del régimen. La obligatoriedad de su retransmisión hacía que los mensajes oficiales llegaran a todas partes del territorio en horas de máxima audiencia, como eran las horas de la comida y de la cena, 14.30 y 22.00 horas, buscando la máxima efectividad informativa. Los españoles hasta 1975 fueron oyentes

¹⁴⁶ Cita tomada del libro de Jesús García Jiménez *Radiotelevisión y política cultural en el franquismo*, (p. 96). Cuando Federico García Sanchiz hablaba de esta manera, no había aparecido la televisión. En el supuesto de su presencia, habría dicho que era la televisión el medio más eficaz de educación, ya que a “la fuerza subyugante de la palabra hablada” habría que añadir el poder impactante de la imagen.

¹⁴⁷ Fernando Fernández de Córdoba en sus *Memorias de un soldado locutor. La guerra que yo he vivido y la guerra que yo he contado* (Madrid, 1939) cuenta, además de sus relaciones con Radio Nacional, todas las vicisitudes de creación, desarrollo y finalidad que tuvo desde su creación esta emisora.

incondicionales de estos noticiarios, recibiendo durante décadas la visión y la versión oficiales de la realidad, tanto nacional como internacional¹⁴⁸.

Como en el caso del No-Do, la administración buscó una solución leonina, pero altamente eficaz para sus intereses. Todas las cadenas, con absoluta obligatoriedad, debían retransmitir los diarios oficiales, pero el coste de estas emisiones corría a cuenta de esas cadenas. El gobierno aseguraba la información sin ningún gravamen económico para sus arcas y, al mismo tiempo, aseguraba su difusión por toda la amplia geografía española. La radio se convirtió en un medio de imposición ideológica altamente eficaz y completamente gratis para el sistema. No se podía conseguir mayor rentabilidad con una inversión tan baja.

Antonio Tovar se hizo cargo de la radio oficial en febrero de 1938. Todos los servicios de radiodifusión se hacen dependientes de la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda para pasar en 1942 a depender de la Vicesecretaría de Educación Popular de F.E.T y de las J.O.N.S. En 1941 se crea Radio SEU de Madrid. “En 1942 se inicia la construcción del primer centro emisor en Arganda del Rey, cabeza de una incipiente red que poco a poco abarcaría todo el territorio nacional” (Anuario, p. 17). En 1945 se constituyó la primera Dirección General de Radiodifusión, en el seno de la Secretaría de Educación Popular del Ministerio de Educación Nacional, siendo su titular don Alfredo Guijarro Alcocer (Anuario, p. 14). En 1949 entra en funcionamiento la emisora RNE de Barcelona y en 1951 la de Sevilla. En 1951, con la creación del Ministerio de Información y Turismo, todas las competencias radiofónicas se adscriben a la Dirección General de Radiodifusión. El gobierno administra y dirige eficazmente todas las competencias radiofónicas bajo la dirección de Jesús Suevos Fernández, futuro primer director de radiotelevisión. Hacia mediados de la década de los cincuenta, la Iglesia dirige más de cien emisoras parroquiales. Para ordenar este galimatías radiofónico, se reinstituye formalmente como Cadena de Ondas Populares Españolas (COPE). En esos mismos años, se reúnen en la Cadena Azul las numerosas emisoras de Falange en número superior a las cincuenta.

¹⁴⁸ Los primeros programas de gran éxito que conoció Radio Nacional fueron los seriales de Tomás Seseña “La flota republicana, que flota de milagro” y de Joaquín Pérez Madrigal con su serial “El miliciano Remigio “pa” la guerra es un prodigio” (F. Fernández de Córdoba, p. 187). Los seriales de Seseña y Pérez Madrigal buscaban la risa a través de la creación de situaciones paródicas y burlescas en la que los milicianos eran objeto de todas las burlas posibles. La radio responde fielmente a los principios informativos y propagandísticos de todos los medios de difusión.

El juego director-manipulador de los regímenes totalitarios con los medios de comunicación va mucho más allá. Son conscientes de que una población no puede vivir bajo la presión de un doctrinarismo permanente y machacón. Haría irrespirable el ambiente y, como consecuencia, la población supuestamente reaccionaría abiertamente en contra de ese estado de ideologización un tanto asfixiante. Tiene que compensar la carga de ideología con otras programaciones de evasión y entretenimiento. De esta forma, se busca una armonía final a través de la neutralización de estas fuerzas contrarias de propaganda y diversión. La gente acepta con gusto y frecuentemente de forma inconsciente esta situación, en la que la doctrina corre pareja a la evasión y al pasatiempo. Se crea un acuerdo tácito, pero sólido, entre las emisoras y el gobierno. Éste impone un control férreo en todo lo que sea información y adoctrinamiento y deja libre a las emisoras, tanto privadas como oficiales, para que éstas puedan programar los espacios de diversión y entretenimiento sin salir fuera de los principios impuestos por la autoridad.

La radio, como todo medio de cultura, ofrece una imagen clara e indiscutible del maridaje de intereses que se da entre los poderes fácticos y las motivaciones económicas. El empresario radiofónico pacta con el poder para asegurar la rentabilidad de su emisora, aceptando con gusto o por imposición las directrices emanadas desde el gobierno. Es la única manera de evitar problemas mayores y de asegurar los rendimientos económicos. Unos cedían con gusto sus horas de programa para que la administración pudiera lanzar sus espacios y la administración permitía que las emisoras pudieran actuar sin problema.

Radio Nacional de España con todas las emisoras incautadas por Falange formaron un frente de lucha informativa muy activa y de alta rentabilidad. A su vez, en 1957 la Iglesia creaba la Cadena de Ondas Populares Españolas (COPE), de forma que Gobierno e Iglesia dominaban ampliamente en el mundo de las comunicaciones radiofónicas. Las emisoras privadas, como se ha visto, tuvieron que firmar el pacto de dependencia y servilismo. Todo estaba controlado y dirigido. El monopolio informativo estaba garantizado.

Es necesario e interesante analizar los resultados de este pacto, porque en muchas ocasiones éste iba más allá de lo aparente y esperable, aunque siempre respondiendo a las premisas básicas de política y religión.. Como se ha dicho, todas las emisoras tenían la absoluta obligatoriedad de sintonizar con Radio Nacional a las horas ya marcadas para retransmitir los “diarios hablados”. La imagen y las consignas oficiales se imponían diariamente en horarios de máxima audiencia a través de estos noticiarios. Por otro lado, la carga de programas religiosos era importante, llegando a la exageración en ciertos tiempos del año como Navidad y más concretamente Semana Santa o en circunstancias puntuales como durante las campañas del padre Peyton a favor del rezo del rosario en familia. Muchos mayores recuerdan las retransmisiones diarias de misa, ángelus, rosario, mensajes religiosos permanentes, llegando a una auténtica inflación de programas religiosos. El nacional-catolicismo estaba muy presente en las ondas radiofónicas de toda España, especialmente a través de la cadena COPE.

Uno de los programas más exitosos del folclore religioso fue el consultorio del padre Venancio Marcos. “Empezó en radio SEU, en 1944, pasó por radio Madrid y llegó a Radio Nacional, cuando era una estrella del espectáculo religioso” (L.Díaz, p. 245). Ideológicamente cercano a la ideología falangista, especialmente joseantoniana, era uno de los líderes del integrismo religioso español. Como tal, se oponía a cualquier aperturismo, al progresismo conciliar de la Iglesia y a todo posible diálogo con el marxismo o con otras ideologías de izquierda. Su programa radiofónico era un consultorio religioso, en el que los espectadores exponían sus dudas o pedían consejo sobre temas de moral o de fe¹⁴⁹. Con un estilo muy abierto y campechano respondía a las consultas con soluciones marcadamente integristas y conservadoras. Fue un programa de consultas de gran aceptación popular. Las emisiones tenían lugar los domingos a las nueve de la noche por los micrófonos de Radio Madrid (1948-1950) y se retransmitían por un importante número de cadenas que hacían posible que los programas de Venancio Marcos se pudieran seguir en todo la geografía española.

Sin embargo, la ideologización más penetrante y activa era la que se realizaba de manera un tanto subliminal a través de programas que ideados como formación o

¹⁴⁹ Para tener una idea cabal de la ideología reinante en las emisiones y de la estructura del programa, remito al lector interesado a la obra del mismo Venancio Marcos *Charlas de orientación religiosa* (Madrid, 1950).

entretenimiento ofrecían una fuerte carga propagandística de carácter oficial. Éstos eran muchos, pero en estas páginas sólo se van a plantear unos pocos casos como ejemplos palpables de esta política de dirigismo ideológico un tanto soterrado.

Uno de los programas radiofónicos que con mayor efectividad sirvió para divulgar la filosofía del régimen y la visión oficial de España fue *Radio Escuela*. Desde muy temprano el régimen reconoció el papel fundamental que la radiodifusión podía asumir en las tareas educativas de la población. Según el preámbulo de la Orden de 25 de marzo de 1956, la radio poseía todas las virtudes necesarias para constituirse en un “insustituible, popular y poderoso auxilio en toda tarea docente”. La experiencia cultural y pedagógica de la radio se concretó de manera fundamental en la Enseñanza Media. Todos los días del curso académico, Radio Nacional de España tenía que organizar una emisión que debía seguir con la máxima fidelidad la orientación pedagógica establecida en el Plan de Enseñanza Media. En estos espacios de *Radio Escuela* se impartían materias como Religión e Historia Sagrada, Lengua y Literatura, Historia, Geografía y Ciencias Naturales. Desde la radio se pretendía completar y reforzar la educación escolar en la línea de su innegable educación oficialista (Jesús García Jiménez, 1980, pp. 133-137), donde primaban las dos vertientes básicas de la pedagogía nacional-católica: la politización de la enseñanza y la cristianización de la cultura¹⁵⁰.

Otro ejemplo claro de este tipo de programación fue el *Consultorio de Elena Francis*, un auténtico éxito radiofónico a lo largo de décadas. Se inició en 1947 en Radio Barcelona, -más tarde pasaría el programa con idéntico formato a Radio Peninsular-, como un programa de consulta de carácter comercial, en el que se publicitaban ciertas marcas de cosméticos y salones de belleza. Sin embargo, pronto evolucionó hacia un programa, preferentemente femenino, de consulta de los temas más variados sobre cuestiones sentimentales, morales o del gobierno del hogar¹⁵¹. En contadas ocasiones eran hombres o jóvenes los que solicitaban los consejos de Elena Francis. El programa

¹⁵⁰ A lo largo del franquismo se sucedieron en las distintas cadenas diferentes experiencias pedagógicas que primaban unos sectores u otros, pero siempre dentro de la más estricta ortodoxia oficial. Caben ser mencionados, entre otros programas, *Radio Educativa*, *Educación Nacional*, etcétera. Por lo general, fueron programas que en pocas ocasiones alcanzaron los objetivos pretendidos. Fueron intentos sin resultados objetivos.

¹⁵¹ La estructura del programa se copió, o por lo menos coincidió en su formato, con las charlas radiofónicas y con los escritos del padre Venancio Marcos, quien afirmaba: “son cartas auténticas de hombres de carne y hueso, dirigidas personalmente a mí por sus propios autores” (1950, p. 5).

estuvo en antena hasta 1984 con un alto índice de audiencia. Sus treinta y nueve años de vida significaron un auténtico record de permanencia.

El programa tenía una composición muy sencilla. Las jóvenes o señoras escribían cartas a Elena Francis, comunicándole sus dudas o temores con la esperanza de recibir un buen consejo o una acertada orientación. La filosofía del programa respondía a las directrices más retrógradas del nacional-catolicismo, siendo exponente fiel de la moral de la respetabilidad. Se defendía la razón de la moralidad y del pudor como primera regla del comportamiento femenino; el segundo principio era obediencia ciega al marido, cabeza y autoridad suprema del núcleo familiar; el tercer mandamiento dictaba la regla del sometimiento y resignación ante cualquier tipo de adversidad o contrariedad; el cuarto era la ejemplaridad de comportamiento y de principios, razón básica de una conducta correcta a la altura de las exigencias morales y culturales de una buena esposa y de una excelente madre; se podrían añadir nuevas reglas, pero todas ellas incidirían en los mismos cánones de conducta y de virtud. Fue una filosofía de vida y una moral de conducta que permaneció inalterable a lo largo de todos los años de programa.

Durante mucho tiempo, prácticamente hasta los últimos años de la emisión del programa, se pensó que Elena Francis era una persona de carne y hueso, que aconsejaba a sus oyentes desde la voz de la experiencia y del sentido común dentro de una línea moral de la más estricta ortodoxia. Gerard Imbert, en su libro *Elena Francis, un consultorio para la transición* (Barcelona, 1982) desmontó todo el invento, demostrando que el “Consultorio de Elena Francis” era un simple programa radiofónico que respondía a una estrategia bien montada debido a los guiones del periodista Juan Soto Viñolo y realizado por voces melosas y calientes de las locutoras María Garriga, Maruja Fernández y Rosario Caballé. El *consultorio de Elena Francis* fue uno de los exponentes más inequívocos de la radio ideológica en tiempos del franquismo. Sus consejos respondían a la moral dominante, que era la que querían oír sus radioescuchas. Desde la perspectiva actual es un programa alucinante y un tanto sobrecogedor que refleja fielmente las directrices ideológicas de una época y de un régimen.

Otro de los programas de la época, de gran aceptación popular y de hondo calado ideológico, fue *El criminal nunca gana*. Bajo el formato de teatro-radio, los hermanos Baylos, partiendo de un programa americano, supieron crear una serie muy nacional,

haciendo que un género típicamente policíaco se recubriera de una fuerte carga de moralina. El programa nació en Radio Madrid en 1954 y murió en la Cadena SER de Barcelona en 1961. El director del programa fue el afamado hombre de la radio Teófilo Martínez, contando con las voces de Manolo Bermúdez, como el inspector, y de Agustín Ochoa, más tarde cuando éste dejó la serie, de Carlos Revilla, en el papel de narrador. La estructura del programa, las voces de los artistas y la garra y suspense de los guiones hicieron que tuviera un número muy alto de seguidores incondicionales.

La composición del programa era bastante sencilla. Se planteaba un delito como transgresión, se resolvía el problema entre mil y un azares y, finalmente, se detenía al delincuente, resolviendo la transgresión y volviendo al orden inicial. El delincuente o asesino, por muy astuto o violento que fuera, siempre caía en manos de la policía. En la lucha por el crimen, la policía estaba siempre en una escala superior al malhechor. Era el triunfador indiscutible de la historia. El delincuente nunca tenía la más mínima opción de triunfo o de consideración. Era siempre el perdedor. En la lucha maniquea entre el bien y el mal, debía vencer siempre, sin términos medios, el bien.

El criminal nunca gana fue un canto abierto a los principios de orden, justicia, ley y autoridad. En una sociedad regida por una política totalitaria, este tipo de seriales venía muy bien para imponer la idea del orden y la ley como valores absolutos con una autoridad que se encuentra por encima de los mortales y que siempre acabará con el mal y con los delincuentes. Cada serie de *El criminal nunca gana*, por la vía indirecta de un simbolismo muy palpable y directo, ofrecía la idea de un mundo perfecto, que podía contar con desviaciones por parte de algunos de sus miembros, pero que siempre eran reducidos por la fuerza de la ley, gracias a un orden establecido y a una autoridad garante del bienestar y de la armonía social. El carácter moralizante de la serie era indiscutible.

Otro de los programas claves de la radio española, cargado de propaganda y moralina, de gran aceptación popular, fue *Ustedes son formidables*, dirigido por Ángel Carbajo y realizado por el renombrado periodista Alberto Oliveras. Era un programa, producido por la Cadena SER, que llamaba a la solidaridad ciudadana con una fuerte carga de sensiblería y sentimentalismo. La estructura del programa era muy simple: se planteaba un problema, con frecuencia situaciones un tanto límite de desgracias personales o

colectivas o bien realidades individuales más bien dramáticas o sueños irrealizables, que exigían para su solución o paliamiento la colaboración económica de la ciudadanía. Alberto Oliveras era un genio en la creación de un altísimo grado de suspense emocional que hacía que los radioyentes se volcasen con el locutor en la búsqueda de la solución. Cada uno aportaba lo que podía, que, en ocasiones, era poco, pero en la suma se conseguían cantidades importantes. La utilización sistemática de la música de fondo, la sinfonía del Nuevo Mundo de Dvorak, perfectamente manipulada en la graduación sonora, jugaba un papel fundamental para despertar el sentimentalismo de los oyentes. El programa estuvo vigente durante dieciocho años, desde 1960 hasta 1977.

Era un programa que no juzgaba nunca las causas reales y profundas de los problemas planteados. Se quedaba en el simple hecho, que, por su dramatismo o expectación, ganaba las voluntades de los radioyentes. No había crítica alguna a pesar de plantear situaciones extremas de desgracias o carencias. Respondía a una idea sensiblera y paternalista de hacer radio, que servía, a su vez, para demostrar a los propios oyentes el buen corazón y el espíritu de solidaridad de los españoles. Quedaba demostrado que, en lo poco o en lo mucho, siempre en la unidad y con sentido de fraternidad se podían resolver todos los problemas. *Ustedes son formidables* era un programa dirigido al corazón de los oyentes para demostrar el grado de solidaridad y de unidad de los españoles en momentos de necesidad.

Los programas de tipo moralizante fueron muchos y de muy diversas facturas. Algunos de ellos se estudiarán en el próximo capítulo, cuando nos adentremos en los espacios del divertimento doctrinal. De esta manera, la radio, con programas de temática claramente política, otros religiosos, algunos sociales o bien humanitarios, etcétera, profundizaban y ofrecían unas ideas que machaconamente difundidas desde todos los medios de comunicación terminaban por formar parte insustituible del inconsciente colectivo.

V.- 6.-3.- Televisión Española

La televisión fue la tercera voz en el tiempo, pero la primera y la más intensa en eficacia comunicativa entre los medios audiovisuales, con que contó el aparato oficial para difundir sus ideas y sus consignas. Como afirma Justino Sinova, la televisión es el

vehículo más poderoso para sugerir, convencer y hasta dominar a las masas. Por eso, Televisión Española es, -y muy especialmente fue-, un medio informativo y de distracción controlado férreamente por el poder político por su capacidad de llevar a los ciudadanos las consignas y los mensajes que le interesaban (1983, p. 29). De la misma opinión es Manuel Vázquez Montalbán, cuando afirma que la televisión se convirtió desde su aparición “en el principal agente compensador del ocio de los españoles” (1973, p. 49) y, con el ocio, de la doctrina oficial. Siguiendo esta misma línea de reflexión, son altamente interesantes las ideas que propone Jesús García Jiménez, cuando afirma que, siguiendo la lógica interna del régimen, al considerarse éste tutor y gestor del bien común, a él sólo le tocaba formar “sanos criterios de opinión y difundir la auténtica conciencia de la Patria. Se trata, por consiguiente de una información formativa, manipulada por el gobierno, bajo pretexto de una autoridad magisterial, que le capacitaba como intérprete auténtico del ser y de la conciencia nacional... [De esta manera, podía] difundir su verdadera ideología y convertirse en universal vocero de la propaganda-cultura del franquismo” (p. 235). Televisión, como No-Do y la radio, fue un medio de comunicación y de adoctrinamiento altamente útil para el gobierno del general Franco. Sin miedo a la exageración, cabe afirmar que la televisión fue el instrumento político doctrinal más importante y de mayor operatividad entre todos los medios de comunicación.

La historia de la Televisión Española se inició a base de simples tanteos o pruebas con el objetivo de ir dominando su técnica y sus aplicaciones. Fueron en un inicio experiencias puntuales, como pudo ser la realizada en la feria de muestras de Barcelona de 1947; después, a partir de 1949 y hasta 1956, fueron ensayos más sistemáticos, pero un tanto circunstanciales¹⁵². Entre las demostraciones realizadas destaca la retransmisión desde el hospital de San Carlos de Madrid (15 de febrero de 1955), en circuito cerrado, de una operación quirúrgica. Semanas después, el 1 de abril, se retransmite en directo el desfile militar del Día de la Victoria (J. M. Baget: p. 21). Con estas pruebas que se iban realizando, los operadores, poco a poco, iban alcanzado un aceptable conocimiento y un dominio cada vez más pleno de la televisión a pesar de contar con unos medios técnicos sorprendentemente limitados. Con estas experiencias

¹⁵² Para una referencia más pormenorizada de estos primeros intentos televisivos remito al lector al estudio de Jesús García Jiménez *Radiotelevisión y política cultural en el franquismo*, Op. Cit., pp. 158-59 y 230 y ss.; igualmente fundamental la obra de Nacho Rodríguez y Juan Martínez *La televisión: historia y desarrollo (Los pioneros de la televisión)*, pp. 48-116.

previas, los equipos de televisión estaban preparados para dar el salto, con garantías suficientes, hacia su instalación con una programación más o menos regular. El 28 de octubre de 1956 se inauguraba oficialmente Televisión Española con la presencia del ministro de Información y Turismo Gabriel Arias Salgado.

Como afirman Nacho Rodríguez y Juan Martínez, el mayor problema que tuvieron que superar los técnicos para poner en marcha la televisión fue convencer a Franco de la necesidad y eficacia de la televisión como medio de comunicación. Franco tomó conciencia del poder propagandístico del nuevo medio con la retransmisión del tradicional Desfile de la Victoria del 1 de abril. A partir de ese momento, Franco fue uno de los más adictos televidentes, siendo la televisión uno de los medios de ocio más relevantes en sus horas de descanso (p. 229). El problema Franco se había superado. La televisión tenía luz verde para proseguir su camino.

En los inicios de la televisión, 1948, las posibilidades comunicativas eran muy limitadas. El número de aparatos no llegaba a los mil. El área de recepción no sobrepasaban los diez kilómetros desde el punto cero que se hallaba en el paseo de La Habana¹⁵³. Era una televisión doméstica para uso y diversión de unos pocos madrileños económicamente bien situados. A su vez, era una televisión que tenía mucho de radio, ya que el personal procedía de este ente y en su trabajo repetían las técnicas y los procedimientos propios de ese medio. La influencia de la radio en los períodos iniciales de la televisión fue muy clara. Dominaba la improvisación en programas siempre en directo. Los problemas que surgían eran resueltos lo mejor que los operarios y los presentadores podían y de la forma más digna posible. El mérito de estos trabajadores fue enorme. Existían grupos musicales o grupos instrumentales que llenaban los vacíos que se creaban entre programa y programa o bien cubrían con sus actuaciones el tiempo necesario para solucionar los imprevistos frecuentes que se daban. Al no existir los anuncios publicitarios, los mismos locutores introducían éstos en sus programas a través de la lectura o con la recitación de los textos. En todos los equipos de la televisión, desde los cámaras hasta los locutores, demostraban un alto grado de profesionalidad, basado en el trabajo y en la entrega.

¹⁵³ Según Nacho Rodríguez y Juan Martínez, el inicio de la televisión se realizó con un programa de unas tres horas de duración, -misa, discursos, reportajes filmados y varias actuaciones musicales-, con una audiencia aproximada a los seiscientos receptores en un radio de setenta kilómetros y con una plantilla de unos cincuenta empleados.

La programación inicial, de tres horas diarias, de las 9 de la noche hasta las 12 de la madrugada, fue aumentando de forma paulatina. Sin embargo, de esta programación inicial de pocas horas de emisión y de alcance muy limitado se fue pasando, primero, a cuatro horas diarias y pronto se llegó a las treinta y dos horas semanales. A mediados de 1957 se iniciaba la programación de sobremesa. El horario de emisión se ampliaba a partir de 1960 a las cincuenta horas. Igualmente, el número de aparatos, y por tanto el número de televidentes, experimentó un fuerte incremento. En menos de un año se había alcanzado la sorprendente cifra de más de treinta mil aparatos y a finales del año 1957 el número de televisiones superaba la cifra de 75.000. Igualmente, la cobertura de emisión se iba ampliando poco a poco. En febrero de 1959 quedaba inaugurado el enlace Madrid-Barcelona. Meses más tarde Barcelona empezaría a emitir sus propios programas desde los estudios Miramar. En 1960 se ultimaron los preparativos para la conexión de televisión con la zona valenciana. A finales de ese mismo año, 1960, se ponía en funcionamiento las instalaciones del repetidor de Sollube, que posibilitaba la incorporación del País Vasco y Navarra a la red de retransmisión de TVE¹⁵⁴. La venta de aparatos de televisión era imparable y la cobertura de transmisión iba poco a poco alcanzando todas las áreas de la geografía española. En 1960 se había superado la cifra de 175.000 receptores con un índice de audiencia de más de 800.000 televidentes que en 1964 superaría la cifra mítica del millón de receptores con unos índices de audición sorprendentemente altos. Las expectativas de la televisión eran incalculables. Los horarios de programación se iban ampliando por razones tanto económicas como ideológicas. La televisión se había convertido en muy poco tiempo en el medio de comunicación más poderoso. Para estas fechas, primeros años de la década de los sesenta, la televisión había desplazado a la radio en el gusto de los españoles, siendo el medio que más horas del tiempo de ocio de los españoles absorbía. La televisión se había convertido en algo imprescindible y necesario en todos los hogares del país.

¹⁵⁴ En septiembre de 1961, el repetidor del Monte Pedroso posibilitaba que las imágenes televisivas llegaran a una buena parte de Galicia y en octubre del mismo año se inaugura el repetidor de Guadalcanal permitiendo la recepción de televisión a una gran parte de la geografía andaluza. A mediados de mayo de 1963 las emisiones televisivas llegaban a las Islas Baleares vía emisora de Alfabia. Propiamente en 1964 termina la red de repetidores con la construcción en el monte Teide de una antena que serviría de repetidor para Canarias. Para inicio de la década de los sesenta, el número de televisores en España se iba acercando a la mítica cifra del medio millón. Igualmente, las horas de programación iban aumentando progresivamente, incremento horario que no pararía hasta abarcar las veinticuatro horas del día.

La financiación de televisión fue un éxito económico para el gobierno que poseía el medio televisivo en condición de monopolio. Inicialmente, los presupuestos de funcionamiento eran muy bajos. Los costes de producción y emisión se cubrían a través de dos vías: con cargo a los presupuestos del Estado y con los ingresos de una publicidad muy rudimentaria y, en un principio, muy poco impactante. Pero la novedad y las posibilidades publicitarias del medio pronto cambiaron su signo económico. Cuando la televisión fue ampliando su radio de acción y el número de televidentes creció de manera considerable, la propaganda televisiva fue ampliando su presencia y también sus aportaciones. Los ingresos de televisión vía publicitaria se incrementaron de manera sorprendente¹⁵⁵. Televisión Española llegó a tener unos importantes superávits económicos a costa de la paciencia de los espectadores que debían soportar o disfrutar minutos y minutos de spots publicitarios emitidos entre y en medio de los programas de su atención.

Como fechas un tanto aleatorias, pero altamente significativas por los acontecimientos y por las novedades televisivas, 1960 puede ser señalada como fecha clave de consolidación del ente y 1962 como su mayoría de edad. En este año de 1960 suceden acontecimientos de gran calado en la vida de la televisión del país. Aunque el primer contacto oficioso de Televisión Española con la red de Eurovisión se dio en la primavera de 1959 con motivo de la retransmisión de un partido del Real Madrid, hay que esperar hasta mayo de 1960, para que aparecieran en la geografía española las primeras imágenes que llegaban directamente de Europa (J. M. Baget, p. 65). Fue, como era de esperar, otro partido del Real Madrid, la final de la copa de Europa con el Eintracht de Frankfurt, que terminó con la victoria del Madrid de Di Stefano, Puskas y Gento por 7 a 3. La consagración de los enlaces de la televisión española con el extranjero, vía Eurovisión, se verificó en diciembre de 1960 con motivo de la retransmisión de la boda real entre Balduino de Bélgica y Fabiola. 1960 fue el año en que televisión española inauguró propiamente las primeras series televisivas de hechura nacional con la adaptación de diversas novelas de gran éxito comercial como *La paz*

¹⁵⁵ Hubo tiempos de bonanza económica debido a los altos ingresos en concepto de publicidad. J. M. Baget afirma que “en 1963 los ingresos por publicidad suman 521 millones pesetas, unos trescientos millones más que en el ejercicio anterior, lo que permite prácticamente la autofinanciación para las 3.500 horas de emisión, aproximadamente, que se efectúan durante el año” (p. 107). En el año 1967 se superaban los 2.500 millones de recaudación y para 1970 la recaudación vía publicidad sobrepasaba los 4.000 millones. Sin embargo, según fuentes oficiales, en esos momentos televisión generaba un fuerte déficit.

empieza nunca, (Premio Planeta 1957), de Emilio Romero, que empezó a emitirse en enero de 1960, y la archiconocida novela de de José María Gironella *Los cipreses creen en Dios* (Premio Nacional de Literatura, 1953), que, a partir de junio de 1960, se pudo ver en televisión en treinta capítulos de treinta minutos. Con posterioridad hubo otras novelas seriadas como *Hoy llegó la primavera* de Fernando Vizcaíno Casas o bien las novelas de Ignacio Agustí *Mariona Rebull* y *El viudo Rius*. También 1960 conoció un éxito arrollador de audiencia con el inicio de las series televisivas. La saga que inauguró este sistema fue *Perry Mason* que se mantuvo en pantalla durante muchos meses, demostrando, semana tras semana, jueves tras jueves, a esos enfervorecidos espectadores que la ley, el orden y la justicia siempre se imponían sobre el delito y el mal. Después llegaron otras series de gran aceptación popular con la misma filosofía de base: la bondad del sistema y el reinado de la ley y de la autoridad. Fueron series, todas ellas norteamericanas, como *Bonanza* (1962), *Los intocables* (1964), *El virginiano* (1965), *El fugitivo* (1965)¹⁵⁶, etcétera. En 1961, España iniciaba su aventura en el festival de la canción de Eurovisión, uno de los programas de mayor audiencia en el mundo. A partir de este momento la presencia del país en los medios audiovisuales europeos fue ya plena y constante.

Al entrar en el año 1962, España vive momentos especiales y, por tanto, televisión va a compartir esas circunstancias de cambio y de novedad. Desde el punto de vista administrativo, Manuel Fraga Iribarne fue nombrado ministro de Información y Turismo, cubriendo la vacante dejada por Arias Salgado. Dentro de un marco de control pleno, Fraga permitió una maniobrabilidad más amplia en la gestión y en la realización del ente televisivo. Una de las expresiones claras de la nueva política televisiva fue la definitiva ordenación del servicio nacional de radiodifusión. Con Arias Salgado, todas las atribuciones concedidas a la administración radiodifusora española fueron transferidas a la Dirección General de Radio y Televisión, para cuyo cargo fue designado don Roque Pro Alonso y en cuyo seno se crearon las Subdirecciones Generales de Radiodifusión y Televisión. De la Subdirección General de Televisión dependían todas las emisoras de televisión existentes en el territorio nacional y que se

¹⁵⁶ *El fugitivo*, aunque cumplía con muchos de los requisitos de las series norteamericanas, -la bondad del protagonista, sus ideales de bien, su capacidad de ayuda aun a riesgo de su propia libertad, el orden y la bondad del sistema, etcétera-, también descubría por primera vez lados oscuros del sistema como la corrupción de la policía y del sistema judicial. Pero estos claroscuros del sistema potenciaban al final la virtud y la eficacia de las instituciones oficiales.

hallaban explotadas directamente por el Gobierno (Anuario, p. 16). Con Fraga se acentúa el dirigismo personal del ente televisivo, contando con la ayuda indispensable de Jesús Aparicio Bernal como nuevo Director General de Radio y Televisión, quien permanecería en este cargo hasta 1969, siendo desbancado en el cargo por Adolfo Suárez. La ordenación jurídica tanto de la radio como de la televisión promovida por Arias Salgado y ratificada por Manuel Fraga estaría vigente propiamente hasta el final del franquismo.

En 1963 se inauguraba uno de los símbolos más representativos de televisión española. Aparecían los dos rombos para indicar la naturaleza moral de los programas y sugerir la edad apropiada de los televidentes. Los dos rombos fue un incentivo más, tanto en mayores como en pequeños, para la visión de estos programas censurados para menores de 18 años.

Desde estos momentos, TVE fue dando pasos decisivos tanto desde el punto de vista técnico como de la programación. En 1964, bajo la dirección de Fraga Iribarne, se inauguraron los primeros Teleclubs con la idea de que la televisión llegara a todos los rincones del país. En 1965 se realizaron las primeras pruebas de una televisión en color. En 1973 se impuso el color. En muy poco tiempo, los televidentes españoles pasaron del blanco y negro a una televisión en color, color muy diluido, pero altamente atrayente e impactante. En 1965 España conectó con Mundovisión a través del satélite Early Bird que unía USA con Europa. España ofreció y recibió noticias y reportajes de todo el mundo. En 1966 se inauguró oficialmente UHF, que popularmente y con el paso del tiempo sería conocida como segunda cadena. En poco tiempo UHF estaba presente en buena parte de la geografía española. TVE había alcanzado su plena madurez.

Televisión española, gracias a magníficos guionistas, directores y actores, como Narciso Ibáñez Serrador, Adolfo Marsillach, Fernando Fernán Gómez, Antonio Mercero, José Luis López Vázquez, etcétera, alcanzó las reconocimientos de todos los certámenes del mundo con los premios más prestigiosos. Entre los títulos más señalados que enaltecen el hacer de televisión se encuentran, entre otros, *El asfalto* (1966), *Historias de la frivolidad* (1967), *El trasplante* (1968), *Historias para no dormir* (1968), *La cabina* (1972) y *Juan Soldado* (1973). En todas partes se hablaba de los logros y de los triunfos de televisión española. A estos éxitos televisivos, hay que sumar los dos triunfos en

Eurovision. En 1968 con el “La, la, la” de Massiel y en 1969 con el “Vivo cantando” de Salomé¹⁵⁷. Fueron dos acontecimientos memorables con los que el gobierno del general Franco supo sacar una altísima rentabilidad propagandística.

Frente a la radio y a la experiencia cinematográfica de NO-DO, TVE, por fecha de su inauguración oficial, apareció en tiempo y en circunstancias en los que el franquismo duro y violento pertenecía ya al pasado. 1956 fue un tiempo de “dictablanda”, aunque se siguiera manteniendo el espíritu institucional de control y dirigismo que caracterizó toda la dictadura franquista. Televisión fue un medio muy eficaz de adoctrinamiento y uno de los mecanismos psicológicos de atracción más activos y operativos. Desde su inauguración y hasta el final del franquismo, la televisión fue monopolio del Estado¹⁵⁸.

La televisión fue una apuesta abierta por parte del gobierno. No sólo era un síntoma de modernidad, al que no podía renunciar el régimen de Franco, sino que, al mismo tiempo, era el medio más eficaz para el control ideológico de la población. La televisión era necesaria. Con la sana apariencia de informar y entretener, desde las esferas del poder se buscaba dirigir voluntades y convencer conciencias.

Propiamente, desde su creación, la pequeña pantalla se convirtió en el medio audiovisual preferido y más gustado por los españoles. Aunque en unos primeros momentos, un aparato de televisión fue un lujo para muchos hogares españoles, poco a poco su tenencia se fue generalizando de forma que para finales de los sesenta era raro ver una familia sin su aparato correspondiente. La televisión divertía y hacía pasar ratos muy entretenidos a los televidentes. Pero la televisión informaba y adoctrinaba, de manera muy especial en ese tiempo en que la televisión era monopolio del Estado. Las autoridades pusieron mucho cuidado para controlar sus emisiones y para divulgar su ideología. Todo estaba perfectamente estudiado y cabalmente programado. El

¹⁵⁷ La participación de Mocedades en 1973 con la canción “Eres tú” significó la presencia más brillante de un representante español en el festival, aunque, en esta ocasión, el grupo bilbaíno quedara en segunda posición.

¹⁵⁸ Son precisas y claras las palabras de Justino Sinova, cuando afirma que “hasta el año 1973 perduró el monopolio jurídico de televisión. La televisión era un medio gestionado por el poder político, desde el Ministerio de Información y Turismo, que tenía una Dirección General exclusivamente dedicada a ello. En 1973, dos años antes de la muerte del general Franco y en una etapa de claro desmoronamiento de su régimen, la Radiodifusión y la Televisión pasaron a ser concebidas como servicio público centralizado, fórmula jurídica que en nada variaba en la práctica la competencia política sobre el medio, que seguía atribuida en exclusiva a la Dirección General de RTVE” (1983, p. 31).

incumplimiento de una norma significaba la defenestración del directivo y el planteamiento de una imagen contraria o fuera de la línea de los gustos del régimen implicaba la sustitución del director o el fin del programa. Televisión fue la ventana por la que todos los españoles contemplaban el país y la sociedad que el régimen buscaba ofrecer y presentar.

Esta filosofía de dirigismo ideológico se observa perfectamente en la creación de los teleclubs y en la instauración de la segunda cadena, conocida con las siglas de UHF. La política de los teleclubs fue una apuesta personal del ministro Fraga Iribarne. Aunque la explicación oficial de su creación tuvo un sentido cultural, la realidad, por lo que parece, fue muy diferente. Más que un servicio de tipo cultural dirigido al pueblo fue un medio indiscutible de dirigismo ideológico. Los teleclubs nacieron en 1964 y para finales de la década, hacia 1970, existían más de 4.000 en la amplia geografía española. La idea del ministerio de turismo era llegar a los lugares más alejados y marginales para que pudieran tener medios de diversión y de educación con la finalidad de incrementar su cultura. Los teleclubs funcionaron como lugares de reunión para llenar de forma agradable los ratos de ocio, pero también sirvieron para inculcar en esa gente la doctrina del régimen y su visión oficial. Como afirma Jesús García Jiménez: “el pero específico que puede tener esta iniciativa en el conjunto de la política cultural ha de ser, por consiguiente, evaluado a partir de un concepto centralista, impositivo, paternalista, interesado, homogeneizador de la cultura, lo cual la invalida como verdadera experiencia de cultura popular” (1980, p. 365). Hay que afirmar que la política cultural que presidía en estos teleclubs era impositiva y oficialista.

Otra filosofía cultural muy distinta a la de los teleclubs era la que presidía en la segunda cadena UHF. Si los destinatarios de los teleclubs eran los sectores poblacionales más desfavorecidos económicamente y más marginales geográficamente, los receptores ideales de la segunda cadena eran personas económicamente sólidas y culturalmente cualificadas. UHF era una alternativa televisiva en la que dominaban programas de mayor seriedad cultural con calado intelectual más atractivo. Con la creación de la segunda cadena España contaba con dos cadenas destinadas en teoría a públicos diferentes. La segunda cadena, más seria e intelectual, pretendía cubrir las necesidades de esparcimiento e información de unas clases sociales más altas y cultas. Fue un intento más bien fallido, a pesar de algunos logros incontestables. Su programación era

demasiado rebuscada e intelectualizada para los gustos de la población general y no ofrecía una altura cultural suficiente para las exigencias de las clases sociales cultas. El refinamiento y el elitismo de esta segunda cadena chocaron con los gustos de las masas y con las expectativas fallidas de los grupos cultivados.

Como había pasado con la radio, las autoridades del régimen eran muy conscientes de las posibilidades múltiples que podía tener la televisión. Se recurrió a toda clase de estrategias y de programas para cubrir todas las áreas de interés del gobierno. En este contexto, los espacios educativos jugaron un papel muy importante. Muy similar al programa radiofónico *Radio Escuela*, en televisión se organizaron diferentes ofertas de tipo educativo. Una de las apuestas más serias fue la *Universidad de TVE*, que dio comienzo en octubre de 1959. La idea y el profesorado de alta cualificación universitaria supieron crear un entorno de grandes expectativas y de alto prestigio. Sin embargo, *Universidad de TVE*, como con anterioridad había sucedido con *Radio Escuela*, sirvió más para potenciar la ideología oficial que para promover un ambiente de cultura y reflexión. Los programas educativos, en su gran mayoría, se colocaron al servicio de los intereses del gobierno, dueño y señor del medio. Esta realidad era fácil de entender si se parte del hecho incuestionable de que la cultura ofrecida por la pequeña pantalla seguía respondiendo a los afanes centralizadores y homogeneizadores del gobierno franquista.

Los programas informativos merecen mención aparte por su férrea dependencia oficial. Los contenidos más importante y supuestamente más mimados por su valor educativo deberían ser los programas informativos. Como afirma Rodríguez Méndez, “el reflejo de la realidad social, política y económica del país sería, primordialmente, el contraveneno capaz de desintoxicar de fabulaciones al espectador... el ideal sería una información objetiva, directa o indirecta, mediante noticiarios, reportajes, documentales, etc., encaminados a mostrar simplemente, de una manera fría, los acontecimientos y paisajes del mundo” (1971, p. 43). Este podía ser el ideal; sin embargo, la realidad era muy distinta. Las informaciones televisivas, como todo tipo y medio de información, se subordinaban a los intereses del poder, que convertían la información ofrecida en desinformación para el televidente. Todos los teóricos serios de los medios informativos durante el franquismo concuerdan en defender la existencia de una información deformada, interesada y dirigida. La televisión favorecía el mismo caldo de cultivo que

el que No-Do ofrecía desde años atrás. Se privilegiaban unos contenidos y se soslayaban otros. Se daba una gran importancia a unas noticias sobre otras o bien se presentaban éstas con diferente énfasis (Rodríguez Méndez, 1971, p. 99) en consonancia con los datos o comunicados que se querían realzar o ningunear. Se jugaba con frecuencia con medias verdades que concluían en mentiras totales. La cadena o ritmo informativo servía igualmente para favorecer o eludir la realidad de ciertas comunicaciones, ya que una noticia no deseada por el régimen en contacto con otras parecidas, pero de intensidad mayor, acaecidas en otras partes del planeta, mermaba el sentido de la noticia original. Cuatro notas caracterizan la información oficial: el selectivismo, la manipulación, la hipérbole y el silencio. En términos generales, se favorecía una información edulcorada, evasiva y un tanto intrascendente, en la que se ofrecía una visión paternalista del poder, se daba una idea altamente benevolente del sistema y se presentaba una visión un tanto paradisiaca de la realidad nacional. España, desde la visión ofrecida por los medios controlados por la autoridad, se convertía en una especie de edén, donde se vivía en el mejor de los mundos posibles gracias a unas autoridades que ejercían el poder y el mando de forma justa y eficiente.

En televisión no se vivió la virulencia impositiva e ideológica que se dio en otros medios en tiempos anteriores, pero la filosofía directora y dirigista de sistema estuvo vigente y operativa en todo momento. Los telediarios y programas afines reproducían de manera sistemática las consignas y las ideas impuestas y señaladas por el sistema. La desinformación gracias a los silencios o a la manipulación era manifiesta. Se pueden proponer miles de ejemplos para demostrar lo afirmado. Sirvan unos pocos como prueba fehaciente. En ningún momento se hablaba de la represión. Tampoco se informaba sobre los miles de españoles que seguían en las cárceles por razones de ideología. No se habló de la faraónica obra del Valle de los Caídos, inaugurado en 1958, como obra principal de los prisioneros de una guerra civil que había concluido casi hacía veinte años. Eso sí, se hablaba de malhechores y comunistas que redimían penas gracias al trabajo y a la benevolencia del régimen. Como sucedía con las imágenes de No-Do, en España no pasaba nada malo. Según las informaciones de los medios, la población no conocía carencias materiales importantes. Por otro lado, no se planteaba el cohecho ni la corrupción realizados por hombres significativos del sistema. La ocultación de datos y la tergiversación de la verdad eran las pautas de la información oficial. Sirva como ejemplo el affaire Palomares. En enero de 1966 colisionaron en el

cielo de Almería, en la localidad de Palomares, dos aparatos norteamericanos, cuando realizaban la operación de repostaje. Del choque se desprendieron cuatro bombas, de las que dos explotaron liberando toda su carga radioactiva. Otra bomba cayó al mar, infectando las aguas del lugar de radioactividad. Este suceso, que en otro país hubiera hecho saltar todas las alarmas y hubiera puesto en cuarentena la amplia zona afectada, en España todo se redujo a la contemplación de un ministro y de un embajador, ambos en traje de baño, bañándose en las aguas de Palomares. Ni siquiera las bombas nucleares americanas podían afectarle. La desinformación fue la característica principal de la información oficial. A este juego se prestó gustosa o forzada la televisión. La realidad oficial se reducía a una política de progreso y de bienestar social, a un estado de orden y de justicia y, cómo no, a esos veinticinco años sagrados de paz que se dilataron hasta 1975.

En esta misma línea de exaltaciones y panegíricos, otro tema de fuerte presencia en los medios de comunicación televisivos fue la “*franciscofrancización*” y la. *españolización*. España y Francisco Franco eran las noticias y los temas de crónicas y reportajes más asiduos en las pantallas. Franco era una imagen siempre presente en los medios de comunicación. Con Franco, siempre se hallaba su familia biológica y su familia política. Doña Carmen Polo y Carmencita, por un lado, y, por otro, ministros y altos dignatarios del gobierno que servían de corte del Generalísimo. Unas veces, inaugurando pantanos; otras pronunciando discursos en las diferentes cámaras del gobierno; algunas presidiendo las reuniones de ministros; las más paseando o pescando truchas o cachalotes; siempre recibiendo los honores y las muestras de cariño de los suyos y de la población. Franco era la pieza imprescindible en el diseño de la nación española. Sin él no existía España. Por eso, de la mano de Franco, se potenciaba la idea de España en todas sus formas posibles: paisajes, costumbres, liturgias, fiestas, historia, proyectos, etcétera. Pero siempre, España era vista desde planos alegres y festivos, nunca como problema o como oposición. Franco y España eran las caras amables y beatíficas de la realidad política y social. Con Franco y España, muy de cerca, se encontraban las fuerzas armadas. Éstas también tenían una presencia importante. Desde series dedicadas a las tres armas, como *Por tierra, mar y aire*, programa que estuvo en antena muchos años, hasta referencias permanentes en diferentes programas, existía en televisión un culto real por todo lo que significara ejército y vida militar.

La españolización creó otra línea de programas televisivos. Reportajes, crónicas y noticieros a escala nacional, mucho menos en un ámbito internacional, adquirieron un protagonismo indiscutible. Los ciudadanos españoles debían conocer lo que pasaba en el mundo, pero, más especialmente, lo que acontecía en España. Era una medida interesadamente pedagógica para calar en los valores naturales del país y en las virtudes personales de sus dirigentes. Un buen elenco de programa, sin que sea una relación exhaustiva, puede ser *Conozca Ud. España*, *Aquí España*, *La víspera de nuestro tiempo*, *España al día*, etcétera¹⁵⁹.

Otra línea temática con una presencia permanente en el medio televisivo fue la religión. Los programas religiosos fueron muchos y persistentes en esos años de televisión franquista. Esto respondía de forma inequívoca al talante católico de la cultura oficial¹⁶⁰. Las jerarquías españolas estuvieron siempre muy presentes y muy atentas en todas las actividades televisivas como medio para potenciar su magisterio en los medios televisivos. Tanto la *Comisión Episcopal de Cine, Radio y Televisión* como el *Seminario de Programas Religiosos* marcaron las líneas de orientación pastoral y planificaron los programas de orientación religiosa en los medios de comunicación, especialmente en televisión. Para conocer el talante ideológico de estas instituciones religiosas basta decir que el presidente del *Seminario de Programas Religiosos* desde 1969 hasta 1973 fue el obispo ultraconservador José Guerra Campos. Los programas de sesgo religioso más destacados fueron *El día del Señor* y *Vida católica*.

En la línea del magisterio religioso de la Iglesia, televisión quiso ser desde un principio escuela de moralidad y de pudor. Esta pretensión moralista se concretó en 1963 con la creación de los rombos como indicativo ético de la conveniencia de la visión de los programas. Los dos rombos indicaban que la emisión estaba prohibida para menores de dieciocho años. Correspondía, más o menos, a la numeración 3 ó 3R en la calificación

¹⁵⁹ Dentro de la línea de los reportajes, con una mentalidad más abierta y con un enfoque más crítico, después de las experiencias de programas como *A toda plana* o bien *Datos para un informe*, se emitía en 1972 el primer programa de una nueva serie de crónicas bajo el título de *Semanal informativo* que en 1974 recibiría la nominación definitiva de *Informe semanal*, que desde esos lejanos días de finales del franquismo se mantiene en pantalla, siendo el programa más longevo y el de mayor calidad periodística de la historia de televisión española.

¹⁶⁰ Baste recordar que la “Ley Fraga” prohibía de forma clara toda manifestación que atentara de alguna forma contra la Iglesia católica, su dogma, su moral y su culto. Estas prohibiciones estuvieron vigentes a lo largo de todo el franquismo. La religión católica y la Iglesia se encontraban muy bien protegidas desde las esferas del poder político. No es extraño que los programas religiosos tuvieran una presencia tan importante en la pequeña pantalla.

moral de las películas. La política de los “rombos” funcionó de forma implacable sobre todos los programas televisivos. Si las autoridades correspondientes debían estar atentas en algún medio de comunicación, éste tenía que ser la televisión por la amplitud de la audiencia y por su fuerza comunicativa. La moral y el pudor fueron siempre mirados con exquisita atención. Como en otros medios, la censura campeaba a sus anchas. Si en las publicaciones escritas el lápiz rojo o la tinta china servían para ocultar el exceso de destape o ciertos signos de impudor, en la televisión se impuso el chal con esas mismas funciones. Para enfado del sufrido espectador, muchas veces el enfoque de las cámaras rompía con la lógica del encuadre, ofreciendo imágenes que no tenían sentido dentro de la transmisión. Con frecuencia, se ofrecían planos generales en distancia de manera que las formas o las imágenes problemáticas quedaban difuminadas u oscurecidas. Las tomas frontales y los primeros planos de escenas o figuras un tanto irreverentes para la moral dominante no existían en la época. Un ejemplo claro de esto fue el programa *1,2,3... responda otra vez* de Narciso Ibáñez Serrador, en su primera entrega de 1972, donde seis bellas y minifalderas azafatas ponían a prueba las dotes y los nervios del censor. Las folclóricas creaban serios problemas y los programas de variedades rondaban con frecuencia los niveles de la permisibilidad oficial. De todas maneras y en todas partes, la censura imponía su ley.

Si se observan con cuidado las líneas dominantes de la programación televisiva se llega a conclusiones nada sorprendentes y muy esperadas. Los principios de la moral de la respetabilidad, -patriotismo-españolidad, religiosidad y liderazgo-caudillaje en un país sin problemas-, se hicieron fuertes en los medios audiovisuales y, más especialmente, en televisión. La televisión fue la voz oficial más potente y agresiva del régimen.

En esta línea de reflexión es necesario remarcar otras manifestaciones televisivas que sin el rigor aparente del dirigismo oficial jugaron un papel decisivo en la educación popular y en la uniformización ideológica de la colectividad. Son programas intencionalmente manipulados y dirigidos que sin la apariencia doctrinaria de programas anteriores actúan subliminalmente en los espectadores consiguiendo unos efectos altamente operativos para los intereses del sistema. Cualquier programa que sintonizara con la filosofía del sistema o que pudiera ser reconducido en sus planteamientos a estos fines propagandísticos era aceptado y potenciado por el sistema y, por tanto, tenía un lugar importante en la programación del medio.

Hubo ciertas series marcadamente politizadas, aunque en apariencia fueran simplemente programas de pasatiempo y diversión. Caben ser mencionadas dos series de gran éxito de audiencia: *La casa de los Martínez* y *Crónicas de un pueblo*. Ambas presentaban un formato muy similar. Sus temáticas estaban centradas en la unidad familiar o bien en la unidad municipal con una misma ideología de orden, sistema y unidad. Respondían a la composición tradicional de estas series. Se planteaba una situación tensa que siempre se resolvía o bien se daba una anécdota que servía para potenciar ciertas ideas o ciertas imágenes. Al final, era siempre el sistema el triunfador. Entre risas y bromas, pocas veces en situaciones de alta problematización, el espectador experimentaba la bondad y la conveniencia de la unidad familiar o municipal. *La casa de los Martínez* respondía fielmente a los tópicos de la familia cristiana y muy especialmente a los de la mujer española. Representaba una familia de clase social alta, con su chacha y su cocinera, que vivía y defendía la moral y el estatus de una sociedad económicamente acomodada y éticamente muy respetable. Semanalmente, en la sobremesa de los viernes, la serie ofrecía una anécdota, por lo general tan intrascendente como graciosa, que servía de guía o pretexto para tratar asuntos o noticias de actualidad que desembocaban en una defensa del status social y del orden familiar. Atención muy especial merece la serie de gran éxito popular *Crónicas de un pueblo*. La serie recreaba la vida cotidiana de un supuesto pueblo castellano, Puebla Nueva del Rey Sancho, dirigido por las fuerzas rectoras de alcalde, cura, maestro y cabo de la guardia civil con una comunidad de vecinos ingenuos y bonachones siempre reacios a admitir cambios en nombre de la tradición. Como afirma Rodríguez Méndez, todo se reducía “a ofrecer lecciones de civismo y de moral urbana a la población, persuadiéndola de la calidad de nuestro ordenamiento jurídico e institucional” (1971, p. 137). Era, en definitiva, la visión edulcorada y cándida que ofrecía el régimen al país sobre la realidad española del momento.¹⁶¹ *Crónicas de un pueblo* y *La familia de los Martínez* eran la imagen oficial de una familia y de una localidad más deseadas y utópicas que reales. La familia y la

¹⁶¹ Mucho más explícita y directa es la valoración que ofrece J. M. Baget sobre la serie mencionada. Afirmar el crítico que se “pretendía instruir al público sobre las características y funciones del Fuero de los Españoles y otras leyes, disposiciones legales, etcétera, de nuestro país. Para ello se recurre a la ficción de un idílico pueblo imaginario, Puebla Nueva del Rey Sancho, donde vive en paz, armonía y bienestar una pequeña comunidad jerárquicamente bien establecida y adecuadamente “simbolizada”. *Crónicas de un pueblo* tendrá, curiosamente, un impacto de audiencia muy superior al previsto. Artífice de este éxito inesperado son el guionista Juan Fariás y, sobre todo, el realizador Antonio Mercero, quien consigue dar vivacidad, humor y cierta dosis de ternura a unas historias que tienen por eje y motor un eje didáctico y moralizante” (p. 248).

comunidad están muy presentes en las pantallas de la televisión. No hay que olvidar que el ideal de familia-comunidad fueron fundamentos básicos de la ideología del nacional-catolicismo.

Con un sentido más neutro, pero con un carácter siempre edificante, se proyectaron otras series de fuerte impacto popular. En 1962 empezó a emitirse un programa de gran éxito entre los televidentes: *Esta es su vida*, especie de vidas ejemplares que testimoniaban el triunfo individual gracias a la voluntad, al trabajo y al espíritu de superación. En 1964 se empezó a emitir el concurso *La unión hace la fuerza*, en el que un equipo de dos personas, intelectual y deportista, representando a una provincia española, tenían que ir superando ciertas preguntas, en las que se ponía a prueba, primero, la capacidad cultural de uno de los concursantes. Si éste fallaba en las preguntas de cultura, le correspondía al deportista solventar la situación con la superación de una prueba atlética. La filosofía base del programa era el éxito en la unidad de conocimientos y de esfuerzo físico. Otra programación de corte rosa y sensiblera fue *Reina por un día* (1964), en la que una persona que encarnaba el mito de la Cenicienta veía cumplir sus sueños más íntimos después de ser coronada como reina. En los años 1968-69 triunfó un programa concurso *Un millón para el mejor*, presentado por Joaquín Prat y, más tarde, por José Luis Pecker. Los concursantes que salieron triunfadores de la prueba se hicieron famosos como el alcalde de Belmez o la “mamá del millón”, quien logró las simpatías de los espectadores al hacer pública la razón de su participación: dar a conocer la minusvalía mental y física de su hija con el fin de concienciar a la opinión pública de este problema humano y social. En estos programas se quería exaltar la bondad de la persona y sus cualidades personales: inteligencia, entrega, afán de superación, pero siempre dentro del orden establecido y de las convenciones dominantes.

Otro de los temas prestigiados por el régimen fue el deporte. El deporte era la escuela de los valores patrios y los deportistas representaban las virtudes más destacadas del alma española. El deporte representaba el espíritu de superación, de entrega y de colaboración. Los triunfos de los deportistas españoles o de las selecciones españolas eran celebrados como auténticos logros del espíritu de la nación, especialmente si las victorias se obtenían frente a los representantes de los países enemigos de España. Los deportes reyes de televisión fueron, como era de esperar, el fútbol, el baloncesto, el

boxeo y el ciclismo. A partir de 1963, se retransmitía un partido semanal de la liga de fútbol. Fue la época de los grandes triunfos del Real Madrid sin rival en las competiciones europeas. Sin embargo, dos acontecimientos futbolísticos colmaron la dicha de los sufridos españoles: la victoria sobre Inglaterra en los mundiales de Brasil de 1950 con el legendario gol de Zarra a pase de Gainza. Franco recibió el telegrama del delegado nacional que decía: “Hemos vencido a la Pérfida Albión”, frase que aún, en la actualidad, es parte del vocabulario de la gente. El otro acontecimiento futbolístico celebrado con un entusiasmo desbordante fue la victoria de España frente a Rusia en la final de la Eurocopa de 1964. En esta ocasión se venció a la “Pérfida Rusia”. El genio español no tenía enemigos. A principios de la década de los sesenta se incorporó con fuerza el baloncesto gracias a los triunfos europeos del Real Madrid de Emiliano y Luik. Algo posterior fue la presencia del tenis con los triunfos de Manolo Santana, José Luis Arilla, Juan Manuel Couder en Europa y en la Copa Davis. 1960-1975 fue la época dorada del boxeo español. La referencia era siempre Paulino Uzkudun, la realidad recibía los nombres de Fred Galiana, Luis Folledo, José Legra, “*Sombrita*”, Ben Alí, Pedro Carrasco y, ya a finales de la época hizo su aparición otro mito malogrado: José Ibar Urtain. Los resonantes triunfos del ciclismo español no iban a la zaga de otros deportes. El éxito más clamoroso del ciclismo fue el triunfo de Federico Martín Bahamontes en el Tour de Francia de 1959. Pero donde se demostraba la real furia de nuestros ciclistas era en la montaña o en hazañas un tanto legendarias protagonizadas por hombres como Julio Jiménez, Pérez Francés o Fernando Manzanque. Los españoles eran consumidores compulsivos de los diferentes deportes, siempre que éstos estuvieran protagonizados por españoles. Gracias a los deportistas los españoles se sentían orgullosos de su españolidad y este sentimiento era fomentado por las autoridades franquistas. Como diría la copla de décadas posteriores, gracias al deporte, “España era la mejor”.

Muy en la línea del deporte estaban los toros. Toda la hombría del español se manifestaba en la fiesta nacional. Ningún país había mantenido una fiesta en la que la sangre y la muerte eran partes integrantes del rito. Era la lucha del hombre contra la bestia y del arte contra la fuerza. Las plazas se llenaban de espectadores enfervorizados que acudían a vivir y a sufrir los lances de sus héroes contra la bestia criminal. Toda la valentía y el arrojo del español se manifestaban en sus toreros. Es curioso leer los comentarios de los periodistas de la fiesta por la reiteración de los tópicos taurino-

nacionales que empleaban. Los aficionados a los toros vivían y vibraban con los héroes del capote, entre los que destacaban Manolete, Luis Miguel Dominguín y Carlos Arruza, seguidos por otra generación más joven pero de gran talla taurina como Antonio Ordóñez, Manuel Benítez, Diego Puerta y Paco Camino. La suerte del toreo era la suerte de España. Había que luchar contra el enemigo y superar las mil y una adversidades para alcanzar el triunfo final. El riesgo era grande. Pero sólo en la entrega valiente y decidida estaba el éxito. Por eso, el toreo era, por excelencia, la fiesta nacional.

Es curioso constatar que buena parte de la propaganda franquista estuvo ofrecida por las series americanas. El sistema sólo tuvo que aceptar con gusto este mercado de telefilmes para poder educar a los españoles en sus principios más sólidos. Mientras alcanzaba y fomentaba sus propósitos doctrinarios podía mostrar un rostro moderno, liberal y a la altura de los países occidentales. Aceptaba con gusto lo que la democrática América le ofrecía. Hay que destacar aquellas películas seriadas que fueron verdaderos éxitos de audición. Desde *Perry Mason* (1960) hasta *Kung Fu* (1973), pasando por *Bonanza* (1962), *Los intocables* (1964), *El Virginiano* (1964), *El santo* (1964), *El fugitivo* (1965), etcétera. Fueron series de memorable recuerdo, que formaron parte de la vida de los españoles de la época. La primera serie que caló con fuerza en el público español fue *Perry Mason*, serie protagonizada por el actor Raymond Burr, que representaba las aventuras de un abogado, quien, con la ayuda de su secretaria y un investigador amigo, conseguía resolver los casos más difíciles, imponiendo siempre la verdad y la justicia. La serie del oeste *Bonanza*, que estuvo en las pantallas casi diez años, vino a ser uno de los grandes éxitos de la televisión. Representaban las aventuras de la familia de los Catwright en su famoso rancho de La Ponderosa. Como en casi todos los telefilmes americanos de la época, se planteaba una situación de injusticia que el padre y los tres hermanos, cada uno con su psicología propia, terminaban por solucionar, restableciendo la paz y el derecho. También existían capítulos de signo psicológico y emocional, pero siempre terminaban con un final en el orden y en la armonía. Seguramente la serie que hizo auténtico furor, siendo la preferida del espectador español, fue *Kung Fu*. La serie americana narra las andanzas de un monje shaolín, protagonizado por el actor David Carradine, por tierras americana del viejo oeste, imponiendo en los más diversos lugares el bien y la hermandad a través de la fuerza mental y el dominio de las artes marciales. A finales de la dictadura de Franco, apareció en las pantallas de televisión otra serie

americana que rompió todos los índices de audiencia: *La casa de la pradera* (1974), serie con la que crecieron muchos de los españoles de la transición. Presentaba las andanzas de la familia Ingalls en el corazón de Norteamérica. Serie muy sentimental que jugaba con todos los tópicos de la mentalidad burguesa americana: el trabajo y la honradez como caminos para el triunfo social en su lucha contra el mal y, principalmente, frente a la dureza de la naturaleza y frente a las adversidades de la vida. Otras series que hicieron furor entre los jóvenes espectadores fueron las aventuras protagonizadas por animales, especialmente por perros, como *Las aventuras de Rin Tin Tin* o bien *La perra Lassie*, que, como las series realizadas por personas, siempre acababan con el triunfo de la ley y del orden en un contexto de armonía y paz. Los personajes eran diferentes, los medios eran distintos, pero en todas estas series la filosofía fue siempre la misma: el triunfo de la ley y de la justicia a través de la razón legal y del entendimiento humano. América todavía no había encontrado la mina económica de las series en las que triunfaban el mal y los malos sentimientos, representadas básicamente por *Falcon Crest*. Se vivía un tiempo, por lo menos tiempo televisivo, en el que la justicia, la ley, la bondad y el bien se convertían en garantes de una sociedad justa y ordenada. ¿No era este precisamente uno de los tópicos doctrinales básicos del sistema franquista?

Mención especial debe recibir la atención que el ente dedicó desde su creación a los espacios dramáticos. ¿Cómo no recordar programas como *Gran Teatro*, *Primera Fila*, *Fila Cero*, *Teatro de Siempre*, y muy especialmente *Estudio 1*? En una televisión de repertorios bastante anodinos, con una carga importante de series extranjeras, destacaron por su alta categoría cultural ciertos títulos dramáticos. Los espacios teatrales ofrecieron obras de sorprendente actualidad, de contenidos un tanto heterodoxos y de brillante realización. Basten unos títulos y unos autores como muestra de lo afirmado: de Arthur Miller se representaron las obras *Las brujas de Salem* y *La muerte de un viajante*; de Pirandello, *Seis personajes en busca de autor*; de Harold Pinter, *Tea Party*; de Cocteau, *El águila de dos cabezas*; de Durrenmatt, *Los físicos*; *Calígula* de Albert Camus. Cabría mencionar muchos otros nombres y títulos, pero los indicados son suficientes. Como era de esperar, el teatro clásico español del Siglo de Oro estuvo muy presente en la programación de estos espacios. Lope de Vega y Calderón de la Barca fueron los autores más favorecidos. Se representaron obras como *El alcalde de Zalamea*, *El gran teatro del mundo*, *La vida es sueño*, *El caballero de Olmedo*, *La dama*

boba, etcétera. Sorprende la calidad y la cantidad de obras dramáticas. Televisión no volverá a tener una actividad dramática como la demostrada en estos tiempos. No se pueden negar las pequeñas pero asombrosas conquistas que se lograron en los espacios dramáticos de la televisión. Sin embargo, estos datos no quieren decir que la programación dramática de televisión se caracterizara por su originalidad, por su aperturismo y por su brillantez. Hubo muchas más sombras que luces. Así lo certifica la relación de presencias y ausencias de autores y títulos. Se dio una gran importancia al teatro clásico español, válido sin lugar a dudas en sí mismo, pero potenciado desde el sistema por la afinidad ideológica. Se ofrecieron obras sorprendentes por su carga crítica en un tiempo de rigor censorio muy fuerte, pero éstas fueron la excepción que permitía al sistema ofrecer una cara liberalizadora en un contexto de fuertes restricciones culturales. Sin embargo, lo que más caracterizó la programación dramática fue el excedente de firmas identificadas o aceptadas por el sistema, -Alejandro Casona, Jacinto Benavente, Miguel Mihura, López Rubio, Agustín de Foxá, Antonio Gala, Enrique Jardiel Poncela, Carlos Llopi, Hnos. Álvarez Quintero, Carlos Arniches, etc. La ausencia en la pequeña pantalla de dramaturgos no afectos al régimen es clamorosa. *En la ardiente oscuridad* de Antonio Buero Vallejo fue la gran excepción que confirma la regla. Como era de esperar, la programación dramática en televisión española estuvo perfectamente dirigida con la finalidad de cumplir el programa y el ideario diseñados desde el poder.

Algo similar a lo acontecido con los programas dramáticos se da en la programación cinematográfica. *Sesión de Tarde* y *Sesión de Noche*, entre otros programas dedicados al cine, cubrían las expectativas del espectador, atraídos por los títulos más representativos de la historia del cine. Aunque la nota media de estos programas no se acercaba al aprobado, el español tuvo oportunidad de ver, gracias a la pequeña pantalla, películas de gran interés. Incluso se proyectaron títulos que podían chocar con la censura dominante. Pero, como sucedía con el teatro, eran títulos que servían de escaparate para ofrecer una imagen oficial que en realidad no se daba. Lo que mejor refleja el cine televisivo de la época fueron las ausencias más que las presencias. El cine fue una materia vigilada y perfectamente programada desde las altas jerarquías.

No quisiera cerrar este apartado sin afirmar el acierto de ciertos programas, que, al margen de la ideología, alcanzaron un gran éxito popular y que presentaron un alto nivel

de realización. Desde una óptica personal, los programas de variedades y los programas infantiles fueron los más destacados. Aisladamente, algunas realizaciones destacaron por su calidad. Pero en términos generales, Televisión Española fue un medio de comunicación y de información de calidad muy pobre, plenamente controlado desde el poder, que funcionó con una alta rentabilidad como mecanismo psicológico de atracción. La televisión fue “didáctica de las excelencias del franquismo y de sus instituciones” (Baget, p. 250), y una “gran fabuladora” que buscaba el esparcimiento, la evasión y la desinformación de los espectadores (Rodríguez Méndez, 1971, p. 20).

V.- 7.- Géneros literarios: teatro, narración, poesía.

Reiteradamente se ha afirmado que en los regímenes políticos de carácter totalitario toda forma de cultura es una fuerza de control y de dominio. Por eso, la cultura en sus diferentes manifestaciones será valorada desde los intereses del sistema por su fuerza de comunicación y por su amplitud de difusión. La literatura como fenómeno escrito, aunque seguida y perseguida por el poder, no fue para éste un espacio de atención preferente. El carácter individualizado de la comunicación y la poca eficacia como medio de ideologización hicieron que la atención prestada por el poder fuera limitada, si se compara con otras formas de cultura como el periodismo, el cine-televisión o la radio. Por otro lado, el lector medio de literatura es una persona instruida que no necesita de los medios literarios para conocer y cuestionar la realidad. El libro literario, por tanto, presentaba todas las bazas para que no fuera centro de atención preferencial para el poder. Por estas mismas razones, si se estudia la legislación del libro, se comprueba que no existe propiamente una normativa de edición, en la que se exponga con claridad las líneas programáticas de edición y publicación. Incluso, la censura, con su fuerte carga de arbitrariedad marcada por la personalidad del censor de turno, carece igualmente de normas o principios de actuación frente a la escritura literaria. La mejor prueba de lo afirmado fue la publicación, sin graves problemas por parte de la censura, de obras tan polémicas y críticas como *Tranquilamente hablando* o *Cantos iberos* de Gabriel Celaya, *Pido la paz y la palabra* de Blas de Otero o bien *Tierra sin nosotros* de José Hierro. Algo similar se puede decir de novelas como *El Jarama* de Sánchez Ferlosio, *Tiempo de silencio* de Martín Santos o bien *Cinco horas con Mario* de Miguel Delibes. ¿Qué decir de obras teatrales como *Escuadra hacia la muerte* de Alfonso Sastre, *La fundación* de Buero Vallejo o bien *Las arrecogías del beaterio de Santa*

María Egipciaca de José Martín Recuerda? Desde las instancias correspondientes se vigilaba la escritura literaria y se imponían los correctivos oportunos, pero eran muy conscientes de la poca relevancia doctrinal que ésta poseía y de la escasa fuerza comunicativa que la literatura podía ofrecer.

Aunque Gabriel Celaya lanzara en uno de sus más conocidos poemas el grito de “la poesía es un arma cargada de futuro”, la verdad es que la poesía, de ser un arma, lo es con una eficacia de futuro muy limitada. Lo que se dice de la poesía se puede aplicar a la narrativa y al teatro, concebidos estos géneros como hechos literarios. La literatura posee poco poder de adoctrinamiento y poca eficacia de dirigismo. La censura, aunque cuidaba y vigilaba con esmero la literatura escrita, minimizaba y descuidaba estas formas de cultura si se las comparaban con otras formas culturales de mayor impacto comunicativo y de mayor amplitud informativa¹⁶².

Otros dos elementos a tener en cuenta para comprender el auténtico significado de la escritura literaria eran el coste del libro y las tiradas de edición. El libro era caro, casi prohibitivo para la economía de la gran mayoría de españoles. Por lo general, las ediciones del libro literario eran mínimas en sus cifras, lo que encarecía su precio. La literatura ofrecía un mercado para un número reducido de lectores o consumidores. Un libro caro sólo podía ser adquirido por un lector de clase social pudiente, presumiblemente adicto al sistema o, por lo menos, no necesitado de ese libro para concienciarse de la realidad social y política dominante. Desde la perspectiva de la economía del libro, este lector hipotético de cierto poder adquisitivo y de un nivel cultural importante no era un problema para el sistema. Ni el libro de literatura ni el lector virtual de obras literarias en el hecho puntual de lectura constituían un foco de preocupación seria para el poder. La censura conocía perfectamente la existencia de libros prohibidos en las trastiendas de las librerías de viejo y los dejaba pasar. No había un peligro real ni con el libro ni con el lector.

¹⁶² Esta realidad se desprende de forma inequívoca de las palabras de Dionisio Ridruejo, cuando afirmaba, al referirse al control oficial de los géneros literarios, que “salvo excepciones, nunca pudo decidir mi subordinado en la materia, porque las decisiones venían normativizadas al detalle por una misteriosa Junta eclesiástico-civil, que operaba de modo soberano” (*Triunfo*, 507-Extra, 17 de junio de 1972, p. 72). La soberanía de esta Junta eclesiástico-civil testimonia la poca importancia que los escritos literarios suscitaban en el régimen. Esto no pasaba con el periodismo o con el cine. ¿Por qué sí sucedía con la literatura escrita?

Sin embargo, cuando el libro literario alcanzaba unas cotas de peligrosidad juzgadas como inadmisibles para la censura, bien por su fuerza comunicativa o bien por su amplitud difusora, ésta actuaba sin piedad y sin miramientos. Éstos eran los casos, por ejemplo, en los que lo literario se transformaba en fenómeno dramático o bien en ediciones de bolsillo de bajo precio. Son aspectos analizados con anterioridad, que el lector debe tener muy presentes para entender con propiedad la política real del libro en su relación con la censura.

Estos datos explican que dentro de las diferentes formas de cultura, la literatura, en su forma escrita, fuera una expresión estética que no preocupaba de forma excesiva al sistema. Pero, este descuido, siempre comparativo con otras prácticas culturales, no quiere decir que el poder no tuviera muy en cuenta sus posibilidades comunicativas y su capacidad ideologizadora. Fue un campo vigilado en el que sólo se podía transitar por determinados caminos marcados por la autoridad.

Como en todos los planos de la cultura, la política oficial se manifestaba a través de sus tres fuerzas de acción: represión-imposición, adoctrinamiento y mantenimiento de la pureza ideológica. De esta manera, a un mismo tiempo, prohibía todo tipo de literatura o ensayo de tendencia disidente o inconveniente según la mentalidad rectora, potenciaba con la misma doctrina obras y colecciones afines o no problemáticas y vigilaba con alta escrupulosidad la calidad y la naturaleza de todo tipo de publicación. Un ejemplo perfecto de lo que se expone fue la Biblioteca clásica Salvat de libros RTV, editada entre los años 1969-1971. Eran libros publicados bajo un sistema de precios muy bajos, lo que posibilitaba su recepción popular. La colección RTV de la Biblioteca Salvat estuvo presente en un gran número de casas-familias españolas al cumplir fielmente con las posibilidades económicas del receptor popular y con las directrices ideológicas del sistema. Al mismo tiempo, para potenciar una literatura en la línea de las exigencias del sistema, se potenciaron certámenes, premios, ayudas económicas, etcétera. Eran maneras de ordenamiento social y político, de normalización cultural y, en la medida que cabía, de ideologización popular.

José Ibáñez Martín era preciso y claro al respecto. Según el político católico, todo acto de cultura, -como tal la literatura, los libros, -en la “España de la Cruzada-la España eterna” tenía que tener un sentido pseudo-teleológico. El libro “no es en sí mismo un

fin, sino un medio. Pero es imposible concebir rectamente el mundo sin una jerarquía de valores, en la que los de carácter espiritual y moral prevalezcan sobre los intelectuales y éstos sobre los de designación puramente material” (1950, p. 689). ¿A qué espiritualidad y a qué moralidad se refería el ministro franquista? No hay duda de que identificaba moral y poder, espiritualidad y sistema. Con un talante aparentemente liberal y humanista, Ibáñez Martín valoraba la cultura como doctrina y defensa de los valores propios del sistema dominante.

En este contexto, el lector tiene que tener muy presente que uno de los principios rectores en los sistemas totalitarios como en las culturas conservadoras es hacer pasar por “natural”, por “humano” y “universal” lo que importa e interesa a la clase dominante, de donde resulta que defender los principios que la sostienen es, sencillamente, interesarse por el hombre y por el arte, y ponerlos en cuestión es manifestarse políticamente, es hacer política antisistema (Monleón, 1971, p. 57). El nacional-catolicismo impuso su verdad como razón única y como valor absoluto. Si esto era así, la cultura y la literatura, como sostenía Ibáñez Martín, debían subordinarse a los fines supremos del sistema por representar éstos la verdad y el bien. La literatura debía ser un medio para alcanzar el fin espiritual propuesto. La literatura tenía que responder a los principios supremos de patria y Dios, de política y religión. La literatura debía caracterizarse siempre por sus fines doctrinales.

Estas observaciones explican perfectamente el interés de las autoridades por la literatura, aunque éstas eran plenamente conscientes de su valor secundario como elementos de poder y de propaganda. No se podía despreciar o inutilizar cualquier medio que pudiera servir a la causa, aunque su servicio tuviera un valor limitado. Como se ha afirmado en otras ocasiones, en los regímenes políticos, como en el del franquismo, nada era inocuo e insignificante, menos aún la literatura, aunque su capacidad doctrinal fuera escasa.

La literatura se carga de doctrinarismo. En un principio se caracteriza por su apología frontal y directa del sistema. Si se hiciera una antología de los poemas y relatos que se van publicando en revistas como *Jerarquía*, *Vértice*, *Fotos*, *Escorial*, entre otras, se crearía un volumen de una poesía grandilocuente, declamatoria, fuertemente apasionada y enaltecadora de los valores del nacional-catolicismo: patria, religión, líderes, familia,

caídos por las patria, en la que los luceros, las flechas, las estrellas y las camisas azules llenarían cientos de páginas. Y como no, como centro de esta poesía, la figura siempre presente de Franco y, en menor escala, de José Antonio. Es una literatura fuertemente politizada que era bien recibida por el destinatario de estas publicaciones y alentada por los dirigentes del régimen.

Este dirigismo cultural de signo marcadamente politizado se va suavizando con el paso de tiempo. La doctrina directa y frontal, tal como se daba en los primeros años del régimen, va perdiendo peso y presencia. Cada vez hay menos retoricismo y menos exclamaciones hasta prácticamente su plena desaparición. Si algo permanece de estas primeras formas literarias es simplemente consecuencia y fruto de algunos nostálgicos. Con el paso del tiempo, el “ardor guerrero” fue disminuyendo, especialmente entre las clases receptoras de lo literario y entre los núcleos creativos afines al poder. La literatura pudo cambiar de cara y de imagen, pero no de espíritu y de doctrina. Aunque las formas literarias se recubrieron de un ropaje formal nuevo, éstas nunca pudieron extralimitarse más allá de lo asentido por el sistema¹⁶³. Es necesario recordar que el régimen nunca bajó la guardia y mantuvo un control férreo en las formas y en los temas a lo largo del tiempo. Fue consciente en todo momento de hasta dónde podía abrir la mano en la permisión. Fueron concesiones perfectamente planificadas cara al exterior. La ideología siguió subsistiendo impertérrita, pero ahora expuesta de forma más sutil y subliminal. El teatro es una excelente prueba de lo afirmado. Los grandes éxitos de la escena hasta el fin del franquismo residieron en obras frívolas como la revista o en comedias intrascendentes con fuerte carga de moralina tipo Alfonso Paso.

Otro problema muy real de la época fue la censura del libro, como fenómeno preferente de lectura, marcada e impuesta por el sistema eclesiástico. En lo concerniente a la censura del libro por parte de las autoridades religiosas, muy especialmente la relacionada con la censura filosófica y literaria, es obligado mencionar el *Índice de Libros Prohibidos*, conocido también con el título de *Index Expurgatorius*, amplia relación de libros valorada por las jerarquías de la Iglesia como perjudiciales para la fe y

¹⁶³ Es más, si ciertas formas literarias asumieron durante el franquismo apariencias de disidencia y confrontación, fue debido simplemente a su escasa fuerza de comunicación. Esto explicaría la presencia de una literatura social en la década de los cincuenta. Pero, nuevamente, se observa un tratamiento desigual de los obras dependiendo del género literario y del precio de los ejemplares. El sistema censorio dio importancia a las obras según su capacidad comunicativa.

para las costumbres de la vida religiosa, debido a sus contenidos heréticos, inmorales o, en términos generales, perniciosos para la vida espiritual de los creyentes.

La primera edición del *Índice* data de 1559¹⁶⁴, redactada por la Sagrada Congregación de la Inquisición de la Iglesia Católica en tiempos de Pío V, quien impuso las normas dictadas por el Concilio de Trento. El *Índice de Libros Prohibidos* fue fruto del espíritu contrarreformista de la Iglesia Católica. Este *Índice* se fue modernizando de manera ininterrumpida hasta el año 1948, año de la trigésima segunda y última edición del libro. Cuando se preparaba la siguiente edición para 1966 fue decretado su cese por el papa Pablo VI. Este dato revela que este Índice estuvo vigente y operativo hasta mediados de la década de los sesenta.

En los acuerdos firmados por el gobierno español y la Santa Sede, el primero se comprometió a asumir el *Índice* oficial de la Iglesia como norma de referencia para el permiso o para la prohibición de publicación de los libros españoles. Por coherencia con este compromiso, se decidió retirar de las librerías y quemar todos aquellos títulos presentes en las páginas del *Index Expurgatorius*. Incluso, con posterioridad a su cese oficial, ciertos sectores de la Iglesia española más conservadora siguieron actualizando un “índice” particular que respondía a las directrices originales. En este ambiente de control y de dirigismo de lecturas y publicaciones, apareció otra serie de autores y de títulos que sirvieron para reforzar la presencia de la Iglesia en la conciencia de los lectores españoles de la época. ¿Cómo no mencionar la obra del jesuita Antonio Garmendia de Otaola *Lecturas buenas y malas a la luz del dogma y de la moral* (Bilbao, 1949)? En esta misma línea se hallarían muchos de los consejos dictaminados por la revista *Ecclesia* en torno a títulos de actualidad.

Las bibliotecas de colegios, internados y centros oficiales se regían igualmente por estos criterios evaluadores de la Iglesia. Era muy difícil, casi imposible, encontrar títulos prohibidos o desaconsejados por las autoridades religiosas. Miguel de Unamuno, Pío Baroja, Pérez Galdós, Valle Inclán, Blasco Ibáñez, entre otros muchos, eran autores no

¹⁶⁴ Las primeras prohibiciones de libros en España no se hicieron en forma de *Índices*, sino por cartas, de las cuales la más antigua es la del Inquisidor General Cardenal Adriano, en 1521, en la que se prohíbe la introducción de libros de Lutero. El primer *Índice* se debe a la Universidad de Lovaina que lo redactó en 1546 a ruegos del Emperador Carlos V. *Índice* que hizo suyo la Inquisición española (Sierra Corella, pp. 44-45)

recomendados o, lo que es lo mismo, censurados. Las prohibiciones llegaban a extremos tan desconcertantes que vetaban la lectura de ciertas obras de Santa Teresa de Ávila o del anónimo *Lazarillo de Tormes*. Incluso, la *Biblia* era una lectura con muchos reparos por la procacidad de ciertas escenas y por la inmoralidad de algunas conductas. Es curioso pero para la Iglesia española no se salvaba ni la palabra revelada por Dios.

Dentro del ambiente literario de la época y muy especialmente en la dirección de lecturas de los jóvenes, incluso de los mayores, el *Índice de Libros Prohibidos* jugó un papel determinante, aunque, en ocasiones, los vetos oficiales sólo sirvieron para incentivar el morbo juvenil, haciendo que muchos de los libros prohibidos fueran lecturas casi obligatorias para la juventud de la época.

La influencia del *Índice de Libros Prohibidos*, a pesar del esfuerzo que algunos sectores de la Iglesia más conservadora hicieron para su mantenimiento, fue perdiendo fuerza y presencia como referencia obligada en la orientación de las lecturas. A principios de la década de los sesenta, con las nuevas directrices emanadas del Concilio Vaticano II, perdió el protagonismo director que poseía. Para finales de la década, su influencia era nula. El *Index Expurgatorius* pertenecía a la historia.

La característica más definitoria de la literatura del nacional-catolicismo fue su peso ideológico y su poca calidad estética. Pocas obras de esta tendencia pasarían una crítica seria por benevolente que fuera. Esta literatura oficial ofreció una escritura muy doctrinaria pero muy poco estética. Cabe ofrecer, eso sí, algunas excepciones sobresalientes, especialmente en el campo de la lírica, como por ejemplo *Hijos de la ira* de Dámaso Alonso o bien *La casa encendida* de Luis Rosales.

Partiendo de todas estas consideraciones y muy consciente de la amplia y excelente bibliografía existente sobre el tema, sin entrar en comparaciones ni encaros, quiero ofrecer en cada uno de los géneros presentados una breve y sintética presentación con el análisis de dos obras que representan la doble línea de la literatura del nacional-catolicismo: una literatura de ideología directa y frontal y otra, no menos ideológica, pero expuesta de manera más sutil e ingeniosa. No se pretende hacer historia de la literatura, sino simple análisis de las formas y directrices ideológicas de la literatura franquista o nacional-católica.

El mayor mal de la literatura del nacional-catolicismo fue haber priorizado la ideología sobre la estética. No supieron o no acertaron a potenciar lo estrictamente literario, quedándose en meras formulaciones politizadas. La aparatosidad o ritualismo de la vida civil y militar encontró en la oratoria su adecuación literaria. La autarquía cultural y literaria determinó la realización de una literatura de ínfima calidad estética.

V.-7.-1.- El teatro como fenómeno dramático y hecho literario

El régimen franquista, desde el mismo momento del levantamiento, tomó conciencia del poder comunicativo y de la fuerza apologética que poseía el teatro, muy especialmente del teatro como fenómeno dramático. Lo mimó y lo vigiló con cuidado y con esmero. Pero, al nuevo régimen no le interesaba tanto la vertiente literaria o estética del teatro como su capacidad comunicativa y, por consiguiente, sus posibilidades doctrinales. Por eso, el teatro más representativo del nacional-catolicismo fue un teatro ideológico de ínfima calidad literaria¹⁶⁵. El único teatro que estéticamente se salvaba de esta quema generalizada era el teatro clásico español del S. XVII, especialmente los autos sacramentales y las comedias históricas o moralistas¹⁶⁶. Todo el resto puede catalogarse como pura ideología o simple evasismo. Y es que “el Régimen no permitía sino el triunfalismo y el escapismo” (Blanco, 1979-III, p. 113).

Se esfumó, de esta manera, “la posibilidad ya muy probable de un resurgimiento espléndido del teatro español” (Oliva, p. 30). Las grandes esperanzas que nacieron durante la época republicana terminaron en fuego de artificio¹⁶⁷. La Guerra Civil fue catastrófica para la escena española. No sólo murieron los dramaturgos más importantes

¹⁶⁵ Son sumamente claras las observaciones que realiza Rafael Duyos en la nota introductoria a sus *Romances de la Falange*: “...todo el teatro de Falange, que ahora nace... Quizás más doctrinal que lírico; pero tenía que ser así... El pueblo, los pueblos, el mundo entero, necesitaban saber el “por qué” de la guerra y el “por qué” de la revolución” (p. 16). La cita no necesita comentario alguno.

¹⁶⁶ Para conocer la actividad de los Teatros Nacionales, Teatro Español y Teatro María Guerrero, remito al lector al estudio de Víctor García Ruiz “El teatro español entre 1936 y 1945” (Madrid, 2003), especialmente el apartado “Nuevos caminos. Los Teatros Nacionales. El TEU”, pp. 68-89.

¹⁶⁷ Tiene razón Víctor García, cuando afirma que: “la situación general del teatro antes y después de la guerra no demuestra grandes diferencias y gustos del público” (p. 13). Este aserto, reflejo de la realidad dramática, merece una reflexión. El teatro fue durante muchos decenios, siglos, el espectáculo burgués por excelencia. El pueblo estaba excluido del espectáculo teatral. En un tiempo tan breve, como los años de las reformas republicanas, éstos no fueron suficientes para poder cambiar los gustos y tendencias del público. Hubo intentos exitosos de modernización del teatro español y se generalizaron programas oficiales que buscaban un nuevo público, especialmente el popular, pero faltaron tiempo y energía para que estos proyectos se hicieran realidad. El teatro fue y sigue siendo un espectáculo burgués.

de la escena de los últimos siglos, Miguel de Unamuno, Ramón María del Valle Inclán y Federico García Lorca; también, huyendo de las represalias de los vencedores, marcharon al exilio muchas de las figuras más significativas del teatro de la época: Pedro Salinas, Rafael Alberti, Alejandro Casona, Max Aub, Jacinto Grau, etcétera; entre directores y actores, hay que citar los nombres de Cipriano de Rivas Cherif, Edmundo Barbero, Santiago Ontañón, M^a Teresa León, Eduardo Ugarte o bien Margarita Xirgu en una larga nómina de importantes dramaturgos y hombres del teatro. Entre los desaparecidos y los exiliados, la escena española quedó huérfana de líderes y perdió todo amarre posible con las nuevas corrientes del teatro universal¹⁶⁸. Desde ese momento y a causa de esas circunstancias, un teatro con proyección universal se redujo a un simple y pobre teatro nacional (Oliva, p. 67).

Surge “un teatro para consumo interior” (Ruiz Ramón, p. 297), en el que triunfan sólo figuras afectas a la ideología dominante. Como en el resto del ámbito social y de las actividades culturales, para los no socios políticos del sistema queda el silencio y la represión. Miguel Hernández, Antonio Buero Vallejo, Alfonso Sastre, entre otros, fueron claros ejemplos de esta realidad. En los primeros tiempos del franquismo, en la escena española triunfaba un teatro nacional de signo ideológico y patriótico. Un escritor tan poco dudoso de manipulación de la realidad del franquismo triunfante como Fernando Vizcaíno Casas declaraba abiertamente en su ensayo *La España de la posguerra 1939-1953*:

A los tres meses de terminada la guerra, la actividad teatral se había normalizado casi por entero en todo el país. Quiero decir en cuanto a la periódica rotación de compañías y de estrenos; porque en lo referente a su calidad e interés artístico tardaría bastante más –realmente años– en llegar a cotas decorosas (pp. 32-33).

para a continuación detallar, como simple botón de muestra, la cartelera del Madrid de la época:

¹⁶⁸ Es necesario plantear la excepción del teatro del absurdo representado fundamentalmente por el núcleo duro del grupo de San Sebastián: Miguel Mihura, Edgar Neville y Enrique Jardiel Poncela. Fue un teatro no entendido por los críticos de la época y no muy bien comprendido por los estudiosos del teatro español de la actualidad. Sus universos dramáticos, rotos y desquiciados vestidos con el ropaje de un humor absurdo y deshumanizado, rompían con las estéticas y las líneas doctrinales propias del momento. Fue un teatro tan crítico como inteligente que buscaba a través de la sorpresa y el desconcierto del espectador una reflexión sobre la realidad del momento histórico. Era un teatro que, sin presentar un criticismo beligerante, suscitaba en el espectador interrogantes y dudas.

Por esas mismas semanas, en el Calderón de Madrid actuaba la compañía de Moreno Torroba, con repertorio de zarzuelas; en el Infanta Isabel se representaba *Cuatro corazones con freno y marcha atrás* de Jardiel; en el Reina Victoria, *Te llamo y no vienes*, opereta de Antonio Paso con música del maestro Azagra; en el Pavón la revista *Las tocas*, interpretada por Antonio Murillo. *Al final del espectáculo* decían los carteles- y como homenaje a nuestro victorioso ejército, se representarán dos números de carácter patriótico, uno de los cuales será el estreno de “*Marcha de las centurias*” letra de Luis Fernández Ardavín, música del maestro Alonso.

Ana Adamuz, con Pepe Romeo de primer actor, interpretaba en el español *En Flandes se ha puesto el sol*, de Eduardo Marquina. En el Chueca podía verse *Rosas de España* y por el mismo precio también un fin de fiesta patriótico con el *Canto a España y su glorioso ejército* y la marcha de la zarzuela *Cádiz...* (p. 32).

Los testimonios pueden ser diversos y de autores muy variados, pero basta el que ofrece Vizcaíno Casas para sacar unas conclusiones casi definitivas. En la escena española, - buena muestra es la cartelera madrileña-, dominaba la intrascendencia y la ideología. Salvo el teatro de Jardiel Poncela con esa visión cínica y excéntrica de la realidad, que rompía la idílica o patriótica visión que ofrecía el franquismo, el resto de obras respondía a la línea oficialista del teatro y de la cultura dominantes. Los espectáculos que triunfaban en Madrid reproducían y eran antesala del éxito en los teatros del resto del Estado. Por eso, lo que se dice del teatro madrileño se puede afirmar del teatro español.

Para la implantación y divulgación de este teatro de corte doctrinal y evasionista aparecieron una pléyade de escritores que “suministraron a los teatros comerciales españoles el mayor lote de piezas estrenadas en los últimos treinta años” (Ruiz Ramón, p. 297). Entre éstos, destacan las figuras de José María Pemán, Juan Ignacio Luca de Tena, Joaquín Calvo Sotelo, José López Rubio, Víctor Ruiz Iriarte, José Antonio Giménez Arnau, Adolfo Torrado, Antonio Paso. A los mencionados habría que sumar los nombres de dramaturgos anteriores, recuperados por el sistema, por la adecuación entre su teatro y la filosofía dominante: Jacinto Benavente, Eduardo Marquina, Carlos Arniches, los hermanos Álvarez Quintero. Me remito una vez más al ensayo de Fernando Vizcaíno Casas *La España de posguerra 1939-1953* como expresión inequívoca del teatro de la época.

Funcionaban de nuevo los teatros, que, a falta de novedades, exhumaban títulos conservadores: *El divino impaciente*, de Pemán; *Malvaloca*, de los hermanos Álvarez Quintero; *¿Quién soy yo?*, de Juan I. Luca de Tena (p. 17).

Por lo general, al margen del teatro de guerra y de adoctrinamiento, triunfó una comedia amable, bien construida, que mantenía la atención de los espectadores a lo largo de toda la representación a través de recursos humorísticos o sentimentaloides con un inteligente uso del suspense y de la sorpresa, que servía para entretener al espectador, caso del teatro de Torrado o de Paso, o bien ofrecía una fuerte carga de moralismo como sucedía en el teatro de Pemán o de Calvo Sotelo¹⁶⁹. Si se toman como referencia los grandes éxitos de la escena española se llega a estas mismas conclusiones: *El divino impaciente* de José María Pemán, *La muralla* de Joaquín Calvo Sotelo y *Enseñar a un sinvergüenza* de Alfonso Paso. Nos encontramos con el drama testimonial-patriótico, Pemán; con la comedia burguesa-ideológica, Calvo Sotelo; finalmente, con la comedia de la intrascendencia o evasionista, Paso. Los ejemplos de estos dramaturgos y de las obras mencionadas son buena muestra para percibir la auténtica naturaleza del teatro del nacional-catolicismo. La revista musical contó igualmente con el fervor de los espectadores, gracias especialmente a la vedette de moda Celia Gámez.

Lo sorprendente de este teatro era “la brutal disociación entre realidad y teatro, entre hombre de la calle y ese mismo hombre convertido en espectador” (Monleón, p. 13). El teatro en este tiempo y bajo estas circunstancias no representaba la verdadera realidad social y cultural de los tiempos de una posguerra de hambre y miseria y de décadas de dirigismo ideológico y de violenta represión. Parece lógico pensar que el teatro, como el resto de formas culturales, tuviera que testimoniar las angustias y las contradicciones de la sociedad. Sin embargo, en el escenario se representaban asuntos intrascendentes y temas con una buena dosis de moralina fácil e interesada. Era un teatro sin problemas y sin realidades.¹⁷⁰

Las formas dramáticas típicas del teatro español de esta época son las burguesas de signo claramente conservador. Este hecho se detecta, de forma inequívoca, desde planos diferentes de análisis. Primero, el teatro es una realidad comercial basada en las leyes de la oferta y la demanda. Se organizan espectáculos, por lo general, para

¹⁶⁹ Remito al lector interesado en conocer “las características generales de la comedia española de posguerra” al ensayo ya mencionado de César Oliva, *El teatro desde 1936*, pp. 130-32.

¹⁷⁰ El teatro patriótico de glorias pasadas o de exaltación de la Guerra Civil tuvo vigencia durante los primeros años del franquismo, pero con posterioridad perdió casi toda su presencia en los escenarios nacionales. Este teatro permaneció activo sólo a través de formas más sutiles como, por ejemplo, el teatro clásico español.

conseguir unos beneficios económicos¹⁷¹. El teatro es un bien comercial, cuyo disfrute supone una inversión o una compra del producto. La clase social dispuesta y gustosa de hacer esta operación, clase social consumidora de este producto teatral, es la burguesía media y alta. Como consecuencia de su carácter comercial, el teatro se transforma en un espectáculo de entretenimiento. El burgués paga para entretenerse. No importa mucho lo que le digan o lo que representen con tal de que aseguren la diversión o el pasatiempo. Este público busca la evasión. Quiere que le ofrezcan mundos amables y confortables al margen de problemas reales. En el supuesto de que el teatro no sea simple entretenimiento, el espectador busca que la comedia le sirva como relajamiento emocional o bien como terapia de desahogo de conciencia o de sentimientos. El teatro, sea pasatiempo o relajamiento-desahogo, tiene que sintonizar con los gustos o preocupaciones de este espectador, que, por su ideología burguesa y conservadora, pide y exige un espectáculo tranquilizador y consolador. Por otro lado, como comunión de intereses entre empresario, espectáculo, espectadores e ideología oficial, el teatro se convirtió en esta época en un acto social, en el que los individuos o familias demostraban con su asistencia al espectáculo el buen gusto de acuerdo con los intereses de clase. Igualmente revelaban su posición social a través del atuendo que lucían. El teatro fue un escaparate del rango social de los espectadores. Desde todos los puntos de vista, se comprueba cómo el teatro dominante era un teatro destinado a las clases burguesas de ideología conservadora afectas a las doctrinas del nacional-catolicismo.

Por otro lado, imprescindible para entender el hecho teatral español de la época, hay que mencionar la política proteccionista del Estado. El gobierno primaba y favorecía el teatro que mejor siguiera sus planes y divulgase su ideario. Frente al teatro silenciado y muerto de la oposición, debido a la imposibilidad de su representación, el teatro oficial u oficialista gozaba de todas las ventajas y prebendas del poder. De esta manera, a través del proteccionismo se favorecía un teatro y se negaba otro. Todo dependía de la consonancia o discordancia de la obra teatral o de sus autores con los intereses de los grupos dominantes. Al respecto afirma José María Rodríguez Méndez en su ensayo *La incultura teatral en España*:

¹⁷¹ Para entender correctamente el hecho teatral es necesario tener muy presente que los promotores del teatro, por lo general, eran hombres del sistema que buscaban una plena adecuación entre espectáculo e ideología para asegurar el beneficio económico.

El proteccionismo, que en las diversas disposiciones gubernamentales observamos, es un proteccionismo de tipo paternalista, encaminado a defender una clase social consumidora del teatro y a garantizar éticamente la calidad del producto en aras del bien común, entendido este bien común de acuerdo con el esquema trazado por los diversos sistemas políticos... (p. 38).

De esta manera, se ve sin grandes dificultades las estrategias compartidas entre burguesía y poder político en torno al hecho teatral para alcanzar e imponer intereses más o menos afines o, por lo menos, medios y metas de autoprotección. El teatro, como razón cultural, se presentaba como una fuerza más de fortalecimiento y mantenimiento del poder establecido.

¿Dónde se encontraban las clases populares? Por simple ley de la exclusión, el pueblo como clase popular estaba marginado de este teatro, no tanto por la competencia del cinematógrafo y por la paulatina elevación de los precios (Oliva, p. 80), que ciertamente fueron instancias importantes del alejamiento progresivo de las clases populares hacia este tipo de espectáculos, sino básicamente porque el teatro dominante no casaba con sus gustos y con sus expectativas¹⁷². Al público popular este teatro no le decía nada. Se sentía marginado y ajeno de las formas y de los mensajes que ofrecía. Sin embargo, éste respondía apasionadamente, al margen de precios y de otras competencias, ante otros espectáculos en los que se sentía a gusto y plenamente identificado con las formas y temáticas representadas. El lector puede recordar, por ejemplo, el Teatro Chino de Manolita Chen con unas formas y unos números propios del teatro popular. El teatro chino recorría las ciudades de toda España cosechando éxito tras éxito. La clave de tan sonoros triunfos estaba en los números en los que inteligentemente mezclaba humor, picardía y transgresión. Algo parecido sucedió con el denominado “Teatro argentino”, sucedáneo del teatro chino, al que imitó en todas sus facetas y con el que se conseguía un gran éxito popular. Estos simples datos, tal como se verá en el próximo capítulo, nos están indicando que si el hipotético espectador popular no acudía al teatro oficial era simplemente porque le era algo ajeno y no respondía a sus íntimas exigencias.

La censura, como en el caso del cine o del periodismo, se cebó inmisericorde con el teatro, no tanto con el teatro escrito como con el teatro representado. Como se afirmaba

¹⁷² Véase al respecto el capítulo IV, “Repertorio y nuevo público”, del ensayo de Juan Antonio Hormigón *Teatro, realismo y cultura de masas*, pp. 70-83.

con anterioridad, al poder le interesaba y le preocupaba el teatro como fenómeno dramático, como espectáculo, ya que las posibilidades comunicativas de estas formas de expresión adquirirían un poder inusitado por su capacidad informativa. Lo mismo que alentaba un teatro en consonancia con sus intereses, vigilaba y suspendía toda obra o forma teatral que saliese de alguna forma de los cauces ya establecidos. El teatro, como hecho literario, mereció una atención menor. La lectura leída, especialmente la lectura individualizada, no preocupaba excesivamente a los grupos dirigentes, por su limitado poder comunicativo y por el escaso número de lectores. Cabe afirmar, en términos generales, que la legislación censoria sobre el teatro fue abundante. En muchos casos, fue coincidente con el cine, ya que cine y teatro formaban parte de los mismos espacios administrativos. El teatro nacional-católico funcionó para buscar y lograr la diversión o el adoctrinamiento. Toda la legislación, como tal todas las ordenanzas censorias, se subordinó a estos principios de entretenimiento y de ideologización.

Falange, centro y base de la vida cultural en el bando nacional, casi desde sus orígenes y más a partir del pronunciamiento militar, desarrolló una fuerte actividad teatral, siguiendo las consignas del partido dentro de las líneas rectoras de los sublevados. La mayor parte de las iniciativas dramáticas corrieron a cargo de Falange (Dennis, Peral, p. 23). Esto se puede ver desde dos perspectivas: el número y la naturaleza de los grupos teatrales y las orientaciones dramáticas.

Hubo numerosos grupos teatrales en provincias y otros que presentaron una proyección nacional. Entre éstos, cabe mencionar al *Teatro Nacional de la Falange*, dirigido por Luis Escobar, que en ocasiones se presentaba con el rimbombante pero significativo título de “Compañía del Servicio Nacional de Propaganda”, “*La Tarumba*”-*Teatro de Falange*, dirigido por García Viñuelas, que se especializó en el teatro clásico español; el *Teatro Español Universitario (TEU)* de Sevilla, dirigido por Modesto Higuera, que escenificó diferentes obras del teatro clásico español como la destacada puesta en escena del auto calderoniano *La cena del rey Baltasar* e igualmente *El hijo pródigo* de José de Valdivielso. José Antonio Alvar dirigía la atípica compañía de variedades *T.A.C –Teatro Ambulante de Campaña*. Cabe mencionar también el *Teatro Azul* de Palma de

Mallorca. Son, entre otros muchos, intentos particulares que actuaban con una misma filosofía de acción y de intereses.¹⁷³

Aunque no se pueda hablar de recuperación o renacimiento del teatro clásico español, ya que durante el período republicano hubo un esfuerzo muy serio de rescate de las formas teatrales del Siglo de Oro, como fue el caso de *La Barraca* con Federico García Lorca y Eduardo Ugarte, hubo un interés efectivo por las comedias históricas y por el Auto Sacramental, ya que eran manifestaciones dramáticas que sintonizaban plenamente con el espíritu del bando nacional. Según afirmaciones de Torralba Soriano en sus *Notas para la creación de un teatro nacional español*, era obligado volver al teatro del Siglo de Oro a causa del “catolicismo imperial que impregnaba aquel teatro”¹⁷⁴. No era, por tanto, nada inocuo la defensa decidida que desde las instancias del poder se hacía del teatro clásico español. Este tipo de teatro permitía, según los criterios oficiales, educar a la población en un ideario afín a los intereses establecidos.

Dos títulos, altamente representativos, del teatro del nacional-catolicismo, que aglutinan todas las observaciones indicadas en estas páginas, son *Y el Imperio volvía* (1940) del jesuita Ramón Cué y *La muralla* de Joaquín Calvo Sotelo (1954). Representan dos momentos históricos diferentes, dos tendencias distintas dentro del doctrinarismo general de este teatro, el primero de carácter político-religioso y segundo de naturaleza moral-religiosa, una misma finalidad apologética con dos formas de expresión divergentes, ideología frontal y directa la primera e ideología sutil e ingeniosa la segunda, con dos valoraciones literarias distintas sin superar ninguna de las dos la medianía de calidad, aunque *La muralla* sea una obra de validez dramática muy superior a *Y el Imperio volvía*.

Y el Imperio volvía... (Barcelona, 1940) del jesuita Ramón Cué es una de las obras más representativas de lo que podría denominarse como teatro falangista de indiscutible sesgo fascista. Así lo vienen a demostrar la espectacularidad de su montaje, la grandiosidad del espacio escénico y el número sorprendente de actores. Es un teatro pretendidamente épico en su montaje y hondamente dramático en su discurso

¹⁷³ Remito al lector al estudio de José María Martínez Cachero “Talia en la Guerra Civil: sobre el teatro de la zona nacional” en su obra *El canto de las sirenas*, Op. Cit., pp.295-318.

¹⁷⁴ Tomado de Julio Rodríguez Puértolas: *Literatura fascista española. I. Historia*, pp. 251-52.

espectacular. Para su elaboración, recurre preferentemente a los modelos dramáticos del Siglo de Oro. Parte especialmente de las características escénicas y expresivas del auto sacramental. Obra dramática escrita en verso para jugar con los efectos sonoros del lenguaje, en la que la música, por lo menos en la mente de su autor, juega un papel fundamental. Como se nos dice en la “Autocrítica”, parte introductoria y explicativa de la obra, “la parte musical está escrita por el original compositor Antonio Massana”¹⁷⁵ (p. XXIII). Música, canción coral, recitación, etcétera, forman los elementos constitutivos de la representación dramática. La espectacularidad de la representación y la grandilocuencia de la dicción sirven para crear un teatro grandioso hecho y pensado para cantar las glorias del pasado histórico español y para ensalzar su supuesto insigne y sagrado presente.

Para valorar correctamente la naturaleza de este teatro es necesario hacer una breve mención del espacio escénico. Su característica básica es su grandiosa amplitud formada por diferentes niveles o áreas de acción, en los que se ubican, según las necesidades de la representación, los diferentes grupos de actores. La mejor explicación la encontramos en la introducción del libro, donde el autor afirma que “el escenario representa la Nación Española, y de ésta, aquella parte donde está el trono de España, rodeado de una severa y magnífica columnata, adornada con las armas y escudos de las diversas Provincias y tras la que se divisa a lo lejos un paisaje netamente español: el suelo de la Patria. La entrada a España está en primer término, dejando ante sí un sitio libre, que no es España, a donde se expulsa la tradición y del que contemplan los rusos en el prólogo y en el epílogo las glorias españolas. Conservamos la unidad del lugar variando la decoración accidentalmente... Los actores aparecerán todos en escena al abrirse la cortina y permanecerán todos en ella hasta el fin de las jornadas” (p. XXII). Dentro de la unidad de lugar, que simboliza la nación española, existen áreas escénicas diversas. Se mencionan, entre otras, el lugar del trono de España en la cabecera de un amplio espacio rodeado de columnas, de donde penden los escudos y las armas de las distintas provincias españolas. Hay una parte del escenario que representa propiamente el suelo

¹⁷⁵ No se puede deducir la presencia real y la función de la música en la representación por la ausencia de acotaciones explicativas en la obra. En la introducción se afirma que “consta de varios preludios, intermedios para melopeas y tres grandes coros de líneas sencillas y majestuosas. Nunca deberá omitirse la música, elemento esencial de emoción y lirismo que prepara y subraya el sentido del libreto” (p. XXIII).

español y otro diferente, distinto pero junto al de España, en el se encuentran inicial y finalmente los rusos y a donde es expulsada la tradición.

La magnitud del escenario sólo es comprensible si se tiene presente el número de actores. En primer lugar se halla el personaje España. De gran importancia es la voz del poeta, ausente físicamente a lo largo de toda la representación, que canta o explica el sentido y el desarrollo de la acción. El “Coro de la tradición” está formado por los héroes, artistas y santos españoles. Toman parte y tienen presencia en la acción dramática, por lo menos, 25 actores representantes de este coro. ¿Cuántos actores componen el Coro del Pueblo, conformado por hombres, mujeres, doncellas y niños? Finalmente, se halla un segundo coro, el Coro de Rojos, formado por rusos y españoles traidores. De esta manera, en la acción, desde principio a fin, actúan tres grandes coros junto al personaje central de España con la voz en off del poeta. Grandiosidad espectacular en el número de actores.

Estos tres coros de actores múltiples, que se mueven en el escenario y que incluso en ciertas escenas se enfrentan entre ellos, exigen un espacio descomunal para hacer posible e inteligible el movimiento y la acción. Es un teatro de masas que quiere representar la historia de España y el alma del pueblo español. Todo es grandiosidad en espacio y en número.

A su vez, tal como el lector puede deducir de lo ya expuesto, los personajes y la acción tienen un indiscutible sentido simbólico. El espacio escénico representa la nación española; la cabecera del escenario es el trono y el alma de España; el “coro de la tradición”, formado por las armas, las letras y la espiritualidad o bien, por la espada, la pluma-pincel y el altar, connota la historia de la patria con sus hechos y con sus figuras más sobresalientes; el “coro del pueblo”, con sus hombres y mujeres, con sus doncellas y sus niños, simboliza al pueblo español heroico y abnegado conformado en la actualidad por el grupo de los soldados, de las madres y de los heroicos falangistas y requetés; finalmente, el coro de los rojos encarna a los enemigos de la patria y a los apóstatas de la causa española. Como sostiene Ramón Cué en su “Autocrítica”:

los actores van divididos en tres grandes coros, el de la *Tradición*, donde forman los santos, los héroes, los artistas, caracterizados por trajes y gestos; el coro que representa el *Pueblo* actual de España, compuesto de hombres, mujeres, niños y

viejos; y el coro de *Rojos*, embajadores primero de Rusia y tiranos de España más tarde. Los tres coros giran alrededor de España, doncella ataviada en sus insignias simbólicas; y, sobre todos, como un algo sobrehumano y misterioso vibra una voz que llamo poeta llevando el comentario lírico de los sucesos... (p. XXI).

Finalmente, el desarrollo dramático de la acción representa la historia gloriosa del pasado español enfrentada a la realidad de su presente como medio para justificar una guerra con sentido de cruzada. Era éste el único camino para crear una nueva España, digna de su insigne pretérito. En este contexto, es fácil presentar la exaltación de la figura carismática y providencialista de Franco junto al heroísmo de los auténticos héroes del pueblo español. *Y el Imperio volvía...* es un canto a la denominada cruzada franquista para hacer de ella una lección de patriotismo y un reclamo de entrega.

La obra está organizada en cinco jornadas con un prólogo y un epílogo. El prólogo, titulado “En el Imperio de ayer”, escenifica las glorias del pasado español a través de sus figuras más representativas. Éstas se refieren básicamente a los puntos de interés más queridos por el nacional-catolicismo: la reconquista representada en la figura de Mío Cid; el descubrimiento y conquista de América con las figuras de Colón, Hernán Cortés, Pizarro; la guerra de la Independencia con Agustina de Aragón y Velarde. Desde el principio de la representación, en este contexto de exaltación nacional, destacan las ideas de unidad e imperio. España se encuentra rodeada de los coros de la tradición y del pueblo. El coro de los rojos se halla fuera del recinto del ámbito español. Todo es armonía y gloria. A su vez, desde el inicio de la representación, se juega con ciertos efectismos expresivos que sirven para captar la atención y el ánimo del espectador, arrastrándole a los espacios semánticos de la acción dramática. El coro de la tradición de manera reiterativa grita ciertos eslóganes muy del momento como “¡Arriba España!” o bien “¡Gracias Señor!”. Sin lugar a dudas el público espectador gritaría con el coro de la tradición esas mismas consignas. El público se había convertido en actor necesario y principal de la representación. De esta manera, el público espectador se unía a las grandes figuras de la historia española en un mismo ideal de acción y de entrega.

La primera jornada recibe la significativa denominación de “Embajada oriental” con la presencia de los coros rojos en el espacio geográfico de España, acompañados por grupos del pueblo que conducen a los primeros hasta el trono de España. Con la presencia de los rojos, llegados al solar patrio con buenas palabras y mejores modales, empiezan las dudas y las zozobras de España, del poeta y del coro de la tradición. La

presencia del coro de los rojos en tierras españolas, secundado por una parte del pueblo, se presenta como un riesgo grave y como un peligro real. Por eso, el poeta clama: “¡España, hoy empieza tu lento morir!” (p. 32); y el coro de la tradición se lamenta: “¡Ay pueblo! ¡esos hombres nos quitan la vida!/ ¡Ay pueblo! ¡esos hombres reniegan de Dios...!” (p. 29). Con la entronización de los rojos empieza el sufrir y el penar de España y del pueblo español.

La segunda jornada con el título de “Juicio y condenación de España” proclama el triunfo pleno del coro de los rojos que ocupa el sitio que hasta ese momento ostentaba España, que, a su vez, es conducida al tribunal que la ha de juzgar. El coro de la tradición es expulsado de la tierra de España. El pueblo se divide en dos grupos enfrentados. Unos son expulsados con la tradición y otros se identifican plenamente con los rojos. Simbólicamente se representa el problema trágico de las dos Españas. En el juicio a España se le obliga a ésta a renunciar a su nombre España y a asumir el de Rusia; debe renegar de su bandera y aceptar la tricolor; debe admitir los separatismos frente al principio de unidad; debe renegar de su historia y rechazar sus tradiciones. España debe dejar de ser España para asumir una nueva naturaleza con unos nuevos símbolos y una nueva historia.

La tercera jornada titulada “Esclavitud de España” simboliza los cinco años de gobierno republicano. El tribunal rojo ha asumido el lugar donde hasta este momento estaba el trono de España. Ésta permanece arrinconada y presa junto al tribunal. El coro de la tradición sigue fuera de los recintos geográficos de España. Y el pueblo sigue dividido entre los partidarios de la tradición y los seguidores de los rojos. Como en el prólogo, se juega de manera insistente con ciertas expresiones muy populares que permiten la introducción del espectador al hecho dramático. Se le obliga a asumir una participación activa en la representación, tomando parte en la entonación de las locuciones junto a los miembros del coro de la tradición. El coro de los santos exclama: “¡Porque España nuestra Madre/ no se rinda a su dolor!/ ¡Porque viva entre sus hijos/ la constancia y el valor!” y el coro de la tradición replica: “¡Os suplicamos, Señor!” (p. 69). El tipo de enunciación y el juego de la rima ayudan a esta participación. El público de esta manera se incorpora a la acción dramática, posicionándose en el bando de los santos y de la tradición. Se ha conseguido el efecto pretendido: la identificación del público con una de las fuerzas y el rechazo pleno de la otra. Cuando la parte del pueblo fiel a la

tradición, cansada de tantas tropelías y desmanes, se levanta contra los rojos, el público espectador, que ya ha tomado partido, se identifica plenamente con esta postura de enfrentamiento. Es la acción del pueblo fiel frente a la esclavitud de España.

La cuarta jornada lleva como título “La nueva reconquista”. Escenifica el sentido y la razón de la Guerra Civil, de la “nueva reconquista”. El enfrentamiento de las dos Españas es abierto y cruel. En la guerra luchan dos concepciones de vida y dos sentidos de historia. La acción se hace trepidante, teniendo que guardar un orden escénico dentro del vocerío y de la trifulca de los dos grupos contendientes. La España de la tradición entra en los espacios de España y se enfrenta con la España roja. En la España de la tradición emerge con todo su poder la figura de Franco, quien, en unión con los grandes héroes y santos de España, derrota y aniquila a la España Roja. Franco se convierte en el caudillo máximo y en el gran gestor de la victoria. Diferentes voces van anunciando las conquistas de las distintas ciudades españolas hasta proclamar la toma de Madrid y Barcelona, símbolos de la España roja. La jornada acaba con las palabras de Franco, quien vaticina un nuevo día para España.

La quinta y última jornada, titulada “Exaltación del caído”, es la celebración de la victoria y la sacralización del espíritu falangista. La jornada se abre con unos compases del himno de Falange, “Formaré con otros compañeros, que hacen guardia sobre los luceros, impasible el ademán y están presentes a nuestro afán. Si dicen que caí, me fui al puesto que tengo allí”. Se proclama la mística de la muerte en aras de un ideal, que, en el caso presente, es la reconquista de España. El soldado caído es el gran símbolo del heroísmo y de la entrega. Una parte importante de la jornada es una especie de frenesí centrado en la celebración ritual y reiterativa de la simbología de flechas, heridas, estrellas, luceros, etcétera, términos todos ellos muy presentes en el lenguaje falangista. Los camaradas velan al soldado caído. Distintos personajes del coro de la tradición proclaman su arrojo y valentía. Franco, presente a lo largo de la jornada, rinde culto al caído, defendiendo la razón de la sangre, símbolo de la entrega heroica. Mientras tanto siguen los acordes del himno de Falange con sus “banderas victoriosas al paso alegre de la paz” (p. 128). Es el precio que ha tenido que pagar la España eterna para su redención y conquista con la afirmación de su unidad, su grandeza y su libertad. La jornada acaba con el canto coral de nuevos pasajes del himno falangista: “¡Arriba escuadras a vencer, que en España empieza a amanecer” (p. 136).

La obra se cierra con un epílogo titulado “En el Imperio de hoy”. Como es lógico en estas representaciones, se crea un final apoteósico. Cisneros, uno de los personajes del coro de la tradición, recibe en el sitio mayor a España para su inminente coronación. Los coros del ejército, de las doncellas, de la tradición y una parte del pueblo rodean y proclama la figura de España. El coro de los rojos y parte del pueblo se encuentran, después de ser expulsados de la geografía sagrada de España, fuera de su santo espacio. Es una gran fiesta de gala que celebra la proclamación de España. Las acotaciones ofrecen la siguiente presentación:

Mediodía rutilante de Imperio. Palmas y guirnaldas en la columnata. Cisneros revestido de Pontifical con mitra, báculo y capa, espera de pie en el plano del trono de España, que vestida de fiesta, pero sin corona aún, es conducida en medio de Franco y Mío Cid. Un coro de doncellas, con ramos en las manos y sosteniendo la corona de flores de España forma cortejo de honor junto a la escalinata. Solemnidad y grandeza de liturgia sagrada. Al abrirse el telón Franco y Mío Cid presentan a España. Dos pajes recogen la cola del manto de la Reina (p. 141).

Cisneros, revestido con toda la majestad de su cargo sagrado, se encuentra en el lugar del trono de España. Ésta, vestida de blanco y engalanada de flores, permanece frente a Cisneros. Franco y Mío Cid, los dos grandes líderes militares del ayer y del hoy, acompañan a la reina. Cisneros, máxima autoridad de la Iglesia española, recibe a España y llama a todos los caídos y a todos los soldados que tomaron parte en la guerra de liberación para que participen en la ceremonia de la unción. Cisneros unge solemnemente a España en compañía de todos sus incondicionales. Ya coronada, la reina es entregada a Franco, quien ordena el homenaje reverencial de tierras y hombres bajo el eslogan patriótico de “¡Arriba España!, reiterado en unas quince ocasiones. El efectismo es total. Se crea un ambiente de claro misticismo patriótico. Franco, héroe básico de la representación, entrega a España, ya coronada, a los españoles. Las últimas palabras, que sirven de cierre de la obra, pertenecen a España, quien proclama el origen de un brillante futuro con aire de imperio. El telón se cierra y la obra concluye.

La obra de Ramón Cué potencia la exaltación patriótica sobre la excelencia dramática. Para conseguir este fin, recurre a las técnicas propias del teatro del siglo de oro, especialmente a las características expresivas y comunicativas del auto sacramental. La alegoría, estructurada en una clara simbología, potencia la acción comunicativa del espectáculo. La música y la canción, especialmente las de carácter patriótico como el

himno de Falange, atraen emocionalmente al público. Incluso, le induce a ser un actor más en la representación, tomando parte activa de las canciones y de los diálogos internos. Las exclamaciones patrióticas y religiosas que se van repitiendo a lo largo de toda la representación, por una parte, succionan emocionalmente al espectador y, por otro lado, les induce a participar en el espectáculo. El ropaje, desde el traje de soldado hasta las vistosas y elegantes vestiduras litúrgicas, juega un papel doctrinal y emotivo de alta operatividad. El elemento de atracción mas intenso, propio de los autos sacramentales, es la apoteosis final. En vez de adoración eucarística propia del auto sacramental se verifica en este drama un acto de auténtica exaltación patriótica, que sirve para marcar los espacios semánticos de la obra y para atraer emocionalmente al público espectador. Como se afirmaba al principio de esta exposición, *Y el Imperio volvía...* del jesuita Ramón Cué es una de las obras más representativas del denominado teatro falangista.

La muralla (Madrid, 1955) de Joaquín Calvo Sotelo fue uno de los pocos fenómenos teatrales de la cultura del nacional-catolicismo que estuvo en cartelera durante décadas, propiamente hasta los últimos estertores del franquismo. Fueron más de veinte años de vida y casi otros tantos de éxito ininterrumpido. La obra se representó miles y miles de ocasiones en los más variados escenarios a lo largo y ancho de la amplia geografía peninsular. Como prueba de este éxito arrollador baste recordar que en el Teatro Lara de Madrid, donde se estrenó el 6 de octubre de 1954, se dieron más de setecientas representaciones seguidas y la Compañía Lope de Vega¹⁷⁶ en el teatro de la Comedia de Barcelona, con estreno el 23 de diciembre de 1954, la representó en más de quinientas ocasiones¹⁷⁷. Fue, a su vez, uno de los títulos más mimados por las jerarquías religiosas y políticas del país. Estos datos avalan la razón y la prueba de que la obra de Calvo Sotelo pueda ser considerada como una de las más representativas del catálogo teatral del nacional catolicismo.

El autor, Joaquín Calvo Sotelo, terminó de escribir la obra la misma víspera de su estreno en el Teatro Lara de Madrid (6 de octubre de 1954). Fue una obra de muy difícil

¹⁷⁶ Los actores principales en el Teatro Lara de Madrid fueron Rafael Rivelles y Lina Rosales; en el Teatro Comedia de Barcelona fueron Manuel Dicenta y Asunción Sancho.

¹⁷⁷ En nota del editor se dice: “Al tiempo de la decimoquinta edición *La muralla* había alcanzado más de cinco mil representaciones, de las cuales, 773 a cargo de la compañía titular de Lara, y 500, de la Compañía Lope de Vega, que la estrenó en Barcelona y con la que recorrió una gran parte de la Península” (p. 99)

gestación, ya que el final de la obra ofrecía muchos y complejos problemas de tipo moral y religioso. En el “Prólogo para ser leído a la hora del epílogo” nos ofrece de manera minuciosa la ardua historia de su escritura. El inicio de su composición fue en febrero de 1951 y su conclusión, tal como hemos señalado, la misma víspera de su estreno. Nos dice el autor: “Cuatro veces, en efecto, lo atacué y las tres primeras sin fortuna. No acababa de tomarle la embocadura. A las cinco o seis páginas primeras notaba que la situación o los personajes perdían vigor, que iban por caminos que no conducían a ningún sitio y que era más sensato comenzar de nuevo. La cuarta intentona me trajo mejor suerte y unas semanas más tarde concluí *La muralla*” (p.XVII). Calvo Sotelo nos está hablando de su versión de febrero de 1954. Sin embargo, la redacción definitiva no corresponde a esta versión. Hubo más tanteos y más cambios hasta llegar a la versión de octubre de ese año.

El tema de la obra es la obligación moral de la restitución de toda adquisición ilícita. La corriente crítica que quiere ver en este título una lectura en clave política, cuyo sentido profundo es la posible reconciliación entre las dos Españas enfrentadas, no ha sabido leer con acierto y, por tanto, captar el verdadero sentido de la obra. El auténtico problema que tuvo que resolver al autor a la hora de concluir su drama era dar un desenlace feliz a un serio problema moral y religioso de acuerdo con la ideología dominante del nacional catolicismo.

El final de la versión de febrero de 1954 escenificaba la claudicación y el arrepentimiento de Jorge Hontanar momentos previos antes de su muerte frente a la presión de sus más allegados. Era un final coherente y hasta esperado, pero antimoral a todas luces. Como Afirma Calvo Sotelo:

Yo había convertido al protagonista, a Jorge Hontanar, en héroe. Le había llevado a reaccionar, virilmente, contra un medio hostil; le había prestado un fuego de iluminado, de converso, y en el trance supremo se lo retiraba. Todo aquel entusiasmo, aquella súbita fe de los primeros cuadros, al llegar el último caía por tierra y Jorge Hontanar se envilecía cediendo a la coacción de los suyos y muriendo impenitente. El espectador quedaba así invitado a ver caer un alma en el infierno (p. XXI).

Este final presentaba dos problemas serios. En primer lugar, el protagonista, Jorge Hontanar, que había ofrecido una voluntad firme y una convicción sólida a lo largo de la obra, al final claudicaba de sus ideas y se convertía en una especie de pelele,

dominado por los suyos. El héroe se convertía en un antihéroe. Por otro lado, al dejarse dominar por los suyos y claudicar de sus obligaciones morales, restituir lo adquirido ilícitamente, moría en pecado, siendo su final la condena eterna. Era un final que no habría pasado la censura ni habría sido aceptado por la moral dominante. Tuvo que buscar otro final más en consonancia con su propuesta escénica y con la mirada crítica de la censura.

Otro de los finales seleccionados se basaba en la claudicación de Jorge Hontanar y en el arrepentimiento final de su esposa Cecilia. Los términos de la acción se invertían, pero el caso de Jorge Hontanar no se solucionaba, ya que sin arrepentimiento no puede haber salvación. Los ruegos de la esposa no validaban el posible perdón del marido y, por consiguiente, no se contemplaba su salvación.

Hasta casi el mismo día de su estreno, en medio de muchas cavilaciones y dudas sobre la conclusión y cierre del drama, Calvo Sotelo se decidió por un final oportunista, moral para la época pero cínico para un lector medianamente crítico y, por supuesto, para el espectador actual. El final planteado, sin ninguna duda, agradaba al espectador burgués y solucionaba los problemas religiosos y morales de fondo.

El autor realizó una excelente labor de artesanía compositiva. De una situación tensa, infarto del protagonista, se iba concatenando la acción en un proceso de tensión creciente hasta llegar a un clímax final de alto grado de emotividad. Joaquín Calvo Sotelo supo conducir al espectador hacia un desenlace de fuerte efectismo, en el que el impacto emocional final fue condición necesaria para provocar en él la reacción buscada. Se representaban ante el espectador unos contenidos ideológicos que emocionalmente éste los sentía dignos y apropiados a su moral sin que tuviera capacidad para desarrollar un examen crítico.

La obra se divide en dos partes y cada parte se subdivide en otros dos cuadros respectivamente. Tendríamos el siguiente esquema de composición:

- Parte primera-cuadro primero: presentación del caso o problema.
- Parte primera-cuadro segundo: explicación del caso.
- Parte segunda-cuadro primero: reacción de los personajes frente al caso.
- Parte segunda-cuadro segundo: desenlace y resolución del caso.

El espacio escénico responde al típico lugar de la comedia burguesa: una sala de estar decorada con buen gusto “que refleja el bienestar económico de sus dueños”, los señores de Hontanar. Por las acotaciones escénicas, el lector sabe que el hogar de los Hontanar se ubica en una calle de uno de los barrios residenciales de Madrid. Estamos, por tanto, en el domicilio de un matrimonio de clase alta. La decoración es la típica en estos casos: librerías a los lados, reloj de pared en una esquina, un sofá con un sillón en primer término y una mesita con un teléfono, su lámpara y algunas flores. Estamos en una casa de la alta burguesía. Toda la acción dramática se desarrolla en esta sala con la misma decoración.

La cronología dramática refleja cualquier tiempo de posguerra en la sociedad madrileña de la época franquista. Del relato teatral se puede deducir que la acción se desarrolla a unos veinte años de distancia de la Guerra Civil. Según las acotaciones, se sabe que la acción se inicia a “las once de la mañana de un soleado día de abril” y concluye unos quince días más tarde. En el transcurso de las distintas partes y cuadros, se vive el paso del tiempo, unas dos semanas, y la evolución del discurrir de las horas del día: mediodía (primera parte)¹⁷⁸, durante la tarde a los tres días (primer cuadro de la segunda parte) y, finalmente por la noche, “luz de noche”, a los quince días de la acción inicial (segundo cuadro de la segunda parte). En los quince días de acción dramática, hay un discurrir temporal que va desde la luz más intensa a la oscuridad de la noche, símbolo de acabamiento y de muerte.

La familia Hontanar, Jorge y Celia, conforman un matrimonio bien avenido con una posición económica y social muy sólida. Viven, holgadamente, en la capital de las rentas y beneficios que les proporciona su finca “El Tomillar”, situada en Extremadura. Su orgullo y su alegría es su hija Amalia, joven casadera muy hermosa y muy hogareña. Con ellos reside también la madre de Cecilia, Matilde, mujer ya madura que vive según normas y valores de la sociedad española del momento, más concretamente según la moral de clase de la alta burguesía de ese tiempo. En la familia de los Hontanar, todo es armonía y feliz cotidianidad. Cada uno de los miembros familiares cumple fielmente

¹⁷⁸ En el cuadro segundo de la primera parte, uno de los personajes, Alejandro, nos da al inicio del cuadro el dato concreto de estar a las doce del mediodía: “Son las doce... casi...”.

con el rol que le ha tocado tener. Parece no haber altibajos. El orden y la supuesta felicidad reinan en el espacio vital de la familia.

Esta tranquila y despreocupada felicidad se rompe, cuando Jorge inesperadamente sufre un serio ataque de corazón que le lleva a un estado de suma gravedad. Los rápidos y eficaces auxilios de un médico vecino le salvan de la muerte. Sin embargo, la experiencia de la muerte le lleva a plantearse toda su vida y a hacer examen de conciencia de todo su pasado. Físicamente ha superado el trance, pero espiritualmente entra en un estado de profunda crisis. Su pasado tiene momentos tenebrosos que le angustian seriamente y que le llevan a tomar decisiones límite que afectan a todos los miembros de la familia.

Jorge se recupera rápidamente. Parece que el problema físico se ha resuelto, pero la experiencia de la muerte ha calado profundamente en el ánimo del protagonista. Unos le animan a que coja unos días de descanso para que pueda reponerse. Jorge da largas a la propuesta. El problema de Jorge ya no es físico, sino espiritual. Por eso, en medio del ataque llamaba con angustia a un sacerdote. Por casualidad, un sacerdote gallego que pasaba en ese momento cerca de la casa, le atendió y le dio la absolución “in articulo mortis” sin que Jorge pudiera confesarse.

Una anécdota, aparentemente intrascendente, parece ser la causa de la fuerte impresión que le ha llevado a este estado crítico. La detención de Gervasio Quiroga, cuando intentaba pasar un alijo de contrabando, es la noticia desencadenante de la acción. Jorge, en la nueva situación tanto física como anímica de convalecencia, decide dos cosas: entrevistarse con el misterioso Gervasio Quiroga y hablar con el sacerdote que le atendió en su estado crítico. Mientras se realizan ambas peticiones, Jorge habla con su esposa, comunicándole que el ataque que había sufrido era un aviso muy serio. Cecilia, desde su moral cristiana, le indica que el aviso sólo puede ser una llamada de Dios. Jorge se ha ido alejando de las prácticas religiosas. Desde niño, que era de comunión diaria, ha evolucionado a una indiferencia total en cuestión de fe y de Iglesia. Jorge está dispuesto a no dejar pasar por alto esta llamada.

Al mismo tiempo que el problema espiritual de Jorge, se desarrolla el problema económico y social de la familia, capitaneado por Matilde. ¿Qué hubiera pasado si

Jorge, en vez de superar la crisis del infarto, muere a consecuencia del mismo? Surgen las preguntas prácticas ante situaciones parecidas: ¿Tiene formalizado el testamento? ¿A nombre de quién puede estar testado “El Tomillar”? En una palabra, Matilde se obsesiona por la seguridad y la comodidad de la vida de los miembros de la familia.

Llega el cura gallego que le había atendido el día anterior y Jorge, hondamente preocupado, pregunta por la valía de la absolución recibida. La pregunta es directa: “Padre, de haberme muerto ayer, ¿me habría salvado?” (p. 41). La respuesta también es clara: “si su deseo de confesar sus pecados era sincero, ¿por qué iba a faltarle la Bondad Divina?” (p. 41). Queda claro el principio de que el perdón de los pecados supone en el creyente contrición y propósito de la enmienda. Una vez pasado el peligro todo creyente sinceramente arrepentido tiene el deber de dar pruebas fehacientes de su contrición. Los ejemplos que se barajan no dejan espacio a la duda: tendría que dejar a la amante en caso de adulterio o restituir lo robado en caso de hurto o estafa. Ante esta obligación moral, Jorge revela el problema: “Pues ése es mi caso, padre. Nada de cuanto tengo me pertenece: lo he robado, ¿me comprende usted?, lo he robado. ¡Y yo quiero ser absuelto!” (p. 43).

Con estas palabras de Jorge se cierra el primer cuadro de la primera parte. El drama en este cuadro ha expuesto dos temas diferentes: uno de tipo espiritual y moral protagonizado por Jorge, su salvación espiritual, y otro de tipo social y económico, representado por Matilde, el bienestar económico y, muy de la mano de éste, el prestigio social. Se han expuesto dos temas o problemas diferentes que no entran en litigio abierto. Cada uno vive su problema al margen de los otros, pero conscientes de que en algún momento ambas líneas temáticas se tienen que enfrentar, originándose la confrontación.

De la presentación del caso se pasa a la explicación del problema, cuadro segundo. Jorge cuenta a su esposa Cecilia la verdadera historia de la finca “El Tomillar”. Jorge, durante la Guerra Civil, fue un oficial, -teniente o capitán,- del bando nacional. En uno de los permisos conoció a Cecilia, miembro de una familia de alta clase social. Se enamoraron y se casaron. Amalia fue el fruto de ese amor. En ese momento de guerra y separaciones continuas, Jorge heredó de su padrino una de las mejores fincas de Badajoz: “El Tomillar”. Sin embargo, la finca no fue consecuencia de una herencia,

sino de un vil hurto. El verdadero heredero de todos los bienes de su padrino, incluida la finca, era Gervasio Quiroga, su hijo natural. Cuando Jorge entró en Badajoz con las tropas nacionales, se enteró de la muerte de su padrino. Marchó rápidamente al pueblo. Con la ayuda del secretario de Notaría pudo amañar el testamento, haciendo que él apareciese en el testamento como único heredero de la finca. Gervasio era republicano. La acción se podía considerar como un botín de guerra. Fue una más de las muchas expropiaciones que se dieron en esas circunstancias de guerra y de revanchas. Sin testigos, la situación parecía definitiva. Desde ese momento, Jorge carga en su conciencia con la falta de su conducta. Sin embargo, la suerte estaba echada. ¿Cómo confesar a su mujer la verdad, cuando ésta hubiera significado el fin de su matrimonio? Su hija Amelita le obligaba igualmente a guardar silencio. Durante muchos años la familia Hontanar vivió desahogadamente gracias a las rentas que le proporcionaba la finca. Pero esta apacible situación se rompe el día en el que se entera de la detención por contrabando de Gervasio Quiroga.

El ataque cardíaco y el peligro de verse condenado por su pecado le llevan a replantearse el futuro y a modificar su forma de vida. Este cambio pasa por la restitución a su legítimo dueño del Tomillar. La decisión de Jorge significa para la familia la ruina económica y el desprestigio social. Pero Jorge está decidido a todo. Lo primero que hace es pedir ayuda a su esposa para poder dar un paso tan trascendental. Parece que cuenta inicialmente con el apoyo de Cecilia. Es el “Cuenta conmigo” de Cecilia al final del segundo cuadro.

La decisión de Jorge de devolver la finca no puede agradar o dejar indiferentes a los miembros del clan Hontanar. La oposición más frontal la encuentra en su suegra Matilde. La madre de Cecilia juzga de auténtico disparate la restitución. Este acto, según Matilde, no puede ser obra más que de un loco o de un irresponsable. Afirma tajantemente: “Devolver “El Tomillar”... ¡Será insensato!” (p. 70), máxime tratándose de un contrabandista de ideología republicana. Matilde no entiende la postura de Jorge, especialmente cuando con la decisión tomada está poniendo en peligro el bienestar de los suyos y el buen nombre de la familia y, por otro lado, cuando la conducta de Jorge ha sido la acción más normal entre los vencedores de la guerra. La expropiación de los bienes del enemigo ha sido una acción potenciada desde el poder y bendecida o

admitida sin problemas desde la Iglesia. Jorge no ha hecho otra cosa diferente de la que han realizado todos los vencedores.

Indirectamente, Matilde está revelando la corrupción generalizada del gobierno franquista y la actitud hipócrita de la Iglesia frente a las transgresiones éticas como son, entre otras inmoralidades, el hurto y el cohecho. Es una sociedad que vive felizmente¹⁷⁹ en la corrupción. Jorge y la familia Hontanar son simples representantes de esta sociedad. Cualquier persona de la sociedad española de la época habría actuado como Jorge sin crearse ningún cargo de conciencia por una acción similar. La decisión de Jorge sólo puede entrar en los espacios del absurdo y de la estupidez.

Igualmente, existe una crítica feroz, inconsciente en el autor, sobre la religiosidad hipócrita y oportunista del nacional-catolicismo. Los corruptos del régimen y los envilecidos del sistema son los católicos por excelencia en la sociedad franquista. Cometen las mayores tropelías sin que ello sea impedimento para que cumplan con sus obligaciones dominicales y religiosas. Ocupan las primeras filas en las celebraciones litúrgicas al mismo tiempo que viven en la corrupción económica y social. Las palabras de Jorge son claras: Hemos “vivido en un ambiente en el que creer era demasiado fácil para que tuviese un valor; en el que la fe rentaba como el amortizable... Así hay millones que se llaman católicos y no lo son sino de nombre” (p. 94). Frente a esta situación, Jorge declara su españolismo dentro de la responsabilidad de un recto catolicismo: “Yo soy un español que se ha convertido al catolicismo” (p. 94).

De esta manera, la justificación de Matilde para disculpar la razón de una apropiación ilegal le lleva a plantear una crítica feroz a la hipocresía de la religión y a la ilegalidad de ciertas conductas sociales. La exculpación que defiende Matilde es la conducta ordinaria de la sociedad española de la época. Lo que hacen los demás justifica lo que realiza una persona. Las gentes se tienen que someter a la moral de las mayorías. Jorge es un caso atípico, caso de locura y de insensatez.

¹⁷⁹ Desde estas consideraciones, no es nada raro que la obra tuviera ciertos problemas con la censura. Sin quererlo, se ponía el dedo en la llaga. Se proclamaban los males endémicos de la sociedad: corrupción institucionalizada, inmoralidad generalizada, hipocresía religiosa, etcétera.

Las dudas de Cecilia se van aclarando. Su deber, como sostiene Matilde, es defender la felicidad de los suyos y el honor de la familia. Estas obligaciones pasan por retener la finca, aunque haya que enfrentarse abiertamente a Jorge. Este razonamiento se encuentra reforzado por la situación novedosa en la que se puede ver envuelta Amelia. ¿Aceptará el novio de la joven, representante de una buena familia madrileña, cuyo padre es ministrable, la unión con la hija “de un señor que declara que ha birlado a otro, con malas artes, la mejor finca de regadío de Extremadura”? (pp. 77-78). A partir de estas cavilaciones, Cecilia se pasa al frente de lucha de Matilde. Madre e hija se posicionan frente a Jorge. Termina de esta manera el cuadro primero de la segunda parte.

En el segundo cuadro de la segunda parte el frente contra Jorge se amplía. Su hija Cecilia se posiciona también en su contra. En un primer momento, aunque parece que el matrimonio con su novio sigue adelante, las condiciones cambian. En vez de la fastuosa ceremonia que han pensado, las circunstancias les obligarán a casarse como si fueran personas en desgracia: “a primera hora de la mañana, en una iglesia cualquiera y sin invitar a nadie” (p. 101). Con posterioridad, la boda parece correr peligro, ya que el padre del novio no puede permitirse el lujo de un escándalo en la familia por miedo a perder el ministerio que espera. Esta situación hace que Cecilia se enfrente a su padre, ya que él y sólo él es y será el culpable de su desgracia.

Otro frente de oposición lo forma su secretario, incondicional hasta el momento en que ve peligrar su trabajo y, como consecuencia de esta pérdida, su bienestar económico. Se alía con el frente de esposa y suegra y marcha a Badajoz, donde falsifica el testamento original de la herencia para evitar toda prueba en un posible examen pericial. Rompe con cuidado el testamento y arranca la parte del mismo, donde se podrían advertir pruebas de la falsificación. De esta manera, se destruyen las pistas que podían asegurar la titularidad del heredero legítimo.

Todos están contra Jorge. A todos afecta de una manera u otra la devolución de la finca. Frente a las presiones de todos, Jorge sigue firme en su idea. Incluso, ha ordenado la venida de Gervasio para personalmente comunicarle la verdad y devolverle lo que en justicia le corresponde. Sólo en la entrega de lo robado, puede alcanzar el perdón y con éste la salvación. Está dispuesto a todo. Sin embargo, el resto del grupo evita que pueda

dar el paso definitivo. Le cierran la puerta a Gervasio y le impiden a Jorge realizar sus planes. No puede hacer lo que quiere y no le permiten ser el hombre nuevo en que pretende convertirse. Se siente ante una muralla que le impide el paso para ver nuevos horizontes y para caminar por un nuevo sendero. La angustia de la imposibilidad le crea una tensión tremenda que propicia un nuevo ataque, falleciendo en esta ocasión. Jorge muere con un espíritu de contrición y de enmienda, lo que asegura su salvación; la familia Hontanar, cara a la sociedad, continua siendo la auténtica propietaria de la finca, con lo que se asegura su bienestar económico y su respetabilidad social. El matrimonio de Cecilia con Juan queda garantizado. En esta partida han ganado todos y todos pueden sentirse felices.

Jorge ofrece en esta comedia una situación trágica. Conscientemente tiene que optar entre dos posturas encontradas, siendo su elección causa de dolor y de mal. Como padre está obligado a buscar el bienestar material de los suyos, a asegurar la respetabilidad social y a procurar por todos los medios la felicidad de la familia. Estas obligaciones sólo las puede preservar manteniendo la propiedad de “El Tomillar”. Por otra parte, como creyente y hombre religioso, tiene que restituir la finca a su legítimo propietario, ya que sólo así la absolución sería válida al demostrar una conciencia de arrepentimiento y una voluntad de reparación. Jorge Hontanar tiene la obligación de cumplir con sus deberes paternos y familiares, pero también tiene que cumplir con sus deberes religiosos. Si opta por lo familiar-social permanece en el pecado y su futuro será la condenación eterna. Si opta por la devolución, contraviene todos los deberes más elementales que se le pueden pedir como persona y como padre. ¿Cómo debe comportarse, como padre o como creyente?

Cara al espectador, la respuesta de Jorge puede entrañar significados opuestos. Si Jorge, buscando el perdón, hubiera devuelto la finca a su propietario, su conducta ejemplar habría entrañado una crítica frontal a la corrupción social y a la hipocresía religiosa. Era un final edificante, pero ideológicamente muy poco aceptable y, como consecuencia, muy poco rentable. Proclamar en la cara del espectador el estado de inmoralidad reinante habría sido demasiado duro y provocativo. Podía ser un final posible, pero no un cierre recomendable. Por el contrario, si hubiera callado, rechazando la devolución, aseguraba bienestar, honores, tranquilidad, etcétera, pero esta conducta habría significado su condenación por falta de enmienda y contrición. No era un final posible

en la España de los cincuenta. Joaquín Calvo Sotelo toma el camino del medio. Crea una situación en la que el creyente se salva por su firme voluntad de enmienda, pero las circunstancias le impiden cumplir con la obligación de la restitución. Jorge alcanza el perdón, asegurando su salvación, y la familia Hontanar salva la finca y con ella su situación económica y social. La solución al problema planteado ha sido crear una situación de sincero arrepentimiento sin posibilidad de enmienda. Así todos quedan satisfechos.

La comprensión perfecta de *La muralla* nos lleva a relacionar el mensaje de la comedia con la ideología de la época, el nacional catolicismo de la década de los cincuenta. La Iglesia española había impuesto la tesis del providencialismo. Nada se daba que no fuera voluntad divina. Franco era el héroe carismático y la Guerra Civil había sido designio divino. Un teísmo hasta las últimas consecuencias era la doctrina oficial. Si muere Jorge es por voluntad divina. Si la Familia Hontanar sigue con su cómoda situación gracias a la posesión de una finca que no les corresponde en origen, también es designio de Dios. Todo está bendecido y aceptado por la divinidad. El botín de guerra es sagrado y como tal es posesión del ganador. Dios ha querido la muerte de Jorge para asegurar el estado de bienestar económico y social de la familia. Todo está en orden y todo responde a un plan sagrado. El espectador, conocedor de la corrupción existente y de la inmoralidad reinante, salía tranquilo y edificado ante la lección de gracia que había recibido a través de la representación de *La muralla*.

Pero para acercarnos más al real significado de esta comedia, es necesario reproducir un largo e ilustrativo texto que ejemplifica fielmente el sentido de la obra. Joaquín Calvo Sotelo en su “Prólogo para ser leído a la hora del epílogo” nos cuenta las reflexiones y dudas que tuvo a la hora de proponer un final. Para ello pidió el parecer de diferentes especialistas en el tema. Uno de ellos fue don Ángel Herrera. Nos dice el autor al respecto:

Don Ángel Herrera, después de unas cariñosas frases de afecto personal hacia mí y de unos elogios para la comedia, ceñido al análisis de su desenlace, me escribía así: “... desde el punto de vista moral, habría que poner reparos. La esperanza de perdón, basada en las dificultades externas que se oponen al cumplimiento del deber, no es lícita, si implica una renuncia interna al arrepentimiento y a la reparación. *La muralla* puede contar el camino que la conciencia nos señala. Nuestro deber es tratar de atravesarla manteniendo siempre el recto propósito de cumplir la ley natural. Si sucumbimos en la ejecución, estamos libres de culpa. Si

renunciamos, empero, internamente a seguir la línea que nos dice la conciencia, no lo estamos. Si Jorge, en el último momento, hubiera llamado a Quiroga, a don Ángel, y éstos hubieran llegado tarde, “El Tomillar” seguiría en manos de la familia, pero Jorge estaría libre de culpa” (p. 90).

La tesis providencialista justifica y resuelve los problemas morales y las tensiones dramáticas. El autor, de la mano de Ángel Herrera Oria, da con una solución al gusto de todos. Es una solución claramente hipócrita, porque se resuelve aparentemente un problema, cuando el conflicto real sigue vigente: la usurpación ilícita. Por otro lado, era un final que satisfacía las expectativas de ese espectador burgués y nacional. Mantenía el status establecido y sacralizaba la inmoralidad y la corrupción. Cualquier medio era válido, si con ello se reforzaban las bases del régimen. *La muralla* es uno de los ejemplos más significativos del denominado teatro ideológico del nacional-catolicismo.

Al margen del teatro como fenómeno literario y como representación espectacular hay que hablar del dramatismo de muchas conductas sociales, en las que el pueblo vivía intensamente lo representado y, frecuentemente, se convertía en actor de lo representado. El ritual dramático más común en la sociedad española de la época estaba conformado por la liturgia religiosa de misas, procesiones, vía crucis, etcétera, y por la liturgia política de los desfiles y actos patrióticos. El español normal vivía la solemnidad de estos espectáculos con verdadero entusiasmo y auténtica entrega. Los rituales kinésicos de los celebrantes junto a la música, tanto religiosa como militar, ayudaban a la creación de un teatro total, donde el espacio escénico era único y donde desaparecía la división entre actores y espectadores, ya que todos participaban plenamente en el espectáculo. Sin el sentido ideológico de la época franquista, muchos de estos espectáculos perviven en la actualidad como lo demuestran las procesiones de Semana Santa o bien ciertas celebraciones litúrgicas como los vía crucis. La vida de los españoles estaba llena de teatralidad y dramatismo. El nacional-catolicismo no creó un teatro literario importante y estéticamente significativo. Supo, sin embargo, organizar con gran éxito actos dramáticos de gran relieve y de respuesta multitudinaria. Sin ninguna duda, la teatralidad social fue más importante e impactante que el teatro literario.

* * * * *

Cuadro 6.- Principales títulos del teatro del nacional-catolicismo.

Autor	Título	Año
Anónimo	<i>España: Una, Grande, Libre</i>	1939
Arozamena y Puente	<i>Mari-Dolor</i>	1937
Cabezas, J. M ^a .	<i>Por el imperio hacia Dios</i>	?
Calvo Sotelo, Joaquín	<i>La vida inmóvil</i>	1939
Calvo Sotelo, Joaquín	<i>La muralla</i>	1954
Cué, Ramón	<i>Y el Imperio volvía</i>	1940
Cué, Ramón	<i>Caudillo triunfador. Poema-Exaltación de Franco</i>	1939
Díaz Pardo, Filiberto	<i>Apoteosis de España</i>	1937
Ferrari Billoch, F.	<i>El hombre que recuperó su alma</i>	1937
Gómez Sánchez-Reina, J	<i>Cruz y espada. Retablos patrióticos</i>	1938
Gómez Sánchez-Reina, J	<i>¡La nueva España!</i>	1937
Jiménez Arnau	Murió hace quince años	1952
Juliá Martínez, Eduardo	Se ensanchaba Castilla... Estampas poéticas	1944
Luca de Tena	El cóndor sin alas	1951
Marquina, Eduardo	La Santa Hermandad	1939
Miquelarena, Joaquín	Unificación	(s.a.)
Otero del Pozo, Sotero	<i>España, inmortal</i>	1937
Pemán, José María	El divino impaciente	1934
Sagarra, Josep María	<i>La herida luminosa</i>	1954
Salgado, Augurio	<i>España bien maridada</i>	1940
Tomás, Mariano	<i>Santa Isabel de España</i>	1934

V.- 7.-2.- Narrativa

La narrativa fue el género literario menos propicio para trasladar a escala de ficción los intensos y fuertes sentimientos motivados por las vivencias traumáticas de la guerra o de la primera posguerra. Faltaron perspectiva temporal y cierta continencia emocional para plasmar unos hechos vividos apasionadamente, en toda su trágica crudeza, con un grado mínimo de objetividad y con cierto sesgo crítico. Estas razones explican la fuerte carga de ideología y de sentimentalismo que domina en estas narraciones. El resultado final de estos intentos narrativos fueron, por lo general, auténticos panfletos con forma externa de novela. Hubo que dar tiempo al tiempo para que se serenasen los espíritus y para que fuera posible ver la realidad con cierto grado de frialdad crítica. Camilo José Cela con *La familia de Pascual Duarte* (1942) y Carmen Laforet con *Nada* (1944) fueron los encargados de dar este paso definitivo hacia un indiscutible realismo de carácter tremendista-simbólico o bien existencial. La alternativa narrativa había aparecido. Son escritores que rompen la línea de la novela nacional-católica y abren el camino hacia un realismo crítico y desmitificador. Sin embargo, hasta este momento y

después, durante décadas, siguió superviviendo una novela de fuerte carga filosófica, especialmente militarista y falangista, y de excesiva oratoria formal.

La novela del nacional-catolicismo, en la línea de los otros géneros literarios, fue muy pobre estéticamente y muy parca numéricamente. Repasando la bibliografía de los autores especialistas en el tema¹⁸⁰ se llega a la conclusión de la casi ausencia de una novelística nacional-católica a pesar de los títulos que se puedan ofrecer. Incluso, ante la penuria de obras, éstos recurren con frecuencia a pequeñas narraciones, publicadas por lo general en las revistas falangistas, como *Vértice* o *Fotos*, para crear un espacio suficientemente aceptable como para hacer del tema novelístico objeto de estudio¹⁸¹.

Esta pobreza narrativa no se puede achacar al dirigismo ideológico y a la presión política¹⁸². Aunque algo pudo haber de esto, no fue razón determinante. Simplemente, no hubo novelistas de talla que pudieran ofrecer una obra con méritos literarios. Los grandes novelistas de la Generación del 98, unos, como Miguel de Unamuno y Ramón del Valle Inclán, murieron el año de la sublevación militar; otros, como Pío Baroja y Azorín, fueron incapaces de crear una narrativa significativa, aunque por edad, -ambos escritores nacieron en 1873- lo habrían podido hacer sin dificultad. La guerra, de manera directa o indirecta, truncó la brillante carrera de estos viejos maestros. El exilio marcó el derrotero de otros insignes escritores como Ramón Sender, Max Aub, Arturo Barea, Francisco Ayala, etcétera¹⁸³. ¿Quiénes quedaron en España en el lado del

¹⁸⁰ Véase al respecto los estudios de Eugenio García de Nora: *La novela española contemporánea (1939-1967)* (Madrid: Editorial Gredos, 1970); Gonzalo Sobejano: *Novela española de nuestro tiempo* (Madrid, Prensa Española, 1975); José María Martínez Cachero: *Historia de la novela española entre 1936-1975* (Madrid: Editorial Castalia, 1979); Sanz Villanueva: *La novela española durante el franquismo* (Madrid: Editorial Gredos, 2010); etcétera.

¹⁸¹ Las principales editoriales que propiciaron una literatura de signo nacional-católico fueron, hasta 1940, la Librería Internacional y Editora Nacional de San Sebastián, la Librería Santarén de Valladolid, la Editorial Española y Librería Aldecoa de Burgos, Ediciones Betis de Sevilla, etcétera. Desde 1940, una vez terminada la guerra y reinstaurado el protagonismo cultural en las grandes ciudades, se crearon en Madrid dos importantes editoriales: Editorial Nacional y Ediciones Españolas.

¹⁸² No se puede olvidar la violencia de la censura en esos primeros años de duro franquismo. Novelas representativas de escritores afectos al sistema sufrieron el rigor de la censura. Valgan como ejemplos los casos de *La fiel infantería* de Rafael García Serrano, *Javier Mariño* de Gonzalo Torrente Ballester, *Cuerpo a tierra* de Ricardo Fernández de la Reguera o bien las obras de José María Gironella de su trilogía sobre la Guerra Civil *Un millón de muertos* y *Ha estallado la paz*.

¹⁸³ Una mejor suerte tuvo la novela del exilio español. Sin lugar a dudas, la novela del exilio enriquece de manera sustancial la pobre narrativa de la España interior. Figuras destacadas son, entre otras, Max Aub con su meritoria y amplia obra *El laberinto mágico* (1943-1968); Francisco de Ayala: *La cabeza del cordero* (1949); Paulino Masip: *El diario de Hamlet García* (1949); José Herrera Petere: *Acero de Madrid* (1938); Arturo Barea, *La forja de un rebelde* (1951); Antonio Sánchez Barbudo: *Sueños de Grandeza* (1946); etcétera.

franquismo? Los escritores más señalados, entre otros, fueron Fernández Flórez (1885), Juan Antonio Zunzunegui (1900), Agustín de Foxá (1906) y García Serrano (1917). Ninguno de ellos ha superado la primera criba del tiempo. El siempre polémico y acomodaticio Camilo José Cela, como se ha indicado, aunque falangista de ideología, supo jugar, con Carmen Laforet, la baza de la ruptura, que dará paso a la futura generación de los grandes novelistas de la segunda mitad del siglo XX, ya completamente distanciados y opuestos a los cánones oficiales: Rafael Sánchez Ferlosio, Ignacio Aldecoa, Luis Martín Santos, Juan Goytisolo, Juan Benet, etcétera. Viendo este sucinto panorama, cabe afirmar que el nacional-catolicismo no contó ni con escritores ni con obras de un mínimo interés literario.

Un número importante de estas novelas presenta un cariz marcadamente autobiográfico. Los novelistas relatan sucesos vividos o plantean cuestiones profundamente sentidas. La guerra como tema fundamental y la política como marco ideológico caracterizan estas narraciones. Como escritores pertenecientes al bando franquista, éstos narran la guerra desde el punto de vista del vencedor con la ideología propia del régimen. Son novelas de enfoque maniqueísta o de tratamiento unilateral, en las que el ejército-soldado del bando franquista aparece sublimado hasta el paroxismo y el republicano degradado hasta la animalización o bien hasta su desaparición, como sucede en las narraciones tratadas desde la perspectiva única del personaje nacional. En ambos casos, son relatos con una carga excesiva de emoción y con un peso ideológico extremo.

Partiendo de los supuestos señalados, salvo alguna rara excepción como puede ser, tal como se verá, *Cuerpo a tierra* de Fernández de la Reguera, en estas narraciones domina el fervor belicista. La Guerra Civil es interpretada como algo necesario y sagrado, en la que hay que entregar alma y vida para lograr la victoria militar, paso necesario para alcanzar otros valores más universales y trascendentes. El tema de la entrega generosa por un ideal patriótico y religioso propicia el mitema de la renovación. La sangre y la muerte son exigencias para hacer realidad el nacimiento de una España nueva. Muy en la línea del falangismo puro, se defiende un espíritu utópico, en el que el heroísmo patriótico y religioso es medio para alcanzar el fin de la victoria, que se puede interpretar como logro militar o como éxito espiritual.

Son novelas que actualmente han perdido todo interés por su falta de calidad literaria, por su excesiva carga de emocionalidad y por su extremada fuerza ideológica. Sin embargo, desde una perspectiva sociológica, como reflejo de un tiempo y de unas circunstancias históricas, adquieren un valor testimonial indiscutible. Por esta razón, es importante rastrear y analizar ciertas obras, que encarnan y desvelan las claves del espíritu y de la filosofía de lo que venimos denominando en este trabajo como nacional-catolicismo. Su interés descansa más en su carácter socio-histórico que en sus virtudes literarias. Se han seleccionado dos obras: *Camisa azul* de Ximénez de Sandoval (1939) y *Cuerpo a tierra* de Ricardo Fernández de la Reguera (1959). Dentro de la ortodoxia oficial, son dos obras de distinta época histórica, de diferente talante ideológico y de desigual calidad literaria.

Camisa azul (*Fotos*. San Sebastián, 1938), del escritor y político madrileño Felipe Ximénez de Sandoval, fue uno de los títulos más emblemáticos de la narrativa nacional. Fue éste un falangista convencido perteneciente al grupo cercano de José Antonio. Participó, desde su misma creación, en la consolidación y expansión del falangismo, asumiendo diferentes puestos en el partido. Mantuvo a lo largo de años una militancia incondicional tanto política como cultural. Una de sus obras más conocidas es precisamente *Biografía apasionada de José Antonio* (Barcelona, 1941). Este espíritu y esta entrega se detectan de forma inequívoca en su novela *Camisa azul. Retrato de un falangista*, publicada inicialmente en la revista falangista *Fotos* (1938) y con posterioridad en la editorial Santarén de Valladolid (1939).¹⁸⁴

El relato está focalizado desde la perspectiva de un narrador omnisciente, que frecuentemente funciona como “voz en off” del autor. Por eso, la novela, como casi todas las narraciones de este género y de esta tendencia, tienen mucho de biografía espiritual e ideológica, incluso en algunos casos de biografía personal de su autor. Lo que dice y lo que cuenta el narrador es razón y pretexto para poder ofrecer una doctrina de partido y una filosofía de vida. En la línea de la literatura política, *Camisa Azul* es ejemplo perfecto de la denominada narrativa del nacional-catolicismo. La historia

¹⁸⁴ En el presente trabajo se ha seguido la edición de la Editorial Nueva Hispanidad, Buenos aires, 2001, con prólogo de Antonio Caponnetto.

personal de Víctor Alcázar, protagonista de la narración, es simple excusa para profundizar en los tópicos ideológicos de la doctrina falangista. *Camisa azul* es una novela de poca acción física y de enorme carga ideológica.

La novela relata la vida y la muerte del joven falangista Víctor Alcazar durante los primeros tiempos de la Guerra Civil, desde la sublevación militar en las calles de Madrid y en el Cuartel de la Montaña hasta los combates en la Ciudad Universitaria, pasando por la liberación del Alcázar de Toledo. La acción se concreta, por tanto, a lo largo de algo más de cuatro meses, desde los días anteriores al levantamiento militar (17-18 de julio de 1936) hasta unos días después de la muerte de José Antonio (20 de noviembre de 1936), tiempo suficiente para exponer con toda minuciosidad los sentimientos y los ideales de un joven falangista.

La novela se organiza en dos partes. La primera parte de nueve capítulos se relaciona con el pronunciamiento militar del 18 de julio y con la acción de la escuadra de Víctor en esos primeros días de confusión y enfrentamiento. La segunda parte de dieciséis capítulos narra el afianzamiento de la guerra hasta la muerte de Víctor. En la primera parte domina el ideal y la acción falangista; en la segunda, sin obviar la filosofía de Falange, se ensalza el espíritu militar del ejército español, en el que Falange aparece unido a otros cuerpos del ejército como la Legión. En la primera parte existe una cierta unidad narrativa, en la que unas anécdotas nos llevan a otras en un continuismo de acción bastante coherente. La segunda parte es una narración fragmentada en la que predomina una estructura más dramática que narrativa a base de cuadros superpuestos. Se puede decir que la novela presenta una unidad de sentido pero carece de coherencia narrativa. Da la impresión de que la novela fue escrita en dos períodos diferentes¹⁸⁵ con dos idearios narrativos distintos

El nombre del protagonista, Víctor Alcázar, no es casual. Posee una carga simbólica muy marcada. Víctor hace referencia a victoria y Alcázar, alusión a una de las gestas más heroicas de la Guerra Civil, además de redundar en la idea de triunfo, connota toda una serie de valores tópicos relacionados con el hecho histórico de la defensa del Alcázar: entrega, heroísmo, patriotismo, etcétera. El nombre de Víctor Alcázar presenta

¹⁸⁵ Los contenidos de la segunda parte sugieren que su escritura fue realizada después del Decreto de Unificación en abril de 1937.

una inequívoca tesis subliminal: victoria final a través de la entrega heroica en nombre de Dios y de España. Esta fue precisamente la filosofía de Falange, encarnada por el protagonista de la narración.

La acción comienza un día, vísperas del pronunciamiento militar, en el que Víctor y Carmela, novia del joven falangista, pasean por el Parque del Retiro y por la calle de Alcalá, hablando de España y de su destino. Desentona una conversación tan patriótica en la primera cita de la pareja. Desde las primeras páginas de la novela se hace tan evidente la ideología que rompe toda lógica narrativa. La doctrina está por encima de la acción. Por eso, desde esta primera anécdota, Víctor se expresa como un mitinero y no como un joven enamorado:

¡Nuestra bandera, para hacerla victoriosa como lo será muy pronto, necesitaba los colores de la pólvora y de la sangre, nuestras Hadas madrinas! Bandera de revolución y a la vez estandarte de Imperio. La fuerza y el trabajo –las flechas y el yugo- para arrancar a España de ese pozo negro en que la están hundiendo (22).

A través de la conversación de los muchachos, se ofrece una visión general y tópica de la situación de España y de la filosofía de Falange, siempre dispuesta a actuar para salvar a la patria de las garras de una banda de criminales y facinerosos.

Víctor deja a su novia en casa, después de un breve altercado con unos milicianos. Los miembros de la escuadra, de la que Víctor es jefe, se dan cita a las once de la noche. Se presentan los miembros del grupo: cinco jóvenes de apenas veinte años, fuertes, deportistas, sanos tanto física como espiritualmente. Son jóvenes casi perfectos, representando el mito falangista de la juventud y de la fuerza. Ésta es la juventud falangista destinada a salvar España del mal marxista. Por esta misión y por este destino están siempre alertas y dispuestos a participar en toda acción por la que sean reclamados. Se predica desde las primeras líneas de la narración el deber del servicio y la mística de la violencia.

La escuadra está formada por Víctor, estudiante de filosofía e historia; Andrés, empleado de banca; Pepe, cadete de infantería; Antonio, taxista de día y estudiante de noche; finalmente, Enrique, jornalero. La composición de la escuadra representa otro tópico de Falange: la negación de las clases sociales en nombre de la unidad de ideas.

Para un falangista, el sentimiento y la entrega son los valores que unen e identifican a las personas y no la clase social o la capacidad económica.

Los miembros de la escuadra van llegando a destino. Sólo falta Enrique. Van en su busca. Su cuerpo se encuentra en el depósito de cadáveres. El camarada ha sido asesinado de tres disparos realizados a traición. Ante la muerte del compañero se impone la mística de la venganza, en la que la ley del talión del “ojo por ojo” da paso a la ley de Falange de “tres por uno”.

La venganza se cumple. Toca velar el cadáver del camarada muerto. Se cumple otro ritual falangista. Todos uniformados, en posición de firmes, saludan al caído con el grito de ¡Presente! Vestido con la camisa azul, Enrique recibe por parte de sus compañeros de escuadra honores de héroe. Los alegatos patrióticos son constantes. La acción se llena de eslóganes. La filosofía falangista domina toda la escena.

En este ambiente y en estas circunstancias, se da el pronunciamiento militar. Históricamente, el general Fanjul, con 1500 hombres, de los que unos doscientos eran falangistas, se refugió en el Cuartel de la Montaña, desde donde proclamó el estado de guerra. En el plano de la ficción narrativa, la escuadra de Víctor recibe la orden de acudir al cuartel para tomar parte en su defensa.

El autor aprovecha la anécdota para ofrecer una presentación, cuadro a todas luces surrealista y esperpéntico, sobre los milicianos y el pueblo fiel a la democracia y a la República:

Y el “pueblo” en épocas de democracia y Frente Popular, no es el conjunto de hombres que trabajan y crean, sino una mezcolanza de vagos, maleantes, delincuentes contra la propiedad y la honestidad, prostitutas, chulos y demás faunas de burdel o la cárcel: toda la infrahumanidad que se vende y se alquila para motines, para elecciones y para todas las demás mascaradas de los regímenes democráticos. Ese “pueblo” abundantísimo en el Madrid repugnante de los últimos años, pagado indistintamente por derechas o izquierdas para designios grotescos, vítores sin alma y falsos sufragios, gritaba encrespado en los alrededores del cuartel, pidiendo con alaridos de bestia carnícera la cabeza de los Jefes Militares y el corazón de los muchachos falangistas. Las mujeres, sucias, desgredadas, con los pechos flácidos y las caderas abundantes, dibujadas netas y obscenamente bajo las líneas de los monos de mecánicos, canturreaban una salmodia que ya hace meses viene oyéndoles Madrid entero y que expresa el concepto inmoral que informa la

revolución roja, explosión sin disfraz de todos los bajos instintos de la chusma más soez... (p. 48).

Cita larga, pero necesaria, para percibir toda la ideología del autor. Junto a un espíritu eminentemente antidemocrático y antiliberal, se ofrece una visión maniqueísta, en la que el pueblo aparece metamorfoseado en seres bestiales y repugnantes, ávidos de sangre y de muerte. Igualmente, se trasluce en el texto la ideología antifeminista de Falange. Ante este espectáculo dantesco, los sublevados, jefes militares y falangistas, aparecen claramente dignificados con una misión sagrada que realizar. El maniqueísmo es un argumento clave en el discurso de la cultura del nacional-catolicismo, utilizado hasta la saciedad en este relato. Queda de manifiesto la falta de psicología de los personajes. No existen caracteres. Representan ideas y conductas. El maniqueísmo asume toda su función, degradando a unos y ensalzando a los contrarios, en este caso, a los sujetos que actúan y representan la filosofía falangista.

En el enfrentamiento en el Cuartel de la Montaña mueren Manolo y Pepe. Los falangistas no conciben el suicidio o la rendición. Se impone la razón de la entrega heroica hasta la muerte.

Víctor consigue salir del cuartel sin demasiados problemas, siendo, más tarde, detenido, juzgado y condenado a muerte. En todo momento demuestra su gallardía y su honor. Simplemente, es un falangista que actúa como tal. Cuando es conducido en un camión hacia el paredón, aprovechando un descuido de sus vigilantes, consigue huir. Llega a una embajada, donde pide asilo. En la seguridad de la embajada y con un futuro incierto termina la primera parte de la novela.

Víctor no puede vivir en el estado de inmunidad que le ofrece la embajada, mientras sus compañeros ofrecen su sangre y su vida por España. Abandona la embajada y marcha al frente. “Quince días más tarde, Víctor, de centinela en la noche entre los pinos del Guadarrama –camisa azul sudada, gorriño cuartelero, correa, cartucheros y un mosquetón al hombro- reflexiona y sueña” (p. 95). Recuerda los días pasados en la embajada y revive interiormente la conducta criminal e inhumana de los milicianos.

En una acción voluntaria, en la que Víctor toma parte, hacen prisioneros a un grupo de soldados republicanos. Uno de ellos le reconoce y le pide clemencia. Le propone un

acuerdo o canje. Si Víctor consigue salvarle, el miliciano se compromete a salvar la vida de su padre, prisionero en una Checa. Es una situación altamente delicada y dramática: familia o patria. Víctor no duda. Asume su responsabilidad y las consecuencias de su decisión. La patria siempre está por encima de la familia y de los sentimientos personales:

No. No. El servicio exige rigidez. Frialdad de alma con lo más íntimo y peculiar. Por salvar lo suyo, Víctor no podía devolver a un enemigo de España. El canje era cobardía. España necesitaba su dolor, y él se lo ofrendaba. Que especularan con esas cosas los tímidos, los medrosos. Un falangista no podía. La Falange es renunciación absoluta. Mitad monjes, mitad soldados, ha dicho José Antonio. Y el monje no tiene más hogar que el convento ni más familia que la comunidad, como el soldado el cuartel y la compañía. La Cruz y la Bandera. Dios y la Patria (p. 125).

Una noche de luna blanca, Víctor hace guardia en los picos de Guadarrama. La noche luminosa de luna y la tranquilidad de las horas le evocan estampas familiares y recuerdos de su madre. En esos momentos de evocación y melancolía se establece un diálogo dramático entre el soldado y la luna que recoge los sentimientos y pesares del joven falangista.

Pero no todo es tranquilidad y evocación. La guerra se recrudece. Las tropas republicanas inician un fuerte ataque en el frente del Guadarrama, donde se encuentran Víctor y sus nuevos compañeros. Durante el ataque, Ignacio sufre graves heridas a causa de una explosión. Víctor no duda en llevar el cuerpo herido de su compañero, entre el intenso fuego enemigo, a un hospital de urgencia para, desde allí, reincorporarse a su puesto. La camaradería y el heroísmo están por encima de toda consideración personal. Víctor es un héroe por ser falangista.

Se intensifica el combate. Las fuerzas nacionales terminan venciendo en el combate, después de un comportamiento heroico por parte de todos sus miembros. Pero el precio de la victoria es caro. Además de las muchas bajas, Víctor, Ignacio y Francisco de Borja han caído heridos. Marchan a diferentes lugares para reponerse de sus heridas. En la sala del hospital hace amistad con dos legionarios, quienes le animan a formar parte de su compañía. Después de muchas vacilaciones, Víctor promete su incorporación. Falange y Legión se unen en un mismo destino y en una misma acción. Las cualidades heroicas que el frente nacional ha ido demostrando en la guerra no son propiedad exclusiva de Falange sino de todo el ejército nacional. Todos luchan por el mismo fin:

la victoria. La unidad se impone. La simbología del intercambio de gorros sella esta unidad. Uno de los legionarios amigos muere en el frente. Víctor recibe la gorra legionaria de su amigo caído y él le ofrece al muerto su gorra falangista.

La guerra continúa en todo su dramatismo. Unos caen y otros se restablecen. El ejército nacional sigue su camino imparable hacia la victoria. La toma de Toledo y la liberación del Alcázar son pruebas inequívocas de esta realidad.

Se abre un capítulo epistolar, capítulo XIV, en el que a través de la correspondencia se informa de la suerte diferente que han corrido los distintos miembros del grupo: la muerte de Ignacio, la convalecencia y ascenso a cabo de Víctor por una acción de extrema valentía, el alta y enrolamiento en la marina de Francisco de Borja. El lector conoce la suerte y la situación de cada uno de los miembros del grupo.

Es finales de noviembre. Hace un frío intenso. El centro de operaciones bélicas es la Ciudad Universitaria. Víctor participa en una operación temeraria de conquista de un puesto de ametralladoras. El joven soldado siente un dolor intenso sin recibir lesión física alguna. Es una herida emocional más que corporal. En una relación espiritual sufre emocionalmente el asesinato de su novia Carmela a manos de un miliciano. Su mundo personal se va deshaciendo poco a poco: amigos, padre, novia.

El 24 de noviembre de 1936, Víctor cumple 23 años. Leyendo las hojas de un periódico atrasado conoce la trágica noticia de la condena a muerte de José Antonio Primo de Rivera, su líder militar y su guía espiritual. La lectura le lleva a conocer los pormenores del injusto juicio hasta llegar a lo irremediable: José Antonio ha muerto. La ocasión es propicia para realizar un desbordante panegírico sobre el fundador de Falange.

Enfurecido por el dolor a causa de la noticia de la muerte de José Antonio, ataca temerariamente un puesto de ametralladoras que les está agobiando. Víctor es herido en la toma del puesto enemigo. Cuando en un gesto de voluntad se alza para lanzar el grito de “¡Arriba España!”, recibe un balazo en la nuca. Víctor muere como un héroe. El mismo día de su cumpleaños, recibe sepultura militar, bajo las notas del himno de Falange, en campo abierto en la Ciudad Universitaria.

El protagonista de la novela, el joven falangista Víctor Alcazar, vive y muere como un héroe, como un verdadero soldado de la España nacional. En su persona se fusionan todas las cualidades que debe tener un falangista: juventud, obediencia, entrega, espíritu de sacrificio, heroísmo, camaradería, hombría, etcétera. Los móviles de actuación y de lucha son Dios y España, aunque en el relato haya una presencia mucho más precisa y dilatada de la patria que de la religión. Su muerte simboliza la vida y su lucha implica la victoria. El ideal de servicio es cumplir con el deber hasta las últimas consecuencias. Víctor Alcázar, aunque muera en combate, es un héroe que ejemplifica fielmente los principios y los eslóganes de la doctrina falangista. Por eso, el protagonismo real de la novela no recae sobre el joven falangista sino que descansa en la doctrina de Falange. En esta novela de Ximénez de Sandoval, la acción física se subordina a la acción ideológica, cuyo símbolo más palpable es precisamente su título: *Camisa azul*.

Cuerpo a tierra, del escritor cántabro Ricardo Fernández de la Reguera, publicado en Barcelona en 1954, es, dentro de la narrativa bélica de signo nacionalista, una novela sorprendente tanto por el tratamiento del tema de la guerra como por la calidad narrativa. Desde todos los puntos de vista se distancia abiertamente del relato del nacional-catolicismo, aunque sea uno de los títulos más representativos de esta línea novelística. Cabría afirmar que *Cuerpo a tierra* representa el colofón y cierre de la novela bélica de signo nacionalista.

Es posible que una de las claves de este relato se encuentre en el lapso temporal entre el tiempo de redacción y la época en que ocurrieron los hechos relatados. Son quince años que permiten contemplar el acontecer histórico con un distanciamiento crítico objetivo y con una carga de emoción más matizada. *Cuerpo a tierra* es un relato en el que prácticamente ha desaparecido la ideología y la Guerra Civil, como tema novelístico, es tratada desde una perspectiva desmitificada y crítica. De la épica falangista de *Camisa azul* se ha pasado en *Cuerpo a tierra* a un humanismo del absurdo y de la locura bélica. El mismo título de la novela refuerza este sentido. Frente a la imagen del joven héroe, siempre triunfador al margen de su destino final, erguido y orgulloso, tal como predica la imaginería falangista, en esta novela de Fernández de la Reguera domina la imagen del joven postrado en tierra en actitud de defensa y de espaldas al acontecer bélico. Esta representación es más propia del antihéroe que del héroe. Estamos ante un relato bélico

del personaje trágico en unas circunstancias absurdas de muerte y destrucción. Este tragicismo se acentúa de manera considerable, cuando no se ofrece a lo largo de toda la novela una sola razón explicativa del por qué y del para qué de la guerra. Sólo interesa la guerra en su vertiente más fría y deshumanizada. El lector, sin una justificación, sólo encuentra en el relato la barbarie de una conducta humana irracional en la que hay que matar para poder sobrevivir. Esta conducta, que podría quedar ennoblecida por unos ideales, permanece en el absurdo más completo por falta de una razón superior o de una motivación trascendente. La religiosidad y el patriotismo, tan propios de la cultura del nacional-catolicismo, están ausentes en este relato. *Cuerpo a tierra* es un relato de guerra sin una justificación que la legitime ni un proyecto de futuro que la dignifique. El lector se encuentra con un relato de la Guerra Civil tratado desde el punto de vista del bando vencedor, pero muy alejado de los tópicos temáticos de la literatura nacional.

Desde la perspectiva de la calidad literaria, es una novela aceptable, si se la compara con sus hermanas de la familia del nacional catolicismo, pero que queda muy marginada si el punto de comparación es la narrativa bélica de escritores de la altura de Juan Benet con *Volverás a región*; Juan Goytisolo con *Señas de identidad* o bien Julio Llamazares con *Luna de lobos*. *Cuerpo a tierra* es una novela digna, muy superior estéticamente a la media de la narrativa del nacional-catolicismo. Es más, todos los capítulos de descripciones bélicas, siempre repetitivas, no causan cansancio en el lector por no ser una rémora en la dinámica interna del relato. El tema central de la novela es la guerra y el ideal del combatiente es la supervivencia. Este principio se expresa claramente en el título de *Cuerpo a tierra*.

La historia de la novela expone la existencia absurda de un personaje socialmente insignificante y un tanto anodino, Augusto Guzmán¹⁸⁶, que, por circunstancias de la historia, toma parte heroica en una guerra que se le impone sin saber por qué ni para qué y que muere estúpidamente a causa de los celos o bien de los recelos de sus compañeros de armas. Desde otro punto de vista, *Cuerpo a tierra* es el relato de una tragedia colectiva que lanzó a todos los españoles a una vorágine brutal y absurda de muerte y destrucción. De esta manera, a través de un caso personal, Augusto Guzmán, el lector se

¹⁸⁶ El nombre de Augusto Guzmán revela claras connotaciones simbólicas, pero, en este caso, con un innegable acento crítico y desmitificador, producido por la oposición semántica que se da entre las referencias grandiosas del nombre y el sentido prosaico y un tanto vulgar de la vida y de la muerte del personaje.

adentra en los planos laberínticos de un acontecer de violencia extrema, cuyo resultado final es la ruina moral y espiritual de todos los personajes.

La novela está organizada en treinta y siete capítulos, subdivida, según mi personal lectura, en tres partes de extensión muy irregular:

- 1.- Presentación y bautismo de guerra del personaje (Caps. I-III)
- 2.- La tragedia bélica y herida de guerra (Caps. IV-XXVIII)
- 3.- Convalecencia, incorporación al frente y muerte del personaje (Caps. XXIX-XXXVII)

La primera parte de la novela, presentación y bautismo de guerra, abarca propiamente la vida del personaje desde su vida feliz supuestamente en un pueblecito de la provincia de León hasta su participación directa en la confrontación bélica. La acción se inicia en una tarde gris de enero (p. 7)¹⁸⁷, cuando una expedición militar, proveniente de África, llega a Sigüenza para reforzar las fuerzas militares del frente de Guadalajara. Augusto Guzmán forma parte de este conglomerado de soldados. La primera impresión que recibe, cuando llega a la estación de Sigüenza, en ruinas a causa de los bombardeos sufridos, es de sorpresa y de desconcierto. El estado del pueblo aumenta ese sentimiento de perplejidad y asombro:

Anduvo de un lado a otro. Vio casas incendiadas, edificios hundidos por las bombas, paredes horadadas por los cañonazos, escombros machacados por los puños de hierro de la metralla, balcones que colgaban casi desprendidos, como una teja.
“¡Es terrible!” –pensaba- “¡Es terrible!” (p. 8).

Desde su llegada al frente y desde su toma de contacto con la realidad de la guerra, el personaje ya no perderá este sentimiento de zozobra emocional y de desconcierto personal. Augusto Guzmán es un joven desorientado a causa de la guerra con una personalidad cambiante, un tanto perdida: “empezaba a notar, aunque vagamente, que algo se había interpuesto ya que *no era el mismo de siempre*¹⁸⁸, que la guerra había empezado a operar en él con su feroz metamorfosis” (p. 12).

En unos primeros momentos, Augusto Guzmán se libra del embrutecimiento que propicia la guerra gracias al recuerdo del pasado: “Pero la guerra no lo había aún

¹⁸⁷ Las citas están tomadas de la edición de la Editorial Planeta, Barcelona, 1997.

¹⁸⁸ La cursiva pertenece a la escritura original.

absorbido, triturado con su agónica tensión, y los recuerdos acudían fácilmente, dócilmente. Ahí estaban sus padres, sus dos hermanas, el terruño...” (p. 12). Las personas son circunstancias en el presente, pero igualmente son evocación de pasado. A través de técnicas contrapuntistas, se va alternando la narración de la actualidad bélica con la de la evocación de su pretérito existencial. Existencia y recordación componen las dos caras del relato reunidas en una misma línea narrativa gracias principalmente a la memoria afectiva. De esta manera, el lector se informa en el tiempo del presente bélico de la realidad personal del personaje en su pasado existencial.

Augusto, en su localidad leonesa, fue un niño-muchacho normal que tuvo una infancia feliz en medio del cariño de su familia. Su padre, secretario de la localidad, con un sueldo medio, hacía posible una vida sin fuertes traumas ni grandes necesidades a pesar de que su hermana menor, Rosa, afectada de una larga enfermedad, consumía buena parte del presupuesto familiar. Augusto cursó sin dificultados estudios comerciales, porque los Escolapios tenían en su pueblo un colegio de enseñanzas comerciales. La ilusión de los padres era que estudiara una carrera universitaria, pero carecían de medios económicos. Ante esta situación y llevado por la necesidad de cambio y de mejora marchó a Madrid en busca de oportunidades. No había cumplido los diecisiete años.

Su estancia en Madrid fue un tiempo feliz de amistad y de amor. Trabajaba en la sección de contabilidad de unos almacenes con un corto sueldo que le permitía sobrevivir con justeza pero sin excesivos problemas. Vivió de esta manera hasta su incorporación al ejército a causa del servicio militar. Su destino fue Barcelona. En la ciudad condal hizo amistad con Pablo Aguirre, estudiante de derecho, que supo llenar el corazón de Augusto de inquietudes y de ambiciones. Decidió realizar el bachillerato para inscribirse en alguna facultad que le permitiera sacar el título de licenciado. Los tres primeros cursos de bachillerato los realizó en un año y los cursos de 4º y 5º los aprobó en junio de 1936. Podía matricularse en la Facultad de Derecho. Sus padres y hermanas se sentían orgullosos de él y él sentía la felicidad de ese orgullo familiar. Rosa estaba completamente repuesta. María, su otra hermana, había contraído matrimonio. Las posibilidades económicas de la familia habían mejorado. Su padre le animaba a proseguir los estudios. Todos y todo eran esperanzas para la conquista de un

futuro altamente prometedor. Pero el 18 de julio estalló la guerra y con la guerra se deshizo un proyecto de vida.

Augusto, sin saber cómo ni para qué, se encontró enrolado en una guerra que no la sentía como propia. El desconcierto era total. La despedida fue triste. Tuvo que decir adiós a lo que más quería y enfrentarse a una realidad nueva tan terrible como poco deseada. Permaneció una semana en el cuartel de León. Después fue destinado a Algeciras para acabar en Tetuán, vía Ceuta. A las tres semanas de llegar a Tetuán salieron para el frente de Guadalajara. Su primer destino fue la defensa del Cerro de San Cristóbal. En medio de un frío terrible Augusto sufrió las primeras experiencias de guerra, tomando contacto con la muerte y la sangre. Augusto Guzmán se encontró dominado por los sentimientos de desconcierto, de soledad y de miedo.

La segunda parte abarca buena parte de la novela, desde el capítulo cuarto al capítulo vigésimo octavo, centrándose en la realidad de una guerra tan violenta como deshumanizada. La experiencia bélica se desarrolla entre periodos de calma y descanso y momentos angustiosos de bombardeos y tiroteos. La acción de la guerra se va sucediendo a lo largo del tiempo en los diferentes frentes de combate: Guadalajara, Madrid, Zaragoza, Huesca, etcétera. Desde la mañana fría que tocan diana para ir al frente después de asistir a misa (cap. II) hasta que cae herido en el frente de Teruel (cap. XXVIII) transcurren más de un año de confusión y angustias con muy pocas alegrías.

La guerra es presentada en el relato como un hecho demencial de destrucción y muerte. Los cuadros dantescos se suceden. Las imágenes de cuerpos destrozados son cuantiosas. Los muertos son numerosos. Incluso, el abandono de los cadáveres sobre la tierra por imposibilidad material de su recogida y posterior entierro acentúa esta sensación de absurdo en la violencia; en otros momentos, los cientos de cadáveres que yacen sobre el campo son rociados con gasolina y quemados como si fueran objetos inservibles. El caído vale muy poco en la guerra. No hay consideraciones humanas, porque no hay tiempo ni posibilidades para unas honras fúnebres dignas. La trágica realidad es que vivir significa matar. Todos los caídos son víctimas de una guerra demencial dominada por la barbarie. La guerra, como una fatalidad indomable, ocasiona de forma permanente una brutal escabechina entre ambos bandos de

combatientes. Es una cuestión de suerte y de puro azar mantenerse con vida entre tantas bajas. Todos sienten la muerte cercana y algunos, deshechos emocionalmente van en su busca. El destino caprichoso dicta la vida y la muerte de los combatientes.

Lo terrible eran las balas. Zumbaban a centenares... Como las trincheras estaban en la cumbre de la loma, casi todos los tiros pasaban por encima y se estrellaban en el llano... Fueron días de angustia. Estaban todos atemorizados, horas tras horas a merced de las balas...

Pasaron allí muchos días penosos. No hubo ningún combate fuerte. Pero sí el incesante gotear de muertos y heridos de la lucha de posición, más agotadora que la pugna sangrienta y rápida. Destrozan los nervios esas interminables jornadas de primera línea con la agónica certeza de que algunos hombres tienen, indefectiblemente, que caer (347).

Augusto vive la guerra desde la distancia sin proclamar o defender en ningún momento una causa o una razón. Sufre su realidad porque así lo han querido las circunstancias y no porque se sienta identificado con esta guerra. Desde este punto de vista, el personaje es un antihéroe sin ideales, pero con un comportamiento ejemplar y heroico. Le domina el pánico y la angustia, pero es capaz de sacrificarse por los suyos y por sus compañeros. Es un personaje solidario y sacrificado. Su acción es ejemplar por camaradería y por carácter, nunca por ideología o por pertenencia a un cuerpo. Su filosofía es pensar poco y actuar. Augusto es simplemente un combatiente marcado por las circunstancias. Incluso, su grave herida de guerra es absurda a todas luces. Una bomba “Laffite”, que había quedado sin estallar y con la cinta suelta, se le engancha en la bota. Con el movimiento estalla y le lanza violentamente de bruces. No comprendía lo que le acababa de ocurrir. Sólo sentía un dolor horrible en la pierna. La tenía destrozada. Había tenido mil y una ocasiones para caer en combate y es herido, al margen de la lucha, de la manera más estúpida.

Uno de los antídotos emocionales frente a este ambiente de ruina y caos es la amistad y la camaradería. En la vida existen egoísmos e insolidaridad, como lo demuestran algunos de sus amigos y compañeros de guerra, pero igualmente se da en momentos tan cruciales el amor fraternal y la entrega generosa hacia sus camaradas de suerte y de destino. Son esos ratos de solaz y descanso en los momentos de tranquilidad. Es un cigarro compartido o un buen rato de alegría y de risas. Son también palabras de ánimo en los momentos brutales de confrontación. Pero en la guerra como en la vida no es todo oro lo que reluce. Los odios y las envidias están a flor de piel. Conseguir un puesto es asegurar el futuro. En ocasiones se sobrevive a costa de los amigos. No importan las

consecuencias. Augusto vive la dramática desposesión de los amigos a causa de la metralla y por razón de la insolidaridad y del oportunismo. Augusto vive dramáticamente en una terrible soledad el pánico de la guerra y la decepción del egoísmo. En la guerra, Augusto ha conocido muchos enemigos, numerosos compañeros interesados e insolidarios y muy pocos amigos reales. Se vive intensamente la soledad y se siente el miedo con toda su crudeza.

Otra experiencia que bien podría cambiar el ambiente emocional de la guerra, el sentimiento de la vida y la suerte del futuro es el amor. El nombre de este amor es Berta, joven tan hermosa como caprichosa. Los dos jóvenes mantienen unas relaciones tan apasionadas como tormentosas. La relación se rompe, porque Berta prefiere un futuro sin amor pero en la abundancia económica, que un amor pleno en la carencia y en la estrechez. Se casa con un joven adinerado, que le va a ser infiel desde el primer momento, desde el instante de su entrega. Para Augusto es un tremendo desengaño, más duro incluso que la propia guerra. No puede entender la ruptura de una relación sustentada en la reciprocidad de sentimiento. Busca la razón y cuando vuelve a encontrar a Berta, viven apasionadamente un amor imposible a causa del matrimonio de la joven contraviniendo la moral imperante y las normas elementales de la ética del nacional-catolicismo. Éste es otro de los elementos disonantes en esta narrativa del bando vencedor.

La experiencia de Augusto durante estos meses de guerra le lleva a un estado de desengaño total. Ha perdido a muchos de sus amigos y camaradas; le ha abandonado su amor; participa en una guerra que no es la suya; vive una existencia que no comprende y que a partir del abandono de Berta ya no acepta. En este estado emocional se da la tercera y última parte de la novela: “La convalecencia con su incorporación al frente y su muerte”. Está conformada por los nueve últimos capítulos de la novela.

Los días pasan. Las heridas de la pierna van sanando, pero las del sentimiento se van incrementando. Le dan el alta. Tiene que incorporarse a su regimiento. Durante el tiempo de convalecencia, además de compartir sus horas con Berta, se prepara para sacar el carnet de conducir, lo que le permitirá tener un destino más seguro lejos de la línea de fuego. Sin embargo, hasta que apruebe el examen y le llegue el nuevo destino debe ir al frente. Su compañía le espera. Es julio de 1938. Se prepara la batalla decisiva

del Ebro. En agosto salen hacia el nuevo frente. Toma parte en la sangrienta batalla. Las imágenes de guerra y de muerte, que llegan a un tenebrismo extremo, se suceden. El absurdo de la guerra se acentúa con tantos caídos y con tanta destrucción.

La guerra sigue su curso. Augusto es llamado desde Zaragoza para el examen de conducir. Aprueba el examen, quedando a la espera de su nuevo destino. Son días terribles de frío, paludismo, piojos y muerte. Las bajas son numerosas, pero hay que seguir adelante. La suerte de la guerra parece estar decidida a estas alturas. La victoria de los nacionales parece inevitable:

Ya sabes que esto va a ser un paseo militar. No habrá resistencia, tú lo sabes. La guerra está prácticamente acabada. Se tomará Cataluña sin disparar un tiro. Ya has visto cómo se pasa la gente. En cuanto empiece el avance, los que no huyan, se entregarán. Ya has oído lo que cuentan. Casi no tienen comida, ni organización, ni moral, que es lo más importante. Tú no te preocupes (p. 429).

Para finales de diciembre, la guerra está llegando a su fin. Son los últimos días de combate con el avance para la conquista de Cataluña. Llega el destino que tanto esperaba Augusto: automovilismo. Se recibe la nota de traslado. Pero en vez de su entrega inmediata, uno de sus compañeros, con el que mantiene relaciones muy tensas, decide no comunicarle el nuevo destino hasta el día siguiente. Permanecerá una noche más en primera línea. De madrugada hay un avance, uno de los últimos en esta guerra. En esas circunstancias, en un instante de descuido a causa del aviso de alerta a un compañero, le impacta una de las últimas balas, terminando con su vida. Ese instante fue tiempo suficiente para segar una vida. La muerte de Augusto fue tan absurda e irracional como toda su acción en la guerra y como la guerra misma.

Después de esta breve exposición de la novela de Ricardo Fernández de la Reguera, se observan elementos que rompen con la dinámica temática y doctrinal de la cultura del nacional-catolicismo. El relato bélico de Fernández de la Reguera, aunque tratado y valorado desde la perspectiva de los vencedores, abre brechas para una crítica seria y profunda. Es verdad que se ganó una guerra con la entrega heroica de los combatientes, pero nada justifica tanta muerte y tanta destrucción. En el fondo de la novela se detecta una fuerte crítica contra el militarismo belicista del alzamiento a través del absurdo de la vida del cabo Augusto Guzmán. La guerra acabó con los sueños de un hombre y con la vida de un soldado. Pero Augusto fue sólo un caso entre los miles y miles de caídos.

¿Por qué y para qué? El autor no aporta ninguna explicación. No hay alusiones ni a la patria ni a Dios. No se habla de España ni de sus líderes. Se plantea fríamente la barbarie de una guerra de ruinas y de exterminio. La novela carece de ideología, pero no de sentido. El lector tiene la última palabra y la última respuesta.

Por otro lado, se verifica una fuerte crítica contra señoritos y militares que llevaban una vida plácida en retaguardia mientras en el frente miles de personas debían su vida. La cobardía de unos, los intereses de otros, las maquinaciones de éstos y los medros de aquéllos permitían un doble rasero de vida y de entrega. En la guerra, en la fila de los nacionales, hubo mucho heroísmo, pero también se dio dosis importantes de insolidaridad, egoísmo y cobardía.

Frente a otras novelas, de carácter marcadamente maniqueísta, en las que unos, los nacionales, son todos buenos y héroes, y los otros, los republicanos, son animales salvajes sin piedad y sin sentimientos, en esta novela se rompe con este tratamiento dual y opuesto. En las tropas nacionales, no sólo en retaguardia, lejos de la primera fila, también en vanguardia existen seres crueles, chulescos y gente interesada capaz de vender a su mejor amigo por una oportunidad o por un pequeño ascenso. La novela ofrece una serie de individuos marcados por los malos instintos y por peores sentimientos.

Según Fernández de la Reguera en el bando nacional, tanto en vanguardia como en retaguardia, hubo una entrega heroica sin límites pero hubo también mucha escoria y mucho oportunismo. La guerra fue lugar de alumbramiento de los más nobles y generosos sentimientos humanos, pero también la guerra desveló lo más turbio y oneroso del ser humano. El mal y los bajos sentimientos no estaban, como nos tenía acostumbrados la novela oficial, exclusivamente entre los milicianos, sino que era cualidad del ser humano, ya estuvieran éstos alistados en uno u otro bando. Igualmente, el heroísmo y la entrega generosa no fueron prerrogativa de los nacionales, sino que estas virtudes también estaban muy presentes en el lado republicano. Incluso, en este relato, se detecta un detalle altamente significativo. La heroicidad de los nacionales no se basa, como se veía en *Camisa azul*, en el salvajismo y en la cobardía de los milicianos. En *Cuerpo a tierra* existe una gran admiración por la entrega y el heroísmo de los soldados republicanos. La auténtica gesta de los soldados nacionales se construye

sobre el valor y el sacrificio generoso de los republicanos. Este es el auténtico heroísmo que ensalza a los nacionales porque ennoblece a los republicanos.

Cuerpo a tierra es una novela de la Guerra Civil, escrita por un novelista perteneciente al grupo de los vencedores y narrada desde la óptica del grupo triunfador. Sin embargo, es un relato alejado de los cánones del nacional-catolicismo por la moral que ofrece, por el sentimiento que revela y por la ideología que testimonia. Es una novela que, lejos de todo doctrinarismo partidista, profundiza en un innegable realismo de sentido existencialista.

Entre *Camisa azul* de Ximénez de Sandoval y *Cuerpo a tierra* de Fernández de la Reguera se verifica un largo camino de conquista de sensibilización y de capacidad crítica. Frente a la sublimación absoluta de lo nacional en *Camisa azul* se ha pasado *En cuerpo a tierra* a una visión crítica y desmitificadora de la Guerra Civil. Igualmente, de una visión profundamente negativa y destructora hacia todo lo que pudiera significar democracia y república, en *Cuerpo a tierra* se verifica una neutralidad de partida, en la que se defienden virtudes y lacras tanto en unos como en otros combatientes. Es posible que la razón de este cambio de perspectivas, además de la psicología de los autores, se encuentre en la capacidad de observación y de crítica que el tiempo transcurrido entre los hechos narrados y el tiempo de narración propicia entre los mismos novelistas. *Camisa azul* es una novela de guerra en la guerra, mientras *Cuerpo a tierra* es una novela de guerra en la posguerra. Las novelas analizadas ofrecen dos temáticas muy similares, la vida y muerte en combate de dos soldados, Víctor Alcazar y Augusto Guzmán, con dos semánticas muy diferentes: exaltación ideológica y realismo existencial.

Entre una novela y otra, un número importante de relatos que inciden en los mismos temas de base con idénticas ideas en torno a la sacralización de una guerra, al heroísmo de unos soldados, al providencialismo de unos líderes, al renacimiento de una nueva España, a la misión universal de la patria, etcétera. Por otro lado, en estos escritores no se detecta una voluntad clara narrativa. Son relatos de estructura rota o muy sencilla con un estilo y con una estética muy pobres. Esta narrativa de muy escasas cualidades literarias y de fuerte carga ideológica viene a caracterizar la denominada novelística del nacional-catolicismo.

* * * * *

Cuadro 5º.- Principales títulos de la narrativa nacional-católica.

Autor	Título	Año
Alfaro, José M ^a .	<i>Leoncio Pancorbo</i>	1942
Álvarez Gómez, Pedro	<i>Cada cien ratas un permiso</i>	1939
Aramburu, Rosa de	<i>Madrinas de guerra</i>	(s.a.)
Aranda, Rosa María	<i>Boda en el infierno</i>	1942
Benítez de Castro, C.	Se ha ocupado el kilómetro 6	1939
Borrás, Tomás	Checas de Madrid	1939
Camba, Francisco	Madridgrado	1939
Carrere, Emilio	La ciudad de los siete puñales	1939
Castella de Zavala, C.	Hágase tu voluntad	(s.a.)
Claramunt, Jorge	<i>El teniente Arizcun</i>	1937
Cossío, Francisco	<i>Manolo</i>	1937
Espina, Concha	<i>Retaguardia</i>	1937
Espina, Concha	<i>Esclavitud: diario de una prisionera</i>	1938
Espina, Concha	<i>Princesas del martirio</i>	1940
Fernández de la Reguera	<i>Cuerpo a tierra</i>	1954
Foxá, Agustín de	<i>Madrid, de corte a checa</i>	1938
Fernández Arias, A.	<i>Madrid bajo el terror</i>	1937
Fernández Arias, A.	<i>La agonía de Madrid 1936-1937</i>	1938
Fernández Flórez, W.	<i>Una isla en el mar rojo</i>	1939
Ferrari Billoch, F.	<i>La monja fugitiva</i>	1939
Ferrari Billoch, F.	<i>La innominada</i>	1939
Figueroa, Agustín	<i>Memorias del recluso Figueroa</i>	1939
Foronda, Ana María	<i>9 meses con los rojos en Madrid</i>	1937
García Mercadal, J.	<i>Frente y retaguardia</i>	1937
Gómez Martín, Fernando	<i>Yo he sido teniente con El Campesino</i>	1939
Halcón, Manuel	<i>Retaguardia</i>	1938
Halcón, Manuel	<i>Tres personajes en busca de una bala</i>	1938
Hernández Gil, Antonio	<i>Fondo de estrellas</i>	1938
García Mercadal, José	<i>Frente y retaguardia</i>	1937
García Serrano, R	<i>Eugenio, o la proclamación de la primavera</i>	1938
García Serrano, R	<i>La fiel infantería</i>	1943
García Serrano, R	<i>Plaza del Castillo</i>	1951
Giménez Arnau, A.	<i>El puente</i>	1941
Muñoz San Román, José	<i>Las fieras rojas</i>	1937
Muñoz San Román, José	<i>Del ruedo a la trinchera</i>	1938
Muñoz San Román, José	<i>Señorita en la retaguardia</i>	1938
Neville, Edgar	<i>Frente de Madrid</i>	1941
Neville, Edgar	<i>Las muchachas de Brunete</i>	1941
León, Ricardo	<i>Cristo en los infiernos</i>	1941
Luca de Tena, Juan I.	<i>Escenas de guerra y amor</i>	1938
Noguera, Enrique	<i>Mascarada trágica</i>	
Pérez de Olaguer, A.	<i>Amor y sangre</i>	(s.a.)
Ros, Samuel	<i>Los vivos y los muertos</i>	1938

Ros, Samuel	<i>En este momento</i>	1938
Ros, Samuel	<i>Meses de esperanza y lentejas</i>	1939
Sanabria, Fernando	<i>Madrid bajo las hordas</i>	1939
Sanz y Díaz, José	<i>¿Prisioneros?</i>	1938
Sepúlveda, María	<i>En la gloria de aquel amanecer</i>	1937
Torrente Ballester, G.	<i>Javier Mariño. Historia de una conversión</i>	1943
Ubreva, Eduardo Luis	<i>Un acaballero legionario</i>	1937
Urrutia, Federico	<i>¡Terror rojo! Las checas de Barcelona</i>	1939
Vázquez, José Andrés	<i>Héroes de otoño</i>	1939
Villarín, Jorge	<i>La enfermera de Ondarroa</i>	(s.a.)
Viza, Juan Bautista	<i>Rosa roja y flor de lis</i>	(s.a.)
Viza, Juan Bautista	<i>La mochila del soldado</i>	(s.a.)
Ximénez de Sandoval	<i>Camisa azul. Retrato de un falangista</i>	1938

V.-7.-3.- Poesía

El género literario más practicado por los miembros de la cultura del nacional-catolicismo fue, sin lugar a dudas, la poesía. Casi todos los escritores adictos al régimen franquista probaron suerte, con mayor o menor fortuna, en el campo de la lírica. Fueron, de manera muy especial, los falangistas, quienes a través del verso crearon un lenguaje y formularon una doctrina. La razón parece sencilla. La poesía favorecía por su misma naturaleza la eclosión desbordante de sentimientos, pasiones e ideales. El género poético daba libertad a los escritores a expresar sin continencia alguna ese mundo interior desbordante de pasión y de emociones. Las revistas se llenaron de poemas patrióticos y se publicaron cientos de obras líricas que reflejaban los estados anímicos de unos hombres que vivían una situación extrema de entusiasmo y de entrega. Sin negar la honradez y la veracidad de la gran mayoría de poemas, actualmente esta poesía produce, si no la risa, por lo menos la sonrisa. Pongo un simple ejemplo, cuya selección responde a su presencia en la mesa de trabajo.

¡Mártires y héroes, retomad el vuelo
y sepa el orbe, oyendo vuestra Historia,
que para dar espacio a tanta gloria
Dios ha tenido que ensanchar el cielo!¹⁸⁹

La poesía en manos del régimen ofrecía un innegable fervor patriótico, pero, por lo general, carecía de la más mínima calidad lírica. Era una poesía ramplona de exaltación

¹⁸⁹ José María de Ortega-Morejon: *Aniversario 1936-1938*. Sevilla; Imprenta de Raimundo Blanco, 1937, p. 42.

nacional y de enaltecimiento de sus máximos protagonistas. Era una literatura bien vista y mejor aceptada por el régimen, ya que el sentimiento patriótico neutralizaba y justificaba la pobreza de su estilo. Por otro lado, la poesía, como género literario, era una literatura de amigos para camaradas. Ofrecía muy escasa capacidad comunicativa. Los afectos al género de la poesía eran muy pocos y su capacidad comunicativa era muy parca. Por eso, la poesía fue más una vía de expresión personal que un mecanismo de atracción psicológica. Los poetas expresaban sus sentimientos, buscando receptores afines a sus estados emocionales. Hubo, especialmente durante los primeros años del franquismo, mucha poesía con una fuerte carga de ideología, pero sin ningún o con muy escaso sentido de proselitismo o doctrinarismo.

Estos hechos explican la razón por la que el régimen potenció esta literatura. Pero al mismo tiempo es explicación por la que los organismos correspondientes no miraron con recelo, mucho menos con prevención, estas manifestaciones literarias. Incluso, si se hace un mero repaso de los títulos más representativos de la poesía oficial se entiende fácilmente esta postura oficial. Dionisio Ridruejo nos habla en una de sus obras de una *Poesía en armas* (1940). José María Pemán publica en 1938 una de sus más célebres composiciones, *Poema de la bestia y el ángel*, cuyo título revela la antítesis maniqueísta tan propia de la cultura franquista. Pemán juega, como otros muchos intelectuales del régimen, con el tópico de la lucha del bien y del mal, principios simbolizados por los arquetipos del ángel y de la bestia, fácilmente atribuibles a cada uno de los bandos en lucha. Luis Rosales y Luis Felipe Vivanco publican *Antología de la poesía heroica* (1940) y la *Poesía heroica del Imperio* (1943). Federico de Urrutia da a luz en 1939 sus *Poemas de la Falange eterna*. Eduardo Marquina escribe su poemario *Por el amor a España* en 1937. Son unos pocos ejemplos que dejan traslucir el ambiente emocional de estos, por lo general, jóvenes poetas. Parafraseando los títulos cabe ofrecer una síntesis perfecta de la moral del nacional-catolicismo: amor a España, armas y poesía, heroísmo e imperio, falange, etcétera. Los tópicos temáticos de la cultura de régimen se dan la mano hasta la saciedad en esta poesía oficial.

En esta línea de testimonios políticos, cabe señalar una característica sorprendente, por lo menos en apariencia, dentro del cultivo ideológico del nacional-catolicismo: la falta de protagonismo de una poesía religiosa y mística. No se afirma su inexistencia, se defiende su parquedad. Frente a la proliferación del drama religioso y al auge del auto

sacramental, la poesía de esta categoría, aunque siempre presente, queda en una segunda posición. Los escritores están más imbuidos de imperio, de glorias y heroísmo, de flechas y luceros, de entregas tópicas, etcétera, que de sentido religioso. Los poetas, esencialmente los falangistas, escribieron una poesía patriótica, que, por las circunstancias imperantes, se recubrió de ornamentos temáticos de guerra, sangre, muerte, sacrificio, estrellas, luceros e imperio. En un segundo plano, estarían, las cruces, los cristos, las vírgenes, etcétera.

El vehículo más importante de publicación de esta poesía, tanto patriótica como religiosa, estuvo en las revistas, desde *Jerarquía y Vértice* hasta *Escorial* y *Garcilaso*. Estos dos últimos títulos son los más representativos de la cultura y de la poesía oficial del primer franquismo. Fueron revistas al servicio de España y del régimen. Ante la desaparición de la prestigiosa cultura española de preguerra, bien por muerte o por exilio de sus representantes, se desató una fuerte inquietud en el grupo dirigente por normalizar la vida cultural. Había que poner la pluma y el pensamiento al servicio de España pero igualmente había que ordenar e impulsar la vida cultural y literaria del país. Surgieron iniciativas en esta vía, una de éstas fue la creación de revistas culturales y literarias.

El primer número de la revista *Escorial* data de noviembre de 1940. Se mantuvo vigente, salvo un periodo de silencio después de la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, entre 1947 y 1949, hasta 1950. Fue la revista más ambiciosa entre las publicaciones culturales del régimen. Pretendía ser émula y a la vez recordatorio de *Cruz y Raya*, la revista cultural más importante de preguerra, dirigida por José Bergamín y Eugenio Imaz. En parte, este hecho es muy comprensible si se tiene en cuenta que ciertos colaboradores de *Cruz y Raya* participaron igualmente en la dirección y elaboración de *Escorial*. La revista disfrutó del apoyo incondicional de Ramón Serrano Suñer y fue publicada por la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de Falange. Su director fue Dionisio Ridruejo. Contó con la colaboración de los intelectuales y escritores más señalados de Falange: Pedro Lain Entralgo, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Antonio Tovar y otros muchos más. Propiamente, toda la plana del falangismo intelectual se dio cita en las páginas de esta revista. Aunque la nómina de colaboradores es mucho más amplia, no por eso dejó de ser, especialmente durante sus primeros años, una revista de claro signo falangista. Igualmente, en sus

números, aparecen de manera machacona todos los tópicos temáticos del falangismo oficial, imperio, caudillaje, jerarquía, religión, etcétera. ¿Fue una revista abierta con signos de un primer liberalismo cultural? Es inexacto proponer el talante liberal de estos escritores en esos primeros años de victoria y de imperio¹⁹⁰. Es cierto que en la revista hubo un intento de recuperación de escritores como Unamuno o Machado, pero también es evidente que el rescate de estos escritores no fue total ni pleno. Se redujo a aquellos espacios afines con la ideología del régimen. Fue una recuperación interesada y muy parcial. *Escorial* representa fielmente la ideología del régimen en todas sus manifestaciones y en todas sus formas.

Garcilaso es otro de los títulos emblemáticos entre las publicaciones del régimen. Si *Escorial* fue una revista fundamentalmente culturalista, *Garcilaso* fue poética. La revista nació en 1943 en torno a la tertulia “Juventud creadora”, comandada por José García Nieto, su fundador y director. Aunque no fue una revista dependiente económicamente de las instituciones, contó con una colaboración indirecta muy fuerte, sin la cual no se explicaría la existencia de la revista. Colaboraron, entre otros, Pedro de Lorenzo, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Leopoldo Panero, José Luis Cano, etcétera. Encontraron espacio para sus publicaciones jóvenes poetas que con el tiempo destacarían por su beligerancia política y cultural o bien firmas identificadas con el exilio republicano. *Garcilaso* fue una revista más abierta y plural que *Escorial*. Dejó de editarse en 1946 tras publicarse treinta y seis números. Aunque la razón de su defunción fue económica, también es significativo que su ocaso se diera tras la Segunda Guerra Mundial, cuando el falangismo había caído en desgracia.

Los títulos de las dos revistas remiten a símbolos emblemáticos del pasado heroico de la España imperial. *Escorial* hace referencia al monasterio construido en el S. XVI, en la villa de San Lorenzo del Escorial, por orden de Felipe II para conmemorar la victoria de los tercios españoles sobre las tropas francesas en la batalla de San Quintín en 1557. Se caracteriza por su monumentalidad, construido en un estilo clasicista puro sin casi ornamentación. Fue considerada como una de las maravillas del mundo. Fue desde sus orígenes símbolo del poderío militar español y síntesis de los valores de religión e

¹⁹⁰ Véase al respecto García de la Concha: *La poesía española de posguerra*. Especialmente, el “Capítulo III: Poetas ante las ruinas”, pp. 105-145.

imperio. El nombre de Garcilaso rememora la figura del máximo poeta del renacimiento español (1510-1536). Murió en una acción militar a consecuencia de las heridas recibidas al intentar escalar una torre defendida por los franceses. En su personalidad se unían la condición de militar con su calidad de poeta. Era representación de la unidad de las armas y de las letras. Destaca en su poesía la temática amorosa expresada a través de una sorprendente perfección formal. Garcilaso y Escorial simbolizan los valores más carismáticos para esa juventud de poetas falangistas: perfeccionismo formal en la composición tanto lírica como arquitectónica, síntesis del poeta guerrero que aglutina en su personalidad las armas y las letras; representación de un tiempo pasado heroico e imperial, unión de valores religiosos y militares, etcétera. Los títulos de las dos revistas representaban fielmente el espíritu y el ideal de esos jóvenes escritores.

Los rasgos generales de la poesía de ambas revistas son, como sus mismos modelos, perfeccionismo formal y una temática de carácter preferentemente amorosa y patriótica. Dominan las estrofas clásicas y preceptivas, desde el soneto a la octava real, pasando por todas y cada una de las estrofas normativas. Como todos los estudiosos del tema afirman, en ambos casos estamos ante una poesía preferentemente formalista, de grandes exactitudes métricas, pero fría y emotivamente poco convincente. Es una poesía con falta de sinceridad y con ausencia total de circunstancialidad. Perfeccionismo formal y ausencia de la realidad son las dos notas más características de esta poesía.

Si Garcilaso y Escorial fueron los referentes de las dos revistas oficiales más significativas, el poema más repetido y más reproducido en las páginas de las revistas falangistas fue el soneto “Al rey nuestro señor” del poeta renacentista Hernando de Acuña, quien, como los otros modelos, era representante de las armas como soldado y de las letras como poeta. Como referencia de esta poesía monárquica e imperialista es interesante y hasta conveniente su copia para tener un punto de referencia exacto del ambiente poético y de las influencias líricas de este grupo de poetas.

Ya se acerca, señor, o es ya llegada
la edad gloriosa en que promete el cielo
una grey y un pastor solo en el suelo,
por suerte a vuestros tiempos reservada.

Ya tan alto principio en tal jornada
 os muestra el fin de vuestro santo celo,
 y anuncia al mundo, para más consuelo,
 un monarca, un imperio y una espada.

Ya el orbe de la tierra siente en parte
 y espera en todo vuestra monarquía,
 conquistada por vos en justa guerra.

Que a quien ha dado Cristo su estandarte,
 dará el segundo más dichoso día
 en que, vencido el mar, venza la tierra.

El poema “Al rey nuestro señor” del poeta vallisoletano Hernando de Acuña es, como es fácil deducir de su lectura, una exaltación encomiástica a la figura del emperador Carlos V. Se ensalzan como hechos sagrados y providenciales su misión y su obra. El poema asume un indiscutible sesgo religioso-evangélico, en el que se proclama la anunciación o advenimiento de una época gloriosa para un pueblo elegido gracias a un líder carismático a través de una acción heroica. En el trasfondo del poema se fusionan por designio y por entrega los principios de cielo y tierra, de Dios y soberano, de altar y espada, de política y religión, etcétera.

De los catorce versos del soneto, uno de ellos hizo especial fortuna, siendo reproducido y proclamado en miles de ocasiones. Fue en concreto el cuarto endecasílabo del segundo cuarteto, en el que se decía: “un monarca, un imperio y una espada”, con el que se celebraba la unidad de mando, la unidad de destino y la unidad de acción. Era casi imposible expresar más en un solo endecasílabo.

Con las indicaciones señaladas, es fácil entender la razón por la que este poema hizo furor en la época del régimen franquista y los motivos por los que la cultura barroca se convirtió en referente de la ideología nacional-católica. Todos los tópicos temáticos presentes en el soneto de Acuña forman parte fundamental de la filosofía política oficial: la unión de lo religioso y lo político, el sentido providencialista de la historia de España, el mito del caudillaje o del líder carismático, el principio de la nación predestinada o la del pueblo elegido, la idea de acción sagrada o guerra santa, la defensa de un destino universal, la unidad de mando, la unidad de destino y la unidad de acción, etcétera. Cabría afirmar que todos los puntos programáticos de la filosofía política del nacional-catolicismo se condensan y se hacen presentes en este soneto de Hernando de Acuña.

Otro de los elementos a reseñar de este poema en su estructura o composición. El poema responde a los principios del formalismo preceptivo. Sin lugar a dudas fue el soneto el poema más admirado e imitado por los poetas falangistas, estrofa tomada de la tradición clásica renacentista. Formalmente, pasado y presente se dan la mano para proclamar una misma ideología a través de unas mismas composiciones. Los ejemplos de este formalismo poético serían innumerables. Sin embargo, con la referencia al soneto de Acuña queda cabalmente explicado este plano literario.

En el campo de la poesía oficial, no todo fue formalismo expresivo con estrofas clásicas y con un lenguaje puro y preciso. También se dieron, y con gran presencia, poemas de corte versolibrista, de entonación oratoria y enunciados grandilocuentes con un fuerte sesgo dramático. Clasicismo y grandilocuencia no fueron realidades excluyentes, sino complementarias. Ambas líneas estilísticas servían perfectamente para los mismos fines expresivos. La poesía del nacional catolicismo se movió por ambos planos de expresión: preceptismo y versolibrismo, continencia formalista y exuberancia formalista.

Dentro de estas líneas temáticas y formales, que definen la poesía oficial del nacional-catolicismo, sobresalen ciertos títulos emblemáticos. Entre todos ellos, el más significativo es *El poema de la bestia y el ángel*, (Madrid: Ediciones Españolas, 1939), del poeta andaluz José María Pemán. En esta obra se resumen todos los principios significativos de la poesía oficial: ideología patriótica-religiosa y estilo formal clásico y libre, con presencia de octavas reales y cuartetos junto a las formas arromanzadas y al versículo. Es una poesía muy elaborada con una calidad estética superior a la que conceden normalmente los críticos, en donde los juegos metafóricos y simbólicos ofrecen un entramado temático claramente alegórico. Para percibir con claridad las calidades y cualidades de este poema se ofrece el análisis del poema séptimo del apartado “Mensaje de alegría” para pasar a continuación a una exposición general de la obra.

El poema que se ofrece se halla cercano en su exposición a la arenga política. Es un poema versolibrista con un ritmo muy acentuado en el que las rimas internas y externas un tanto sueltas junto a procedimientos homofónicos varios juegan un papel muy

importante. El ritmo y la sonoridad del poema son incuestionables. Por otro lado, los enunciados paralelísticos y reiterativos en estructuras antitéticas con una carga muy estudiada de alusiones y elusiones propician unos enunciados altamente precisos. En este fragmento poético no hay metáforas. Se impone el símbolo en una estructura claramente alegórica. Se plantea finalmente una temática maniqueísta en una oposición de bondad-maldad, bien-mal como expresión clara del estilo y de la temática de *la bestia y el ángel*.

Y el enemigo sigue siendo el mismo:
Oriente pecador.

No hay más: Carne o Espíritu.
No hay más: Luzbel o Dios.

¡Frente a la España de San Juan, un mundo
sin más danza que el paso de combate
ni más ritmo ni verso que la angustia infinita
pendular del “un”, “dos”!

Y a su frente el fantasma de los ojos dormidos:
Lenin: el leño seco y el arenal sin sol.
El que, como un pecado, retiraba la mano
cuando se le iba, blanda, por la frente de un niño
o por las hojas de una flor.

...

¡Yo te maldigo en nombre de todos los crepúsculos
y de todas las rosas: yo
te maldigo en el nombre de Venecia y sus góndolas,
de Viena y sus violines,
de Sevilla y su sol!

¡Yo te maldigo en tu fracaso, porque
tú eres el antiEspíritu y el Espíritu es Dios!

Tú estás seco, entre nieves, allá en la Plaza Roja...
¡Pero en Granada sigue cantando el ruiseñor!

El poema “Mensaje de alegría” del poeta fascista gaditano José María Pemán es un excelente ejemplo para estudiar la naturaleza comunicativa de lo que se ha llamado lenguaje poético oficialista. No se analiza la calidad lírica del poema, sino el uso de las técnicas expresivas. El poema se inicia con un aserto de carácter universal: nuestro enemigo es el oriente, latitud que en el lenguaje franquista significaba el comunismo y la cuna de todos los males para España. Por eso, ese “oriente” aparece valorado de una

manera negativa y degradante. Es “carne” y es “Luzbel”, símbolos del pecado, de la muerte y de la condenación. Frente a la “carne” y a “Luzbel” se encuentran sus elementos opuestos: “Espíritu” y “Dios”, con sus significados específicos de vida, salvación y gracia. Pero, si “Luzbel” representa el oriente, ¿qué geografía estará representando los núcleos semánticos de “Dios y Espíritu”? Entramos dentro de los juegos significativos de las elusiones y alusiones antitéticas. La respuesta no puede ser otra que “Occidente” y dentro de estas coordenadas, como representación antonomástica del occidente, España.

El término “España” aparece expresado de forma implícita al inicio de la siguiente estrofa, completando semánticamente la elisión de dicho campo semántico en la estrofa anterior. De esta manera, “España” aparece determinado como “la España de San Juan”, con unas connotaciones claramente positivas aportadas por los sentidos que en sí encierra el apóstol San Juan junto a todas las connotaciones simbólicas que ofrece el tiempo y significado de su onomástica. De esta manera, sintetizando al máximo los expresados simbólicos, se defienden las ideas de renacimiento, alegría, vida, plenitud, etc. España aparece como símbolo de todas las fuerzas positivas y regeneradoras. Frente a España, el oriente, un mundo que connota todos los valores contrarios a la España de la vida y de la resurrección: tristeza, angustia, guerra, destrucción, muerte, etc. Los paralelismos y reiteraciones de carácter antitético ofrecen un juego semántico muy eficaz y altamente expresivo.

La siguiente estrofa da un paso adelante, cuando se nos comunica que frente a ese oriente de miedo y de muerte se encuentra su director, especie de Luzbel en la tierra, personificado en la figura de Lenin. Este personaje aparece representado con las notas más degradantes e inhumanas. Es muerte, es oscuridad y falta de ser, deshumanización y crueldad, “leño seco”, “arenal sin sol”. En este contexto, de forma más o menos consciente, pero siempre presente, se encuentra la pregunta que sirve para llenar el vacío semántico que ofrece el poema. ¿Quién es el líder que gobierna el occidente-España con mano de humanidad, vida y futuro? El juego de la antítesis semántica ofrece la solución. Frente a Lenin se halla Franco. Si Lenin aparece valorado negativamente con los semas más infames y viles, Franco, por el juego de las antítesis semánticas, se nos ofrece como un ser lleno de virtud, de humanidad y de fuerza.

Frente a este cuadro, nace la maldición: “Yo te maldigo”. Esta condenación se realiza en nombre de la vida y de la luz-“crepúsculos”, de la belleza-“rosas”, etc. Como se ha podido comprobar en la lectura realizada en estrofas anteriores, son estas características las que definen la España de Franco. Cabe proponer que los anatemas de sentido universal se verifican en nombre de Franco y de España. Una vez más, los paralelismos y las elisiones con valores antitéticos juegan un papel semántico fundamental.

Sin embargo, la reprobación poética llega a más, cuando todos los valores positivos, representados por la España de Franco, se identifican con el fascismo, centrado en las referencias simbólicas que ofrecen las tres ciudades que se mencionan: la Italia de Venecia, el mundo germánico de Viena y la España de Sevilla. Fascismo, nazismo y franquismo se dan la mano en una unidad de fuerza y valores para enfrentarse a la representación del mal y de la muerte: la Rusia de Lenin, la Rusia comunista.

La última estrofa, cierre del poema, reitera los expresados de las primeras estrofas, cuando contrapone a Lenin en la Plaza Roja en medio de la muerte y de la destrucción, “seco y entre nieve” frente a una España-Granada, en la que resplandece el sol y la alegría de la canción gracias a la obra y servicio del gran líder, Francisco Franco, nueva elisión semántica pero expresión presente en los estados emocionales del lector. Como se puede observar a través de la lectura realizada, el poema es un canto de degradación absoluta hacia el mundo comunista y de exaltación fervorosa del fascismo franquista.

Este ejemplo, el poema de Pemán, es una buena muestra de la capacidad expresiva que se consigue a través de las técnicas poéticas mencionadas. La eficacia de este tipo de mensaje llegaba hasta extremos límite al funcionar con ideas tópicas que se hallaban perfectamente enraizadas en el sentimiento de los ciudadanos. No eran conscientes de estos procedimientos ideológicos, pero emocionalmente los percibían y los asumían como propios. Los españoles sentían y vivían emocionalmente estos juegos semánticos de carácter subliminal, recibiendo y admitiendo inconscientemente la doctrina imperante.

Después del análisis de un fragmento del *Poema de la bestia y el ángel* merece la pena estudiar el poema completo para tener una idea cabal de este tipo de poesía. José María Pemán publicó su poemario, después de un año entero de trabajo, en 1938, en la

Editorial Jerarquía de Zaragoza. Desde el momento de su publicación tuvo una aceptación unánime y se convirtió en referente obligado de la poesía oficial. El *Poema de la bestia y el ángel* fue y sigue siendo expresión fiel de la poesía del nacional-catolicismo.

José María Pemán ofrece en el prólogo de la obra una declaración de intenciones que no ofrece dudas: “Esta es la imagen que de la Guerra española he querido entregar a mis contemporáneos. No sólo el hecho actual, anecdótico, inmediato, sino todo su profundo significado apocalíptico de revelación de la eterna pelea de la bestia y el ángel, y toda su proyección profética e imperial sobre un futuro luminoso” (p. 17). *El poema de la bestia y el ángel*, en palabras de su propio autor, quiere ser expresión simbólica de la Guerra Civil como medio de conquista de un futuro glorioso e imperial. Es simplemente justificación y explicación de una guerra sin cuartel a favor del bien y en contra del mal, contienda del ángel contra la bestia¹⁹¹.

El poema se divide en una introducción y tres cantos. La introducción, un largo poema semilibre de estrofas irregulares con predominio del verso endecasílabo en composición multiestrófica, -cuartetos, serventesios, quintilla y sexteto-, expone el sentido providencial de la historia de España como ser amado y elegido por Dios para la conquista de un destino glorioso a través de un presente heroico de entrega y de sacrificio, “oro ensangrentado”¹⁹².

Otra vez sobre el libro azul que baña
la luz naciente en oro ensangrentado,
el dedo del Señor ha decretado
un destino de estrellas para España.
...
cuando hay que consumir la maravilla
de alguna nueva hazaña
los ángeles que están junto a su Silla
miran a Dios... y piensan en España (p. 21).

Esta lección sagrada y providencialista de España es una verdad defendida y difundida por intelectuales y militares, como Marcelino Menéndez Pidal o bien Juan de Austria,

¹⁹¹ Era interesante el análisis del fragmento del poema “Canto a la alegría”, porque nos permite conocer de antemano los campos semánticos que encierran en sí la simbología de la obra.

¹⁹² “Oro ensangrentado” es una expresión simbólica que al mismo tiempo que connota las ideas de sacrificio y de gloria, resume en su cromatismo los colores de la bandera nacional franquista.

por reyes y santos, Alfonso X el Sabio o Santa Teresa, pero también por la praxis de su misma historia contra el moro y los protestantes, con el descubrimiento del nuevo mundo o en los debates de Trento. España. Como revela su acontecer histórico, es un ejemplo de luz, sabiduría e imperio. Si esto es así, cabe preguntarse por la realidad y por el sentido del acontecer presente, por la dimensión simbólica y teleológica de la Guerra Civil. Los tres cantos ofrecen la respuesta a la cuestión formulada. “Los cantos del poema son en número de tres: número místico, redondo y perfecto. Número del tiempo –antes, ahora-después-; número de la generación –padre, madre, hijo¹⁹³-; número de la verdad humana –afirmación, negación, síntesis- ... y sobre todo número de Dios” (p. 17). Era necesario reproducir las palabras del propio poeta para poder caminar por el mismo itinerario semántico que él va proponiendo. El tres es número simbólico y sagrado que revela un sentido temporal y una proyección finalista. Los títulos de los cantos así lo vienen a reflejar: “En el principio de los tiempos”, “En el centro de la historia” y “Hacia los tiempos nuevos”: origen mítico, presente histórico y futuro escatológico.

El primer canto entona la composición del origen mítico, “En el principio de los tiempos”, donde se premoniza la lucha del ángel contra la bestia, es la Iglesia de España el actor principal de esta contienda. Este canto, como los restantes, es un alarde de variedad rítmica y estrófica. El poeta utiliza todos los metros y formas versales, desde el verso libre a las estrofas clásicas, pasando por los versos y estrofas semilibres, los versículos, los diálogos dramatizados, los romances, la prosa poética, etc., con un uso muy libre de todos los procedimientos fónicos¹⁹⁴.

El poeta, como el apóstol Juan en el Apocalipsis, narra la visión que contempla. Es una visión similar a la de Juan salvo la diferencia de la contemplación de un candelero no observado por Juan. Es la “visión del octavo candelero”, título del primer poema de este primer canto, que simboliza la Iglesia de España. La luz y la llama de este octavo candelero, símbolos de amor y de vida, tal como está escrito en el libro azul del

¹⁹³ En la escatología bíblica, el número tres representa al Padre, al Hijo y al Espíritu. El Padre significa el origen y principio; el Hijo connota el sacrificio y la redención; el Espíritu implica la gloria del destino final. La versión tradicional se ajusta perfectamente a la simbología del poema.

¹⁹⁴ Lo que se afirma en este canto del plano fónico se puede aplicar sin ninguna variación a los otros cantos. Para los planos sintáctico y poético de estos tres cantos remito al lector a lo expuesto en el análisis de “Mensaje a la alegría” ya que se reiteran las mismas características sintácticas y los mismos fundamentos simbólicos.

firmamento¹⁹⁵, se enfrentan al soplo del Este, representado por la hoz y el martillo con la guadaña de la muerte en fondo rojo¹⁹⁶.

El poeta, con un carácter eminentemente épico, pide al Señor que le otorgue la capacidad de entendimiento para comprender el sentido de la visión y el talento suficiente para poder comunicar correctamente su significado. La voz del Señor, como signo de afirmación, le anuncia la presencia de la bestia, el espíritu del mal, el Anticristo. Éste es un ser monstruoso, cuerpo de tigre con cuernos y nombre obscuro que lanza bocanadas de fuego y de humo. Es el ser, cuya presencia produce pavor y repugnancia. Esta bestia está dispuesta a emprender una nueva batalla contra la Iglesia y contra Dios con el objetivo de colocarse la oncenava corona, símbolo de su poder y de su victoria. Pero en vez de emprender un ataque frontal, diseña una estrategia de engaño para burlar a su enemigo y hacer así más fácil su triunfo. La bestia contempla un corderillo recental, al que solicita ayuda para poner en marcha su “tarea de muerte” y su “vendimia de sangre”. El corderillo, con la promesa de ser su lacayo y amigo, le proporciona una imagen dulce, inocente e inofensiva, su propia imagen. Llegan a un acuerdo. La bestia puede iniciar su proyecto de lucha.

La bestia, la serpiente bíblica, maldice la tierra y la cruz¹⁹⁷. Pero estas maldiciones chocan contra las tres iglesias, la Iglesia de la fe, simbolizada por Pedro; la Iglesia del amor, representada por Juan y la Iglesia de la Esperanza, personificada por Santiago, expresión de España. Por eso, las maldiciones de la bestia se oponen frontalmente contra el espíritu y la tradición de España, tierra espiritual y cruz de historia. La bestia es muy consciente de esta realidad. Por eso, el enemigo primero y principal de la bestia es la Iglesia de la esperanza. Hay que acabar con la iglesia de España para que Roma se quede sin acción, sin afanes y sin esperanza. En este contexto, identificando a España con la doctrina bíblica, aparece en la figura de Santa Isabel la promesa de la Virgen que pisa la cabeza de la serpiente, símbolo del Anticristo. Es la enemistad permanente entre

¹⁹⁵ Cabría afirmar que el azul no es solo el cromatismo que ejemplifica el firmamento sino también el color de la camisa oficial de falange. El cromatismo del azul está muy presente en este poema con estas variantes de sentido.

¹⁹⁶ Como se puede ver, las antítesis, en la misma línea de lo visto en el análisis de “El mensaje de la alegría”, son claras: azul frente a rojo, amor y vida enfrentados a muerte, octavo candelero frente a hoz y martillo, cristianismo frente a comunismo, etcétera.

¹⁹⁷ Maldice la tierra, porque el pueblo judío errante no la posee al ser un pueblo sin referencias geográficas, un pueblo sin patria, en estado de permanente peregrinaje; la cruz es el símbolo maldito del judío y la expresión sagrada del cristiano.

la Virgen y la serpiente, entre España y el Anticristo. Pero la hora ha llegado nuevamente. La codicia y la impiedad se han vuelto a apoderar de España. Hay que ponerse en pie de guerra.

Alegóricamente, se ha dado el salto del pasado mítico al presente histórico. Del antes se ha pasado al ahora, entrando en el “Canto Segundo. En el centro de la historia.”. El asesinato de Calvo Sotelo es el clarín de ataque:

Bajo el suelo estremecido
de España, se oye el trueno de un ancla que se leva.
¿España va otra vez rumbo a la Historia!
Y Dios tiene elegido su piloto. (p. 79)

Se ofrece la epifanía del héroe. Se superponen, en este contexto, la visita de los Reyes al portal de Jesús con las tres hadas que se hacen presentes para entregar sus dones al héroe. El oro, el incienso y la mirra se convierten en este caso en una espada con el puño de oro, don de la primera hada; una pesa de plata, regalo de la segunda; finalmente, la tercera hada le otorga el don de una sonrisa clara y abierta. De esta manera, con la espada de oro será invencible; con la pesa será respetado; con la sonrisa, será amado. El nuevo héroe, el piloto que dirigirá la nave del estado se caracterizará por la fuerza, por el respeto y por el amor. Para su confirmación, todo héroe necesita pasar airoso una gran prueba. Su campo de demostración fue África. Franco se hace presencia. Proclamado el héroe, se inicia la aventura.

El segundo poema de este segundo canto con el título de “Coloquio de los elementos” se expone los avatares de la Guerra Civil. La empresa del héroe se inicia en Canarias, Islas afortunadas por ser comienzo de la gran hazaña. Fue un día venturoso de julio, cuando el héroe cruzó el mar y se dirigió a la península en un vuelo salvador. Los elementos, -cielo, mar, monte y llanura-, en una especie de diálogo dramático, celebran la acción del personaje. Pero toda gran hazaña significa dolor y sacrificio. Es la exigencia que hay que ofrecer para salir victorioso de la empresa. Son necesarias la sangre y la muerte para engendrar nueva vida y una nueva juventud. Se da la bienvenida al César-héroe que traerá dolor y exigirá entrega generosa para crear una tierra de paz y de amor. Con la llegada del ángel de la guarda de la sagrada España, todo queda preparado para la guerra.

El tercer poema de este segundo canto es precisamente “La guerra”. Todo el poema está escrito en octavas reales, que celebran el paso del ejército a la península bajo el mando de un gran caudillo y la toma de distintas regiones: Andalucía, Extremadura, País Vasco, Asturias. Se evoca el dolor y la gloria de Toledo y se exalta la conducta heroica del coronel Moscardó. Toledo, después de la experiencia sacrificial, ofrece su imagen a todo el mundo para advertir del peligro que se cierne si no está prevenido contra las asechanzas del enemigo.

La sexta parte lleva el significativo título “Las islas azules”. La guerra ha llegado a ser inabarcable, infinita sin horizontes, que lo abraza todo, de norte a sur, y que la padecen todos desde los osos del Pico de Europa hasta las cigarras andaluzas, convirtiendo toda la geografía española en un inmenso rastrojo de muerte y desolación, “fuego de rastrojo en rastrojo” (p. 131). La imposibilidad de abarcar un panorama tan amplio y tan trágico hace que el poeta seleccione unos cuadros de alto significado por su heroísmo. Los mismos títulos ofrecen el sentido de estos poemas: “Romance de los muertos en el campo”, donde se canta a los caídos anónimos, a esos muertos sin tumbas ni rituales; “Las madres”, seres sacrificados que ofrecen abnegadamente sus hijos a la patria; las muchachas que mueren jóvenes soñando realidades nuevas como es el poema “La niña de Talavera”; los “exámetros en loor de los soldados de Navarra” o bien “La oda sáfica en loor de los caballeros del aire” o “La oda naval del odio y del amor de la escuadra pirata”. Estos poemas sueltos de exaltación patriótica representan “Las islas azules” de las que habla el poeta, poemas-islas de simbología azul.

El séptimo poema “Pelea de la bestia y el ángel” es expresión simbólica y global de la contienda, donde se enfrentan la valentía y arrojo del joven soldado español, sinécdoque del ejército español, contra un carro blindado de muerte, símbolo del ejército republicano. Es el cuadro alegórico final de la confrontación de la bestia y el ángel. En la contienda vencen el heroísmo y el sacrificio del soldado español sobre la fuerza bruta y sobre la bestia ciega. Se proclama la victoria del ángel. Suenan trompetas de triunfo. Es el momento de soñar con la paz y de entonar un “sereno aleluya”, título del último poema de este segundo canto, celebrando la victoria definitiva del ángel sobre la bestia y proclamando el sueño de unos horizontes nuevos de imperio.

Con el triunfo del ejército español sobre las fuerzas del mal se acaba el segundo canto y da entrada al tercero que proclama un camino hacia un futuro de gloria y felicidad. Es el canto de un tiempo nuevo que ofrece la abundancia y la alegría. Este tercer canto con el significativo título de “Hacia los tiempos nuevos”, se subdivide en dos partes concretadas en un “Himno de la abundancia” y en un “Mensaje de la alegría”.

Si la guerra era una promesa de gloria, la victoria ya es realidad de abundancia y de felicidad. El fin de la guerra con el gran triunfo del ángel es una proclama de prosperidad material, ya que la tierra ha declarado su alianza incondicional con las fuerzas del bien. Serán días de ganado, de espigas, de aceite, de vino, en los que los niños tendrán pan para vencer el hambre y vestido para combatir el frío. Se proclama el gran triunfo de la España azul.

La España victoriosa recobra su destino secular, su destino imperial de fe, lengua y costumbres. Si el pasado español fue una historia de éxitos y de triunfos, su presente será un porvenir de gloria y de logros. Como dice el poema:

Porque España retorna, coronada de estrellas,
al antiguo destino que es mandato de Dios. (p. 183)

La lección de su futuro la posee en su pasado, en la “Parábola de la reina y el cardenal”, cuya unión consagra el matrimonio de la política y de la religión, proclamando que la espada y el altar fueron las dos fuerzas básicas en las que se sustentó la gloria pasada y sobre las que se cimentará la España presente. Es llanamente la “parábola del siglo del yugo y de las flechas” (p. 185) y la prueba inequívoca de la España de la eternidad, que se hará imperio bajo los principios del humanismo, de la espiritualidad y del catolicismo.

José María Pemán, en un acto de fe y de plena convicción, proclama en esta obra la victoria indiscutible de las fuerzas nacionales y celebra un futuro glorioso de imperio y de grandeza. Es un poema clave en la ideología del nacional-catolicismo, en el que patria y religión se consagran como fuerzas motores del pasado y del presente de España.

Una segunda referencia de la poesía nacional-católica es el breve poemario de Dionisio Ridruejo *Poesía en armas*, publicado en la editorial madrileña Jerarquía en 1940¹⁹⁸. Como en el caso de *La bestia y el ángel* de José María Pemán, *Poesía en armas* de Ridruejo es una poesía de guerra escrita desde la experiencia de la guerra. La valoración que hace el autor de su obra es demoledora desde un punto de vista poético, pero real y cierta desde una perspectiva vital. Fue una poesía de circunstancias que respondía a una tesitura personal y a un talante poético, condicionados por las circunstancias históricas del momento. Éste es el “testimonio”, subtítulo de la obra, de esa poesía escrita en momentos de sentimientos extremos de sintonía falangista:

Cuando en 1949 preparaba la colección de poemas publicada bajo el título de *En once años*, pensé eliminar por completo este cuaderno, compuesto de poemas muy retóricos, alguno de ellos ocasionales y ya escasamente representativos de mis sentimientos y convicciones. Hoy, el modo de vivir la ocasión histórica que estas poesías documentan me resulta no solo extraño sino inconcebible. Y principalmente porque el retoricismo y la superficialidad evasiva de estas composiciones no trasluce de ningún modo una experiencia viva, y más parece aludir a cosas ocurridas en el país de los sueños que a furias, dolores y esperanzas encarnizadas de un pueblo real. (p. 27)

Ridruejo habla de su obra como de una poesía retórica, superficial, falta de sinceridad y de verdad, acircunstancial, ajena a la realidad histórica y social en la que nació y se formuló, pero, como él mismo afirma en el prólogo a su edición de Castalia, esta poesía “es el testimonio de una aspiración que dominó en el espíritu del joven de veinticuatro años que escribió estos versos” (p. 27). Las palabras del poeta son precisas para entender con propiedad esta poesía.

Poesía en armas es un poema alegórico de la guerra, compuesto por once poemas, una oda y diez sonetos, escritos en su mayoría en el año 1936. La oda que sirve de apertura al poemario lleva el significativo título de “18 de julio”, día solemne de la conmemoración del Alzamiento Nacional. Nos hallamos, una vez más, con una poesía de guerra escrita por un poeta involucrado en el acontecer histórico como soldado que coloca su pluma al servicio de una causa bélica.

¹⁹⁸ En el presente trabajo se recurre a la edición madrileña de Editorial Castalia de 1976. Como indica la nota 30 de esta edición, con respecto al original se suprimen los sonetos: “Al destino de España”, “Al Ebro”, “Al Guadiana”, y algunos de las series de “La Victoria”, que eran 6, y de “José Antonio” que eran 7, todos sobrantes por repetidos, más uno a la muerte de Antonio Machado y otro al general Franco escrito en 1939 (Batalla del Ebro) (p. 167)

La oda está compuesta por 167 versos endecasílabos libres, subdivididos en 41 estrofas de diferente composición versal, en las que dominan las estrofas de tres versos (19), de 4 versos (8) y de 5 versos (7). Dentro del formalismo del endecasílabo se huye conscientemente de cualquier otro ensamblaje poético de ritmo y rima, creando un verso libre un tanto dislocado y roto en consonancia con la temática del poema: un tiempo angustioso de destrucción y muerte.

La oda se divide en dos partes que proclaman la realidad trágica de un pasado aciago frente a un presente de lucha y de sangre. La primera parte, premonición y evidencia, revela una realidad agónica. Se vive un tiempo de angustia, agonía y muerte. Los campos semánticos de la destrucción, del terror y de las tinieblas dominan esta primera parte.

Todo se adelantaba hacia la angustia
huido de sí mismo por el roce
oscuro del feroz presentimiento.

La catástrofe sorda navegaba
sobre la inundación de la agonía
con un sabor de escombros en el aire.

Los versos proclaman un presentimiento de angustia y de agonía en un mundo de ruinas y escombros. El silencio se ha transformado en gritos de dolor a causa del miedo; la paz en gemidos de pánico ante la conciencia de un tiempo de desolación y de muerte. El hombre vive en una realidad de “gritos y sollozos” bajo “un cielo de rubor y de tinieblas”. La alegría del pasado se ha convertido en “océanos de ancho desconsuelo”. Se habita en el horror de un presente sin vida o en un mundo donde es imposible vivir:

“No se puede vivir”, clamaron ronc
todos los horizontes acabados
en volumen de blanda cobardía,
Y la muerte escalaba, renaciente,
por las esbeltas savias de la ira.

Se ofrece un panorama de tristes tonalidades, donde se hace imposible la vida en un contexto de cobardía universal, en la que sólo se da juego a la muerte en nombre de la ira y del odio. En este cuadro dantesco nadie se libra del peso de las circunstancias, ni siquiera la naturaleza. El grano de las mieses espera con pavor el metal frío de las hoces; el árbol tiembla ante el corte del hacha; los prados sin agua pierden el colorido de sus flores; los bosques temen al fuego destructor; los ríos huyen despavoridos hacia

su fin privando de su agua a los campos y a las mieses; el cielo se apagaba ante el tétrico espectáculo “de la agonía de los hombres” y de “la cólera del tiempo”:

Y el cielo se escondía de los ojos,
torturado de ocasos y vencido,
bajo la pesadez de insegura
nube de la agonía de los hombres,
ceñida por la cólera del tiempo.

La naturaleza también proclama un tiempo de odio y de agonía, donde la tierra, el agua y el aire huyen de sus medios para esconderse de la oscuridad, del odio y del dolor. El panorama ofrecido, sin salidas ni solución, es agónico y aniquilador. En este espectáculo de desolación y muerte hace su presencia el hombre, un hombre marcado por “el odio” y por su afán destructor. Sus instrumentos de trabajo y de vida se han convertido por obra y gracia de las fuerzas infernales que le gobiernan en armas de destrucción y ruina. Se destruyen los “mármoles insignes”, se incendian los lugares sagrados, se cometen los más atroces sacrilegios y se asesina impunemente al amor.

Sin embargo, frente a esta España de escombros y de desolación, se levanta una juventud acechante y reivindicadora que pedía otra España y otra historia.

Pero la sangre nueva fue ganando
en pequeños arroyos de fiereza,
conmoviendo los hondos minerales,
las horas de la luz y la alegría;
hasta que en anchos cauces derramada
llegó a mojar las ascuas del estío
con el anuncio rojo de la aurora.

Frente a la imagen fantasmagórica de la España de la hoz, “hoces, del “martillo” y del “hacha”, de la España del comunismo, se levanta otra España, la España de la juventud con anuncios rojos de auroras, que a través de la entrega heroica busca una nueva luz y un nuevo amanecer. Se anuncia el glorioso julio, 18 de julio, que proclama un “alba esclarecida/ con un filo agudísimo de espada”. En esta guerra de vida y esperanza se unen todas las fuerzas que con anterioridad estaban postradas y acobardadas. Es la naturaleza entera quien toma partido en nombre de un futuro de paz y alegría. Son el campo cereal, las aguas, los bosques, los prados, los cielos, etcétera. Todos toman las armas para proclamar un futuro de esperanza y un triunfo de amor.

¿Que goce nuestra carne, duramente,
del rigor de la lucha que nos torna

al triunfo y esperanza de la vida!

...

Alcemos el fusil sobre la aurora
 rasgada contra el odio y el desvío
 por el intacto sable del futuro,
 y entremos, ¡oh laurel de los peligros!
 para cumplírnos amorosamente,
 con delirios de paz en el combate.

El 18 de julio es la fecha emblemática en la que una juventud heroica se levantó en armas para derrotar a las furias infernales de la España sometida y cautiva por fuerzas extrañas y antinaturales en esas circunstancias del mal y de odio. La alegoría del levantamiento militar queda legitimada, como acción necesaria, para acabar con la maldad y con el delirio de muerte y destrucción. La guerra con toda su sangre fue necesaria para salvar a España de la tragedia y para proclamar un futuro lleno de esperanza y de luz.

A la oda del “18 de julio” le siguen como explicación y conclusión 10 sonetos de corte formalista, que avalan el ser y la razón del levantamiento militar. El primer soneto está dedicado al camarada, quien con su entrega heroica lucha por conquistar “los laureles de la victoria”, un nuevo espíritu universal de grandeza y de esperanza, identificado con los principios del mito del imperio. El imperio sólo se fragua en el combate con la fuerza de la sangre.

El segundo soneto está dedicado a Castilla como ejemplo fiel, pero al mismo tiempo trágico, de esa España desarbolada y rota que ha sido redimida con las sangre de sus héroes. Se proclama la conquista de una nueva tierra que defiende un nuevo día, un nuevo amanecer bajo la simbología falangista del yugo y las flechas: “dará un orbe a tu espiga que reofrece/ con saetas al yugo enamorado”.

Los dos siguientes sonetos están dedicados “Al río Duero” y “Al río Tajo”, verdaderas arterias vitales del cuerpo geográfico de España, cuyas aguas riegan los campos y proclaman un futuro de vida y esperanza. Estos ríos que son símbolo de la España imperial revelan en su discurrir incontenible un grandioso porvenir en lo universal.

El siguiente poema, soneto quinto, sigue en la misma línea de exaltación mostrada en los poemas anteriores. Se reclama la auténtica historia de España, coronada con el

laurel de una victoria como fruto de la entrega en la lucha. El soneto sexto es un grito de exhortación al pueblo para que abnegadamente cumpla con su deber y con su destino. Ahora la suerte de España y del español se llama guerra como vía para un futuro que se denominará paz, gloria y grandeza.

Este espíritu de entrega generosa por parte de los hijos de España ofrece sus ejemplos heroicos en las figuras del piloto, as de aviación franquista, García Moreto, soneto séptimo, y del fundador de la Falange José Antonio Primo de Rivera, sonetos octavo-noveno-décimo, quienes con sus ejemplos personales han ofrecido a todos los españoles un camino de entrega y una lección de sacrificio.

Poesía en armas es la alegoría del por qué de una guerra cruel y sangrienta que supuso la vida de miles y miles de hijos de España. La realidad política alimentada con el fuego del odio creó una España de muerte y destrucción que hizo inexcusable una guerra para crear las bases de una tierra grande y universal que hiciera realidad los sueños de imperio, tal como proclamaba y defendía la falange.

Poesía intelectualizada que sigue en la línea más pura del nacional-catolicismo, donde los símbolos de deber, entrega, heroísmo, destino, imperio, etcétera, forman el armazón ideológico de esta poesía, que siguiendo la filosofía del ensayo oficial, justifica y sacraliza el hecho y la razón de la Guerra Civil.

* * * * *

Cuadro 3.- Obras significativas de la poesía nacional de exaltación bélica

Autor	Título	año
AA. VV.	<i>Corona de Sonetos en honor de José Antonio Primo de Rivera</i>	1939
Abad Tardez, Ángel	<i>¡Todo por la Patria! Romances de la cruzada</i>	1937
Balbín Lucas, R. de	<i>Romances de Cruzada</i>	1941
Barrios Masero, Manuel	<i>Poema de la Nueva España.</i>	1937
Calle Iturrino, E.	<i>Romancero de la guerra</i>	(s.a.)
Calle Iturrino, E.	<i>Cantos de guerra y de imperio</i>	1937
Camacho, José R.	<i>Los versos del combatiente</i>	1938
Castroviejo, José María	<i>Altura. Poemas de guerra</i>	1939
Cienfuegos, Casimiro	<i>Cancionero de la guerra</i>	1938
Duyos, Rafael	<i>Romances de la Falange</i>	1939
Ezcurra, Fausto	<i>Alma, tierra y guerra</i>	1942

Fariña, Herminia	<i>¡Por España y por España!</i>	1937
Gómez Málaga, J.	<i>Romances azules</i>	1937
Góngora, Manuel de	<i>Dolor y resplandor de España</i>	1940
Juan, Jorge	<i>Sol de romance</i>	1939
Juliá Martínez, E.	<i>Toledo en ruinas</i>	1936
Juliá Martínez, E.	<i>Águilas imperiales</i>	1938
La Orden Miracle, E.	<i>Romancero nacional</i>	1939
Lebrero Escudero, J.	<i>Plegarias y bayonetas</i>	1938
Lebrero Escudero, J.	<i>Grandes cielos de la España salvadora</i>	1939
Marquina, Eduardo	<i>Por el amor de España</i>	1937
Martín Abril, F. J.	<i>Castilla y la guerra</i>	1937
Martín Abril, F. J.	<i>Romancero guerrero</i>	1937
Muñoz San Román, J.	<i>Ideario poético. Sonetos</i>	1936
Pemán, José María	<i>Poema de la bestia y el ángel</i>	1938
Ramírez Escudero, Manuel	<i>Romances de la Cruzada</i>	1959
Ridruejo, Dionisio	<i>Poesía en armas</i>	1940
Ridruejo, Dionisio	<i>Cuadernos de Rusia</i>	1944
Romero Reizabal, I.	<i>Cancionero carlista</i>	1938
Rosales L. y Vivanco L. F.	<i>Antología de la poesía heroica</i>	1940
Rosales L. y Vivanco L. F.	<i>Poesía heroica del Imperio</i>	1943
Sagi Vela, Luis	<i>Melodías de guerra</i>	1937
San Nicolás Francia, J.	<i>Alma nacional. Poemas de guerra y paz</i>	1937
Santiago, Eduardo de	<i>Cuando España renace</i>	1938
Sanz y Díaz, José	<i>Lira bélica</i>	1939
Sanz y Ruiz de la Peña, N.	<i>Romancero de la reconquista</i>	1937
Sanz y Ruiz de la Peña, N.	<i>Romances de guerra y amor (1936-1937)</i>	1937
Serna del Barrio, Vicente	<i>Cantos imperiales</i>	1938
Solano, Juan	<i>Glosario del himno azul</i>	1938
Souvirón, José María	<i>Romancero del Alcázar</i>	1937
Urrutia, Federico de	<i>Poemas de la Falange eterna</i>	1939
Delicia, Enrique	<i>Haciendo Patria</i>	1938
Villanova, Jaime P.	<i>Romancero de la gesta nacional</i>	1938
Villén, Jorge	<i>Antología poética del Alzamiento 1936-1939</i>	1939
Zamora, Bonifacio	<i>Belisonancias. Poesías del frente</i>	1940

* * * *

El presente capítulo, *Mecanismos psicológicos de atracción*, revela las constantes temáticas e ideológicas que definen la cultura del nacional-catolicismo. Desde los “Recursos subliminales de atracción” hasta los “Géneros literarios” pasando por la “Educación”, el “Periodismo”, las “Publicaciones infantiles” y los “Medios audiovisuales de comunicación”, todos los planos culturales reafirman unos mismos principios: Dios-religión, patria-España, liderazgo-Franco-autoridad, cruzada, imperio, jerarquía-obediencia, heroísmo-entrega, orden, familia, etcétera. El nacional-catolicismo como sistema y cultura de naturaleza totalitaria juega con una serie de

principios, cortos en número, pero machaconamente presentados y difundidos para que dichos valores enraizaran sólidamente en la conciencia y en la emoción del ciudadano hasta convertirlos en verdades absolutas y en valores indubitables. Desde todas las instancias, -educativas, informativas, lúdicas, etc.-, se proyectan los mismos preceptos y los mismos consejos que sirven para socializar a una colectividad, que, por efecto de este adoctrinamiento sistemático y pertinaz, termina convirtiéndose en una masa perfectamente domesticada y afecta al sistema. Se busca la fidelidad plena del individuo con los denominados mecanismos psicológicos de atracción.

VI

Mecanismos emocionales de evasión

Analizados hasta este momento los mecanismos jurídicos de ordenación política, los mecanismos físicos de represión y los mecanismos ideológicos de atracción, queda el estudio de los mecanismos psicológicos de evasión para tener una idea completa de los dispositivos de control y dirigismo ideológico de la denominada cultura del nacional-catolicismo:

- .- Mecanismos jurídicos de ordenación política
- .- Mecanismos físicos de represión
- .- Mecanismos ideológicos de atracción
- .- Mecanismos psicológicos de evasión

En un sistema totalitario, todo no puede ser represión y dirigismo, si se quiere evitar un estado de excepción permanente, como lo atestigua el franquismo, especialmente, en la primera época o bien los fascismos europeos del siglo XX. La represión hasta las últimas consecuencias es y fue el mecanismo de imposición y de control orquestado por los sistemas totalitarios para aquellos ciudadanos que se posicionaron frente al poder. Por el contrario, para aquellos sectores de la población que adoptaron por voluntad propia o bien a la fuerza posturas acomodaticias o bien se mostraron afectos o indiferentes con el poder, éste debía arbitrar y ofrecer medios de evasión y de escapismo mental, aprovechando al máximo los mecanismos informativos de las *mass media*, que conducen al evasiónismo y a la trivialización cultural. De esta manera, todo ciudadano en un régimen totalitario tiene posibilidad, además de necesidad, de escapar por la vía de la imaginación o del sentimiento a mundos diferentes a los que vive. La evasión neutraliza en cierto sentido los medios de dirigismo y de imposición. La persona se siente libre y creadora en estos ámbitos de huida emocional. Son simples pasatiempos o desahogos emocionales que ayudan por la vía de la fantasía o de la tensión-suspense a experimentar sensaciones o ideales que poco tienen que ver con la realidad social e histórica en el que ese ciudadano vive. Se crean mundos paralelos, en los que la persona libremente se posiciona al margen de la cruda realidad de su vivir cotidiano. El simple hecho de que un equipo de fútbol gane o pierda un partido poco tiene que ver con la

vida real del espectador que aplaude o reprueba un gol con auténtico apasionamiento. Sin embargo, siente estos goles de manera profunda y hasta fanática, haciendo que algo baladí e intrascendente sea parte integrante y, en ocasiones, principal de su vivir. ¿Qué tienen que ver temas y aventuras como las que ofrecen las películas americanas, por ejemplo los filmes del oeste, con la realidad de la sociedad española de la época analizada en este trabajo? Ninguna. Sin embargo, el espectador vivía y sentía emocionalmente como propias esas ofertas cinematográficas hasta llegar a la dramatización en los juegos infantiles. Lo mismo se puede decir de la literatura o de los espectáculos. Los lectores o espectadores de novelas o de filmes no sólo se distanciaban de la realidad vivida, sino que muy frecuentemente vivían y encarnaban por la vía de la fantasía las hazañas de esos héroes ficticios de la pantalla o del papel. La gente quería y necesitaba reír y divertirse, olvidando por unas horas la cruda y dura realidad de la vida diaria. Como afirma Ángeles Carmona: “las personas que para subsistir trabajaban intensamente en condiciones precarias necesitaban olvidarse, aunque sólo fuera por un rato, de la dura realidad. La novela, la radio, el cine y el fútbol proporcionaron los escasos momentos de distracción y evasión” (p. 51). Se potenciaba una cultura de la evasión para compensar por la vía de la imaginación y de la fantasía la cruda realidad del vivir diario.

Todos los regímenes, sean totalitarios o no, pero de manera muy especial los primeros, desarrollan al máximo estos comportamientos colectivos de evasión. Ven la necesidad de la diversión o del evasismo para evitar una tensión excesivamente fuerte o duradera a causa del dirigismo cultural y de la imposición ideológica. Los mecanismos de evasión son básicos en esta filosofía de poder y de dominación, por una parte, porque ayudan a contrarrestar las fuerzas del dirigismo ideológico sin poner nunca en riesgo los intereses de los grupos dominantes y, por otro lado, porque la manipulación cultural asegura igualmente el mantenimiento del poder establecido. En caso contrario, dominaría en la sociedad lo que con anterioridad se ha denominado cultura del terror o cultura del miedo. Para buscar y encontrar el equilibrio social son necesarios estos comportamientos de distensión y relajamiento. Es más, en todo momento y circunstancia, la cultura popular se basa en estos fundamentos de evasión y trivialización. El ciudadano, olvidando su propia realidad, busca medios y ofertas que le permitan vivir con apasionamiento existencias o circunstancias con fuertes dosis de suspense, intriga, morbo, etcétera. Como dice el dicho popular, repetido miles de veces

por la gente normal de la calle, por ese ciudadano atrapado por los mecanismos ideologizadores de las *mass media*, “para calamidades, la vida”; por el contrario, para la diversión, olvido, intrascendencia y huida.

Una segunda razón, de validez universal, se basa en la disponibilidad económica que podía tener un ciudadano medio en situaciones de carencias materiales y de mínimos recursos económicos, como era la situación del español medio desde una situación límite de posguerra hasta mediados de la década de los sesenta. “Una población empobrecida, mal alimentada y vestida, y obligada a trabajar duramente y en condiciones precarias para salir adelante, mal podía disponer de recursos extra para adquirir productos superfluos. Cuando los ingresos de las familias apenas bastaban para asegurar su subsistencia –o en todo caso no permitían sino un nivel de vida muy ajustado- distraer cualquier cantidad para adquirir novelas o para cualquier otro entretenimiento, no debía resultar en absoluto fácil” (Martínez de la Hidalga, p. 35). Por razones económicas, los mecanismos emocionales de evasión tenían que ser productos gratuitos o de muy bajo coste. Los juegos, los programas radiofónicos o televisivos y las llamadas novelas populares eran las ofertas más destacadas de la denominada cultura popular, exponentes indiscutibles de una cultura de evasión de costes nulos o muy reducidos.

En los espacios de la evasión emocional se encuentran todos aquellos comportamientos que consciente o involuntariamente huyen de la realidad política y social en escenarios lúdicos, contruidos por los sujetos participantes en estos actos de evasión o en los que establece el sistema para que estos sujetos participen en ellos. Para posibilitar esta acción de huida, se construyen escenarios de evasión en los que los participantes pueden vivir ajenos a sus circunstancias personales de vida durante el tiempo limitado que dure la acción lúdica. Son actos o comportamientos dramáticos en los que los participantes se convierten en actores de una representación física o imaginada. Son los diversos juegos infantiles, los diferentes pasatiempos de mayores, las diversiones de cualquier edad, etcétera; son, en definitiva, todas aquellas acciones lúdicas que dramatizan conductas de futuro, conductas de competitividad o bien conductas de distensión.

Entiendo por conductas de futuro aquellos comportamientos o juegos que representan roles propios de esos actores en tiempos venideros. Las niñas cuando juegan a ser

madres con sus muñecas y sus cochecitos dramatizan conductas que serán propias de su edad adulta. ¿Cómo se pueden valorar los actos de las niñas que lavan, peinan, visten y arrullan a sus muñecas? Son simples juegos que testimonian conductas lúdicas de futuro. Por conductas de competitividad me refiero a los juegos de acción en los que unos actores rivalizan con otros para salir triunfantes en la confrontación creada. Los típicos juegos masculinos de guardias y ladrones o bien de indios y vaqueros, por proponer sólo unos ejemplos de los muchos posibles, representan conductas de competitividad, en las que se juega a ganar y superar a los contrarios. Las conductas lúdicas de distensión son juegos o comportamientos en los que se busca la relajación emocional. El actor o persona construye un mundo imaginario en el que juega a ser un doble de los personajes ofrecidos en la lectura o en la pantalla. De tal manera viven inmersos en esos mundos de evasión que llegan a llorar o a gritar frente a la acción que contemplan en las pantallas o leen en los libros. ¿Quién no recuerda las algarabías y pataleos infantiles, cuando en una escena de alto suspense, preferentemente al final de la película, se organizaba una patrulla de salvamento para sacar del peligro al personaje principal, denominado el “chico”? Cuando un lector o espectador lee o contempla en una novela o en una película mundos imaginarios, en los que asume por la vía de la fantasía los roles que encarnan los personajes de ficción, está dramatizando conductas de distensión. El éxito de las novelas del oeste o bien los seriales radiofónicos responde a la necesidad de crear y potenciar estas conductas de distensión. Cualquier conducta de carácter imaginativo o físico y de sentido lúdico, en el que un sujeto representa un papel en un escenario recreado al margen de la realidad vital, se puede valorar como un mecanismo de evasión emocional.

Ahora bien, algo sorprendente, pero explicable en culturas de signo totalitario, es el hecho de que con más frecuencia de la esperada estas ofertas basadas en conductas lúdicas funcionan en la realidad como medios sutilmente eficaces de imposición cultural. Como se ha tenido oportunidad de ver en capítulos precedentes, todos los mecanismos buscan la erradicación de culturas desafectas al mismo tiempo que potencian la uniformidad de conductas y de ideales a través del dirigismo ideológico. Los dispositivos psicológicos de evasión juegan un papel muy importante en estos objetivos de uniformización y de dirigismo cultural. Circunstancias y conductas, que, en apariencia, nada tienen que ver con la realidad ideológica dominante, en el fondo potencian, de manera sutil y subliminal, las bases doctrinales del poder establecido. En

la cultura del franquismo se pueden encontrar miles de estos ejemplos. El sistema ofrece y dinamiza una cultura de la intrascendencia para afirmar su ideología como medio eficaz de afianzamiento del poder.

En este contexto de imposición ideológica, el poder político no es el único agente que busca la uniformización ideológica y la consolidación del poder a través de la creación de mecanismos de evasión. De la mano del poder político se encuentra el poder económico. Éste, el poder económico, con la oferta de productos diversos que sirven para cubrir las necesidades populares de evasión, asegura, al mismo tiempo que refuerza los intereses del poder, sus beneficios pecuniarios. Buena parte de los empresarios culturales crean bienes de consumo que, garantizando el factor económico, cubren las necesidades de diversión y de escapismo que el mercado pide al mismo tiempo que potencia las pretensiones ideológicas del poder establecido. De esta manera, el sistema económico se alía consciente o involuntariamente con el poder político para garantizar las exigencias del mercado y para potenciar la línea de adoctrinamiento.

Un ejemplo digno de analizar como caso inequívoco de este maridaje entre política y economía dentro de la línea de la cultura de evasión viene a ser la historia del tebeo *Hazañas bélicas*. ¿Por qué a mediados de la década de los cuarenta aparece y se consolida como uno de los tebeos de más éxito y de mayor rentabilidad en el mercado del cómic? La evolución de la Segunda Guerra Mundial y el cambio de intereses políticos del gobierno franquista motivaron la aparición y el desarrollo de esta suerte de tebeos de carácter bélico. Una política inicialmente proalemana y profascista evolucionó a una fase de no beligerancia para desembocar en el puerto de la neutralidad, alineándose en el campo de los aliados. Este viraje político se verifica entre 1942 a 1945. A partir de esta fecha, la preocupación del gobierno franquista fue anular todos los vestigios de la cultura fascista para aparentar una imagen política más liberal y más en consonancia con las exigencias de la ideología de los países aliados. El signo más visible de este cambio fue la promulgación del *Fuero de los Españoles* (julio de 1945) y la *Ley de Referéndum* (octubre 1945). Sin embargo, las *Leyes Fundamentales del Estado* poco o nada decían a los niños y a los jóvenes. ¿Cómo explicar y cómo convencer a esos jóvenes lectores el cambio de una política que proclamaba las excelencias de los partidos fascistas a otra diametralmente opuesta que defendía las cualidades de los regímenes liberales y democráticos de los países aliados? Se vio la

necesidad de crear un universo cultural nuevo que respondiese a esos intereses políticos. Una vía ofrecida, entre otras muchas, fue la creación de un tebeo con estas características de fondo, erradicación de las culturas fascistas y potenciación de las ideologías liberales propias de los países aliados. *Hazañas bélicas* fue uno de los agentes más eficaces para el cambio de mentalidad de la juventud española¹. Sin embargo, cuando este cómic bélico dejó de tener sentido ideológico, se siguió publicando por ser un bien de consumo económicamente rentable. *Hazañas bélicas* se convirtió simplemente en un producto de mercado al margen de su fundamento ideológico inicial. Poder político y poder económico se dan la mano en un proceso de mutua colaboración.

En otras ocasiones, el mercado ofrecía productos que cubrían las necesidades de evasión de la población española, estando éstos al margen de la programación de los intereses políticos del gobierno. Sin embargo, a pesar de esta independencia de poderes, el sistema veía con buenos ojos muchas de estas ofertas, porque, independientemente de la producción comercial, comprobaba el rédito que ideológicamente conseguía. Involuntariamente, el poder económico, buscando la ganancia de sus ofertas, colaboraba de manera eficaz con los intereses del sistema. Son los casos de muchas de las ofertas infantiles o bien de los productos comerciales para adultos como el cine, programas radiofónicos o bien cierta literatura.

En este contexto, no se pueden olvidar los muchos juegos que los chavales creaban o practicaban al margen de segundas intenciones. Eran juegos ideológicamente nulos o intrascendentes que cumplían con las necesidades lúdicas y evasivas de sus jóvenes participantes. No todo era ideología y dirigismo, en los juegos infantiles había mucho de simple divertimento. Esto se puede comprobar en juegos femeninos como el salto de la cuerda o comba acompañado de canciones tan populares como *Al cochecito leré*, *A las olas extranjeras*, *Al pasar la barca*, *El patio de mi casa*, etcétera. Una de las actividades lúdicas más presentes en la conducta de chicas y chicos era la colección de cromos. Aunque había diferentes colecciones para chicas y chicos, todos, unos y otras, compraban los sobres para encontrar los cromos que llenarían las páginas del álbum

¹ Jesús Cuadrado afirma que *Hazañas bélicas* fue un “serial muy discutido por la supuesta ideología que flotaba en torno a sus historias y a sus personajes. Casi recién terminada la II Guerra Mundial, se inicia la colección, y la España oficial de entonces aún no había asimilado la derrota total de las potencias del Eje, y en el inconsciente colectivo prevalecía la imagen de un héroe germano y victorioso...” (2000, p. 612).

correspondiente. La colección femenina de más éxito fue la de *Sissi* de la Editorial Bruguera, editada en 1957 y años posteriores; la de más éxito entre las colecciones masculinas fue la de la liga de fútbol, que se fue editando propiamente todos los años hasta la actualidad. Otra colección un tanto excepcional y de gran éxito popular fue el de *Ciencias naturales* que se editó con un sentido claramente didáctico para un consumidor que no diferenciaba los géneros. Algo parecido se puede decir de los juegos básicamente lúdicos de naturaleza competitiva pero carente de acción física y de calado ideológico como fueron los *Juegos reunidos Geyper*, que se comercializaron desde la década de los cincuenta hasta nuestros días. Se pueden proponer muchos más juegos que respondían al sentido lúdico y evasivo sin carga alguna de ideología, pero con los expuestos, como prueba de lo dicho, son suficientes.

En este capítulo interesa analizar tanto los mecanismos emocionales de evasión ideológicamente inocuos e intrascendentes, que por su número y calidad conforman una buena parte de esta tipología de medios operativos, como aquellos que presentan una carga significativa de adoctrinamiento. Unos y otros potencian la llamada cultura de la banalización o trivialización fomentada a través de ofertas de evasión. Es la forma más eficaz de plantear y valorar otro de los planos de la verdadera naturaleza de la cultura del nacional-catolicismo.

VI.-1.- Juegos infantiles

Los juegos infantiles, según la teoría del nacional-catolicismo, debían cumplir, según se ha visto en capítulos precedentes, la doble perspectiva de fomentar el espíritu patriótico y consolidar la devoción religiosa. Partiendo de estos supuestos de patriotismo y religiosidad, los juegos debían preparar a los niños para sus obligaciones futuras. De esta manera, la mayoría de los juegos, que aparentemente se reducían a conductas intrascendentes de puro entretenimiento, en el fondo, sin que lo percibieran sus propios actantes, cumplían con una misión muy especial de educación y de preparación para la vida social futura.

En este contexto entre educativo y lúdico, lo primero que llama la atención en los juegos infantiles es la diferencia existente entre los entretenimientos masculinos y los femeninos. Lo mismo que en los colegios se había instituido la educación por géneros,

así mismo se habían impuesto unos juegos para los chicos y otros para las chicas. Como era imposible la coeducación en las aulas, así mismo estaba muy mal visto la participación de chicos y chicas en unos mismos juegos. La separación de géneros había dominado en todos los órdenes de la vida social. Como ordenaba la moral de la respetabilidad, los juegos de los chicos debían potenciar las cualidades masculinas y los juegos de las chicas las femeninas. Los juegos se ordenaban por géneros, buscando en todos los casos la afirmación y desarrollo de las cualidades físicas y emocionales de chicos y chicas.

Los juegos femeninos se orientaban preferentemente hacia aquellos deberes que de mayor iban a desempeñar como mujeres. Desde muy niñas se les iba preparando y educando para sus labores futuras. Los juegos relacionados con el hogar y la maternidad eran los comunes. Las muñecas en sus sillas o en sus carritos con sus vestidos o uniformes conformaban el juego predilecto de las chicas. Entre todas las muñecas la que hizo furor entre las clases medias y altas fue Mariquita Pérez. Es curioso que esta muñeca, de fabricación artesanal con materiales y diseño de alta calidad, estuviera vigente el tiempo que duró el franquismo, aunque, como producto comercial, dominó los mercados durante las décadas de los cuarenta, cincuenta y buena parte de los sesenta. Su alto coste de compra redujo su clientela a las clases más pudientes de la sociedad. En la actualidad es objeto de coleccionismo. Además de Mariquita Pérez, existían mil clases de muñecas de inferior calidad y de menor precio, lo que posibilitaba que cada niña, independientemente de la clase social, tuviera su muñeca, pudiendo así jugar a madres que cuidaban con esmero a esos niños-niñas de mentira, pero que les permitían adiestrarse a aquellos menesteres a los que estaban destinadas en una edad adulta. Muy en la línea de las muñecas estaban los juegos de “casitas”. El mercado ofertaba casas en miniatura con sus muebles y enseres, que las niñas ordenaban y cuidaban con auténtica solicitud. Desde las edades más tempranas las niñas se preparaban a ser madres y señoras de sus casas como mandaba la moral reinante en esos tiempos. Los juegos de las niñas se caracterizaban por ser diversiones de cooperación y colaboración, en número muy escaso eran juegos de competición. Uno de los juegos más conocidos fue el “brilé”, juego importado desde Francia por las monjas de las distintas congregaciones de origen galo que habían erigido sus colegios en diferentes ciudades y provincias del país. Consistía en llevar a la cárcel a los componentes del otro equipo, que habían sido golpeadas por el balón que se lanzaba por una de las jugadoras

desde el campo contrario. Se ganaba cuando todas las componentes del equipo adversario quedaban encerradas en la cárcel del equipo ganador. En realidad, las ganadoras eran siempre aquellos equipos que contaban con las jugadoras más fuertes, quienes lanzaban la pelota con más impulso. Se les consideraba a éstas, como aquellas chicas que jugaban al fútbol o a deportes similares con los chicos, como una especie de marimachos. Los juegos de competición no eran muy recomendables ni bien considerados para ser practicados por las chicas. Como se ha comentado con anterioridad, los juegos debían responder al patrón impuesto por la moral de la respetabilidad.

Los juegos de los chicos, inversamente, eran diversiones de equipo y de competición. La fuerza física, la agilidad, la velocidad, etcétera, eran las cualidades que hacían de un jugador un buen competidor. Los juegos de chicos, junto al carácter lúdico que presentaban, fomentaban el espíritu ganador a través de conductas competitivas. El ganador o el equipo triunfador siempre eran vistos y considerados como especie de líderes de las cuadrillas o grupos de chavales. Los mil juegos masculinos así lo demostraban. Los más extendidos eran los juegos deportivos, entre los que destacaba el fútbol con sus mil variantes de normas. Estos juegos fomentaban el valor de la participación, la calidad de la competitividad y el sentido del triunfo. Eran cualidades necesarias para destacar y sobresalir en los diferentes puestos del mundo laboral y en la vida social. Por tanto, eran juegos que preparaban a los chicos para su vida y sus labores de futuro.

Otro rasgo distintivo de los juegos masculinos frente a las diversiones de las niñas era la naturaleza imaginativa y violenta de muchos de ellos. La carencia común de juguetes, por falta de medios económicos, avivaba la imaginación de los chavales para paliar esta falta de recursos. Con mucha frecuencia se recurría a dramatizaciones con la creación de dobles, en donde un jugador representaba al mismo tiempo diferentes realidades u papeles. Uno de los juegos típicos era el de indios y vaqueros. El jugador se convertía en especie de centauro, ya que al mismo tiempo se transformaba en caballo y caballista que azuzaba con golpes en el muslo a esa especie de caballo que estaba representando. El jugador era al mismo tiempo jinete y montura. A su vez, la posición de las manos o de los brazos representaba, según postura y gestos, el revolver para el vaquero y el arco y las flechas para el indio. El juego consistía en matar o en hacer prisioneros a los

jugadores del equipo contrario. Otros juegos muy extendidos entre los grupos de los chicos era el de guardias y ladrones, el de piratas o mil cosas más que el cine o la tradición ofrecían. Un palo servía de espada, de revólver o de arco y flechas. Era una competitividad diseñada en la violencia y ejercida con la imaginación. Competitividad, agresividad y violencia, imaginación, etcétera, conformaban la mayoría de los juegos de los niños.

El divertimento de los niños había creado unas formas de juego y entretenimiento que se diferenciaban claramente del de las chicas. La violencia y la fuerza física de los primeros no casaban con la delicadeza y suavidad de los juegos femeninos. Para los chicos, ellas eran unas tontas y para ellas los chicos eran unos brutos. La separación por géneros se había conseguido como algo natural. Así, unas y otros, mientras jugaban y se divertían, cumplían fielmente las consignas de la moral reinante. Como se puede ver a partir de estas simples consideraciones, el juego era otra forma de educación que insistía de manera inconsciente y subliminal en las mismas reglas de conducta que defendía la moral dominante.

VI.-2.- Cómic femenino versus cómic masculino. Tebeos de hadas versus tebeos de guerra y aventuras

Uno de los productos comerciales aparentemente más inocuos en la vida social de niños y jóvenes fue el cómic. Los tebeos llenaban buena parte de su tiempo de ocio y de su disponibilidad económica. Sin embargo, lo que aparecía como un pasatiempo intrascendente servía y funcionaba como medio eficaz de educación y, por tanto, de dirigismo ideológico. Por eso, el tebeo como mecanismo de adoctrinamiento debía responder a las normas de conducta social y, por tanto, a las de la moral de la respetabilidad. Como dictaba la moral oficial, los tebeos se tenían que caracterizar según el género del destinatario. Los tebeos de chicas se diferenciaban de forma clara de los tebeos de chicos. Unos y otros debían responder a las normas y maneras del rol que cada género tenía que jugar en la vida social. Los ejemplos más evidentes de esta doble tipología de cómic son los tebeos de hadas como ejemplo del cómic femenino y el cómic de acción y de aventuras para el caso del tebeo masculino.

Los tebeos de hadas ofrecían mundos irreales y maravillosos de príncipes, castillos, hadas malignas y hadas protectoras, dragones, etcétera, que acaecían en un tiempo fabuloso y ahistórico. La temática no variaba mucho. Dos variantes eran las principales. La primera presentaba la historia de una princesa que había sido encantada por una hada maligna bajo la apariencia de un ser deforme o bien quedaba en un estado de inconsciencia, siendo liberada del hechizo por un príncipe o caballero, siendo la narración de *La bella durmiente del bosque* su mejor y más conocido ejemplo; la segunda presentaba a una joven de clase social baja que por sus cualidades morales y por su hermosura encandilaba a un caballero de clase social superior, príncipe a poder ser, siendo *La cenicienta* su ejemplo más fehaciente. En todos los casos se trataba de una joven hermosa de grandes y excelentes cualidades personales que triunfaba en la vida social gracias al derroche de sus dones tanto físicos como morales. En estas historias siempre se daba un final o cierre de carácter moralizante.

Un ejemplo entre los miles que se pueden ofrecer es el relato de “La princesa gacela”, publicado en la colección Ardillita, de Gráficas Ricard, narrado y dibujado por Sarroca, pseudónimo de Pili Blasco, una de las autoras más prolíficas e importantes del tebeo de hadas. Por el precio del tebeo, 1 peseta, cabe pensar que fue publicado a mediados de la década de los cincuenta. El relato presenta la historia de una princesita –los diminutivos son parte consubstancial del lenguaje de esta tipología de cómic- que había sufrido el maleficio de una bruja al convertirla en gacela. La primera viñeta expone el caso, cumpliendo todos los tópicos de este tipo de narración: “Hubo hace siglos una princesa muy hermosa a quien la maldición de una bruja convirtió en gacela”. La primera viñeta reproduce un plano general de la princesa con corona y velo de seda, lujosamente vestida como corresponde a su condición principal. La segunda viñeta reproduce un primer plano de la cara de la princesa, destacando la armonía de sus formas y la belleza de su cara. El relato nos aclara que: “y la princesita sólo recobraba su forma humana mientras brillaba en el cielo el lucero”. La tercera viñeta ofrece el dibujo de la gacela con la leyenda: “Durante el día vagaba por los montes convertida en graciosa gacela”. Una buena tarde fue perseguida por un príncipe que había ido al bosque con la idea de cazar.² Le lanzó una flecha alcanzándola en la pierna. La gacela gimió para expresar el

² El carácter fabuloso e irreal de estas historietas permite y favorece la presencia de fuertes anacronismos y la falta de lógica narrativa entre las relaciones internas de personaje con tiempo y espacio. La historia de *La princesa gacela* es un excelente ejemplo de lo afirmado.

dolor de la herida. El príncipe, a su vez, quedó desconcertado al oír el lamento del animal. La siguió hasta que apareció la luna en el cielo. En ese momento, la gacela se transformó en una frágil y hermosa joven que llevaba clavada una flecha en un brazo. El príncipe embelesado con la belleza de la joven se acercó y le quitó la flecha. El joven príncipe quiso saber la razón del hechizo, pero ella le aconsejó que le abandonara a su suerte, ya que corría un serio peligro si intentaba liberarla del conjuro. El príncipe regresó a su país y allí consultó a uno de los magos de su reino. El mago, después de consultar viejos pergaminos, halló la solución: “Alteza, tenéis que cruzar los siete fondos de los mares y en el último encontraréis una perla azul que al ser besada por la princesa romperá el hechizo”. Así lo hizo el príncipe. En el camino fue tentado por el amor de “las bellísimas hijas del genio de las aguas”, por grandes tesoros, hasta encontrar al final de su viaje a “la reina de los mares”, quien conocedora de la historia arrancó de su corona una hermosa perla azul y se la entregó al príncipe. Este regresó feliz a donde se encontraba la princesa, a quien le dio la perla para que la besara. Así hizo la joven. Esperaron con auténtica ansiedad el amanecer. Cuando salió el sol comprobaron que el hechizo se había roto. La princesa conservaba su forma de joven y hermosa mujer. Superado el conjuro que convertía a la princesa en gacela durante el día, ambos podían entregar su amor al otro sin problemas. La pareja, como era de esperar, se casó y desde ese momento “fueron siempre muy felices, muy felices”. Esta es la historia de la “princesa gacela”.

Esta historia en apariencia tan ingenua e intrascendente presenta una lectura profunda inequívocamente ideológica muy en la línea de la moral oficial. Si nos centramos en la figura de la princesa gacela, esta ofrece una gran pluralidad de planos semánticos. En primer lugar, cabe destacar la naturaleza frágil, delicada, hermosa, atractiva de la gacela, atribuible igualmente a la princesa. Ese ser con esas características se presenta durante el día. Durante la noche, cuando asume su verdadera personalidad de mujer, es un ser sin conciencia por permanecer en un estado de sueño profundo. Durante el día, cuando es gacela, es un ser para disfrutar de su contemplación y durante la noche, cuando es persona, vive en un estado de inconsciencia total. De esta manera, la princesa gacela es un ser hermoso que sorprende a todos los que la contemplan, incluso a los seres de mayor relieve social, el príncipe. Ella vive libre y feliz en un ambiente paradisiaco y en un estado de plena inocencia, sólo quebrantada con la presencia del joven príncipe, que la hiere, pensando que ha disparado su flecha a un animal del

bosque. En ese momento, descubre la verdadera naturaleza de la joven princesa. Se queda inmediatamente prendado de la belleza de la joven. Cuestionada por su extraño caso, la princesa le cuenta al joven cazador su verdadera historia: está encantada por los hechizos de un hada maligna. La princesa es lo que es por las circunstancias que pesan sobre ella. Y no puede ser otra cosa, si previamente no se deshace el hechizo. Admirado el príncipe por un caso tan inusitado, decide asumir la tarea de la salvación de la joven. La gacela-princesa continúa en el bosque durante el día y en el palacio durante la noche. No cambia de estado ni de situación. Su papel sigue siendo el mismo que el que era antes de la presencia del joven. Al príncipe le corresponde solventar el problema. El hombre es el que asume compromisos y toma decisiones. Se tiene que enfrentar a los múltiples peligros que el mundo le ofrece: el amor, el dinero, el poder, etcétera, pero él rechaza todas las ofertas, siendo fiel a su compromiso en nombre de la promesa dada. Gracias a su entrega y abnegación consigue la perla azul, el talismán de la salvación de la joven. De retorno con la perla consigue convertir a la gacela en hermosa y radiante princesa. El joven ha cumplido su palabra. El premio final para ambos es el amor y la felicidad, sacralizados a través del matrimonio.

La mujer aparece siempre supeditada al hombre o al marido. La mujer se halla enclaustrada en su hábitat, mientras el hombre se realiza en el mundo exterior. La mujer espera, el hombre toma decisiones y asume compromisos. El deber del hombre es proporcionar el bienestar material y la felicidad emocional de la esposa. El amor se legitima a través del sacramento de la matrimonio. De forma taxativa se están planteando los principios básicos de la moral de la respetabilidad.

Una historia tan ingenua y aparentemente inocua ofrece una lectura subliminal de gran calado semántico³. Las niñas inconscientemente a través de estas historietas maravillosas e irreales iban asumiendo los mandamientos y las normas sociales y religiosas de la época. Pero, a su vez, una lectura continuada de estos tipos de tebeos hacía que las chicas y niñas interiorizasen con una fuerza extraordinaria las reglas de la moral dominante. Este tipo de diversión, la lectura de tebeos de hadas, era una forma muy eficaz de adoctrinamiento y de ideologización. Cabe afirmar que los cuentos de

³ Este cuento de hadas responde fielmente a la tipología de personajes y a las funciones de las acciones según la *Morfología del cuento* de Vladimir Propp (Madrid: Ediciones Fundamento, 1974).

hadas, tal como se ha podido demostrar, responden a las conductas lúdicas de futuro con una inequívoca doctrina en la línea de la moral de la respetabilidad.

Con el paso del tiempo y con el triunfo del realismo, finales de la década de los sesenta, fueron desapareciendo los tebeos de princesas y caballeros para ir ofreciendo un mundo más en consonancia con la realidad social de los lectores. Se creó un cómic de hadas de sentido urbano, donde los príncipes dieron paso a los médicos, arquitectos, ingenieros, etc., todos ellos pertenecientes a clases sociales altas, que terminaban enamorados de jóvenes agraciadas físicamente y de altas cualidades morales. El centro geográfico por excelencia era la ciudad, en casos excepcionales el campo; pero independientemente de la geografía, siempre sobresalían las marcas de la condición social y económica de los protagonistas. La acción respondía siempre a las características del *happy end*, el matrimonio real o el anuncio de su unión. Sin embargo, a pesar de estas diferencias, más aparentes que reales, el trasfondo de la aventura siempre era el mismo: una acción tensiva entre dos jóvenes que terminan proclamando su amor gracias a la superación del problema que los distanciaba.

Los tebeos de aventuras, destinados a un lector juvenil masculino, son un excelente ejemplo de cultura de evasión con una inequívoca ideología subliminal. Se han visto cómo tebeos de tanta aceptación popular y de gran éxito comercial como *El guerrero del antifaz*, *Roberto Alcázar y Pedrín*, *El capitán Trueno*, *El Jabato*, etcétera, se convertían, además de ser un pasatiempo muy atractivo y buscado por los lectores, en instrumentos altamente operativos de dirigismo cultural. Se comentaba en páginas anteriores el carácter marcadamente ideológico que presentaba el tebeo de *Hazañas bélicas* como forma de educación indirecta para asumir la nueva doctrina política que se pretendía imponer. Pero con lo expuesto no es suficiente para abarcar la compleja ideología que ofrecía este cómic de *Hazañas bélicas*, que hizo historia con sus personajes centrales el capitán Johnny Comando y el sargento Gorila. En estos cuadernos bélicos se desarrolló toda la ideología política del sistema franquista: los americanos salían siempre victoriosos sobre las tropas alemanas y muy especialmente sobre las japonesas, mientras los alemanes salían triunfadores frente a los ejércitos rusos. De esta manera se defendía la política liberal y democrática de los aliados frente a la fascista Alemania; pero para el régimen franquista, tal como mostraban las aventuras de estas series de tebeos de guerra, el fascismo estaba siempre por encima del

comunismo. En estos tebeos de temática bélica, los americanos con sus armas y con el arrojo de sus hombres salían siempre victoriosos. El heroísmo y el amor a su bandera, con un buen grado de humanismo y con un sentido de alta camaradería, eran las condiciones básicas en la victoria. *Hazañas bélicas* ofrecía un cuadro plural de intenciones que lo convertía en uno de los tebeos más marcado ideológicamente. La lección subliminal era clara: el mayor enemigo del pensamiento aliado e incluso de la ideología fascista era y será el comunismo. El tebeo de *Hazañas bélicas* fue obra e idea de Guillermo Sánchez Boix, quien firmaba sus obras con el pseudónimo de Boixcar.

VI.-3.- Literatura de masas: narrativa

Dentro de la literatura de masas, la novela fue el género literario de evasión por excelencia⁴. Las características formales del drama y de la poesía, preferentemente en sus formas escritas, no casaban con los gustos y con las características receptivas propias de un lector popular. La novela, como típica literatura de masas, fue una oferta de escasos o nulos valores literarios, pero de alta validez social. Estos relatos se caracterizaban por sus tramas repetitivas y estereotipadas, por su estilo llano y directo, por una sintaxis de gran sencillez, etcétera, que proporcionaba una lectura fácil, sin grandes complicaciones, para un lector sin aspiraciones literarias. En estos relatos dominaba una intriga de fuerte suspense y de gran efectividad. La estructura se basaba en relatos donde predominaban esquemas de sentido maniqueísta, en el que los buenos terminaban siempre venciendo a los malos, lo que permitía plantear al final del relato un cierre siempre esperado, basado en el principio del *happy end*. Eran relatos destinados a unos lectores ingenuos, poco exigentes, que encontraban en estos relatos lo que querían buscar. (Fernando Martínez de la Hidalga, pp. 24 y 48-49)⁵. De esta manera, respondiendo a fórmulas narrativas muy simples y tópicas, se pretendía satisfacer los gustos populares con la única finalidad de alcanzar el éxito comercial. Los editores

⁴ Para el tema de la literatura popular es imprescindible el estudio de Salvador Vázquez de Parga *Héroes y enamoradas. La novela popular española* (Pamplona: Universidad de Navarra, 2000).

⁵ Remito al lector interesado a este mismo trabajo de Fernando Martínez de la Hidalga para conocer los muchos autores de la literatura de masas como igualmente las editoriales que publicaron cientos de colecciones que abarcaban todos los estilos de la llamada novela popular.

ofrecían la mercancía cultural que el consumidor exigía⁶. Afirmar, al respecto, Ángeles Carmona:

La novela popular sólo pretendía entretener en un tiempo de ocio a extensos sectores semiletrados y proyectar sobre ellos el imaginario colectivo. La novela popular española nunca se propuso la formación de nadie, ni tuvo inquietudes intelectuales. Tampoco albergó ambiciones en lo relativo al estilo, los personajes, el argumento, ni en la profundidad de análisis. Sólo le interesaba la acción, el colorismo de los personajes y las situaciones, el exotismo de los ambientes y la emoción de la trama. Sus temas principales son el amor, la aventura, la acción... es una literatura elemental, de entretenimiento y fácil asimilación, que no requiere ningún esfuerzo elemental, ni obliga a pensar. Se vendía en los quioscos, no en las librerías, por eso se denominaba también literatura de quioscos (p. 51).

Esta novela popular o literatura de quiosco fue, por otro lado, la tabla de salvación económica para muchos escritores, quienes, gracias al empleo generalizado de los seudónimos, por lo general de origen anglosajón, podían escribir sus relatos sin miedo a sus posibles antecedentes políticos o bien buscando el ocultamiento de su verdadera personalidad en las portadas de los libros. Algunos de los valores más significativos de los autores de la novela popular fueron Pedro Víctor Debrigode, Guillermo López Hipkiss, Federico Mediante, Fidel Prado, Eduardo Guzmán, Antonio Salazar, etcétera. Entre este amplio panorama de nombres, tres nombres sobresalen con luz propia: María del Socorro Tellado, conocida popularmente como Corín Tellado, con sus novelas románticas; Marcial Lafuente Estefanía y José Mallorquí con la novela del oeste. Aunque fueran escritores sin gran significación literaria, son autores imprescindibles dentro de la sociología literaria en la España del franquismo.⁷

Los géneros de la narrativa popular fueron muy variados, sobresaliendo los relatos de tema sentimental, del oeste, de misterio, novelas policíacas, novelas de fantasía o de terror y novelas de ciencia-ficción. Sin embargo, los géneros del western y el romántico, conocido popularmente como novela rosa⁸, fueron los géneros privilegiados por lectores

⁶ La novela popular, de esta manera, cumplía “una función adormecedora, afianzadora de la resignación ante las circunstancias personales, sociales y políticas, reforzadora de los valores sociales y morales tradicionales, y fomentadora de la pasividad” (Martínez de la Hidalga, p. 50). Observación altamente interesante para la valoración sociológica final de esta literatura.

⁷ En este apartado, aunque distanciado de los tres primeros por su voluntad de escribir una novela más literaria, aunque siempre en los márgenes de la comercialidad, cabe ofrecer la figura del novelista José Luis Martín Vigil con sus narraciones sentimentales destinadas preferentemente a un lector juvenil. Destacan títulos como *La vida sale al encuentro* (1955), *La muerte está en el camino* (1957) y *Sexta galería* (1962).

⁸ “La editorial Juventud inició la colección Novela Rosa, que daría el nombre al género, entendiendo por tal una novela femenina y de amor, que jugaba con los sentimientos elementales de las mujeres, que eran sus principales consumidoras” (Ángeles Carmona, p. 54).

y editoriales. En este contexto también habría que señalar, por su importancia dentro de la literatura popular, la novela policíaca. Pero a diferencia del western y de la novela rosa, el género policíaco no contó con un escritor de las características de los ya mencionados. Fueron muchos escritores los que probaron suerte en este género, pero no hubo una figura que destacara de manera especial. Las editoriales españolas que apostaron con más fuerza por esta literatura fueron la editorial Bruguera, editorial Molino, Editorial Juventud, Editorial Plaza, Editorial Cliper, Editorial Cíes, etcétera.

En la línea del pulp americano, las novelitas estaban editadas en un papel amarillento de muy mala calidad, cubiertas de papel grueso a todo color con ilustraciones muy poco artísticas, encuadernación muy deficitaria, interlineado muy prieto y amazotado, aspectos todos ellos que permitían costos de venta muy baratos y, como consecuencia, posibilidad de una compra generalizada por parte de un lector popular. En este tipo de novela, la imaginación del lector asumía un gran protagonismo. Los lectores, por lo general de vida anodina y con pocos alicientes, vivían imaginativamente las aventuras de sus héroes, sintiéndose ellos mismos los protagonistas de esa acción. De esta manera, el posible doctrinarismo que subyacía en estos relatos era asumido por el lector de manera inconsciente pero de forma muy honda. Esta tipología narrativa dentro de la literatura de evasión presentaba una fuerte carga de moralismo oficial, conocido popularmente con el término de “moralina”.

La novela popular, en sus diferentes modalidades, no era una literatura promovida por el poder, pero sí era una narrativa aceptada y hasta protegida por el gobierno. Los mismos autores, sin proponérselo y sin ser conscientes, fortalecían con sus relatos la ideología del sistema franquista. *El Coyote* como los *Tres hombres buenos* de José Mallorquí eran claros exponentes de la doctrina de la hispanidad⁹; los héroes de Lafuente Estefanía defendían la bondad de la violencia como vía para conseguir la paz y el orden; los personajes de Corín Tellado, especialmente los de su primera época, eran exponentes de la moral de la respetabilidad, etcétera. Estos ejemplos son simples casos de una casuística más general, en la que la gran mayoría de relatos repetía una y otra vez estas ideas, haciendo que se tomaran como verdades universales por parte de ese receptor

⁹ Comulgo plenamente con lo que sostiene Salvador Vázquez de Parga: “En *Tres hombres buenos* Mallorquí inauguró la idea que estaría latente en todos sus western; la de la españolidad de la colonización del oeste americano” (p. 58). La idea de españolidad era una de las más caras para el sistema del nuevo régimen.

popular. La literatura de masas bajo un propósito de divertimento ofrecía de manera subliminal un pensamiento muy afín con los intereses de la cultura del nacional-catolicismo.

José Mallorquí (Barcelona, 1913-Barcelona, 1972) empezó a escribir literatura popular de carácter evasivo desde muy joven¹⁰. Entre su amplísima bibliografía caben ser destacados por su incidencia popular y por su presencia en los medios de comunicación los relatos protagonizados por el famoso personaje *El Coyote*¹¹. Estas novelas de *El Coyote* seguían la estela producida por otro fenómeno de la literatura de masas como fue *El Zorro* del escritor estadounidense Johnston McCulley. Ambos personajes, aunque con ciertas variantes, se caracterizaban por su indumentaria, -máscara negra que les permitían guardar su identidad, traje negro y amplio sombrero de ala-, y por su acción, -lucha contra la injusticia a favor de los débiles y de los más desprotegidos. Tanto *El Zorro* como *El Coyote*, héroes justicieros, respondían al tópico del bandido bueno y honrado, rival de los malvados y transgresores de las leyes oficiales para proteger y defender a los más débiles y necesitados. La justicia natural se imponía sobre la fuerza y la justicia oficial.

El Coyote fue inicialmente una simple novela escrita en 1943 por Mallorquí, bajo el seudónimo de Carter Mulford, para la Editorial Molino dentro de una colección de *Novelas del Oeste* (César Mallorquí, p. 158). Viendo las posibilidades de continuación que le ofrecía el personaje, concibió una saga de relatos que serían protagonizados por el héroe enmascarado. Después de diversas vicisitudes, ante la negativa de la editorial Molino para asumir la publicación de la saga del Coyote, la idea fue acogida por Ediciones Clíper de Barcelona. Los libros protagonizados por el héroe californiano conocieron muchas reediciones en diferentes editoriales: Ediciones Cid (1961-1964), Editorial Bruguera (1968-1971), Editorial Favencia (1973-1977), Ediciones Forum

¹⁰ José Mallorquí escribió con diferente suerte novelas de temática variada: novelas deportivas, novelas históricas, novelas de ciencia ficción, novelas policíacas, novelas del oeste etcétera. Tuvo series de gran éxito popular. Sin embargo, la que recibió un respaldo popular más unánime fue la serie de *El Coyote*, publicada entre 1944 y 1953.

¹¹ Otra de las series escritas por José Mallorquí, de gran aceptación popular, fue *Tres hombres buenos*, que conoció ediciones en plan de novela popular, de cómic y de serial radiofónico bajo el título de *Dos hombres buenos*. Aunque contó con multitud de seguidores, no alcanzó la fama de *El Coyote*. Sobre este particular César Mallorquí, hijo del escritor, afirma: “a mediados del 54, aceptó la oferta de Aznar y comenzó a colaborar con la SER, resucitando a unos viejos amigos: César Guzmán y Joao da Silveira, dos de los tres hombres buenos (Diego de Abrisles fue drásticamente licenciado). Así surgió uno de los seriales míticos de la radiodifusión española: *Dos hombres buenos*” (p. 159).

(1983-1984), Ediciones Planeta (2003-2204), junto a otras muchas ediciones en América. La serie tuvo una larga vigencia, alcanzando la cifra récord de los ciento noventa y dos títulos (César Mallorquí, p. 158).

El personaje de *El Coyote*, como “obra maestra absoluta de la novela popular española” (F. Martínez de la Hidalga, p. 36) fue un auténtico boom popular que proporcionó a sus mentores importantes dividendos económicos. Se distribuyó la serie con gran éxito en España, en los países latinoamericanos y en la población hispana de Estados Unidos. Se tradujo a diferentes idiomas¹². Conoció constantes ediciones en diferentes editoriales y años, haciendo imposible conocer el número de novelas publicadas. Más difícil es saber, aunque sea simplemente de forma aproximada, el número de lectores reales de estas novelitas de bolsillo, ya que, junto a la compra de las mismas, eran intercambiadas entre los propios lectores o bien, a coste muy reducido, en las numerosas librerías de préstamo e intercambio existentes en la época¹³. Incluso llegó a ser conocido a través de cromos coleccionables. A partir de 1947, la figura de *El Coyote* se convirtió en héroe de las historietas del cómic, ilustradas por Francisco Batet y publicadas por la Editorial Clíper. Igualmente, en 1947, dentro de los seriales radiofónicos, *El Coyote* se convirtió en una de las series de mayor audiencia. *El Coyote* conoció diversas adaptaciones cinematográficas de gran éxito popular¹⁴. Fue, sin lugar a dudas, el personaje de la literatura popular más importante de las décadas de los cuarenta-cincuenta-sesenta con una fuerte proyección en años posteriores. Todos los españoles, especialmente los hombres y los jóvenes, vivieron y convivieron en esa época con las hazañas y con la filosofía de *El Coyote*¹⁵.

¹² Según Vázquez de Parga se tradujo, entre otros idiomas “al italiano, al inglés, al alemán, al francés, al danés, portugués, etcétera” (p. 97).

¹³ Las ediciones piratas en España y Latinoamérica, las muchas ediciones un tanto fraudulentas, los cambios de novelas muy corrientes en la época y los préstamos a precios muy baratos hacían que una novela cualquiera centuplicara el número posible de lectores. Esta realidad se verifica también con las novelas de Lafuente Estefanía y Corín Tellado, los autores más leídos de la literatura española de la época franquista y muy posiblemente del siglo XX español.

¹⁴ La primera, *El Coyote*, fue una adaptación española-mexicana de 1955 dirigida por Joaquín Luis Romero, quien dirigiera también en 1956 *La venganza del Coyote*; en 1963 se rodó la coproducción italo-hispana *El vengador de California*; la versión más actual fue realizada por Mario Camus e interpretada por José Coronado en 1998, *La vuelta del Coyote*.

¹⁵ Para un mejor y más profundo conocimiento del personaje remito al estudio de Juan Francisco Álvarez Macías: *La novela popular en España: José Mallorquí*. Sevilla: Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1972. El estudio hace frecuentes inmersiones en el contexto social de la época, ofreciendo acertados comentarios sobre la posible relación entre la filosofía del relato y la ideología dominante del franquismo.

Los personajes de estas aventuras presentan una psicología muy marcada. Aunque prototipos en la serie, en cada novela se diferencian por sus personalidades encontradas. Cabe afirmar que los personajes de Mallorquí son, en su gran mayoría, héroes irreales, aunque verosímiles literariamente, en un contexto histórico realista. La validez personal de los protagonistas unida a una vibrante acción en un mundo realista permite crear aventuras de un fuerte atractivo que sirven para captar la atención del lector desde las primeras páginas. Sin negar la simpleza general de sus argumentos y de su acción, la calidad de estas historietas supera con creces el término medio de los relatos afines.

Don César de Echagüe, hijo de un rico hacendado californiano de origen español, vive pacífica y holgadamente en su próspero rancho de San Antonio, ubicado en la ciudad californiana de Los Ángeles, evitando todo problema para garantizar su cómoda existencia. Hombre pulcro en el vestir, educado en sus formas, sibarita en la vida, escéptico y cínico en sus relaciones, contrario a toda idea y conducta de violencia, respetado por todos y sin enemigos en su haber, lleva una vida un tanto indolente en medio de la comodidad y del lujo. Su conducta defrauda a todos los suyos, especialmente a su padre, don César, hombre enérgico, guiado por la ley del honor, quien valora negativamente a su hijo por su frivolidad y su aparente cobardía. De sentimientos parecidos son su hermana Beatriz y su primera mujer Leonor Acevedo. Sin embargo, César de Echagüe vive una doble personalidad¹⁶. Bajo esa forma de vida cómoda y superficial se esconde la figura de “El Coyote”, el intrépido y arrojado héroe de todas las historietas, quien con su humanitaria y valerosa acción impone la justicia en tierras de California contra las pretensiones de los malvados, que quieren imponer su ley por la vía de la violencia y de la fuerza. Así pensaba Lupe en *La esposa de Don César*:

Lupe no comprendía. Había visto en don César de Echagüe sus dos personalidades. La desagradable de don César, el escéptico que parecía estar de vuelta de todo romanticismo e idealismo y “El Coyote”, caballero andante siempre dispuesto a romper una lanza en defensa del prójimo (p. 28).

¹⁶ La dualidad psicológica del personaje daba unas posibilidades narrativas muy interesantes. Al heroísmo de *El Coyote* se oponía la personalidad pusilánime y sibarita de don César. Frente al carácter estereotipado y sin cambios psicológicos del héroe, *El Coyote*, se observaba la psicología cambiante y ambigua de don César. Esta doble dimensión del personaje central permitía desarrollar dos planos narrativos, el personal y el heroico, dando al relato una gran complejidad y un fuerte atractivo.

En las historietas del escritor catalán existen dos épocas. En la primera, en todos los relatos, César de Echagüe o bien *El Coyote* se presenta como el héroe que protagoniza la acción narrativa de los relatos. En la segunda, toma parte de las aventuras de otros personajes como héroe resolutor de los problemas ajenos¹⁷. Pero, en un caso como en otro, es el paladín del orden y de la justicia contra los abusos del poder o de la fuerza. El Coyote es un héroe justiciero, que asume la vía de la violencia como único medio para alcanzar la justicia.

La acción se desarrolla a mediados del S. XIX, en un tiempo algo posterior a la conquista por parte de los Estados Unidos de las provincias del norte de México, entre ellas California. Se enfrentan dos sociedades: la vencedora y la conquistada, la yanqui y la hispana. El Coyote se posiciona en toda ocasión en favor de la justicia y el orden. Por lo general, los malvados en estos relatos son los yanquis quienes pretenden anexionarse de las tierras de sus auténticos dueños, mayoritariamente de cultura y raza hispana¹⁸. El Coyote se sobrepone a una sociedad injusta con las armas de su inteligencia y con la maestría en el manejo de los revólveres. Un tiro en el lóbulo de la oreja es la “marca del Coyote”.

Uno de los títulos más logrados de la larga serie del Coyote es el título de *La esposa de don César*, en el que la acción justiciera del héroe se une a la temática de tipo personal en torno a las complejas relaciones amorosas del matrimonio formado por César de Echagüe y Guadalupe Martínez, segunda mujer de César e hija del mayordomo del Rancho de los Echagüe. César y Guadalupe se casan en una situación un tanto sorprendente¹⁹, que hace que cada uno de ellos dude del amor del otro, aunque ambos estén profundamente enamorados. Las apariencias les engañan, creyendo que ninguno de los dos siente auténtico amor hacia el otro. Guadalupe sufre de celos e interpreta como indiferencia lo que César realiza como cumplimientos de los deseos de su esposa. César toma como desinterés o desamor las reacciones de Guadalupe. Ambos interpretan las acciones del otro como pruebas de indiferencia o insensibilidad. El tema amoroso es

¹⁷ Por poner algunos ejemplos para diferenciar las dos épocas, se pueden citar títulos como *La esposa de Don César*, título que será analizado en este mismo apartado, y es un excelente exponente de la primera época, y, por ejemplo *El sol camina hacia el oeste* o bien *Caín de Rancho Murillo*, que representan fielmente la composición de la segunda época.

¹⁹ La boda de César de Echagüe y Guadalupe Martínez tiene lugar en el relato anterior *El Diablo en Los Ángeles* (1946).

una línea temática que se enreda y se entrelaza con los planos social, económico y jurídico.

“Borax” MacAdoo es el propietario de amplias extensiones de tierra pedregosa en el Valle de la Muerte. Estas tierras fueron cesión de las tribus indias como pago o recompensa por las prestaciones que había realizado en su favor. La entrega de la tierra venía con un aviso: es una tierra muy rica en yacimientos de oro. Desde ese momento, había dedicado mucho tiempo e ímprobos esfuerzos para localizar ese oro, que nunca halló. En compensación, había encontrado importantes minas de “borax”, de donde le venía el apodo. En esta situación, empieza a observar fenómenos extraños: se emborracha con una simple copa o bien le llaman a la ciudad sin encontrar remitentes de los avisos. La situación se agrava cuando toma conciencia del interés de algún desconocido por acabar con su vida. La única razón podía ser la apropiación de sus tierras, que no las ha querido vender a pesar de las favorables ofertas recibidas. Consigue salir indemne de un atentado gracias a la ayuda del Coyote, quien ha accedido a ayudarlo por indicación de Guadalupe. Pero en el atentado muere otra persona que había ido al cuarto de hotel con la intención de robarle los dólares que poseía. Todo el mundo interpreta que “Borax” MacAdoo ha sido la víctima. El plan supuestamente ha tenido su efecto. En una maleta del finado, aparece una carta con unas fotos que indican que “Borax” estaba casado y que tenía un hijo. Si era un hombre con familia, sus bienes corresponden a sus legítimos herederos. Todo es un montaje para apropiarse de las tierras. El agente de todas estas extorsiones es un enigmático caballero conocido como “el enmascarado”, quien va exterminando a todo aquel que se opone de alguna manera a sus intereses. Carolyn, la supuesta y falsa esposa de MacAdoo, llega a la localidad para hacerse cargo de los bienes de su supuesto marido, pero, para sorpresa de ella, encuentra vivo a su presunto esposo. Entre ambos personajes pronto se crea un ambiente de complicidad y de atracción. Enseguida perciben la trampa montada por ese enigmático personaje, tomando conciencia de ser una pieza más en el juego del enmascarado. La mano sigilosa del Coyote se encuentra en todo este proceso de reconocimientos y enfrentamientos. Todas las pistas conducen hacia el rancho de un rico hacendado. Las pruebas son inequívocas. Todo le condena. Sin embargo, cuando llegan al rancho, descubren que su dueño es una pobre y enferma persona dominada por el vicio del opio. El enmascarado no puede ser ese hombre enfermo. Pronto se descubre el enigma. El frío y despiadado enmascarado es uno de los peones del rancho, quien con un alto grado de

astucia ha ido montando un juego de equívocos con un sangriento reguero de muertes para hacerse dueño único de las ricas tierras de su amo y de “Borax”. La aventura, desde un punto de vista justiciero, se cierra con la muerte del culpable, quien acepta caer en una de sus muchas argucias, fumar un puro envenenado, antes de terminar colgando de una soga. El relato concluye como esperaba el lector, con el triunfo de los defensores de la justicia, después de un largo recorrido en medio de las dudas, del suspense y de equívocos. Sin embargo, aunque la acción justiciera se cierra con la muerte del malvado, el problema personal no se resuelve, ya que sigue vigente la duda sobre las relaciones amorosas de la pareja. César Echagüe prepara sus maletas para ir a San Francisco en busca de su esposa Lupe, quien ha ido a la gran ciudad a hacer compras con la finalidad de huir de su marido. El final queda abierto. Se juega con una doble dialéctica, ya que mientras el plano de la legalidad-justicia se cierra con la muerte del enmascarado, el plano sentimental sigue abierto, creando un doble juego de fuerzas receptivas, que dejan vivo el interés del lector a la espera de una nueva aventura.

En estas obras se defiende, por lo general, la ley y el orden de lo hispano frente a las pretensiones injustas e impositivas de los yanquis. California representaba una tierra de origen hispano que se había convertido por el efecto de la fuerza en territorio yanqui. En estas relaciones problemáticas y siempre tensas entre conquistadores y conquistados, se creaban prototipos de naturaleza maniqueísta, en los que se identifica el valor, la justicia y el orden con el mundo cultural hispano, cuyo representante era don César de Echagüe, y el mundo de los yanquis, representantes de la injusticia y del mal, personificado en este relato por Fred Wister, el falso encargado de la maquinaria agrícola. Sin ser propósito del autor, pero muy en la línea de la doctrina franquista, se ofrecía una innegable propaganda prohispanica frente al colonialismo político y cultural de los Estados Unidos. Se llegaba a la conclusión, por lo menos esto era lo que podía entender el lector real de estas novelas, de que el mundo hispano era por naturaleza bueno y noble. El Coyote encajaba muy bien dentro del mito oficial de la Hispanidad, símbolo de la tradición, la justicia y la moral de la *España eterna*.

Marcial Lafuente Estefanía (Toledo, 1903 - Madrid, 1984) fue uno de los autores españoles más celebrados desde los cuarenta hasta la década de los setenta dentro de la denominada literatura de masas. Aunque su producción abarcó diferentes temas, su éxito y su fama le vienen dados por sus novelitas del oeste. Con una producción de

miles de novelas, -según los estudiosos²⁰ la obra de Marcial Lafuente supera la cifra de los tres mil títulos-, que sirvieron para solaz y entretenimiento de amplias capas de lectores tanto españoles como americanos. Supo conquistar el mercado de la *mass media*, siendo uno de los nombres clave de la editorial Bruguera. Su primera novela del oeste fue *La mascota de la pradera*, publicada en 1943 en Ediciones Maisal. A partir de ese momento, fue uno de los escritores más prolíficos de nuestra literatura de masas. Como en el caso de José Mallorquí con *El Coyote*, es imposible saber el número real de títulos escritos, de ejemplares vendidos y mucho más difícil es aún conocer el número de lectores reales²¹. Tras la muerte del escritor castellano, se siguieron reimprimiendo sus novelas con una buena aceptación por parte de lectores nostálgicos de las aventuras de sus héroes como igualmente por parte de lectores nuevos, entusiastas de este tipo de aventuras. Las publicaciones se suceden y en nuestros días se siguen reimprimiendo sus novelas en la gran mayoría de países de habla hispana. Ante el número de novelitas escritas por Marcial Lafuente Estefanía, con un promedio de más de seis títulos al mes, se creó la leyenda urbana de que contaba con un equipo de amanuenses que rellenaban el esqueleto narrativo que supuestamente él ofrecía.

Las claves de su gran éxito fueron, por una parte, las cualidades de su escritura y, por otro lado, la psicología de sus lectores. Como escritor, se centraba en temas tópicos y reiterativos, que transcurrían en el oeste americano, narrados con una gran agilidad. La viveza de su escritura se debía al uso de un estilo con fuertes dosis de dramatismo, creado, a su vez, por un diálogo vivo y por un suspense muy marcado. Las descripciones eran mínimas, pero muy bien seleccionadas, ya que con cuatro pinceladas narrativas conseguía recrear un ambiente geográfico y humano muy logrado. Creaba mundos ficticios de un fuerte realismo, tal como se deduce de la lectura de sus incondicionales, quienes se identificaban plenamente con los héroes de estos relatos. Eran mundos verosímiles y altamente emotivos. Supo conquistar un amplio sector de

²⁰ Ramón Chalo en su trabajo “Marcial Lafuente Estefanía y sus compañeros: los escritores de novela del oeste” sostiene que el número de novelas escritas por este autor supera los tres mil títulos: “¿Cuántas novelas escribió M. L. Estefanía?... Si pensamos que Estefanía estuvo escribiendo alrededor de 35 años, y suponiendo que hiciese una media de dos novelas semanales durante este período, estaríamos hablando de alrededor de 3.300 títulos” (p. 117).

²¹ Además de las ediciones piratas en España y Latinoamérica, de las muchas ediciones un tanto fraudulentas, de los intercambios de novelas muy corrientes en la época, etcétera, estaba el sistema de préstamos a precios muy baratos que hacían que una novela cualquiera multiplicara su número posible de lectores. Esta realidad se verifica también con las novelas de José Mallorquí y Corín Tellado, los tres autores más leídos de la literatura española de la época franquista y muy posiblemente del siglo XX español.

lectores gracias a una escritura muy popular y de fácil lectura. Cabe afirmar que el estilo de Marcial Lafuente Estefanía era y sigue siendo el prototipo de la denominada literatura de masas. Los personajes, siempre y únicamente los protagonistas, se caracterizaban por ser prototipos y no personajes individualizados²². De esta manera, se creaban contextos realistas con unos protagonistas que superaban los límites de toda lógica sin destruir las bases de la verosimilitud. Eran personajes creíbles por moverse en un mundo realista. El lector popular, receptor ideal de estas novelas, se identificaba plenamente con los personajes protagonistas, viviendo imaginativamente las aventuras que éstos interpretaban. Este lector encontraba en estas novelas lo que buscaba: recreo y evasión.

Otra de las características de este tipo de novela, dirigida a un lector masculino, era la violencia. La solución de los problemas planteados, siempre violentos, se solventaba a base de puñetazos y de tiros. No hay novela en la que no se den más de media docena de muertes y en algunas de ellas sobrepasan la docena. Sin este grado de violencia límite no se entenderían la naturaleza de las técnicas empleadas y el logro de una recepción completa. El dramatismo y el suspense se fundamentaban en estos comportamientos agresivos, que llegaban en ocasiones a la crueldad²³. Muy en la línea de la política franquista, se venía a defender el principio de la violencia como medio para alcanzar los fines pretendidos, sabiendo de antemano que estos fines siempre serían buenos y lícitos. En el fondo de esta tipología de novela popular, se utilizaba sutilmente la razón maquiavélica del fin como justificación de los medios empleados.

Para entender esta filosofía de fondo es necesario estudiar la estructura temática de estas novelas y los caracteres ejemplares de sus protagonistas. Desde el punto de vista de la estructura, la novela popular, especialmente, este tipo de novela del oeste, presenta dos formas de composición. La primera se da cuando el protagonista se encuentra desde el mismo principio del relato inmerso en una situación extrema e injusta que él debe solucionar. La acción narrativa se centra en el problema creado por los antihéroes, quienes asumen el papel de la antinorma y de la fuerza bruta. El héroe o protagonista,

²² Los personajes secundarios servían de comparsa de los principales, ya que acentuaban las cualidades y significados de los héroes del relato y permitían crear esos universos de verosimilitud, tan característicos de la literatura de masas.

²³ Muchas de estas novelas sirvieron de guía y de guión para las películas del spaghetti western. El héroe por antonomasia de este cine, muy en la línea de las novelas de Lafuente Estefanía, sería Clint Eastwood en títulos ya clásicos como *Por un puñado de dólares* o bien *La muerte tenía un precio*.

representante de un mundo de valores éticos, soluciona el problema y conquista el amor. El segundo modelo se da cuando se desarrolla el tema, que presenta el problema, y el héroe protagonista se introduce en la acción *in media res* para resolver desde sus valores morales la situación ocasionada por conductas ilícitas e inmorales de los antihéroes, gobernados por la ambición y la codicia. La estructura de estas novelas es tan tópica, que un receptor que haya leído más de cinco novelas puede concluir el final de cualquier relato con tan sólo haber leído las diez primera páginas del relato. Estas novelas ofrecen un final esperado por el lector. La historia es conocida en términos generales, pero el lector necesita saber la singularidad del desarrollo y del final del relato. Estos juegos narrativos entre texto escrito y recepción popular acentúan considerablemente las características de una literatura popular-novela de masas.

El protagonista del relato, sin excepción, se caracteriza siempre por sus cualidades físicas y por sus valores morales. La tipología física de este protagonista se caracteriza por ser un sujeto alto, bien parecido, aunque en ocasiones el principio de la guapura no aparezca en el relato, fibroso, fuerte, hábil en las peleas y rápido en el manejo de las armas. Es el prototipo del héroe vencedor, quien siempre resuelve felizmente el problema planteado. Por otra parte, es un héroe, que, como tal, se gobierna por un código de valores morales tales como la búsqueda de la justicia y la defensa de la verdad. Gracias a todo este cúmulo de virtudes morales y cualidades físicas, es capaz de vencer a un enemigo muy superior en número pero muy inferior en valores. El héroe protagonista se enfrenta a un mundo física y moralmente arbitrario e inhumano. Con su acción, determinada por sus cualidades físicas, recompone ese mundo injusto e innoble en otro mundo regido por el orden y la justicia. Es siempre el héroe vencedor. No cabe otra alternativa. El mundo de los antihéroes se caracteriza más por los valores innobles que por sus cualidades físicas. Si el héroe representa el bien y la justicia; el antihéroe personifica el mal y la injusticia. En definitiva, la confrontación en estas novelas se centra en una lucha abierta entre justicia e injusticia, bien y mal, verdad y mentira, es decir, entre un mundo de buenos y malos, según la terminología que se utilizaba en la época. La vía única posible para lograr el fin deseado y lógico es siempre la violencia. La violencia conduce a la armonía.

Además de la temática entre lo moralmente bueno y lo éticamente malo, se encuentra el tema del amor. La presencia de la protagonista femenina es indispensable en este tipo de

novela. La heroína de estas novelas se caracteriza como el héroe por sus cualidades físicas y morales. Ésta es invariablemente una joven muy atractiva y buena que acompaña emocionalmente al protagonista en su acción de conquista de un mundo mejor y más justo para terminar uniéndose como resultado de un amor correspondido. Otras posibles variantes son, primero, cuando la heroína, que se sitúa en el plano del bien, representa una conducta de oposición con respecto al héroe, pero a lo largo de la acción va evolucionando hasta identificarse plenamente con la conducta del protagonista, a quien ofrece su amor, siendo siempre correspondida por el galán; otra variante se da cuando la heroína representa el mundo y los valores del grupo del antihéroe, pero a lo largo de la acción descubre la verdad y toma conciencia de su error, aliándose física y sentimentalmente con el protagonista. La característica fundamental que ofrece esta novela es un final feliz, con el triunfo de los valores del bien, de la justicia y del amor.

En todos los casos, incluyendo las variantes de acción y motivación de la heroína, la temática es siempre dual: justicia y amor. Ambos valores se identifican en estos relatos. No existe verdadero amor, si previamente no se solucionan los problemas de injusticia e inmoralidad. El *happy end* significa en todos los casos amor en un mundo bueno y justo, logrado principalmente por el héroe salvador al solucionar un problema de sinrazón e injusticia. Pero en todos los casos, al final, de forma directa o subliminal, la heroína se supedita al héroe, al someterse al canon oficial de la moral de la respetabilidad²⁴. Se impone en todos los relatos el caso típico de una heroína para un héroe en el marco de la dependencia y de la subordinación.

Una de las más de tres mil novelas escritas por Marcial Lafuente Estefanía es la titulada *Compañía de plomo*. Se ha seleccionado esta novela por ser la reimpresión más moderna que tuvo esta novela, publicada en Miami por la editorial Interpress en 2010. Es la mejor prueba de la actualidad del autor y de la validez comercial de su literatura. Este título, como el resto de su novelística, crea y recrea todos los tópicos de su

²⁴ En algunos casos existe una heroína que rompe con su comportamiento el canon dominante al caracterizarse por sus cualidades físicas y por su agresividad. El carácter violento y hostil de la heroína acaba cuando es vencida o bien cuando se une al héroe en una acción compartida contra el mal. Para definir a los protagonistas hay que ver la naturaleza del fin, final siempre feliz, y no tanto el desarrollo de la acción. En el caso inverso, se puede llegar a conclusiones equívocas o erróneas.

narrativa. Lo que se dice de una de sus novelas vale para el resto. Es difícil encontrar excepciones que salgan de la norma establecida.

James Newcombe, un anciano vaquero, vive en su rancho en compañía de su sobrina Mildred. En una noche desapacible oyen un ruido sordo en el exterior de la casa. Extrañados salen para comprobar la razón del ruido. En el porche encuentran a un hombre malherido a causa de varios disparos. Es un joven que pierde mucha sangre por las heridas. Entre James y Mildred transportan al herido al interior de la casa. Cuando comprueban la gravedad de las heridas, piden ayuda al doctor Syanley Worthan, quien tiene que practicar una operación muy delicada para extraerle las dos balas que tiene depositadas en zonas del cuerpo consideradas de alto riesgo. El resultado es más que satisfactorio. Cuando termina la intervención del joven que descansa en la cama de Mildred, llega el sheriff Ernest acompañado de otros hombres, quienes buscan a un ladrón que han herido. Le hacen ver al sheriff que allí no se encuentra el hombre al que buscan, siendo la razón de la presencia del doctor un fuerte malestar que sufre Mildred. Convencidos por las palabras del doctor y de James, marchan del rancho. El joven queda al cuidado de Mildred. Al poco tiempo experimenta una gran mejoría. Por otro lado, Jhon Fox, director de la Dallas Company, dedicada a la prospección y extracción de petróleo en las ricas tierras de Texas, se ha aliado con Max Haycox, propietario del Gold Black, salón del que consigue altos beneficios, y Willian Granger, técnico de la misma compañía, para con engaños hacerse con las tierras de algunos rancheros, donde existen pruebas de existencia de petróleo. Después de varias compras fraudulentas, su meta ahora es hacerse con las tierras del rancho de James y las de Yul Calver, amigo de James y propietario de un rancho limítrofe. Ross J. Westmoreland se va recuperado de sus heridas. Para evitar posibles suspicacias por parte de los perseguidores se hace pasar por hijo de un viejo amigo de James. Pasan los días, en los que se va viendo cómo el enfrentamiento de Ross y Pat, hijo de Yul Calver, con el grupo de expoliadores es ya inevitable. Ross mata a varios hombres de la Dallas Company. A la rivalidad creada por los intereses turbios del grupo dirigido por John Fox se suma ahora la competencia por el amor de Mildred y Carol, por quienes Ross y Pat se sienten muy atraídos como ellas por los dos jóvenes. En el momento de la llegada de los inspectores de la Dallas Company, quienes llegan al pueblo para revisar los libros de cuentas y obras, se establece un duelo entre Ross y un grupo de hombres de Fox. Ross acaba con todos. Los cabecillas del grupo de indeseables son retenidos y colgados por los habitantes del

lugar. El problema social se soluciona con la muerte de los ladrones y el problema personal, el amor, se resuelve con el doble matrimonio de Ross-Mildred y Pat-Carol.

Pueden existir variantes con relación al tema planteado, lo que no admiten excepciones es el esquema de estas novelas. Presencia de dos temas centrales: amor, tema personal, y los abusos de un grupo de matones, tema social-jurídico. Un protagonista justiciero soluciona el segundo problema, lo que permite solventar, a su vez, la cuestión primera, el tema amoroso. El suspense, la presentación del tema y, al final del relato, la solución del tema posibilitan esta estructura narrativa de alta eficacia receptiva. La moraleja de todas estas breves narraciones es la imposición del amor, el orden y la justicia a través de una violencia justa y necesaria.

Como se desprende, todos los relatos presentan rasgos comunes, que no sólo se refieren a la tipología de novela del oeste, a las técnicas de escritura y a la fluidez narrativa, a las características físicas y a los valores morales de los héroes protagonistas, etcétera, sino básicamente a la ideología subyacente en este tipo de relatos con su fuerte moralismo subliminal. Son, en el fondo, una loa al orden y a la moral establecidos, identificado con el principio de bondad y de justicia, que, como fin bueno, valida cualquier medio de consecución, aunque éste se caracterice por una conducta de violencia extrema, llegando incluso a defender que cualquier agresividad, por cruel que ésta pueda ser, es aceptable y necesaria, si con ella se consigue un resultado honesto y justo. Como se comentaba en páginas anteriores, se llega a defender sin tapujos el principio maquiavélico del fin como justificación de los medios, especialmente si este fin es bueno y deseable. Es esta la ideología que planteaba el sistema franquista para legitimar la sublevación militar y defender la violencia extrema de la guerra y muy especialmente de la posguerra. Cuando el lector se identificaba con los relatos de ficción, inconscientemente aceptaban la política de violencia y terror del sistema oficial, siempre bajo la explicación oficial de ser una violencia necesaria para alcanzar la paz definitiva y el progreso necesario. Otro de los tópicos es el papel de la mujer en la sociedad. Tanto en la España real de los cincuenta-sesenta como en la ficción del lejano oeste, el papel verdadero de la mujer debía responder a los principios de la moral de la respetabilidad: la mujer en casa y siempre supeditada a la voluntad del hombre. Como se puede comprobar aparecen siempre los mismos temas en todas las manifestaciones culturales, expuestos bien de forma directa o de manera subliminal. Era, principio presentado en

páginas anteriores, un bombardeo permanente de los tópicos culturales, que servían como base de la denominada trivialización cultural.

El tercer nombre de este triángulo de autores populares es el de **María del Socorro Tellado**, conocida popularmente como Corín Tellado (El Franco-Asturias, 1927-Gijón, 2009). Esta escritora, dentro de la línea de la novela romántica moralista, también conocida como novela rosa²⁵, ostentó el increíble record de ser la escritora más leída en lengua castellana²⁶. Su producción sobrepasó los 4.000 títulos y sus ventas alcanzaron cifras inimaginables, que, según los estudiosos del tema, sobrepasan los 400 millones de ejemplares. Sus relatos fueron traducidos a un número importante de lenguas²⁷. A pesar de los números ofrecidos, como sucede en los casos de José Mallorquí y Marcial Lafuente Estefanía, es difícil y problemático cuantificar las cifras reales de posibles lectores de la narrativa de esta escritora asturiana. Sin embargo, nadie puede dudar de la aceptación popular de su obra. El cine, la televisión y la radio adaptaron sus relatos. Estuvo presente en todos los medios de comunicación. Corín Tellado fue uno de los fenómenos más sorprendentes de la literatura popular española. Fue un auténtico boom dentro de la literatura de masas²⁸.

El tema de la novela rosa y, como tal, el de la narrativa de Corín Tellado es el amor, cuyo tratamiento va a ser clave para explicar el éxito de sus relatos. Como afirma Andrés Amorós, el amor era lo que buscaban los lectores y el amor era lo que encontraban siempre en estos relatos (1968, p. 44). Sin embargo, el amor no es un tema monolítico, sino cambiante según pasa el tiempo y cambian las circunstancias sociales y culturales. Como afirma Ramón Charlo en su estudio “La novela sentimental”:

Al leer obras de Corín Tellado se observa claramente su evolución con el tiempo. En un principio son relatos muy sentimentales en los que hay una gran dosis de romanticismo; poco a poco va incorporando otros elementos y sus personajes femeninos van teniendo más complejidad entrando en el mundo de las pasiones, que terminan por ser elementos comunes en casi todas sus novelas” (p. 210).

²⁵ Al respecto es imprescindible la obra de Andrés Amorós *Sociología de una novela rosa* (Madrid, 1968), estudio dedicado íntegramente a la narrativa de Corín Tellado.

²⁶ La UNESCO, en 1962, “menciona a Corín como el autor más leído en castellano” (Blanca Álvarez, pág. 53).

²⁷ Según Blanca Álvarez, en 1967, las novelas de Corín Tellado se habían traducido a veintisiete lenguas (p. 54). Es de suponer que para 1975 el número de traducciones sería aún superior.

²⁸ Por las razones indicadas, Alicia G. Andreu afirma en su estudio *La construcción editorial de Corín Tellado* que la escritora asturiana se “convirtió en metáfora del consumo, sentimentalismo, escape, entretenimiento y finales felices” (p. 62).

Las lectoras de sus novelas a través de la ficción vivían imaginativamente existencias que la realidad les negaba. Corín Tellado, como ningún otro escritor de novelas rosa, supo colmar las expectativas de sus lectoras. Y estas aspiraciones por las que soñaban buen número de mujeres españolas eran, según Juan Francisco Álvarez, primero, el “culto al cuerpo”, centrado en la juventud y en la belleza física; segundo, riqueza como base de la felicidad; tercero, “eliminación del trabajo” como promesa de una vida cómoda y sin preocupaciones; cuarto, la “exaltación del erotismo”, relacionado con el amor, la sensualidad y la sexualidad (p. 49).

Las características formales y temáticas de los relatos de Corín Tellado representan el estilo más puro de la llamada novela rosa. El primer punto es el realismo en el tiempo y en el espacio, aunque no haya mención alguna a los grandes o pequeños acontecimientos sociales y políticos del momento²⁹. Retrata ambientes con personajes del ahora y del aquí. Sus relatos deambulan entre la realidad deseada o soñada y la realidad aniquiladora y gris³⁰. Es una novela preferentemente urbana en la que se desarrollan situaciones verosímiles y lógicas. Por eso, el realismo de la novela de esta escritora favorece la credibilidad emocional de sus historias, lo que posibilita la empatía comunicativa entre el lector real y el mundo del relato. Un segundo aspecto de esta novela es el clímax creado por las técnicas del suspense. En el caso del relato de Corín Tellado, el suspense es más emocional que físico. La escritora asturiana juega con los sentimientos de los personajes, -amor, celos, pasiones, rechazos, frustraciones, etc.-, logrando que estas emociones sean sentidas y vividas por sus receptores en el acto de la lectura. Un tercer aspecto se basa en el manejo maestro que la escritora hace del recurso de la insinuación, que le permite sugerir situaciones comprometidas o escabrosas sin su exposición directa³¹. Los lectores viven emocionalmente los problemas y los estados de ánimo que revelan los personajes.

²⁹ A pesar de lo dicho, el hecho histórico que está muy presente en muchas de las novelas de Corín es la Guerra Civil, una guerra vista y planteada desde la perspectiva del bando oficial. No hay nunca la más mínima crítica ni insinuación de devaluación de la misma. Siempre aparece como “guerra de Liberación” o bien como “bando nacional victorioso”, etc. Corín Tellado no hace política, pero se alinea con el grupo vencedor.

³⁰ Aunque la crítica, por lo general, niega el realismo de estas novelas, no se puede negar su verosimilitud que hace que los personajes y las situaciones sean creíbles, lo que permite la total identificación de los lectores con las circunstancias y con los personajes del relato.

³¹ Corín Tellado en la obra autobiográfica escrita por Blanca Álvarez afirma: “La censura perfiló mi estilo. Algunas novelas venían con tantos subrayados que apenas quedaba letra en negro. Me enseñaron a insinuar, a sugerir más que a mostrar” (p. 39). En esta misma línea, consúltase el capítulo de la obra de

El carácter marcadamente emocional de los temas y la ausencia de una acción física violenta predispone y explica el protagonismo indiscutible de la mujer y la naturaleza femenina de los lectores. Este lector femenino se identifica plenamente con los avatares de la protagonista de ficción, sufriendo o bien gozando con las desgracias o con las alegrías de sus personajes. Se crea, de esta manera, un relato femenino para un lector femenino en unas circunstancias de rígidas imposiciones morales y de fuertes carencias materiales³².

Las estructuras de estas novelas, más complejas que las narraciones del oeste de Lafuente y Mallorquí, siguen un modelo tópico que se repite en la gran mayoría de relatos. Se reitera la misma estructura que la que se ha podido ver en los tebeos de chicas. Las protagonistas viven una situación tensa y problemática debido a la ignorancia o a la malicia por parte del *chico*, personaje masculino, o bien a unas circunstancias sociales y económicas que niegan los sentimientos de la heroína. La acción se desarrolla con fuertes altibajos, concluyendo con el encuentro entre ambos personajes. El *happy end* de estos relatos es condición indispensable como cierre y final de la novela. Una segunda opción estructural se verifica a partir del conocimiento de los sentimientos de ambos protagonistas en una situación de falta de reciprocidad sentimental o de imposibilidad por razones sociales o materiales, en la que los protagonistas se acercan y se alejan del mundo emocional hasta que al final del relato se da la unión definitiva con la correspondencia de sentimientos, repitiendo el esquema del *happy end*. Entre estas dos variantes entran la gran mayoría de relatos de Corín Tellado. Sin embargo, en todas las novelas se repiten unos mismos recursos de composición. Se va creando una acción en el dramatismo, en el que el suspense va evolucionando en un clima creciente, cada vez más tenso, hasta llegar a un punto límite de dudosa solución, en el que se resuelve el problema planteado de forma sorprendente o bien de manera lógica. El final coincide con la conclusión que todos esperaban y deseaban. Es la

Alicia G. Andrew "Ediciones Bruguera y la censura" en *La construcción editorial de Corín Tellado* (pp. 111-117).

³² Alicia G. Andrew afirma en su análisis sobre la escritora asturiana que "estudiando este objeto de consumo desde la perspectiva del mercado editorial español, nos damos cuenta de que debajo de la retórica de Tellado se encuentra una ideología renovadora y restauradora del signo mujer" (p. 135). Creo que es una afirmación excesiva, ya que la retórica de Corín Tellado se asienta en bases tradicionalistas y muy en la línea de la moral nacional-catolicismo.

apoteosis final de relato³³. El amor termina triunfando en la gran mayoría de los casos con el vencimiento o eliminación de todas las dificultades e impedimentos encontrados en el camino. La novela rosa exige un final feliz después de un camino lleno de adversidades.

Los personajes de esta novela representan bastante fielmente lo acaecido en la sociedad española de los años del franquismo en torno a los principios de la moral de la respetabilidad³⁴. El personaje masculino, perteneciente a una clase media-alta o bien alta, vive su vida, consciente o inconscientemente, al margen de los sentimientos de la protagonista. Sólo al final del relato asume su papel y acepta el amor como único medio de estabilidad y de compromiso con el orden establecido. El personaje femenino, presenta siempre unas cualidades morales y físicas, fuera de lo común. Su problema es la no correspondencia de sus sentimientos con los del protagonista. Son dos vidas que marchan por caminos diferentes. Al final, superadas todas las dificultades, se encuentran ambos trayectos gracias a las cualidades morales, -pureza, decoro, diligencia, bondad, perseverancia, etcétera-, y a sus rasgos físicos centrados en la figura, juventud, belleza, elegancia, saber estar, etcétera. Ahora bien, el triunfo final de la correspondencia amorosa no se debe tanto a la acción de la protagonista como a sus muchas y excelentes cualidades. En la gran mayoría de relatos, la protagonista es simple espera y su triunfo se da cuando el galán de turno toma conciencia de la excelencia física y moral de la protagonista. El triunfo descansa, por tanto, en la fuerza irresistible de las cualidades de la mujer. La moralina está clara: la victoria pertenece sólo a la mujer virtuosa. En otra línea de historias, es la mujer quien decide el paso final del encuentro, significando el triunfo pleno y definitivo del amor. Pero a pesar del poder decisorio que ostenta la mujer en algunos relatos, el final feliz responde a las premisas planteadas en el caso anterior. El amor no puede triunfar en la transgresión moral. En la narrativa de Corín Tellado, por lo menos hasta principios de la década de los setenta, no hay mujeres malvadas ni transgresoras que sean protagonistas centrales de la acción. Estas posibles

³³ Este final con la apoteosis narrativa ofrece una sintonía e identificación máxima entre mundo de la ficción y el mundo de la recepción. El suspense, como técnica narrativa, llega a un extremo límite que atenaza emocionalmente a los lectores. En esta situación de clímax límite se da la solución del problema planteado, impactando con una fuerza extrema en el receptor. El final feliz con el triunfo de la verdad y del orden queda marcado en el ánimo del lector. La moralidad de la obra está asegurada. El relato, gracias principalmente a los recursos estilísticos, ha alcanzado su fin.

³⁴ Remito al lector interesado al estudio de María Teresa González García, quien en su obra *Corín Tellado. Medio siglo de novela de Amor (1846-1996)* (Oviedo: Ediciones Pentalfa, 1998) hace un análisis exhaustivo de personajes y situaciones.

mujeres indignas son por lo general el obstáculo que hay que superar para materializar el final feliz de los protagonistas. Como se decía, las novelas de amor son una buena lección de moral en una España de normas y moralina.

A pesar de lo afirmado, sorprende que historias con las características mencionadas tuvieran tantos problemas con la censura oficial. Una razón lógica de esta realidad se debe al realismo extremo de estos relatos y a la carga de erotismo insinuado, que hace que estas novelas rosas se encuentren teñidas de color verde (Amorós, 1968, p. 46). Al ficcionalizar el ahora y el aquí, ciertas contradicciones sociales y culturales de la sociedad española de la época quedaban al descubierto. Era necesario depurar estas libertades de la ficción que funcionaban como espejos de la misma realidad. Por otro lado, el triunfo de la maldad sólo empieza a darse con posterioridad al marco temporal que en estas páginas se analiza. Pero sí aparece la maldad y cierto grado de inmoralidad especialmente en los personajes masculinos o en los personajes femeninos secundarios. De esta manera, en la medida en que la heroína del relato tenía que enfrentarse a un mundo perverso e injusto, la grandeza de su triunfo era mayor y más sólido. A mayor perversión, mayor excelencia. De esta forma, se comprueba que estas libertades con relación a la norma establecida se convertían en una moralidad de fuerte impacto y de enorme eficacia. La moralina estaba servida.

La mujer española, cuando leía estos relatos y se identificaba con los problemas de la heroína, estaba viviendo con auténtica pasión los principios de la moral oficial. Esta receptora buscaba con verdadero frenesí la solución de todos y cada uno de los problemas que tenía que superar la protagonista para alcanzar el final deseado. Se creaban dos mundos opuestos pero paralelos, ficción y recepción, en los que uno de ellos exponía el problema y el otro validaba o rechazaba emocionalmente los valores de la historia ofrecida. De esta manera, la sintonía de lector o, principalmente, lectora con la trama del relato era, sin lugar a dudas, una buena lección de virtud o de moralismo oficial.

La novela rosa, o bien la novela de Corín Tellado, representa todas las virtudes y todos los defectos de la novela popular. Ángeles Carmona sintetiza perfectamente este tipo de narración. Afirma: “La novela rosa participa de todas las lacras de la novela popular: argumentos estereotipados y reiterativos, estilo ramplón, léxico trivial y tópico,

personajes acartonados reducidos a arquetipos, valores sociales convencionales, tema amoroso que termina canónicamente en matrimonio” (2002, p. 55). A pesar de todo esto o gracias a todos estos detalles, estos relatos eran devorados por un amplio público lector, que encontraba en estas historias lo que ellos querían y buscaban: lectura fácil y sin problemas que les llevara por la vía de la imaginación a soñar situaciones y vivencias que deseaban, pero que en la realidad nunca o muy pocas veces se daban. La imaginación compensaba la tristeza de una vida sin alicientes ni posibilidades.

Igualmente, las historias románticas, como los relatos de acción física, un tanto triviales y sin fundamento aparente, favorecían la vulgarización de la cultura. Eran historias con un final moralizador, exentas de crítica y reflexión. Cuando terminaba la novela, se daba como un suspiro de relajación y así acababa la historia, siempre con un final feliz, como esperaba y deseaba el lector. Estas narraciones favorecían una recepción emocional sin un posible examen de principios ni fines. Las historietas, leídas una y mil veces, hacían que la ficción se sintiese como realidad, identificando la virtud literaria con los valores sociales. Es un ejemplo claro de la llamada cultura de masas, en la que se impone una visión del mundo y del hombre simple y estereotipada, pero añorada por sus receptores, muchos de ellos lectores incondicionales de esta literatura. Se favorecía, sin ser conscientes los mismos autores, la denominada trivialización cultural y, como derivación, la ideología oficial.

La línea divisoria de las dos épocas de narración de Corín Tellado se puede poner en la primera mitad de la década de los setenta, 1970-1975, tiempo del final de la dictadura franquista³⁵. Ambos periodos posibilitan una escritura, cuyos contenidos siempre se encuentran por detrás de la moral social. Para representar ambas tendencias se han seleccionado dos títulos, entre otros muchos posibles: *Llegó la colegiala* y *No me caso por poderes*.

Llegó la colegiala fue escrita por Corín Tellado en 1959 y publicada por la editorial Bruguera en 1962. Representa una de las líneas más tópicas y reiterativas de la narrativa de la escritora asturiana. Es una historia tan vulgar como simple, llena de

³⁵ En esta misma línea se posiciona Ángeles Carmona, cuando afirma que “en su novelística [la de Corín Tellado], puede apreciarse una evolución de los personajes femeninos, que oscila desde la mujer infantil, supeditada al hombre, de las primeras novelas, a las mujeres modernas, fuertes, con capacidad de decisión, de las novelas más recientes” (2002, p. 218).

contradicciones y de situaciones muy poco lógicas. Es el típico ejemplo de un relato escrito sin pretensiones literarias, de redacción muy rápida y sin lectura correctora final. El mayor fallo narrativo es la discordancia entre la instancia del narrador, Pedro, y la voz narrante de una mujer que habla y discurre como tal.

Luis Lozano es un joven millorario de treinta y cinco años. Es director y máximo accionista de una industria en una ciudad pequeña del norte cerca de la costa. Vive con un buen amigo, Pedro Olaizaola, quien realiza todas las funciones, desde secretario a criado y acompañante. Son dos grandes tipos, atractivos y envidiados, que llevan una vida desordenada y donjuanesca. Su rutina es levantarse no antes de la una de la mañana para comer en un restaurante cercano. Después de comer visita su fábrica y a las siete regresan a casa para tomar un par de copas. Seguidamente marchan al club o al casino donde pasan las horas hasta su retirada a casa, hacia las seis de la mañana. Este plan se reitera un día y otro, por lo que se deduce desde hace más de quince o veinte años, cuando se conocieron en la guerra, siendo Luis alférez del ejército y Pedro su asistente. Desde entonces han vivido juntos, llevando esa vida trasnochadora y libertina.

Esta situación se rompe, cuando Luis recibe una carta desde un colegio francés, en la que le comunican que su tutorada regresa después de pasar quince años y de haber terminado sus estudios. Luis es el protector de Begoña Pimentel, hija de un comandante de aviación, muerto heroicamente en combate, en acto de servicio, y de una mujer de origen inglés muerta igualmente durante la guerra a causa de un bombardeo. Apiadado de la niña y por admiración y querencia hacia el padre decide protegerla, por lo que la manda interna a una institución francesa donde realizará sus estudios. La llegada de la joven colegiala va a romper el ritmo de vida de esta impertérrita pareja de vividores y solterones.

Begoña Pimentel es una joven rica, millonaria como Luis, muy agraciada físicamente, que se tiene que enfrentar por primera vez a la vida real y al mundo. Su llegada a la casa de Luis es desconcertante. Acostumbrada al orden y a la disciplina, el hogar y la forma de vida de los dos amigos la desconciertan y la turban. Desde el primer momento quiere imponer su sistema, lo que va a indignar a su protector. El primer día, hacia la una del mediodía, cuando Luis y Pedro duermen plácidamente, pone en el gramófono un disco a un tono muy alto, despertando a los trasnochadores. Luis responde con suma

brusquedad, rompiendo el disco a patadas. Para liberarse del elemento perturbador, decide buscarle un hombre para que se case y forme una familia. Ahora es Begoña la que responde malhumorada contra las pretensiones de Luis. Demuestra tener una fuerte personalidad, poco influenciable y muy segura de sí misma, capaz de organizar su vida y de buscar a su futuro esposo.

Los encontronazos entre Luis y Begoña se suceden. Una noche, en la que Begoña espera a sus compañeros de casa para cenar, decide vengarse por su ausencia. Quita los plomos de la luz y coloca una mesa a la entrada de la casa. Cuando Llegan, como siempre hacia las seis de la mañana, tropiezan y se caen. Otro día embadurna el suelo de cera de forma que a la llegada de los noctámbulos, éstos resbalen y se den una buena costalada. El resultado es que Luis se disloca el tobillo. Pero todos estos actos son las primeras muestras del interés que va despertando Luis en Begoña. Los encontronazos físicos y verbales desaparecen, pero empiezan a enredarse los sentimientos de ambos protagonistas. Ambos sienten un enorme interés y una fuerte atracción por el otro, pero en vez de declararlos, los ocultan. Corín crea con estos efectos de retardación un clima de fuerte suspense en el lector, que intuye lo que no le ofrece la narración. Éste, como archisabiendo, sigue el proceso del desvelamiento del problema. De manera sutil, el lector ha sido atrapado en las redes del suspense, del que no podrá liberarse hasta el final de la historia. La anagnórisis es un recurso narrativo muy utilizado por la escritora asturiana, ya que los datos que va ofreciendo desvelan la realidad a los lectores, pero parece que no dicen nada a los personajes. Al cabo del tiempo, y cuando ya no hay duda de la verdad de unos sentimientos compartidos, declaran su amor y se casan para sacralizar estas relaciones amorosas. Una historia similar es la que experimentan Pedro y Matilde, la amiga íntima de Begoña. Como todas las historias de Corín, el relato se cierra con un final feliz³⁶.

Pero, previo al enlace matrimonial y antes de declarar su amor, la pareja de irredentos vividores han descubierto la bondad de la vida doméstica y el sentido del trabajo. Dejan de llevar su noctámbula y desordenada vida para adaptarse a las formas convencionales

³⁶ Esta es una de las pocas novelas que se narran *in extremis*, desde un punto de vista situado en el desenlace de la historia. Es Pedro, quien nos cuenta el relato de los cuatro amores, una vez correspondidos estos y sacralizados a través del doble matrimonio. Por eso, se decía en párrafos anteriores que un error grave en el relato es la disfunción existente entre el narrador real, Pedro, y la voz narrante femenina.

de la buena sociedad. Cabe afirmar que el amor domestica a Luis y Pedro, quienes antes de optar por el matrimonio, han aceptado el rol social que les toca representar como hombres. De esta manera, cada personaje se reubica en el lugar que le corresponde. Las mujeres, Begoña y Matilde, asumen su papel de mujeres casadas y virtuosas, auténticos pilares de la unidad familiar y del orden social. Luis y Pedro, por influencia de sus respectivos amores, abandonan la vida de tarambanas que llevaban hasta ese momento, para asumir el papel que tienen designados como hombres, ser los pilares firmes de la familia, comprometidos con el trabajo y con sus obligaciones sociales. La felicidad de cada uno de estos personajes se basa en el cumplimiento de sus deberes, unos como hombres y otras como mujeres. Pero, ¿a quién se debe la proclamación del orden familiar y social? No hay duda de que este papel rectificador y afirmador del orden general está en las manos de la mujer. Begoña es la defensora de las virtudes religiosas, morales, sociales, etcétera. Gracias a Begoña y a Matilde, en el caso de Pedro, se resuelven felizmente los problemas que distanciaban e imposibilitaban la realización del amor³⁷. El amor triunfa a través de la proclamación de los valores sociales y morales, que supone, a su vez, la domesticación de los hombres con su retorno al sistema oficial y al orden establecido. La gran vencedora en este conflicto de deberes es la moral de la respetabilidad.

Corín Tellado escribió *No me caso por poderes* en 1983, publicado por la Editorial Bruguera en 1984. Este relato representa fielmente las contradicciones de la narrativa de la escritora asturiana en su segunda etapa de escritura. En el relato se dejan ver las luchas abiertas entre un pasado fascista y un presente socialista, entre la moral tradicional y la moral progresista, entre los intereses materiales y la entrega romántica, etcétera, con un final feliz nada lógico y narrativamente muy poco convincente, que responde al principio de la relajación emocional.

El argumento del relato es tan tópico como sencillo. En una pequeña localidad veraniega del norte de España reside la familia Benjumea desde tiempos pretéritos. Jacinto, el pater familiae, es un hombre de edad que, como viejo falangista, añora los tiempos pasados del franquismo. Ha sido alcalde durante décadas, puesto político que

³⁷ Cuando el amor se convierte en pasión, los personajes optan por el matrimonio como medio de legitimación de las relaciones sexuales. En la novela hay un fuerte componente pasional, pero más insinuado que planteado. La posible entrega de Begoña se resuelve felizmente, primero, debido a la caballerosidad de Luis y, segundo, a la oficialización de ese amor-pasión a través del matrimonio.

tiene que abandonar con la llegada de los socialistas. Su moral responde al código de valores del ideario franquista. Es y actúa como autoridad máxima de la casa y del pueblo. Ha vivido holgadamente de las altas rentas que obtenía de sus acciones y de sus muchos valores. Con la caída de la bolsa se produce una fuerte crisis que produce su ruina económica, poniendo en serio riesgo el bienestar material de la familia. Su esposa, Laura, es una mujer fiel reflejo de la condición femenina en la sociedad del nacional-catolicismo. Sirve y acata las órdenes de su marido sin rebeldía y con plena sumisión. Representan el típico matrimonio de la sociedad franquista. Jana, hija única del matrimonio, es una joven de veintidós años, que vive entre dos mundos morales, el de la generación de sus padres y el suyo propio. Desde muy joven ha querido a un muchacho del lugar, Juan José Molina, hijo de viuda, que vive con justeza gracias a las entregas económicas periódicas de un tío exiliado en Nueva York. Cuando la madre de Juan muere, el joven es reclamado por su tío como ayuda de sus exitosas empresas. En este tiempo de ausencias, mantienen Juan y Jana una periódica correspondencia epistolar. Después de cinco años de residencia en Nueva York, un desafortunado día sufren un accidente, en el que muere el tío y queda mal herido el joven. Con la muerte del tío, el joven recibe como heredero único todos los bienes del floreciente negocio. Juan se convierte en una persona rica, poseedora de una gran fortuna. Si las relaciones entre Juan y Jana eran muy mal vistas por el matrimonio Benjumea, cuando los padres de Jana se enteran de la nueva condición económica de Juan, cambian de parecer. Consideran que Juan es un buen partido para su hija, porque supone la seguridad de su hija y muy especialmente, porque significa la salvación de su ruinoso estado económico. “Nuestra hija, casándose con Juan, puede salvar la situación” (p. 11). Sin embargo, Jana, a estas alturas de la vida, ya es una mujer madura. Ante la presencia y el trato de un joven abogado de la capital, José, que lleva veraneando los dos últimos años en esa localidad innominada, experimenta un progresivo alejamiento de Juan e inversamente una identificación con José.

En esta situación, llega el abogado de Juan con una carta en la que solicita a los padres de Jana el matrimonio por poderes con su hija. Lo que para los padres es una excelente noticia, ocasión para solucionar los problemas económicos, para Jana es un serio problema, ya que al recibo de la carta se siente fuertemente atraída por José. Los padres insisten en sus propósitos y Jana defiende sus sentimientos. Jana termina imponiendo su voluntad bajo la bendición y consentimiento de sus padres, que han entendido que la

felicidad de su hija se halla por encima de su bienestar económico. Incluso, pensando en su hija, deciden prescindir de sus criados e iniciar una nueva vida de trabajo, adaptando su posible nueva vida a sus recursos económicos. Jana se decide a escribir una carta a Juan, en la que le comunica su amistad, pero le niega el amor, reconociendo todas las buenas virtudes con los momentos de felicidad de tiempos pasados. La carta es leída por José, quien se sorprende de los buenos sentimientos que ofrece la joven hacia su antiguo amor. Pero la carta escrita a Juan despierta en Jana sus sentimientos de cariño y amistad hacia su anterior amor. Incluso, pasa horas releendo viejas cartas y recordando sus momentos de felicidad. Jana siente la indecisión entre el pasado y el presente, entre Juan y José. Se ve obligada a optar por uno de los pretendientes. La decisión está tomada. Se inclina por José. Por otro lado, el joven abogado de gran porvenir pero con una situación precaria y modesta se presenta a los padres de Jana y solicita de ellos la mano de su hija. Como habían decidido, mirando la felicidad de su hija, se la conceden.

Una tarde, en vísperas de su boda, José conduce a Jana al chalet, bellamente reconstruido, propiedad de Juan. Jana no entiende lo que sucede. Es en ese momento, cuando José declara su verdadera identidad a Jana. Juan y José son la misma persona. Representan a ese Juan José de los inicios, ambos profundamente enamorados de Jana y aspirantes a la mano de la bella joven. Se descubre el misterio, cuando Juan José o José Juan le revela su grave accidente, en el que murió su tío, quedando él desfigurado con necesidad de una reconstrucción facial. De esta manera, queda resuelto el conflicto interno de Jana, dudosa, aunque decidida, entre el amor no perdido de Juan y el amor aceptado de José. En el chalet se entregan ambos amantes, declarando su matrimonio emocional y voluntario, previo al matrimonio religioso y civil. La historia, como es de esperar, se cierra con un final feliz. Todos los problemas se solucionan, -personales, económicos y religiosos-, sin que nadie tenga que renunciar a nada. Todos aceptan un orden instituido a través de la consagración del amor o, dicho de otra manera, la razón de amor resuelve todas las cuestiones de orden social, moral y personal.

Esta historieta cabe ser analizada desde dos planos de estudio: el estructural y el semántico. Desde el punto de vista compositivo, el relato se supedita a un orden de suspense creciente, que se resuelve con la revelación de la identidad del personaje y con el matrimonio de los enamorados. La graduación tensiva del relato es clara. En la temática del relato se plantea un doble problema. La primera cuestión es de orden

social-económico. Los padres han perdido su fortuna que les permitía vivir holgadamente y esperan que su hija sea la solución a su problema; el segundo tema es de orden personal-emocional en torno a los sentimientos de Jana. Se confronta el plano económico-social con el plano personal, representado por los padres frente a la hija. La solución del problema económico-social implica la negación emocional e, inversamente, la solución de la cuestión personal-amor de Jana supone la negación del plano económico-social. ¿Quién triunfará en esta pugna de intereses? Los padres de Jana ceden, tomando plena conciencia de que la felicidad de su hija está por encima de sus intereses económicos y sociales. La resolución del problema primero engendra una nueva cuestión. En este caso de tipo personal. Jana duda entre el amor presente hacia José y el recuerdo de la felicidad pasada con Juan, quienes, a su vez, representan la fortuna, Juan, y la carencia económica, José. Cuando Jana se decide claramente por José, sin renunciar al amor primero de Juan, opta por una vida en la estrechez económica con José frente a la abundancia económica con Juan. Jana subordina la riqueza al amor. La voluntad de Jana es clara. Proclama el amor por encima de los bienes materiales. En este contexto de renuncia y de sinceridad emocional, surge la solución del problema con la aclaración por parte de José de su verdadera identidad. José es Juan y Juan es José, conformando el auténtico nombre del personaje Juan José. Jana se compromete con Juan José, resolviendo su problema emocional y, al mismo tiempo, superando la cuestión económica-social de sus padres. La resolución del problema engendra un final feliz para todos los personajes. Sin embargo, en este momento, final de la narración, se da la anécdota de la entrega física de los dos personajes centrales, enfrentando la moral paterna, moral de las apariencias, con la moral de los jóvenes, moral del sentimiento. La compleja liturgia de las caricias, besos y entregas se consuma, cuando adquieren el visto bueno de los padres y la conformidad emocional de los jóvenes. La verdad del sentimiento emocional justifica la entrega carnal, porque el matrimonio verdadero se consuma en el sentimiento y en la palabra, como así se hacía en tiempos pasados y en múltiples culturas, y no tanto en el ritual institucional.

En esta novela, aunque sea algo excepcional en la narrativa de Corín, la España política y social de la época está perfectamente presentada. La España franquista se opone a la España socialista con dos morales y visiones del mundo completamente diferenciadas. En este contexto, el triunfo del amor supone la consagración de la imagen socialista y de

la moral de su tiempo³⁸. Es, por tanto, un relato del presente histórico, en el que se relata una historia tópica, plagada de elementos comunes. A su vez, el principio del final feliz determina un cierre narrativo muy poco creíble. De esta manera, el realismo de base queda un tanto borrado o negado por lo increíble e inverosímil del final: la declaración de identidad de Juan y José. El *happy end* rompe la lógica del relato para hacer prevalecer el cierre esperado y deseado por el lector. La lógica narrativa estaba exigiendo el triunfo de uno de los personajes sobre el otro, lo que hubiera producido un desenlace agrídulce. Se evita este cierre, aunque se caiga en un final inverosímil. A su vez, este final valida la verdad de los sentimientos contrastados de Jana. De esta manera, tanto en tiempos del franquismo como en tiempos de la democracia, se plantean unos mismos valores con unos idénticos significados, centrados en los principios de la moral de la respetabilidad. Las licencias posibles con relación a esta moral, la entrega amorosa al margen del matrimonio, disuenan en el conjunto de la actuación de los personajes, pero esta disonancia, planteada la víspera de la boda, refuerza la obligatoriedad del matrimonio, punto base del cierre en el *Happy end*.

La novela de la escritora asturiana refleja un mundo de valores muy tradicional con ciertos atisbos de aperturismo en su segunda época sin llegar nunca a la ruptura. Los valores que representan las conductas de sus personajes, en cierto sentido las virtudes defendidas por Corín Tellado, se ubican en la moral de la respetabilidad. El triunfo del amor, tema principal aparente de esta narrativa, supone la pervivencia de los valores tradicionales y la defensa del orden secular y de la moral conservadora, tema subliminal esencial de la narrativa de la escritora asturiana. Por eso, como se afirmaba en párrafos anteriores, cuando las lectoras, receptor principal de esta narrativa, vivían y sentían emocionalmente las vidas y las aventuras de sus heroínas, estaban asumiendo y defendiendo inconscientemente estos valores conservadores y tradicionales. Aquí reside la auténtica moralina de los relatos de Corín Tellado.

Los casos vistos, novelas del oeste y novelas rosa, ofrecen una literatura eminentemente popular y tópica según el estilo de cada relato. La temática propiciaba la naturaleza

³⁸ La novela fue escrita en 1983 y el triunfo político de Felipe González con el primer gobierno socialista se dio en 1982. La escritura del relato coincide con los primeros meses del primer gobierno socialista. Corín Tellado representa este mundo de convulsión política y de liberalismo moral. Como en el caso de *Llegó la colegiala*, la moral que se vislumbra en los relatos de Corín Tellado nunca es rupturista, sino reflejo de la realidad del presente. Por eso, cabe hablar de moralidad rosa o de moralidad light.

masculina o femenina de esta narrativa. Las estructuras siempre subordinadas al principio del suspense favorecían unas recepciones muy emocionales y nada críticas. El lector buscaba en la literatura por la vía de la imaginación aquellas formas de vida que le negaba la realidad. Frente a las carencias materiales y a la vulgaridad de la vida, la fantasía les posibilitaba ser los héroes o las heroínas de unas experiencias sumamente atractivas y deseables. Pero sentir y ser héroes o heroínas de estas aventuras significaba la aceptación incondicional, mayoritariamente inconsciente, de los valores presentados. Se llegaba a vivir y sentir los principios de la moral de la respetabilidad. La literatura popular era un medio de entretenimiento, pero igualmente un medio de adoctrinamiento. La literatura de evasión era un mecanismo altamente productivo de atracción emocional y de ideologización oficial.

Esta es la verdad de la literatura popular: precios bajos debido a la mala calidad de los materiales empleados, ofertas económicamente rentables, despreocupación literaria, propuestas pseudoculturales de gran atractivo popular, temas de fuerte impacto emocional en cuanto funcionan como medios de compensación de las condiciones de vida del supuesto lector, papel dominante de la imaginación o de la fantasía, escritura referencial y lectura fácil, empleo sistemático de las técnicas del suspense, fuerte carga subliminal³⁹ de moralismo o moralina, interés oficial por esta subliteratura.

A los escritores y a los relatos mass-media de origen español habría que añadir una larga serie de autores de nacionalidades diversas que llenaron las librerías españolas con sus relatos del oeste, con sus novelas policíacas, con sus narraciones de aventuras o bien con títulos que fueron auténticos *best-sellers* en esos años de penurias económicas y de racionamientos literarios. La mayor diferencia con respecto a las novelas españolas son la calidad literaria, el atractivo temático, la psicología de los personajes, la complejidad de las estructuras narrativas y, muy especialmente, la universalidad de sus nombres. La presentación material de estas obras era igualmente de una calidad muy superior. Es obligatorio mencionar los nombres como Karl May con sus conocidas novelas del oeste o bien Agatha Christie con sus universales narraciones de temática policíaca, protagonizadas por la figura del inspector Hércules Poirot o bien Conan Doyle con las aventuras policíacas del detective Sherlock Holmes. En esta misma línea se encuentra

³⁹ El carácter doctrinario subliminal de este tipo de novela permite hablar de escritura referencial como rasgo distintivo de esta narrativa.

G. K. Chesterton, creador de la conocida figura del detective padre Brown. Otras figuras destacadas del panorama literario con una fuerte presencia entre los lectores preferentemente juveniles son Julio Verne y Emilio Salgari con sus inolvidables novelas de aventuras como *La vuelta al mundo en ochenta días*, *Viaje al centro de la tierra*, *20.000 leguas de viaje submarino*, *Miguel Strogoff*, *Sandokan*, *El corsario negro*, etcétera. En el plano de la aventura juvenil se encuentra igualmente Alejandro Dumas con *Los tres mosqueteros* o Robert L. Stevenson con sus universales títulos: *La isla del tesoro* o *Flecha negra*. Otra serie de lecturas, preferentemente de adultos, fueron novelas independientes publicadas en su mayoría por la colección Reno. Entre otras numerosas narraciones, cabe citarse las siguientes novelas: *Cuerpos y almas* de M. Van der Mersch; *La ciudadela* de Archibald J. Cronin; *Un mundo feliz* de Aldous Huxley; *Gran Hotel* de Vicki Baum; *El filo de la navaja* de Somerset Maugham; *Mujercitas* de L. May Alcott; las biografías de Stefam Zweig como *Fouché, el genio tenebroso* y *María Antonieta* o bien *María Estuardo*; etcétera.

Sin obviar la categoría literaria de muchas de estas novelas, cabe afirmar que la gran mayoría de ellas servía para fomentar una literatura de evasión. Incluso, las cuestiones sociales y políticas que ciertas narraciones presentaban o sugerían, nunca ponían en riesgo los intereses del poder, ya que todos los problemas se desarrollaban en tierras imaginarias o en países extranjeros. De esta manera, los problemas que se exponían eran cuestiones ajenas al mundo feliz y bien gobernado que ofrecía la cultura oficial. La casi total mayoría de novelas de autores extranjeros como las de autores nacionales habrían tenido serios problemas con la censura, si la acción se hubiera ubicado en España, como aconteció con algunas de las novelas de Corín Tellado.

VI.-4.-Literatura de masas: entre el hecho literario y el fenómeno dramático

Se ha comentado con anterioridad que el teatro no fue un género literario querido y buscado por las masas. La relación escritura-lectura no pertenece al ámbito de la recepción popular. Sin embargo, la representación o la espectacularidad sintoniza más y mejor con los gustos y maneras del diálogo popular o bien con la denominada socialización dramática. El teatro como texto-escritura-lectura, hecho literario, se diferencia abiertamente de la representación-espectáculo, fenómeno dramático. La razón de estas diferencias descansa en la distinta naturaleza de la emisión-recepción. Mientras

el hecho literario fomenta una recepción reflexiva e individualizada; el fenómeno dramático crea una recepción de carácter masivo y emocional. Ante este hecho diferencial, la censura reaccionaba también de manera distinta. Era muy permisiva con el teatro como hecho literario y extremadamente crítica y reguladora con el teatro como espectáculo. En la base de esta realidad subyacen las cuestiones de quiénes leían una obra teatral y de quiénes asistían a una representación dramática. El receptor del teatro como hecho literario es y era un lector culto de clase media-alta, lector preferentemente burgués, y el receptor del teatro como espectáculo abarca a todas las clases sociales, desde el pueblo hasta las élites culturales y económicas. Ahora bien, dentro de los espacios del teatro como representación, existen dos líneas de espectáculo: la burguesa y la popular. Pero tanto la primera como la segunda respondían a las características formales y temáticas de un teatro de evasión.

El teatro de evasión de naturaleza burguesa recibe el nombre de torradismo, en honor de uno de sus representantes más cualificados: Adolfo Torrado. Este autor gallego se caracterizó por escribir unas obras, en las que dominaba el enredo con situaciones confusas, dentro de un marco de marcado suspense, en el que el espectador se encontraba cogido desde las primeras escenas. A este teatro del enredo se sumaba una buena carga de humor y una pequeña dosis de picardía. El espectador se divertía durante hora y media distendido y satisfecho con un espectáculo que le hacía pasar un buen rato en medio de la risa y el suspense, olvidándose de su supuesta penosa realidad. Era un teatro sin conexión con la vida diaria, un típico teatro de evasión. Los espectadores buscaban ese teatro por esas mismas razones. Necesitaban un espectáculo que propiciara la evasión y el olvido. Humor fácil, erotismo suave y un fuerte suspense eran los ingredientes principales de este teatro. Hay que decir que estos dramaturgos eran unos excelentes artesanos del montaje y de la construcción de sus comedias de enredo. Creaban un espectáculo de la nada que hacía que los espectadores vivieran todo el tiempo del espectáculo con una alta tensión que convertía la hora y media de la representación en un instante de recepción. Era un teatro que buscaba la simple diversión del espectador sin ninguna pretensión pedagógica ni preocupación literaria. Los autores buscaban el éxito comercial sin entrar en los resbaladizos planos de la ideología con temáticas candentes y críticas. Era un teatro que no decía nada, pero conseguía divertir mucho. En las primeras épocas del franquismo triunfó plenamente este teatro de la intrascendencia y de la banalidad. A pesar de los frutos cosechados,

Torrado es actualmente un autor olvidado y desconocido para la casi totalidad del pueblo español. Torrado es otro ejemplo claro de un personaje insignificante en la historia de la literatura, pero fundamental en la sociología cultural de las primeras décadas del franquismo. Algunas de sus obras más señaladas fueron *El famoso Carballeira* y *El celoso Magariños*.

La obra más conocida y reconocida de Adolfo Torrado es la comedia sentimentaloides *El famoso Carballeira*, estrenada en el Teatro Infanta Isabel de Madrid el 23 de marzo de 1940. Desde ese momento, se ha representado cientos de veces por compañías diferentes en épocas distintas. Es un excelente ejemplo del llamado teatro del nacional-catolicismo en su vertiente de la intrascendencia y de la evasión. Es una comedia de temática muy simple, pero de fuerte enredo con una buena dosis de suspense, que atrapa con facilidad a un espectador sin afanes culturales y con deseo de un tiempo de fácil esparcimiento.

El primer acto de la comedia sirve de presentación del caso. La acción se inicia en el elegante salón del pazo gallego de la Quintana. En el salón está reunida buena parte de la familia de los condes Valle de Oro y de la servidumbre de la casa. Es una familia aristocrática venida a menos, que, sin embargo, mantiene las formas y las costumbres de la antigua nobleza. Alarmados y sobresaltados comentan la inexplicable decisión de Beatriz, hija de la condesa y futura heredera del título, quien, en contra de la voluntad de la familia, ha decidido casarse con un rico burgués propietario de una numerosa flota de barcos de pesca que abastece de materia prima a sus fábricas de conservas. José, el rico empresario, es una excelente persona de gran corazón, pero ajeno al ritual aristocrático de la noble familia. La rusticidad de José con su sólido capital choca frontalmente con el formalismo de la aristocrática familia junto a su menguada solvencia económica. La familia de Beatriz no entiende el que ésta ponga tantos impedimentos para que la familia pueda disfrutar del capital de su marido. Beatriz se niega una y mil veces a dar ese paso. En esta situación, hace su entrada José, quien con su habla, con su forma de vestir y con su conducta, provoca un enfrentamiento entre los personajes, que lleva a la hilaridad de los espectadores. En medio de un ambiente de risas, de finas puyas y de conversaciones un tanto intrascendentes, José revela a Raimundo, doctor de alto prestigio y gran amigo de la familia, cómo conoció a Beatriz en una romería y cómo llegaron al matrimonio. Parece, a pesar de la oposición de los

miembros de la familia de la condesa, que Beatriz y José forman un matrimonio bien avenido y muy feliz en sus relaciones personales.

De repente surge la sorpresa. Se anuncia la llegada del primo Jorge, quien abandonó la casa familiar para buscar aventuras. Está felizmente casado con una rica cubana. La llegada al pazo del joven matrimonio acompañado por una tía viuda de gran fortuna y de temperamento vitalista y alegre, cambia el ambiente de forma drástica. Beatriz irrumpe en sollozos, insinuando un posible oscuro misterio entre Jorge y ella. Ella disimula lo mejor posible, pero estos fingimientos refuerzan las dudas y las sospechas en los espectadores. Sin duda, hay un misterio oculto entre ambos primos. Se impone un fuerte suspense.

La llegada de Jorge, de su esposa Araceli y de la tía Panchita llenan de alegría, risas y abrazos el pazo. Pero, en medio del alborozo general, se nota la ausencia de Beatriz. Frente al suspense creado, se imponen varias secuencias de fuerte comicidad, protagonizadas preferentemente por la tía Panchita, quien con su habla caribeño y con sus formas desenvueltas rompen el tono intrascendente y normal de la acción. Se crea un juego muy efectista entre la distensión cómica y el clímax de suspense. La presencia de Beatriz refuerza la tensión. Ésta hace un gran esfuerzo para demostrar normalidad y alegría, pero no puede ocultar su emoción y su intranquilidad. Se cierra el primer acto.

El segundo acto se desarrolla en el moderno apartamento que ha hecho construir José, cerca del pazo, donde tiene las oficinas y donde en ese momento se celebra la fiesta de bienvenida de Jorge y familia. Es, en esta ocasión, cuando Beatriz y Jorge se ven a solas por primera vez. Se aclara el misterio existente entre los dos primos, cuando Beatriz le achaca agriamente a su primo el abandono y, después, el olvido. Han sido novios formales. Se han prometido amor eterno, hasta que Jorge marchó a América, dejando a Beatriz desconsolada. Surge la duda: ¿Beatriz se casó con José por amor o por despecho? La fiesta sigue. Beatriz se comporta con José como nunca antes lo había hecho. Por primera vez, José siente la pasión y la verdad de los besos y de los abrazos de su esposa. Pero, ¿son verdaderos o son fruto del desquite? La duda queda en pie. José vive una despreocupada y feliz ignorancia, pensando que todo es fruto del amor. Son secuencias de poco humor y de mucha tensión.

En medio de la fiesta llega la noticia de que una pareja de barcos de pesca tiene graves problemas para entrar en puerto debido a una fuerte tormenta. José en un principio no le da mucha importancia, especialmente al saber que los barcos están gobernados por dos patronos de gran pericia y experiencia. Sin embargo, José abandona la escena con el pretexto de ir a solucionar el problema de sus barcos. Jorge y Beatriz se vuelven a encontrar. Mientras bailan, Jorge le pregunta a Beatriz por el amor u odio que siente por José, por su matrimonio de conveniencia y de desquite. Se insinúan entre ellos conductas que van más allá de las simples palabras de amor. Todo queda en una nebulosa de dudas y de sospechas. Jorge revela toda la maldad y egoísmo de su persona. Incluso le exige a Beatriz una cita clandestina a la una de la madrugada en casa de una vecina, donde en el pasado ocurrieron ciertos acontecimientos que por las circunstancias pueden ser valorados como dudosos. Es la condición que impone Jorge para entregarle las cartas de amor que le escribió Beatriz. En el acaloramiento de la conversación, llega Araceli, quien se sorprende de la actitud de los dos jóvenes. La explicación que le da Jorge es que Beatriz no le quiere abrazar. Araceli le anima para que le abrace y le revela que está al corriente de su amor con Jorge, de su condición de novios, llegando incluso a decirle que las cartas las leían juntos y que se reían con ellas. En ese momento llega José, quien inesperadamente se entera de la historia pasada de su mujer. Su corazón se mueve entre las dudas y los celos. La marcha de Beatriz hacia el Pazo, cerca de la una de la mañana, llena de zozobra el corazón de José. En este estado, aparece Araceli, quien se entrega a José, pero éste no acepta su ofrecimiento. Está dispuesto a enfrentarse con Jorge y a recuperar su mujer. Pero la situación de los barcos en el mar y la suerte de sus hombres hacen que abandone la idea de defender su honor y recuperar a su mujer, para ir a salvar a sus hombres, dejando el camino libre a Jorge. En esta situación de clímax extremo acaba el segundo acto.

El tercer acto tiene lugar en el mismo salón del pazo, donde se desarrolló el acto primero. Los personajes desayunan tranquilamente en un ambiente de relax y de humor. A través de las conversaciones de los personajes, el espectador se va enterando de las últimas noticias. José consiguió salvar a sus hombres, pero sufrió un serio accidente. Lo que desconcertó a todos los miembros del pazo fue que en vez de acudir a casa de su mujer, marchó a casa de su padre, donde se restableció de sus heridas en medio de un gran silencio interior. Mientras, Beatriz, contra todo pronóstico, se encuentra feliz. Vive su vida como si no hubiera pasado nada. Ha sabido crear un mundo distendido y alegre

a su alrededor. Mientras, el tío de Beatriz, Amalio, comunica a la concurrencia su próxima boda con Paquita, boda interesada por su capital, porque de tener veinte mil duros nunca daría ese paso. Pero, inversamente, Paquita si acepta a Amalio, es por su título. Uno vivirá en la abundancia y la otra recibirá el título de marquesa. En estas secuencias de la comedia, la dosis de humor es importante. Se juega en la comedia con dos líneas de recepción dramática. Beatriz, José y Jorge potencian un plano de intenso suspense y por su parte, Amalio y Paquita, refuerzan la cara humorística de la comedia.

Entre risas y suspense continúa la acción. Amalio, cuando le notifican la venta de una finca de su propiedad por una alta cantidad, ve limpio su futuro económico y rechaza la boda con Paquita, quien en secreto ha comprado la finca de Amalio. Cuando éste rechaza su mano, ella se vuelve atrás con la venta. La situación vuelve a un estado inicial y, como tal, se vuelve a plantear el juego de intereses que supone el matrimonio entre la rica viuda y el pobrete aristócrata. Mientras tanto, la segunda línea dramática entra en acción, cuando se comunica que llega José al pazo. Todo el mundo piensa que va a hacer un disparate. Como no le dan paso libre, rompe la verja y se dirige a la casa. Se espera lo peor de su comportamiento, conducta violenta marcada por los celos y el despecho, propiciados por el recibo de un anónimo, en el que le comunican que su mujer le abandonará con la marcha a América. Llega al pazo con voluntad de venganza y de certezas, pero sólo encuentra la conducta incomprensible de su mujer. En el momento de mayor tensión, Beatriz le comunica a José que sus risas y su alegría se debe a que está embarazada. La espera de ese nuevo ser le llena de profunda alegría. Ante la noticia, José queda, primero, desconcertado y, después, siente un infinito amor hacia su mujer y hacia su futuro hijo. Todo, -dudas, celos y despecho-, se convierten en abrazos, risas y alborozo. En el momento de mayor tensión, cuando el espectador podía imaginar cualquier desastre, el suspense desaparece con la resolución del problema. El amor vence, proclamando un venturoso futuro. Se impone, una vez más, la línea cómica protagonizada por los amores interesados entre Paquita y Amalio, especialmente cuando José le comunica la entrega de un cheque por valor de diez duros, pero convertible sólo en la Habana. La solución se halla en Cuba, lo que impone el casamiento entre Amalio y Paquita. Una vez resueltos los dos problemas, se cierra la obra con una buena dosis de moralina, en la que se propone la irrupción de una nueva clase social, proveniente de la mezcla de la nobleza pasada y de la fuerza física y económica de una nueva y pujante burguesía. Es el resultado final de la unión de un Carballeira y de una Valle de Oro.

Obra bien construida, aunque con algunos fallos técnicos importantes, -en diferentes ocasiones los personajes actúan como si conocieran sucesos que en realidad no pueden saber-, en la que se juega en dosis parecidas con el humor y el suspense, creando una alternativa de tensión-suspense y distensión-humor. Esta dualidad dramática es la mejor técnica para introducir al espectador en la representación. Éste ríe y se angustia, disfrutando o sufriendo con la suerte de los personajes, hasta llegar al cierre de la obra, en la que se solucionan todos los problemas. El espectador, tranquilo y satisfecho, con el *happy end* se levanta de la butaca sin ninguna otra consideración que la experiencia gratificante del buen rato pasado. Es un teatro sin ideas, sin mensaje, sin relación con la realidad, ejemplo claro de un teatro de la banalización y del escapismo.

Si Adolfo Torrado fue la figura máxima de este teatro en la primera época del franquismo, Alfonso Paso será su representante más cualificado y el mejor exponente de este teatro de la evasión, del enredo y de la intrascendencia. Sus primeras obras ofrecían un tono un tanto contestario y rebelde. Pero pronto se dio cuenta de que poco podía ganar por la vía de la disidencia. Dio un giro de ciento ochenta grados y probó suerte con un teatro formalmente bien construido pero semánticamente vacío de sentido. Potenció al máximo los recursos del enredo, la confusión y el humor con una temática nula e intrascendente. Se había ubicado en los espacios teatrales del torradismo. Alfonso Paso superó a todos sus compañeros de viaje en el camino de este teatro, siendo, desde entonces, la figura más importante del teatro de la intrascendencia. Cosechó los más grandes triunfos en los escenarios de toda España y América, disfrutando de la complacencia del régimen y de la simpatía de gran número de incondicionales. Se evolucionó del torradismo al pasismo, manteniendo la misma estructura dramática sin una renovación teatral. Desde la perspectiva comercial y de la aceptación popular no tuvo competidor. Fue el líder indiscutible del teatro español a partir de la década de los cincuenta, manteniendo una hegemonía plena hasta el final del franquismo e incluso en décadas posteriores. Numerosas comedias del autor gallego pasaron al cine, de forma que el teatro de Alfonso Paso acaparó los escenarios y las pantallas. Se tradujo a numerosas lenguas y estuvo presente en Broadway con su obra *El canto de la cigarra*. Aunque parezca sorprendente, Alfonso Paso fue una de las figuras más representativas y más representadas del teatro español del S. XX.

Enseñar a un sinvergüenza es una de las obras más señaladas de la cultura de la época franquista. Es la típica obra de nulos valores literarios pero de gran significado sociológico. Alfonso Paso escribió esta comedia en 1966. Fue estrenada el 16 de noviembre de 1967 en el Teatro Victoria de Barcelona. La obra estuvo en cartel más de dieciséis años, alcanzando cifras record de representación. Es la obra teatral más comercial del S. XX.

Alfonso Paso, haciendo un auténtico alarde de ingeniería teatral, escribe una comedia muy bien montada en dos actos, en la que el suspense, perfectamente graduado, crea en el espectador una tensión creciente que le lleva a participar emocionalmente según el ritmo de la acción dramática. Un segundo elemento clave de la comedia es el humor. Un humor a base de chistes fáciles, juegos de palabras equívocas, situaciones inesperadas, reacciones confusas e imprevistas, etcétera, hace que el espectador se distienda, de forma que la acción dramática discurre entre momentos de tensión y tiempos de laxitud. Un tercer factor importante en la comedia es la ley de la insinuación. Se dice con las palabras lo que no se ve en escena. Para la época en que se escribe y se estrena, es una comedia valiente en sus planteamientos. Gracias a estos juegos alternativos de suspense, humor y erotismo se rompe con el tiempo físico para hacer prevalecer el tiempo emocional. La hora y media de representación se reduce a un tiempo breve de recepción. Al final, como era de esperar, a partir de un momento extremo de suspense se cierra la obra con la resolución del problema planteado. El *happy end* cierra la obra con el final esperado y querido por todos los espectadores.

Toda la acción de la obra se desarrolla en el salón principal de una finca con salida a un pequeño jardín. La limpieza y el orden del salón indican que se está ante una familia limpia y meticulosa. Los protagonistas de la acción, en un primer momento, son los tres miembros de una familia de clase media-alta, compuesta por los padres de edad madura pero físicamente bien conservados, Gregorio y Margarita, y una hija, Rosana, de veintiocho años. La acción se inicia con la entrada en el escenario de Gregorio y Margarita, quienes vienen cogidos del brazo. Se detienen y el padre se encara al público para, como narrador dramático, comunicar a los espectadores la situación personal que padecen como consecuencia de la personalidad de su hija. Rosana es una joven agraciada, de gran inteligencia, capaz de licenciarse en medicina, derecho y filosofía y letras a los 22 años. Todo lo que tiene de inteligente lo tiene también de remilgada y

tirana. Tiene un lema: la independencia social sólo se conquista a través de la independencia económica. Por eso, para ser autosuficiente, imparte clases particulares, pero debido a su carácter agrio y déspota no puede retener a sus alumnos más de tres meses. En ese momento, hace su aparición Rosana, quien increpa a sus padres por haber llegado a casa con diez minutos de retraso. En la casa todo tiene que responder a una disciplina severa. No hay razón para llegar tarde. Las excusas de los padres no sirven para nada. La casa se ha convertido en una especie de infierno. Todo está regulado por normas y prohibiciones. No se puede llegar tarde, no se puede fumar, a una mujer decente no le puede gustar Clark Gable... El “no” es el término más común en labios de Rosana. Margarita piensa que lo que necesita su hija es un hombre que sepa llevar los pantalones de la casa, pero hasta ahora todos los pretendientes han huido ante el carácter autoritario de Rosana. A sus veintiocho años es una solterona sin posibilidades de cambiar de estado.

En esta situación, Gregorio desde una perspectiva omnisciente de futuro, comunica al público lo que sucedió en su casa con la llegada de un nuevo alumno: Lorenzo. Se reanuda la acción. La llegada de Lorenzo no puede ser más aparatosa. Llama a la puerta con un largo y penetrante timbrazo que desconcierta a Rosana. Abre la puerta y se encuentra con un joven, a quien le hace salir de casa para que llame de manera correcta y educada. Vuelve a llamar con un segundo timbrazo idéntico al primero. Rosana se sulfura con este comportamiento. En el interior de la casa, Lorenzo enciende un cigarrillo, echando las cenizas al suelo. Acción que exaspera a Rosana. Se organiza una nueva gresca con las cenizas. Desde el momento de la llegada de Lorenzo, se oponen dos formas de ser y dos maneras de concebir la vida. Lorenzo es un tahúr, mujeriego, juerguista, un simpático sinvergüenza. Recomendado por un amigo de Rosana, ha venido a recibir lecciones de cultura y de urbanidad. Busca unos toques de barniz que le hagan ser algo diferente en sociedad. Desde un primer momento, se juega con un doble estilo de lenguaje: el estilo callejero y un tanto barriobajero de Lorenzo y el estilo culto y un tanto alambicado de Rosana. El choque de ambos lenguajes, las situaciones grotescas creadas entre ambos personajes, las expresiones con doble sentido producen un clima de fuerte hilaridad. El humor es clave en este tipo de comedia.

La primera clase es un encuentro fallido. Cada uno va por su camino sin posibilitar una mínima sintonía entre ellos. Lorenzo habla y actúa en clave de ironía; Rosana sigue

siendo la joven atildada e insufrible de siempre. Pero en esta primera entrevista, algo se ha alterado. Rosana empieza a sentir ciertas sensaciones desconocidas hasta ahora. Algo inusual para ella, empieza a fijarse en su cuerpo, que lo encuentra bello y atractivo, lo que le causa un cierto desasosiego. Para los padres que hacen su entrada en escena, Lorenzo sigue siendo un verdadero sinvergüenza, pero un sinvergüenza simpático y atrayente por su capacidad de risa y por su actitud de llevarle la contraria a Rosana. Parece que su hija ha encontrado un joven que es la horma de su zapato. Anuncian, antes de salir de escena, una segunda etapa en las relaciones de profesora y alumno.

Ha transcurrido un mes. Parece que Rosana está muy satisfecha con los adelantos de su alumno. Lorenzo hace acto de presencia con un timbrazo largo y penetrante, lo que altera, como siempre, a Rosana. Lorenzo entra con sus libros y se sienta en una mesa repleta de ceniceros para evitar que tire las cenizas al suelo. Rosana le pregunta por la redacción que le había mandado como ejercicio de fin de semana, cuyo tema era “¿Qué hice el domingo?”. Rosana se va escandalizando según va leyendo la redacción, que cuenta de manera pormenorizada, en sus más íntimos detalles, las relaciones amorosas que mantuvo con Yolanda, una de sus amigas. La representación se cubre de un tinte sexual sin perder en ningún momento la fuerte carga humorística que caracteriza toda la pieza. Rosana, aunque quiere demostrar indiferencia ante la situación creada, cada vez se siente más atraída por la vida y por los actos de Lorenzo. Se interesa por su posible prometida y por los detalles que caracterizan el acto de amor con Yolanda. En la conversación se entremezclan anécdotas de la conquista de Granada y de la muerte de Juana “La loca” con los pormenores de la entrega amorosa. La situación le vence a Rosana, nerviosa y a punto de marearse. Para evitar que este estado se agudice, echa a Lorenzo de casa y, ante la presencia de su madre, le interroga sobre su comportamiento cuando hace el amor con su padre. Los detalles que ofrece Margarita son casi idénticos a los que Lorenzo le ha contado sobre Yolanda. Rosana termina la escena fuera de sí. Son escenas de gran hilaridad.

Han pasado tres semanas. Parece que la situación entre Rosana y Lorenzo se ha estabilizado y que el alumno está adquiriendo nuevos modales y mayores conocimientos. Gregorio, una vez más en una posición de futuro temporal, comunica que Rosana cumple 29 años y que ha invitado a Lorenzo al acto de cumpleaños. En ese momento se retrotrae la acción y aparece Lorenzo pulcramente vestido. Llama a la

puerta con gran discreción. Frente a Lorenzo, Gregorio le pregunta cómo es posible que pueda aguantar a Rosana tanto tiempo, cuando ellos se sienten esclavizados de manera inmisericorde. La razón de esta situación, según Lorenzo, es no dejarse nunca dominar. Como día de cumpleaños, Lorenzo le trae un regalo a Rosana. Es *El Decamerón* de Bocaccio. Rosana piensa lo peor del regalo y se establece, como en ocasiones anteriores, un diálogo muy tenso. En un momento, Lorenzo la coge por la cintura y la besa ante las protestas de la joven. Rosana se rebela, pero Lorenzo la vuelve a besar. Después la obliga a comer un trozo de tarta que ella no quería. La fierecilla está domada. Cuando ella casi suplica que la vuelva a besar. Él muy dignamente abandona la casa. Rosana, aunque desconcertada por la actitud de Lorenzo, ha descubierto su sexualidad de mujer y la condición de hombre de Lorenzo. En esta situación termina el primer acto.

El segundo acto se inicia como la primera escena. Gregorio, como narrador dramático, nos comunica que Lorenzo va ganando en conocimiento y en discreción. Trata con respeto a Rosana. A su vez, Rosana, en su comportamiento, se muestra más comunicativa y más humana. Pero, al mismo tiempo, se le nota nerviosa e inquieta. La acción vuelve a centrarse en la pareja. La lección del día es el romanticismo con don Juan Tenorio como tema central. Lorenzo, hablando de un tema muy propicio a su forma de ser, comunica a Rosana su deseo de tomar hábito y retirarse del mundo. La razón de su vocación es ella, quien le ha enseñado cuál es el verdadero camino y el auténtico sentido de la vida. Rosana se queda desconcertada, ya que esperaba otro tipo de confesión, una declaración de amor. La joven queda confundida. Como consecuencia de este desengaño, vuelve a su anterior conducta. Reniega de todo e impone su voluntad en todo. En esta situación, llega Yolanda, preguntando por el paradero de su amigo y amante. Después de un diálogo chispeante, Rosana le comunica que ha ingresado en un convento de la provincia de Burgos. Yolanda se ríe y piensa que puede estar en cualquier lugar menos en un convento. Se imagina que está con otra mujer, propietaria de una *boîte*. Lllaman por teléfono y descubren la verdad. La sospecha se hace realidad. Se dan cuenta de que ambas mujeres han sido burladas por un donjuán. Sin embargo, antes de irse, Yolanda le da un consejo a Rosana: cuando una mujer se enamora de un hombre hay que ir hasta el fin del mundo para atraparlo. Yolanda se va. Rosana se sienta en el sillón. Se cierra la escena. Vuelve a aparecer Gregorio en escena, quien, como en ocasiones anteriores, nos revela que han pasado cinco días y que la situación se

ha vuelto insufrible. Los padres rezan para que aparezca Lorenzo y conquiste a Rosana. En ese momento suena un timbrazo largo y penetrante. Rosana se despierta. Es Lorenzo, a quien se enfrenta, impidiéndole la entrada. Se establece un diálogo un tanto incoherente por parte de ambos, pero en esa palabrería demuestran el profundo amor que uno siente por el otro. La obra termina en la aceptación con la promesa de tener un futuro compartido.

Si Lorenzo acepta a Rosana es por dos causas: es virgen y es bonita. La virtud es el arma más poderosa para enseñar a un sinvergüenza. El final feliz, efectista dramáticamente pero en pura lógica muy poco convincente, es la consecuencia de los valores y principios tradicionales de una moral paradójica y contradictoria que permite al hombre cualquier desmán sexual y erótico, pero prohíbe a la mujer cualquier veleidad de tipo amoroso. El hombre tiene que demostrar su hombría y la mujer su dignidad moral. La obra se inserta claramente dentro de la moral de la respetabilidad. La moralina está servida.

Tanto la obra de Adolfo Torrado, *El famoso Carballeira*, como la comedia de Alfonso Paso, *Enseñar a un sinvergüenza*, son dos ejemplos demostrativos del típico teatro oficial. Teatro bien construido para solaz de un espectador poco exigente y muy necesitado de pasatiempos intrascendentes. Ambos autores, con un juego muy efectista de fuerzas encontradas entre tensión y distensión, entre suspense y humor, saben atrapar al espectador en el enredo de la acción y no lo sueltan hasta el final de la representación, cuando con el *Happy end* esperado todo se soluciona, quedando el espectador feliz y relajado ante la conclusión feliz de un problema tan superficial como intrascendente. Éste es el teatro que quería ese espectador y este es el teatro que ofertaban estos dramaturgos.

Cuando se habla de Adolfo Torrado y de Alfonso Paso, se valora su obra dramática como un teatro bien hecho, pero carente de significado. Por eso, se identifica a estos dos dramaturgos con el teatro de la evasión y de la intrascendencia, un teatro para divertir y para, en cierto sentido, embrutecer a los muchos espectadores que asistían a la representación de sus obras. Sin embargo, interpretar así este teatro es reducir peligrosamente su significado. Éste es también un teatro solidario y comprometido, pero en esta ocasión con el poder establecido y con la moral reinante. La supuesta filosofía

evasionista de estas comedias ofrece una lectura final de claro fundamento doctrinal. El suspense emocional, la identificación receptiva, la banalización temática, el humor picaresco, etcétera, de este tipo de comedias, aparentemente intrascendentes y frívolas, sirven para ofrecer un cierre de claro signo doctrinario y de hondo calado ideológico. Todo sirve para la causa. Así lo vio y lo valoró el sistema, que colmó de favores y de oportunidades a los dramaturgos que optaron por esta línea teatral. Torrado y Paso, entre una larga nómina de autores dramáticos, son la indiscutible muestra del favor oficial a cambio de un teatro supuestamente banal e intrascendente, pero realmente proselitista e ideológico.

Otro tipo de representación que contó con el favor incondicional de un público preferentemente burgués o de clase media, que buscaba diversiones frívolas como simple pasatiempo, fue el conocido como teatro de variedades, de origen francés, *théâtre des variétés*, que abarcaba un amplio espectro de representaciones que iban desde la revista a la comedia musical, pasando por formas propias del cabaret y del music-hall. Era en realidad un subgénero teatral, en el que se combinaba música, baile, canción y sketches humorístico-eróticos o críticos. El espectáculo se centraba en una figura femenina protagonista, vedette, de cuerpo espectacular, vestida con trajes vistosos de gran colorido y confeccionado a base de plumas y lentejuelas, que dejaban al descubierto buena parte de la anatomía. A la vedette le acompañaba un número indeterminado de jóvenes, denominadas coristas, que funcionaban unas veces como comparsa y otras como coro. Se caracterizaban, como la vedette, por sus figuras esculturales y una vestimenta muy ligera que acentuaba sus encantos anatómicos. Se creaba un ambiente entre erótico y seductor, que hacía que el espectador se metiera de lleno en la acción representada hasta formar, en ocasiones, parte del espectáculo, rompiendo la barrera entre escenario y público. También había un cuerpo de actores que acompañaban en los bailes y cantos a la vedette en unión con las coristas o al margen de estas. La configuración de estos espectáculos mantenía en buena medida las típicas formas del teatro medieval. Un hilo temático muy tenue unía y reunía los diferentes números de tipo muy variado que componían realmente el cuerpo central del espectáculo. La diversión estaba garantizada a través del humor, las actuaciones de un cargado erotismo y la belleza de las actrices, que componían un coctel explosivo de espectacularidad y de sensualismo. Todos estos ingredientes favorecían la fidelidad de un público incondicional que asistía más o menos regularmente para diversión y

desahogo emocional. El lugar propio de estas exhibiciones de luz, color y música era el teatro convencional. Los buenos espectáculos o las compañías de impacto popular, siempre identificadas con su vedette, llenaban día tras día el aforo de los teatros. El éxito del espectáculo y la ganancia económica estaban garantizados. Era un teatro que mantenía su sitio y el favor popular. La última gran artista del género de las variedades fue Lina Morgan con éxitos clamorosos allí donde actuaba.

La comedia o teatro de variedades en la España franquista tuvo una presencia muy importante. Aunque la censura vigilaba con escurpulosidad estos espectáculos, en ningún momento corrieron la suerte de su suspensión, lo que no significa que tuvieran carta blanca para asumir libertades más allá de lo permitido. A esto pudo ayudar la ideología oficialista de la mayoría de las vedettes españolas. Los nombres más coreados y aclamados fueron, entre otras muchas figuras, Celia Gámez, cuyos éxitos más sonoros los alcanzó en el cine con películas como *Nobleza Baturra* y *Morena Clara*; Imperio Argentina, quien alcanzó grandes éxitos artísticos, siendo una de las figuras más señaladas del régimen con actuaciones tan conocidas como “Ya hemos pasado”, canción que parodiaba el eslogan republicano del “No pasarán”; Sara Montiel, quien cosechó grandes triunfos como cantante y actriz, especialmente como protagonista de dos películas de época, *El último cuplé* y *La violetera*; Lina Morgan, la vedette cómica más importante de la historia del cine y del teatro español, etcétera⁴⁰. La historia de la Revista musical está marcada por la presencia y por los grandes éxitos de estas artistas de mallas, lentejuelas y plumas, celebradas por un público incondicional que sólo “buscaba el entretenimiento y lo espectacular sin preocuparse de los contenidos” (Montijano, 2010, p. 19). A mediados de la década de los sesenta se empiezan a notar síntomas inequívocos de decadencia que se acentuará a finales de la década.

Dando un paso adelante en esta línea de teatro de variedades, es obligado hablar de los grupos que formaban parte del llamado teatro ambulante, caracterizado por llevar el teatro a las ciudades de provincia o a otras localidades demográficamente importantes, a donde el tradicional teatro de variedades con sus grandes vedettes llegaba poco⁴¹ o no

⁴⁰ Este teatro de variedades alcanzó su mayor apogeo en tiempos de la República con vedetes tan celebradas como la Bella Chelito, Raquel Meller, Pastora Imperio, La Argentinita, etcétera.

⁴¹ Solía ser habitual la presencia de estos teatros de variedades en las fiestas patronales de las capitales de provincia. Eran las giras veraniegas por las capitales de provincia, que, como en las temporadas en la

llegaba. Este teatro ambulante ofrecía las mismas características que el teatro musical. La diferencia mayor era que mientras el segundo, teatro musical, ocupaba los teatros estables, el primero, teatro ambulante, montaba y desmontaba sus carpas y representaba los espectáculos en los lugares que las autoridades permitían. Normalmente, el teatro ambulante ofrecía una vistosidad de trajes y de chicas de calidad inferior y el espectáculo era más simple en su montaje. Sin embargo, los llenos eran diarios. Era un subgénero teatral de gran aceptación popular. Entre los teatros ambulantes, los más conocidos fueron el Teatro Argentino, el Teatro Lido, el Teatro Chino Manolito Encinas y, muy especialmente, el Teatro Chino Manolita Chen⁴².

El Teatro Chino Manolita Chen nació en los albores de la década de los cincuenta, cuando Chen Tse Ping, destacado artista circense de origen chino especializado en el lanzamiento de cuchillos, se unió con Manuela Fernández, corista de uno de los teatros de variedades. Decidieron abandonar la arriesgada profesión del lanzamiento de cuchillos sobre la silueta de Manuela e idearon un espectáculo de variedades que llevaría el nombre de sus mentores: Manolita Chen. La empresa funcionó como un negocio económicamente muy estable, que desde su inauguración contó con el fervor apasionado de un público muy variopinto. El teatro Chino de Manolita Chen fue, sin lugar a dudas, un fenómeno importante de la vida teatral de la España del franquismo.

El Teatro Chino Manolita Chen era un espectáculo mezcla de cabaret, music-hall, circo y revista musical. Cualquier número podía entrar a formar parte de la representación, desde los números picarescos a las actuaciones circenses, pasando por la música y el baile. Cabe hablar de un teatro total. Muchos de los grandes artistas españoles del espectáculo se formaron o consolidaron su arte en los escenarios del teatro chino. Entre éstos cabe mencionar a Antonio Machín, Marifé de Triana, Antonio Molina, Manolo Escobar, Juanito Valderrama y Dolores Abril, Fernando Esteso, Arévalo, etcétera. El teatro de Manolita Chen cosechó grandes éxitos con llenos totales durante décadas. Habitualmente realizaban tres sesiones diarias, pero hubo días, que debido a las

capital, cosechaban clamorosos éxitos. El espectáculo que triunfaba en los teatros de la capital tenía asegurado el éxito en provincias.

⁴² La tan cacareada crisis del teatro español está negada por los éxitos, algunos clamorosos, de este teatro musical de vedette o bien por el teatro ambulante. Muchos de estos espectáculos conseguían llenar los aforos noche tras noche, negando la crisis del teatro español. Más bien, hay que afirmar que la disfunción entre teatro y público se debía a la falta de empatía entre el espectáculo ofrecido y los gustos del espectador.

peticiones de los espectadores, llegaron a realizar ocho representaciones en una sola tarde-noche. A partir de la década de los setenta, este teatro chino, como todos los teatros ambulantes, empezó a resentirse de una competencia muy fuerte venida de la televisión y de la generalización del destape integral. El teatro de Manolita Chen no podía competir con el sensualismo y erotismo provenientes de los medios y de las oportunidades que ofrecía la desaparición de la censura en los espacios del desnudo. El Teatro desapareció en 1980, pero su recuerdo quedó vivo en la mente de muchos españoles.

Otro subgénero del teatro ambulante de fuerte predicamento entre el público español fue el teatro de la legua⁴³. Recorrían el país de una localidad a otra, instalando sus rudimentarios teatros en las plazas de los pueblos, donde ejercitaban sus habilidades. Este ir y venir de pueblo en pueblo les dio el nombre de cómicos de la legua. Muy rara vez actuaban en teatros estables. Iban regularmente a aquellos lugares, donde no llegaba el teatro oficial. Los espectadores acudían con sus sillas al lugar de la representación para asistir cómodamente al espectáculo. Otros asistían de pie durante las casi dos horas que duraba la representación. Lo curioso del caso era que de forma inconsciente ese primitivo espacio teatral formado por un público fervoroso adquiría la forma del teatro clásico, una “u” cerrada por la cuarta pared constituida por el grupo de actores y por un escenario imaginario. La representación estaba constituida por diferentes números, donde no faltaban la canción popular, los números de circo, actuaciones de payasos y algunos sketches de naturaleza cómica-picante. Como uno de los grupos de espectadores era el formado por los niños, el grado de erotismo existente era de graduación muy baja. Abundaban los juegos de palabras de doble sentido, que conferían al espectáculo cierto grado de picardía sin pasar la línea roja marcada por la censura. La expectación que creaban ciertos números, el humor y el grado de picardía de algunos sketches, etcétera, aseguraban el éxito de la representación. Frente a los teatros estables que se financiaban con las entradas o con los contratos firmados, en el caso del teatro de la legua la financiación consistía en venta de rifas, número central para los grupos teatrales y parte del espectáculo altamente pesado para el público. A mayor venta, mayor negocio. Para evitar posibles problemas con la censura y por falta de medios económicos, los trajes de los artistas eran muy simples. Las actrices se cubrían con un

⁴³ Este apartado está escrito a partir de mis experiencias de niño como espectador de este teatro de la legua en ciertas localidades de Guipúzcoa y de Navarra.

vestido muy ceñido que recordaba los trajes de baños femeninos de los años sesenta con unas mallas que cubrían las piernas sin ocultar sus formas. También era frecuente el vestido de la minifalda de décadas posteriores. De una manera u otra, estaba garantizado un buen muestrario de brazos y pantorrillas. Los payasos eran las actuaciones preferidas de los niños y los números en los que participaban las actrices lo eran para los mayores. Era un teatro muy popular donde no existía separación entre actores y público, ya que unos y otros, con sus respectivas actuaciones, formaban un todo compacto y único. El público cantaba o coreaba las canciones que entonaban los actores y actrices y en numerosos números participaba el público espectador, bien de manera espontánea o bien porque eran requeridos por los propios actores. El espectador habitual de este teatro era la gente del pueblo bajo, ya que raramente asistían las personas distinguidas o de clase burguesa de la localidad. Era un teatro que contaba con una mala reputación y los componentes de estos grupos presentaban para las autoridades del lugar conductas dudosas. Los alguaciles y otros miembros de la autoridad ejercían un seguimiento muy estrecho. Después de dos o tres actuaciones, una por día, era raro que los componentes del grupo permanecieran más días. Marchaban a otro pueblo y así permanentemente, de forma que la existencia de estos grupos teatrales residía en el camino, recorriendo kilómetros o leguas de un sitio a otro. El teatro de la legua, de fuerte presencia en la España de la primera mitad del S. XX fue apagándose poco apoco de manera que a principios de los sesenta desapareció, quedando como recuerdo de un teatro eminentemente popular. En estas últimas décadas el cine español ha tomado como referencia temática la vida errante de estos grupos de la legua. Dos de los títulos más emblemáticos son *El viaje a ninguna parte* de 1986, dirigida por Fernando Fernán Gómez a partir de la novela homónima del mismo director publicada en 1985 y *¡Ay, Carmela!* de 1990 dirigida por Carlos Saura a partir de la obra dramática del mismo nombre de José Sanchís Sinisterra de 1986.

Un apartado breve, pero de obligada referencia, en este capítulo sobre los gustos teatrales y dramáticos del pueblo español lo debe conformar la presencia de la canción popular en torno a las llamadas folclóricas o bien a los cantaores de flamenco y de coplas. La historia del franquismo está repleta de estos artistas-cantantes que hacían la delicia de los españoles. Desde Estrellita Castro y Manolo Caracol hasta Rocío Jurado y Manolo Escobar, pasando por Lola Flores, Paquita Rico, Carmen Sevilla, Concha Piquer o bien Raphael y Julio Iglesias, etcétera, llenaron toda la geografía española de

sus sonos y de sus canciones. La canción fue uno de los pasatiempos y diversiones más arraigados en el pueblo de la España franquista. Mientras la canción catalana y vasca fue prohibida en las primeras épocas del franquismo y muy mal digerida en tiempos posteriores, como demuestra la historia de la canción del “La, la, la”, canción ganadora del Festival de Eurovisión de 1968, la música andaluza y el baile flamenco se convirtieron en los géneros musicales y de danza más representativos del alma española.

Mientras la canción popular fue una actividad asumida, incluso potenciada, desde el sistema por representar la más genuina música española, aunque no dejara de tener problemas serios con la censura debido a la defensa de amores pasionales y de muertes violentas, etcétera, las actividades dramáticas, desde la revista musical hasta el teatro ambulante y el teatro de la legua, estaban siempre en la cuerda floja con relación a la censura. Sin embargo, la presencia de folclóricas y copleros en el Palacio de El Pardo era muy frecuente⁴⁴. La música representaba los sonos más puros y genuinos de lo español y de la hispanidad, de manera que era conocida como música o canción española. Esto indica que la canción, en cuanto representante de lo hispano y de la hispanidad, jugaba un papel importante en el proceso de ideologización del pueblo español. Los subgéneros dramáticos, por su parte conformaban un teatro de temática neutra, que sólo buscaba el entretenimiento y el pasatiempo del espectador. Aunque uno funcionaba como fuerza adoctrinadora y el otro como elemento de diversión, ambos propiciaban y fomentaban entre los españoles la típica cultura de la banalización y de la intrascendencia.

VI.-5.- Medios de comunicación de masas: radio y televisión

Como se ha comentado en el capítulo anterior, la radio y la televisión fueron los medios de comunicación más activos en la tarea de adoctrinamiento de los españoles. Desde las ondas radiofónicas y desde la pequeña pantalla, sin interrupción y de manera persistente, se fueron divulgando las consignas oficiales que tenían que marcar el rumbo de la vida social y política de la nación. El *parte*, término que con un sentido militar y bélico, en su origen *Parte de guerra*, vino a designar durante años las noticias oficiales que se impartían desde la radio a las horas de mayor audiencia. Incluso, después de muchos años de acabada la guerra, se seguía denominando *parte* a los comunicados

⁴⁴ El teatro nunca fue del gusto del Jefe del Estado ni de su camarilla más cercana.

oficiales y públicos que se daban tanto desde la radio como desde la televisión. Estos desplazamientos semánticos, partes por telediarios, indicaban que la gente seguía valorando los informativos como comunicados oficiales. Los telediarios y los noticieros abarcaban en sus presentaciones la propaganda más dura y directa como igualmente aquella otra de tipo subliminal, consistente en ocultar o bien en edulcorar la realidad de la vida española. Según la doctrina oficial, existía un lema inamovible y machaconamente repetido que se ofrecía desde todas las instancias y con todas las noticias: España es una nación destinada a una misión gloriosa y universal gracias a unos líderes o directores de carácter providencialista que obligaban a todos los españoles a ser obedientes y cumplidores de sus obligaciones para alcanzar las metas políticas y religiosas a que estaban destinados. Como en el caso de NO-DO se ofrecía una visión heroica durante la primera posguerra e idílica durante la paz. Los principios de orden y obediencia funcionaban como premisas ineludibles para alcanzar la unidad, la grandeza y la libertad. Al mismo tiempo, la televisión y la radio, junto a los otros medios de comunicación, eran los encargados de dar una visión idílica y bondadosa de España, donde nunca pasaba nada malo, siendo la mejor de las naciones, gracias a la labor ejemplar y carismática de sus dirigentes. A lo largo de todo el franquismo se siguió manteniendo el principio maniqueísta de la bondad para las personas y acciones alineados en la ideología del sistema y la maldad, con todos sus derivados, para todos aquellos que funcionaban al margen de las directrices oficiales. Para entender mejor esta realidad no podemos olvidar que “Franco y Carrero Blanco han colaborado en la radio pública escondidos en seudónimos hasta muy avanzada la década de los sesenta” (Lorenzo Díaz, 1977, p. 246). Las ideas y los idearios de Franco y Blanco estaban muy presentes tanto en la radio como en el periodismo. En estos medios había tanta evasión y pasatiempo como doctrinarismo.

Ciertos programas, tanto radiofónicos como televisivos, aparentemente inocuos desde una perspectiva ideológica, funcionaban como mecanismos emocionales de evasión que potenciaban de manera muy sutil las consignas y doctrinas del nacional-catolicismo. Eran programas de evasión, pero que no descuidaban su función doctrinal. Entre los programas más señalados de ideologización subliminal se encuentran los seriales radiofónicos y los culebrones televisivos. Tomando como referencia el diccionario de la lengua española, los seriales y culebrones pueden ser definidos como “relatos dramatizados difundidos por capítulos a través de las ondas de la radio o de la

televisión”. Los grandes éxitos de la radio y de la televisión fueron precisamente estos programas de evasión y de diversión conocidos como seriales radiofónicos o bien culebrones televisivos.

Muy en la línea de las novelas de quiosco, los seriales y los culebrones repetían al pie de la letra todas las características tanto temáticas como formales que definían esta literatura de masas. Los seriales radiofónicos y televisivos, como típicas manifestaciones de la cultura popular, fueron ofertas de escasos o nulos valores estéticos, pero de alta fuerza comunicativa y de una gran amplitud receptiva. La validez de estos programas descansaba en la cuota de pantalla o de audición más que en sus valores estéticos. El éxito de un programa se medía por el número y nunca por la calidad de la audiencia. A mayor número de recepción, mayor éxito. Por eso, se buscaban y se potenciaban aquellas series de amplia audición. Para lograr el éxito de estos programas había que buscar y potenciar aquellas temáticas y aquellos recursos comunicativos que comulgaban con el gusto de los oyentes o televidentes. Eran programas de fuerte carga emocional, lo que propiciaba un intenso impacto en los oyentes. Las temáticas respondían preferentemente a las características del dramón o bien del melodrama con una fuerte carga de contenidos pasionales y lacrimógenos. Éstos podían ser situaciones extremas de desamparo y abandono, de jóvenes en la soledad y en la miseria que finalmente triunfaban en la vida gracias a un matrimonio redentor, amores imposibles que al final se hacían realidad, búsquedas apasionadas de la verdad, etcétera. Cualquier tema de alto grado de sentimentalismo con la finalidad de conmover al receptor y asegurar su atención a lo largo de toda la serie podía entrar a formar parte de estos programas o seriales. Estos programas, debido a la moralidad de sus conclusiones, podían ser denominados historias ejemplares, que buscaban aleccionar a sus seguidores fieles. Para conseguir estos fines se potenciaba un lenguaje sencillo y directo con una sintaxis clara y fácil de seguir, que respondiera a las claves del lenguaje popular. Tanto en los programas radiofónicos como en los televisivos se jugaba con el principio barroco del suspense a través de lo inacabado. Éste es un recurso muy utilizado en todos los medios de comunicación de sentido popular. La temática, siempre sencilla de entender y de seguir, buscaba en cada capítulo o emisión un final de alto nivel de expectación que obligaba al receptor a seguir fielmente la continuidad de la serie para comprobar la solución del problema que sólo se daba al término de la misma. El suspense continuado y el ritmo un tanto frenético de la acción permitían la

fidelización del auditorio, que seguía apasionadamente, capítulo tras capítulo, la suerte de los personajes sin solución posible hasta el término real y definitivo del problema, coincidente con el final de la serie⁴⁵. Estos recursos comunicativos permitieron que la radionovela del escritor canario Guillermo Sautier Casaseca *Simplemente María* sobrepasara los 500 episodios con capítulos diarios de una hora de duración. Sorprendente, pero real. En estos programas o relatos dominaba una intriga de fuerte suspense y de gran efectividad, en la que se jugaba con sentimientos opuestos de identidad y de rechazo. Estos esquemas propiciaban propuestas de sentido maniqueísta, en las que los buenos terminaban siempre venciendo a los malos en un camino cubierto de problemas, que siempre y al final eran superados. El término del serial o del culebrón se cerraba con la conclusión feliz del problema a través del principio del *happy end*. Eran relatos destinados a unos oyentes ingenuos, poco exigentes, quienes encontraban en estas historias lo que querían buscar y la serie siempre concluía como ellos deseaban. La tensión acumulada a lo largo de todos los capítulos de la serie desaparecía a través de la solución del problema con un final feliz, deseado apasionadamente por el receptor del serial.

Con cierta frecuencia, los títulos que triunfaban como novelas rosa o bien como novelas de acción pasaban al cabo del tiempo a constituirse en seriales radiofónicos, obteniendo grandes éxitos populares. José Mallorquí fue el escritor que alcanzó grandes éxitos radiofónicos con novelas que previamente habían logrado el favor de un gran número de lectores. *El Coyote*, *Dos hombres buenos*, variante de *Tres hombres buenos* o bien la serie de *La tierra antes de Adán*, de temática pedagógica que pretendía ser una explicación de la prehistoria, son excelentes ejemplos de lo afirmado. Pero también sucedía lo contrario. Seriales radiofónicos, aprovechando el rebufo del éxito televisivo o radiofónico, pasaban a otros géneros literarios y artísticos. La adaptación al teatro, a la narrativa y al cine era algo muy normal. Muchos de estos seriales, debido al éxito radiofónico, pasaron a otras formas de comunicación con una aceptación similar a la obtenida en las ondas de la radio. *Un arrabal junto al cielo* se estrenó como obra teatral

⁴⁵ Con mucha frecuencia las temáticas de estos seriales respondía al sistema de la concha del caracol, que, siguiendo un sistema reiterativo-circular y ascendente, se cerraba en el último de sus círculos. De esta misma manera, la serie seguía este mismo ritmo formal de carácter reiterativo, que aparentaba un final feliz cercano y, siempre, un imprevisto casual o proveniente de la dinámica del tema, complicaba la situación, imponiendo otro círculo temático. La relajación aparente del final del problema propiciaba una nueva situación de intenso suspense. Este sistema propiciaba la continuidad de la serie sin romper nunca la expectación receptiva.

en el Teatro Principal de Alicante en el año 1954; *Ama Rosa* fue adaptada al teatro por el mismo autor con la ayuda de Vizcaíno Casas y Rafael Barón, estrenándose en el Teatro Arriaga de Bilbao en agosto de 1959 y en 1960, con el mismo título, el director León Klimowsky filma la película interpretada por Imperio Argentina. La gran mayoría de las series cinematográficas fueron adaptadas como novela, alcanzando un gran éxito ventas. Según ciertos críticos, el número de novelas vendidas se acercaron a la cifra record de un 1.000.000 de ejemplares.

El auténtico fenómeno de los seriales radiofónicos de la España de los cincuenta-setenta fue el escritor y guionista canario Guillermo Sautier Casaseca con títulos tan renombrados como *Lo que no muere* (1952), *Un arrabal junto al cielo* (1953), *Ama Rosa* (1959) o *Simplemente María* (1971). Otros escritores de guiones radiofónicos son Rafael Barón, coautor como Guillermo Sautier Casaseca de la mítica serie *Ama Rosa*; Luisa Alberca colaboró con Guillermo Sautier Casaseca en series tan celebradas como *Lo que nunca somos*, *Un arrabal junto al cielo* o bien *El nombre del hijo* (1957). Si la serie *Lo que nunca muere* vino a significar el pistoletazo de salida a principios de la década de los cincuenta; la meta de llegada fue *Simplemente María* en la primera mitad de la década de los setenta. Desde entonces los seriales fueron perdiendo presencia y aceptación popular.

Si la radionovela alcanzó altos niveles de audición entre el público español, especialmente entre las amas de casa, no fue solamente por la nómina de escritores que supieron llegar al corazón de sus oyentes, sino también por los actores que representaban estas series, especialmente los actores de Radio Madrid. Sus voces quedaron en el recuerdo y en la evocación de varias generaciones de españoles. Las más populares fueron, entre otras, las de Juana Ginzo, Matilde Conesa, Pedro Pablo Ayuso, Teófilo Martínez, Matilde Vilariño, Julio Varela, Fernando Dicenta y Joaquín Peláez. La radionovela fue un mito en el imaginario colectivo de los españoles durante la época del franquismo. De tal manera esto era así, que la vida social se detenía durante el tiempo que duraba su retransmisión. La vida comercial dependía en muchas localidades del horario radiofónico.

Es difícil, si no imposible, hablar y valorar en su justa medida una serie radiofónica a partir de la lectura de un guión o de su adaptación al estilo narrativo, ya que estamos

ante un texto muy distinto en sus medios de comunicación y en su impacto de recepción de lo que pudo ser en su retrasmisión radiofónica. Leemos e imaginamos el posible sentido de la serie desde los puntos de referencia individuales, diferentes de los que pudo tener en su versión original. Nuestra lectura y valoración se hacen fuera del contexto en el que pudo darse. Las voces del narrador y de los personajes, tono-timbre-ritmo-acentos-silencios-etc.-, marcan unas características comunicativas muy distintas de las que se perciben en una lectura individualizada. La música en sí y su distribución en el cuerpo del serial es otro elemento fundamental en la realización radiofónica que el crítico, fuera de ese contexto, no puede valorar en su verdadero sentido. Es toda una serie de elementos verbales y paraverbales que determinan la emisión y la recepción radiofónicas y que, fuera de éstas, se pierden totalmente, distorsionando el verdadero alcance y significado de la emisión. Si la explicación del crítico sufre estas importantes alteraciones, cuando éste las ofrece a un lector, nuevo elemento en la cadena de la comunicación, estas deficiencias o desviaciones semánticas se agudizan. Se ofrece una visión diferente a la que el serial pudo tener en su emisión radiofónica. Siendo conscientes de esta realidad, se asume la aventura de hablar del tema de la serie, marginando todos los elementos propios de la emisión radiofónica.

Lorenzo Díaz, en su ensayo *La radio en España 1923-1997*, afirma que Guillermo Sautier Casaseca cambió el título de *Lo que no muere* por *Lo que nunca muere*, cuando el guión de la serie se adaptó al lenguaje dramático para su representación en agosto de 1953 en el Teatro Romea de Barcelona. El tema del serial responde a la típica estructura de la literatura ideológica. “Una rencilla familiar simple separa a dos hermanos. Uno de ellos, Carlos, se educa en un ambiente digno de nobleza y de recto sentido del deber. El otro, Enrique, en un ambiente de miseria que le fomenta un destino rencoroso y vengativo. La guerra los separa, haciéndoles pelear en bandos contrarios. Enrique completa su educación en Rusia. Carlos, militar de gran prestigio y excelente situación, vence a su hermano en todos los terrenos, sin conocerlo. Por fin, tras una serie de circunstancias en las que brillan los valores religiosos triunfa, en un final feliz, la tolerancia y la comprensión” (pp. 251-252).

Lo que nunca muere sintetiza todos los tópicos de la cultura oficial. Los dos hermanos simbolizan las dos Españas que se enfrentaron en la Guerra Civil. Carlos, como genuino representante de la España eterna y franquista, se caracteriza por su religiosidad, por su

nobleza y por su heroísmo. Enrique, connotación de la España republicana y comunista, representa el reverso de Carlos. Es vengativo y rencoroso. En su esencia ambos hermanos simbolizan la confrontación militar y espiritual de España y Rusia. En esa pugna de valores, Carlos-España es el vencedor y Enrique-Rusia es el perdedor. No hay otra salida ni otro resultado. En el cierre del relato radiofónico, como siempre con un final feliz, los dos hermanos se reconocen y se fusionan en un abrazo, símbolo de un compromiso unitario para el logro de una tarea común. La tolerancia ha triunfado con el hermanamiento definitivo. La virtud ha vencido a la fuerza y el amor fraternal al sentimiento de venganza. A partir de este plano semántico se puede profundizar más en su significado ideológico y maniqueísta. Los dos hermanos tienen un mismo origen y una misma cuna. En esencia y por sangre los dos están llamados a ser dos buenos ciudadanos y dos heroicos soldados. Es lo que le sucede a Carlos, quien presenta una conducta de acuerdo con su sangre y con su cuna. Sin embargo, Enrique presenta una forma de ser y de pensar contraria a la de su hermano. Esta diferencia se basa, no en la herencia, sino en la educación. Enrique se ha formado en Rusia, asumiendo los valores siempre negativos que caracterizan la educación comunista. Por origen y por sangre están llamados a tener un mismo destino en la nobleza y en el heroísmo; sin embargo, por educación se distancian al representar cada uno de ellos la antinomia entre España y Rusia, entre cristianismo y comunismo. Carlos presenta una personalidad monolítica. Es lo que es y lo es por herencia y por educación. Enrique es un personaje dual, ya que por cuna y sangre está llamado a representar la España verdadera, pero por educación personifica la otra España, la España roja de la hoz y el martillo. Sólo, al final de la pieza, con el reconocimiento de los dos hermanos, se verifica el triunfo del origen sobre la fuerza de la educación. Una vez rechazados los principios de comunismo, con la unión de ambos hermanos, va a triunfar la fe, la religión, la tolerancia. La esencia triunfa sobre las circunstancias; la cuna y la sangre vencen sobre lo accidental y temporal. La fuerza de la sangre y de la herencia, como reza el título, es *Lo que no muere*. El serial glorifica la España religiosa y esencial y justifica una cruel guerra entre hermanos al mismo tiempo que sacraliza el principio del fin justifica los medios. Hasta aquí la visión oficial. Sin embargo, la razón de tolerancia y hermandad de las dos Españas, con la que se cierra el serial, se opone completamente a la filosofía franquista que impuso en la realidad histórica el principio de intolerancia y muerte para la otra España. Este final, verdadero motor semántico de la obra, juega en la cuerda floja de la ortodoxia oficial, razón sólo explicable por la fecha de su emisión.

Otro de los grandes triunfos radiofónicos de Guillermo Sautier Casaseca, esta vez contando con la colaboración de Rafael Barón Valcárcel, fue *Ama Rosa*, título mítico entre los programas radiofónicos de la SER de finales de la década de los cincuenta. Según Lorenzo Díaz, *Ama Rosa* es la “summa teológica” del serial (p. 261). El serial ofrece la penosa historia de Rosa Alcázar, joven y pobre viuda, con un niño recién nacido, a quien no puede atender por falta de los bienes materiales necesarios y por padecer una enfermedad que la aboca a una muerte inminente. Para asegurar el futuro de su hijo, lo entrega a un matrimonio de buena posición social que ha perdido a su hijo en el parto en los mismos días en los que Rosa ha tenido al suyo. En el secreto del cambio de los niños están al corriente, además de Rosa, el médico, Antonio, el padre adoptivo, y la abuela adoptiva. Amparo, madre circunstancial del niño, queda al margen de la realidad. Se le oculta el secreto para no poner en riesgo su delicada salud. Pero algo fundamental en la serie es que el receptor del serial conoce también toda la verdad, lo que propicia un fuerte choque emocional entre conocimiento de unos y desconocimiento de otros. En este contexto, Rosa no muere. Se recupera de manera sorprendente. Sin embargo, a pesar de su recuperación física, no puede dar marcha atrás en la adopción. Para poder vivir junto a su hijo, se convierte en ama de cría de la familia adoptiva. Vive múltiples calamidades, desaires y malos tratos, pero todo lo soporta resignadamente. Para aumentar más la tensión del relato, Amparo, la madre adoptiva, tiene un hijo, José Luis, quien desde un principio demostrará tener una personalidad caprichosa, egoísta y chulesca, personalidad completamente opuesta a la de Javier, el hijo real de Rosa, joven ejemplar, voluntarioso y responsable. La diferente personalidad de los jóvenes acrecienta los problemas de Rosa, quien sufre los múltiples desaires y malentendidos de los miembros de la familia, hasta que al final todo se resuelve con el descubrimiento de la verdad. Todo termina felizmente para sosiego y felicidad de los oyentes.

Ama Rosa es el típico ejemplo de un serial radiofónico, escrito para hurgar en los sentimientos de los radioyentes con la reiteración de situaciones problemáticas, cuyas soluciones suelen ser el inicio de otros nuevos problemas, recreando una estructura en espiral hasta llegar a una situación límite que se soluciona con un final feliz de la manera como los oyentes intuyen y quieren. Se crea una clara tensión entre la línea narrativa que ofrece el serial y la línea emocional que siente el oyente. Esta tensión,

reiterada bajo una dinámica de clímax y anticlímax, provoca sentimientos encontrados hacia los personajes, cuyas acciones se acercan o se alejan de los deseos de los receptores. Se busca, de esta manera, la identificación plena entre la moralidad de la serie y las emociones de los oyentes. Este elemento moralizador final es lo que permite que, cuando se habla de seriales radiofónicos, se pueda plantear la pervivencia en la radio de indiscutibles novelas ejemplares con su mucha carga de suspense, con sus juegos efectistas de identificación y rechazo, con su alta dosis de moralina, etcétera. *Ama Rosa* ejemplifica la tesis del triunfo del amor frente a las adversidades de la vida. Se plantea uno de los puntos más queridos y expuestos por la moral de la respetabilidad: la mujer, en este caso la madre, gracias a su espíritu de abnegación y sacrificio, alcanza la felicidad con la conquista de lo que ella más desea y busca: el amor del hijo.

Otro de los grandes fenómenos de la novela radiofónica fue el serial *Diego Valor*. Se retransmitió a lo largo de 5 años, 1953-1958, superando la cifra de más de mil episodios. Luego paso al cómic (1954), al teatro (1956) y a la televisión (1958). El español de la década de los cincuenta tenía *Diego Valor* en todas las esferas de la vida. Incluso, se llegaron a comercializar objetos propios de la serie como pistolas, disfraces, etcétera. También se coleccionaban historietas formadas por cromos que aparecían en ciertas chocolatinas. Fue uno de los personajes de ficción de mayor éxito popular y una de las referencias sociológicas del primer franquismo. Los niños jugaban a representar historias fantásticas de este héroe bajo el grito de “Adelante soldados de la tierra”, primer enunciado del himno radiofónico de la serie de *Diego Valor*.

El origen de la serie se encuentra en los cómics británicos protagonizados por el héroe Dan Dare, del guionista e ilustrador Frank Hampson. Visto el éxito obtenido por estas historietas, se compraron los derechos de comercialización y Dan Dare y sus aventuras se convirtieron, gracias al guionista y adaptador Enrique Jarnés, “Jarber”, en un gran éxito de audiencia. El mérito de Jarber fue la españolización del héroe y de sus circunstancias, lo que favoreció el triunfo comercial de la serie. Estas narraciones seguían el derrotero ya marcado por otro de los grandes héroes del espacio en su lucha interplanetaria contra el mal *Flash Gordon* del dibujante norteamericano Alex Raymon. La serie narra las aventuras del comandante español Diego Valor en el año mítico para la época de redacción de la serie, año 2000, en su enfrentamiento con las fuerzas del mal de proyección interplanetaria dirigidas por el Gran Mekong y el general Sandor con el

objetivo de evitar que la tierra fuera conquistada por los marcianos. Es una serie de exaltación de la aventura, de la acción, del valor, -no es casual que el protagonista se llame Valor-, del patriotismo, - Diego Valor es comandante del ejército español-, y del heroísmo universal, -es el salvador de la tierra. Diego Valor, con un sentido futurista, representa los valores más típicos de la filosofía oficial: heroísmo humanista, valores de la españolidad e imperialismo de virtudes. Y, como es ya propio de estas aventuras, la guerra y la acción violenta como medio idóneo o único para mantener la paz y la libertad.

Lo que no muere y *Ama Rosa*, con otros seriales como *Simplemente María* o bien *Un arrabal junto al cielo* son historias ejemplares destinadas a la mujer, en los que dominan los sentimientos y se propicia el desahogo lacrimógeno. Los valores que imperan en estas historietas son el trabajo, la abnegación, la entrega, el sacrificio, etcétera, cualidades propias de la mujer y garantía para el éxito final. Si la mujer triunfa en la vida artificiosa del serial, es llanamente por presentar una voluntad cimentada en la virtud. Por otra parte, seriales como *El Coyote*; *Dos hombres buenos* o bien *Diego Valor* representan historias modélicas destinadas al hombre. En estas historietas, como se ha podido ver, predominan valores de acción, fuerza, entrega, violencia, etcétera, que favorecen la recreación imaginativa de la aventura y el heroísmo. Estas virtudes siempre se orientan hacia el bien y la españolidad o la hispanidad, de forma que el triunfo de estos personajes viene asegurado por todo un cúmulo de cualidades humanas, espirituales y físicas, siempre orientadas a la conquista del bien y a la exaltación de las virtudes hispánicas. Es curiosa la diferencia que se crea entre unas series y otras. Las femeninas están dirigidas a la mujer y propician las cualidades supuestamente propias de la mujer. Las masculinas están destinadas a los hombres y jóvenes y propagan las virtudes propias del español. En su esencia, una vez más, como ya es común, en todas estas actividades se defienden y se divulgan las virtudes y valores propios del nacional-catolicismo, es decir, de la cultura oficial.

Después de lo expuesto en este último apartado, queda clara la doble orientación que asumen los seriales radiofónicos. Por una parte, es una diversión para los españoles de la época, que buscaban a través de estas historietas ejemplares el solaz, el esparcimiento y la evasión imaginativa. Por otro lado, era un divertimento perfectamente planificado en sus temáticas y en sus lenguajes para ofrecer una lección ideológica en consonancia

con los intereses del poder. Frente al adoctrinamiento duro y puro, que de manera incontestable se veía la intencionalidad diáfana de los gestores culturales, en los mecanismos emocionales de evasión se juega con técnicas sumamente sutiles que hacen que lo que está planificado como diversión se convierta en fórmulas subliminales, inconscientes o voluntarias, de adoctrinamiento popular. Los seriales radiofónicos eran, por lo general, pasatiempos que pretendían romper con la triste cotidianidad de los radioyentes, imaginando un mundo que, a pesar de sus muchas trabas y problemas, se iba a resolver según sus querencias; pero también cumplían con el principio horaciano del enseñar deleitando, de manera que, sin negar su vertiente evasiva y placentera, estos programas reforzaban subliminalmente la ideologización, asumida por el receptor de manera involuntaria, pero altamente eficaz.

VI.-6.-Deporte

Todos los pueblos desarrollan formas de cultura que se manifiestan en sus prácticas sociales y en sus usos cotidianos. Uno de estos comportamientos ha sido el deporte, actividad que interpreta en su origen la existencia y los valores de las comunidades. El deporte griego, las olimpiadas, tiene su origen y su sentido en una sociedad aristocrática de naturaleza guerrera. En tiempos de paz, esta sociedad reproducía en sus juegos los usos y formas que caracterizaban su ser en la guerra. El deporte reproduce formas de vida y de pensamiento con un sentido lúdico que mantiene su carácter agonal. En Grecia, las olimpiadas, representaban la lucha y el predominio de una ciudad-estado sobre otras. En la actualidad se sigue manteniendo vivo y operativo el sentido original de estos juegos panhelénicos o pannacionales. El triunfo, representado por una corona de laurel o por una medalla de oro, es símbolo de reconocimiento de la hegemonía de la ciudad o Estado al que pertenece el vencedor. En estas confrontaciones no sólo sale triunfador el vencedor de la lucha, sino también la ciudad o nación al que pertenece o representa. El fútbol es un ejemplo claro de este sentido lúdico y agonal del deporte actual. El enfrentamiento entre dos equipos de dos ciudades dirime la hegemonía de una de ellas con respecto a la otra. Lo normal es que las ciudades demográfica y económicamente más potentes presenten unos equipos más fuertes y más competitivos. Es el ejemplo del Real Madrid y del Barcelona. La lucha entre ellos en el ágora del campo se convierte en una confrontación simbólica por el poder y el prestigio. Según el resultado del envite, el triunfo o la derrota se traduce en puntos lo que antes eran

coronas de laurel o medallas de distinto metal. En estos casos, no importa tanto la materialidad del reconocimiento como el significado de la realidad que connota el triunfo para el deportista y para la ciudad. Los forofos de los equipos compiten con sus voces y gestos en las gradas como sus representantes lo hacen en el ágora-campo de fútbol. Animar a los suyos para un mayor y mejor rendimiento. La victoria se celebra como un acontecimiento sobresaliente para la ciudad. Cada año, al final de la liga, el equipo victorioso recorre las calles de la ciudad entre la aclamación popular, llegando al paroxismo en un lugar emblemático de la ciudad. El recibimiento del equipo titular es una demostración colectiva y popular del reconocimiento y gratitud hacia el equipo que les ha representado. La victoria connota honor y perfección para el equipo y para la ciudad.

Algo parecido a lo visto en los casos presentados se constata en el deporte vasco. El deporte vasco representa la singularidad o colectividad de sus formas de vida. Los deportes individualizados representan preferentemente las formas de vida del caserío y los deportes colectivos las del mar o costa. El remo, trabajo en sus orígenes consistente en la pesca de la ballena, se convirtió en deporte, cuando el esfuerzo del remo dejó de tener un significado laboral y se convirtió en una mera representación de fuerza y estilo, cuya finalidad era vencer al equipo contrario, demostrando ser los mejores y más rápidos. La meta final no era ya la ballena sino una línea imaginaria entre dos botes. Cada trainera representa a una localidad, de forma que la victoria de la trainera significa la victoria de la localidad. El trabajo se había convertido en deporte. Cabe mencionar, entre otros, distintos ejemplos que cumplen la misma ley. El deportista que practica el corte de troncos con hacha era originariamente el leñador (aizkolari) o bien el corte de hierba, práctica común en los caseríos para asegurar la alimentación de los animales (segalari) el levantamiento de piedras (harrijasotzaile), etcétera. Prácticas de la vida común se han convertido en formas deportivas, que recuerdan sus orígenes en la vida y en el trabajo, pero que actualmente sólo presentan un sentido lúdico y competitivo. En todos los casos, la presencia de unos seguidores entusiastas, que encarnan sus propios papeles, ser hinchas, en la representación deportiva, determina con el personaje protagonista de la celebración, individuo o equipo, todo el ritual existente entre el público y el deportista. El deporte es un espectáculo total, primario y dramático, que representa los valores y la reputación de una localidad o de una nación. Esto es hasta tal punto que actualmente un equipo de fútbol o de rugby es el símbolo más representativo

de una comunidad nacional. La victoria de ese equipo significa el orgullo y la satisfacción individual, local o nacional de la hinchada correspondiente. Un pueblo en la mayor de sus crisis económicas puede experimentar un desahogo emocional altamente gratificante, incluso hasta olvidar su realidad material, con el triunfo de sus colores. En el sentido de ser representación de una comunidad, el deporte, además de ser lúdico y nacional, es también cívico.

En el caso que nos ocupa, el hincha español vivía con verdadero entusiasmo y orgullo las glorias de sus equipos como triunfos auténticos de los valores de una raza. Las virtudes del español eran demostración inequívoca de las cualidades innatas de sus ciudadanos y, por tanto, de sus deportistas. En España, el deporte revelaba un sentido inequívocamente político. El deportista tenía que demostrar esas virtudes para adecuar lo que defendían los ideólogos y sentían los españoles con los logros en los certámenes deportivos. El triunfo revelaba la calidad del español y de lo español, siempre superior a la de otras nacionalidades, y la derrota era siempre, o casi siempre, demostración clara de la enemistad y de las injusticias que otras naciones sentían y practicaban contra España. Era una filosofía tan arraigada que el público español con auténtico fervor vivía los triunfos de sus selecciones, demostración de la furia española, y con verdadero enojo sentía las derrotas como injusticia flagrante contra el honor y merecimientos de sus representantes. También, en el ámbito del deporte, se defendía la dualidad maniqueísta de la furia nacional frente a la naturaleza conspiradora e injusta de todos sus rivales, es decir, de las otras naciones.

Dos buenos ejemplos de lo que se está exponiendo son, por una parte, el gol de Marcelino en la final de la Eurocopa de fútbol de 1964 y los combates por el campeonato del mundo del peso ligero entre Pedro Carrasco y Mando Ramos en el año 1971. La Eurocopa de Fútbol de 1964 se celebró en España, concretamente en el estadio Santiago Bernabeu con la presencia del General Franco en el palco de presidencia. El estadio estaba completamente lleno con los casi 80.000 ruidosos forofos que llenaban el estadio. Los equipos contendientes eran Rusia y España, políticamente enfrentados desde los tiempos de la Guerra Civil. Incluso, con anterioridad, Franco personalmente había prohibido ciertos certámenes deportivos en los que los contendientes eran ambos países, alegando razones estrictamente políticas. El partido era una confrontación deportiva, que se había convertido en una cuestión política. Fue un partido extraño, pero

altamente emocional. El partido se inició con el gol de Pereda, minuto 6, lo que significó el delirio de los miles de espectadores; delirio que duró poco tiempo, ya que en el minuto 8 Rusia conseguía el empate gracias al gol de Khusainov. A partir de ese momento, el partido siguió muy parecido en oportunidades, hasta que al final del mismo, minuto 84, Marcelino consiguió un soberbio gol de cabeza en una posición difícil. El estadio explotó de ruido, alegría y aplausos. Quedaban seis minutos de suspense y entusiasmo. Cuando a los noventa minutos sonó el silbato de final de partido, el Santiago Bernabeu se convirtió en una auténtica fiesta de gritos y vivas. Los casi ochenta mil espectadores vivieron un estado de exaltación sin límite. No sólo se había ganado la Copa de Europa de selecciones, sino, y muy especialmente, se había derrotado al eterno y máximo enemigo de España: Rusia. ¿Qué sentimientos experimentaría Franco con el triunfo de la selección española y qué ideas pasarían por su mente con esta victoria? Otro de los acontecimientos deportivos más señalados de la época franquista fue la confrontación casi histórica por el título mundial de los pesos ligeros en 1971. Fue una historia en etapas gozada y sufrida por miles de seguidores, con verdadera alegría vivieron el triunfo del púgil andaluz y con auténtico horror experimentaron sus derrotas. El 5 de noviembre de 1971 se celebró en el Palacio de Deportes de Madrid el campeonato mundial de los pesos ligeros entre el español Pedro Carrasco y el estadounidense Mando Ramos. El púgil andaluz cayó en diversas ocasiones, pero un dictamen más que dudoso, descalificación de Mando Ramos en el duodécimo asalto, le otorgó la victoria. Fue una descalificación injusta, pero eso no importó a los exaltados seguidores españoles, que veían en esa victoria el auténtico valer y coraje de los boxeadores españoles. El 18 de febrero del año siguiente se celebró un segundo combate-revancha por el título mundial de los ligeros en Los Ángeles. El resultado más que dudoso dio el triunfo al púgil americano. La prensa española vociferó de todas formas y por multitud de razones la injusticia descarada cometida contra el púgil español. Una vez más entraba en el lenguaje periodístico los términos de conspiración, complot e injusticia. La derrota de Pedro Carrasco, en consonancia con todos los españoles, había sido un despropósito, sólo justificable por la aversión de los jueces hacia España. El patriotismo estaba en la base explicativa de las victorias y de las derrotas de sus representantes. La conspiración judeo-masónica alcanzaba los ámbitos del deporte.

Tres deportes representaban los sueños deportivos de los españoles; tres deportes que, a su vez, eran los del gusto del gran dictador: fútbol, ciclismo y boxeo. Desde el punto de vista del balompié, en los certámenes internacionales, destacan de forma especial dos partidos, representados por los dos goles más carismáticos de la selección española. El primer gol fue obra de Zarra en el Campeonato Mundial de Fútbol de 1950, con el que la selección española ganó en Brasil a la selección inglesa. Fue el gol más celebrado y más laureado, por haberse conseguido, según rezan los rotativos, contra la “pérfida Albión”. El segundo gol y el segundo partido histórico de la selección española se dieron en 1964 en la final de la Copa de Europa, en la que Marcelino consiguió con su recordado gol de cabeza el título de campeón de Europa. Era el máximo triunfo que había logrado España en el deporte del fútbol; pero en esta ocasión el triunfo fue mayor y más celebrado por haberse logrado contra la alevosa y traidora Rusia. En la historia nacional de clubes de fútbol destaca el Real Madrid, especialmente en la década del 55 al 65, en la que el club blanco alcanzó sus mayores triunfos, especialmente sus seis copas de Europa. Fue la época de Di Stefano, Puskas, Gento, Kopa, etcétera. El Real Madrid era en esa época el máximo representante del fútbol y del deporte español en el extranjero y de la españolidad en el interior. Es fácil comprender la razón por la que Franco se sentía tan orgulloso de este equipo. Representaba, como ninguno, la furia española, cimentada en múltiples triunfos tanto nacionales como internacionales. Aunque el fútbol era un deporte de masas, era igualmente un deporte teñido con un claro tinte político.

El boxeo fue el segundo deporte en importancia en el esquema oficial. La referencia era siempre el gran púgil guipuzcoano Paulino Uzkudun, que además de ser la figura española más legendaria de este deporte, era igualmente un deportista de élite que se había identificado con el levantamiento militar, convirtiéndose en figura mítica y, a su vez, carismática del franquismo. El boxeo era un deporte de gente bravía y dura como era el español según la ideología emanada desde el poder. El deporte de las doce cuerdas ofrecía el ejemplo de un pueblo sufridor, capaz de soportar las más adversas situaciones con tal de alcanzar la meta propuesta. Las retransmisiones radiofónicas y televisivas de este deporte ofrecían con mil epítetos grandilocuentes las virtudes de los púgiles españoles y las argucias poco deportivas del contrario. Como en otros deportes, no había neutralidad, pero sí mucha política. A esto ayudaron varias generaciones de grandes boxeadores quienes con sus sonadas victorias crearon el mito de pueblo de

grandes luchadores. Fueron especialmente dos décadas, 1955-1970, en las que España dio grandes campeones en el boxeo europeo y mundial. Las glorias del boxeo español se inician hacia 1955 con los triunfos de Martín Marco Voto, conocido en el mundo boxístico como “Young Martin” y Fred Galiana, quienes respectivamente conquistaron la corona europea del peso mosca y del peso pluma en 1955. Se empezó a cimentar el mito de ser los mejores. Fred Galiana consiguió más de 200 victorias en el campo profesional. Le sucedieron una saga de excelentes pugilistas como Luis Folledo, quien, aunque no lograra ningún título continental, fue uno de los púgiles más carismáticos del boxeo nacional; Juan Albornoz, “Sombrita”, quien en 1965 conquistaba la corona europea de los pesos superligeros; José Legra, cubano de origen, pero nacionalizado español, fortaleció la fábula del boxeo hispano con un estilo vistoso y ágil, que le valió en 1967 el campeonato de Europa del peso pluma y al año siguiente el título de campeón del mundo. Volvió a conquistar la corona mundial en 1972. Pedro Carrasco fue otro de los grandes ídolos del boxeo español, siendo campeón de Europa del peso ligero (1967) y del mundo (1971). Miguel Velázquez conquistó la corona continental del peso ligero en 1970 y el título de campeón del mundo del peso superligero en 1976. La última figura mítica del deporte del boxeo fue el púgil guipuzcoano José Manuel Ibar “Urtain”, quien se alzaría con el título europeo de los pesos pesados en 1970. El boxeo fue uno de los deportes masculinos que había sabido crear una gran afición entre el público español. Éste seguía con gran pasión la suerte de sus púgiles, viviendo y sufriendo con sus derrotas y con sus victorias. El boxeo demostraba, como ningún otro deporte, la furia española y la categoría de sus gentes. Hacia 1970, como otras tantas cosas en este país, fue derivando hacia el olvido y la marginación. En España siguió habiendo grandes campeones⁴⁶, pero el boxeo era incapaz de crear la pasión entre sus seguidores como lo había hecho en tiempos anteriores. El español dejaba de entusiasmarse con los deportes de furia, poder físico y golpes, en parte porque se empezó a dar la caída y la retirada de sus héroes y, en parte, porque la españolidad de este deporte dejaba de tener sentido ante el derrumbe manifiesto del franquismo. El deporte del boxeo fue la radiografía perfecta de una época y de una política.

El españolito de los cincuenta y sesenta vivió con auténtica pasión las hazañas de sus ciclistas, auténticos representantes de la furia y de la fuerza del deporte español. No

⁴⁶ Basta recordar nombres tan importantes en el deporte de las doce cuerdas como Perico Fernández, José Durán, Agustín Senín, Tony Ortiz, etcétera.

sabían andar en llano, pero eran intratables en la montaña. Entre los miembros del pelotón del ciclismo español el caso más atípico fue el corredor catalán Miguel Poblet, profesional entre 1944-1962, excelente rodador y extraordinario sprinter, cualidades que le dieron muchos e importantes triunfos tanto en carreras españolas como europeas. Fue ganador en diversas ocasiones de la Milán-San Remo y en numerosas etapas de las tres grandes vueltas del calendario ciclista: Giro de Italia, Tour de Francia y Vuelta a España. Sin embargo, Miguel Poblet, a pesar de ser el ciclista más laureado de la época, no fue el que contó con más apoyo entre los aficionados al deporte de la bicicleta. Éste prefería a los grandes esforzados de la carretera, cuya voluntad y fuerza se media especialmente en la montaña. Uno de los primeros nombres del ciclismo español fue Julián Berrendero, profesional desde 1935 hasta 1949. Fue el vencedor absoluto de las vueltas ciclistas a España de 1941 y 1942, vencedor igualmente en diversas ocasiones del Premio de la Montaña en Francia (1936) y en España (1942) como en numerosas carreras de menor importancia. Tuvo la desgracia de no poder demostrar su auténtica valía al vivir la Guerra Civil española y la 2ª Guerra Mundial. Julián Berrendero era una referencia para la juventud seguidora de la pugna deportiva entre el vizcaíno Jesús Loroño y el toledano Federico Martín Bahamontes, conocido popularmente con el apodo de “El águila de Toledo”. La rivalidad de estos dos corredores revitalizó la afición ciclista como nunca se había vivido con anterioridad. Fueron ambos dos grandes ciclistas que dividieron la afición en loroñistas y bahamontistas. Cada grupo defendía con auténtico apasionamiento las cualidades de su ciclista, aunque, vista esta pasión en el tiempo, hay que afirmar que el mejor ciclista español hasta la llegada de Indurain, en la década de los noventa, fue Bahamonte, primer español en ganar el Tour (1959) y seis premios de la montaña en la misma ronda (1954, 1958, 1959, 1962, 1963 y 1964). Recuerdo con toda nitidez las retransmisiones radiofónicas hacia las cuatro de la tarde de ese venturoso verano de 1959, cuando Bahamontes ganó el Tour. La gente se agolpaba frente a los aparatos de bares y establecimientos a seguir las efemérides de cada etapa. Se gritaba y se aplaudía como si fuera una auténtica hazaña humana. El español hambriento de éxitos deportivos a nivel internacional vivió con verdadero apasionamiento la victoria del ciclista toledano. Era un triunfo de un español para toda España. Los locutores aprovechaban la ocasión para exaltar las cualidades de la raza. De manera que al mismo tiempo que se vivía el gran éxito del ciclismo español se recibía una buena lección de españolidad. El deporte también era política.

A estos deportes de masas poco a poco se fueron uniendo otros deportes de minorías, que en la época franquista entusiasmaron y llenaron de orgullo con sus triunfos nacionales e internacionales a los aficionados españoles. Parecía que España sólo conseguía sonados triunfos en el campo de ciertos deportes, lo que merecía una atención muy especial por parte del gobierno. En primer lugar, entre esos deportes minoritarios, estaba el baloncesto. En la mente de los españoles siguen estando muy presentes aquellos jugadores que hicieron grande al Real Madrid y a la selección española: Emiliano Rodríguez, Clyfford Luyk, Wayne Brabender, Juan Antonio Corbalán, etcétera. Las retransmisiones radiofónicas y televisivas popularizaron este deporte con una gran carga de patriotismo hispano. El tenis, de ser un deporte minoritario y elitista, pasó a ser muy popular gracias a los triunfos y a la proyección mediática de ciertos jugadores, entre los que cabe destacar a Manuel Santana y al equipo español de la Copa Davis, compuesto, además de por el jugador madrileño, por otras grandes figuras del tenis nacional: José Luis Arilla, Juan Gisbert, Juan Manuel Couder. Andrés Gimeno, otro fenómeno del tenis, pasó desapercibido para el gran público por ser jugador profesional y no poder representar a España en las competiciones internacionales de la Copa Davis. El deporte, independientemente de las posturas ideológicas de sus representantes, personificaba los valores y las virtudes que el régimen franquista quería imponer en la población. Cuando se retransmitía un partido o un combate, se remitía una profunda lección de patriotismo. En la época de Franco, como igualmente en la actualidad, pero más entonces que ahora, el deporte era la representación simbólica de la nación y de la raza. El deporte podía ser diversión y pasatiempo, pero también era doctrina y política.

* * *

A través de los mecanismos emocionales de evasión, el español creaba por la vía de la fantasía mundos imaginarios que le hacían vivir modelos de existencia que anhelaba pero que la realidad diaria se los negaba. Este espíritu lúdico y evasivista ha sido estudiado en seis apartados, que iban desde los juegos infantiles hasta el deporte, pasando por el cómic, la narrativa de masas, el hecho literario frente al fenómeno dramático y la radio-televisión. Puede que existan otros apartados que sirvieran para profundizar en esta misma filosofía de escape y de intrascendencia, pero con los

señalados se puede ver con gran nitidez los fines que buscaban estos mecanismos que sin negar su sentido de esparcimiento reforzaban los planos subliminales de control ideológico. Los mecanismos de evasión son juego, pasatiempo, diversión; pero es necesario no olvidar que también son, o pueden ser, doctrina, control y socialización.

VII

A modo de conclusiones

Ramón Serrano Suñer en su obra *Entre Hendaya y Gibraltar* ofrecía una reflexión altamente significativa desde la perspectiva del presente trabajo. El hombre fuerte en la primera etapa del franquismo afirmaba que: “en política toda ideología es promovida por los problemas que la realidad plantea y luego, remontándose sobre ellos, busca la imagen de un mundo futuro y mejor... Esta imagen puede ser rechazada, pero si los problemas que suscitaron aquellas ideologías subsisten, y en la medida que subsistan, algo de ella permanecerá... Ahora está por ver hasta qué punto aquellos problemas han variado de planteamiento o hasta qué punto subsisten idénticos” (p. 332). Serrano Suñer hacía estas declaraciones con los pies puestos en los años más duros del franquismo pero con la mente y el corazón proyectados hacia un futuro más o menos lejano. Observación sagaz con una lógica incuestionable que nos hace a nosotros, después de transcurridos más de sesenta años desde que se escribieron estas líneas, a replantearnos la misma cuestión: ¿hasta qué punto las razones que determinaron el franquismo subsisten idénticas o con pequeñas variantes en la actualidad o bien hasta qué punto estas fuerzas políticas del pasado han desaparecido completamente de forma que estamos en una sociedad nueva llamada democracia que nada o poco tiene que ver con el régimen político de la dictadura del general Franco? Se parte de una simple consideración de lógica incuestionable: si subsisten los problemas que suscitaron el régimen franquista, y en la medida en que éstos subsistan, si es que existen, su ideología y su práctica política permanecerán vigentes con una mayor o menor presencia. Su desaparición significaría el fin completo de las causas y razones que generaron el fascismo español de la dictadura franquista. Las reflexiones de Serrano Suñer no son

simples juegos de palabras, sino una consideración básica para saber hasta qué punto nuestra sociedad es heredera de la política franquista o es una sociedad nueva y limpia de amarres ideológicos con relación al régimen anterior. ¿Democracia real o democracia fascistizada?

Si las circunstancias de base crean las ideologías y determinan las políticas, todo cambio de realidad socio-política supone necesariamente una alteración en las conductas políticas y, como consecuencia, en las doctrinas sociales. Inversamente, la permanencia de las formas de gobierno y de una filosofía política presupone el mantenimiento de las mismas fuerzas socio-históricas que la engendraron. La clave es, por tanto: ¿permanencia o mutación? o bien ¿hasta qué punto se da la permanencia o el cambio?

VII.-1.- Antecedentes de un régimen político

El franquismo como sistema político y el nacional-catolicismo como expresión cultural de dicho régimen nacieron y se desarrollaron en un período de fuertes crispaciones sociales, de graves tensiones políticas, de extremas desigualdades económicas, de visiones culturales irreconciliables, etcétera, de forma que España era imagen fiel de una paradoja irresoluble de fuerzas encontradas.

En la arena política y social de finales del S. XIX y primeras décadas del S. XX se enfrentaban dos formas opuestas de vida y de historia: tradición y modernidad. La tradición velaba por el mantenimiento del pasado; la modernidad abría las puertas a la novedad y al futuro. España era promesa de futuro y realidad de cambios junto a una resistencia de fuerte inmovilismo que buscaba su anclaje en el pasado y su permanencia en la tradición. Todos los grupos sociales y todas las ideologías políticas, cada uno de ellos ubicado en posiciones que les fueran favorables, entraban en esa pugna sin cuartel de supervivencia o de dominio.

Las posiciones sociales eran abiertas porque las situaciones económicas eran extremas. Los antagonismos eran radicales, especialmente en el campo social, donde existían, desde tiempos remotos, extremas desigualdades, que hacían que una gran minoría viviese en una situación permanente de despilfarro económico junto a una gran mayoría

que sufría las carencias de los bienes más indispensables. Prodigalidad económica y miseria material eran las dos caras de esa sociedad. Ante esta situación, no era extraña la existencia de fuertes odios sociales y de enemistades desatadas. España se hallaba escindida social y políticamente entre fuerzas opuestas con intereses encontrados en medio de posturas irreconciliables.

Los grupos económicamente pudientes eran considerados por las masas populares como enemigos de las clases trabajadoras y de los desheredados sociales. La acumulación de riquezas en manos de unos pocos impedía el desarrollo material y cultural de los más desfavorecidos. Cabe afirmar que existían dos Españas en consonancia con los medios económicos disponibles. En este contexto de fuertes desigualdades sociales y económicas, la posición de la Iglesia a favor de las clases dominantes, grupos que, como era lógico, representaban el orden y la tradición, favoreció en amplias capas de la población española más marginada un proceso de descristianización al ver en la Iglesia una de las principales fuerzas causantes de su penosa situación material. La razón de la caridad ya no era suficiente para estas clases marginadas. El ejército no quedaba tampoco bien parado, ya que tradicionalmente las guerras, primero en América y después en África, eran verdaderos cementerios para el pueblo. La Iglesia y el ejército eran instituciones fuertemente enraizadas en la historia de este país, que, empezaban a ser consideradas por amplios sectores de la población española como sus peores enemigos. Las manifestaciones de este odio hacia las clases pudientes y directoras, -políticas, económicas, religiosas y militares-, eran constantes a lo largo de todo el primer tercio del siglo. Las rebeliones populares, los desmanes hacia sus representantes, las constantes y violentas tensiones sociales, etcétera, eran prueba inequívoca de esta realidad. El rencor acumulado durante decenios afloraba en sectores populares, especialmente en regiones industrializadas o en grandes ciudades, con una violencia extrema.

Los grupos en riesgo o en peligro actuaban con toda su energía buscando el mantenimiento del orden y asegurando sus posiciones de privilegio. Ante las reivindicaciones populares que, frecuentemente, acababan en graves disturbios y en violentos altercados, las autoridades reaccionaban con brutales represalias. La fuerza estaba en sus manos. Era la manera más eficaz de someter a esos grupos levantiscos.

Los sectores dominantes empleaban la violencia para acallar y aplastar toda manifestación de rebeldía popular.

Las clases medias, poseedoras principales de la cultura, se encontraban en una situación un tanto problemática por su indefinición personal y por su dependencia económica. El ejemplo más inequívoco de esta situación fue el institucionismo, que, con una preocupación social y cultural altamente progresista, tuvo que actuar como instancia educadora de claro signo elitista. La Residencia de Estudiantes es la mejor prueba de esta realidad. Si exceptuamos grupos minoritarios de intelectuales posicionados políticamente en las diferentes ideologías, la gran mayoría de éstos buscaba, al margen de identificaciones políticas, una seguridad económica que los hacía dependientes de los grupos dominantes, en cuyas manos estaban todos los medios de producción tanto cultural como económica. La postura acomodaticia era una respuesta generalizada en amplios sectores de las clases medias. Igualmente, las clases burguesas de signo empresarial, a pesar de su tradicional modernismo ideológico, reclamaban un sistema social basado en el orden como garantía única de progreso y de bienestar. Los extremismos, independientemente de su signo ideológico, eran valorados como hechos altamente perjudiciales para sus intereses de clase y para sus logros materiales. Querían paz y orden al margen de partidismos políticos. Otros grupos, preocupados seriamente por la realidad española, asumieron posturas ideológicas de signo progresista, pero la realidad social y política reinante les fue desengañando de su compromiso utópico, optando por posiciones menos comprometidas o desinteresándose por sus inquietudes sociales. El evasiónismo intimista o formal fue su mejor tarjeta de presentación, como se demuestra como tendencia generalizada y más representativa en la literatura y en el arte del primer tercio del siglo XX. En términos generales, se puede afirmar que las clases medias carecieron en la sociedad española de ese tiempo de personalidad política y de fuerza operativa.

La violencia no sólo se manifestaba en la calle, también estaba presente en todos los medios de comunicación y en todos los centros de debate. La prensa, plural y partidista, participaba de esa agresividad con artículos incendiarios, que iban desde la descalificación al insulto, pasando por auténticas bravatas que predicaban las opciones más radicales y contradictorias. A su vez, el parlamento y los foros políticos recreaban este clima de crispación y de tensiones encontradas. Las palabras de sus señorías

sonaban con frecuencia a pronunciamientos contra el orden constituido a partir de la negación y el rechazo de la labor política. Unos y otros se enzarzaban en auténticas polémicas, en las que los improperios y los rechazos oscurecían o negaban las ideas y la lógica. La pasión y el ensañamiento se señoreaban en el parlamento, prensa, radio, púlpitos, etcétera. La provocación y la agresividad eran realidades habituales en la calle, pero también se hallaban en los diferentes medios de comunicación. España vivía en un estado de violencia extrema.

La bipolaridad política y social era un hecho manifiesto. Si se compara la realidad española con la de otros países europeos, cabe afirmar que la causa más importante de esta grave situación fue la ausencia de clases medias políticamente operativas. Sin negar su existencia, hay que afirmar su ineficacia y su absentismo. España careció de una fuerza de centro política y socialmente eficaz que pudiera neutralizar las embestidas que llegaban desde ambos extremos del espectro político. La ausencia de clases medias dominantes y la falta de un centro político fuerte y dinámico explican, en buena medida, la situación de crispación social y de violencia política existente en la España de la época.

A su vez, la inexistencia de unas clases medias políticamente operativas y socialmente fuertes derivaba de la situación económica e industrial del país. La España de entresiglos se caracterizaba por su infradesarrollo industrial y por su tercermundismo financiero. Salvo ciertas regiones, España no había alcanzado un estado de modernismo empresarial y económico que propiciara el liderazgo de las clases medias. Numéricamente limitadas y poco eficaces en el campo social, las clases medias no significaron una fuerza política de primer orden.

Sin embargo, estas clases medias, incapacitadas o despreocupadas por la acción política, consiguieron crear un humus cultural tan dinámico y brillante que en ciertos campos de la ciencia y de las artes sobrepasaron con creces las conquistas de los tiempos áureos. Fue una época esplendorosa para la cultura y para las artes del país. España, después de siglos de oscurantismo y de inoperancia cultural, volvía a representar la vanguardia de las artes y del pensamiento en Europa. No eran casos aislados, como en épocas anteriores, salvo en el denominado Siglo de Oro, sino una auténtica pléyade de sobresalientes escritores, artistas, científicos, profesores, etcétera, que auguraban un

gran futuro para el país. La España socialmente tercermundista era, paradójicamente, primermundista en las áreas de la creación y del pensamiento universal. La paradoja se volvía a reiterar: penuria económica y subdesarrollo industrial frente a esplendor cultural y artístico. En este contexto, había muchas y fundadas razones para la esperanza. Haciendo justicia a la verdad, hay que afirmar que las clases medias españolas de la época fueron inoperantes en el plano político, pero brillantemente activas y creadoras en el plano cultural y artístico.

La proclamación de la República en abril de 1931 cambió el panorama general de España. La República fue un paso decisivo en su camino hacia la modernización. Colocó los primeros pilares sólidos para hacer de España un país más en consonancia con el ritmo de los tiempos. Este paso adelante en la nueva política española suponía el abandono de las antiguas formas de gobierno, que buscaba el beneficio de las clases dirigentes en detrimento de los derechos elementales del pueblo. Hubo desde un principio una seria preocupación por el desarrollo económico e industrial del país y una apuesta decidida por el mejoramiento material de las clases más desfavorecidas. La atención por el desarrollo cultural y educativo del pueblo fue uno de los puntos básicos del programa republicano. Por primera vez en la historia de España un gobierno se preocupaba seriamente por las masas populares.

El pueblo, después de siglos de marginación y silencio, fue incapaz de estar a la altura de la nueva situación. Envalentonado por el rumbo de la nueva política, convirtió la violencia en algo natural y diario. Se generalizó un afán de revancha sin límites. El gobierno republicano, a su vez, fue incapaz de canalizar la energía popular, que pedía, más que programas y buenas intenciones, cambios reales que le permitiera experimentar mejoras de todo tipo y a corto plazo. El gobierno no pudo, o no supo, atajar la conflictividad social y los desmanes populares, orientados preferentemente hacia las clases y grupos sociales que consideraban sus adversarios por ser los causantes de su situación material, especialmente contra todo lo relacionado con la Iglesia. La fuerza, el odio y la agresividad contra individuos e instituciones se convirtieron en una triste realidad social.

Los desmanes populares y la preocupación gubernamental hacia el pueblo pusieron en guardia a las clases dominantes, que veían que, en la medida en que se favorecía al

pueblo, quedaban ellos marginados de los beneficios político-económicos y de las prebendas tradicionales y, por otra parte, temían y experimentaban una situación de riesgo cada vez más preocupante y cercana. El recelo de éstos, -aristocracia-Iglesia-Ejército y capital-, hacia el gobierno republicano se puso de manifiesto desde el primer día de su proclamación, el 15 de abril de 1931. Reaccionaron contra el poder establecido, agente principal de esta nueva situación, empleando todos los recursos disponibles para derrocar el nuevo gobierno y reinstaurar el orden tradicional a través de la conquista del poder bien por vía institucional o bien por vía armada. La creación de nuevos partidos y de nuevas publicaciones, identificadas con estos partidos, son prueba inequívoca de esta voluntad de resistencia y de acoso frente al nuevo régimen democráticamente instaurado.

La apuesta por la modernización emprendida por la República fue torpedeada desde todos los flancos, tanto por los intereses de las clases dominantes como por los desmanes brutales de las clases populares. Estos primeros intentos de modernización fracasaron estrepitosamente.

El problema real de España en esa época de ensayos políticos estuvo en la incapacidad por parte del gobierno y de los españoles de buscar respuestas válidas a las necesidades sociales y económicas. Un país socialmente roto, industrialmente subdesarrollado, ideológicamente enfrentado, con una población culturalmente atrasada, etcétera, ofrecía muy pocas posibilidades de solución a corto plazo. Necesitaba tiempo y colaboración de todas las fuerzas para llevar a cabo con éxito su programa de modernización. Eran muchos frentes de lucha y muchos problemas para encontrar soluciones reales y definitivas a corto plazo y sin la colaboración de todas las fuerzas sociales. El fracaso real de la República fue el fracaso trágico de España. Se le exigió mucho en muy poco tiempo, teniendo en contra muchas instancias de fuerza y de poder.

La República poco podía hacer en ese contexto en un plazo de tiempo breve, porque el auténtico problema del pueblo español era una cuestión básicamente económica y social con derivaciones culturales. Un país con tantas contradicciones internas tenía pocas posibilidades de éxito, independientemente del signo político de su gobierno. La aventura política republicana no tuvo tiempo ni medios para triunfar. De tener alguna

posibilidad, ésta fue brutalmente arrasada por el levantamiento de los militares africanistas. La Guerra Civil significó el final del sueño republicano.

VII.-2.- Guerra Civil y consecuencias

Con la Guerra Civil se demostró la vigencia trágica de las dos Españas. Se enfrentaron dos bloques irreconciliables, representados por el Frente Nacional y el Frente Popular. Ambos bandos encarnaban las dos tendencias típicas de España: la tradicionalista y la liberal-republicana. La rivalidad política y social se convertía en una confrontación armada de resultados imprevisibles. Se había rechazado el camino del diálogo y de la cooperación para optar por la vía de la lucha armada. El resultado final fue la violencia, el caos, la destrucción y la muerte.

La violencia extrema fue una constante en ambos frentes. No hubo en ningún momento consideraciones humanas y religiosas. Se habían implantado el lenguaje de la sangre y la ley de la aniquilación del enemigo. Sin embargo, la violencia ejercida por ambos bandos tenía un signo diferente. La violencia miliciana fue espontánea e incontrolada, nacida en el mismo pueblo al margen y en contra de la voluntad del gobierno. La violencia nacional fue una conducta perfectamente programada desde el poder y llevada a cabo con una gran meticulosidad. La primera fue en todo momento visceral e instintiva; la segunda fue deliberada y fría. Las masas populares republicanas emplearon la violencia y el terror como medios de revanchismo y de aniquilación de sus supuestos enemigos sempiternos. En el bando nacional, se empleó el ensañamiento y la crueldad como consigna de guerra, como arma de combate, como exterminio del enemigo y como procedimiento psicológico de dominación. La violencia durante la Guerra Civil fue institucionalizada en el bando franquista como mecanismo de combate con efectos altamente operativos: exterminio del desafecto y reducción del tibio; en el bando republicano, fue la eclosión de un resentimiento extremo, largamente reprimido, que afloró en la población con unas consecuencias políticas altamente negativas.

Lo que inicialmente se ideó como un golpe de estado o simple guerra relámpago se convirtió en una confrontación armada, tan violenta como heroica por ambos lados, que duró tres inacabables años, produciendo la devastación material y humana del país. Los generales sublevados no contaron con la sobrehumana defensa del pueblo. El gobierno

de Madrid no valoró en su justa medida la capacidad bélica de los insurrectos. Para unos el levantamiento era un golpe de mano; para los otros, la sedición militar era un cuartelazo más dentro de la larga lista de golpes militares. Ni unos ni otros acertaron en sus pronósticos. La verdad fue la irrupción de una guerra civil a muerte sin retorno y sin previsión de consecuencias. Unos luchaban y mataban por Dios y por España; los otros combatían y masacraban por la legalidad y por el pueblo. El resultado final fue desastroso por la cantidad y calidad de sus muertos y por la altísima pérdida de bienes materiales. Fue una trágica guerra en la que todos perdieron, vencedores y vencidos, aunque las consecuencias para los vencidos fueron mucho más trágicas e irreparables. Se había jugado la suerte de España con resultados nefastos.

La Guerra Civil fue un auténtico desastre desde el punto de vista humano y demográfico. La cifra de un millón de muertos no es una exageración como algunos tratadistas quieren creer o suponer. La cifra de los caídos de ambos lados supera con creces las setecientas mil víctimas. Los ajusticiados en la posguerra se acercan a los doscientos mil. La suma, con cifras siempre tendentes a la baja, se acerca ya a la mítica cifra del millón. Los muertos en la guerra, especialmente en vanguardia, eran personas jóvenes, mentes rectoras del futuro nacional y fuerzas eficaces para el trabajo en todas sus facetas. Por eso, cuando se analizan las consecuencias humanas de la guerra hay que tener muy presente tanto el número como la calidad de los caídos. Las repercusiones humanas y económicas fueron incalculables. Si a esto se suman los miles de heridos y discapacitados que la guerra ocasionó, el panorama que se nos aparece es sombrío. No se puede olvidar en este estudio de crisis demográfica el número masivo de españoles que optaron por el exilio. ¿200.000 exiliados? ¿Más, menos? La Guerra Civil fue un desastre de consecuencias incalculables desde la perspectiva humana y demográfica.

La Guerra Civil fue una total ruina desde los parámetros de la industria y de la economía. Las regiones más industrializadas, -Cataluña, País Vasco, Valencia y Madrid-, se habían posicionado en el lado de los vencidos. La conquista de estos territorios por parte de las fuerzas nacionales significó la casi total destrucción de su industria o bien la adaptación de esas empresas a una actividad bélica de destrucción en vez de creación de bienes. Costó un esfuerzo enorme reactivar la vida laboral en un país, cuya industria había quedado destruida. El brutal enfrentamiento de ataque y defensa por ambos contendientes propició la devastación de todos los medios de

comunicación. Caminos, ferrocarriles, puertos, etcéteras, sufrieron las consecuencias de la guerra de una manera horrible. La producción y la recolección de bienes agrícolas experimentaron un descenso alarmante debido a la ausencia de mano de obra. La situación económica e industrial de la España de la guerra y de la primera posguerra fue caótica. La victoria de las armas había traído una total ruina económica, de la que España no pudo sobreponerse hasta décadas después. La calidad de vida de los españoles descendió alarmantemente. Las hambrunas se generalizaron. Las enfermedades y muertes como consecuencia de la desnutrición alcanzaron cifras insospechadas. Si todas estas muertes, consecuencia de la guerra, se sumaran a las cifras iniciales, el número del millón de muertos se quedaría corto. La Guerra Civil, desde el punto de vista industrial, económico y demográfico, fue una auténtica ruina.

La Guerra Civil fue una trágica hecatombe desde una perspectiva cultural. Una España culturalmente brillante por la cantidad y por la calidad de sus artistas, escritores, profesores y científicos, quedó reducida drásticamente. Las experiencias pedagógicas para la culturación de la sociedad, especialmente de las clases populares, desaparecieron, potenciando una enseñanza privada de signo religioso y tradicional, educación orientada a las clases medias y superiores, clases supuestamente rectoras del país. La universidad, que había alcanzado cotas sobresalientes de calidad educativa, volvió, tras la guerra, a una situación gris y pobre, en la que la filiación política era la mejor garantía del aprobado o de la cátedra. La literatura y las artes, aunque no desaparecieron, sufrieron un proceso de empobrecimiento tal que actualmente se reconocen y se valoran a muy pocos de sus miembros. ¿Dónde quedó esa pléyade de ilustres y universales hombres de la educación, de las artes y de las letras? La razón no está sólo en la línea educativa y pedagógica que impuso el nuevo gobierno, sino muy especialmente en la desaparición y en la ausencia o exilio de los protagonistas de ese segundo período áureo de la cultura española. La intelectualidad española, en su gran mayoría, fue fiel a la República, no por ser incondicionales de las doctrinas republicanas, sino especialmente por su talante democrático y por sus convicciones liberales. La República representaba la legalidad y los sublevados la sedición. No dudaron, en su gran mayoría, en aceptar como propio el gobierno legítimo de la República, posicionándose abiertamente en contra de los sublevados. La guerra y la victoria de los sediciosos determinaron un exilio masivo de intelectuales y artistas, de cuyas virtudes y energías se beneficiaron los países de acogida en detrimento del país de

origen. España, con la muerte de muchos de sus mejores miembros durante la guerra y con la salida multitudinaria de sus intelectuales, algunos de ellos figuras universales, experimentó un proceso de fuerte aculturación que llevó a una seria incultura nacional. Se volvía a tiempos pasados, como si esa época radiante de la época republicana nunca hubiera existido. La Guerra Civil fue una auténtica e irreparable tragedia para la cultura española.

Hay que analizar y evaluar seriamente si los valores de “Dios” y “España” merecían un sacrificio tan grande y un desgaste humano y económico tan considerable, como aconteció con la Guerra Civil española. Especialmente, cuando esta realidad se repetía trágicamente una y otra vez a lo largo de su historia. Las pérdidas humanas fueron cuantiosas y los daños materiales y económicos elevadísimos, pero con el tiempo, como era de esperar, el empobrecimiento general se fue superando. Sin embargo, España nunca pudo sobreponerse al proceso de desarticulación cultural que experimentó con la muerte y con el exilio de la gran mayoría de sus intelectuales y propiamente con casi todas sus grandes y universales figuras. ¿Dónde queda la validez cultural y creativa de la España del nacional-catolicismo, incluso de la España del presente, si se la compara con la de la España republicana? Si se hace una comparación seria y desapasionada, se llega a resultados catastróficos. La cultura española desde ese tiempo de muerte y exilio, aunque haya alcanzado mejores niveles de alfabetización y de educación popular, se halla anclada en una triste y oscura medianía. A pesar de venturas y desventuras, es cierto que España ha conquistado en las últimas décadas altas cotas de desarrollo económico e industrial, pero sigue padeciendo las consecuencias del desmoche cultural que sufrió en la Guerra Civil y con la posterior política franquista.

La Guerra Civil fue un golpe de Estado dirigido por toda una serie de generales y de altos mandos militares formados principalmente en las guerras africanas y liderado, en un principio, por el general Sanjurjo y, más tarde, tras la muerte de éste, por el general Francisco Franco. Tras el fracaso del proyecto de una sublevación con características supuestas de guerra relámpago, inició un cruel enfrentamiento entre los dos grupos adversos e irreconciliables, Frente Nacional y Frente Popular, que ofreció como resultado final la victoria de las fuerzas nacionales comandadas por el general Francisco Franco. Se impuso, de esta manera, el régimen franquista y con éste la cultura del nacional-catolicismo.

VII.-3.- Radiografía de un régimen político.

El franquismo, como régimen político, y el nacional-catolicismo, como expresión cultural del sistema franquista, son fruto y consecuencia del talante personal e ideológico del general Franco con la ayuda de sus camarillas rectoras. Franquismo y nacional-catolicismo formaron un tándem de intereses perfectamente sincronizados que tuvieron plena vigencia a lo largo de casi cuarenta años. Los principios de Dios y España, religiosidad y patriotismo, Trono y Altar, insertos en la moral de la respetabilidad, funcionaron desde el primer momento de la sublevación como ejes rectores de unidad y de sentido en la España nacional.

El franquismo, como régimen político, y el nacional-catolicismo, como expresión cultural del franquismo, caben ser definidos como una estructura política y cultural pseudo-fascista, tradicional y totalitaria de carácter conservador, de signo integrista, con la irreductible filosofía de imponer una imagen religiosa y patriótica en la colectividad de los españoles según los principios rectores de la moral de la respetabilidad. Cabe afirmar que la mitología franquista se basa en cinco elementos fundamentales:

- 1.- Moral de la respetabilidad
- 2.- Patriotismo y religiosidad
- 3.- Totalitarismo pseudo-fascista
- 4.- Caudillaje
- 5.- Carácter totalitario-tradicionalista e integrista

Como sistema totalitario de signo pseudo-fascista, su finalidad fue crear una sociedad uniformada en sus ideas, en sus valores y en sus conductas para imponer una filosofía de vida y de conducta que preservara los intereses políticos, económicos y religiosos de sus mentores o artífices. Fue una empresa, por tanto, esencialmente político-religiosa y cultural de signo militar, nación.-estado, y religioso, Dios-Iglesia, que consiguió la tipificación plena de una España cultural y socialmente plural y heterogénea. Los principales medios para la conquista de la unificación social de la población residieron en el exterminio físico o psicológico del enemigo, en el terror emocional del tibio y en la atracción cultural de toda la población.

El franquismo fue un régimen político totalitario y violento desde sus inicios. Cuando Francisco Franco asumió la dirección militar y política del bando nacional, tenía las ideas muy claras. En su mente estaba bien arraigada la razón de una guerra sin retorno y sin limitaciones. Fue un órdago con la seguridad de poseer una baza mucho mejor que la de sus adversarios. No hubo consideraciones humanas ni principios morales. Todo valía si se conseguían los fines propuestos. Franco aireaba la bandera de la Iglesia y de la religión, pero no habría dudado en asesinar a cientos de sacerdotes y hombres de la iglesia, si éstos no se hubieran posicionado en su bando y si no hubieran enarbolado la bandera del integrismo ideológico. La Iglesia vasca fue la prueba palpable de lo afirmado. Si el ejército franquista sólo asesinó a doce sacerdotes y encarceló a cientos de clérigos, se debió a dos razones: la situación geográfica del país que facilitó el exilio de muchos de ellos y la oposición abierta del liberalismo progresista europeo y de la postura del obispo Mateo Mugica ante el Vaticano. Para evitar una propaganda negativa a escala internacional contra la imagen franquista, tal como había sucedido con la República, se ordenó el encarcelamiento en vez del asesinato. La cárcel cordobesa de Cardeña es el mejor testimonio, entre otros muchos, de la represión religiosa franquista. Se actuó de esta manera por interés y por conveniencia y no por convicción o por deseo. El oportunismo político y el interés del sistema fueron siempre patrones de actuación del régimen franquista.

Francisco Franco fue un hombre ambicioso, obsesionado por el poder y por el mando, frío, calculador e inteligente. Toda acción, por insignificante que fuera, la programaba meticulosamente para alcanzar sus objetivos. Utilizó todas las fuerzas a su favor, desde los fascismos europeos hasta el falangismo como igualmente desde los movimientos monárquicos hasta la Iglesia. La Guerra Civil fue el campo de batalla, en donde puso a prueba, para disgusto de unos y para desconcierto de otros, todas sus dotes como militar y todas sus cualidades como persona, mirando y midiendo siempre la rentabilidad de sus decisiones según el canon de su propio provecho y de los intereses de España. Francisco Franco era, ante todo y sobre todo, franquista y, después, patriota.

Como oficial y jefe africanista, hecho y madurado en la guerra de Marruecos, aprendió una estrategia militar y una filosofía bélica que aplicó con toda rigurosidad en la península: la aniquilación completa y sin piedad del enemigo. Primero fue Asturias, en

la revolución de 1934 y, más tarde, media España en la Guerra Civil. La ideología militar de Franco se medía sólo por la eficacia y ésta se denominaba la destrucción total del adversario. En la sublevación del 36, Franco no buscó la victoria de la guerra, sino la aniquilación total de sus adversarios, República y Frente Popular. La razón de un golpe militar de alta eficacia en el mínimo tiempo posible fue la idea de sus compañeros de sedición: Sanjurjo y Mola. Nunca estuvo en los planes de Franco. Eso explicaría, para desconcierto y desesperación de sus propios compañeros de armas, la dilación o negación de ciertas acciones militares que habrían significado el fin de la guerra, pero no el exterminio del enemigo. La estrategia de la conquista del territorio republicano por zonas, en vez de atacar el corazón de la República, alargaba de manera considerable el tiempo de guerra, pero permitía sanear los territorios conquistados de desafectos y enemigos. El sistema de guerra utilizado por Franco fue de una violencia inusitada pero de una eficacia extrema. En nombre de la eficacia en la realización de sus planes, alargó considerablemente el tiempo de guerra, causando un número de bajas incalculable en ambos bandos y produciendo pérdidas materiales muy cuantiosas. Pero Franco no miraba ni valoraba las consecuencias. Buscaba la victoria en la guerra tal como la había programado: aniquilación de todos sus enemigos. Así fue y ésta es la triste historia de la Guerra Civil española de 1936.

Esta filosofía de destrucción del enemigo y de reducción del tibio, consigna bélica durante la Guerra Civil, se mantuvo vigente durante los casi cuarenta años de dictadura franquista. Este hecho demuestra que para el franquismo nunca terminó la guerra. El espíritu bélico y la ley de guerra se mantuvieron operativos durante todo el gobierno del General Franco.

Ambos frentes, fuerzas nacionales y fuerzas republicanas, actuaron durante la guerra con un espíritu revanchista de una crueldad extrema. Ambos son y fueron culpables y responsables ante la historia de su conducta. Lo verdaderamente inadmisible fue que esta violencia inhumana y despiadada siguió vigente en la España franquista durante años y sólo se fue mitigando en la medida en que desaparecía, por muerte o por miedo, la oposición. Franco había firmado el parte de fin de guerra, pero la guerra, según su criterio, no podía terminar hasta que no desapareciera el último de los enemigos. La guerra nunca terminó. El 1 de abril de 1939, por Radio Nacional, el locutor falangista Fernando Fernández de Córdoba leía el último comunicado de guerra, en el que se

afirmaba textualmente: “En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales su último objetivo militar”. Fue un parte falaz, a no ser que el mensaje se refiriera exclusivamente a objetivos geográficos y materiales. La guerra nunca terminó durante el largo gobierno franquista, porque su espíritu y su ley permanecían vivos y activos. La política de la violencia y del exterminio que se había institucionalizado durante la guerra, siguió operativa hasta la muerte del general. La violencia estuvo siempre ligada a la dictadura franquista. Fue más, fue una de sus notas más características.

El franquismo, como régimen totalitario, buscó e impuso la uniformidad social de conductas y valores a través de mecanismos físicos y psicológicos de coerción y de dirigismo. Para conseguir estos fines, tal como se ha afirmado con anterioridad, puso en práctica todos los medios a su alcance sin importarle su naturaleza ni valorar sus consecuencias con tal de conseguir sus objetivos. No sólo impuso sobre la población española su ideología, sino que tuvo mucho cuidado de acabar con toda posible presencia, mucho más si la presencia implicaba actividad, de posibles conductas o culturas que no estuvieran en sintonía con la oficial. Desde este punto de vista, parece claro que la Guerra Civil no fue sólo una contienda armada de signo militar y político, también fue una confrontación de extrema dureza de signo ideológico y cultural. Esto explica el odio visceral que el franquismo sintió por el liberalismo republicano, que, intencionadamente, fue identificado con el comunismo y con la masonería. Este programa basado en la unidad exigía la eliminación de toda forma de ser, actuar y pensar que no coincidiera con la ideología dominante. La razón de la pureza social y cultural se impuso con toda su crudeza a través de formas de represión y de prohibiciones. Se había instaurado el principio casi sagrado de la “pureza política e ideológica”.

La razón de esta pureza ideológica, basada en la creencia, involuntaria o consciente, de la posesión de la única verdad, estaba muy presente en el franquismo. Se sentían, o por lo menos así actuaban, poseedores de toda razón y de toda verdad. Como únicos ostentadores del bien y de la virtud percibían su acción como una misión casi divina, siempre providencial, de imponer esa verdad identificada con los Principios del Movimiento sobre todos los ciudadanos y en todas las manifestaciones de la vida colectiva y particular. Esta filosofía de verdad justificaba la violencia, por inmoral y

brutal que ésta fuera. La represión franquista bajo los principios de unidad política, unidad religiosa y unidad cultural fue despiadada. La razón básica de unidad justificaba y legitimaba todo proceder. Incluso, se llegó al absurdo de defender la naturaleza moral de esta violencia desmedida y cruel.

VII.-4.- Represión física como medio de control

La guerra terminó con la derrota de la legalidad y con la victoria de la sedición. Los nacionales celebraron el éxito militar de su empresa y los republicanos sufrieron las consecuencias de la derrota: exilio o represión. No hubo perdón para el vencido. Su grave delito de defender la legalidad institucional y de luchar a favor del gobierno legítimo en contra de la España fascista les valió la marginación, la cárcel o la muerte. Incluso, las débiles voces que clamaban cierto grado de clemencia hacia los vencidos fueron acalladas de forma violenta por el “generalísimo”. Están, para demostrarlo, los casos del Primado de España Cardenal Isidro Gomá, del Teniente Coronel Juan Yagüe e incluso del mismo Papa Pío XII. Ni miembros de la Iglesia ni jefes del ejército iban a poner en duda el verdadero sentido de la Guerra Civil y de su estrategia militar. Dios y España le exigían el exterminio total de los vencidos. Él, Francisco Franco, jefe supremo del ejército y jefe del Gobierno del Estado español, asumía todas las responsabilidades ante Dios y ante la Historia, únicos jueces de su conducta y de su política. El encabezamiento de la Ley de Principios Fundamentales del Movimiento Nacional de mayo de 1958, casi diez años después de terminada la guerra, afirmaba: “Yo, Francisco Franco Bahamonde, caudillo de España, consciente de mi responsabilidad ante Dios y ante España...”. Las represalias salvajes hacia los vencidos una vez terminada la guerra fueron obra de Franco y de su aparato político. Contaba para ello, salvo mínimas excepciones, con el beneplácito supuesto de Dios y con la bendición de la Iglesia. La violencia del franquismo fue una violencia sagrada.

Para llevar a efecto el principio de “limpieza política e ideológica” se arbitraron medidas políticas y legales. Además de los cientos de miles de caídos durante la guerra, el cincuenta por ciento de ellos milicianos y republicanos, lo que ya implicaría, según el criterio franquista, una primera y eficaz criba de elementos indeseables, habría que añadir entre 150.000 a 200.000 víctimas de la represión terminada ya la guerra. La razón de la “pureza ideológica” presenta números sorprendentes. Al margen de las

cifras escalofriantes de las víctimas de la guerra y de los muertos represaliados en la posguerra, hay que decir que, según el *Anuario Estadístico de España*, visión oficialista, la población reclusa en España al término de la guerra superaba con creces la asombrosa cifra de más de 250.000 reclusos, la gran mayoría presos políticos. Para acoger a este número asombroso de prisioneros se tuvieron que arbitrar cientos de cárceles y gran número de campos de concentración, donde los reclusos vivían en condiciones inhumanas. A la altura de 1950, más de diez años después de terminada la guerra, cuando había quedado erradicada toda posible oposición, quedaban en las cárceles franquistas más de 30.000 prisioneros de guerra. Tienen mucha razón los estudiosos que defienden que España entera en los años de la primera posguerra era un verdadero campo de concentración. Las cifras así lo confirman. Si a estos números sorprendentes, se añaden los más de 200.000 exiliados, se puede tener ya una visión aproximada de las consecuencias del terror franquista en tiempos de guerra y en los años de la larga posguerra.

Las cárceles y los campos de concentración en el régimen franquista no fueron verdaderos campos de exterminio como sucedió en la Alemania nazi. Teóricamente, eran lugares de internamiento, donde los prisioneros de guerra tenían que ser clasificados como “recuperables” o no “recuperables” para la causa nacional. Sin embargo, debido a las condiciones de vida tan extremadamente inhumanas llegaron a funcionar como verdaderos centros de exterminio. Fueron el comportamiento arbitrario y muchas veces brutal de los guardianes y de los cuerpos de vigilancia; las condiciones de vida, hacinados en barracones inmundos y con unas condiciones higiénicas lamentables; la presencia constante de enfermedades como la peste, el tifus, la tuberculosis; la convivencia con insectos, pulgas y piojos; la alimentación escasa y mala, etcétera. Los campos de concentración y las cárceles ofrecían un panorama un tanto dantesco y de una deshumanización extrema.

Un número tan elevado de prisioneros exigía unas estructuras concentracionarias muy costosas, no tanto por la calidad de los lugares, sino por la cantidad de los internados. Los presupuestos del Estado para cubrir los gastos de internamiento y clasificación eran proporcionalmente ridículos, pero los montantes finales eran altos. El problema del internamiento masivo de prisioneros de guerra tenía que tener una solución para evitar en lo posible este despilfarro económico que suponía el mantenimiento de los centros y

de los prisioneros. La solución que arbitró el franquismo fue la utilización de los prisioneros en trabajos forzados. A principios de los cuarenta, el número de prisioneros encuadrados en los “Batallones de Trabajo” se acercaba a los 100.000. El salario de un preso era asombrosamente bajo. Él o su familia recibían una parte del sueldo y la otra, la diferencia entre lo recibido por el preso trabajador y la paga real del trabajo, revertía en el Estado. Estos trabajadores formaban un cuerpo de mano de obra muy barata para los empresarios y altamente rentable para el Estado. El Valle de los Caídos es el símbolo y muestra de la labor de estos “Batallones de Trabajo”.

Pero con esta política de terror y de represión no se buscaba sólo la eliminación del adversario político, se intentaba crear una atmósfera de terror social y de miedo personal. De esta manera, se eliminaba en la población cualquier posible tentación de rebeldía o insumisión, incluso de reflexión. Se conseguía una aceptación colectiva total, de forma que la sociedad siempre caminaba al ritmo y por el camino que dictaba el poder. El franquismo necesitaba una población domesticada para que aceptara sin condiciones los principios directores del sistema. Se aseguraba larga vida y buena vida al régimen. La política del miedo fue un arma de eficacia extrema. El franquismo la utilizó sabia y eficientemente con una alta rentabilidad.

Represión y miedo fueron las dos caras del sistema franquista para crear un ambiente favorable y completamente afecto a su ideología y a sus intereses. La rentabilidad fue máxima. Los hechos y las cifras así lo demuestran. Consiguió el exterminio de todo posible adversario político y la anulación psicológica de los no afectos a la causa. Francisco Franco gobernó España, despóticamente, con una mano de hierro inflexible para sus adversarios y con una mano de una laxitud extrema para sus incondicionales. Oficializó la corrupción y la inmoralidad como sistema de control de sus propios compañeros de sedición. Esta extremosidad de valoración y de conducta es uno de los rasgos típicos de todo régimen totalitario y, por tanto, del franquismo.

Todo este planteamiento tiene un sentido altamente significativo desde el punto de vista cultural. Juicios sumarísimos poco legales, asesinatos, campos de concentración, prisiones, purgas, castigos, batallones de trabajo, omnipresencia de las fuerzas del orden, etcétera, sirvieron para institucionalizar un clima de terror generalizado que afectaba a todas las capas de la sociedad. La Guerra Civil y la represión salvaje del

sistema eran temas tabúes en la sociedad española de posguerra. Nadie hablaba de estas cuestiones y mucho menos ponía en duda la legitimidad de la guerra y del Movimiento. La palabra pertenecía a los vencedores. Ellos podían hablar y predicar en clave de exaltación patriótica y de sacralidad religiosa. El silencio era patrimonio de los derrotados y de todo aquel que pensara de forma más o menos heterodoxa con relación al dogma oficial. El miedo impuso la cultura del silencio. Y con el tiempo esta cultura del silencio propició el olvido y la manipulación de la realidad reciente. Se desfiguraba la verdad de la historia y del proceder político. El silencio es una de las armas más eficaces de distorsión de la verdad histórica y el olvido es la muerte de la verdad. La cultura del silencio alcanzó cotas altísimas de rentabilidad en manos del sistema.

VII.-5.- Represión ideológica y cultural como medio de imposición

En el franquismo no bastaba con la promulgación de unas leyes que sirvieran de cauce jurídico y de apariencia legal para la posible buena marcha de su política, era imprescindible el control de todo tipo de ideología y de cultura y la socialización plena de la población a través de la eliminación de los elementos desafectos e indeseables. Desde los primeros días de la sublevación, se estableció una relación íntima entre los intereses políticos y los aparatos represivos para dominar y encauzar los mecanismos ideológicos. Se buscaba un fuerte control mental a través de un despiadado dirigismo cultural. La mitologización cultural y la censura fueron los mecanismos de control ideológico que funcionaron durante toda la época del franquismo con una sorprendente eficacia.

Si, como afirmaba la Ley de Prensa, tanto la de 1938 como la de 1966, compete al Estado “la organización, vigilancia y control” de todas las formas de pensamiento y conducta, era lógico que la cultura debía estar dirigida y planificada desde el poder. La censura será en manos del sistema uno de los mecanismos más perfecto de control y de dirigismo cultural.

La censura controlaba todas las manifestaciones, por nimias e intrascendentes que estas fueran, de la vida social y personal de los españoles. Todo se supervisaba y toda se valoraba, aceptando lo que estaba de acuerdo con la ideología del poder y prohibiendo lo que se hallaba en desacuerdo o no aparecía como conveniente para sus intereses.

Todo tenía que tener el visto bueno oficial para que pudiera tener una presencia social, desde los envoltorios de los caramelos hasta la literatura, pasando por la música folclórica o por los anuncios comerciales. La censura era tan universal y omnímoda que nada ni nadie se libraba de su influencia. Estaba presente desde las grandes ciudades hasta las aldeas más pequeñas y alejadas. La censura era una institución oficial con un poder casi ilimitado que funcionaba de forma omnisciente y omnipresente. El régimen, con su presencia ubicua, controlaba todos y cada uno de los actos personales y colectivos de la sociedad española.

Lo sorprendente de esta censura como mecanismo de control y de dirigismo cultural fue que, contando con graves limitaciones de todo tipo en su organización interna, pudiera realizar una labor tan eficaz y general. Con un compendio de normas poco sistematizadas y nunca redactadas con criterio de sistema legal, con unos censores por lo general poco preparados intelectualmente, con unas carencias de bienes materiales significativas, etcétera, se consiguió unos resultados altamente productivos. La eficacia de la censura se debía a diversas causas: la omnipresencia de ésta en todas partes del territorio español, la legislación que imponía la obligatoriedad de presentar a la censura todo hecho de cultura o de servicio social, la fidelidad de los censores al poder y su escrupulosidad en el ejercicio censorio, la salvaguarda económica de todo factor de cultura como fenómeno pecuniario, la autocensura de los creadores de bienes de cultura, etcétera. A pesar de las graves limitaciones materiales y humanas con que contaba la censura como institución oficial, presentaba tantas y buenas razones en su realización que garantizaba con creces su funcionamiento y sus resultados.

La censura no se ejercía de la misma manera y con la misma fuerza en todas y cada una de las manifestaciones culturales. Ésta funcionaba a partir de unas estrategias de acción y de una política de actuación. La eficacia y operatividad de la censura iba a depender de dos principios fundamentales: la fuerza y amplitud comunicativa del mensaje y la época o circunstancia histórica. En la medida en que un hecho de cultura presentara estos factores de eficacia comunicativa –fuerza comunicativa y amplitud difusora- y tiempo histórico, la censura actuaba de una manera u otra, con mayor o menor fuerza y eficacia. A mayor amplitud y fuerza comunicativa, existía un mayor control de la censura; a menor amplitud y fuerza comunicativa, menor o escaso control de la censura. Ahora bien, estos principios de control siempre se hallaron condicionados por las

circunstancias históricas y por su tiempo de realización. Fue muy distinto el control censorio sobre una pintura o una escultura, arte de minorías cualificadas, que sobre un informativo radiofónico, comunicación masiva. Igualmente, el concepto del pudor cambió de forma considerable a lo largo del tiempo del franquismo. Pero una cosa era clara: no había piedad para aquellas formas culturales o sociales que pusieran en peligro o en entredicho la estructura política e ideológica del franquismo.

A lo dicho hasta ahora, hay que sumar todos aquellos recursos culturales o pseudoculturales que, de forma directa o subliminal, ofrecían e imponían una visión del mundo de acuerdo con los intereses del sistema dominante. Estos mecanismos de atracción psicológica potenciaban al máximo todas aquellas fuerzas de integración con el fin de lograr una sintonía perfecta entre la voluntad de las masas y los intereses del sistema. La cultura del nacional-catolicismo, visión del mundo y de la vida propia del régimen franquista, potenciaba al máximo todos los mecanismos psicológicos de atracción.

El nacional-catolicismo, en la misma línea que el régimen franquista, fue una cultura tradicionalista de signo totalitario, basada en los principios básicos de patriotismo-nacionalismo y religión-catolicismo. Con esta cultura, el franquismo buscaba identificar los ideales y valores de la comunidad con los intereses del poder. Para lograr estos objetivos, se imponía previamente el conocimiento de la psicología popular para llegar a su total dominio. Poseídas las claves de recepción popular e impuesta la cultura oficial era muy fácil que éste hiciera propia la ideología que pretendía imponer el sistema. El franquismo consiguió a través de los mecanismos de presión y atracción una perfecta y total socialización de la colectividad.

El sistema más operativo y eficaz de dominio psicológico es aquel que incide sobre las fuerzas irracionales de la emoción, negando en la medida de lo posible su capacidad lógica y reflexiva. La cultura franquista buscaba la identificación emocional, no racional, entre doctrina y sentimiento. Desarrollados estos medios y conseguidos estos principios, la población se rindió incondicionalmente a las consignas y a los ideales oficiales. La simbología oficial calaba en el espíritu de los ciudadanos sin que éstos fueran conscientes de dichas influencias. La población española, en su generalidad, se convirtió en aliada y defensora decidida de las instituciones rectoras, de forma que los

intereses de las clases dominantes fueron tomados como verdades absolutas y, como tales, eran defendidas y proclamadas por el pueblo, aunque éstas fueran en detrimento de sus intereses. Se había conseguido que los ciudadanos, identificados con los principios de la política dominante, actuaran como los más incondicionales garantes de los ideales y de las conductas propuestas y promovidas desde el poder, garantizando como consecuencia, el orden establecido.

La cultura del nacional-catolicismo es tópica por ser masiva y colectiva. Cuando una idea o principio se convierte en verdad universal con un alcance masivo y popular entramos en los espacios del tópico. La cultura franquista se redujo a una serie de ideas machaconamente repetidas, haciendo que en la reiteración se fundamentara la razón y la verdad de su ideología. Se impuso la mitología franquista con nulas o escasas fisuras. ¿Quién dudaba de la verdad de una guerra como cruzada o de la bondad de un caudillo como salvador de la patria?

Para que la cultura del nacional-catolicismo pudiera ser operativa, ésta tenía que basarse en un número reducido de principios o símbolos ideológicos, cuya presencia en la vida de los españoles debía ser constante y omnipresente para alcanzar, de esta manera, su máxima efectividad. Estos principios, basados y reglamentados, en la moral de la respetabilidad, eran, con posibles pequeñas variantes, los siguientes:

Religión-catolicismo
 Nación-España
 Caudillaje o líder carismático-Francisco Franco
 Imperio-Unidad
 Obediencia a la autoridad-jerarquía
 Militarismo
 Antidemocracia, antiparlamentarismo, antirrepublicanismo, etc.
 Guerra o trabajo, según épocas y circunstancias.
 Orden social y progreso nacional
 Moralidad-Buenas costumbres

Este sería, según mi entender, el decálogo de los principios-tópicos o símbolos ideológicos en los que se basó y se instrumentalizó la cultura del nacional-catolicismo. La población española, a través del bombardeo sistemático de estos símbolos, los sintió y los consideró verdades incuestionables de valor universal. ¿Quién podía sospechar o desconfiar de la religión católica, de la nación España como unidad de destino en lo universal, de un caudillo salvador y carismático o bien del resto de principios

mostrados? El sistema había impuesto su mitología y las masas la aceptaban como razón irrenunciable.

El nacional-catolicismo, como cultura masiva, impositiva y dirigida, aportaba una imagen social y política muy determinada, cuya función integradora y uniformadora respondía a principios claramente conservadores. El nacional-catolicismo procuró en todo momento organizar y promover un tipo de sociedad que asegurara el mantenimiento y el fortalecimiento del orden establecido y del régimen dominante. Esta cultura ofreció en todo momento, por ser una cultura totalitaria, excluyente e integradora, una imagen marcadamente antiliberal y antidemocrática. Es fácil entender que esta doctrina, filosofía de los vencedores, legitimara el principio maquiavélico de “el fin justifica los medios” y perpetuara en tiempo de paz una política de guerra. El nacional-catolicismo era una cultura bélica, y, como tal, una cultura a la defensiva o a la ofensiva según circunstancias y naturaleza de sus posibles camaradas o adversarios de viaje político.

El franquismo no se caracterizó sólo por sus mecanismos de represión física o de dirigismo ideológico, sino que desarrolló también un complejo sistema de mecanismos de integración con la finalidad de identificar la conciencia del ciudadano con la filosofía del régimen. En la medida en que se daba este reconocimiento, así era la eficacia de estos mecanismos. Los medios con que contó la cultura del nacional-catolicismo para llevar a la práctica este programa fueron muchos y muy variados. Iban desde la enseñanza primaria a los juegos infantiles, pasando por todos los medios de comunicación, de entretenimiento y de formación. Incluso, pasatiempos aparentemente frívolos e intrascendentes, planteados como medios simples de evasión, en el fondo, eran perfectos mecanismos de atracción psicológica y de integración emocional. Así sucedía con el deporte, muy especialmente con el fútbol, con las series televisivas y radiofónicas, con la propaganda comercial o bien con los tebeos de hadas o de aventuras. Todo era válido y todos los medios podían ser operativos para conseguir los fines propuestos.

VII.-6.- Síntesis de una lectura sociológica. Las tres caras de una cultura totalitaria e integrista

Retomando los puntos esenciales de todo lo afirmado hasta este momento se puede llegar a una conclusión de profundo significado: la cultura del nacional-catolicismo, como cualquier cultura de signo totalitario, no es una cultura plana y transparente a pesar de la simplicidad de sus enunciados ideológicos. En su intento de máxima socialización, presenta y funciona con tres caras de carácter complementario y de idéntica trascendencia. La primera cara la conforma la denominada *cultura del terror*; la segunda cara la configura la *cultura de la banalización* y la tercera se revela como *cultura del adoctrinamiento*. Terror-silencio, trivialización-evasión y adoctrinamiento-ideología son los tres pilares maestros de toda cultura totalitaria y, en cuanto tal, de la cultura oficial del régimen franquista.

La mejor estrategia para silenciar y, como consecuencia, para domesticar a un pueblo en la disciplina del terror o del miedo. Es un medio de opresión y de imposición que ha sido empleado en todos los tiempos y en todos los conflictos entre pueblos o comunidades, en las que una de ellas se ha querido imponer sobre la otra. El miedo conduce al silencio y éste al consentimiento y al asentimiento. La institución que mejor ha sabido rentabilizar el sistema del temor para crear masas incondicionales y absolutamente sumisas ha sido la religión. Esta realidad se observa desde el misterio de brujos y chamanes hasta las organizaciones religiosas de nuestros días. Durante siglos, la Iglesia católica con los principios del infierno y del pecado o bien con la privación del paraíso-cielo, -principios compartidos con otras religiones, aunque tengan nombres y sentidos diferentes-, ha impuesto en grandes mayorías de distintas nacionalidades y de diferentes culturas valores y comportamientos afines de acuerdo con las normas y con los dogmas instituidos. El miedo siempre ha sido pieza capital para esta imposición universal. Y, si no se daba de esa manera, se establecían medios de represión física para acallar y anular las conciencias desafectas. Las religiones bíblicas dan buena fe de esta disciplina punitiva. Las multitudes, en estos casos, nunca cuestionaban los principios, los acataban de forma acrítica, porque los consideraban verdades absolutas, verdades reveladas por la divinidad. Eran realidades pertenecientes al espacio mítico de lo sagrado. Desde una perspectiva más terrena, pero con un sentido semejante y con una eficacia similar, estos mismos recursos con una idéntica filosofía se daban, -y se dan-, en los regímenes totalitarios. Estos buscan la uniformidad de conciencia y la identidad

de pensamiento en las grandes masas de ciudadanos a través de sistemas de reducción o abolición de su capacidad crítica. La mitificación de las ideas niega la capacidad crítica de la persona. Para lograr estos fines, establece medios de presión emocional y física capaces de acabar en los individuos con toda posible resistencia ideológica.

El régimen franquista llevó a la práctica estos métodos de reducción ideológica y de domesticación colectiva hasta extremos límite. Esta violencia extrema e impositiva se explica, primero, por su ideología totalitaria y segundo, por su procedencia ilegal e ilegítima frente a un gobierno democráticamente constituido. Necesitaba para su afianzamiento ideológico y social, primero, acabar con toda presencia de oposición y, segundo, legitimar un sistema impuesto por las armas. Surge la necesidad de arbitrar plurales y complejos mecanismos de represión física, que iban desde las miles de penas de muerte hasta las puniciones económicas, pasando por los cientos de miles de casos de privación de libertad y de castigos de trabajos forzados, hasta llegar, como sostienen algunos críticos, a la conversión de España en un enorme y temido campo de concentración. Si a estos castigos físicos se añaden las imposiciones censorias, que impedían cualquier tipo de oposición o simple desvío de la normativa funcional, se llega a vislumbrar la verdadera cara del régimen franquista, como un sistema político basado en el castigo y en el terror.

El español o bien era un incondicional del sistema o bien se tenía que enfrentar a todos estos mecanismos de terror. El ciudadano vivía con el régimen o permanecía en los ámbitos del miedo y del silencio. No se podía hablar en contra del sistema y era sumamente práctico silenciar oposiciones, dudas o equívocos hacia el régimen para evitar toda respuesta de fuerza por parte del poder. Incluso, los adictos, ante el panorama reinante, temían de forma intensa y con razón cualquier tipo de desviación, lo que les llevaba a permanecer en la obediencia y en el silencio. Se vivía intensamente el trauma de la sospecha o de la duda. Había muy poco espacio para los ensayos críticos. El temor y el mutismo favorecían la consolidación del régimen al anular todo tipo de rebeldía, haciendo de los españoles una sociedad perfectamente domesticada. Como afirma Umberto Eco en su conocida obra *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas* “El silencio no es protesta, es complicidad; es negarse al compromiso” (p. 61). Los ciudadanos vivían en el silencio de la complicidad a causa del pánico ante el poder. La socialización fue plena. Se impuso de esta manera la cultura del terror y del miedo.

Estas imposiciones significaron la entronización de la anulación personal y de la incapacidad crítica. El régimen franquista se apoyó en este tipo de cultura o, mejor dicho, en esta anti-cultura para imponer su voluntad y su doctrina sobre toda la población española. La dinámica del terror es clara e inapelable: el miedo causa el silencio, este favorece el olvido y el asentimiento y con él se consigue la domesticación de la sociedad. El poder se perpetúa en el terror.

Una consecuencia de toda cultura del terror basada en el silencio es la manipulación ideológica e histórica. El mutismo propicia el olvido y con el desconocimiento se favorece la imposición de razones interesadas o de falacias convenidas. Un pueblo sin memoria histórica no tiene capacidad de juicio o de crítica por su falta de conocimiento. Se da un grado muy significativo de aculturación a partir de los medios narcotizantes de presión ideológica y cultural. En este contexto, el dirigismo ideológico y la catalepsia cultural son maniobras sencillas de realizar e imponer. El régimen que niega el interés y la necesidad de la memoria histórica es siempre un régimen con necesidad de ocultar la verdad o de emboscar determinadas verdades.

La segunda cara de la personalidad pedagógica del nacional-catolicismo la conforma la cultura de la trivialización. Un régimen totalitario tiene que superar pronto las primeras etapas de imposición de los mecanismos preferentes de terror para crear una sociedad más estabilizada y apaciguada. Si no fuera de esta manera, la sociedad viviría en un ambiente de guerra civil y de violencia extrema, como fue el sistema operativo del régimen franquista frente a aquellos sectores desafectos de la población. El axioma de vivir en una guerra civil inacabada mientras en la sociedad existiera resistencia u oposición hacia el sistema respondía a esta razón o situación de resistencia o de posible enfrentamiento. Se hacía necesario acabar con toda oposición y, al mismo tiempo, acallar o bien ocultar la situación de un pueblo inserto en la psicosis del miedo. En el primer caso se imponían los mecanismos de represión y para el segundo los mecanismos de evasión y de banalización.

El sistema orquestaba medios de evasión a través de los diversos canales de comunicación de sentido colectivo y estandarizado dirigidos a todos aquellos sectores identificados o indiferentes con el sistema, llegando incluso a los desafectos silentes. Estos regímenes propiciaban y multiplicaban los llamados, por lo menos en este trabajo,

mecanismos de distensión emocional que funcionaban en la realidad como mecanismos psicológicos de atracción. El sistema, -político o económico o bien ambas fuerzas a la vez-, permitía y potenciaba todas las formas culturales que, sin poner en riesgo las estructuras del poder, posibilitaban al ciudadano reproducir emocionalmente universos de fantasía que, frente al mundo de las realidades siempre anuladoras, recreaban sus imaginarios soñados. En estas situaciones, la población buscaba excusas o estímulos que propiciaban soñar y gozar por la vía del ensueño mundos y vidas que uno deseaba, marginando o negando los que les había tocado vivir. Eran puros espejismos sin base en la realidad, pero con capacidad para estimular los ánimos de la colectividad. Eran imágenes o secuencias socialmente aproblemáticas en las que el individuo protagonizaba por la vía de la fantasía esas historias imaginadas que nunca se daban en la realidad, pero que no negaban su mera posibilidad. Frente a la verdad social se recreaban realidades que se asentaban de forma exclusiva en los espacios de la imaginación sin repudiar las verdades o imágenes ofrecidas desde el sistema. Se imponía una tendencia hacia la evasión como medio de huida de las circunstancias imperantes. La cultura de evasión era el medio más operativo de esta conducta de desanclaje con la realidad dominante.

Los mecanismos de evasión son tan fundamentales como necesarios en toda filosofía de poder y de dominación, por una parte, porque ayudan a contrarrestar las fuerzas del dirigismo ideológico sin poner nunca en riesgo los intereses de los grupos dominantes y, por otro lado, porque la manipulación cultural asegura igualmente el mantenimiento del poder establecido. En otras palabras, la aculturación del país, como consecuencia de los mecanismos del silencio y de la evasión, es una estrategia de alto rendimiento para la consolidación y permanencia del régimen dominante.

Los fines son claros; pero, ¿quiénes son los destinatarios reales de esta cultura? La respuesta es igualmente incuestionable: la sociedad popular. En estos casos, las minorías selectas son afines al sistema o guardan silencio. No hay alternativa, si no se quiere entrar en los parámetros del terror. El pueblo, en general, con limitaciones económicas y materiales muy marcadas, sólo puede optar a bienes culturales de consumo gratuito o muy barato. La gratuidad o el saldo económico sólo los pueden proporcionar las subvenciones oficiales o el número en la producción. En ambos casos, la alianza entre el interés político y el beneficio económico está asegurada por compartir

objetivos afines e interdependientes. Se impone una cultura dirigida para un público necesitado de entretenimiento y de evasión. Los poderes político y económico ofrecen bienes de consumo en la línea de lo que quiere el destinatario por ser precisamente lo que el poder busca y anhela. La radio, la televisión, las novelas de fácil lectura y de precios asequibles, etcétera, ofrecían mundos a la voluntad y al deseo de sus receptores. Estos recibían a través de los medios de comunicación las historias, fáciles siempre de imaginar, que querían ver o escuchar. Los programas más vistos y las novelas más leídas respondían a los gustos y necesidades de estos receptores. El ciudadano imponía sus gustos y el poder se los facilitaba porque lo que solicitaban los primeros era del interés de los segundos. Una cultura masificada es siempre una cultura tópica, ya que ésta responde siempre a las necesidades culturales, siempre elementales, de ese destinatario. Toda cultura tópica y estandariza, como se ha visto en capítulos anteriores, tiende necesariamente a la banalización. La cultura se trivializa en una especie de acuerdo tácito pero real entre los intereses del poder y los gustos de la población. De esta manera, se comprueba que la cultura de la trivialización es consecuencia directa del dirigismo ideológico que el poder impone sobre la población.

La tercera cara de la cultura del nacional-catolicismo respondía a la necesidad de un adoctrinamiento sistemático y pertinaz de la población por parte del poder a través de los medios de propaganda y de comunicación. Un sistema político de las características del franquismo necesitaba, por una parte, legitimar su posición jurídica y social ante los ciudadanos y, por otro lado, estaba obligado a proporcionarles una visión del mundo y del poder lo más convincente posible para hacerla creíble y atrayente. Esta cultura, denominada nacional-catolicismo, basada en los principios sagrados de Dios, Patria y Caudillo, cumplía con creces las necesidades doctrinales del ciudadano. No hay duda de que esta mitología política respondía, a su vez, a los principios de la moral de la respetabilidad más algunos elementos provenientes de la ideología fascista. Las razones de caudillaje, imperio y antidemocracia fueron las más importantes y significativas. Moral de la respetabilidad y totalitarismo fascista conforman las bases del ideario franquista. Este ideario era el que había que ofrecer a la población para que ésta se sintiera identificada y viera en sus gobernantes la ley, la norma y la razón.

El gobierno franquista ofreció este ideario con la finalidad de consolidar su poder a lo largo del tiempo, haciendo que la población se sintiera plenamente identificada con la

doctrina oficial y, por tanto, con el gobierno. Se imponía un ideario coherente para asegurar la razón y la perdurabilidad del gobierno. Pero, para hacer segura y rentable esta imposición, había que ser fieles a los mecanismos de recepción de este destinatario masivo. Para alcanzar el fin deseado, no era suficiente una doctrina, era necesaria también una complicidad plena entre Estado y población. Para llegar a esta empatía, se imponía una comunicación perfecta, de forma que los mensajes fueran entendidos por el destinatario y los pudiera, de esta manera, asumir y personalizar. Los mensajes tenían que responder a la capacidad intelectual y receptiva de este destinatario popular y masivo y, como consecuencia, había que presentarlos según sus formas y su simbología, es decir, según su imaginario cultural.

La primera regla de la recepción popular es emoción frente a razón. El discurso tiene que presentarse y expresarse según las reglas de una comunicación emocional. De una doctrina, hay que ofrecer lo esencial, pocas ideas, expresadas de forma reiterativa y machacona. Estas pocas ideas que se convierten en tópicos, eslóganes, repetidos miles de veces desde medios diferentes, terminan haciéndose patrimonio de la población. La mitología oficial se socializa. Los símbolos-tópicos se hacen consignas, tomadas por ese destinatario masivo como verdades absolutas. Ante ellas, estos receptores no tienen ni posibilidad ni capacidad para aceptarlas críticamente. Se ofrecen como dogmas y son aceptadas como verdades irrenunciables. La escuela, en sus aulas, y la iglesia, desde el púlpito y el confesionario, fueron los artífices principales de este proceso de ideologización. A esta labor de proselitismo doctrinal se sumaron diferentes formas de actividades y entretenimientos: lecturas de novelas, periódicos y revistas o incluso tebeos, espectáculos como el cine y el teatro, pasatiempos como la radio y la televisión o bien múltiples recursos subliminales de ideologización, etcétera. Todos los medios servían si se conseguían los fines propuestos. Los rectores del régimen franquista buscaron y consiguieron medios y formas para llegar a ese destinatario popular y masivo hasta convertirlo en sujeto incondicional de la causa franquista. Se puede afirmar que la cultura del nacional-catolicismo con sus símbolos y su mitología se adueñó de la conciencia popular española, consiguiendo una complicidad plena, aunque impuesta, entre gobernantes y gobernados.

El carácter tópico de la oferta de esa cultura oficial, más cercana a las consignas que al verdadero saber, con las formas inequívocamente emocionales de su expresión, nunca

críticas, que satisfacen plenamente las necesidades de entretenimiento y de evasión de los destinatarios y que cumplen con los niveles receptivo-culturales exigidos por ese destinatario, favorece el carácter vulgar o baladí de esta cultura. Se entra de lleno en los espacios de la denominada cultura de la ideologización.

Tal como se ha planteado, el régimen político del franquismo con su cultura del nacional-catolicismo se fundamentaba ideológicamente como doctrina y como estrategia de emisión en tres puntos o programas: terror, banalización y adoctrinamiento. Con el terror se anulaba toda posible oposición o rebeldía, ya que la población sin capacidad de resistencia se guiaba por los principios del miedo o del silencio. Con la trivialización cultural se conseguía que la ciudadanía se interesase, como medio de escapismo de ese clima de terror-silencio, por espacios o historias irreales pero fuertemente deseadas que las interiorizaban por la vía de la fantasía y de la imaginación. El evasionismo, impuesto por el poder y buscado por la población, garantizaba la sumisión y la aceptación de la normativa oficial. El adoctrinamiento imponía, desde la óptica del poder, una doctrina política, religiosa y social, buscando, a través de su aceptación, la sintonía plena entre el poder y la población. La cultura del nacional-catolicismo respondía a los tres principios señalados con la pretensión, eficazmente conquistada, de conseguir la socialización plena de la población española.

Estas tres caras de la cultura del nacional-catolicismo permaneció inalterable a lo largo de los casi cuarenta años de existencia del gobierno del general Francisco Franco. Pudieron cambiar las formas aparentes, pero nunca se modificó la doctrina dominante. La economía pasó de un estado de infradesarrollo a una economía industrial y consumista; el español experimentó en su propia carne la sociedad del bienestar después de largos años de privaciones y miserias; el nivel de vida se disparó de forma llamativa; lo que no cambiaron fueron las ideas y los métodos de dirección. De forma que tanto al principio del régimen como al final, ya se hablara de totalitarismo fascista o de democracia orgánica o bien se plateara una cultura oficial o una cultura de masas, siempre estaban presentes las tres caras que definían la cultura del nacional-catolicismo: terror, banalización y adoctrinamiento.

VII.-7.- Juicio a un régimen político y a un dictador.

Planteados los mecanismos físicos de represión, los mecanismos ideológicos de integración, los mecanismos psicológicos de evasión y las caras operativas de la cultura del nacional-catolicismo, no cabe duda del carácter totalitario, excluyente y dictatorial del régimen franquista. Francisco Franco, caudillo y salvador de España, según la ideología oficial, actuó como un dictador sin escrúpulos y sin humanidad que convirtió la violencia en una poderosa arma de dominación. Dios y España justificaron su proceder. Sólo sería juzgado, según su criterio, en el tribunal supremo de la historia y de Dios. El sentido providencialista de la misión histórica de Franco justificaba y sacralizaba su acción y su política

Fue, en primer lugar, el agente principal del exterminio de media España, la España liberal y republicana. El único delito de esta España había sido luchar y defender la legalidad constitucional. No tuvo el más mínimo reparo en arbitrar todos los medios posibles para exterminar a sus adversarios. Francisco Franco fue uno más de los líderes políticos en la historia de España que defendió el exterminio y la exclusión para imponer una España unida en torno a los principios de la espada y del altar. Primero fueron los judíos y los árabes; después fueron los moriscos; más tarde, los liberales y los carlistas; finalmente, los republicanos. Todos ellos eran españoles, pero tuvieron que renunciar a su nacionalidad, porque los líderes políticos del momento, siempre líderes vencedores, engreídos en sus victorias y con la conciencia de poseer la verdad con un destino providencialista, pensaron que los otros, los vencidos, pertenecían a la España podrida que había que erradicar o simplemente que eran enemigos de la España legítima, a quienes había que exterminar. En todos los casos, este proceder tuvo consecuencias nefastas de naturaleza económica y cultural. ¿Qué importancia moral podía tener la aniquilación del mal, de media España, si así se conseguía la pureza patriótico-religiosa y la unidad política de la patria? Franco no sólo fue incapaz de un acuerdo o de un diálogo con el adversario, sino que rechazó todo posible entendimiento que hubiera evitado miles de muertes y cuantiosas pérdidas materiales. España, como consecuencia de la política totalitaria y dictatorial de Francisco Franco, vivió cuarenta años en estado de guerra sin resquicio para la paz, aunque se celebraran los “veinticinco años” de la pretendida paz franquista. Paz para los vencedores y guerra para los vencidos. Una vez más se volvía a repetir la misma triste y negativa historia:

inquisición, persecución y exterminio o bien exilio. Se quiera o no, existe un hecho incuestionable: los rasgos más característicos de la personalidad española a través de su historia son la confrontación, la exclusión y el genocidio. Triste panorama para una nación tan patriótica y religiosa.

El gobierno de Francisco Franco estuvo marcado por conductas violentas de extrema agresividad. Serían suficientes los crímenes durante la Guerra Civil para acusar al gobierno y a su líder carismático de graves delitos contra los derechos humanos de la persona y de la sociedad. Todos los miles y miles de españoles vilmente asesinados o bien los ajusticiados sin garantías de legalidad proclaman y certifican estos crímenes que van contra la dignidad y la libertad del hombre (Declaración Universal de los Derechos Humanos en diciembre de 1948).

Sin embargo, aunque muchas de las acciones durante la confrontación bélica puedan ser consideradas deleznable, mucho más graves fueron los delitos en la posguerra, cuando el ejército republicano se hallaba vencido y desarmado sin capacidad militar operativa. El régimen franquista, cuyo líder máximo y por tanto responsable último de sus acciones era Francisco Franco, actuó con una crueldad desmedida hacia miles y miles de prisioneros políticos en estado de internamiento y de indefensión. ¿Cuántos de ellos fueron salvajemente asesinados sin ninguna garantía legal y sin ninguna consideración humana? Eran, para el régimen, rojos, masones, republicanos y liberales, sujetos que no tenían derecho a la vida ni a las más mínimas consideraciones humanas. Otros miles, hasta llegar a la escandalosa cifra de los cien mil, vivieron en estado de esclavitud, obligados de manera voluntaria o forzada a formar parte de los batallones de trabajo en condiciones inhumanas, mientras el Estado y las empresas afectas al sistema se enriquecían a costa del trabajo de esos prisioneros políticos. Los miles de muertos y los miles de esclavos, en las condiciones señaladas, están proclamando los crímenes de lesa humanidad perpetrados por el régimen y por su líder. La Carta de Londres de 1945, que dio el visto bueno al Tribunal de Nuremberg, como igualmente otras asambleas y Estatutos, como el Estatuto de Roma de 1988, declaró como delitos de lesa humanidad los crímenes y torturas contra la población civil, el exterminio o masacres de ciudadanos, la tortura, las desapariciones, la esclavitud, etcétera, tanto en tiempo de paz como en tiempos de guerra. Francisco Franco tenía que haber sido juzgado por crímenes contra la humanidad. Es sorprendente que, teniendo un curriculum de crímenes y

violaciones mucho más brillante que otros ilustres criminales, como algunos de los condenados en el Juicio de Nuremberg, siga siendo objeto de veneración de muchos españoles con el beneplácito de los políticos, de los juristas en activo e, incluso, de la misma Constitución.

Francisco Franco debía haber sido juzgado por terrorismo cultural. Su idea de España como “unidad de destino en lo universal” hizo que masacrara y vilipendiara las culturas de las otras nacionalidades del Estado que no eran la española con su lengua el castellano, lengua del imperio. Se prohibió el uso del euskera y del catalán en todo lugar público y en los centros oficiales. Ilegalizó las escuelas en las que se impartía la enseñanza en cualquiera de estas dos lenguas por atentar contra la unidad de la patria y como prueba inequívoca de separatismo. Franco, como toda su camarilla de militares y religiosos, tenía plena conciencia de que la mejor manera de reducir a un pueblo era a través de un proceso ladino de aculturación. Un pueblo sin cultura pierde sus señas de identidad y se integra sin dificultad en la cultura dominante. El rasgo más distintivo de una comunidad es su lengua. Acabar con la lengua significa dar un paso de gigante en el exterminio de la identidad de ese pueblo. Una comunidad sin identidad deja de ser pueblo. Se evitan de esta manera problemas de separatismos o de confrontación cultural. Franco y su régimen jugaron esta baza. Pretendieron acabar con unas lenguas y con unas culturas para extinguir unas naciones a través de prohibiciones y sanciones muy duras. La política oficial consistía en homogeneizar a todos los ciudadanos en la cultura española y en la lengua castellana para evitar diferencias y oposiciones. España tenía que ser una y grande en la política, en la religión, en la cultura y en la lengua. Francisco Franco, entre otras muchas cosas, fue un auténtico terrorista cultural.

El destino normal de Francisco Franco y de todos sus compañeros de aventura golpista debería haber pasado, según las leyes internacionales, por un juicio político para ser condenados a las penas correspondientes por sus conductas delictivas: crímenes de lesa humanidad. Los intereses políticos y las conveniencias estratégicas salvaron a Franco de un juicio sumarísimo. En el mundo de los humanos es mucho más importante el posibilismo que la moralidad. Este principio es válido también para las democracias. Fueron las democracias de Europa, alimentadas por Estados Unidos, las que aceptaron el gobierno de Franco, aunque hicieran ciertos juegos de manos o simple paripé para demostrar su disconformidad y su oposición. Lo terrible y lo trágico es que Franco

actualmente en España está aceptado por el gobierno de la nación y por amplias capas de la población. Existe en España una fundación que lleva el nombre de Francisco Franco. ¿Se puede uno imaginar la existencia en Alemania de una Fundación Adolf Hitler? En cualquier pueblo de la amplia geografía española es normal encontrar plazas y calles dedicadas a Francisco Franco, a José Antonio Primo de Rivera, a Mola y a otros generales. ¿Qué pensarían los alemanes actuales y qué pensarían los ciudadanos europeos si se encontraran con plazas y calles dedicadas a Joseph Goebbels, Heinrich Himmler, Herman Goerins o Rudolf Hess? En la actualidad existen en España cientos de estos casos que desconciertan a miles y miles de ciudadanos españoles. A todas luces es una paradoja y un auténtico contrasentido. El gobierno y un amplio sector de la población aceptan y rinden pleitesía a los protagonistas de un pasado execrable, lo que supone de aprobación oficial y legal de un régimen totalitario y de un dictador violento y cruel.

VII.-8.- ¿Presencias del totalitarismo franquista en la democracia actual?

El 20 de noviembre de 1975 Francisco Franco moría tras una larga y penosa agonía. ¿Con la muerte de Franco terminaba la larga dictadura franquista? Franco, general golpista, instauró en España una dictadura de signo totalitario. El régimen franquista fue a todas luces un sistema anticonstitucional e ilegítimo, aunque fuera bendecido por la Iglesia y ratificado en referéndum por la población española. Frente al sistema franquista, el único gobierno legítimo fue y teóricamente debía ser la República.

Frente a los derechos naturales, históricos y constitucionales de la República, Francisco Franco nombró a Juan Carlos de Borbón su sucesor por la Ley de Sucesión a la Jefatura del Estado (1947), siendo este nombramiento ratificado por las Cortes españolas en 1969. Dos días después de la muerte de Franco, 22 de noviembre de 1975, Juan Carlos fue nombrado Rey de España, dando razón y oficialidad a la Ley de Sucesión del general Franco. Se había instaurado oficialmente la monarquía y, con ello, se hacía realidad la voluntad soberana del dictador. Por razones de miedo y por conveniencia política se había ninguneado la República, único sistema político con legitimidad para implantarse en un estado supuestamente democrático. Se vive en el legado de Franco. ¿También se habita en una normativa un tanto fascista al estilo del sistema franquista?

Tras el asesinato de Carrero Blanco, Arias Navarro fue nombrado por Franco Presidente del Gobierno. A la muerte del dictador, recayó la jefatura del Estado sobre sus manos. El franquismo seguía vivo y operativo a pesar de la muerte de su cabeza visible. Arias Navarro era un franquista declarado con un pasado muy turbio en la política de represión y exterminio de la España republicana. Es lógico pensar que su idea fuera cumplir los deseos de su jefe natural y mantener el continuismo político de su líder. El nombramiento de Juan Carlos de Borbón como rey de España se entronca en este ambiente de rabiosa defensa del franquismo.

La Constitución española de 1978, cuyo artículo primero proclama la monarquía como forma política del Estado español, legitimando la voluntad del dictador, fue redactada y aprobada en un ambiente de chirriantes ruidos de sables. Fue una constitución presentada y ratificada en unas circunstancias muy especiales de fuertes tensiones involucionistas y de un innegable peligro golpista. La democracia española ofrecía grandes dosis de concesión a favor del sistema político anterior. Parece que la situación exigía una constitución condicionada. Sin embargo, después de treinta y cinco años, una constitución nacida en circunstancias tan desfavorables para el recto proceder democrático, sigue vigente, siendo la referencia legal e institucional del Estado español. Ha cambiado el ambiente político español, pero su constitución sigue inmutable. La sombra del dictador es muy alargada.

La Constitución española de 1978, con la declaración de la monarquía como forma política del Estado español, legitimaba la voluntad del dictador y subscribía una ley encubierta de punto final. Se aceptaba incondicionalmente la política de la dictadura franquista con todas sus consecuencias y con todas sus responsabilidades. Se imponía la monarquía contra la República y se silenciaban todos los crímenes de guerra y todos los delitos de lesa humanidad. La violencia, el exterminio, la tortura, los crímenes contra la población civil, la corrupción ilimitada, etcétera, eran aceptados y asumidos sin juicio y sin castigos por la Constitución. Era un proceder lógico impuesto por razones de convivencia, pero ilegítimo desde la legalidad jurídica y política. Ganaba la convivencia a la justicia y el interés a los valores. Es verdad que, en el caso contrario, la simple posibilidad de un juicio habría ocasionado problemas de consecuencias imprevisibles. Por una parte, se hacía muy problemática la coexistencia de las dos España, pero, por otro lado, habría engendrado un examen y un veredicto sobre la legitimidad de la

monarquía y sobre la legalidad de la Constitución. Lo más oportuno era el silencio y el “dejar pasar” el tiempo, porque el tiempo todo lo cura, todo lo olvida y con el olvido todo se legaliza y todo se enmaraña. La cultura del silencio ha jugado un papel decisivo en la denominada transición política. Pero, en esencia, el silencio, como medio de legitimación, es siempre miedo. En la democracia española actual ha existido existe una fuerte dosis de terror.

A partir de estas reflexiones, surge una concatenación de preguntas sin solución en el momento. ¿Por qué se mantiene sin réplica alguna y sin una reflexión crítica previa un sistema de gobierno condicionado por la sombra de un dictador? ¿Por qué a los españoles se les ha ninguneado y se les sigue negando, como mínimo, un referéndum de monarquía o república? ¿Es lógico que ciertos políticos, marcados por su colaboracionismo incondicional con la dictadura y con sus formas de gobierno, puedan tener actualmente una actividad política sin restricciones ni reservas? ¿Es lícito que ciertos políticos y ciertos grupos políticos, con plena inmunidad, sigan manteniendo el espíritu del dictador y se nieguen a condenar las barbaridades de ese gobierno? ¿Por qué ciertos grupos de españoles niegan la conveniencia, mucho más la necesidad, de la recuperación de la memoria histórica? ¿Sigue vigente el espíritu totalitario y vengativo del dictador? Hay demasiadas preguntas sin respuesta o existen demasiados silencios interesados.

Se ha afirmado centenares de veces la ejemplaridad de la transición española que ha permitido una convivencia más o menos pacífica entre todos los españoles, limando tensiones y enfrentamientos entre las dos Españas. Lo que nunca se ha dicho es que la transición española, en la forma en que se dio, fue la aceptación incondicional de todas las responsabilidades sociales, políticas y jurídicas del régimen anterior. La transición española pudo ser muy eficaz, pero fue inmoral a todas luces por el punto final encubierto que suscribió. La inmoralidad se hace extrema en la actualidad, cuando se siguen defendiendo los principios que se barajaron en su creación por simples razones de pragmatismo político y de conveniencia social.

Después de casi cuarenta años de la muerte de Franco, sigue siendo algo inconveniente, por lo tanto políticamente incorrecto, hacer un juicio público del gobierno del dictador, porque en ese juicio entrarían figuras e instituciones altamente significativas en el

mundo de la política actual. Desde este punto de vista, se explica perfectamente el miedo o el resquemor que crea en ciertos sectores de la sociedad y en algunos partidos políticos la memoria histórica, porque ésta descubriría muchas paradojas y contradicciones en su proceder y en su ideología.

Lo auténticamente grave de este caso, como afirma Lutz Winckler, hablando de la sociedad alemana, pero perfectamente aplicable a la sociedad española, es “el hecho de que la burguesía [democracia] ha pactado gustosamente con el fascismo o, al menos, no le ha opuesto resistencia alguna, [ocultando] la profunda continuidad existente entre las estructuras y metas sociales y económicas del fascismo y del capitalismo” (pp. 11-12). Entre unos y otros existen juegos de intereses compartidos y principios sociales y políticos afines.

Si no se parte de las premisas presentadas, es altamente desconcertante que ciertos grupos sociales clamen contra la violencia en nombre de la no prescripción de los delitos de sangre. Toda violencia y todo delito de sangre deben ser juzgados y condenados a la pena que les corresponde de acuerdo con la naturaleza y el grado de la agresión. Pero, cuando uno se enfrenta a exigencias tan lógicas por parte de estos grupos, surge inmediatamente una duda. ¿A qué violencia y a qué delitos de sangre se están refiriendo, cuando ellos comulgan, por otra parte, con la dictadura franquista y aceptan como permisibles y aceptables todos sus actos contra ley y contra natura? Si los delitos de sangre no prescriben, los primeros juicios deberían ser contra el régimen franquista y contra su líder y caudillo Francisco Franco Bahamonde por crímenes contra la humanidad. O se rechazan todas las violencias y todos los delitos de sangre o entramos en espacios de un cinismo pleno al aceptar unos delitos y al rechazar otros. Esto es llanamente fascismo, fascismo de los duros. Los intereses nos gobiernan. La verdad se manipula según conveniencias. Tan criminal y responsable fue el ataque a las Torres Gemelas con sus miles de muertos inocentes como los bombardeos americanos a Iraq con cifras mucho más altas de víctimas que eran igualmente inocentes. Tan crueles y tan reprobables, no tanto por su número pero sí por su naturaleza, fueron los actos de violencia perpetrados durante el régimen franquista que los realizados por ETA en tiempos más actuales. No se pueden aceptar ni unos ni otros. ¿Acaso Dios y España son valedores suficientes para legitimar los crímenes? Si fuera así, todas las violencias criminales tendrían sentido y poseerían justificación. No es comprensible que se acepten

unos y que satanicen otros. No hay atentado legítimo ni crimen que no tenga que ser juzgado y penado. Todos los atentados son criminales y todas las víctimas de la violencia, por ser precisamente víctimas, son o deben ser iguales ante la ley y ante la sociedad sin diferencia de ideologías ni de hegemonías políticas. Todas las víctimas de la violencia deben ser reconocidas como tales. Las de ahora y las de antes.

Un ciudadano normal, mínimamente crítico, va de desconcierto en desconcierto, cuando analiza la actual política española, especialmente la de aquellos grupos políticos que son tan benévolos con el franquismo y tan proclives a aceptar su régimen dictatorial en nombre de la convivencia y se muestran tan inflexibles a mantener el más mínimo diálogo con los grupos nacionalistas que han proclamado abiertamente las vías pacíficas y parlamentarias en su nueva lucha política.

Las contradicciones son muchas y sorprendentes en un país que se siente, o por lo menos dice sentirse, orgullosamente democrático. Los intereses partidistas más allá de toda lógica, las conveniencias de partido en detrimento del bien social y nacional, las estrategias electorales al margen de la verdad, la ley del voto como razón suprema de legitimación de cualquier conducta, la legalidad de un sistema frecuentemente basado en la inmoralidad, la distorsión histórica como garantía de aceptación popular; el silencio histórico como razón de encubrimiento del pasado, etcétera, hacen de la realidad de este país un campo de batalla en el que los intereses de los partidos para conseguir el gobierno de la nación juegan un papel clave y fundamental. La actividad política no presenta una cara demasiado democrática. Según terminología de G. Orwell nuestra sociedad esta dirigida por “napoleones” y “pilingtones” que intentarán y, en las mayoría de las ocasiones, conseguirán hacer pasar por intereses sociales lo que son estrictamente prebendas y beneficios particulares.

VII.-9.- Revisión y crítica a la política social: ¿democracias o democracias fascistizadas?

Tradicionalmente, por lo menos ésa fue la teoría de los gobernantes de la República, la política debía ser un servicio al país y nunca un medio para medrar social y económicamente o bien para alcanzar fines personalistas. Actualmente, en nombre de la legalidad y bajo la cobertura de la democracia, se cometen los abusos más sorprendentes

y se admiten las conductas más condenables. En otros casos, al margen y en contra de las leyes, se multiplican comportamientos a todas luces ilegales y punibles con consecuencias penales ridículas y desproporcionadas para las transgresiones realizadas. Son hechos comprobables en todas las esferas de la vida española: militares golpistas fracasados que han ido ascendiendo en la escala militar sin impedimento alguno a pesar de su conducta sediciosa; políticos ladrones que han sustraído increíbles cantidades de dinero al erario público y que viven en libertad y con normalidad absoluta, gozando de lo sustraído; políticos encausados que se presentan a las elecciones con la bandera de la verdad y de la honestidad; economistas y políticos que defienden la filosofía de la austeridad y de los recortes sociales, cuando ellos acaparan dos, tres y hasta cuatro sueldos altamente suculentos; ciudadanos de grandes capitales que proporcionalmente pagan a hacienda cantidades ridículas en relación con lo que cotizan trabajadores con sueldos bajos y medios; industriales y empresarios que descapitalizan y cierran sus empresas aprovechando la situación de crisis; prohombres de la política, de la industria y de la economía que aseguran el rendimiento de sus haberes evadiendo sus capitales a paraísos fiscales; etcétera. El ciudadano normal, el español de la calle con una capacidad mínima de crítica, se encuentra con demasiadas incertidumbres frente al Estado y frente a la justicia. Un gobierno que en nombre de la ley y de la constitución permite comportamientos anticonstitucionales como son el desahucio o las primas escandalosamente altas que reciben ciertos directivos de la banca y de la política, no puede ser un gobierno ni creíble ni jurídicamente consentido. La imagen que ofrecen algunos de sus representantes y de sus hombres más cualificados crea muchas dudas y favorece el pasotismo ciudadano. Pero, cuidado, que el pasotismo ciudadano puede convertirse en una bomba de relojería social. Una sociedad a punto de desintegración no puede sostenerse sólidamente en unas bases dudosamente democráticas.

Max Horkheimer sagazmente ha visto que la violencia ejercida por la sociedad y por el poder sobre el individuo, especialmente sobre los sujetos que pretenden desarrollarse como personas, puede ocasionar resultados imprevisibles (1973, p.123), ya que cuanto más débiles y marginados se sientan estos individuos, y más profundamente desengañados están, tanto mas ardorosamente se pueden solidarizar con la brutalidad (1973, p. 130). La historia nos ofrece trágicos y numerosos ejemplos de brutalidad popular como respuesta a la marginación sufrida y a las carencias experimentadas. En esos casos, ya no sirve argumentar razones de dignidad humana o bien de ética social.

Esta imagen que el ciudadano tiene de sus estadistas y gobernantes a partir de lo que ve y de lo que percibe, viene refrendada por los propios políticos, quienes, en las sesiones parlamentarias y en los foros de debate, sin consideración alguna y con una ausencia grave de educación, se acusan unos a otros de gran torpeza política, de graves descuidos gestores, de intereses soterrados y de mil y una batallas más que ponen en entredicho su posible bondad y su posible eficacia. La conducta política de justificación de los delitos o de los errores de uno a partir de las transgresiones legales o bien de los desaciertos de los otros es un verdadero insulto a la lógica humana y una ofensa a la dignidad de los ciudadanos. Algo similar se verifica cuando a un político corrupto se le pide la dimisión en vez de exigirle su comparecencia ante un tribunal o bien cuando son amnistiados delinquentes de guante blanco pero de suculentos hurtos o estafas. Lo terrible de este caso es que estas apreciaciones son las que ofrecen “sus señorías” y son las que percibe un ciudadano con capacidad lógica normal.

La acritud y la violencia son las armas o los medios de debate parlamentario de nuestros políticos. El senado y el parlamento, por lo que el ciudadano puede observar a través de los medios de comunicación, más que espacios de debate para alcanzar acuerdos, con frecuencia se asemejan a una arena de gladiadores, en la que se permite todo, desde las descalificaciones hasta los insultos. No hay espadas o tridentes, pero sí ofensas y agresiones verbales. Muchos españoles se preguntan por la ejemplaridad o bien por la enseñanza que los niños y jóvenes españoles pueden sacar a partir del proceder de los políticos. ¿Quién no recuerda las payasadas de un político en mitad del congreso por haber sido descalificado por el presidente del congreso? Parte de sus señorías, sus copartidarios, reían las estupideces del payaso. ¿Cómo se explican ciertos aplausos de validación y de felicitación ante declaraciones de una estulticia supina o de una vacuidad insufrible? ¿Cómo calificar la falta de respeto y de educación de sus señorías? No hay duda. La política y los políticos conforman uno de los más graves problemas de nuestra sociedad. La percepción general es que a nuestros políticos les falta credibilidad, educación, moralidad y cultura. Es una apreciación a todas luces injusta, pero es la opinión generalizada. Hay hombres de la política que se caracterizan por su moralidad, dedicación y responsabilidad. Pero la valoración de buena parte de la población española sobre sus representantes políticos es muy negativa. En una cara preciosa, la verruga o el grano es centro de todas las miradas.

¿Dónde han quedado los sueños de antaño? Durante la época franquista, muchos ciudadanos soñaban en una España sin imposiciones ni censuras para alcanzar nuevas cotas de sabiduría y de convivencia social. Se tenía la ilusión de una España en libertad para conquistar un espíritu de honestidad y servicio. Se fantaseaba con una España de justicia recta y equitativa para vivir en la razón y en el derecho. Se anhelaba una España nueva para el nacimiento de una nueva sociedad. Buena parte de esos sueños y anhelos quedaron perdidos en los brumas del deseo ante la fuerza de la realidad. Llegó felizmente la supuesta democracia, pero el español descubrió que socialmente seguía postrada. Se había instaurado la corrupción en la política; la justicia quedaba subyugada a los intereses políticos; la nueva España no había generado esa sociedad soñada porque sus líderes habían fallado estrepitosamente o bien porque el régimen de la llamada democracia se hallaba asentado sobre un suelo de legalidad dudosa. Esto no lo afirma un ciudadano cualquiera. Son palabras y convicción de algunos políticos y de numerosos intelectuales.

En época de Franco dominaba la razón del dirigismo y de la imposición porque se sentían poseedores de la verdad, de la razón y, muy especialmente, de la fuerza; en la democracia actual destacan la manipulación, el cinismo y el interés. Se ha robado la ilusión y se tiene la impresión de un engaño generalizado. Es lógico que buena parte de la población española se encuentre profundamente indignada con la realidad política y social y muy decepcionada con el proceder de sus políticos. Siente rabia por las esperanzas arrebatadas. Se manifiesta en la indignación. ¿Democracia engañosa?

A finales de la década de los cincuenta, el gobierno del general Franco tuvo que tomar una de las decisiones más importantes y, al mismo tiempo, más arriesgadas de la dictadura franquista. Los tecnócratas opusdeístas decidieron romper con el pasado económico al cerrar el paso al sistema autárquico y abrir las puertas al liberalismo económico. Mariano Navarro Rubio y Alberto Ullastres con la ayuda de Gregorio López Bravo y Laureano López Rodó pusieron en marcha los planes de Estabilización y de Desarrollo que permitieron que por fin España superase la etapa de subdesarrollo y entrase en una etapa de economía consumista. El gobierno era muy consciente de que el liberalismo económico traería, antes o después, el liberalismo social y cultural. El liberalismo económico dio paso en nuestros días al neoliberalismo, sistema económico

que cometió toda clase de tropelías y excesos. Lo que parecía ser una tabla de salvación se convirtió en una trampa sin solución. Se dejó de lado el proteccionismo político y económico, pero se entró en un neoliberalismo cultural y económico, en una verdadera selva sin salida. Se impuso la verdad y el valor económico como medida de todas las cosas. Se asistió y se vive bajo las reglas de la dictadura salvaje del capital. El ciudadano se convirtió en simple súbdito del nuevo poder omnipotente y omnipresente de la economía. Las relaciones económicas se han transformado en la fuerza indiscutible de esta sociedad, en la que todo está regido por las relaciones económicas. De tal manera esto es así, que incluso “todo aquello que no era economía estaba contenido también en la economía” (Marcuse, 1967, p. 86). Se llegaba a la paradoja de vivir en “una sociedad en la que hasta las relaciones personales están determinadas por la ley del valor económico” (Marcuse, 1967, p. 100). La economía nos gobierna y nos determina.

La ley del poder económico ha creado sus caras de amabilidad y de terror, de manera que ha conseguido atraer a sus espacios de interés a la masa trabajadora con las razones del trabajo, del dinero y del consumismo, fundamento de la sociedad del bienestar. La economía, de manera más efectiva que la política, supo domesticar a la sociedad. Sin una percepción clara se ha evolucionado de una cultura dirigida e impuesta, nacional-catolicismo, a una cultura neoliberal, igualmente mediatizadora y controladora, cultura de masas. Esta cultura, por ser masiva, es necesariamente irracional, tópica, emocional y consumista. Se ha llegado, por otro camino, a las claves rectoras de una sociedad totalitaria: la consagración de un ciudadano domesticado y fiel a los intereses del poder, que, en la actualidad, son más económicos que políticos. Con una ciudadanía domesticada es posible y comprensible que la sociedad acepte que sus máximos representantes, políticos y empresariales, con la constitución en la mano, estén situados en espacios de la inconstitucionalidad o de la inmoralidad en nombre de la legalidad. La legalidad inmoral es propia de los regímenes totalitarios. ¿Dónde nos encontramos? ¿Inmoralidad legal y democracias fascistizadas?

La política actual, como en tiempos del dictador, quiere una sociedad respetuosa y domesticada, fiel cumplidora de las leyes y de los mandatos de sus representantes. Si no se actúa de esta manera, enseguida se oyen gritos de estar ante perturbadores del orden, frente a grupos descontrolados o bien frente a ocupas callejeros, con movimientos

politizados o bien con grupos de gamberros y drogatas, a quienes hay que reducir para restablecer el orden social y la convivencia ciudadana. Es un peligro que hay que erradicar. En todo esto, puede haber algo de verdad, pero no es la verdad. Como defiende Marcuse en la sociedad actual, regida por intereses marcadamente económicos, cualquier acto de rebeldía es una conducta antisistema (1967, p. 53). La rebelión de las masas, por débiles que sean, es vista por muchos políticos como elementos subversivos que hay que erradicar. Y, sin embargo, el ciudadano tiene el derecho a manifestar su indignación. Los políticos no pueden hacer lo que quieran, aunque les ampare la razón de la legislación y la fuerza de los votos. ¿Acaso unas elecciones legislativas suponen el silencio absoluto de la ciudadanía durante cuatro años? ¿El voto del ciudadano es un cheque en blanco para que los políticos hagan con él lo que quieran? Estas evidencias nos acercan más a regímenes totalitarios que a políticas democráticas. ¿Democracias o democracias fascistizadas?

En nombre de la legalidad vigente se recortan los derechos sociales, se bajan o se congelan los sueldos, se reducen las plantillas, se incrementan los impuestos indirectos, pero qué pocas veces se ha visto que esta misma política se aplique con sentido proporcional a gobernantes y mucho menos a directivos y capitalistas. La pobreza se expande con fuerza incontrolada, pero aumentan de manera considerable los nuevos millonarios, millonarios en euros. Sin ninguna consideración humana, se puede desahuciar a una pareja honrada y trabajadora, pero circunstancialmente sin medios, echándoles sin misericordia a la calle. A los causantes de la gran crisis, -los economistas de manera unánime afirman que estamos dentro de una clara crisis económica de origen bancario-, se les inyecta cantidades insospechadas de millones para sanear sus cuentas y para fortalecer su solidez empresarial, y esto a consta del ciudadano que sufre las restricciones económicas más severas. La calidad de vida se está deteriorando alarmantemente en las capas medias y bajas de la población al mismo tiempo que se fortalece en las capas sociales más pudientes. Reaparecen enfermedades que se creían que estaban plenamente erradicadas de la sociedad como la tuberculosis, enfermedades emergentes debido principalmente a la desnutrición. Las bolsas de pobreza crecen a ritmo alarmante. Y sorprendentemente, el gobierno a través de su mano inquisitorial de Hacienda castiga a los más desfavorecidos y premia a los más privilegiados. ¿Qué sentido tienen las amnistías económicas y políticas de empresarios y políticos declarados corruptos? Es sorprendente, por otra parte, que la justicia vaya con

frecuencia contra la lógica y el sentido común, amnistiando a verdaderos culpables y siendo inflexibles con infractores de poca monta. Todas las decisiones se hacen según la legalidad vigente. Todo es legal, pero en esa legalidad se esconde un grado de inmoralidad sorprendentemente alto. ¿Puede ser justa una ley inmoral? El sentido común nos dice que no, pero eso es lo que hay. La inmoralidad legal es algo sólo propio de los totalitarismos. ¿Acaso estaremos viviendo en regímenes democráticos de signo totalitario? Esta interrogación es un absurdo en sí, pero la realidad confirma la existencia de la incoherencia y de la sinrazón. ¿Democracias o democracias fascistizadas?

Pero esta situación tan paradójica como lógicamente inaceptable, en la que la gran crisis social y económica está siendo soportada por las clases sociales medias y por las menos pudientes, engendra otra dramática realidad: la aparición de una cultura de terror propiciada por un poder totalitario de rostro económico. Esta realidad era propia del franquismo, ¿pero tiene sentido y razón en una política de signo democrático? Los desahucios, la pérdida de trabajo con la generalización del paro, la aceptación de pérdida de derechos adquiridos, las rebajas de salarios, etcétera, crea en esa ciudadanía domesticada y mediatizada un auténtico miedo frente al posible menoscabo de su calidad de vida y de su nivel de bienestar. Una vez educados y atrapados en el consumismo se les agobia con la pérdida de la adquisición de aquellos bienes que son considerados como imprescindibles en la vida diaria, aunque en la realidad sean superfluos e innecesarios. El mercado es una gigantesca empresa de creación de necesidades. La persona, acostumbrada a un alto o medio confort, contempla impotente como la maquinaria de la crisis les va poco a poco engullendo. Surge el miedo a perder lo conocido. Se impone un individualismo extremo y una insolidaridad límite. Cada uno asume lo perdido con la condición de no perder más. Hay un pacto tácito y poco honesto, pero perfectamente explicable, por parte del trabajador hacia el empresario. El terror se impone y lleva al individuo a actitudes de servilismo, acomodación y aceptación. ¿Entramos en el engranaje del silencio y del olvido? En este contexto, las rebeldías individuales o de pequeños grupos no sirven de nada, si se exceptúa su cara meramente testimonial. Frente a protestas colectivas se impone el orden a través de las fuerzas armadas o de las leyes represivas. La fuerza es la garante del sistema. En esta disyuntiva, el orden implica siempre estabilidad social y permanencia del poder instituido. La economía es un poder inequívocamente totalitario, sustentado en la fuerza

y en el terror. Es lógico, desde este punto de vista, hablar de la dictadura del capital. Se vive en una sociedad con características más de un régimen totalitario que de un sistema democrático. Una vez más, hay que preguntarse por la existencia de democracias deterioradas o bien por la irrupción de democracias fascistizadas.

Lutz Winckler, siguiendo las teorías desarrolladas por los miembros de la Escuela de Frankfurt, defiende abiertamente la pervivencia de modelos fascistas en nuestra sociedad neoliberal en un juego altamente sutil de intereses recíprocos, de forma que los regímenes fascistas conviven con los sistemas capitalistas y viceversa, utilizando cada uno de ellos las formas y las técnicas propagandísticas e ideologizadoras propias del otro sistema (p. 110). Igualmente, admite que las disposiciones psíquicas de las cuales el lenguaje fascista se sirvió para la manipulación de las masas siguen vigentes en las sociedades industrializadas (p. 112). No es, por tanto, tan incoherente o paradójico poder hablar de democracias fascistizadas.

La prepotencia económica actual como poder institucional va unida íntimamente a la eclosión de las masas en sistemas de regímenes democráticos. La economía productora debe entrar en contacto con las masas consumidoras para garantizar los resultados de rentabilidad. La clave de esta relación se encuentra en la naturaleza de este diálogo de intereses compartidos entre producción y consumo, entre oferta y demanda. Se impone una doctrina de la rentabilidad en una sociedad de consumo a través de un lenguaje publicitario perfectamente instrumentalizado. De esta manera, “cada vez que un grupo de presión... se ve precisado a comunicar algo a la totalidad de los ciudadanos de un país, prescindiendo de los distintos niveles intelectuales, debe recurrir a los sistemas de comunicación de masas y experimenta la inevitable regla de la *adecuación a la media*” (U. Eco, 1973, p. 51). Las reflexiones de Umberto Eco ponen el dedo en la llaga de la cultura de masas. Ésta, en gran medida, está producida por los grupos de poder económico, asociados con los grupos políticos líderes, que buscan la rentabilidad de sus productos, generando un lenguaje, lenguaje publicitario, en consonancia con las características receptivas y culturales de las masas consumidoras. Este punto nos lleva a otros temas de reflexión. El lenguaje empleado, para lograr la finalidad pretendida, se adapta a las cualidades receptivas de un destinatario masivo, *adecuación a la media*, resultando un habla muy rico en imágenes y muy pobre en palabras. El lenguaje hablado se subordina al lenguaje de la imagen. Los contenidos, en cada caso, deben ser breves,

precisos y reiterativos para que sean captados y asumidos por ese receptor colectividad. Esto nos lleva, como diría Olivier Reboul, a un lenguaje a base de eslóganes y consignas, un lenguaje inequívoco y claramente tendente a impedir la reflexión (24). El refrán popular que afirma que una imagen vale más que mil palabras se hace realidad en el lenguaje publicitario. La cultura de masas se basa propiamente en símbolos que dan cuerpo a una mitología del consumismo y a una mitologización de la política. Los grandes mitos del celuloide o del papel impreso, desde Superman hasta los personajes de Corín Tellado, imponen la doctrina de la felicidad a través del consumismo. Se defiende una felicidad material y nunca una felicidad espiritual. En el contexto de los mass-media, proponer como fin la felicidad espiritual vendría a significar un acto de sabotaje político y cultural. Tal como se ha ido exponiendo se llega a la conclusión de que la cultura de masas es una cultura impuesta desde el poder real, una cultura dirigida y una cultura rabiosamente conservadora. Pero, por otra parte, es una cultura en la irracionalidad, ya que el lenguaje empleado impacta sobre los sentidos y la emoción, negando la capacidad crítica del consumidor. Dirigismo por parte del emisor, grupos de presión, e irracionalidad del receptor, la población general, determina de manera inequívoca una filosofía cultural de claro signo totalitario. ¿Democracias fascistizadas?

VII.-10.- Revisión y crítica a la política cultural: ¿democracias o democracias fascistizadas?

Se hace necesario reflexionar como punto central de este apartado sobre el tema de la cultura en nuestro país en los momentos actuales, siempre en comparación con los tiempos recientes pasados: nacional-catolicismo frente a cultura de masas.

Cabría afirmar que hasta finales del siglo XIX o principios del XX las ideas gobernaban el mundo. En este contexto, la universidad jugaba un papel fundamental. Los centros universitarios, como generadores de ideas y de cultura, funcionaban como los motores o máquinas propulsoras de la evolución humana. La ciencia y la cultura eran los gestores reales de la sociedad. El intelectual, a su vez, era un sujeto admirado y temido por ser considerado el depositario y el transmisor del saber y de la ciencia. Los hombres de cultura y de ciencia eran los grandes protagonistas de la historia humana. Desde este punto de vista, es fácil entender el principio que identificaba cultura con civilización. Teóricamente, la cultura era el bien máspreciado de los pueblos. Los países más

civilizados eran los países más cultos. Igualmente, las épocas sobresalientes eran tiempo de ciencia y de cultura. Inversamente, las centurias y los pueblos de escaso desarrollo cultural eran denominados bárbaros. Eran épocas y comunidades sin historia, que no merecían la atención de los estudiosos. Las naciones sin cultura, sin hombres de ciencia y de ideas, eran despreciadas y marginadas por los países cultos. La cultura era el parámetro que marcaba la riqueza y el desarrollo de los países. Desde esta perspectiva, cabe afirmar que la universidad y el científico-hombre culto eran los gestores de la vida social, económica, política y, por tanto, histórica.

Sin embargo, a partir de finales del siglo XIX, con antecedentes que ya presagiaban el cambio que se iba a dar, la economía fue desplazando paulatina pero sistemáticamente a la cultura. El papel rector dejó de residir socialmente en la idea y en la cultura para ubicarse en la economía. Desde este punto de vista, ya no interesaban tanto los filósofos o los intelectuales sino el hombre económico. Los países ya no se regían por el poder cultural sino por el poder monetario. Las naciones más civilizadas son los países económicamente más ricos, aunque socialmente no sean los más cultos. El poder se mide en parámetros económicos y el triunfador social se valora en dólares o, si se quiere, en euros¹.

En este contexto, no interesa tanto una universidad generadora de cultura y de ideas, aunque no la niegue, sino una universidad formadora de gestores y creadores de bienes materiales y de economía. La educación no debe crear hombres cultos como fin principal, sino hombres prácticos a la sociedad; y, como ésta se regula por leyes económicas, exige personas útiles económicamente, generadoras de riqueza material. La universidad se ha subordinado a la sociedad y ésta a la economía. La universidad actualmente se halla dominada y regida por razones económicas. Cuando la sociedad

¹ Hasta la ilustración la verdad y el valor se asentaban en la religión y el hombre de iglesia era el hombre de poder social y cultural. La religión imponía sus valores y sus principios. A partir del S. XVIII, con la aparición de los ilustrados, la sociedad evoluciona de lo sagrado a lo científico y la teología da paso a la filosofía. Se valora no al teólogo, sino al científico-intelectual. El mundo civilizado y la sociedad se regían bajo principios de ciencia y de cultura. Ahora, a partir de finales del S. XIX, la sociedad ha experimentado un nuevo cambio de valores. Se ha desembocado en un mundo de intereses en el que la verdad y la razón reside en el poder económico. La economía ha impuesto sus leyes. La evolución de estos últimos siglos ha sido palmaria, presentando un itinerario nítidamente trazado: teología, filosofía-ciencia, economía. Se vive en un mundo de parámetros económicos. Todos los valores humanos, todas las características de la vida social, todos los elementos que determinan las fuerzas políticas, etc., incluso la democracia, se miden y se valoran desde y por razones económicas.

reclama una universidad en mayor sintonía con las exigencias sociales, se está pidiendo una universidad cada vez más dependiente del universo de las necesidades económicas. La sociedad no exige líderes de cultura sino dirigentes y creadores de economía. El servicio social se está transformando poco a poco en servilismo. La universidad ha perdido su independencia y su libertad, -su protagonismo social lo perdió hace tiempo-, porque se vive en un contexto donde cultura e ideas ya no interesan. Lo económico domina el mundo y rige las sociedades.

¿Qué observamos en la vida social, en la educación y en la vida universitaria de estos últimos decenios? La sociedad con su cultura de masas se rige por formas de vida de una banalidad sorprendente y alarmante. Las preocupaciones sociales rayan la zafiedad. Pongo un simple ejemplo como demostración de este proceso cada vez más preocupante de vulgarización cultural. Nunca la población occidental, -pongamos por ejemplo la española por ser la nuestra-, ha tenido las oportunidades educativas que posee ahora. Algo a todas luces meritorio y necesario. Se supone que los índices de analfabetismo son mínimos. La educación es obligatoria. Por lo tanto, hay que deducir que es un pueblo culto y, supuestamente, refinado. Sin embargo, la realidad nos demuestra una cara bien distinta. ¿Qué pide esta sociedad? Simplemente, como en épocas de los romanos, “pan y circo” (Giner, pp. 53-55), bienestar material y diversiones como el deporte o los programas televisivos, en los que domina la cultura-prensa amarilla y los reality shows. Los programas más vistos son los deportivos y los de cotilleo indecente. Este simple hecho nos revela los gustos y las preferencias de nuestra sociedad. ¿Qué héroes representan los ideales de la población? La respuesta es sencilla. Pero,... ¿para qué seguir por este camino, si todos vamos a coincidir en las apreciaciones y en sus derivaciones? La aculturación social empieza a ser preocupante. La alta cultura, como siempre, es patrimonio de las grandes minorías y una *cultura economizada* es la propia de las mass-media². Y hablar de *cultura economizada* es plantear una cultura de evasión y de trivialización.

² Con estas afirmaciones no se quiere defender la inutilidad y bajeza de la cultura de las mass-media. Es verdad que ofrece rasgos altamente preocupantes, pero ofrece también características muy positivas. Elementos culturales o artísticos, que eran patrimonio de las clases altas, se han popularizado o, si se quiere, vulgarizado, pero han llegado a la totalidad de ciudadanos. Gracias a los medios de comunicación en cualquier momento y lugar se puede oír una sinfonía de Beethoven o contemplar un cuadro de Modigliani.

Sorprendentemente la cultura actual, cultura de masas, llega a repetir las mismas características que definen una cultura de naturaleza totalitaria: cultura del silencio-terror, cultura de la trivialidad y cultura dirigida o ideologización. Los parámetros de acción e imposición han podido variar, pero los medios y las resultantes llevan a identificar las culturas totalitarias con la cultura economicista de la sociedad masa. ¿La paradoja de una democracia fascistizada es más aparente que real?

¿Cómo se ha llegado a esta situación paradójica, en la que se debía esperar un fuerte desarrollo cultural de la población en un contexto político abiertamente democrático y nos encontramos con un proceso alarmante de aculturación y de premisas dudosamente democráticas? Sin una aplicación maximalista, ya que caeríamos en los clásicos tópicos, sino presentando las posturas dominantes de nuestra sociedad es obligado plantear diversas consideraciones que pueden explicar esta situación tan alarmante como contradictoria.

¿Qué sucede en la educación primaria y secundaria? Las asignaturas de carácter humanístico están experimentando un palpable proceso de marginación e invalidación. La sociedad no niega la utilidad de las humanidades, porque eso implicaría un signo de mal gusto y de poco tacto político y cultural. En nuestra sociedad se valoran finamente las formas. La negación de las ciencias humanísticas va contra la lógica y el sentido común, pero no va contra la fuerza de las directrices sociales. Conscientemente se están destruyendo las bases de este tipo de educación. La dinámica educativa nos revela de forma inequívoca este proceso de trágica aniquilación. Desde los primeros años de la educación infantil se han introducido en los últimos años toda una serie de disciplinas ausentes en la educación tradicional. Me refiero a los estudios de las nuevas tecnologías. Sin lugar a dudas, su aprendizaje es necesario e imprescindible en el mundo actual. Por otro lado, han ido asumiendo una importancia cada vez mayor los estudios de lenguas modernas, especialmente el inglés, rasgo igualmente irrenunciable en la sociedad actual. El estudio de estas nuevas disciplinas significa un tiempo añadido importante. Lo lógico hubiera sido aumentar el tiempo de educación en relación con las horas de más que entraña el estudio de las nuevas disciplinas. Pero este no es el caso. No ha habido un incremento de horas de escolarización. Si no se aumentan las horas de estudio y se introducen nuevas disciplinas, el tiempo que estas últimas necesitan para su dominio deben ser sustraídas de otras asignaturas. Éste es el caso de la educación actual:

incorporación de nuevas disciplinas en lugar de otras materias de sentido tradicional. ¿Qué asignaturas han perdido solidez y presencia en beneficio de las nuevas necesidades educativas? Curioso y sorprendente: las asignaturas de humanidades. Cada vez hay menos tiempo y lugar para asignaturas como filosofía, historia, arte, literatura, gramática, etc. Se están anulando de forma progresiva, pero indiscutible, las asignaturas de carácter crítico e histórico. El pensamiento y la historia cada vez valen menos en nuestra educación. Como afirma Ciriaco Morón: “El primer síntoma de crisis de las humanidades es el progresivo estrechamiento que sufren en el organigrama universitario, -[extensible igualmente e incluso con más fuerza al organigrama de los estudios primarios y secundarios]-, en proporción al ensanchamiento de las ciencias aplicadas y tecnológicas” (1998, p. 133). Las reformas educativas insisten una y otra vez en la inutilidad de las disciplinas críticas e históricas a través de un proceso de reducción, desprestigio y devaluación.

Si se pasa de la educación de los grados primeros a la universidad, se detecta el mismo proceso con unas valoraciones idénticas. Queda claro que esta sociedad está validando los estudios científicos y técnicos frente a la anulación progresiva de los humanísticos. El conocimiento técnico y especializado ha desplazado al saber crítico e histórico. Cesare Mannucci, analizando el pensamiento del sociólogo norteamericano Edward Shils, afirma que el especialista o tecnólogo es un gran inculto, con una restringida y mediocre cultura, si se exceptúa su especialidad técnica (p. 162).

En términos generales, el alumnado universitario no estudia para adquirir unos conocimientos que le hagan ser un hombre culto y útil en una sociedad civilizada, sino para triunfar económicamente en la sociedad mercantilizada, consolidando con su triunfo social el sistema de poder dominante. La aspiración del estudiante es alcanzar un puesto de trabajo seguro y bien remunerado que le permita vivir con holgura suficiente como para poder ser un ciudadano con una gran capacidad consumista. Es un fin loable, pero no suficiente. Busca sólo el triunfo económico. ¿No existen otras metas de aspiración? Parece que no. Estas premisas hacen que la persona no cuestione la realidad, sino que tienda simplemente a disfrutarla.

Se imponen sistemáticamente reformas continuadas, siendo el resultado de las mismas un alarmante proceso de aculturación. De forma cada vez más clara la universidad está

ofreciendo a la sociedad hombres muy bien preparados técnicamente, pero con una cultura general pobrísima. Son universitarios especializados en las técnicas de trabajo, hábiles en los campos de las nuevas tecnologías, dominadores de varias lenguas, con un currículo envidiable, pero con unas carencias culturales sorprendentes.

Como se comentaba con anterioridad, la corriente universitaria actual, dependiendo de las exigencias sociales y económicas, ha potenciado unas carreras y ha marginado otras. Potencia los estudios técnicos y minusvalora los humanísticos. Las humanidades ofrecen un proceso paulatino de desaparición. Si permanece algo, es por buen gusto y por corrección política. En una sociedad regida por parámetros económicos, ¿qué sentido y qué razón pueden presentar las disciplinas humanísticas, si no son productores de bienes materiales a corto plazo?

El proceso de aniquilación de las humanidades ha sido sencillo. Se ha impuesto inicialmente el principio de la inutilidad de los saberes humanísticos. Después éstos han sufrido una progresiva degradación, que los ha llevado de ser una carrera universitaria a algo que puede ser considerado como una carrera media, hecha y diseñada para los menos dotados, para aquéllos que no pueden optar a las carreras técnicas por su insuficiencia intelectual o por su desgana hacia el estudio. Son raros los casos de alumnos sobresalientes que opten en primera instancia por carreras humanísticas. Y, si lo hacen, es en contra de la opinión de los mayores, para quienes esta elección supone un gran disgusto. Siempre, la excepción confirma la regla. Estas carreras, a su vez, han ido perdiendo tiempo y solidez educativa. De cinco años han pasado a cuatro y ahora se habla de tres. Indirectamente, este hecho indica que una carrera universitaria de naturaleza humanística se puede estudiar en la mitad del tiempo inicialmente programado. Cabe concluir que, según se desprende de estas medidas reguladoras, el estudiante de historia o de filosofía perdía estúpidamente la mitad de su tiempo académico. Desde estos presupuestos no hay problema alguno para afirmar que las humanidades no sirven para nada o para muy poco, incluso son, por una parte, un lastre económico para una sociedad económicamente avanzada y, por otro lado, un peligro por la capacidad crítica que puede despertar en una sociedad domesticada y manipulado por las fuerzas fácticas.

Actualmente se está experimentando un nuevo fenómeno de resultados imprevisibles. Se empieza a negar en nombre de las nuevas posibilidades educativas que ofrecen las nuevas tecnologías el papel magisterial del profesor. En vez de subordinar las nuevas técnicas a un proceso integral de educación, donde el papel del profesor es y será fundamental, se desplaza a éste para dar protagonismo a las nuevas tendencias impersonales de educación. Se ha empezado por el objeto de educación, las disciplinas humanísticas, se culmina con el sujeto de educación, el “magíster”. El alumno es la parte educativa que, para bien o para mal, tiene que asumir las consecuencias derivadas de todos estos cambios. Pero hay más. Las disciplinas humanísticas, por influencia de las técnicas, empiezan a estar reguladas por principios de ordenación propios de las carreras técnicas. Se imponen programas regidos por cronogramas, diagramas, etcétera, como si la universidad fuera una simple empresa. Se están olvidando peligrosamente las necesidades culturales y humanas del estudiante.

Lo curioso y preocupante de todo este proceso es que lo que se empieza a implantar en los estudios primarios, se intensifica en los secundarios y adquiere carta de identidad en los universitarios. Un hecho es incuestionable. La educación oficial merma de forma inquietante los estudios históricos y críticos. La universidad está creando ciudadanos de primera clase caracterizados por su formación técnica y por su carencia de cultura. Si este fenómeno se advierte en la clase estudiantil, ¿qué podrá pasar en aquellos ciudadanos que sólo adquieren unos conocimientos muy básicos o buscan una incorporación inmediata a la vida laboral a través de los módulos educativos de sentido práctico? Se está hablando de la cultura de masas. Un hecho empieza a ser indiscutible. Nuestra sociedad es cada vez menos crítica y menos histórica. Es decir, no le interesa ni la historia ni el pensamiento. La explicación parece sencilla. Se vive en un contexto y en unos momentos de alarmante aculturación. Y, nos preguntamos, ¿para que sirve una cultura sin capacidad crítica? O bien, cabe concluir con las ideas de T. Adorno, para quien la educación, sino es una “educación para la autorreflexión crítica” (1969, p. 82), es una entelequia carente de sentido.

El proceso educativo del ciudadano es evidente: más educación técnica y menos educación humanística. Las consecuencias revelan una realidad diáfana. Se tiende a la creación de una ciudadanía laboralmente útil pero culturalmente nula sin capacidad crítica y sin conocimientos históricos.

Lo expuesto es válido, pero no suficiente. Es necesario profundizar más en este fenómeno de aculturación progresiva y programada. Si hasta ahora se ha analizado este fenómeno desde el punto de vista de la persona, ahora vamos a reflexionar el mismo hecho desde la perspectiva de la misma sociedad.

Se ha mencionado con anterioridad que la sociedad actual, la denominada sociedad del bienestar, sociedad del “primer mundo”, se mueve bajo parámetros económicos. En este tipo de sociedad todo está subordinado a las leyes de la oferta y la demanda con una única e inamovible premisa: el beneficio económico. El triunfo no reside tanto en la bondad del negocio como en sus dividendos. Se impone la premisa maquiavélica, base del neoliberalismo, de quien arriesga tiene derecho a ganar. La ganancia siempre es lícita, porque es la base del mercado. No importa medios ni medidas. Sólo interesa el provecho. Llama la atención la conducta de las grandes marcas comerciales, que, incluso, cuando en épocas de serios problemas hacen sus balances de beneficio o bien se programan para alcanzar estas metas de ganancia, son capaces de comportamiento inmorales sin cuidar ni medios ni consecuencias. Las preferentes son prueba inequívoca de lo afirmado. Se habla de beneficios millonarios en un mundo de millones de desheredados. Esta realidad a todas luces es inmoral, pero, como es legal y legítima, se sigue en la lucha abierta de los dividendos y de las ganancias. La ley sorprendentemente defiende el puro terrorismo económico. ¿Por qué no se habla de terrorismo económico y por qué no se legislan leyes que vayan contra este terrorismo?

Este estado comercial necesita una población altamente consumista, fácil de manipular y de convencer de las excelencias de los productos al margen de su necesidad para la vida. Más del ochenta por ciento de lo que consume el ciudadano del mundo occidental está basado en bienes superfluos, pero convertidos en necesarios en virtud del sistema vivencial de nuestra sociedad. La industria genera bienes al margen de las necesidades. Para que lo superfluo se haga necesario, es obligado un proceso de convencimiento y de asimilación en el mercado receptor. El lenguaje comercial de los anuncios y de la propaganda con sus consignas y eslóganes juega un papel decisivo en este proceso de conquista de mercados. Una sociedad poco crítica y con alto nivel adquisitivo se convierte en el ideal del sistema. El comprador se presenta como una simple marioneta manejada por los hilos del maestro publicista. El diseño publicitario y el merchandising

se han convertido en verdaderas artes de la manipulación y del convencimiento. Se han estudiado y se han analizado las reacciones vitales humanas, incluso las más primarias, para, a partir de ese conocimiento, inducir al comprador a acciones inconscientes de sentido consumista. El ciudadano en nuestra sociedad se ha convertido, cada vez con más fuerza, en un comprador compulsivo, inconsciente y analfabeto³. Nuestro sistema y nuestra sociedad, materialista y consumista, responden claramente a estas premisas. Si la sociedad ve con buenos ojos, en nombre del bienestar material, la creación de productos innecesarios y baladíes, ¿por qué niega la utilidad de promocionar bienes culturales y principios morales? La cultura y la moral no producen dividendos y pueden ser fuerzas muy perniciosas en una sociedad materialista y consumista. Como se ha afirmado en otra ocasión, defender los bienes espirituales es un grito de peligrosa subversión. Su erradicación es la mejor política para evitar problemas futuros o para impedir el nacimiento de fuerzas contestatarias.

Un ciudadano con vocación económica triunfadora pero indiferente, incluso contraria, a una postura reflexiva y crítica es el sujeto ideal para esta sociedad. Si el ciudadano actual es, por una parte, una persona de alto o medio poder adquisitivo y, por otro lado, es un individuo un tanto irreflexivo, se presenta un sujeto que posee todas las bazas en la mano para convertirse en el ciudadano ideal de esta nueva sociedad. El consumismo está asegurado en esa sociedad caracterizada por este tipo de personas. Poder adquisitivo y carencia de capacidad crítica hacen a la persona esclava de este sistema materialista, hedonista y fuertemente consumista.

Si se relacionan educación y móviles sociales encontramos con sorpresa una sintonía perfecta de estrategias y de intereses. La educación, desde los primeros niveles de la enseñanza, va potenciando las disciplinas técnicas y acumulativas al mismo tiempo que minimiza y margina las ciencias críticas e históricas, dando como resultado ciudadanos cada vez más técnicos pero, al mismo tiempo, menos cultos. Consciente o inconscientemente, nuestros políticos, los que deciden las líneas maestras de la educación y de la universidad, han entrado en nombre de la sociedad del bienestar en

³ Remito al lector interesado a las siguientes obras de gran significado desde la perspectiva que estamos analizando: Javier Alonso Rivas: *Comportamiento del consumidor*, Madrid, Esic Editorial, 2004; Luis Bassat: *El libro rojo de la publicidad*, Barcelona, Editorial Plaza y Janet, 2001; Lorenzo González: *Persuasión subliminal y sus técnicas*, Madrid, Editorial, Biblioteca Nueva, 1988; Jaime Rivera Camino & Lucía Sutil Martín: *Marketing y publicidad subliminal*, Madrid, Esic Editorial, 2004, etc.

este peligroso camino de la deformación social. La sociedad quiere y necesita ciudadanos con poder adquisitivo, marcados por el afán consumista, que no cuestionen la realidad dominante. El éxito está conseguido, si se forman sujetos muy técnicos pero muy poco críticos. La educación y la universidad están jugando un papel fundamental en la creación de este tipo de ciudadanos. ¿Los políticos son conscientes de esta realidad? ¿No serán ellos, los denominados tecnócratas, las primeras víctimas y los grandes militantes de este sistema comercial y consumista? ¿La sociedad del bienestar consumista es la manifestación inequívoca de esta realidad tan alarmante como vigente?

La ausencia o minimización de los estudios humanísticos está acarreado un serio problema de fuertes carencias culturales. Si a la falta de capacidad crítica sumamos la aculturación progresiva que está experimentando la sociedad, llegamos a una situación sumamente preocupante pero igualmente sospechosa. Una de las carencias más importantes es la histórica. Los ciudadanos desconocen su historia. Su memoria histórica se reduce, y no siempre, al presente inmediato. El pasado cercano se ha convertido en prehistoria. Es, por ejemplo, el caso español. Para las nuevas generaciones, el franquismo es un algo que pertenece a un pasado lejano. Nuestra historia, incluso la reciente, empieza a ser una lección no aprendida. Se está creando una sociedad sin identidad y sin memoria histórica. Cuando los políticos afirman públicamente que el pasado no les interesa, porque sólo les preocupa el futuro, hay que pensar que en esa respuesta hay trampa. Hay que preguntarse inmediatamente por las razones ocultas que les llevan a negar su identidad histórica. Tiene plena razón Jorge Novella, cuando sostiene que “debemos construir el presente y el futuro desde el conocimiento de nuestras tradiciones, sin hurtar los yerros ni querer homologar todas las actitudes y posicionamientos a lo políticamente correcto... Nuestros demonios, en tanto que nuestros, han de ser conocidos y estudiados para desactivar sus defectos en nuestra convivencia cotidiana” (2007, p. 21). La memoria histórica es la disciplina que nos explica el presente y construye las bases de un futuro en convivencia real.

Pero sigamos este camino de reflexión que conduce a metas aun más inquietantes. Las democracias tienen sentido en medio de pueblos cultos y educados. La manipulación y el dirigismo del pensamiento es la antítesis de la democracia. Estos principios son la base de los sistemas totalitarios. Una sociedad sin base histórica y cultural, sin capacidad crítica, conformista y satisfecha de su situación, siempre que pertenezca a las

clases más o menos acomodadas y consumistas, defensora acérrima de la denominada “sociedad del bienestar y del consumo”, tal como se ha mencionado con anterioridad, etc., niega los fundamentos de un sistema democrático. La manipulación social es cada vez más pertinaz y más intensa. El ciudadano se mueve por emociones más que por ideas o juicios. La irracionalidad es una de las características de nuestra sociedad. Ha llegado un momento en el que sólo se escucha lo que se desea oír y sólo se acepta lo que sintoniza con lo que se quiere. Una sociedad de estas características es fácilmente manipulable y dirigida. Los medios de comunicación, dependientes de las fuerzas políticas y económicas, lo saben bien. El dirigismo ideológico es el deporte más universal, aunque sus actuaciones no se retransmitan por radio o televisión. Se está llegando a una situación en que, gracias al poder de los medios de comunicación, se está creando la *aldea global*⁴, en la que todos visten de la misma manera, todos aspiran a lo mismo, todos hablan de las mismas cosas, todos piensan de idéntica manera, todos presentan unas conductas basadas en iguales ideales, todos comulgan con un mismo proyecto de vida, etc. Todos estamos insertos en esta *aldea global* y todos nosotros funcionamos bajo estas premisas. Lo sorprendente es que este proceder es más propio de la ideología fascista que de una doctrina democrática. ¿Cuántas veces hemos visto las imágenes de las Torres Gemelas del 11-S? Multitud. ¿Cuántas veces hemos escuchado un análisis profundo e imparcial que nos explicara las razones reales que pudieron motivar semejante atrocidad llevada a cabo por unos jóvenes cultos y profesionalmente triunfantes? Personalmente, ninguna. Se impone la imagen, pero no el análisis. Se llega a la conclusión de que sólo espíritus satánicos pueden cometer tal atrocidad. De aquí ya se puede llegar a donde uno quiere. Por otro lado, yo me pregunto por qué no se vio ni un solo muerto producido por las tropas aliadas en la guerra de Iraq y, sin embargo, nos bombardean con imágenes diarias de los atentados terroristas. ¿Sólo matan y asesinan los denominados “terroristas”? Las ONGs hablan de más de 50.000 muertes de personas civiles inocentes, producidas mayoritariamente por las tropas de la coalición liderada por los Estados Unidos. ¿Dónde están esos muertos? ¿Por qué no los muestran? Se oculta la verdad. Se seleccionan descaradamente las imágenes que se ofrecen. Se impone la historia que unos cuantos quieren. Se vive en medio de una verdad manipulada e interesada. Los métodos totalitaristas están muy presentes en el proceder de las políticas actuales. Hay que dudar mucho de la ética y de la verdad de los pueblos

⁴ Véase al respecto la obra de M. McLuhan *Guerra y paz en la aldea global* (Barcelona: Editorial Planeta –Agostini, 1985). Interesante título para un ensayo de gran impacto.

y de los partidos políticos que usan y defienden sólo la fuerza para solucionar los problemas. Eso, en lenguaje del pueblo, es matonería o chulería política. Sin embargo, para nosotros, ciudadanos del primer mundo, nos parece no sólo bien sino hasta justificable, primero, porque no nos afecta directamente, al ser problemas en la lejanía, y, segundo, porque no modifican nuestra forma de vida; todo lo contrario, se consolida nuestra sociedad del bienestar. Se vive en la *aldea global*.

Una sociedad dirigida y manipulada, incapaz de ver y de juzgar objetivamente lo que decide, niega la razón de democracia. Ésta se halla en una situación de verdadera crisis. Las apariencias siguen siendo democráticas, pero el corazón asume buenas dosis de totalitarismo político. La democracia se va deshaciendo poco a poco. Las instituciones organizan grandes rituales de democracia, pero en su fundamento son simplemente “circo”. Se está entrando en una sociedad regida por fuerzas más propias de los totalitarismos que de las democracias. Éste también es un fenómeno que crece preocupantemente con la globalización.

Es verdad que la mundialización aporta grandes ventajas, pero parece que el camino que está trazando este proceso globalizante presenta demasiadas interrogantes y muchos lados oscuros. La economía basada en principios del neoliberalismo agudiza los problemas del mundo y abre barreras cada vez más infranqueables entre primer y tercer mundo, entre pueblos de culturas diferentes y entre los ciudadanos de un mismo país según su nivel económico.

La globalización presenta su propia visión del mundo que choca frontalmente con otras culturas y con otras formas de entender la vida. A unas las va asumiendo poco a poco a través de un proceso de captación, llamado rimbombantemente proceso de fagocitación, pero en la medida en que una sociedad se va convirtiendo en parte de la cultura dominante va perdiendo con esa misma intensidad sus propias señas de identidad. En otros casos, la confrontación es brutal. Las guerras actuales, la denominada Tercera Guerra Mundial, son básicamente unas luchas sin cuartel de base económica pero de sustancia cultural. La filosofía de los países no alineados responde a este mismo esquema. A partir de ese momento se denomina y se hace creer bajo una dicotomía cínicamente maniqueísta, que los otros son sujetos perversos, malos por naturaleza, terroristas, dictadores, etc., a quienes es legítimo destruir, asesinar, aniquilar. La paz de

occidente, el orden mundial, el bienestar de la humanidad, etc., con otras mil patrañas, exigen precisamente la aniquilación y exterminio de las partes contrarias. El asesinato del líder Osama bin Laden por las fuerzas especiales de los Estados Unidos es la mejor demostración de los hechos. La moral se subordina a la eficacia y ésta al interés. Economía, política y cultura se dan la mano en este juego de captación de voluntades y de legitimación de todos los comportamientos del mal llamado neoliberalismo. O confrontación abierta o dirigismo descarado. La sociedad del bienestar, eufonía para señalar la sociedad de consumo, tiende hacia un dirigismo pleno en medio de una sociedad abiertamente domesticada. Un sistema policíaco cada vez más evidente refuerza la nueva estructura social. Todo está controlado y todo está dirigido. Los directores del mundo ofrecen “pan y circo” y la sociedad vive contenta y feliz. Está claro que en este sistema es necesario fomentar una sociedad satisfecha con un bienestar consumista que llega a niveles de despilfarro. Para potenciar al máximo “el pan y el circo”, es necesario destruir toda capacidad crítica y moral. Se ofrece, como compensación, una cultura trivializada. Una sociedad hecha en la trivialidad cultural y en la satisfacción consumista es propicia para el dirigismo y la manipulación. Este tipo de sociedad no quiere problemas que puedan enturbiar su despreocupada felicidad. Prefiere vivir en el desconocimiento y en la ignorancia. Las imágenes de un mundo en la pobreza y en la enfermedad les desasosiegan. ¿Para qué pensar? No se piensa, no se sabe. Se vive cada vez más en una ignorante despreocupación, en ocasiones impuesta y en otras circunstancias buscada.

La gente quiere distracción en la banalidad y el sistema se la proporciona porque las peticiones del pueblo se identifican con los intereses dominantes. La sociedad pide cada vez más “circo” en el supuesto de tener asegurado el “pan” diario⁵. Trivialización cultural y conciencia acrítica dominan en nuestra sociedad. Sólo en una sociedad de estas características, -consumista, mass-mediatizada e irreflexiva-, puede triunfar el mal gusto, el kitsch, como expresión de una ética y de una estética social⁶. Ésta es la otra

⁵ Los medios de comunicación, desde la radio hasta la televisión, pasando por el cine y el periodismo, ofrecen buenas dosis de “circo”, prensa amarilla y chismorreos de morbo. Es verdad que para ofrecer una cara más abierta y crítica los medios brindan en sus emisiones programas de análisis, de cultura, de historia, de debates, etc. Pero, ¿a qué horas? A horas que nadie o una minoría se puede permitir el lujo de seguir. La cultura crítica no está hecha para el pueblo ni éste la desea.

⁶ Remito al lector a los estudios de Ludwig Giesz: *Fenomenología del Kitsch*. Barcelona: Tusquets Editor, 1973; Moles, A.: *El kitsch*. Barcelona: Editorial Paidós, 1990; Eco, Umberto: “Estructura del mal gusto” en *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*. Barcelona: Editorial Lumen, 1973, pp. 79-152; Muñoz, Blanca: “La dialéctica de los objetos: el kitsch como redundancia y repetición” en *Teoría de*

cara de la globalización. Buena parte de las grandes ventajas que podía aportar la nueva estructura mundial se deshace en un mar proceloso de intereses y de estrategias. La globalización está imponiendo una uniformidad de ser, de pensar y de actuar, etc., que favorece un *mundo feliz*⁷ para un ciudadano económicamente pudiente en medio de una inconsciencia plena como consecuencia de un dirigismo extremo.

Europa, España, etc., han caído en las redes de este *Leviatán* de cara atractiva pero de consecuencias trágicas. La globalización es la consecuencia de un proceso de carácter económico en medio de un indiscutible dirigismo cultural y social. En este proceso, los pueblos van perdiendo sus señas de identidad, incluso empiezan a hacer dejación de sus propias lenguas en nombre de la eficacia económica. La historia no sólo no importa, sino que incluso incomoda. Si hay historia, ésta se tiene que acompasar con los sonos de la comedia circense. ¿Para qué filosofía, si no sirve para hacer tuercas que construyen automóviles? ¿Para qué la historia y el arte, si lo estético y el gusto se subordinan al espectáculo y al dividendo económico?

El ciudadano actual está perdiendo esta batalla. Los técnicos de la política alientan y claman cada vez más, en nombre del bienestar, una sociedad domesticada. Pero en esa misma medida, el ciudadano va poco a poco perdiendo las pocas señas de identidad que le quedan. Y, lo malo de todo esto, es que si se lucha por ellas, se entra en el terreno de la sospecha y de la oposición. La educación es un excelente indicador de esta realidad. Las diversiones de la juventud actual lo demuestran. Las preocupaciones culturales de la sociedad lo certifican. La sociedad como proyecto lo afirma. Si no se cambia el rumbo de la sociedad dirigida por patrones económicos, es fácil que la aldea global se convierta en un inmenso y tétrico campo de concentración sin alambradas físicas pero con cercos morales y culturales casi imposibles de superar.

la pseudocultura. *Estudios de sociología de la cultura y de la comunicación de masas*. Barcelona: Editorial Fundamentos, 1995, pp. 259-267; etc.

⁷ Tomo este término en el sentido que ofrece Aldous Huxley en sus obras *Un mundo feliz* (Barcelona: Círculo de lectores, 1965) y *Nueva visita a un mundo feliz* (Barcelona: Editorial Seix Barral, 1999). La diferencia se halla en la utilización de sofisticados medios de dirigismo e imposición cultural en vez de procedimientos genéticos. Pero en ambos casos se está creando un mundo feliz sin libertad, una especie de campo de concentración para ciudadanos satisfechos sin capacidad crítica. Una reflexión muy válida del mito del “mundo feliz” la ofrece Theodor W. Adorno en su trabajo “Aldous Huxley y la utopía” (1970, 75-100).

VII.- 11.- Una última reflexión socio-cultural

Actualmente, el fundamento democrático de la política se ha reducido exclusivamente a la ley del voto. Según este principio, toda sociedad que vota libremente, -quien quiere y lo que quiere-, es una comunidad democrática. Ante esta realidad, el político tiene un as en la manga que le hace salir victorioso ante cualquier sospecha o disputa en sus decisiones políticas. Puede actuar, incluso al margen de la voluntad popular, porque así lo ha decidido libre y soberanamente el pueblo a través del sufragio universal. Se siente refrendado y validado por la ley del voto para tomar las decisiones que quiera o juzgue oportunas. La teoría política confirma que los ciudadanos, y sólo ellos, a través del voto legitiman las actuaciones de los políticos al margen de su misma voluntad y querencia. La turbia historia de la adhesión de España a la OTAN o bien las puntuales y circunstanciales modificaciones de la Constitución ejemplifican fielmente este hecho. El voto es la razón de la democracia. Negar este supuesto, es rechazar los fundamentos del sistema democrático. Sin embargo, analizando la naturaleza y la validez del voto en la sociedad actual, el ciudadano se tiene que sorprender y desconcertar. Y esta sorpresa y este desconcierto son aplicables a todas las sociedades democráticas. ¿El voto actual tiene validez y representatividad? Legalmente, sí; lógicamente, ese es ya otro cantar. El sentido común vuelve a poner en tela de juicio los principios rectores de las democracias actuales o, por lo menos, la de la democracia española.

Hay tratados muy concienzudos de teoría política que analizan de manera pormenorizada las razones, la historia y los programas de los regímenes democráticos. Los muchos diccionarios de política marcan las directrices principales en las que se deben basar los partidos políticos. Este no es el momento oportuno ni el lugar adecuado para adentrarnos en estos tratados de teoría política. Intentando hacer una síntesis de la síntesis, la experiencia y el sentido común afirman que todo régimen democrático se debe basar en tres principios básicos y fundamentales: conocimiento, diálogo y colaboración para hacer realidad el fin último de estos sistemas: conquistar siempre cotas más altas de progreso y de bienestar social y humano.

Las reflexiones de J. Habermas sobre “Publicidad fabricada y opinión no pública: la conducta electoral de la población” son altamente significativas desde el tema que estamos tratando. Dice el filósofo y sociólogo alemán: “Se exige del elector el que, con

un cierto grado de capacidad de juicio y de conocimiento, se interese y participe en discusiones públicas para que, racionalmente guiado por el interés general, colabore en el establecimiento de lo correcto y lo justo como criterios de actuación política” (pp. 237-38). Habermas habla de conocimiento-sentido común, diálogo-discusión público y búsqueda social de lo correcto y de lo justo como metas ideales.

El primer principio de la democracia se basa, por tanto, en la necesidad de un conocimiento o cultura en el individuo y en la sociedad para poder ejercer su derecho ciudadano en la elección de sus representantes a través de un voto consciente y responsable. Desde los orígenes del liberalismo se vio y se defendió que sólo una sociedad culta podía hacer realidad una política real de signo democrático. Incluso, en un principio, la reducción del número de electores se debía al principio, si se quiere discriminatorio y elitista, de un voto justo y crítico. La preocupación educativa de la sociedad fue una de las exigencias principales de su práctica política. No podía ni puede haber una democracia real sin cultura. Todo votante tiene que saber a quién vota, lo qué realmente vota y para qué vota. Aplicados estos principios a la política de este país, surgen inmediatamente múltiples cuestiones que nos llevan a la duda y a la incertidumbre. Una pregunta base es: ¿sabe el ciudadano realmente lo que vota? En las elecciones generales de 2008, Rodríguez Zapatero resultó el claro vencedor. En un estudio realizado en una universidad española entre alumnos de cuarto curso de una especialidad de humanidades, de los veinticuatro alumnos que respondieron a las preguntas de la encuesta, ninguno sabía cuáles eran los programas culturales y económicos del partido vencedor. Es de suponer que aún menos sabrían sobre la línea económica o industrial del PSOE. Pero esta situación de desconocimiento llega a ser alarmante en las elecciones municipales de 2011, en las que triunfó de forma arrolladora el Partido Popular. Llegó a tener casi el 38% del electorado. El PSOE se quedó con el 28%. Entre los dos partidos mayoritarios, acapararon el 66% del número total de votantes. Ni PP ni PSOE explicaron a la ciudadanía ni un solo punto de su programa político. Pero aún más sangrantes fueron los resultados de la elecciones generales de 2011, en las que, dentro del bipartidismo reinante, el triunfo del PP fue arrollador e, inversamente, el descalabro del PSOE, a todas luces, estrepitoso. Excepto en Cataluña, en el País Vasco y en la provincia de Sevilla, el Partido Popular salió vencedor indiscutible en la elecciones con más de diez millones de votos, un 44, 62%, frente al 28,73% del Partido Socialista, con cerca de siete millones de votos. Los votantes que

eligieron al Partido Popular votaron al partido, no al programa, ya que sus dirigentes ocultaron celosamente sus planes políticos. El debate de Rajoy-Rubalcaba del 7 de noviembre en las cámaras de televisión fue una dura pelea, basada en buena parte en la preocupación de Rubalcaba para que Rajoy desvelara alguno de los puntos de su programa de gobierno, cosa que no consiguió en ningún momento. El resultado del debate fue, según los medios, altamente favorable para el líder del Partido Popular. El mérito dialéctico parece estar en la capacidad por parte del político de hablar mucho sin decir nada. Está claro que los electores sabían muy bien a quién votaban. ¿Pero estos millones de ciudadanos conocían lo que votaban? Su voto, muy poco democrático por ser muy poco consciente y responsable, fue un cheque en blanco al partido vencedor. Este quedaba respaldado por el número de votos para tomar las decisiones que creyera oportunas, medidas que fueron solapadas o encubiertas por no ser populares, lo que les iba a restar un número importante de votos, ¿pero quedaban legitimados por un voto más deportivo que político?

Se vota lo que no se conoce. ¿Qué sentido tiene una opción desconocida? Es la pura aventura política. La realidad es que la ciudadanía emite su voto convencida de la elección asumida. No importa el programa, interesa el partido. ¿Cuál es la clave de la convicción de la ciudadanía votante? Los partidos políticos se mueven más con consignas, con eslóganes casi publicitarios, repetidos mil veces, hasta convertirlos en verdades universales, en vez de exposiciones lógicas y convincentes de los puntos relevantes de sus respectivos programas. ¿Estos no eran recursos propios del franquismo y de los totalitarismos? Las frases o ideas con estructura de lemas presentan una alta eficacia. La estrategia consiste en bombardear una misma idea mil o diez mil veces hasta convertirla en verdad incuestionable. En las últimas elecciones de 2011, junto al hartazgo de la población por la política socialista por la poca o nula coherencia de sus medidas, la batalla electoral se estableció entre la necesidad de cambio como único medio para conquistar la seguridad y el bienestar, eslogan del Partido Popular, lema altamente oportuno y fácil de aceptar, y cautela y terror hacia la política popular por la inminente destrucción del bienestar social, eslogan de los socialistas, que no tuvo ninguna eficacia electoral porque la actuación del Partido Socialista había invalidado de antemano todas sus propuestas. PP y PSOE habían actuado como J. Habermas había pronosticado hacía ya mucho tiempo:

Es manipulativo, sobre todo, el cálculo sociopsicológico de ofertas dirigidas a inclinaciones inconscientes y encaminadas a despertar reacciones previsibles, sin que, por otra parte, quienes así se aseguran la aquiescencia plebiscitaria puedan verse obligados a contrapartidas de ningún tipo: los llamamientos - experimentalmente verificados y orientados según parámetros psicológicos cuidadosamente estudiados- tienen que poder actuar como símbolos de identificación, tanto más cuanto menos conexión tengan con frases políticas programáticas o con argumentos objetivos. (p. 243)

Parece que en nuestro sistema democrático no hacen falta propuestas explicativas y racionalizadas por su falta de rentabilidad. El electorado no soporta el “rollo político”. Exige simplemente una oferta impactante, breve y atractiva. Se sabe de antemano que un buen eslogan, oportuno y seductor, vale más que mil explicaciones. Son los puntos o “ideas enquistadas” de las que nos habla Habermas (p. 239). Por este camino, se llega a convencer a un electorado sobre la maldad de unos y la bondad de otros. Si la realidad económica y social acompaña a la oferta, la recepción de las consignas o ideas enquistadas será más fácil y eficaz. La población no quiere reflexión, busca emotividad. La política se identifica cada vez más con el deporte. Los aficionados no piden limpieza o buen juego, exigen victorias. El voto cada vez es menos meditado, aunque se deje veinticuatro horas para la reflexión, y más irreflexivo y emocional. ¿Quedan validados éticamente unos votos más deportivos que políticos? Un voto basado en simples consignas y eslóganes sin un fondo crítico es un voto propio, o más propio en teoría, de los sistemas totalitarios. Los regímenes totalitarios son los que consiguen resultados más contundentes y abrumadores a partir de estos mecanismos de atracción emocional. En la actualidad, la política de los partidos marcha por el camino de las consignas⁸, más que por el de las ideas, identificándose con las estrategias totalitarias. ¿Democracias fascistizadas? ¿Es ésta la realidad de la política actual española?

Un segundo punto fundamental de las democracias es el diálogo. Tanto el parlamento como el senado como foros de debate deben basarse en el diálogo⁹. Concibo el diálogo como el intercambio de ideas o el cotejo de pareceres que sirven o ayudan a aclarar o a

⁸ Otra de las observaciones de J. Habermas sobre la dinámica electoral de las democracias occidentales es la búsqueda imperiosa del voto del indeciso, pero muy especialmente del indeciso poco cualificado. Dice Habermas: “Estos grupos, constituidos por los electores potenciales menos cualificados para participar en el proceso de formación de la opinión pública, son el objetivo primordial de los managers electorales: todos los partidos intentan agotar hasta donde sea posible en su provecho la reserva de los indecisos, y no valiéndose de medios de ilustración, sino adaptándose ellos a la actitud impolítica del consumidor” (p. 241). En otra ocasión ofrece un principio altamente revelador de estas posturas: los partidos políticos intentan “vender política impolíticamente” a través de “la propaganda” (p. 242).

⁹ Algo muy similar se puede afirmar de los debates televisivos y radiofónicos. En ocasiones, el oyente o el espectador siente vergüenza ajena ante los cuadros que ofrecen los tertulianos.

definir una realidad, una situación o un proyecto, para, vistas su verdad y su conveniencia, ponerlas en práctica o inversamente rechazarlas. ¿Existe en las cámaras de representación o bien en los debates políticos un diálogo real y válido que anteponga el bien social a los intereses de partido? Creo que no. Como se decía con anterioridad, la impresión que ofrecen con frecuencia los debates oficiales se parecen más a auténticas confrontaciones verbales sin normas o a monólogos reiterativos que a auténticos diálogos. Por falta de cultura, tradición o educación, el político español no sabe dialogar. Sin una cultura reflexiva y crítica y sin una tradición dialéctica, es difícil cumplir con garantías, aunque nadie les niegue su posible buena intencionalidad, el principio de búsqueda del bien común social y humano para la sociedad. Cada parte o grupo ofrece sus ideas, pensando, como en otras muchas cosas de la vida política, ser poseedores de la verdad única. ¿Para qué dialogar, si se posee la razón? ¿Estas posturas no suenan a puro fascismo?

¿Cómo puede ser esto posible? La democracia está directamente relacionada con la cultura. A mayor nivel cultural de la población, mayor nivel de democracia. Esto quiere decir que la democracia es un problema de base educacional y cultural, de capacidad crítica. Parecería que vamos por buen camino. El analfabetismo propiamente ha desaparecido y todos los ciudadanos reciben una más que aceptable instrucción. Las personas están en teoría mejor preparadas para enfrentarse a la vida y al mundo gracias a su educación. Pero, como se ha visto, la instrucción recibida es básicamente técnica dirigida a asumir puestos de trabajo y de responsabilidad laboral en la sociedad, pero sus conocimientos generales y su capacidad crítica son inquietantemente pobres y limitados. De esta manera, con esa falta de conocimientos y de capacidad crítica todo el andamiaje de nuestra sociedad se viene abajo. Se vive en un mundo robotizado, en el que domina una despreocupada felicidad nacida de la ignorancia o del desconocimiento. Pensar es un mal negocio, ya que el sueño de la razón produce monstruos. Si no se quieren ver monstruos, no hay que pensar. Es mejor vivir despreocupadamente satisfecho en una sociedad que te puede proporcionar todos los bienes apetecibles sin buscar problemas ni complicaciones. Con esta filosofía de base se hace fácil dominar y manipular la sociedad y asegurar la fuerza y la pervivencia del poder establecido. La manipulación de la conciencia social es propia y típica de los totalitarismos. ¿Democracias fascistizadas?

Si la cultura de masas, propia de las sociedades tecnificadas y altamente consumistas, impone una banalización cultural extrema, basada en símbolos ideológicos y en mitologías doctrinales de gran impacto socializador, propios de sistemas totalitarios, y, al mismo tiempo, se va imponiendo una educación cada vez más técnica y menos humanística, las conclusiones resultantes de este binomio de fuerzas directoras no son nada halagüeñas. La domesticación socializante de este programa etéreo, pero real y dramático, propicia una sociedad de elementos robots, sujetos domesticados, perfectamente diseñados para las utilidades programadas desde los poderes fácticos. La utopía del mundo feliz, tal como lo diseñara Aldous Huxley, se está haciendo dramáticamente realidad. Se venció al fascismo y al comunismo, pero se ha entrado en las garras del neoliberalismo, otro totalitarismo tan pernicioso o más que los primeros. Se vive actualmente en un sistema social y cultural de signo economicista que recrea, desde posiciones diferentes, los mismos demonios personales y socio-culturales que se daban en los totalitarismos clásicos tanto de izquierdas como de derechas. El punto de atención no es tanto la posición ideológica del totalitarismo, sino la realidad de un conductismo cultural, de una descarada manipulación ideológica y de una identificación plena entre los gustos-deseos de la población y los intereses del sistema rector.

La sociedad, inconsciente y felizmente, ha entrado dentro del imperio de un totalitarismo técnico y economicista. La propaganda y los medios de comunicación son ahora los mecanismos operativos de control y dirección. En estos medios, la convivencia se basa más en sentimientos compartidos que en ideas o principios críticamente asumidos. La sociedad pide pan y circo a cambio de obediencia y empatía con el sistema. La política se ha convertido en un deporte, donde interesa ganar independientemente de la calidad del juego. La reflexión es una actividad políticamente incorrecta. Se busca personas profesionalmente competentes y socialmente sumisas. El premio a esta labor es una sociedad del bienestar, donde la persona disfruta, sin cuestionarse nunca, de los bienes y de los beneficios del consumismo. El ciudadano se transforma en un sujeto perfectamente programado para realizar el papel social encomendado. Desde este punto de vista, si se es un buen ciudadano, éste recibirá los parabienes políticos y el disfrute económico. Si no acepta estas reglas de juego, estará destinado a ser un enemigo del orden establecido, que procurará por todos los medios anularle y negarle, como sujeto antisistema, un puesto en la sociedad. Es una estructura político-económica que manipula con una perfección extrema los mecanismos de

represión, de atracción y de integración a través de fuerzas culturales de terror, de trivialización y de ideologización.

La democracia española, por lo que se está viendo, es el resultado bien coordinado de dos fuerzas muy próximas, aunque teórica y aparentemente distanciadas: totalitarismo fascista y cultura de masas. El resultado final es una sociedad sometida a unos intereses consumistas en una estructura política de claro signo totalitario. ¿Es posible hablar de un gobierno democrático dentro de un sistema totalitario? ¿Nos encontramos, una vez más, ante una democracia orgánica, en la que una dictadura se nos presenta con un ropaje de oropeles democráticos? Conscientes de la contradicción interna, pero social y históricamente demostrable, ¿cabe plantear la realidad política y cultural de una democracia fascistizada? La sociedad, formada y gobernada por las leyes de la cultura de masas, favorece la aparición de un ciudadano sin capacidad pensante encadenado a una ideología que lo somete y lo esclaviza. El individuo-masa se halla prisionero en este mundo, contento como ser domesticado en esta sociedad de consumo, que le ofrece lo que desea sin ser consciente de que lo deseado es el medio más sutil y eficaz de control y de dominio por parte de las clases dominantes. ¿Es posible la existencia del esclavo feliz? Sí, pero sólo en la ignorancia y en la incapacidad crítica.

VII.-12.- Coda: una luz en la caverna.

Se hace duro resignarse a la derrota antes de entablar la batalla. La realidad social, tal como se ha ido exponiendo a lo largo de esta reflexión “A modo de conclusiones” ofrece un panorama un tanto tétrico y muy poco esperanzador. En circunstancias históricas de profunda crisis de identidad humana, donde los resortes del pensamiento poseen un juego, si no nulo, por lo menos muy limitado, el ciudadano se encuentra a merced de los intereses económicos respaldados por las fuerzas políticas. ¿Cuál puede ser la meta de una sociedad sin capacidad crítica y sin base histórica gobernada por las furias del mercado? No existe un horizonte tranquilizador y, mucho menos, ilusionante. Cada vez adquiere más fuerza y protagonismo el terrorismo económico, capaz, sin cargo alguno de conciencia ni de represalia real, de ahogar al ciudadano en las mismas redes del consumismo. Como afirma Marcuse, la sociedad actual tiene la capacidad de materializar cualquier ideal (1972, p. 88). Como en los regímenes totalitarios se impone

la ley del más fuerte. Las democracias neoliberales han creado un gran mito: el superhombre de signo económico, el superhombre económico.

Una sociedad que en nombre del éxito desoye las voces de la moral, está destinada necesariamente a su ruina. El beneficio gobierna el mundo. No importan los medios ni las consecuencias, sino exclusivamente su fin. Una vez más se entra en los espacios del totalitarismo. Esta sociedad asume deportivamente las más infames tropelías en nombre del éxito comercial y de la seguridad social. Lo sorprendente del caso es que se vive en el filo de la navaja, en una situación de alto riesgo, que puede ocasionar en cualquier momento un desastre de consecuencias inimaginables. Pero, ante esta situación, las fuerzas económicas y políticas miran hacia otro lado para evitar enfrentarse cara a cara con una realidad que les obligaría a tomar medidas drásticas que irían contra sus propios intereses. El terrorismo ecológico está alcanzando cotas no previstas de resultados imprevisibles. Se asesina la naturaleza en nombre del beneficio económico. El destino del ser humano no es nada halagüeño. Todo el mundo es consciente de esta realidad, pero, a pesar de ello, no se pone ningún remedio para salir de este atolladero. El tiempo, en el tiempo, hablará muy claro antes o después.

¿Todo es tan negativo? ¿La realidad nos conduce a un escepticismo sin salida? ¿Se vive en la desazón sin solución posible? ¿Nos domina una despreocupada alegría en un contexto de desesperanza y miedo? ¿Se impone el disfrute del instante presente ante la incertidumbre del futuro? Se puede multiplicar hasta el infinito las interrogantes en la línea del desaliento y de la inquietud. La teoría de los miembros frankfurtianos aceptaría sin condiciones la filosofía de este nihilismo moderno ante la evidencia de hechos tan inequívocos. ¿Qué respuesta cabe, si las leyes de conducta de nuestra sociedad son el materialismo, el hedonismo y la insolidaridad? Sin embargo, existe una pequeña luz en el horizonte. Hay esperanza en el futuro. En la línea de la Escuela de Birmingham, hay que contemplar una sociedad como conjunto de individuos con sus especiales características y su íntima personalidad, que se diferencian de los demás. La clase social, las circunstancias existenciales, el grado de cultura, las motivaciones y proyectos en la vida, los valores de acción, el ambiente familiar, el genio personal, etcétera, hacen que las personas sean diferentes, que puedan reaccionar de formas distintas y que se manifiesten de manera desigual. Edgar Morin habla, a su vez, de capital hereditario, de biografía personal y de entorno social para defender la dimensión individualista de la

persona con su posible disparidad en relación a los otros (1977, p.125). Incluso, el mismo T. Adorno, en una especie de autocrítica, afirma que: “los intereses reales del individuo conservan todavía el suficiente poder para resistir, dentro de ciertos límites, a su total cautiverio [lo que contribuiría a la ganas y necesidad de buscar y luchar por] la libertad (1969, p. 63). La gran mayoría caerá en las redes de consumismo y se convertirán en hombres-masa sólo preocupados por el materialismo economicista; pero otros, aunque sean minorías, tendrán unas miras más altas y unas preocupaciones más humanas y espirituales, aunque sean sujetos de una sociedad de masas y vivan en una comunidad de hondas preocupaciones económicas. Estos segundos tienen la posibilidad y fuerza suficiente para romper las ataduras que los esclavizan y los anulan. Aunque pocas, hay posibilidades de humanizar la sociedad y la historia.

Nadie puede negar la existencia ejemplar de numerosas personas que ponen los valores morales por encima de los beneficios materiales. Sujetos capaces de sacrificarse por ayudar a los más necesitados. Jóvenes que dedican buena parte de su tiempo de ocio a trabajos solidarios. Profesionales que subordinan su carrera laboral para entregarse a solucionar los problemas de los demás. Gente que abandona su país y su familia para adentrarse en tierras inhóspitas del tercer mundo para aliviar el dolor y el abandono de desheredados sociales. La lista de vidas ejemplares y solidarias son muchas. Cuando se ve la realidad en sus múltiples caras, se observa, junto a la insolidaridad y al materialismo extremo, abundantes ejemplos de casos de personas sacrificadas y entregadas a labores humanitarias. Las diversas ONGs nos ofrecen abundantes ejemplos de este heroísmo solidario y, por lo general, anónimo. Otros sectores de la sociedad, cada vez más numerosos y concienciados, se enfrentan abiertamente a las decisiones de los políticos con manifestaciones, concentraciones y acciones de oposición al poder, exigiendo políticas más justas y más morales. Existen amplios sectores de la sociedad que se han levantado contra el servilismo de la domesticación y contra la esclavitud de los valores dominantes en la sociedad. Son sectores exigentes y molestos para el poder, porque como afirma T. W. Adorno: “Toda cultura pura ha sido (y es) molesta para los portavoces del poder” (1970, p. 218). Si Ortega y Gasset en una de sus más universales obras era uno de los primeros pensadores en observar y defender el hecho de *La rebelión de las masas*, ahora cabe plantear un nuevo fenómeno, tanto social como cultural, que podría ser definido como “la rebelión de ciertos sectores de masas dentro

de las masas”. Existe la esperanza, porque hay espíritus críticos y luchadores, y lo auténticamente importante es que no son pocos ni excepcionales.

¿Qué se necesita para que estos grupos conscientes y críticos sean fuerzas de cambio social? A lo largo de la historia, para bien o para mal, se ve de manera inequívoca que todo cambio histórico o social ha sido realizado por grupos humanos dirigidos por un líder capaz de amalgamar las fuerzas individuales y colectivas en torno a un ideal. Parece que el camino se halla en la unidad bajo un liderazgo de signo moral. Se habla de élites moralmente rectoras¹⁰. La superación de toda situación de crisis ofrece la acción directora del líder, quien despierta la necesidad de lucha en sus seguidores con unos valores de acción y con una explicación válida para la entrega. El líder es el despertador de la conciencia colectiva o de la conciencia civil. En el siglo XX hay ejemplos cuantiosos y sumamente esclarecedores del papel del líder y de su capacidad de movilización de masas en la conquista de una meta inicialmente impensable de alcanzar. Algunos ejemplos de este fuerte liderazgo en diferentes lugares geográficos y con una filosofía de acción diversa pueden ser: Mahatma Gandhi, nacionalista indio, quien, a través de métodos no violentos, como la huelga de hambre y la desobediencia civil, ayudó de manera decisiva a alcanzar la independencia de India. Su muerte a manos de un integrista indio impidió otras conquistas como la igualdad de castas, de religiones y de personas. Martin Luther King, líder indiscutible en la lucha por los derechos civiles de la población negra en Estados Unidos, fue persona decisiva en la conquista de la igualdad jurídica tras la aprobación de la Ley de los Derechos Civiles y de la Ley del Derecho al Voto en el senado norteamericano. Murió asesinado en 1968, cuando actuaba en un acto que defendía la dignidad del hombre. Otra de las grandes figuras de la causa negra y del principio de igualdad entre todos los hombres fue Nelson R. Mandela, auténtico símbolo del apartheid en el mundo. Después de más de cincuenta años de lucha y de más de veinticinco años de permanencia en las cárceles sudafricanas llegó a ser presidente del país (1994-1999), implantando en Sudáfrica una democracia real con la proclamación de la igualdad entre todos los ciudadanos. Tres casos entre otros que, con la política de la no violencia, alcanzaron metas inimaginables al conseguir hacer realidad las utopías por las que luchaban. Su principal lección fue

¹⁰ Me distancio abiertamente de las teorías de la sociología política que identifica el concepto de “élites” con las clases políticamente dominantes o bien con las oligarquías económicas. Frente al poder político-económico, se defiende en este trabajo el protagonismo que debe asumir el poder ético como fuerza de cambio y transformación.

enseñar a la humanidad que las utopías son posibles. Pero, la posibilidad de la utopía proclama y exige la figura de un gran líder que sea capaz de despertar la conciencia dormida de las masas y de conducir las por el camino siempre heroico de las grandes conquistas humanas. Frente a los líderes políticos y económicos, la humanidad necesita en estos momentos líderes morales, que enseñen a luchar con las armas de la no violencia por la dignidad y la felicidad del hombre.

Todo líder para mantener y hacer viable su liderazgo tiene que presentar y defender un proyecto cautivador de acción y de conquista. En nuestro siglo XXI, frente a los gobiernos totalitarios y frente a las masas domesticadas, se hace necesario recuperar la conciencia social y el espíritu crítico. La vía más operativa en esta línea de lucha es la cultura. Una sociedad realmente culta, -consciente, crítica y activa-, es, junto al líder, el posible protagonista de esta renovación personal y social. Hay que volver a la cultura frente a la “no cultura” o frente a la “pseudocultura”. Este planteamiento nos conduce a la educación, pero no a la educación meramente técnica, que siempre será válida y necesaria, sino a una educación integral y humanista de carácter crítico y de fundamento histórico. Es un volver a las disciplinas tradicionales del espíritu y del saber sin perder nunca de vista la ciencia técnica. Es retomar en toda su importancia disciplinas como la historia, la filosofía, el arte, la literatura, etcétera. Mientras las fuerzas fácticas piden cada vez con más fuerza una universidad hecha para cubrir y resolver las necesidades materiales y económicas que impone nuestra sociedad, universidad domesticada, desde esta reflexión se defiende y se exige una universidad libre, moral y humanista, en la que los saberes técnicos entren a formar parte, como un factor más, con suficiencia e importancia, de un pensum más completo en la línea del hombre libre y de la sociedad culta. La universidad actual debe ser una simbiosis perfecta entre ciencia, técnica y humanismo. La exclusión del humanismo niega la validez de esta educación, que, como se ha visto, sólo busca especialistas bien preparados para la técnica pero con unas carencias importantes de cultura y de capacidad crítica en un contexto subliminal de domesticación y esclavitud. Una auténtica reforma de la enseñanza en la escuela-instituto y en la universidad, debe empezar por la conquista de una educación libre, total y humanista. Es el camino para lograr una ciudadanía culta, crítica y ética, capaz de presentar y trabajar en nuevos proyectos de superación humana al mismo tiempo que acaba con el imperialismo tiránico de las fuerzas económicas.

Los nuevos grupos sociales activos y críticos, agrupados y dirigidos por un líder carismático de mentalidad ética con un proyecto atractivo, empleando los nuevos medios de comunicación que la ciencia nos ofrece, pueden crear un ambiente propicio para el cambio de mentalidad social y de transformación humana. Hay campo para la esperanza y motivos para una lucha de transformación humana y social. Si esta filosofía de lucha y de superación es válida para la sociedad actual, tiene que ser aún más necesaria para la sociedad española que vive constreñida por las presiones de un fascismo no superado y de una sociedad de masas imperante, que busca, como se ha planteado en distintas ocasiones, un vivir despreocupado y feliz en la ignorancia en medio del consumismo bajo el principio altamente operativo de “pan y circo”.

BIBLIOGRAFÍA*

AA. VV.: *Curso de Orientaciones Nacionales de la Enseñanza Primaria*. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, 1938.

AA. VV.: *Corona de sonetos en honor de José Antonio Primo de Rivera*. Barcelona: Ediciones Jerarquía, 1939.

AA. VV.: *Poesía heroica del Imperio. Tomo I*. (Edic. Luis Rosales y Luis Felipe Vivanco. Prólogo; Luis Felipe Vivanco). Madrid: Editora Nacional, 1940.

AA.VV.: *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza*. San Sebastián: Editorial Española, 1940.

AA. VV.: *Poesía heroica del Imperio. Tomo II*. (Edic. Luis Rosales y Luis Felipe Vivanco. Prólogo; Luis Rosales). Madrid: Editora Nacional, 1943.

AA. VV.: *La cultura bajo el franquismo*. Barcelona: Ediciones Bolsillo, 1977.

AA. VV.: *La comunicación de masas* (Introducción, notas y selección de Heriberto Muraro). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1977.

AA. VV.: *Las fuentes ideológicas de un Régimen (España, 1939-1945)* (Coord. Manuel Ramírez). Zaragoza: Libros Pórtico, 1978.

AA. VV.: *Inquisición española y mentalidad inquisitorial*. Barcelona: Editorial Ariel, 1984.

AA. VV.: *Historia del tebeo valenciano* (Coords. Andrés Porcel y otros). Valencia: Consellería de Cultura, Educación y Ciencia de la Generalitat Valenciana, 1992.

AA. VV.: *Historia del cine español*. Madrid: Editorial Cátedra, 1995.

AA. VV.: *Tebeos los 100 primeros años* (Coord. Alfredo Arias). Madrid: Biblioteca Nacional-Grupo Anaya, 1996.

AA. VV.: *Los caminos hacia la modernidad educativa en España y Portugal (1800-1975)* (Edits. Agustín Escolano y Rogerio Fernández). Zamora: Sociedad Española de Historia de la Educación, 1997.

.....

*.- Los títulos citados corresponden a las ediciones consultadas en este trabajo.

AA. VV.: *Estudio sobre la política educativa durante el franquismo* (Coord. Alejandro Mayordomo). Valencia: Universidad de Valencia, 1999.

AA.VV.: *La novela popular en España*. Madrid: Ediciones Robel, 2000.

AA.VV.: *Pensamiento filosófico español* (Vol. 2: Del Barroco a nuestros días) (Manuel Maceiras. Coord.): Madrid: Editorial Síntesis, 2002.

ABAD TARDEZ, Ángel: *¡Todo por la Patria! Romances de la cruzada*. Zaragoza: Artes Gráficas E. Berdejo Casañal, 1937.

ABELLA, Rafael: *La vida cotidiana durante la Guerra Civil. La España Nacional*. Barcelona: Editorial Planeta, 1973.

.- *La vida cotidiana durante la Guerra Civil. La España republicana. La España nacional*. Barcelona: Editorial Planeta, 1975.

.- *Por el Imperio hacia Dios. Crónica de una posguerra*. Barcelona: Editorial Planeta, 1978.

ABELLÁN, José Luis: *Visión de España en la Generación del 98*. Madrid: Ediciones Magisterio Español, 1968.

.- *Sociología del 98*. Barcelona: Ediciones Península, 1973.

.- *De la Guerra Civil al exilio republicano (1936-1977)*. Madrid: Ediciones Mezquita, 1983.

.- *Historia del pensamiento español. De Séneca a nuestros días*. Madrid: Editorial Espasa Calpe, 1996.

.- “El pensamiento español en el siglo XX. La prosa científica” en *Historia de la Literatura Española*, Vol. IV, Siglo XX. Madrid: Editorial Taurus, 1980.

.- “Las dos Españas y los orígenes del pensamiento reaccionario”, *Historia crítica del pensamiento español*, T. IV. *Liberalismo y romanticismo (1808-1874)*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1984.

.- “La persistencia de la mentalidad inquisitorial en la vida y la cultura española contemporánea, y la teoría de las dos Españas”, AA. VV.: *Inquisición española y mentalidad inquisitorial*. Barcelona: Editorial Ariel, 1984, pp. 542-554.

ABELLÁN, Manuel: *Censura y creación literaria en España (1939-1976)*. Barcelona: Editorial Península, 1980.

ABIZANDA, Martín: “Lo típico, lo castizo y lo español en el cine”, *Primer Plano*, nº 40. Madrid, 20 de julio de 1941.

ABRIL, Martín: *Romancero guerrero*. Valladolid: Imprenta Casa Martín, 1939.

ADORNO, Theodor W.: *Televisión y cultura de masas*. Córdoba: Editorial Eudecor, 1966.

.- *Consignas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1969.

.- *Crítica cultural y sociedad*. Barcelona: Editorial Ariel, 1970.

AGULLÓ, M^a del Carmen: “Azul y rosa. Franquismo y educación femenina”, *Estudio sobre la política educativa durante el franquismo* (Coord. Alejandro Mayordomo). Valencia: Universidad de Valencia, 1999, pp. 243-303.

ALDECOA, Ignacio: *Con el viento solano*. Barcelona: Editorial Planeta, 1976.

ALEXANDER, Jeffrey C.: *Sociología cultural. Formas de clasificación en las sociedades complejas*. Barcelona: Editorial Anthropos, 2000.

ALFARO, José María: *Leoncio Pancorbo*. Madrid: Editora Nacional, 1942.

ALMAGRO, Antonio: *Constantes históricas del pueblo español*. Madrid: Gráficas Anju, 1951.

.- *El pueblo español y su destino*. Madrid: Imprenta Juan Bravo, 1952.

ALONSO RIVAS, Javier: *Comportamiento del consumidor*. Madrid: Esic Editorial, 2004.

ALONSO TEJADA, L.: *La represión sexual en la España de Franco*. Barcelona: Biblioteca Universal Caralt, 1977.

ALTARRIBA, Antonio: *La España del tebeo. La historieta española de 1940 a 2000*. Madrid: Editorial Espasa Calpe, 2001.

ALTED, Alicia: "Notas para la configuración y el análisis de la política cultural del franquismo en sus comienzos: la labor del Ministerio de Educación Nacional durante la guerra", *España bajo el franquismo* (Ed. Joseph Fontana). Barcelona: Editorial Crítica, 2000, pp. 215-229.

ÁLVAREZ, Blanca: *Corín Tellado*. Madrid: Grupo Libro 88, 1991.

.- *¿Yo soy así? Corín Tellado*. Madrid: Grupo Libro 88, 1991.

ÁLVAREZ, Pedro: *Cada cien ratas un permiso*. San Sebastián: Vértice, marzo de 1939.

ÁLVAREZ BOLADO, Alfonso: *Para ganar la guerra, para ganar la paz. Iglesia y Guerra Civil (1936-1939)*, Madrid, UPCO, 1995.

ÁLVAREZ BOLADO, Fernando: *El experimento del nacional-catolicismo (1939-1975)*. Madrid: Cuadernos para el Diálogo, 1976.

ÁLVAREZ MACÍAS, Juan Francisco: *La novela popular en España: José Mallorquí*. Sevilla: Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1972.

AMO, León del: *Las dos espadas: la Iglesia y el Estado*. Valladolid: Talleres Tipográficos Cuesta, 1938.

AMORÓS, Andrés: *Sociología de una novela rosa*. Madrid: Editorial Taurus, 1986.

ANDRÉS-GALLEGO, José: *¿Fascismo o Estado católico? Ideología, religión y censura en la España de Franco. 1937-1941*. Madrid: Ediciones Encuentro, 1997.

ANDRÉS-GALLEGO, José y PAZOS, Antón M.: *La Iglesia en la España contemporánea/1 1800-1936*. Madrid: Ediciones Encuentro, 1999.

.- *La Iglesia en la España contemporánea/2 1936-1999*. Madrid: Ediciones Encuentro, 1999.

ANDRÉS-GALLEGO, José Andrés (y otros): *Historia de España. España actual. La Guerra Civil (1936-1939)* Vol. 13.1. Madrid: Editorial Gredos, 1989.

.- *Historia de España. España actual. España y el mundo (1939-1975)*. Vol. 13.3. Madrid: Editorial Gredos, 1989.

.- *La Iglesia en la España contemporánea/2 (1936-1999)*. Madrid: Editorial Encuentro, 1999.

ANDREU, Alicia G.: *La construcción editorial de Corín Tellado*. Vigo: Editorial Academia del Hispanismo, 2010.

ANÓNIMO: *Madre España*. Cádiz-Madrid: Establecimientos Cerón y Librería Cervantes, 1940.

ANÓNIMO: *Así quiero ser (El niño del Nuevo Estado). Lecturas cívicas*. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, 1940.

ANÓNIMO: “Exaltación de lo castizo”. *Primer Plano*, nº 85. Madrid: 31 de mayo de 1942.

ANÓNIMO: “Necesidad de un cine histórico nacional”. *Primer Plano*, nº 95. Madrid: 9 de agosto de 1942.

ANÓNIMO: “Imperio de lo espiritual en el cine”. *Primer Plano*, nº 114. Madrid: 20 de diciembre de 1942.

ANÓNIMO: *Diez años de cultura española (1939-1948)*. Madrid: Oficina Informática Española, 1948.

ANÓNIMO: *La voz y obra de Francisco Franco. Caudillo*. Madrid: Editor A.M., 1983.

ANSALDO, Juan Antonio: *¿Para qué...? De Alfonso XIII a Juan III*. Buenos Aires: Editorial Ekin, 1951.

ARAMBURU, Rosa de: *Madrinas de guerra*. San Sebastián: Los novelistas. La novela de la guerra, 1937.

ARANDA, Rosa María: *Boda en el infierno*. Madrid: Afrodisio Aguado, 1942.

ARCO BLANCO, Miguel Ángel del: “El secreto del consenso en el régimen franquista” en “Retaguardia y cultura de guerra”. *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, nº 76, Madrid, 2009 (4), pp. 245-268.

ARIAS, Aníbal: *50 años de radiodifusión en España*. Madrid: Radio Televisión Española, 1973.

.- “Breve historia de la radiotelevisión española” en *Anuario de la radio televisión española*. Madrid: Ministerio de Información y Turismo, 1969, pp. 13-37.

ARIAS-SALGADO, Gabriel: *Política española de la información. I: Textos*. Madrid: Ministerio de Información y Turismo, 1957.

.- *Política española de la información. II: Antología sistemática*. Madrid: Ministerio de Información y Turismo, 1958.

ARIÑO, Antonio: *Sociología de la cultura. La constitución simbólica de la sociedad*. Barcelona: Editorial Ariel, 1977.

ARMENGOU, M. y BELIS, R.: *Las fosas del silencio. ¿Hay un holocausto español?* Barcelona: Editorial Plaza y Janes, 2004.

ARIZAMENA, Jesús M. y PUENTE, José V.: *Mari-Dolor*. San Sebastián: Editorial Española, 1937.

ARRARÁS, Joaquín: *Franco*. Buenos Aires: Editorial Poblet, 1937.

ASCUNCE ARRIETA, José Ángel: *San Sebastián, capital cultural (1936-1939)*, San Sebastián, Gráficas Michelena, 1999.

.- “San Sebastián y Vértice: sede y expresión ideológico-cultural de la primera época franquista” en *Estudios sobre Historia del Pensamiento Histórico Español* (Edic. Luis Jiménez). Santander: Asociación de Hispanismo filosófico, 1998, pp. 321-333.

.- “Ideología y simbolismo en los títulos de las publicaciones del primer franquismo. *Rocinante. Studi di Filosofia in lingua spagnola*. nº 1, Milán, 2004, pp. 121-148.

.- “Sociología cultural de una ciudad. San Sebastián: 1950-1960”, *Mundaiz*, nº 73, Universidad de Deusto: San Sebastián, enero-junio de 2007, pp. 41-69.

ASHFORD, Gabrielle: *Franco. Retrato psicológico de un dictador*. Madrid: Editorial Taurus, 2001.

AUNÓS, Eduardo: “Prólogo”, *Causa General. La dominación roja en España. Avance de la información instruida por el Ministerio Público*. Madrid: Ministerio de Justicia, 1944.

AYERRA REDÍN, Marino: *No me avergoncé del evangelio (desde mi parroquia)*. Buenos Aires: Editorial Periplo, 1958.

AZNAR, Manuel: *Guerra y victoria de España (1936-1939)*. Madrid: Editorial Magisterio Español, 1942.

AZPIAZU y ZULAIKA, José Joaquín: *El Estado católico (Líneas de un ideal)*. Madrid: Editorial “Rayfé”, 1939.

.- *¡Por Dios y por la Patria! El patriotismo como virtud cristiana*. Burgos: Imprenta El Castellano, 1938.

BAGET, Josep María: *Historia de la televisión en España (1956-1975)*. Barcelona: Feed-Back Ediciones, 1993.

BALBÍN LUCAS, Rafael: *Romances de Cruzada*. Valladolid: Librería Santarén, 1941.

BALMES, Jaime: *El criterio*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1960.

- .- *Cartas a un escéptico en materia de religión*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1967.
- .- *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*. Madrid: B.A.C., 1949.

BARBERÁN CASTRILLO, Manuel: *Un héroe de diez años o ¡Arriba España!* Vitoria: Tipografía de J. Marquín, 1938.

BARCO, Gustavo del: *Los forjadores de la Nueva España*. Serradilla (Cáceres): Editorial Sánchez Rodrigo, 1937.

BARRIOS MASERO, Manuel: *Poema de la Nueva España. Motivos líricos de la Santa Cruzada*. Sevilla: Tipografía de Manuel Carmona de los Ríos, 1937.

BASSAT, Luis: *El libro rojo de la publicidad*. Barcelona: Editorial Plaza & Janés, 2001.

BAYLE, Constantino: *¿Qué pasa en España? A los católicos del mundo*. Burgos: Imprenta Aldecoa, 1937.

.- *Sin Dios y contra Dios*. Burgos: Editorial "Rayfé", 1938

BEEVOR, Anthony: *La guerra civil española*. Barcelona: Editorial Crítica, 2005.

BELL, Daniel: "Modernidad y sociedad de masas: variedad de la experiencia cultural" en *La industria de la cultura* (Ed. Dwight McDonald). Madrid: Alberto Corazón Editor, 1969.

BEN AMI, Shlomo: "La República toma el poder. Preludio de una catástrofe inevitable", Paul Preston (Coord): *Revolución y guerra en España 1931-1939*. Madrid: Alianza Editorial, 1986, pp. 25-39.

BENET, Juan: *Volverás a región*. Madrid: Alianza Editorial, 1974.

BENEYTO, Antonio: *Censura y política en los escritores españoles*. Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1977.

BENÍTEZ de CASTRO, Cecilio: *Se ha ocupado el kilómetro 6*. Barcelona: Editorial Juventud, 1949. .

BENNASSAR, Bartolomé: "Modelos de la mentalidad inquisitorial: métodos de su pedagogía del miedo", AA. VV.: *Inquisición española y mentalidad inquisitorial*. Barcelona: Editorial Ariel, 1984, pp. 174-182.

BIESCAS, José Antonio y TUÑÓN de LARA, Manuel: *Historia de España. X. España bajo la dictadura franquista (1939-1975)*. Barcelona: Editorial Labor, 1980.

BLANCO AGUINAGA, Carlos: *Juventud del 98*. Madrid: Siglo XXI, 1970.

BLANCO AGUINAGA, Carlos; RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio y ZAVALA, Iris: *Historia social de la literatura española (en lengua castellana)*. (3 tomos). Madrid: Editorial Castalia, 1976.

BLANCO ESCOLA, Carlos: *General Mola: El ególatra que provocó la Guerra Civil*. Madrid: La Esfera, 2005.

BLÁZQUEZ, Feliciano: *Cuarenta años sin sexo*. Madrid: Ediciones Sedmay, 1977.
.- *La traición de los clérigos en la España de Franco. Crónica de una intolerancia (1936-1975)*. Madrid: Editorial Trotta, 1991.

BOLÍN, Luis: *España. Los años vitales*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1967.

BOLINAGA, Josefina: *Nueva Raza*. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, 1940.

BORRÁS, Tomás: *Checas de Madrid. Epopeya de los caídos*. Madrid: Editorial Escelicer, 1940.

BOTTI, Alfonso: *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*. Madrid: Alianza Editorial, 1992.

BRENAN, Gerald: *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la Guerra Civil*. París: Ediciones Ruedo Ibérico, 1962.

BROVÉ P. Y TÉMIME, E.: *La revolución y la guerra de España*. México-Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1977.

BUERO VALLEJO, Antonio: *Historia de una escalera*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1987.

.- *En la ardiente oscuridad*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1980.

.- *La fundación Calpe*, 1980. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1980.

.- *El concierto de San Ovidio*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1962.

.- *El sueño de la razón*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1989.

.- *Un soñador para un pueblo*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1995.

CABRERA INFANTE, Guillermo: *O*. Barcelona: Editorial Seix Barral, 1975.

CACHO VIU, Vicente: *La Institución Libre de Enseñanza*. Madrid: Editorial Rialp, 1962.

CALLE ITURRINO, Esteban: *Romancero de la Guerra*. Bilbao: Escuela Gráficas Santa Casa de Misericordia, (s.a.).

.- *Cantos de guerra y de imperio*. Bilbao: Casa Dochao, 1937.

CALVO SOTELO, Joaquín: *La vida inmóvil. Comedia en tres actos*. Valladolid: Librería Santarén, 1939.

.- *La muralla*. Madrid: Sociedad General de Autores de España, 1955.

CAMARA VILLAR, Gregorio: *Nacional-catolicismo y Escuela. La socialización política del franquismo (1936-1951)*. Jaén: Editorial Hesperia, 1984.

CAMBA, Francisco: *Madridgrado*. Madrid: Ediciones Españolas, 1943.

CANO BALLESTA, Juan: *La poesía española entre pureza y revolución (1930-1936)*. Madrid: Editorial Gredos, 1972.

.- *Literatura y tecnología. Las letras españolas ante la revolución industrial (1900-1933)*. Madrid: Editorial Orígenes, 1981.

.- *Las estrategias de la imaginación. Utopías literarias y retórica política bajo el franquismo*. Madrid: Editorial Siglo XXI, 1994.

CAPITÁN DÍAZ, Alfonso: *Educación en la España contemporánea*. Barcelona: Editorial Ariel, 2000.

CARBONERO y SOL, León: *Índice de los libros prohibidos por el Santo Oficio de la Inquisición Española*. Madrid: Imprenta de don Antonio Pérez, 1873.

CÁRCEL ORTÍ, Vicente: *Breve historia de la Iglesia en España*, Barcelona, Editorial Planeta, 2003.

.- “La II República y la Guerra Civil (1931-1939)” en *Historia de la Iglesia en España* (Dtr. Ricardo García-Villoslada). T. V. Madrid. Biblioteca de Autores Católicos: 1979, pp. 331-394.

CARMONA GONZÁLEZ, Ángeles: *Corín Tellado. El erotismo rosa*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 2002.

CARR, Raymond: *España 1808-1939*, Barcelona, Editorial Ariel, 1969.

CARRERAS, Luis: *Grandeza cristiana de España*, Toulouse, Les Frères Douladoures, 1938.

CARRERE, Emilio: *La ciudad de los siete puñales*. Madrid: Ediciones Españolas, 1939.

CARRO, Venancio D.: *La verdad sobre la guerra española (1936-1939)*. Zamora, 1938.

.- *Los crímenes de guerra según los teólogos-juristas españoles*. Valladolid: Imprenta provincial, 1946.

CASANOVA, Julián: *La Iglesia de Franco*. Madrid: Ediciones Temas de Hoy, 2001.

CASAÑAS GUASCH, Luis y SOBRINO VÁZQUEZ, Pedro: *El cardenal Gomá: pastor y maestro* (2 Vols.). Toledo: Seminario Conciliar de San Ildefonso, 1983.

CASARES, Francisco: “El cine, en función de historia”, *Primer Plano*, nº 66. Madrid, 18 de enero de 1942.

CASAS, Vizcaíno: *La España de la posguerra (1939-1953)*. Barcelona: Editorial Planeta, 1978.

CASTELLA de ZAVALA, Concepción: *Hágase tu voluntad*. Sevilla: Ediciones Betis, (s.a.).

CASTELLET, José María: “¿Existe hoy una cultura española?”, AA. VV.: *La cultura bajo el franquismo*. Barcelona: Cuadernos de Bolsillo, 1977, pp. 9-19.

CASTÓN, Pedro y MORILLAS, José A.: “El nacional-catolicismo de guerra (1936-1939)”, *Razón y Fe*, nº 791, T. 198. Madrid, 1978, pp. 420-436.

CASTRO ALBARRÁN, Aniceto: *El derecho a la rebeldía*. Madrid: Gráfica Universal, 1938.

.- *La gran víctima. La Iglesia española mártir de la revolución roja*. Salamanca: Talleres Cervantes, 1939.

.- *Guerra santa: el sentido católico del Movimiento Nacional español*. Burgos: Editorial española, 1938.

.- *Este es el cortejo... Héroes y mártires de la Cruzada española*. Salamanca: Talleres Tipográficos Cervantes, 1938.

CASTROVIEJO, José María: *Altura. Poemas de guerra*. Barcelona: Editorial Jerarquía, 1939.

CELA, Camilo J.: *La familia de Pascual Duarte*. Estella: Salvat Editores, 1971.

.- *La colmena*. Barcelona: Editorial Noguer, 1972.

CELAYA, Gabriel: *Las cartas boca arriba*. Madrid: Editorial Adonais, 1951.

.- *Lo demás es silencio*. Barcelona: Editorial El Cucuyo, 1952.

.- *Cantos iberos*. Alicante: Editorial Verbo, 1955.

CHARLO, Ramón: “Marcial Lafuente Estefanía y sus compañeros. Los escritores de novela del oeste” en AA.VV.: *La novela popular en España*. Madrid: Ediciones Robel, 2001, pp. 113-133.

.- “La novela sentimental” en AA.VV.: *La novela popular en España*. Madrid: Ediciones Robel, 2001, pp. 177-231.

CIENFUEGOS, Casimiro: *Cancionero de la guerra. (Poemas del resurgimiento español)*. San Sebastián: Editorial Española, 1939.

CIERVA, Ricardo de la: *Historia de la Guerra Civil española. T. I. Perspectivas y antecedentes*. Madrid: Librería-Editorial San Martín, 1969.

.- *Francisco Franco. Un siglo de España*. Madrid: Editora Nacional, 1973.

CISQUELLA, Georgina, ERVITI José Luis y SOROLLA José A.: *La represión cultural en el franquismo. Diez años de censura de libros durante la Ley de Prensa (1966-1976)*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2002.

CLARAMUNT, Jorge: *El teniente Arizcun. Novela de amor y de guerra*. Burgos: Editorial Española, 1937.

COMAS de MONTAÑEZ, María: *Historia moderna y contemporánea de España*. Barcelona: Ediciones Sócrates, 1964.

CONDE MARTÍN, Luis: “El Guerrero del Antifaz”, en *Tebeos los 100 primeros años* (Coord. Alfredo Arias). Madrid: Biblioteca Nacional-Grupo Anaya, 1996, pp. 231-236.

CONTRERAS, Manuel: "Ideología y cultura: La revista *Escorial* (1940-1950)" en *Las fuentes ideológicas de un régimen (España 1936-1945)* (Coord. Manuel Ramírez). Zaragoza: Libros Pórtico, 1978, pp. 55-80.

CONTRERAS CASADO, Manuel: "Ideología y cultura. La revista *Escorial* (1940-1950)" en Manuel Fernández Areal: *Fuentes ideológicas de un régimen (España 1939-1945)*. Zaragoza: Pórtico Librerías, 1978, pp. 55-80.

COSSÍO, Francisco de: *Hacia una nueva España*. Valladolid: Librería Santarén, 1937.
.- *Manolo*. Valladolid: Librería Santarén, 1937.

CRAMSIE, Hilde F.: *Teatro y censura en la España franquista: Sastre, Muñiz y Rubial*. Nueva Cork: Meter Lang Publishing, 1984.

CUADRADO, Jesús: *Diccionario de uso de la historieta española (1973-1996)*. Madrid: Compañía Literaria S.S., 1997.
.- *Atlas español de la cultura popular. De la historieta y su uso. 1873-2000*. (2 Vols.). Madrid: Ediciones Sinsentido, 2000.

CUÉ ROMANO, Ramón: *Y el Imperio volvía...* Barcelona: Editorial Balmes, 1940.

CUNQUEIRO, Álvaro: "La moralidad y la juventud del cine". *Primer Plano*, nº 60. Madrid: 7 de diciembre de 1941.

CHALO, Ramón: "Marcial Lafuente Estefanía y sus compañeros: los escritores de novela del oeste" en AA.VV.: *La novela popular en España* (Vol. 2). Madrid: Ediciones Robel, 2001, pp. 113-142.

DALMAU CARLES, José: *España, mi patria*. Madrid: Dalmau Carles Editores, 1940.

DALOPICO, DR.: *En la España que amanece. Episodio histórico de retaguardia, en un acto, tónico y revulsivo*. San Sebastián: Imprenta Bueno Oliván, 1938.

DELGADO CAPEANS, Ricardo: *La mujer en la vida moderna*. Madrid: Editorial Bruno del Amo, (s.a.).

DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, Lorenzo: *Imperio de papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992.

DELIBES, Miguel: *Cinco horas con Mario*. Barcelona: Destino, 1969.

DENNIS, Nigel y PERAL VEGA, Emilio: *Teatro de la Guerra Civil: el bando nacional*. Madrid: Editorial Fundamentos, 2010.

DESVOIS, Jean-Michel: *La prensa en España 1900-1931*. Madrid: Editorial Siglo XXI, 1977.

DÍAZ, Elías: *La filosofía social del Krausismo español*. Madrid: Editorial Edicusa, 1974.

.- *Notas para una historia del pensamiento actual español (1939-1973)*. Madrid: Editorial Edicusa, 1974.

DÍAZ, Lorenzo: *La radio en España. 1923-1997*. Madrid: Alianza Editorial, 1997.

DÍAZ PLAJA, Guillermo: *Memoria de una generación destruida (1930-1936)*. Madrid: Editores Aymá, 1966.

DIEZ BORQUE José M^a: (coord.) *Historia de la Literatura Española*, Vol. IV, Siglo XX. Madrid: Editorial Taurus, 1980.

DÍEZ de REVENGA, F. J.: *Panorama crítico de la Generación del 27*. Madrid: Editorial Castalia, 1987.

DOMENACH, Jean Marie: *La propaganda política*. Barcelona: Edicions 63, 1963.

DOMÍNGUEZ ESTEBAN, José León: *Glorias Hispanas. Libro de lecturas patrióticas*. Barcelona: Editorial Miguel A. Salvatella, 1941.

DUQUE, Aquilino: *Poética del alzamiento 1936-1939. Antología*. Madrid: Plataforma 2003.

DUYOS PLIEGOS, Rafael: *Romances de la Falange. Primero y segundo pliegos*. Valencia del Cid: Tipografía Moderna, 1939.

ELLWOOD, Sheelagh M.: “Falange y franquismo”, Josep Fontana (Edit.): *España bajo el franquismo*. Barcelona: Ediciones Crítica, 2000, pp. 39-59.

ECO, Humberto: *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*. Barcelona: Editorial Lumen, 1973.

ESCANDELL, Bartolomé: “La inquisición como dispositivo de control social y la pervivencia actual del modelo inquisitorial” en AA. VV.: *Inquisición española y mentalidad inquisitorial*. Barcelona: Editorial Ariel, 1984, pp. 597-611.

ESCOHOTADO, Román: “Nostalgia de un cine español”. *Primer Plano*, n° 104. Madrid: 11 de octubre de 1942.

ESPAÑA, Juan Bautista: *Nueva aurora (Exégesis de la doctrina sobre la que resurge la verdadera España)*. Ávila: Senén Martín Impresor, 1937.

ESPINA, Concha: *Retaguardia*. San Sebastián: Librería Internacional, 1937.

.- *Esclavitud: diario de una prisionera*. Valladolid: Ediciones Reconquista, 1938.

.- *Princesas del martirio*. Barcelona: Ediciones Armiño, 1940.

ESTÉVEZ, María Antonia: “El nacimiento de la prensa azul”, *Historia 16*, n° 9, Madrid, enero de 1977, pp. 21-28.

EZCURRA ROLÍN, Fausto: *Alma, tierra y guerra*. Bilbao: Imprenta Moderna, 1942.

F.T.P.: *El libro de España*. Zaragoza: Editorial Luis Vives, 1939.

FAYE, J. P.: *Los lenguajes totalitarios*. Madrid: Editorial Taurus, 1969.

FARINA, Herminia: *¡Por España y por España! (El libro del combatiente)*. Vigo: Talleres Tipográficos Faro de Vigo, 1937.

FERNÁNDEZ, Alberto: *Emigración republicana española (1939-1945)*. Madrid: Editorial Zero, 1972.

FERNÁNDEZ ARIAS, Adelardo: *Madrid bajo el terror. 1936-1937. (Impresiones de un evadido que estuvo a punto de ser fusilado)*. Zaragoza: Librería General, 1937.
.- *La agonía de Madrid. 1936-1937. (Diario de un superviviente)*. Zaragoza: Librería General, 1938.

FERNÁNDEZ ALMUZARA, Eugenio: *Evangelio de la nueva España*. Valladolid: Librería Santarén, 1937.

FERNÁNDEZ AREAL; Manuel: *La libertad de prensa en España*. Madrid: Editorial Cuadernos para el Diálogo, 1971.

FERNÁNDEZ FLOREZ, Wenceslao: *Una isla en el mar rojo*. Madrid: Ediciones Españolas, 1939.

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Antonio: *Nuevas lecturas patrióticas*. Zaragoza: Librería la Educación, 1937.
.- *Santos y heroínas*. Madrid: Editorial Magisterio Español, 1942.

FERNÁNDEZ SANTOS, Jesús: *Los bravos*. Madrid: Salvat Editores, 1971.

FERNÁNDEZ SORIA, Juan Manuel: *Educación, socialización y legitimación política (España 1931-1970)*. Valencia: Tirant lo Blanch, 1998.

FERNÁNDEZ de CÓRDOBA, Fernando: *Memorias de un soldado locutor. La guerra que yo he vivido y la guerra que yo he contado*. Madrid: Ediciones Españolas, 1939.

FERNÁNDEZ de la REGUERA, Ricardo: *Cuerpo a tierra*. Barcelona: Garbo Editorial, 1954.

FERRAND, Manuel: *Carta abierta a un españolito que viene al mundo*. Madrid: Ediciones 99, 1974.

FERRANDO BADÍA, Juan: *El régimen de Franco. Un enfoque político-jurídico*. Madrid: Editorial Tecnos, 1984.

FERRARI BILLOCH, F.: *El hombre que recuperó su alma. Comedia dramática en tres actos*. Mallorca: Tipografía La Almudaina, 1937.
.- *La monja fugitiva. Novela de amor y heroicidad*. Valladolid: Librería Santarén, 1939.
.- *La innominada*. Sevilla: Ediciones FE, 1939.

FIGUEROA, Agustín de: *Memorias del recluso Figueroa*. Zaragoza: Librería General, 1939.

FOLGUERA, Pilar: "La construcción de lo cotidiano durante los primeros años del franquismo" en *Ayer*, nº 19, Madrid, 1995, pp. 166-168.

FONT, Doménec: *Del azul al verde. El cine español durante el franquismo*. Barcelona: Editorial Avance, 1976.

FONTANA, Joseph (Ed.): *España bajo el franquismo*. Barcelona: Editorial Crítica, 2000.

.- "Reflexiones sobre la naturaleza y consecuencias del franquismo" en Josep Fontana (Edit.): *España bajo el franquismo*. Barcelona: Editorial Crítica. 2000, pp. 9-39.

FORONDA, Ana María: *9 meses con los rojos en Madrid*. Ávila: Imprenta Católica Siginaro Díaz, 1937.

FOX, E, Inman: *La crisis intelectual del 98*. Madrid: Cuadernos para el Diálogo, 1976.

FOXÁ, Agustín de: *Madrid, de corte a checa*. San Sebastián: Librería Internacional, 1938.

.- *El almendro y la espada*. San Sebastián: Librería Internacional, 1940.

FRAGUAS SAAVEDRA, A.: "¿Cómo puede ganar el cine una nacionalidad?". *Primer Plano*, nº 207. Madrid: 1 de octubre de 1944.

FRANCO, Francisco: *Palabras del Caudillo (19 abril 1937 – 31 diciembre 1938)*. Barcelona: Ediciones Fe, 1939.

.- (Jaime de Andrade): *Raza. Anecdótico para el guión de una película*. Madrid: Editorial Numancia, 1952.

.- *Textos de doctrina política. Palabras y escritos de 1945 a 1950*. Madrid: Publicaciones españolas, 1951.

.- *Mensaje de Franco al pueblo español*. Madrid: Ediciones del Movimiento, 1974.

FRANCO SALGADO-ARAUJO: *Mis conversaciones privadas con Franco*. Barcelona: Editorial Planeta, 1976.

FUENTES, José L.: "Breve panorama del TBO en España", *Estudios de Información*, Nos 19-20, Madrid, Secretaría General Técnica del Ministerio de Información y Turismo, julio-diciembre de 1971, pp. 47-83.

FUSI, Juan Pablo: *Franco. Autoritarismo y poder personal*. Madrid: Ediciones El País, 1985.

.- *Un siglo de España. La cultura*. Madrid: Editorial Marcial Pons, 1999.

GARCÍA, Hugo: "Relatos para una guerra. Terror, testimonio y literatura" en "Retaguardia y cultura de guerra". *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, nº 76, Madrid, 2009 (4), pp. 143-176.

GARCÍA CORDERO, Maximiliano: “Cómo surgió la idea de cruzada en la Guerra Civil”, *Razón española*, nº 116. Madrid: noviembre-diciembre 2002, pp. 277-304.

GARCÍA CRESPO, Clementina: *Léxico e ideología en los libros de lectura de la escuela primaria*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1983.

GARCÍA ESCUDERO, José María: *La vida cultural (Crónica independiente de 12 años: 1951-1962)*. Madrid: Editorial Cultura Hispánica, 1963.

GARCÍA EZPELETA, Fermín: *España inmortal*. Madrid: Ediciones Afrodisio Aguado, 1943.

GARCÍA FIGAR, A.: *Por una mujer mejor*. Barcelona: Editorial científico-médica, 1961.

GARCÍA JIMÉNEZ, Jesús: *Radiotelevisión y política cultural en el franquismo*. Madrid: C.S.I.C., 1980.

GARCÍA MERCADAL, J.: *Frente y retaguardia*. Zaragoza: Tipografía “La Académica”, 1937.

GARCÍA de NORA, Eugenio: *La novela española contemporánea (1939-1967)*. Madrid: Editorial Gredos, 1970.

GARCÍA SERRANO, Rafael: *Eugenio o la proclamación de la primavera*. Bilbao: Editorial Jerarquía, 1938.

.- *La fiel infantería*. Madrid: Editorial Actas, 2004.

.- *Plaza del Castillo*. Madrid: Editorial Homo Legens, 2009.

GARCÍA VALDECASAS, Alfonso: “Discurso de clausura” a *Curso de Orientaciones Nacionales de la Enseñanza Primaria*. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, 1938, pp. 33-34.

GARCÍA VIÑOLAS, Manuel Augusto: “Manifiesto a la cinematografía española”, *Primer Plano*, nº 1, Madrid, 20 de octubre de 1940; nº 2, 27 de octubre de 1940; nº 3, 3 de noviembre de 1940; nº 4, 10 de noviembre de 1940.

.- “La censura cinematográfica”, *Primer Plano*, nº 5, Madrid, 24 de noviembre de 1940.

GARCÍA de la CONCHA, Víctor: *La poesía española de posguerra. Teoría e historia de sus movimientos*. Madrid: Prensa Española, 1973

GARCÍA de CORTÁZAR, F. y GONZÁLEZ VESGA, J. M. *Breve Historia de España*. Madrid: Alianza Editorial, 1994.

GARCÍA de NORA, Eugenio: *Pueblo cautivo*. Madrid: Ediciones FUE, 1946.

GARCÍA RUIZ, Víctor y TORRES NEBRERA, Gregorio: *Historia y antología del teatro español de posguerra. 1940-1945*. Vol. I. Madrid: Editorial Espiral, 2003.

GARMENDIA de OTAOLA, Antonio: *Guiando las lecturas y los espectáculos*. Bilbao: Editorial El Mensajero del Corazón de Jesús, 1948.

.- *Lecturas buenas y malas a la luz del dogma y de la moral*. Bilbao: Editorial El Mensajero del Corazón de Jesús, 1949.

GAROSCI, Aldo: *Los intelectuales y la guerra de España*. Madrid: Editorial Júcar, 1981.

GARRIGA, Ramón: *La España de Franco. Las relaciones con Hitler*. Madrid: G. Del Toro Editor, 1976.

GASCA, Luis: *Tebeo y cultura de masas*. Madrid: Editorial Prensa Española, 1966.

.- *Los cómics en España*. Barcelona: Editorial Lumen, 1969.

.- *Los héroes de papel*. Barcelona: Editorial Taber, 1969.

GASCA, Luis y GUBERN, Román: *El discurso del cómic*. Madrid: Editorial Cátedra, 1991.

GETINO, Luis: *Justicia y carácter de la guerra nacional española*. Salamanca: Imprenta Comercial Salmantina, 1937.

GIESZ, Ludwing: *Fenomenología del Kitsch*. Barcelona: Editorial Tusquet, 1973.

GIL CREMADES, Vicente: *El reformismo español: krausismo, escuela histórica, neotomismo*. Barcelona: Editorial Ariel, 1969.

GIL IMIRIZALDU, Plácido M^a.: *Un adolescente en la retaguardia. Memorias de la guerra civil (1936-1939)*. Madrid: Ediciones Encuentro, 2006.

GIMÉNEZ ARNAU, Antonio: *El puente*. Madrid: Ediciones Españolas, 1941.

GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto: *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional y del mundo*. Madrid: Ediciones de "La Gaceta Literaria", 1932.

GINER, Salvador: *Sociedad masa: crítica del pensamiento conservador*. Barcelona: Editorial Península, 1979.

GIRONELLA, José María: *Los cipreses creen en Dios*. Barcelona: Editorial Planeta, 1953.

.- *Un millón de muertos*. Barcelona: Editorial Planeta, 1961.

.- *Ha estallado la paz*. Barcelona, Editorial Planeta, 1966.

GOMÁ y TOMÁS, Isidro: *El caso de España: instrucciones a sus diocesanos y respuestas a unas consultas sobre la Guerra actual*, Pamplona, Gráficas Bescausa, 1936.

.- *La España heroica. Ascética de nuestra guerra*. Pamplona: Gráficas Bescausa, 1937.

.- *Por Dios y por España. 1936-1939*. Barcelona: Rafael Casulleras, 1940.

.- *Pastorales de la guerra de España*. Madrid: Ediciones Rialp, 1955.

GÓMEZ MÁLAGA, J.: *Romances azules*. Ávila: Imprenta de Senén Martín, 1937.

GÓMEZ MARDONES, Inmaculada: “No-Do: el mundo entero (menos España) al alcance de todo el mundo”. *Tiempo de Historia*, nº 66. Madrid: mayo de 1980, pp. 30-47.

GÓMEZ MARTÍN, Fernando: *Yo he sido teniente con El Campesino*. Sevilla: Imprenta Católica Española, 1939.

GÓMEZ SÁNCHEZ –REINA, José: *¡La nueva España! Reportaje patriótico en prosa y verso, dividido en nueve estampas: un prólogo, un cuadro final y varios intermedios*. Granada: Gráficas Granadina, 1937.

.- *Cruz y espada. Retablos patrióticos*. Granada: Gráficas Granadina, 1938.

GOMÍS, Lorenzo: *El medio media: la función política de la prensa*. Madrid: Seminarios y Ediciones, 1974.

GONZÁLEZ, Lorenzo: *Persuasión subliminal y sus reglas*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 1988.

GONZÁLEZ, Manuel: *Manual de Acción Católica*. Bilbao: Editorial Eléxpuru Hermanos, 1937.

GONZÁLEZ BALLESTEROS, Teodoro: *Aspectos jurídicos de la censura cinematográfica en España. Con especial referencia al periodo 1936-1977*. Madrid: Editorial de la Universidad Complutense, 1981.

GONZÁLEZ RUIZ, Agustín: *Cuentos del pasado glorioso*. Madrid: Editorial Escuela Española, 1941.

GONZÁLEZ-BALADO, José Luis: “La crisis del nacional-catolicismo” en “Iglesia-Estado en el franquismo”, *Historia 16*, nº 9, Madrid, enero de 1977, pp. 78-83.

GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos: *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*. Madrid: Editorial Tecnos, 1998.

GONZÁLEZ GARCÍA, M. Teresa: *Corín Tellado. Medio siglo de novela de amor (1946-1996)*. Oviedo: Pentalfa Ediciones, 1998.

GOÑI, Blas: “La voz de la Iglesia en las encíclicas sociales: León XIII y Pío XI”, en AA.VV: *Curso de Orientaciones Nacionales de la Enseñanza Primaria*. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, 1938, Vol. II, pp. 357-371.

GOROSCI, Aldo: *Los intelectuales y la guerra de España*. Madrid: Ediciones Júcar, 1981.

GOY, Andrés: *Religión y Patria*. Madrid: Editorial del Perpetuo Socorro, 1945.

GOYTISOLO, Juan: *Señas de identidad*. Barcelona: Seix Barral, 1984.

GRACIA, Jordi: *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2004.

GRACIA, Jordi & RUIZ CARNICER, Miguel Ángel: *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*. Madrid: Editorial Síntesis, 2004.

GRAMSCI, Antonio: *Literatura y vida social*. Buenos Aires: Editorial Lautaro, 1961.

GUBERN, Román: *Literatura de la imagen*. Barcelona: Salvat Editores, 1973.

.- *La censura. Función política y ordenamiento jurídico bajo el franquismo (1936-1975)*. Barcelona: Ediciones Península, 1981.

.- “El cine sonoro (1930-1936)” en AA. VV.: *Historia del cine español*. Madrid: Editorial Cátedra, 1995, pp. 123-179.

GUERRERO, Fernando (Coord.): *El magisterio Pontificio Contemporáneo. Colección de Encíclicas y Documentos desde León XIII a Juan Pablo II (2 Vols.)*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1992.

H.S.R.¹: *Así quiero ser (El niño del Nuevo Estado). Lecturas cívicas*. Burgos: Editorial Hijos de Santiago Rodríguez, 1940.

HABERMAS, Jürgen: *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Ediciones Gustavo Gili, 1981.

HALCÓN, Manuel: *Retaguardia*. San Sebastián: Vértice, 1938.

.- *Tres personajes en busca de una bala*. San Sebastián: Vértice, 1938.

HERNÁNDEZ GIL, Antonio: *Fondo de estrellas*. San Sebastián: La novela de Vértice, mayo de 1939.

HERNANDO, Bernardino M.: *Delirios de cruzada*. Madrid: Ediciones 99, 1977.

.- “Las grandes batallas” en “Iglesia-Estado en el franquismo”, *Historia 16*, nº 9, Madrid, enero de 1977, pp. 89-94.

HERRERA ORIA, Enrique: *España es mi madre*. Valladolid: Imprenta Católica, 1939.

HERRERO, Javier: *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*. Madrid: Alianza Editorial, 1988.

HIERRO, José: *Tierra sin nosotros*. Santander: Editorial Proel, 1947.

HORKHEIMER, Max: *Teoría crítica*. Barcelona: Barral Editores, 1973.

HORKHEIMER, M y ADORNO, T. W.: *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Editorial Trotta, 2003.

¹ Las iniciales H.S.R. que aparecen como referencia al autor del libro se refieren al editor “Hijos de Santiago Rodríguez”. Esta razón me ha llevado a tratar este libro como anónimo. Sin embargo, en la bibliografía, sigo el tratamiento generalizado que se ha dado a esta obra.

HORMIGÓN, Juan Antonio: *Teatro, realismo y cultura de masas*. Madrid: Cuadernos para el Diálogo, 1974.

HUXLEY, Aldous: *Un mundo feliz*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1965.
.- *Nueva visita a un mundo feliz*. Barcelona: Editorial Seix Barral, 1999.

IBÁÑEZ MARTÍN, José: *El sentido político de la cultura en la hora presente*. Madrid: Imprenta Samarán, 1942.
.- *Símbolos hispánicos del Quijote*. Madrid: (s.e.), 1947.
.- *Diez años de servicios a la cultura española. 1939-1949*. Madrid: Editorial Magisterio Español, 1950.

IGLESIAS RODRÍGUEZ, Gema: *La propaganda en las guerras del siglo XX*. Madrid: Editorial Arco-Libros, 1997.

IMBERT, Gerard: *Elena Francis, un consultorio para la transición*. Barcelona: Ediciones Península, 1982.

INCIO GARCÍA, Valentín: *Síntesis de religión*. Madrid: Editorial Verdad, 1942.
.- *Compendio de cultura religiosa. El dogma, la moral, la vida sobrenatural*. Madrid: Editorial Verdad, 1944.

JACKSON, Gabriel: *La República española y la Guerra Civil*. Barcelona: Ediciones Éxito, 1978.
.- *Aproximación a la España contemporánea 1898-1975*. Barcelona: Ediciones Grijalbo, 1980.

JARDIEL PONCELA, Enrique: *Eloísa está debajo de un almendro*. Madrid: Editorial Salvat, 1969.
.- *Los habitantes de la casa deshabitada*. Madrid: Editorial Salvat, 1969.

JIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto: *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional. Y del mundo*. Barcelona: Ediciones Jerarquía, 1939.
.- “Política”, en AA.VV.: *Curso de Orientaciones Nacionales de la Enseñanza Primaria*. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, 1938, Vol. II, pp. 415-430.

JIMÉNEZ GARCÍA, Antonio: *El Krausismo y la Institución Libre de Enseñanza*. Madrid: Editorial Cincel, 1986.
.- “Educación y Cultura entre siglos: la Institución Libre de Enseñanza”, Manuel Maceiras (Coord.): *Pensamiento filosófico español* (Vol. 2: Del Barroco a nuestros días). Madrid: Editorial Síntesis, 2002, pp. 195-238.

JIMÉNEZ LOZANO, José: “Los tiempos que corren” en “Iglesia-Estado en el franquismo”, *Historia 16*, nº 9, Madrid, enero de 1977, pp. 94-99.

JUAN, Jorge: *Sol de romance*. Oviedo: Editorial F.E.T., 1938.

JUAN-NAVARRO, Santiago: “De los orígenes del Estado español: la construcción de la ideología franquista en *Alba de América*, de Juan de Orduña”, *Anales de Literatura Española Contemporánea*, nº 33.1. Madrid: 2008, pp. 79-104.

JULIÁ, Santos (Coord.): *Víctimas de la Guerra Civil*. Madrid: Temas de Hoy, 2004.

.- "Crisis económica, luchas sociales y Frente Popular. Madrid (1931-1936)", Paul Preston (Coord): *Revolución y guerra en España 1931-1939*. Madrid: Alianza Editorial, 1986, pp. 121-140.

.- "De la guerra contra el invasor a la guerra fratricida", Santos Juliá (Coord.): *Víctimas de la Guerra Civil*. Madrid: Temas de Hoy, 2004, pp. 11-54.

JULIÁ MARTÍNEZ, Eduardo: *Toledo en ruinas*. Toledo: (s.e.), 1936.

.- *Águilas Imperiales (En las horas heroicas de la patria)*. Toledo: Talleres Gráficas de Rafael G.: 1938.

.- *Se ensanchaba Castilla... Estampas poéticas*. Madrid: Talleres Aldus, 1944.

KAMEN, Henry: *Los desheredados. España y la huella del exilio*. Madrid: Santillana Ediciones Generales, 2007.

LA ORDEN MIRACLE, Ernesto: *Romancero nacional*. Barcelona: Luis Miracle Editor, 1939.

LADRÓN de GUEVARA, Pablo: *Novelistas buenos y malos*. Bilbao: El Mensajero del Corazón de Jesús, 1933.

LAFORET, Carmen: *Nada*. Barcelona: Destino, 1951.

LAFUENTE, Isaías: *Esclavos por la patria. La explotación de los presos bajo el franquismo*. Madrid: Ediciones Temas de Hoy, 2002.

LAFUENTE ESTEFANÍA, Marcial: *La mascota del desierto*. Madrid: Ediciones Maisal, 1943.

.- *Compañía de plomo*. Miami: Editorial Interpress, 2009.

LANNON, Frances: "La Iglesia contra la República", Paul Preston (Coord.): *Revolución y guerra en España*. Madrid: Alianza Editorial, 1984, pp. 41-58.

LARA, Antonio: *El apasionante mundo del tebeo*. Madrid: Editorial Cuadernos para el Diálogo, 1968.

.- "Introducción a un estudio estético de las narraciones gráficas", *Estudios de Información*, nos. 19-20. Madrid: Secretaría General Técnica del Ministerio de Información y Turismo, julio-diciembre de 1971, pp. 131-167.

.- "Tebeos: los primeros cien años. 1896-1974", *Tebeos. Los primeros cien años. Catálogo de la Exposición de la Biblioteca Nacional*. Madrid: Editorial Anaya, 1996, pp. 27-126.

LAZARSELD, P. F. y MERTON, R. K.: "Comunicación de masas, gusto popular y acción social organizada (Int. Heriberto Muraro). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1977, pp. 25-47.

LE BON, Gustave: *Psicología de las masas*. Madrid: Ediciones Morata, 1995.

LEBRERO ESCUDERO, Juan: *Plegarias y bayonetas*. Valladolid: Imprenta Allén, 1938.

.- *Grandes cielos de la España salvadora*. Valladolid: Imprenta Allén, 1939.

LEO GEIST, Anthony: *La poética de la generación del 27 y las revistas literarias: de la vanguardia al compromiso (1918-1936)*. Barcelona: Editorial Guadarrama, 1980.

LEÓN, Ricardo: *Cristo en los infiernos*. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, 1941.

LEÓN XIII: *Rerum novarum, El Magisterio Pontificio Contemporáneo II. Colección de Encíclicas y Documentos desde León XIII a Juan Pablo II* (Coord. Fernando Guerrero). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1993, pp. 482-506.

LINZ, Juan J.: "Una interpretación de los regímenes autoritarios", *Papers: Revista de Sociología*, nº 8, Universidad Autónoma de Barcelona, 1978, pp.11-26.

LIZONDO, Manuel: *Espejo y Gloria de España*. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, 1938.

LOJENDIO, Ignacio María de: *El derecho de revolución*. Madrid: Editorial Revista de Derecho Privado, 1941.

LÓPEZ MARTÍN, R. y MAYORDOMO, A.: "Las orientaciones pedagógicas del sistema escolar", *Estudio sobre la política educativa durante el franquismo* (Coord. Alejandro Mayordomo). Valencia: Universidad de Valencia, 1999, pp. 41-103.

LÓPEZ MORILLAS, Juan: *El krausismo español. Perfil de una aventura intelectual*. México: Editorial Fondo de Cultura Económica, 1956.

LÓPEZ PACHECO, Jesús: *Central eléctrica*. Barcelona: Destinolibro, 1958.

LORA TAMAYO, Manuel: *Política educacional de una etapa 1962-1968*. Madrid: Editora Nacional, 1974.

LÓPEZ TORRES, Manuel: "¿Cómo cree Ud. que debe ser el cine español?". *Primer Plano*, nº 92. Madrid: 19 de julio de 1942.

LUJÁN, Adolfo: "Presencia de la Cruzada en el nuevo cine español". *Primer Plano*, nº 92. Madrid: 19 de julio de 1942.

LLAMAZARES, Julio: *Luna de lobos*. Barcelona: Editorial Seix Barral, 1985.

LLERA, Luis de: *Ortega y la Edad de Plata de la literatura española (1914-1936)*. Roma: Editorial Bulzoni, 1991.

.- *Historia de España, 13-2: España actual. El régimen de Franco (1939-1975)*. Madrid: Editorial Gredos, 1994.

.- *La modernización cultural de España 1898-1975*. Madrid: Editorial Actas, 2000.

McDONALD, Dwight (Ed.): *La industria de la cultura*. Madrid: Alberto Corazón Editor, 1969.

MACEIRAS, Manuel (Coord.): *Pensamiento filosófico español*. Madrid: Editorial Síntesis, 2002.

MACHADO, Antonio: *Campos de Castilla*. Madrid: Editorial Cátedra, 1987.

MAÍLLO, Adolfo: *Educación y revolución. Los fundamentos de una educación nacional*. Madrid: Editora Nacional, 1943.

.- *Patria. Lecturas escolares*. Zaragoza: Hijos de Ricardo González Editor, 1958.

.- *Cultura y educación popular*. Madrid: Editora Nacional, 1967.

MAINER, José Carlos: *Falange y literatura. Antología*. Barcelona: Editorial Labor, 1971.

.- *Literatura y pequeña burguesía en España (Notas 1890-1950)*. Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1972.

.- *La Edad de Plata (1902 – 1939). Ensayo de interpretación de un ensayo cultural*. Madrid, Ediciones Cátedra, 1981.

.- “Recuerdo de una vocación generacional. I. Arte y política en Vértice”. *Ínsula*, nº 252, Madrid, noviembre de 1967, pp. 3 y 4.

.- “Creación literaria en Vértice (1937-1940)”. *Ínsula*, nº 254. Madrid, enero de 1968, pp. 7 y 10.

MAIZ, Félix B.: *Mola, aquel hombre. Diario de la conspiración, 1936*. Barcelona: Editorial Planeta, 1976.

MALLORQUÍ, César: “José Mallorquí: el hombre tras la máscara” en AA.V.V.: *La novela popular en España*. T. I. Madrid: Ediciones Robel, 2000, pp. 155-174.

MALLORQUÍ, José: *La esposa de Don César*. Barcelona: Ediciones Cliper, 1946.

.- *El sol camina hacia el oeste*. Barcelona: Ediciones Favencia, 1974.

.- *Caín de Rancho Murillo*. Barcelona: Ediciones Favencia, 1975.

MANNUCI, Cesare: *La sociedad de masas. Análisis de modernas teorías sociopolíticas*. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 1971.

MANZANARES BERIAIN, Alejandro: *Alzamiento Nacional de España. (Una patria, un estado, un caudillo)*. Logroño: Imprenta Moderna, 1937.

.- *Nueva España*. Huesca: Editorial Viuda de J. Martínez, 1940.

.- *Raza española. (El libro del muchacho español)*. Madrid: Editorial Magisterio Español, 1941.

.- *Tu patria*. Madrid: Librería y Casa Editorial Hernando, 1957.

MARAVALL, José Antonio: *La cultura del Barroco*. Barcelona: Editorial Ariel, 1975.

MARCOS, Venancio: *Charlas de orientación religiosa ante el micrófono de Radio Madrid*. Madrid: Artes Gráficas Sol, 1950.

.- *Artículos de orientación religiosa publicados en la prensa nacional. Cartas a los no creyentes*. Madrid: Artes Gráficas Sol, 1957.

MARCUSE, Herbert: *Cultura y sociedad*. Buenos Aires: Editorial Sur, 1967.
.- *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Barcelona: Editorial Seix Barral, 1972.

MARQUINA, Eduardo: *Por el amor de España. Petitorio en seis romances y epílogo en prosa*. Buenos Aires: Casa Jacobo Pauser, 1937.
.- *La Santa Hermandad. Poema dramático*. Madrid: Editorial Cerón, 1940.

MARQUERÍE, Alfredo: “No-Do por dentro”. *Primer Plano*, nº 215. Madrid, 25 de noviembre de 1944.

MARSÉ, Juan: *Últimas tardes con Teresa*. Barcelona: Editorial Seix Barral, 1970.

MARTÍ FERRÁNDIZ, José J: Poder político y educativo: el control de la enseñanza (1936-1975). Valencia: Universidad de Valencia, 2002.
.- “Ortodoxia y control en el sistema educativo: la Inspección de Enseñanza”, *Estudio sobre la política educativa durante el franquismo* (Coord. Alejandro Mayordomo). Valencia: Universidad de Valencia, 1999, pp. 105-180.

MARTÍN, Antonio: *Apuntes para una historia de los tebeos*. Barcelona: Ediciones Glenat, 2000.

MARTÍN ARTAJO, Alberto: “Exposición sistemática de la doctrina pontificia acerca de la constitución cristiana de la Sociedad y del Estado”, *Doctrina Pontificia II* (Edic. José Luis Gutiérrez García). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1958, pp. 11-75.

MARTÍN ABRIL, Francisco Javier: *Castilla y la guerra*. Valladolid: Talleres Tipográficos “Cuesta”, 1937.
.- *Romancero guerrero*. Valladolid: Imprenta Casa Martín, 1937.

MARTÍN GAITE, Carmen: *Usos amorosos de la posguerra española*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1987.

MARTÍN VIGIL, José Luis: *La vida sale al encuentro*. Barcelona: Editorial Escelicer, 1959.
.- *La muerte está en el camino*. Barcelona: Editorial Juventud, 1957.
.- *Sexta galería*. Oviedo: Richard Grandio Editor, 1962

MARTÍNEZ, Juan de la C.: *Cruzada o rebelión: estudio histórico-jurídico de la actual guerra de España*. Zaragoza: Librería General, 1937.

MARTÍNEZ ALIER, Juan: “Notas sobre el franquismo”, *Papers: Revista de Sociología*, nº 8, Universidad Autónoma de Barcelona, 1978, pp. 27-51.

MARTÍNEZ BURGOS, C.: *Excitación a la rebelión*. Burgos: Imprenta Lozano, 1939.

MARTÍNEZ CACHERO, José María: *Historia de la novela española entre 1936-1975*. Madrid: Editorial Castalia, 1979.

.- *El canto de las sirenas. (Páginas de investigación y crítica)*. Oviedo: Universidad de Oviedo, 2000.

MARTÍNEZ-MICHEL, Paula: *Censura y represión intelectual en la España franquista: el caso de Alfonso Sastre*. Hondarribia: Editorial Hiru, 2003.

MARTÍNEZ de la HIDALGA, Fernando: "La novela popular en España" en AA.VV.: *La novela popular en España*. Madrid: Ediciones Robel, 2000, pp. 15-52.

.- "La novela del oeste" en AA.VV.: *La novela popular en España*. Madrid: Ediciones Robel, 2000, pp. 53-84.

MAYORDOMO, Alejandro: "Nacional-catolicismo, tecnocracia y educación en la España del franquismo (1939-1975)" en *Los caminos hacia la modernidad educativa en España y Portugal (1800-1975)* (Edits. Agustín Escolano y Rogério Fernández). Zamora: Sociedad Española de Historia de la Educación, 1997, pp. 147-174.

.- "Aproximación a enfoques y tiempos de la política educativa", *Estudio sobre la política educativa durante el franquismo* (Coord. Alejandro Mayordomo). Valencia: Universidad de Valencia, 1999, pp. 7-39.

McLUHAN, M.: *Guerra y paz en la aldea global*. Barcelona: Editorial Planeta-Agostini, 1985.

MEDINA, Esteban: *Educación y sociedad. La lucha por la educación en España, 1770-1970*. Madrid: Editorial Ayuso, 1977.

MEINVIELLE, Julio: *Concepción católica de la política*. Buenos Aires: Pensamiento del Nacionalismo Argentino, 1941.

MENÉNDEZ-REIGADA, Ignacio: *La guerra nacional española ante la moral y el derecho*. Bilbao: Editora Nacional, 1937.

.- *Acerca de la guerra santa*. Salamanca: Imprenta Comercial Salmantina, 1937.

.- *Catecismo patriótico español*. Salamanca: Establecimiento Tipográfico de Calatrava, 1939.

MIGUEL, Amando de: *Sociología del franquismo*. Madrid: Editorial Euros, 1975.

.- *La herencia del franquismo*. Madrid: Editorial Cambio 16, 1976.

.- *Franco. Franco. Franco*. Madrid: Ediciones 99, 1976.

.- *El sexo de nuestros abuelos*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1998.

MILLÁN, Fernando: *La revolución: de la Institución Libre de Enseñanza a la Escuela de la República*. Valencia: Fernando Torres Editor, 1983.

MINER OTAMENDI, José Manuel: *Cruzada de España. Hechos y figuras del Glorioso Movimiento Nacional*. Madrid: Editorial "Escuela Española", 1941.

MINER OTAMENDI, José Manuel y VILLARÍN, Jorge: *Abriles de España*. Toledo: Talleres Gráficos de Rafael Gómez Menor, 1937.

MINISTERIO de JUSTICIA: *Causa General. La dominación roja en España. Avance de la información instruida por el Ministerio Público*. Madrid: Ministerio de Justicia, 1944.

MIQUELARENA, Joaquín: *Unificación*. Tolosa: Gráficas Laborde y Labayen, (s.a.).

MOA, Pío: *Los mitos de la Guerra Civil*. Madrid: La esfera de los Libros, 2003.

MOLA VIDAL, Emilio: *Obras completas*. Valladolid: Librería Santarén, 1940.
.- *Memorias*. Barcelona: Editorial Planeta, 1977.

MOLERO PINTADO, Antonio: *La Institución Libre de Enseñanza: un proyecto español de renovación pedagógica*. Madrid: Editorial Anaya, 1985.

MOLES, Abraham: *El Kitsch. El arte de la felicidad*. Barcelona: Editorial Paidós, 1990.

MOLES, Abraham y ZELTMANN, Claude: *Política cultural. La cultura y los mass-media*. Bilbao: Ediciones Mensajero, 1985.

MOLINERO, César: *La intervención del Estado en la prensa*. Barcelona: Editorial Dopesa, 1971.

MONLEÓN, José: *Treinta años del teatro de la derecha*. Barcelona: Tusquets Editor, 1971.

MONTEJO GURRUCHAGA, Lucía: “Blas de Otero y la censura española desde 1949 hasta la transición política. Primera Parte: de *Ángel fieramente humano* a *En Castellano*”. *Revista de Literatura*. Tomo 60. Nº. 120. Madrid, 1988, pp. 491-516.
.-: Blas de Otero y la censura española desde 1949 hasta la transición política. Primera Parte. Segunda parte: *De que trata de España* (1964) a *Todos mis sonetos* (1977)”. *Revista de Literatura*. Tomo, 62. Nº. 123. Madrid, 2000, pp.155-175.

MONTERO, José Ramón: “Los católicos y el Nuevo Estado. Los perfiles ideológicos de la ACNP durante la primera etapa del franquismo, *España bajo el franquismo* Joseph Fontana (Ed.). Barcelona: Editorial Crítica, 2000, pp. 100-122.

MONTERO MORENO, Antonio: *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)*. Madrid: BAC, 1961.

MONTIJANO RUIZ, Juan José: *Historia del teatro frívolo español (1864-2010)*. Madrid: Editorial Fundamentos, 2010.

MONTILLA, Francisca: *Selección de libros escolares de lectura*. C. S. I. C.-Instituto San José de Calasanz, 1954.

MOOSE, George L.: *La cultura europea del siglo XIX*. Barcelona: Editorial Ariel-Historia, 1997.

MORADIELLOS, Enrique: *La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad*. Madrid: Editorial Síntesis, 2003.

MORAGAS, Miquel de: *Sociología de la comunicación de masas*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1982.

MORÁN, Gregorio: *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*. Barcelona: Editorial Tusquet, 1998.

MORENO, Francisco: “La represión en la posguerra” *Víctimas de la Guerra Civil* (Coord. Santos Juliá). Madrid: Temas de Hoy, 2004, pp. 275-413.

MORENO JUSTE, Antonio: “La Guerra Civil (1936-1939)” en *Historia contemporánea de España (siglo XX)* (Coord: Javier Paredes). Barcelona: Editorial Ariel, 2000, pp. 520-549.

MORENTE VALERO, Francisco: *La escuela y el Estado Nuevo. La depuración del magisterio nacional (1936-1943)*. Valladolid: Editorial Ámbito, 1997.

MORIN, Edgar: “Estudio sobre la comunicación de masas” en AA.VV.: *La comunicación de masas* (Int. Heriberto Muraro). Buenos aires: Centro Editor de América Latina, 1977, pp. 121-141.

MORODO, Raúl: *Acción Española. Orígenes ideológicos del franquismo*. Madrid: Tucur Ediciones, 1980.

MORÓN, Ciriaco: *El alma de España. Cien años de inseguridad*. Oviedo: Editorial Nobel, 1996.

.- *Las humanidades en la era tecnológica*. Oviedo: Ediciones Nobel, 1998.

MOSTAZA, Bartolomé: “El cine como propaganda”, *Primer Plano*, nº 10, 22 de diciembre de 1940.

MUGICA, Mateo: *Imperativos de mi conciencia*. Buenos Aires: Liga de Amigos de los Vascos, 1946.

MUGUETA, Juan: *Ellos y nosotros. Al mundo católico y al mundo civilizado*. Pamplona: Casa Editorial Higinio Coronas, 1937.

.- *Los valores de la raza*. San Sebastián: Navarro y del Teso, 1938.

MUNTADA BACH, José: *Santa Tierra de España*. Barcelona: Imprenta editorial Altés, 1942.

.- *España. Lecturas de historia patria*. Barcelona: Imprenta Viuda de Daniel Cocas, 1958.

MUÑIZ, Carlos: *El tintero*. Madrid: Editorial Taurus, 1963.

MUÑOZ SAN ROMÁN, José: *Ideario patriótico. Sonetos*. Sevilla: R. Flores Impresor, 1936.

.- *Las fieras rojas. Novela episódica de la guerra*. Madrid-Córdoba: Instituto Social de Bellas Artes, 1937.

.- *Del ruedo a la trinchera. Novela del toreo y de la guerra*. Granada: Editorial Prieto, 1938.

.- *Señorita en la retaguardia. Novela con episodios de la guerra*. Cádiz: Establecimiento Cerón, 1938.

MUÑOZ, Blanca: *Cultura y comunicación. Introducción a las teorías contemporáneas*. Barcelona: Editorial Barcanova, 1989.

.- *Teoría de la pseudocultura. Estudios de sociología de la cultura y de la comunicación de masas*. Madrid: Editorial Fundamentos, 1995.

.- *Theodor W. Adorno. Teoría crítica y cultura de masas*. Madrid: Editorial Fundamentos, 2000.

MURILLO-AMO, José Luis: *España: mito y realidad en el cancionero de la guerra civil española*. Tulane Univerity: U.M.I., 1993.

NAVARRO SANDALINAS, Ramón: *La enseñanza primaria durante el franquismo (1936-1975)*. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias, 1990.

NEUSCHÄFER, Hans-Jörg: *Adiós a la España eterna. La dialéctica de la censura. Novela, teatro y cine bajo el franquismo*. Barcelona: Editorial Anthropos, 1994.

NEVILLE, Edgar: *Frente de Madrid*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1941.

.- *Las muchachas de Brunete*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1941.

NOGUERA, Enrique: *La máscara trágica*. Zaragoza: Gráficas Uriarte, 1941.

NOURRY, Philippe: *Francisco Franco: la conquista del poder*. Madrid: Ediciones Júcar, 1976.

NOVELLA SUÁREZ, Jorge: *El pensamiento reaccionario español (1812-1975). Tradición y contrarrevolución en España*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2007.

OCHAITA, José Antonio: "Concepto y frontera de la españolada y lo español". *Primer Plano*, 204. Madrid: 10 de septiembre de 1944.

OLIVA, César: *El teatro desde 1936*. Madrid: Editorial Alambra, 1986.

OLMEDO, Félix G.: *El sentido de la guerra española*. Bilbao: El mensajero del Corazón de Jesús, 1938.

OLTRA, Benjamín y MIGUEL, Amando de: "Bonapartismo y catolicismo. Una hipótesis sobre los orígenes ideológicos del franquismo", *Papers: Revista de Sociología*, nº 8, Universidad Autónoma de Barcelona, 1978, pp. 53-102.

ONIEVA, Antonio J.: *Escudo Imperial*. Burgos: Imprenta Hijos de Santiago Rodríguez, 1939.

.- *La nueva escuela española*. Valladolid: Librería Santaren, 1939.

.- *¡España, despierta! (Lo que es el nacional-sindicalismo)*. Valladolid: Librería Santaren, 1940.

.- *Héroes*. Burgos: Imprenta Hijos de Santiago Rodríguez, 1946.

.- *Símbolos de España*. Madrid: Editorial Magisterio Español, 1957.

ORTEGA y GASSET, José: *Meditaciones del Quijote*. Madrid: Revista de Occidente, 1956.

.- *La deshumanización del arte*. Madrid: Revista de Occidente, 1976.

.- *La rebelión de las masas*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1981.

ORTEGA-MOREJÓN, José María: *Aniversario 1936-1938*. Sevilla: Imprenta de Raimundo Blanco, 1938.

ORTIGA, Joaquín L.: "De las mieles a las hieles" en "Iglesia-Estado en el franquismo, *Historia 16*, nº 9, Madrid, enero de 1977, pp. 83-66.

ORTIZ, José María: "Con Fray Justo Pérez de Urbel y Avelino Aróstegui", *Bang*, Nº 13, *Comic político bajo el franquismo*. Barcelona: 1977, pp. 17-19.

ORTIZ MUÑOZ, Luis: *Glorias Imperiales I*. Madrid: Editorial Magisterio Español, 1940.

.- *Glorias Imperiales II. El gran imperio de la Hispanidad*. Madrid: Editorial Magisterio Español, 1940.

ORWELL, George: 1984. Barcelona: Ediciones Destino, 1997.

OSKAM, Jeroen: "Las revistas literarias y políticas en la cultura del franquismo". *Letras Peninsulares* (5-3). Davidson College, N. C. 1992-1993, pp. 389-405.

OTERO, Blas de: *Pido la paz y la palabra*. Barcelona: Editorial Lumen, 1975.

.- *En castellano*. Barcelona: Editorial Lumen, 1977.

.- *Que trata de España*. Madrid: Editorial Visor, 1978.

OTERO del POZO, Sotero: *España, inmortal. Comedia dramática en tres actos y en verso*. Valladolid-Palencia: Artes Gráficas Afrodisio Aguado, 1937.

OUIMETTE, Víctor: *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo (1923-1936)*. Valencia: Editorial Pre-Textos, 1998.

PABLO ROMERO, Juan José de: *La escuela para Dios y para España*. Pasajes: Artes Gráficas Pasajes, 1938.

PAREDES, Javier (Coord.): *Historia contemporánea de España (siglo XX)*, Vol II. Barcelona: Editorial Ariel, 2000.

PARIS, Carlos: "Nuestra situación filosófica tras la era franquista", AA. VV.: *La cultura bajo el franquismo*. Barcelona: Cuadernos de Bolsillo, 1977, pp. 49-63.

PASCUAL, Ángel María: *Don Tritonel de España*. Bilbao: Artes Gráficas Grijelmo, 1944.

PASO, Alfonso: *Enseñar a un sinvergüenza*. Madrid: Editorial Alfíl, 1968.

PAYNE, Stanley G.: *Falange. Historia del fascismo español*. París: Ruedo Ibérico, 1965.

.- *El régimen de Franco*. Madrid: Alianza Editorial, 1987.

.- *Franco: el perfil de la historia*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1992.

PAYNE, Stanley y TUSSEL, Javier: *La Guerra Civil. Una nueva visión del conflicto que dividió España*. Madrid: Temas de Hoy, 1996.

PEIRÓ, Francisco: *El problema religioso-social de España*. Madrid: Editorial Razón y Fe, 1936.

PEMÁN, José María: *El divino impaciente*. Madrid: Librería de San Martín, 1934.

.- *Arengas, discursos y crónicas de guerra*. Cádiz: Establecimientos Cerón, 1937.

.- *La historia de España contada con sencillez*. Madrid: Editorial Escelicer S. L., 1938.

.- *Poema de la bestia y el ángel*. Madrid: Ediciones Españolas, 1939.

.- *De doce cualidades de la mujer*. Madrid: Ediciones Alcor, 1947.

PEMARTÍN, José: *¿Qué es lo nuevo? Consideraciones sobre el momento español presente*. Sevilla: Cultura Española, 1937.

PÉREZ, Janet: *Modern and Contemporary Spanish Women Poets*. New York: Twane's Press, 1996.

PÉREZ, María Teresa: *Historia de España Siglo XX*. Barcelona: Editorial Grijalbo-Mondadori, 1996.

PÉREZ BAZO, Javier: *La poesía en el siglo XX: hasta 1939*. Madrid: Editorial Playor, 1984.

PÉREZ MERINERO, Carlos y David: *Cine español: algunos materiales por derribo*. Madrid: Editorial Cuadernos para el Diálogo, 1973.

.- *Cine y control*. Madrid: Castellote Editor, 1975.

.- *Cine español: una reinterpretación*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1976.

PÉREZ PICAZO, M^a Teresa: *Historia de España del Siglo XX*. Barcelona: Editorial Grijalbo-Mondadori, 1996.

PÉREZ RODRIGO, Ángel: *Franco. Una vida al servicio de la Patria*. Valencia: Imprenta Mari Montañana, 1943.

PÉREZ de OLAGUER, Antonio: *Los de siempre. Hechos y anécdotas del requeté*. Burgos: Edición Requeté, 1937.

.- *Lágrimas y sonrisas*. Sevilla: Imprenta Raimundo Blanco, 1938.

.- *Amor y sangre. Novela de estos tiempos de guerra*. Sevilla: Ediciones Betis, (s.a.).

PÉREZ del PULGAR, José A.: *La solución que España da al problema de sus presos políticos*. Valladolid: Editorial Santarén, 1939.

PÉREZ de URBEL, Fray Justo: "El arte y el imperio", *Jerarquía*, nº 3, Pamplona: marzo de 1838, pp. 71-92.

.- "Nacimiento y buena vida de la revista *Flechas y Pelayos*", *Gaceta de la Prensa Española*, nº 17, Madrid, octubre de 1943, pp. 259-262.

PÉREZ de la DEHESA, Rafael: *Política y sociedad en el primer Unamuno (1894-1904)*. Madrid: Editorial Ciencia Nueva, 1966.

.- *El Grupo Germinal: una clave del 98*. Madrid: Editorial Taurus, 1970.

PERINAT, Adolfo y MARRADES, María Isabel: *Mujer, prensa y sociedad en la España: 1800-1936*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Sociológicas, 1980.

PINTO, Virgilio: "La censura: sistemas de control e instrumentos de acción", AA. VV.: *Inquisición española y mentalidad inquisitorial*. Barcelona: editorial Ariel, 1984.

PÍO IX: *Quanta cura. El naturalismo social y político*, en *Doctrina Pontificia II* (Edic. José Luis Gutiérrez García). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1958, pp. 1-18.

.- *Syllabus. Catálogo de errores modernos*, en *Doctrina Pontificia II* (Edic. José Luis Gutiérrez García). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1958, pp. 19-38.

PORCEL, Andrés y PORCEL, Pedro: "Los inicios de la Editorial Valenciana", en *Historia del tebeo valenciano* (Coords. Andrés Porcel y otros). Valencia: Consellería de Cultura, Educació y Ciencia de la Generalitat Valenciana, 1992, pp. 41-53.

.- "Roberto Alcazar, símbolo de una época", en *Historia del tebeo valenciano* (Coords. Andrés Porcel y otros). Valencia: Consellería de Cultura, Educació y Ciencia de la Generalitat Valenciana, 1992, pp. 61-75.

.- "Manuel Gago y El Guerrero del Antifaz", en *Historia del tebeo valenciano* (Coords. Andrés Porcel y otros). Valencia: Consellería de Cultura, Educació y Ciencia de la Generalitat Valenciana, 1992, pp. 81- 93.

PORTERO, José Antonio: *Púlpito e ideología en la España del Siglo XIX*. Zaragoza: Libros Pórtico, 1978.

.- "La Revista de Estudios Políticos (1941-1945)" en *Las fuentes ideológicas de un régimen (España 1936-1945)* (Coord. Manuel Fernández). Zaragoza: Libros Pórtico, 1978, pp. 27-54.

PRADERA, Víctor: *El Estado Nuevo*. Editorial Cultura Española, 1935.

PRESTON, Paul: *Franco. Caudillo de España*. Barcelona: Editorial Grijalbo-Mondadori, 1993.

.- *La política de la venganza. El fascismo y el militarismo en la España del siglo XX*. Barcelona: Ediciones Península, 1995.

.- *Las tres Españas del 36*. Madrid: Editorial Plaza & Janés, 1998.

.- (Coord): *Revolución y guerra en España*. Madrid: Alianza Editorial, 1986.

PROPP, Vladimir: *Morfología del cuento*. Madrid: Ediciones Fundamentos, 1974.

PROSS, Harry: *La violencia de los símbolos sociales*. Barcelona: Editorial Anthropos, 1989.

.- *Estructura simbólica del poder. Teoría y práctica de la comunicación pública*. Barcelona: Editorial Gili, 1980.

RAGUER, Hilari: *La espada y la cruz. (La Iglesia 1936-1939)*. Barcelona: Editorial Bruguera, 1977.

RAMÍREZ, José Antonio: *El cómic femenino en España*. Madrid: Editorial Cuadernos para el Diálogo, 1975.

RAMÍREZ, Luis: *Francisco Franco. Historia de un mesianismo*. París: Editorial Ruedo Ibérico, 1964.

RAMÍREZ, Manuel: (Ed.): *Fuentes ideológicas de un régimen (España 1939-1945)*. Zaragoza: Pórtico Librerías, 1978.

.- “La ideología en el régimen totalitario: el caso de España”, en *Las fuentes ideológicas de un régimen (España 1936-1945)* (Coord. Manuel Ramírez). Zaragoza: Libros Pórtico, 1978, pp. 9-26.

RAMÍREZ ESCUDERO, Manuel: *Romances de la Cruzada*. Madrid: Gráficas Osca, 1959.

REBOUL, Oliver: *El poder del slogan*. Valencia: Fernando Torres Editor, 1978.

REIG TAPIA, Alberto: *Ideología e Historia: sobre la represión franquista y la Guerra Civil*. Madrid: Ediciones Akal, 1986.

RICHARS, Michael: *Un tiempo de silencio*. Barcelona: Editorial Crítica, 1999.

RIDRUEJO, Dionisio: *Escrito en España*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1962.
.- *Casi unas memorias*. Barcelona: Editorial Planeta, 1976.

RIVERA CAMINO, Jaime y SUTIL MARTÍN, Lucia: *Marketing y publicidad subliminal*. Madrid: Esic Editorial, 2004.

RODRIGO, Javier: *Los campos de concentración franquistas entre la historia y la memoria*. Madrid: Editorial Siete Mares, 2003.

.- *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*. Barcelona: Editorial Crítica, 2005.

.- “Internamiento y trabajo forzoso: los campos de concentración de Franco”, *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 6. Madrid: 2006 (separata, pp. 1-29).

RODRÍGUEZ, Teodoro: *Así es España y así la Antiespaña*. Madrid: Imprenta Juan Bravo, 1942.

.- *Nueva reconquista de España. (Camino equivocados)*. Valladolid: Librería Santarén, 1938.

.- *Nueva campaña de mentiras e insidias contra España*. Madrid: Imprenta Juan Bravo, 1940.

RODRÍGUEZ, Saturnino: *NO-DO. Catecismo social de una época*. Madrid: Editorial Universidad Complutense, 1999.

RODRÍGUEZ MÁRQUEZ, Nacho & MARTÍNEZ UCEDA, Juan: *La televisión: historia y desarrollo (Los pioneros de la televisión)*. Barcelona: Editorial Mitre, 1992

RODRÍGUEZ MÉNDEZ, José María: *Los teleadictos*. Barcelona: Editorial Laia, 1971.
 .- *Carta abierta a televisión española*. Madrid: Ediciones 99, 1973.
 .- *La incultura teatral en España*. Barcelona: Editorial Laia, 1974.

RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio: *Literatura fascista española: I. Historia*, Madrid, Editorial Akal, 1986.
 .- *Literatura fascista española: II.: Antología*. Madrid, Editorial Akal, 1987.

RODRÍGUEZ de RIVAS, Mariano: "Temas para el cine español", *Primer Plano* nº 50. Madrid: 28 de septiembre de 1941,

ROMERO REIZABAL, Ignacio: *Cancionero carlista*. San Sebastián: Editorial Española, 1938.

ROS, Samuel: *En este momento*. San Sebastián: Vértice, noviembre de 1938.
 .- *Meses de esperanza y lentejas*. Madrid: Ediciones Españolas, 1939.

ROSALES, Luis: "El desengaño del Imperio". Prólogo en *Poesía heroica del Imperio. Tomo II*. Madrid: Editora Nacional, 1943. pp. VII-LXXIX.

ROSALES, Luis y VIVANCO, Luis Felipe: *Poesía heroica del Imperio*. Madrid: Editora Nacional, 1943.

ROSITI, Franco: *Historia y teoría de la cultura de masas*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1980.

ROY, A. y MOLES, A.: "Los mass media. Canales de difusión y medios de expresión" en Moles, A. y ZELTMANN, C.: *Política cultural. La cultura y los mass-media*. Bilbao: Ediciones Mensajero, 1985, pp. 449-464.

RUBIO, Fanny: *Las revistas poéticas españolas (1939-75)*. Madrid: Editorial Taurus, 1976.
 .- "Prólogo" a Anónimo: *Pueblo cautivo*. Madrid: Poesía Hiperión, 1978.

RUBIO, Javier: *La emigración española a Francia*. Barcelona: Editorial Ariel, 1974.
 .- *La emigración de la Guerra Civil de 1936-1939. Historia del éxodo que se produce con el fin de la II República española* (3 Vols.). Madrid: Librería Editorial San Martín, 1977.

RUBIO CABEZAS, Manuel: *Diccionario de la Guerra Civil española*, (2 vols.). Barcelona: Editorial Planeta, 1987.

RUIZ RAMÓN, Francisco: *Historia del teatro español. Siglo XX*. Madrid: Editorial Cátedra, 1975.

RUIZ RICO, Juan José: *El papel político de la Iglesia Católica en la España de Franco*. Madrid: Editorial Tecnos, 1977.

RUIZ ROMERO, Juan y MUNCUNILL, M^a de los A.: *Virtud y patria*. Barcelona: Editorial Ruiz Romero, 1942.

SAGI VELA, Luis: *Melodías de guerra. Impresiones líricas de un artista*. Ávila: Imprenta Católica Signario Díaz, 1937.

SAINZ RODRÍGUEZ, Pedro: *La escuela y el Estado nuevo*. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, 1938.

.- “La escuela y el Estado Nuevo”, *Curso de Orientaciones Nacionales de la Enseñanza Primaria*. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, 1938, pp. 51-62.

SALAS LARRAZABAL, Jesús: “Los muertos de la Guerra Civil: 250.000 bajas definitivas de 1936-39, *ABC, Los Domingos de ABC* (Suplemento Semanal), Madrid, 21 de julio de 1974, pp. 28-35.

SALAS LARRAZABAL, Ramón: *Pérdidas de la Guerra*. Barcelona: Editorial Planeta, 1977.

.- *Los datos exactos de la Guerra Civil*. Madrid: ediciones Rioduero, 1980.

.- “Los muertos de la Guerra Civil fueron 296.793”, *Nueva Historia*, n^o 1, Madrid, febrero de 1977, pp. 34-48.

SALGADO, Augurio: *España bien maridada*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1940.

SAN NICOLÁS FRANCIA, Joaquín: *Alma nacional. Canciones de guerra y paz*. Zaragoza: Editorial Heraldo de Aragón, 1937.

SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael: *El Jarama*. Barcelona: Destinolibro, 1963.

SÁNCHEZ MANTERO, Manuel: *Los cambios de los escritores del 98 ante el problema de España*. Sevilla: Fundación El Monte, 1998.

SANTIAGO, Eduardo de: *Cuando España renace*. Burgos: Imprenta Aldecoa, 1939.

SANTIAGO FUENTES, Magdalena: *La escuela y la patria*. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, 1937.

SANTOS, Martín: *Tiempo de silencio*. Barcelona: Editorial Seix Barral, 1984.

SANZ y DÍAZ, José: *¿Prisioneros?* Vigo: Editorial Cartel, 1938.

.- *Lira bélica. (Antología de los poetas y la guerra)*. Valladolid: Librería Santaren, 1939.

SANZ y RUIZ de la PEÑA, Nicomedes: *Romancero de la reconquista*. Valladolid: Librería Santarén, 1937.

.- *Romances de guerra y amor (1936-1937)*. Valladolid: Librería Santarén, 1939.

SANZ VILLANUEVA, Santos: *La novela española durante el franquismo*. Madrid: Editorial Gredos, 2010.

SARIEGOS, Quintín de: *Luz en el camino*. Bilbao: Ediciones Paulinas, 1961.

SASTRE, Alfonso: *Escuadra hacia la muerte*. Madrid: Ediciones Alfíl, 1953.

SEOANE, María Cruz y SAIZ, María Dolores: *Historia del periodismo en España*. 3 Vol. *El siglo XX (1898-1936)*, Madrid, Alianza Editorial, 1983-1996.

SEPÚLVEDA, María: *En la gloria de aquel amanecer*. Córdoba: Editorial Nueva España, 1937.

SERNA del BARRIO, Vicente: *Cantos imperiales*. Soria: Editorial Urbión, 1938.

SERRANO SUÑER, Ramón: *Entre Hendaya y Gibraltar*. Madrid: Ediciones y Publicaciones Españolas-EPESA, 1947.

.- *Entre el silencio y la propaganda. La historia como fue. Memorias*. Barcelona: Editorial Planeta, 1977.

SERRANO de HARO, Agustín: *España es así*. Madrid: Editorial Escuela Española, 1940.

.- *Cristo es la verdad*. Madrid: Editorial Escuela Española, 1940.

.- *Yo soy español*. Madrid: Editorial Escuela Española, 1943.

.- *Guirnaldas de la historia*. Madrid: Editorial Escuela Española, 1947.

.- *En el camino de Dios*. Madrid: Editorial Paraninfo, 1961.

.- *Mirando a España*. Madrid, Editorial Escuela Española, 1962.

.- *Así nos quiere Dios*. Madrid: Editorial Escuela Española, 1966.

SEVILLANO CALERO, Francisco: *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo (1936-1951)*. Alicante: Universidad de Alicante, 2003.

.- *Franco: caudillo por la gracia de Dios*. Madrid: Alianza Editorial, 2010.

SIERRA CORELLA, Antonio: *La censura en España. Índice y catálogos de libros prohibidos*. Madrid: Imprenta Góngora, 1947.

SILVIA, Aurora: *Cara al sol. Libro de lecturas patrióticas*. Gerona-Madrid: Dalmau Carles, Pla Editores, 1940.

SINOVA, Justino: *La gran mentira. El tinglado de la televisión al descubierto*. Barcelona: Editorial Planeta, 1983.

.- *La censura de prensa durante el franquismo*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1989.

SIUROT, Manuel: *La nueva emoción de España. Libro de cultura patriótica popular*. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, 1937.

.- *Mis charlas en el micrófono del general*. Cádiz: Establecimiento Cerón, 1937.

SOBEJANO, Gonzalo: *Novela española de nuestro tiempo*. Madrid: Editorial Prensa Española, 1975.

SOLANA, Ezequiel: *La patria española*. Madrid: Editorial Magisterio Español, 1940.

SOLANO, Juan: *Glosario del himno azul*. Badajoz: Gráfica Corporativa Badajoz, 1938.

SOUTHWORTH, Herbert R.: *El mito de la cruzada de Franco*. Barcelona: Plaza & Janés Editores, 1986.

SOUVIRÓN, José María: *Romancero del Alcázar*. Santiago de Chile: Editorial Ercilla, 1937.

STATERA, Gianni: "Las investigaciones sobre los efectos de los mass-media" en Miquel de Moragas: *Sociología de la comunicación de masas*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1982, pp. 31-67.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: *Francisco Franco y su tiempo* (8 Vols.). Madrid: Fundación Nacional Francisco Franco, 1984.

SUEIRO, Daniel: *El Valle de los Caídos*. Madrid: Editorial La esfera de los libros, 2006.

SUÑER, Enrique: *Los intelectuales y la tragedia española*. San Sebastián: Editorial Española, 1937.

TAMAMES, Ramón: *La República. La era de Franco*. Madrid: Alianza Editorial, 1973.
.- *España 1931-1975. Una antología histórica*. Barcelona: Editorial Planeta, 1980.

TELLADO, Corín: *No me caso por poderes*. Barcelona: Editorial Bruguera, 1984.

TENA, Luca de: *El cóndor sin alas*. Madrid: Editor Luis Uriarte, 1951.

THERBORN, Göran: *La ideología del poder y el poder de la ideología*. Madrid: Siglo XXI Editores, 1987.

TIERNO GALVÁN, Enrique: *Tradición y modernismo*. Madrid: Editorial Tecnos, 1992.

TOLEDO, Romualdo de: "Discurso inaugural", AA.VV. *Curso de Orientaciones Nacionales de la Enseñanza Primaria*. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, 1938.

TORRADO, Adolfo: *El famoso Carballeira*. Madrid: Ediciones De Miguel, 1940.
.- *El celoso Magariños*. Madrid: Revista Literaria, 1961.

TORRE ACOSTA, Juan Manuel de: "El carlismo en la II República", *Historia 16*, nº 13, Madrid, mayo de 1977, pp. 80-84.

TORRENTE BALLESTER, Gonzalo: *Javier Mariño. Historia de una conversión*. Madrid: Editora Nacional, 1939.
.- *El casamiento engañoso*. Madrid: Editora Nacional, 1941.
.- *Teatro español contemporáneo*. Madrid: Ediciones Guadarrama, 1957.
.- *Aprendiz de hombre*. Madrid: Editorial Doncel, 1960.

TORRES, Federico: *Horizonte imperial. El solar y la epopeya de la raza*. Madrid: Librería Hernando, 1940.

TOVAR, Antonio: *El Imperio de España*. Madrid: Ediciones Afrodiseo Aguado, 1941.
.- “Nación, Unidad e Imperio”, *Curso de Orientaciones Nacionales de la Enseñanza Primaria*. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, 1938, pp. 308-319.

TRANCHE, Rafael R. y SÁNCHEZ-BIOSCA, Vicente: *NO-DO: el tiempo y la memoria*. Barcelona: Editorial Cátedra, 2000.

TUÑÓN de LARA, Manuel: *La España del Siglo XX (1914-1939)*. París: Librería Española, 1966.

.- *El movimiento obrero en la historia de España*. Madrid: Editorial Taurus, 1972.

.- *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*. Madrid: Editorial Tecnos, 1973.

.- (y otros): *La Guerra Civil española (50 años después)*. Barcelona: Editorial Labor, 1985.

.- “Historia”, AA. VV.: *La cultura bajo el franquismo*. Barcelona: Cuadernos de Bolsillo, 1977, pp. 23-46.

.- “Cultura e ideología” en José Antonio Bisecas y Manuel Tuñón de Lara: *Historia de España X. España bajo la dictadura franquista*. Barcelona: Editorial Labor, 1980, pp. 435-526.

.- “Prólogo”, Alberto Reig Tapia: *Ideología e Historia: sobre la represión franquista y la Guerra Civil*. Madrid: Ediciones Akal, 1986, pp. 7-11.

TUSELL, Javier: *Dictadura franquista y democracia, 1939-2004*. Barcelona: Editorial Crítica, 2005.

UBRERA, Eduardo Luis: *Un caballero legionario*. Sevilla: Imprenta San Antonio, 1937.

UNSAIN, José María: *Antecedentes del comic en Euskadi (1894-1939)*. San Sebastián: Ediciones Tartalo, 1989.

URRUTIA, Federico de: *Poemas de la Falange eterna*. Santander: Editorial Aldús, 1939.

.- *¡Terror rojo! Las checas de Barcelona. Historia de la barbarie marxista*. Madrid: E. Giménez, 1939.

.- *El nacionalsindicalismo es así*. San Sebastián: Editores reunidos, 1939.

.- *¡Camarada, he aquí al enemigo!* Madrid: Ediciones Toledo, 1942.

.- *Por qué la Falange es católica*. Madrid: Imprenta E. Giménez, 1942.

VALDÉS GÁZQUEZ, María: *El pensamiento antropológico de Franz Boas*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, (2006).

VALLS, Rafael: “Ideología franquista y enseñanza de la historia en España. 1938-1953”, *España bajo el franquismo* (Ed. Joseph Fontana). Barcelona: Editorial Crítica, 2000, pp. 230-245.

VALVERDE, Carlos: “Los católicos y la cultura española”, *Historia de la Iglesia en España* (Dtr. Ricardo García-Villoslada), T. V. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1979, pp. 475-573.

VALLEJO NAJERA, Antonio: *Eugenesia de la Hispanidad y regeneración de la raza*. Burgos: Editorial Española, 1937.

.- “Autoperfeccionamiento del selecto”, *Curso de Orientaciones Nacionales de Enseñanza Primaria*, Vol. II, Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, 1938, pp. 113-129.

VÁZQUEZ, José Andrés: *Héroes de otoño*. Madrid: Ediciones Españolas, 1939.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel: *Informe sobre la información*. Barcelona: Editorial Fontanella, 1963.

.- *El libro gris de televisión española*. Madrid: Ediciones 66, 1973.

.- *Crónica sentimental de España*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1986.

.- “El pensamiento político”, AA. VV.: *La cultura bajo el franquismo*. Barcelona: Ediciones de Bolsillo, 1977, pp. 67-76.

VÁZQUEZ de PARGA, Salvador: *Héroes y enamoradas. La novela popular española*. Pamplona: Universidad de Navarra, 2000.

VELICIA, Enrique: *Haciendo patria*. Valladolid: Imprenta Manolete, 1938.

VILAR, Juan B.: *La España del Exilio. Las emigraciones políticas españolas en los siglos XIX y XX*. Madrid: Editorial Síntesis, 2006.

VILAR, Pierre: *La guerra civil española*. Barcelona: Editorial Crítica, 2000.

VILAR, Sergio: *La naturaleza del Franquismo*. Barcelona: Ediciones Península, 1977.

VILLALVA, Javier: “Los años del maridaje” en “Iglesia-Estado en el franquismo”, *Historia 16*, nº 9, Madrid, enero de 1977, pp. 71-77.

VILLANOVA, Jaime P.: *Romancero de la gesta nacional (1936-1939)*. Barcelona: Editorial BYP, 1942.

VILLAR, Pierre: *Historia de España*. París: Librería Española, 1963.

VILLAR SALINAS, Jesús: *Repercusiones demográficas de la última Guerra Civil española*. Madrid: Sobrinos de la sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1942.

VILLARÍN, Jorge: *La enfermera de Ondarroa*. Sevilla: Ediciones Betis, (s.a.).

VILLÉN, Jorge: *Antología poética del alzamiento (1936-1939)*. Cádiz: Establecimientos Cerón y Librería Cervantes, 1939.

VIÑES MILLET, Cristina: « La cultura (1875-1939) », Javier Paredes (Coord.): *Historia contemporánea de España (siglo XX)*, Vol. II, Barcelona, Editorial Ariel, 2000, pp. 619-635.

VIZCAÍNO CASAS, Fernando: *La España de la posguerra 1939—1953*. Barcelona: Editorial Planeta, 1975.

VIVANCO, Luis Felipe: "El sentido del Imperio en la lírica". Prólogo en Prólogo en *Poesía heroica del Imperio. Tomo I*. Madrid: Editora Nacional, 1940. pp. VII-XXX.

VIZA, Juan Bautista: *Rosa roja y flor de lis*. Sevilla-Barcelona: Ediciones Betis, (s.a.).
.- *La mochila del soldado*. Sevilla: Editorial Sevillana, (s.a.).

XIMÉNEZ de SANDOVAL, Felipe: *Camisa azul. Retrato de un falangista*. Valladolid: Librería Santaren, 1939.
.- *José Antonio. Biografía apasionada*. Barcelona: Editorial Juventud, 1941.

WATSON, Sultana: *Estética y crítica literaria en España, 1940-1950*. Granada: Universidad de Granada, 1988.

WINCKLER, Lutz: *La función social del lenguaje fascista*. Barcelona: Editorial Ariel, 1979.

ZARAGÜETA, Juan: *El Movimiento Nacional ante el derecho y la justicia*. Santander: Imprenta Artes Gráficas Aldús, 1938.

VIII

ABSTRACT - RESUMEN

ABSTRACT

KEY WORDS: Cultural sociology, Francoism, National Catholicism

The purpose of this study – *Cultural Sociology of Francoism (1936-1975): National Catholicism* – is to provide a critical and objective appraisal of the relationship existing between politics, society and culture during the time of the Franco regime. The critical ideal constitutes a response to three clearly differing areas of study. The first descriptive area focuses preferably on the *what* and the *how* of the matter, a second area of an analytical nature studies the *why* and *wherefore* of the problem and, lastly, a third area of an evaluative nature reveals the profound socio-cultural meaning of National Catholicism. Description, analysis and evaluation seek to be the three critical planes on which this study is based. We are interested in revealing and assessing the keys to a cultural sociology as applied to ways of being, thinking and acting in Spanish society during the time of the Franco regime.

The methodology used in this analysis of the culture of Francoism is, by any reckoning, eclectic, as it evidences features and principles of critical thought from different schools without remaining fully faithful to them. It constitutes a continuous approach to and detachment from some analytical methods, in all cases seeking the operational capacity and objectivity of the facts being analysed. Priority is given to the subject of study in terms of the analytical method. This eclecticism has its *raison d'être*: currently, the issue itself of what is referred to as cultural sociology is treated by different sciences ranging from anthropology to psychology, via communication and linguistic science. All of them, from their analytical standpoints, have something positive and illuminating to say. It would be interesting to jump on the bandwagon of critical operating capacity in order to pick out any details that might prove useful and practical for the purpose of our study. To this end, an attempt has been made at all times to study the themes in

depth using the most operative and productive system or method in each case. Therefore, there is no servility regarding the method, but rather, critical caution and honesty in dealing with the facts being analysed. In this sense, the maxim is that the methodology is merely a tool that should subordinate itself to the realities or phenomena being analysed, in so doing seeking the best possible results according to principles of consistency, objectivity and entirety. An interdisciplinary method prevails by any reckoning, owing to the fact that the matter of interest to us is multi-themed in nature.

The basic method used in this work is evidently sociological in nature, whereby principles of historicism, culturalism, social psychology and mass culture result in our irremissibly turning to areas that are hermeneutically common to the Frankfurt School. This interdisciplinary method, as has been stated, refers to a clearly multi-themed field of study.

A few decades ago, the terms sociology, culture, society, civilisation, ideology and mass psychology, etc. were attached to well-delimited and well-defined semantic values. If we focus on the concept of culture, it can be stated that until the beginning of the century theorists would defend the existence of two types of culture: highbrow culture and popular culture. The former was a type of culture that basically referred to creation and thought and was essentially recreational and expansive in nature. With the advent of industrialisation, this cultural duality split and, according to terminology used by the American sociologist and journalist Dwight MacDonald, the terms *Masscult* and *Midcult* emerged (*The Culture Industry*, 1969), with *Masscult* being identified with mass culture, whereby a distinction may be drawn between the highbrow intellectual and the illiterate individual. Traditional barriers were pulled down. Along the same lines, the American political scientist Edward Shils defends the existence of three cultures for the present time: superior or refined culture, mediocre culture and brutal culture (*Mass Society and its Culture*, 1969). However, these distinctions are not enough since, as we shall see in subsequent chapters, it proves necessary to draw a distinction between highbrow culture, technical culture and humanistic culture. This brief outlook perfectly explains the complexity of any concept that is used as a basis for analysis. Something similar occurs when we take a look at principles which are so non-delimited as liberal culture, totalitarian culture and mass culture. Culture is both plural and paradoxical, as are ideas emanating from society and sociology. If to this level of

ambiguity and plurality is added the equally complex, contradictory and highly-manipulated matter of Francoist culture, a genuine problem with its analysis and assessment can be perceived. An operative and scientific methodology needs to be used that safely enables the murky and tempestuous areas of the subject chosen for study to be safely travelled.

Being aware of the underlying limitations inherent in all theory, I am inclined to turn to what is offered by UNESCO when choosing a definition about the fact of culture. The following was presented at its World Conference on Cultural Policies (Mexico, 1982), at which it was stated:

...that in its widest sense, culture may now be said to be the whole complex of distinctive spiritual, material, intellectual and emotional features that characterize a society or social group. It includes not only the arts and letters, but also modes of life, the fundamental rights of the human being, value systems, traditions and beliefs; that it is culture that gives man the ability to reflect upon himself. It is culture that makes us specifically human, rational beings, endowed with a critical judgment and a sense of moral commitment. It is through culture that we discern values and make choices. It is through culture that man expresses himself, becomes aware of himself, recognizes his incompleteness, questions his own achievements, seeks untiringly for new meanings and creates works through which he transcends his limitations.

The cultural key is, therefore, the dynamic, tense relationship created in relations between the individual and society. From this standpoint, I should like to start off with the principle put forward in *Meditations on Quixote* by José Ortega y Gasset, whereby all being or conduct, whether personal or social, can only be explained for what it is according to its circumstances. Every object of culture or significant fact is a *something* that can only be explained under plural circumstances. In our case, that *something* is a type of culture within certain specific contexts of time, space and history that can be referred to as National Catholicism. How can we approach the cultural fact of the Francoist system with guarantees of success?

Any cultural fact personifies or reveals a horizon of meaning. This reality compels us to analyse cultural phenomena or facts, texts which are saturated with meaning in terms of their being, their context and their process of development. All cultural facts are social phenomena. If sociology tends to learn about and interpret social structure, it would make sense for cultural sociology to show an interest in an assessment of culture in terms of its social reality. This relationship between the individual, society and culture

leads to a view and review of a whole series of questions that focus on possible relationships between culture and power, between knowledge and authority. However, what is obvious is that power or dominant groups impose and perpetuate their culture, and their view of the world and reality, because they have the means and tools for cultural socialisation at their disposal. Dominant cultural models evidence a directional path from top to bottom, from power to the individual. A cultural industry prevails for the purpose of ideologically running society in seeking economic and political benefit for the dominant classes. Power creates and develops certain attraction and integration mechanisms which are disseminated via a culture geared towards collective projection, which is not necessarily a popular culture that evidences great coherence or cohesion. From this standpoint, culture functions as a projector of stimuli that tend to give rise to reactions in target groups that are programmed in terms of how they are put into practice and expected in terms of how they are resolved. This is the key to the culture of National Catholicism.

A society which is subjected to intense control in the form of imposition and authority and which is unarmed against the influence of the forces of power becomes transformed into an alienated, homogenous and conformist society with a passive and non-critical view of the world and life. This power for the control of citizens' consciences, which is wielded via sophisticated, plural attraction and imposition mechanisms and preferably presented as marketed cultural models that are disseminated via the mass media, has given rise to a pseudo-culture or non-culture, the aim of which is to control and gain authority over society.

The culture of these masses, who are domesticated by terror and propaganda and transformed into pseudo-culture thanks to the capacity for control and imposition that hegemonic power wields over that alienated and manipulated society, is presented as an ideology. Therefore, the pseudo-culture of such a mass society functions as an ideology that is geared towards maintaining control over the population in order to establish and consolidate interests attached to power. Society is ideologically and culturally trapped by the influence of power exercised through the media.

Once the methodology has been used and the nature of the elements analysed, it would then make sense to focus on the immanent structure of the work. *Cultural Sociology of*

Francoism (1936-1975: National Catholicism is organised in six chapters so as to cover both its background and its final stages as the thematic *corpus* of the National Catholicism ideology.

The first chapter, *Background to a dictatorship*, analyses the socio-economic and cultural features of Republican Spain in order to describe the environment and circumstances in which the Franco regime came into being and became established. There is no better way to interpret and assess time in history and a political system than by relating them to their immediate past. Only thus is it possible to reveal the keys to improvement or degeneration experienced by the foreign regime.

Once this background has been explained, we are then interested in analysing the constituent features of the *culture of National Catholicism* - the second chapter. Culture-specific factors are studied as well as those others that help to contextualise and justify that culture. Thus, things start with the Civil War as a means for enthroning the government of General Franco and Francoist ideology. Within this context, it proves necessary to analyse the process involved in its legitimisation policy so as to ultimately be in a position, using reliable references, to perceive the patriotic-religious nature of this culture that is closely linked to what is referred to as the *morals of respectability*. Once this point has been reached, then the need to reveal and explain the socialisation of National-Catholic culture becomes inescapable.

The first step in the socialisation process of National Catholicism is represented by the *legal-political integration mechanisms* – the third chapter. All political regimes, irrespective of their ideological tendencies or stance, need legally-binding regulations to ensure the internal operation of the system itself and, as a result, of the society they govern. Laws ensured the legitimisation of Francoist authority and the regime's legality at the same time as it discredited all presence and authority linked to the Republican system and to the democratic-liberal mentality. Within this context, all internal regulations that enabled the culture of the Franco regime to operate are of particular interest, especially legislation governing the education system on its levels of Primary, Secondary and University Education, together with the setting-up of the *Instituto de España* (the Spanish Institute) and *Consejo Superior de Investigaciones Científicas* (the Spanish National Research Council). This chapter ends with a study and comparison of

the 1938 Press Laws: “Serrano Suñer Press Law” and that of 1966, “Fraga Iribarne Press Law.” Legislation explains and lays the foundations for the mechanisms used to help maintain political and social order.

A second step in the socialisation process of National Catholicism comprises the *physical-psychological repression mechanisms* – the fourth chapter. All regimes that are totalitarian in nature do away with any possible opposition, even indifference, with the media within their grasp – especially via resources attached to terror and repression. Fear is the favourite and most effective resource for silencing dissidence and preventing any act of disobedience. The level of violence programmed by the Franco regime in order to do away with any possible disobedience was extreme. This was systematic and perfectly planned violence used to achieve the complete extermination of all resistance to the regime’s class and ideological interests. Francoism wanted a full victory via the total extermination of its adversaries. Yet the culture of terror was not the only means of control and imposition used. It was not enough to exterminate any disaffection – it was necessary to impose the official doctrine in its most pure form. A very high-performance mechanism was used for this purpose as a weapon of ideological control: censorship, which prevented any possible deviation from the official doctrine using all the means at the regime’s disposal, whether by the Francoists themselves or by dissident intellectuals. Culture of terror and censorship were the most noteworthy and operative expressions of the repression mechanisms.

The third step in this socialisation process was based on the orchestration of diverse, plural psychological attraction mechanisms – the fifth chapter. Physical repression mechanisms, although considered necessary by all totalitarian ideology, are not sufficient for the purpose of ensuring the effective imposition of a regime’s programmes and for seeking full appeal in the eyes of the masses. *Psychological attraction mechanisms* are necessary to ensure that they function as forces of cultural and social integration. *Ideological attraction mechanisms* refer to all those cultural or pseudo-cultural resources that either directly or subliminally offer and impose a view of the world in accordance with the interests of the dominant system. This is the so-called cultural industry of a totalitarian system. This chapter commences with an analysis – always partial, yet highly illustrative – of what are referred to as the subliminal resources of ideologization and education systems for the school-college and university,

and concludes with a study of audiovisual media and literary genres, also covering journalism and children's publications.

Within the socialisation mechanisms, *emotional evasion mechanisms* play a major role – the sixth chapter. For those sectors of the population who appeared to be either affected by or indifferent to power, this would bring together and offer the means for evasion and mental escapism by taking full advantage of the informative mechanisms of the media, which lead to escapism and cultural trivialisation. A leisure and entertainment culture prevails in which, very often, the supposed escapism was none other than a subtle yet impacting view of the official culture. Subliminal resources come into play that have a direct effect on the individual's conscience, dragging them towards ideological areas that have been programmed by power. On many occasions, games and simple pastimes become genuine lessons in indoctrination. This subliminal ideologization has been analysed in areas such as the children's fairy tales and adventure stories, popular literature and the mass media, as well as sport.

The last section – *By way of conclusions* – sums up the most significant features of what has been covered in the first six chapters in a highly synthetic table. The purpose of this is, with those references in the hand, to consider and assess our socio-cultural present with the idea of revealing the many ambiguities and major contradictions existing, in order to be able to conclude with a question mark that is of great relevance now in our society: do we live in fully fascisticized democracies and do they exist?

Francoism as a political system and National Catholicism as a cultural expression of that regime came into being and developed during a period of major social upheaval, serious political tension, extreme inequalities and irreconcilable cultural perspectives, etc., to such an extent that Spain proved to be a faithful image of an unresolved paradox of existing forces. Two opposing ways of life and of seeing history clashed in the political and social arena at the end of the 19th century and early 20th century: tradition and modernity. Tradition advocated maintaining the past; modernity opened the doors to new things and the future. Spain represented on the one hand a promise for the future and the reality of change while, on the other, major resistance to such change that sought to remain anchored to the past and maintain tradition. All social groups and all

political ideologies – each of them in positions that were favourable to them – entered in this all-out struggle for survival and authority.

Moreover, the non-existence of any politically operative or socially strong middle classes derived from the country's economic and industrial situation at the time. The Spain between the 19th and 20th centuries was characterised by its industrial infra-development and for its financial third worldliness. Numerically small and lacking effectiveness in the social sphere of activity, the middle classes did not constitute a major political force. However, these middle classes, who were either incapacitated or unconcerned with political action, managed to create a cultural humus that was so dynamic and striking that they greatly surpassed the conquests of the golden eras in certain fields of science and the arts. This was an era of splendour for the country's culture and arts. Following centuries of obscurantism and cultural ineffectiveness, Spain once again started to be at the forefront of arts and thought in Europe. The socially third worldly nature of Spain paradoxically evidenced *first worldliness* in areas of creation and universal thought. The paradox would be reiterated: economic hardship and industrial under-development versus cultural and artistic splendour. Within this context, there were many well-founded reasons for hope. To tell the truth, it should be stated that the Spanish middle classes were inoperative at the time on a political plane, but brilliantly active and creative on a cultural and artistic plane.

The tragic existence of two Spains was made clear with the Civil War. Two irreconcilable blocks clashed, represented by the *Frente Nacional* and the *Frente Popular*. Both sides personified the two typical trends in Spain: traditionalist and liberal-republican. Political and social rivalry would develop into an armed confrontation with unforeseeable results. The path to dialogue and cooperation had been rejected in favour of armed struggle. The end result was violence, chaos, death and destruction. To sum up, it can be stated that the Civil War with the imposition of the Franco regime was a disaster from a human and demographic standpoint – a total failure in terms of industrial and economic parameters and a tragic hecatomb from a cultural perspective.

Francoism as a political regime and National Catholicism as a cultural expression of Francoism may be defined as a pseudo-fascist, traditional and totalitarian political and

cultural structure of a conservative nature highlighted by fundamentalist tendencies and governed by the hardline philosophy that imposed a religious and patriotic image of Spaniards as a whole – this according to the guiding principles attached to the morals of respectability. It can be stated that Francoist mythology is based on five basic elements:

1. Morals of respectability
2. Patriotism and religiousness
3. Pseudo-fascist totalitarianism
4. Leadership
5. Totalitarian-traditionalist and fundamentalist nature

As a totalitarian system with pseudo-fascist tendencies, its purpose was to create a society that was uniform in terms of its ideas, its values and its conduct in order to impose a philosophy about life that would preserve the political, economic and religious interests of its mentors and architects. It therefore constituted a business that was essentially political-religious and cultural with tendencies of a military, Nation-State, religious, God-Church nature, which ended up achieving the full embodiment of Spain as a culturally and socially plural and heterogeneous entity. The main means at its disposal for ensuring the social unification of the population were the physical or psychological extermination of the enemy based on the emotional terror in the form of lack of enthusiasm and on cultural appeal for the entire population.

In its capacity as a totalitarian regime, Francoism sought to impose social uniformity in terms of conduct and values via physical and psychological coercion and control mechanisms. To achieve these aims, it put into practice all the means within its grasp without showing any concern for the nature of such a policy or taking its consequences into account as long as its objectives were fulfilled. In its attempt to maximise socialisation, the regime developed three cultural facets of a complementary nature: the facet of the *culture of terror*, that of the *culture of trivialisation*, and that of the *culture of indoctrination*. Terror-silence, trivialisation-evasion and indoctrination-ideology are the three basic pillars of all totalitarian culture and, as such, of the official culture of the Franco regime.

Nearly sixty years have passed since the outbreak of war and forty years since the death of Franco. What happened to the dreams of yesteryear? During the Franco era, many citizens dreamed of a Spain without impositions or censorship so as to be able to reach new heights of wisdom and social coexistence. People pinned their hopes on a free Spain so as to establish a spirit of honesty and service. Many of their dreams and longings vanished in the mists of desire in view of the reality of the situation they were facing. The supposed democracy was warmly welcomed, although Spaniards discovered that they remained socially prostrate. Corruption had become established in politics; the justice system remained subjugated by political interests; the new Spain had not emerged from that dreamed-of society either because its leaders had failed or because the regime of the so-called democracy had been founded on a bed of doubtful legality. It is logical to presume that much of the Spanish population feels extremely angry about the political and social reality and very disappointed with the way their politicians have been acting. They are angry that their hopes have been dashed. This manifests itself in the form of indignation.

What can we observe about social life over these last few decades? Society is governed by lifestyles characterised by a banality that is both surprising and alarming. Social concerns border on the uncouth. What is this society asking for? Put simply, as in Roman times, *bread and circuses*, material wellbeing and diversion such as sport and TV programmes, in which the gutter press and the culture attached to it and reality shows predominate. Social acculturation is starting to cause concern. Highbrow culture, as ever, remains the domain of the great minorities and an *economised culture* remains the domain of the mass media. And speaking of *economised culture* is to refer to a culture of evasion and trivialisation.

Surprisingly, modern-day culture – mass culture – ends up repeating the same features that define a culture that is totalitarian in nature: culture of silence-terror, culture of triviality and controlled culture or ideologization. The parameters for action and imposition have managed to vary, but the means and results lead one to identify totalitarian cultures with the *economicist* culture of mass society. To what extent is the paradox of a fascistized democracy real or merely a pipe dream?

We are living in an economised world that needs a highly consumer-oriented population that is easy to manipulate and to convince about the excellence of products they do not need in their everyday life. Industry creates goods that we do not need. For the superfluous to be deemed necessary, a process is required that involves convincing and assimilating the target market. The sales spiel used in adverts and propaganda with their sound bites and slogans plays a decisive role in this process aimed at winning over markets. A society that is non-critical and boasts a high level of purchasing power becomes the ideal for the system. The buyer is presented as a mere puppet that is controlled by the strings of the master publicist. The citizen in our society has increasingly become a compulsive, unaware and illiterate shopper. Our materialistic and consumer-oriented system and society clearly respond to these premises. The modern-day citizen is, as a person with high or average purchasing power and as a somewhat unthinking individual, the ideal subject for transformation into the model citizen of this society. Consumerism is assured in such a society that is characterised by this type of individual. Purchasing power and lack of critical capacity make the individual a slave to this materialistic, hedonistic and highly consumer-oriented system.

A society with these features is easy to manipulate and control. The media, which is dependent on the political and economic forces in power, is well aware of this. Ideological control is the most universal sport, even though the courses of action it involves may not be broadcast on radio or TV. We are reaching a situation in which, thanks to the power of the media, a *global village* is being created in which everyone dresses the same, everyone aspires to the same, everyone talks about the same things, everyone thinks alike, everyone has conduct based on the same ideals, and everyone sympathises with the same life project. We are immersed in this *global village* and we all function under these premises.

A controlled and manipulated society which is unable to see and judge objectively what it decides represents a denial of the reason for democracy. It finds itself in a situation of real crisis. It remains democratic in appearance, but the heart assumes a major dosage of political totalitarianism. Democracy is gradually disappearing. Institutions organise large-scale democratic rituals, but the fact of the matter is that they act merely as a *circus*. We are entering a society that is governed by forces that are more associated

with totalitarianism than with democracies. This is also a phenomenon that is growing at an alarming rate alongside globalisation.

Thus far, the basic democratic principles of politics have been confined exclusively to the law governing voting rights. According to this principle, any society that is able to vote freely – i.e. whoever wants to and whatever they want – is deemed to be democratic. In view of this situation, the politician has an ace up his sleeve that ensures he ends up being the victor regarding any suspicion or dispute that may arise from their political decisions. He can act even outside the scope of the will of the people because the people have freely and supremely decided this via universal suffrage. One feels endorsed and validated by the law governing voting rights to take any decisions that one may wish to take or consider appropriate. The vote is the reason for democracy. Denying this assumption means rejecting the basic principles of the democratic system. However, when analysing the nature and validity of the vote in modern-day society, the citizen would surely find it both surprising and disconcerting. Is the vote valid and representative at the present time? Legally speaking, yes; from a logical standpoint, that is another matter. Common sense once again casts doubt on the guiding principles of modern-day democracies and those of Spanish democracy.

The first principle of democracy is based on the need for critical awareness in the individual and in society so as to be able to exercise one's right as a citizen to choose one's representatives via a conscious, responsible vote. All voters need to know who they are voting for. Does the voter really know who they are voting for? One votes for what one is unaware of. The political history of Spanish democracy shows us the truth of the matter. The keys to commercial language are imposed on political language. The population does not want reflection, but rather, seeks emotiveness. Politics is becoming increasingly identified with sport. Fans do not ask for clean or fine play, but demand victories. Have sports-oriented votes become more ethically validated than political ones? A vote based on simple sound bites and slogans without a critical element is a vote which is common, or at least common in theory, to totalitarian systems. Totalitarian regimes are the ones that achieve the most crushing and overwhelming results using these emotional attraction mechanisms. At present, party politics is pursuing a path marked by sound bites more than by ideas, their being identified with

totalitarian strategies. Fascisticized democracies? Is this the reality of the situation in current Spanish politics?

If mass culture, which is typical of technified and highly consumer-oriented societies, imposes extreme cultural trivialisation based on ideological symbols and doctrinal mythology that has a great socialising impact common to totalitarian systems while at the same time an increasingly technical and less humanistic form of education becomes imposed, then the resulting conclusions of this binomial of guiding forces do not appear at all promising. The socialising domestication of this ethereal yet real and dramatic programme creates a favourable atmosphere for a society with robotic elements, domesticated subjects – perfectly designed for the uses for which they have been programmed by factitious powers. Society, unconsciously and happily, has entered the realm of a totalitarianism that is both technical and economicist. Propaganda and the media are now the operative control and management mechanisms. In these media, coexistence is based more on shared sentiments than on critically assumed ideas or principles. Society asks for *bread and circuses* in exchange for obedience and empathy with the system. Reflection is a politically incorrect activity. Professionally-competent and socially-submissive individuals are sought. This society, which is formed and governed by laws of mass culture, fosters the emergence of a citizen without capacity for thought who is guided towards an ideology to which they are both subjected and enslaved. The mass individual becomes a prisoner in this world, content with being domesticated in this consumer society which offers them what they desire without their being aware that what they desire is the most subtle and effective means of control by the dominant classes. Is the existence of the happy slave a possibility? Yes, but only through ignorance and critical incapacity.

What might be the goal of a society without critical capacity and without any historical or foundations that is governed by the whims of the market? There is no calm or – even less so - excitement on the horizon. Economic terrorism is gaining force and prominence and is capable, without any pangs of conscience or real reprisal, of drowning the citizen in the same maelstrom of consumerism. Neo-liberal democracies have created a great myth: the superman with economic traits, the economic superman. Any society which ignores moral standpoints is necessarily destined to fail. Profit rules the world. Neither the means nor the consequences are of any importance, but solely

their purpose. Once again we are entering areas of totalitarian Machiavellianism. Is everything so negative? Does reality lead us to a kind of scepticism with no way out? Are we living in a situation of uneasiness without any possible solution? The theory put forward by the Frankfurt School would unconditionally accept the philosophy behind this modern nihilism in view of such overwhelming evidence of the facts. What response could there be if the laws governing conduct in our society are materialism, hedonism and lack of solidarity? However, there is a small light at the end of the tunnel. In a form of self-criticism, T. Adorno maintains that: "the real interests of the individual still retain sufficient power to resist all this serfdom within certain limits [which would contribute towards the desire for and need to seek and fight for] freedom" (1969, p. 63). There is hope for the future. Along the lines of a new school of thought, a society needs to be considered as a set of individuals with their own special features and intimate personality who differ from each other. Social class, existential circumstances, the degree of culture, motivation and projects in life, values regarding action taken, the family environment and one's personal disposition, etc. ensure that people are different, that they are able to react and manifest themselves differently. The vast majority will fall into the maelstrom of consumerism and become mass men who are only concerned with economicist materialism; others, however, even though they may be in the minority, will look beyond this and have more human and spiritual concerns, and even though they may be subjects in a mass society and live in a community with serious economic issues to deal with. The latter have the chance and sufficient strength to break away from the shackles that enslave and nullify them. However few there may be, possibilities exist to humanise society and history. No-one can deny the exemplary existence of numerous individuals who place moral values above material benefits. There is hope, because there are critical and fighting spirits out there, and the most genuinely important thing is that they are neither few nor exceptional.

RESUMEN

PALABRAS CLAVE: Sociología cultural, franquismo, nacional-catolicismo

El propósito de este estudio, *Sociología cultural del franquismo (1936-1975): el nacional-catolicismo*, es ofrecer de manera crítica y objetiva la relación entre política, sociedad y cultura en el tiempo del régimen franquista. El ideal crítico responde a tres líneas de estudio claramente diferenciadas. Una primera línea descriptiva que se centra preferentemente en el “qué” y en el “cómo” de la cuestión; una segunda línea de carácter analítico que estudia el “por qué” y el “para qué” del problema; finalmente, una tercera línea de sentido evaluativo que descubre el sentido profundo del hecho socio-cultural del nacional-catolicismo. Descripción, análisis y evaluación pretenden ser los tres planos críticos de este estudio. Nos interesa desvelar y valorar las claves de una sociología cultural aplicada a las formas de ser, pensar y actuar de la sociedad española durante el tiempo que estuvo vigente el régimen franquista.

La metodología empleada en este análisis sobre la cultura del franquismo es, a todas luces, ecléctica, ya que toma rasgos y principios de lectura crítica de ciertas escuelas sin guardar una fidelidad plena hacia las mismas. Es un continuo acercarse y alejarse a algunos métodos de análisis, buscando en todos los casos la operatividad y el objetivismo del hecho analizado. Se da prioridad al objeto de estudio sobre el método de análisis. Este eclecticismo tiene una razón de ser. Actualmente, el tema propio de la llamada sociología cultural es tratado por ciencias diferentes, que van desde la antropología hasta la psicología, pasando por la ciencia de la comunicación o la lingüística. Todas, desde sus perspectivas de análisis, tienen algo positivo y esclarecedor que decir. Parece interesante subirse al carro de la operatividad crítica para entresacar los datos que sean útiles y prácticos para nuestro estudio. De esta manera, en todo momento, se ha procurado profundizar en los temas de estudio, utilizando en cada caso el sistema o método más operativo y más productivo. Por tanto, no existe ningún servilismo al método pero sí cautela crítica y honestidad frente a los hechos analizados.

La máxima, en este sentido, es que la metodología sólo es un instrumento de trabajo que se debe subordinar a las realidades o fenómenos analizados, buscando los mejores resultados posibles dentro de los principios de coherencia, objetividad y totalidad. Se impone a todas luces un método interdisciplinar debido a que el tema que nos interesa presenta una naturaleza pluritemática.

El método de base de este trabajo es claramente sociológico, en el que los principios del historicismo, del culturalismo, de la psicología social y de la cultura de masas nos conducen irremisiblemente a recalar en los espacios hermenéuticos propios de la Escuela de Frankfurt. Este método interdisciplinar responde, como se afirmaba, a un campo de estudio claramente pluritemático.

Hasta hace unas décadas, los términos sociología, cultura, sociedad, civilización, ideología, psicología de masas, etcétera, poseían unos valores semánticos bien delimitados y bien definidos. Centrándonos en el concepto de cultura, se puede afirmar que hasta principios de siglo los teóricos defendían la existencia de dos tipos de cultura: la alta cultura y la cultura popular. La primera era una cultura básicamente de creación y de pensamiento frente a la popular que era fundamentalmente lúdica y de expansión. Con el fenómeno de la industrialización, esta dualidad cultural se rompe y aparecen, según terminología del sociólogo y periodista americano Dwing McDonald, los términos de “Masscult” y “Midcult” para enfrentar las nuevas tendencias culturales de la época industrial a la alta cultura (*La industria de la cultura*, 1969), identificando la “Masscult” con la cultura de masas, que puede ser distintiva del alto intelectual como del analfabeto. Las barreras tradicionales se han fracturado. Siguiendo en esta misma línea, el politólogo americano Edward Shils defiende para la actualidad la existencia de tres culturas: la cultura superior o refinada, la cultura mediocre y la cultura brutal (*La sociedad de masas y su cultura*, 1969). Sin embargo, estas diferenciaciones no son suficientes, ya que en la actualidad, como veremos en capítulos posteriores, se hace necesario diferenciar dentro de la alta cultura, la cultura técnica y la cultura humanística. Con este breve panorama se explica perfectamente la complejidad de cualquier concepto que se tome como base de análisis. Algo similar sucede cuando nos enfrentamos a principios tan poco delimitados como cultura liberal, cultura totalitaria y cultura de masas. La cultura es plural y paradójica, como igualmente son las ideas de sociedad y de sociología. Si a este plano de ambigüedad y pluralidad se añade el tema,

igualmente complejo, contradictorio y altamente manipulado, de la cultura franquista, se percibe el auténtico problema de su análisis y de su valoración. Se hace necesaria una metodología operativa y científica que permita transitar con seguridad por los espacios resbaladizos y procelosos del tema elegido para este estudio.

Al optar por una definición sobre el hecho de cultura, consciente de las limitaciones que subyacen en toda teoría, me inclino por la que ofrece la UNESCO, presentada en su Conferencia Mundial sobre las Políticas Culturales (México, 1982), en donde se afirma:

... la cultura puede considerarse actualmente como el conjunto de los rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan a una sociedad o un grupo social. Ella engloba, además de las artes y las letras, los modos de vida, los derechos fundamentales al ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias y que la cultura da al hombre la capacidad de reflexionar sobre sí mismo. Es ella la que hace de nosotros seres específicamente humanos, racionales y críticos y éticamente comprometidos. A través de ella discernimos los valores y efectuamos opciones. A través de ella el hombre se expresa, toma conciencia de sí mismo, se reconoce como un proyecto inacabado, pone en cuestión sus propias realizaciones, busca incansablemente nuevas significaciones, y crea obras que los trascienden.

La clave cultural es, por tanto, la relación dinámica y tensiva que se crea en las relaciones entre persona y sociedad. Desde esta perspectiva, parto del principio orteguiano, expresado en *Meditaciones del Quijote*, de que todo ser o conducta, ya sea ésta personal o social, sólo puede explicarse por lo que es a partir de sus circunstancias. Cada objeto de cultura o hecho de significado es un “algo” explicable sólo en sus circunstancias plurales. Ese “algo”, en nuestro caso, es un tipo de cultura en unos contextos concretos de tiempo, espacio e historia, que cabe denominarlo como nacional-catolicismo. ¿Cómo acercarnos con garantías de éxito al hecho cultural del sistema franquista?

Cualquier hecho de cultura encarna o revela un horizonte de sentido. Esta realidad nos obliga a analizar los fenómenos o hechos de cultura, textos saturados de significado en su ser, en su contexto y en su devenir. Todo hecho de cultura es un fenómeno social. Si la sociología tiende a conocer e interpretar la estructura social, parece lógico que la sociología cultural se interese por la valoración de la cultura en su realidad social. Esta relación entre individuo, sociedad y cultura conduce a la visión y a la revisión de toda una serie de cuestiones centradas en las posibles relaciones entre la cultura y el poder, entre conocimiento y autoridad. Ahora bien, es algo obvio que el poder o los grupos

dominantes impongan y perpetúen su cultura, su visión del mundo y de la realidad, porque poseen los medios y los instrumentos de socialización cultural. Los modelos culturales dominantes presentan un camino direccional que va de arriba abajo, desde el poder al individuo. Se impone una industria cultural para dirigir ideológicamente a la sociedad buscando el beneficio económico y político de las clases dominantes. El poder crea y desarrolla unos mecanismos de atracción y de integración difundidos a través de una cultura dirigida de proyección colectiva, no necesariamente una cultura popular, de gran coherencia y de fuerte cohesión. Desde este punto de vista, la cultura funciona como un proyector de estímulos que tienden a provocar en los destinatarios unas reacciones programadas en su ejecución y esperadas en su resolución. Esta es la clave de la cultura del nacional-catolicismo.

Una sociedad, sometida a intensos controles de imposición y dominio e inerte a la influencia de estas fuerzas de poder, se convierte en una sociedad alienada, homogénea y conformista con una visión del mundo y de la vida pasiva y acrítica. Este ejercicio del poder para el control de las conciencias de los ciudadanos realizado a través de mecanismos sofisticados y plurales de atracción e imposición, presentados preferentemente como modelos culturales mercantilizados y difundidos a través de los medios de comunicación de masas, los mass-media, ha originado una pseudocultura o no cultura, cuya finalidad es el control y dominio de la sociedad.

La cultura de estas masas domesticadas por el terror o por la propaganda, transformada en pseudocultura, gracias a la capacidad de control e imposición que ejerce el poder hegemónico sobre esa sociedad alienada y manipulada, se presenta como ideología. Por tanto, la pseudocultura de esta sociedad de masas funciona como una ideología encaminada al dominio de la población para establecer y consolidar los intereses del poder. La sociedad se halla atrapada ideológica y culturalmente por los resortes del poder a través de los medios de comunicación.

Presentadas la metodología empleada y la naturaleza de los elementos analizados, parece lógico centrarse ahora en la estructura inmanente del trabajo. El estudio *Sociología cultural del franquismo (1936-1975: el nacional-catolicismo)* se organiza en seis capítulos con el objetivo de abarcar tanto sus antecedentes y sus postrimerías como el corpus temático de la ideología del nacional-catolicismo.

El primer capítulo, “Antecedentes de una dictadura”, analiza las características socio-económicas y culturales de la España republicana para conocer el ambiente y las circunstancias en las que nace y se implanta el régimen franquista. No hay mejor manera para interpretar y valorar un tiempo histórico y un sistema político que relacionarlos con su pasado inmediato. Sólo así es posible desvelar las claves de mejoramiento o de degeneración experimentadas por el régimen advenedizo.

Una vez presentados estos antecedentes, nos interesa analizar los rasgos constitutivos de la “cultura del nacional-catolicismo”, segundo capítulo. Se estudian los factores propiamente culturales como aquellos otros que sirven para enmarcar y justificar esta cultura. Por eso, se parte de la Guerra Civil como medio de entronización del gobierno del general Franco y de la ideología franquista. En este contexto se hace necesario analizar el proceso de su legitimación política para poder llegar con referencias sólidas a percibir la naturaleza patriótico-religiosa de esta cultura, íntimamente relacionada con la denominada “moral de la respetabilidad”. Llegado a este punto, se impone la necesidad de desvelar y explicar la socialización de la cultura nacional-católica.

El primer paso en el proceso de socialización del nacional-catolicismo está representado por los “mecanismos jurídico-políticos de integración”, tercer capítulo. Todo régimen político, independientemente de su signo o de su posición ideológica, necesita una normativa legal para garantizar el funcionamiento interno del propio sistema y, como consecuencia, de la sociedad que gobierna. Las leyes lograron la legitimación de la autoridad franquista y la legalidad de su régimen al mismo tiempo que deslegitimaba toda presencia y autoridad del sistema republicano y de la mentalidad democrático-liberal. En este contexto, interesa de manera muy especial toda la normativa interna que permitía el funcionamiento de la cultura del régimen franquista, muy especialmente la legislación del sistema educativo en sus niveles de Enseñanza Primaria, Media y Universitaria junto a la creación del Instituto de España y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Se cierra este capítulo con el estudio y la comparación de las Leyes de Prensa de 1938, “Ley de Prensa de Serrano Suñer” y la de 1966, “Ley de Prensa de Fraga Iribarne”. La legislación jurídica explica y fundamenta los mecanismos de ordenación política y social.

Un segundo paso en el proceso de socialización del nacional-catolicismo está constituido por los “mecanismos físico-psicológicos de represión”, cuarto capítulo. Cualquier régimen de carácter totalitario acaba con toda posible oposición, incluso indiferencia, con los medios a su alcance, especialmente con los recursos del terror y de la represión. El miedo es el recurso predilecto y más eficaz para acallar las voces de la disidencia y para impedir cualquier acto de desobediencia. El nivel de violencia programado por el régimen franquista para acabar con toda posible desacatamiento fue extremo. Fue una violencia sistemática y perfectamente planificada para alcanzar el exterminio completo de toda resistencia hacia sus intereses de clase y de ideología. El franquismo deseaba una victoria completa a través del exterminio total de sus adversarios. Pero la cultura del terror no fue el único medio de control y de imposición. No bastaba con exterminar la desafección, era necesario imponer la doctrina oficial en su pureza máxima. Se arbitró para este fin un mecanismo de muy alta rentabilidad como arma de control ideológico: la censura, que evitaba con todos sus medios todo posible desviacionismo doctrinal, ya fuera por los propios intelectuales franquistas o por los intelectuales de la disidencia. Cultura del terror y censura fueron las expresiones más notables y operativas de los mecanismos de represión.

El tercer paso de este proceso de socialización se basó en la orquestación de los diversos y plurales mecanismos de atracción psicológica, quinto capítulo. Los mecanismos de represión física, aunque necesarios desde los supuestos de toda ideología totalitaria, no son suficientes para la eficaz imposición de sus respectivos programas y para buscar la plena atracción de las masas. Son necesarios los “mecanismos psicológicos de atracción” que funcionan como fuerzas de integración cultural y social. Los “mecanismos ideológicos de atracción” son todos aquellos recursos culturales o pseudoculturales que de forma directa o subliminal ofrecen e imponen una visión del mundo de acuerdo con los intereses del sistema dominante. Es la llamada industria cultural de un sistema totalitario. Este capítulo se inicia con el análisis, siempre parcial, pero altamente ilustrativo, de los denominados recursos subliminales de ideologización y de los sistemas educativos de la escuela-instituto y de la universidad, para concluir con el estudio de los medios audiovisuales de comunicación y con los géneros literarios, pasando por el periodismo y por las publicaciones infantiles.

En los mecanismos de socialización juegan un papel importante los “mecanismos emocionales de evasión”, sexto capítulo. Para aquellos sectores de la población que se mostraban afectos o indiferentes con el poder, éste debía arbitrar y ofrecer medios de evasión y de escapismo mental, aprovechando al máximo los mecanismos informativos de los *mass media*, que conducen al evasionismo y a la trivialización cultural. Se impone una cultura de ocio y diversión, que, con mucha frecuencia, el pretendido escapismo no era otra cosa que una visión sutil pero impactante de la cultura oficial. Se juegan con recursos subliminales, que actúan directamente sobre la conciencia del individuo, arrastrándole a los espacios ideológicos programados desde el poder. Muchas veces, los juegos y los simples pasatiempos son auténticas lecciones de adoctrinamiento. Esta ideologización subliminal ha sido analizada en apartados como los tebeos de hadas y los tebeos de aventuras, la literatura popular y los medios de comunicación de masas o bien el deporte.

El último apartado, “A modo de conclusiones”, recapitula en un cuadro altamente sintético las características más significativas de lo tratado en los seis primeros capítulos para, con esas referencias en la mano, plantear y valorar nuestro presente socio-cultural con la idea de desvelar las muchas ambigüedades y las fuertes contradicciones existentes para poder concluir con una interrogación de gran actualidad en nuestra sociedad: ¿existen y vivimos en plenas democracias fascistizadas?

El franquismo como sistema político y el nacional-catolicismo como expresión cultural de dicho régimen nacieron y se desarrollaron en un período de fuertes crispaciones sociales, de graves tensiones políticas, de extremas desigualdades económicas, de visiones culturales irreconciliables, etcétera, de forma que España era imagen fiel de una paradoja irresoluble de fuerzas encontradas. En la arena política y social de finales del S. XIX y primeras décadas del S. XX se enfrentaban dos formas opuestas de vida y de historia: tradición y modernidad. La tradición velaba por el mantenimiento del pasado; la modernidad abría las puertas a la novedad y al futuro. España era promesa de futuro y realidad de cambios junto a una resistencia de fuerte inmovilismo que buscaba su anclaje en el pasado y su permanencia en la tradición. Todos los grupos sociales y todas las ideologías políticas, cada uno de ellos ubicado en posiciones que les fueran favorables, entraban en esa pugna sin cuartel de supervivencia o de dominio.

A su vez, la inexistencia de unas clases medias políticamente operativas y socialmente fuertes derivaba de la situación económica e industrial del país. La España de entresiglos se caracterizaba por su infradesarrollo industrial y por su tercermundismo financiero. Numéricamente limitadas y poco eficaces en el campo social, las clases medias no significaron una fuerza política de primer orden. Sin embargo, estas clases medias, incapacitadas o despreocupadas por la acción política, consiguieron crear un humus cultural tan dinámico y brillante que en ciertos campos de la ciencia y de las artes sobrepasaron con creces las conquistas de los tiempos áureos. Fue una época esplendorosa para la cultura y para las artes del país. España, después de siglos de oscurantismo y de inoperancia cultural, volvía a representar la vanguardia de las artes y del pensamiento en Europa. La España socialmente tercermundista era, paradójicamente, primermundista en las áreas de la creación y del pensamiento universal. La paradoja se volvía a reiterar: penuria económica y subdesarrollo industrial frente a esplendor cultural y artístico. En este contexto, había muchas y fundadas razones para la esperanza. Haciendo justicia a la verdad, hay que afirmar que las clases medias españolas de la época fueron inoperantes en el plano político, pero brillantemente activas y creadoras en el plano cultural y artístico.

Con la Guerra Civil se demostró la vigencia trágica de las dos Españas. Se enfrentaron dos bloques irreconciliables, representados por el Frente Nacional y el Frente Popular. Ambos bandos encarnaban las dos tendencias típicas de España: la tradicionalista y la liberal-republicana. La rivalidad política y social se convertía en una confrontación armada de resultados imprevisibles. Se había rechazado el camino del diálogo y de la cooperación para optar por la vía de la lucha armada. El resultado final fue la violencia, el caos, la destrucción y la muerte. En pocas palabras, se puede afirmar que la Guerra Civil con la imposición del régimen franquista fue un desastre desde el punto de vista humano y demográfico, una total ruina desde parámetros industriales y económicos y una trágica hecatombe desde una perspectiva cultural.

El franquismo, como régimen político, y el nacional-catolicismo, como expresión cultural del franquismo, caben ser definidos como una estructura política y cultural pseudo-fascista, tradicional y totalitaria de carácter conservador, de signo integrista, con la irreductible filosofía de imponer una imagen religiosa y patriótica en la colectividad

de los españoles según los principios rectores de la moral de la respetabilidad. Cabe afirmar que la mitología franquista se basa en cinco elementos fundamentales:

- 1.- Moral de la respetabilidad
- 2.- Patriotismo y religiosidad
- 3.- Totalitarismo pseudo-fascista
- 4.- Caudillaje
- 5.- Carácter totalitario-tradicionalista e integrista

Como sistema totalitario de signo pseudo-fascista, su finalidad fue crear una sociedad uniformada en sus ideas, en sus valores y en sus conductas para imponer una filosofía de vida y de conducta que preservara los intereses políticos, económicos y religiosos de sus mentores o artífices. Fue una empresa, por tanto, esencialmente político-religiosa y cultural de signo militar, nación.-estado, y religioso, Dios-Iglesia, que consiguió la tipificación plena de una España cultural y socialmente plural y heterogénea. Los principales medios para la conquista de la unificación social de la población residieron en el exterminio físico o psicológico del enemigo, en el terror emocional del tibio y en la atracción cultural de toda la población.

El franquismo, como régimen totalitario, buscó e impuso la uniformidad social de conductas y valores a través de mecanismos físicos y psicológicos de coerción y de dirigismo. Para conseguir estos fines puso en práctica todos los medios a su alcance sin importarle su naturaleza ni valorar sus consecuencias con tal de conseguir sus objetivos. En su intento de máxima socialización, desarrolló tres caras culturales de carácter complementario: la cara de la *cultura del terror*, de la *cultura de la banalización* y de la *cultura del adoctrinamiento*. Terror-silencio, trivialización-evasión y adoctrinamiento-ideología son los tres pilares maestros de toda cultura totalitaria y, en cuanto tal, de la cultura oficial del régimen franquista.

Ha pasado el tiempo, casi setenta años desde el inicio de la guerra y cuarenta desde la muerte de Franco, ¿dónde han quedado los sueños de antaño? Durante la época franquista, muchos ciudadanos soñaban en una España sin imposiciones ni censuras para alcanzar nuevas cotas de sabiduría y de convivencia social. Se tenía la ilusión de una España en libertad para conquistar un espíritu de honestidad y servicio. Buena parte

de esos sueños y anhelos quedaron perdidos en los brumas del deseo ante la fuerza de la realidad. Llegó felizmente la supuesta democracia, pero el español descubrió que socialmente seguía postrada. Se había instaurado la corrupción en la política; la justicia quedaba subyugada a los intereses políticos; la nueva España no había generado esa sociedad soñada porque sus líderes habían fallado o bien porque el régimen de la llamada democracia se hallaba asentado sobre un suelo de legalidad dudosa. Es lógico que buena parte de la población española se encuentre profundamente indignada con la realidad política y social y muy decepcionada con el proceder de sus políticos. Siente rabia por las esperanzas arrebatadas. Se manifiesta en la indignación.

¿Qué observamos en la vida social de estos últimos decenios? La sociedad se rige por formas de vida de una banalidad sorprendente y alarmante. Las preocupaciones sociales rayan la zafiedad. ¿Qué pide esta sociedad? Simplemente, como en épocas de los romanos, “pan y circo”, bienestar material y diversiones como el deporte o los programas televisivos, en los que domina la cultura-prensa amarilla y los reality shows. La aculturación social empieza a ser preocupante. La alta cultura, como siempre, es patrimonio de las grandes minorías y una *cultura economizada* es la propia de las mass-media. Y hablar de *cultura economizada* es plantear una cultura de evasión y de trivialización.

Sorprendentemente la cultura actual, cultura de masas, llega a repetir las mismas características que definen una cultura de naturaleza totalitaria: cultura del silencio-terror, cultura de la trivialidad y cultura dirigida o ideologización. Los parámetros de acción e imposición han podido variar, pero los medios y las resultantes llevan a identificar las culturas totalitarias con la cultura economicista de la sociedad masa. ¿Hasta qué punto la paradoja de una democracia fascistizada es real o pura entelequia?

Se vive en un mundo economizado que necesita una población altamente consumista, fácil de manipular y de convencer de las excelencias de los productos al margen de su necesidad para la vida. La industria genera bienes al margen de las necesidades. Para que lo superfluo se haga necesario, es obligado un proceso de convencimiento y de asimilación en el mercado receptor. El lenguaje comercial de los anuncios y de la propaganda con sus consignas y eslóganes juega un papel decisivo en este proceso de conquista de mercados. Una sociedad poco crítica y con alto nivel adquisitivo se

convierte en el ideal del sistema. El comprador se presenta como una simple marioneta manejada por los hilos del maestro publicista. El ciudadano en nuestra sociedad se ha convertido, cada vez con más fuerza, en un comprador compulsivo, inconsciente y analfabeto. Nuestro sistema y nuestra sociedad, materialista y consumista, responden claramente a estas premisas. El ciudadano actual, como persona de alto o medio poder adquisitivo y como individuo un tanto irreflexivo, es el sujeto ideal para convertirse en el ciudadano modelo de esta sociedad. El consumismo está asegurado en esa sociedad caracterizada por este tipo de personas. Poder adquisitivo y carencia de capacidad crítica hacen a la persona esclava de este sistema materialista, hedonista y fuertemente consumista.

Una sociedad de estas características es fácilmente manipulable y dirigida. Los medios de comunicación, dependientes de las fuerzas políticas y económicas, lo saben bien. El dirigismo ideológico es el deporte más universal, aunque sus actuaciones no se retransmitan por radio o televisión. Se está llegando a una situación en que, gracias al poder de los medios de comunicación, se está creando la *aldea global*, en la que todos visten de la misma manera, todos aspiran a lo mismo, todos hablan de las mismas cosas, todos piensan de idéntica manera, todos presentan unas conductas basadas en iguales ideales, todos comulgan con un mismo proyecto de vida, etc. Todos estamos insertos en esta *aldea global* y todos nosotros funcionamos bajo estas premisas.

Una sociedad dirigida y manipulada, incapaz de ver y de juzgar objetivamente lo que decide, niega la razón de democracia. Ésta se halla en una situación de verdadera crisis. Las apariencias siguen siendo democráticas, pero el corazón asume buenas dosis de totalitarismo político. La democracia se va deshaciendo poco a poco. Las instituciones organizan grandes rituales de democracia, pero en su fundamento son simplemente “circo”. Se está entrando en una sociedad regida por fuerzas más propias de los totalitarismos que de las democracias. Éste también es un fenómeno que crece preocupantemente con la globalización.

Actualmente, el fundamento democrático de la política se ha reducido exclusivamente a la ley del voto. Según este principio, toda sociedad que vota libremente, -quien quiere y lo que quiere-, es una comunidad democrática. Ante esta realidad, el político tiene un as en la manga que le hace salir victorioso ante cualquier sospecha o disputa en sus

decisiones políticas. Puede actuar, incluso al margen de la voluntad popular, porque así lo ha decidido libre y soberanamente el pueblo a través del sufragio universal. Se siente refrendado y validado por la ley del voto para tomar las decisiones que quiera o juzgue oportunas. El voto es la razón de la democracia. Negar este supuesto, es rechazar los fundamentos del sistema democrático. Sin embargo, analizando la naturaleza y la validez del voto en la sociedad actual, el ciudadano se tiene que sorprender y desconcertar. ¿El voto actual tiene validez y representatividad? Legalmente, sí; lógicamente, ese es ya otro cantar. El sentido común vuelve a poner en tela de juicio los principios rectores de las democracias actuales y la de la democracia española.

El primer principio de la democracia se basa en la necesidad de un conocimiento crítico en el individuo y en la sociedad para poder ejercer su derecho ciudadano en la elección de sus representantes a través de un voto consciente y responsable. Todo votante tiene que saber a quién vota, lo qué realmente vota y para qué vota. ¿El votante sabe realmente lo que vota? Se vota lo que no se conoce. La historia política de la democracia española nos demuestra esta verdad. Las claves del lenguaje comercial se imponen en el lenguaje político. La población no quiere reflexión, busca emotividad. La política se identifica cada vez más con el deporte. Los aficionados no piden limpieza o buen juego, exigen victorias. ¿Quedan validados éticamente unos votos más deportivos que políticos? Un voto basado en simples consignas y eslóganes sin un fondo crítico es un voto propio, o más propio en teoría, de los sistemas totalitarios. Los regímenes totalitarios son los que consiguen resultados más contundentes y abrumadores a partir de estos mecanismos de atracción emocional. En la actualidad, la política de los partidos marcha por el camino de las consignas, más que por el de las ideas, identificándose con las estrategias totalitarias. ¿Democracias fascistizadas? ¿Es ésta la realidad de la política actual española?

Si la cultura de masas, propia de las sociedades tecnificadas y altamente consumistas, impone una banalización cultural extrema, basada en símbolos ideológicos y en mitologías doctrinales de gran impacto socializador, propios de sistemas totalitarios, y, al mismo tiempo, se va imponiendo una educación cada vez más técnica y menos humanística, las conclusiones resultantes de este binomio de fuerzas directoras no son nada halagüeñas. La domesticación socializante de este programa etéreo, pero real y dramático, propicia una sociedad de elementos robots, sujetos domesticados,

perfectamente diseñados para las utilidades programadas desde los poderes fácticos. La sociedad, inconsciente y felizmente, ha entrado dentro del imperio de un totalitarismo técnico y economicista. La propaganda y los medios de comunicación son ahora los mecanismos operativos de control y dirección. En estos medios, la convivencia se basa más en sentimientos compartidos que en ideas o principios críticamente asumidos. La sociedad pide pan y circo a cambio de obediencia y empatía con el sistema. La reflexión es una actividad políticamente incorrecta. Se busca personas profesionalmente competentes y socialmente sumisas. Esta sociedad, formada y gobernada por las leyes de la cultura de masas, favorece la aparición de un ciudadano sin capacidad pensante encadenado a una ideología que lo somete y lo esclaviza. El individuo-masa se halla prisionero en este mundo, contento como ser domesticado en esta sociedad de consumo, que le ofrece lo que desea sin ser consciente de que lo deseado es el medio más sutil y eficaz de control y de dominio por parte de las clases dominantes. ¿Es posible la existencia del esclavo feliz? Sí, pero sólo en la ignorancia y en la incapacidad crítica.

¿Cuál puede ser la meta de una sociedad sin capacidad crítica y sin base histórica gobernada por las furias del mercado? No existe un horizonte tranquilizador y, mucho menos, ilusionante. Cada vez adquiere más fuerza y protagonismo el terrorismo económico, capaz, sin cargo alguno de conciencia ni de represalia real, de ahogar al ciudadano en las mismas redes del consumismo. Las democracias neoliberales han creado un gran mito: el superhombre de signo económico, el superhombre económico. Una sociedad que en nombre del éxito desoye las voces de la moral, está destinada necesariamente a su ruina. El beneficio gobierna el mundo. No importan los medios ni las consecuencias, sino exclusivamente su fin. Una vez más se entra en los espacios de un maquiavelismo totalitario. ¿Todo es tan negativo? ¿La realidad nos conduce a un escepticismo sin salida? ¿Se vive en la desazón sin solución posible? La teoría de los miembros frankfurtianos aceptaría sin condiciones la filosofía de este nihilismo moderno ante la evidencia de hechos tan inequívocos. ¿Qué respuesta cabe, si las leyes de conducta de nuestra sociedad son el materialismo, el hedonismo y la insolidaridad? Sin embargo, existe una pequeña luz en el horizonte. T. Adorno, en una especie de autocrítica, afirma que: “los intereses reales del individuo conservan todavía el suficiente poder para resistir, dentro de ciertos límites, a su total cautiverio [lo que contribuiría a las ganas y necesidad de buscar y luchar por] la libertad (1969, p. 63). Hay esperanza en el futuro. En la línea de un nuevo pensamiento, hay que contemplar

una sociedad como conjunto de individuos con sus especiales características y su íntima personalidad, que se diferencian unos de otros. La clase social, las circunstancias existenciales, el grado de cultura, las motivaciones y proyectos en la vida, los valores de acción, el ambiente familiar, el genio personal, etcétera, hacen que las personas sean diferentes, que puedan reaccionar de formas distintas y que se manifiesten de manera desigual. La gran mayoría caerá en las redes de consumismo y se convertirán en hombres-masa sólo preocupados por el materialismo economicista; pero otros, aunque sean minorías, tendrán unas miras más altas y unas preocupaciones más humanas y espirituales, aunque sean sujetos de una sociedad de masas y vivan en una comunidad de hondas preocupaciones económicas. Estos segundos tienen la posibilidad y fuerza suficiente para romper las ataduras que los esclavizan y los anulan. Aunque pocas, hay posibilidades de humanizar la sociedad y la historia. Nadie puede negar la existencia ejemplar de numerosas personas que ponen los valores morales por encima de los beneficios materiales. Existe la esperanza, porque hay espíritus críticos y luchadores, y lo auténticamente importante es que no son pocos ni excepcionales.

11 DE DICIEMBRE DE 1936

FLECHAS Y PELAYOS

Año I

SEMANARIO
NACIONAL
INFANTIL

25 Cts.

Núm. 1

Redacción y Administración:
Elcano, 7.-San Sebastián.
Teléfono 12850.- Apartado 55

POR EL IMPERIO HACIA DIOS



Boinas rojas y camisas azules, sonriendo a su nueva Revista,
se preparan, con fraternal armonía, para cuando llegue la hora
de luchar todos juntos por el engrandecimiento de España.